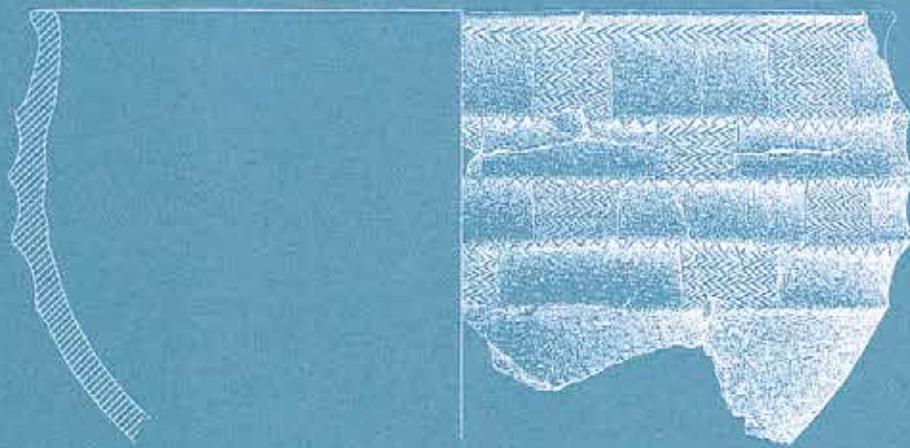


**Estudio secuencial
de la Edad del Bronce
en la Ribera del Duero
(provincia de Valladolid)**

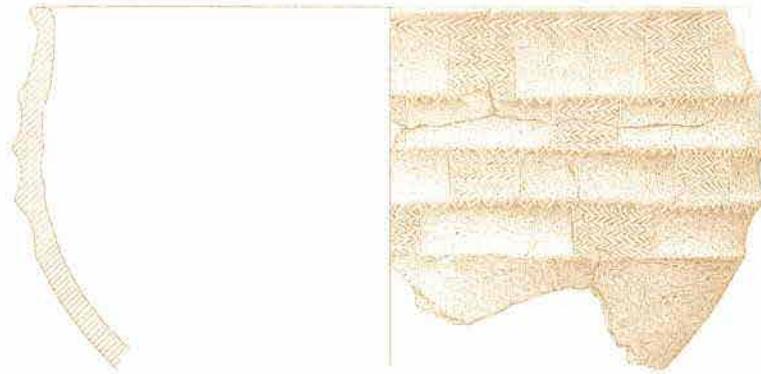
José Antonio Rodríguez Marcos



**Estudio secuencial
de la Edad del Bronce
en la Ribera del Duero
(provincia de Valladolid)**

**Estudio secuencial
de la Edad del Bronce
en la Ribera del Duero
(provincia de Valladolid)**

José Antonio Rodríguez Marcos



© 2007 de esta edición:
Junta de Castilla y León
Consejería de Cultura y Turismo

ISBN: 978-84-9718-531-8
Depósito Legal: VA. 568-2008
Diseño y Arte final: dDC, Diseño y Comunicación
Imprime: Sever-Cuesta
Printed in Spain. Impreso en España

ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	11
EL MARCO GEOGRÁFICO	15
RECUPERACIÓN DE LA INFORMACIÓN ARQUEOLÓGICA: LA PROSPECCIÓN Y LOS TRABAJOS DE EXCAVACIÓN	25
CATÁLOGO DE YACIMIENTOS	37
ANÁLISIS TIPOLÓGICO DE LA CULTURA MATERIAL	241
1. Tipología cerámica	243
1.1. Calcolítico final-bronce inicial (fase campaniforme)	246
1.2. Bronce antiguo-bronce pleno	274
1.3. Bronce medio	290
1.4. Bronce tardío-bronce final	336
2. Tipología metálica	376
2.1. Punzón	377
2.2. Puntas de flechas	378
2.3. Puñal	382
2.4. Espiraliforme	383
2.5. Fíbula	384
2.6. Cincel	386
3. Tipología lítica	388
3.1. Industria lítica tallada	388
3.2. Industria lítica pulimentada	394
3.3. Diversos	394
RECONSTRUCCIÓN HISTÓRICA	397
1. Organización del territorio. Distribución de los yacimientos y estudio de sus relaciones	397
1.1. Fase I. Calcolítico final-bronce inicial	398
1.2. Fase II. Bronce antiguo-bronce pleno	409
1.3. Fase III. Bronce medio	416
1.4. Fase IV. Bronce tardío-bronce final	436
CONCLUSIONES	447
BIBLIOGRAFÍA	457
ÍNDICE DE FIGURAS	483

PRESENTACIÓN

El enfoque territorial del patrimonio histórico es factible abordarlo desde todas las posibles facetas de su gestión: conservación, protección, documentación, investigación, difusión, etc... Esta es la línea de actuación abierta por el Plan PAHIS de la Junta de Castilla y León 2004-2012, del Patrimonio Histórico de Castilla y León, que en varios de sus apartados hace referencia a la investigación en arqueología y cuenta con una propuesta específica para el impulso del conocimiento científico de nuestro pasado a través de las técnicas arqueológicas en el *Programa P12. Investigación Arqueológica*.

El libro que ahora presentamos ejemplifica los avances en los descubrimientos que tienen lugar en nuestra Comunidad desde ese modelo que reorienta la visión tradicional del patrimonio como un suceso aislado de su contexto. En el caso que nos ocupa se analiza desde una perspectiva sincrónica la Edad del Bronce en un espacio geográfico de características peculiares: La Ribera del Duero en su límite oriental de la provincia de Valladolid.

La publicación cuenta con sobresalientes méritos de tipo técnico y científico. Aparte de subrayar su enfoque espacial, podemos referir la notable intensidad del reconocimiento arqueológico, gracias particularmente a las campañas de excavación financiadas en su día con ayudas de la Junta de Castilla y León. Estas intervenciones arqueológicas realizadas durante casi una década han deparado, entre otra información de relevancia, unos contextos precisos prehistóricos especialmente señeros en la Ribera del Duero, hasta el punto de caracterizar a este territorio durante una extensa fase de nuestra historia más remota.

La prehistoria por tanto cuenta con otro profundo trabajo más en la importante lista de estudios editados desde la Junta de Castilla y León en estos años y que, poco a poco, sin pausa, van completando el mosaico de nuestra historia.

María José Salgueiro Cortiñas
Consejera de Cultura y Turismo

INTRODUCCIÓN

La edición del presente trabajo responde, sin casi ninguna modificación, a la Tesis Doctoral titulada *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la Ribera del Duero (Provincia de Valladolid)*, realizada bajo la dirección del Dr. Germán Delibes de Castro (Universidad de Valladolid), y que fue defendida ante tribunal en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid el 1 de diciembre de 2005. El tribunal, presidido por el Dr. Fernando Romero Carnicero (Universidad de Valladolid), lo compusieron los Dres. Martín Almagro Gorbea (Universidad Complutense de Madrid), M^a Concepción Blasco Bosqued (Universidad Autónoma de Madrid), Ángel Esparza Arroyo (Universidad de Salamanca) y Julio Fernández Manzano (Universidad de Valladolid).

A lo largo de este último año, una vez alcanzado el grado de doctor, me he visto constantemente tentado a revisar y modificar en alguna medida el trabajo, con el fin tanto de ajustar y reperfilear muchas de las opiniones defendidas, como de incluir revisiones y nuevas aportaciones de registro. Decidí, con todo, conservar en gran medida su estructura y contenido. El principal motivo de esta decisión es la escasa difusión en circuitos científicos de los resultados obtenidos en las abundantísimas intervenciones arqueológicas desarrolladas en tierras de la Comunidad de Castilla y León. Por ello he considerado prioritario la publicación de este trabajo en su estado actual, en cuanto incluye un razonable volumen de registro arqueológico inédito. Éste es en gran medida la base empírica de mi interpretación y confío en que su difusión permitirá complementar la de otros.

Con raíces familiares en un pueblo de La Ribera vallisoletana –Castrillo de Duero–, nos propusimos la tarea de buscar la huella del hombre, en un momento muy concreto de la Prehistoria Reciente –La Edad del Bronce–, en estos paisajes en que alternan amplios y angostos valles con las vastas planicies. Seguíamos de este modo una línea en parte emprendida en nuestra Memoria de Licenciatura (Rodríguez Marcos, J. A. 1985), que nos había iniciado en el campo del conocimiento de dicho periodo cultural. Tomando como punto de partida estos precedentes, la elección del marco geográfico y cronológico-cultural de nuestro estudio eran aspectos que se convertían en una consecuencia, en buena medida, lógica y previsible. Las razones que nos han movido a ello tienen cabida en los siguientes puntos:

- El desconocimiento de este concreto sector de la geografía vallisoletana, que con sus 475 km² ocupa alrededor del 5'8% del territorio provincial de Valladolid. Su carácter de tierra relativamente olvidada desde el punto de vista arqueológico sirvió de acicate para descubrir en ella lo que hasta entonces apenas había merecido la atención de un exiguo número de investigadores, entre los

que es de justicia destacar actuaciones puntuales como las de P. de Palol Salellas, F. Wattenberg Sanpere, G. Delibes de Castro y J. Fernández Manzano.

- El interés que de unos años a esta parte La Ribera viene suscitando, al amparo de los notables proyectos de revitalización de sus tierras (auge motivado por causas diversas: el incremento económico vinculado a la Denominación de Origen Ribera del Duero; a los trabajos que se vienen realizando en el entorno de *Pintia*...). A partir de un primer contacto con este medio, descubrimos los especiales problemas de conservación que presentan los restos arqueológicos en La Ribera. Asumimos como una tarea propia de especial interés patrimonial el recuperar la mayor información posible de toda una serie de yacimientos que dentro de varias décadas probablemente habrán desaparecido (en algún caso esto ya ha sucedido).
- Las posibilidades que este particular territorio presentaba para la investigación de la Prehistoria Reciente, deducibles de los datos aportados por las contadas estaciones arqueológicas detectadas en la zona. Aparte de algunas noticias mucho más vagas, se conocían con cierto detalle los materiales procedentes de un par de yacimientos (Las Pinzas y La Plaza), que venían a representar un período (la Edad del Bronce) y unos modos de vida (poblados estables al aire libre) de indudable interés para la investigación arqueológica en La Ribera vallisoletana y en consecuencia en el Valle del Duero.

Partiendo de estas premisas, nos planteamos un plan de actuación, en el que se contemplaba la prospección integral del territorio complementada con la excavación-sondeo de aquellos yacimientos que pudieran contribuir de forma más efectiva al conocimiento, en nuestro caso, de la secuencia cultural protohistórica de la zona. Se pretendía dar cumplimiento a una serie de empeños que a continuación se exponen:

- Reconocer las características generales de la ocupación en este territorio, intentando además de esta forma que La Ribera vallisoletana pudiera servir de elemento de contrastación para futuros trabajos en el Valle del Duero.
- Determinar una secuencia cultural (cronología, tipología de los artefactos, estructuras de hábitat, etc.) lo más precisa posible de la Prehistoria Reciente de La Ribera del Duero, inscribiéndola en el marco geográfico del centro de la Meseta peninsular y rastreando sus posibles conexiones con otras áreas culturales durante parte de los milenios II y I a. C.
- Intentar profundizar en los caracteres de la ocupación del territorio, su organización (distribución, jerarquía, etc.) y evolución a lo largo del periodo protohistórico.

En definitiva, el estudio de los modos de vida de estas gentes y de cómo dejan su huella en el medio físico en cuestión.

- Contribuir con nuestras aportaciones, hasta donde nos sea posible, a una explotación más racional del territorio, armoniosa con las necesidades del Patrimonio Cultural, contrarrestando la incidencia de los factores físicos y de la destrucción debida a la acción antrópica.

El recurso básico para cumplir estos ambiciosos objetivos ha sido el acercamiento directo al pasado y presente de La Ribera por medio de la prospección y la excavación. Ambas se analizan en el punto IV, describiendo sus características principales. Baste señalar en resumidas cuentas, que se han localizado un total de 38 yacimientos, de muy diversa índole y entidad, correspondientes a las distintas etapas que integran la Edad del Bronce. Por su parte, debemos apuntar que la excavación se ha centrado de forma regular en los yacimientos del periodo conocido como Bronce Medio. Se han llevado a cabo diversas intervenciones de urgencia y sondeos (7), en este caso, más puntuales en otros yacimientos a través de los cuales hemos buscado caracterizar, en mayor o menor medida, el resto de las fases que componen la Edad del Bronce del sector.

Hasta ahora hemos utilizado en varias ocasiones el término Prehistoria Reciente para referirnos al periodo objeto de nuestro análisis. Quizá pudiera haber llegado el momento de explicar el significado que le hemos concedido a fin de evitar equívocos en su comprensión. Algunos autores españoles, siguiendo el ejemplo de varios investigadores franceses como Dechelette (Dechelette, J. 1910), Guilaine (Guilaine, J. 1976: 13) o Mohen (Mohen J. P. 1986: 50-51) entre otros, utilizan los términos Protohistoria y protohistórico "*lato sensu*", englobando en este concepto no sólo la Edad del Hierro, sino también la del Bronce. Por nuestra parte, por el contrario, nos mostramos más bien partidarios de seguir la costumbre seguida en España de utilizar el término Protohistoria, en la mayoría de los casos en su sentido estricto, es decir aplicarlo exclusivamente para el periodo que estudia "los primeros pueblos sin escritura contemporáneos a las primeras civilizaciones históricas" (Mohen, J. P. 1986: 50). Está en nuestro ánimo, sin querer entrar en disquisiciones que superan ampliamente el marco de este trabajo y que serían merecedoras de un amplio y pormenorizado tratamiento, seguir la línea expuesta por Delibes y Fernández Manzano (Delibes de Castro, G. y Fernández Manzano J. 2000: 95-96) en el sentido de marcar de manera clara la continuidad cultural que, de algún modo, articula todo el periodo denominado Prehistoria Reciente. En realidad los autores se retrotraen, a la hora de marcar el inicio de la Prehistoria Reciente, a la "colonización" neolítica. Nosotros, en ver-

dad, al ocuparnos de la Edad del Bronce solo lo hacemos de la segunda parte del periodo. Un momento que, a nuestro entender permite remarcar la vinculación que tienen entre sí, los distintos momentos en que se articula esta etapa de la Edad de los metales, con indicadores que señalan más su continuidad que las, por otra parte discutidas y discutibles, rupturas, que acaecerán al final de esta etapa.

Retomando el hilo expositivo del contenido del trabajo, destacaremos que el Catálogo de yacimientos ocupa buena parte del mismo, pues reúne los datos sobre los que debe cimentarse cualquier intento de síntesis.

A la hora del estudio de la cultura material, nos hemos encontrado con un notable problema: la indefinición de amplias fases de la Edad del Bronce, especialmente las más antiguas, en el centro de la cuenca del Duero y en la Meseta Norte en general. Por esta razón hemos centrado nuestro interés en su caracterización, haciendo hincapié en la cerámica por ser el elemento abrumadoramente más abundante, pero sin olvidar el resto. Ello nos ha aportado un importante bagaje de información para poder precisar la secuencia tipológica en la zona. Si en algún momento este apartado resulta excesivamente prolijo, ha de achacarse a la necesidad de contextualizar nuestros hallazgos con los de áreas geográficamente más o menos próximas, señalando sus relaciones y diferencias. Todo esto unido a otros datos tales como las estrategias de aprovechamiento del territorio, prácticas económicas, estructuras de habitación, etc. nos ha permitido definir el carácter peculiar del momento que estudiamos en la vallisoletana Ribera del Duero.

Finalmente, aunque sea costumbre obligada en esta clase de trabajos, no es por ello menos sincero mi agradecimiento a todas aquellas personas e instituciones que han apoyado este proyecto. En una rama del saber como la nuestra en que el contacto con los compañeros y el intercambio de pareceres es, si cabe, más directo y enriquecedor que en ninguna otra, he aprendido a valorar el entusiasmo el ánimo y la ayuda de tantas personas con las que he compartido horas de trabajo y de sana convivencia a lo largo de todos estos años. Primeramente deseo mostrar mi más sincera gratitud a la Universidad de Valladolid, donde comencé mi formación intelectual, profesional y humanamente y sin cuyo soporte económico y de infraestructura el comienzo de esta investigación hubiera resultado imposible. Mi más sincera gratitud también a la Universidad de Burgos que me ha permitido madurar en todos los aspectos intelectuales antedichos y cuyo soporte económico me ha permitido concluir este trabajo. Han colaborado también en ello la Junta de Castilla y León, subvencionando las excavaciones arqueológicas cuyos datos aquí se incluyen, y prestando apoyo económico a las sucesivas campañas de prospección del Inventario Arqueológico de Valladolid, de cuyas múltiples observaciones también

nos hemos servido convenientemente. Vaya para todos ellos también nuestro sincero agradecimiento.

Ante todo mi sincera gratitud a D. Germán Delibes de Castro, a quien corresponde tanto mérito como a mí en este trabajo. El lo acogió con entusiasmo en su comienzo y ha sabido dirigirlo e impulsarlo, pese las dificultades que yo me he encargado de interponer para que llegara a buen puerto. Hago extensivo mi agradecimiento a todos y cada uno de los miembros del Área de Prehistoria del Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad de Valladolid, que son mis amigos y de los que fui en su día compañero. También quiero agradecer a mis ahora compañeros del Departamento de Ciencias Historiográficas y Geografía de la Universidad de Burgos que han tenido a bien hacerme un hueco de compañerismo y comprensión.

A todos mis familiares y amigos, especialmente a mi madre, a mi padre, a mis hermanos, que día a día, con su ánimo e inte-

rés, han contribuido al progreso de mis trabajos y acabado entendiendo el sentido del trabajo de quienes intentan, como es mi caso, intentar “leer el pasado en los huesos y las piedras”.

A cuantos estudiantes, licenciados (muy especialmente a Sergio Moral del Hoyo) y doctores (muy especialmente a Francisco Javier Abarquero Moras) que han tenido a bien colaborar en los trabajos de campo y taller a lo largo de estos años. Muchos de ellos empezaron siendo simples colaboradores y hoy en día se han convertido, simplemente, en algunos de mis mejores amigos.

Finalmente mi agradecimiento a mi mujer M.^a Ángeles Acebrón y a mis hijos Nuria y Jorge. Solo su cariño, presencia y ánimo continuo, han sido capaces de conseguir que se fuesen de mi cabeza las ideas de abandonar (dos o tres veces por día) ésta que, por mi propia condición humana, terminó por convertirse en una ardua y pesada tarea.

1. INTRODUCCIÓN

De modo previo a todo tipo de investigación, resulta imprescindible delimitar y definir el Marco Geográfico en que ésta se va a desarrollar, no en vano este aspecto es sumamente importante por la profunda influencia que el medio físico y sus peculiaridades pueden tener a la hora de valorar las características del poblamiento. Como es lógico, como primera providencia, es necesario situar geográficamente el área en estudio.

Situación Geográfica. El territorio de nuestra investigación se localiza en el extremo SE de la provincia de Valladolid. Linda

con la provincia de Burgos por el E y por el SE con la de Segovia. Se trata por tanto de un área que, englobada dentro del sector de Páramos Calizos que ocupan el centro de la Meseta castellano-leonesa, participa en múltiples aspectos: climáticos, geológicos, edáficos, vegetación, etc., propios de dicho sector. La extensión del área investigada sobrepasa los 475 km², lo que supone aproximadamente el 5'85% del territorio que ocupa la actual provincia de Valladolid.

2. EL MEDIO FÍSICO¹

2.1 El Relieve

La cuenca terciaria del Duero es una amplia sineclise de carácter tectónico, conformada por una serie de bloques desnivelados que se han ido reajustando a lo largo del Terciario, moviéndose en función de fracturas de dirección N-S; E-O; NE-SO y NO-SE. Durante dicho periodo geológico esta compleja sineclise se colmata de sedimentos terciarios y cuaternarios depositados en función de un régimen continental.

En su litología se plasma, por su origen geológico, la evolución desde el Eoceno y Oligoceno hasta el Cuaternario, estando presente todo el paso de depósitos de borde, que fueron rellenando la Depresión del Duero, desde los más alejados (conglomerados y areniscas), hasta los que ocupan el centro de la cubeta (arcillas, margas y calizas).

El territorio concreto de la provincia de Valladolid es joven desde el punto de vista de su **geología**. De hecho, la inmensa mayoría del ámbito provincial pertenece al Mioceno medio y superior, y a recubrimientos cuaternarios. Sólo en un "supuesto" y exiguo afloramiento paleozoico en Castrejón de la Peña, una pequeña mancha de Paleógeno (Ludiense) junto al río Guareña, y en un sector, algo más extenso, de materiales pre-tortonianos, entre el río Trabancos y el límite occidental de la provincia, son identificables materiales representativos de edades anteriores a la formación dominante.

Centrándonos, más en detalle, en los caracteres litológicos de la zona concreta de nuestro trabajo diremos que, situada, como ya hemos apuntado, en el sector suroriental de la pro-

vincia vallisoletana, en ella se hallan ausentes de la formación visible materiales anteriores al Mioceno medio. A este periodo corresponden las arcillas limo-arenosas (de coloraciones amarillentas y anaranjadas) que aparecen en algunos sectores concretos del fondo del valle del Duero.

No obstante, lo más característico del Mioceno medio corresponde a la denominada "facies de las cuevas", que suelen entrar en contacto con las citadas arcillas mediante cambios laterales de facie. Tiene espesores en la formación visible entre 60 y 100 m. y están constituidas básicamente por arcillas y margas más o menos yesíferas (evaporitas) con niveles locales intercalados de calizas blanquecinas y zonas de concentración de cristales de yeso; materiales depositados en ambientes de "playas" palustres.

Por encima se sitúa el Mioceno Superior (Vallesiense superior y Turolense) que se corresponde con las calizas de los páramos (con gasterópodos), depositadas en ambientes lacustres y climas cálidos, de colores blanquecinos y grisáceos y con bancos masivos y tableados, entre los que se imbrican estrechos lechos de margas blancas. Constituyen el nivel culminante de las altiplanicies cimeras de los páramos entre 840 y 880 m. de altitud. En nuestra comarca, sobre estas calizas hay algunos sectores y cerros testigo que se sitúan entre 890 y 927 m. de altitud, donde tras una fase tectónica generalizada (Fase Rodánica o Ibero-manchea) se han depositado margas, limos arenosos y costras calizas, que integran lo que ha dado en denominarse las "Calizas del segundo páramo", ya en épocas Rusciniense Superior

¹ En este apartado seguimos fundamentalmente los estudios monográficos de VV.AA. 1988.

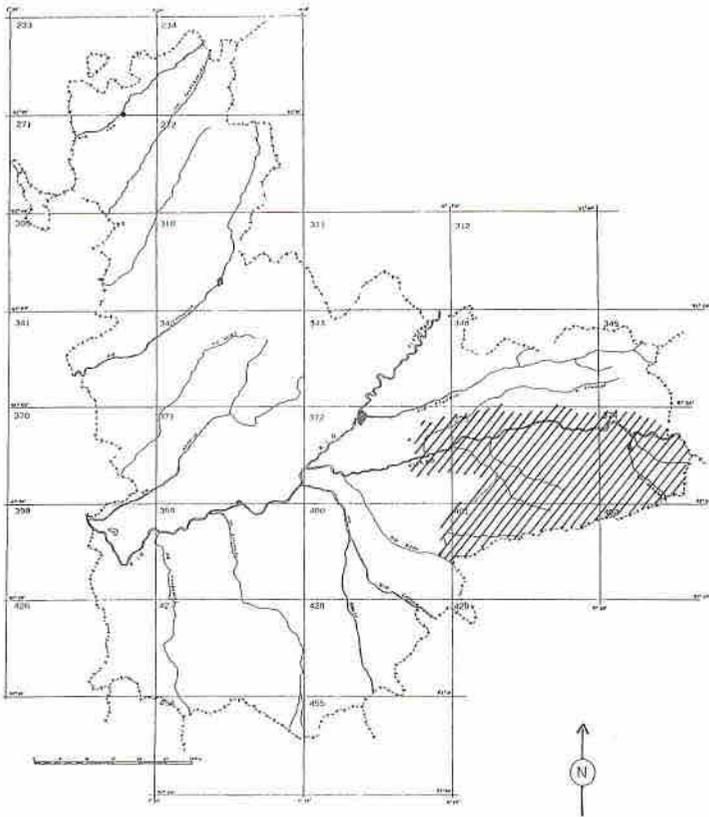


Fig. 1. Situación del sector investigado dentro de la provincia de Valladolid.

a Villanyense Inferior del finiterciario periodo del Plioceno. En nuestro sector estos sedimentos, visibles, especialmente, en el extremo oriental de nuestro territorio, sobre el páramo situado al sur de Castrillo de Duero, constituyen la cima de la formación geológica.

Sobre todo este basamento se va a desarrollar una serie de formaciones superficiales que recubren el substrato miocénico y están ligadas directamente a la evolución del relieve. Las formaciones superficiales se asocian a distintos tipos de modelado del relieve: fundamentalmente, de tipo kárstico, de vertientes, fluvial y eólico.

A partir de la segunda mitad del Plioceno, una nueva fase tectónica (Iberomanchea 2) dará origen a una superficie de erosión acumulación que se sitúa sobre las calizas del Vallesiense-Rusciniense y bajo las margas y limos del Rusciniense- Villanyense. Incorpora depósitos de "Terra rossa", formada por arcillas de descalcificación, originada *in situ*, por

disolución de las calizas que coronan los páramos, bajo tipos de clima subtropical o mediterráneo húmedo y cálido. Se trata de un proceso de karstificación que también se manifiesta en el relleno de pequeñas dolinas, como las que, por ejemplo, pueden observarse en los páramos próximos a Tudela de Duero. Todos estos depósitos constituyen formaciones de recubrimiento que dan a la mencionada "superficie de páramos" un carácter poligénico sobre el basamento de las litofacias del Mioceno.

El resto de las formaciones superficiales, que son las responsables de la configuración geomorfológica de la realidad paisajística del medio físico actual, tienen que ver mayormente con la instalación de la red fluvial cuaternaria y con los procesos coluviales que se originan a lo largo del Cuaternario.

Durante los periodos glaciares e interglaciares se extiende el periodo denominado Pleistoceno, cuyo discurrir totaliza la inmensa mayor parte de la era Cuaternaria. A lo largo de tal periodo la actividad geomorfológica fue, además de intensa, compleja. Entre estos episodios quizá el de mayor trascendencia es aquel que tiene que ver con los movimientos tectónicos de grandes bloques que se producen en la Cuenca durante el Pleistoceno, incluso Superior; movimientos que apuntan a basculamientos hacia el Oeste, y que son responsables, al parecer, tanto del elevado número de terrazas existentes en el Duero, como del profundo encajamiento de los ríos que, en general, vierten sus aguas desde el sur en dicho río.

Las terrazas del río Duero han sido estudiadas en el sector de Medina del Campo-Tordesillas-Toro, donde se diferencian catorce niveles incluyendo la llanura de inundación. En nuestro sector concreto los datos con que contamos al respecto únicamente identifican cuatro de estos niveles, los cuales constan de superficies culminantes y de escalones (relieves aluviales invertidos), constituidos por depósitos de gravas cuarcíticas y calizas, generalmente bien cementadas en el caso de las más antiguas, e importantes contingentes de arenas en las más bajas. El lecho de inundación del río está formado fundamentalmente por limos arenosos con algunas acumulaciones de gravas, que son ya finipleistocénicos y subactuales.

Estos niveles de terrazas se elevan entre 6 y 50 metros sobre el lecho menor con el cauce actual del río Duero. Una excavación profunda durante, principalmente, el Pleistoceno que adquiere rasgos semejantes en el río Duratón. En este, por contra, el valle es bastante estrecho, sin que se observen en él claramente formaciones de tipo terraza, y ha vehiculado el arrastre hacia el valle del Duero de arenas y pequeñas gravas procedentes del Sistema Central.

Desde las superficies cumbreiras de los páramos y hasta las laderas más bajas, a lo largo de los tiempos pleistocénicos, se

18 han producido procesos coluviales geomorfológicos estrechamente relacionados con el encajamiento de la red fluvial. Ello se traduce en que las laderas o vertientes actuales aparecen tapizadas por los denominados depósitos de vertientes. Las “cuestas” –rampas de enlace del fondo de los valles y las parameras– aparecen cubiertas por materiales poligénicos y heterométricos con calizas miocenas y yesos con abundante matriz limo-arcillosa. Estos materiales, originados en procesos de soliflucción, se han deslizado a lo largo de las laderas durante los deshielos primaverales, propios de las glaciaciones pleistocenas que afectaron a la Península Ibérica.

Por último, diremos que la acumulación de arenas cuaternarias, de origen fluvial, y removidas por la actividad eólica, ha formado un importante manto que recubre importantes sectores del centro-sur de la provincia de Valladolid y tiene su reflejo en nuestro sector. Las arenas, proceden en primera instancia de la Cordillera Central, donde las depositó la red fluvial que los transportó, hasta el final del Pleistoceno. Se encuentran en las culminaciones de los páramos (por ejemplo, en Portillo, Montemayor de Pililla, etc.), donde han sido aportadas por el viento, y en las áreas más bajas donde la red fluvial secundaria desemboca en el Duero. Es el caso del valle del Duero entre Peñafiel y Tudela, donde las arenas se sitúan, preferentemente, al sur del río; no obstante, sin que falten algunos ejemplos en que llegan a sobrepasar el Duero (por ejemplo a la altura de Olivares de Duero). Estas arenas, modeladas por los vientos pueden formar dunas que, en los puntos de acumulación eólica, pueden alcanzar espesores de entre 10 y 15 m, derramados por las laderas contiguas al cauce del Duero; en otros sectores se aprecia el modelado en pequeñas dunas parabólicas –de tipo “barkhan”–, o simplemente formando cordones dunares que destacan de 1 a 3 m (caso de Portillo y Traspinedo).

Desde el punto de vista paisajístico nuestro sector, se distingue por unas **formas de relieve** que se caracterizan por ser escasamente accidentadas, configurando el dominio de planicies perfectamente horizontales, algo, por otra parte, muy propio del sector de Páramos Calizos en que se ubica.

Este es el aspecto que ofrecen los valles de los dos grandes ríos que discurren por el territorio objeto de nuestro estudio, los cuales constituyen extensas planicies modeladas en los aluviones pleistocenos y subactuales. Es el caso del ancho valle del Duero (más de 5 km de media) en todo su discurrir por este ámbito. Aquí lo dominante es una planicie extensa que sólo presenta alguna “complicación” con la presencia de terrazas que introducen escalones o relieves destacados en forma de cordales paralelos al río. Aunque, en general, el cauce actual de este río enlaza con las laderas, ubicadas al Norte y al Sur, por medio de suaves rampas, a modo de glacis, con pendientes sostenidas de unos 5°. En algunos sectores las inclinaciones pue-

den ser abruptas, en muchos casos formando auténticos “cortados”, debidos a la erosión lateral de los múltiples meandros que, en nuestra zona, describe el río. De este mismo tipo de erosión es responsable el Duratón entre los yacimientos de El Castillo de Rábano y La Valteina de Peñafiel. No obstante lo abrupto es también la excepción en el valle del Duratón. En efecto, lo dominante es una planicie, en este caso bastante más angosta, que enlaza con los páramos al Este y al Oeste.

Asimismo, los dos ríos principales han desgajado (también en menor medida otras vías de agua de menor entidad) trozos del conjunto de los materiales miocénicos, que han quedado destacados y aislados, como formas de relieve, entre valles y campiñas. Se trata de lo que se conoce como cerros-testigo por su relación con la altitud y las litofacies de los páramos que circundan a la red fluvial. Se clasifican en dos tipos según la fisonomía del conjunto de laderas y culminación y según la mayor/menor extensión de ésta: cónicos y tabulares. Entre los primeros podemos citar, por ejemplo, el cerro de El Castillo, sobre cuyas faldas se desarrolla el núcleo urbano de Curiel, las “mamblas” entre el arroyo Jaramiel y el Duero (municipios de Villabáñez y Tudela de Duero), o la Atalaya de Pajares al Sur-Suroeste de Padilla de Duero. Una magnífica muestra de cerro-testigo tabular es el que sirve de asiento al castillo de Peñafiel.

En ambos tipos de cerros sobre sus laderas dominan las, así denominadas, vertientes regularizadas. Esto es razón de su recubrimiento generalizado por derrubios de soliflucción finipleistocénicos en forma de coladas (espesores entre 0’3 y 2 m) y caballones o escalones, correspondientes a los frentes de éstos. Han quedado vertientes con una formación de recubrimiento sobre los materiales miocenos y con pendientes de 15° a 25°, en las vargas y cantiles del tercio superior de las laderas pueden rondar los 40°.

En otros sectores el contacto entre el valle y las altiplanicies (su culminación habitualmente se sitúa entre 840 y 880 m de altitud sobre el nivel del mar) se establece por medio de espigones o espolones de los páramos no desgajadas del todo del conjunto de éstos, pero que constituyen avanzadas o miradores con respecto a amplias áreas más bajas circundantes. Es el caso, por ejemplo, del espigón ocupado por el yacimiento de El Gurugú de Bocos de Duero que desempeña la función de privilegiada atalaya en la vigilancia de una extensa zona del valle del Duero.

En general en la zona de los Páramos Calizos también hay otros espigones, cerros testigo y, además, valles que comunican otros paisajes contiguos distintos. Por tanto esta comarca, aunque en algunos sectores son altiplanicies o mesetas tabulares, en realidad constan de áreas culminantes, entre las que se intercalan con profusión valles fluviales de fondo encajado entre 20 y 80 m. Se trata de valles pequeños por su longitud y anchura, pero de gran importancia agraria y paisajística. Esto

último en virtud de que tienen perfil transversal en cuna (sectores altos de los valles) o en artesa (fondo plano), lo que atestigua la geomorfogénesis periglacial durante los últimos periodos glaciares; hecho este que queda también constatado en las coladas y caballones de soliflucción finipleistocénicos que recubren las laderas.

Un aspecto importante a contemplar en el estudio del relieve es el de **la erosión**. Ante todo hay que dejar sentado que se trata de un fenómeno natural que se ha dado siempre en nuestro sector, aunque no siempre han tenido la misma extensión e intensidad.

Podemos apuntar que en la actualidad la trascendencia de los procesos geomorfogenéticos erosivos es menos intensa que en tiempos pretéritos, debido tanto al control antrópico del caudal de los grandes ríos, como al papel eficazmente protector de las coladas de soliflucción, que tapizan la mayor parte de las laderas. También debemos apuntar que el índice de erosión es variable según la zona del ámbito estudiado de que se trate; en concreto, podemos apuntar que es más intensa en los cerros aislados y extremos de espigones, que presentan laderas acarcavadas con fuertes pendientes, más acusadas en la solana que en la umbría (en efecto, la erosión alcanza sus cotas más altas en ciertos sectores de las laderas de solana –con unos 20° de pendiente– en razón de los contrastes térmicos y, sobre todo, de la sequedad estival interrumpida por tormentas de alta intensidad pluviométrica). En algunos casos la cima plana ha desaparecido para convertirse en un agudo vértice. Esta circunstancia ha incidido en buen número de yacimientos arqueológicos.

Al pie de los cabezos y junto a los rellenos de valle existen laderas de acumulación con suaves pendientes (del 5 al 10%), muy apropiadas para pequeños asentamientos de cronología protohistórica. En estas laderas se produce el tránsito del material procedente de los taludes más empinados y cimas hacia los fondos, lo que provoca acumulaciones de sedimentos que en ocasiones sepultan antiguos vestigios.

Uno de los mayores problemas erosivos es el que guarda relación con el avance de los barrancos, a los que se asocian efectos de subfusión o “piping”. Los barrancos y sus ramificaciones han incidido sobre determinados depósitos arqueológicos, seccionándolos verticalmente o acarcavando gran parte de la superficie de los mismos.

Pese a la incidencia de todos estos procesos naturales hasta aquí referidos, podemos decir que la verdadera amenaza para la integridad de las litofacies, formaciones de recubrimiento y de origen arqueológico en general, proviene de la actividad extractiva de las canteras. Estas prosiguen su avance en las calizas y margas yesíferas del Mioceno medio y superior de Quintanilla de Onésimo. La extracción de áridos sigue

vigente y a mucho mayor ritmo en las terrazas del río Duero y en los aluviones subactuales de nuestro sector. Aquí radica el mayor peligro de la actividad extractiva antrópica, pues afecta a determinados relieves destacados que dieron cobijo a grupos humanos protohistóricos. De hecho, según hemos podido constatar, las graveras abiertas en El Soto de Tobilla de Tudela de Duero y El Camino de la Aceña de Padilla de Duero, han propiciado la práctica desaparición de otros tantos yacimientos arqueológicos de esta época.

La suma de todos estos hechos nos llevan a efectuar dos consideraciones, que más adelante evaluaremos, que tienen que ver con la naturaleza de los datos recogidos en la prospección:

- La necesidad urgente que existía de llevar a cabo una prospección sistemática de la provincia de Valladolid a fin de evitar una pérdida de información todavía mayor y del todo irreversible.
- El importante contingente de datos que puede haber desaparecido y cuya recuperación jamás será posible.

Estrechamente relacionada con todo lo que venimos enumerando se encuentra la **Edafología**. A continuación hacemos una clasificación de los suelos que actualmente se identifican en nuestro territorio, atendiendo a sus caracteres principales: estructura, profundidad, etc. Ha de entenderse que en algunas zonas, los caracteres edafológicos pueden haber variado con el discurrir del tiempo por efecto de los cambios en el régimen climático y, principalmente, en los usos del suelo (por ejemplo, la desaparición de la cubierta vegetal. Estos son los principales tipos identificados:

- **Fluvisoles:** Son suelos jóvenes, formados por la acumulación de finas capas de arenas y limos depositados por la escorrentía laminar en el fondo de los valles de los ríos. Químicamente son pobres en elementos nutritivos que deben aportarse mediante abonado, lo que puede hacer de ellos suelos de elevada productividad. Pertenecen a este tipo las vegas del Duero y el Duratón. Los valles de estos ríos, pese al importante aporte cálcico que reciben tienen una importante tendencia a la descalcificación y constituyen el dominio de los Fluvisoles eutríticos y dístricos.
- **Litosuelos:** Son suelos que están limitados en profundidad por la presencia de roca continua y dura a poco más de 10 cm. desde la superficie. Las cuestas de los páramos, sobre las margas y las calizas, son el dominio de estos suelos, que pueden asociarse a xerorendsinas y cambisoles cálcicos, donde la pendiente es más suave.
- **Cambisoles:** Son suelos que se caracterizan por el desarrollo de un horizonte de cambio que da lugar a que su

estructura y textura sean muy distintas a las de los materiales de base. Se extienden por la superficie horizontal del páramo (este ámbito constituye el dominio de los cambisoles cálcicos, que pueden asociarse a rendsinas y regosoles), sobre las calizas finimiocénicas, pues proceden de la alteración *in situ* de éstas, de las que derivaron arcillas de descalcificación y “terra rossa”. A lo largo del Cuaternario, distintas alteraciones climáticas, han propiciado perfiles de 30 a 80 cm. La mayoría de los cambisoles, debido a su versatilidad, reúnen buenas condiciones para el cultivo –por lo que, en la actualidad, suelen labrarse de continuo–, en tanto que presentan buenas aptitudes para cultivos cerealistas y para otros cuya parte avalorada es subterránea (remolacha, patata, etc.). Al mismo tiempo poseen magnífica aptitud forestal.

- **Regosoles:** Son suelos procedentes de materiales no consolidados. Pueden ser dístricos: formados generalmente sobre arenas ácidas, o calcáreos: cuando contienen carbonatos en el intervalo de 20 a 50 cm de profundidad. En nuestro sector, los primeros son característicos de las zonas cubiertas por arenas de origen eólico, especialmente, en las proximidades del Duero, sobre las arenas establecidas en el valle de este río y en el del arroyo Valcorba. Los segundos pueden aparecer, muy puntualmente, en manchas aisladas sobre la “terra rossa” de los páramos.

2.2 Climatología e hidrología

El clima del área estudiada, situado en el centro de la cuenca del Duero, forma parte del dominio Mediterráneo frío (o fresco), caracterizado por su gran aridez estival y precipitaciones moderadas de distribución irregular. Los veranos son cortos y moderadamente cálidos y los inviernos largos y fríos, con un temperatura promedio que se sitúa en torno a los 17 °C.

Debido a la acusada continentalidad las situaciones atmosféricas de estabilidad dominan sobre el territorio vallisoletano durante el verano y están presentes también en el resto del período anual. Esto, junto con la localización en el interior de la Península Ibérica y las montañas que rodean el solar castellano-leonés explican la moderada cuantía media anual de las precipitaciones. El índice modal de precipitaciones de la provincia se sitúa entre 400 y 500 mm anuales. Sin embargo, ateniéndonos a los últimos estudios llevados a cabo en este campo, sabemos que en nuestra zona situada en el sector Este de la provincia se documenta una mayor cuantía de precipitaciones. De hecho se ha podido comprobar que se sitúa entre los 500 mm, en el tramo correspondiente al valle del Duero, y los 600 en la comarca de los Páramos Calizos situados al sur de este río.

Este aumento de la pluviosidad en nuestro sector respecto al resto de la provincia tiene su razón de ser en relación con su mayor altitud media, constante ésta muy relacionada con el aumento en la efectividad pluviométrica.

Las lluvias de carácter equinoccial, son más abundantes entre octubre y diciembre, alcanzándose el máximo en este mes, y entre marzo y junio, con un máximo en el mes de marzo. Las mínimas se producen entre julio y agosto, pero también en Febrero.

Otra peculiaridad de las precipitaciones de este sector, de gran trascendencia agraria, ecológica y económica, radica en su marcada irregularidad interanual. Ésta, que debe asemejarse a la del resto de la provincia, es tan importante que alcanza proporciones de 1 a 3'5. Baste como ejemplo recordar que en aquellas comarcas vallisoletanas que tienen un promedio de precipitaciones entre 400 y 500 mm, se han registrado volúmenes anuales de en torno a tan sólo 200 mm, mientras que en otros años se alcanzan los 700 mm. Esta variabilidad no es sólo anual, sino también intermensual, pues el 60% del total de las precipitaciones tiende a concentrarse en tres meses. Son diferencias muy notables con trascendencia económica y en el conjunto del medio físico. Buena prueba de ello es que los procesos geomorfogenéticos de erosión se acentúan en los años más húmedos, o a causa de los episodios lluviosos de origen tormentoso que se producen en los veranos. Todo ello conlleva que el efecto erosivo sea notable y el aprovechamiento del suelo y las plantas escaso (rápida circulación superficial).

La temperatura media anual oscila entre 10 y 12 °C. El mes más cálido es julio, con frecuentes olas de calor en que se alcanzan los 40'2-42'8°C. El mes más frío es enero. El marcado carácter continental de la zona viene señalado por la fuerte oscilación térmica diaria, que en verano puede llegar a los 16 ó 18 °C, y por la oscilación térmica anual, que varía entre 43 y 54 °C.

La formación de nieblas, persistentes que pueden durar varios días, en los valles y zonas bajas, es uno de los componentes importantes del clima de nuestro sector y de su personalidad. Determinan una fuerte acumulación de frío que no se resuelve durante el día y que reduce la ventaja térmica de las zonas bajas con respecto a los páramos.

La red fluvial que recorre la provincia de Valladolid tiene una dimensión, en cuanto a recursos hídricos se refiere, muy superior a la que aportan las precipitaciones locales, las cuales en nuestro sector alcanzan, recordemos, un valor modal de entre 500 y 600 mm/m² por año. Afortunadamente, de cara a su habitabilidad y a la utilización del medio físico, el territorio vallisoletano en general se beneficia de ser el lugar de confluencia fluvial más importante de Castilla y León y de la cuenca del Duero, puesto que forma parte de las llanuras cen-

trales de dicho territorio, donde convergen buen número de colectores procedentes de las cordilleras Ibérica, Central y Cantábrica. En el sector objeto de nuestro estudio se produce la confluencia de dos de los ríos que forman parte de la red fluvial principal o *de primer orden* de la Meseta Norte: el Duero y el Duratón. El Duero, que constituye el eje longitudinal del territorio, es el curso de agua principal y aún sangrado por los canales de riego, en la actualidad tiene un caudal medio anual de 42'8 m³/segundo a la altura de Peñafiel. Aparte de este río, el Duratón que vierte sus aguas al Duero en Peñafiel es más modesto. Estos ríos tienen caudal permanente, si bien presentan fuertes estiajes en julio y septiembre, que se plasman en reducciones de al menos diez a veinte veces por debajo del volumen medio. Además, el régimen de estos dos ríos es nivopluvial con máximos de caudal primaverales, debidos al deshielo de las nieves acumuladas en las cordilleras Ibérica (caso del Duero) y Central (caso del Duratón).

Junto a estos dos ríos de carácter de principal, en nuestro territorio se instala una red hidrográfica de alcance local (de tercer orden en palabras empleadas por los geógrafos), propiciada por la naturaleza geológica del terreno. Nuestra zona, por su situación, se incluye hidrológicamente en el sistema acuífero central detrítico de la cuenca del Duero, que aporta una serie de recursos hídricos subterráneos que sin duda contribuyeron a paliar el déficit que las aguas superficiales tienen en esta región, bien mediante el recurso a los manantiales o fuentes que afloran por doquier en las cuestas del páramo, bien por la aparición de charcas y humedales que aparecen superficialmente y en gran abundancia en las zonas de arenas que ocupan los terrenos llanos situados al Sur del Duero.

De entre estos acuíferos subterráneos, que, por cierto, reciben la denominación de superficiales por estar muy someros, cabe destacar, por lo que ahora a nosotros atañe, aquellos que se han formado en los páramos del Cerrato y en los de Montemayor y Campaspero, así como los de los arenales del Sur del Duero y los aluviales de este río.

El freático de los páramos se forma en la zona de contacto entre calizas y margas, se rellena lentamente por filtración de las aguas de lluvia a través de las fisuras y oquedades de las calizas. Aquí se forma un manto acuífero que, amén de múltiples manantiales y fuentes que surgen en los bordes de los páramos, posibilita la existencia de una red hidrográfica de alcance local que alimenta un respetable número de arroyos, la mayor parte de los cuales tienen su origen y desarrollo dentro de la zona estudiada. Es el caso, en la margen derecha o septentrional del Duero, de los arroyos de Congosto, Madre, etc.; y en la margen izquierda o meridional del Duero tenemos casos tan representativos como los arroyos Valcorba, Valimón, Cogeces, Valdecelada, Botijas, etc. Todos estos arroyos discu-

ren por estrechos valles, que disecan los páramos, tienen perfil transversal en artesa y su fondo, plano, está encajado de 20 a 80 m. Los integrantes de esta red fluvial tienen un régimen pluvial y estacional. Su estiaje es tan marcado que el caudal falta en verano y en las épocas secas; es decir sólo tienen escorrentía subaérea en los periodos intra-anales (principalmente invierno y primavera) que desde un punto de vista climático adquieren la cualidad de húmedos.

Por su parte los acuíferos que se forman en los lechos aluviales de los ríos y arroyos tuvieron menor importancia. Esta clase de humedales –charcas o lavajos– tuvieron escasa importancia en nuestra zona y, de hecho, hoy en día no subsisten debido a la intervención humana. No obstante sabemos de su existencia por la pervivencia de los topónimos que recibieron. Se pueden citar en este aspecto, como el más significativo, el denominado Laguna Redonda en Traspinedo. Sin duda, la existencia de estos humedales propició emplazamientos excepcionalmente adecuados, por permitir la abundancia de charcas y empradizados, para el establecimiento humano. De hecho en las proximidades del acuífero citado se detecta la presencia de un importante hábitat: El Carrascal.

2.3 La Vegetación

La realidad del paisaje vegetal de nuestro sector, inscrito en el panorama general vallisoletano, es un paisaje fuertemente humanizado, marcado por el uso humano del suelo, que se resiente de la deforestación tradicional que, prácticamente, ha continuado hasta la actualidad a un ritmo realmente alto, con el objeto de ampliar las tierras de cultivo y las superficies de pastoreo. Debido a esta práctica general podemos apuntar que en nuestro territorio, de hecho, los cultivos cubren buena parte de las tierras llanas y amesetadas (rondaban en 1988 el 46'56% de la superficie), en ocasiones con muy bajo índice de aprovechamiento, relegando la vegetación natural a aquellas zonas que resultan menos aptas para la agricultura. Si a ello unimos un 6'13% de tierras con matorral y pastizal, susceptibles de ser sometidas a aprovechamiento pecuario, encontramos que el 35'07% se halla ocupado por arbolado (pinar, principalmente) y que el 12'20% resulta improductivo.

Aunque faltan estudios bioclimáticos en profundidad sobre la evolución de la cobertura vegetal en nuestro sector a lo largo de la Historia, cabe pensar que las masas arboladas (según todos los indicios el bosque original de esta provincia era un bosque mixto de encinas a las que se asociaban quejigos y sabinas) poblaban áreas mucho más extensas que las actuales. De hecho sabemos que los páramos, que en general estuvieron densamente poblados de árboles hasta el siglo XIX, están ahora en buena medida deforestados como consecuencia de la

22 desamortización, que puso en cultivo extensas superficies. Otras zonas en cambio tuvieron que cobijar un matorral más denso de porte arbustivo (coscoja, escambrón...).

Hoy en día, estas son las principales unidades vegetales que cubren la fisonomía de La Ribera y de los páramos que la enmarcan:

En nuestro sector la más arbórea mas abundante es, sin duda alguna, el Pinar, presente de uno u otro modo en la mayor parte del territorio investigado. Es obligado señalar que, en buena medida, se trata de un bosque cultivado (fruto de repoblaciones artificiales planteadas, principalmente, durante la primera mitad del siglo XX), ordenado para obtener el producto del piñón, la resina o la madera. En cuanto a la distribución geográfica de las distintas especies de pináceas, comenzaremos por apuntar que en nuestro sector, frente a lo que ocurre en la generalidad del territorio vallisoletano, se observa un claro predominio del pino resinero (*Pinus pinaster*), el cual ocupa una amplia extensión, sobre todo, en el dominio de los páramos de Campaspero-Montemayor. En este sector las masas de pinar, que recubren importantes sectores de la paramera que se extiende desde Portillo hasta los municipios de Montemayor de Pililla, Cogeces del Monte, etc., descienden hacia el valle del Duero, siguiendo el arroyo Valcorba, llegando a Sardón y Quintanilla de Abajo, donde ocupan algunos sectores en pleno valle del Duero con cobertera arenosa. En general se trata de bosques bastante densos en los que la citada especie, predominante, se asocia con el pino piñonero, encinas, quejigo, sabina albar y sabina negra y con un sotobosque variado en el que destacan las jaras y determinadas espe-

cies olorosas (romero, tomillo, etc.). El pino piñonero (*Pinus pinea*) caracteriza el pinar de modo dominante a lo largo de las arenas eólicas y las terrazas bajas de la margen izquierda del río Duero. Deben destacarse una serie de importantes manchas situadas en los municipios de Sardón, Quintanilla de Onésimo y de Arriba, Padilla, Pesquera de Duero y Peñafiel. Las cuestas de los páramos, por último, son el dominio de las recientes repoblaciones de pino carrasco (*Pinus halepensis*), que raramente llegan a alcanzar el carácter de bosque, ofreciendo por lo general el aspecto de matorral por el escaso desarrollo de los pinos a causa de las difíciles condiciones edáficas y climáticas.

Las encinas (*Quercus rotundifolia*), aunque gracias a su carácter ubicuista tienen alguna forma de representación por todo nuestro territorio, sólo alcanzan una representación significativa en las parameras. Aquí suele aparecer en forma de manchas arboladas muy aclaradas, adhesionadas, o en formación más espesa, de monte alto, asociada al rebollo y la sabina. Las principales masas se localizan en los términos de Cogeces, Montemayor de Pililla y Sardón de Duero.

El quejigo (*Quercus faginea*), se asocia frecuentemente a los montes de encina. Los quejigos suelen aparecer formando monte bajo. No obstante en las laderas de umbría al Sur del río Duero, el quejigo se está comportando como una especie plenamente colonizadora. Es el caso de las umbrías del valle del Duero en los municipios de Castrillo de Duero, Traspinedo y Tudela, donde los quejigales, en expansión, que cuentan con sectores de monte alto y pies netamente arbóreos, están contribuyendo a paliar el problema del avance de la erosión en las laderas.

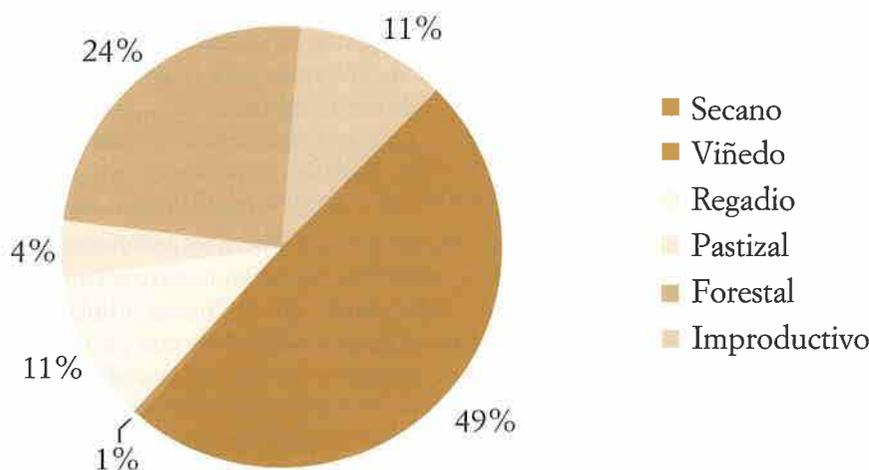


Fig. 3. Distribución de los usos del suelo (según VV.AA 1988).

La sabinas (*Juniperus thurifera* y *Juniperus phoenicia*) aparecen en los bosques mixtos de los páramos, asociadas a encinas, quejigos y pinos. No llegan a formar bosques sino que se presentan en forma de pies aislados o de pequeños conjuntos.

Finalmente diremos que por lo que concierne a la vegetación de ribera sólo el curso del Duero alberga masas ripícolas de entidad, pues el retroceso de estas especies es palmario en el caso del río Duratón, que presenta una vegetación de ribera muy discontinua, representada por algunos pies de chopo en hilera o pequeños sotos de plantación. En las márgenes del Duero predominan los ejemplares arborescentes de chopos (*Populus nigra*) y álamos (*Populus nigra*) que se mezclan con especies que, como los fresnos (*Fraxinus angustifolia*), alisos (*Alnus glutinosa*) y mimbreras (principalmente *Salix fragilis*) tienen un papel secundario. Al inconveniente ecológico de la poca diversidad de especies, hay que unir el retroceso que ha sufrido en la zona vegetación arbórea ripícola por las deforestaciones y la acción de la grafiosis, cuya acción ha sido, también en nuestra zona letal para los olmos.

2.4 Usos y aprovechamientos

En general la agricultura es el aprovechamiento de mayor importancia en nuestro territorio, no en vano nuestras tierras siguen la pauta de las tierras centrales de la cuenca del Duero donde la agricultura cerealista, como es bien sabido, es la actividad económica más importante con mucho del campo meseteño. De hecho, podemos decir, que el aprovechamiento ganadero en los pueblos de nuestra zona tiene una incidencia muy reducida. Hoy en día la cabaña ovicaprina es prácticamente la única documentada en la zona. Dicha cabaña en la actualidad se halla estabilizada y, en general, se limita a un par de rebaños –de unas 300 cabezas cada uno– por término municipal. Pese a no constituir un número excesivo de animales, lo cierto es que ejercen una notable presión sobre la vegetación. Ello se debe a que el avance notable de la agricultura, en muchos puntos ha relegado a los rebaños a zonas de pendiente con frágil equilibrio

ecológico, aquellas, precisamente, en las que aún quedan restos de la vegetación original.

Como ya hemos apuntado en la actualidad el 46'56% del territorio se encuentra roturado y, en buena medida, dedicado a cultivos extensivos cerealistas de secano: cebada y trigo (49%). A ellos hay que unir un importante porcentaje de explotaciones en regadío. Éstas se concentran, como es lógico, en la zona correspondiente a La Ribera y estando dominadas por la remolacha y los cultivos hortícolas (11%). Hay que apuntar que a pesar de la fama de los vinos de La Ribera del Duero la extensión que se dedica al viñedo es bastante reducida (1%) (Fig. 3). La razón estriba en que los suelos de gravas y las terrazas, aptos para la vid y difíciles para otros cultivos, se presentan de forma muy discontinua, de modo que la mayoría de los suelos tienen otras aptitudes.

También consideramos interesante apuntar que el uso forestal juega un papel importante en el territorio por nosotros estudiado (24%). Ello se debe precisamente a que el bosque en algunas zonas concretas el paisaje vegetal dominante es el forestal. Este es el caso, por ejemplo, de lo que ocurre en el término de Montemayor de Pililla, donde el pinar llega a ocupar más de la mitad (57%) de su superficie, siendo la explotación de este recurso bastante intensa y persistente. Podemos apuntar que, en efecto, la explotación del pino resinero ha sido crucial en este sector, al menos hasta finales de la década de los 60 en que los precios de la resina se derrumbaron estrepitosamente.

Como puede deducirse de todo lo expuesto hasta ahora, La Ribera vallisoletana y el sector de páramos que la enmarca presentan hoy en día un paisaje sumamente humanizado. En este paisaje tan modificado por la actividad de sus pobladores hemos recuperado los vestigios del pasado remoto del hombre que las habitó. A partir de ellos intentaremos responder a las preguntas básicas que los arqueólogos siempre se plantean: cuándo, cómo, dónde y por qué estos primitivos habitantes de la Prehistoria Reciente fueron desarrollando sistemas de subsistencia y de explotación del medio.

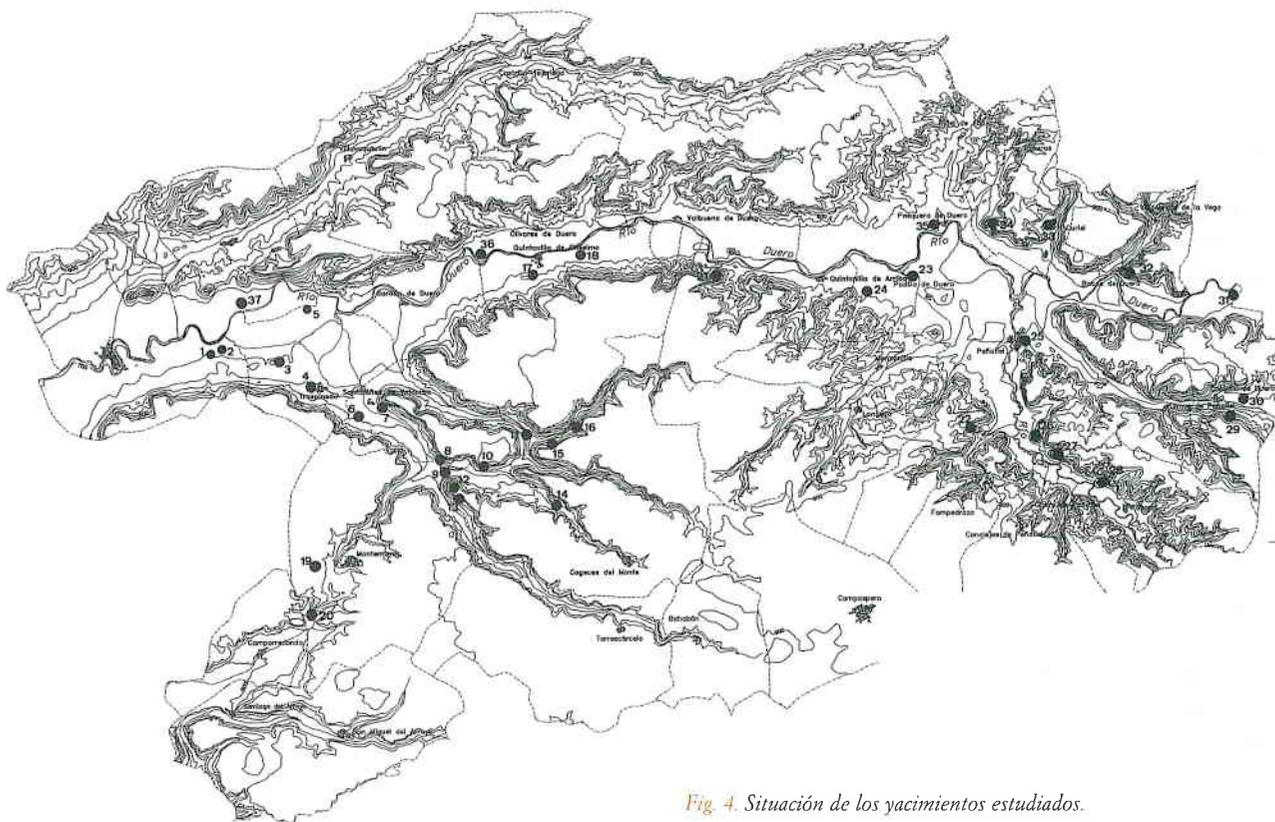


Fig. 4. Situación de los yacimientos estudiados.

Relación de yacimientos representados en la Fig. 4.

1. Soto de Tovilla I (Tudela De Duero).
2. Soto de Tovilla II (Tudela De Duero).
3. El Carrascal (Traspinedo).
4. La Ermita (Traspinedo).
5. El Estepal (Traspinedo).
6. El Roble (Santibáñez de Valcorba).
7. Los Arenales (Santibáñez de Valcorba).
8. Cojuncillos (Santibáñez de Valcorba).
9. Valdecelada - I (Santibáñez de Valcorba).
10. Valdecelada II (Cogeces del Monte).
11. Casa de Valimón (Santibáñez de Valcorba – Cogeces del Monte).
12. La Plaza (Cogeces del Monte).
13. Los Poyatos-El Quiñón (Cogeces del Monte).
14. El Carrizal (Cogeces del Monte).
15. Cueva de Valdelaperra (Cogeces del Monte).
16. Valdelaperra II (Cogeces del Monte).
17. El Cementerio-El Prado (Quintanilla de Onésimo).
18. Matabueyes - Pinos Claros (Quintanilla de Onésimo).
19. El Pino La Horca-Los Valles (Montemayor de Pililla).
20. Los Pinos del Cubola Dehesilla (Montemayor de Pililla).
21. Pico del Castro (Quintanilla de Arriba).
22. Pico de Las Cuevas (Aldeayuso).
23. Gravera Camino de La Aceña (Padilla de Duero).
24. Fuente de Antequera I (Padilla de Duero).
25. El Castillo (Peñafiel).
26. Pico de La Mora (Peñafiel).
27. La Bellida. (Peñafiel).
28. El Castillo (Rábano).
29. La Robleñada (Castrillo de Duero).
30. Revillalba-Uncabo (Castrillo de Duero).
31. Casa de Margüello (Castrillo de Duero).
32. El Gurugú (Bocos de Duero).
33. El Castillo - La Loma del Barcial (Curiel de Duero).
34. Las Pinzas (Curiel de Duero).
35. Las Eras (Pesquera de Duero).
36. Zurita (Olivares de Duero).
37. Viñas de Abajo (Villabáñez).

RECUPERACIÓN DE LA INFORMACIÓN ARQUEOLÓGICA: LA PROSPECCIÓN Y LOS TRABAJOS DE EXCAVACIÓN

1. INTRODUCCIÓN

Como se apuntó en el capítulo introductorio, nuestra investigación pretende abordar el estudio de las estaciones arqueológicas propias de una etapa –la Edad del Bronce– y una región geográfica –el sector vallisoletano de La Ribera del Duero–, muy concretas. Con dicho estudio buscamos, en primera instancia, formular un esbozo de la cronología y del patrón de evolución cultural de la región; al tiempo, y a una escala más amplia, pretendemos integrar los datos obtenidos en el contexto de la Meseta Norte. Con todo ello, a nuestro entender, estaremos en condiciones de contribuir, de forma más o menos directa, a la reconstrucción de los periodos tardíos de Prehistoria Tardía de nuestra región que, al menos en algunos aspectos, se encuentra peor caracterizado.

Como es bien sabido, la recuperación de la información arqueológica dispone de dos sistemas fundamentales: la excavación y la prospección. Tradicionalmente su consideración en España ha resultado muy desigual, llegando a plantearse en términos de dicotomía.

Durante muchos años, la excavación llegó a ser contemplada como el único sistema fiable y profesional, relegando la prospección a una actividad de aficionados y curiosos (incluso excavadores furtivos), carente de sistematización. Será a principios de los 80, con la llegada de las influencias de la “Nueva Arqueología” y el interés por lo que algunos han denominado las “Nuevas Aproximaciones Arqueológicas” (Ruiz Zapatero, G. 1990: 38), han contribuido a cambiar en buena medida el panorama. En este sentido, cabe apuntar que lo que cabría denominar prospección tradicional, en nuestro país, fue una labor de paseantes y aficionados, que empleaban sus horas libres en este menester, de forma totalmente individual y sin respaldo institucional. Se trataba de actuaciones de naturaleza intuitiva, de carácter selectivo, con el fin único de localizar nuevos hallazgos o yacimientos de cara a la futura excavación de aquellos lugares que pudieran resultar “más interesantes”. Dichas acciones carecían de un diseño o estrategia, y en ellas se primaba la información que pudieran aportar determinados informadores locales, a los que se le llegaba a proporcionar algún tipo de cuestionario, sobre la inspección directa sobre el terreno (Ruiz Zapatero, G. 1990: 35-38). A la hora de la publicación, era lugar común la no explicitación de los métodos y técnicas empleadas. La mejor plasmación de estos rasgos en nuestro ámbito provincial, imagen de lo que sucedía al tiempo en el entorno peninsular, fueron obras como la carta arqueológica provincial (Valladolid 1974) y algunos otros trabajos de alcance comarcal (Mañanes Pérez, T. 1979 y 1983), entendidos como un repertorio de yacimientos plasmados cartográficamente. En ellas primaba el estudio individualizado

de los restos localizados sobre el análisis del conjunto (poblamiento), ajeno a consideraciones de mayor alcance, sobre las circunstancias de recogida de la información y de las posibilidades de la prospección.

En la investigación anglosajona, ya desde mediados de la década de los 60 se manifestaron los primeros cambios en el concepto de prospección (Binford, L. R. 1964), planteándose dentro del marco general de un diseño de la investigación y tomando en consideración las técnicas de muestreo.

Fue en los 70 cuando aparecieron las primeras obras de síntesis, más o menos extensas, en las que se contemplaba el trabajo prospectivo orientado hacia la resolución de problemas predefinidos y se planificaban proyectos multivariantes en los que la prospección se concibe en paridad a la excavación (Redman, C. L., y Watson, P. J. 1970). Se estableció a la par la base metodológica y los rigurosos planteamientos en las técnicas de muestreo aplicadas a este campo (Mueller, J. W. 1975). Finalmente, todas las experiencias de campo se plasmaron en trabajos en los que se abordaba la amplia problemática de la prospección, atendiendo a factores como la medición de la intensidad, el concepto de yacimiento, los parámetros que influyen en la recogida de la información (visibilidad, perceptibilidad, accesibilidad) (Schiffer, M. B., Sullivan, A. P., y Klinger, T. C. 1978; Plog, S., Plog, F., y Wait, W. 1978 y Ammerman, A. G. 1981 en la escuela americana), etc.

Otra vía que se abrió es la denominada investigación geoarqueológica, con el numeroso trabajo de los pioneros K. W. Butzer y C. Vita-Finzi, que se plasmará en interpretaciones de síntesis crítica (Gladfelter, B. G. 1981 y Lewach, D. E., y O’Brien, M. J. 1981).

En la actualidad, el panorama actual en España ha cambiado drásticamente, acercándose y equiparándose en algunos casos al del resto de la comunidad científica europea y americana fundamentalmente. Se parte de la propia consideración legal de que la prospección se tipifica en paridad con la excavación, según se refleja en la Ley de Patrimonio Histórico Español (Ley 16/1985 de 25 de junio, Título V, artículos 41 y 42). Este cambio en la valoración de esta rama de la Arqueología corre a la par del que sufre la investigación, en fase de clarificación de sus planteamientos y metodologías, e incluso la situación socioeconómica del país (Fernández Martínez, V. M., Ruiz Zapatero, G., Martínez Navarrete, M.^a I., y Martínez Sánchez, C. 1991: 318). Hay una suma de factores que parecen haber influido en esta transformación (Ruiz Zapatero, G. 1990: 48 y Fernández Martínez, V. M., Ruiz Zapatero, G., Martínez Navarrete, M.^a I., y Martínez Sánchez, C. 1991: 318-319):

- El encarecimiento del coste de las excavaciones, casi siempre financiadas por la Administración pública, implica que se intente una mayor planificación de las intervenciones y se propugne la una búsqueda de alternativas a la investigación.
- El nacimiento de la llamada Arqueología de Gestión y la preocupación por la protección del Patrimonio, ante el avance de las obras públicas, Planes Generales de Ordenación del Territorio, Informes de Impacto Ambiental, etc.
- El surgimiento de proyectos de investigación sobre poblamiento, en los que se hace necesario un profundo conocimiento de la distribución de los yacimientos, solo obtenible mediante prospección.
- La receptividad, mostrada sobre todo por los investigadores más jóvenes, hacia las tendencias anglosajonas herederas de la “Nueva Arqueología”, ligada a su vez a una serie de progresos en arqueometría, detección y tratamiento de materiales arqueológicos.
- En la bibliografía española, se advierten indicios de cambio a partir de las Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica, desarrolladas en Soria en 1981, en las que se abordaron, entre otros, temas relacionados con las nuevas corrientes en esta disciplina y en la Arqueología Espacial. Ello tendrá continuidad con un par de trabajos incluidos en R.I.C.U.S. que plantean el diseño de la prospección (Ruiz Zapatero, G. 1983) y la aplicación de las técnicas de muestreo (Fernández Martínez, V. M. 1985). Al tiempo van surgiendo y desarrollándose proyectos de investigación, muchos de los cuales tienen su sede en universidades de la “periferia”, que van a marcar la pautas del sentido en que avanza la investigación: Proyecto de la Iberización en las Campiñas de Jaén (Ruiz Rodríguez, A. y Molinos, M. 1984; Ruiz Rodríguez, A. 1990), Poblamiento romano en Extremadura (Cerrillo Martín de Cáceres, E. y Fernández Corrales, J. M. 1980; Cerrillo Martín de Cáceres, E. 1990), Arqueología del Paisaje en Galicia (Criado Boado, F., Bonilla Rodríguez, A., Cerqueiro Landín, D., González Méndez, M., Méndez Fernández, F., y Penedo Romero, R. 1988 y Criado Boado, F. 1992), Área de Mora de Rubielos (Burillo Mozota, F., Juste, N., Peña, J. L., Perales, P., Porro, J., Picazo, J., Ruiz, E., y Sancho, A. 1984), La Edad del Bronce en la Provincia de Cuenca (Díaz-Andréu, M. 1994), Poblamiento de la Mancha Oriental (Fernández-Miranda, M. Fernández-Posse, M.^a D., Gilman, A. y Martín, C. 1995; Fernández-Posse, M. D., Gilman, A. y Martín, C. 2001) etc. Algunas claras muestras de la evolución en el concepto de prospección las hallamos en la reciente publicación de M. Miret y J. Soliás (1990), en la celebración en Salobreña (Granada)

de la 1ª Reunión sobre Prospección de Superficie, o en la reunión sobre Inventarios y Cartas Arqueológicas celebrada en Soria en 1991.

El panorama en Castilla y León ofrece un mayor retraso. No pretendemos en absoluto ser exhaustivos en la recogida de la información pues ello alargaría innecesariamente este capítulo que pretende ser introductorio.

Conocedores de todos estos supuestos decidimos poner en marcha el planteamiento de la prospección:

El paso previo a toda investigación es la elección del ámbito geográfico en que se habría de desarrollar. En la prospección dos factores fundamentales pueden condicionar esta clase de trabajos:

- Las necesidades de la disciplina científica (en este caso rellenar un vacío arqueológico).
- Las circunstancias personales de los integrantes del investigador y del equipo con que pueda contar (proximidad geográfica, conocimiento del terreno, disponibilidad económica, infraestructura, etc.)
- Los límites espaciales del territorio elegido para la investigación arqueológica pueden ser de tres tipos (Plog, S., Plog, F., y Wait, W. 1978: 385 y Ruiz Zapatero, G. 1983: 11):
 - > **Naturales:** Definidos por circunstancias topográfica, edáficas, de vegetación, etc.
 - > **Culturales:** Presuponen poseer una cierta información y una idea de unidad sobre la zona.
 - > **Arbitrarios:** Se asumen como límites los de carácter político-administrativos (límites, fronteras...) o de otro tipo (paralelos y meridianos).

Geográfica, histórica y administrativamente La Ribera del Duero vallisoletana forma una unidad bastante bien definida (Vid. Cap. III), en la que subyace una cierta variedad. A grandes rasgos podría definirse como una zona que tiene como eje el río Duero, con áreas de ribera en sus márgenes, al que vierten sus aguas una serie de exiguos afluentes, que han excavado unos valles encajados. Todos estos valles rompen el dominio de los altos páramos calcáreos, tan característicos de este sector de la cuenca del Duero. Sólo en el extremo W, a la altura de Tudela de Duero, el sector se “abre”, en la confluencia con el valle del río Pisuegra. Durante tiempo ha sido un territorio con escasa actividad económica, que desde hace unos años a comenzado a despertar cierto interés a los investigadores y turistas por el interés de su patrimonio cultural (por ejemplo, trabajos de Carlos San Mínguez en el entorno de “Pintia”, creación de nuevos museos en Peñafiel, etc.) y enológico (Denominación

de Origen Ribera del Duero). Esta también fue una de las motivaciones que impulsó nuestra elección.

Otro de los factores fundamentales, que ha ido adquiriendo importancia progresiva conforme avanzaba la investigación, ha sido el de conservar, siquiera el recuerdo, de los yacimientos. En este sentido diremos que el estado general de muchos de los enclaves es bastante deficiente, debido en unos casos a la imparable erosión que han sufrido muchos de los lugares; sobre todo los que se asientan sobre los márgenes de las parceras o el notable deterioro que han sufrido otros, por diversas actividades humanas (extracciones de áridos, plantaciones de nuevos viñedos, obras públicas diversas, acción de furtivos...). Urgía, por tanto, su documentación, y en muchos casos una excavación de urgencia que tratara de salvar lo poco que queda de ellos. Hoy sabemos que un buen número de los yacimientos que hoy aquí recogemos ya no existen o no existirán en un inmediato futuro. Como ejemplo podemos citar el caso de Soto de Tovilla I, dado a conocer por T. Mañanes (Mañanes Pérez, T. 1979), que ha desaparecido por completo y su superficie ha sido sustituida por el gran “cráter” de una gravera.

La información arqueológica que nos sirvió de partida, en el instante en que dábamos comienzo a nuestros trabajos (1.986), constituía, prácticamente, un yermo en lo que a información arqueológica se refiere (localizaciones conocidas, prospecciones y excavaciones). En efecto, los únicos datos con que, por aquellas fechas, contábamos consistían en unas pocas, desiguales e incluso, en ocasiones, erróneas noticias de hallazgos superficiales recogidos en publicaciones de diversa índole². Se daba el caso de que sólo uno de los yacimientos comprendidos en la zona: el castro de La Plaza (Cogeces del Monte), contaba con un estudio monográfico cuyas conclusiones fueron elaboradas a partir de los pocos materiales obtenidos en una breve intervención arqueológica³.

Ante todo lo expuesto, no debe extrañar que el intento de paliar esta evidente carencia de información se convirtiera en una de nuestras principales preocupaciones cuando iniciamos el diseño *del planteamiento teórico* sobre el que habría de basarse el futuro desarrollo de nuestro trabajo. Dentro de esta dinámica, en un principio, los objetivos prioritarios de nuestra investigación fueron los siguientes:

1. **Localizar el mayor número de asentamientos**; por ser éste el único medio de conseguir conocer las características generales del poblamiento de esta zona del Duero medio, lo más completo posible, sobre cómo se estructuró el poblamiento de la Edad del Bronce en la zona.
2. **Profundizar** en momentos poco conocidos de la Prehistoria Reciente en el Medio Valle del Duero, especialmente de la Edad del Bronce. Contábamos con datos de varios yacimientos, que permitían intuir un cierto nivel de desarrollo alcanzado durante la época citada.
3. **Recopilar** el mayor número de datos posible en cada uno de tales lugares a partir de su correspondiente prospección y, en su caso, excavación.
4. **Evaluar**, desde planos y puntos de vista diversos, los datos obtenidos; único medio a nuestro alcance para abordar el análisis de la cultura material de la época y establecer relaciones con otros ámbitos de la Meseta Norte.
5. **Contribuir**, en la medida de nuestras posibilidades, al conocimiento de los asentamientos al aire libre desarrollados en esta época en la zona y las estructuras de hábitat con ellos relacionadas.

Como ya se ha apuntado, el objetivo final que pretendíamos conseguir, conscientes de que nuestra labor tenía mucho de preliminar, no era otro que el de intentar perfilar un panorama general del periodo objeto de análisis, que habría de servirnos,

² En el momento de su publicación, la Carta Arqueológica de Valladolid (PALOL SALELLAS, P. de, y WATTENBERG, F. 1974) se constituyó en el compendio de todas las localizaciones arqueológicas conocidas en la provincia. Entre los diversos hallazgos que allí se recogen, se citan, sin gran lujo de detalles, ciertos materiales, procedentes de la vallisoletana Ribera del Duero, asimilables a la Edad del Bronce. Tal es el caso de los siguientes hallazgos: La Plaza en Cogeces del Monte; Las Pinzas de Curiel de los Ajos; El Arroyo Valcorba y El Caño en Montemayor de Pililla; El Camino del Cañal en Pesquera de Duero; El Castillo en Santibáñez de Valcorba y Viñas de Abajo en Villabáñez, la mayor parte de los cuales ya se habían visto reflejados en la bibliografía científica. El número de localizaciones, atribuibles a la Edad del Bronce, conocidas en el ámbito de nuestro estudio se vió ligeramente incrementado con las que se recogen en sendas publicaciones del Dtor. Mañanes Pérez (MAÑANES PÉREZ, T. 1979; Idem. 1983). En tales trabajos se atribuían a dicha fase materiales procedentes de lugares como: El Gurugú en Bocos de Duero; El Pico del Castro en Quintanilla de Arriba; El Soto de Tobilla en Tudela de Duero y El Castillo en Rábano.

³ DELIBES DE CASTRO, G., y FERNÁNDEZ MANZANO, J. 1981: 51-70. En el presente artículo, aparte de las interpretaciones derivadas de analizar los materiales presentes en La Plaza, los autores daban a conocer un mapa (p. 64) del poblamiento de la Edad del Bronce en el “Duero Medio y Bajo Pisuerga”, elaborado a partir de una revisión de los materiales y noticias publicadas al respecto. Allí, como es lógico, también se recogían las localizaciones, de dicho periodo, encuadradas en el estricto ámbito de la vallisoletana Ribera del Duero. El número de las identificadas se reducía a ocho.

a modo de hipótesis de trabajo, I) de sólido apoyo a futuras investigaciones y II) de adecuado muestrario a partir del cual podrían seleccionarse aquellos planteamientos y yacimientos que, debido a su interés intrínseco, pudieran constituirse en las puertas a través de las cuales abrir nuevas y sugerentes vías de investigación, de las que tan necesitado está el estudio de la Edad del Bronce Regional. El recurso básico para poder alcanzar todos estos objetivos propuestos ha sido el acercamiento al conocimiento del pasado de La Ribera mediante la prospección. En esta línea, inicialmente, se plantearon unas fase del trabajo, que nos hemos vistos obligados a modificar según cambiaban las necesidades y los condicionantes que el desarrollo de la investigación requerían y que, muy escuetamente se resume de la siguiente manera.

Inicialmente planteamos lo que se podría considerar como una “Prospección piloto”, es decir una prueba/ensayo destinada a “investigar” el territorio. Arranca del mismo momento en que veníamos desarrollando nuestros trabajos de excavación en el yacimiento de La Plaza en agosto y septiembre de 1986. Coincidiendo con el desarrollo de esta campaña se planteo un trabajo con los licenciados y licenciados que nos ayudaban en la excavación, con salidas por las tardes (la excavación tenía lugar por la mañana) al campo en el entorno próximo al yacimiento, sin planificación excesivamente detallada de las mismas ni cuantificación exhaustiva de los avances. La elección de la zona concreta de actuación fue accidental, incluyendo en ella principalmente la proximidad a la zona de residencia. En años sucesivos, hasta 1988, supervisamos buena parte del sector oriental de La Ribera vallisoletana, y mucho más intensamente los entornos próximos a los yacimientos que durante este lapso de tiempo (El Castillo de Rábano, El Castro de Quintanilla de Onésimo...) fueron sometidos a excavación; no en vano seguimos manteniendo la costumbre de prospectar por las tardes, mientras los trabajos de excavación se desarrollaban por la mañana. Se llevaron a cabo un total de 25 salidas. Los resultados obtenidos se tradujeron en la localización de 35 yacimientos arqueológicos, tanto de la Edad del Bronce, como de otras épocas no contempladas en nuestra investigación. Todas ellas han sido incluidas en el Inventario Arqueológico Provincial de Valladolid.

A partir de verano de 1988, tuvimos la intención de que nuestra prospección pasara a convertirse en un trabajo sistemático, con una estrategia de prospección a medio plazo en la que se contemplaba el estudio del territorio en una serie de fases a desarrollar de E a W. A tal fin no planteamos la necesidad de elaborar un plan de prospecciones que constaría de una serie de fases o campañas, a desarrollar en años sucesivos. A tal fin nos pusimos en contacto con algunos responsables en temas de Patrimonio de la Junta de Castilla y León, ya que teníamos la intención de presentar un plan concreto para llevar a cabo la prospección de la zona y, al fin y al cabo, esperábamos contar con una subvención de dicha entidad para desarrollar dichos trabajos. Se nos comentó la posibilidad de que ya que el Inventario Arqueológico de Valladolid había echado a andar allá por 1986, en vez de elaborar un plan específico para prospectar el territorio ribereño objeto de nuestra investigación, para economizar gastos y/o “maximizar recursos”, podíamos servirnos de los datos inéditos que pudieran ir surgiendo en la medida que avanzaban las prospecciones de la provincia de Valladolid.

La idea nos pareció sumamente interesante, máxime cuando, además, estábamos muy de acuerdo con la metodología de trabajo que se venía empleando en la confección de estas prospecciones arqueológicas vallisoletanas. De hecho, en su primera fase de ejecución los municipios investigados lo fueron de modo intensivo, lo que nos parecía muy apropiado para nuestros fines. No tenemos empacho en apuntar que una parte fundamental de nuestros conocimientos acerca de la realidad arqueológica del área estudiada nos vino dada por nuestra estrecha colaboración con los equipos responsables del **Inventario Arqueológico de Valladolid**⁴. Colaboración que queda claramente de manifiesto con sólo repasar las fichas del Inventario referentes a yacimientos de la Edad del Bronce de La Ribera. Allí se aprecia que muchos de estos lugares fueron localizados por nosotros, al tiempo que recogen buen número de apreciaciones realizadas por nosotros a los miembros del Inventario Arqueológico; incluso, en buen número de casos, adjuntan dibujos de materiales proporcionados por quien esto suscribe. En contrapartida, también es obligado indicarlo, parte de los datos que se incluyen en las fichas de nuestro

⁴ El Inventario Arqueológico de Valladolid, al igual que los que se desarrollan en el resto de las provincias incluidas en la Comunidad Autónoma de Castilla y León, surgió como consecuencia directa de dos hechos trascendentales, en lo que a la gestión del Patrimonio histórico de nuestra región se refiere. El primero es el traspaso de competencias, a nuestra Comunidad Autónoma (Ley Orgánica promulgada el 4 de febrero de 1983), y el segundo la publicación de la Ley sobre Patrimonio Histórico Español (promulgada el 25 de Julio de 1985 y desarrollada posteriormente mediante un Reglamento). Ambas circunstancias, sin duda, marcan un punto de inflexión a la hora de gestionar el Patrimonio Arqueológico que se traduce en la necesidad de alcanzar, a través de la realización de Inventarios Provinciales, el mejor conocimiento posible del Patrimonio Arqueológico de Castilla y León.

inventario de yacimientos, proceden de las observaciones que se recogen en las fichas elaboradas por los distintos miembros que han colaborado la elaboración de dicho Inventario. Esta indicación, a nuestro entender, nos exime de tener que citar en cada caso la ficha correspondiente del inventario Arqueológico de Valladolid que haga referencia al yacimiento por nosotros investigado.

Desde 1986 en que dieran comienzo, hasta 1997 en que concluyen, dichas prospecciones sistemáticas⁵ se han extendido por diversos ámbitos de la provincia, incluyendo la totalidad de los términos municipales que configuran el ámbito de nuestro estudio. La intensidad de la prospección no ha sido homogénea, en virtud de los cambios que, a lo largo del tiempo, se han producido en las directrices y criterios⁶ emanados del Servicio Territorial de la Consejería de Cultura y Turismo de Valladolid: organismo que a nivel provincial, y de acorde con sus necesidades, diseña este tipo de actuaciones. Si bien, en una primera fase, unos pocos municipios fueron investigados de modo intensivo; con posterioridad, consideraciones relacionadas con la economía de medios y de lograr el objetivo de la revisión provincial en un plazo medio razonable, implicó la aplicación en sucesivas campañas una metodología de prospección extensiva. Tales cambios de estrategia, si bien dificultan la cuantificación de los datos, en absoluto restan validez a la gran labor que ha realizado el equipo del Inventario Arqueológico Provincial⁷; un trabajo, entendemos, altamente satisfactorio, y que, a nosotros, nos resultó de gran utilidad.

Al tiempo que se realizaba esta prospección superficial, por nuestra parte, también procedimos a la recogida de información existente. Nos basamos para ello en los siguientes sistemas.

- A. Recopilación bibliográfica.
- B. Revisión de los fondos del Museo de Valladolid.
- C. Consulta de la fotografía aérea.
- D. Contacto con prospectores locales.

A. Recopilación bibliográfica: Como ya quedó dicho en el apartado correspondiente, la documentación de bibliografía especializada disponible era muy escasa.

B. Revisión de los fondos del Museo de Valladolid. Procedimos a revisar los fondos del Museo Provincial de Valladolid, en un intento de localizar entre sus fondos posibles evidencias de la época y de la región que nos ocupa. Hemos de señalar que nuestro trabajo en este sentido resultó fructífero; no en vano, por ejemplo, al revisar la colección depositada en la mencionada institución por D. Ángel Zalama, pudimos comprobar que incluía diversos materiales procedentes de yacimientos significativos de nuestra zona de estudio (Campano Lorenzo, A., y Escribano Velasco, C. 1987).

C. Consulta de la fotografía aérea. Hemos contado con los fondos fotográficos del Departamento de Geografía de la Universidad de Valladolid. Agradecemos las facilidades prestadas y el tiempo que nos han dedicado.

La fotografía vertical consultada ha sido la siguiente:

- “Vuelo americano” de 1956-1957, a escala 1: 33.000.
- Vuelo de 1984 del Instituto Geográfico Nacional, a escala 1:33.000.

En general, los resultados obtenidos fueron muy pobres para la época que nos ocupa, ya que como después pudimos comprobar, las reducidas dimensiones de los yacimientos, la naturaleza de los materiales constructivos empleados y la ausencia de obras en el terreno de cierta entidad han impedido la identificación de restos aparentes que no fueran ya conocidas.

Se procedió también a la inversa, tratando de comprobar en fotografía aérea los restos de yacimientos previamente identificados en el campo, con resultados también negativos. Tan sólo se ha podido reconocer, sin ninguna dificultad, las “murallas” de material pétreo conocidos de La Plaza o de El Gurugú. En ambos casos y también en El Castillo de Rábano hemos empleado la fotografía aérea para la realización de unos dibujos topogramétricos para la supervisión del dibujo de la planta realizada sobre el terreno.

⁵ Estos trabajos han venido realizándose por una serie de equipos designados al efecto. Su labor se inscribe en el marco de actuaciones del “Convenio de Arqueología” suscrito por la Junta de Castilla y León, la Diputación Provincial de Valladolid y la Universidad de Valladolid, para acometer conjuntamente diversas actividades relacionadas con la arqueología provincial.

⁶ La metodología y resultados de las diversas campañas de prospección se expone en los informes correspondientes a cada una de las Campañas del Inventario; y muy especialmente en: Santiago Pardo, J., y Ruiz Jiménez, L. 1992 y Quintana López, J., Ruiz Jiménez, L., y Santiago Pardo, J. 1993.

⁷ Nuestro agradecimiento a nuestro buen amigo Jorge Santiago Pardo, quien desde 1989 viene haciéndose cargo de la coordinación de los trabajos de este equipo de trabajo, por la atención que en todo momento nos ha prestado haciéndonos partícipes de todos aquellos hallazgos y observaciones que pudieran resultar de nuestro interés.

Se llevaron a cabo también 2 vuelos de supervisión en ultraligero, por parte de Julio del Olmo Martín, durante la primavera de 1992 y 1993 (en el curso de las Campañas de Prospección Aérea de Yacimientos Arqueológicos en la provincia de Valladolid, que venía auspiciando el Servicio Territorial de Arqueología). Los objetivos elegidos fueron aquellos yacimientos que por su relevancia o sus particularidades parecían presentar especiales condiciones para la prospección mediante fotografía aérea oblicua. Los vuelos se hicieron a una altura de 200 m. Se tomaron imágenes en diapositiva, cuyo resultado resultó en algunos casos positivo. Pues pudieron identificarse algunas construcciones que “a posteriori”, sobre el terreno, interpretamos como evidencias constructivas elaboradas en la Edad del Bronce. En este sentido destaca el hallazgo, entre otros, del cerramiento de época campaniforme identificado en El Pico la Mora.

Su finalidad era puramente metodológica, ya que se pretendía comprobar las posibilidades de esta técnica para zonas como La Ribera.

D. Contacto con prospectores locales: La Ribera vallisoletana ha sido un área muy visitada por aficionados con fines arqueológicos, a buen seguro, entre otras cosas, por la presencia en la zona del *oppidum* de *Pintia* y todo lo que ello conlleva. Por nuestra parte hemos tenido acceso a la información de diversos prospectores, tanto de las localidades circundantes, como de aquellos otros que de uno u otro modo visitaban esta zona:

- En primer lugar queremos citar a nuestro buen amigo Julio Arranz de Cogeces del Monte: Nos suministró materiales recogidos en los términos municipales de Cogeces y Santibáñez de Valcorba, tanto de yacimientos desconocidos por nosotros (El Carrizal, Valdecelada-I, Valdecelada-II, Cojoncillos, Casa de Valimón y Los Poyatos-El Quiñón), como de otros que ya habíamos localizado.
- Antonio Castillo de Quintanilla de Onésimo: Nos dio cuenta de la existencia de restos en El Cementerio-El Prado y de los hallazgos realizados en Matabueyes-Pinos Claros.
- Tomás Madrazo de Peñafiel: Nos suministró noticias y nos dio cuenta de la existencia de restos en Pico del Castro de Quintanilla de Arriba.
- Pablo Zalama de Valladolid: Nos dio información sobre el yacimiento de El Gurugú.

- Carlos Sanz Mínguez: Nos suministro materiales recogidos en el entorno del complejo arqueológico de *Pintia*, del que es investigador principal del proyecto que aquí se viene desarrollando, de yacimientos desconocidos por nosotros (Gravera camino de la Aceña, Fuente de Antequera y Las Eras).
- Salvador Repiso Cobo: Nos informó de la existencia de ciertos yacimientos con materiales de la Edad del Bronce, localizados circunstancialmente en el transcurso de sus trabajos para la elaboración de su Tesis Doctoral sobre la época medieval de la zona (Pico de las Cuevas y El Castillo-La Loma del Barcial).

Todas estas noticias fueron debidamente constatadas sobre el terreno, contando, siempre que fue posible, con la participación directa de sus descubridores.

Otra fuente de información consistió en la consulta a agricultores y pastores en nuestros trabajos de prospección. Han resultado de escasa utilidad, pues casi siempre los datos aportados tenían que ver con cabañas modernas, lotes de materiales recientes o, en el mejor de los casos, alusiones a lugares con materiales de época romana o despoblados medievales conocidos a través de la documentación.

Somos conscientes de que, por ser la suma de una diversidad de actividades de distinta naturaleza, sería poco riguroso proceder a evaluar y cuantificar numéricamente los resultados obtenidos. No obstante, consideramos que el resultado de nuestras prospecciones debe calificarse de satisfactorio; habiéndose logrado localizar cerca de cuarenta estaciones en un ámbito en el que a comienzos de nuestra labor se conocían apenas ocho. Insistimos en que no es, con todo, una prospección definitiva lo que obligará a llevar a cabo, en un futuro próximo, una labor de seguimiento continuado que permita tanto prospectar aquellos ámbitos que aún no han sido visitados, como volver sobre los mismos sitios para contrastar las observaciones obtenidas en anteriores visitas. Ambos extremos quedan garantizados por el desarrollo de futuras campañas en la zona por parte del equipo del Inventario Arqueológico Provincial, así como por nuestra propia labor.

Para concluir, subrayaremos que este primer trabajo debe entenderse como un acercamiento preliminar al poblamiento de la zona y que los futuros trabajos a desarrollar en este ámbito, modificarán sin duda algunos de los planteamientos que aquí se han de esbozar respecto a la estructura del poblamiento de la Edad del Bronce en la vallisoletana Ribera del Duero.

2. PROSPECCIÓN DE LOS YACIMIENTOS DE LA RIBERA DEL DUERO

31

Tras su localización, todos y cada uno de los enclaves, fueron visitados y prospectados; con el fin de conseguir su caracterización; y fueron objeto también de una recogida superficial de todas aquellas evidencias de cultura material que pudieran resultar significativas. Tales observaciones fueron recogidos en una serie de fichas donde se plasman I) los datos referentes a la localización de los yacimientos (topónimo de la zona en que se sitúa, término municipal a que corresponde, altitud, coordenadas geográficas –respecto al meridiano de Greenwich– obtenidas a partir de la hoja correspondiente del Mapa Topográfico Nacional de España –MTNE–⁸), y II) los caracteres generales de su entorno (se alude a aspectos referentes a la geología, topografía, suelos, utilización actual, las dimensiones del área donde se localizan los hallazgos, proximidad a fuentes de abastecimiento de agua, posible presencia de restos constructivos, etc.).

Para cumplimentar esta serie de datos, la globalidad de los enclaves fueron “sometidos” a una *prospección intensiva* a partir de la cual, además, buscábamos: precisar cuidadosamente sus límites, cartografiar aproximadamente la representación superficial de las distintas clases de hallazgos, establecer una zonación de la frecuencia de los mismos y, por último, situar correctamente todas aquellas evidencias inmuebles, rasgos topográficos, coloraciones diferenciales, etc., apreciables en la superficie de los yacimientos, que pudieran revestir algún interés a la hora de abordar la interpretación de los distintos lugares.

Para realizar dicho muestreo se empleó un sistema de rejilla o empujillado semejante al sugerido por Redman y Watson (Redman, Ch. L., y Watson, P. J. 1970: 279-291); el cual ha sido comúnmente empleado, con buenos resultados, en diversas experiencias en la Península Ibérica y resultó muy útil por cuanto, además de proporcionarnos la posibilidad de acotar las zonas en que se producían los hallazgos, permito realizar diversas observaciones que se recogen en la descripción de cada uno de los enclaves identificados y que habrán de ser evaluados en el apartado correspondiente. Esencialmente, el empleo de esta técnica de muestreo, nos fue de utilidad para determinar la existencia de zonas de distinta (alta o baja) intensidad de hallazgos⁹; reconocer distintas áreas de ocupación e, incluso, discernir (a pesar de los problemas que plantean las superposiciones) donde se produce su intersección.

En definitiva, podemos apuntar, que un muestreo concienzudo como el que hemos realizado, ha de permitirnos formular hipótesis razonadas sobre la identidad de cada uno de los yacimientos, sobre su dinámica interna e, incluso, sobre los procesos postdeposicionales que han determinado la imagen con que se manifiestan en la actualidad. Dentro de esta misma dinámica, queremos advertir que, en ningún caso, por muy tentador que ello pudiera resultar, hemos estimado procedente abordar la diferenciación de áreas funcionales a través de nuestras “encuestas superficiales”. Entre las razones que han motivado este proceder podemos citar que, primeramente, somos partícipes de muchas de las objeciones que autores como, por

⁸ Cuando ha sido posible se ha utilizado el M.T.N.E. a escala 1:25.000, por resultar mucho más preciso que el M.T.N.E. a escala 1:50.000, utilizado cuando no existe cartografía más detallada. Señalar que, de toda la zona investigada existe cartografía de escala 1:50.000 publicada tanto por el Instituto Geográfico Nacional (IGNE) (hojas 372 –Valladolid–; 373 –Quintanilla de Onésimo–; 374 –Peñafiel–; 400 –Portillo–; 401 –Cuellar– y 402 –Olmeda–) como por el Servicio Geográfico del Ejército (S.G.E.) (hojas, 16-15, 17-15, 18-15, 16-16, 17-16 y 18-16). En cartografía escala 1:25.000 sólo están disponibles las hojas del I.G.N.E. números 372-I (Valladolid); 372-II (Tudela de Duero); 372-III (Laguna de Duero); 372-IV (Aldemayor de San Martín); 374-I (Peñafiel); 374-II (Fuentecén); 374-III (Rábano); 374-IV (Castrillo de Duero).

⁹ Queremos advertir que con el empleo de los términos: zona de alta densidad de hallazgos (ADH) y zona de baja densidad de hallazgos (BDH), pretendemos soslayar la confusión que podrían crear otros, menos asépticos, cargados de significado cultural –caso, por ejemplo, de área nuclear o área de dispersión– que sirven para definir las zonas principales y secundarias de un yacimiento. Personalmente, entendemos, que una prospección superficial difícilmente puede llegar a un grado de definición de tal sutileza como para llegar a este tipo de definiciones; por tanto, consideramos que hay áreas nucleares que, por diversos fenómenos –erosivos, deposicionales, etc.–, pueden quedar enmascaradas, sin que aporten apenas materiales en superficie. En sentido contrario, zonas de concentración de materiales –la práctica totalidad– en las que resultaría poco menos que gratuito defender que corresponden al área nuclear del yacimiento.

Por todo lo expuesto, las expresiones ADH y BDH deberán ser entendidas, fundamentalmente, como acepciones meramente descriptivas y tomarse como parámetros fundamentalmente orientativos, cuya aplicación en cada yacimiento es individual y distinta. Eso quiere decir que son términos relativos y que, en cada caso, pueden adoptar un significado concreto cuya contrastación sólo sería abordable a partir de la consiguiente y puntual excavación.

Con todo, nuestra descripción de áreas de distinta densidad de hallazgos, pese a los inconvenientes e inexactitudes apuntadas, creemos constituye un interesante elemento de trabajo, pues al haber empleado, en todos los casos, una metodología semejante para su definición; cuando menos puede sernos de utilidad como elemento comparativo y de relación entre los diversos yacimientos, permitiéndonos, en el peor de los casos, hacernos una idea aproximada de las dimensiones que alcanzaron cada uno de los enclaves estudiados.

ejemplo, Binford (Binford, L. R. 1972) o Baker (Baker, CH. M. 1978) plantean a la hora de considerar la validez del muestreo superficial como un reflejo, fiel o distorsionado, de la realidad contextual contenida en los yacimientos. A este respecto hay advertir que los pocos estudios de este signo que, hasta la fecha, han sido elaborados en nuestro país, tal sería el caso del efectuado en el cerro de Ecce Homo (Fernández Martínez, V. M., y Lorrio, A. 1986: 183-198) (un enclave, para más señas, de caracteres y cronología muy semejantes a alguno de los por nosotros analizados), han resultado bastante infructuosos en lo que a establecer relaciones entre la imagen que ofrece la dispersión de evidencias materiales en superficie y su traducción en el subsuelo, se refiere.

Al margen de los datos apuntados, la prospección de los yacimientos propició la recogida de una serie de materiales arqueológicos que contribuyen a completar la información que de ellos cabría obtener. La recuperación de tales evidencias, en todos los casos, tuvo carácter selectivo; es decir, se procuró recoger aquellos elementos cerámicos, líticos y metálicos (en ningún caso se recuperaron materiales óseos), que pudieran resultar tipológicamente significativos. En el caso concreto de las cerámicas se recogieron todos aquellos fragmentos que, o bien, podían permitirnos, cuando menos, intuir su forma, o bien, ostentaban alguna decoración. En el apartado del material metálico y lítico,

en general, se han recuperado aquellas piezas claramente tipologizables; en el segundo de los casos, incluso, aquellas otras que por alguna razón parecían revestir algún interés, como lascas de sílex de colores o calidades significativas, etc.

En los yacimientos incluidos en nuestra zona de estudio, concurren circunstancias que, en principio, sin duda favorecen su caracterización global a partir de las evidencias (pocas o muchas) recuperadas en superficie. Cuanto aquí se apunta resulta especialmente aplicable a los establecimientos situados en llano, por cuanto ofrecen, en conjunto, una serie de condiciones (se trata de lugares de dimensiones reducidas, poco calado estratigráfico, que se han visto afectados en gran medida tanto por la acción antrópica como por los agentes erosivos) que propician la recolección de evidencias arqueológicas altamente significativas, si de obtener una primera aproximación a su realidad crono/cultural, se trata.

En el análisis y clasificación del material arqueológico se han seguido las mismas pautas empleadas para los materiales obtenidos en excavación y que más adelante especificaremos. Lógicamente, al tratarse de recogidas selectivas de materiales, se ha eludido toda cuantificación de los mismos.

En cuanto a la norma empleada a la hora de adscribir los distintos yacimientos, nos hemos basado en el armazón cronológico que identificamos en nuestra zona de estudio.

3. PROSPECCIÓN DE LOS HIPOTÉTICOS “TERRITORIOS DE EXPLOTACIÓN” DE LOS YACIMIENTOS DE LA RIBERA

Otro de los aspectos que nos pareció interesante valorar, por considerarlo ilustrativo para conseguir una mejor caracterización de nuestros yacimientos, es el que guarda relación con la reconstrucción de sus *territorios de explotación* (“*site catchment analysis*”). Para ello tomamos como base algunos métodos y principios que se expresan en trabajos clásicos de autores como Vita-Finzi y Higgs (Vita-Finzi, C., y Higgs, E. S. 1970: 1-37; Higgs, E. S. 1975), Jarman y sus colaboradores (Jarman, M. R., *et alii*. 1972: 705-733), Flannery y Rossman, y en otros más recientes referentes a ciertas áreas de nuestra península¹⁰.

Como es bien sabido, en líneas generales, esta clase de análisis tienen su fundamento en una serie de supuestos, tan simples como discutidos, cuyo espíritu puede quedar perfectamente reflejado en unas palabras de Gilman y Thornes (Gilman Guillén, A., y Thornes, J. B. 1985 a). Estos autores señalan que en una población determinada “los gastos de producción de bienes aumentan con la distancia sobre la cual se debe llevarse a cabo”; por tanto, desde un punto de vista lógico, cabe pensar que “el análisis de la distribución de los recursos cercanos a los poblados prehistóricos pueden ilustrarnos sobre cuáles eran las actividades productivas más

¹⁰ En efecto, por suerte, cada vez es mayor el número de investigadores y de trabajos que, a nivel peninsular, abordan esta interesante temática. Sirva, a modo de ejemplo, señalar algunos títulos, representativos de esta línea de investigación, en los que se hace referencia a diversos ámbitos de la Península Ibérica: Gilman Guillén, A., y Thornes, J. B. 1985 b; Ruiz Zapatero, G., y Fernández Martínez, V. 1985: 371 y ss.; Enríquez Navascúes, J. J. 1989.

importantes que se desarrollaron en ellos”. Dicho de otro modo, es de suponer que, en el seno de la mayor parte de las sociedades productoras sedentarias, existe una tendencia (ley del mínimo esfuerzo) hacia la “configuración” de *territorios de producción restringida* (T.P.R.) en los que se concentran la mayor parte de las actividades económicas básicas.

Para proceder al análisis de dichos recursos suelen emplearse diversos métodos, inspirados en la denominada Geografía Locacional, que permiten analizar las interrelaciones existentes entre el asentamiento y el entorno ecológico-económico más inmediato. El método de análisis del territorio de captación más usado, primeramente, parte de la necesidad de establecer, en cada área de análisis, las dimensiones máximas de los potenciales territorios de explotación. Los procedimientos para determinar las dimensiones de tales áreas suelen tener como base ciertas observaciones etnográficas, de poblaciones de agricultores actuales, las cuales parecen indicar que estas gentes, en condiciones normales, no suelen explotar un territorio situado a más de una hora de marcha a pie desde el poblado. Para la delimitación de este territorio se viene admitiendo, de modo convencional, para comunidades productoras, el modelo circular de Hagget (Hagget, P. 1973) que establece las dimensiones de dicho territorio en un radio de 5 km tomando como centro el yacimiento. Esta distancia es equivalente, siempre que la orografía no sea en exceso accidentada o existen obstáculos naturales difíciles de salvar –circunstancia ésta que concurre en nuestra área de estudio–, a una hora de camino desde éste hacia cualquier punto de su entorno. Dicho de otro modo, igualmente gráfico, equivale a la distancia a la que resulta rentable el desplazamiento perió-

dico desde un centro de residencia para atender las labores agrarias sin contar con medios de transporte. Al no haberse constatado, hasta la fecha, el empleo de animales de carga ni de la rueda en la Edad del Bronce de la Cuenca del Duero, en principio consideramos que esta serie de postulados podrían ser tomados como base para proceder a delimitar los teóricos territorios de producción de nuestros asentamientos.

Cada uno de estos territorios fue convenientemente prospectado, prestando especial atención a la localización de aquellos potenciales recursos económicos que en ellos pudieran englobarse: tipos de suelo, dedicación actual de estos, tipo de vegetación, posible presencia de rocas industriales explotables, localización de acuíferos, etc., fueron algunos de los aspectos que fueron analizados con mayor detalle. Estos datos se plasmaron en una serie de mapas para cuya elaboración¹¹ se consideró oportuno realizar una clasificación del terreno, semejante a la que empleara Navascúes para el estudio de los poblados calcolíticos de la cuenca media del Guadiana (Enríquez Navacúes, J. J. 1989), diferenciando entre: I) terreno apto para el cultivo; II) terreno de mayor capacidad para pastos; III) terreno no explotable. Las diversas categorías de terreno fueron convenientemente cuantificadas y, posteriormente, se procedió al análisis estadístico de los porcentajes obtenidos.

Tomando como base la evaluación de los recursos existentes en cada uno de los territorios, se ha intentado inferir las actividades de subsistencia que, potencialmente, pudieron desarrollar los habitantes de cada poblado. Al ser conscientes, e incluso partícipes, de muchas de las críticas vertidas sobre la metodología y los presupuestos en que se basan este tipo de análisis¹²;

¹¹ A falta de mejores medios, nuestras conclusiones al respecto, entre otros datos, se basaron en el análisis y cotejo de diversas fuentes que abarcan, desde nuestras observaciones directas del paisaje de cada una de las zonas analizadas (incluido el análisis de la toponimia de la zona: se conservan topónimos como el prado, el carrizal, etc.), hasta la visualización de fotografía aérea disponible (preferentemente el vuelo de 1957), o la revisión de los datos que aporta el análisis de la cartografía de la zona. En este sentido, hemos de señalar, nos ha sido de especial utilidad la información presente en la obra: “Análisis del Medio Físico. Delimitación de unidades y estructura Territorial: Valladolid”, publicada por la Consejería de Fomento de la Junta de Castilla y León, en las hojas disponibles del Mapa Geológico de España publicado por el Instituto Geológico y Minero de España (I.G.M.E.) escala 1:50.000. Desgraciadamente cuando escribíamos estas páginas no estaban publicadas la totalidad de las hojas que comprende la zona. Hasta la fecha, el I.G.M.E. sólo ha publicado las hojas 372 (2ª serie, 1ª edición, publicada en 1982) y 374 a escala 1:50.000. Para el área no comprendida en dichos planos hubimos de recurrir al, mucho menos expresivo, Mapa Geológico de la Cuenca del Duero, escala 1:250.000, publicado por el Instituto Nacional de Colonización y el Instituto Geológico y Minero de España (1.967).

También empleamos las hojas publicadas de la zona, correspondientes del Mapa de Cultivos y Aprovechamientos (Evaluación de recursos agrarios), escala 1:50.000, publicado por el Ministerio de Agricultura. Nos fue de utilidad, así mismo, revisar los datos contenidos en la obra: Estudio Edáfico de la Provincia de Valladolid. Mapa de Suelos, escala 1:100.000 de la zona situada al Sur del Duero, publicada en 1985 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centro de Edafología y Biología Aplicada de Salamanca.

¹² Un resumen de este tipo de críticas las encontramos en: Dennell, P. 1980 o en Fernández Martínez, V., y Ruiz Zapatero, G. 1984: 55-73.

34 y, sobre todo, por tener muy presentes las limitaciones del método por nosotros empleado¹³, nuestras pretensiones, a la hora de valorar las principales actividades de subsistencia que pudieron tener lugar en los hipotéticos territorios de explotación de cada poblado no han ido más allá de intentar cuantificar su potencial económico según las categorías de explotación arriba expuestos. Con ello, en modo alguno, se ha buscado

construir una teoría rígida que explique cuáles fueron las pautas económicas desarrolladas por los grupos humanos que ocuparon el área investigada durante la Edad del Bronce. Nos daríamos por satisfechos con que nuestras observaciones al respecto pudieran servir para dibujar cómo pudo ser, siquiera potencialmente, el paisaje y el entorno económico que rodeó a cada uno de los yacimientos.

4. LOS TRABAJOS DE EXCAVACIÓN

Aparte de las observaciones obtenidas en prospección referidas el trabajo de campo buscó completarse con la realización de excavaciones arqueológicas de diversa índole, en yacimientos cuyo espectro cronológico intentaba abarcar todo el periodo estudiado. Tanto esta actividad, como el consiguiente análisis de los materiales y observaciones obtenido a partir de ellas, constituyeron las tareas que, cuantitativamente, ocuparon la mayor parte del tiempo empleado en la elaboración del trabajo.

Estos trabajos responden a diversas modalidades:

- En unas ocasiones se trató de, lo que podríamos denominar, *excavaciones sistemáticas o sistemáticas*. Tales trabajos, pensados y planificados de antemano por nosotros, tuvieron como marco ciertos yacimientos que, como es el caso de La Plaza (campana de 1986), El Castillo de Rábano (campanas de 1987 y 1988), en nuestra opinión, y a tenor de las evidencias materiales recuperadas en superficie, podían contribuir mejor a aportar datos de interés sobre la secuencia la secuencia crono/cultural del periodo analizado.
- En otros casos nuestros trabajos respondieron a lo que, en los últimos tiempos, se conoce como *excavaciones de urgencia*. Como es bien sabido, esta clase de trabajos, que en origen, responden a motivos que poco tienen que ver con la investigación, surgen como respuesta a la necesi-

dad de intervenir de forma urgente en yacimientos que se han visto afectados por la acción natural o antrópica. En este sentido, debemos apuntar que nuestras repetidas visitas a los yacimientos de La Ribera vallisoletana, en ocasiones, sirvieron para constatar que alguno de ellos estaba afectado de grave deterioro. Este hecho, puesto en conocimiento del Arqueólogo Territorial de la provincia, motivó nuestra solicitud del correspondiente permiso de excavación de urgencia para así poder intervenir en la estación afectada. En otros casos, fueron los propios técnicos de la Junta de Castilla y León quienes, conocedores del trabajo que veníamos desarrollando, al tener noticia de la agresión sufrida por un sitio arqueológico, coincidente, cronológica y geográficamente con el ámbito de nuestro estudio, tuvieron a bien ponerse en contacto con nosotros y proponernos la realización de la correspondiente intervención de urgencia. En esta categoría tienen cabida los siguientes trabajos:

- > El Cujón (Sector B) (marzo de 1985).
- > El Gurugú (abril de 1985).
- > El Soto de Tobilla I (junio de 1987).
- > El Pico del Castro (15 de agosto a 15 de septiembre de 1988).

¹³ Sin duda, la principal de estas limitaciones radica en nuestra imposibilidad de poder contrastar y, en su caso, corroborar, a partir del registro arqueológico obtenido en nuestras excavaciones (por ejemplo, carecemos de datos paleobotánicos que permitan determinar la vegetación antigua), las hipótesis que pueden desprenderse de nuestras observaciones acerca de la configuración actual del medio natural. Esta circunstancia, motivada por la falta de datos paleoambientales contrastables, hace que nuestras conclusiones al respecto, más que aportar soluciones definitivas, contribuyan a levantar una serie de interrogantes para los que, de momento, no tenemos respuestas adecuadas. Somos conscientes de que tales respuestas sólo podremos obtenerlas en el seno de un gran trabajo interdisciplinar diseñado al efecto, con la finalidad de reconstruir el funcionamiento de los grupos de la Edad del Bronce de la zona, y en el que tendrían cabida desde geólogos y sedimentólogos hasta geógrafos y palinólogos, pasando por especialistas en análisis faunísticos y de antracología. Lógicamente, este proyecto sólo podría llevarse a cabo teniendo como base un número suficiente de excavaciones arqueológicas dedicadas, sin descartar otro tipo de observaciones, a la obtención de datos relacionados con la economía y la explotación del territorio. Sin duda, este es uno de los aspectos a los que, a corto plazo, tenemos pensado orientar nuestras futuras investigaciones en el área.

- > El Carrizal (24 de septiembre a 4 de octubre de 1990).
- > El Cementerio-El Prado (2 de septiembre a 3 de octubre de 1991).

Si bien, esta clase de trabajos resultaron de utilidad para nuestra investigación, no en vano, proporcionaron evidencias y observaciones muy valiosas, es preciso señalar, por lo que a nosotros respecta, que sus resultados se vieron mediatizados por una serie de limitaciones. En principio, al estar supeditadas al criterio de quienes, desde el Servicio Territorial de Cultura y Turismo de Valladolid, regulan este tipo de actividades, hubimos de plegarnos a las directrices de dicho Servicio. En este sentido, hemos de indicar que, al ser el principal objetivo de este tipo de intervenciones: evaluar el alcance de la agresión sufrida por la estación arqueológica, nuestra actuación, en todos los casos, se ciñó al estricto marco de la superficie afectada. Otra de las limitaciones con que nos hemos encontrado, en este caso de tipo económico, deriva del exiguo presupuesto económico con que suelen estar dotadas este tipo de intervenciones; circunstancia que se traduce en una merma en el número y calidad de la información obtenida en cada uno de los yacimientos. En este sentido, podemos señalar que, por tal motivo, en muchos casos, no hemos podido disponer de una serie de análisis; por ejemplo radiocarbónicos, que habrían contribuido a completar nuestro conocimientos sobre alguno de los enclaves analizados. En otros casos, incluso, no fue posible realizar la cobertura gráfica del material arqueológico más representativo.

Para todas estas actuaciones se ha contado con el permiso preceptivo expedido por la instancia competente de la Junta de Castilla y León. Esta entidad ha sido también quien ha financiado todas las excavaciones (urgencia regulares)¹⁴.

Hemos de advertir que tales intervenciones, en líneas generales, han tenido como marco unos asentamientos caracterizados por englobar estructuras sumamente percederas (en la mayor parte de los casos se trató de estaciones del tipo campos de hoyos), que carecen, en absoluto, de secuencias estratigráficas de desarrollo vertical.

Tanto los caracteres estructurales que, como apuntamos, presentan estos hábitats, como el objetivo que nos habíamos pro-

puesto en esta primera etapa del trabajo —elaborar la secuencia crono/cultural de la zona— fueron determinantes a la hora de diseñar las estrategias de excavación. Dado que para intentar dar cumplimiento al que es nuestro principal objetivo era preciso contar con evidencias materiales representativas de los diversos momentos que comprende el periodo analizado, y conocido el hecho de que nuestros hábitats no daban muestras de ocupaciones en exceso prolongadas, hemos propendido a intervenir en un notable número de enclaves con la idea de elaborar una *estratigrafía horizontal* del área estudiada, básica para el conocimiento de la evolución cultural del Bronce en el ámbito geográfico objeto de nuestro estudio.

Esta circunstancia, a su vez (por causas obvias de tiempo, presupuesto, etc.), obligó a limitar nuestra intervención, en cada uno de los poblados, a áreas ciertamente reducidas; lo cual, hemos de reconocer, a su vez, introduce no pocas limitaciones en nuestro intento de adquirir un conocimiento convincente de los complejos culturales afectados. Éstas, se dejan sentir especialmente en aquellos aspectos que guardan relación con el análisis de la distribución interna de los yacimientos (horizontal); con la determinación funcional de las estructuras y de los espacios que en ellas comparecen; o con la amplitud y grado de representatividad de los conjuntos de evidencias materiales en ellos obtenidas, circunstancia, esta última, que representa un serio obstáculo para nuestro intento de evaluar y establecer relaciones estadísticas entre los diversos conjuntos de cultura material. Más al ser distintas las motivaciones que generaron dichos trabajos y, por ende, diversas las dimensiones de las superficies excavadas en cada uno de los enclaves, es fácil de entender, que exista una falta de homogeneidad, desde un punto de vista cuantitativo, en lo que al número de evidencias arqueológicas recuperadas y a su representatividad en cada uno de ellos, se refiere.

Por último, al no haber podido disponer, debido a los caracteres de nuestros yacimientos, del más mínimo auxilio de las observaciones estratigráficas, la tipología hubo de convertirse en el principal recurso a la hora de elaborar propuestas sobre el conocimiento global del proceso diacrónico o de evolución cultural producido en el área objeto de estudio. Y únicamente en la datación radiocarbónica hemos conseguido algún apoyo complementario para tales propuestas.

¹⁴ Queremos aprovechar la ocasión para dejar aquí constancia de nuestra gratitud para con D. Manuel Ángel Rojo Guerra, D. Jesús María del Val Recio y D^a. María Consuelo Escribano Velasco, quienes desempeñaron el cargo de Técnico Arqueólogo de la Junta de Castilla y León en Valladolid durante los años en que duró la preparación de este trabajo doctoral. Para ellos nuestro reconocimiento por las atenciones y facilidades que en todo momento nos dispensaron en todo aquello que les solicitamos —gestión de permisos de excavación y de ayudas económicas; acceso a la información depositada en las oficinas del Servicio Territorial de Cultura y Turismo de Valladolid, etc.—.

36 5. EL ANÁLISIS DEL MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Las diferentes actuaciones (consultas bibliográficas, prospecciones, excavaciones), anteriormente descritas generaron un considerable, a más de variado, elenco de materiales arqueológicos; los cuales, habrían de convertirse en la principal fuente de datos y en la base de los planteamientos y caracterizaciones que iremos desgranando a lo largo de la tesis.

Como es bien sabido, el análisis de un conjunto diversificado de materiales arqueológicos, como el que aquí nos proponemos estudiar, presenta una serie de problemas prácticos inherentes a la naturaleza y diversidad de las evidencias que se estudian. Las dificultades surgen desde el instante mismo en que se plantea la necesidad de optar, dentro de un amplio abanico de posibilidades, por el método a emplear, para abordar la clasificación y sistematización de los diferentes grupos de materiales. En este sentido diremos que, personalmente, nos hemos decantado por una **clasificación descriptiva** en la que, por encima de los criterios propiamente técnicos y funcionales, prevalecen los aspectos morfológicos de los materiales objeto de análisis.

Esta decisión, obviamente, no debe entenderse como fruto de una elección irreflexiva, ni mucho menos, como una falta de reconocimiento por nuestra parte de las posibilidades que, para la investigación arqueológica, ofrecen los estudios que fijan su atención en el análisis de los caracteres funcionales de los artefactos arqueológicos. Todo lo contrario, debería interpretarse como resultado de las limitaciones estructurales propias del estudio que pretendemos abordar. En este sentido, hemos de recordar que en el “debe” del presente estudio, uno de los aspectos de mayor peso específico, radica en la falta de una analítica experimental, exhaustiva y adecuada (carecemos de análisis ceramológicos, petrológicos, metalográficos, de huellas de uso, etc.), imprescindible para abordar, con una mínima garantía, la caracterización funcional y tecnológica de cualquier material. Sólo estas carencias nos han limitado, a la hora de desarrollar nuestro intento clasificatorio, a centrar nuestra atención en aquellos aspectos (morfológicos, tipológicos y dimensionales) que atañen, por decirlo de algún modo, a la más inmediata y tangible materialidad de los artefactos arqueológicos.

Acorde con este criterio, la clasificación de los restos arqueológicos que se recogen en la Tesis se plantea atendiendo, sencillamente, a la clase de materias primas empleadas en su elaboración: cerámica, metal, elementos líticos.

En otro sentido, así mismo, queremos dejar constancia de que la descriptiva de los materiales, en todo caso, ha intentado ser breve y concisa en la medida en que con nuestro trabajo no pretendemos, tanto, construir una compleja y definitiva tipología de artefactos, cuanto, utilizar los datos técnicos, morfológicos, y, en la medida de nuestras posibilidades, incluso, funcionales, sugeridos por éstos, como base a partir de la cual obtener una serie de inferencias de carácter morfológico y cronológico que pudieran resultarnos de utilidad a la hora de pergeñar, el que es el objetivo principal de nuestro estudio: el cuadro secuencial y cronológico del periodo objeto de nuestra atención. En efecto, a partir del análisis de nuestros materiales pretendemos dar cumplimiento a dos líneas de trabajo: una sincrónica y otra diacrónica. A través de la primera vía intentaremos individualizar en grupos los conjuntos de materiales de los yacimientos para, en una segunda fase, introducir el factor cronológico y con ello ser capaces de valorar el significado y trascendencia de la evolución de determinados tipos y estilos cerámicos.

En cada caso, intentaremos explicar cuáles han sido los criterios elegidos en el sistema de clasificación empleado, definiendo la terminología y los procedimientos empleados a la hora de cuantificar y evaluar los datos analizados.

Por último, queremos dejar constancia de que, en la medida de nuestras posibilidades, se ha intentado ofrecer una documentación gráfica de los materiales arqueológicos amplia y completa. Así, en la práctica totalidad de los yacimientos, en cuya excavación participamos directamente nosotros, se ha procurado plasmar gráficamente todas aquellas evidencias arqueológicas que hemos considerado mínimamente significativas¹⁵. Con ello pretendíamos ofrecer al lector tanto, la posibilidad de contrastar la validez de las descripciones y del método de estudio propuestos, como facilitar el empleo del material para otras investigaciones.

¹⁵ Tan sólo queda fuera de esta práctica El Cementerio-El Prado de Quintanilla de Onésimo. En esta ocasión, lo exiguo del presupuesto con que contamos para la realización de la campaña arqueológica; insuficiente, incluso, para hacer frente a los gastos que implicaba la realización de los dibujos de los materiales arqueológicos hizo que hubiéramos de conformarnos con reflejar sólo una selección de los más representativos, tipológicamente hablando, de entre éstos.

CATÁLOGO DE YACIMIENTOS

INDICACIONES PARA LA LECTURA DEL CATÁLOGO

37

A la hora del estudio individualizado de los yacimientos, hemos optado por seguir un criterio geográfico y significarlos mediante números correlativos. Primeramente se relacionan (de W a E) los enclaves situados al sur del Duero y más tarde los situados al norte (de E a W). En último término se adjunta la descripción del yacimiento de Fuente de Boecillo. Dicho enclave aunque, efectivamente, queda al margen del estricto ámbito geográfico objeto de nuestra investigación, como veremos más adelante, lo incluimos aquí; primero por su proximidad geográfica a La Ribera y, en segundo término, porque se trata de un yacimiento del que, tanto sus datos cronológicos, cuanto las diversas observaciones y evidencias materiales recuperadas –aún inéditas–, contribuyen sin duda a completar la visión que aquí podemos elaborar de la Edad del Bronce de la zona.

La elección de los topónimos que acompañan a cada uno de los yacimientos, en la mayor parte de las ocasiones, no responden, básicamente, a otro criterio que el de mantener la nomenclatura que reciben en las fichas del Inventario Arqueológico de Valladolid. La norma no se cumple en aquellos casos en que se trate de enclaves localizados por nosotros y que, por diversas circunstancias, aún no han sido incluidos en el citado Inventario. A la par, según podrá comprobarse, buen número de las estaciones arqueológicas que se presentan, engloban una serie de subdivisiones a las que hemos otorgado la denominación de Sectores. Es indudable que muchos de tales sectores, *per se*, pudieran ser “merecedores de optar a la categoría de yacimiento”. No en vano, cada uno de ellos ha sido individualizado, en virtud de la marcada personalidad de los materiales que, mayoritariamente, han sido recuperados en cada caso. De hecho, corresponden a momentos distintos, dentro de la época estudiada, de los propios de los Sectores contiguos.

El haber optado por este proceder radica en que durante las prospecciones realizadas en tales yacimientos, dada la proximidad física de los sectores diferenciados, no hemos sido del todo capaces de dibujar, de manera clara, la línea que marcaría una discontinuidad entre los materiales procedentes de los distintos sectores. Ante esa falta de definición, hemos preferido incluir dentro de la “categoría” de yacimiento todas las observaciones procedentes de un ámbito próximo sin claras soluciones de continuidad, aunque estableciendo esa “subcategoría” del sector, para remarcar la posibilidad que ofrecen las evidencias materiales de esa procedencia, para establecer una diferenciación cronológica y cultural respecto a los de los sectores próximos.

Comienza el estudio pormenorizado con una ficha en la que se ofrecen los datos de tipo geográfico más significativo (altitud sobre el nivel del mar [en adelante a.s.n.m.], coordenadas [no hace falta decir que en todo caso se trata de latitud norte y longitud oeste], etc.), para continuar con una somera descripción del entorno y, en casos muy concretos, de los antecedentes que conllevaron el hallazgo del yacimiento. En el punto siguiente se recoge el análisis de los materiales, especificándose en los lugares en que así proceda, los detalles de la excavación/sondeo llevados a cabo. A la hora de la descripción, hemos seguido las tipologías al uso, que se mencionan en el apartado correspondiente, o en su defecto la propia elaborada por nosotros. Hemos evitado, en la medida de lo posible, alargar el ya de por sí abultado catálogo mediante la constante referencia a paralelos cronológicos y culturales. Éstas, mayoritariamente, las veremos agrupadas en el apartado correspondiente a la tipología. Para concluir, se acometen una mínima valoración de conjunto del yacimiento, reseñando, hasta donde nos sea posible, su cronología, funcionalidad, etc., complementada meditante las referencias bibliográficas pertinentes.

I. SOTO DE TOVILLA I (TUDELA DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 35' 20"
 Long. 04° 31' 40"
 Altitud: 720 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/25.000
 (372-II) Aldemayor de San Martín.

Entorno y descripción del yacimiento

Con el nombre genérico de Soto de Tovilla se conoce una amplia zona llana situada en pleno valle del Duero, muy próxima al cauce es este río. El lugar fue dado a conocer hace algún tiempo por el Dr. Tomás Mañanes, quien, en dos breves notas y sin excesivos detalles, menciona la presencia de diversas evidencias arqueológicas que ponían de manifiesto la ocupación humana del área desde la Prehistoria reciente (Edad del Bronce y del Hierro), hasta época medieval (Mañanes Pérez, T. 1979: 117-120; Idem, 1983: 94-95).

Las tierras del Soto de Tovilla se inscriben en el término municipal de Tudela de Duero, ocupando la margen izquierda de este río. El acceso al lugar resulta sumamente sencillo, al situarse a la altura del km 2021 de la N-122 (ValladolidSoria). Dentro de este marco general, el yacimiento al que denominamos Soto de Tovilla I se ubica en una zona caracterizada por la presencia de una serie de antiguas terrazas del Duero que, de modo más o menos escalonado, vinculan el cauce del río con las primeras cuevas del páramo de la Parrilla, cuyo frente se localiza aproximadamente a 1'5 km al S. En concreto, aprovecha un sector eminentemente llano de la terraza del Duero +20/30 m. El curso de dicho río discurre al N, a unos 500 m.

Desde hace algún tiempo la zona ha sido explotada como gravera, estando ocupado el entorno inmediato por una masa de pinar al S y por una serie de terrenos baldíos al N. Estas circunstancias determinan totalmente el conocimiento del lugar. Debemos indicar que los primeros indicios que tuvimos acerca de la existencia de este yacimiento se remontan a mayo de 1987, cuando nuestro buen amigo Jesús M.^a del Val Recio (a la sazón, técnico del Servicio Territorial de Arqueología de la Junta de Castilla y León en la provincia de Valladolid) nos comunicó que las actividades desarrolladas en este área por una empresa dedicada a la extracción de áridos estaban afectando a un hábitat prehistórico.

Personados en el lugar, nuestras primeras observaciones no hicieron sino confirmar que el yacimiento había sido prácticamente desmantelado, ocupando su lugar un enorme boquete producido por la extracción de arenas. Una detenida prospección de los frentes N, S y W de la gravera no

deparó ningún tipo de evidencia. Esta situación nos impide, en buena lógica, aportar unos límites, siquiera teóricos, para el yacimiento; de hecho, únicamente, pudimos comprobar que se había preservado un reducido área localizado al E del enorme socavón. Al tiempo, pudimos observar que las evidencias arqueológicas resultaban especialmente visibles sobre una pequeña plataforma artificial situada entre el talud vertical de la gravera y la serie de grandes escombreras que acumulan las palas excavadoras al retirar las capas de tierra superficial –rica en humus– previa la extracción de arenas.

Trabajos efectuados

En principio, parecía poco probable que el yacimiento fuese a sufrir un nuevo deterioro, ya que el avance de la gravera en dirección este parecía haberse detenido. Por ello, con el oportuno permiso del Servicio de Cultura de la Junta de Castilla y León, efectuamos un sondeo en la plataforma antes mencionada, intentando evitar la total destrucción de las estructuras que aún permanecían visibles sobre la misma. Los resultados de esta actuación fueron recogidos en un informe inicial (Val Recio, J. M.^a del, y Rodríguez Marcos, J. A. 1987), del cual se avanzó un breve apunte (Rojo Guerra, M. A., y Val Recio, J. M.^a del, 1990: 327-328).

La detenida prospección del citado aterramiento permitió localizar, como toda evidencia una gran mancha circular de color negruzco que resaltaba claramente sobre las blancas arenas en que había sido excavada. Tras esta comprobación se procedió a vaciar diferencialmente dicho manchón mediante el sistema de piques artificiales, operación que permitió constatar que nos encontrábamos ante una estructura de aspecto enteramente similar a otras que bajo el nombre de silo, hoyo o basurero, forman parte de los denominados campos de hoyos, tan frecuentes en la cuenca del Duero.

No nos cabe la menor duda de que este hoyo hubo de asociarse a toda una serie de subestructuras de carácter similar, circunstancia habitual en estaciones de esta naturaleza. Es más que probable que el estado de avanzada destrucción del área objeto de análisis sea la causa de que no hayan llegado hasta nosotros, otros hoyos excavados a menor profundidad. De igual modo, es obligado suponer que la presente cubeta hubo de tener, en origen, un mayor desarrollo en altura; no olvidemos que según tuvimos ocasión de comprobar, en algunos sectores las máquinas excavadoras habían retirado más de un metro de las arenas superficiales que recubrían el pozo, tramo en el cual hubo de encontrarse la primitiva apertura del mismo.

Por lo que se refiere a los caracteres formales de la estructura hemos de señalar que se trata de una cubeta de planta circular y perfil cilíndrico con el fondo absolutamente plano. El diámetro máximo es de 1'63 m y la altura conservada 0'69 m. El hoyo se encontraba colmatado por una tierra muy homogénea con alto contenido en cenizas, de ahí el color negruzco característico. Durante la excavación pudimos comprobar que el relleno era muy uniforme sin rastro de niveles estratigráficos.

Los restos de cultura material aquí recuperados son relativamente abundantes, consistiendo en buen número de fragmentos cerámicos de formas y tamaños diversos que se intercalaban, sin orden alguno entre las cenizas del relleno.

Análisis de los materiales

Contamos con un lote de piezas cerámicas, relativamente importante, fruto del sondeo practicado.

Industria cerámica

De entre todas las cerámicas recuperadas son un total de 71 fragmentos los que aportan alguna idea acerca de su forma o la decoración que ostentan, de los que 47 corresponden a bordes. De estos 37 (78'72 %) corresponden al apartado de vasos lisos y 10 (21'27 %) al de cerámicas decoradas.

En el capítulo de los aspectos técnicos, hay que hablar primeramente que ambos grupos se caracterizan por contener en sus pastas desgrasantes de tamaño variable, micáceos, cuarcíticos y calizos. Sus superficies aparecen en general bien cuidadas, alisadas y, en muchos casos, bruñidas en ambas caras. Las cocciones son fundamentalmente mixtas, aunque también aparecen representadas las netamente reductoras u oxidantes.

Dentro del grupo de las cerámicas lisas se identifican las siguientes formas:

- Cuencos semiesféricos de perfil casi completo de la Forma 1 A (Fig. 7. 9). Es un galbo relativamente habitual ya que se registran ocho ejemplares.
- Grandes cuencos, de gran diámetro de boca y paredes gruesas (Forma 1 B) (Fig. 7. 11, 12, 13, 14, 15 y 16). Alguno de los ejemplares presenta mamelón junto al labio (Fig. 7. 15).
- Pequeñas escudillas de casquete esférico, con paredes rectas de la Forma 2 (Fig. 7. 1).
- Vasijas de mediano y gran volumen, con cuerpo globular de la Forma 3. Presentan variantes en función de la delineación del borde, que puede ser reentrante (Fig. 8. 1), vertical o curvado ligeramente abierto. Una pieza de

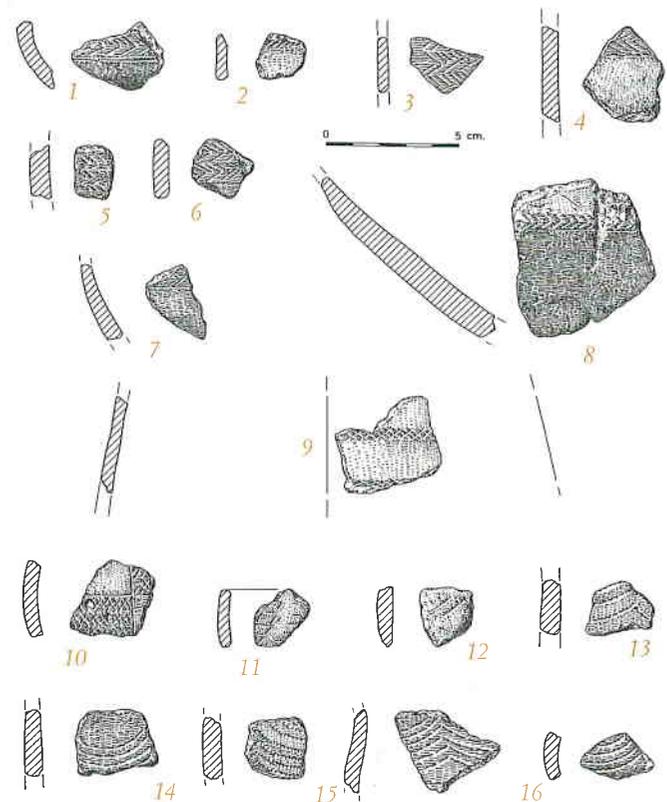


Fig. 5. Soto de Tovilla I. Fragmentos de recipientes decorados recuperados durante la excavación.

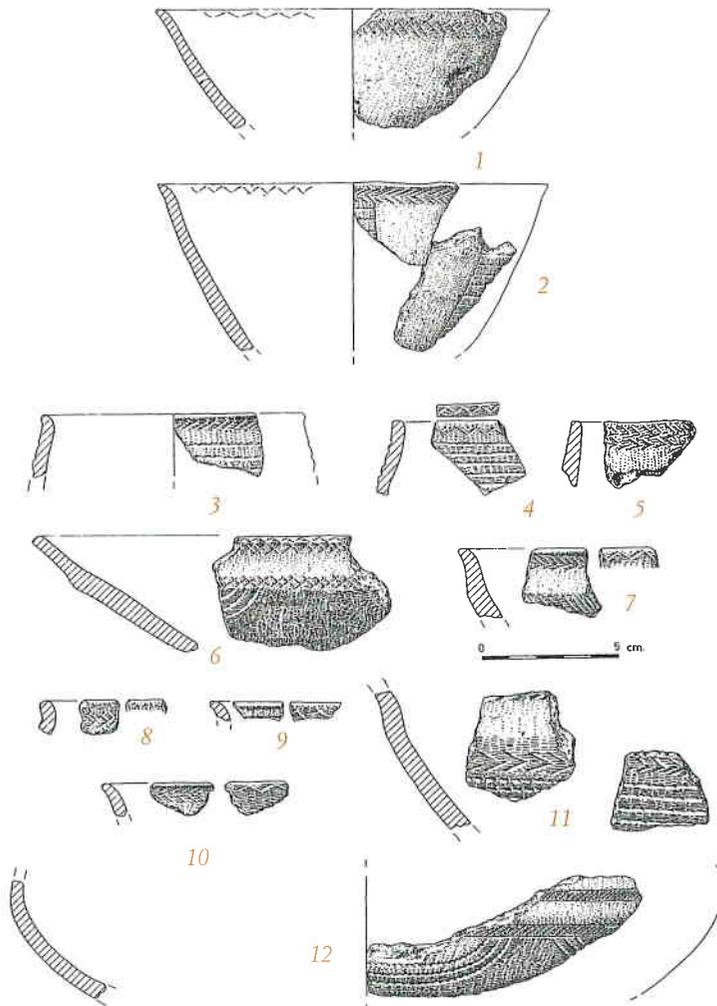


Fig. 6. Soto de Tovilla I.
Recipientes y fragmentos de tipo decorado.

las que integran este apartado presenta una serie de pezones que forman parte de una alineación peribucal. Esta misma pieza muestra un par de agujeros de lañado practicados postcocción (Fig. 8. 8).

- Recipiente carenado de la Forma 13 El único ejemplar conservado se caracteriza por presentar la carena en la zona alta (Fig. 9. 7). Tan sólo ha llegado hasta nosotros

el cuerpo superior del recipiente de paredes marcadamente rectilíneas y abiertas.

Los recipientes arriba descritos aparecen lisos. También se han recuperado cierto número de cerámicas decoradas: Se advierte una aún menor diversidad formal que en el apartado anterior.

- Cuencos hondos de paredes bastante tirantes, con borde ligeramente apuntado de la Forma 1. Es una forma de la que hemos encontrado un par de ejemplares bastante completos (Fig. 6. 1 y 2).
- Pequeñas ollitas con cuerpo de tendencia globular de la Forma 5. Pueden presentar el borde plano (Fig. 6. 4 y 5) o ligeramente curvado hacia el exterior (Fig. 6. 3). Este perfil está representado por tres piezas.
- Recipientes carenados de la Forma 14: Es un perfil relativamente habitual en el apartado de las cerámicas decoradas con cinco ejemplares (50% de los bordes incluidos en este apartado). Se caracterizan por poseer una carena alta poco marcada (Fig. 6. 6). El cuerpo inferior del recipiente tiene las paredes bastante rectas, adoptando un perfil marcadamente troncocónico. En el cuerpo superior las paredes también adoptan una disposición rectilínea, con distintos grados de inclinación.
- No falta alguna cerámica que podría tener cabida entre nuestra Forma 13 (Fig. 6. 7 y 11). Empero, su pequeño tamaño no nos permite precisararlo con toda claridad.

Todas estas formas aparecen profusamente decoradas. En Tovilla I están presentes una serie de técnicas y en unas proporciones que entendemos son características de una etapa Cogotas I inicial, entroncada con la fase Cogeces, similar a la podemos ver en yacimientos como el salmantino Teso del Cuerno de Forfoleda (Martín Benito, J. L., y Jiménez González, M. C. 1988-1989: 263-281), entre otros.

Los caracteres principales de las decoraciones comentadas son las siguientes:

Primeramente, reseñar la dispar incidencia con que cada una de las técnicas empleadas se refleja sobre la superficie externa de los recipientes. Si hacemos referencia a la frecuencia con que cada una de las especies citadas se reflejan sobre cada uno de los barro decorados –en este caso nos referimos tanto a bordes como galbos o fondos–, diremos que de los 29 recuperados en excavación, sobre 24, el 82'76%, apreciamos motivos incisos; no habiendo localizado ejemplos del empleo de la impresión el Boquique se manifiestan sobre un ocho fragmentos, un 27'59%, del total.

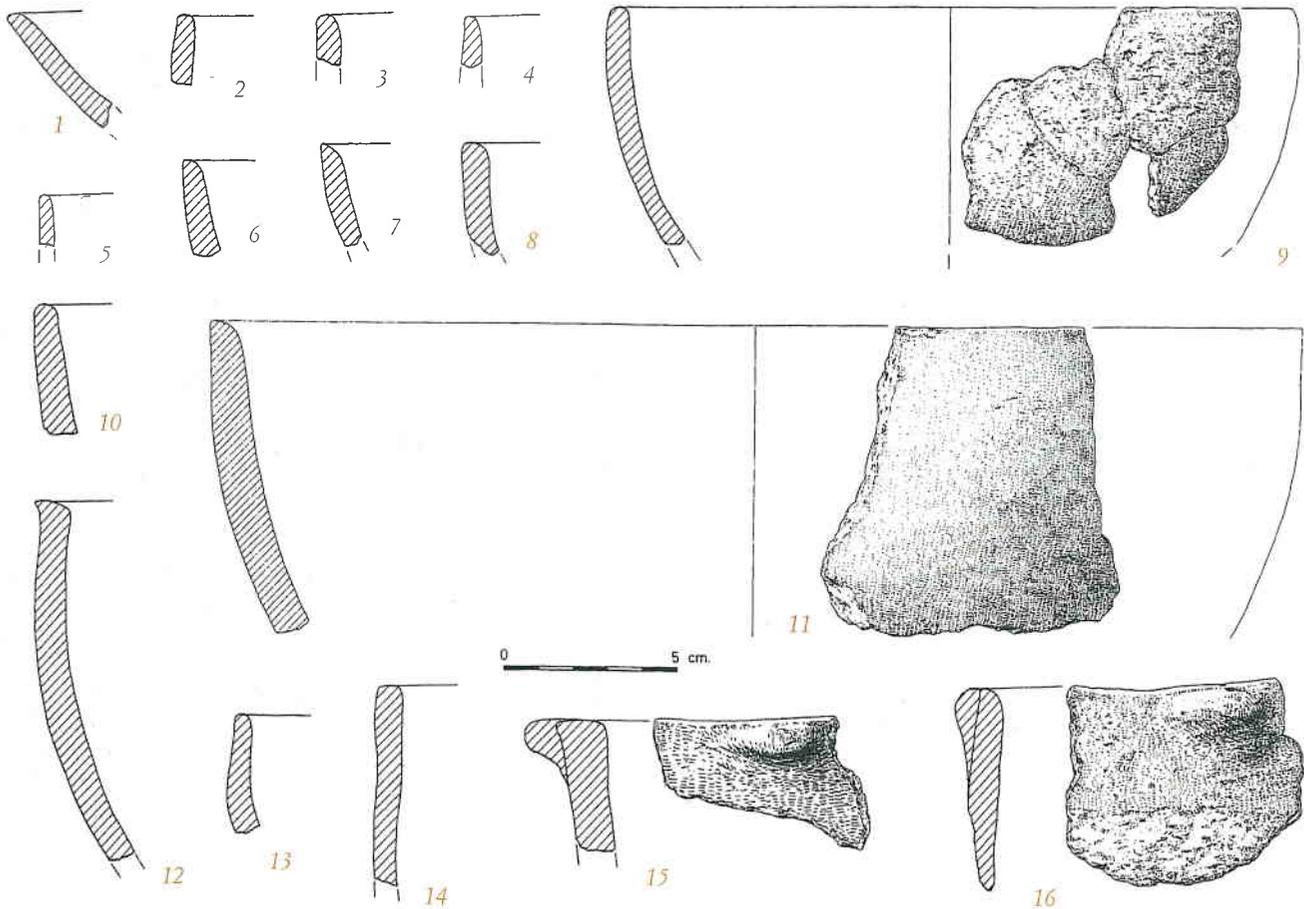


Fig. 7. Soto de Tovilla I. Diversos cuencos lisos.

Estas técnicas se plasman sobre las cerámicas en una variedad de motivos:

- Incisiones en espiga, presentes sobre el 37'93% de los fragmentos decorados. En forma de espiga simple o doble las encontramos al exterior junto al borde (Fig. 6. 2, 5, 7 y 10) y sobre la línea de carena (Fig. 6. 11). También encontramos incisiones en espiga formando motivos metopados (Fig. 5. 3, 5 y 6).
- Las incisiones en retícula oblicua, tanto de tosca como de cuidada factura, están presentes en el 13'79% del total de fragmentos decorados. Las encontramos dispuestas en estrechos frisos al exterior junto al borde (Fig. 6. 1 y 6), sobre la carena (Fig. 6. 6) y el cuerpo

(Fig. 6. 12) de diversos perfiles. Tenemos un ejemplo en que unos espacios rectangulares rellenos de retículas muy cuidadas, delimitados por líneas incisas, se disponen en damero sobre un galbo de forma indeterminada (Fig. 5. 10).

- Incisiones en zigzag simple (3'45%) se disponen al exterior junto al borde (Fig. 6. 4).
- Series de cortos trazos incisos (6'90%) junto al borde (Fig. 6. 3) y sobre el galbo (Fig. 5. 12).
- Motivos metopados radiales delimitados por líneas incisas verticales rellenos de líneas horizontales, en este caso, paralelas (Fig. 6. 2).

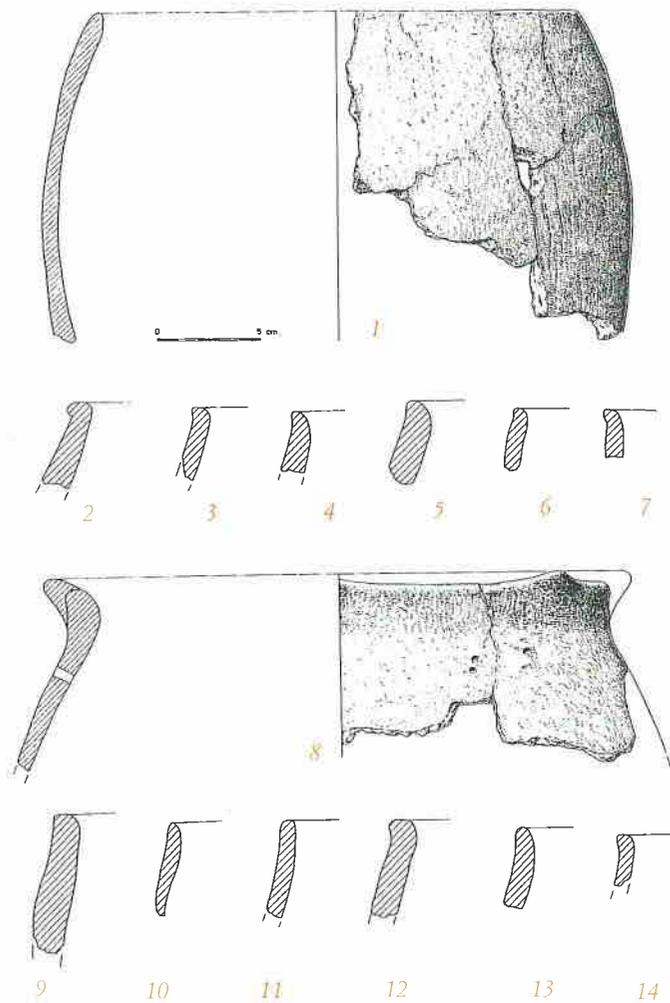


Fig. 8. Soto de Tovilla I. Perfiles de ollas y ollitas.

- Las decoraciones de Boquique las encontramos formando líneas estrechas paralelas (Fig. 6. 3, 4 y 11) o guirnaldas (Fig. 6. 12. y Fig. 5.13 a 17).
- En lo que concierne a la decoración interna de los bordes diremos que el 60% de los bordes presentan esta modalidad decorativa. Significativamente, en la totalidad de los ejemplares se utiliza el mismo motivo: las incisiones en zigzag simple (Fig. 6. 1, 2, 4, 7, 8, 9 y 10).

Valoración y cronología

Soto de Tovilla I es un enclave situado en una zona estratégica de la Ribera del Duero en Valladolid. El asentamiento se ubica, como ya quedó señalado, sobre la superficie de una zona de terraza. Sus dimensiones no es posible reconstruirlas por haberse perdido buena parte de él a consecuencia de la extracción de áridos.

Las observaciones estratigráficas realizadas en el lugar aunque parcas parecen hablarnos de un único momento de ocupación, como también se deduce de la homogeneidad de sus materiales.

Soto de Tovilla I debió tener la estructura de uno de los típicos campos de hoyos, tan representativos de la cultura de Cogotas I, lo que nos permite sugerir que nos encontramos ante un lugar de habitación por cuya tipología concreta no nos definimos.

Cultural y cronológicamente creemos se trata de un grupo humano encuadrado en un momento no excesivamente avanzado de nuestro Bronce Tardío-Final, como lo demuestra su cultura material con sus característicos recipientes decorados en los que motivos de espina de pescado y zigzags conviven con una respetable proporción de Boquiques, faltando por completo las cerámicas excisas. Se advierte, con todo, la clara raigambre con la fase Protocogotas, quedando clara la continuidad entre ambos momentos.

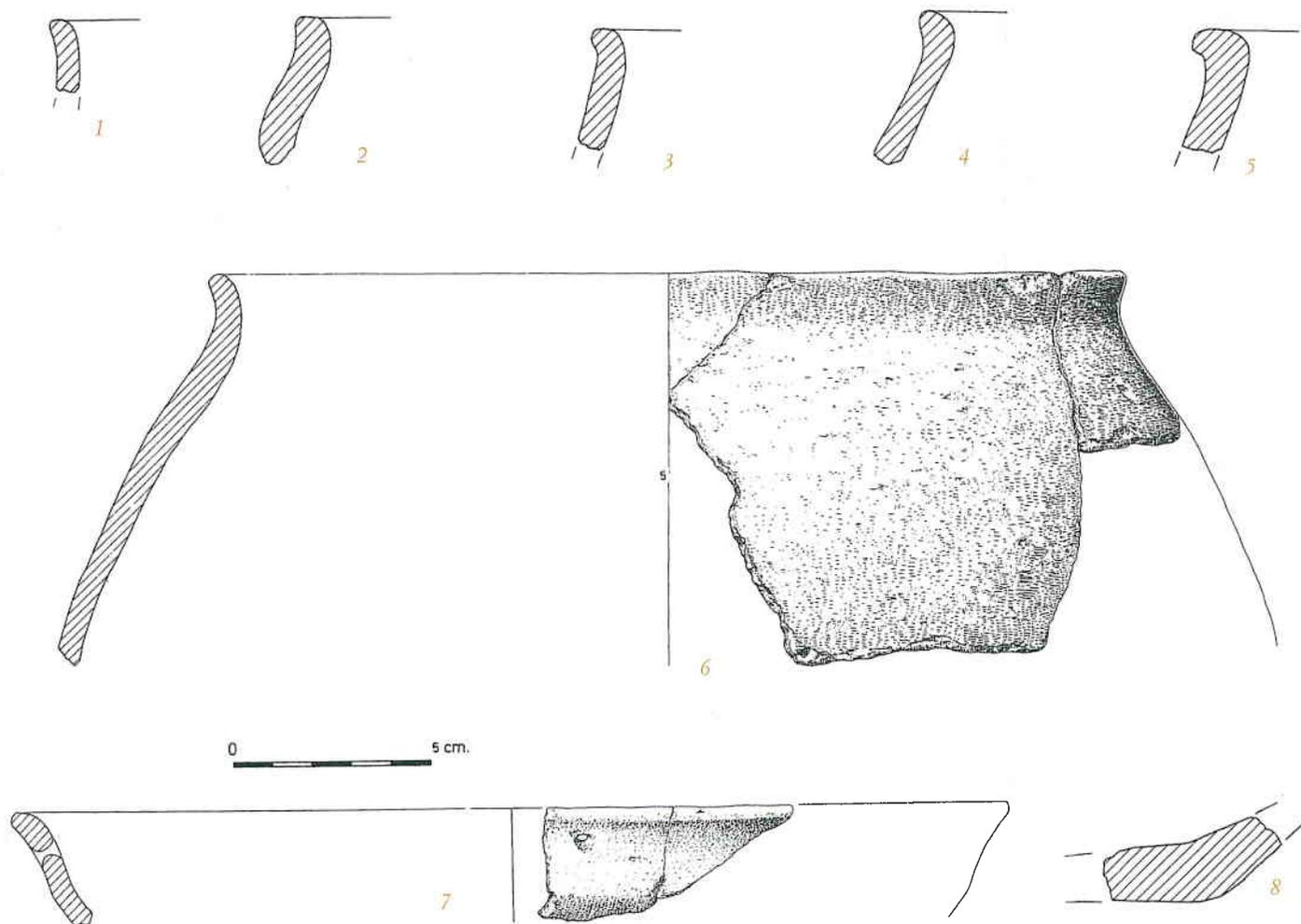


Fig. 9. Soto de Tovilla I. Materiales recuperados en la excavación.

2. SOTO DE TOVILLA II (TUDELA DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 35' 34"
 Long. 04° 31' 25"
 Altitud: 705 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/25.000
 (372-IV) Aldemayor de San Martín

Entorno y descripción del yacimiento

Con el nombre genérico de Soto de Tovilla se conoce una amplia finca a la que se accede partiendo desde el S de Tudela de Duero, por la carretera de Valladolid a Soria (N-122), nada más cruzar el Duero se recorren 4'6 km en dirección NE. Alcanzado este punto, en el entorno próximo al punto en que se encuentran las Casas del Soto de Tovilla, se emplaza el yacimiento, extendiéndose a ambos lados de la carretera. Dentro de este marco, el yacimiento ocupa una muy amplia (cerca de 26'50 Has) zona llana de la primera terraza del río Duero, cuyo cauce discurre inmediatamente al NW del área delimitada para el asentamiento, en un sector que se corresponde con la salida de un amplio meandro. Al E y NE, el yacimiento se ve delimitado también, en parte, por el arroyo de la Vega, que desemboca en el Duero a unos 450 m del sector central del ámbito atribuido al asentamiento.

Apenas a 150 m al SW se localiza el yacimiento de Soto de Tovilla I, citado en las páginas anteriores. Pese a esta cercanía hemos optado por catalogarlos de modo individualizado, ya que, según hemos podido constatar, entre ambas estaciones arqueológicas existe un evidente vacío de hallazgos.

Cuando realizamos nuestras visitas al yacimiento sus tierras se encontraban en baldío, con una visibilidad nula, lo cual dificultó el desarrollo normal de la prospección. Debido a esta circunstancia la delimitación que proponemos para el yacimiento es un tanto parcial y se basa tanto en las informaciones aportadas por el arqueólogo y vecino de Tudela: D. José Sánchez Blanco, que ha visitado el lugar durante varios años¹⁶, cuanto en nuestra propia prospección sobre el terreno. Las evidencias que ofrecen pistas sobre el yacimiento son ciertamente variadas (materiales cerámicos, líticos, y metálicos) y

revelan la existencia de diversas ocupaciones cronoculturales que pueden ser agrupadas genéricamente en dos periodos: prehistórico e histórico. Sólo de las primeras haremos mención nosotros aquí.

La imposibilidad de una prospección más detallada sobre el terreno ha impedido realizar la delimitación concreta de cada uno de ellos. No obstante, si podemos aportar, al menos, algunos datos mínimos sobre la ordenación interna del yacimiento. Diremos que al NE del enclave (en adelante Sector 1), en un manchón ceniciento, situado al S del único árbol de cierta entidad visible en la zona (un nogal, por cierto), con forma casi ovalada (de poco más de medio centenar de metros de eje mayor), que se sitúa a ambos lados del camino que une los municipios de La Parrilla y Villabáñez, es donde se localizan los materiales de filiación Protocogotas que hemos podido evidenciar personalmente en el yacimiento.

Hacia el extremo S del enclave se documenta una nueva zona que en superficie ofrece color ceniciento (Sector 2) de dimensiones muy imprecisas (de entre 0'5 y 1 Ha). Aquí hace acto de presencia la cerámica atribuible a la plenitud del horizonte Cogotas I. No muy lejos de este ámbito, junto al camino de Traspinedo, se sitúa el punto en que, por trámite de urgencia, Germán Delibes de Castro y M. A. Rojo Guerra, excavaron un hoyo que contenía un enterramiento al que más adelante aludiremos, sucintamente. Por su parte, en la zona NW se documenta una mayor concentración que en otros puntos de cerámicas atribuibles al Grupo Soto de Medinilla (Sector 3). Por último, en la zona N del yacimiento, es posible identificar la escasa TSHT que ha sido posible documentar en el yacimiento (Sector 4).

Análisis de los materiales

Se presentan aquí en conjunto los materiales obtenidos durante nuestra prospección y de los que forman parte de la colección de José Sánchez Blanco. La suma de tales evidencias permite documentar diversos momentos de ocupación durante la Prehistoria reciente, separados en el tiempo y con diferencias significativas en sus materiales que permiten hacer una separación.

¹⁶ Los materiales recuperados por esta persona han sido objeto de reciente estudio en trabajos de gran interés: Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996: 9-78; Cruz Sánchez, P. J., y Quintana López, J. 1999: 161-170.

Industria cerámica

Supone el elemento más numeroso de la cultura material.

Dentro de la cerámica atribuible al Bronce Medio, toda ella recuperada durante nuestras prospecciones en el que hemos denominado Sector 1, contemplamos tanto una serie de recipientes lisos como otros con sus paredes decoradas.

Entre la cerámica de superficie lisa, hemos podido reconocer un corto número de formas:

- Pequeños vasos carenados de la Forma 12Aa: Generalmente presentan la inflexión a media altura (Fig. 10. 9, 10, y 11). Es la forma que hemos sido capaces de identificar con mayor frecuencia y presenta una terminación muy cuidada.
- Recipientes carenados de tamaño medio/grande de la Forma 12B: Al igual que en el caso anterior contamos con un corto número de ejemplares (Fig. 10. 12 y 13), ninguno de ellos conservado en su integridad. En su modelado se observa un cuidado semejante al dispensado a las vasijas anteriormente descritas.
- Son varios los pequeños fragmentos de borde con impresiones unguiladas o dígito/unguladas que se pueden incluir aquí, más que nada por proceder del mismo ámbito. Todos ellos parecen pertenecer a una misma forma: un recipiente de mediano tamaño de suave perfil en S (Fig. 10. 15 y 16). Queremos señalar que estos barro los hemos incluido aquí, no tanto porque les consideremos especialmente significativos de este periodo sino, simplemente, porque tuvimos ocasión de recogerles en las inmediaciones de los arriba reseñados y no desentonan con ellos.
- El apartado cerámico se distingue, como es característico en el Bronce Medio de la zona, por una presencia significativa de decoraciones. Los barro sobre las que éstas comparecen se hallan en estado sumamente fragmentario. Con todo, es posible reconocer el perfil de algún gran cuenco (Forma 1B) (Fig. 10. 2) y ciertos perfiles carenados (Fig. 10. 1, 4 y 5), cuya fragmentación no permiten mayores precisiones. Sobre estos vasos aparecen una serie de motivos realizados, en su casi totalidad mediante incisión. Con dicha técnica se consiguen los zigzag simple o doble, dispuestos tanto al exterior como al interior junto al borde y sobre la línea de la carena (Fig. 10. 1, 4 y 8), las espigas formando metopas (Fig. 10. 2 y 7) o líneas sencillas (Fig. 10. 5) y las retículas oblicuas que forman parte de algún motivo radial (Fig. 10. 5), que ornán estos recipientes. Sobre la superficie externa de un único fragmento apreciamos un motivo realizado con técnica impresa discontinua: dos líneas paralelas de toscas impresiones alargadas y dispuestas verticalmente (tipo B3) (Fig. 10. 6).

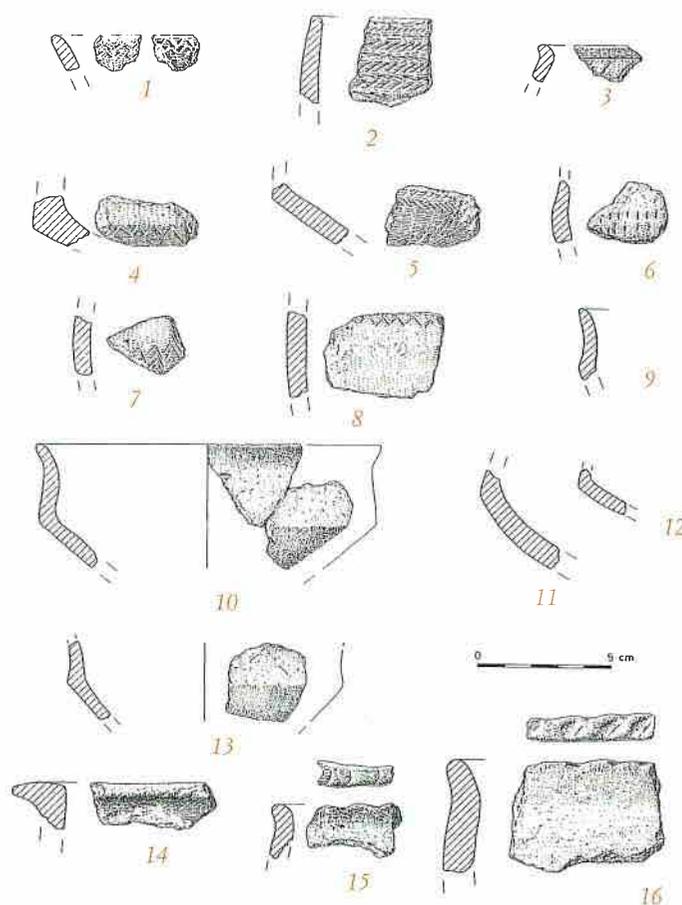


Fig. 10. Soto de Tovilla II. Diversos materiales cerámicos y líticos recuperados en la superficie del Sector 1.

de Tovilla II marcaría, de un modo evidente, una ocupación de este lugar durante el declive de dicho horizonte.

- Como ya hemos apuntado, contamos también en el lugar (Sector 3) con un conjunto de cerámicas asimilables al horizonte del Soto de Medinilla.

Seguidamente realizamos una breve descripción de las formas y decoraciones que caracterizan a esta producción:

- Vasitos de carena resaltada de Quintana y Cruz variante C (3 ejemplares) (Fig. 11. 5, 5 y 6). Son cerámicas de acabados preferentemente bruñidos, paredes finas y coloraciones de tonos oscuros, producto de cocciones reductoras (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Fig. 2. 10; Cruz Sánchez, P. J., y Quintana López, J. 1999: Fig. 4. 2 y 3).

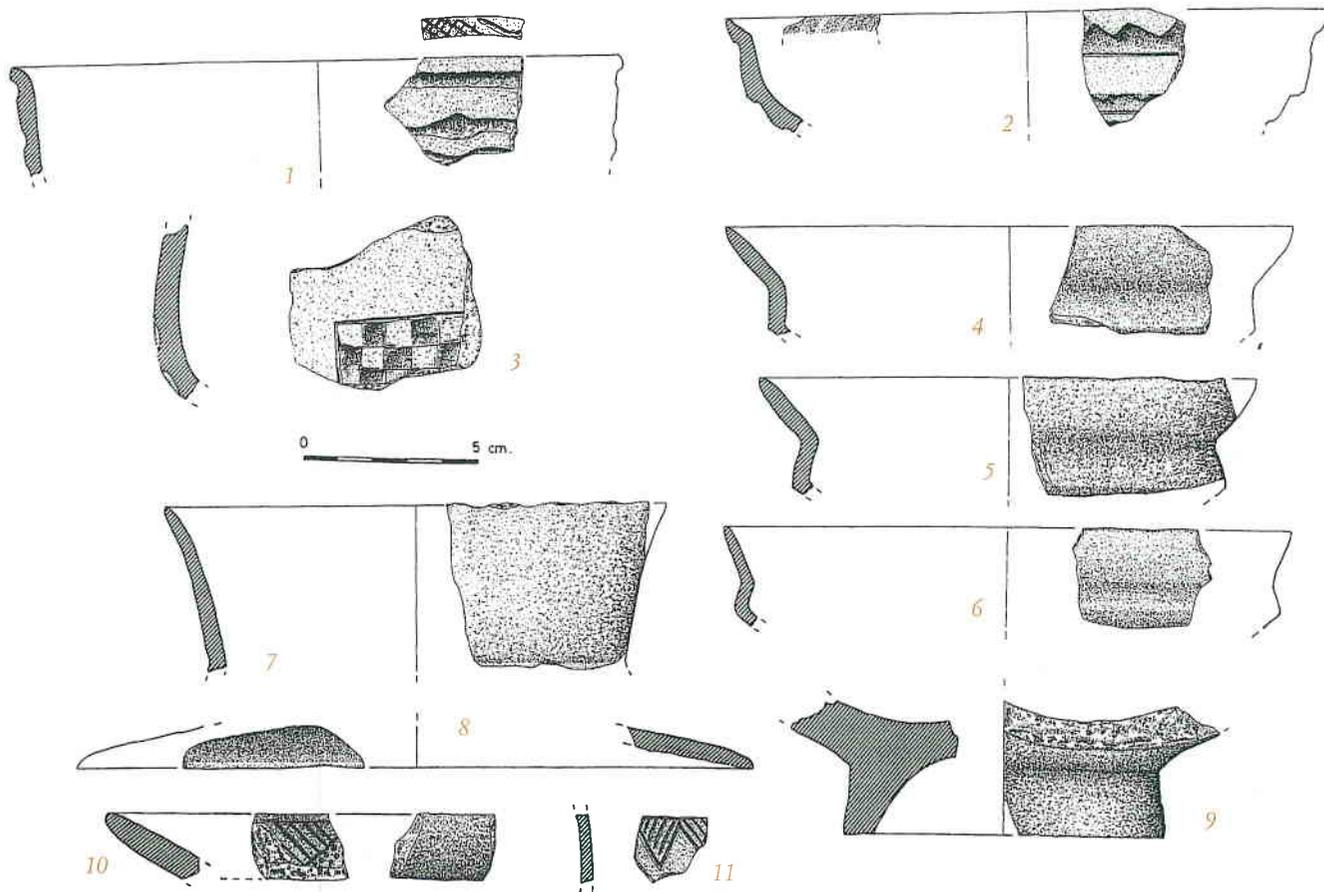


Fig. 11. Soto de Tovilla II. Materiales cerámicos recuperados sobre la superficie del Sector 2 (1 a 3) y Sector 3 (4 a 11).

- En el Sector 2, como ya hemos apuntado, también cabe anotar diversos fragmentos asimilables a la plenitud de Cogotas I, algunos de los cuales ya fueron publicados (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Fig. 1. 2 y 17; Cruz Sánchez, P. J., y Quintana López, J. 1999: Fig. 4). Otra serie de barros pueden verse en las láminas de la ficha del yacimiento, correspondiente al Inventario Arqueológico de Castilla y León, elaborada por Carmen Rodríguez e Inés Centeno en 1994. Dichos materiales, junto a algunos más de esta misma procedencia y del Sector 3, que aquí se adjuntan, han sido puestos a nuestra disposición, así como sus dibujos, por J. Quintana López. Para él nuestro más sincero agradecimiento.
- Desde el punto de vista formal contamos con sendos vasos troncocónicos, asimilables a nuestra Forma 14 A del Bronce Tardío-Final, decorados con motivos excisos al exterior. Uno de los vasos (Fig. 11. 2) muestra una serie de

triángulos por debajo del borde (E1) y, bajo ella, ya en la inflexión de la carena, un motivo, también exciso, no reconstruible. En el segundo (Fig. 11. 1), una banda horizontal excisa y un zigzag en resalte obtenido a partir de mordidos triangulares excisos contrapuestos (E3). En ambos casos muestran decoración en el interior del borde. El primero se adorna con temas impresos (profundas punciones oblicuas), incisos (cuidada retícula) el segundo.

- Un tercer fragmento es un galbo de forma indeterminada que presenta un damero exciso (E4) (Fig. 11. 3).

La suma de estas decoraciones han sido consideradas, a nuestro entender acertadamente, representativas de un Cogotas I tardío, recientemente analizado en el centro de la Submeseta Norte, tomando como ejemplo los hallazgos propiciados por el desarrollo del Inventario Arqueológico de Valladolid (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996: 9-78; Fig. 1). Su presencia en el Soto

- Grandes vasijas de cuerpos globulares y amplios cuellos abiertos de perfil acampanado (2 ejemplares) (Fig. 11. 7) (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Fig. 3. 5; Cruz Sánchez, P. J., y Quintana López, J. 1999: Fig. 4. 1). Se presenta tanto en soluciones de cerámica fina, como de acabado tosco.
- Formas abiertas de perfil muy tendido y acabado bruñido que, aunque han sido dibujadas como vasos, también podrían ser identificados como pequeñas tapaderas (1 ejemplar) (Fig. 11. 8).
- Las técnicas decorativas dentro de esta variedad son, en general, muy simples y constan, por una parte, de dígito-ungulaciones, tanto en la panza como en el labio. Estos motivos comparecen sobre grandes vasijas de almacenamiento, en ocasiones combinados con profundos escobillados que van en todas direcciones. En otra línea, destacan un par de fragmentos, en este caso de cerámicas finas, decorados con técnica incisa. El primero es un fragmento de pared que muestra un zigzag que delimita unos espacios triangulares; los de la parte superior aparecen rellenos con trazos incisos paralelos a uno de los lados del zigzag (Fig. 11. 10) (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Fig. 6. 3; Cruz Sánchez, P. J., y Quintana López, J. 1999: Fig. 4. 4). El segundo es un borde de vaso de perfil abierto (posible cuenco) en cuyo interior puede verse una alternancia de triángulos rellenos de trazos incisos que alternan con otros rellenos de pequeños hoyitos impresos (Fig. 11. 9) (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Fig. 6. 1). El apartado de las decoraciones se cierra con un galbo de cerámica que presenta restos de pintura roja adherida a la superficie del vaso (Rodríguez Marcos, J. A. 1985: 224).
- No ha llegado hasta nosotros ningún fondo que pudiera documentarse como propio de este momento, la única excepción es un pie anular (Fig. 11. 11).

Buena parte de los materiales arriba referidos tienen cabida en lo que se ha dado en denominar el Soto inicial o formativo. Al tiempo, detalles como la presencia de los pies anulares o las dígito-ungulaciones parecen evidenciar que el lugar mantiene su vigencia durante el Soto pleno.

Industria lítica

Entre el material recuperado se advierte el predominio de la industria de sílex sobre la realizada en cuarzo.

- Entre las piezas sin retocar hay una buena muestra de láminas de sección triangular o trapezoidal en sílex blanco.
- Entre los utensilios retocados destaca una punta de flecha romboidal con retoque cubriente bifacial (Fig. 12. 4).
- Raspador sobre lámina retocada de doble arista, con retoque simple en un lateral, plano en el otro y semia-brupto en un extremo (Fig. 12. 5).
- Elementos de hoz (4 piezas), principalmente elaborados sobre lasca, mínimamente regularizada, alguno de los cuales conservan el lustre de cereal (Fig. 12. 6 y 7).

La mayoría de estas piezas puede acomodarse a cualquier momento de los referidos, excepción hecha, tal vez, de la punta losángica, que, aunque también sabemos de su perduración en la zona durante la Edad del Bronce, pudiera sugerir la ocupación del solar en un momento antiguo, del III milenio a. C. o poco posterior, en todo caso no documentado a través de la cerámica.

Se anota en Soto de Tovilla II una amplia colección de hachas y azuelas en piedra pulimentada alóctona, fragmentadas, de múltiples tamaños. Destacar un par de azulillas de pequeño tamaño (Fig. 12. 8 y 9) –votivas?–.

Industria metálica

Procedentes de prospección contamos con tres elementos metálicos: un cincelillo; un fragmento de fíbula y un puñalito.

- El cincel es de bronce –como refleja su contenido en estaño– y se conserva completo y en buen estado de conservación. Se trata de una pieza de sección cuadrangular. Sus medidas son: 40 mm de longitud y 4 de grosor (Fig. 12. 2). Tipológicamente no aporta una cronología concreta, pudiendo cuadrar bien con un momento indeterminado del Bronce Medio o Final. Únicamente el notable porcentaje de plomo contenido en la colada –4'42%– nos inclinaría a considerarlo propio de un momento avanzado.

Muestra	Fe:	Ni:	Cu:	Zn:	As:	Ag:	Sn:	Sb:	Au:	Pb:
PA6134	0'20	tr	79'12	nd	nd	0'022	16'24	tr	—	4'42

- A la fíbula, que responde a los modelos sicilianos tipo *ad occhio* (Fig. 12. 1), sólo le falta la aguja y se caracteriza por tener brazos levemente ensanchados de sección lenticular, ojo y resorte de una sola vuelta y mortaja plana y ligeramente curvada para acoger la aguja (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Fig. 5. 10; Cruz Sánchez, P. J., y Quintana López, J. 1999: Fig. 4. 8). Ambos brazos aparecen decorados con finas líneas incisas paralelas entre si formando un friso continuo. En el interior de la Península este tipo de fíbulas aparecen en contextos bien dispares como son los representados en Perales del Río y Casal do Meio, atribuibles al Cogotas I

avanzado y al Bronce Final del SO, respectivamente. Una dualidad de contextos semejante –Cogotas I final y horizonte de cerámicas lisas carenadas– nos encontramos a la hora de encuadrar el imperdible de Tovilla, donde, como vemos, se reflejan ambos ambientes: Cogotas I y Soto Inicial. Tal y como apuntan Quintana y Cruz, siguiendo a Ruiz-Gálvez (1993: 49-50), cabe situar estas producciones mediterráneas entre el S. XI y el IX a. C., con lo que no sería problemático asociar la pieza de Tovilla II a cualquiera de los substratos del yacimiento, sin que sea posible precisar más la asignación.

muestra	Ni:	Cu:	Zn:	As:	Ag:	Sn:	Sb:	Au:	Pb:
PA6133	0'03	87'77	nd	nd	0'013	12'04	nd	—	nd

- En lo concerniente al puñal (Fig. 12. 3) (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Fig. 5. 11; Cruz Sánchez, P. J., y Quintana López, J. 1999: Fig. 4. 7) diremos que consta de una hoja alargada incompleta –se han conservado aproximadamente 70 mm–, de filos paralelos, que presenta en ambas caras nervadura central que muere en un orificio central en la zona del empuñadura, a

la altura de una leve muesca realizada a la hoja. Según estos rasgos, el puñal en cuestión se asemeja al prototipo *Porto de Mos*, propio del Bronce Final III peninsular, lo que, también en este caso, implica que pudo ser portado por las gentes del Cogotas I avanzado o del inicio del Soto de Medinilla, presentes en el enclave.

Muestra	Fe:	Ni:	Cu:	Zn:	As:	Ag:	Sn:	Sb:	Au:	Pb:
PA6132	0'20	0'03	83'73	nd	tr	0'036	15'51	0'049	—	0'44

Valoración y cronología

Cuenta el yacimiento con una amplia secuencia cultural de época protohistórica que, sin descartar alguna visita previa, se inicia con una ocupación del Bronce Medio. Sin que se detecten restos de un Bronce Medio avanzado / Bronce Pleno se pasa a época del Bronce Final-Hierro I. No aparecen, de nuevo, materiales de un Hierro II, compareciendo otros de época romana bajoimperial. Incluso aparecen algunas muestras de *terra sigillata* hispánica paleocristiana que indicarían una cronología relativamente avanzada, dentro del periodo tardío (S. V d. C.). No faltan, por último, evidencias que aluden a una posible ocupación en un momento hispano visigodo y en otro medieval; ambos sumamente genéricos.

Las características sedimentológicas del terreno (escasa compactación de la tierra) y de los restos arqueológicos (fragmentación, diminuto tamaño de las evidencias, ausencia de conexión entre ellas), así como lo mezclado que aparecen éstos, nos hace pensar que la estructura original del yacimiento se halla en la actualidad fuertemente alterada. De esta forma, creemos que al llevarse a cabo las últimas ocupaciones del enclave, en épocas tardorromana, visigoda y medieval, deben haber producido una fuerte modificación de los niveles arqueológicos inferiores. Las sucesivas ocupaciones del lugar, a nuestro entender, han debido provocar el arrasamiento total o parcial de los restos de ocupación protohistórica, contribuyendo a enmascarar su representación en superficie.

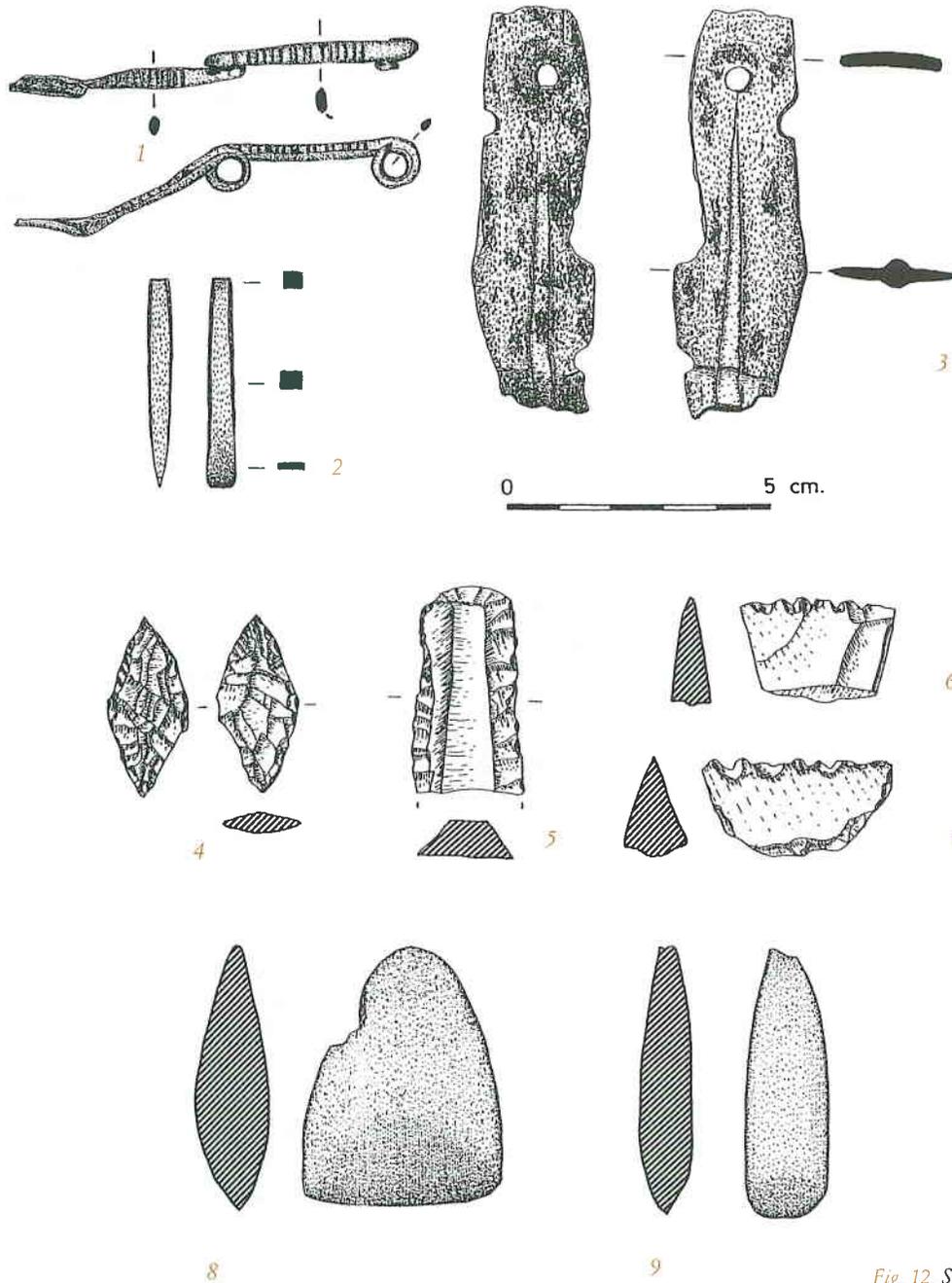


Fig. 12. Soto de Tovilla II. Diversos materiales metálicos y líticos recuperados sobre la superficie de los sectores 2 y 3.

En cuanto a la funcionalidad de cada una de las ocupaciones, podemos decir únicamente que la mencionada tumba, situada junto al camino que discurre al S del yacimiento pudiera sugerir la existencia de un posible lugar de enterramiento, si bien la ausencia de un ajuar asociado impide afinar en la determinación de su edad. Únicamente, tanto la presencia de cerámicas a mano en sus proximidades, cuanto

la morfología de la tumba (ocupa el interior de un simple hoyo), nos hacen pensar que pudiéramos atribuirla a alguna de las ocupaciones que se desarrollan en el yacimiento durante la Edad del Bronce. Las favorables condiciones del emplazamiento y la propia entidad del enclave, parecen sugerir, con bastante fuerza, la idea de que nos encontramos ante un lugar de habitación.

3. EL CARRASCAL (TRASPINEDO)

Coordenadas: Lat. 41° 35' 11"
 Long. 04° 29' 47"
 Altitud: 730 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 (373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

En el confín occidental del término municipal de Traspinedo, se sitúa un pago conocido como El Carrascal al que se accede, partiendo de Traspinedo en dirección NO, por la carretera comarcal que desde Campaspero enlaza con la N122, y recorriendo por la misma unos 1900 m. Una vez alcanzado este punto el yacimiento se localiza a ambos lados de esta vía, ocupando el espacio que media entre dos altozanos que se ubican en este lugar. Dentro de este ámbito el yacimiento se sitúa en una zona de contacto entre las cuevas de páramo y el inicio de la vega del río Duero, cuyo cauce actual discurre unos 2'5 km al norte de este punto. La base litológica –grabas y cantos rodados– de ambas elevaciones, pone de manifiesto que constituyen retazos de antiguas terrazas del Duero, que han quedado en resalte.

Por lo que se refiere al entorno de la presente estación arqueológica, es el típico de esta área del valle del Duero, caracterizado por su gran horizontalidad y sus suelos alubiales de origen miocénico. El lugar debió caracterizarse por una gran disponibilidad hídrica; no en vano, además del citado arroyo que recorre el área en dirección E-O, se localizan otras fuentes de agua próximas. En este mismo sentido, es interesante señalar que a escasos 200 m en dirección este del mayor de los altozanos se sitúa un antiguo espacio lagunar –Laguna Redonda–, actualmente desecado, que todavía conserva una vegetación de carrizos.

En el entorno del altozano mayor, el más meridional (en adelante Sector A) se localizan abundantes restos –algunos fragmentos de molino barquiforme de granito, ciertos restos líticos de variada tipología y, sobre todo, cerámicas a mano–. Tales evidencias, localizadas, principalmente, sobre la vertiente oriental y en la zona llana inmediata, se distribuyen sobre un área bastante extensa: 6'2 Ha, aproximadamente.

El otero situado más al norte, pese a sus menores dimensiones, es, igualmente, bien perceptible en el lugar. La dispersión del material en este ámbito es, *grosso modo*, semejante a la del área antes comentada; si bien, en este caso, además de ocupar la ladera oriental y zona aledaña, se extiende por la plataforma culminante. Esta área, que en adelante identificaremos como Sector B, abarca una extensión de cerca de 2'5 Ha. En ella tampoco hemos podido diferenciar zonas de

alta y baja densidad, quizás debido al estado de las tierras (ocupadas por zonas de pinar y baldío), poco aptas para el desarrollo de prospecciones.

Finalmente, el área que en adelante denominaremos Sector C, situada en tierras llanas, al este de la anteriormente comentada y separada de ésta por tierras de nula visibilidad, presenta una extensión próxima a las 2'4 Has. En este ámbito, el material aparece de forma muy dispersa, y, al igual que en la anterior, queda sin definir correctamente la delimitación del sector septentrional, al hallarse ocupado por un pinar de nula visibilidad.

La única evidencia de carácter arqueológico que se repite en todos y cada uno de los núcleos comentados, consiste en el afloramiento de material, no detectándose ni restos de elementos constructivos ni trazas de microrrelieve.

Análisis de los materiales

El material arqueológico recuperado en El Carrascal es relativamente abundante. Como es lógico, predominan las evidencias cerámicas elaboradas exclusivamente a mano y cocidas a fuego reductor o mixto. Las pastas, por lo general bastante cuidadas, contienen desgrasantes, de grano medio a fino, de naturaleza cuarcítica, las más de las veces, y micácea. Los tratamientos superficiales son variados: predominan los alisados, aunque también están presentes los bruñidos y los escobillados, al exterior o en ambas caras.

El elenco cerámico identificado por nosotros en el Sector A ofrece escasa información morfológica. Únicamente cabe destacar la presencia de bordes redondeados, biselados o planos, pertenecientes a formas entrantes o de tendencia recta. Las decoraciones se limitan a simples impresiones –digitaciones– que se disponen sobre el borde de un recipiente.

La morfología de los restos del Sector B resulta algo más variado: bordes con labios redondeados pertenecientes a perfiles simples; otros que parecen pertenecer a formas de perfil en S; fragmentos de queseras. Como detalles morfológicos, hay carenas poco marcadas y algún fondo plano.

Las decoraciones, salvo un fragmento de clara filiación campaniforme, son poco variadas: impresiones en los labios; series de uñadas o digitaciones sobre sendos galbos. El motivo campaniforme consiste en varias líneas horizontales incisas, entre las que se desarrollan dos entramados rectos y, entre éstos, a su vez, un zigzag inciso, con pequeños trazos verticales en cada vértice.

El Sector C ha proporcionado un escaso lote de fragmentos significativos. Contamos con dos bordes de labio redondeado, uno que parece remitir a una forma simple, posible cuenco, y otro de tendencia abierta. Mención aparte merece un frag-

mento de dudosa factura que presenta el labio apuntado y una carena alta marcada tanto al interior como al exterior. La única decoración documentada aparece sobre un galbo. Se trata de un cordón aplicado con digitaciones.

Esta serie de materiales prehistóricos, en general escasamente significativos, remiten, a partir del único fragmento de decoración significativa –recuperado en el Sector B–, a un momento campaniforme. Sin embargo, es más que probable que la presente estación arqueológica albergara otras ocupaciones prehistóricas. En este sentido, resulta altamente significativo un lote de materiales procedentes de este yacimiento, recogido por el aficionado Pablo Zalama, que se encuentra depositado en los fondos del Museo Arqueológico de Valladolid. Tales materiales, que se recogen en un inventario realizado por Alberto Campano y M.^a Consuelo Escribano (1987), sin duda alguna merecen un comentario.

Puestos en contacto con el Sr. Zalama, pudimos determinar que tales evidencias procedían, sin mayores precisiones, del, por nosotros denominado, Sector A. Dichos materiales, según pudimos comprobar, eran muchos y variados, observándose, eso sí, un claro predominio de las cerámicas.

Una primera valoración de tales evidencias nos permitió entrever la existencia en el lugar de, cuando menos, dos momentos de ocupación, de muy distinto signo cultural y cronológico: uno, más antiguo, encuadrable en el Neolítico y otra asimilable al mundo Campaniforme.

En cuanto a la ocupación Neolítica, los elementos cerámicos atribuibles a dicho momento son tres fragmentos ciertamente significativos. Uno es un recipiente cuenquiforme, que muestra junto al borde el arranque de un asa mamelón, con decoración de ondas (cinco en concreto) realizadas, como suele ser habitual en el denominado Boquique neolítico, mediante profundas impresiones seguidas, efectuadas con un instrumento de extremo plano (Fig. 13. 1). Un segundo fragmento es un vaso globular con decoración de líneas horizontales incisas (dos) flanqueadas por alineaciones de profundas impresiones triangulares (Fig. 13. 2). El otro es un borde de cuenco hemisférico, ornado al exterior por una línea incisa bajo la cual se desarrollan varias series paralelas de profundas impresiones triangulares (Fig. 13. 3).

Aunque reducidos en número los barros descritos resultan suficientemente elocuentes a la hora de situar la ocupación más antigua del presente enclave en momentos Neolíticos; no en vano dichos materiales ya fueron incluidos en algún trabajo en el que se procedía a analizar el estado de la cuestión del Neolítico de la Submeseta Norte (Iglesias Martínez, J. C., Rojo Guerra, M. A. y Álvarez Perriáñez, M.V., 1996: 721-734; Fig. 3. 2).

Por lo que se refiere a la *vajilla campaniforme* contamos con un total de 4 fragmentos. Tres de ellos corresponden al campaniforme Ciempozuelos. El fragmento restante es de tipo Silos-Vaquera. La temática decorativa registrada en el primero es la usual en estos conjuntos:

- Entramado oblicuo inciso en aspa compleja y una serie de impresiones triangulares bajo él, asociados a una línea incisa horizontal (Fig. 14. 1).
- Líneas incisas horizontales en número variable (una o dos), empleadas para enmarcar diversos motivos (Fig. 14. 1, 3 y 4).
- Cordones pseudoexcisos conseguidos mediante contraposición de trazos incisos (Fig. 14. 3).
- Frisos de incisiones oblicuas (Fig. 14. 4).
- Impresiones de espátula de tipo triangular (Fig. 14. 1 y 4). Se trata siempre de alineaciones simples que flanquean otros motivos.

En el capítulo de las formas cerámicas, contamos con un fragmento de cuenco (Fig. 14. 3), otro de vaso (Fig. 14. 1) y como más dudoso un tercero de cazuela (Fig. 14. 4).

En el único ejemplar Silos-Vaquera identificado las decoraciones se reducen a:

- Zigzag inciso (Fig. 14. 2).
- Entramado oblicuo en aspa enmarcado entre líneas incisas (Fig. 14. 2).

En cuanto al perfil de esta pieza se trata de un cuenco de tendencia semiesférica (Forma 1A. Fig. 14. 2).

Aparte de las especies propiamente campaniformes debemos anotar también la presencia de un par de fragmentos con decoraciones muy simples, que suelen aparecer en contextos campaniformes. Se trata de un borde de forma indeterminada que muestra toda su superficie con impresiones realizadas con la uña (Fig. 14. 5) y un pequeño galbo ornado con impresiones de dedos (Fig. 14. 6).

Industria lítica

Entre los materiales recogidos en El Carrascal, los cuales, a nuestro entender, pueden relacionarse con las cerámicas antedichas, figuran un pequeño lote de útiles líticos tallados.

En principio destaca el hallazgo de seis puntas de flecha, entre las cuales cabe establecer un par de apartados:

- En el primero incluiríamos tres puntas, de pequeño tamaño y aspecto “arcaico”. La primera es una punta cruciforme de perfil foliáceo, apéndices laterales y pedúnculo simple, realizada en sílex blanco. El retoque

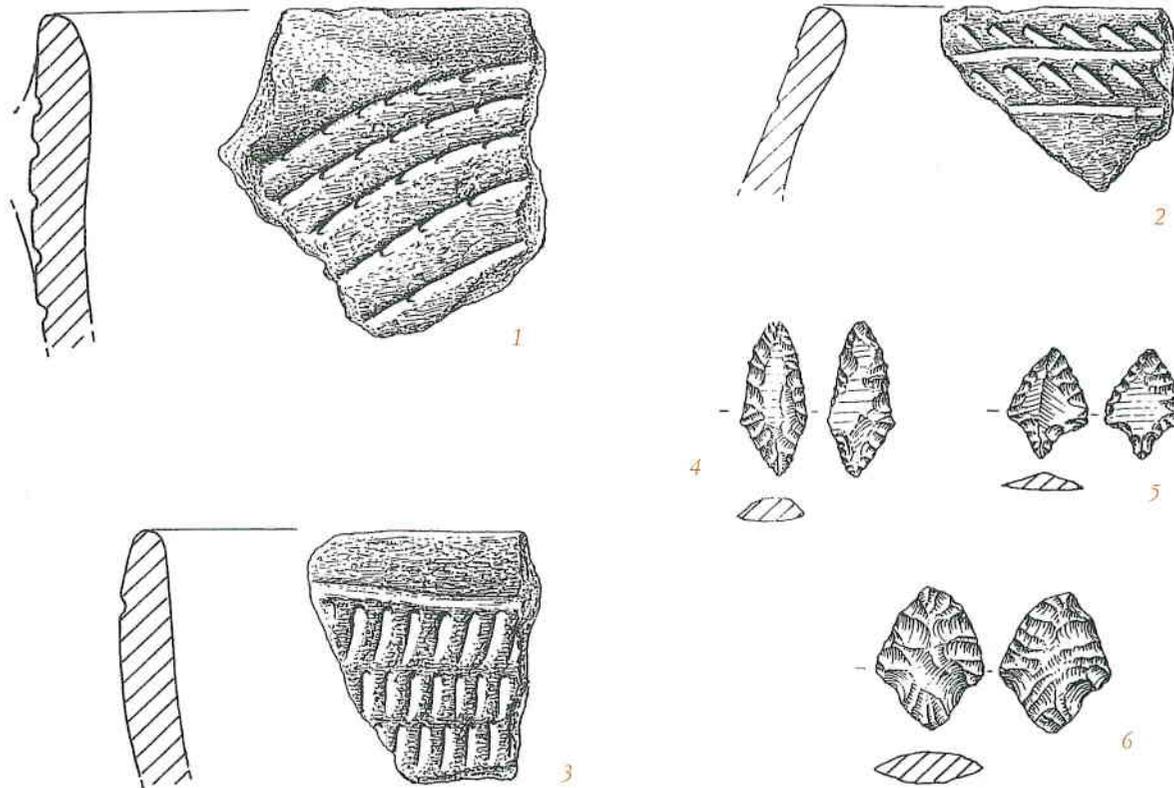


Fig. 13. El Carrascal. Materiales cerámicos y líticos de clara atribución neolítica.

es invasor, bifacial y cubriente en ambos extremos y en uno de los apéndices (Fig. 13. 4). La segunda es una punta con hombreras y pedúnculo, en sílex blanco vetado. El retoque es plano, invasor, bifacial, siendo cubriente/bifacial en el ápice, pedúnculo y hombreras. El soporte es laminar de sección plana. La delineación de los bordes es convexa. El pedúnculo es apuntado, de lados cóncavos, al igual que las hombreras (Fig. 13. 5). La tercera es una punta de pedúnculo y hombreras. Sílex blanco. Retoque plano, cubriente, bifacial (Fig. 13. 6).

Puntas cruciformes de muñones laterales, similares a la pieza 4 de la Fig. 13, resultan habituales en la mitad norte de la Península Ibérica a lo largo de los primeros siglos del III milenio a. C.; situándose en la base de la evolución de las puntas de aletas y pedúnculo (Delibes de Castro, G., Rodríguez Marcos, J. A., Sanz Mínguez, C., y Val Recio, J. M.^a del, 1982: Fig. 10. 66). Esta cro-

nología podemos hacerla extensiva a las otras dos piezas talladas que aquí presentamos, tal y como lo demuestra la aparición de las mismas en idénticos contextos que los modelos de apéndices laterales. Esta circunstancia puede ser observada convenientemente en estaciones arqueológicas como Campas de Oletar (Apellániz Castroviejo, J. M.^a, 1973: 170, Fig. 113-B. 50), o el nivel II de Santimamiñe (Apellániz Castroviejo, J. M.^a, 1973: Fig. 20. 38); lugares en los cuales, junto a puntas cruciformes, aparecen otras de escasa longitud y alerones incipientes, muy semejantes a la pieza 6 de la Fig. 13. De igual modo, en La Chabola de la Hechicera (Cava, A. C. 1984: 73, Fig. 14. 6), por ejemplo, las encontramos asociadas a otras similares a nuestra pieza de la Fig. 13. 5.

- En un segundo apartado daremos cabida a aquellas otras puntas que, a nuestro entender, cabe atribuir al momento Campaniforme. La primera es una punta de

hombreras y pedúnculo, sobre sílex de color acaramelado. El retoque es cubriente y bifacial. La delineación de los bordes es prácticamente rectilínea. El pedúnculo, apuntado en la base, presenta los lados ligeramente cóncavos (Fig. 14. 12). En segundo término encontramos una punta de sílex blanco. Elaborada con retoque plano, cubriente, bifacial. La delineación de sus bordes es ligeramente denticulada. El pedicelo es prácticamente triangular, de base apuntada y bordes rectilíneos. El estado de conservación es bueno, salvo en el extremo de ambos alerones que aparece fracturado (Fig. 14. 10). La tercera pieza es una punta en sílex blanco con betas de color rojizo. Retoque plano, cubriente, bifacial. Delineación de los bordes ligeramente denticulada. El pedúnculo aparece fragmentado (Fig. 14. 11).

Puntas de aletas y pedúnculo como las que se recogen *supra*, cuya tipología difiere en buena medida de los ejemplares que atribuíamos a la ocupación neolítica, aparecen frecuentemente asociadas a contextos campaniformes. Esta misma atribución entendemos merecen los siguientes materiales líticos:

- Una gran lasca foliácea cortical sobre sílex tabular con retoque plano invasor bifacial. En el borde derecho las extracciones son profundas, subparalelas e incluso escaleriformes, afectando bifacialmente a todo el lateral y el extremo distal, los cuales adquieren un aspecto ligeramente dentado. En el lado contrario las extracciones son mucho más amplias, también bifaciales, excepto en el extremo mesio/proximal donde son, de nuevo, más pequeñas con tendencia escaleriforme. Talón fracturado (Fig. 14. 7).
- Dos dientes de hoz: El primero, sobre lasca de sílex de color marrón, tiene filo rectilíneo dentado elaborado con retoque simple directo. La pieza conserva el talón, que es liso, y el bulbo. El extremo distal muestra un retoque abrupto aplicado para regularizar la pieza (Fig. 14. 8). El segundo, montado sobre lasca de sílex de semidescortezado, es de sílex blanco con betas rojas. Cuenta con filo rectilíneo, un dorso truncado y una fractura retocada para eliminar la charnela (Fig. 14. 9)

Este tipo de monturas que en muchos casos han sido considerados propios de la Edad del Bronce, comienzan a generalizarse a partir del campaniforme. En este sentido, resulta interesante observar como en uno de los pocos yacimientos con materiales campaniformes estratificados, El Cerro de La Virgen de Orce, los dientes de hoz se van haciendo más abundantes a medida que pasa el tiempo, resultando especialmente frecuentes en el

nivel IIC/III, el cual significa el paso entre las últimas manifestaciones Ciempozuelos y el inicio de “lo argárico” (Schüle, W. 1980: Fig. 41. V.1370; Fig. 51. V.79; Fig. 76; Fig. 90 y 91).

Completa este apartado un elemento de piedra pulimentada: Una pequeña azuela de piedra pulimentada en fibrolita. De bordes divergentes, presenta un filo recto conseguido a través de un bisel monofacial. El talón aparece embotado, seguramente por haber sido utilizado para machacar. Perfil asimétrico. Muestra profundas huellas de uso perpendiculares al filo (Fig. 14. 13).

Valoración y cronología

En las páginas anteriores hemos realizado una somera caracterización de los materiales arqueológicos recuperados en las diversas áreas arqueológicas que ocupan El Carrascal de Traspinedo. Tales observaciones nos han permitido constatar que en el área se desarrollaron diversos momentos de ocupación de signo bien distinto.

Haciendo un breve resumen diremos que cabe observar, cómo en el denominado Sector A existen argumentos arto elocuentes como para situar allí una ocupación sincrónica al desarrollo del Neolítico Tardío o avanzado del interior peninsular, fase a la que algunos autores han dado en denominar “horizonte de cerámicas incisas” (Antona del Val, V. 1986: 23-29).

Este neolítico interior, que ofrece múltiples concomitancias con el propio de las cuevas de Andalucía Oriental, en opinión de Antona, ha de situarse cronológicamente entre el 3700 a. C. –momento en que se fechan los niveles bajos de La Cueva de La Vaquera–, y 3170-2680 a. C., fechas que coinciden respectivamente con los niveles III y II de Verdelpino (Antona del Val, V. 1986: 28).

La adscripción del presente hábitat a este horizonte neolítico del interior peninsular, no haría sino aumentar en uno el número de yacimientos asimilables a este periodo hallados en la Meseta Norte, con el interés añadido de que el que ahora nos ocupa viene a engrosar la reducida lista de estaciones al aire libre que de este mundo conocemos hasta la fecha, sensiblemente más reducida que la relación de establecimientos ubicados en el interior de las cuevas, de la cual forman parte enclaves tan paradigmáticos como La Vaquera, La Nogaleta, Atapuerca, La Cueva del Aire, etc.

La ausencia de materiales encuadrables en momentos intermedios, permite considerar que tras el abandono del lugar por parte de las gentes neolíticas, el área no volvió a ser ocupada hasta casi un milenio más tarde por las gentes de Ciempozue-

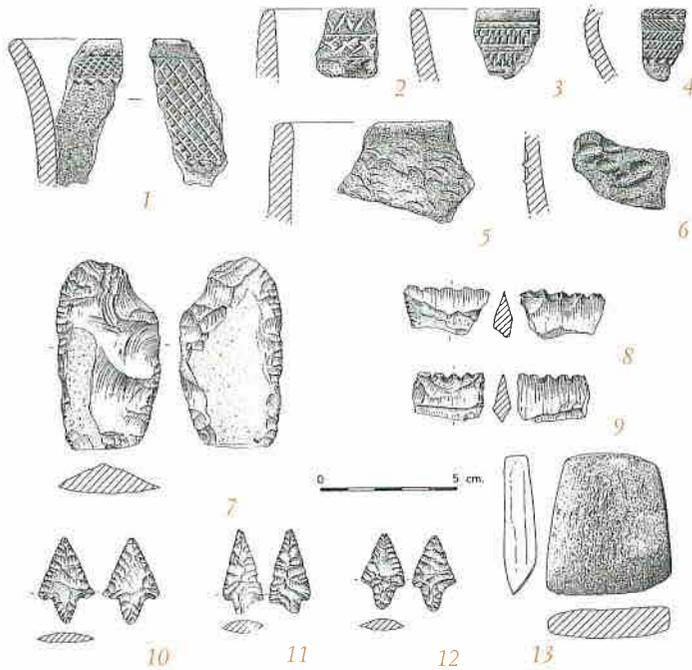


Fig. 14. El Carrascal. Materiales cerámicos y líticos de atribución campaniforme

los. Fase durante la cual, también se desarrolló un ocupación en el Sector B.

Como en cada ocasión en que nos encontramos ante un conjunto de materiales de época campaniforme, fruto de un hallazgo superficial, nos asalta la consabida duda acerca de si tales restos formaron parte de un ámbito habitacional o, por el contrario, de un enterramiento, como los que en buen número se localizan en el Duero Medio. En principio, el reducido número de fragmentos campaniformes recuperados podría hacer pensar en favor de la segunda opción; no obstante, el hallazgo en el enclave, por ejemplo, de “elementos de hoz”; impropios de los ajuares funerarios Ciempozuelos

aboga, por el contrario, en favor de la primera de las interpretaciones. Esta lectura que hacemos sobre la presente estación arqueológica, vendría a engrosar el número de yacimientos campaniformes conocidas en la zona para las cuales se intuye una utilización como lugar de hábitat, caso de los identificados en Arrabal de Portillo (Fernández Manzano, J., y Rojo Guerra, M. A. 1986: 41-74), Almenara de Adaja (Balado Pachón, A. 1989: 65-70), y otros más que recogen Martín Valls y Delibes, en su reciente revisión del campaniforme de las campiñas meridionales del Duero (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1989: 65-74).

Según podemos observar los emplazamientos de todos estos hábitats citados es muy similar, asentándose generalmente en lugares más o menos llanos, próximos a fuentes de agua de poca entidad, tales como riachuelos o, más habitualmente, pequeños labajos o lagunas de agua estancada. Comúnmente, la elección de estos asentamientos próximos a tales bohodones viene siendo puesta en relación con una supuesta dedicación a una agricultura itinerante o de rozas por parte de las gentes que allí habitaron, en virtud de que “serían estas áreas, las únicas abiertas a la vegetación y, por tanto, susceptibles de ser cultivadas y desde las que comenzar la tala de pinos y encinas, además de asegurar el abastecimiento de agua” (Balado Pachón, A. 1989: 93-94).

En último término, hacer una breve alusión a la cronología de este enclave Ciempozuelos de El Carrascal. La naturaleza y procedencia de los materiales que aquí presentamos hace que hayamos de recurrir para su datación a las fechas que se hacen extensivas para el resto del grupo. En este sentido, diremos que Martín Valls y Delibes sitúan el desarrollo de este grupo campaniforme “en términos de radiocarbono” entre el 2150 y 1650 a.C. (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1989: 84), lapso temporal en el que, sin mayores matizaciones, podemos incluir la presente ocupación.

Desgraciadamente, lo inexpresivo de las evidencias procedentes del Sector C no nos permite pronunciarnos sobre la atribución cronocultural de la ocupación que se desarrolló en este ámbito del complejo arqueológico, esperemos que próximas prospecciones en la zona permitan obtener datos más elocuentes al respecto.

4. LA ERMITA (TRASPINEDO)

Coordenadas: Lat. 41° 34' 33"
 Long. 04° 28' 42"
 Altitud: 750 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 (373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

Se ubica sobre un terreno llano incluido dentro del relieve de cuevas de páramo. Muy próximas, en dirección sur, se sitúan las laderas del denominado páramo de Montemayor. El área que ocupa el yacimiento se sitúa inmediatamente a poniente del casco urbano, constituyendo éste el límite oriental de aquel. No descartamos que el yacimiento pudiera extenderse en dirección este, dado que las evidencias llegan hasta los edificios del pueblo. Su proximidad a la villa hace que el acceso al yacimiento sea sumamente sencillo: partiendo de Traspinedo, en dirección oeste, se toma el camino de Santa Catalina. El asentamiento se sitúa, junto a las últimas casas del pueblo, al norte del camino y justo enfrente de la antigua ermita (de ahí el nombre que recibe el enclave), hoy derruida, de la localidad. El lugar tiene buena disponibilidad de agua pues en sus proximidades discurren los arroyos de la Vega y Valimón.

Las evidencias que nos han permitido la delimitación del área son artefactos cerámicos y líticos, sin que se observen sobre el terreno ningún otro tipo de indicios arqueológicos, como pudieran ser: restos constructivos, trazas de microrrelieve o, simplemente, coloraciones diferenciales. El material arqueológico, relativamente abundante en la zona, aparece de forma continua y regular, sin que haya sido posible distinguir ámbitos con distinta densidad de restos. Las evidencias se esparcen a lo largo de 0'5-0'6 Has, pero han de tenerse en cuenta los factores de situación en tierras de labor a la hora de valorar este dato

Análisis de los materiales

Fruto de diversas visitas al enclave, contamos con un pequeño lote de materiales formado por cerámicas y útiles de piedra.

Industria cerámica: Las características técnicas de los fragmentos es bastante uniforme. En general han sido elaborados mediante el empleo predominante de cocción reductora. No faltan, con todo, algunos fragmentos que muestran tonalidades anaranjadas en las superficies; resultado de un proceso de oxidación producido en los últimos momentos de la cocción. Las pastas, generalmente de textura arenosa, incluyen desgrasantes finos de cuarcita, caliza y mica; de más a menos abundantes. Las superficies, generalmente alisadas, en ocasiones conservan restos de bruñido.

Pese a no ser pocas las evidencias que comparecen en el lugar, sí lo son el número de fragmentos mínimamente significativos recuperados, siendo muy pocos los que, debido a su reducido tamaño, permiten distinguir formas claras. Por el contrario, la decoración presente sobre algunos barros es harto elocuente como para permitir la adscripción cronológica y/o cultural del yacimiento. En principio, podemos apuntar que cabe hacer dos apartados entre las especies decoradas.

En un primer apartado incluiríamos tres fragmentos de recipientes finos y con decoración cuidada, asimilables al campaniforme Ciempozuelos:

- La pieza más significativa es un borde de posible vaso campaniforme. Presenta al exterior, un cordón de pseudoexcisiones en zigzag de impresiones triangulares. Por arriba y por abajo, sendas fajas formadas por dos entra-

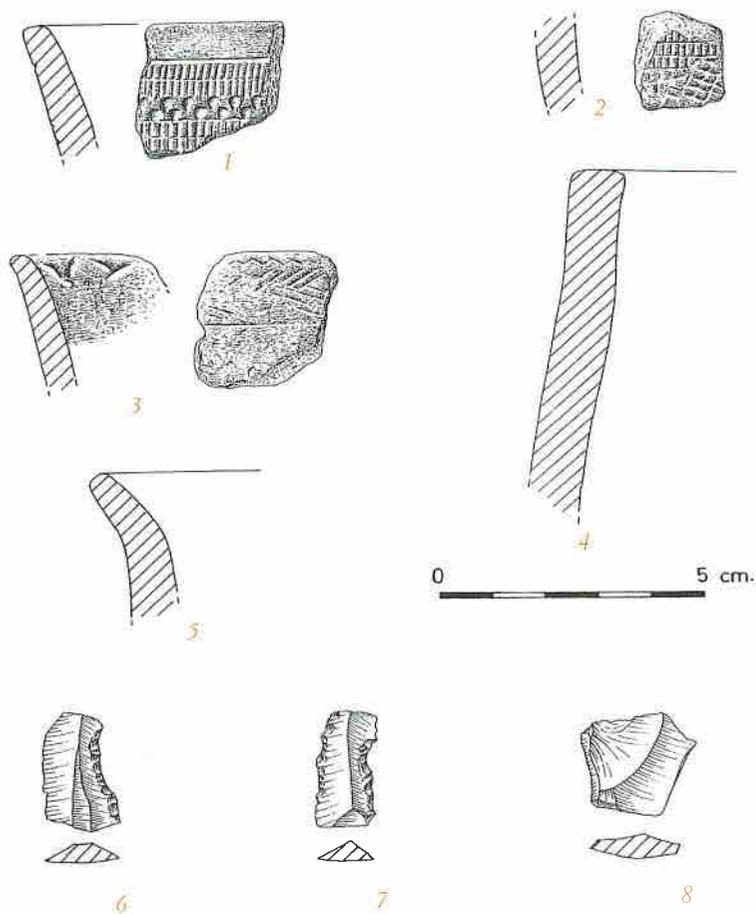


Fig. 15. La Ermita
 Diversos materiales de prospección.

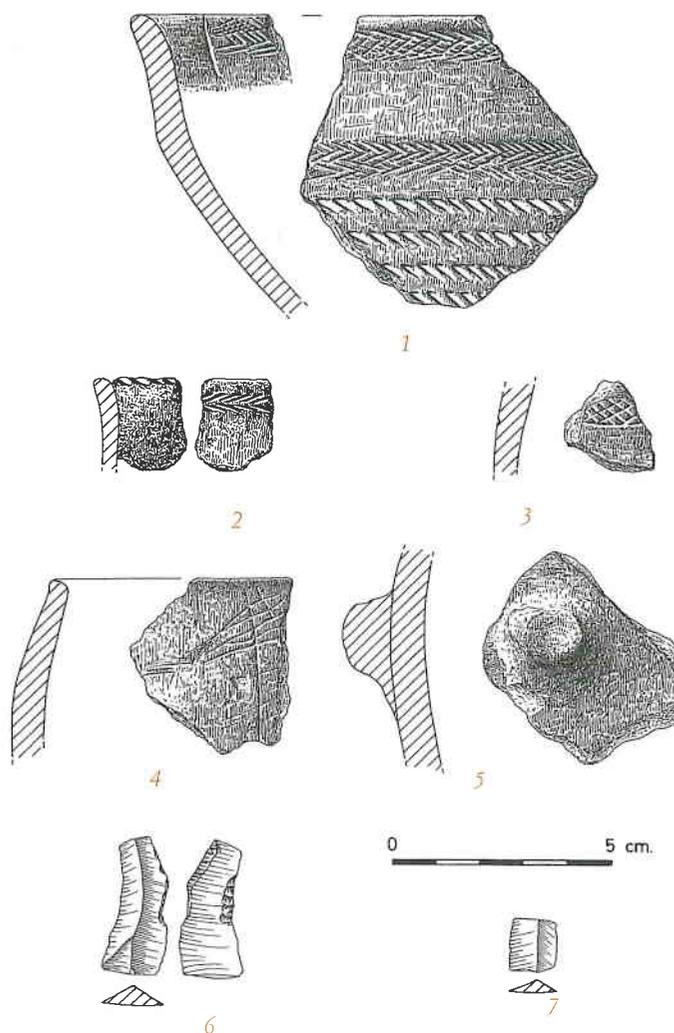


Fig. 16. La Ermita. Cerámicas y piezas líticas.

mados rectos incisos, enmarcan el motivo (Fig. 15. 1). Su ejecución es muy cuidada, tratándose de uno de los buenos ejemplos de la Ribera en este aspecto.

- Un segundo borde, que también pudiera pertenecer a un vaso campaniforme, presenta al exterior un fino zig-zag inciso, bajo el cual se desarrolla una banda de entramado oblicuo (Fig. 15. 2). Los motivos que se reflejan sobre este fragmento han llegado hasta nosotros muy difuminados a consecuencia de la erosión.
- En último término, contamos con un galbo de muy pequeño tamaño (Fig. 15. 3), sobre el que se refleja una decoración de retícula oblicua, que, cabe suponer, for-

maría parte de un motivo geométrico mayor, de sabor campaniforme, o de una banda de la que también formaría parte un entramado recto.

La cerámica sin decorar es un conjunto poco variado, en el que se reconocen las siguientes formas:

- Gran vaso de paredes rectas con labio plano, posiblemente de la Forma 4 B (Fig. 15. 4).
- Borde oblicuo ligeramente abierto con labio redondeado, del tipo característico de los yacimientos campaniformes, posiblemente de la Forma 6 (Fig. 15. 5).

En el segundo conjunto de cerámicas aludido, integrado, así mismo, por un corto número de fragmentos; entre ellos destaca la presencia de algunos fragmentos pertenecientes a formas carenadas (Fig. 16. 1 y 2):

- La cerámica más significativa de este apartado, correspondiente a una taza carenada de la Forma 11, presenta al exterior –bajo el borde y sobre la carena–, dos filetes de tosca retícula incisa. Sobre la panza se observa una serie de líneas, paralelas, de profundos trazos oblicuos incisos. Al interior, sobre el labio, parece un tema de espiga incisa (Fig. 16. 1).
- Un segundo fragmento, un borde de posible forma carenada, en este caso de pequeño tamaño, presenta una fina espiga incisa al exterior y una serie de trazos oblicuos, también incisos, al interior (Fig. 16. 2).
- Fragmento de galbo en el que se aprecia parte de un entramado oblicuo (A3) (Fig. 16. 3).

Los caracteres de estos barro, son harto elocuentes como para poder establecer que en el lugar conoció una ocupación del horizonte Protocogotas, que se superpuso a la ocupación, previa, campaniforme.

Respecto a los perfiles, en la variedad lisa únicamente hay que resaltar un par de fragmentos que nos pueden ofrecer información:

- Recipiente de cuerpo globular y borde ligeramente entrante de la Forma 6 (Fig. 16. 4). La pieza muestra una serie de toscos trazos incisos que desconocemos si constituyen una decoración premeditada.
- Un fragmento de posible forma globular que ostenta un pezón aplanado (1a) (Fig. 16. 5).

Industria lítica

Es, como en tantas ocasiones, escasamente significativa lo que hace difícil su adscripción a alguno de los momentos de ocu-

pación que se solapan en La Ermita. Se compone exclusivamente de un fragmento de lámina y una lasca sin retocar (Fig. 16. 7 y Fig. 15. 8, respectivamente) y de una serie de piezas retocadas. Entre éstas distinguimos:

- Una lámina rota con borde abatido rectilíneo (Fig. 16. 6).
- Dos muescas retocadas sobre lámina Fig. 15. 6 y 7).

5. EL ESTEPAL (TRASPINEDO)

Coordenadas: Lat. 41° 36' 24"
Long. 04° 28' 52"
Altitud: 700 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/50.000
(373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

Se sitúa sobre un terreno absolutamente llano, en la margen derecha del río Duero, de cuyo cauce actual dista unos 750 m. El acceso al lugar resulta sumamente sencillo: partiendo de Traspinedo, basta con tomar en dirección NO la carretera comarcal que enlaza con la nacional 122, por la cual transitaremos en dirección E unos 2750 m. Alcanzado este punto, tomaremos ahora, en dirección N, el camino de la Dehesa de Peñalba, por el que transitaremos apenas 650 m, hasta alcanzar el límite del término municipal, punto donde esta senda se une, perpendicularmente, con otra por la que transitaremos en dirección E por espacio de unos 350 m. El yacimiento se extiende inmediatamente al sur de este último punto del camino.

La existencia de una estación arqueológica en este lugar se advierte, tan sólo, por el afloramiento en superficie de materiales cerámicos y líticos, que claramente tienden a concentrarse en un par de núcleos distantes entre sí aproximadamente 100 m (Sector A y Sector B serán denominados en adelante), y que se unen mediante una zona donde aparecen hallazgos sueltos. El Sector A tiene una extensión aproximada de 0'9 Ha.; el B no supera las 0'5 Ha. No tuvimos grandes dificultades para delimitar estos dos núcleos arqueológicos. Únicamente, habremos de señalar que el extremo oeste del Sector B coincide con un área ocupada por un pinar; circunstancia ésta que impide comprobar si el yacimiento se prolongaba en esta dirección, más allá de los límites propuestos. De cualquier modo, podemos indicar que aún admitiendo que así fuera la estación arqueológica no debió ocupar, en ningún caso, una

Valoración y cronología

Nos hallamos ante un asentamiento en cuesta de páramo, probablemente un pequeño poblado, que fue ocupado inicialmente en época campaniforme. La presencia de especies cerámicas con clara cronología Protocogotas evidencia con claridad lo atractivo que debió resultar este enclave para las poblaciones prehistóricas que determinó la perduración de la ocupación.

superficie muy superior a la indicada; así se deduce de la total ausencia de materiales arqueológicos una vez sobrepasado el citado pinar.

Aunque el yacimiento parece no sobrepasar el camino situado inmediatamente al N del mismo, y que coincide con el final del término, no se ha podido comprobar, dado que se trata de un terreno urbanizado y vallado.

En la actualidad el terreno que ocupa el yacimiento, asentado sobre suelos de tipo arenosol cámbico, se dedica a tierras de labor (regadío) y pinares. El asentamiento ocupa una zona muy apta para la agricultura, al situarse muy próxima a la zona de inundación natural del río. Buena prueba de que éste debió ser un terreno bien regado superficialmente nos la ofrecen los diversos topónimos (Dehesa de Peñalba, Dehesa de Traspinedo o Carraprado) que flanquean el terreno en que se sitúa el yacimiento; los cuales nos hablan, en efecto, de su tradicional dedicación a área de pasto.

Análisis de los materiales

El Estepal ha proporcionado un lote de material cerámico y lítico, ciertamente exiguo. Para su descripción, hemos preferido agruparlo según el lugar de procedencia.

Sector A: El material cerámico procedente de este ámbito, en todo caso elaborado a mano, es sumamente exiguo. En lo referente a los aspectos técnicos, hay que destacar que las pastas, en general, son compactas y bien decantadas. Las cocciones predominantes son la reductora y la mixta reductora-oxidante. Advertimos clara preferencia por los degreasantes cuarcíticos y micáceos de grano fino. En el tratamiento de las superficies predomina, independientemente de que se trate de recipientes lisos o decorados, el alisado; si bien, en algún fragmento se observa el empleo del bruñido.

Es muy poco lo que podemos apuntar sobre la morfología de estos de materiales dado el pequeño tamaño de los fragmentos recogidos.

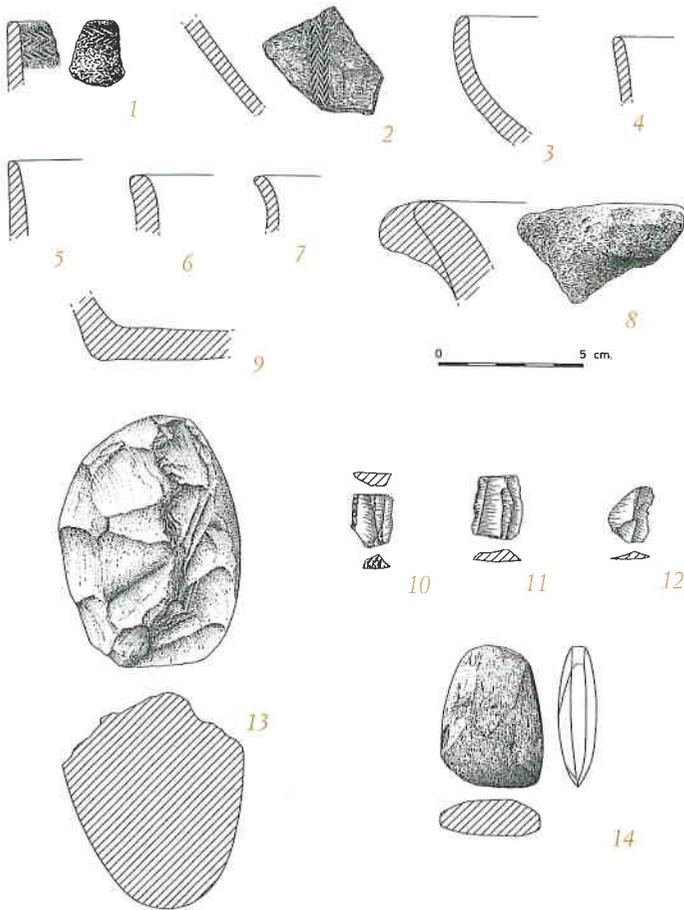


Fig. 17. El Estepal. Materiales cerámicos y líticos recuperados en la superficie de los Sectores A y B.

En la cerámica decorada tan sólo está representada una forma:

- Recipiente cuenquiforme con borde vertical y labio redondeado (Fig. 17. 1). Aparece decorado al exterior con un motivo de espiga simple en disposición horizontal; al interior presenta un motivo semejante, en este caso doble.
- El segundo fragmento decorado (Fig. 17. 2) corresponde a un galgo de forma indeterminada que porta un motivo de espiga doble, al igual que en el caso anterior elaborado con técnica incisa, que se dispone verticalmente. Parece tratarse de un motivo radial.

Dentro de la categoría de las cerámicas lisas se registran los siguientes perfiles (Fig. 17):

- Cuencos de la Forma 1: Se recogen diversos bordes de labios redondeados que parecen pertenecer a formas cuenquiformes. Los únicos ejemplares que ofrecen un perfil mínimamente reconocible nos hablan de la presencia en el lugar de cuencos hondos (Fig. 17. 5 y 6) y semiesféricos (Fig. 17. 3).
- Recipiente con borde ligeramente vuelto (Fig. 17. 8), que, al contar con paredes de notable grosor, probablemente corresponde a una vasija de gran tamaño de perfil en S. Presenta junto al labio un pezón simple.
- El apartado de los tipos de suspensión está integrado por un único ejemplo, citado anteriormente (Fig. 17. 8), de pezón simple de sección ovalada que se dispone junto al borde.

Industria lítica

Es aún más exigua, reduciéndose a un percutor montado sobre un canto de río de cuarcita. En el talón, presenta un filo muy sinuoso, conseguido mediante extracciones bifaciales, donde se concentran las huellas de percusión (Fig. 17. 10).

Sector B: Las evidencias recuperadas en este ámbito, con un mínimo de significado, son aún más escasas que en el núcleo anterior y se hallan bastante fragmentadas y rodadas. Por lo que respecta a su factura el material cerámico recuperado en este ámbito, comparte idénticos caracteres que los del núcleo anterior.

Tampoco podemos decir mucho sobre la morfología de las cerámicas de esta área. El único elemento significativo en este sentido es un pequeño borde, ligeramente exvasado, que pudiera pertenecer a una forma carenada (Fig. 17. 7). No se constata en este ámbito ninguna cerámica decorada. Únicamente se registra un fragmento de fondo plano (Fig. 17. 9).

Industria lítica

Se reduce a un resto de talla (Fig. 17. 12) y un par de laminas fragmentadas de sílex blanco (Fig. 17. 10 y 11). La primera de estas lamias, fragmentada en su parte distal, presenta retoque espeso en su extremo proximal y simple, directo en el lado izquierdo. La segunda, fracturada en ambos extremos, ostenta doble arista y retoque simple, inverso, en un lateral y directo en el opuesto.

Dentro de este apartado contemplamos también un útil pulimentado (Fig. 17. 14). Se trata de un pequeño hacha realizado en una piedra dura. Su contorno adopta forma subtriangular,

situándose su mayor anchura en la zona del filo, bastante tenso. Sus dimensiones son: 50 mm de longitud máxima; 35 mm de anchura en el corte y 13 mm de espesor máximo.

Valoración y cronología

Las características del yacimiento (dividido en dos sectores claramente diferenciados), nos hace pensar que quizá pudiéramos encontrarnos ante un par de pequeños asentamientos que, formados por un reducido número de cabañas erigidas con material percedero, prácticamente coinciden en su situación.

La atribución cronocultural del Sector A del yacimiento al horizonte Protocogotas no ofrece lugar a dudas, tomando

como base los caracteres de las cerámicas decoradas en él recuperadas. Más conflictivo resulta encuadrar cultural y cronológicamente el segundo de los núcleos reseñados. En principio, la similitud en el método empleado en la elaboración de las cerámicas de ambos ámbitos y la presencia de perfiles carenados muy propios del Bronce Medio en el Sector B, nos inclina a otorgar a éste último la misma atribución.

Si aceptamos este punto de vista, podríamos interpretar que El Estepal es un lugar con unas aceptables condiciones desde un punto de vista económico; circunstancia que hizo que fuera visitado en distintos momentos del desarrollo del grupo Protocogotas. Cada una de tales visitas pudo dar origen a un par de pequeños establecimientos, quizá de no excesiva duración, muy próximos entre sí.

6. EL ROBLE (SANTIBÁÑEZ DE VALCORBA)

Coordenadas: Lat. 41° 33' 53"
 Long. 04° 26' 57"
 Altitud: 760 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 17-15 (373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

A escasos 600 m al Sur de Santibáñez de Valcorba se localiza un pago conocido como El Roble, ubicado en el extremo septentrional de la *unidad ambiental* del Páramo de Montemayor, muy cerca del límite entre ésta y la unidad de la Ribera del Duero. Se sitúa en el tramo medio-bajo del valle del Valcorba, en una zona de poca pendiente, situada en la base del sector de cuevas de páramo, cuyas laderas descienden suavemente hacia la margen izquierda del citado arroyo.

El acceso a este enclave no plantea dificultad alguna: desde Santibáñez, se toma el camino que lleva a Montemayor de Pililla, el cual, una vez recorridos 450 m, se abandona para coger, hacia el S/SW, el camino Hondo. Por este se hacen unos 220 m. El yacimiento se distribuye a ambos lados de este punto del camino, donde puede observarse en las cunetas del mismo, la existencia de un único lecho ceniciento o negruzco de escasa potencia (que consideramos arqueológico), que se sitúa directamente bajo un nivel superficial de arenas y cuya extensión se adapta bastante bien a la dispersión en superficie de materiales. La existencia de un único nivel de ocupación, permite interpretar que el lugar conoció un sólo momento de ocupación. En superficie no se aprecian coloraciones diferen-

ciales, ni traza alguna de microrrelieves. Debemos apuntar que el yacimiento también se ve atravesado por el cauce de un pequeño arroyo intermitente que, discurriendo paralelo al camino Hondo, tiene su origen en una fuente que nace, ladera arriba, en el contacto entre el nivel de calizas y margas. No nos cabe duda de que esta, hoy exigua, vía de agua fue aprovechada para su abastecimiento por las gentes que ocuparon el yacimiento durante la Edad del Bronce

Según se desprende de la dispersión de los hallazgos nos encontramos ante un hábitat de tamaño medio –algo menos de 2 Has–, cuyo emplazamiento denota la total ausencia de preocupaciones desde el punto de vista defensivo.

Análisis de los materiales

La cerámica sin duda es el elemento más significativo:

Industria cerámica

Contamos con un total de 43 fragmentos representativos; 31 de los cuales son bordes. De éstos 25 (80'64% del total) se encuadran en la variedad lisa y 6 (19'35%) en la decorada. En cuanto a la cocción, esta es bastante similar en todas las variedades. En su práctica totalidad han sido sometidas a cocción reductora, aunque algunos ejemplos muestran trazas de una postcocción oxidante. Presentan pastas bien decantadas, con desgrasantes, de pequeño y mediano calibre, mayoritariamente de naturaleza silícica. Las superficies presentan un buen acabado: están alisadas y existe algún fragmento bruñido e, incluso, escobillado. Algunas cerámicas, por último, presentan un engobe de color ocre, en su cara externa.

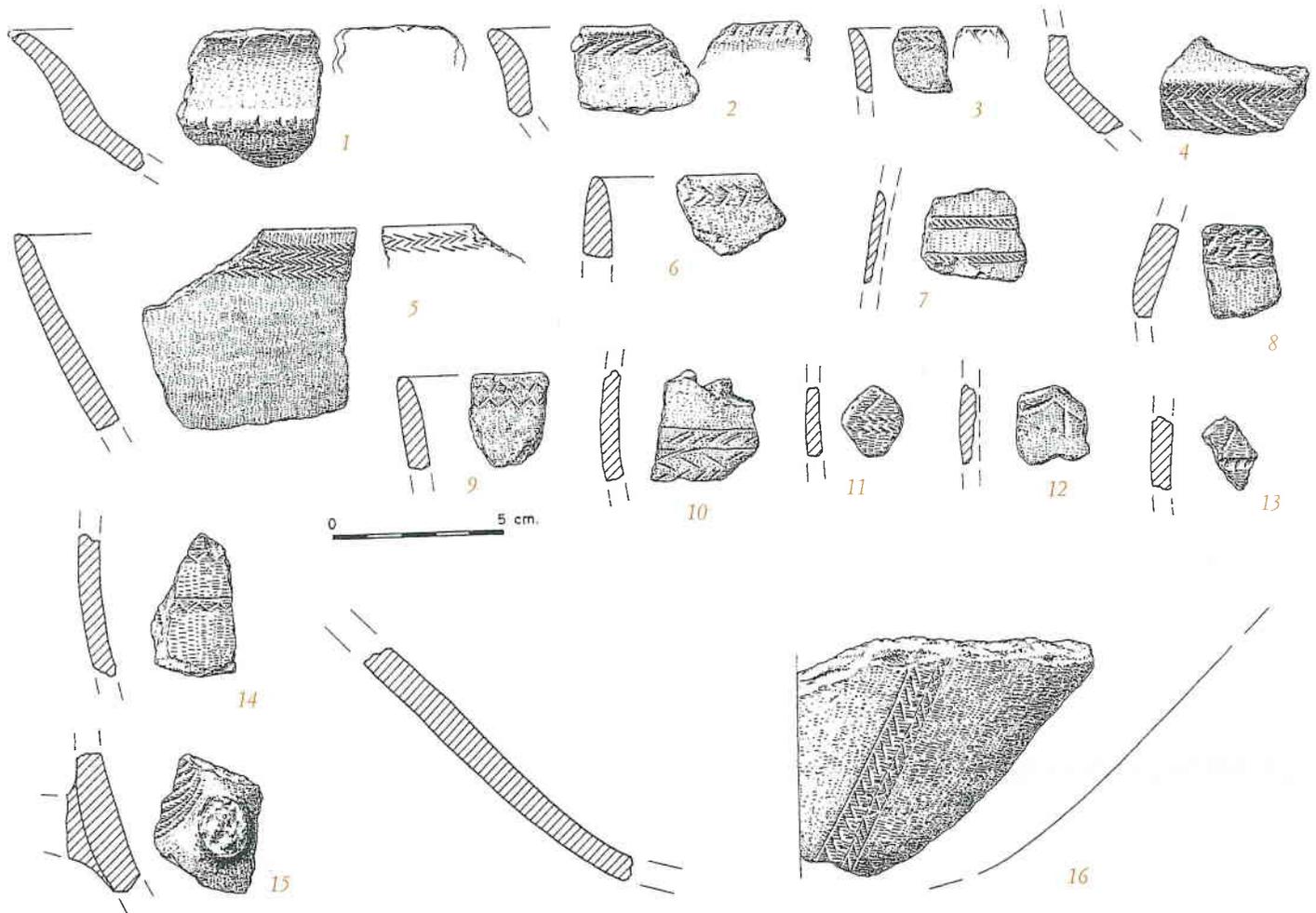


Fig. 18. El Roble. Fragmentos cerámicos decorados con técnicas de incisión, impresión y Boquique.

Dentro de la variedad lisa se identifican las siguientes formas:

- Cuencos de la Forma 1 C: Contamos con un total de siete ejemplares de perfil semiesférico hondo. Conservamos el perfil casi completo de uno de ellos (Fig. 19. 1).
- Gran cuenco de la Forma 3: Varios fragmentos han permitido reconstruir el perfil bastante completo de esta forma cuyas paredes perfilan casi la mitad de una elipse (Fig. 19. 12).
- Pequeñas ollas de perfil superior a la media esfera, de la Forma 5 A (Fig. 20. 1 y 2).
- Recipientes cerrados con borde ligeramente diferenciado vertical –Forma 9 A– (Fig. 20. 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13). Hay un ejemplar decorado mediante impresiones de instrumento en el labio (Fig. 20. 13).
- Cazuelas carenadas: Se ha recuperado un único fragmento adscribible a esta clase de recipientes; el cual, aunque no permite reconstruir su perfil, cuando menos, aporta noticia de su presencia en el yacimiento.

No se ha recuperado en El Roble ni fondo ni suspensión alguna.

La cerámica decorada está, numéricamente, peor representada y las formas tienen, si cabe, menos variedad. Empero, podemos diferenciar:

- Cuencos de la Forma 1: Se registran 3 bordes de perfil reconocible (Fig. 18. 5, 6 y 9) adscribibles a esta forma.
- Cazuelas carenadas de la Forma 13: Es también uno de los perfiles más característicos de este apartado, con tres piezas de borde, que suponen el 50% de los fragmentos de borde decorados identificados (Fig. 18. 1, 2, y 3).
- También reconocemos un fragmento de pared con marcada carena, que parece corresponder a un perfil troncocónico de la Forma 14. El ejemplar en cuestión presenta una característica decoración de ondas de Boquique (Fig. 18. 4).

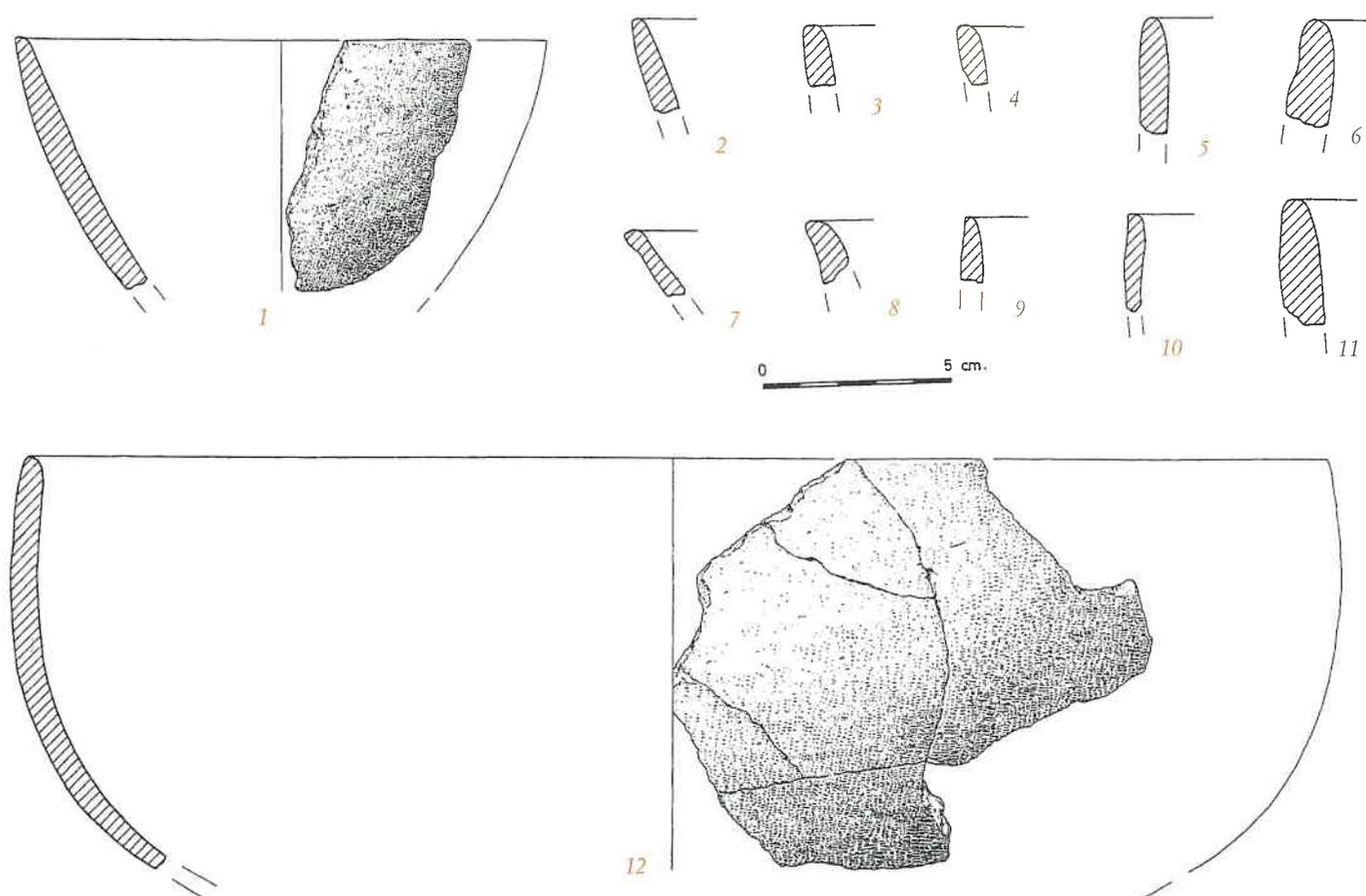


Fig. 19. El Roble. Perfiles cuenquiformes.

En cuanto a los fondos, únicamente se registra el arranque de uno (Fig. 18. 16), parece ser de tipo plano con superficie muy pequeña.

Las suspensiones se reducen al arranque de un ejemplar de asa puente de sección circular (Fig. 18. 15).

Las decoraciones son relativamente variadas. Detectándose el empleo de las siguientes técnicas:

- Incisión: Es, con mucho, la técnica más frecuentemente utilizada; haciendo acto de presencia sobre 15 de los 16 fragmentos decorados recuperados en el lugar. Los motivos preferidos son las espigas (Fig. 18. 3, 5, 6, 10, 11) y los zigzags (Fig. 18. 1, 9 y 14); bien en series simples o paralelas. En menor medida las series de trazos oblicuos (Fig. 18. 2, 7, 10) y las retículas (Fig. 18. 4 y 16). Esta serie de elementos se distribuyen sobre zonas prefijadas de las vasijas, como el interior (4 de los 6 bordes recogidos aparecen ornados) y el exterior de los bordes, la

línea de la carena, o forman parte de algún motivo radial (Fig. 18. 16).

- Impresión: Apenas un par de ejemplos. En un caso se trata una serie de impresiones de un instrumento punzante sobre una línea de carena (Fig. 18. 1). Un segundo ejemplar presenta, sobre la pared, unas impresiones semejantes que se distribuyen de forma desordenada, rellenando un espacio previamente delimitado (Fig. 18. 8).
- Boquique: Conocemos tres ejemplares decorados con ondas elaboradas en esta técnica (Fig. 18. 4, 13 y 15).
- En relieve: Cordón simple formando ángulo (Fig. 20. 15).

Industria lítica

Muy exigua en número, se reduce a algunas lascas de sílex de páramo sin retocar.

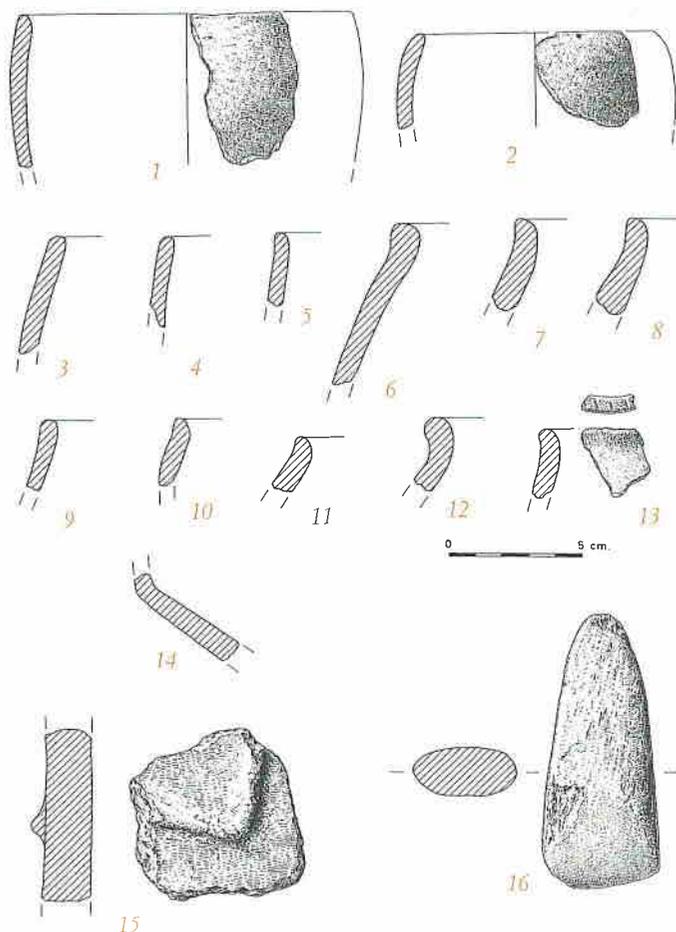


Fig. 20 El Roble. Material cerámico y lítico.

Dentro de este apartado contemplamos también la presencia de un hacha pulimentada de piedra tenaz y sección elipsoidal (Fig. 20. 16).

Valoración y cronología

Por las características del emplazamiento (disponibilidad de recursos naturales, relativo control del entorno, etc.), así como por su superficie (cerca de 2 Has), consideramos a El Roble como un poblado de dimensiones medianas. Su naturaleza como lugar de ocupación permanente queda testimoniada por el hallazgo de elementos de talla. Otro dato a destacar es la presencia de un útil pulimentado.

Culturalmente el elemento más notable es la cerámica. Reúne buena parte de los rasgos fundamentales de esta producción del grupo Protocogotas durante el Bronce Medio: en el apartado de las cerámicas decoradas predominio del empleo de la técnica incisa. El tema más representado son las fajas horizontales de espigas. No obstante, la presencia de unos pocos fragmentos decorados con ondas de Boquique, o con sectores rellenos de impresiones, o la identificación de algún perfil marcadamente troncocónico, marcan cierta diferencia respecto al horizonte de cultura material contrastado en yacimientos próximos; caso de La Plaza de Cogeces del Monte o El Castillo de Rábano, lugares en los que esta fórmula decorativa se encuentra del todo ausente.

Todo lo apuntado nos permite situar cronológicamente a El Roble en un momento, paralelo al representado en El Prado de Quintanilla de Onésimo; esto es en los inicios del Bronce Tardío-Final, o lo que es lo mismo, a comienzos de la época de plenitud de Cogotas I.

7. LOS ARENALES (SANTIBÁÑEZ DE VALCORBA)

Coordenadas: Lat. 41° 34' 05"
 Long. 04° 26' 46"
 Altitud: 748 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 17-15 (373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

El arroyo Valcorba discurre por un valle que, desde el punto de vista edafológico, se caracteriza por hallarse tapizado por una gran acumulación de arenas, de origen pliocuaternario, que recubre y tamiza su fondo. Estas arenas, generalmente, blancas y de grano muy fino, en ocasiones, aparecen for-

mando dunas que configuran un paisaje característico del fondo de valle de este sector de la provincia de Valladolid.

La cima de uno de estos montículos, situado a escasos 200 m al sur de Santibáñez, sirvió de asiento a una pequeña estación arqueológica. Repetidas visitas al lugar han servido para constatar la presencia en el lugar de una mancha de color negruzco –de una extensión aproximada de 0'6 Has– que resalta claramente de arenas amarillo blanquecinas del entorno. En el seno de esta superficie se recogieron una serie de materiales –cerámicas a mano, útiles líticos–, evidencia clara de que en el lugar se estableció una zona de vivienda. Las evidencias no son muy abundantes debido a la mala visibilidad del suelo en las distintas ocasiones en que el yacimiento ha sido visitado.

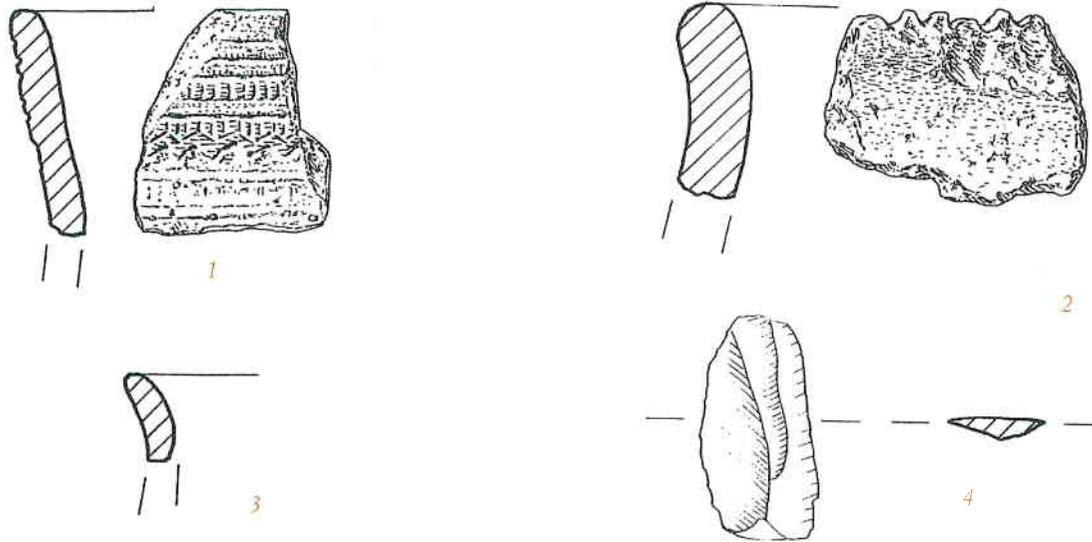


Fig. 21. Los Arenales. Cerámica (con decoración campaniforme y lisa) y pieza lítica recuperada en superficie.

Pese a que, como hemos señalado, el yacimiento ocupa una posición ligeramente destacada respecto al entorno, la elección del lugar no parece responder a la búsqueda de condiciones ventajosas desde el punto de vista defensivo. Más bien al contrario debemos pensar que fueron otras las motivaciones que impulsaron a la elección del presente enclave; en este sentido, queremos llamar la atención respecto a las propicias condiciones que ofrece la fértil vega en que se ubica, así como la proximidad de una fuente de aprovisionamiento de agua, no olvidemos que el yacimiento se sitúa a escasos 100 m. de la margen derecha del arroyo Valcorba.

Análisis de los materiales

Los materiales recuperados se manifiestan muy rodados y, generalmente, en forma de pequeños fragmentos, tanto en el caso de la industria cerámica como de la lítica.

Industria cerámica

Aunque no es muy abundante resulta suficientemente significativa. Consta en todo caso de cerámica a mano, con abundantes desgrasantes silícicos de grano grueso y medio. En alguna de estas cerámicas, junto con los granos de sílice, se emplea puntualmente la mica como desgrasante. A pesar de su deficiente conservación, como corresponde a cerámicas expuestas largamente a la intemperie y al desgaste producido por el efecto abrasivo de la arena que recubre la zona, algunas de estas cerámicas han conservado sus superficies lo que permite observar que algunas han recibido engobes rojizos, en ocasiones sólo al exterior, y en otras sobre ambas superficies. El alto grado de fragmentación del elenco cerámico –los fragmentos recuperados en superficie en contadas ocasiones superan los cinco cm en cualquiera de sus dimensiones– hace que no halla sido posible adscribir ninguno de ellos a una forma cerámica concreta.

Dentro de este conjunto hay un fragmento, recogido con nosotros, con decoración campaniforme. En dicho fragmento (Fig. 21. 1), correspondiente a la variedad Ciempozuelos:

- El barro en cuestión, corresponde a un vaso campaniforme *sensu stricto*, de paredes muy finas –5 mm de grosor– y superficie bruñida. Al exterior presenta un friso de triples líneas paralelas incisas, bajo las cuales se desarrolla un entramado recto sencillo. Un poco más abajo se desarrolla un típico tema de la especie Ciempozuelos, consistente en un doble zigzag con exteriores rayados con pequeños trazos perpendiculares. Más abajo se intuye un nuevo motivo muy perdido.

La cerámica sin decorar es un conjunto exiguo, en el que sólo hemos sido capaces de reconocer las siguientes formas:

- Pequeño borde curvado abierto de superficies pulidas (Fig. 21. 3).
- Borde de olla de perfil en S, sobre cuyo labio se desarrolla una serie de impresiones de uñas (Fig. 21. 2).

Industria lítica

Se reduce a un único objeto lítico. Se trata de una pequeña lámina de sílex de color acaramelado, sin retocar, cuyo extremo distal aparece fracturado. Sobre el anverso se observa una doble arista que converge, antes de alcanzar el extremo distal (Fig. 21. 4).

Valoración y cronología

Los Arenales es un pequeño asentamiento situado en lo alto de una duna, controlando la escueta vega del arroyo Valcorba. Se advierte en el terreno una mancha de coloración oscura, con un área de poco más de 600 m², que lo individualiza. Las evidencias, aunque escasas, son suficientemente representativas de la fase campaniforme.

8. COJONCILLOS (SANTIBÁÑEZ DE VALCORBA)

Coordenadas: Lat. 41° 32' 52"
 Long. 04° 24' 06"
 Altitud: 790 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 (373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

Ubicado en el valle del arroyo Cogeces, que atraviesa la unidad natural del Páramo de Campaspero-Montemayor, se emplaza en la margen derecha del arroyo, sobre la ladera que asciende suavemente desde el cauce, situado unos 200 m al sur, hacia las cuestas del páramo del Montecillo, que se levanta al norte¹⁷.

Al lugar se accede fácilmente desde Santibáñez de Valcorba: basta con tomar la carretera que conduce a Cogeces del Monte y recorrer por ella 4'8 km. La estación arqueológica se sitúa inmediatamente al norte de la carretera.

En el enclave, de tan escatológico nombre, se distinguen dos ocupaciones cronológicamente discontinuas. Cada una de ellas tiene su particular manifestación a nivel de hallazgos superficiales.

La ocupación prehistórica se divide en dos áreas en las que se recoge material de una manera regular y muy poco densa (0'5 fragmentos/m² en el primero de los ámbitos que a continuación se describen). El primero de estos sectores (en adelante, Sector A), muy pequeño –apenas 0'045 Ha–, se inscribe en el área de ocupación “histórica” y acaso se ve enmascarado por ésta, planteando la duda de si este “foco” pudiera constituir sólo una parte de una ocupación prehistórica de mayor entidad. El segundo ámbito (en adelante, Sector B), situado unos 180 m en dirección oeste, aun tratándose de un pequeño asentamiento, tiene una extensión casi diez veces mayor –aproximadamente 0'4 Has– viéndose afectado por una construcción moderna, que, sin duda, ha afectado a la integridad de la estación arqueológica. Hemos encontrado algunos problemas para conseguir una correcta delimitación de las zonas donde aparecen restos arqueológicos en los límites oriental y meridional del complejo, debido a la existencia de un denso pinar en el entorno del yacimiento. Esta zona de nula visibilidad impide discernir algunos extremos como, por ejemplo, si la

ocupación prehistórica intersecciona con la histórica, que aflora inmediatamente al otro lado del pinar o si la discontinuidad que existe entre los dos focos prehistóricos es real o consecuencia de los factores que introduce la falta de visibilidad (producida, por superposición, tanto de los materiales cronológicamente posteriores como del pinar).

Por su parte, la ocupación histórica ocupa un área mucho mayor (en torno a 1'2 Has) en la que se diferencian una zona de alta densidad de hallazgos de otra de baja densidad, ambas limitadas en parte de su perímetro por zonas cubiertas de pinar, donde la visibilidad, completamente nula, impide hacerse una idea clara de las extensiones reales de cada una de ellas.

Análisis de los materiales

Como ya hemos explicado en el yacimiento se distinguen dos horizontes culturales. En lo que concierne a los pertenecientes a la ocupación de época prehistórica, aunque no parece existir diferencia alguna en lo que a su atribución cronológica se refiere, hemos creído conveniente significar su distinta procedencia.

Materiales recuperados en el Sector A

Industria cerámica

Se compone de barro elaborados a mano, cuyas pastas denotan, en general, una cuidada elaboración. Los desgrasantes, de grano fino, son, predominantemente, cuarcíticos y, en menor medida, micáceos y calizos. Si bien, las cochuras son mayoritariamente reductoras, con oxidaciones superficiales, no falta algún ejemplo de cocción netamente oxidante. Las superficies, pese a su aspecto rodado, presentan indicios de haber sido alisadas y, en algún caso incluso, bruñidas. Algunos fragmentos, por último, parecen conservar restos de engobe.

- Los perfiles documentados son muy simples, de hecho se limitan a un par de cuencos hemisféricos de la Forma 1 (Fig. 22. 2 y 3).
- Se recoge también un fragmento de forma inidentificable que muestra una estrecha banda horizontal de trazos oblicuos incisos a la que se superpone otra, de semejante anchura, de fina retícula incisa (Fig. 22. 1).

¹⁷ A esta localización, según todos los indicios, corresponde la noticia que se recoge en: Mañanes Pérez, T. 1979: 115 y Fig. 30. En realidad, la cita bibliográfica parece referirse a la ocupación histórica del yacimiento; no obstante el autor la atribuye, a mi entender mal interpretando una serie de cerámicas con decoración “a peine”, a la Segunda Edad del Hierro.

Industria lítica

Consta de tres lascas –sobre sílex blanquecino o grisáceo–, una de las cuales, con restos de cortex, ha recibido algunos retoques en la cara ventral de su extremo distal (Fig. 22. 4).

Materiales recuperados en el Sector B

Industria cerámica

Sus caracteres técnicos son enteramente semejantes a los arriba significados.

- En cuanto a su perfiles identificados podemos decir otro tanto, limitándose a un par de perfiles cuenquiformes; uno de ellos de perfil hemisférico de la Forma 1 (Fig. 22. 7) y el segundo cónico de la Forma 3A (Fig. 22. 8).
- En cuanto a las decoraciones diremos que comparecen un par de motivos. Un pequeño galbo conserva un círculo impreso (Fig. 22. 6) que parece haber sido realizado con un hueso cortado transversalmente. Sobre un fragmento de borde de forma indeterminada, al exterior, se nos muestra un friso relleno de trazos oblicuos incisos; sobre el labio comparece un zigzag en la misma técnica (Fig. 22. 5).
- En el capítulo de los asideros, por último, contamos con un sólo ejemplo, se nos presenta en forma de mamelón horizontal de sección elíptica (Fig. 22. 9).

Industria lítica

Consta de una única pieza de piedra pulimentada. Parece tratarse de una especie de alisador elaborado en roca de tipo esquistoso (Fig. 22. 10).

Por lo que se refiere a los materiales de época histórica diremos que la cerámica a torno que es muy abundante. Dependiendo del tamaño de sus degreasantes y de la calidad de sus superficies, es posible diferenciar dos conjuntos desigualmente representados:

- El primero, caracterizado por poseer degreasantes de gran calibre –de naturaleza micácea, cuarcítica o caliza– y superficies que no han recibido otro tratamiento que la propia regularización del torneado, es el menos numeroso.
- El segundo, mucho más nutrido, cuenta con degreasantes, de idéntica naturaleza que los anteriores; aunque, en este caso, son, predominantemente, de grano fino y, en menor medida, medio. Las superficies aparecen, en su mayoría tratadas mediante alisado o espatulado y puntualmente bruñidas.

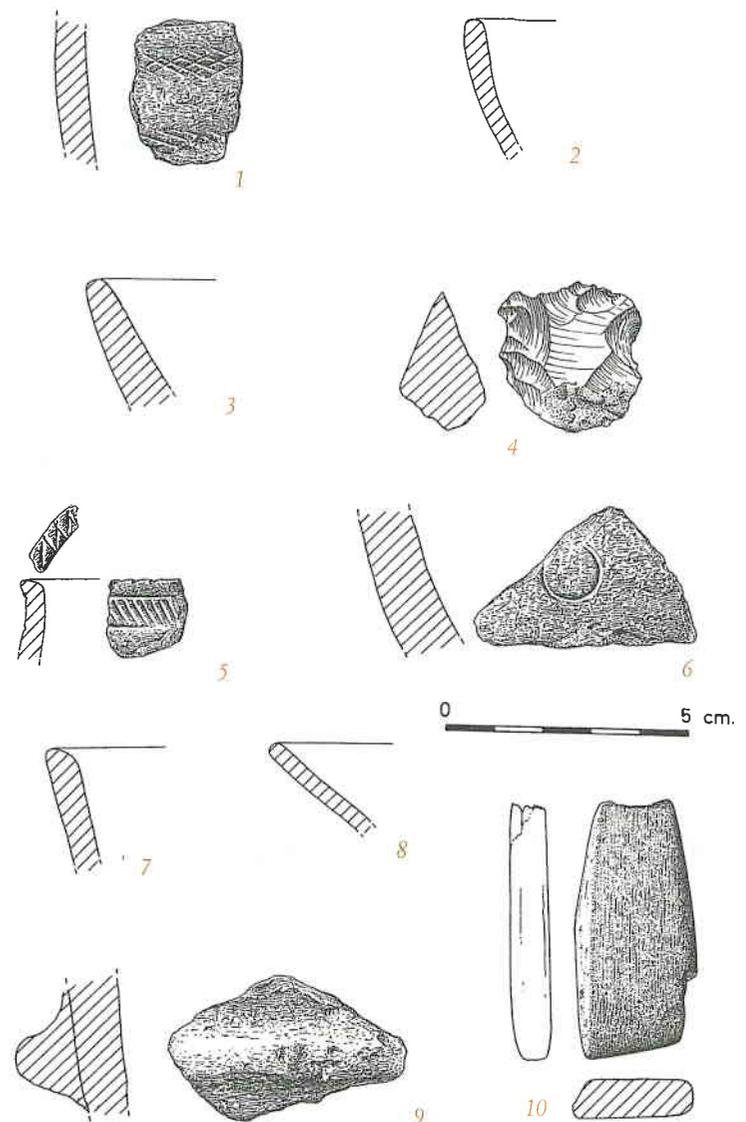


Fig. 22. Cojoncillos. Materiales cerámicos y líticos recuperados en el Sector A (1 a 4) y B (5 a 10) del yacimiento.

En ambos casos, la cocción predominante es la reductora, si bien hay algunos ejemplos de reductora-oxidante.

Morfológicamente, el primero de los conjuntos, muestra un predominio de los grandes recipientes u “orzas”. En lo que respecta al segundo, parecen documentarse olla; cuencos simples e, incluso, carenados. Señalar, por último, que tuvimos ocasión de recoger algunas asas de cinta –de sección elíptica o

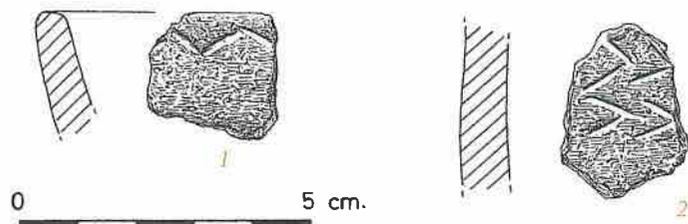


Fig. 23. Valdecelada-I. Cerámicas decoradas con técnica incisa.

amorcillada-; especialmente una de ella, que arranca del mismo borde, sugiere, además que en la muestra hay jarras o cántaros.

Desde el punto de vista decorativo, parece posible establecer una relación de parentesco entre ambas producciones, pues la técnica decorativa que cabe considerar más significativa: la

impresión y, más específicamente, su variante de peine aplicado, aparece sobre vasijas de uno y otro tipo, desarrollando temas rectilíneos o meandriformes. El bruñido como técnica ornamental aparece sobre los recipientes más finos. Se combina, en ocasiones con el peine, interrumpiendo su desarrollo mediante trazos oblicuos; estos mismos motivos, pero en disposición horizontal, pueden encontrarse, así mismo, de forma aislada, reflejados sobre la panza, en el cuello o el interior de algunas vasijas. En un último ejemplo de bruñido, especialmente intenso en el trasdos de un asa de cinta con depresión longitudinal, se consigue igualmente un efecto decorativo mediante el contraste con la zona del intradós.

Valoración y cronología

Nos encontramos ante un ejemplo más de pequeños asentamientos de carácter temporal. Tanto su industria como su emplazamiento nos hablan de su más que probable relación con el vecino castro de La Plaza (existe entre ambos una intervisibilidad, posiblemente buscada) a quien también les une su cronología del Bronce Medio.

9. VALDECELADA - I (SANTIBÁÑEZ DE VALCORBA)

Coordenadas: Lat. 41° 32' 42"
 Long. 04° 24' 34"
 Altitud: 780 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 17-15 (373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

El yacimiento se sitúa en la unidad morfoestructural de páramos, más concretamente en la unidad natural del páramo de Campaspero-Montemayor, al sur del Duero. Se ubica sobre el fondo del estrecho valle por el que discurre el arroyo Valcorba, al pie del espigón de páramo denominado Pico de la Frente, donde se sitúa el célebre yacimiento protocogotiano de La Plaza. El lugar se sitúa en tierras de labor, en una zona eminentemente llana de suelo arenoso, muy próxima a la confluencia de los arroyos Cogeces y Valcorba. Al sur se encuentra un pequeño pinar que será ya continuo hasta las laderas del espigón mencionado. Hacia el este, se observa una pequeña loma de pendientes muy suaves y a continuación, de nuevo, aparece una gran zona de pinar. Al norte y al oeste, respectivamente, discurren los arroyos Cogeces y Valcorba.

Sobre el terreno no se aprecia coloración diferencial alguna y tampoco se detectan restos constructivos. La única evidencia arqueológica que se observa en la zona la constituye la presencia de material cerámico, muy escaso (la densidad de los restos es de sólo 0'008 fragmentos/m²), en un área francamente reducida: apenas 0'26 Has. Así mismo habremos de hacer mención del pequeño tamaño y el acusado desgaste que presentan los fragmentos cerámicos; circunstancia producida, sin duda, por lo habitual de las labores de arada sobre las evidencias arqueológicas, como por la alta capacidad abrasiva de las arenas, componente predominante del suelo que recubre el lugar.

Análisis de los materiales

Estos son más bien escasos y se reducen en su totalidad a fragmentos de cerámica a mano. El escaso repertorio cerámico recuperado, en líneas generales, ha sido elaborado con fuego reductor. Los desgrasantes, de pequeño tamaño, se componen de granos de cuarcita y mica. Las superficies están bien cuidadas, detectándose el empleo de espatulado e, incluso bruñido, tanto al exterior como al interior.

Entre el elenco cerámico recuperado destaca la presencia de reduce a un par de fragmentos ornados ambos con técnica incisa.

- El primero de ellos muestra al exterior una línea de amplio zigzag simple (Fig. 23. 1).
- Sobre un segundo barro aparecen un par de líneas de espiga bastante amplias y de tosca factura (Fig. 23. 2).

Desde el punto de vista morfológico cabría destacar la presencia de un borde, de labio plano, perteneciente a un cuenco de tendencia hemisférica de Forma 1 (Fig. 23. 1).

Valoración y cronología

Valdecelada I es un pequeño asentamiento al aire libre fuertemente enmascarado por los procesos postdeposicionales. Su ajuar es escaso pero significativo, pudiendo destacarse la presencia de dos fragmentos cerámicos de tradición Protocogotas, en consonancia con el resto de yacimientos, entre otros el inmediato castro de La Plaza, de su entorno más próximo. Por consiguiente, al igual que éstos, se puede datar en el Bronce Medio.

10. VALDECELADA II (COGECES DEL MONTE)

Coordenadas: Lat. 41° 32' 50"
 Long. 04° 23' 52"
 Altitud: 785 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 (373). Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

Con el nombre de Valdecelada II identificamos un reducido ámbito, ubicado en el fondo del pequeño valle por el que discurre el arroyo Cogeces, junto a la conocida en la zona como Casa del Villar. Dicho enclave, se sitúa justo a la derecha del km 19 de la carretera que une Campaspero con la Nacional (N122); ocupando una zona ligeramente inclinada, actualmente en cultivo, que se sitúa al inicio de la zona de cuevas que conducen a los páramos que se alzan a espaldas del yacimiento. Las distintas evidencias arqueológicas, identificadas en este sector, se distribuyen en un pequeño área de, aproximadamente, 0'5 Ha.

Los materiales se recogen concentrados en torno a una zona donde se ve una de coloración cenicienta de cierta intensidad. La presencia de algunos trozos de tapial por los alrededores y de algún fragmento de molino de granito nos hace pensar en un pequeño lugar de habitación.

Análisis de los materiales

No son muy abundantes, pero sí altamente significativos, especialmente los concernientes a la industria cerámica.

Industria cerámica

Procedentes de este lugar contamos con un reducido número de recipientes lisos y decorados, de tamaño medio a pequeño

y aspecto cuidado. Contamos con un total de 15 fragmentos mínimamente significativos. De éstos 12 se encuentran decorados. Resulta llamativo el elevado porcentaje de la variedad decorada; la explicación a este hecho, sin ir más lejos, debe ponerse en relación con el tipo de recogida de materiales, a todas luces selectiva que se efectuó en el lugar. En efecto, la mayor parte de los materiales que aquí presentamos nos fueron proporcionados por un vecino de Cogeces del Monte: nuestro buen amigo Julio A. Arranz.

Los fragmentos de borde que conservamos y aquellos otros fragmentos de cerámica lisa que permiten identificar perfiles, son, como ya hemos indicado, muy escasos. No obstante, hemos podido identificar estas formas:

- Cuencos de la Forma 2 (un borde) (Fig. 24. 1).
- Recipiente, de carena marcada, con un cuerpo superior de paredes en disposición prácticamente vertical de la Forma 12Aa (Fig. 24. 2).
- Fragmento de pared perteneciente a una taza carenada de nuestra Forma 12 Ba (Fig. 24. 3).

Más interesante es el capítulo de las decoraciones, en el que se constata una exigua variedad de técnicas y motivos:

- Decoraciones incisas: Formas distintos motivos como las consabidas espigas formando líneas simples (Fig. 24. 4, 10, 11, 12 13, 14, y 15), dobles (Fig. 24. 6) o grupos nutridos (Fig. 24. 8). Encontramos también zigzags en forma de línea simple (Fig. 24. 9) o doble (Fig. 24. 7 y 8). Encontramos también una franja de trazos oblicuos enmarcados entre paralelas, que discurre paralelo a un borde (Fig. 24. 11). También encontramos un par de ejemplo del empleo de los entramados o retículas oblicuas con distintos motivos: frisos estrechos de cuidada ejecución que discurren paralelos y próximos al borde de una olla globular (Fig. 24. 5); constituyendo el relleno de ciertos ajedrezados (Fig. 24. 4).

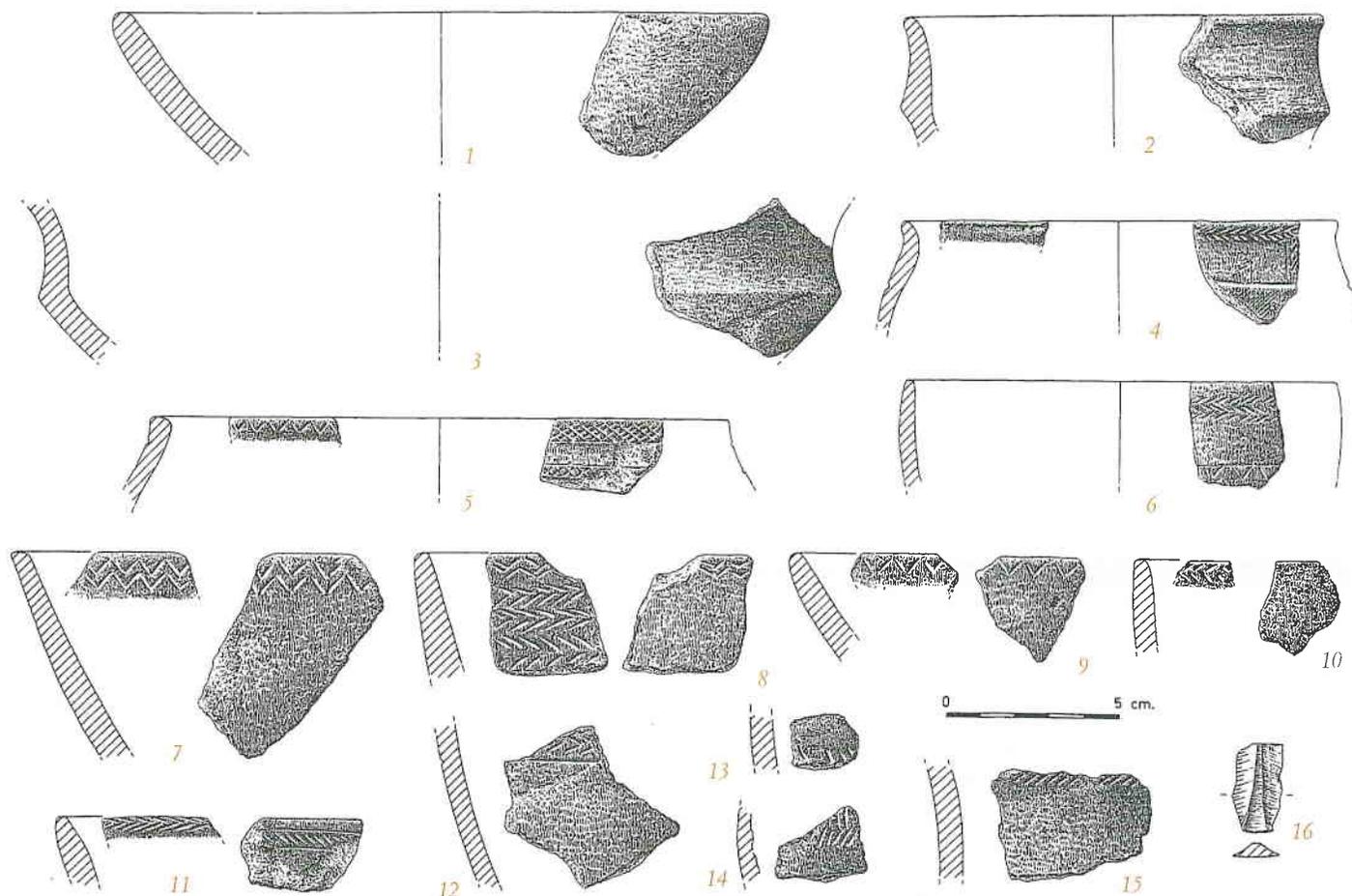


Fig. 24. Valdecelada-II. Hallazgos recuperados en prospección.

Es obligado reseñar la marcada tendencia a decorar el interior de los bordes de estas cerámicas; sirva señalar que de los ocho bordes decorados con que contamos, siete presentan algún tipo de ornamento.

- Entre las formas reconocibles entre los barro decorados señalar la presencia mayoritaria de los perfiles de tipo cuenco (Fig. 24. 6, 7, 8, 9, 10 y 11), que se acompañan de un par de formas que se apartan de esta dinámica. Una de ellas es una olla globular de borde ligeramente levantado (Forma 7) (Fig. 24. 5). La segunda es una pequeña vasija de suave perfil en S de nuestra Forma 8 (Fig. 24. 4).

Industria lítica

Contamos con una única lámina fragmentada de sílex, de aristas paralelas y sección trapezoidal (Fig. 24. 16).

Se identificaron además algunos (cuatro) fragmentos de molino de mano en granito.

Valoración y cronología

Valdecelada II es un pequeño hábitat de emplazamiento carente de toda preocupación estratégica, con restos de estructuras de barro cocido. Su funcionalidad, tanto por su entorno cuanto por su industria (molinos de mano), parece eminentemente agrícola. En cuanto a su cronología y adscripción cultural, los caracteres de las pocas cerámicas decoradas identificadas permiten, sin asomo de duda, considerar dicho yacimiento como uno más de los que integran la larga lista de hábitats Protocogotas que conocemos en la zona. El hecho no tendría mayor importancia a no ser por que la pequeña estación que aquí recogemos se sitúa a un kilómetro escaso del conocido enclave de La Plaza, del cual, a juzgar por los caracteres de las cerámicas antedichas, es muy probable que fuera contemporáneo

11. CASA DE VALIMÓN (SANTIBÁÑEZ DE VALCORBA – COGECES DEL MONTE)

Coordenadas: Lat. 41° 33' 32"
 Long. 04° 22' 02"
 Altitud: 780 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 (373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

En el confín oriental del término de Santibáñez de Valcorba, lindando con el de Cogeces del Monte, y en las proximidades del km 19'900 de la carretera que conduce desde Quintanilla de Abajo a éste último pueblo, se localiza el caserío de la Finca de Valimón, así llamada por discurrir en sus inmediaciones el arroyo de tal nombre¹⁸. El lugar ocupa una estrecha vega, encajada entre páramos, muy fértil, que se ve regada por los arroyos Valimón y Valdecas.

Dentro de este marco general, las evidencias se distribuyen por una muy amplia zona que se extiende en torno a la confluencia de los citados arroyos, ocupando, por igual, zonas de la misma vega y espacios de ladera; en la parte más baja de las cuestas que conectan el fondo del valle con los páramos.

La amplia extensión y la naturaleza compleja del asentamiento aconsejan establecer una zonación de partida, basada en los distintos estadios cronológicos y culturales –tres cuando menos– reconocibles en el mismo.

Las primeras ocupaciones del sitio se producen durante la prehistoria reciente, pudiendo circunscribirlas con bastante precisión a dos periodos, uno campaniforme y otro de la Edad del Bronce Medio/Pleno-Final. Dado que sólo una mínima parte de las evidencias recuperadas son expresivas, no ha sido posible delimitar con total claridad las zonas de las diversas ocupaciones. Sin embargo, si puede hablarse de zonas de localización preferente:

En este sentido, cabe apuntar que el material campaniforme se recoge, en ámbitos que se enmarcan claramente en la vega del valle, tanto en una pequeña zona aislada (0'43 Ha), ubicada sobre la margen derecha del arroyo Valimón (dentro del término de Cogeces del Monte), como en una superficie algo

mayor, que teniendo su inicio en la margen izquierda de este arroyo, se extiende hasta el camino de Valimón (parcela 2-a de Santibáñez de Valcorba), y encuentra continuidad, finalmente, en la mitad norte de la parcela situada al sur del este camino (parcela 3-a de Santibáñez de Valcorba). El hecho de que los materiales campaniformes se recojan en dos zonas separadas por el cauce del arroyo nos permite pensar que nos encontramos ante dos ocupaciones distintas y, con bastante probabilidad, de desarrollo diacrónico.

Por su parte, el material adscribible al Bronce Pleno/Final se encuentra en término de Santibáñez, en la parcela 5-a y en la mitad sur de la parcela 3-a; ámbito en el que, presumiblemente, se produce el solapamiento entre ambas ocupaciones. Esta zona se sitúa al oeste del caserío, sobre unas tierras ligeramente levantadas respecto a la granja y a la orilla del arroyo. Con todo, no puede considerarse un emplazamiento defensivo, ya que este ámbito se halla al pie de un destacado promontorio, testigo del nivel de páramos de la región, desde el que resulta fácilmente vulnerable.

Entre los distintos sectores mencionados abarcan un área aproximada de 8'2 Has, sin contar vacíos intermedios ni la zona de nula visibilidad que existe en torno a la Casa de Valimón y que, por el norte de ésta, se extiende hasta la orilla del arroyo.

Según todos los indicios, en el área se desarrolló una tercera ocupación, en este caso de época histórica, al parecer, asimilable a época hispanovisigoda. Su amplia zona de dispersión alcanza cubrir las dos anteriores, como puede observarse en los croquis representados en las figuras que acompañan estas páginas.

Análisis de los materiales

Fueron recogidos por nosotros y por J. Santiago Pardo; en este último caso durante la campaña de 1992 del Inventario Arqueológico de Castilla y León.

Dada la circunstancia, ya apuntada, de que el cauce del arroyo Valimón separa dos ámbitos distintos en los que se recogen materiales arqueológicos, nos ha parecido conveniente hacernos eco de la distinta procedencia de los materiales, ya que entendemos que se trata de dos núcleos con entidad propia¹⁹.

Materiales recuperados en el enclave situado sobre la margen derecha del arroyo Valimón (en adelante, Sector A):

¹⁸ Unas breves referencias a este enclave se recogen en: Mañanes Pérez, T. 1979: 104 y en Delibes de Castro, G., y Fernández Manzano, J. 1981: 63.

¹⁹ Debemos apuntar que en el Museo de Valladolid se encuentran depositadas cuatro puntas Palmela que tienen procedencia indeterminada dentro del término de Cogeces del Monte (Garrido-Pena, R. 2000: Lám. 97. 6-9). Dado que éste es el único enclave con materiales campaniformes conocidos en el término, sin mayores argumentos ni precisiones, no descartamos que pudieran tener esta procedencia.

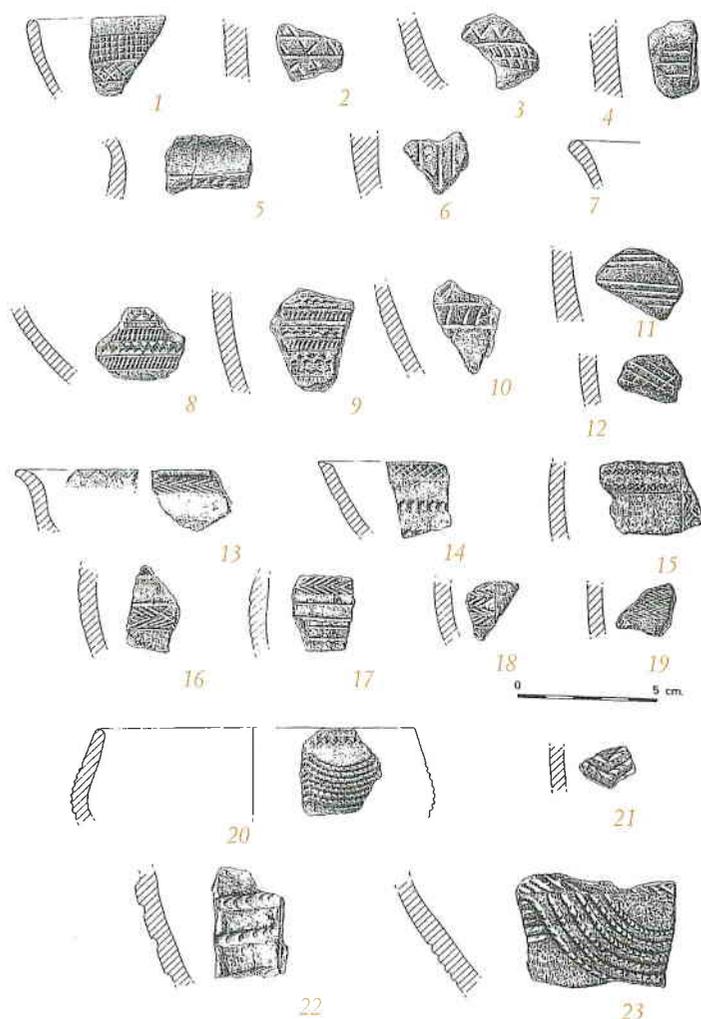


Fig. 25. Casa de Valimón. Diversas cerámicas decoradas recuperadas en el Sector A (1 a 7) y B (8 a 23).

Industria cerámica

En este ámbito se ha identificado exclusivamente un pequeño lote de fragmentos cerámicos, bastante deteriorados por la estancia a la intemperie.

En este apartado destaca una serie de cerámicas decoradas que denotan un único momento de ocupación durante época campaniforme. Se han localizado un total de seis fragmentos merecedores de esta atribución. Únicamente hallamos un fragmento de tipo Ciempozuelos, mientras el resto tendrían cabida en la modalidad, más tosca de ejecución, denominada Silos/Vaquera. El ejemplar citado en primer término, que se trata de una

cerámica de muy buena calidad, corresponde a un borde de cuenco de casquete semiesférico (Fig. 25. 1). Muestra al exterior una franja de entramado vertical de cuidada factura que se superpone a otra, algo más estrecha de entramado oblicuo. En el campaniforme tosco podemos hablar de los siguientes motivos:

- Parte superior de una franja de retícula oblicua incisa flanqueada por línea horizontal (Fig. 25. 5).
- Tres líneas de zigzag inciso, de factura tosca, enmarcadas entre líneas horizontales en la misma técnica (Fig. 25. 2).
- Una línea de zigzag inciso que se superpone a dos bandas paralelas de incisiones oblicuas de derecha a izquierda, enmarcadas entre líneas (Fig. 25. 3).
- Tres líneas verticales paralelas acanaladas (Fig. 25. 6).
- Tres líneas horizontales paralelas incisas que confluyen perpendicularmente con otra del mismo tipo. Pudiera tratarse de un motivo decorativo de disposición radial (Fig. 25. 4).

Entre las cerámicas lisas únicamente se identifica un perfil:

- Un vasito de superficie pulida con borde curvado abierto (Fig. 25. 7).

En lo que concierne a los materiales recuperados en la margen izquierda del arroyo Valimón (en adelante, Sector B) el conjunto es bastante más amplio:

Industria cerámica

Bastante más numerosa que en el ámbito anterior. También en este caso se halla ciertamente rodada, habiendo perdido buena parte de sus rasgos originales, por lo que no resulta apropiado detenerse en una valoración técnica.

Sin duda, las piezas más interesantes desde un punto de vista cronológico y cultural son las que integran el capítulo de las decoraciones, donde se constata una diversidad de técnicas y motivos:

Las decoraciones documentadas son numerosas, pero la mayoría aparece sobre minúsculos fragmentos, que, con todo, son suficientemente elocuentes como para poder ser atribuidas a diversos momentos culturales. Un primer apartado está integrado por aquellas decoraciones adscribibles al momento campaniforme, entre las cuales contemplamos tanto algunas pertenecientes a recipientes finos y de decoración cuidada como otros vasos de paredes más gruesas y motivos más toscos.

El apartado de los campaniformes de tipo fino se compone de tres galbos. Un par de ellos ostentan un motivo muy similar (muy posiblemente pertenecen al mismo recipiente, de tipo

cuenco), configurado por la alternancia, formando abigarrada composición, de series de trazos verticales incisos con línea guía (línea cosida) y cordones de pseudoexcisiones en zigzag de triángulos impresos (Fig. 25. 8 y 9). En el segundo de los fragmentos el motivo se completa por abajo mediante una línea simple de zigzag inciso. Su ejecución es muy cuidada, tratándose de un modelo decorativo muy habitual entre los ejemplares de Ciempozuelos de la cuenca del Duero. El tercero muestra un par de franjas de líneas incisas paralelas (Fig. 25. 11).

Conocemos algunos motivos que, sin muchas dudas, pueden atribuirse a la especie de campaniforme tosco (Silos/Vaquera). Se aplican sobre vasos de paredes algo más gruesas que los anteriores y con superficies alisadas. Al no contar con fragmento de borde alguno, desconocemos sus perfiles característicos. Las temáticas decorativas registradas son:

- Entramado de incisiones oblicuas poco profundas (Fig. 25. 12).
- Franjas de líneas incisas paralelas (Fig. 25. 11).
- Friso de toscos trazos oblicuos incisos (Fig. 25. 10).

Como hemos apuntado en este yacimiento también están presentes una serie de técnicas decorativas características de las distintas fases en que cabe subdividir el desarrollo de Cogotas I. A las fases iniciales de dicho horizonte, propias del Bronce Medio meseteño, cabe atribuir, sin muchas dudas, las decoraciones siguientes:

- Incisiones en espiga simple, dispuestas al exterior junto al borde de una taza carenada de Forma 11 (Fig. 25. 13), que muestra al interior, sobre el labio, un zigzag simple también inciso.
- En otro motivo vemos como una espiga se asocia con líneas horizontales incisas (Fig. 25. 17).
- Metopas formadas por series de espigas incisas, delimitados (Fig. 25. 18), o no (Fig. 25. 19), por líneas realizadas con la misma técnica.
- Metopas delimitadas por líneas incisas rellenas de estrechas bandas de retícula oblicua (Fig. 25. 15).
- Junto al borde de un pequeño cuenco de Forma 1, al exterior, vemos una cenefa de retícula oblicua incisa muy cuidada que se superpone a dos líneas de pequeños puntos impresos (Fig. 25. 14).

Procedentes de nuestras prospecciones contamos también con varios fragmentos cuyas decoraciones, realizadas con técnica de Boquique, podrían atribuirse a la plenitud cogotiana. Tales motivos son:

- Decoraciones de Boquique, bien formando líneas anchas paralelas (Fig. 25. 22), bien apretadas series de ondas (Fig.

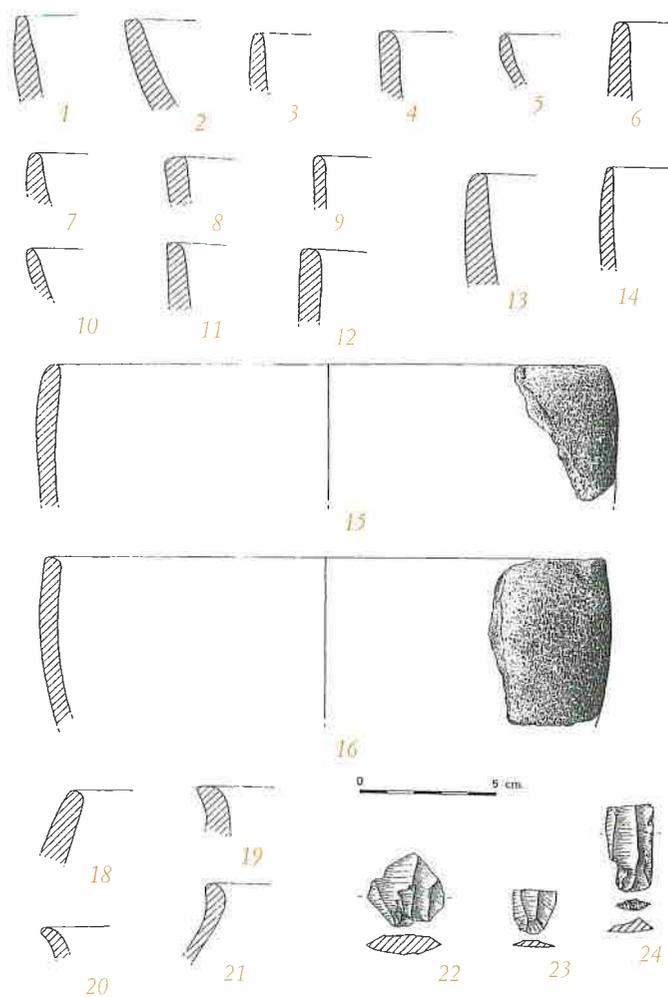


Fig. 26. Casa de Valimón. Cerámicas lisas y útiles líticos recuperados en la superficie del Sector B.

25. 21 y 23). Un motivo de este tipo, que cuelga de una estrecha línea de retícula incisa oblicua que se desarrolla junto al borde, se plasma sobre la panza de un vasito de perfil globular (Fig. 25. 20). Es esta una técnica que se halla presente en los inicios del Bronce Tardío-Final, en yacimientos de nuestra zona como El Cementerio, pero los fragmentos que aquí se presentan muestran características (el aspecto sumamente tupido de alguna de las series de ondas, su plasmación sobre un perfil de tipo escudilla, etc.) que parecen ser propias de la fase avanzada de Cogotas I, ya dentro de un Bronce Tardío-Final avanzado.

72 Los perfiles identificados en el apartado de las cerámicas lisas son muy poco variados y significativos:

- Cuencos semiesféricos de la Forma 1 (Fig. 26. 1, 2, 3, 4, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14), algunos de ellos con el borde vertical destacado (Fig. 26. 5).
- Grandes cuencos de gruesas paredes de nuestra Forma 1 B (Fig. 26. 15 y 16).
- Vasos de perfil globular con borde simple ligeramente cerrado: Tan sólo se registra un fragmento (Fig. 26. 17).
- Recipiente cerrado con borde ligeramente diferenciado vertical (Fig. 26. 20).

Industria lítica

No es excesivamente significativa, pues se reduce diversas lascas de cuarcita y sílex que presentan algún retoque sumario.

- Desde el punto de vista tipológico citar únicamente el hallazgo de la mitad proximal de una pequeña lámina de sílex blanco (Fig. 26. 22) y de otra más, algo mayor, sobre sílex rosado (Fig. 26. 23).
- Cabe mencionar, por último, un nucleillo en sílex blanco, con negativos de extracciones laminares (Fig. 26. 21).

Valoración y cronología

Casa de Valimón es un hábitat ocupado durante la Prehistoria reciente de atractivo emplazamiento, sobre el que posteriormente se asentaría una ocupación hispanovisigoda de notable extensión. Este asentamiento oculta y, junto a otra serie de remociones, en buena medida debe haber destruido los restos más antiguos.

La cronología de esta primera ocupación parece tener dos momentos claros: uno del Bronce Antiguo (fragmentos de cerámica campaniforme) y otro del Bronce Final (cerámica con Boquique, recipientes de perfil troncocónico...). Existen además indicios de que el Bronce Medio (decoraciones incisas de espiga, cazuelas carenadas...) pueda estar presente.

Al igual que en el caso de yacimientos vecinos como Valdelperra II, las características del emplazamiento obligan a pensar en un lugar sin condiciones para el control del territorio y, por el contrario, con buenas condiciones para la explotación agropecuaria.

12. LA PLAZA (COGECES DEL MONTE)

Coordenadas: Lat. 41° 32' 13'
Long. 04° 24' 10"
Altitud: 874-876 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/50.000
(373) Quintanilla de Onésimo

Antecedentes

El yacimiento de La Plaza (también conocido por los lugareños como Pico de la Frente) aparece citado desde hace algún tiempo en la bibliografía arqueológica. Las primeras noticias al respecto se deben a Agapito Revilla quien, entre otras cosas, situaba allí el hallazgo de fíbulas prerromanas (Agapito y Revilla, J. 1927: 62).

Con posterioridad en La Región Vaccea (Wattenberg Sanpere, F. 1959: 40 y 96) y en la Carta Arqueológica de Valladolid se vuelve a hacer referencia al lugar, emplazando en él un gran castro protegido por una muralla, tras la cual, al parecer, se encerraban diversas construcciones (Palol Salellas, P. de, y Wattenberg Sanpere, F. 1974: 82-84). Efectivamente, en las

obras citadas, Wattenberg y Palol, eso sí basándose en testimonios de terceras personas (D. P. Churrua), mencionaban la presencia de diversas estructuras en el lugar: túmulos de variada tipología, encerraderos de ganado, un puesto de guardia de planta rectangular (que estaría ubicado en la ladera norte del castro), etc.

Al mismo tiempo, y pese a que de manera sucinta se citaba la localización de algunas cerámicas incisas propias de Cogotas I, los escritos referidos a La Plaza coincidían en señalar la ocupación del castro desde comienzos de la Segunda Edad del Hierro hasta época romana tardía.

Con todo, pese a las referencias anteriores, no será hasta 1980 cuando se desarrollen los primeros trabajos arqueológicos sistemáticos en el lugar. Efectivamente, durante la primavera de dicho año los Dtores. Delibes de Castro y Fernández Manzano, alertados por la noticia de la práctica destrucción que había sufrido la muralla que defendía el castro, decidieron efectuar una minuciosa prospección del mismo. Con esta operación, consistente en la limpieza de un corto sector de los derrumbes marginales de dicho muro, se intentaba reconstruir la secuencia cultural de este destacado enclave arqueológico. Fruto de dicha labor fue la publicación de un importante

artículo en el cual, entre otras muchas aportaciones, se desmentía la ocupación del lugar durante la II Edad del Hierro, periodo del que no se localizó el más mínimo resto. Más bien, por contra, todas las evidencias recogidas, tanto en forma de observaciones estratigráficas como los restos materiales –exclusivamente cerámicas– servían para demostrar que el castro estuvo ocupado, tan sólo, durante la Edad del Bronce; época en que, además, debió construirse el imponente muro que “defendía” el poblado (Delibes de Castro, G., y Fernández Manzano, J. 1981: 51-70).

Al mismo tiempo, al analizar las cerámicas recuperadas, Delibes y Fernández Manzano advirtieron que, si bien muchas de las decoraciones y formas de las mismas eran parecidas a las que aparecían en los yacimientos de la Cultura de Cogotas I, los recipientes recuperados en La Plaza ofrecían, entre otras, la particularidad de que todos los temas decorativos se conseguían mediante incisión. Para nada aparecía ni el Boquique ni la excisión, tan características de esta cultura propia del Bronce Final. Todo ello permitió plantear a los autores la anterioridad de los materiales cerámicos presentes en el yacimiento de Cogeces del Monte respecto al Cogotas I pleno. Desde ese momento quedó definido el “horizonte Cogeces”, también denominado Pre/Protocogotas I, cuyo desarrollo situaron en la transición entre el Bronce Medio/Bronce Final, y que ha servido de referencia obligada para todos aquellos trabajos que, de uno u otro modo, se han interesado por la Edad del Bronce de la Meseta.

Dada la manifiesta importancia de los resultados obtenidos, y a fin de cimentarlos, durante el verano de 1980, se inició una pequeña excavación en el castro de La Plaza cuyos resultados, todavía inéditos, y serán recogidos aquí. Con posterioridad, ya en 1986, siguiendo las indicaciones del profesor Delibes, que nos sugirió la conveniencia de realizar nuevos trabajos en el lugar, iniciamos una campaña de excavaciones que se desarrolló en los meses de agosto y octubre de dicho año.

Entorno y descripción del yacimiento

El término municipal de Cogeces del Monte se sitúa al SE de la provincia de Valladolid, en plena zona de páramos. Su paisaje es el típico de este ámbito geográfico donde las altas planicies con culminaciones calcáreas son cortadas por estrechos y profundos vallejitos, por los que actualmente discurren cursos de agua de escasa entidad. Generalmente, cuando confluyen dos de estos riachuelos dejan en el interfluvio lenguas de terreno en resalte, cuya altura, correspondiente con el nivel de páramos de la región, ofreció una serie de ventajas para la ocupación humana en época prehistórica. Tal es el caso del castro de La

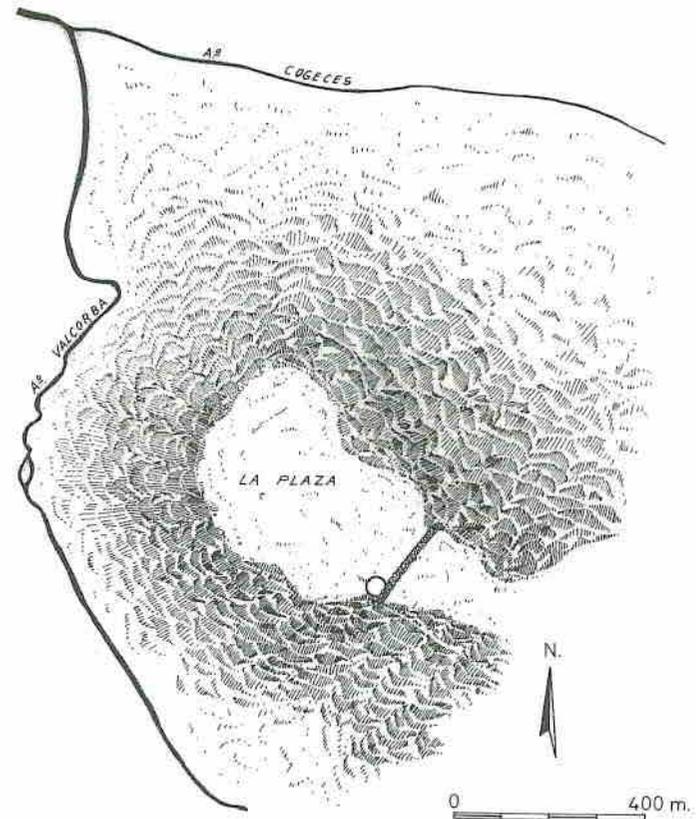


Fig. 27. La Plaza. Plano del yacimiento con representación gráfica de la muralla (según Delibes G. y Fernández Manzano, J. 1981: Fig. 2). (O) Señala la zona donde se realizó nuestra intervención del año 1986.

Plaza, el cual ocupa el extremo de una horquilla fluvial que, en este caso concreto, domina la confluencia de los arroyos Cogeces y Valcorba (Fig. 27).

En un principio, al analizar el tipo de asentamiento donde se sitúa La Plaza, pudiera pensarse que una de las motivaciones que movieron a sus moradores para buscar esta ubicación, serían sus posibilidades defensivas. De hecho, algunos aspectos como la morfología del enclave, rodeado de unas pendientes más o menos marcadas, o el observar como la zona que presenta mayores signos de indefensión (esto es, el pasillo que sirve de unión entre el espigón y la planicie del páramo), se ve reforzado por una barrera artificial, permitirían pensar así. No obstante, una serie de aspectos nos inducen a poner en entredicho la verdadera eficacia de las ventajas que ofrece el lugar desde el punto de vista

74 defensivo. En este sentido, queremos llamar la atención sobre lo contraproducente que resulta en este sentido la propia dimensión del lugar. En efecto, entendemos que contar con un perímetro de cerca de 3 km hace prácticamente indefendible el lugar; máxime para unas poblaciones no excesivamente cuantiosas, como suponemos son las que durante esta época habitaron en cualquiera de los diversos enclaves de la cuenca del Duero. Esta circunstancia, en buena lógica, nos obliga a intentar desentrañar el verdadero significado de este enclave, algo de lo que nos ocuparemos en el apartado correspondiente, dedicado a analizar los caracteres que ofrece el poblamiento de la Edad del Bronce en el sector.

Ya hemos dicho que en La Plaza se identifica una notable muralla, esta construcción fue mencionada, en primer lugar, como ya hemos apuntado, por Federico Wattenberg, pasando a ser convenientemente descrita algo más tarde en la publicación de Fernández Manzano y Delibes de Castro. Este último, incluso, tuvo la oportunidad de visitar la zona algunos años antes de que tuviese lugar la casi total destrucción de la muralla, y nos refiere sus características. Según dicha descripción, se trataba de un amplio lomo de tierra y piedras en disposición longitudinal NE/SW de unos 200 m de longitud que cierra el lugar de acceso natural al castro. Su ubicación no es aleatoria, puesto que se sitúa en la zona donde más se estrecha la comunicación con la planicie del páramo, es de suponer, con la clara intención de ahorrar esfuerzos constructivos.

Pese a todo es una obra imponente que, según relata el profesor Delibes, en algunos puntos alcanzaba hasta 20 m de ancho por más de 4 m de altura; medidas, como es lógico pensar, que no deben corresponderse con las originales, dado el estado de deterioro en que ésta se encontraba. Así mismo se nos refiere la posibilidad de la existencia de una “puerta muy simple” hacia la mitad de la cerca.

En la actualidad es muy poco lo que queda de esta gran mole, únicamente algunos derrumbes marginales que jalonan “una gran pista de cerca de 20 m de ancho, como huella en negativo del antiguo muro expoliado”.

El espacio encerrado tras el gran lomo es considerablemente grande: aproximadamente 17 Has. En la actualidad buena parte de esta superficie se dedica al cultivo, sobre todo en la zona central. Los márgenes de esta plataforma están ocupados por pinos jóvenes, matorrales y carrascas de encina que enmascaran los límites de antiguas parcelas hoy incultas.

Por otro lado, no queremos concluir este apartado sin apuntar que, pese a las intensas prospecciones realizadas (tanto por Delibes y Fernández Manzano, como por nosotros mis-

mos) en el interior y laderas del castro, no nos ha sido posible localizar ninguna de las múltiples estructuras –casas, túmulos, etc.– que en su momento citaran Wattenberg y Palol. Empero, si hemos podido identificar sobre la superficie del enclave diversos majanos, amontonamientos de piedra y encerraderos de ganado, producto sin duda de la actividad reciente de agricultores y pastores en el lugar, que suponemos sean las estructuras de que dio noticia el señor Churruca a los citados autores.

Trabajos realizados

La lamentable destrucción de la fortificación que defendía La Plaza obligó a desarrollar una intervención arqueológica, con ánimo de documentar, siquiera mínimamente, la ocupación del lugar.

Como ya quedó dicho, la primera intervención en este sentido se debió a Delibes de Castro y Fernández Manzano, quienes en la primavera de 1980 emprendieron una minuciosa prospección del castro. A raíz de estos trabajos se consideró conveniente proceder a limpiar algún sector de los derrumbes marginales del gran muro, intentando con ello, entre otras cosas, obtener una secuencia cultural para reconstruir la historia de este importante enclave arqueológico. Por cierto, en ambas actividades tuvimos ocasión de participar.

Fruto de la misma fue la publicación de un importante trabajo, algunos de cuyos datos más destacados han sido ya mencionados y no vamos a repetir aquí. También citamos que en verano del mismo año dichos autores efectuaron una pequeña excavación cuyos resultados, aún inéditos, se refieren a continuación.

La excavación de verano de 1980: Observaciones estratigráficas y resultados:

Tras barajar varias posibilidades a la hora de elegir el lugar dónde hacer el sondeo estratigráfico los directores de la excavación optaron finalmente por recurrir de nuevo a los restos de la muralla, lugar donde al menos –según habían observado en el trabajo anterior– se hallaban fosilizados bajo el amontonamiento de piedras dos niveles arqueológicos bastante nítidos. En el mismo sitio donde se efectuó la limpieza del corte estratigráfico y tomando como referencia aquel, se inició la limpieza de una pequeña área encima del derrumbe.

Con idéntico esquema que el observado en el anterior trabajo, se pudo determinar la siguiente estratigrafía:

- **Nivel I:** Conformado por bloques calizos informes de tamaño y morfología dispar. No responde a ninguna

estructura ordenada, y su potente grosor –por encima de 150 cm–, algo más de la mitad de la profundidad excavada, se debe tanto al desmoronamiento de la cerca por procesos naturales, como sobre todo a su destrucción moderna. Por dicho motivo, entre las lajas, hemos hallado unos pocos materiales cerámicos realizados a torno, no incluidos en el inventario, pues ni presentan decoración alguna, ni a partir de los mismos se podía reconstruir su forma original. Su desmantelamiento nos permitió precisar, dentro de lo posible, la superficie a excavar, partiendo del primero de los niveles fértiles. Esta quedó establecida en un cuadro irregular de 170 x 160 cm, con una orientación NW/SE.

- **Nivel II:** Constituido por arcilla mezclada con piedras. Ofrece un color negro intenso, por lo que con seguridad constituye un nivel de incendio. Corroboraría tal extremo la frecuente aparición de madera quemada, junto con el hecho de que aquella es la coloración de los materiales cerámicos, exclusivos, allí localizados. Los fragmentos de madera recogidos permitieron la realización de una muestra de C14. El nivel no posee uniformidad en cuanto a su potencia, siendo tan solo visible en el cuadrante SE, donde surge a partir de los dos metros, punto desde el que, tras un buzamiento en dirección NE, desaparece a una profundidad de 243 cm. En el resto del cuadro, surge esporádicamente, siempre con un grosor muy débil. Da la impresión, en suma, que constituye el extremo de este estrato, que habría tenido su máximo desarrollo en el centro de la muralla, hoy desaparecida. En este nivel se tomó una muestra de carbón para análisis mediante C14 en el laboratorio de Groningen. El resultado obtenido es:

GrN10617, 3275 ± 30. BP.

Edad equivalente: 1325 ± 30 a.C.

- **Nivel III:** Como en el caso anterior, se trata de un suelo arcilloso de textura poco compacta, y en su caso, al no haber sido afectado por el incendio, de color amarillento.

Todos los materiales arqueológicos recuperados en la presente actuación arqueológica han sido recogidos en las láminas situadas al final de la presente memoria.

La excavación de 1986

Tras las actuaciones enumeradas no se volvió a efectuar ningún trabajo arqueológico en el lugar hasta el año 1986. Por esas fechas ya teníamos en mente la elaboración del presente trabajo. Motivo por el que nuestro director de tesis:

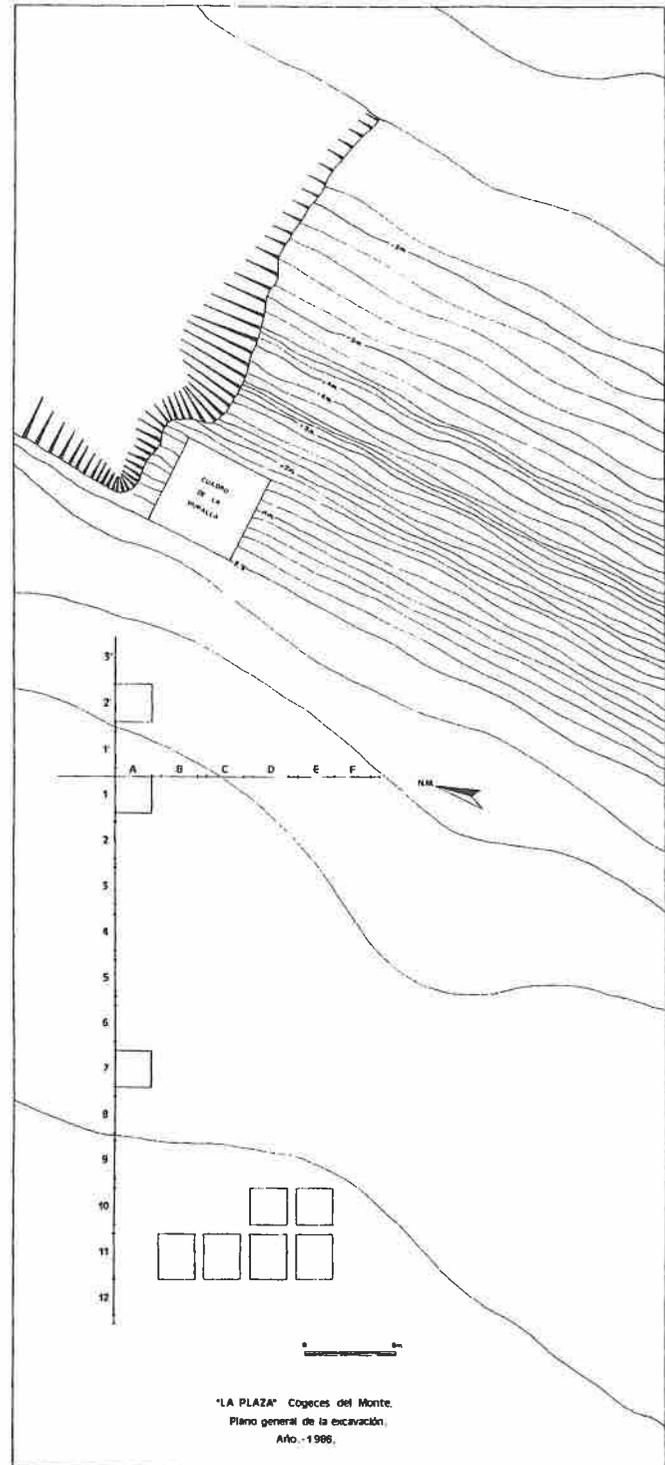


Fig. 28. La Plaza. Planta de las distintas unidades excavadas en los trabajos de 1986. Se aprecia el cuadro donde se realizaron los trabajos que afectaron a la muralla y su situación respecto a las catas practicadas en el interior del castro.

76 Germán Delibes, nos indicó la conveniencia de realizar una nueva campaña de excavaciones en el castro de La Plaza con vistas a ampliar el exiguo registro arqueológico de que se disponía. Con esta finalidad solicitamos el correspondiente permiso y subvención a la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Junta de Castilla y León. Una vez nos fueron concedidos ambos pudimos comenzar los trabajos. Estos tuvieron lugar durante los meses de agosto y septiembre de 1986.

Previamente a las labores de excavación realizamos una exhaustiva prospección del lugar con la pretensión de localizar las zonas más propicias para la iniciación de los trabajos, dada la gran extensión del yacimiento.

Gracias a esta labor pudimos comprobar que, pese a la ya referida, sistemática devastación sufrida por la cerca que cerraba el castro, casi milagrosamente se había preservado un tramo de la misma. Creímos conveniente efectuar en este lugar una intervención arqueológica. De igual modo consideramos oportuno la realización de excavaciones en el interior del castro con la intención de llegar a conocer algún aspecto sobre la organización del poblado que lo ocupó (Fig. 28).

Ambos trabajos se plantearon de manera individual, por lo que la descripción de los mismos se expone por separado.

La excavación de la muralla

Como hemos señalado, las labores de prospección permitieron identificar un sector de la muralla que no se vio afectado por las palas mecánicas. Este tramo de poco más de 20 m de longitud coincide con el extremo S de la construcción. En esta zona el lomo de piedra y tierra alcanza una anchura aproximada de 19 m y una altura máxima de 4'5 m.

En este punto concreto decidimos llevar acabo una serie de trabajos con una doble finalidad. De una parte intentábamos conocer la estructura interna de la defensa. Delibes y Manzano señalaban la posibilidad de que las “cepas de alguno de los lienzos de murallas primitivas se conservasen bajo el lomo de piedras”. En nuestro ánimo se encontraba aclarar este extremo. De otra parte concebíamos la posibilidad de localizar algún resto de estructuras de hábitat que hipotéticamente pudieran haber quedado sepultadas bajo los derrumbes de la línea defensiva. No deja de ser cierto que en muchos poblados de época pre y/o protohistórica

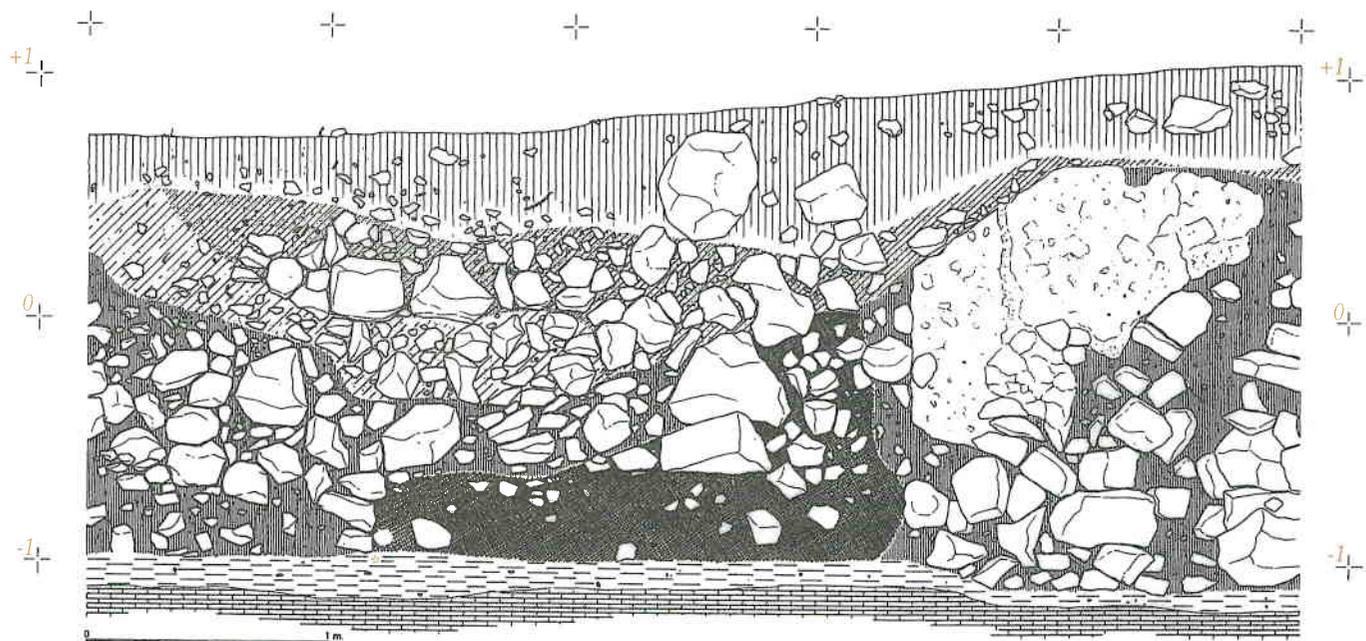


Fig. 29. La Plaza. Corte estratigráfico del perfil este de la cata de la muralla. El asterisco () señala el lugar de donde proceden las maderas carbonizadas que posibilitaron la realización de un análisis de C14.*

aparecen viviendas adosadas o en las proximidades de las murallas.

Para la realización de los trabajos trazamos un cuadro de 5 m de lado en la cara interior de la cerca, en disposición perpendicular al eje longitudinal del gran lomo defensivo.

En principio el trabajo resultó bastante penoso por cuanto, entre otras cosas, hubimos de desbrozar el sector de una vegetación muy densa de carrascas de encina que no facilitaron nuestra labor.

La excavación proporcionó la identificación de una sencilla estratigrafía, muy semejante a la proporcionada por anteriores actuaciones en esta estructura, que de arriba a abajo consta de:

- **Nivel I:** Bastante potente constituido por grandes bloques de piedra de diversos tamaños y tierra. Podemos distinguir una capa más superficial, cuyo espesor oscila entre 20 y 50 cm, con gran cantidad de raíces que le dan compacidad. En lo que concierne a los materiales recuperados, señalar que constan de cerámicas a mano lisas y decoradas siempre con temas incisos de clara atribución Protocogotas.

- **Nivel II:** De color negro, más intenso en unos sectores que en otros, formado por tierra arcillosa mezclada con grandes bloques calizos en cantidad y disposición similar a las del estrato anterior. Sin duda se trata de un nivel de incendio en el que se localizan abundantes trozos de madera quemada. Durante el incendio debieron alcanzarse temperaturas muy elevadas, muestra de ello es el hecho de que en algunas zonas las calizas, incluso aparecen fundidas entre sí formando bloques compactos de color blanco. Esto se observa en la esquina S/E de la cata (Fig. 30). Como puede apreciarse en los dibujos de los cortes estratigráficos (Fig. 31 y 32) este estrato se estrecha de manera progresiva y acentuada de E a W; esto es, desde la parte central de la muralla –donde hay lugares en que alcanza más de 1'5 m de potencia– a sus márgenes. Igualmente puede observarse que no afecta a todo el lomo, alcanzando mayor longitud en el perfil S que en el N de la cata. Por lo que se refiere a los materiales recogidos, son más abundantes que en I, pero de características enteramente similares. Es decir, cerámicas lisas junto a otras decoradas, siempre con temas incisos. En la

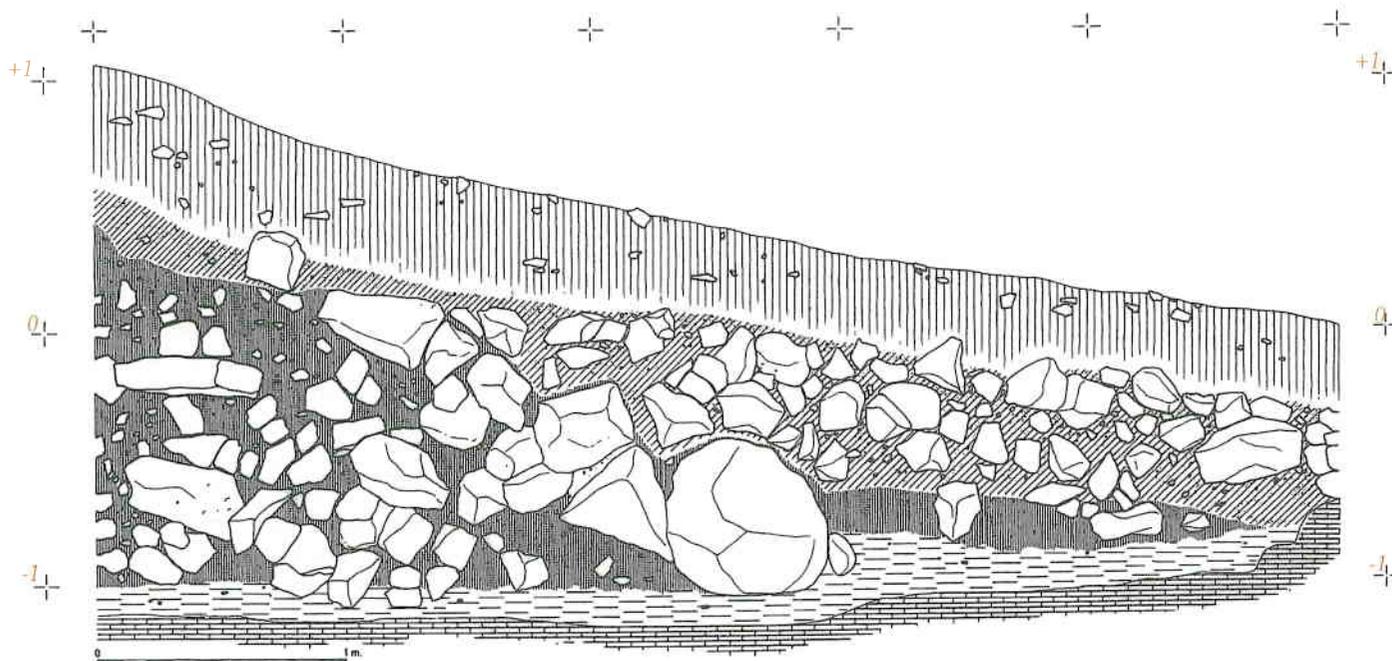


Fig. 30. La Plaza. Corte estratigráfico del perfil sur de la cata de la muralla

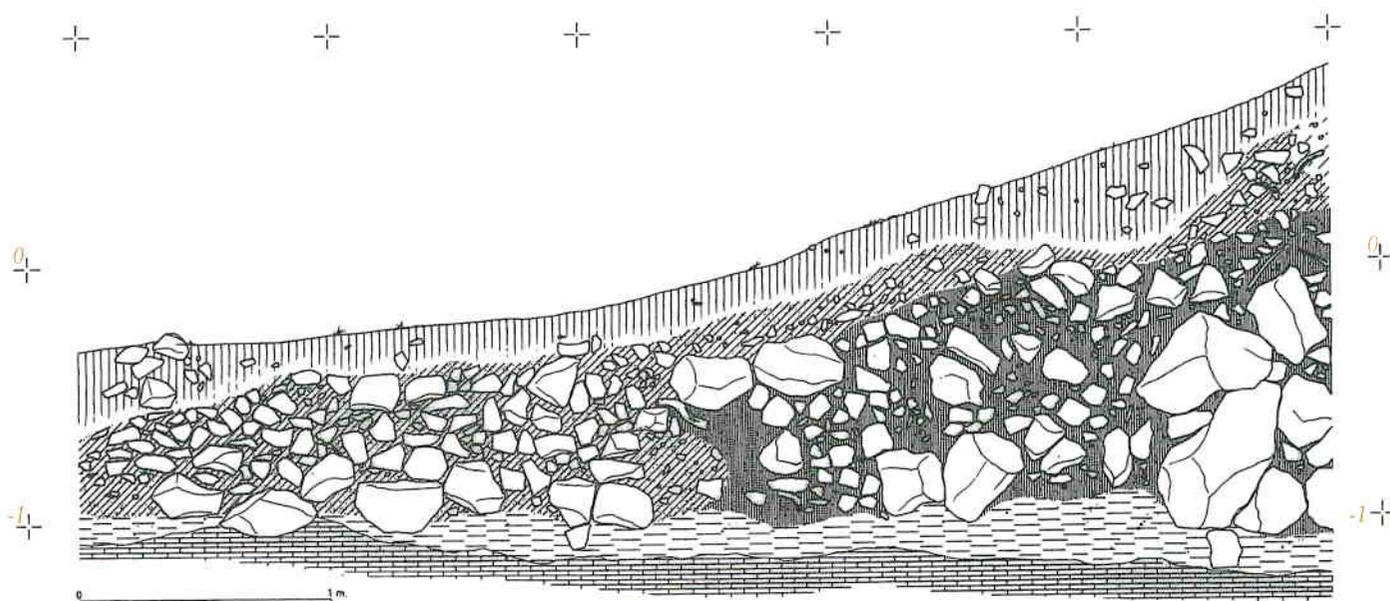


Fig. 31. La Plaza. Corte estratigráfico del perfil norte de la cata practicada en la muralla.

base de este nivel II se tomó una muestra para datación por radiocarbono en el laboratorio de Groningen. El resultado obtenido es:

GrN14560, 3275 ± 30 . BP.

Edad equivalente: 1325 ± 30 a.C.

La muestra que proporcionó esta fecha la obtuvimos a partir de un gran tronco quemado que localizamos en la base del nivel (Fig. 30), y que pudo formar parte de la tablazón que supuestamente pudo servir para dar solidez a la muralla.

- **Nivel III:** De color blanquecino, completamente estéril desde el punto de vista arqueológico, está formado por la descomposición del páramo calizo que subyace a este estrato.

Observaciones

La excavación de la muralla, si bien no satisfizo todas nuestras expectativas si nos permitió, al menos, realizar algunas apreciaciones. En principio, diremos que uno de los objetivos que perseguíamos cuando decidimos plantear la excavación de la cerca se cifraba en intentar reconstruir sus dimensiones origi-

nales, pues huelga decir que su altura y anchura actuales no son las primigenias. Desgraciadamente, no hemos podido añadir nada nuevo al tema al no haber podido localizar ni las cepas del muro ni restos de un posible basamento vertical. De hecho, el aspecto que hoy presenta el interior de este gran alomamiento es de una estructura en la que aparecen entremezclados bloques de piedra caliza de muy diversos tamaños, sin que ninguno de ellos ofrezca el menor atisbo de haber sido escuadrado, dando, a primera vista, la impresión de que la fórmula constructiva empleada en su erección pudiera haber consistido en un simple amontonamiento de piedras y tierra colocadas sin orden aparente. No obstante, el hallazgo de algunos troncos de árbol en la base del nivel II, del sector de muralla excavado, nos permite considerar la posibilidad de que la estructura pudiera haber contado con un encofrado de madera destinado a conferir solidez a la estructura. La existencia de este supuesto maderamen y su consecuente combustión, por otra parte, explicaría los notables niveles de incendio detectados en el interior de la estructura; los cuales, además, se constituyen en la única explicación lógica para las altas temperaturas que, según todos los indicios, debieron alcanzarse en el interior de la muralla, como lo demuestra la ya citada detección en su interior de buen número de piedras

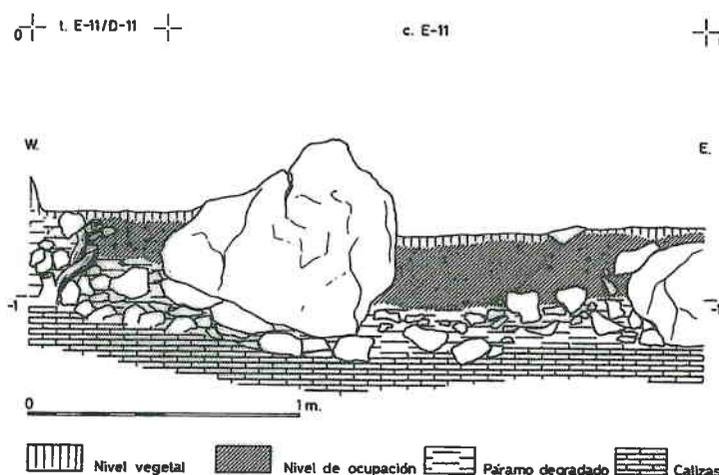
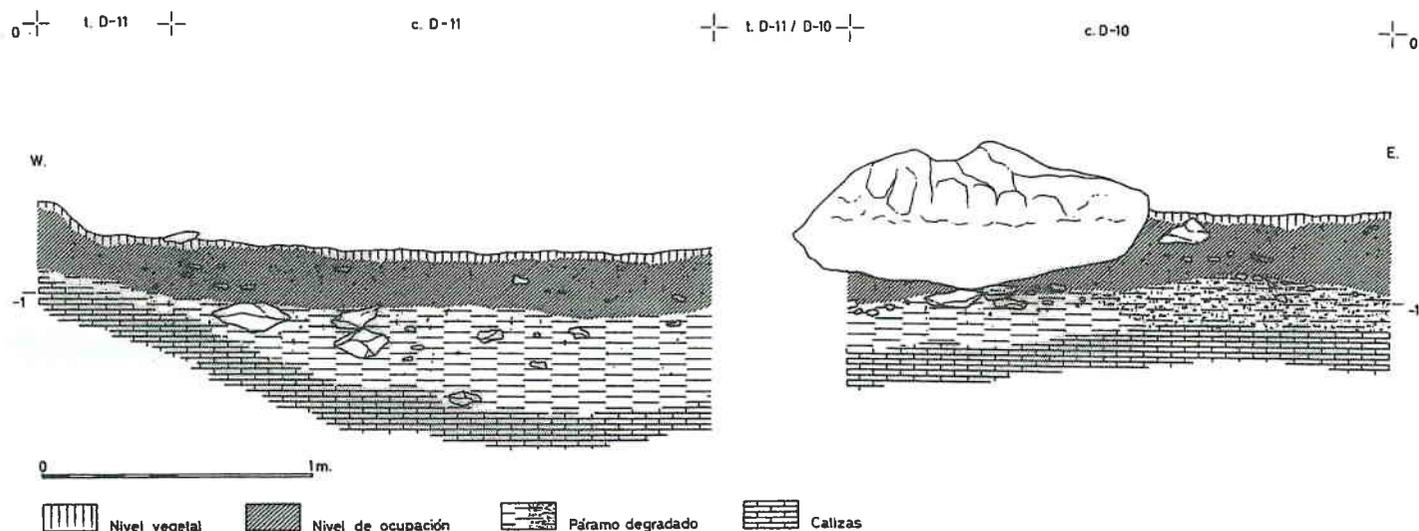


Fig. 32. La Plaza. Estratigrafías de los perfiles W/E de los cuadros D-11, D-10 y E-11.

calizas que, por aparecer fundidas entre sí, cuando no, incluso, transformadas en auténtica cal viva, manifiestan claramente haber sufrido fenómenos de pirólisis.

Tal y como ya quedó reflejado en las actuaciones desarrolladas por los profesores Delibes y Fernández Manzano en la descripción de las estratigrafías, en el ámbito de materiales arqueológicos, no aparece representado más que un mismo mundo que se sitúa en plena Edad del Bronce.

En estos momentos se construyó la defensa cuya destrucción, según todos los indicios, como ya hemos apuntado, debió coincidir con un fuerte incendio. Hecho que se encuentra bien constatado en las diversas excavaciones. Conocemos con bastante precisión en que momento se produjo tal acontecimiento, no en vano, poseemos dos fechas de C14, recuperadas ambas en el propio nivel de incendio, que ya han sido comentadas. A partir de ese momento debió iniciarse el desmoronamiento de la estructura, circunstancia que continuó a lo largo del tiempo.

La excavación en el interior del poblado

Como quedó dicho, paralelamente a los trabajos de la muralla efectuamos una serie de sondeos en el interior del castro. Desde el momento en que se planteó la elección del lugar donde iniciar estos trabajos, chocamos con una primera dificultad, la gran extensión –17 Has– del yacimiento. Las intensas prospecciones realizadas en la estación arqueológica de La Plaza no nos permitieron localizar una zona cuyos caracteres pudieran parecer especialmente esperanzadores para el desarrollo de la excavación. Por ello nos decidimos, finalmente, por iniciar nuestros trabajos en el confín S/E del castro, en una zona próxima a la cata de la muralla, con la intención, en su caso, de contrastar y relacionar los resultados obtenidos en ambas áreas (Fig. 28). Por otra parte, en este ámbito concreto se apreciaba una concentración de materiales en superficie que, significativamente, superaba la media de lo constatado en el resto del yacimiento.

Para controlar el proceso de excavación se cuadrículó el terreno utilizando el sistema de ejes cartesianos, conforme a

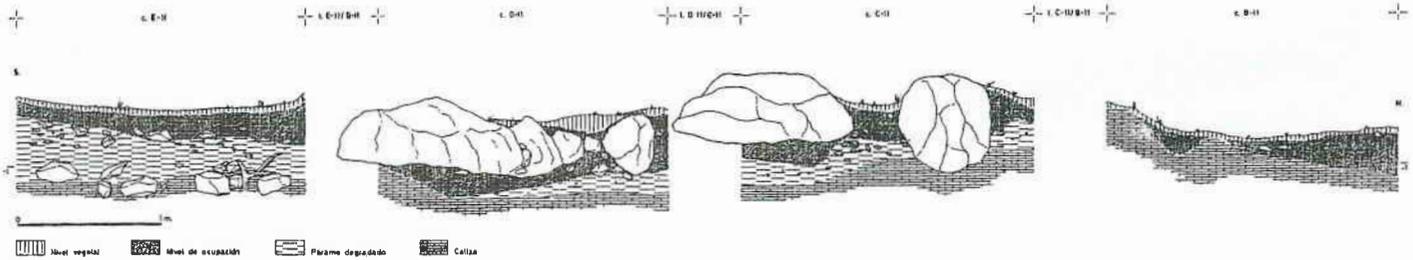


Fig. 33. La Plaza. Corte estratigráfico de perfil S/N de los cuadros E-11, D-11, C-11 y B-11.

los cuales se sitúan las catas de la excavación. El módulo elegido fue el de cuadros de 2 m de lado, separados entre sí por testigos de 0'5 m. La denominación de los cuadros se realiza mediante números que coinciden con el eje de las "x" y letras con el de las "y".

Las profundidades se tomaron respecto a un punto "0" previamente establecido y que naturalmente fue el mismo que se usó como referencia en la exploración de la muralla.

Desarrollo de los trabajos arqueológicos y resultados

Iniciamos la excavación en un punto muy próximo a la muralla, cuadro A-1 con un resultado, debemos confesarlo, ciertamente desesperanzador. Desde el punto de vista estratigráfico solamente pudimos identificar un nivel, bastante horizontal, de cerca de 25 cm de espesor, compuesto por una tierra arcillosa de color anaranjado en cuyo interior recogimos algunos fragmentos cerámicos elaborados a mano, escasamente representativos. Este estrato, en cuya configuración no había intervenido la actuación humana, apoya directamente en la tierra virgen, representada por una capa de color blanquecino fruto de la descomposición del páramo calizo.

Posteriormente, se procedió a la excavación de dos nuevos cuadros: A2' y A7. Ambos ofrecían similares caracteres a los descritos para A1. En el primero ni siquiera localizamos resto arqueológico alguno, en el segundo un único fragmento cerámico.

Ante los exiguos resultados ofrecidos por los sondeos efectuados en las cercanías de la muralla decidimos a efectuar otros nuevos en una zona algo alejada de ésta. Los cuadros que abrimos son los siguientes: D-10, E-10, B-11/ t.B11-B12, C-11/ t.C11-C-12, D-11/ t.D11-D12 y E-11/ t.E11-E12 (Fig. 28). La zona en que se ubican se caracteriza por la proliferación, en superficie de grandes bloques calizos lo que, al menos, garantizaba que allí no se habían realizado labores agrícolas.

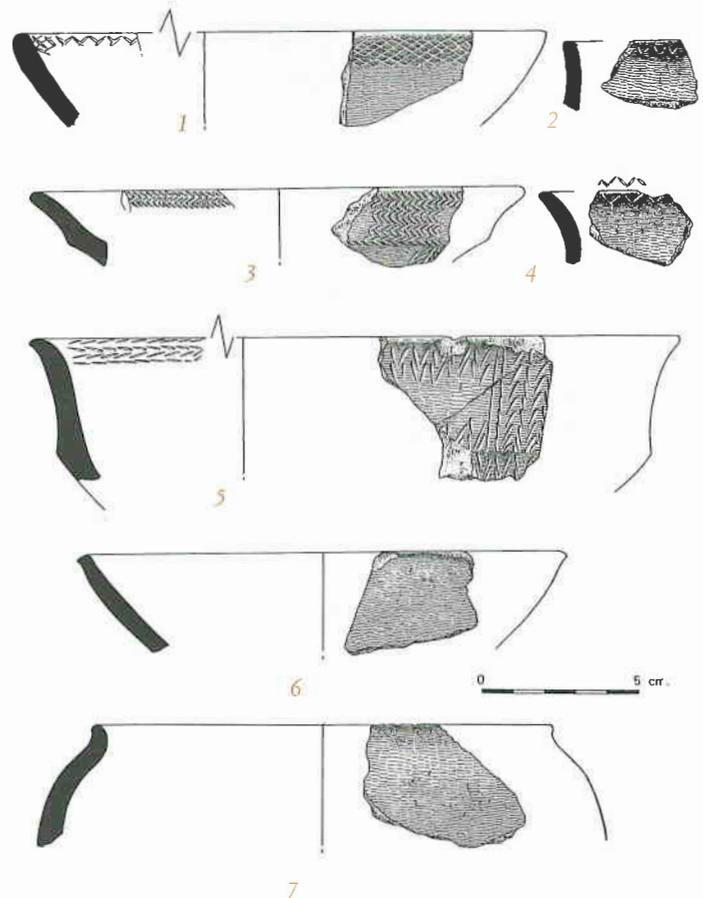


Fig. 34. La Plaza. Material de superficie. Trabajos de primavera de 1980 (Según Delibes y Manzano).

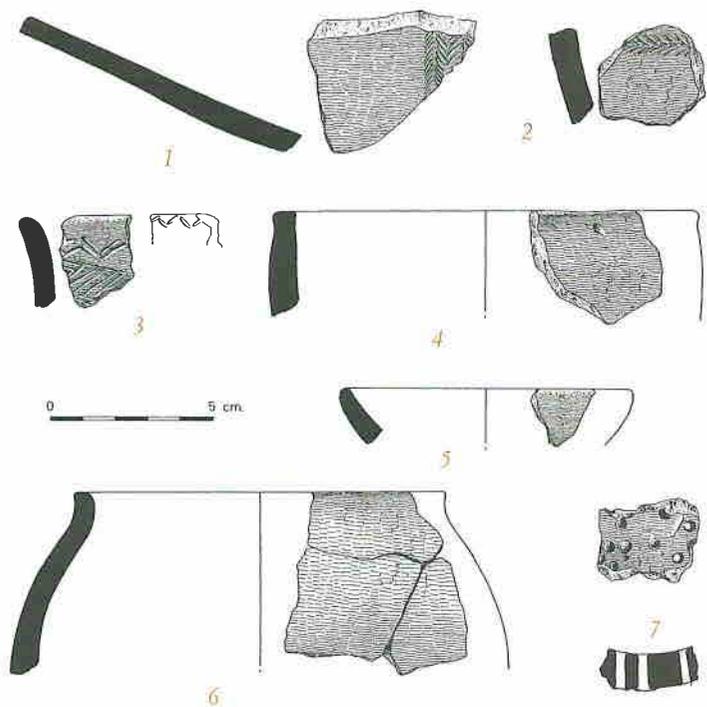


Fig. 35. La Plaza. Cerámicas del nivel II de la muralla. Trabajos de primavera de 1980 (Según Delibes y Manzano).

Durante la excavación no hemos podido identificar estructura alguna, pero si una corta estratigrafía que, de arriba abajo, consta de:

- **Nivel I:** Superficial. De escaso espesor, entre 5 y 10 cm. Formado preferentemente por materia vegetal en descomposición. En su interior aparecen muy pocos restos arqueológicos, algunas cerámicas, a torno y a mano, todas ellas sin decorar y que no permitieron reconstruir su forma.
- **Nivel II:** De color negro y composición arcillosa. Su potencia es ciertamente variable, oscilando entre los 30 y 5 cm (Fig. 32 y 33). En su interior se localiza cierto número de materiales arqueológicos entre los que destacan cerámicas realizadas a mano. Se trata generalmente de fragmentos de pequeño tamaño y aspecto muy rodado. Al tiempo, hacen acto de presencia algunas piezas líticas que se reducen unas cuantas lascas y láminas de sílex y a algún percutor. Nos parece interesante significar que entre las evidencias recogidas no comparece ningún resto óseo. No nos cabe la menor duda de que la forma-

ción de este estrato ha de relacionarse con la ocupación del lugar por un grupo humano, de cuya actividad en el área no han quedado más que unos pocos restos.

- **Nivel III:** Arqueológicamente estéril. De coloración blanquecina, su formación es producto de la descomposición del páramo calizo que sirve de base al yacimiento. Tiene una potencia muy variable, e incluso no aparece en algunas catas, caso de la B11 (Fig. 33) donde, directamente bajo el nivel II afloran las calizas Pontienenses.

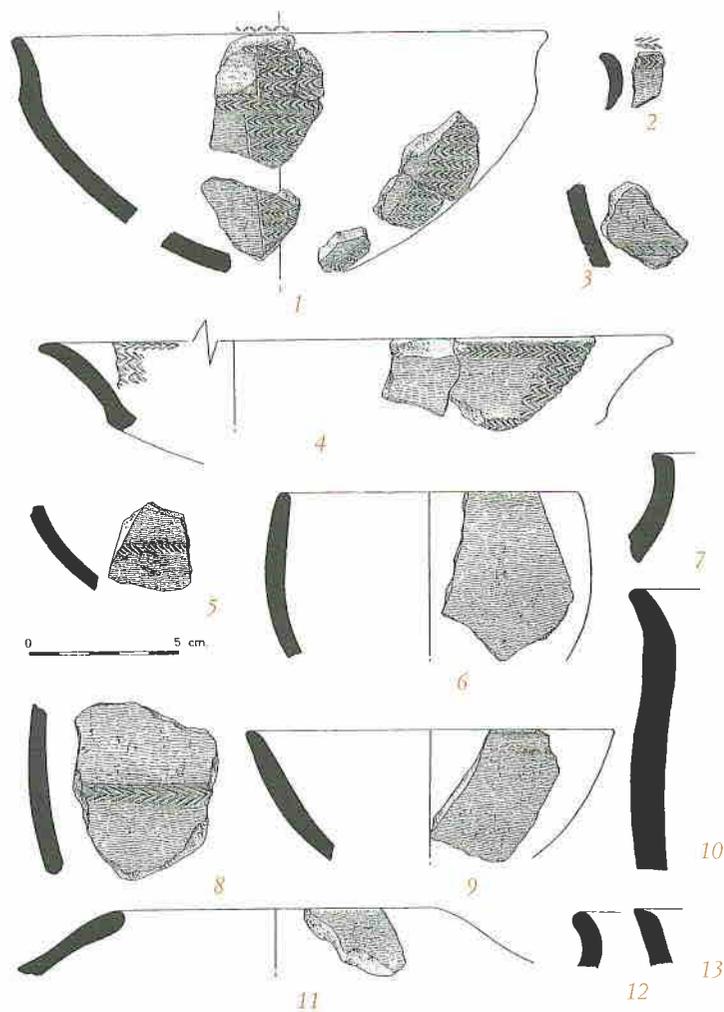


Fig. 36. La Plaza. Cerámicas del nivel III de la muralla. Trabajos de primavera de 1980 (Según Delibes y Manzano).

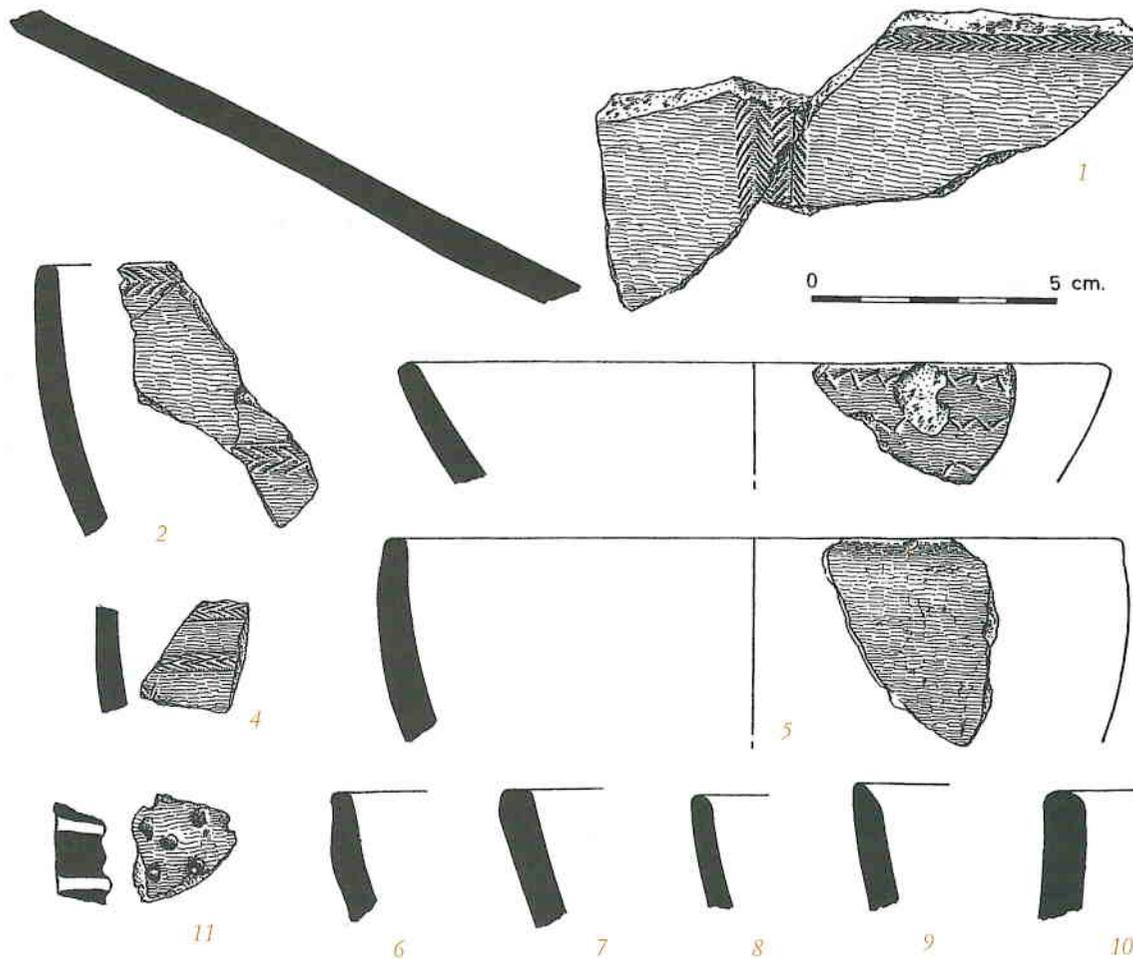


Fig. 37. La Plaza. Cerámicas del Nivel II de la muralla. Trabajos de verano de 1980.

Para finalizar este apartado destinado a las labores de excavación diremos que durante la campaña de 1986 efectuamos una serie de pozos de sondeo, cinco concretamente, a lo largo del lomo que cierra el castro de La Plaza por el lado que da al interior del poblado, en un último intento de localizar nuevas evidencias estratigráficas. Desgraciadamente hemos de decir que no en todos los casos el resultado fue infructuoso. De hecho, las observaciones realizadas en todos estos pozos de sondeo, en nada difieren de lo expresado en el caso de la cata A-1.

Observaciones

A lo largo de las descripciones realizadas en torno a la excavación del interior del poblado, sin duda queda patente una idea, la pobreza de resultados obtenidos. Hecho que contrasta con la importancia que, según diversos indicios, pareció revestir el yacimiento. Tanto el tamaño del castro como el gran muro que lo cierra apuntan en esta dirección. Estos extremos, merecedores de un comentario más amplio, serán retomados en el apartado correspondiente de la Tesis, dedicado a comentar el poblamiento de la Edad del Bronce de la zona.

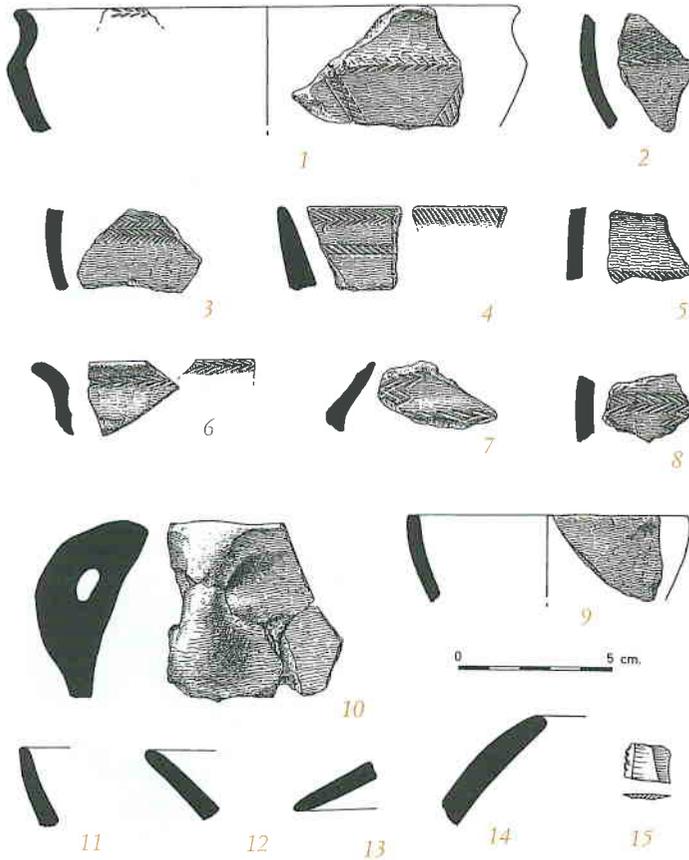


Fig. 38. La Plaza. Material cerámico y lítico del Nivel III de la muralla. Trabajos de verano de 1980.

Con todo, al menos, hemos podido recoger una serie de datos interesantes. En primer lugar, ratificar una vez más que en La Plaza no se encuentran evidencias de ocupación más que de un único momento prehistórico. Esta fase coincide con el momento de construcción de la cerca. La similitud entre las cerámicas recogidas en la cata practicada en “la cerca” y las del interior del poblado parecen argumento suficiente para defender este aserto.

Análisis de los materiales arqueológicos

Las diversas actuaciones arqueológicas arriba descritas han posibilitado la recogida de un lote de evidencias con distintas procedencias; no obstante al comprobarse que no existía una nítida evolución interna dentro del yacimiento y que se trataba de un conjunto con gran homogeneidad, tanto formal como técnicamente, se han contemplado finalmente como una unidad sin divisiones.

Industria cerámica

Con un total de 1289 evidencias, es el material arqueológico más numeroso. Para su análisis se han seleccionado un total de 193 fragmentos: todos aquellos que ofrecen alguna pista sobre su forma y/o decoración. Aunque este elenco es fruto de distintos trabajos practicados en el yacimiento, al comprobarse que no existía una evolución interna dentro del enclave y que se trataba de un conjunto con gran homogeneidad, tanto formal como técnicamente, se han contemplado finalmente como una unidad sin divisiones.

Como hemos destacado anteriormente, existe una gran homogeneidad entre las cerámicas de las distintas procedencias y ello comienza a notarse desde el punto de vista técnico. En este sentido, y refiriéndonos a las pastas, diremos que dominan claramente las de preparación regular (el 85%) y desgrasantes de tamaño pequeño (el 67%). Por consiguiente, los recipientes con pastas bien decantadas son muchos. Tampoco son numerosos los vasos sumamente toscos. Dominan

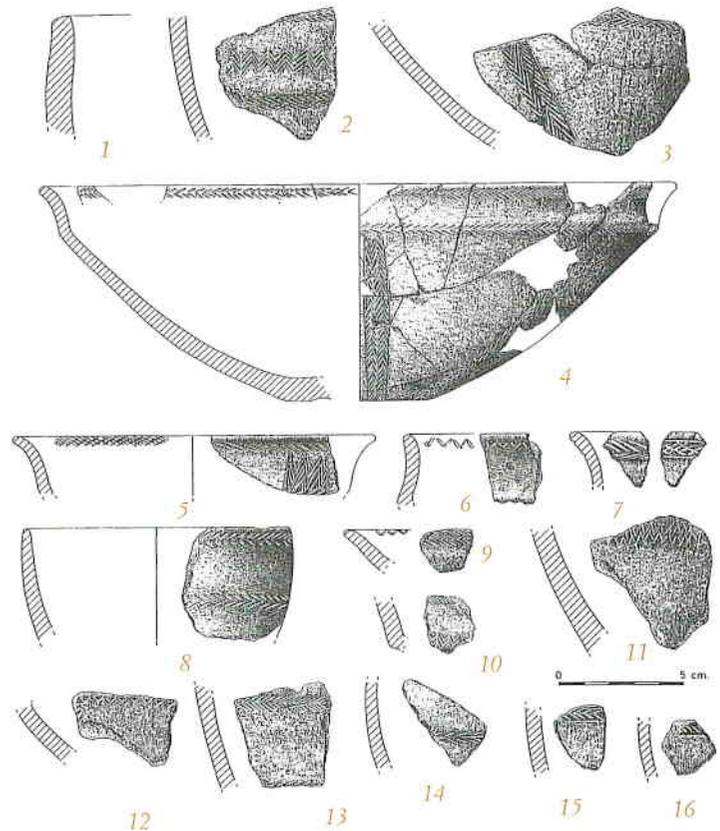


Fig. 39. La Plaza. Material cerámico recuperado durante la excavación de la muralla en los trabajos de 1986. 1 a 3: Nivel I. 4 a 16: Nivel II.

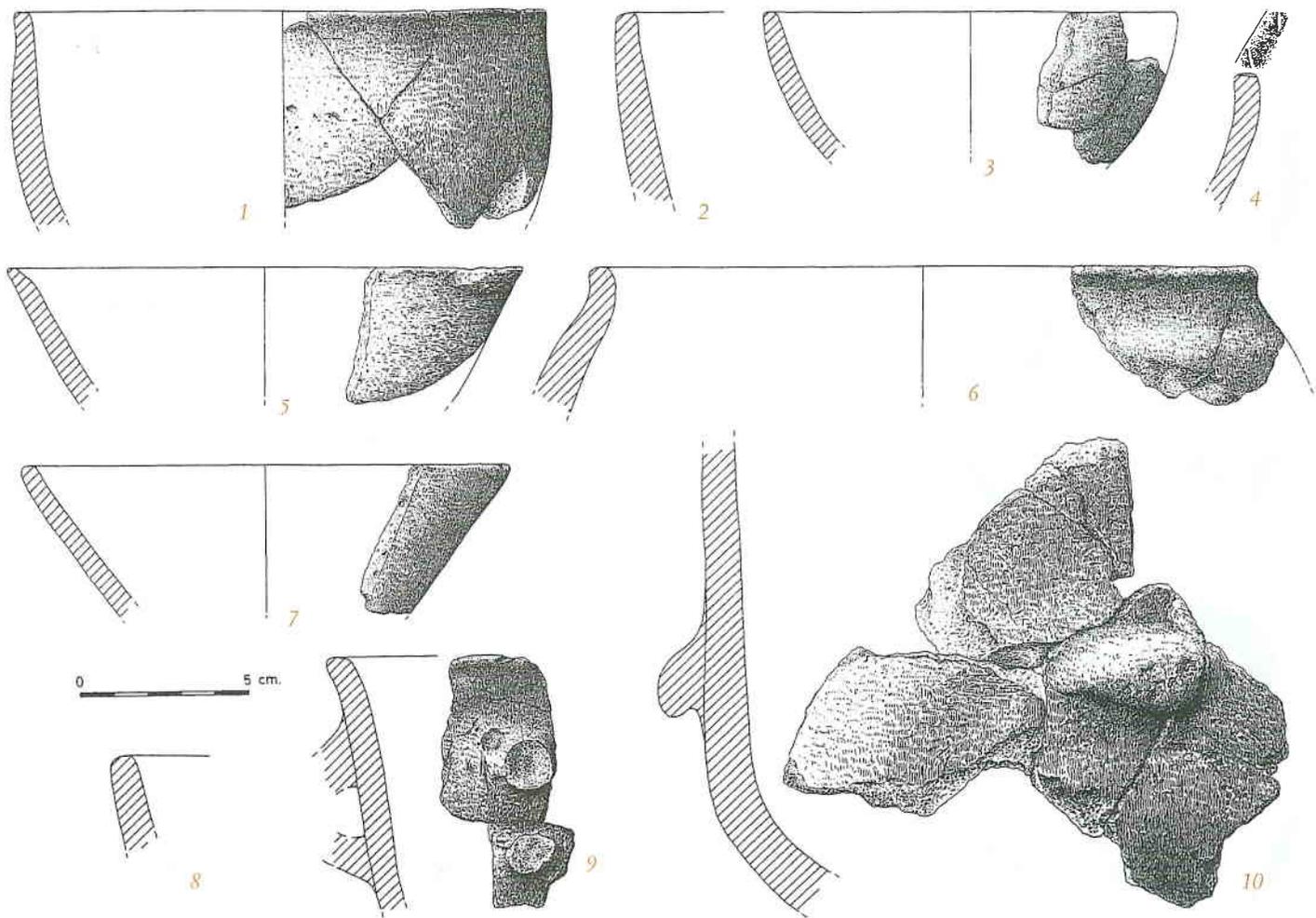


Fig. 40. La Plaza. Cerámicas lisas halladas en el Nivel II de la muralla (trabajos de 1986).

los desgrasantes de tipo silícico, que tienen a menudo color claro y resultan fáciles de diferenciar de la matriz arcillosa; también hay desgrasantes micáceos.

Destaca sobremanera el claro predominio de las superficies pulidas (el 72'13%). Las superficies de aspecto tosco son más bien escasas, situándose en el 1'64%. Los recipientes de este tipo y paredes gruesas son los que peores pastas presentan en cuanto a homogeneidad, cohesión y tamaño de los desgrasantes.

En cuanto a la cocción, hay que indicar que domina claramente la cocción reductora (68'85%). Le sigue a notable distancia la oxidante (31'15%).

Hemos identificado un corto número de formas, en su mayor parte de tamaño medio o pequeño, estando prácticamente ausentes los recipientes de gran volumen, generalmente ligados al almacenaje de provisiones. Es éste un dato más que, a nuestro entender, puede resultar indicativo de las condiciones

de vida o la función desempeñada por el yacimiento, cuya ocupación no debió ser muy intensa, a no ser que existieran otros sistemas de almacenaje (silos por ejemplo), los cuales, por cierto, tampoco han sido detectados durante nuestros trabajos en el yacimiento.

Seguidamente hacemos una descripción de las formas reconocidas. Dentro de la variedad se reconocen las siguientes:

- Cuencos de pequeño/mediano tamaño de la Forma 1 (sub-tipo 1 A): Son, con mucho, el tipo cerámico mejor representado, hasta el punto de que de los 144 fragmentos de borde recuperados 73 –lo que representa el 50'69%– pertenecen a este tipo cerámico. De ellos el 26'02% aparecen decorados. Desconocemos el tipo de fondo que llevaron, aunque es presumible que fuera plano. Presenta variedades según el perfil se acerque en mayor o menor medida a la media esfera. Generalmente tienen un borde normal y de labio redondeado; no obstante algún ejemplar liso, pre-

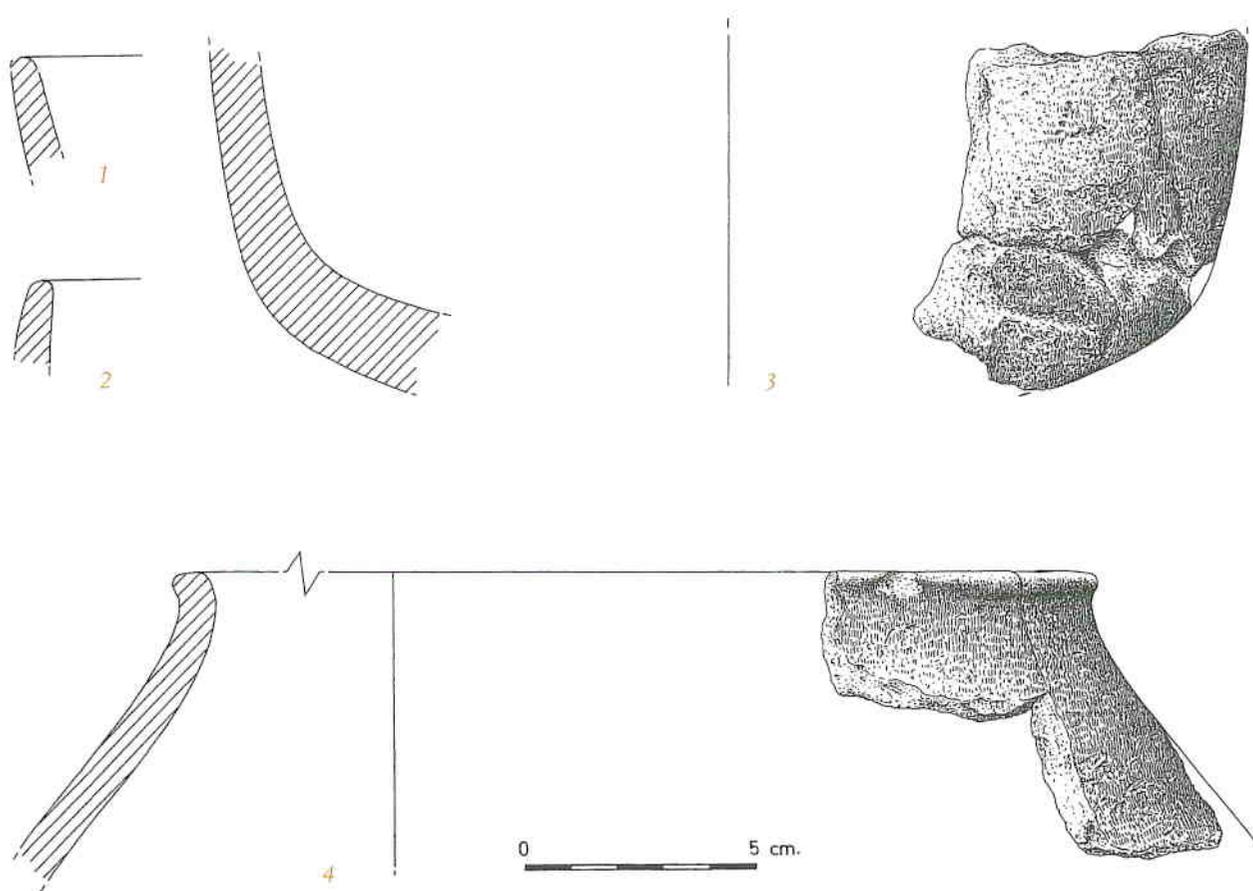


Fig. 41. La Plaza. Cerámicas recuperadas en la excavación del interior del castro. 1 a 3: Cuadro A-1. 4: Cuadro A-7.

senta un borde característico ligeramente curvado, que significa un pequeño estrechamiento junto a la boca del recipiente (Fig. 35. 4 y 40. 1).

- Cuencos de gran tamaño de la Forma 1 (subtipo 1 B): Como los anteriores de perfil semiesférico de tipo hondo. Son mucho menos numerosos que los del apartado precedente. De hecho, 3 únicos bordes (2'08%) de cerámicas lisas tendrían cabida en este apartado. En todo caso se trata de ejemplares lisos bastante incompletos que han sido incluidos aquí por el notable grosor de sus paredes. Uno de ellos lleva un pezón simple junto al borde (Fig. 43. 1).
- Cuencos de casquete esférico de la Forma 2, de paredes ligeramente convexas y rebajadas. No es un recipiente

habitual en La Plaza, ya que únicamente se han registrado tres ejemplares (2'08%), uno de los cuales (Fig. 42. 14) se decora al exterior con una serie de triángulos rellenos de líneas incisas que pende de una línea de espiga.

- Cuencos troncocónicos de la Forma 3. Constituyen un grupo más nutrido que el apartado previo. De hecho 14 del total de los bordes recuperados –el 9'72%– pueden ser incluidos en esta morfología. En todo caso se trata de vasijas de tamaño pequeño/medio (subtipo 3 A). Se distinguen variantes según la delineación de sus paredes y su inclinación. Predominan los vasos de paredes rectas y abiertas, son minoritarios los de paredes próximas a la vertical. Precisamente un ejemplar de esta clase lleva un asa de puente de sección circular (Fig. 40. 9). Otro más, de pequeñas dimensiones –112 mm de diámetro–, es el

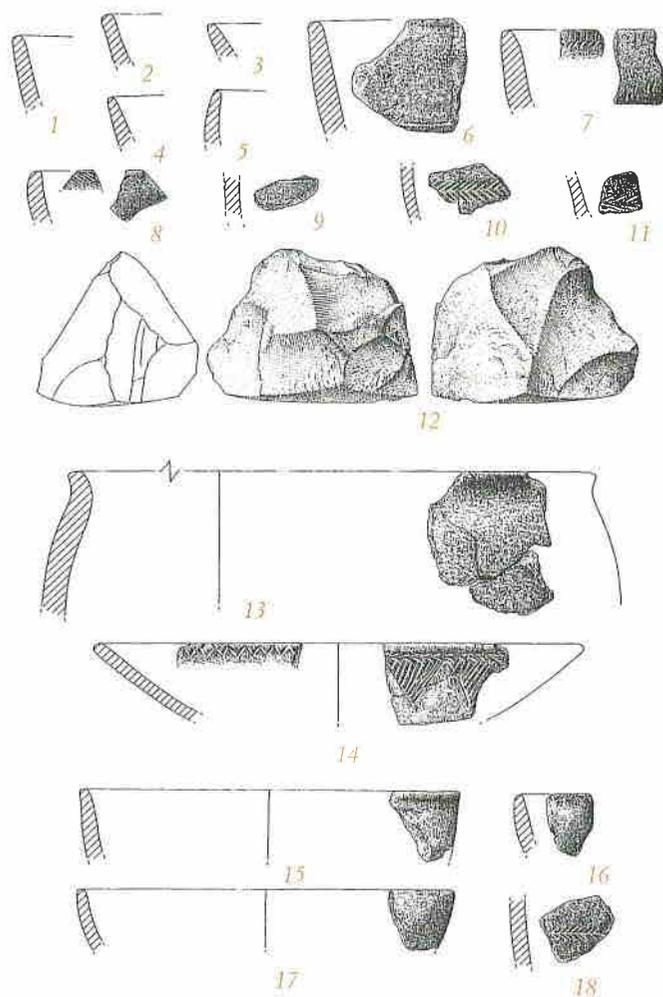


Fig. 42. La Plaza. Recipientes lisos y decorados y útil lítico. Excavación del interior del castro. 1 a 12: Cuadro E-10, 13 y 14: Cuadro D-10, 15 a 18: Cuadro E-11/T. E-11/E-12.

único de los recipientes de esta clase que aparece decorado con una cenefa de amplias espigas incisas, que discurre bajo el borde (Fig. 46. 5).

- Diez fragmentos de borde –6'94%– se pueden adscribir a las formas de contorno simple cerrado, de la Forma 5, de distintas procedencias (Fig. 36. 11). Algunos, los de mayor tamaño, aparecen bastante incompletos, aunque ello no impide que podamos indicar que se trata de vasos de medianas dimensiones. De entre éstos uno muestra un asa de puente que nace del labio de la vasija (Fig. 38. 10) y otro más una lengüeta en semejante posición (Fig.

45. 16). Se conoce un ejemplar liso, bastante completo, de pequeño tamaño (Fig. 36. 6), apariencia esférica y cuyo borde marca una ligera inflexión hacia en interior del vaso. Otros dos ejemplares (Fig. 44. 22 y Fig. 46. 6), de tamaño mediano, se decoran mediante líneas horizontales de espiga incisa.

- Recipiente de perfil en S abierto, de paredes casi verticales, de la Forma 8. No es un recipiente habitual en La Plaza, ya que únicamente se ha registrado un ejemplar liso durante las proyecciones realizadas en la muralla –Nivel III– en 1980 (Fig. 36. 10).
- Los vasos de perfil en S, correspondientes a la forma de cuello marcado corto (Forma 10), están representados por siete ejemplares –4'86%–. Dos de las piezas se adscriben a la variante (10 A) y el resto a la (10 B). Estas últimas son los únicos recipientes recuperados en el yacimiento que tienen cabida en el apartado de los vasos de grandes dimensiones. Todos los ejemplares tienen en común sus superficies exteriores lisas. Se conoce un ejemplar decorado con mediante impresiones de instrumento sobre el borde (Fig. 40. 4).
- Recipientes con carena alta de la Forma 11. Contamos con un ejemplar completo. Se trata de una gran cazuela (11 B) recuperada en el Nivel II de la excavación practicada en la muralla en 1986 (Fig. 39. 4). Presenta el cuerpo inferior con paredes ligeramente convexas y el superior, mucho más corto, casi cilíndrico, con borde característico de tipo curvado abierto y labio redondeado. El fondo es estrecho y plano.
- Recipientes de carena media de la Forma 12: Desconocemos el tipo de fondo con que contaron, aunque es presumible que también fuera plano. Presenta variedades según sea su tamaño y según que el borde sea más o menos saliente que la carena. Se da por igual en todos los niveles y catas, siendo, con mucho, la forma carenada más frecuente (Fig. 36. 4; 34. 5, etc.). De hecho, 12 –70'58%– de los 17 perfiles carenados identificados en el yacimiento tienen cabida en este apartado, en el que destaca la presencia de algún perfil plano de la variante 12 B (Fig. 39. 3 y 36. 4).

Los vasos carenados, que constituyen el 39'53% de las formas decoradas identificadas, en su abrumadora mayoría presentaron algún motivo decorativo. De hecho, en La Plaza sólo hemos encontrado 3 fragmentos cerámicos pertenecientes a un perfil carenado, de forma indefinida, carentes de decoración.

Por último, se han recuperado en los sondeos del yacimiento dos pequeños fragmentos cerámicos recubiertos de pequeñas perforaciones (Fig. 35. 7 y 37. 11), sin duda pertene-

cientes a las denominadas encellas o queseras. Están elaborados con arcilla tosca. Sus paredes son gruesas y, desgraciadamente, lo reducido de su superficie no nos ha permitido reconstruir su perfil.

En La Plaza, las cerámicas sin decorar son mayoritarias, aunque las decoradas alcanzan una más que notable proporción (el 32'35% de los bordes identificados pertenecen a recipientes decorados). La decoración está presente en los recipientes de superficie exterior pulida. La analítica de las técnicas y motivos decorativos registrados arroja, como siempre tratando por separado lo que se refleja al exterior e interior de las cerámicas, los siguientes resultados:

Incisión

Es la técnica con que se han confeccionado la totalidad de los motivos decorativos identificados en el yacimiento.

Sin lugar a dudas, el motivo decorativo más veces utilizado son las espigas o espinas de pescado, hasta el punto de que el 81'92% de los fragmentos decorados portan tales temas en distintas modalidades:

En ocasiones se trata de una sola línea a la que hemos denominado espiga simple, la cual aparece sobre el 43'39% de los fragmentos decorados (por ejemplo Fig. 39. 8, 13 y 14).

Un motivo similar al anterior, al que llamaremos espiga doble, es menos habitual, 27'71% de los recipientes.

Ambos motivos desempeñan un papel similar. Esencialmente, se utilizan para delinear estrechos frisos corridos (Fig. 39. 4 y 45. 22, 25); en menor medida, forman parte de temas radiales, que partiendo del fondo enlazan con la carena (Fig. 37. 1 y 39. 4).

En algunas ocasiones, las espigas ocupan espacios más amplios –espigas compuestas–, donde se dibujan varias filas paralelas –siempre más de tres– (Fig. 39. 3 y 36. 1). Dicha modalidad se refleja sobre el 22'89% de los recipientes decorados.

Como es lógico, las diferentes modalidades descritas aparecen sobre las cerámicas conjugadas entre si en diversas combinaciones, e incluso en buen número de casos configuran por si solas toda la decoración de los recipientes.

El resto de los motivos decorativos alcanzan una relevancia notablemente inferior. Las líneas incisas –líneas simples– aparecen sobre el 22'89% de los fragmentos decorados. Su papel se reduce a delimitar, servir de guía y/o marco a otros temas más complejos.

Los zigzags (simples, dobles, triples o cuádruples), únicamente están presentes en el 16'86% de los casos.

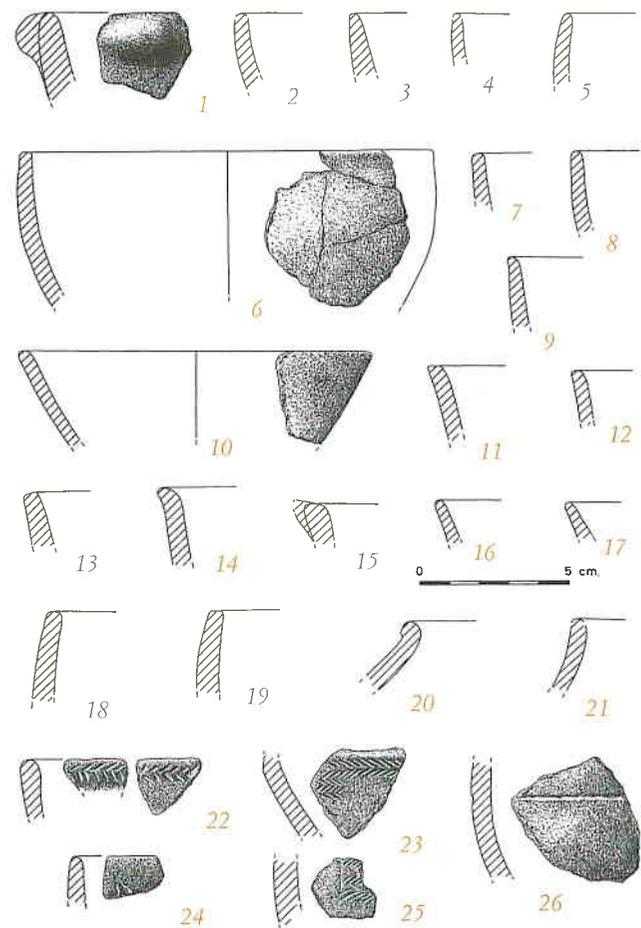


Fig. 43. La Plaza. Vasijas lisas y decoradas. Excavación interior del castro. Cuadro B-11.

Retículas (Fig. 39. 5) y series de trazos verticales u oblicuos (Fig. 36. 5 y 3), se encuentran representados sobre cuatro fragmentos cada uno –4'81%–.

En un sólo caso –1'20%– observamos un tema habitual en otros yacimientos de la época, como son las series de triángulos colgantes, que en nuestro caso presentan rallado interior paralelo a uno de los catetos (Fig. 42. 14).

Para cerrar este apartado, señalar la prácticamente nula presencia de motivos en los que intervenga la línea curva, únicamente contamos con dos fragmentos en los que se muestra el arranque de sendas guirnaldas colgantes (Fig. 46. 13 y 14).

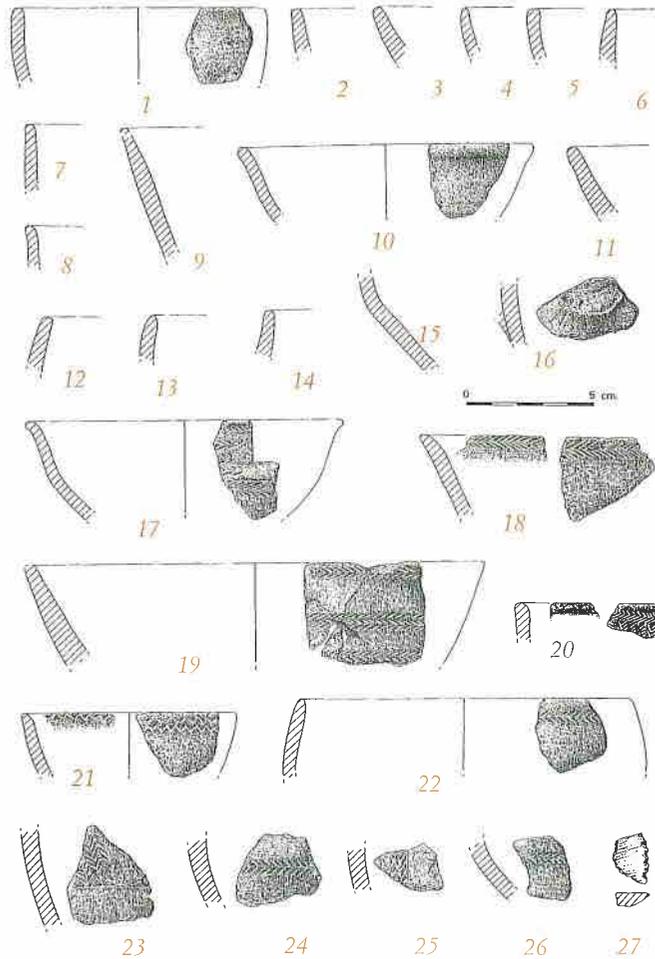


Fig. 44. La Plaza. Material cerámico y lítico. Interior del castro. Cuadro C-1.

Las composiciones

Este apartado hace referencia a la forma en que los diferentes temas decorativos aparecen distribuidos sobre la superficie de las cerámicas. Al respecto, resulta obvio señalar que exclusivamente se han tenido en cuenta los fragmentos que permiten hacernos una idea de la organización general del conjunto decorativo.

Al analizar este aspecto, la nota más significativa radica en comprobar como las decoraciones se adecuan perfecta y repetitivamente a las formas cerámicas existiendo una marcada

diferencia en la ornamentación que, por una parte presentan las formas carenadas y por otra los cuencos.

Por lo que respecta a las primeras; podemos establecer la existencia de dos fórmulas decorativas preferentes. Una primera, presente en algunos recipientes de carena alta (Fig. 39. 4) consisten en la disposición de dos estrechos frisos, uno que discurre bajo el borde, y otro que lo hace sobre la carena, quedando el espacio intermedio liso.

La segunda modalidad consiste en emplazar una serie de metopas entre los frisos antes citados; este caso se da preferentemente en los vasos de carena media, donde el desarrollo del borde, y, por tanto, el espacio es mayor (Fig. 34. 3; 36. 1 y 4).

En ambos casos el esquema puede verse complementado por la presencia de motivos radiales sobre la panza de estos vasos (Fig. 36. 1; 39. 4). Al respecto diremos que en todos los casos en que se ha conservado una parte significativa de la panza de la forma a que nos referimos, hacen acto de presencia estos temas radiales aquí mencionados.

La modalidad de composición que se desarrolla sobre los cuencos es bastante sencilla, consistiendo únicamente en la disposición de uno (Fig. 34. 1) o varios (Fig. 39. 8) frisos de escasa anchura que discurren paralelos al borde. Nos parece significativo señalar que en ninguno de los cuencos se observan ni metopas, ni temas radiales.

La decoración interna de los bordes

Una de las notas significativas en el conjunto de las cerámicas decoradas es la presencia de ornamentación en el interior de los bordes. Muestra de ello es que de un total de 46 bordes 30 –65'21%– ostentan decoración en su zona interior.

Una vez más son las espigas –simples o dobles–, el tema más frecuente –53'33% (Fig. 39. 4; 34. 3, etc.). En segundo término se encuentran los zigzags –36'68%– (Fig. 45. 20; 39. 6; 42. 13, etc.). La proporción es mucho menor por lo que respecta a los trazos oblicuos (Fig. 42. 8; 38. 4) y las retículas (Fig. 39. 5 y 7) –6'65% y 3'34%, respectivamente–.

En los sistemas de suspensión distinguimos los siguientes tipos fundamentales:

- Mamelones circulares (1a), habituales en estaciones arqueológicas de cronología paralela a la nuestra. Aparece un único caso, sobre el borde de un cuenco (Fig. 43. 1).
- Lengüetas simples (6a). Dos son prolongación del borde (Fig. 45. 16 y 17) y una tercera ocupa la panza de un gran recipiente de forma indeterminada (Fig. 40. 10).
- Asas de puente simple vertical de sección circular (1b). Conocemos dos únicos ejemplares. Uno de ellos nace

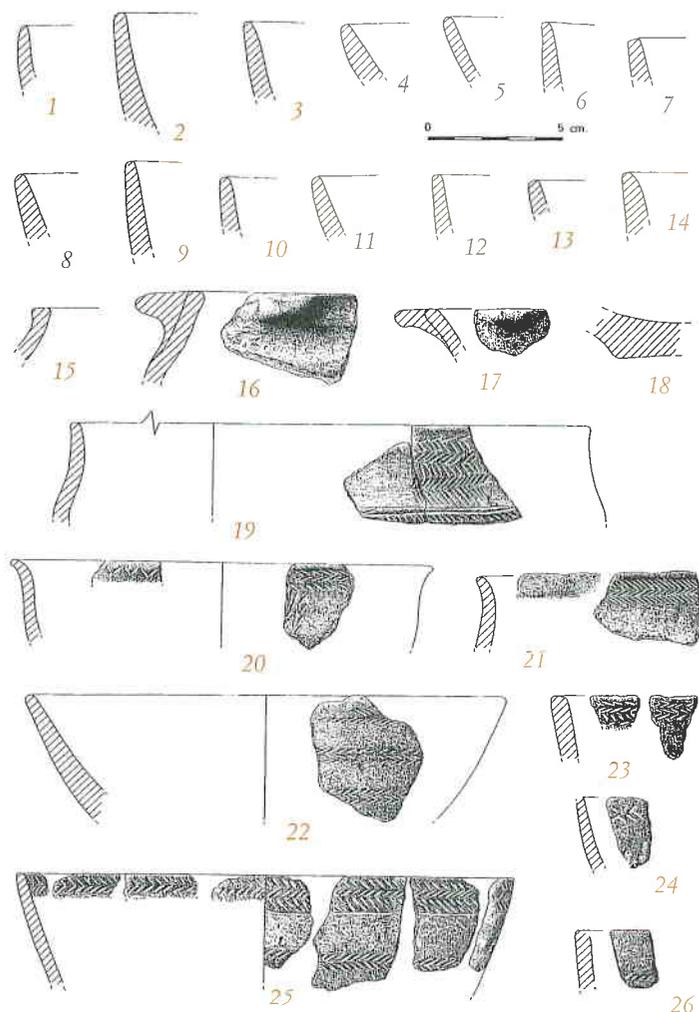


Fig. 45. La Plaza. Cerámicas lisas y decoradas. Interior del castro. Cuadro D-11.

directamente del borde de una orza (Fig. 38. 10). La otra, incompleta, ocupa la panza de un cuenco de perfil troncocónico y paredes verticales (Fig. 40. 9).

Industria lítica

El conjunto de piezas talladas en las diversas actuaciones arqueológicas es sumamente exiguo, pues consta de se reducen a un pequeño lote escasamente representativo. Únicamente está presente el sílex como materia prima. Se puede catalogar de esta forma:

- Restos de talla: Un par de lascas sin retocar y una laminita, también sin retocar, incompleta (Fig. 46. 17 y 18).

- Útiles: Dos elementos de hoz de distintos tipos: sobre lámina con filo denticulado, con retoque unifacial (Fig. 38. 15) y sobre lasca espesa, con filo denticulado y retoque bifacial (Fig. 44. 27); ambos en sílex translúcido.

Otros restos de industria lítica

Un tosco bloque de cuarcita que presenta extracciones centrípetas en ambas caras que conforman una arista en posición ecuatorial, que parece haber sido utilizada como percutor (Fig. 42. 12). En su superficie es posible rastrear la presencia de algún fragmento de granito, entendemos que perteneciente a algún molino de mano.

Valoración y cronología

La Plaza es, sin ninguna duda, un enclave sumamente importante, emplazado en una zona estratégica de La Ribera vallsoletana. El asentamiento se ubica, como ya señalamos, en lo alto de un espigón de páramo, cuyas dimensiones son más que notables (17 Has).

La potencia estratigráfica constatada en las unidades de excavación realizadas en el interior del castro es escasa (entre 5 y 30 cm) con un único momento de ocupación y un posterior abandono. El momento de ocupación parece no haber sido en exceso prolongado, como se deduce de la relativa escasez y homogeneidad de los materiales, así como de la poca potencia del relleno depositado sobre la superficie del castro.

El momento de ocupación debe situarse, a juzgar por las dos dataciones de C14 con que contamos, hacia el 1325 ± 30 a. C. Ambas fechas coinciden plenamente y parecen marcar, de manera clara, el momento en que se produjo la destrucción de la muralla coincidiendo, según todos los indicios, con un gran incendio.

Como ya hemos apuntado, La Plaza debió ser, sin duda alguna, un lugar emblemático y significativo dentro del poblamiento de la zona. En principio, esta apreciación pudiera resultar un contrasentido si tenemos en cuenta algunas de las observaciones obtenidas durante nuestros trabajos. De una parte, no hemos podido constatar la presencia de estructuras de hábitat –fondos de cabaña, hoyos/silos, hogares, etc.– que pudieran reflejar una intensa ocupación del lugar. Una posible explicación pudiera encontrarse en la propia amplitud del enclave, en el cual pudo desarrollarse un hábitat disperso del que no conocemos su organización. Por el contrario, la presencia de la gran barrera que cerraba el estrecho pasillo que sirve de unión entre el castro y la plataforma del páramo pone en evidencia la dimensión que en

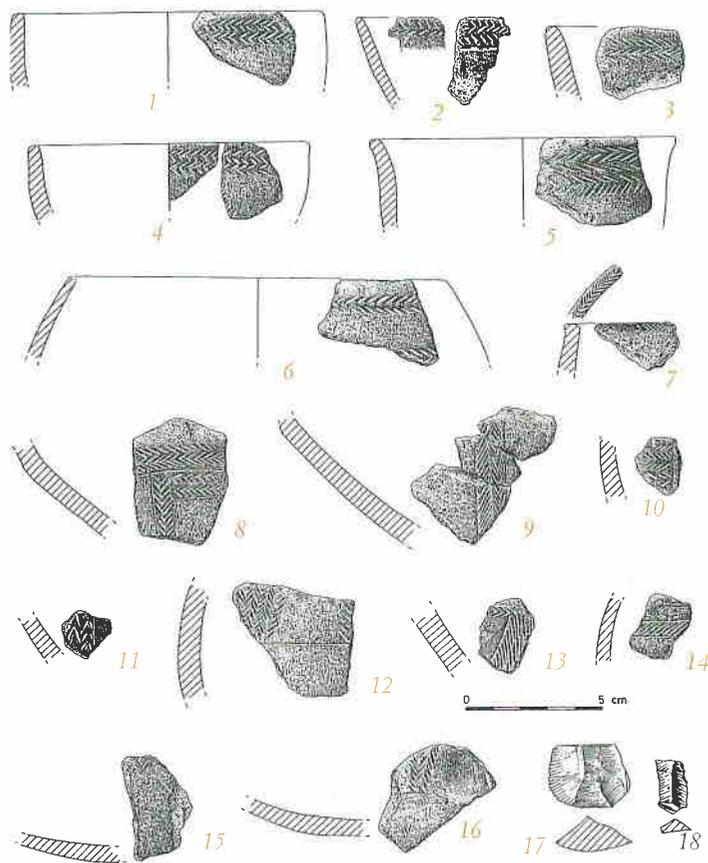


Fig. 46. La Plaza. Decoraciones y material lítico. Cuadro D-11.

su momento debió revestir el presente establecimiento. No en vano, dicha estructura, que ahora se nos presenta como un ingente amontonamiento de tierra y piedras sin orden

aparente, pero que en su momento pudo verse reforzado y/o complementado con algún sistema de entramado de madera, debió necesitar para su erección un importante contingente de mano de obra organizada²⁰ que, de uno u otro modo, se vinculó al lugar.

Por el momento, desconocemos de manera clara cuál fue la actividad fundamental del enclave. Inicialmente, no parece que la agricultura sea la respuesta a dicha pregunta. Muestra de ello es, por ejemplo, el pequeño número de dientes de hoz recuperado en el lugar o la total ausencia de molinos de mano y hachas pulimentadas. Tampoco parece que la ganadería, aunque en ocasiones se haya apuntado lo contrario, debiera tener importancia como dedicación, como se deduce de la casi total ausencia de restos óseos registrados. No hemos recuperado tampoco ningún testimonio de que se practicara la caza (ausencia de puntas de flecha, restos óseos de animales salvajes...).

Estos caracteres nos han inducido a considerar, tal y como relatamos en el apartado dedicado al poblamiento, como hipótesis que nos parece viable, que pudiéramos encontrar ante un lugar dedicado fundamentalmente a servir, desde una perspectiva social, de referente de una territorialidad respecto a las múltiples unidades de asentamiento que se desarrollaron en su entorno próximo y con las que, sin duda, debió guardar relación. En esta línea, la localización de, a nuestro entender, una especialmente alta densidad de unidades de habitación en el entorno del castro, pudiera sugerir la existencia en la zona de una jerarquía social, dentro de la cual el gran emplazamiento de La Plaza desempeñaría el papel de “centro político”.

Cultural y cronológicamente se trata de un grupo humano encuadrado claramente en el Bronce Medio, como lo demuestra su cultura material con sus características tazas carenadas, con sus correspondientes decoraciones, etc. Esta adscripción cronológica viene confirmada además por dos dataciones radiocarbónicas que sitúan el yacimiento en la segunda mitad del s. XIV a. C.

²⁰ De hecho, nos parece interesante apuntar que le pedimos al Dtor. D. Manuel Moreno Gallo que intentase –aplicando un Sistema de Información Geográfica (S.I.G.)– calcular el tiempo y/o la cantidad de trabajo que sería necesario invertir para erigir la muralla del yacimiento de facies Protocogotas de La Cuesta de la Horca (Cevico Navero, Palencia), cuyos caracteres (morfológicos, cronológicos y culturales) son muy semejantes a los de La Plaza. Sobre el particular, en resumidas cuentas, este autor llega a la conclusión de que serían necesarias unas 85.216 horas; lo que equivale a 10.652 jornadas de 8 horas (20 personas trabajando permanentemente durante año y medio), “todo ello sin considerar el tiempo de ingeniería o de construcciones auxiliares como el armado o argamasa”.

13. LOS POYATOS-EL QUIÑÓN (COGECES DEL MONTE)

Coordenadas: Lat. 41° 31' 55"
Long. 04° 24' 15"
Altitud: 815 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/50.000
(373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

Situado en la vertiente meridional del castro de La Plaza, al enclave que ocupa el yacimiento se accede fácilmente partiendo de Santibáñez de Valcorba y tomando la carretera que conduce a Cogeces del Monte. Tras recorrer por ésta un trecho de aproximadamente 4,1 km, tomaremos, en dirección S, el camino del Quiñón, por el cual transitaremos, poco menos de 2 km, accediendo a las proximidades de la Casa del Quiñón. Una vez pasada esta construcción, a la izquierda del camino, a unos 190 m en sentido ascendente, sobre un rellano que se abre entre varias manchas de pinar, se sitúa la presente estación arqueológica.

El enclave se localiza sobre una plataforma, a medio camino entre la culminación del páramo y el fondo del valle por el que transita el arroyo Valcorba, que discurre unos 150 m más abajo. Ocupa un pequeño rellano –“poyato”– de la vertiente meridional del castro de La Plaza. Desde el punto de vista litológico esta pequeña explanada está compuesta por margas y aparece recubierta por los grandes bloques calizos desprendidos del nivel calcáreo del páramo.

Estos sectores de escasa pendiente se disponen en varios niveles, dando la impresión de aterrazamientos, que ocupan las zonas medias y bajas de las laderas de los páramos. En muchas ocasiones, estos sectores, se ven interrumpidos por ballonadas o barcos, formados por las torrenteras que descienden de los páramos.

El yacimiento se ubica en una de estas zonas llanas, a unos 400 m en línea recta de la culminación del páramo y otros tantos del arroyo. En este emplazamiento, dotado de amplia visibilidad, se asienta una estación arqueológica de la cual no se aprecia más rastro que una serie de evidencias arqueológicas que aparecen superficialmente. Dichos restos, distribuidos en un área de aproximadamente 2'4 Has, sólo es posible localizarlos en las zonas en que el arado había incidido y no estaban cubiertas por manchas boscosas. La concentración más importante la hemos localizado en una tierra que se encontraba en barbecho, abierta entre varios pinares, bien delimitada por las pendientes más pronunciadas al norte y por un barco al este. En este ámbito los fragmentos son de buen tamaño, con una concentración aproximada de 0'073 cerámi-

cas por m². Al oeste, al desarrollarse una tupida vegetación –pinos, encinas y sabinas–, no es posible delimitar debidamente el yacimiento. Si parece claro que en dirección norte la dispersión no llega a las cuestas más empinadas. Al sur, a pesar de encontrarnos con una mancha de pinar importante y un desnivel pronunciado, la identificación de material, si bien escaso y muy rodado, parece confirmar que el yacimiento se extiende con otra plataforma llana, más baja, donde se recoge también material arqueológico. Aquí la zona plana, de menor extensión, aparece limitada al norte por las cuestas anteriormente aludidas, al oeste y, en parte, al sur por un pinar espeso, y al este por una torrentera. En esta plataforma aparecen cerámicas de tamaño, generalmente, más pequeño y en menor proporción (una densidad media, aproximada, de 0'058 cerámicas/m²). En la ladera que desciende hacia el arroyo Valcorba, el número de restos cerámicos es aún menor (0'027 cerámicas/m²), al tiempo presentan un aspecto más rodado y un tamaño menor, lo que nos permite suponer se trata de un área de dispersión de materiales procedentes de las dos plataformas, antes mencionadas, que constituyen el núcleo del yacimiento.

Análisis de los materiales

Nuestra prospección no deparó hallazgos demasiado expresivos.

Industria cerámica

En conjunto se trata de cerámicas elaboradas a mano, de fuego, fundamentalmente, reductor y desgrasantes, predominantemente, cuarcíticos de pequeño tamaño. Los acabados presentan gran homogeneidad. A pesar del rodamiento que presentan muchos de los restos recuperados, sobre todo los de la plataforma inferior, es posible observar superficies bruñidas, espatulados muy marcados o, simplemente, alisados. Es muy poco lo que podemos apuntar respecto a las características morfológicas de dichos materiales, debido a su enorme fragmentación.

Entre las cerámicas lisas, tan sólo hemos podido identificar las siguientes formas:

- Cuenco hemisférico de la Forma 1 (Fig. 47. 1).
- Un borde oblicuo abierto con impresión digital en labio (Fig. 47. 2).
- En los fondos, únicamente se documenta un ejemplar de tipo plano (Fig. 47. 6).

El material más significativo son tres fragmentos con decoración incisa, que reproduce los siguientes motivos:

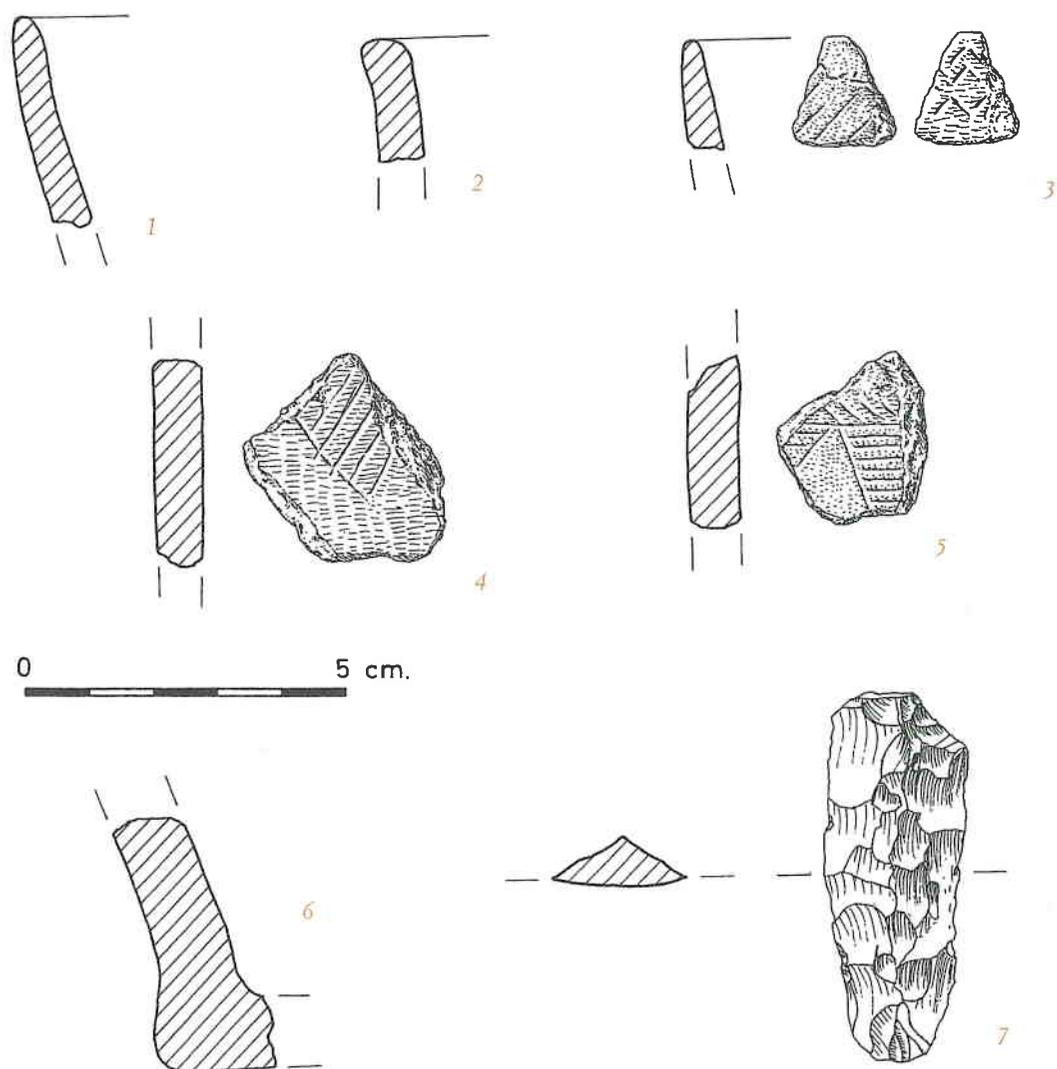


Fig. 47. Los Poyatos-El Quiñón.
Materiales recuperados en prospección.

- Sobre un cuenco hemisférico de Forma 1, al exterior, aparece un triángulo relleno de líneas paralelas a uno de los lados (Fig. 47. 3). Al interior líneas paralelas de zigzag.
- Dos galbos de forma indeterminada presentan nuevos triángulos rellenos de líneas paralelas. En un caso (Fig. 47. 4) dichas líneas, bastante separadas, son paralelas a uno de los catetos. En el otro (Fig. 47. 5), las líneas se disponen muy apretadas y paralelas a la hipotenusa. Ésta apoya en una serie de trazos incisos oblicuos.

Industria lítica

Se reduce a algunas cuarcitas con posible talla –recogidas predominantemente en la plataforma superior del yacimiento– y una lámina de cresta retocada (Fig. 47. 7).

Valoración y cronología

Dado lo exiguuo y fragmentario de los materiales, parece tratarse de un pequeño hábitat al aire libre de carácter temporal. Su interpretación cronológica resulta sencilla a pesar de la escasez de evidencias con que contamos. La presencia de motivos decorativos característicos del horizonte cultural Protocogotas nos induce a situarlos, sin duda alguna, dentro del Bronce Medio. Si a ello unimos la evidente proximidad entre Los Poyatos y La Plaza –recordemos, apenas distan 400 m en línea recta– podemos considerar que la pequeña estación que aquí nos ocupa pudo constituir un auténtico enclave satélite respecto a aquel importante castro.

14. EL CARRIZAL (COGECES DEL MONTE)

Coordenadas: Lat. 41° 31' 50"
 Long. 04° 21' 00"
 Altitud: 825 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 (373) Quintanilla de Onésimo

Antecedentes, entorno y descripción del yacimiento

En el mes de diciembre de 1989 pude conocer por boca del entonces alcalde de Cogeces del Monte (mi buen amigo Julio A. Arranz) que una serie de remociones de tierra, llevadas a cabo en un pago del citado término: El Carrizal, habían afectado a una estación arqueológica. Conocido el hecho, inmediatamente, nos pusimos en contacto con Jesús M.^a del Val Recio (que en aquellas fechas desempeñaba el cargo de Arqueólogo del Servicio Territorial de Cultura de Valladolid), en cuya compañía realizamos una visita al lugar. Aquella primera inspección ocular permitió comprobar como, en efecto, en dicho área se había practicado un enorme socavón (según se nos informó había de servir, a modo de muladar, para almacenar el estiércol de unos invernaderos próximos) sobre cuyo fondo se dibujaban una serie de manchones cuyo aspecto general –forma de tendencia circular, variado diámetro, etc.–, y contenido –tierra cenicienta de intenso color negro que englobaba diversas evidencias arqueológicas: cerámicas, huesos, etc.–, nos hizo sospechar que nos encontrábamos ante un nuevo yacimiento de hoyos, basureros o fondos de cabaña que añadir a la larga lista de tantos conocidos en las tierras de la cuenca del Duero. La presencia en el entorno de algunos barro elaborados a mano de perfil carenado o cuenquiforme ornados, casi exclusivamente, con temas incisos –espigas y zigzags, preferentemente– permitía atribuir, sin muchas dudas, la ocupación del lugar a las gentes del grupo Protocogotas y situar, por tanto, su desarrollo cronológico a lo largo del Bronce Medio.

Si bien obtuvimos total garantía de que el yacimiento no iba a sufrir nuevas agresiones, se consideró oportuno realizar, siquiera, una corta intervención en el lugar con vistas a evitar la total destrucción de todas aquellas evidencias arqueológicas que se había visto afectadas por las remociones. El interés intrínseco que para mí revestía el yacimiento por hallarse integrado, geográfica y cronológicamente, en el ámbito de estudio

de esta Tesis me animó a aceptar el amable ofrecimiento de Jesús M.^a del Val Recio para que me hiciera cargo de la dirección de los trabajos que habían de realizarse en El Carrizal. Dichas labores, inscritas en el marco de actuación del Convenio de Arqueología de 1990 firmado por la Junta de Castilla y León, la Universidad de Valladolid y la Diputación Provincial de Valladolid, se desarrollaron entre los días 24 de septiembre y 4 de octubre de 1990²¹, fueron recogidas en un artículo donde se presenta un avance de los mismos (Rodríguez Marcos, J. A. 1993: 61-74).

El término de Cogeces del Monte, tal y como hemos apuntado en otras ocasiones se integra de lleno en el sector de Páramos de Campaspero-Montemayor, ámbito que, desde el punto de vista morfoestructural, constituye el dominio de las altiplanicies calcáreas que ocupan el S/E de dicha provincia. Estas amplias llanuras que se elevan entre 850 y los 880 m sobre el nivel del mar, por término medio, únicamente ven interrumpida de trecho en trecho su proverbial planitud por estrechos y encajados valles de fondo en artesa por los que discurren arroyos de escaso caudal que desembocan en el Duero por su margen izquierda.

El Carrizal se asienta en el fondo de uno de estos pintorescos vallejos por el que fluye el arroyo Cogeces, cuyo nacimiento se sitúa unos 3'5 km aguas arriba, muy cerca del núcleo urbano de Cogeces del Monte.

Desde el punto de vista topográfico, nuestro enclave ocupa un espacio abierto y ligeramente inclinado al pie de las cuevas que unen el fondo del valle con las altas parameras. Desde este punto, carente de todo valor estratégico, se domina la margen izquierda del citado arroyo, distante apenas un centenar de metros. Basándonos en el análisis de la dispersión de materiales en superficie cabe deducir que en este lugar se instaló un hábitat de extensión más bien reducida. En efecto, dichas evidencias se distribuyen en un área de forma más o menos ovalada que apenas supera las 0'5 Ha. Este ámbito no constituye un espacio continuo al verse atravesado por el cauce de un torrente que lo divide en dos sectores prácticamente iguales. Según hemos tenido ocasión de comprobar en los días de lluvia esta torrentera recoge las aguas que descienden, en dirección al arroyo Cogeces, por la amplia vaguada en cuya base está enclavado El Carrizal. El resto del tiempo este cauce permanece seco, lo que permite utilizarlo, a modo de camino, que une el fondo y del valle la plataforma del páramo.

²¹ Queremos expresar nuestro más sincero agradecimiento a nuestros amigos Francisco Javier Abarquero, Inés Centeno, Manuel Crespo, Ana Fraile, Mónica Hernansanz y Miguel Ángel Marcos; alumnos y licenciados de la especialidad de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valladolid, que de manera desinteresada participaron en las tareas de excavación y documentación de las diferentes evidencias materiales recuperadas en El Carrizal.

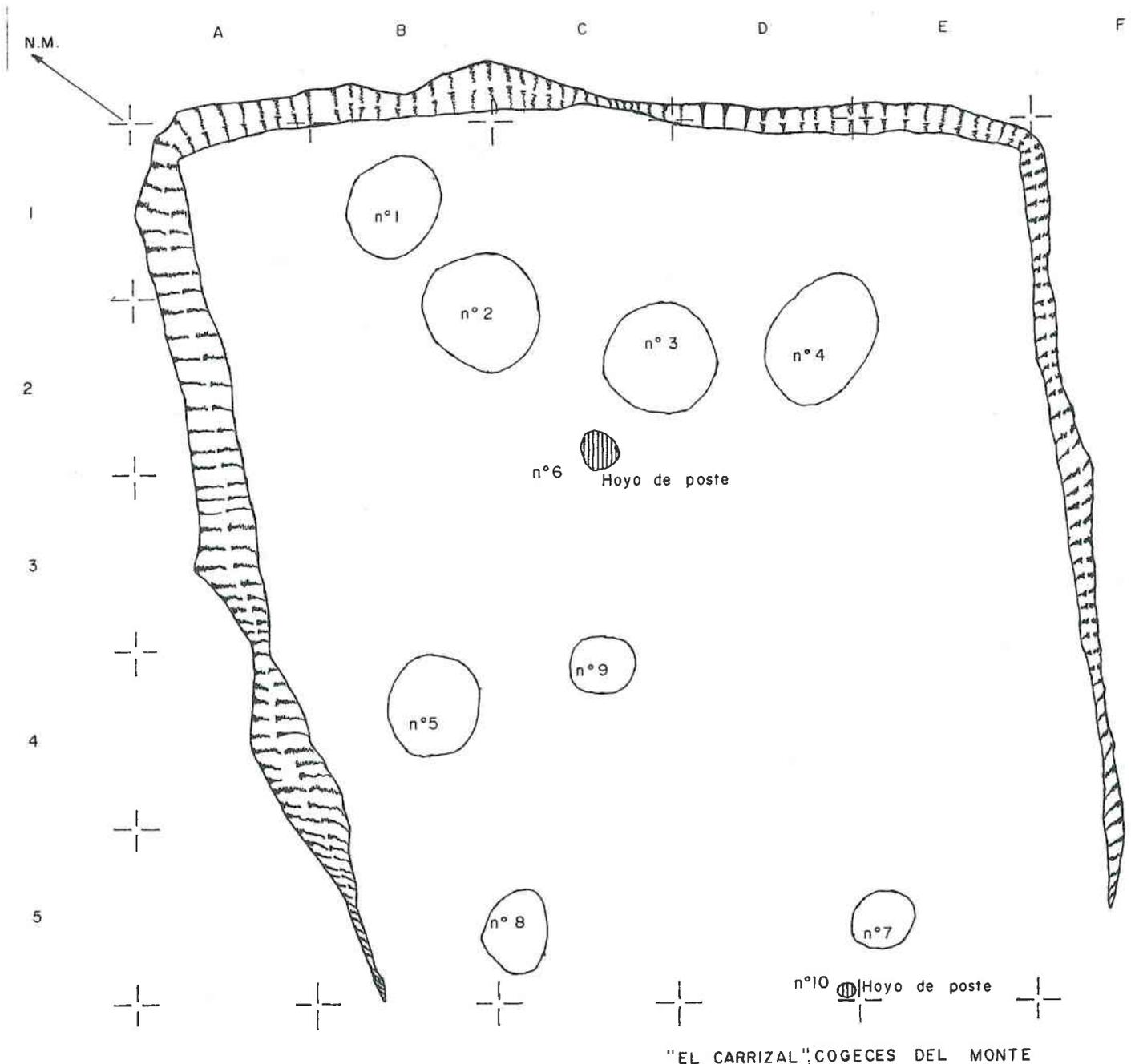


Fig. 48. El Carrizal. Planta de la superficie excavada.

Sospechamos que la presencia de este acuífero ocasional, que proporcionaría, en determinados momentos, un aporte de agua extra, pudo constituir uno de los móviles que determinaron la elección de este emplazamiento.

Desde el punto de vista geológico El Carrizal se asienta sobre un substrato formado por un potente manto de arenas de origen eólico y génesis pliocuaternaria.

Consideramos interesante señalar que esta clase de soportes geológicos sirven de base a suelos pobres, más propicios para el desarrollo de pastos o bosques, que condicionan en gran medida las actividades agrológicas a desarrollar en ellos. Esta especial adecuación del entorno para el desarrollo de labores de tipo pecuario, permite pensar que muy bien pudiera ser la

ganadería, y no otra, la actividad económica de mayor peso específico de entre las desarrolladas por el pequeño colectivo que en tiempos pretéritos se estableció en El Carrizal.

Trabajos efectuados

Al tener la absoluta convicción de que El Carrizal no se veía amenazado por nuevos movimientos de tierra y dado el carácter de excavación de urgencia que revestían nuestros trabajos, lejos de iniciar una intervención de gran alcance, y de acuerdo con Jesús M.^a del Val Recio, decidimos que nuestra actuación en el lugar había de ceñirse al estricto ámbito que se había visto afectado por la acción de la pala mecánica. Dicho área, ubicado en el límite septentrional del hábitat, se sitúa junto a

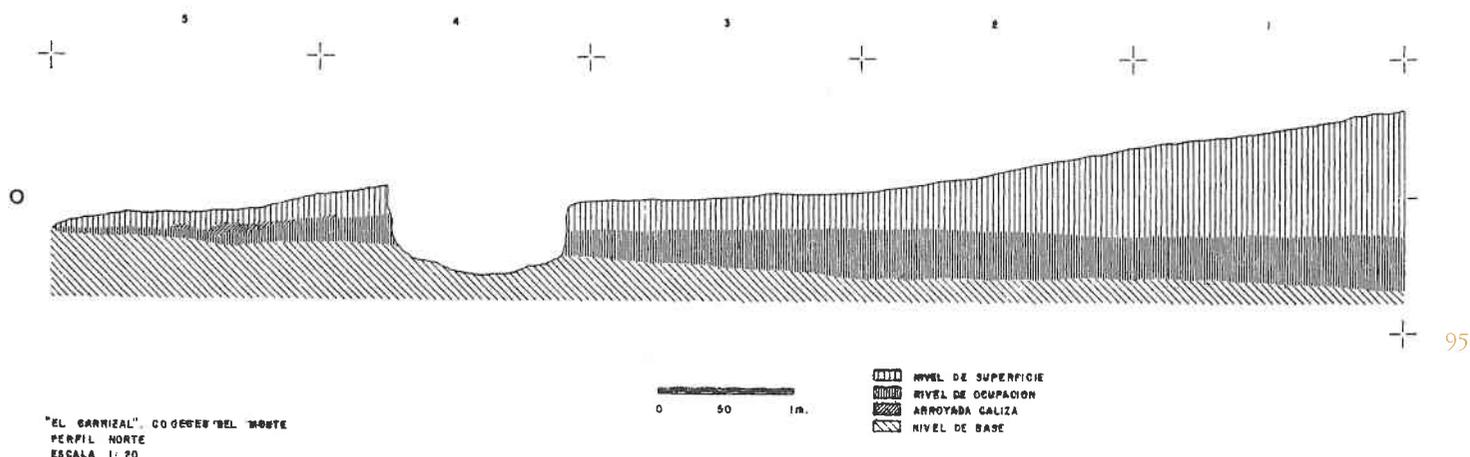


Fig. 49. El Carrizal. Estratigrafía general del yacimiento.

la margen derecha de la torrentera que atraviesa y divide en dos sectores el yacimiento.

Como mencionábamos en la introducción, la excavadora había creado en este área un gran cráter de forma pseudorectangular de, aproximadamente, 10 x 8 m de lado. Previo al desarrollo de cualquier otra actividad, y con vistas a situar en planta todas aquellas evidencias que pudieran ir apareciendo a lo largo de nuestros trabajos, se procedió a trazar una retícula de diez metros de lado, dividida en unidades de dos por dos metros, en la que quedó englobada la gran hoyá (ver Fig. 48).

Al constituir el fondo de ésta el objeto exclusivo de nuestras investigaciones eludimos excavar todo el ámbito de la mencionada cuadrícula que no se encontraba contenida en los márgenes de aquel gran cráter artificial.

Nuestro siguiente paso consistió en eliminar las arenas y cuantos cuerpos extraños pudieran haberse acumulado en la plataforma creada artificialmente que ocupaba el fondo del “cráter”. Inmediatamente después, procedimos a refrescar sus márgenes, por cuanto su lectura habría de sernos de útil a la hora de intentar reconstruir la seriación estratigráfica del yacimiento.

Concluidas estas operaciones, y una vez quedó completamente despejado el fondo de la gran hoyá, pudimos comprobar que aquél ofrecía el aspecto de una superficie absolutamente plana que buzaba de W a E, en virtud del diferente grado en que la pala mecánica había profundizado en área (ver Fig. 49). De igual modo tuvimos constancia de que en la mayor parte del sector estudiado, la actuación de la excavadora había sido ciertamente enérgica causando el total arrasamiento de cuantos niveles geológicos o lechos arqueológicos pudieran haber ocupado la zona. Las únicas evidencias que se habían conservado en este sector eran siete manchones de forma redondeada, tamaño dispar, e intenso color negro que resaltaban sobre las blancas arenas que les servían de fondo. Nuestra actuación en este ámbito hubo de limitarse a vaciar diferencialmente el contenido de los citados manchones.

Estas labores de limpieza, así mismo, permitieron constatar que en el extremo occidental del socavón, coincidente con los cuadros B-5, C-5, D-5, E-5 y F-5, el desmonte producido por las máquinas había sido menor, interesando, casi en exclusiva, a la capa de arenas superficiales que recubre el yacimiento.

La excavación de esta zona, además de proporcionarnos la posibilidad de identificar tres nuevas estructuras –en este caso intactas– de aspecto similar a las mencionadas más arriba, permitió realizar una serie de apreciaciones que, unidas a la lectura de los taludes del socavón, nos concedieron la posibilidad de reconstruir la sucesión estratigráfica del área donde se desarrolló nuestro trabajo.

Dichas observaciones ponían de manifiesto la escasa complejidad estratigráfica de lugar, en el que pudimos distinguir los siguientes niveles, desde la superficie a la base (Fig. 49):

- **Nivel I:** Capa superficial, recubre por igual toda el área intervenida. Formada por arenas silíceas de grano muy fino y color amarillo/parduzco. Su espesor es variable, oscilando entre los 20 y 60 cm. Se trata de un nivel prácticamente estéril desde el punto de vista arqueológico; únicamente aloja algunas cerámicas antiguas filtradas desde capas inferiores.
- **Nivel II:** Compuesto por abundantes fragmentos de caliza de pequeño tamaño y aspecto muy rodado unidas entre sí por una matriz arenosa de color blancuzco y grano fino. Según observamos claramente en los cortes S y N de la hoyá su localización se restringe a la mitad occidental de la superficie intervenida. La naturaleza, aspecto y disposición de los materiales que lo integran permite suponer que el presente constituye un nivel de arroyada cuya formación ha de estar relacionada con el torrente que, según mencionábamos en la descripción del yacimiento, atraviesa éste y discurre a escasa distancia del ámbito en que se desarrollaron nuestros trabajos. Sin duda la dirección de esta torrentera ha variado a lo largo del tiempo y en un momento determinado, posterior al abandono del lugar por las gentes de la Edad del Bronce, llegó a interesar y en algunos sectores a propiciar la práctica desaparición, del nivel de ocupación.

Entre los derrubios que componen la presente capa aparecen diversas cerámicas elaboradas a mano y algunos útiles líticos, todos ellos de aspecto muy rodado, procedentes, sin duda, de zonas más altas del poblado desde donde fueron arrancadas, y más tarde depositadas, por la acción del agua.

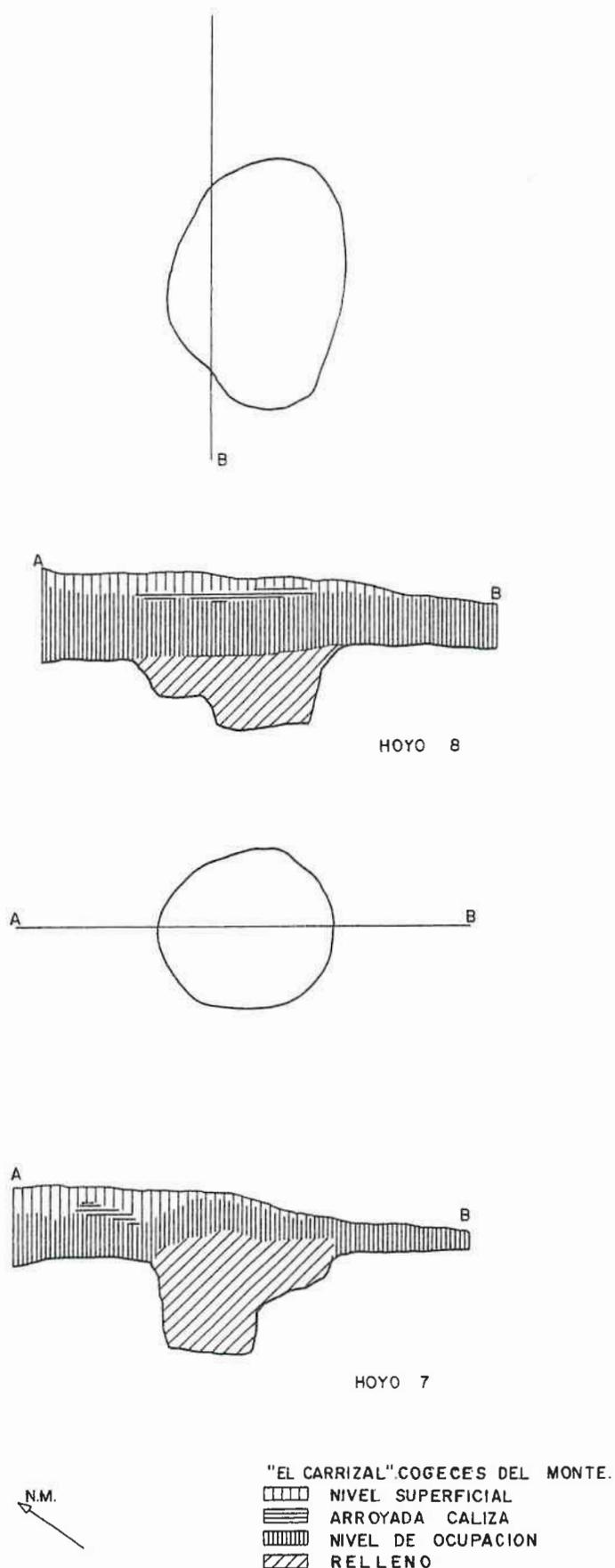


Fig. 50. El Carrizal. Plantas y alzados de alguno de los hoyos excavados.

- **Nivel III:** Constituye el único lecho propiamente arqueológico identificado en el yacimiento. Formado esencialmente por una tierra arenosa de cierta compacidad; su color entre negro y grisáceo es, sin duda, consecuencia de su alto contenido en materia orgánica. Según cabe deducir de lo observado en las paredes del socavón la presente capa se extendía por todo el área investigada situándose directamente bajo el nivel superficial salvo, lógicamente, en el tramo ocupado por el nivel de arroyada -Nivel II-, en cuyo caso subyace a éste.

La excavación de los cuadros B-5, C-5, D-5, E-5 y F-5 permitió constatar que en este nivel se situaba la apertura de los diferentes hoyos, únicas estructuras de habitación identificadas en el lugar. Dichos pozos, que se reparten sin una ordenación concreta por la superficie del enclave, aparecen excavados en el lecho de arenas que constituye el substrato natural del hábitat. Con posterioridad, estos hoyos fueron colmatados, coincidiendo con la ocupación del yacimiento, con tierras cenicientas, las cuales, en la mayor parte de los casos, engloban abundantes tuestos elaborados a mano, muchos de ellos decorados con temas incisos, además de trozos de carbones, gran cantidad de fauna y una larga serie de restos de ocupación.

Estos bolsones de cenizas no conforman un estrato continuo sino meros accidentes del mismo, por lo demás, y pese a su mayor profundidad coetáneos a éste.

Fuera de los hoyos el Nivel III, así mismo, contiene diversos materiales enteramente semejantes a los que se recogían en el interior de aquellos; bien que en una densidad incomparablemente menor.

- **Nivel IV:** Constituye el substrato natural del yacimiento. Formado por arenas muy sueltas de textura similar a las que componen el nivel I su coloración, amarillo/blanquecina, difiere de la de aquellas. En las zonas de contacto con el estrato III, estas arenas aparecen "teñidas" por las filtraciones procedentes de éste, resultando en muchos casos sumamente difícil en muchos casos discernir cual es el límite entre ambos. Arqueológicamente estéril.

Nuestra intervención en El Carrizal no deparó el hallazgo de ninguna estructura que pudiéramos denominar propiamente arquitectónica; las únicas evidencias de carácter constructivo localizadas consisten, como vimos, en una serie de hoyos directamente excavados en el nivel de arenas sobre el que se asienta el yacimiento y cuya descripción es como sigue:

- **Hoyo 1:** Enclavado junto al límite septentrional del cuadro B1, tiene tendencia circular con un diámetro máximo de 130 cm. Se encontraba prácticamente arrasado, conservando una potencia de 30 cm. Su perfil es cilíndrico

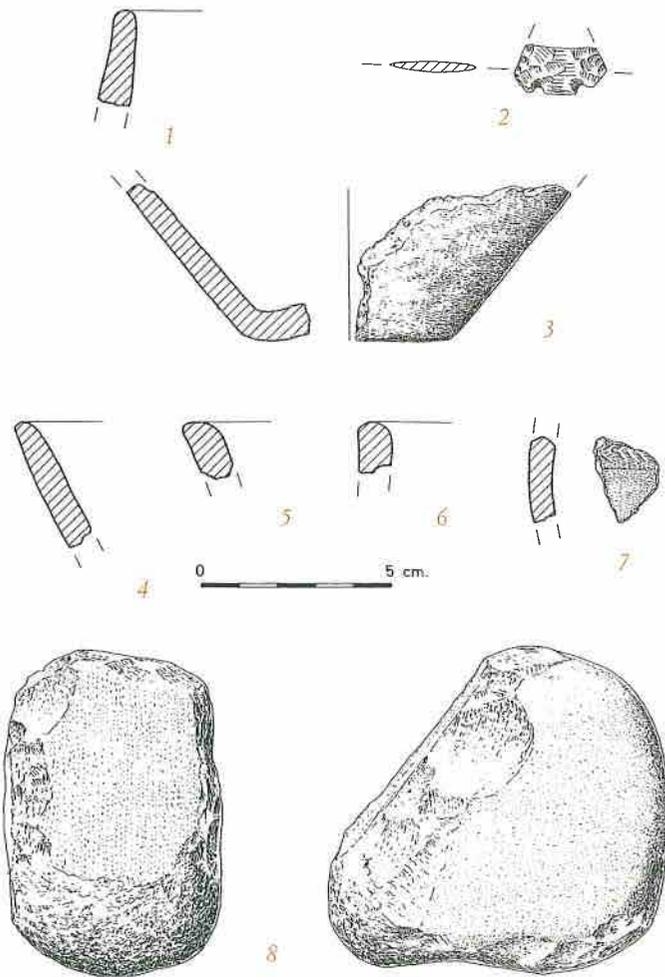


Fig. 51. El Carrizal. Materiales recuperados en diversos niveles arqueológicos, sin relación con estructura alguna, del Cuadro B-5: 1 a 3 Nivel II; 4 a 8 Nivel III.

con el fondo prácticamente plano. Aparece colmatado en su práctica totalidad por una tierra arenosa de color negro intenso; si bien no puede hablarse de una auténtica división estratigráfica, hemos de señalar que en una parte de ese relleno se observa una mayor concentración de cenizas por lo que adquiere un tono más blanquecino.

La totalidad del material cerámico recogido en el interior de este hoyo aparece en estado muy fragmentario, tónica que se mantendrá a lo largo del resto de las subestructuras.

- **Hoyo 2:** Aparece situado en la intersección de los cuadros B1, B2 y C1, C2. Su abertura presenta forma lobulada, lo que le da un aspecto irregular. El diámetro máximo conservado es de 150 cm. La potencia de su contenido apenas alcanza los 20 cm, consistiendo este en una tierra arenosa de color negruzco en la que se intercalan algunos fragmentos cerámicos.
- **Hoyo 3:** Se localiza a menos de un metro al SW de la cubeta anterior, sobre la intersección de los cuadros C2 y D2. En planta ofrece una forma perfectamente circular, siendo su diámetro de 150 cm. Como pudimos comprobar, el presente hoyo se encontraba totalmente arrasado,

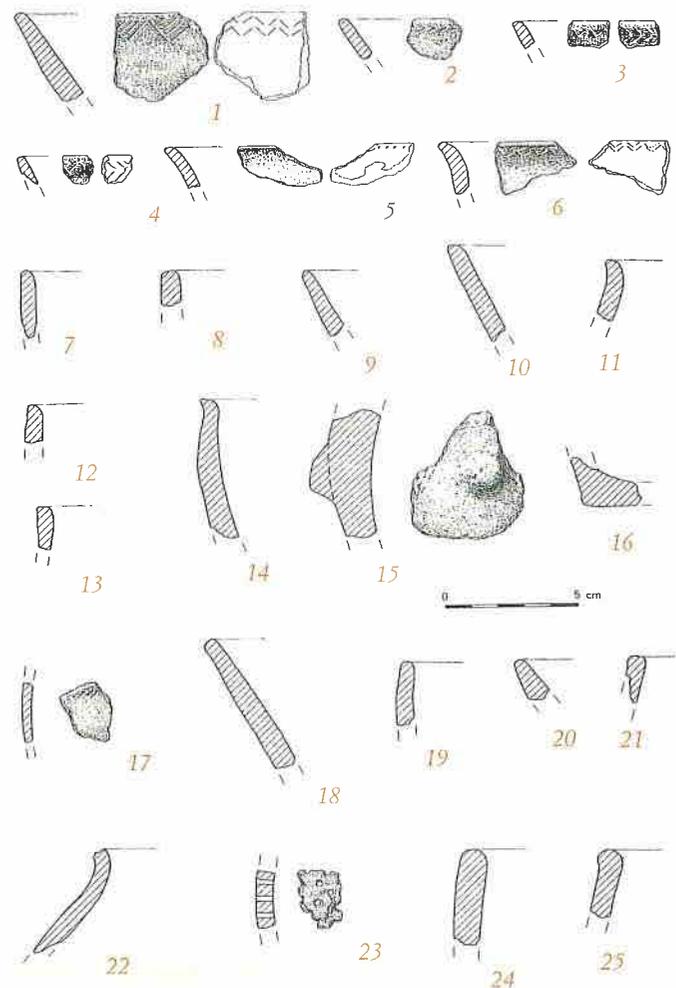


Fig. 52. El Carrizal. Cerámicas procedentes del Nivel II (1 a 16) y III (17-25) del Cuadro E-5.

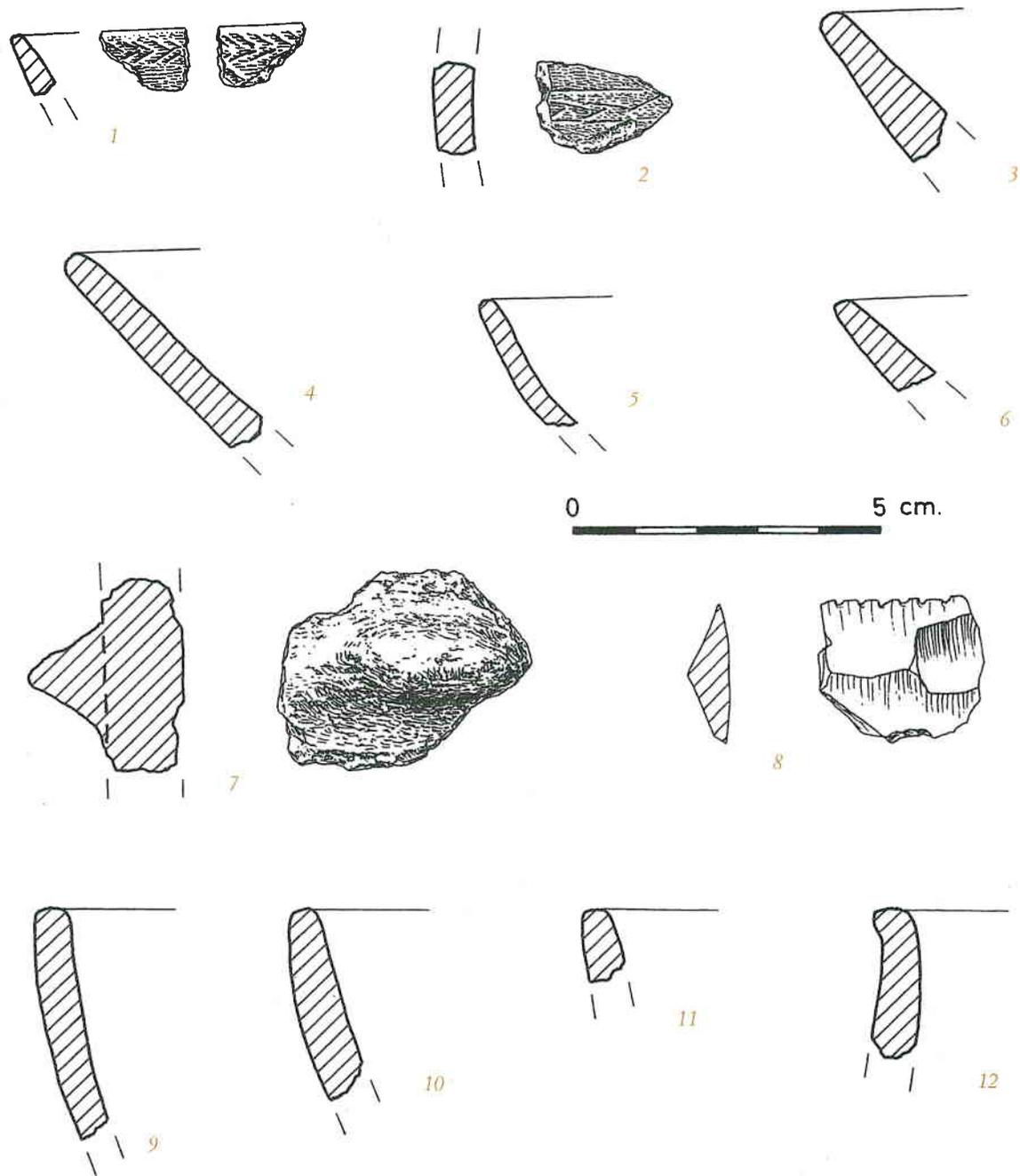


Fig. 53. El Carrizal. Material cerámico y lítico de los niveles II (1 a 8) y III (9 a 12) del Cuadro F-5.

ya que su relleno, muy similar al del pozo precedente, había quedado reducido a una simple mancha cuya potencia apenas alcanza los 6 cm.

- **Hoyo 4:** Aunque la mayor parte de su perímetro se sitúa en D2, afecta igualmente a D1 y E2. De planta irregular, el diámetro máximo conservado alcanza los 120 cm. También se encontraba prácticamente arrasado, siendo su potencia de tan solo 16 cm. El contenido, de nuevo, se componía de tierra cenicienta muy homogénea –sin visos de estratificación–, de color negruzco.
- **Hoyo 5:** En el extremo occidental de C2 se localiza un

pequeño agujero de planta circular y perfil cilíndrico, cuyos caracteres –tamaño y contenido– contrastan vivamente con los de las estructuras arriba comentadas. En efecto, su diámetro apenas alcanza los 30 cm, mientras el relleno se compone de una tierra de color negro muy intenso, en cuyo interior, como toda evidencia, aparecen algunos fragmentos de madera carbonizada. Estos caracteres, permiten pensar que el hoyo en cuestión perfectamente pudiera haber sido destinado a alojar un poste.

- **Hoyo 6:** Se localiza en el extremo suroriental de B4. Su forma es de tendencia circular, con un diámetro máximo

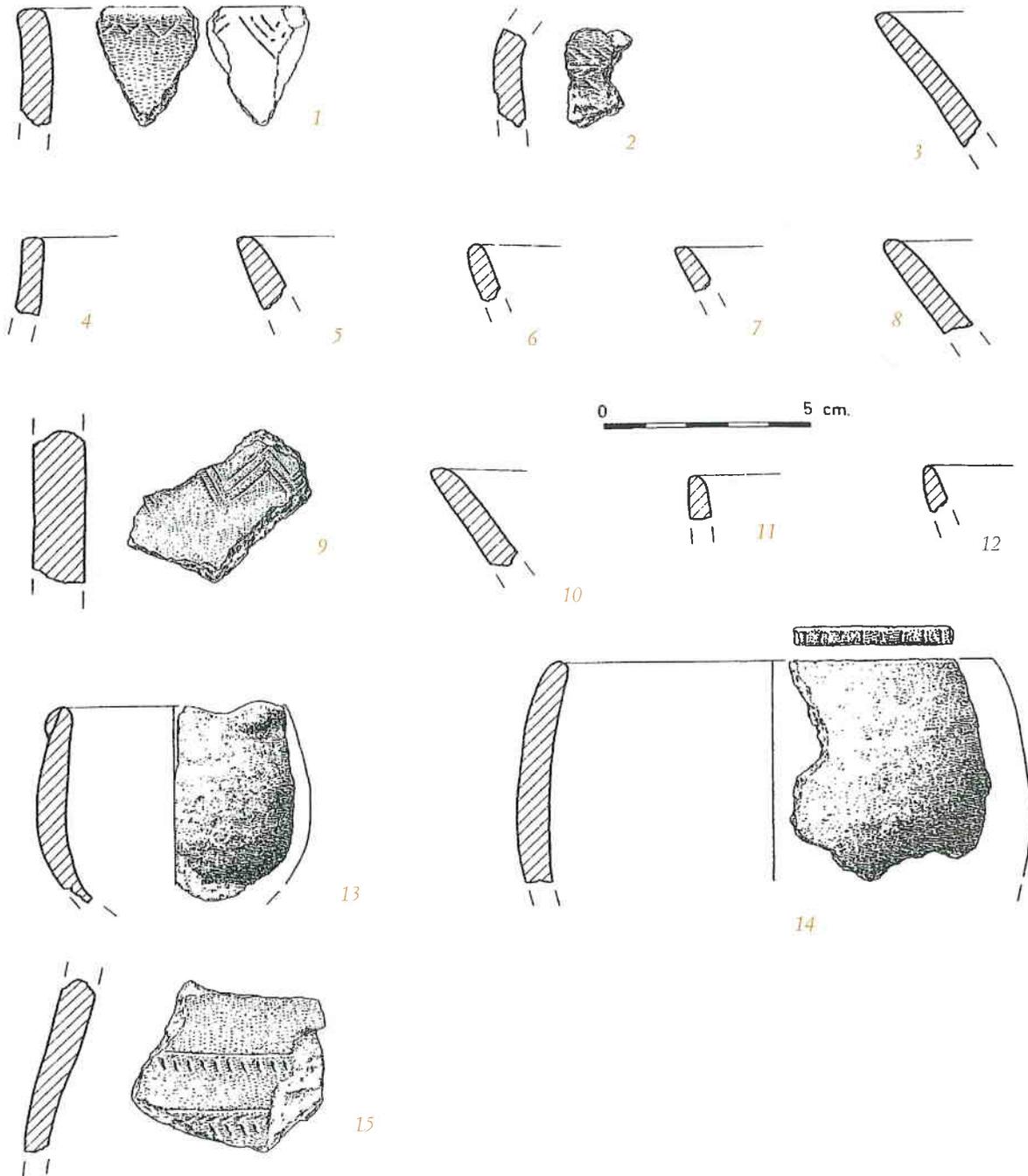


Fig. 54 El Carrizal. Materiales recuperados en el interior de los hoyos 1 (1 a 8), 2 (9 a 12) y 3 (15).

de 120 cm, y perfil cilíndrico. Al igual que sucede con las estructuras arriba comentadas había sido parcialmente destruida, no obstante, al encontrarse situada en un sector del talud donde la excavadora había incidido con menor intensidad, en este caso, la potencia conservada es mayor –68 cm–. El contenido de la presente cubeta en su mayor parte se compone de una tierra de intenso color oscuro, tan solo en una zona próxima al fondo aparece un gran “lentejón” de tonalidad blanquecina, debido a una notable concentración de cenizas. En principio, este hecho podría hacer pensar que en el lugar pudiera haberse producido algún tipo de combustión, no obstante, la ausencia de superficies rubefactadas sobre las paredes o el fondo del hoyo parecen desmentir esta suposición.

- **Hoyo 7:** Situado al SE del anterior, este hoyo, está enclavado en la intersección de los cuadros C3 y C4. Su planta es casi perfectamente circular, con un diámetro máximo conservado cercano a los 80 cm. Su perfil, en forma de tronco de cono invertido remata en un fondo plano. La potencia conservada se aproxima a los 40 cm. Su relleno, consta de una tierra arenosa muy cenicienta con abundantes hallazgos, entre los que se advierten algunos tizones de madera quemada.

Los hoyos que arriba se describen habían sufrido en buena medida la acción de la pala mecánica, la cual había arrasado la parte superior de sus secciones. Por lo que en cuanto a la excavación del sector del socavón –cuadros B5, C5, D5, E5 y F5–, donde la pala mecánica había afec-

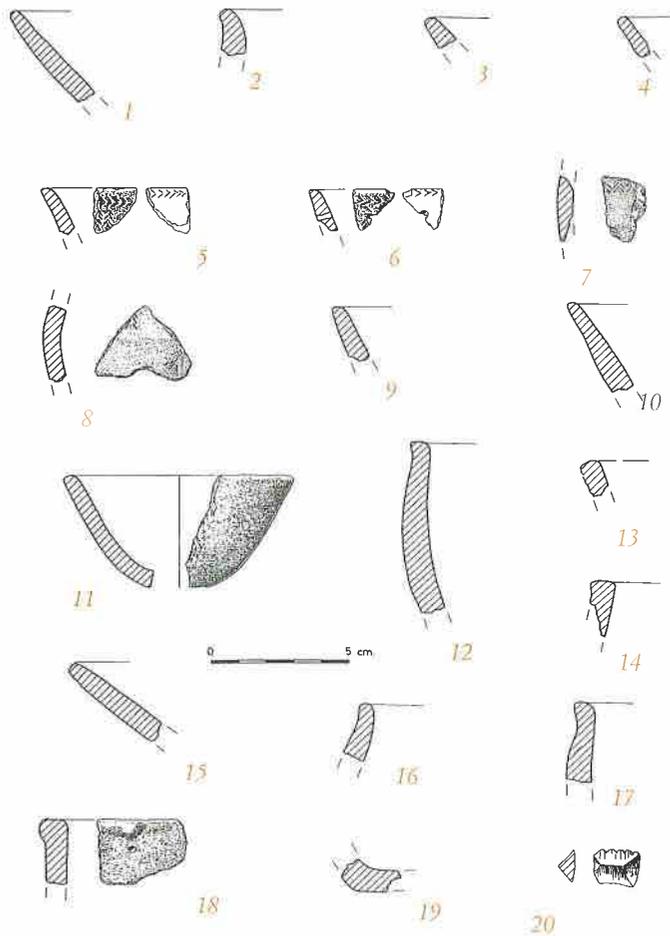


Fig. 55. El Carrizal. Material cerámico y lítico de los hoyos 4 (1 a 4) y 5 (5 a 20).

tado únicamente al nivel superficial deparó el hallazgo de tres nuevas estructuras, que si bien no diferían en nada respecto a las arriba descritas en este caso, al menos, se nos presentaban en todo su desarrollo y asociadas al estrato arqueológico en que fueron excavadas.

Según pudimos comprobar la localización en área de estos hoyos que se abren dentro del nivel de ocupación resultaba sumamente sencilla, al existir diversos indicios que delatan su presencia. En efecto la boca de estos pozos coincide con un cambio en la tonalidad y composición del terreno por cuanto su relleno se compone prácticamente de tierra de alto contenido en materia orgánica adquiere un tono negruzco más intenso que el entorno; al tiempo, en los

planos de dispersión de materiales de los hoyos basurero, es posible observar la gran densidad de evidencias arqueológicas que aparecen en su interior, considerablemente mayor que la del nivel de ocupación en que se abren.

Para la excavación de todas estas estructuras se siguió un sistema diferencial, similar al empleado para el vaciado de las cubetas descritas más arriba.

- **Hoyo 8:** Se encuentra enclavado en la intersección de los cuadros D5 y E5. De boca prácticamente circular y casi 80 cm de diámetro máximo, aparece excavado en el Nivel III, propiamente de ocupación, siendo su profundidad primitiva –no la actual, algo mayor, bajo el lecho de arenas eólicas del Nivel I– de 54 cm. La forma del hoyo, resulta prácticamente cilíndrica (Fig. 50).

Por lo que se refiere a los caracteres que presenta el relleno de la cubeta, hemos de señalar que aquel no es absolutamente homogéneo, siendo posible constatar la existencia de una diferenciación estratigráfica en su configuración. Mientras los primeros 36 cm del pozo están ocupados por una capa de tierra arenosa de color entre grisáceo y negruzco, el resto de la estructura aparece colmatada por una tierra de mayor plasticidad e intenso color negro. Esta diferenciación a nivel estratigráfico no parece hacerse extensiva en lo que a las evidencias arqueológicas se refiere, éstas, constituidas por cerámicas a mano, fragmentos líticos, restos de fauna, pellas de barro, etc., siempre en estado muy fragmentario, aparecen envueltas en el relleno ceniciento. La única distinción que cabe hacer entre los componentes de ambas bolsas radica en la presencia de un mayor número de restos óseos en el tramo inferior del hoyo; circunstancia que podría explicar el intenso color negro de esta parte del relleno, debido a su mayor contenido en materia orgánica.

Al tiempo, esta disparidad en la composición del relleno permite discernir que la colmatación del hoyo no se produjo instantáneamente sino de manera escalonada, en dos fases sucesivas. Sin embargo, el que no aparezcan en el interior de la cubeta indicios de derrumbamientos de sus paredes entre los materiales que la rellenan –recordemos que estos hoyos están excavados en un material tan poco consistente como la arena–, o la ausencia de niveles de abandono intercalados entre ambas bolsas cenicientas, parecen indicar: primero, que el relleno del hoyo hubo de ser relativamente rápido, y, segundo, que el lapso de tiempo que medió entre la deposición de los dos paquetes de cenizas arriba mencionados hubo de ser relativamente corto.

Por último, cabe señalar que el presente hoyo se abre a una cierta altura dentro del nivel de ocupación, el cual

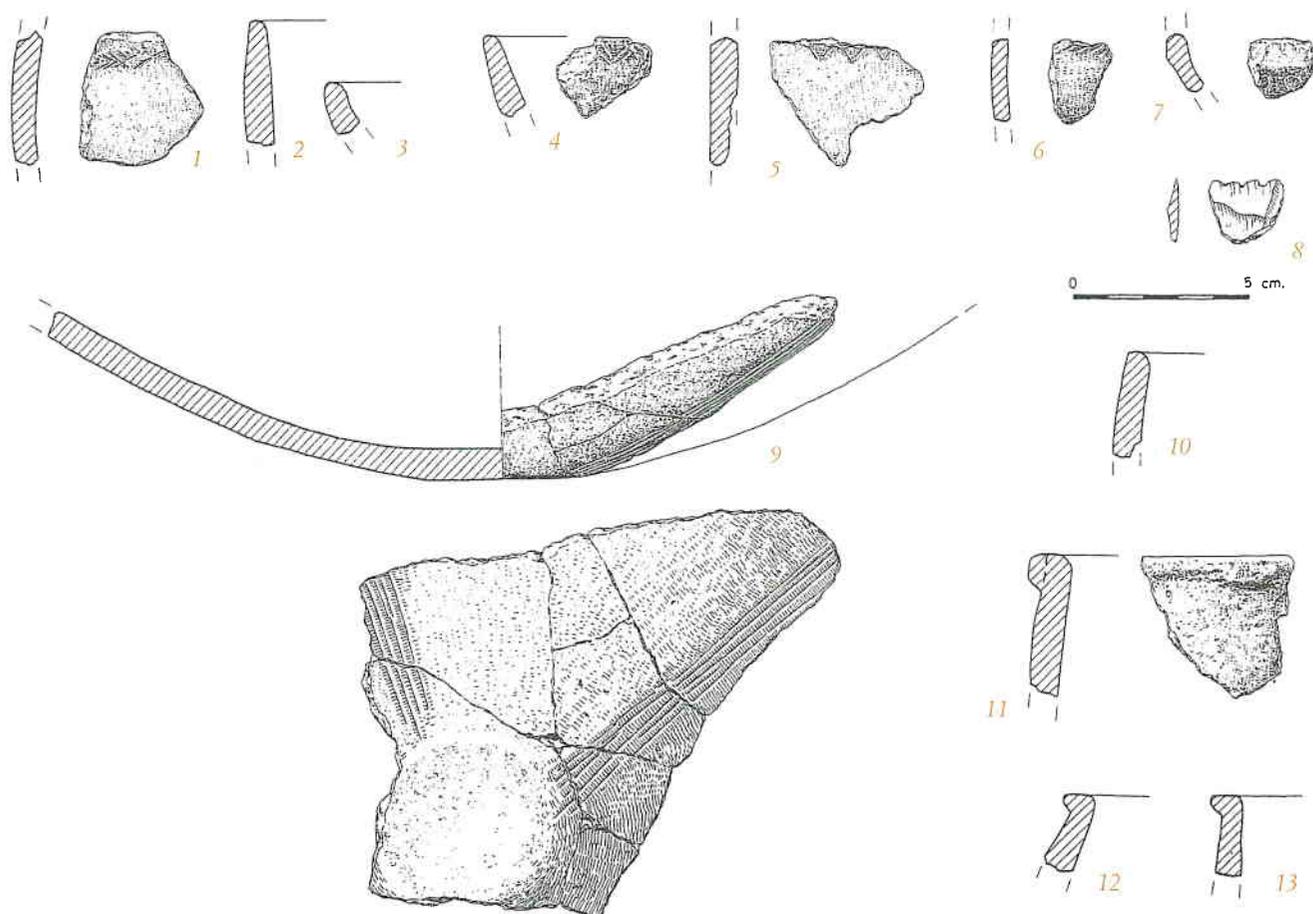


Fig. 56. El Carrizal. Materiales procedentes del Hoyo 7, recuperados entre -212 y -248 cm de profundidad.

termina por superponerse y cubrir el pozo en cuestión. Este hecho permite deducir que el pozo hubo de ser excavado una vez el yacimiento llevaba algún tiempo habitado; del mismo modo, su colmatación fue previa a los últimos momentos del desarrollo de aquél.

- **Hoyo 9:** Se localiza entre B5 y C5. Su boca es ovalada, con aproximadamente 110 cm en el eje mayor. Su potencia real es de 40 cm. El presente hoyo presenta un banzo o escalón en su pared sur notablemente realzado respecto al fondo, lo que determina la asimetría de sus secciones. La construcción de la presente estructura parece tener lugar durante los primeros momentos del desarrollo del poblado, al menos así parece indicarlo el que la boca del pozo se sitúe en la base del nivel de ocupación. En cuanto a los materiales que lo colmatan, una vez más, está formado por una tierra arenosa de color grisáceo sin visos de estratificación, en cuyo seno se localizan diversos hallazgos sobre todo cerámicos, con claro predominio de las especies lisas sobre las decoradas.
- **Hoyo 10:** Se encuentra situado en las proximidades del perfil occidental de D5, distante apenas 20 cm de H9. Se

trata de un pozo de pequeñas dimensiones, apenas 19 cm de diámetro, siendo su profundidad de 25 cm.

El contenido está formado por una tierra arenosa en cuyo interior se localizan, como toda evidencia, abundantes fragmentos de madera carbonizada, lo que nos permitió recoger una muestra para análisis de C14. La morfología de esta pequeña cubeta permite considerar que nos encontramos ante una impronta de poste.

Como sucedía en el hoyo anterior, el presente, se abre en la base del nivel de habitación, lo que nos permite suponer que en este caso su confección también pudo coincidir con los primeros momentos de la ocupación del poblado.

Según hemos tenido ocasión de observar, el grueso de estas subestructuras está formado por una serie de grandes cubetas cuyo relleno, compuesto por una notable cúmulo de cenizas que engloban numerosas evidencias arqueológicas –cerámicas, restos de fauna, elementos líticos, etc.– en estado sumamente fragmentario, ofrece un aspecto que permite interpretar fueron utilizados como auténticos colectores de desperdicios y por tanto justifica que en adelante les otorguemos el apelativo de basu-

ros. El resto de los hoyos (h-6 y h-10) identificados en el yacimiento ofrecían caracteres bien diferentes de los anteriores. Su pequeño tamaño y un relleno compuesto tan sólo por tierra negruzca y algunos fragmentos de madera carbonizada permiten interpretar que se trata de sendos agujeros de poste.

Análisis de los materiales

El conjunto de evidencias que tuvimos ocasión de recuperar durante nuestra actuación en el presente enclave se reduce a un interesante lote de material cerámico y unos pocos útiles líticos.

Industria cerámica

Es el elemento más numeroso dentro de la industria del yacimiento, alcanzando un total de 1.044 fragmentos cerámicos. A la hora de su estudio, pese a sus diversas procedencias, los hemos contemplado conjuntamente al entender que existe un único momento de ocupación.

En el apartado de los aspectos técnicos, hay que hablar primeramente del acabado de las paredes. Las superficies bruñidas, como es característico en los yacimientos del Bronce Medio, alcanzan un alto porcentaje con un 38'12% del total, siendo superadas por poco por las de superficie alisada (45'85%). En último término se sitúan las de aspecto grueso (16'02%). En las pastas, lo más representativo son las calidades compactas, con desgrasantes, preferentemente, de grano fino (71'75%) y en menor medida de grano medio (18'08%) y grueso (10'16%). En cuanto a las sustancias usadas se observa una clara preferencia por el empleo de los granos de sílice y, en mucha menor proporción, aparecen la mica y la caliza. Los recipientes que cuentan con peores pastas son aquellos de mayor tamaño; los vasitos de tamaño reducido (cuencos y carenados especialmente) poseen las arcillas más puras y decantadas. Dentro de la cocción, el tipo reductor es claramente dominante (71'82%), seguido del oxidante (21'54%) y el tipo mixto (6'62%).

Seguidamente hacemos una descripción de las formas recuperadas en los distintos niveles y estructuras hallados en El Carrizal. Dentro de la variedad se reconocen las siguientes:

- Cuencos de la Forma 1: Son recipientes de tendencia semiesférica, sumamente abundantes en el yacimiento (60 bordes, el 41'38% del total de los hallados durante la excavación), entre los que se advierte un claro predominio de la variante 1 A sobre la 1 B. En múltiples ocasiones (25%) presentan decoración. Conocemos algún ejemplar con ligero estrechamiento al exterior del borde

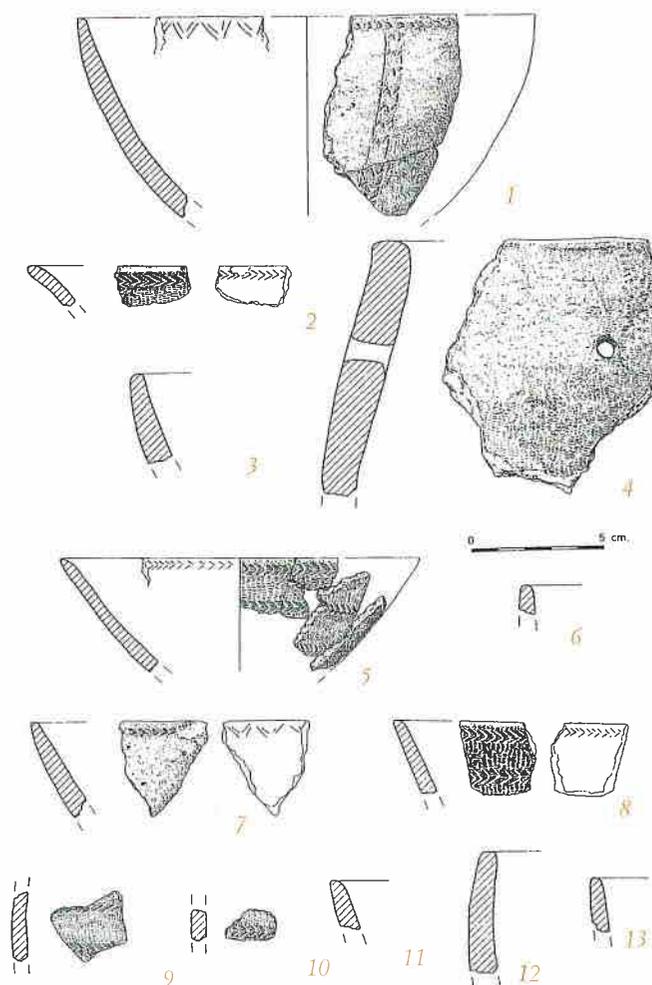


Fig. 57. El Carrizal. Materiales procedentes del Hoyo 7, recuperados entre -249 y -253 cm de profundidad.

(Fig. 52. 14, Fig. 55. 12 y 17). En el único ejemplar en que conocemos su base esta es amplia y plana (Fig. 61. 2).

- Cuenco de la Forma 2, de paredes casi rectas. No es un recipiente habitual en El Carrizal, ya que únicamente se ha registrado un par de ejemplares en los hoyos 5 (Fig. 55. 15) y 8 (Fig. 59. 22).
- Cuencos de perfil troncocónico de la Forma 3 A, representan el 22'2% de las formas identificadas. Sus paredes son más o menos rectas, según los ejemplares. El prototipo es la pieza de la Fig. 59. 6 con fondo plano de reducido tamaño. Se conocen cuatro ejemplares decorados

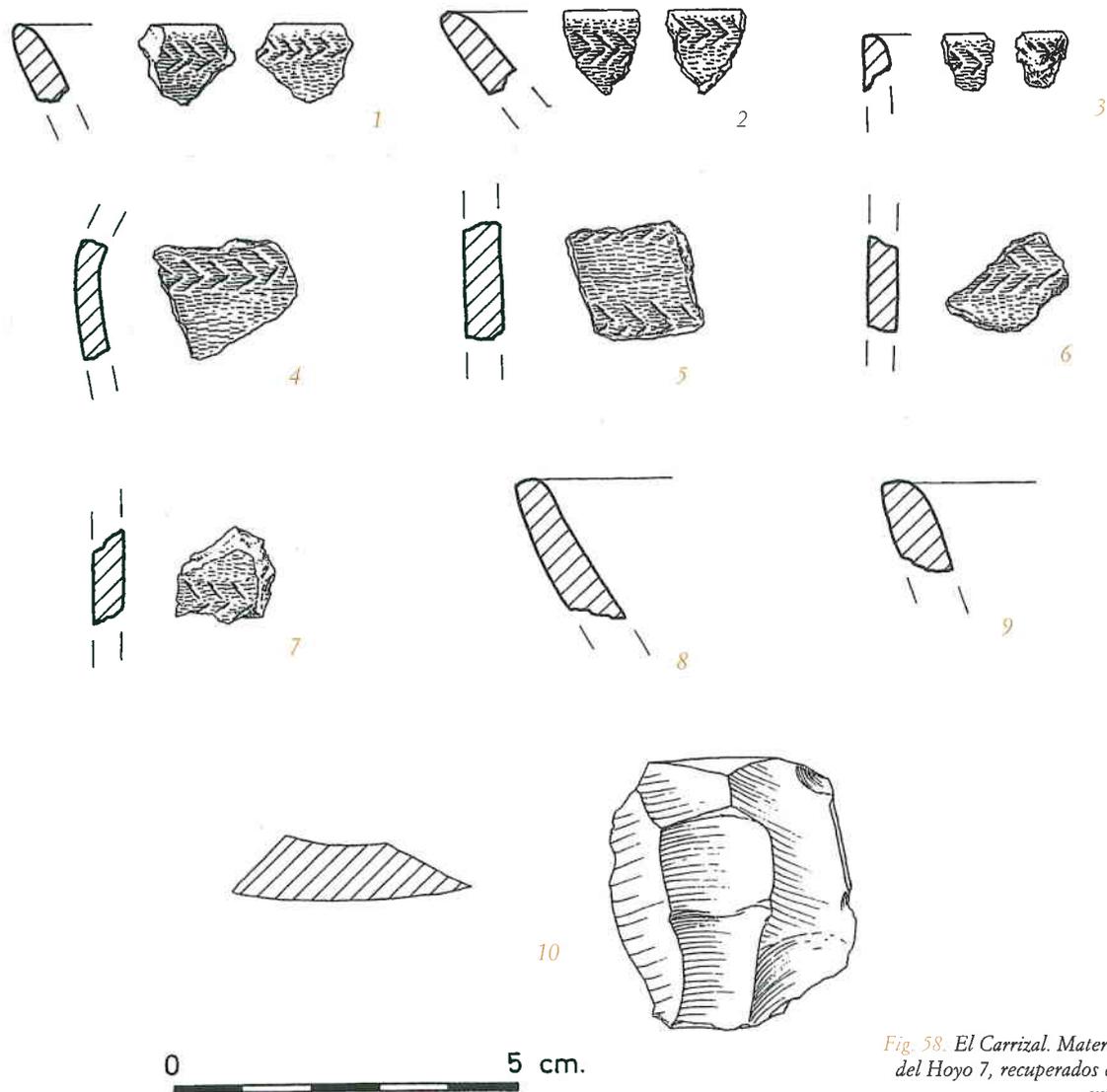


Fig. 58. El Carrizal. Materiales procedentes del Hoyo 7, recuperados entre -254 y -260 cm de profundidad.

mediante motivos incisos (espigas simples primordialmente) sumamente cuidados (13'79% del total).

- Ollas de cuerpo globular y borde entrante simple de las Formas 5 A y 6 A y B. Contamos con un par de piezas de pequeño mediano tamaño, con borde característico de tipo curvado entrante y labio redondeado. Uno de ellos se decora mediante cortas impresiones sobre el labio (Fig. 54. 14).
- Ollita de tipo 7 A. Se ha recuperado un perfil completo (Fig. 60. 5), con paredes de tendencia vertical que rematan en un borde indicado. Sobre éste se desarrolla un asa vertical de pellizco (Tipo 2b).
- Varios fragmentos de galbo que se pueden adscribir a los

vasos de perfil en S, de distintas procedencias. Ninguno de ellos ha permitido reconstruir la forma a la cual pertenecieron.

- Se identifican en El Carrizal diversos fragmentos de borde y carena pertenecientes, sin duda alguna, a buen número de recipientes carenados, muchos de los cuales manifiestan decoración. Entre todos ellos, únicamente ha sido posible reconstruir un par de vasos carenados lisos de nuestra Forma 15 A. Desconocemos el tipo de fondo que llevaron, aunque es probable que fuera plano. Presenta variedades según la altura sea mayor o menor o que el cuello sea más o menos marcado (Fig. 60. 4 y Fig. 61. 1).
- En los yacimientos de la Edad del Bronce resulta habitual encontrar grandes recipientes, conocidos con el nombre de

orzas. En El Carrizal no conocemos ningún ejemplar completo; no obstante, el hallazgo de ciertos barros de considerable grosor (Fig. 57. 4; Fig. 59. 1) nos ponen sobre la pista de su presencia. Los fragmentos citados, al parecer, pertenecen a grandes recipientes de cuerpo ligeramente globular que rematan en un borde entrante o casi vertical.

- Pequeño número (tres) de barros caracterizados por presentar sus paredes cubiertas por múltiples perforaciones y que reciben el nombre de encellas o queseras. No contamos con ningún ejemplar completo (Fig. 52. 23; 59. 13 y 14).
- Por último, se han recuperado en los sondeos dos perfiles pertenecientes a los denominados “vasos juguete”. Están elaborados con arcilla tosca. Presentan forma de cuenco (Fig. 61. 3) y de olla de perfil globular que muestra un pequeño mamelón junto al labio (Fig. 54. 13).

En todos los niveles y estructuras, las cerámicas decoradas son ciertamente numerosas. El total de bordes de vasos lisos recuperados alcanza una cifra de 116 y el de decorados de 29, situándose su proporción respectiva en un 80% y un 20%.

Un muestreo de las técnicas decorativas registradas arroja el siguiente resultado:

Incisión e impresión son técnicas exclusivas en la ornamentación de la totalidad de los barros recuperados. De la dispar frecuencia con que cada una de ellas se reflejan sobre las superficies de los tuestos resultan ilustrativos los siguientes datos: 52 de los 56 fragmentos decorados (el 92'86%) hallados en el yacimiento presentan temas incisos; por contra, tan sólo en 5 (8'93%) participa la impresión. Como vemos, es manifiesta la abrumadora supremacía que se observa en el empleo de la incisión; especie que, por otra parte, participa de forma exclusiva e independiente en la ornamentación de la mayor parte de los fragmentos cerámicos de la muestra: sólo en 2 casos (3'57%) se produce la asociación de incisión e impresión.

Incisiones

Dentro de la exigua variedad temática que detectamos diremos que los más veces representados son las espigas o espinas de pescado (comparecen en diversos esquemas, dominando sobremanera las espigas simples; ver, por ejemplo, Fig. 57. 5, 7 y 8), seguidos de zigzags (Fig. 52. 3; 57. 9), triángulos rellenos (Fig. 52. 1.), trazos oblicuos (Fig. 54. 15), y líneas simples (Fig. 56. 9). Porcentualmente, las espigas se manifiestan sobre un 60'7% de los fragmentos decorados, en franca superioridad sobre los zigzags, cuya presencia se reduce a un 23'21% de los casos. Por su parte, las líneas simples, utilizadas preferentemente para enmarcar algún tema más complejo, los triángulos rellenos y los trazos oblicuos se manifiestan en por-

centajes meramente testimoniales: un 5'35% los primeros y un 3'57%, respectivamente, los dos últimos.

Impresiones

Como los incisos, ofrecen una exigua variedad temática. Los más “comunes” (sólo dos ejemplares) son las series de puntos (Fig. 52. 5), conseguidos a base de aplicar un punzón sobre el barro aún fresco. Con un sólo ejemplo en cada caso, aparecen representados otros motivos: una serie de círculos conseguidos al aplicar sobre el barro un objeto de sección circular (Fig. 56. 7) –pudiera tratarse de la caña de un hueso cortada transversalmente–, una espiga conseguida mediante impresión (Fig. 57. 7) y, por último, un tema conseguido al aplicar sobre el vaso la uña del alfarero.

Las composiciones

A fuer de sinceros, no es mucho lo que podemos precisar acerca de la organización general de los motivos decorativos sobre la superficie de los recipientes; el alto grado de fragmentación en que comparecen las cerámicas no permite muchas precisiones en este sentido. No obstante, podemos apuntar que aquella responde a esquemas sencillos que se adaptan a los caracteres de los vasos. En el caso de los cuencos, la pauta general consiste en disponer bajo el borde un único y estrecho friso corrido (Fig. 57. 7). En algunas ocasiones, bajo éste (Fig. 57. 5) se disponen estrechas bandas horizontales decoradas con un tema semejante que alternan con anchas zonas lisas. Más excepcionalmente (contamos con un único ejemplar) se emplean motivos radiales en la ornamentación de estos cuencos (Fig. 57. 1). En el caso de las fuentes carenadas, la pauta general consiste en disponer un estrecho friso bajo el borde y otro a la altura de la carena. En ocasiones entre ambos (Fig. 55. 5) se intuye la presencia de algún tema metopado. La zona de la panza suele aparecer reservada; excepción hecha de unos pocos ejemplares que presentan motivos radiales.

Decoración interna de los bordes

Un alto porcentaje de los recipientes decorados de El Carrizal muestran este tipo de ornato (el 89'65% de los vasos decorados lo poseen) que, por lo general, se reduce a un estrecho filete que recorre el labio por su parte interior.

El tema más veces empleado en este menester son las espigas incisas (figuran en más de la mitad (53'84%) de los bordes decorados), seguidas a cierta distancia de los zigzags (26'92%). Representación mucho menos alcanzan otros motivos como las series de triángulos (7'69%); los trazos oblicuos y los puntos impresos (3'84% en cada caso).

Ausentes del repertorio de las piezas decoradas, los pocos sis-

temas de suspensión recuperados en El Carrizal -8 en concreto- se reflejan sobre recipientes lisos.

- Mamelones: Contamos con seis ejemplares y en todo caso son simples (Fig. 52. 15) y con impresión digital en el extremo (4a) (Fig. 60. 11). Se reflejan sobre las ollas y orzas, donde se disponen junto al borde (en ocasiones constituyen una auténtica prolongación del mismo) o sobre la panza de dichos recipientes.
- Asa vertical de pellizco (Fig. 60. 5). Es un tipo de asa peculiar en La Ribera; no en vano este es el único ejemplar conocido en la zona.
- Perforaciones para permitir el paso de cordeles sustentantes. Contamos con un par de ejemplos presentes sobre vasos de muy diferentes caracteres (Fig. 57. 4; 55. 6).

Los fondos

Los vasos de pequeño tamaño (cuencos, tazas carenadas, ollitas) poseen fondos planos de superficie muy reducida, que constituyen una continuación de la pared curvada del cuerpo. Los fondos amplios, son privativos de los recipientes de cierto tamaño (ollas y orzas). En estos casos, se trata de bases absolutamente planas cuya unión con el recipiente se produce de distintas formas: bien describiendo un ángulo acusado, bien formando una auténtica moldura que marca la diferencia respecto al cuerpo del vaso.

Industria lítica

La industria lítica tallada no es muy abundante ni variada, pues consta de 17 piezas. Predomina el sílex como materia prima y en menor medida la cuarcita. Se puede catalogar de esta manera:

- Restos de talla: 7 lascas de cuarcita sin retocar, un par de láminas de sílex incompletas, cuatro núcleos y nucleiformes.
- Útiles: Una punta de aletas y pedúnculo con retoque cubriente de sílex blanco (Fig. 51. 2). 3 elementos de hoz, de distintos tipos (dos han sido realizadas sobre lasca y la tercera sobre el extremo de una lámina), todos ellos en sílex (Fig. 53. 8; Fig. 56. 9 y Fig. 55. 20).

Otros restos de industria lítica

Varios fragmentos de molinos de mano de granito bastante desgastados y un percutor en cuarcita (Fig. 51. 8).

Valoración y cronología

El Carrizal es un pequeño poblado enclavado en el valle del arroyo Cogeces. Las diez estructuras identificadas durante la

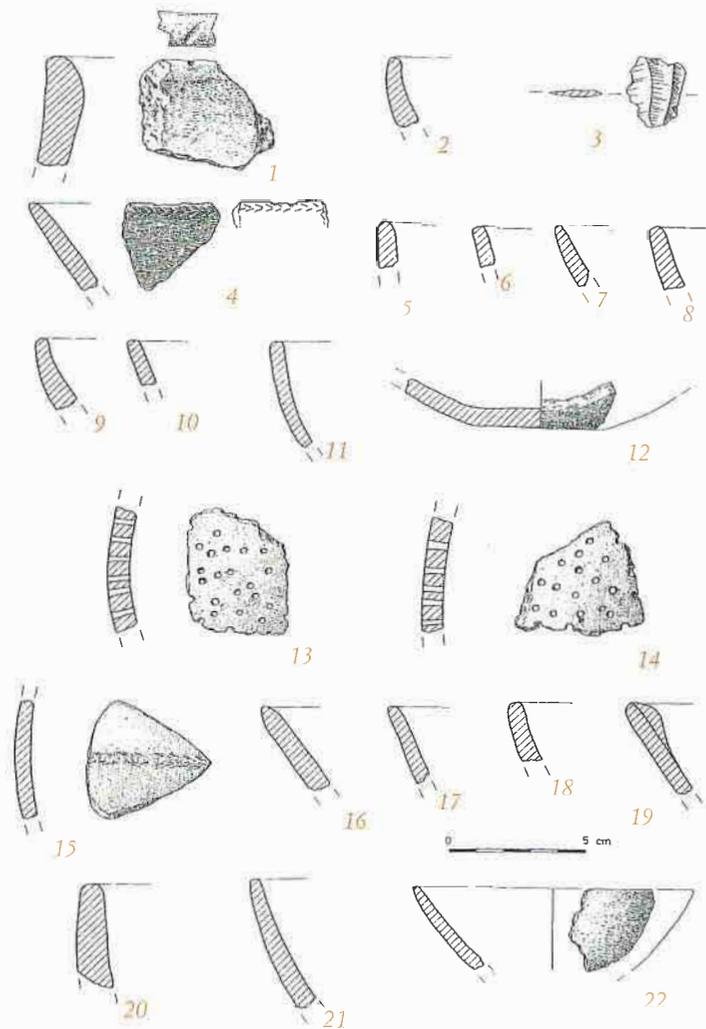


Fig. 59. El Carrizal. Materiales procedentes del Hoyo 8, recuperados entre -238 y -245 cm de profundidad (1 a 3), entre -246 y -252 (4 a 14) y entre -253 y -256 (15 a 22).

excavación responden al tipo hoyo; de ellas, ocho, independientemente de la funcionalidad que pudieran haber cumplido previamente, aparecían convertidas en auténticos contenedores de desperdicios, no así las dos restantes, cuyo aspecto permite interpretar que sirvieron para alojar la base de un poste. En principio, la identificación de tales agujeros de poste nos hace suponer que la porción de yacimiento por nosotros investigada se integró en un área de hábitat.

Según hemos venido mencionado, el yacimiento conoció una sola fase de ocupación. Una serie de datos, tales como la

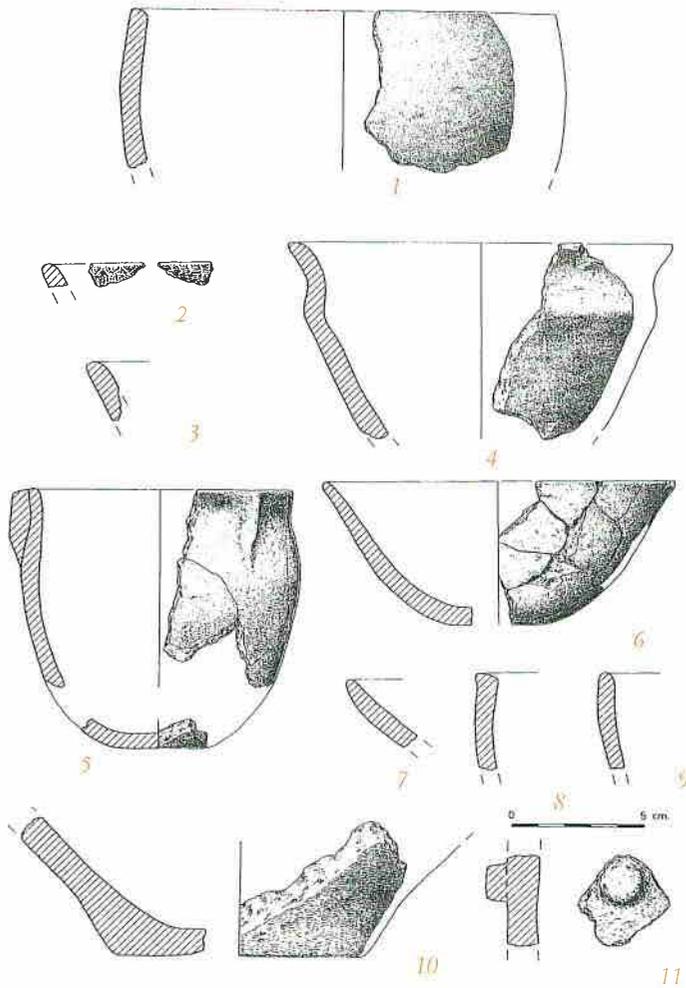


Fig. 60. El Carrizal. Materiales procedentes del Hoyo 8, recuperados entre -257 y -261 cm de profundidad (1), entre -262 y -265 (2 a 9) y entre -266 y -278 (10 y 11).

escasa entidad estratigráfica de la estación, la ausencia en el entorno de estructuras arquitectónicas de cierta solidez, ponen de manifiesto la corta duración de la misma. En otro orden de cosas, diremos que la reducida extensión –de apenas 0'5 Ha– sobre las que se recogen materiales en superficie, a su vez, parece traducir que el establecimiento que ocupó la zona no debió ser muy extenso, como tampoco debió serlo el grupo humano que desarrolló su actividad en él.

La escasez de datos con que contamos hace que no podamos reconstruir en gran medida las actividades básicas desarrolladas por las gentes que se asentaron en El Carrizal si bien, a tenor de lo dicho en la introducción, donde poníamos de manifiesto que el terreno que servía de base al yacimiento era especialmente idóneo para el desarrollo de pastos, podemos suponer que tal vez la principal de sus labores fue la ganadería; desgraciadamente, al no encontrarse a nuestra disposición los análisis de los restos de fauna que aparecen en el interior de los hoyos localizados en el enclave, resulta imposible conocer cuáles fueron las especies sobre las que se ejerció tal actividad. La presencia de piezas de hoz y molinos de mano permite suponer que sus actividades económicas pudieron verse complementadas con el desarrollo de una agricultura quizá de tipo cerealista, o, cuando menos, con la recogida de algún tipo de plantas.

En cuanto a la filiación crono/cultural de la ocupación, decir que contamos con una datación radiocarbónica, a partir de una muestra de madera carbonizada recuperada en el hoyo 10. La muestra en cuestión, que formaba parte del relleno que colmataba dicha estructura. La datación obtenida es la siguiente:

Nº de Muestra	Materia	Años b.P.	Años b.C.
Gr. N-18287	Madera Carbonizada	3640 ± 70	1690 ± 70

Se trata de una fecha, 1690 a.C., que, en nuestra opinión, al nivel de nuestros conocimientos actuales, ofrece serias dudas para aceptar su validez. En principio, se nos antoja llamativamente temprana para datar un contexto Protocogotas; si más no, porque situaría la ocupación del yacimiento en un momento en el que, según todos los indicios, en nuestro sector aún se encuentra plenamente vigente el horizonte Ciempozuelos. En efecto, son bastante numerosas las dataciones absolutas colectadas en los últimos años en enclaves campaniformes, de antigüedad muy semejante a esta de El Carrizal (por citar algunas, recordemos la de la tumba de Fuente-Olmedo de 1670 a.C. (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1989: 89), la de la cueva sepulcral alavesa de Gobaederra (3660 ± 100 = 1710 a.C.) (Apellániz, J. M.ª 1968: 139-145), la del tholos de Praia das Maças (3640 ± 60 = 1690 a. C.) (Leisner, V. 1964: 207-215; Leisner, V., Zbyszewski, G., y Veiga Ferreira, O. da 1969: 93).

Si bien es cierto que no falta algún indicio (Fernández-Posse, M.ª D. 1981) que, de algún modo, podría servir para justificar la convivencia entre especies campaniformes y materiales pro-

pios de Cogotas I, no lo es menos que, a fecha de hoy, carecemos de datos objetivos que justifiquen que tal convivencia pudiera haber ocurrido en un momento tan remoto como para justificar la antigüedad de la datación que aquí se recoge (Delibes de Castro, G., y Romero Carnicero, F. 1992: 4-5) (es, por cierto, la más antigua de cuantas conocemos en Ibérica para datar materiales Protocogotas). En nuestra opinión, el principal impedimento para admitir este hecho deriva de que al hacerlo así, nos veríamos obligados a aceptar que el inicio del horizonte de las cerámicas incisas habría de remontarse, cuando menos, a finales del s. XVIII a. C. (el Bronce Antiguo, de las periodizaciones clásicas), lo cual, en el marco de nuestros conocimientos actuales, no tiene muchos visos de verosimilitud. En este sentido, baste recordar, que las fechas de que disponemos para datar los episodios iniciales de Cogotas I sitúan dicho acontecimiento entre inicios del s. XV y comienzos del XIII a.C.; es decir, un par de centurias más tarde de lo que sugiere nuestra fecha (a título de inventario, sirva recordar, el nutrido lote de dataciones obtenidas en Los Tolmos de Caracena, que se sitúan entre 1410 y 1430 a.C., dos más de finales del s. XIV de el castro de La Plaza, en Cogeces del Monte, otras dos -1520 y 1390 a. C.- de Atapuerca [Delibes de Castro, G. y Fernández Miranda, M. 1986-1987], y otra más de finales del s. XV de El Castillo de Rábano).

Por otra parte, los caracteres propios del elenco cerámico recuperado en El Carrizal, tampoco justifican la antigüedad de la fecha; ya que, lejos de poner de manifiesto un determinado grado de arcaísmo, como sería propio de un lugar encuadrable en momento inicial de Protocogotas, traslucen una gran semejanza respecto a conjuntos cerámicos como el representado, por ejemplo, en el cercano castro de La Plaza -distante apenas 3 km en línea recta de El Carrizal-. En efecto, una comparación detenida de los elencos vasculares representados en ambos lugares, pone de manifiesto la existencia de un claro paralelismo entre ambos: a nivel de formas y de las decoraciones -variedad y proporción de motivos y composiciones- que se reflejan sobre éstas. En nuestra opinión, es esta evidente semejanza paralelismo lo que, aún contraviniendo los datos aportados por la datación radiocarbónica, permite considerar que la ocupación de El Carrizal hubo de tener lugar en fechas no muy alejadas, tal vez paralelamente, del momento en que se desarrolló el hábitat de La Plaza; lo cual, a tenor de lo que expresan los análisis de C-14 obtenidos en este último lugar, sucede a fines del s. XIV a. C.

En esta cronología debió situarse en este lugar un reducido asentamiento, asentado en la plataforma llana del fondo del

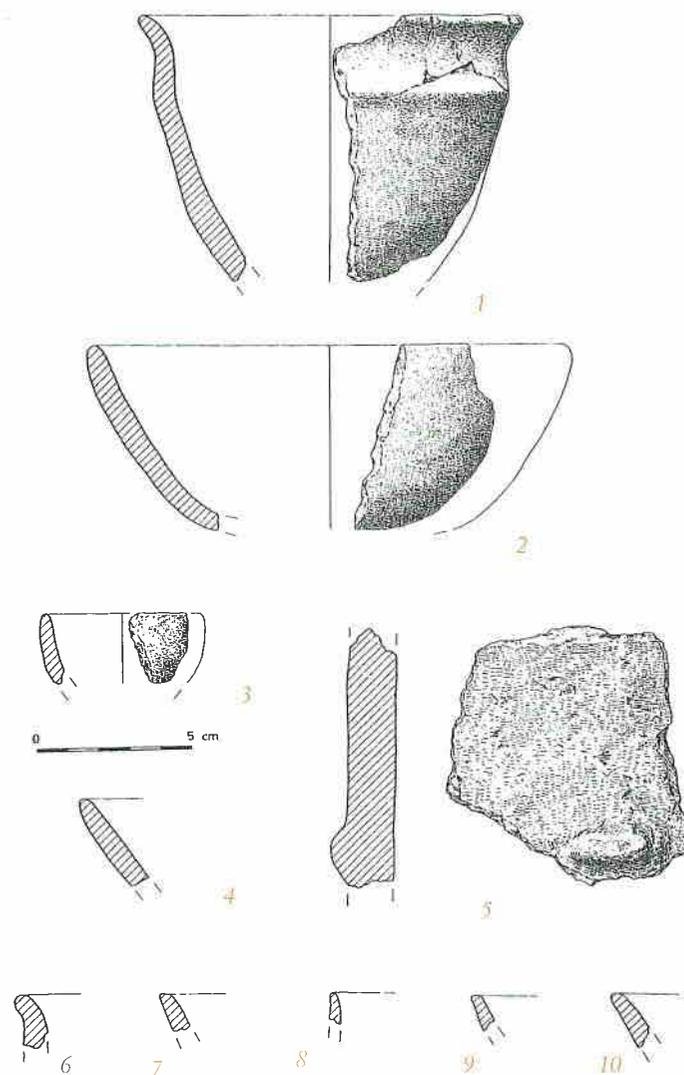


Fig. 61. El Carrizal. Cerámicas procedentes del Hoyo 9.

valle. En este lugar la actividad fundamental del poblado debió ser la agricultura. Muestra de ello son los dientes de hoz y los molinos de mano recuperados. Este medio de vida se complementaría con la ganadería, fundamentalmente de ovi-caprino, que no debió ser de gran importancia como se deduce de la escasez de restos óseos registrados. La presencia de alguna punta de flecha pudiera ser testigo de que también se practicara la caza.

15. CUEVA DE VALDELAPERRA (COGECES DEL MONTE)

Coordenadas: Lat. 41° 33' 40"
 Long. 04° 20' 40"
 Altitud: 870 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 (373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

Con el nombre de Valdelaperra es conocida una cavidad de origen kárstico, situada en el término municipal de Cogeces del Monte. Dicha cueva, enclavada en el valle por el que discurre el arroyo Valimón, ocupa una posición destacada sobre la margen izquierda del mismo, al emplazarse en el farallón de calizas pontienses (coincidentes con el nivel de páramos de la zona), que constituyen el tramo culminante de las pronunciadas laderas que flanquean este estrecho valle.

Para acceder al yacimiento, el itinerario más adecuado consiste en seguir la carretera que una Quintanilla de Abajo y Cogeces del Monte. A 9 km del primero de los municipios, a la izquierda de la carretera, y frente al caserío de la Granja Valimón, nace el camino del Tasugo, el cual se introduce siguiendo, aguas arriba, el curso del arroyo antes citado. A la derecha de este camino, a poco más de un km desde su inicio, se localiza la cueva, cuya boca es visible desde el fondo del valle. Llegados a este punto se hace necesario recorrer campo a través, siempre en sentido ascendente, un trecho de unos 400 m que permite salvar los aproximadamente 80 m de desnivel que median entre el borde del camino y la entrada de la gruta.

Es necesario señalar que la cueva de Valdelaperra es, que sepamos, la única oquedad kárstica de origen natural, de cierta entidad, conocida en la provincia de Valladolid. De una longitud cercana a los 80 m, su sección, adintelada, tiene una anchura muy homogénea –cercana a los 6 m– en prácticamente todo su recorrido. La altura, por término medio, se sitúa entre 1 y 2 m, excepción hecha del tramo final, mucho más angosto, donde se hace necesario gatear, incluso arrastrarse, para permanecer allí.

Por lo general, el interior de la cueva se encuentra colmatado por arcillas formadas en los procesos de decalcificación y, en menor medida, por bloques de caliza desprendidos del techo; siendo estas zonas donde se concentran dichos bloques las únicas que ofrecen alguna dificultad para deambular. Según hemos tenido ocasión de comprobar, los sedimentos que colmaban los tramos iniciales de la cueva resultan especialmente ricos en materia orgánica, sin duda, a consecuencia de ser esta zona donde preferentemente se desarrolló la ocupación humana que, como veremos, conoció este lugar. Hemos de

señalar, que, si bien con escasa actividad, la cueva aún se mantiene viva, como lo demuestra la humedad que rezuma de su techo y paredes.

Pese a la indudable importancia que desde el punto de vista geológico e incluso zoológico –en este lugar se aloja una importante colonia de murciélagos actualmente en estudio– que reviste esta cavidad su interés para nosotros radica, ahora, en saber que el enclave dio cobijo en diferentes periodos al hombre, entre ellas, como tendremos ocasión de comentar, durante la Edad del Bronce.

Esta circunstancia, de la que teníamos noticia desde hace algunos años a través de las sucesivas visitas que veníamos realizando al lugar, sin embargo, no había motivado ningún tipo de actuación arqueológica en el mismo, más allá de la simple recogida superficial de materiales. No obstante, en los últimos tiempos, las actividades de excavadores furtivos, cuyas deplorables actividades afectaban a los depósitos arqueológicos que rellenan el interior de esta estructura natural, hicieron necesaria una intervención de esta naturaleza. El conocimiento de esta circunstancia por parte de Jesús M.^a del Val Recio (por entonces Técnico del Servicio Territorial de Arqueología de la Junta de Castilla y León en la Provincia de Valladolid), propició la realización de una intervención de urgencia, la cual tuvo lugar en noviembre de 1987 bajo la dirección de José Ignacio Herrán Martínez.

Si bien los materiales y resultados obtenidos en la excavación están siendo objeto de estudio detallado, un primer avance de los mismos aparece recogido en un informe previo redactado por el director de la excavación, al que hemos tenido acceso, depositado en la Delegación de Cultura y Bienestar Social de la Junta de Castilla y León de esta provincia (Herrán Martínez, J. I. 1988).

Trabajos realizados

Según se recoge en el referido informe la intención de los excavadores en el lugar se centró tanto en valorar la entidad del yacimiento arqueológico, tratando de reconstruir la sucesión estratigráfica desarrollada en el lugar, como en evaluar los daños causados por los excavadores furtivos.

Con esta finalidad, según refiere Herrán, en principio, se procedió “a limpiar las catas realizadas por los furtivos”; tras lo cual, se pudo comprobar que “la cueva había sido hoyada de manera indiscriminada en varios puntos”. Una vez se hubieron fotografiado y topografiado estos “sondeos clandestinos” el trabajo “se centró en la apertura de varias unidades de excavación –tres en concreto– situadas todas ellas en la entrada de la cavidad, ya que este sector era el que *a priori* ofrecía mayores garantías de obtener una secuencia estratigráfica”.

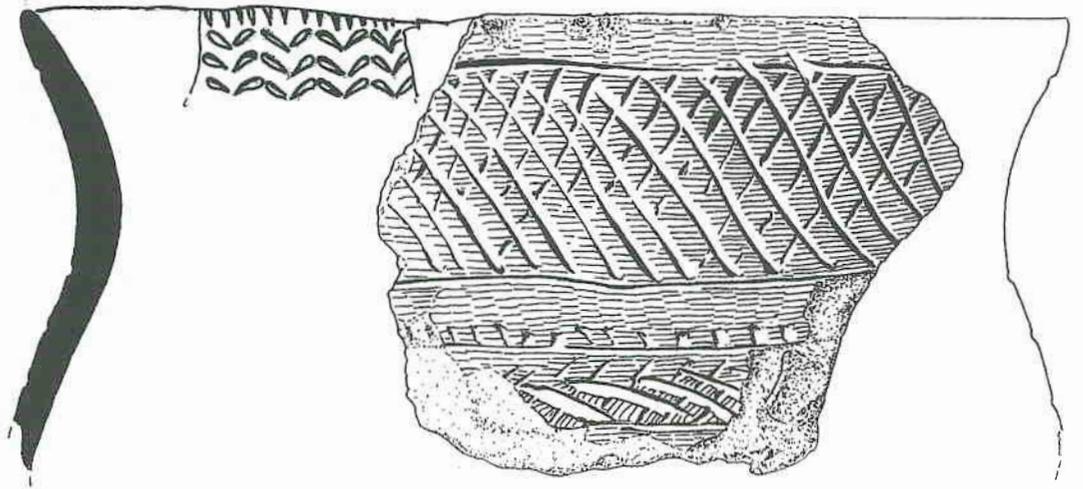


Fig. 62. Cueva de Valdelperra, Vaso campaniforme hallado en el interior de la cueva.

Por lo que se refiere a este punto diremos que, lógicamente, dado el estado en que se encuentra aún el estudio de las diversas observaciones realizadas durante las labores arqueológicas, no estamos en condiciones de hacer un análisis exhaustivo de aquellas, habiendo de limitarnos, por tanto, a expresar aquí algunas de las apreciaciones que se desprenden de la lectura del antedicho informe.

En principio, hemos de señalar que las líneas dedicadas a analizar la estratigrafía de la cueva se nos advierte que en ninguna de las tres catas en que se desarrolló la excavación fue posible identificar una seriación estratigráfica *in situ*, pudiendo constatar, por el contrario, que los niveles arqueológicos se habían visto afectados por las sucesivas remociones que ha sufrido el subsuelo de la cueva a lo largo de sus diferentes fases de ocupación, y especialmente en época contemporánea. Esta circunstancia ha propiciado que en todas las unidades de excavación aparezcan entremezclados materiales arqueológicos de distintas épocas.

No obstante y pese a lo precario de la información estratigráfica recogida es posible, siquiera, un intento de aproximación que nos permita discernir los diferentes periodos en que la cueva se vio ocupada, para lo cual habremos de valernos, tanto de las evidencias recuperadas durante las actividades propiamente arqueológicas –limpieza de zonas afectadas por los furtivos y excavaciones–, como de otras provenientes de ciertos hallazgos superficiales.

Esta diversidad de evidencias, vienen a poner de manifiesto la inexistencia de vestigio alguno anterior a los últimos compases del Calcolítico o inicios de la Edad del Bronce. A dicho

momento debe asimilarse el único vestigio de época campaniforme recuperado en la cueva de Valdelperra; cuyo hallazgo, desgraciadamente, no tuvo lugar durante las tareas de excavación sino que fue recuperado durante una visita al lugar por Ángel Zalama, quien lo entregó a Jesús M.^a del Val.

El resto en cuestión es un fragmento de vaso campaniforme *sensu stricto* de tipo Silos-Vaquera. El recipiente, de notables dimensiones y aspecto sumamente cuidado, muestra superficies bruñidas de color marrón claro. Al exterior, presenta una decoración conseguida mediante dos amplias bandas de retícula enmarcadas por líneas que alternan con otra lisa. La retícula inferior, más estrecha, se ve jalonada en su margen superior por pequeños trazos impresos. En el interior, sobre el labio, observamos una serie de pequeños trazos verticales incisos, bajo los cuales se desarrollan tres líneas de zigzags, realizadas, en este caso mediante impresión (Fig. 62). Tanto el motivo que aparece sobre el vaso como su ejecución nos recuerda en gran medida al vaso y la cazuela hallados en la Cueva de la Vaquera.

Por lo que se refiere a las evidencias recuperadas propiamente durante la excavación y pese a que como vimos no aparecen claramente estratificadas podemos señalar que, según se desprende de las palabras de Herrán, la cueva conoció una segunda fase de ocupación durante el Bronce Medio. Así permite pensar, la presencia en el lugar de un pequeño lote de cerámicas decoradas, predominantemente con temas incisos de espigas, zigzags, etc., supuestamente depositadas en el Museo de Valladolid, que emparentan claramente con las especies propias del horizonte Protocogotas, presentes en multitud de yacimientos próximos pertenecientes a dicho horizonte cultural.

110 Entre ellos, cabría destacar el castro de La Plaza; ubicado en este mismo término municipal de Cogeces del Monte.

Con posterioridad la cueva debió ser abandonada, según se desprende del análisis del registro arqueológico, no volviendo a ocuparse hasta un momento bastante tardío, ya en época tardorromana; fase a la que deben pertenecer una serie de fragmentos de T.S.H.T., decorados con círculos, para los que cabe pensar en una cronología próxima al s. IV d. C.

En último término, en el informe se nos refiere la existencia de ciertos restos que ponen de manifiesto la presencia humana en el lugar en época medieval y moderna, así parecen atestiguarlo algunos fragmentos cerámicos realizados a torno.

Valoración y cronología

Pese a la parquedad de los datos que barajamos con referencia a este interesante hábitat, al menos, ponen de manifiesto que el lugar fue visitado en diversos momentos de la secuencia cultu-

ral de la región, revistiendo especial interés para nosotros la presencia humana en época campaniforme y durante los primeros compases de Cogotas I. Desgraciadamente, el mal estado en que ha llegado hasta nosotros el registro arqueológico del yacimiento nada nos revela respecto a la naturaleza de las ocupaciones desarrolladas en la cueva; tampoco somos capaces de discernir cuál pudo ser la funcionalidad que desempeña la presente estación arqueológica (¿se trata de un lugar destinado a ser habitado, a alojar estructuras de enterramiento, etc.?); extremo que sólo podrá ser aclarado a partir de que futuros trabajos propicien el hallazgo de un sector intacto en el relleno de esta cavidad.

Pese a todo, es obligado señalar que pese a todas estas limitaciones el yacimiento localizado en esta cueva de Valdelaperra está revestido de un indudable interés por cuanto, en primer término, permite constatar una modalidad de yacimiento (en cueva), sin parangón hasta la fecha en este tramo concreto de la Cuenca del Duero.

16. VALDELAPERRA II (COGECES DEL MONTE)

Coordenadas: Lat. 41° 36' 24"
Long. 04° 28' 52"
Altitud: 700 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/50.000
(373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

A la altura de la Casa de Valimón nace el denominado camino del Tasugo que discurre paralelo al arroyo Valimón. Andando aproximadamente kilómetro y medio por esta senda desde el citado caserío, en dirección aguas arriba del arroyo Valimón, accederemos a un nuevo enclave arqueológico de la Edad del Bronce. El yacimiento se emplaza en la unidad geomorfológica de la cuenca sur del río Duero, marcando el límite natural entre tierras de pinares y el páramo de Campaspero-Montemayor. Se localiza en el fondo del estrecho valle por el que discurre el arroyo Valimón, encajado entre páramos calcáreos, cuyas marcadas pendientes descienden hacia el arroyo. El terreno que ocupa la presente estación arqueológica ha sido puesto en cultivo recientemente, apreciándose sobre la superficie del enclave una clara coloración diferencial en forma de manchones cenicientos de mediano tamaño, los cuales parecen denotar la presencia en el lugar de un campo de hoyos.

Las evidencias arqueológicas se localizan, a ambos lados del camino, en la cabecera y en la ladera de una suave loma, situada en el inicio de la zona de cuevas que conducen a los páramos cercanos, que domina la margen izquierda del arroyo.

Como suele ser norma, en este tipo de hábitat que ocupan el fondo de los estrechos valles que surcan el páramo, nos encontramos ante un yacimiento de reducida extensión –aproximadamente 0'3 Has– cuya ubicación denota, al tiempo que despreocupación por las condiciones defensivas, proximidad a una fuente de agua.

Análisis de los materiales

La cerámica es con mucho el elemento más significativo.

Industria cerámica

Las evidencias cerámicas recuperadas se hallan bastante fragmentadas y rodadas a consecuencia de la erosión y las labores agrícolas. Entre todo el elenco cerámico recuperado únicamente 21 fragmentos (recogidos por los miembros del Inventario Arqueológico provincial y por nosotros en dos visitas al yacimiento), son mínimamente significativos. La cerámica, en su totalidad elaborada a mano, muestra un predominio de las cocciones reductoras, con desgrasantes finos de sílice, caliza y mica. Sus superficies presentan un buen acabado, por haber sufrido un espatulado preferentemente al exterior.

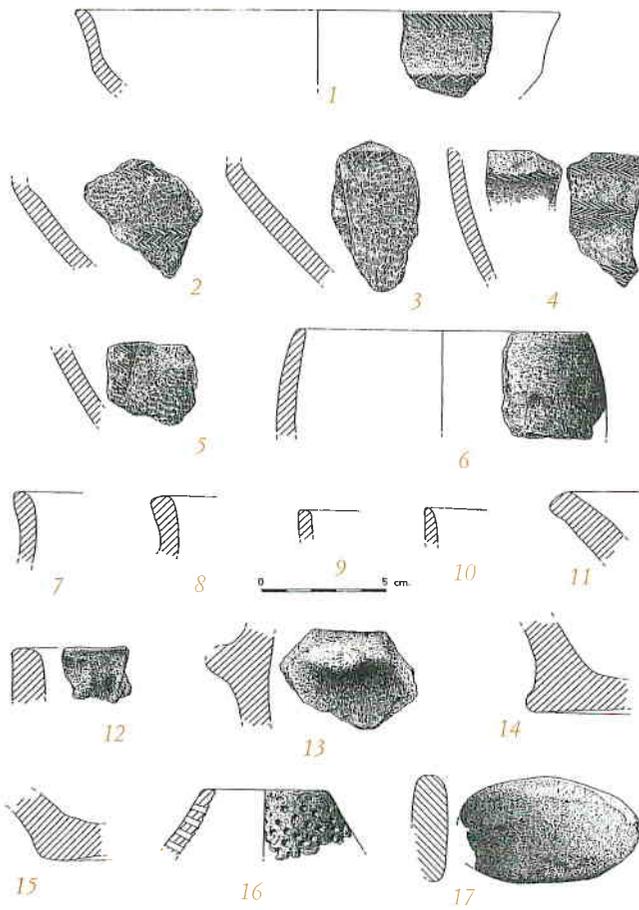


Fig. 63. Valdelperra II. Material lítico y cerámico y recuperado por nosotros sobre la superficie del yacimiento.

Dentro de este conjunto hay siete fragmentos con decoración Protocogotas. Se diferencian los siguientes motivos decorativos:

- Frisos de espigas incisas simples (Fig. 64. 1) y dobles (Fig. 63. 2, 3 y 4). En general se desarrollan como frisos que se desarrollan en horizontal alrededor del vaso. En una ocasión (Fig. 63. 3), se aprecia un motivo que parece servir de relleno a un motivo radial.
- Friso de incisiones oblicuas (Fig. 63. 1 y 5).
- Línea de zigzag inciso (Fig. 63. 1 y 3). En ambos casos se desarrolla sobre la carena de una taza carenada.
- Retícula oblicua de tosca ejecución (Fig. 64. 2).

En cuanto a los perfiles, entre los barro decorados reconocemos el borde de una taza carenada de Forma 12 B (Fig. 63. 1), un par de fragmentos de fragmentos de pared con marcada carena (Fig. 63. 2 y 3) y un cuenco de Forma 1 (Fig. 63. 4).

En el capítulo de las cerámicas lisas podemos observar algunos recipientes de pequeño tamaño y aspecto cuidado.

- Destaca la presencia de varios cuencos (Fig. 63. 9 y 10; Fig. 64. 3 y 4) y una ollita de borde entrante de Forma 6 A (Fig. 63. 6).

Aspecto algo más tosco presentan ciertos barro –bordes, galbos y fondos planos– de considerable grosor, pertenecientes, sin duda, a vasijas de aprovisionamiento cuyo perfil resulta imposible de reconstruir.

Colador: Entre las cerámicas de factura menos cuidada contamos también con un borde perteneciente a un recipiente con superficie sin pulir cuya superficie aparece perforada por

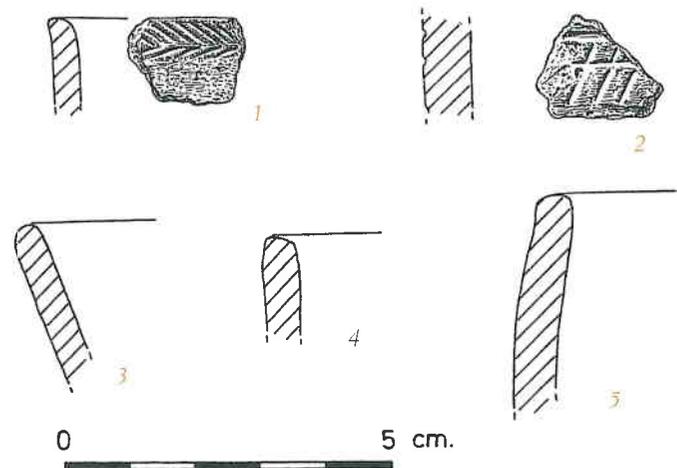
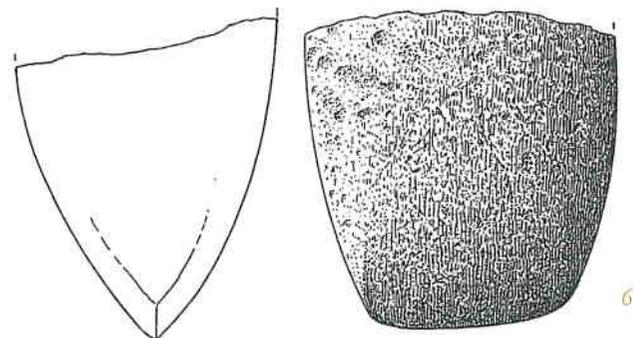


Fig. 64. Valdelperra II. Material identificado en el lugar por los miembros del Inventario Arqueológico Provincial.



pequeños agujeros circulares ejecutados de fuera hacia adentro. No puede reconstruirse su perfil completo (Fig. 63. 16).

Contamos además con dos fondos de tipo plano (Fig. 63. 14 y 15), el primero de ellos con talón.

Se registra también, por último, un grueso mamelón aplicado de perfil ovoide (Fig. 63. 13).

Industria lítica

Consta de tan sólo dos piezas, ambas de piedra pulimentada:

- Un pequeño hacha de perfil elipsoidal que presenta el filo fragmentado (Fig. 63. 17) y la extremidad distal de

otra, en este caso de tamaño mayor (Fig. 64. 6); ambas piezas están confeccionadas en roca tenaz.

Valoración y cronología

Dada la reducida extensión del yacimiento y la ausencia de evidencias constructivas aparentes, nos inclinamos a considerar el yacimiento como un pequeño asentamiento de carácter temporal. Poco podemos concretar sobre su cronología, ante la indefinición de los materiales recuperados. Únicamente se podrían incluir dentro de un genérico Bronce Medio, sin ninguna reserva.

17. EL CEMENTERIO - EL PRADO (QUINTANILLA DE ONÉSIMO)

Coordenadas: Lat. 41° 37' 11"
Long. 04° 21' 51"
Altitud: 750 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/50.000
(373) Quintanilla de Onésimo

Antecedentes, entorno y descripción del yacimiento

El enclave arqueológico de El Cementerio fue descubierto, fortuitamente, a principios de noviembre de 1990, a resultas de unos trabajos que tenían como finalidad la ampliación del espacio funerario en el cementerio de Quintanilla de Onésimo. La noticia de su existencia se debe al entonces Alcalde de la villa: D. Antonio Castrillo, quien, al percatarse de que las labores citadas dejaban sobre la superficie del terreno diversas evidencias arqueológicas, tuvo a bien comunicar tal circunstancia en el Servicio Territorial de Cultura de Valladolid.

Inmediatamente se personó en el lugar Jesús M.^a del Val Recio, quien entonces era el Técnico Arqueólogo de la Junta de Castilla y León en la delegación de Valladolid. Durante aquella visita, a la que asistí personalmente, se pudo tomar conciencia del alcance del deterioro que había sufrido la estación arqueológica. Ante la expectativa de que nuevas obras causar un daño aún mayor, como medida preventiva, se consideró necesaria la realización de una excavación de urgencia en el lugar. Dicha intervención, desarrollada en el marco de actuación del Convenio que, para la realización de excavaciones arqueológicas en la provincia de Valladolid, firmaron en 1991 la Junta de Castilla y León y la Diputación Provincial con la Universidad de Valladolid, se llevó a cabo entre el 2 de

septiembre y el 3 de octubre de ese mismo año. Tales trabajos, codirigidos por nosotros²², fueron recogidos en un amplio informe, que se encuentra depositado en el Servicio Territorial de Cultura y Turismo de Valladolid (Abarquero Moras, F. J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1992) y en un artículo (Rodríguez Marcos, J. A., y Abarquero Moras, F. J. 1994: 33-57), en el que se resumen los resultados de la excavación.

La localidad de Quintanilla de Onésimo se sitúa en pleno valle del Duero, a la altura del km 34 de la carretera N-122. El cementerio de Quintanilla se ubica en un pago, conocido como El Prado. Para acceder a este ámbito cabe tomar la carretera local de Villafuerte-Cuellar. A poco de abandonar Quintanilla en dirección a Cuellar, una vez traspasada la antigua línea férrea Valladolid-Ariza, en el margen derecho de esta carretera, se abre un camino de tierra denominado del Prado. Recorridos unos metros por dicha senda observaremos que ésta se bifurca a derecha, dando origen al denominado camino de la Dehesa. Precisamente en el ángulo que forma la intersección de ambos caminos se encuentra el yacimiento (Rodríguez Marcos, J. A., y Abarquero Moras, F. J. 1994: Fig. 3).

Repetidas visitas al lugar permitieron comprobar que se trataba de un pequeño poblado que ocupó un área de apenas 700 m²; superficie que, sólo en parte, quedaba englobada en el interior del recinto funerario de Quintanilla de Onésimo (Rodríguez Marcos, J. A., y Abarquero Moras, F. J. 1994: Fig. 3).

El ámbito geográfico en que se enmarca el yacimiento, situado en la unidad ambiental denominada Ribera del Duero, responde morfológicamente a un relieve, en el que predominan las líneas horizontales. En este punto de la provincia de Valladolid, el Duero ha excavado un amplio valle en artesa que discurre entre los altos páramos calcáreos (Páramo del Cerrato, al norte y Páramo de Campaspero, al Sur). Dentro de este contexto, el yacimiento se asienta sobre una de las terrazas

bajas del Duero, ocupando un espacio eminentemente llano a medio camino entre la margen derecha de este río, distante aproximadamente 750 m, y el tramo inferior de la zona de cuestras que limitan los páramos.

Los caracteres edafológicos de la zona que nos ocupa, a grandes rasgos, vienen definidos por la existencia de un amplio manto de arenas que han dado lugar a unos suelos de tipo fluvisol cálcico. Estas arenas cuaternarias, de origen fluvial y acumulación eólica, recubren y homogeneizan el paisaje de valles y campiñas de amplios sectores del centro y sur de la provincia de Valladolid.

Algunas líneas arriba señalábamos que El Cementerio se encuentra a cierta distancia del Duero, no obstante podemos indicar que el abastecimiento de agua no debió ser una preocupación para las gentes que ocuparon el poblado, por cuanto en sus proximidades discurre el arroyo del Prado. A pesar de lo irregular del caudal de los arroyos que, como el presente, nacen de fuentes situadas en lo alto de los páramos próximos, el lugar tiene un alto grado de humedad que hemos de poner en relación con los caracteres litológicos propios de las zonas de arenas de este ámbito provincial. Estos materiales, dada su permeabilidad, filtran fácilmente el agua y en aquellas zonas donde, como en el presente caso, el sustrato miocénico permeable se sitúa a escasa profundidad, tiene lugar la aparición de humedales que propician el mantenimiento de pastizales. Precisamente uno de los topónimos del área sobre el que se asienta el yacimiento (El Prado) hace clara alusión a las buenas condiciones que ofrece desde el punto de vista hídrico, las cuales facilitan el desarrollo de una pradera natural en el entorno próximo a la estación arqueológica.

Si desde un punto de vista funcional el recurso hídrico no debió ser causa de preocupación para los ocupantes del poblado, tampoco debió serlo la búsqueda de una posición estratégica a la hora de seleccionar el emplazamiento. Prueba de cuanto decimos la tenemos, por ejemplo, en que el lugar se sitúa al pie de un pequeño cerro²³ (conocido por las gentes de la zona como San Cristóbal) desde donde resulta fácilmente vulnerable o en lo exíguo del campo visual que se domina desde el yacimiento; muy limitado hacia el sur por la barrera que forma la línea de páramos y hacia el N/W por el propio cerro.

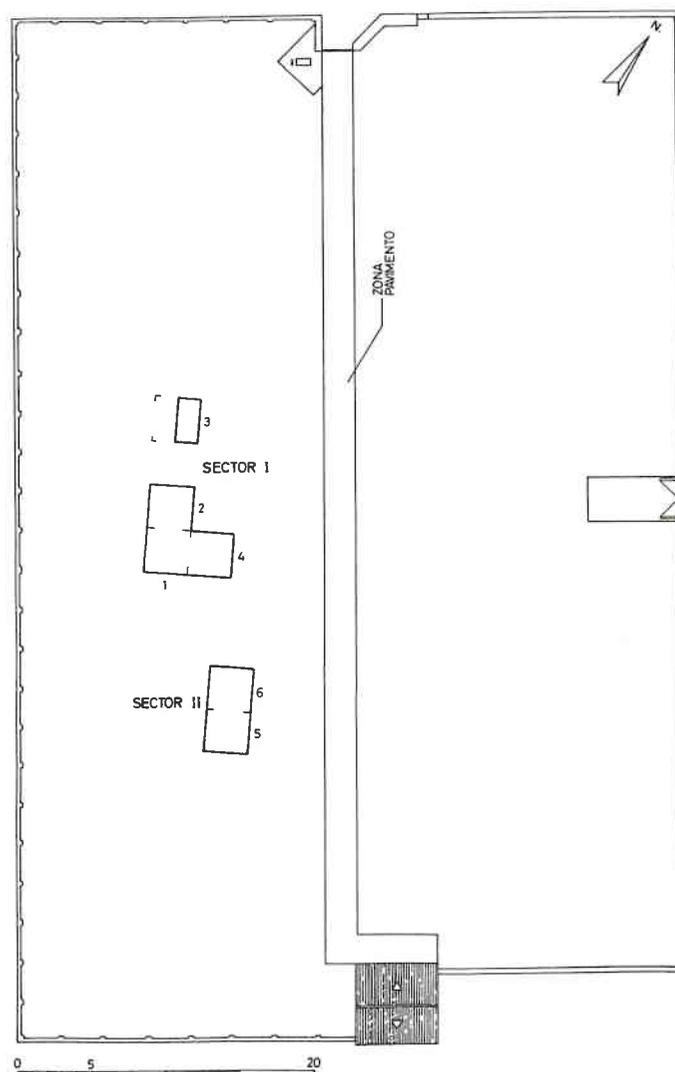


Fig. 65. El Cementerio-El Prado. Plano del Cementerio de Quintanilla de Onésimo con la distribución de las unidades de excavación.

Trabajos realizados

Las labores se desarrollaron (ver Fig. 65) en un sector situado junto a la tapia W del cementerio. Se eligió esta zona porque al efectuar una prospección de la misma, pudimos constatar la existencia en la misma de una gran fosa rectangular, abierta con pala excavadora, que había de servir para alojar una serie

²² Queremos expresar nuestro agradecimiento a Luí Miguel Villadangos, María Luisa Ramírez, Raquel Quijano, Almudena Rodríguez Marcos, María del Mar Arroyo, Belén García, Inés Centeno, Mónica Hernansanz y Alicia Villar; quienes desinteresadamente participaron en las tareas de excavación y documentación de las evidencias recuperadas en el yacimiento. Así mismo, queremos expresar nuestra gratitud a D. José Antonio del Pozo, alcalde de Quintanilla de Onésimo, y a los miembros de este Ayuntamiento, por la agradable acogida que en todo momento nos dispensaron. Por último, deseamos hacer llegar nuestro reconocimiento a nuestro buen amigo, Antonio Castrillo, vecino de esta localidad, al que debemos que este yacimiento haya podido ser documentado antes de su destrucción.

²³ Dicha elevación, de cima amesetada (formada por arenas y gravas fuertemente cementadas), constituye la última evidencia de una antigua terraza que, como consecuencia de la erosión diferencial de la red fluvial, ha quedado en resalte sobre el fondo del valle.

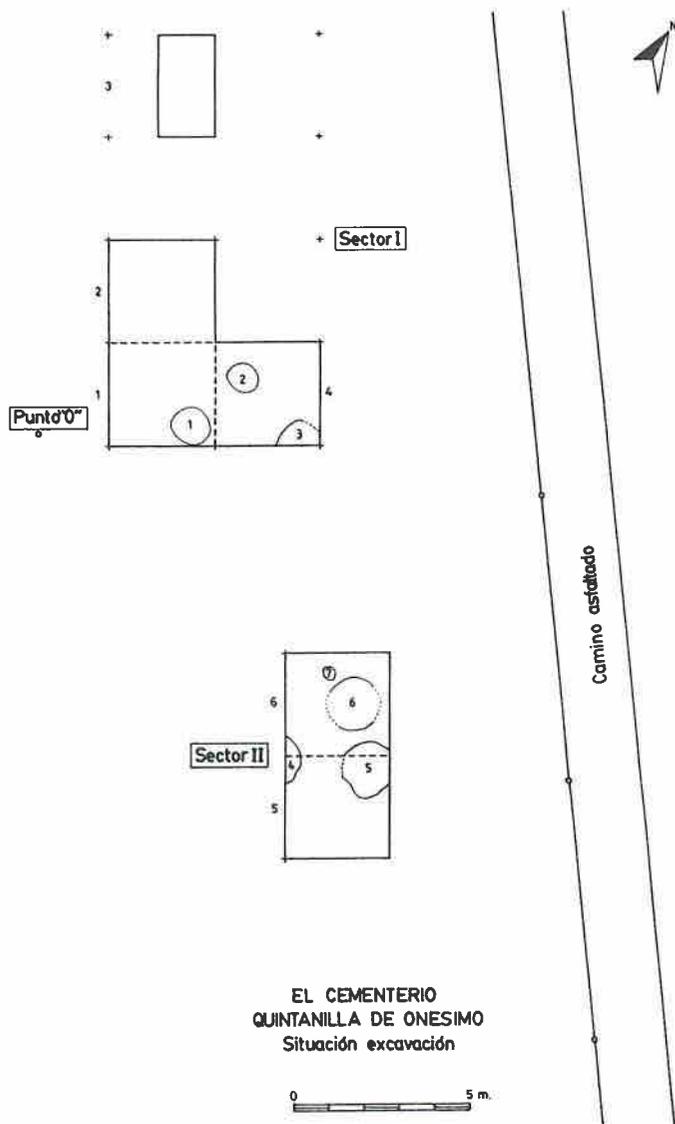


Fig. 66. El Cementerio-El Prado. Detalle de la excavación, donde se aprecia la distribución de los hoyos localizados.

de tumbas. En los abruptos taludes de esta gran zanja podían advertirse los perfiles de una serie de bolsas (al menos tres) que contenían tierra negruzca; de su aspecto cabía deducir que los citados trabajos habían afectado a un “campo de hoyos” de la Edad del Bronce.

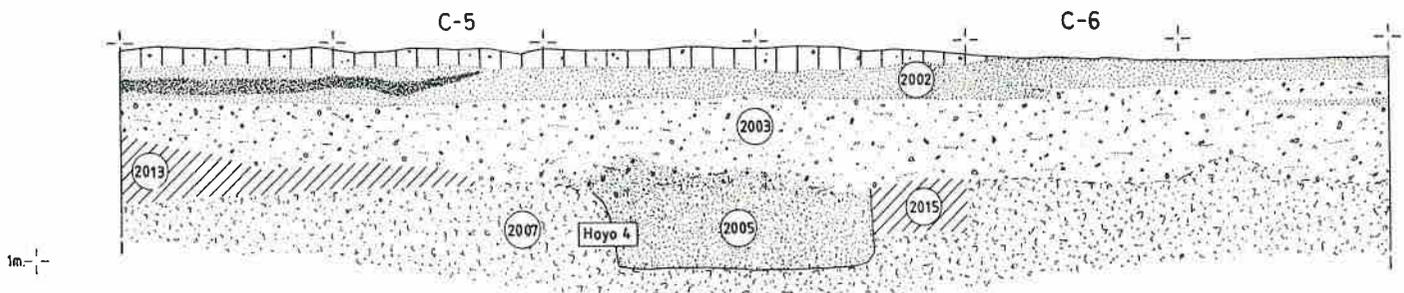
Según se nos comunicó, ante la necesidad de construir nuevas tumbas, se pensaba seguir ampliando la citada fosa. Por esta razón decidimos desarrollar nuestra excavación en sus inmediaciones, intentando cumplir los siguientes objetivos: *a)* Documentar y rescatar el mayor número de datos posible en aquellos sectores que, de modo más inminente, iban a verse afectados por la construcción de nuevas tumbas. *b)* Intentar acotar un sector dentro del cementerio donde poder construir nuevas tumbas sin que peligre la integridad de la estación arqueológica.

Los trabajos se desarrollaron en dos ámbitos diferentes²⁴ (ver Fig. 66). En el primero de ellos (en adelante Sector I), inicialmente, se trazó una cuadrado –Cata 1– de 3 m de lado. En este cuadrado, situado sobre el extremo septentrional de la gran fosa, la pala excavadora ya había retirado los niveles superficiales que originalmente ocuparon el sector y dejaban a la vista parte de una mancha cenicienta que, según pudimos comprobar más adelante, resultó ser un hoyo-basurero (h-1). Nuestros trabajos continuaron en dirección norte y se abrió la Cata 2, donde no apareció estructura arqueológica alguna; lo cual, de algún modo, parecía sugerir que habíamos localizado uno de los límites de la estación arqueológica. Intentando confirmar esta sospecha decidimos iniciar la excavación de la Cata 3. En dicho cuadrado (del que, por cierto, sólo se excavó su mitad oriental), de nuevo, no se documentó estructura prehistórica alguna. Parecía claro que, en efecto, habíamos localizado uno de los márgenes del yacimiento pudiendo establecerse que éste no se extendía al norte de la Cata 3. El reconocimiento de este hecho, para nosotros, revestía indudable interés pues significaba dar cumplimiento al segundo de nuestros objetivos.

Posteriormente procedimos a trabajar en una nueva unidad de excavación –Cata 4–; la cual, situada al este del cuadrado 1, permitió reconocer la planta de dos nuevas subestructuras (h-2 y h-3), de caracteres enteramente semejantes a la anteriormente citada.

²⁴ Queremos señalar que todas las unidades de excavación fueron orientadas y situadas respecto a unos ejes cartesianos comunes. De igual modo, se estableció un único plano “0” para toda la superficie intervenida. Tomamos esta decisión previendo que en un futuro, más o menos próximo, será necesaria la ampliación del espacio funerario lo cual obligará a efectuar nuevas investigaciones arqueológicas en el interior del recinto funerario. Por ello, desde un principio, decidimos disponer las catas dentro de un sistema convencional de cuadrícula ortogonal en el que, a su vez, podrán integrarse las futuras intervenciones que sea preciso realizar en el yacimiento.

Perfil Oeste



115

Fig. 67 El Cementerio-El Prado. Estratigrafía general del yacimiento.

Una vez hubimos efectuado esta serie de observaciones, decidimos abandonar los trabajos en el Sector I, que como vimos parecía coincidir con un área marginal del poblado y trasladar nuestras investigaciones a un nuevo ámbito que, de confirmarse nuestras suposiciones, debía situarse hacia el centro de la estación arqueológica. En dicho área (en adelante Sector II), situado unos metros al S/E del Sector I (ver Fig. 66), se abrieron dos nuevas unidades de excavación (Catas 5 y 6) que depararon el hallazgo de cuatro estructuras prehistóricas (h-4, 5, 6 y 7).

Durante nuestros trabajos, inicialmente, pudimos tomar conciencia del importante deterioro que había sufrido el yacimiento a causa de los diversos usos agrarios que se ha visto sometido el suelo sobre el que se asienta. Según tuvimos ocasión de conocer (primero por información oral y luego a través de nuestras investigaciones), las tierras sobre las que se asienta El Cementerio, en tiempos, estuvieron ocupadas por un viñedo. De su presencia en el área tuvimos clara constancia pues, no en vano, a lo largo de la excavación localizamos las gavias que dieron cobijo a las raíces de las cepas; las cuales en muchas ocasiones habían interesado seriamente a los hoyos prehistóricos. Si a ello añadimos que las labores de acondicionamiento que conlleva la construcción del cementerio, han seguido afectando a la integridad del yacimiento que no es de extrañar el mal estado de conservación que ofrecen la mayor parte de las estructuras objeto de investigación.

Nuestras labores, permitieron reconstruir la estratigrafía del yacimiento. Enteramente similar en todos los sectores excavados (Fig. 67), de arriba a abajo, consta de:

- **Nivel I:** Capa superficial, muy heterogénea y de escasa potencia (entre 15 y 20 cm), en la que se mezclan diversos echadizos modernos (preferentemente cal y arena) relacionados con la construcción de tumbas y panteones.
- **Nivel II:** Bajo la anterior se sitúa una potente capa (su grosor oscila entre los 35 y 45 cm), compuesta por arenas poco compactadas, de grano fino y color marrón. Este estrato, que constituiría el nivel superficial del yacimiento antes de convertirse en cementerio, es el que ha sufrido más directamente las alteraciones producidas por las distintas labores agrícolas: en él se abrieron las zanjas de las viñas, fue arado cuando el terreno se destinó a la pro-

ducción de tipo cerealista, etc. Todo ello contribuye a que en el presente constituye un nivel de revuelto, en el que se mezclan materiales modernos –cerámicas vidriadas, tejas, etc.– y prehistóricos –cerámicas a mano–.

- **Nivel III:** No constituye una capa continua, por el contrario, identificamos dos tipos de estructuras excavadas. De una parte se localizan una serie de zanjas que dieron cobijo a las raíces de los majuelos que, en tiempos, ocuparon el área. La presencia de estas “superficies de intervención” complicó el normal desarrollo de la excavación, no en vano, en muchos casos afectaron a los hoyos prehistóricos. Por lo general las zanjas de las viñas adoptan una forma pseudo-rectangular alargada, alcanzando longitudes entre los 100 y 120 cm. Al parecer, inicialmente, se alineaban en líneas paralelas que guardaban una disposición SE-NW; esta a modo de “malla” se ha visto alterada en algunas zonas, donde han sido excavadas algunas zanjas nuevas, que se disponen transversalmente a las anteriores, con el fin de proceder a las replantaciones o al abonado que periódicamente hay que efectuar a los viñedos. El material que se localizaba en el interior de estas zanjas responde a un carácter de revuelto; conteniendo desde fragmentos de hueso hasta cerámicas a torno y a mano o los restos de las raíces que todavía albergaban.
- **Nivel IV:** Cubiertos por el Nivel II y, en algunos casos, cortados por las zanjas que constituyen el Nivel III, se sitúan las únicas estructuras relacionadas con la ocupación prehistórica del lugar. Se trata de una serie de grandes “bolsadas” –siete en concreto– de tierra cenicienta que colmatan el interior de una serie de hoyos de diverso tamaño y perfil, cuyos particulares caracteres se describen a continuación de forma individualizada. Han sido excavados en el nivel de tierra virgen que sirve de base al yacimiento.
- **Nivel V:** Se corresponde con el nivel geológico sobre el que se asentó la estación arqueológica. Formado por arenas muy finas de color claro –entre amarillento y anaranjado–, en el que han sido excavadas tanto las gavias del antiguo viñedo, como las subestructuras de tipo hoyo (único elemento de carácter constructivo de época

prehistórica que ha perdurado hasta nosotros). Sustrato geológico absolutamente estéril desde el punto de vista arqueológico.

Como queda dicho, nuestra intervención arqueológica permitió la identificación y posterior excavación de un total de siete estructuras²⁵, únicas evidencias de tipo constructivo que han llegado hasta nosotros del asentamiento prehistórico. Se trata de una serie de cubetas de planta para-circular que fueron excavadas en el nivel de tierra virgen que sirve de base al yacimiento. Por sus rasgos morfológicos –perfil y dimensiones– y composición del relleno, seis de estas cubetas, que han sido excavadas en el sustrato natural, tienen cabida entre los denominados hoyos/basurero en tanto que la restante parece corresponder a un agujero de poste.

- **Hoyo 1:** Se localiza en el ángulo sureste del Sector I, entre dos zanjas de viñedo, viéndose afectado, así mismo, por otra más. Su boca, prácticamente circular, alcanza los 110 cm de diámetro, y su fondo se localiza a 30 cm de profundidad respecto a su abertura actual. Sus paredes, prácticamente rectas, proporcionan al hoyo un perfil prácticamente cilíndrico. El relleno de este hoyo, es muy homogéneo, está formado por una arena fina muy suelta y fina de color grisáceo, debido a su alto contenido de ceniza y carbones. No presenta indicios de estratificación ni discontinuidad en la deposición de los materiales que lo colmatan; lo cual parece indicativo de que su relleno se produjo, más o menos, sincrónicamente. El material arqueológico localizado en su interior, más bien escaso, se compone de algunos fragmentos cerámicos, de reducido tamaño y aspecto muy rodado. Entre ellos, muy pocos presentan decoración. El material lítico es también escaso; únicamente cabe señalar la presencia de una lámina de sílex.
- **Hoyo 2:** Su boca se localiza a unos 50 cm de la superficie actual del yacimiento, ubicándose en el cuadrante NW del cuadro B-1 (Sector I). Su perfil es pseudocilíndrico. La boca es circular, de 72 cm de diámetro. La altura conservada es de 50 cm. El relleno, de arenas tintadas con cenizas, presenta en la zona superior una coloración oscura más intensa, producto, es de suponer, de una mayor concentración de material orgánica, y una textura muy suelta. A medida que se profundiza, la coloración se hace más clara y la tierra más compacta.

Con todo, resulta imposible encontrar una división en distintos estratos del contenido del relleno. La colmatación del hoyo debió producirse en un breve intervalo temporal, pues no se detectan superficies de abandono. Los materiales encontrados son los habituales en esta clase de estructuras: cantos de cuarcita y caliza; diversos fragmentos de cerámica a mano, más grandes y abundantes en la porción superior, alguno de los cuales presenta decoración incisa y, en un caso, un tosco Boquique. Aparecen también restos óseos de animales domésticos y pequeñas pellas de barro.

- **Hoyo 3:** Localizado en la esquina S/E de la Unidad B-1 (Sector 1), se encuentra interrumpido por los perfiles de la cata que forman ese ángulo, por lo que no ha sido excavado en su totalidad. Por otra parte, se ha visto afectado por dos zanjas de viña. La forma general del hoyo es difícil de precisar, dado lo parcial de su documentación, aunque la tendencia de su planta es circular y su diámetro en la boca podría alcanzar los 150 cm. La profundidad máxima conservada es de 32 cm. Tiene unas paredes muy rectas y el fondo rehundido en el centro. El relleno del hoyo lo constituyen unas arenas muy ennegrecidas por cenizas y con una alta concentración de materia orgánica. En el perfil septentrional de la cata se puede observar cómo el relleno ha sido removido en su parte superior por la acción del arado. El material arqueológico es escaso, reduciéndose a unos pocos fragmentos de cerámica a mano, la mayor parte de ellos lisos, y a dos láminas de sílex con un ligero retoque lateral.
- **Hoyo 4:** Se localiza en la intersección de A-1 y A-2 (Sector II), buena parte de su superficie se introduce en la pared occidental de dichos cuadros. Se ha visto afectado ligeramente por una zanja de viña. La boca del hoyo empieza a dibujarse unos 45 cm por debajo de la superficie actual del terreno, presentando un nivel superior alterado por las labores agrícolas. Hasta unos 10 o 15 cm más abajo no se aprecia su boca. Ésta, de planta pseudocircular, alcanza un diámetro aproximado de 125 cm. Su profundidad máxima desde la boca conservada es de 47 cm, y sus paredes son más o menos rectas, si bien en algunos sectores adquieren una disposición cóncava. El relleno es muy homogéneo, compacto y duro. Se com-

²⁵ Una caracterización de las mismas puede encontrarse en: Abarquero Moras, F. J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1992.

pone de una tierra de matriz arenosa, de coloración gris clara al estar muy manchada de cenizas.

Dentro del hoyo, a escasa profundidad de su boca, se hallaron dos grandes piedras calizas que daban la impresión de haber sido arrojadas al interior con el resto del contenido. También se encontraron, pegados a la pared, cuatro bloques de barro blanquecino, alguno de los cuales presentaba caras planas, improntas vegetales y huellas de haber sido quemados. El relleno también incluye múltiples fragmentos de cerámica, decorados y lisos, abundantes restos faunísticos y diversos cantos de caliza y cuarcita fracturados.

- **Hoyo 5:** Se localiza en la intersección de A-1 y A-2 (Sector II), aunque en su mayor parte se emplaza en A-1. Su perímetro se ve ligeramente interrumpido por el perfil más oriental de dichos cuadros. Por otra parte, ha sido seccionado levemente por una zanja que profundiza unos 33 cm en el relleno del hoyo. Su boca, de forma pseudocircular y 165 cm de diámetro, se sitúa entre 55 y 60 cm por debajo de la superficie actual del yacimiento. La profundidad máxima, desde la boca conservada, es de 60 cm. El perfil es mixtilíneo, adoptando forma acampanada en el lado sur y de cono invertido en el norte. El relleno presenta caracteres semejantes a los de la cubeta anterior: una tierra de matriz arenosa manchada de cenizas muy homogénea y compacta. Tampoco en este caso se distingue estratificación alguna.

El material arqueológico es similar al del resto, proporcionando fragmentos de cerámica a mano, en menor número huesos de animales domésticos; todo ello mezclado con cantos de cuarcita y caliza, así como una mano de molino barquiforme de granito.

- **Hoyo 6:** Se sitúa de lleno en A-2 (Sector II). Su boca, de forma circular y 165 cm de diámetro, se sitúa unos 66 cm por debajo de la superficie actual del yacimiento. Su profundidad actual es de 77 cm. El perfil es ligeramente acampanado. El hoyo se ha visto afectado por dos zanjas de viñedo que profundizan unos 40 cm en su relleno. El relleno, al igual que en casos anteriores, es homogéneo y no presenta ningún nivel de abandono. De nuevo, se trata de una arena fina, compactada, dura y manchada de cenizas, lo que proporciona una coloración grisácea al relleno (Fig. 68).

El material arqueológico se compone, como en los otros casos, de fragmentos cerámicos y, en menor proporción de restos óseos, mezclados con cantos de cuarcita y de caliza. Cabe citar el hallazgo de tres dientes de hoz en sílex y de una afiladera en arenisca.

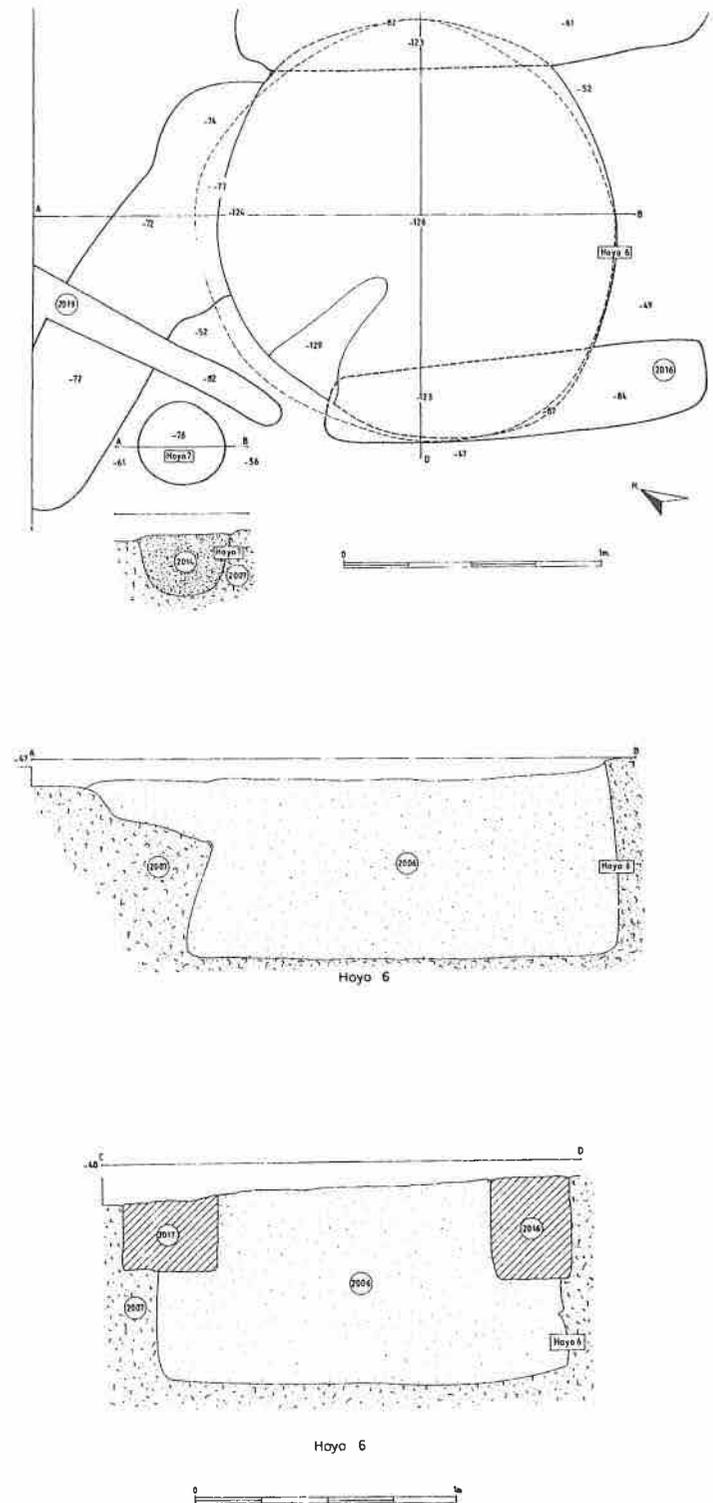


Fig. 68. El Cementerio-El Prado. Planta y secciones de los hoyos 6 y 7.

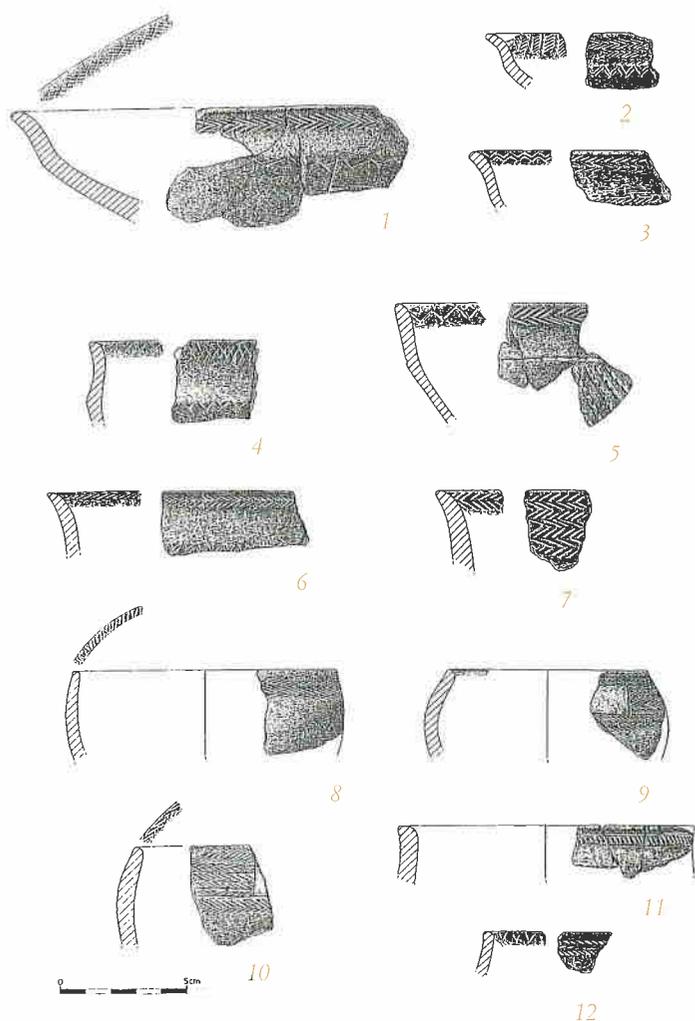


Fig. 69. El Cementerio-El Prado. Diversas cerámicas decoradas.

- **Hoyo 7:** Ubicado a escasa distancia del anterior, dentro de la unidad A-2 (Sector II), se trata de un pequeño hoyo de boca circular, con 34 cm de diámetro y una profundidad de 25 cm. Presenta un fondo ligeramente cóncavo. El relleno, que difiere completamente del que aparece en las anteriores estructuras, presenta una mezcla de arenas de coloración anaranjada con otras más oscuras, sin presentar una estratificación definida. Considerando su reducido tamaño, cabe aventurar que se trata de un agujero de poste.

Es mucho lo que se ha discutido sobre la finalidad que pudieron cumplir estructuras como las que aquí se recogen (Martínez Navarrete, M.^a I. 1988: 883-903); no obstante, las opiniones al respecto convergen en algunos lugares comunes. Primeramente, se acepta que el notable esfuerzo que, sin duda, se precisó para su realización, cuando menos, permite poner en duda que fueran ideadas con el fin único y exclusivo de configurar un espacio para albergar desperdicios. De igual modo, es comúnmente aceptado que, debieron cumplir una función primaria tras lo cual pasan a desempeñar una función derivada que no guarda relación con ésta. Es entonces cuando se convierten en auténticos basureros donde se acumulan los más diversos materiales (cerámicas rotas, objetos líticos amortizados o perdidos, restos alimenticios, materiales de construcción), hasta conseguir su definitiva clausura.

Según hemos comentado más arriba, el aspecto y la disposición en que comparecen los restos recuperados en las excavaciones de El Cementerio permite suponer que, en efecto, los hoyos de nuestro enclave fueron amortizados como simples colectores de desperdicios. Más problemático resulta intentar discernir cuál pudo ser esa función inicial que supuestamente cumplieron; máxime cuando en los hoyos no hemos sido capaces de atisbar la presencia de elementos que permitan plantear hipótesis firmes sobre su posible utilidad primigenia. Por ejemplo, no parece haberse aplicado ningún revestimiento interior en ninguna de las cubetas, lo que sería una prueba concluyente de que tales estructuras pudieran haber sido empleadas a modo de silos; tampoco presentan indicios de haber alojado fuego en su interior (nos fundamentamos, por ejemplo, en la ausencia de sectores enrojecidos y/o marcas de rubefacción en las paredes), lo que sería indicativo de su posible empleo como hornos, hogares, o, de nuevo, silos (es bien conocido que en ocasiones se practica fuego en el interior de estructuras de este tipo a fin de eliminar la humedad ambiental y de las paredes antes del primer almacenamiento).

Ante esta ausencia de rasgos significativos que no permite establecer a ciencia cierta cuál pudo ser su utilidad primigenia, nos limitaremos a señalar que en la actualidad parece cada vez más generalizada la idea de que la mayor parte de estas subestructuras desempeñaron el papel de contenedores de viandas, tanto para las personas como para los animales²⁶, función que muy bien pudieron haber cumplido nuestros hoyos.

En último término, dentro del apartado de las estructuras señalábamos la aparición de un pequeño hoyo -h-7- que

²⁶ Existe una amplia bibliografía donde se recogen comentarios sobre las posibilidades que ofrecen para el ensilado este tipo de estructuras excavadas en el suelo. Uno de los trabajos más clásicos a este respecto se debe a Reynolds, P. J. 1974: 118-131.

hemos identificado como un agujero de poste que pudiera guardar relación con alguna posible construcción aérea situada en las proximidades de los grandes hoyos. Lógicamente carecemos de perspectiva para determinar si tal estructura se corresponde con una estructura, propiamente, de hábitat o de otro tipo.

Análisis de los materiales

Industria cerámica

Es el material arqueológico más numeroso y significativo recuperado, tanto por su número (1.987 fragmentos procedentes del interior de los hoyos) cuanto por la información cultural y cronológica que nos aporta. En su mayor parte aparecen sumamente fragmentadas lo que ha dificultado en gran medida su reconstrucción morfológica.

Se advierte un cierto predominio de las cerámicas que muestran superficies alisadas, con un 45'85% de las evidencias, en segundo término se sitúan las que muestran en su acabado las superficies bruñidas –38'12%–, por último, el número de vasos que presentan las superficies groseras alcanzan un porcentaje del 16'02%. En cuanto a la cocción, se sitúa en primer lugar la reductora (71'82%), seguida de la oxidante (21'54%) y de la mixta (6'62%). Es característica de estas últimas las superficies flambeadas con manchas negruzcas sobre fondo de color anaranjado-rojizo. Se advierte una tendencia importante a emplear desgrasantes. Los materiales empleados a tal fin son poco variados: el sílice en forma de granos de arena es el más usado –compara como material exclusivo en el 66'6% de las piezas analizadas–; en ocasiones se emplea mezclado con mica y/o cerámica machacada (14'8%). Predominan las partículas de grano fino (71'75%), sobre las de medio (18'08%) y grueso (10'16%).

Como es característico del Bronce Tardío-Final, a pesar de la abundancia de materiales, los perfiles identificables presentan muy poca variedad formal; lo cual, en buena medida, debe ponerse en relación con el alto grado de fragmentación en que aparecen las cerámicas en los hoyos. Dentro del yacimiento se detecta la siguiente diversidad:

- Cuencos de la Forma 1: Contamos con 51 fragmentos de borde, lo que supone el 21'52% de las formas identificadas (Fig. 71. 1, 2 y 3). Hallamos desde recipientes de casquete esférico hasta hondos de borde más o menos vertical. En buen número de casos aparecen decorados con motivos incisos. Desconocemos la estructura del fondo.
- Cuencos troncocónicos de pequeño tamaño (Forma 2) y más frecuentemente de gran tamaño.
- Cuencos de tendencia elíptica de la Forma 4. Encontra-

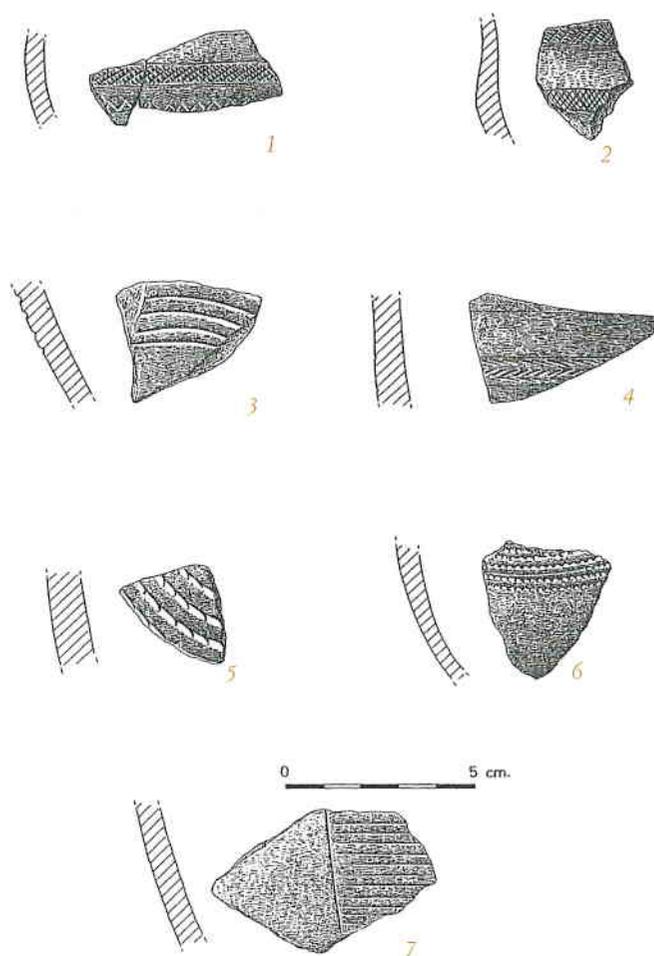


Fig. 70. El Cementerio-El Prado. Fragmentos decorados de distintas procedencias.

mos vasos de mediano (Fig. 71. 5) y pequeño (Fig. 71. 6) tamaño. Este último, que aparece completo, presenta una estrecha base plana. Ninguna de las piezas presenta decoración, a excepción de una pieza adornada con una lengüeta junto al borde (Fig. 71. 4).

- Pequeños recipientes globulares de la Forma 5. Se conocen un pequeño número de perfiles que en todo caso presentan decoración (Fig. 69. 8, 9 y 10).
- Ollas de perfil elíptico de la Forma 7 (Fig. 72. 1 y 2). Su representación en el yacimiento es ciertamente nutrida (30'52% del total de formas identificadas). Dentro de este capítulo cabe distinguir diversas variantes en virtud de sus diferentes alturas y de la distinta orientación de sus

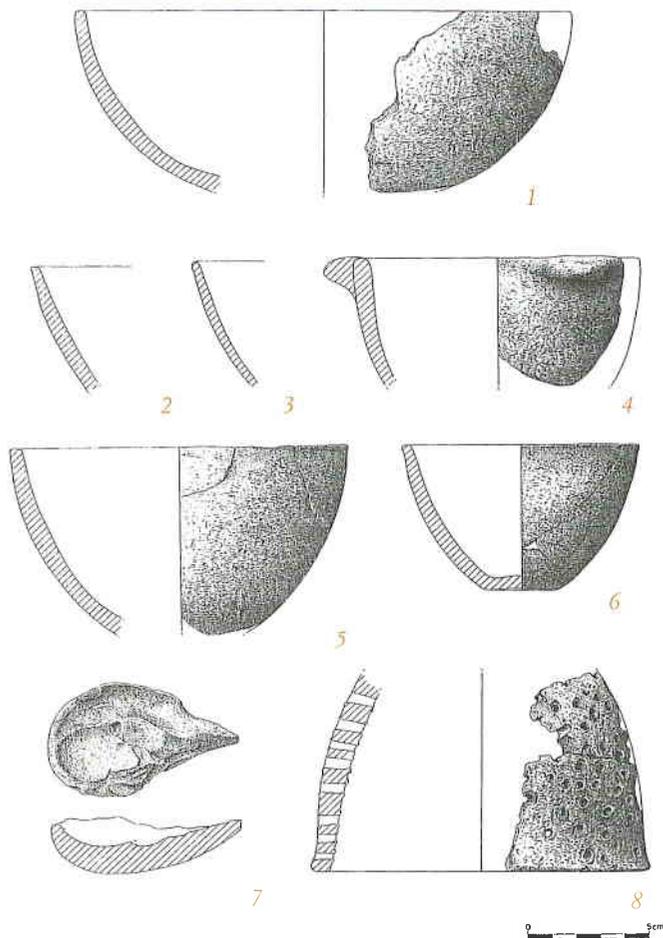


Fig. 71. El Cementerio-El Prado.
Cerámicas lisas, cuchara y quesera.

bordes. Hemos sido capaces de reconstruir un par de perfiles; uno de ellos (Fig. 72. 2) posee paredes altas, muy tirantes (7 B), en contraste con el segundo (Fig. 72. 1) de paredes más redondeadas y menor desarrollo en altura (7 A). Se adornan en varias ocasiones con decoración impresa en el labio (Fig. 72. 1).

- Vasos de suave perfil en S con boca ligeramente cerrada (dos fragmentos Fig. 73. 1) o borde prácticamente vertical (Fig. 69. 11), que se pueden asimilar a la Forma 10 en su variante A.
- Vasos de la Forma 11 con el borde ligeramente exvasado (Fig. 73. 2). Los ejemplares que hemos identificado, que

aparecen bastante fragmentados, en ningún caso van provistos de decoración.

- Cazuelas carenadas de la Forma 13: Es un perfil muy numeroso, con 58 fragmentos de borde y de pared, lo que viene a suponer el 24'47% del total de los galbos reconocibles. Se trata de vasos con carena media-alta, en los que la capacidad suele ser propia de una forma media. Contamos con un buen número de fragmentos de carena y borde (12'98 % del total de los recuperados) que no presentan decoración. Empero, las vasijas decoradas de esta clase tuvieron mayor peso específico. De

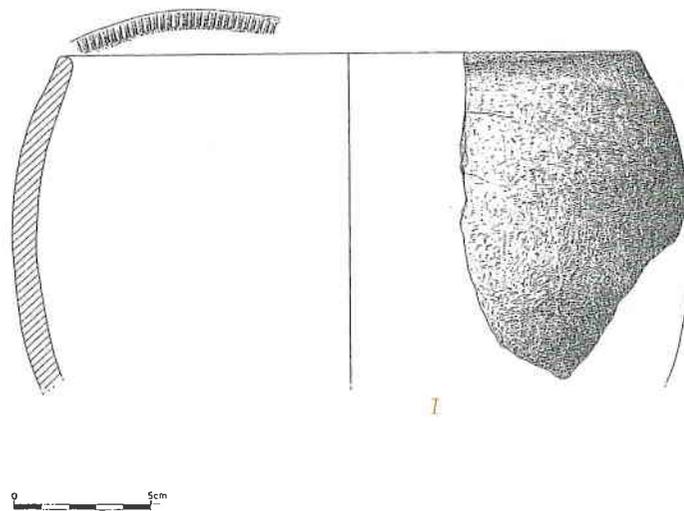
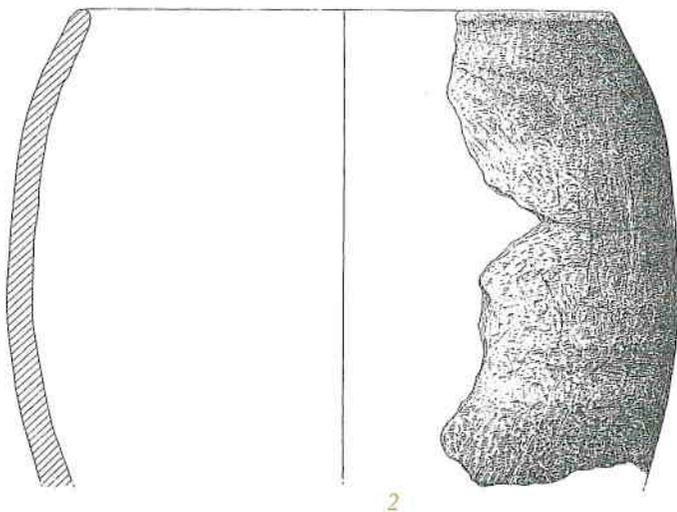


Fig. 72. El Cementerio-El Prado. Ollas.



echo, dominan el capítulo de los recipientes decorados (47 de las 70 piezas decoradas cuyo perfil ha sido posible, al menos, clasificar, o un 67'1%). Cabe diferenciar entre modelos abiertos (Fig. 69. 1), de escaso desarrollo en altura, y aquellas otras que alcanzan un mayor desarrollo vertical, pudiendo además subdividir estos últimos en vasos de borde vertical (Fig. 69. 2 y 3) o ligeramente reentrante (Fig. 69. 4).

- Recipientes carenados de la Forma 14: En este caso contamos sólo con un total de dos ejemplares reconstruibles, adscribibles a este perfil, con lo que se sitúa como una forma escasamente fabricada en el yacimiento. El perfil, de paredes y bordes marcadamente rectilíneos, se apartan de los modelos anteriores y recuerdan el de los denominados vasos troncocónicos, propios del Cogotas I avanzado (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: 73-74). Carecemos de algún perfil completo.
- Comparcen unos pocos barro (6 en concreto), cuyas paredes presentan múltiples perforaciones, que pertenecen al tipo de lo que habitualmente se conoce con el nombre de encellas o queseras. Tan sólo hemos podido reconstruir, parcialmente, el perfil de una de ellas (Fig. 71. 8) que adopta la forma de tronco de cono abierto en su base mayor (es probable que también lo estuviera en la opuesta, como suele ser habitual en múltiples paralelos).
- En el hoyo 5 se encontró una cuchara de cerámica que ha llegado hasta nosotros incompleta; habiéndose conservado parte del cuenco (de forma ovalada y escasa profundidad) y el arranque del mango. Estos cacillos, a nivel peninsular, como en su momento explicaremos, se documentan a lo largo de, prácticamente, toda la prehistoria con cerámica (Fig. 71. 7).

Durante nuestros trabajos el hallazgo de cerámicas decoradas es ciertamente numeroso, de hecho el 29'28% de los bordes recuperados pertenecen a vasos decorados.

Las técnicas decorativas constatadas en la ornamentación de estos vasos son únicamente tres: la incisión, la impresión y el Boquique.

Sobre la dispar incidencia con que cada una de ellas se refleja sobre la superficie de los recipientes resultan harto elocuentes los siguientes datos. Si hacemos referencia a la frecuencia con que cada una de las especies citadas se reflejan sobre cada uno de los barro decorados –en este caso nos referimos tanto a bordes como galbos o fondos–, diremos que de los 150 recuperados en excavación, 148, el 98'66%, ostenta motivos decorativos incisos; la impresión y el Boquique alcanzan un protagonismo infinitamente menor, sirva señalar que ambos se

manifiestan sobre un par de fragmentos, un 1'33%, del total. Igual de elocuente resulta el siguiente dato: una vez desglosados y contabilizados todos y cada uno de los motivos decorativos que se plasman sobre los tientos del yacimiento hemos podido establecer que el 97'19% de los mismos son incisos; un 1'68% son de Boquique y sólo un 1'12% son impresos.

Estas técnicas se plasman sobre las cerámicas en una variedad de motivos. Como es fácil deducir por lo arriba expuesto, los motivos incisos son los más frecuentemente empleados. Los más habituales, porcentualmente hablando, son las espigas –presentes en el 64'62% de los fragmentos decorados–, en sus diversas modalidades –espigas simples, dobles o en grupo–.

Por su parte, las retículas, presentes en el 15'88% del total de fragmentos con incisión, las series de trazos (15'75%), y los zigzags (9'33%) desempeñan un papel muy similar en los esquemas ornamentísticos del yacimiento.

Otra serie de motivos tienen una presencia meramente testimonial en la ornamentística de los vasos, nos referimos, a los triángulos rellenos o los grupos de ondas incisas, presentes, ambos, tan sólo en un par de un par de fragmentos cerámicos.

Para concluir diremos que las líneas incisas simples, si bien en algún caso concreto se emplean para rellenar determinados espacios de un vaso formando tupidas series (Fig. 70. 7), en general son utilizadas para enmarcar otros temas más complejos.

Como es fácil suponer, debido a su escasa presencia en el yacimiento (únicamente dos fragmentos), los diseños en que participa el Boquique ofrecen una exigua variedad temática. En uno de los vasos (Fig. 69. 5) se observa una línea horizontal dispuesta junto a la carena, debajo de ésta se dispone un típico tema de ondas o guirnalda, semejante al que aparece sobre el fragmento 5 de la Fig. 69.

Los motivos impresos, por último, son, al igual que la especie anterior, excepcionales limitándose su representación en el yacimiento a dos únicos barro. Sobre uno de ellos (Fig. 70. 6) se observa un motivo de puntos impresos que se disponen en ondas. Sobre el segundo se observa un tema de espiga en el que los lados de los ángulos han sido confeccionados mediante la aplicación, sobre el barro aún fresco, de un instrumento de extremo rectangular.

Las composiciones

Un aspecto interesante, por lo que al capítulo decorativo se refiere, es el de la organización general de los distintos temas sobre la superficie del vaso.

Como es lógico suponer, el alto grado de fragmentación de la cerámicas dificulta el análisis de este aspecto; no en vano su análisis ha de ser abordado a partir de recipientes que ofrezcan un idea lo más completa posible de lo que fue el desarro-

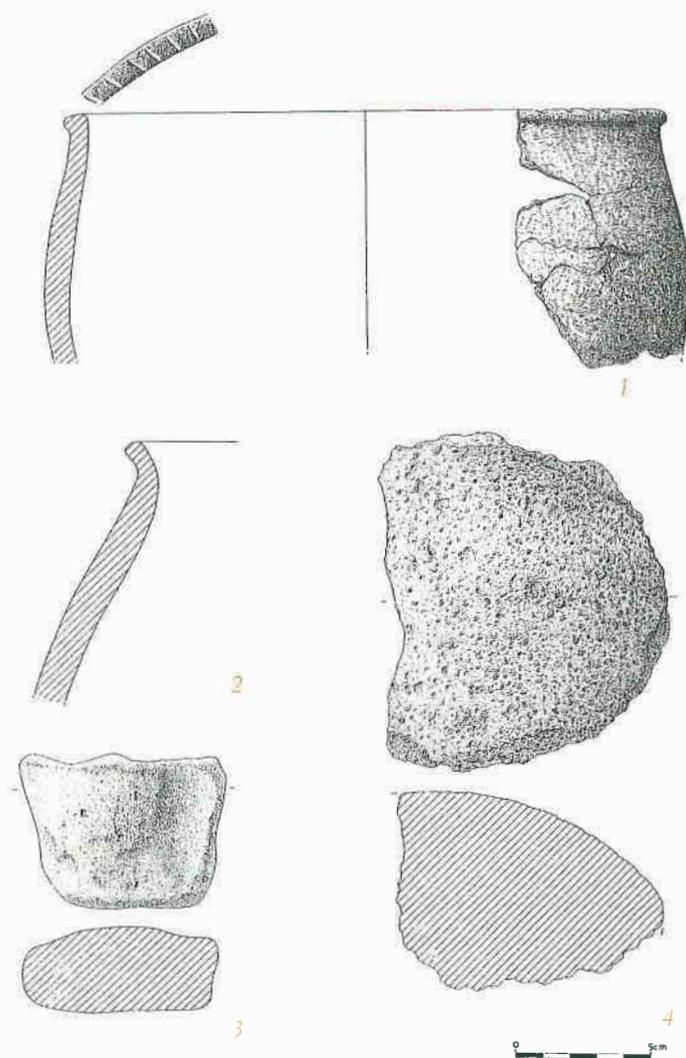


Fig. 73. El Cementerio-El Prado. Cerámicas y diverso material lítico.

llo de su decoración. En este sentido, diremos que son muy pocos los recipientes llegados hasta nosotros que permiten este análisis, por lo que habremos de limitarnos a ofrecer unas pautas generales al respecto.

Primeramente, señalar que, en líneas generales, la disposición de las decoraciones guarda íntima relación con los caracteres propios de cada soporte. Así, en el caso de las formas carenadas los motivos se disponen, preferentemente, en estrechos filetes que discurren bajo el borde y a la altura de la carena. Generalmente, el espacio que media entre ambos aparece

reservado; excepción hecha de aquellos ejemplares, escasos por cierto, que presentan algún motivo metopado (Fig. 69. 2). Por lo que se refiere al sector correspondiente a la panza, estas cerámicas, sólo presentan decoración en contadas ocasiones; este sería el caso de los pocos recipientes hallados en el yacimiento que, o bien, ostentan motivos radiales (Fig. 69. 1), o bien, se decoran con las típicas ondas de Boquique. En este caso concreto, observamos como con dicho motivo se configura un ancho friso de típicas ondas que ocupa el tercio superior de la panza (Fig. 69. 5).

Los pocos cuencos, relativamente completos, que hemos recuperado suelen decorarse mediante un estrecho friso que recorre el exterior del borde (Fig. 69. 8). Un tema semejante suele hacer acto de presencia sobre los vasitos globulares, si bien sobre éstos, en ocasiones, comparece un tema algo más complejo formado en base a la conjunción de dos estrechos filetes que enmarcan un espacio liso en el que, de tramo en tramo, comparece un motivo metopado (Fig. 69. 9 y 10).

Decoración interna de los bordes

Las especies decoradas de El Cementerio-El Prado muestran en un alto porcentaje (el 45'3% de los bordes pertenecientes a cerámicas decoradas) esta modalidad decorativa. De los motivos utilizados, en todo caso incisos, el más habitual es el de los zigzags (41'1%); las espigas alcanzan el 32'3%, los trazos oblicuos el 17'6%; en último término aparecen las retículas con sólo un 8'8%.

Respecto a los elementos de presión recuperados (4 ejemplares) diremos que éstos únicamente se reflejan sobre las cerámicas lisas.

- Mamelones: Tres mamelones simples de perfil cónico (Tipo 1a), en todo caso están presentes sobre recipientes de tipo olla.
- Lengüeta simple de perfil aplanado (Tipo 4a). Un ejemplar que se sitúa junto al labio de cuenco (Fig. 71. 4).

Industria lítica

En comparación con la cerámica es mucho más pobre, puesto que sólo se registran 34 piezas. Predomina el empleo del sílex, en lo que a la elaboración de útiles se refiere (87'5%), sobre la cuarcita (12'5); la proporción varía notablemente en lo que respecta a los restos de talla recuperados: la cuarcita, en este caso, representa el (47'4%), en tanto que el sílex no supera el 52'6%. Los restos de talla suponen el 55'9% de las evidencias (15 lascas y 3 nucleiformes). En lo referente al tipo de soporte empleado decir que un 62'5% de los útiles han sido realizados sobre lasca, un 35'5% sobre lámina y, el resto, lo han sido sobre núcleos, etc.

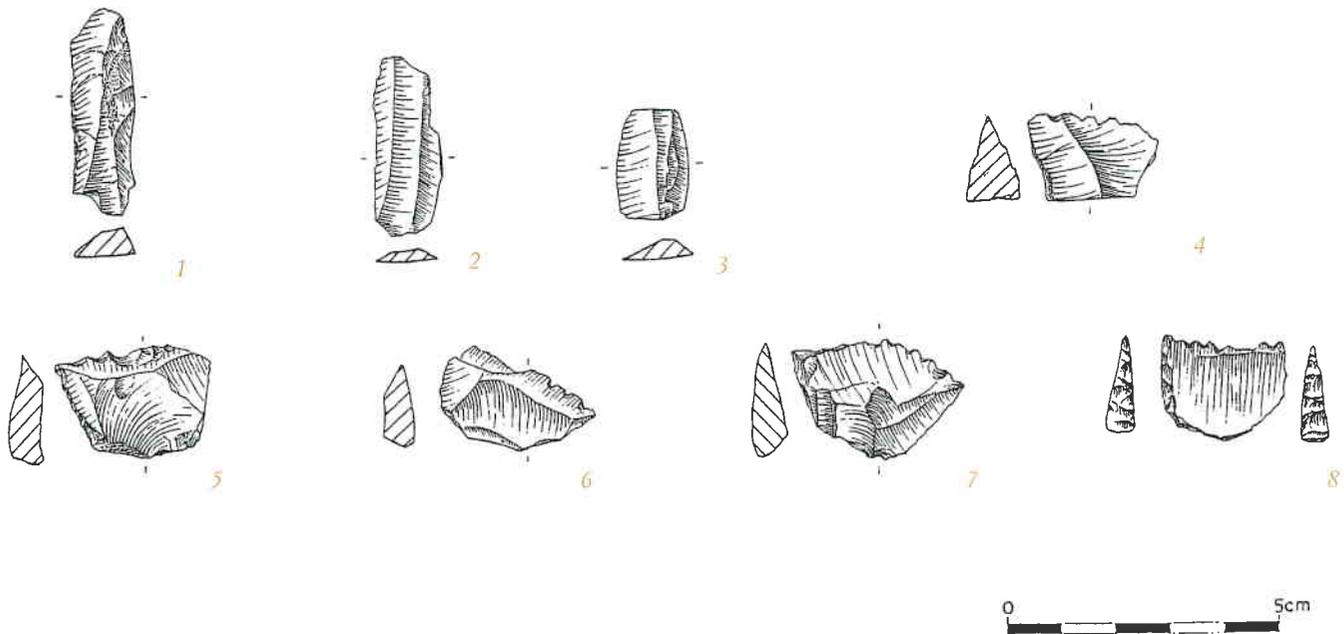


Fig. 74. El Cementerio-El Prado. Industria lítica.

- Como útiles tipologizables podemos mencionar cinco piezas de hoz de morfología dispar: trapezoidal (Fig. 74. 4, 5 y 7), semicircular (Fig. 74. 8), y de perfil irregular. En todo caso han sido fabricadas sobre soportes lascas que muestran en uno de sus filos (predominan los rectilíneos –tres ejemplos–, sobre los convexos y cóncavos –un ejemplar en cada caso–), un retoque denticulado (en general bifacial) continuo, con el que se consiguen un número de muescas variable (desde 4 hasta 9). En el lado opuesto, por lo general, observamos la presencia de un dorso natural (esto ocurre en cuatro de las piezas), y, sólo excepcionalmente, rebajado (Fig. 74. 8). Tres de estas piezas de hoz presentan lustre de cereal.
- Tres fragmentos de lámina de sílex, de escaso espesor y sección trapezoidal. Una de ellas no presentaban ningún tipo de retoque (Fig. 74. 10), en tanto que las otras dos, muestran sobre uno de sus lados, un retoque continuo, marginal; que es simple y alterno en uno de los casos (Fig. 74. 1) y abrupto y directo en el otro (Fig. 74. 2).
- Se recogió una mano de molino casi completa en granito alóctono (Fig. 73. 4) y tres manos de mortero sobre cantos de cuarcita.
- Estudiamos también un útil pulimentado recuperado en el hoyo 6. Se trata de una afiladera en arenisca, de grano

muy fino y compacto, que tiene forma irregular y sección pararectangular. Presenta sobre el lateral de una de sus caras un característico canal de desgaste de 20 mm de anchura (Fig. 73. 3).

Valoración y cronología

Tanto por sus dimensiones, como por su ubicación, en la parte baja de una ladera de páramo, define a este yacimiento El Cementerio de Quintanilla de Onésimo como un poblado de extensión media, sin aparente preocupación defensiva.

Las únicas estructuras de carácter constructivo localizadas en el área son una serie de hoyos excavados en el sustrato, en este caso arenoso, que sirve de base al yacimiento. Estas estructuras, parangonables a las localizadas en diversos asentamientos de la prehistoria peninsular en un amplio margen cronológico que abarca desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce, en el momento de ser excavadas parecen cumplir la función de auténticos basureros.

Si, como hemos tenido ocasión de comentar, existen dificultades a la hora de desentrañar cuál pudo ser el significado de las estructuras de estaciones como El Cementerio-El Prado, otro de los problemas, a nivel interpretativo, propios de este tipo de asentamientos radica en intentar establecer sus límites cronológicos, la sincronía o diacronía de las diversas estruc-

turas localizadas y de los materiales que contienen, etc. Estos problemas, inherentes a esta clase de estaciones arqueológicas, derivan de los caracteres y el estado de conservación en que llegan hasta nosotros; no olvidemos, que en el momento de su excavación ha desaparecido el nivel ocupacional en que se abrieron los hoyos, con lo cual estos hábitats se convierten, simple y llanamente, en un simple agregado de subestructuras irregularmente repartidas, cada una de las cuales constituye un auténtico depósito cerrado difícil de interrelacionar con el resto. El tema es aún más complejo si tenemos en cuenta que, como es bien sabido, en el seno de este tipo de enclaves pueden darse fenómenos de estratigrafía horizontal²⁷, en virtud de los cuales, la excavación de las distintas cubetas pudo no haber sido sincrónica sino consecuencia de sucesivas y reiteradas ocupaciones.

Aún asumiendo todas estas limitaciones nos inclinamos a pensar que la ocupación que se desarrolló sobre nuestro enclave no debió ser, en exceso, prolongada. El hecho de no haber detectado hoyos intersectados, que suelen sugerir reocupaciones por parte de grupos de la misma o distinta adscripción cultural, la baja densidad de fondos por m² que se registra en el hábitat de El Cementerio, e, incluso, lo reducido del área que ocupa nuestro yacimiento, serían argumentos que apuntarían en este sentido²⁸. Un último dato que serviría para reafirmarnos en nuestra idea de considerar los productos cerámicos recuperados en las distintas estructuras del yacimiento como elementos propios de un único momento cultural, y de un período de tiempo relativamente fugaz, se fundamenta en la acusada homogeneidad del material recuperado en todos y cada uno de los hoyos investigados.

Mayores dificultades a la hora de determinar los márgenes cronológicos en que se desarrolló tal ocupación. Al no contar con dataciones absolutas referentes al yacimiento el ajuar arqueológico recuperado constituye la única referencia válida en este sentido. Este consta mayoritariamente de cerámica, que se ajusta a los rasgos generales del grupo Protocogotas del Bronce Medio ribereño: profusión de cuencos, cazuelas de carena media o alta, ornados, preferentemente, con temas incisos de espigas, zigzas, etc. La industria lítica, poco numerosa y con predominio de las piezas de hoz, también sigue esta tónica. No obstante, tal vinculación nos parece un tanto imprecisa tanto desde el punto de vista de la tipología cerámica como de algunos de los aspectos de las decoraciones presentes sobre las mismas. Respecto al primero, la presencia de ciertos perfiles carenados evolucionados, de marcado perfil troncocónico, en efecto, tal y como se expresa en el apartado correspondiente, creemos nos remite a un momento algo más avanzado. A nuestro entender, también apuntan en este mismo sentido la presencia de algunos fragmentos cerámicos con decoración de Boquique o una variación en la proporcionalidad de los distintos temas decorativos incisos, respecto a lo observado en los yacimientos del momento Protocogotas (por ejemplo, descenso de los temas de espiga, aumento de las retículas y las series de trazos, etc.) y que, de algún modo, preconizan cierto alineamiento respecto a la plenitud cogotiana. Esta serie de aspectos apuntan a emplazar durante el momento que hemos bautizado como Bronce Tardío-Final al presente yacimiento de El Cementerio-El Prado de Quintanilla de Onésimo.

²⁷ Algunas observaciones de este tipo se han realizado en diversas estaciones de la órbita Cogotas I; este es el caso de lugares como, por ejemplo, el Caserío de Perales del Río (Getafe, Madrid), donde "se han podido aislar, con bastante claridad, al menos tres momentos de ocupación" (Blasco Bosqued, M.^a C., Sánchez Capilla, M.^a L., Calle, J., Robles, F. J., González, V. M., y González, A. 1991: 64).

²⁸ Según ha podido observarse, en yacimientos de parecidas características y adscripción cultural al nuestro, las sucesivas reocupaciones de un mismo ámbito se reflejan tanto en el aumento de la densidad de hoyos por m², como en un desmesurado crecimiento en horizontal del área ocupada. Un ejemplo de esto último podemos observarlo, por ejemplo, en el Caserío de Perales del Río, donde las sucesivas reocupaciones de época Protocogotas y Cogotas I han configurado un yacimiento de más de 5 hectáreas (Blasco Bosqued, et alii, 1991); área muy superior a las apenas 0'7 ha que ocupa este nuestro.

18. MATABUEYES - PINOS CLAROS (QUINTANILLA DE ONÉSIMO)

Coordenadas: Lat. 41° 37' 43"
 Long. 04° 20' 50"
 Altitud: 730 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 17-15 (373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

En las proximidades de la finca Pinos Claros tuvo lugar un interesante hallazgo que denota que el lugar conoció la presencia de las gentes de la Edad del Bronce. El hallazgo en cuestión, consistente en un interesante vaso cerámico decorado (Fig. 75. 1), apareció casualmente, al efectuar unas remociones de tierra, destinadas a la construcción de la arqueta de distribución de aguas del restaurante que se levanta en este lugar.

El lugar en cuestión se sitúa en las proximidades del núcleo urbano de Quintanilla de Onésimo. Para acceder al mismo basta con dejar el pueblo y recorrer por la carretera nacional (N-122), en dirección E, unos 770 m desde el cruce con el camino Matabueyes (junto a las últimas casas del pueblo). El punto donde se produjo el hallazgo se sitúa a unos 40 m al norte de la carretera, justo donde se ubica la citada arqueta.

Se trata de una zona perteneciente a la terraza más próxima al río por su margen izquierda, en cuya superficie afloran materiales arenosos de aportes aluviales —el Duero discurre hoy unos 330 m al norte del lugar donde se produjo el hallazgo—. Se caracteriza por su gran planitud; si bien, hacia el sur se desarrolla una línea de pequeños alomamientos de escasa altura, restos de antiguas terrazas o sectores erosionados de las cuevas del páramo.

El hallazgo referido, un vaso cerámico, apareció, a cierta profundidad, durante la construcción de una de las dependencias del “Restaurante Mánix”, que hoy se levanta en el lugar. Nuestras pesquisas, intentando reconstruir los hechos del hallazgo, no dieron muy buenos resultados; puestos en contacto con D. Antonio Castrillo (entonces y ahora alcalde de Quintanilla de Onésimo), quien tenía noticias de las circunstancias en que se produjo el hallazgo, pudimos conocer, sin más detalles, que el recipiente había aparecido completo en el seno de un nivel ceniciento, a más de metro y medio de profundidad. La detallada prospección que desarrollamos entorno deparó, como toda evidencia, el hallazgo de un par de pequeños fragmentos de cerámica a mano (uno de ellos decorado con una espiga incisa) junto a la esquina SW del citado restaurante. Estos dos galbos y el vaso que más abajo se describe, constituyen las únicas evidencias arqueológicas conocidas del lugar.

Análisis de los materiales

Según venimos comentando, el único hallazgo de interés recuperado en Matabueyes consiste en un vaso cerámico a mano. El recipiente en cuestión es un cuenco de Forma 3 B (Fig. 75. 1), que muestra una cuidada decoración incisa. En el interior, la decoración consiste en una doble línea de zigzag incisa, que discurre paralela al borde. Al exterior, bajo el borde, se desarrolla una serie de trazos oblicuos incisos enmarcados entre líneas horizontales, en la misma técnica. A partir de esta faja, en disposición radial, se desarrollan cuatro bandas, equidistantes y enfrentadas dos a dos, de espigas compuestas flanqueadas por líneas incisas. Estas bandas ofrecen la particularidad de sufrir un adelgazamiento progresivo desde su arranque, a la altura de la boca del recipiente, hasta el fondo del mismo.

El recipiente, de color marrón oscuro y superficies acharoladas, por haber sido sometidas a un concienzudo proceso de bruñido, tiene 185 mm de diámetro máximo en la boca y 71 mm de altura. La base, de pequeñas dimensiones, alcanza los 41 mm de diámetro.

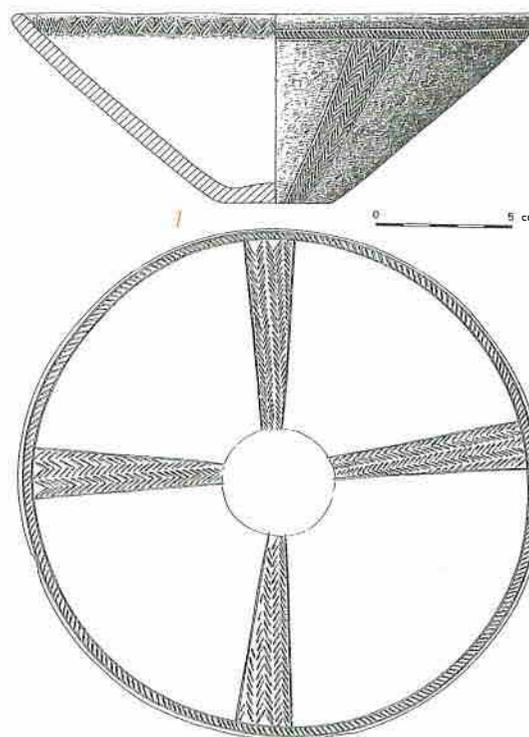


Fig. 75. Matabueyes-Pinos Claros. Vaso de perfil cónico.

126 Las características del recipiente, remiten, sin mayores precisiones, al Bronce Medio. Cronología esta que, sin mayores precisiones, atribuimos al hallazgo.

Valoración y cronología

En nuestra opinión, la notable profundidad relativa a la que se produjo el hallazgo, sin duda, explica la falta de restos visibles en el lugar. Desde esta perspectiva, consideramos, así mismo, que es más que probable que nos encontremos ante un yacimiento cuyo nivel arqueológico no aflora en superficie. Este hecho, además de impedirnos conocer las dimensiones del posible asentamiento, nos pone sobre aviso sobre la posibilidad de que semejantes circunstancias a las

observadas en este ámbito, donde, al parecer, según todos los indicios, existe un yacimiento que, por hallarse enterrado a cierta profundidad, sólo se detecta al verse afectado por un movimiento de tierras, debió repetirse con cierta asiduidad en la zona por nosotros investigada (algo semejante ocurre en El Carrizal de Cogeces del Monte); no en vano, los fondos de los valles, tanto del río Duero como de los afluentes que en él desembocan, son zonas donde se han producido grandes acumulaciones de derrubios. Esta circunstancia, sobre la que trataremos en el apartado referido al poblamiento de la zona; sin duda, impone limitaciones a nuestro intento de reconstruir la realidad poblacional que, durante la Edad del Bronce, conoció el ámbito por nosotros analizado.

19. EL PINO LA HORCA-LOS VALLES (MONTEMAYOR DE PILILLA)

Coordenadas: Lat. 41° 30' 25"
Long. 04° 28' 15"
Altitud: 870 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/50.000
(373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

Montemayor de Pililla, pueblo del sudeste de la provincia de Valladolid, se asienta en el extremo de una estrecha lengua de terreno, correspondiente con el nivel de páramos de la región. Este destacado espigón se asoma a un pintoresco valle por cuyo fondo, casi una veintena de metros más abajo, discurre el arroyo Valdecelada, exíguo riachuelo que nace en las proximidades del citado núcleo urbano.

Frente a Montemayor, en dirección SE, justamente al otro lado de este angosto valle, se sitúa un pago emplazado sobre la planicie del páramo conocido indistintamente como El Pino la Horca o Los Valles, ámbito en el cual se ubicó un nuevo hábitat durante la Edad del Bronce. El acceso a esta área es como sigue: Saliendo de Montemayor por la comarcal que conduce a Tudela de Duero accedemos al cruce de esta carretera con la que, desde este punto, lleva a Camporreondo. Precisamente en esta intersección tiene inicio el antiguo camino de Portillo; siguiendo unos 600 m a través del mismo, y una vez superado el desnivel existente entre el valle y la plataforma de la paramera, llegamos al cruce entre la citada vía y el "Camino Real de Valladolid a San Miguel de

Arroyo". Tomando esta senda a mano izquierda, apenas a 300 m desde el cruce accedemos al hábitat que aquí nos ocupa, el cual se extiende a ambos lados del camino.

Según hemos tenido ocasión de comprobar, el yacimiento se encuentra bastante deteriorado, tanto por la acción de los agentes erosivos, los cuales han actuado con fuerza en el lugar, como por una serie de remociones de tierras efectuadas sobre el mismo con el consiguiente deterioro de los niveles arqueológicos. Esta circunstancia hace que no podamos discernir cuál pudo ser la extensión que originariamente tuvo este hábitat; no obstante, atendiendo, como todo argumento, a la dispersión de los materiales que aparecen superficialmente en la zona, podemos aventurar que el área ocupado por la presente estación arqueológica era cercano a las 1'5 Ha.

En otro sentido, queremos llamar la atención sobre lo poco usual del emplazamiento del presente enclave. Vamos a explicarnos: si repasamos, siquiera mínimamente, la descripción de los asentamientos de la Edad del Bronce que se adjunta, podemos observar que la totalidad de los que se sitúan en el nivel de los páramos, se emplazan sobre destacados espigones, o lugares, cuya elección traduce una preocupación por las posibilidades defensivas que ofrece la orografía del entorno. Por el contrario, éste no parece ser el móvil de las gentes que se asentaron en El Pino la Horca. En efecto, si bien el flanco este del yacimiento apoya directamente sobre la pestaña formada por los planos del páramo y la ladera, lo que dificulta la arribada al lugar desde este punto, el resto de su contorno es absolutamente llano, siendo, por tanto, fácil acceder al hábitat desde cualquiera de estas direcciones.

Esta circunstancia permite considerar que hubieron de ser otros los móviles que primaron a la hora de elegir el presente asentamiento. Entre ellos, cabe mencionar las ventajosas condiciones que para el desarrollo de actividades de carácter agropecuario ofrece el valle que discurre a los pies del lugar, a lo que hay que sumar el gran número de fuentes que, según hemos tenido ocasión de constatar, afloran en las proximidades del hábitat las cuales propiciaron un fácil abastecimiento de agua a las gentes que ocuparon el área.

Análisis de los materiales

Por lo que a los materiales arqueológicos recogidos en el lugar se refiere, señalar que su número no es excesivamente alto, limitándose a unos pocos elementos líticos útiles y restos de talla y diversos recipientes cerámicos.

Industria cerámica

Al igual que en el resto de los yacimientos de esta época, la cerámica es el elemento arqueológico más abundante. En el presente caso, se trata de un material bastante rodado en estado sumamente fragmentario; hecho que al tiempo que no permite la reconstrucción de los perfiles de los recipientes, desaconseja la realización de estadísticas y porcentajes respecto al conjunto.

Entre los caracteres generales que presentan estos barros, señalar la presencia de fragmentos con diferentes grosores –finos, medios, o gruesos–, variedad que se deja sentir en la calidad de sus acabados; así, mientras los recipientes de dimensiones más reducidas presentan desgrasantes de grano fino, y un tratamiento esmerado de sus superficies –alisadas o bruñidas–, los fragmentos pertenecientes a grandes contenedores tienen, por el contrario, un aspecto más tosco que se traduce en el empleo de desgrasantes de grano grueso y superficies sin tratamiento especial, a lo sumo alisadas. Respecto al tipo de desgrasantes empleados en las cerámicas hemos de señalar que en todo caso se trata de materiales silícicos, esto es, granos de arena de diferentes grosores. En lo concerniente a las coloraciones de las pastas y superficies de los recipientes, aparecen a partes iguales los tonos negros y grisáceos y los claros –sienas y parduscos–.

De entre todos los fragmentos cerámicos recogidos en El Pino la Horca, son muy pocos los que muestran algún dato mínimamente relevante acerca de su forma o decoración.

Tan sólo seis son los fragmentos decorados que tuvimos ocasión de recuperar. Se describen a continuación (Fig. 76):

- Cuenco de borde redondeado (Forma 1). Presenta al exterior dos líneas de puntos impresos alternos rellenos

de pasta blanca. En el interior, también junto al labio, observamos una espiga incisa (Fig. 76. 1).

- Borde de forma indeterminada, tal vez un cuenco de paredes rectas (Forma 3). En el interior, sobre el labio, muestra una serie de incisiones oblicuas. Al exterior observamos un fino zigzag inciso del que pende un tema de espigas en disposición vertical (Fig. 76. 2).
- Cuenco, posiblemente hemisférico, de paredes delgadas. En el interior doble zigzag paralelo inciso. (Fig. 76. 3).
- Carena poco marcada sobre la que se desarrolla un tupido tema de espigas incisas (Fig. 76. 4).

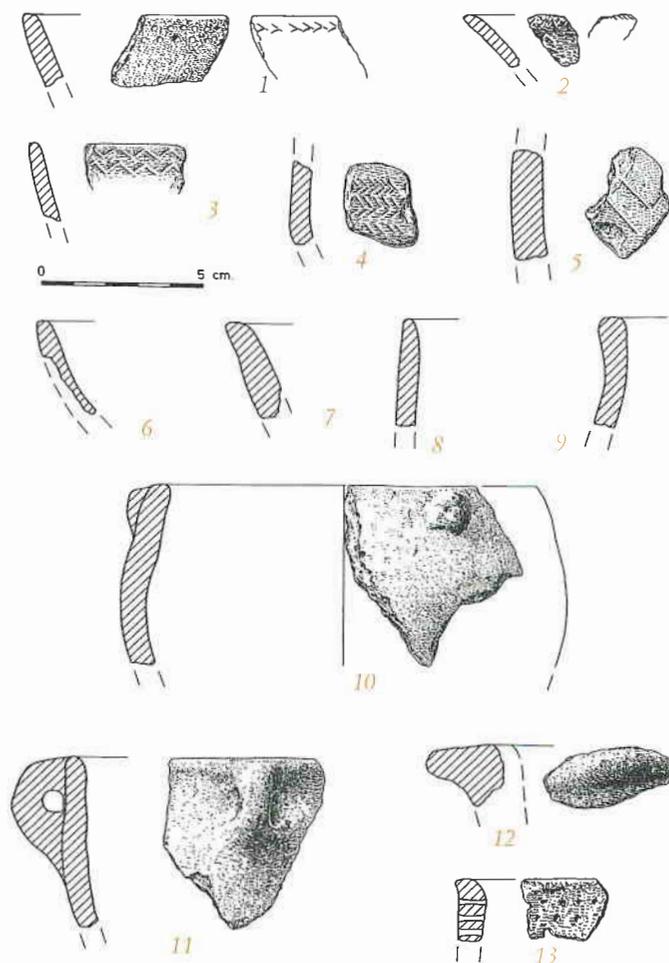


Fig. 76. El Pino la Horca-Los Valles. Materiales cerámicos recuperados en la superficie del yacimiento.

- Fragmento de forma indeterminada con un tosco y amplio zigzag inciso (Fig. 76. 5).
- Minúsculo fragmento cerámico sobre el que se observa parte de un tema exciso de diseño desconocido.

Como es fácil suponer, la cerámica lisa es más abundante. Pese al pequeño tamaño de los fragmentos es posible diferenciar una serie de formas en el seno de este conjunto.

- Entre los diferentes tipos identificados es de resaltar el claro predominio de los cuencos, entre los cuales, en líneas generales, predominan los hemisféricos (Forma 1 A). En general, son recipientes de mediano/pequeño tamaño cuyo perfil reproduce prácticamente la media esfera (Fig. 76. 6 y 7). No falta algún recipiente cuyas paredes adquieren una disposición vertical a medida que se acerca el borde. En este preciso caso (Fig. 76. 11) el cuenco presenta un mamelón con perforación horizontal que se sitúa junto al borde (tipo 3a).
- Menos abundantes que los cuencos son otra serie de vasos de mediano tamaño y tendencia globular, del tipo olla. Contamos con un ejemplar de Forma 5A, que se significa por poseer un cuerpo de tendencia globular que remata en un borde sencillo ligeramente entrante. La pieza citada (Fig. 76. 10), aparece decorado con un pequeño mamelón cónico junto al labio (tipo 1a).
- Se identifica un fragmento cerámico, de forma indeterminada, que se caracteriza por contar con un cuerpo de forma convexa, y cuyos bordes se incurban ligeramente hacia el exterior, confiriendo a las vasija un suave perfil en S (Fig. 76. 9).
- Entre los fragmentos recogidos reconocemos, por último, alguno de gran grosor –hasta 15 mm–, pertenecientes, sin duda, a un recipiente de gran tamaño u

orzas. Desgraciadamente el exiguo tamaño de estos barro impide la reconstrucción de la forma a que perteneció. Dicho fragmento (Fig. 76. 12) presenta un mamelón junto al labio.

- Por último, dentro del capítulo de las cerámicas, hemos de señalar la presencia de un pequeño borde vuelto, sobre el cual aparecen una serie de perforaciones circulares, por lo que interpretamos que se trata de una enella o colador (Fig. 76. 13).

La industria lítica

El material lítico recuperado, superficialmente, en El Pino la Horca es igualmente exiguo, limitándose a algún núcleo de sílex para la obtención de lascas y láminas y a una pequeña lámina de sílex grisáceo. Sus medidas son 4'7 cm de longitud, 1'9 cm de anchura y 0'6 cm de espesor. Desde el punto de vista morfológico se caracteriza por presentar el talón liso y el bulbo de percusión poco marcado. La sección transversal es triangular, los lados, prácticamente paralelos y rectos. Presenta retoque parcial discontinuo, normal y directo en el lado derecho.

Valoración y cronología

La serie de materiales recuperados en El Pino la Horca, aunque escasos, resultan suficientes para pensar en el presente hábitat como uno más de los que integran el conjunto de yacimientos del mundo Cogotas I identificados en la zona. En principio, el grueso de los fragmentos decorados tiene claros paralelos en los repertorios de la fase Protocogotas. Únicamente, la presencia del minúsculo fragmento exciso arriba mencionado sería un argumento, más o menos válido, para atribuir una cronología avanzada para la ocupación el mismo, y situar en este enclave una ocupación durante el pleno Cogotas I.

20. LOS PINOS DEL CUBO LA DEHESILLA (MONTEMAYOR DE PILILLA)

Coordenadas: Lat. 41° 29' 04"
Long. 04° 28' 05"
Altitud: 700 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/50.000
(401) Cuellar

Entorno y descripción del yacimiento

Siguiendo unos 3 km por la carretera comarcal que, desde Montemayor de Pililla, conduce a Camporredondo se accede a un pago situado sobre la divisoria de los citados términos municipales conocido, indistintamente, como Los Pinos del Cubo o La Dehesilla. En este ámbito se ubica una extensa estación arqueológica –casi 4 Ha– situada, en su mayor parte, a la derecha de la citada carretera.

El presente yacimiento se asienta sobre una zona abierta y de gran planitud, en el tramo medio y bajo de una cuesta de páramo muy tendida orientada al SW, muy próxima al fondo del valle por el que discurren el arroyo de Vasconillos y el de la Dehesa. En cuanto a los caracteres edáficos del lugar, diremos que el lugar se asienta sobre un suelo muy suelto formado por materiales detríticos –arenas esencialmente– que recubren las gredas de base.

Al parecer el enclave debió ofrecer condiciones favorables desde el punto de vista habitacional. Así lo ponen de manifiesto los restos arqueológico recuperados en el lugar a través de los cuales podemos observar que este lugar dio cobijo a sendos grupos humanos en diferentes momentos de la prehistoria reciente. Como veremos más adelante, una primera fase tendrá lugar durante la Edad del Bronce mientras la segunda lo hará, coincidiendo con los albores de la Edad del Hierro.

Como es fácil suponer, no resulta sencillo determinar la extensión y las características de cada una de dichas ocupaciones a partir de apreciaciones derivadas de la simple prospección superficial. No obstante podemos señalar que los materiales atribuibles a la Edad del Bronce se concentran preferentemente en un pequeño área –apenas 50 x 40 m en sus ejes máximos– coincidente con el extremo SW de la presente estación (Fig. 78). El resto del área arqueológica, notablemente más amplia, parece corresponderse con la ocupación de facies Soto de Medinilla. En este sector, hemos tenido la ocasión de observar como tras la realización de ciertas labores agrícolas se dibujan sobre el terreno una serie de manchones circulares de intenso color negruzco y considerable amplitud, los cuales, pensamos, muy bien podrían indicar el emplazamiento de diversos fondos de cabaña. Tanto en las proximidades de estas

estructuras, como esparcidas por el resto del área que ocupa el yacimiento, aparecen diversas evidencias arqueológicas –cerámicas a mano, adobes quemados, molinos barquiformes de granito, etc.–, que ponen de manifiesto la importante ocupación que se desarrolló en este lugar.

Análisis de los materiales

De entre los diversos restos recuperados en el área, una vez más son las cerámicas el elemento más abundante. Como quedó señalado, en Los Pinos del Cubo se desarrollaron sendas ocupaciones de diferente signo cultural y cronológico.

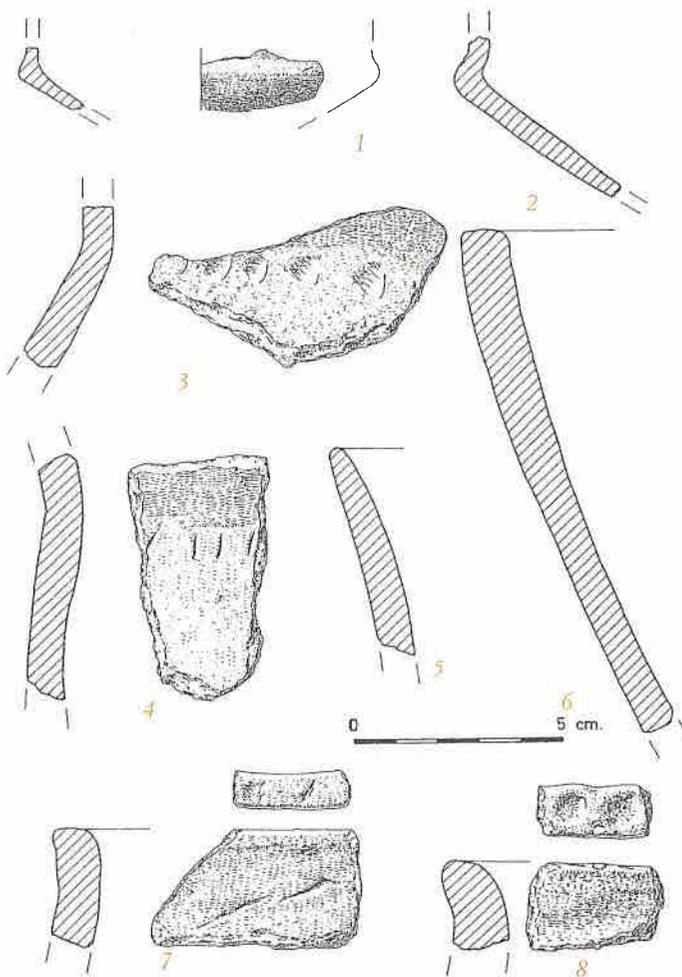


Fig. 77. Los Pinos del Cubo La Dehesilla. Fragmentos cerámicos atribuibles al grupo Soto de Medinilla.

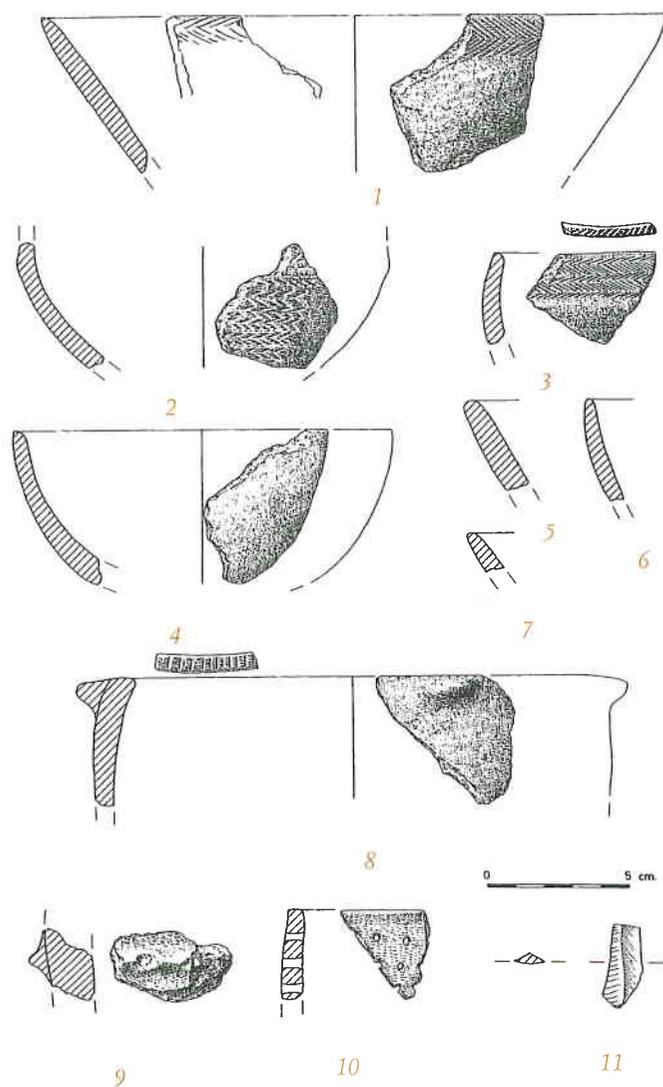


Fig. 78. Los Pinos del CuboLa Debesilla.
Cerámica Protocogotas.

Entre los elementos más significativos procedentes del ámbito donde, según hemos indicado, se desarrolló la ocupación tipo Soto de Medinilla, destacar la presencia de ciertos fragmentos cerámicos de pasta depurada, buena cocción, color negro y superficies bruñidas, correspondientes a una serie de vasitos de carena baja muy marcada y cuellos abiertos (Fig. 77. 1 y 2) de las Formas a y b de Quintana López y Cruz Sánchez (1996: Fig. 2. 1 a 6); bien documentados en múltiples hábitats próximos, asimilables a los del grupo Soto

de Medinilla, caso de Almenara de Adaja (Romero Carnicero, F., 1980: 138; Fig. 1. 10-14 y Balado Pachón, A. 1989: 75-77) o El Pago de Gorrita (Romero Carnicero, F., 1980: 146; Fig. 2. 9), entre otros muchos.

La identificación de estos barros pone de manifiesto, de manera inequívoca, que el presente enclave se encontraba habitado en los últimos compases de la Edad del Bronce o inicios de la Edad del Hierro.

De este mismo ámbito proceden algunos galbos, correspondientes a la zona del hombro de ciertas vasijas, de aspecto poco cuidado que presentan una serie de impresiones digitales (Fig. 77. 3) o ungulares (Fig. 77. 4) sobre la línea que sirve de unión entre el cuello y la panza del recipiente. Al igual que sucediera en el caso anterior, estos vasos encuentran claros paralelos en yacimientos de tipo Soto, caso de Almenara de Adaja (Balado Pachón, A. 1989: 38; Fig. 10. 296), por citar algún enclave próximo asimilable este grupo.

Mayor interés revisten, ahora, para nosotros los materiales procedentes del sector SW del yacimiento; ámbito al que, como ya indicáramos, se circunscribe la ocupación de la Edad del Bronce. De esta área proceden las evidencias que se recogen en la Fig. 78 y que a continuación se refieren:

- Tacita de carena media y panza ligeramente convexa de Forma 12 A. Sus superficies, de color negro, aparecen cuidadosamente bruñidas. Sobre este vaso, del cual desconocemos la forma de su borde, se desarrolla una característica decoración incisa consistente en una línea de espiga que recorre la carena. De ella que pende un motivo radial formado por una abigarrada de líneas de espiga en disposición horizontal (Fig. 78. 2).
- Los fragmentos 1 y 3 de la Fig. 78 pertenecen a sendos cuencos de características dispares. El primero de ellos es un cuenco hondo (Forma 1Ac), de borde ligeramente entrante plano, que ostenta al exterior dos líneas paralelas de espiga incisa. Sobre el labio una serie de trazos oblicuos, también incisos (Fig. 78. 3). El otro (Fig. 78. 1) es un gran cuenco cónico de paredes rectas muy abiertas y borde afilado de la Forma 3B. Su decoración, tanto al interior como al exterior, se limita a una línea de espiga de bastante amplitud, conseguida mediante incisiones muy finas y cuidadas, que discurre paralela al borde. El aspecto de ambos cuencos es bastante cuidado, presentando las superficies bruñidas.
- De este mismo sector proceden otros barros menos significativos que se reflejan en la misma figura. Nos referimos, en concreto, el fragmento 8 de la Fig. 78, correspondiente a una olla de cuerpo globular y borde entrante (Forma 6A) que muestra una serie de impresio-

nes sobre el borde, así como un pequeño mamelón plano al exterior del mismo.

- Cuencos lisos de la Forma 1 (Fig. 78. 7) y 3 (Fig. 78. 5 y 6). Todos los recipientes lisos, en todo caso de paredes no muy gruesas, presentan buen pulido, en algunos casos, incluso, bruñido. Existe también un pequeño fragmento de pared de gran grosor, sobre el que se desarrolla un cordón aplicado e impreso.
- Por último, dentro de la cerámica, contamos al pequeño fragmento de encella o colador. Se trata de un vaso elaborado con pastas relativamente toscas.

Industria lítica

La industria tallada recuperada es muy poco numerosa, limitándose Por último, señalar el hallazgo de una lámina de sílex

translúcido de sección triangular, que no presenta retoques (Fig. 78. 11).

Valoración y cronología

Dadas las características del yacimiento (dimensiones, volumen de material recogido, naturaleza de los restos recuperados etc.) parece que, en Los Pinos del Cubo el lugar del que proceden los materiales de atribución Protocogotas se situó un pequeño hábitat que dio cobijo a un reducido número de viviendas durante el Bronce Medio. Como vemos el lugar volvió a ser visitado por las gentes del grupo del Soto de Medinilla, durante el Hierro I. En este momento se desarrolló una ocupación de amplitud y entidad mucho mayor.

21. PICO DEL CASTRO (QUINTANILLA DE ARRIBA)

Coordenadas: Lat. 41° 37' 08"
 Long. 04° 16' 18"
 Altitud: 882 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 (373) Quintanilla de Onésimo

Antecedentes, entorno y descripción del yacimiento

Con el nombre de Pico del Castro se conoce una destacada elevación emplazada en el límite occidental del término de Quintanilla de Arriba, en las proximidades de la célebre abadía de San Bernardo. La primera mención que se hace del yacimiento en publicaciones científicas recientes consiste en una lacónica cita de Tomás Mañanes, donde se menciona la presencia de algunas cerámicas elaboradas a mano, de época incierta (Mañanes Pérez, T. 1979: 113). La presencia de tales materiales propició la visita de Rafael Galván al lugar y la recuperación de un lote de materiales cerámicos, actualmente depositados en el Museo de Valladolid (Galván Morales, R. 1983 b: 70).

En fechas algo más recientes, fueron identificadas nuevas e interesantes evidencias arqueológicas en los alrededores del Pico del Castro. En efecto, en 1986 D. Víctor Iglesias, vecino de Quintanilla de Abajo, hizo donación al Museo de Valladolid—donde hoy se encuentran depositados— de una pátera y un jarrito litúrgicos de época visigoda. Tales objetos, hallados al

efectuar labores agrícolas en un lugar próximo al castro, fueron dados a conocer en una exposición organizada por el Museo de Valladolid (Wattenberg García, E., Martín Santamaría, E., y Rodríguez Marcos, J. A. 1987: 24) y, posteriormente, publicados por Tomás Mañanes (1989: 257-265). Este autor se encargó, además, de poner de manifiesto la importancia arqueológica de la zona citando, por ejemplo, la presencia de ciertos eremitorios en el entorno próximo al lugar, estudiados recientemente por Salvador Repiso Cobo (1999: 403-414). Sin embargo, pese al interés intrínseco que, sin duda alguna, revestía el enclave, éste cobró verdadero interés para nosotros a partir de que Tomás Madrazo, al saber del trabajo que venimos desarrollando en la zona, tuvo la deferencia de cedernos una punta de tipo Palmela así como diversas cerámicas lisas y decoradas de clara adscripción campaniforme; materiales, todos ellos, que habían sido localizados en la ladera norte del yacimiento.

A raíz de todas estas noticias, y dada la importancia que parecía revestir el enclave, realizamos diversas visitas al lugar lo cual nos permitió constatar que sobre la reducida meseta que culmina el Pico del Castro se emplazaban los restos de lo que parecía haber sido un torrejón de piedra de posible planta rectangular. Dicho edificio se encontraba en estado sumamente ruinoso y totalmente cubierto de tierra, salvo en algunos puntos en los que antiguas remociones dejaban al descubierto parte de los muros.

Sin duda, todas estas evidencias eran suficientes para considerar que nos encontrábamos ante un yacimiento de indudable inte-

132 rés, hasta el punto de que nos habíamos planteado la posibilidad de realizar una futura excavación arqueológica en el lugar.

Desgraciadamente estos trabajos hubieron de adelantarse. A finales de 1987 llegaron a oídos de Jesús María del Val Recio (a la sazón Arqueólogo del Servicio Territorial de Cultura de Valladolid) ciertas noticias en alusión a que en Pico del Castro se estaban realizando excavaciones clandestinas de notable magnitud. Este hecho motivó una prospección (Escudero Navarro, Z., y Balado Pachón, A. 1986-1987) y una posterior intervención arqueológica de urgencia con el objeto de valorar el alcance del deterioro causado por los clandestinos y de obtener un mínimo de documentación del yacimiento.

Dichas labores se articularon en dos fases. La primera, dirigida por José Ignacio Herrán Martínez, tuvo lugar en el mes de marzo de 1988. Pocos meses más tarde, recibíamos la invitación de Jesús M.^a del Val y el propio José Ignacio Herrán, a quienes expresamos nuestra gratitud, para hacernos cargo de una nueva campaña a fin de ampliar las observaciones preliminares. Esta nueva intervención, de la que fuimos codirectores, tuvo efecto durante la segunda mitad del mes de agosto, primera de septiembre, de 1988 (Rodríguez Marcos, J. A., y Herrán Martínez, J. I. 1988; Rojo Guerra, M. A., y Val Recio, J. M.^a del, 1990: 324-325).

El yacimiento se localiza a la derecha de la carretera N-122, a

la altura del km 42'700 de la misma, recibiendo el nombre de Pico del Castro, el extremo de un estrecho y destacado espigón de páramo que se adelanta espectacularmente sobre el cercano cauce del Duero y destaca más de un centenar de metros sobre el valle. Este desnivel se salva por unas laderas en extremo escarpadas que configuran un emplazamiento de indudable carácter defensivo, un auténtico castro en altura. El único acceso al lugar que ofrece cierta debilidad se localiza en el S/W, en la unión entre el espigón y la planicie del páramo. Sin embargo, esta circunstancia se ve paliada en parte por la existencia de un amplio escarpe natural que individualiza el yacimiento del plano del páramo, delimitando una plataforma prácticamente ovalada de dimensiones muy reducidas, con un eje mayor en sentido E/W; en el extremo meridional de este reducido ámbito, eminentemente llano, se sitúan los restos de la torre mencionada; única evidencia constructiva que, a simple vista, se observa en el lugar, y que tal vez pudiera estar relacionada con un presunto foso artificial que se aprecia en algunas tomas aéreas.

Como puede advertirse a partir de nuestra descripción, el Pico del Castro ofrece unas condiciones estratégicas inmejorables. Desde su altura se domina una amplia faja de terreno sobre el valle del Duero, importante vía de comunicación natural: Entendemos que, muy probablemente, el control de ésta fue una de las razones que impulsó al hombre a asentarse sobre esta destacada atalaya en diversos momentos a lo

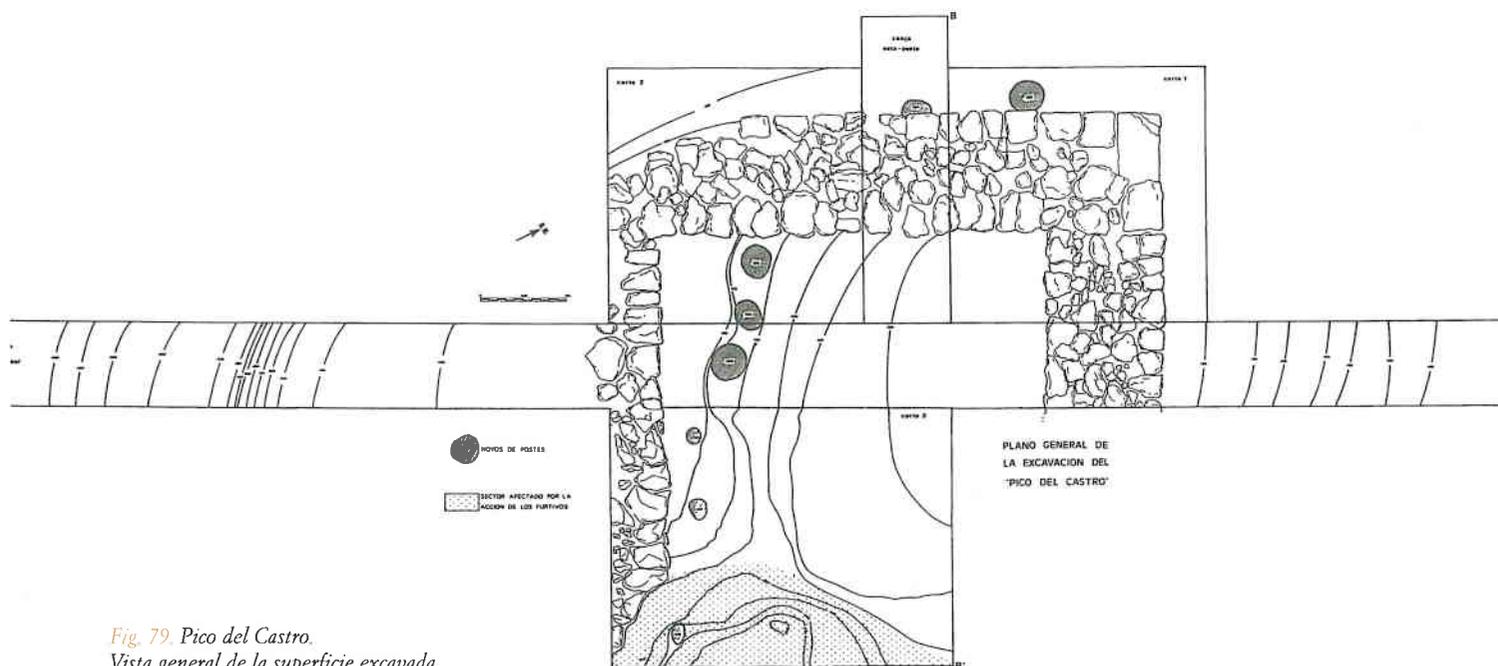


Fig. 79. Pico del Castro. Vista general de la superficie excavada.

largo de la Historia, tal y como pusieron de manifiesto los trabajos arqueológicos.

Trabajos efectuados

Según quedó reflejado líneas atrás, la primera de las intervenciones arqueológicas desarrolladas en Pico del Castro tuvo lugar durante el mes de marzo de 1988, persiguiendo aquellos trabajos evaluar el alcance de las excavaciones furtivas y, en lo posible documentar convenientemente el edificio de piedra. Con ese fin, y como primera providencia, se procedió a la limpieza de las zonas escurbadas por los clandestinos, comprobando los importantes destrozos causados en el recinto. Un gran cráter ocupaba el centro de la construcción, y otro, aún mayor, se emplazaba sobre su esquina S/E, totalmente desmantelada. Las referidas labores de limpieza pusieron al descubierto parte de los muros de la torre, en concreto su tercio occidental.

Una vez realizados estos trabajos, se planteó la excavación arqueológica en sí, articulada en base a dos zanjas de un metro de ancho. La primera (Zanja 1) de 13'4 m de longitud discurría paralela al lado W de la torre (Fig. 79), afectando tanto al interior como al exterior de la misma. La Zanja 2, de 3'6 m se dispone transversalmente a la anterior (Fig. 79).

Las observaciones realizadas en estas dos unidades de excavación permitieron comprobar que bajo los niveles propios de la torre, se disponían otros correspondientes a una ocupación anterior, con cerámicas elaboradas a mano e indicios de una estructura de hábitat de época prehistórica. Lo reducido del área excavada no proporcionaba perspectiva suficiente para la adecuada valoración de estos vestigios, lo cual obligó a ampliar el área de observación. Así, a partir de la intersección de las zanjas arriba mencionadas, se proyecta-

ron dos nuevas unidades de excavación de tres metros de lado, una en dirección norte –Corte I– y otra en dirección sur –Corte II–.

El desarrollo de estas labores permitió constatar que bajo la construcción de piedra se situaba un fondo de cabaña excavado en la tierra virgen, en cuyo interior aparecían abundantes cerámicas lisas y alguna decorada claramente asimilables al mundo Campaniforme.

La importancia que parecía revestir esta serie de evidencias, plenamente integradas cronológica y culturalmente en el ámbito del presente trabajo, nos impulsó a realizar una nueva campaña con vistas a ampliar las observaciones efectuadas hasta la fecha. En tanto continuación de las anteriores, los trabajos se adecuaron a los planteamientos iniciales, desarrollándose en un sector de 4 x 3 m –Corte III– contiguo al lado E de la zanja NS (Fig. 79).

El proceso de excavación, acompañado de un exhaustivo sistema de registro tridimensional, se realizó mediante levantamiento de niveles naturales, y sólo cuando la excesiva potencia de éstos lo aconsejaba se subdividió en lechos artificiales de 10 cm.

Para el control de las labores arqueológicas se utilizó el sistema de ejes cartesianos, tomándose las medidas “X” e “Y” desde los márgenes de las respectivas unidades de excavación y las profundidades (“Z”) a partir de un punto “0”, situado sobre un gran sillar de la esquina N/W del recinto o torrejón.

Por último señalar que la presenta memoria no pretende ser más que el avance de las observaciones realizadas en ambas campañas arqueológicas, siendo necesario destacar que la superficie excavada aún es bastante reducida, lo que aconseja desarrollar nuevas intervenciones en años venideros.

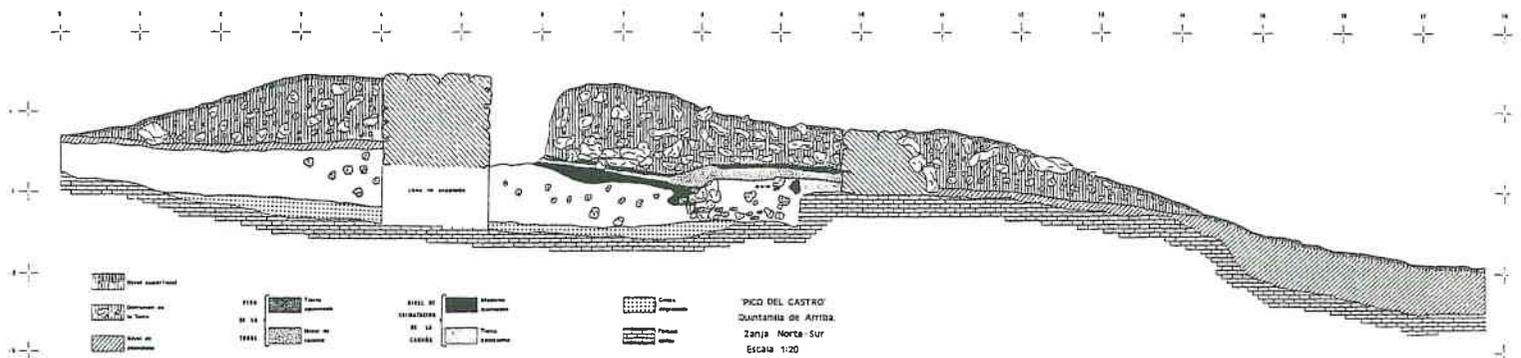


Fig. 80. Pico del Castro. Estratigrafía general del yacimiento.

134 Durante los trabajos se captaron una serie de evidencias (estratigrafías, estructuras y materiales arqueológicos) que pasamos a analizar.

En primer término la excavación posibilitó el reconocimiento de la secuencia estratigráfica del yacimiento. Pudiéndose diferenciar al respecto dos ámbitos, dentro y fuera del recinto de piedra (Fig. 80).

- **Nivel I** (superficial): Recubre por igual todo el yacimiento. De potencia variable, en algunos lugares supera los 30 cm, mientras en otros se alcanzan los 10. Está formado por una tierra grisácea bastante suelta que sirve de base a la cobertura vegetal. En su interior se localizan diversas evidencias arqueológicas, sobre todo cerámicas, realizadas tanto a mano como a torno. Al tiempo, pudimos recuperar algunos fragmentos de TSHt. Es significativo que la mayor concentración de materiales se localice en las proximidades de las recientes remociones, lo que nos obliga a ver en éstas, sin duda, la causa de que aparezcan mezclados materiales tan dispares como los que se mencionan.
- **Nivel II**: Constituido por grandes bloques de caliza en desorden, aglutinados por escasa tierra de color grisáceo. Se corresponde con el derrumbe de la torre. Alcanza su máximo espesor en las proximidades del muro norte donde supera el metro de potencia, para adelgazarse posteriormente hacia el sur, sector en el que da la impresión de haberse extraído piedra recientemente, tal vez para utilizarla como material de construcción en otros lugares. El material arqueológico recuperado en este nivel es ciertamente escaso. Junto a alguna contaminación de cerámica a mano, pudimos recoger un pequeño lote de cerámicas a torno muy fragmentadas entre las que destaca la presencia de ciertos recipientes de color naranja decorados al exterior con ligeras acanaladuras.
- **Nivel III**: También relacionado con la construcción de piedra, se corresponde con el piso de este edificio. Su función es la de igualar el terreno que sirve de base intentando conseguir una superficie plana. El mayor espesor se alcanza hacia el este (aproximadamente 40 cm, tal como se observa en el corte representado en la Fig. 80), estando formado el depósito por calizas de variado tamaño mezcladas con tierras arcillosas de color marrón claro. En dirección oeste pierde potencia al tiempo que cambia su composición: las calizas se verán sustituidas paulatinamente por tierra de tonalidad marrón claro con bastante cantillo. En algunos sectores la parte superficial de este nivel aparece recubierta por una especie de mortero muy deleznable o tierra apiso-

nada de color ocre, no conservado en todo el interior de la estancia. En cuanto a hallazgos, puede considerarse prácticamente estéril.

- **Nivel IV**: Sin vinculación con la torre, colmata un fondo de cabaña de época prehistórica situado en el interior de una amplia cubeta artificial conseguida mediante el rebaje de la roca madre. Alcanza el máximo espesor en el centro de la cubeta, donde supera los 60 cm, para irse estrechado paulatinamente hacia sus márgenes. Hacia el Sur se ve interrumpido por el muro de la torre que descansa directamente sobre el páramo. De aspecto homogéneo aparece conformado por una tierra muy suelta de color entre grisáceo y negruzco con alto contenido en cenizas y materia orgánica. En su interior comparecen algunas calizas de diverso tamaño, sin disposición definida. Interpretamos que en la formación de este nivel ha intervenido tanto el desarrollo de la ocupación del lugar, durante la cual se fue colmatando el fondo, como la propia destrucción de la estructura que cubría la cabaña. Este hecho debió producirse a resultas de un incendio, lo cual explicaría que en algunos sectores aparezcan auténticas masas de carbón vegetal fruto de la combustión de vigas y ramajes. De igual modo, es posible observar como algunas de las cerámicas que comparecen en éste estrato muestran sus superficies cuarteadas y deformadas precisamente, interpretamos nosotros, como consecuencia de haber soportado altas temperaturas. El material arqueológico recogido en este paquete es bastante abundante, y está constituido esencialmente por restos de recipientes cerámicos, siempre confeccionados a mano, algunos de ellos ornados con motivos de clara adscripción campaniforme. Al tiempo se identifican algunos útiles líticos –preferentemente piezas de hoz–, así como escasos huesos, en estado sumamente fragmentario, que no han permitido la identificación de las especies animales a que pertenecían.
- **Nivel V**: De color blanquecino, formado por una tierra margosa muy fina. No aparece en toda la superficie excavada, apreciándose únicamente en el centro de la cubeta. Sin duda es producto de la degradación de la roca que sirve de base al yacimiento. Se acompaña de unas pocas cerámicas a mano de aspecto muy lavado, producto de filtraciones del nivel superior, como lo demuestra el hecho de que alguno de estos fragmentos casa perfectamente con otros recuperados dentro del Nivel IV.
- **Nivel VI**: Se corresponde con las calizas pontienses que coronan el Pico del Castro y sirven de base al yacimiento.

En líneas generales ésta es la columna estratigráfica del interior de la torre, salvo en los sectores desmantelados por la acción de los furtivos: un amplio sector del cuadrante S/E del Corte III, o la esquina S/E de la citada torre, por no referirnos al destrozo parcial del propio fondo de cabaña prehistórico.

Las comprobaciones estratigráficas realizadas en el exterior del recinto de piedra arrojaron resultados apenas diferentes a los arriba expresados en lo que se refiere al tramo de la Zanja 1 situada al norte de la torre, donde se han conservado los niveles prehistóricos. En dicho ámbito, la secuencia es como sigue:

- **Nivel I:** Superficial, de escasa potencia. Sirve de base a la cobertera vegetal. Prácticamente estéril.
- **Nivel II:** Constituido predominantemente por grandes bloques de caliza y tierra grisácea, se corresponde con el derrumbe de la torre. Lógicamente su potencia es mayor en las proximidades del muro, donde alcanza casi un metro de espesor.
- **Nivel III:** Tierras de color pardusco que engloban algunas calizas de pequeño tamaño. Su disposición es bastante horizontal y el grosor uniforme, próximo a los 40 cm. Se formó tras el abandono del yacimiento en época prehistórica. Prácticamente estéril.
- **Nivel IV:** De coloración gris negruzca. Representa la continuación a este lado del muro del estrato que colmaba el fondo de cabaña. Lógicamente el espesor es mayor hacia el centro de la cubeta, para ir estrechándose progresivamente, hasta llegar a desaparecer en un punto coincidente con el margen del rebaje artificial. Los materiales recuperados son enteramente similares a los del interior de la torre.
- **Nivel V:** Se corresponde con las calizas pontienses.

No podemos decir lo mismo respecto a lo observado en el extremo sur de la Zanja 1. En éste sector la sucesión estratigráfica es mucho más sencilla. Bajo un nivel superficial de escasa potencia documentamos, de nuevo, el derrumbe del edificio de piedra, en este caso muy expoliado, que descansa directamente sobre la tierra virgen; la cual, en este sector, sufre un fuerte buzamiento en dirección sur. Ello se debe a que el muro S de la torre se sitúa justo al borde del foso natural que separa la pequeña meseta sobre la que se asienta el yacimiento de la planicie del páramo.

Las labores desarrolladas en los sectores pertenecientes a la Zanja 2 y a los Cortes I y II, que se sitúan fuera del recinto de piedra, han proporcionado unas evidencias estratigráficas similares a las descritas arriba para la Zanja S. En tales ámbitos, pese a que se identifican algunos agujeros de poste que

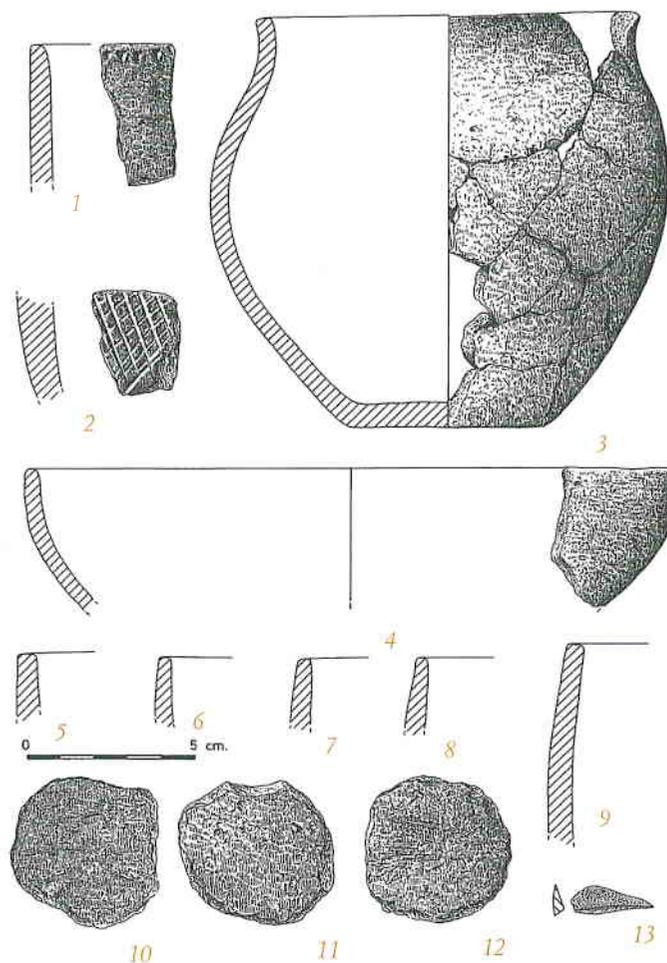


Fig. 81. Pico del Castro. Materiales recuperados en el Nivel IV. Sectores de las Zanjas 1 y 2 y de los Cortes I y II. Alzada desde -129 a -133. Excavación marzo de 1988.

formaron parte de la cabaña, la erosión ha borrado los niveles prehistóricos que les recubrían.

Los trabajos arqueológicos, al tiempo que nos han permitido conocer la realidad estratigráfica del yacimiento facilitaron la identificación de sendas estructuras de hábitat de muy distinto signo y cronología: el recinto de piedra y el fondo de cabaña prehistórico. Aquel, también llamado torre, pese a no haber sido excavado en su totalidad y a pesar de lo mucho que se ha visto afectado, tanto por las extracciones de piedra que se han practicado en él desde antiguo (éstas han afectado sobre todo al lado sur del edificio, el cual ha sido prácticamente desmantelado), como por las más recientes acciones de los excavado-

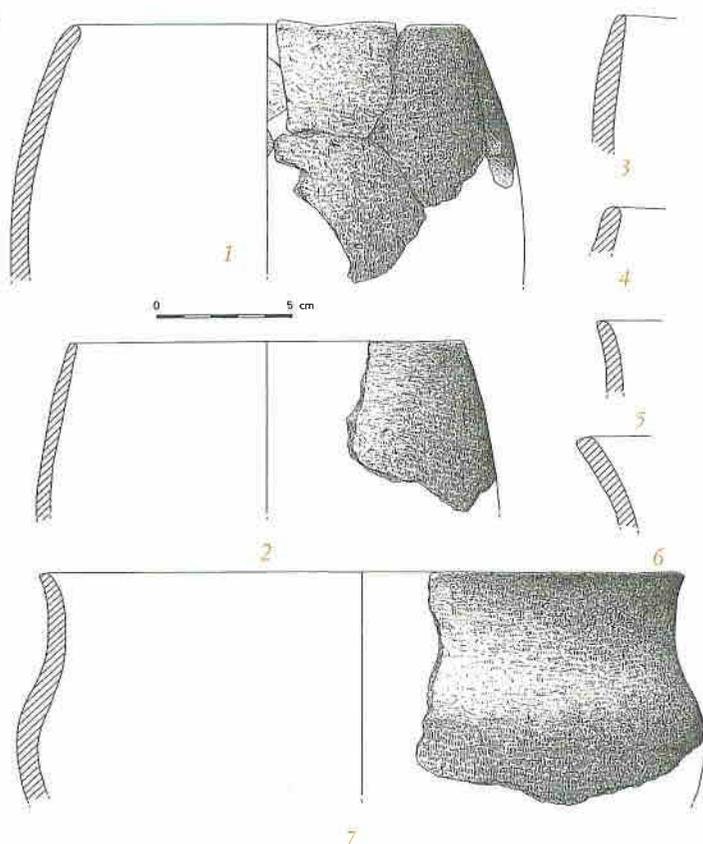


Fig. 82. Pico del Castro. Materiales recuperados en el Nivel IV. Sectores de las Zanjas 1 y 2 y de los Cortes I y II. Alzada desde -133 a -138. Excavación marzo de 1988.

res furtivos (éstos, entre otros destrozos de menor calibre, han causado el completo desmantelamiento de la esquina S/W del edificio en cuyo lugar, en la actualidad, aparece un enorme socavón), intuimos tuvo planta rectangular. No conocemos con total precisión cuáles fueron las dimensiones exactas del edificio. En este sentido decir que sólo ha llegado completo hasta nosotros su lado W, éste que debía ser uno de sus lados cortos, alcanza una longitud de 7'20 m. Los lados largos N y S, no debieron superar en mucho esta medida.

Por lo demás, diremos que el aspecto general de la construcción da muestras de gran solidez; sus muros superan los 130 cm de grosor, en los sectores mejor conservados (por ejemplo, la pared N) y alcanzan una altura algo superior al metro —entre 4 y 6 hiladas—. La cara externa del lienzo aparece revestida con

sillares de caliza relativamente bien escuadrados, cuya calidad es superior en los grandes bloques que conforman la esquina. Por el contrario el interior del muro ha sido elaborado con bloques de mampuesto de forma y tamaño dispar.

Por lo que se refiere al interior del recinto, constaba de una sola estancia sin compartimentar cuyo suelo estaba constituido por una capa de mortero o tierra apisonada.

Los caracteres descritos nos permiten considerar la posibilidad de que estos muros constituyan los restos de un pequeño recinto de carácter defensivo, como veremos más adelante, de época medieval.

En principio, no resultaba fácil abordar este aspecto. Tal y como señalábamos en la introducción, en las proximidades del presente edificio habían aparecido una pátera y un jarrito litúrgicos de época visigoda; de igual modo, citábamos la presencia de algunos fragmentos de TSHt recogidos durante la excavación. La presencia de estos materiales en el entorno de Pico del Castro plantea la posibilidad, pues, de que la erección de la torre pudiera haber sido llevada a cabo en momento antiguo, no muy distante de los siglos VI/VII de la Era.

El desarrollo de las excavaciones permitió aclarar este extremo. En principio, debemos decir, no localizamos ningún material de época visigoda a lo largo de nuestros trabajos, y por lo que respecta a las sigillatas pudimos comprobar que éstas aparecían exclusivamente en el Nivel I y en las tierras que colmataban el gran hoyo practicado por los furtivos. En absoluto estaban presentes en el Nivel II, correspondiente con el momento de ocupación y posterior derrumbe de la estructura.

Entre los materiales hallados en este Nivel I se encuentra un pequeño lote de cerámicas a torno de color anaranjado, muy fragmentadas. Unas pocas de ellas ostentan una serie de acanaladuras que se disponen horizontalmente sobre la superficie externa de los recipientes (Fig. 97), las cuales encuentran claros paralelos en distintos yacimientos del ámbito castellano, caso, por ejemplo, de la burgalesa Ermita de San Nicolás (Reyes Téllez, F., y Menéndez Robles, M.^a L. 1985: 185-186, Fig. XIV), o de los yacimientos palentinos de El Castellar (García Guinea, M. A. 1966: 416, Fig. 1) y Tariego de Cerrato. Por lo que se refiere a la provincia de Valladolid encontramos este tipo de cerámicas en diversos yacimientos entre los que destaca, por su proximidad al Pico del Castro, el de El Castillo de Peñafiel (Lucas Viñas, R. 1971: 427-451).

Según todos los indicios, se trata de cerámicas que se sitúan entre mediados del siglo IX y el XI (Calleja González, V. 1976-1977: 387), esto es, coincidiendo con el proceso de repoblación que los cristianos desarrollan en la cuenca del Duero (González, J. 1974: 272-274), lo que nos permite poner en relación

nuestra torre con una serie de construcciones de aspecto similar que fueron erigidas por entonces a lo largo de la línea del Duero²⁹, jalonando la frontera entre cristianos y musulmanes.

Situadas sobre lugares elevados estas pequeñas torres controlaban el territorio enemigo y las vías de acceso, teniendo por principal misión alertar a otros enclaves próximos, por medio de señales luminosas de un eventual peligro. A medida que la línea de frontera se desplazó a latitudes más meridionales, estos recintos dejaron de cumplir su papel, lo que motivó su abandono³⁰.

Bajo los niveles correspondientes a la torrecilla medieval también tuvimos oportunidad de detectar la presencia de una estructura prehistórica, la cual manifiesta caracteres ciertamente particulares. Se trata, en concreto, de un fondo de cabaña excavado en las calizas pontienses culminantes de los páramos, el cual, pese a no conocer su perímetro completo, podemos aventurar, parece haber tenido forma pseudocircular; midiendo su diámetro unos 8 m de longitud.

La diferencia de altura entre el límite exterior de la cubeta y la zona más profunda de la misma oscila entre los 30 y 50 cm, hallándose jalonado este rebaje artificial por una serie de agujeros de poste, perfectamente alineados, de los cuales hemos identificado hasta el momento ocho. El tamaño de éstos es variable con diámetros entre los 25 y 40 cm, mientras las profundidades se mueven entre los 30 cm y el medio metro.

Sin duda los agujeros alojaron en su momento gruesos postes de madera, constituyendo el armazón de la supuesta cabaña. El cerramiento del espacio comprendido entre estos postes, pensamos, pudo realizarse mediante un entramado vegetal, del que no queda sino esa potente capa de cenizas y restos de madera quemada que aparece con profusión en las proximidades de los hoyos y en el interior de la cabaña. Del interior de uno de los hoyos se recogieron diversos carbones que arrojaron el siguiente resultado:

La fecha obtenida nos parece sumamente acertada para datar el momento de ocupación de Pico del Castro.

Entre las observaciones que tuvimos ocasión de realizar durante los trabajos nos gustaría destacar los siguientes aspectos:

- Las extraordinarias condiciones de recuperación de los restos: Se han hallado varios recipientes cerámicos de perfil completo, enteros o casi enteros hasta un total de 9 vasijas. La mayoría de ellas se recuperaron en su posición original, entendemos, tal como fueron abandonadas por sus usuarios. Un caso significativo de esto que se apunta es el de los cuencos que llevan el número 2 y 3 (Fig. 90), que aparecieron de una pieza, boca abajo, descansando el primero sobre el segundo.

En un buen número del resto de los ejemplares lo que se descubrió fue un auténtico mosaico de fragmentos que aparecían juntos y que al ser pegados reveló la presencia de un recipiente completo (vasija 1. Fig. 90; 1 y 17. Fig. 91; 3. Fig. 87; 3. Fig. 81; 2. Fig. 88; 1. Fig. 89).

- Las circunstancias de abandono del yacimiento: Pese a la presencia de un notable nivel de incendio creemos estar en condiciones de asegurar que en Pico del Castro no se produjo un abandono descontrolado. Ello, a nuestro entender, se demuestra porque los recipientes se encontraban casi con total seguridad vacíos, sin contener grano ni ningún otro enser. No hay tampoco ningún objeto que pudiera calificarse de valioso (adorno, metal, etc.) ni se hallaron restos de comida o recipientes sobre el hogar. Sin embargo, la vajilla cerámica se dejó “in situ”, entendemos que por tratarse de un ajuar fácilmente reemplazable.

La excavación en extensión, también dio pie a poder contextualizar los restos de la cultura material. De esta forma, en el

Nº muestra:	Sigla de la muestra	Edad relativa	Edad equivalente
GrN-15897	Quintanilla: El Castro QA-1	3750 ± 60 BP	1800 ± 60 a. C.

²⁹ Alusiones a este tipo de edificios cabe observarlas, por ejemplo, en Gaya Nuño, J. A. 1944: 124-130. De igual modo, en una reciente publicación F. Reyes Téllez y M. L. Menéndez mencionan una serie de construcciones, muy similares a la que aquí se cita —en todos los casos ocupan “cerros aislados, poco espaciosos” que dan cobijo a “una simple torre rectangular provista de una única estancia”— situadas entre los ríos Duratón y Riaza (Reyes Téllez, F., y Menéndez Robles, M.ª L. 1987: 631-639).

³⁰ Un estudio detallado sobre el edificio y su significado se recoge en: Escribano Velasco, C., Balado Pachón, A., Repiso Cobo, S. y Rodríguez Marcos, J. A. 1998: 313-334.

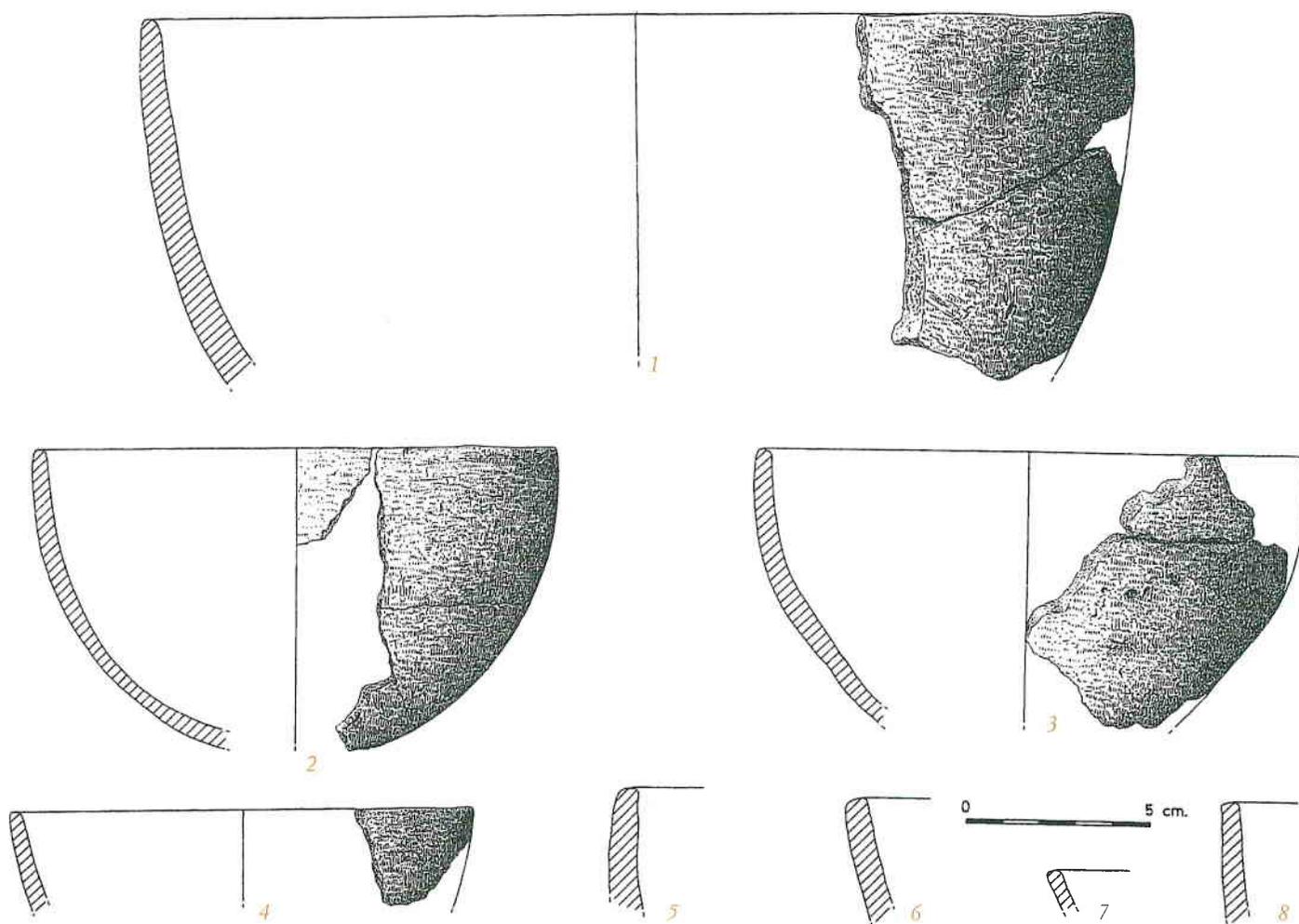


Fig. 83. Pico del Castro. Materiales recuperados en el Nivel IV. Sectores de las Zanjas 1 y 2 y de los Cortes I y II. Alzada desde -133 a -138. Excavación marzo de 1988.

sector por nosotros excavados no se identificaron restos de adobe o manteados de barro en los niveles de la vivienda por lo que, de momento se descarta su empleo en la confección de la cubierta. Si hemos advertido, empero, que en las proximidades de alguno de los agujeros de poste se observa una concentración de bloques calizos, lo que sugiere la posibilidad de que un pequeño parapeto de piedra hubiera reforzado en su base toda la estructura. No ha sido posible vislumbrar la existencia de algún murete o compartimentación de la estancia en la que se engloban los hallazgos. Tampoco encontramos suelo alguno pavimentado o simplemente acondicionado, que se asociara a él.

El núcleo de todo el conjunto parece constituirlo un hogar situado al norte del Corte III. Tiene forma circular casi perfecta (diámetro de 105 cm) y está constituido por una costra de tierra blanquecina apelmazada por el fuego. Su uso, no debió ser excesivamente prolongado, pues no requirió acondicionamiento o sistema de delimitación alguno. El calor no

llegó a penetrar demasiado en la tierra, lo que también confirma esta impresión. En sus proximidades se disponían algunos de los recipientes que más adelante veremos.

Por último queremos hacer constar la casi total ausencia de restos óseos. No creemos que esta circunstancia se deba a los caracteres del medio geológico, de naturaleza calcárea y por lo tanto sumamente alcalina, sino a la propia personalidad del área o las circunstancias de su abandono.

Análisis de los materiales

Hasta la fecha las evidencias arqueológicas localizadas durante la excavación de la estructura prehistórica se reducen a un buen lote de cerámicas lisas y decoradas y unas pocas piezas líticas. Presentamos por separado los restos de excavación y los de prospección, aunque entendemos que pertenecen a un mismo momento, pues se ha demostrado que sólo existe un nivel de ocupación.

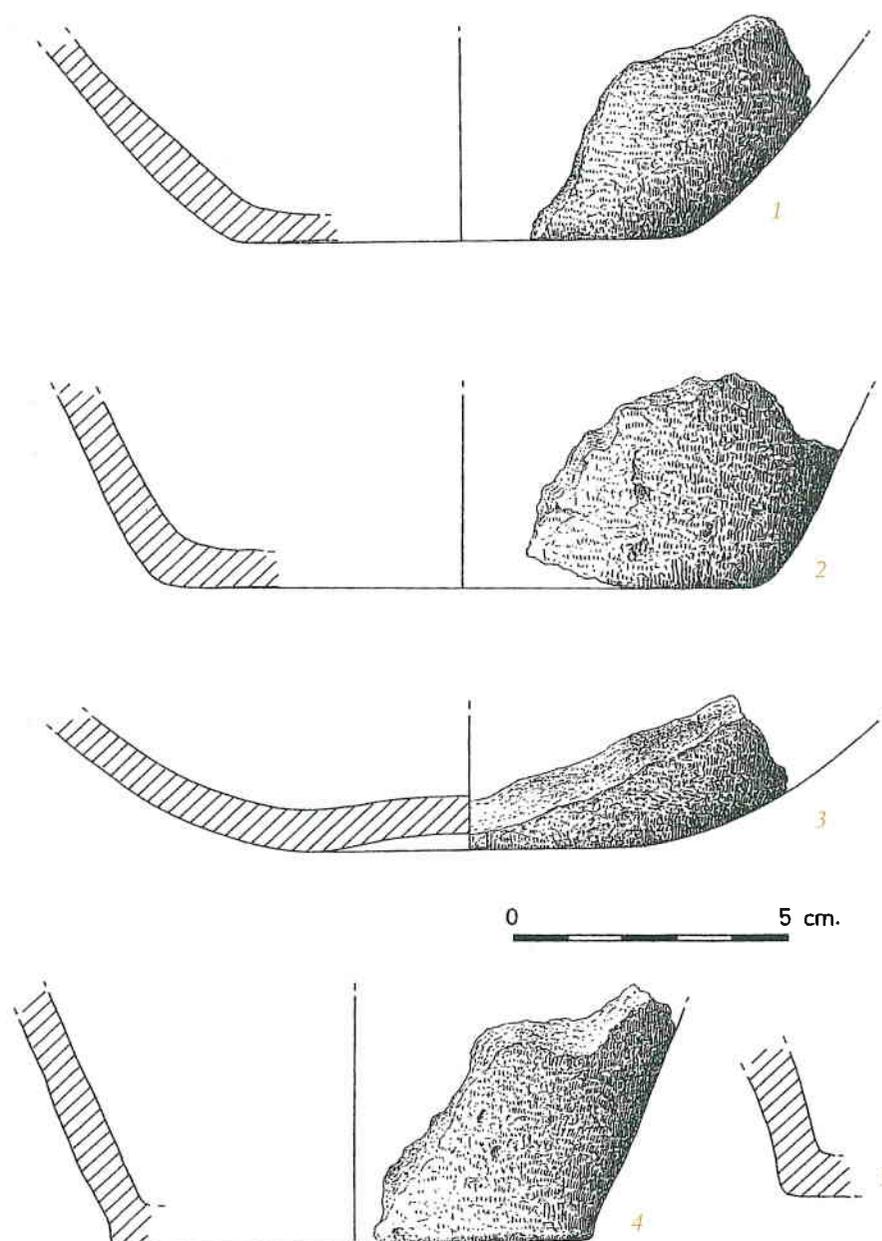


Fig. 84. Pico del Castro. Fondos de cerámicas, procedentes del Nivel IV. Sectores de las Zanjas 1 y 2 y de los Cortes I y II. Alzada desde -133 a -138. Excavación marzo de 1988.

Industria cerámica

Como en tantos otros yacimientos prehistóricos, constituye el ajuar más representativo, tanto por su número (1.648 fragmentos recuperados en excavación) cuanto por la información cronológico-cultural que aporta. Como antes hacíamos constar, las condiciones de su recuperación y conservación han sido muy buenas. Esta buena calidad se ve acentuada por la correcta decantación y cocción a que han sido sometidas las cerámicas. En este sentido, apuntar que se aprecia una generalización del horneado reductor que alcanza cotas del 68'57%, seguida muy de lejos por el mixto (22'85%). La cocción oxidante es residual (8'57%). En relación con ello, las tonalidades más representadas en las superficies son las grisáceas y negruzcas. No obstante, la circunstancia de la destrucción de la vivienda por un incendio pudiera tener algo que ver en el predominio de los tonos oscuros que muestran los barro aquí recuperados.

Las cerámicas decoradas identificadas en excavación son las siguientes:

- El elenco de vasijas con decoración campaniforme se limita a un par de piezas. De una parte encontramos varios fragmentos que debieron formar parte de un mismo recipiente (tal vez un cuenco), de color negruzco, superficies bruñidas, (Fig. 85. 1, 2 y 3) ornado exteriormente mediante una serie de líneas horizontales incisas. En el interior, junto al labio se sitúan cuatro nuevas líneas, bajo las cuales observamos un motivo circular radiado, a modo de pequeño sol, todo ello confeccionado en la misma técnica.

La segunda cerámica que tendría cabida en este apartado es un galbo perteneciente a una vasija de grandes dimensiones sobre el que se observa el extremo inferior de un triángulo relleno de un tosco y profundo entramado oblicuo inciso (Fig. 81. 2).

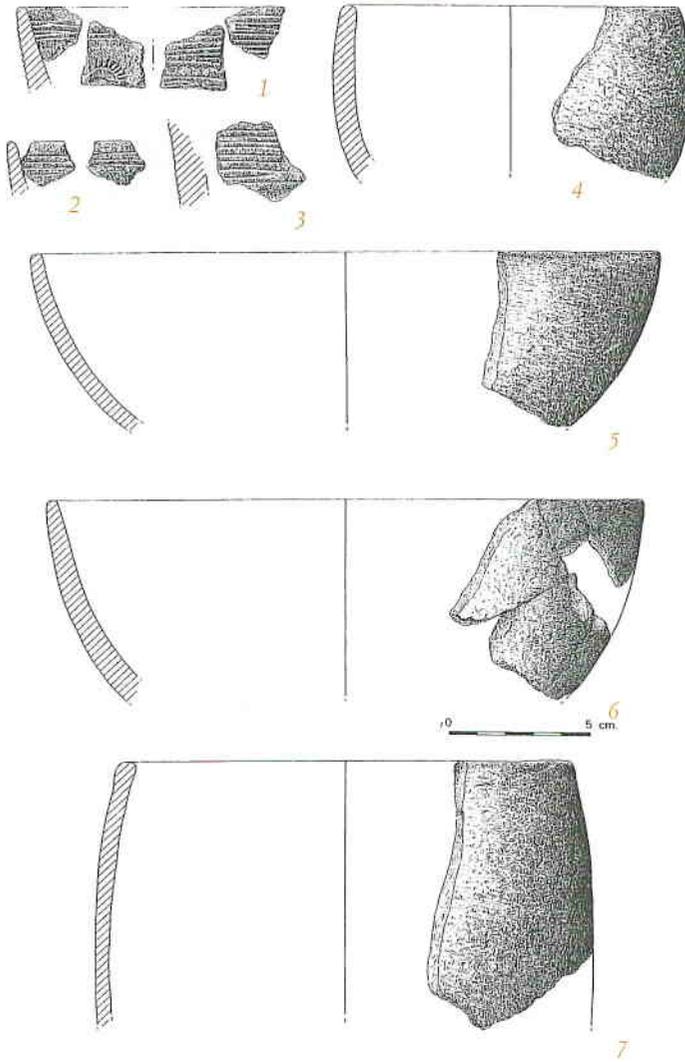


Fig. 85. Pico del Castro. Cerámicas decoradas y lisas, halladas en el extremo norte (fuera de la estructura de piedra) de la Zanja 1. Nivel IV. Excavación marzo de 1988.

- Las decoraciones no campaniformes se limitan a aquellas que comparecen sobre tres fragmentos de borde (posiblemente de un cuenco y de dos vasos hondos) que muestran al exterior, bajo el labio, una serie de pequeñas impresiones triangulares realizadas a punta de espátula (Fig. 81. 1; 88. 1; 93. 1).

Las formas lisas registradas responden a una tipología poco variada, según podemos ver a continuación:

- Cuencos de perfil semiesférico de la Forma 1. Conocemos algunos de perfil completo (Fig. 90. 2 y 3). Sin ningún género de dudas, son las formas más comunes. De un total de 77 fragmentos y vasos completos que han permitido una mínima adscripción tipológica, al menos 44 –el 57'14%–, tienen cabida en este apartado. Entre las variantes que integran este apartado los vasos cuyo perfil se adecua (1Aa) o supera ligeramente la mitad de una esfera (1Ac) son los más numerosos: con 31 ejemplares representan el 40'26% del total de formas identificadas en el yacimiento. En general, se trata de recipientes de tamaño medio, dimensiones homogéneas (el diámetro de su boca oscila entre los 124 y 154 mm), y aspecto cuidado. Los pocos fondos que se han conservado son, generalmente, curvos (Fig. 90. 3); sin que falte alguno que muestra un ligero umbo (Fig. 90. 2).

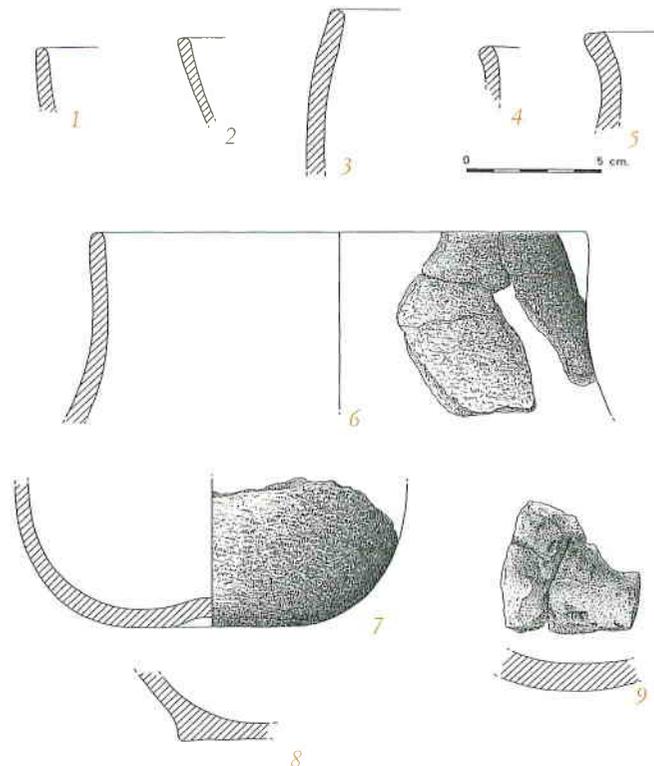


Fig. 86. Pico del Castro. Cerámicas lisas y fragmento de vasija horno, recuperadas en el extremo norte (fuera de la estructura de piedra) de la Zanja 1. Nivel IV. Excavación marzo de 1988.

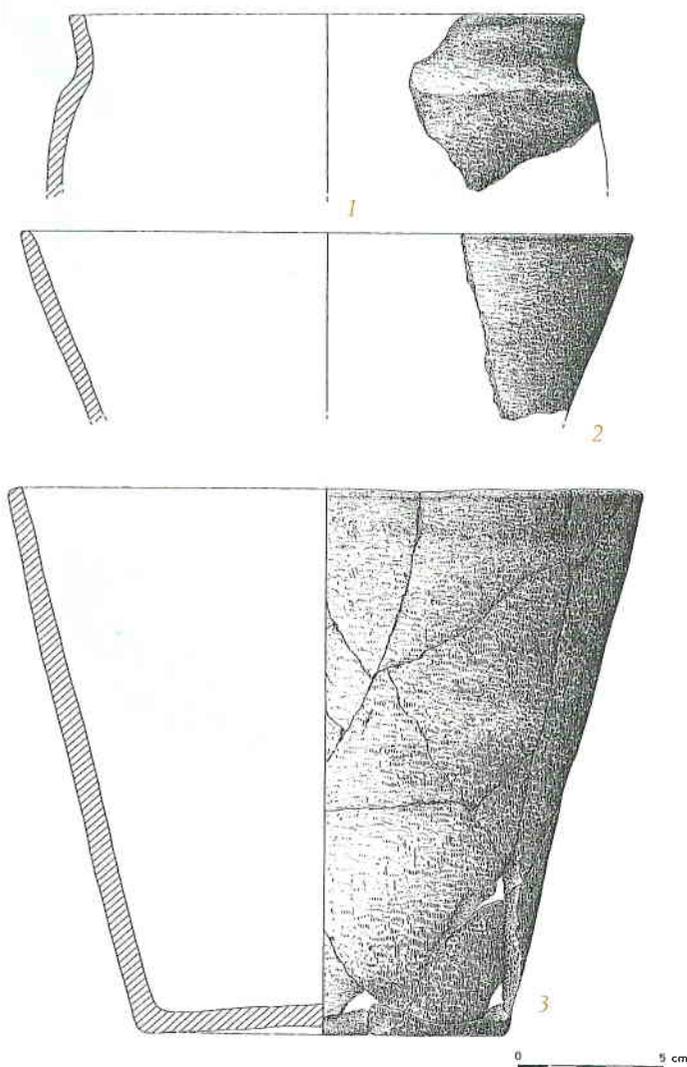


Fig. 87. Pico del Castro. Grandes vasos hallados en la Zanja 2 y su ampliación en el interior de la estructura. Nivel IV. Excavación marzo de 1988.

- Cuencos de casquete esférico de la Forma 2. Es un galbo poco habitual ya que sólo se registra en un par de casos (Fig. 90. 4; 93. 2) –2'59%-. Se trata de recipientes de escasa altura y paredes muy tendidas cuyos labios aparecen ligeramente engrosados al exterior.
- Fuentes hondas de gran diámetro de boca y paredes gruesas (Forma 3). Presentan amplio fondo plano. En la excavación únicamente se ha localizado un ejemplar –1'29%– (Fig. 90. 1).

- Recipientes con perfil en tronco de cono que se pueden adscribir a la Forma 4. En total identificamos un total de 9 piezas (11'67% de las formas identificadas en el yacimiento). Ocho de estos perfiles responden a un formato de tipo cuenco (4A), en tanto que el restante (Fig. 87. 3) configura un tipo de vaso hondo, de tamaño medio, muy característico (4B), cuyas paredes rectas rematan en un fondo plano.

En ninguno de estos cuatro perfiles se conoce sistema de agarre o suspensión.

- Recipientes de cuerpo globular y borde simple ligeramente entrante (Forma 5A). Estos vasos, al parecer, son poco numerosos; únicamente hemos identificado tres

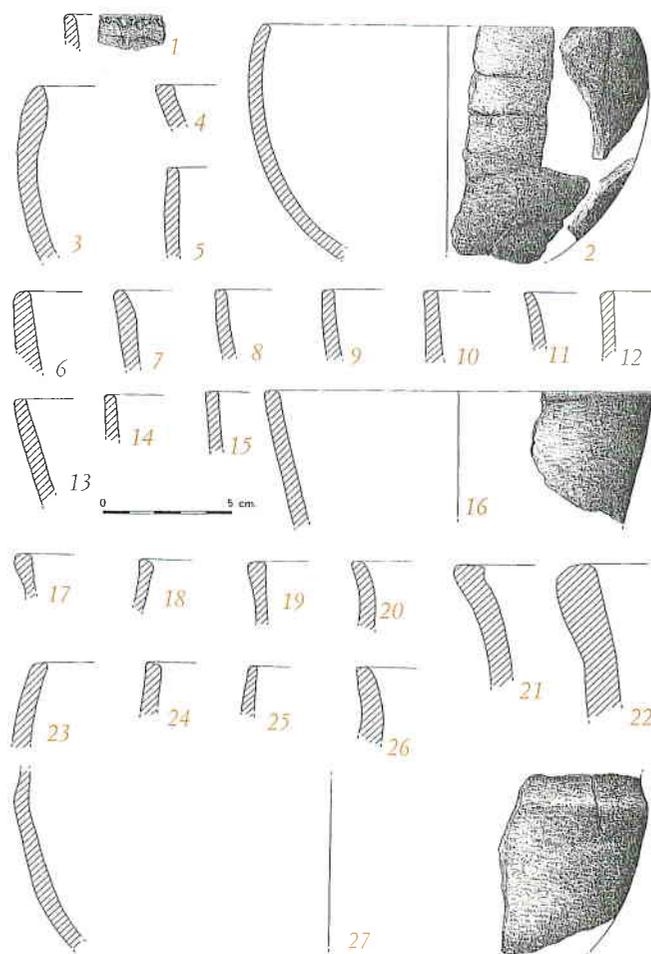


Fig. 88. Pico del Castro. Cerámicas recuperadas en la Zanja 2 y su ampliación en el interior de la estructura. Nivel IV. Excavación marzo de 1988.

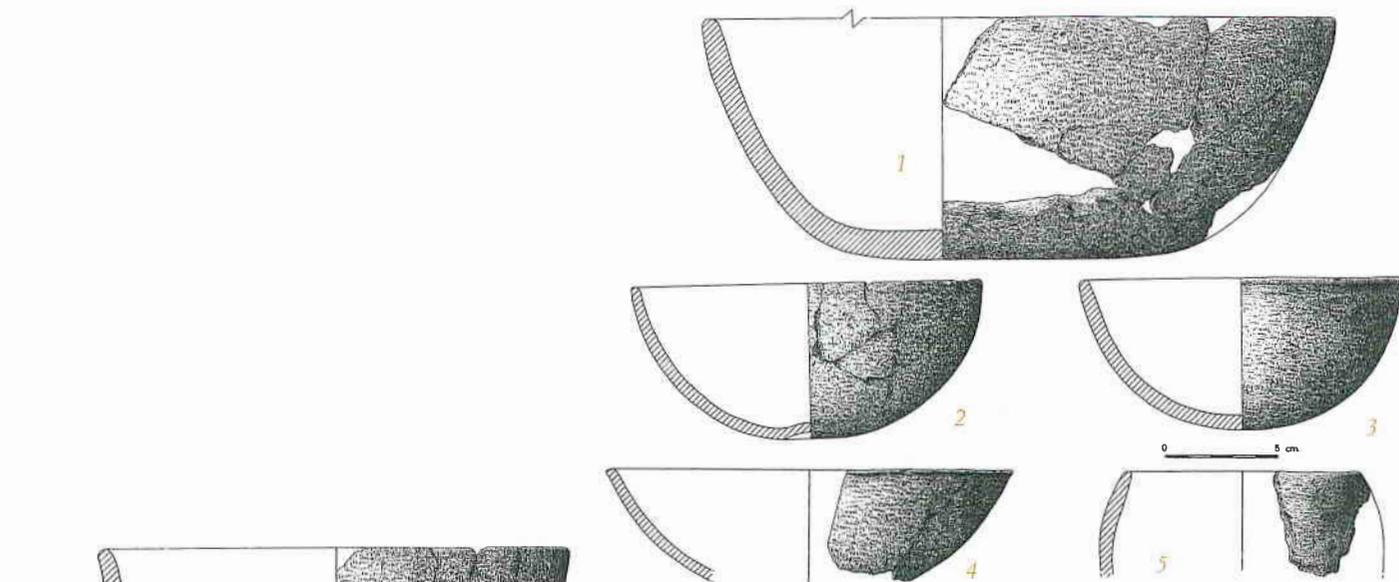


Fig. 90 Pico del Castro. Escudilla, cuencos y ollita recuperados en el Corte III (ampliación este). Nivel IV. Alzada entre -115 y -127 cm. Excavación septiembre de 1988.

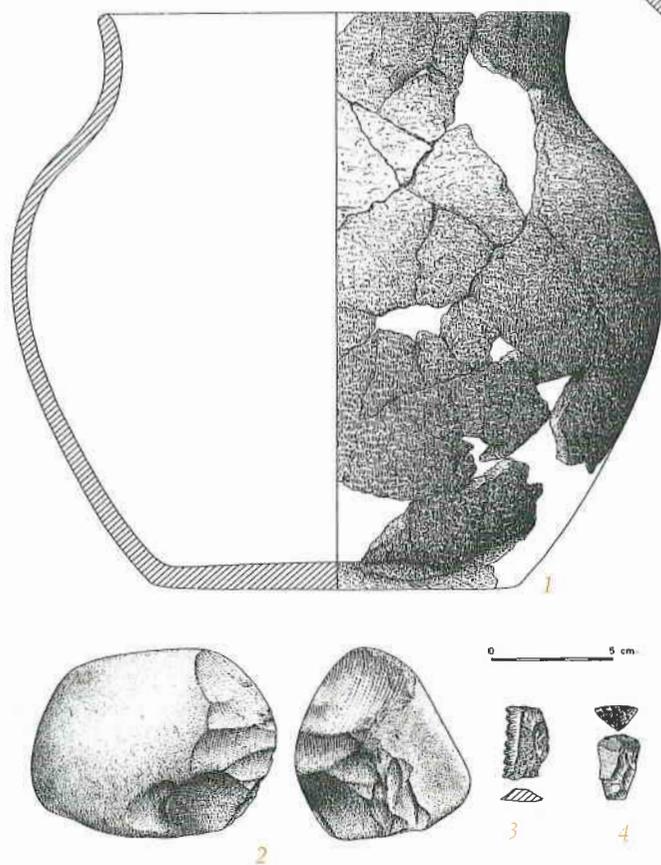


Fig. 89 Pico del Castro. Gran tinaja y material lítico procedente de la Zanja 2 y su ampliación en el interior de la estructura. Nivel IV. Excavación marzo de 1988.

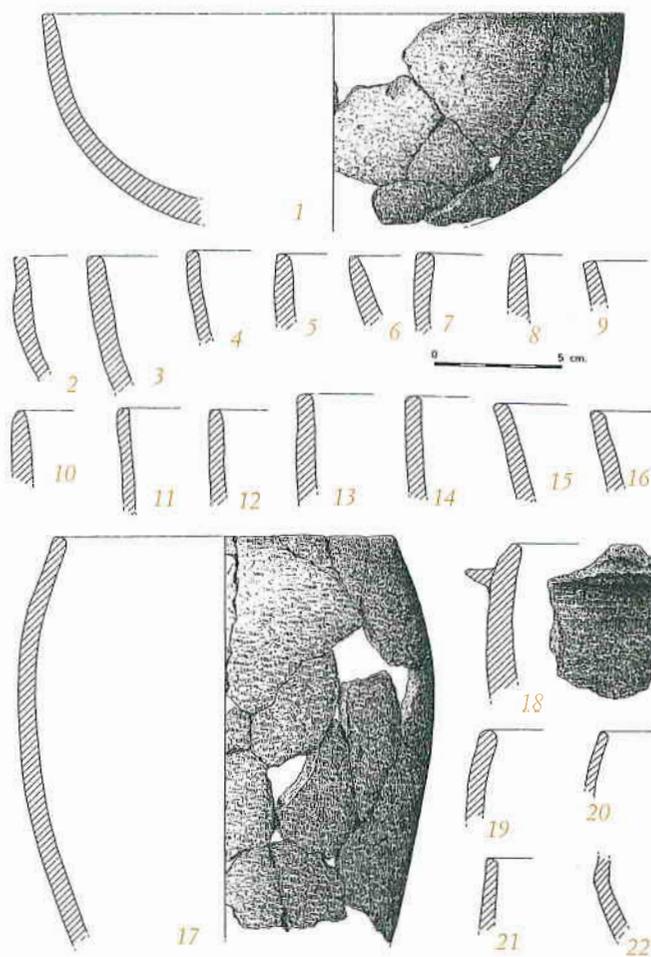


Fig. 91 Pico del Castro. Diversas cerámicas recuperadas en el Corte III (ampliación este). Nivel IV. Alzada entre -115 y -127 cm. Excavación septiembre de 1988.

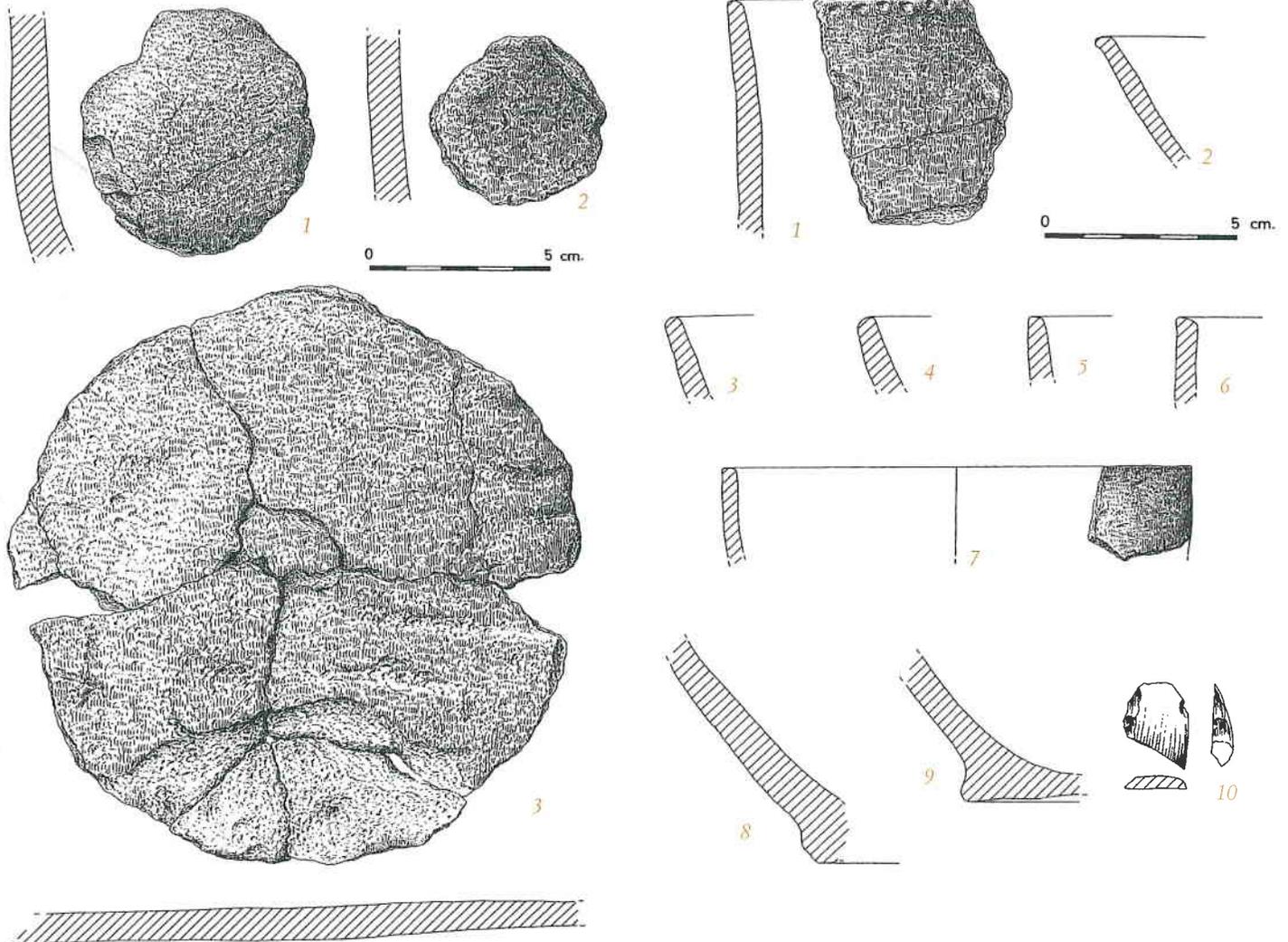


Fig. 92. Pico del Castro. "Fichas" de cerámica procedentes del Corte III (ampliación este). Nivel IV. Alzada entre -115 y -127 cm. Excavación septiembre de 1988.

Fig. 93. Pico del Castro. Cerámicas y pieza lítica del Corte III (ampliación este). Nivel IV. Alzada entre -127 cm y la tierra virgen. Excavación septiembre de 1998.

eemplares (Fig. 85. 4; 88. 2; 90. 5). Se trata de formas de pequeño a mediano tamaño cuyos diámetros en la boca se sitúan entre los 121 y los 150 mm.

- Más numerosas que las anteriores son aquellas vasijas cuyos perfiles, de paredes muy tensas, más que una disposición globular, describen la forma de un óvalo (Forma 5B). Dentro de este apartado podemos distinguir alguna variante basándonos en aspectos muy puntuales. Una de ellas, la más común, es la que se caracteriza por presentar el borde simple, o apenas

engrosado, ligeramente entrante (por ejemplo, Fig. 91. 17 y 82. 2); lo cual la diferencia de una segunda variante cuyo labio se flexiona de forma algo más acentuada hacia el interior del recipiente (Fig. 82. 1). Los vasos que integran este apartado, en general, son de tamaño medio y perfil elevado. Raramente ostentan decoración; sólo un ejemplar de perfil incompleto (Fig. 91. 18) muestra un cordón peribucal liso, de sección triangular.

- Recipientes de perfil en S de la Forma 6: Generalmente presentan cuellos bien marcados y desarrollados (Fig.

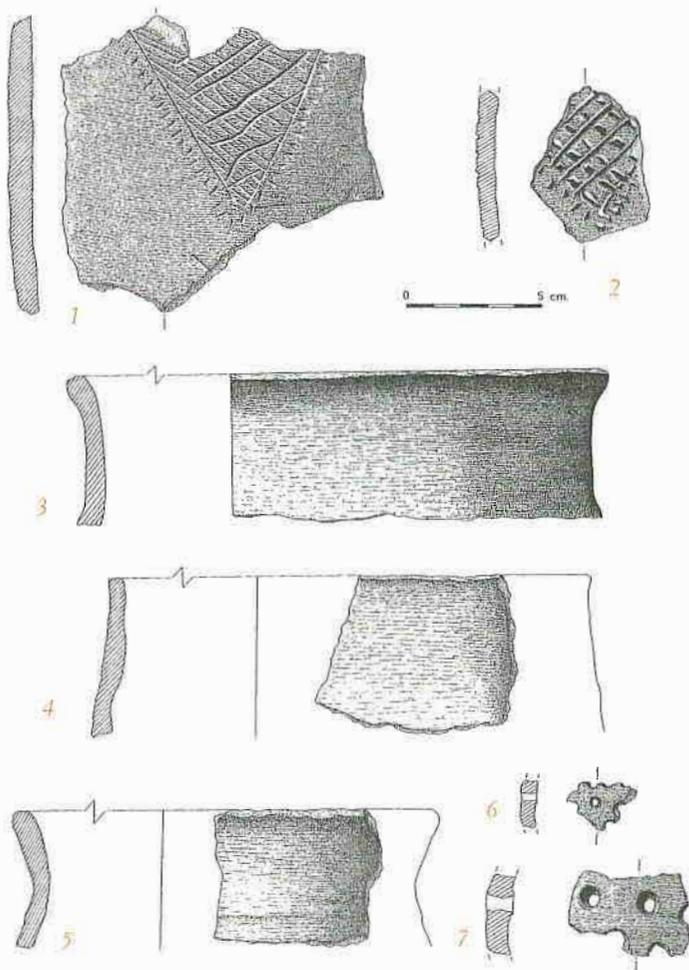


Fig. 94. Pico del Castro. Muestreo de materiales de superficie.

81. 3, 89. 1), aunque también los hay de cuello poco marcado, asignables en este caso a la Forma 7. Contamos con varios ejemplares conservados en su integridad. En todo caso cuentan con fondo plano y se diferencian por el mayor o menor desarrollo del cuello, el grado de convexidad de las paredes, así como en la distinta altura de los recipientes. En este sentido observamos un predominio de las formas altas (Fig. 81. 3; 89. 1), sin que falten algunas formas medias (Fig. 82. 7). Son unas formas no demasiado bien representadas, de hecho sólo hemos recuperado 6 piezas: el 7'12% de las cerámicas lisas.

- Recipientes carenados de la Forma 8. Únicamente tres son los fragmentos recuperados durante la excavación que pudieran tener cabida en este grupo cerámico. De ellos, tan sólo uno permite alguna apreciación sobre su forma (Fig. 88. 27). Se trata de un vaso de carena alta y tamaño mediano cuya parte inferior presenta un perfil que supera en mucho la media esfera. La carena es poco marcada y sobre ella se dispone un

cuerpo troncocónico ligeramente entrante. Desconocemos la forma del borde y del fondo.

En cuanto a los fondos, dependiendo de la forma pueden ser planos –mayoritarios– o convexos. Tan sólo hay tres ejemplos de fondo convexo con depresión; en todo caso pertenecen a recipientes de tipo cuenco, de pequeño tamaño. No hemos hallado sistema de suspensión alguno.

También en arcilla se recogieron una serie de recortes cerámicos de forma circular –“fichas”–, de diversos tamaños, conseguidas al recortar parte de la pared de distintas vasijas. De igual modo, en el extremo norte de la zanja NS se identificaron unos pocos fragmentos de la pared de una vasija para la reducción de mineral con adherencias metálicas de cobre en su superficie interna. Pese a no permitir recomponer el perfil del recipiente al que pertenecieron, las dimensiones y curvatura de sus paredes permiten pensar que no nos encontramos ante un crisol para fundir minerales cupríferos y que, más probablemente, se trata de un contenedor de coladas de cobre. La pasta empleada ofrece el aspecto extremadamente poroso, habitual en estos recipientes.

Entre el conjunto de cerámicas recuperadas sobre la superficie de Pico del Castro, la totalidad de las cuales se hallan en posesión de D. Tomás Madrazo, cabe destacar la presencia de dos galbos correspondientes a vasijas de mediano (Fig. 94. 2) y gran tamaño (Fig. 94. 1). Sobre ambos se desarrolla un tema decorativo similar, de triángulos rellenos de tosca retícula oblicua incisa, jalonados por pequeñas impresiones triangulares. El aspecto de ambas cerámicas permite relacionarlas con los campaniformes de los estilos Silos/Vaquera y Molino (Fig. 94. 2 y 1, respectivamente).

Citar también sendos fragmentos que presentan sobre su superficie múltiples perforaciones circulares. De su aspecto es fácilmente deducible su pertenencia a los denominados coladores, encellas o queseras, en clara alusión a la función que debieron cumplir. Desgraciadamente su reducido tamaño impide reconstruir su forma (Fig. 94. 6 y 7).

Por último, también elaboradas en cerámica, encontramos una serie de piezas paralelepípedicas –4 casi completas y algunos fragmentos– cuyo aspecto permite interpretarlas como pesas de telar (Fig. 96. 1 a 6). Sus caras son entre ovales y redondeadas, y las que están completas presentan una fuerte escotadura en uno de sus lados cortos, con una perforación a cada lado. La sección es prácticamente elipsoidal.

Industria lítica

El conjunto de piezas recuperado en excavación es francamente exiguo, reduciéndose a unas cuantas lascas de descortezado y alguna laminilla de sílex.

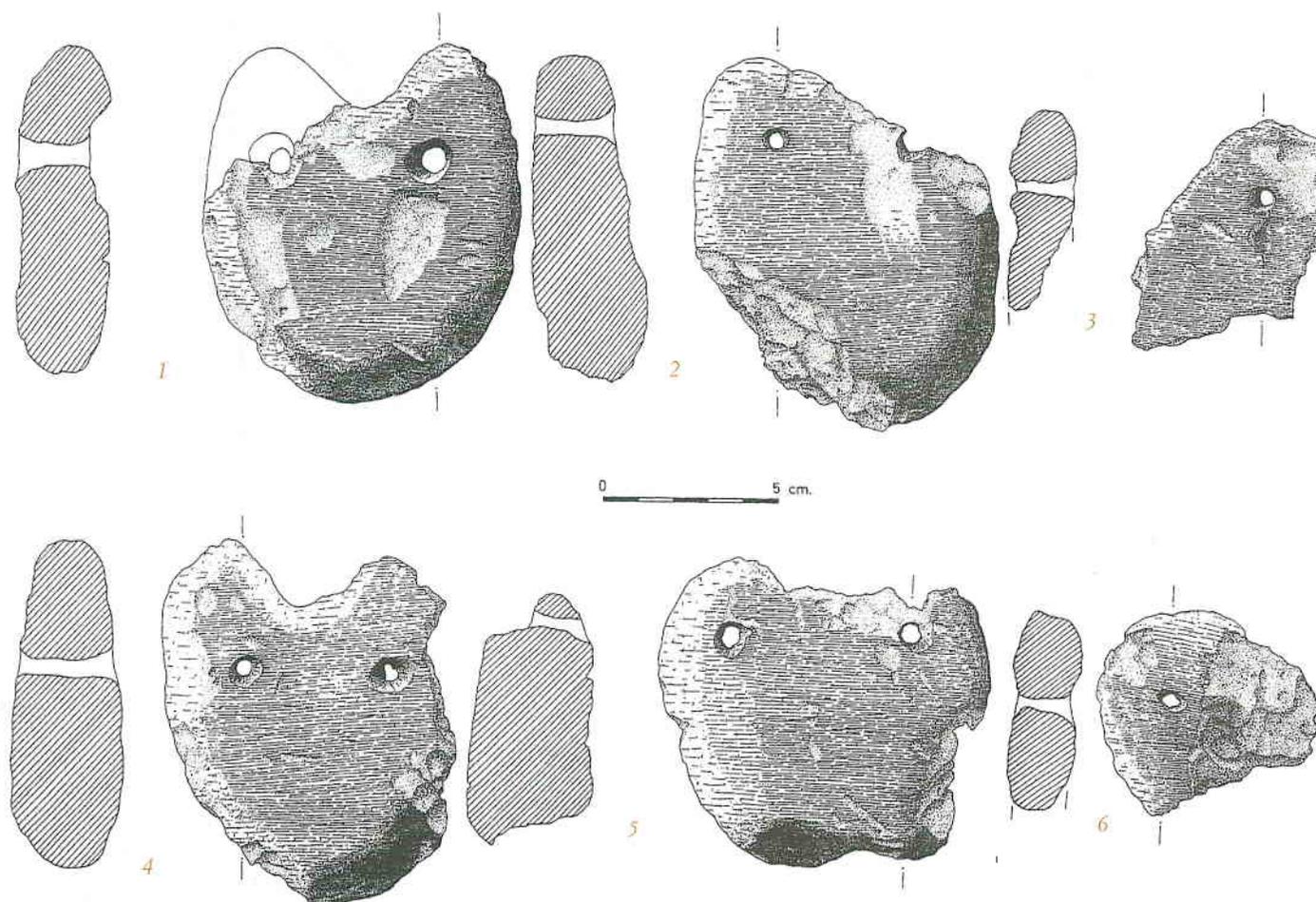


Fig. 95. Pico del Castro. "Pesas de telar".

Los elementos retocados tipologizables tampoco son muy numerosos y se pueden clasificar de la siguiente manera:

- Un raspador sobre extremo de lasca de sílex blanco (Fig. 89. 4).
- Una pieza de hoz sobre lasca de sílex blanco de forma rectangular alargada (Fig. 89. 3). En el lado derecho se ha configurado un dorso mediante retoque abrupto. En el lado izquierdo comparecen 9 dientes, conseguidos mediante retoque inverso, normal.

Completa el conjunto un canto rodado de cuacita que presenta una serie de extracciones, así como huellas evidentes de su empleo como percutor.

A todo esto hay que añadir:

- Dos fragmentos de molinos de mano, ambos en granito, recuperados sobre la superficie del yacimiento.

Tipo de pieza	Análisis	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb	Bi
Adherencia	PA2425	10'95	Nd	83'06	nd	5'386	nd	0'257	0'092	nd	nd
Palmela	PA3636	0'065	Nd	99'22	nd	0'660	0'009	nd	0'043	nd	nd

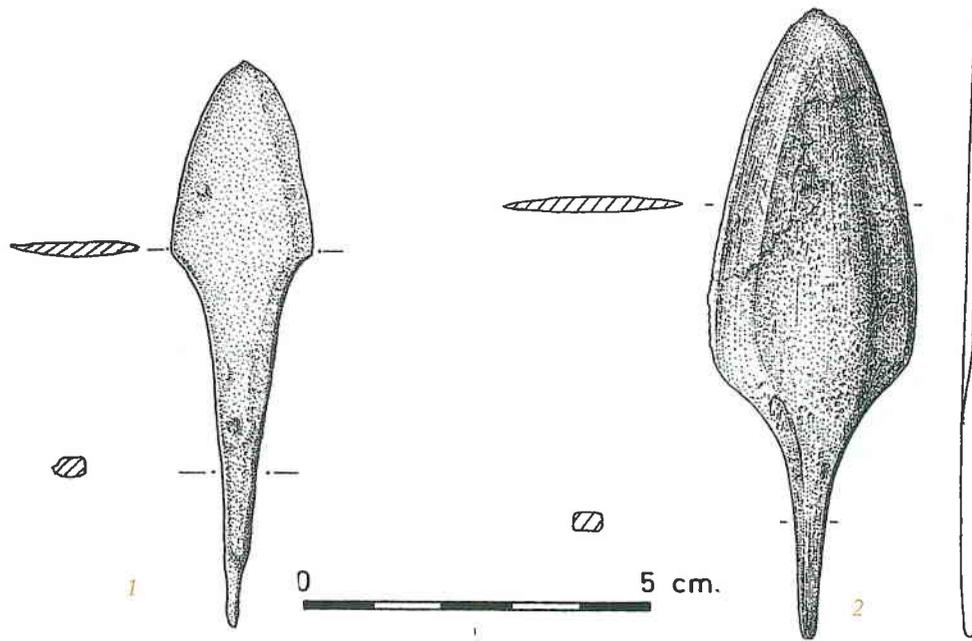


Fig. 96. Pico del Castro. Puntas Palmela recuperadas en la superficie del yacimiento.

Industria metálica:

Las únicas piezas de esta materia prima son un par de puntas Palmela recuperadas en la superficie de Pico del Castro. El primero de estos venablos (Fig. 96. 1) mide 84 mm de longitud y 21 de anchura máxima, contando con una hoja de pequeño tamaño y sección lenticular, con los bordes ligeramente biselados. El pedúnculo, de sección rectangular, es bastante más largo que la hoja—55 mm— iniciándose bajo dos marcadas escotaduras que delimitan netamente la lámina. El espigo alcanza gran anchura en su nacimiento por lo que asemeja una auténtica lengüeta, como ocurre en las Palmela de tipo C de la clasificación de Delibes (1977: 110-111).

La segunda punta (Fig. 96. 2), de un modelo bastante diferente a la anterior, se caracteriza por contar con una hoja ancha, de perfil lanceolado y sección lenticular, sobre la que se observa un marcado bisel que recorre todo su contorno y una mesa central plana. El pedúnculo, estrecho y de sección cuadrada, es muy corto con relación al limbo. La pieza, en excelente estado de conservación, mide 92 mm, de los que 65 corresponden a la lámina. Su anchura máxima, coincidente con la base de la hoja, alcanza los 30 mm. El grosor máximo es de 2. La pieza, de la que contamos con la correspondiente analítica, ha sido elaborada en cobre (99'22 Cu. Análisis PA. 3636).

En las líneas anteriores se describen los caracteres de dos puntas Palmela y, algo más arriba, de un trozo de cerámica (Fig.

86. 9) que conserva en su superficie interna algunas adherencias de cobre y escorias, prueba evidente de que los pobladores campaniformes de este enclave desarrollaron cierta actividad metalúrgica. Aparte de los datos que trasluce su propia tipología, el mayor interés que ofrecen estos elementos radica en las pistas que proporcionan a la hora de reconstruir la tecnología metalúrgica y los caracteres del metal empleado por las gentes campaniformes que ocuparon el Pico del Castro para la obtención de sus útiles metálicos.

En este sentido, el análisis pormenorizado del fragmento cerámico con adherencias nos va a proporcionar algunas sugerencias de interés. Como ya hemos indicado, la forma (curvatura de las paredes) y dimensiones (tamaño, grosor etc.) de estos barros permiten atisbar que lejos de pertenecer a un crisol de fundición—recipientes generalmente de pequeño tamaño—, muy bien pudieron formar parte de una vasija de considerable tamaño y capacidad semejante a las que, bajo la denominación de vasijas/horno, comparecen en algunos yacimientos de cronología semejante al nuestro (Delibes de Castro, G., Fernández-Miranda, M., Fernández-Posse, M. D., Martín Morales, C., Rovira, S., y Sanz, M. 1989: 88-89; Figs. 88-89; Rovira Llorens, S. 1989: 361-363).

En opinión del Dtor. Rovira (Rovira Llorens, S. 1989: 361-363), la presencia de esta clase de recipiente permite reconstruir cuál pudo ser el proceso fundición empleado en las

estaciones arqueológicas donde comparecen. Según este autor, estas vasijas/horno fueron empleadas, a modo de cámara de reducción de minerales metálicos. Al parecer, estos recipientes se rellenaban de algún tipo de combustible –carbón vegetal o leña seca– que se disponía en capas que alternaban con otras de mineral bien machacado. Tras concluir los procesos de reducción y transformación de los minerales metálicos en el interior del recipiente y una vez se hubo enfriado éste, era necesario romper la vasija/horno con el fin de recuperar el cobre metálico contenido en su interior. El metal así obtenido, en forma de lentejuelas y goterones, se halla inmerso en una balumba de escorias y minerales parcialmente reducidos.

Tras proceder a la extracción del cobre de este amasijo, para lo cual es necesario machacar con percutores de piedra, es necesario refundir el metal. Para ello, esta vez sí, se hace necesario el empleo de los clásicos crisoles de fundición (sabemos de la presencia de algunos objetos de esta clase en El Ventorro), desde donde será vertido en los correspondientes moldes.

En un principio, Rovira argumentaba que los recipientes-horno era necesario introducirlos en hornos de chimenea, donde funcionaban como cámaras de reducción. Hoy en día, tras comprobar que las superficies internas de estas cerámicas han sido sometidas a una temperatura mayor que la externas (algo que también cabe advertir a simple vista en los fragmentos recuperados en nuestro enclave), este autor, desestima aquella posibilidad y señala que el uso de “la técnica de la vasija/horno explicaría la ausencia de hornos de fundición” en los yacimientos de esta época.

En otro sentido, Salvador Rovira (1989: 362) señala que el empleo de esta técnica de fundición en vasija/horno se documenta desde antiguo; al menos desde inicios del III milenio a. C., en lugares como Tawi Aarja (Omán) donde, según recoge este autor, puede observarse que las cerámicas empleadas en este menester, generalmente de perfil cónico, eran enterrados en el suelo hasta la altura de la boca, con ello se conseguía que “el medio refractario envolvente” mejorara el rendimiento térmico.

En la Península Ibérica, la obtención de cobre mediante el uso de vasijas/horno, al parecer, alcanzó gran predicamento, generalizándose desde épocas remotas, como lo demuestra su presencia en contextos del calcolítico antiguo; por ejemplo, en Almizaraque (Delibes de Castro, G., Fernández-Miranda, M., Fernández-Posse, M. D., Martín Morales, C., Rovira, S., y Sanz, M. 1989: 88-89), se rastrea desde mediados del III milenio a. C. En la Cuenca del Duero conocemos de su empleo durante el primer horizonte calcolítico de la región. En efecto, conocemos la noticia de que una de estas cerámicas ha sido recuperada en Las Cañamonas (San Cristobal de Entreviñas, Zamora), yacimiento perteneciente al horizonte Las Pozas (Val Recio, J. M.^a del, y

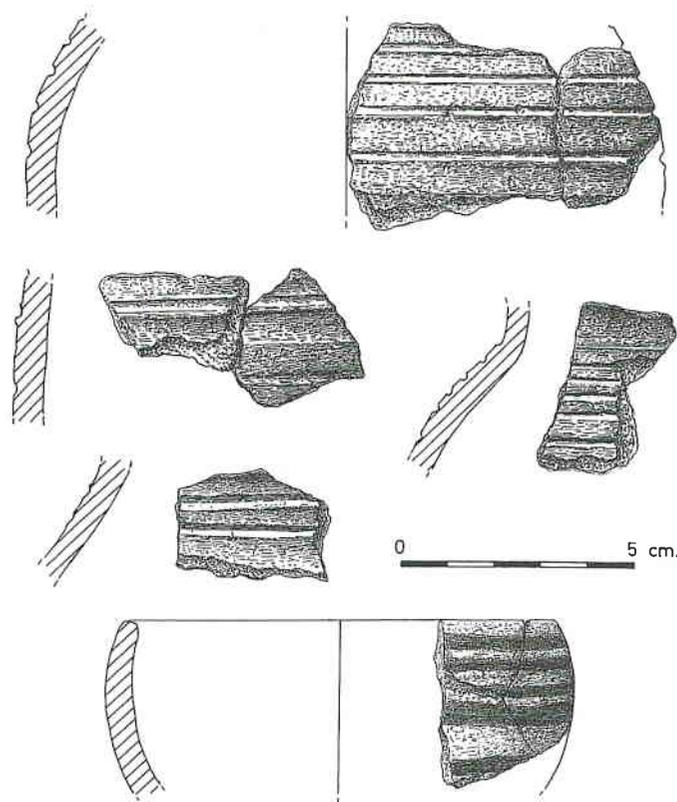


Fig. 97. Pico del Castro. Cerámicas de época Medieval.

Larrén Izquierdo, H. 1990: 339-340). Según todos los indicios, esta técnica perdurará en momentos posteriores siendo adoptada por los metalurgos campaniformes y así lo pone de manifiesto el hallazgo de recipientes de los caracteres mencionados en Almizaraque, Perales del Río o, el propio Pico del Castro.

Tal observación resulta interesante, por cuanto pone de manifiesto que, si bien, las gentes campaniformes fueron responsables de la renovación de los tipos metálicos respecto a momentos precedentes, ello no conlleva un cambio en lo que se refiere a los métodos de fundición y obtención de minerales de cobre, los cuales guardarán una evidente continuidad respecto a la tecnología desarrollada en etapas precedentes.

Contamos con los datos aportados por los análisis metalográficos de una de las Palmelas (la n.º 2) y de las escorias minerales que aún conserva adheridas el fragmento cerámico arriba comentado. El resultado de dichos análisis tiene gran interés por cuanto nos ilustran sobre el tipo de mineral empleado en la fundición, así como de los caracteres y composición

148 de las piezas acabadas. Los resultados analíticos, expresados en % en peso son como siguen:

De especial interés resulta analizar la composición de las adherencias metálicas de la cerámica; éstas, coincidiendo con lo observado en otros yacimientos campaniformes (Rovira, S. 1989: 357), denotan que los metalurgos de Pico del Castro procesaron en el interior del recipiente un mineral polimetálico del que forman parte, además del cobre (83'06%), componente predominante, otros elementos como el hierro (10'95%) y el arsénico (5'386%) que aparecen en proporciones notables. En último término, otros minerales como el estaño o el antimonio (0'257 y 0'092%, respectivamente) comparecen en la mezcla a nivel de simples elementos traza. Si bien, es fácil pensar que estos últimos elementos debieron entrar a formar parte de la colada como impurezas o "contaminantes naturales" de la mena de metal empleada en la fundición, no lo es tanto utilizar semejante argumento para explicar la alta proporción de Fe y As presente en la muestra. Una justificación para la alta tasa de Fe pudiéramos encontrarla en unos comentarios que hace Rovira en torno a unas muestras halladas en Peral del Río; se nos dice que "en la mayoría de procesos de obtención de metales intervienen las menas de metal que se desea beneficiar y otros minerales que se añaden como fundentes", éstos últimos, con la misión de "fluidificar la escoria y facilitar la separación del metal"; un poco más adelante se apunta que uno de los fundentes más frecuentemente empleados en la fundición de cobre son las formas minerales de hierro (por ejemplo, limonita). Si bien, por un lado, es sabido que no resulta extraño encontrar asociadas en los filones formas oxidadas de hierro y cobre, por otro, también se conoce que el contenido en aquellos de Fe suele ser tan bajo que difícilmente puede actuar por sí mismo como autofundente. Esta última circunstancia hace que sea necesario aportar a la mezcla, de forma intencionada, óxidos de hierro (hematites, limonita, etc.) que en su mayor parte quedarán retenidos entre la escoria del horno de fundición.

Pero, si bien, la adición intencional explicaría la alta cantidad de hierro que refleja el análisis de la cerámica, no parece tan claro que podamos argumentar algo semejante para justificar la alta proporción de arsénico que contiene la muestra. En efecto, frente a la idea clásica de Charles (1967: 21-26), aún hoy mantenida por diversos autores (Arribas, A., Craddock, P., Molina, F., Rothenberg, B., Hooek, D. R. 1989: 77), que explicaba la presencia de cobres arsenicales en momentos previos a la aparición de las aleaciones de estaño, como fruto de una adición deliberada de minerales ricos en arsénico (rejalgar, oropimente) buscando endurecer los cobres, en la actualidad, por contra, se piensa que la presencia de As en las coladas, lejos de ser consecuencia de un

acto volitivo de los metalurgos de la época, era resultado de emplear minerales polimetálicos de alto contenido en este mineral (se trataría, por tanto, de cobres arsenicales pero no arsenicados).

Para concluir, si fijamos nuestra atención en los porcentajes del componente metálico de la Palmela podremos comprobar que aquellos difieren grandemente de los valores ofrecidos por la adherencia de la vasija. Ello podría hacernos pensar que el metal fabricado en la fabricación de la punta: un cobre prácticamente puro, pudiera proceder de un metalotecto distinto al procesado en la cerámica. Frente a lo que pudiera parecernos a simple vista, algunos comentarios de Rovira pudieran aclararnos este hecho. Según señala este autor, experimentalmente se demuestra que la mayoría de los componentes menores de los minerales polimetálicos (por ejemplo, arsénico, antimonio, bismuto, zinc, plomo, hierro, etc.) "son inestables y muy sensibles a los procesos termo-químicos que, en esencia, son la base de la metalurgia". Ello pudiera ser indicativo de que la presencia de tales elementos, en mayor o menor cantidad, es directamente proporcional al número de refundiciones sufridas por una misma colada, debido a que durante estos procesos, que se producen a altas temperaturas, por ejemplo, el arsénico se volatiliza, en tanto que el hierro, tiende a fijarse en las escorias de fundición (por cierto, el bajo contenido en hierro que tiene el cobre es indicativo de unas condiciones de fusión primitivas) (Arribas, A., Craddock, P., Molina, F., Rothenberg, B., Hooek, D. R. 1989: 78). Por tanto, la repetición de estos procesos térmicos pudiera explicar la notable diferencia de contenido en hierro y arsénico que observamos existe entre la adherencia y la Palmela; al tiempo, plantearía la posibilidad de que dicho útil, sin mayores problemas, pudiera haber sido elaborado a partir de una colada metálica compuesta por minerales como los encontrados adheridos a la vasija/horno.

Recapitulando, diremos que las gentes campaniformes de Pico del Castro desarrollaron una actividad metalúrgica que guarda total semejanza con la de otros grupos campaniformes. Los datos ofrecidos por diversos yacimientos de este horizonte (Perales del Río, Almizaraque, el propio Pico del Castro, etc.) nos enseñan que estas poblaciones procesaban minerales polimetálicos en los que se encontraban asociados de forma espontánea cobre, hierro, arsénico. Durante su fundición se añadía algún tipo de fundente (por ejemplo, mineral de hierro) para facilitar el proceso.

Según todos los indicios, la fundición se realizaba en el interior de unas, así denominadas, vasijas/horno que sustituían a los clásicos hornos excavados en el suelo. El cobre metálico así obtenido era necesario someterlo a una posterior refundición en crisoles.

El análisis espectrométrico de la punta Palmela recuperada en nuestro enclave, nos enseña todo este proceso metalúrgico deriva en la obtención de unos útiles cuyas coladas están formadas, esencialmente, por cobres simples y en la que otros metales –arsénico, hierro, etc.– no alcanzan porcentajes superiores al 1%.

Valoración y cronología

A lo largo de las líneas anteriores se han descrito someramente las diversas evidencias materiales recuperadas durante las distintas actuaciones desarrolladas sobre el Pico del Castro. Este análisis, deliberadamente sucinto, permite, no obstante, poner de manifiesto que el enclave conoció una ocupación durante el desarrollo de la fase Campaniforme. Tanto por sus características, como por sus buenas condiciones de conservación, Pico del Castro es un yacimiento de gran interés para el conocimiento de dicha fase en el Medio Valle del Duero.

Hemos registrado en él un único momento de ocupación en época prehistórica con viarias estructuras de hábitat (una serie de profundos agujeros de poste y un hogar). Su duración en el tiempo no fue en exceso prolongada, a juzgar por el somero relleno estratigráfico que presenta (60 cm como máximo). Las especiales condiciones de abandono del asentamiento, que hubo de producirse de modo no excesivamente precipitado por más que mediara una destrucción violenta, han propiciado la recuperación “in situ” de una parte significativa del ajuar. Éste consta mayoritariamente de cerámica que se ajusta a los rasgos generales de los contextos campaniformes meseteños: profusión de cuencos semiesféricos, y, en menor medida, de escudillas, fuentes, ollas globulares y de perfil en S, vasos con decoraciones de clara vinculación campaniforme, etc. La industria lítica, poco numerosa y con predominio de las piezas macrolíticas, también se ciñe a esta tónica.

Se documenta el trabajo del metal en el propio yacimiento con una tecnología avanzada. Buena muestra de ello es un fragmento de recipiente para la reducción del mineral u horno-vasija. Hay también indicios de prácticas agrícolas (diente de hoz y molinos de mano), así como de diversos enseres de índole doméstica –encellas, pesas de telar– que traslucen un modelo económico de amplio espectro, tendente al autoabastecimiento del grupo.

En cuanto al aspecto de la cronología, incluíamos en el apar-

tado “Trabajos realizados” la fechación de C14 con que contamos (1800 ± 60 a. C.) y de cómo la consideramos representativa del momento de ocupación del yacimiento, perfectamente conveniente para el contexto representado sobre Pico de El Castro. Situaría a éste, por tanto, a caballo entre los últimos instantes del Calcolítico y el inicio del Bronce Antiguo; esto es, situaría al pequeño hábitat localizado en Pico del Castro en momentos paralelos al postrer desarrollo del mundo Campaniforme en la cuenca del Duero.

Casi dos mil años después, el Pico del Castro conoció una nueva, circunstancial, “visita” en época romana, de la cual no tenemos más constancia que ciertas sigillatas hispánicas tardías que en pequeño número pudimos recoger tanto en la superficie del yacimiento, como en los niveles de revuelto de la excavación.

En la introducción también mencionábamos como en un área cercana a Pico del Castro habían sido encontrados una patena y un jarrito litúrgicos de clara adscripción hispano-visigoda, los cuales actualmente se encuentran depositados en el Museo Arqueológico de Valladolid. Dicho hallazgo, que tiene la importancia intrínseca de ser la única ocasión en que ambos objetos –que se sabe eran utilizados al unísono en las ceremonias de bautismo de la España visigoda– aparecen asociados en nuestra península, nos informa de que en las proximidades del lugar por nosotros excavado existió un hábitat de época visigoda. La cronología que se atribuye a patenas y jarros se sitúa entre el 650 y 711 (Mañanes Pérez, T. 1989: 12), lo cual puede darnos una idea aproximada del periodo cronológico en que se desarrolló la citada ocupación. Es indudable que las gentes habitaron la zona en la época mencionada, dada la proximidad del lugar donde aparecieron dichos restos visigodos, hubieron de visitar el Pico del Castro; por más que durante nuestros trabajos arqueológicos no hayamos encontrado ninguna evidencia en este sentido.

En última instancia, el presente enclave fue ocupado en época Medieval. Durante este periodo se construyó una pequeña torre de gruesos muros y planta rectangular. La presencia de ciertas cerámicas acanaladas en su interior, permiten situar el hecho durante la baja Edad Media, en fechas próximas a los siglos X y XI. Cabe relacionar este edificio con una serie de construcciones de carácter defensivo que por estas mismas fechas jalonaban la línea del Duero, en relación con el fenómeno repoblador que los reinos cristianos desarrollaron en estos siglos al Sur del Duero.

22. PICO DE LAS CUEVAS (ALDEAYUSO)

Coordenadas: Lat. 41° 34' 10"
 Long. 04° 08' 26"
 Altitud: 840 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/25.000
 (374-III) Rábano

Entorno y descripción del yacimiento

Con el nombre de Pico de las Cuevas se designa un destacado espigón de páramo que se alza a escasa distancia –apenas 300 m– al NW de Aldeayuso. El topónimo alude a la presencia en el lugar de una serie de cuevas artificiales, excavadas en la vertiente meridional, en el bancal de calizas pontienses, del citado espigón. Estas cavidades fueron dadas a conocer por Tomás Mañanes (1979: 102), quien, en un primer momento, menciona la presencia de cerámicas a torno y tejas en y las describe como “unos eremitorios medievales”. En una más reciente interpretación Repiso Cobo, por el contrario, las incluye entre las manifestaciones del “eremitismo rupestre de época visigoda en el valle medio del Duero” (Repiso Cobo, S. 1999: 403-404; Fig. 1).

Frente a estas cavidades, una veintena de metros más abajo, en plena ladera, se localiza un área (apenas 0'5 Ha) en el que se detectan diversos materiales de época campaniforme. La situación del lugar, en principio, resulta un tanto extraña (se encuentra enclavado en el tramo medio de una cuesta de páramo; sector caracterizado por su extrema inclinación), pareciendo, a nuestro entender, poco apto para dar cobijo a un asentamiento; ello nos permite apuntar que muy probablemente estas evidencias deben ocupar una posición secundaria. En efecto, la presente estación arqueológica pudiera constituir un claro ejemplo de cómo la erosión puede alterar el depósito arqueológico de un yacimiento. Éste, en nuestra opinión, debió situarse en la cima del espigón, que se eleva más de 50 m sobre el terreno circundante. En la actualidad en la cumbre del espigón aflora el estrato de calizas pontienses que culminan los páramos en esta zona. Como consecuencia de la erosión, la cumbre se ha visto desprovista de los estratos que la recubrían y los restos arqueológicos han sido depositados a los pies del cerro y concentrados en conos de deyección.

zComo fuentes de agua más próximas al yacimiento encontramos el arroyo de las Cuevas, que discurre a escasos 35 m al sur y el arroyo de Molpeceres, que dista unos 375 m al sur. El uso actual del suelo en el área arqueológica es baldío, tratándose de tierras yermas, salpicadas por dispersas manchas de pinos.

Análisis de los materiales arqueológicos

La única evidencia arqueológica de que disponemos es de un lote de materiales recogidos en un par de visitas al lugar. Se trata de escasos fragmentos de cerámicas a mano (un total de 40 fragmentos) y algún elemento lítico.

Industria cerámica

Por lo general presenta un aspecto muy rodado, consecuencia lógica de su larga permanencia a la intemperie. Los pocos fragmentos que no se han visto muy alterados ofrecen una apariencia cuidada, con las superficies alisadas o bruñidas. Según hemos podido comprobar, las pastas son preferentemente de color negro, con alto contenido en degreasante silícico de tamaño mediano a pequeño. Las superficies, generalmente de aspecto muy rodado, cuando no aparecen saltadas, son de color ocre o rojizo.

La variedad campaniforme, con 4 fragmentos, supone el 10 del total de la industria. Dentro de ella el tipo fino (Ciempozuelos), con 1 ejemplar (25% del total de especies campaniformes. Fig. 98. 4) tiene menor presencia que el tosco (Silos/Vaquera y Molino) (3 ejemplares, 75%. Fig. 98. 1 a 3).

Se documentan los siguientes temas decorativos:

- Franjas de retícula oblicua, de tosca apariencia (Fig. 98. 2 y 3), de aspecto cuidado y enmarcada por líneas incisas paralelas (Fig. 98. 4).
- Triángulos rellenos de retícula, en disposición ortogonal (Fig. 98. 1) u oblicua (Fig. 98. 3). Este motivo es exclusivo de los tipos toscos.

En ningún caso podemos precisar el tipo de perfiles del que formaron parte estos fragmentos.

La decoración campaniforme que aquí se recoge está realizada con tratamiento dispar, oscilando entre los elaborados con sumo cuidado y los que denotan un manifiesto descuido en su confección.

Con referencia al material no campaniforme no cabe hacer excesivas precisiones, debido a la gran fragmentación y reducido tamaño de la mayor parte de los barro. Los únicos perfiles significativos localizados son los que seguidamente describimos:

- Vaso hondo (cuenco?) de borde vertical y labio plano (Fig. 98. 5).
- Cuenco de casquete superior a la media esfera (Forma 1Ac) (Fig. 98. 6).
- Recipiente de borde entrante y labio ligeramente engrosado (Forma 5) (Fig. 98. 7).

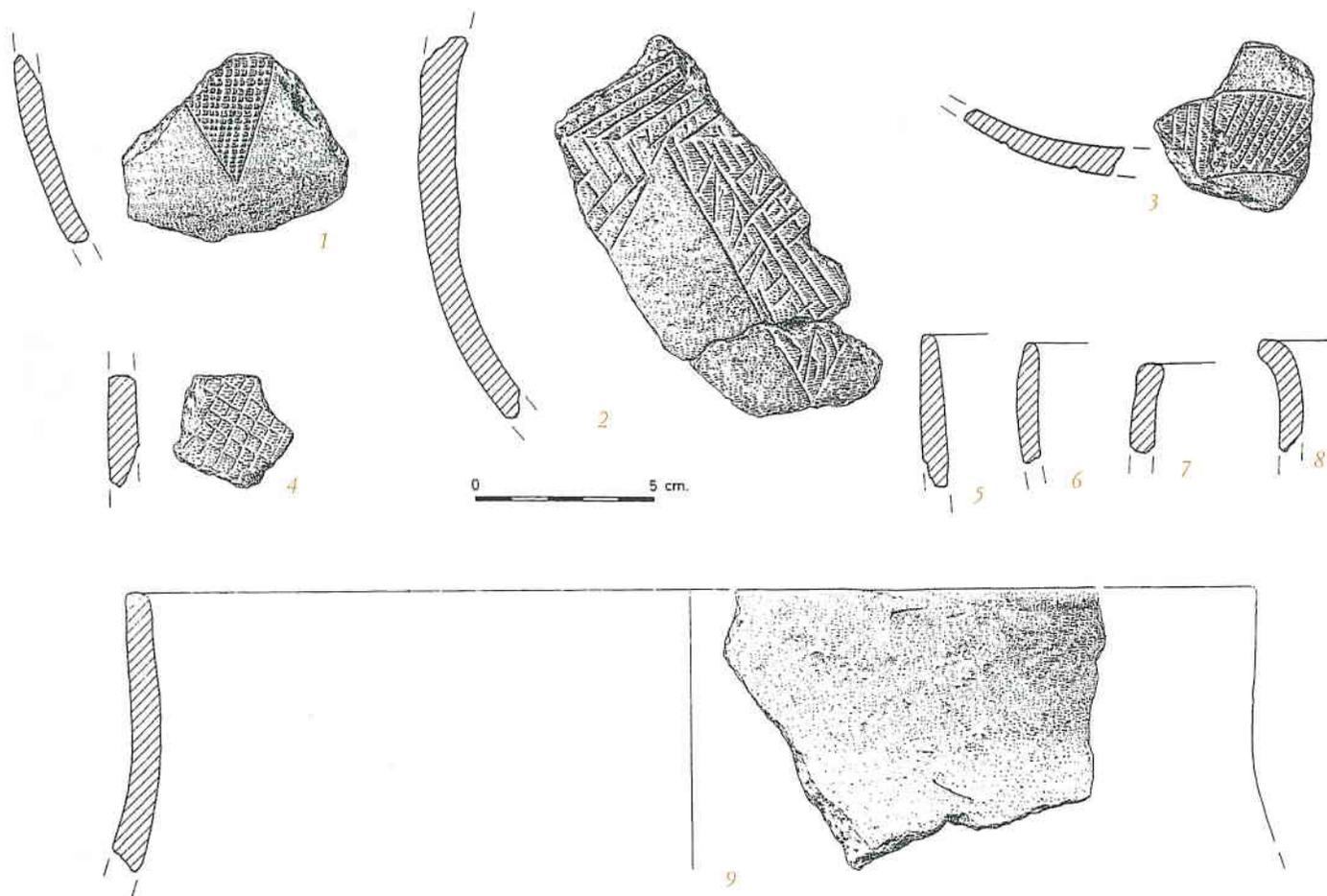


Fig. 98. Pico de las Cuevas. Muestreo de materiales de superficie.

- Vaso de borde vertical y labio ligeramente abierto (Fig. 98. 8).
- Recipiente de tamaño grande (320 mm de diámetro en la boca) que desarrolla un borde vertical, dando lugar a un cuello cilíndrico bien diferenciado (Fig. 98. 9). Este perfil es, sin duda, asociable a la Forma 6A, identificada en el Pico del Castro.

En la industria lítica las evidencias son muy pobres, pues se reducen a una lasca de sílex lechoso que presenta retoque simple y directo en su lado transversal.

Valoración y cronología

En nuestra opinión, el Pico de las Cuevas es un yacimiento, hoy en día totalmente arrasado por la erosión, que en origen debía ocupar el extremo de un espigón de páramo.

Su cronología parece bastante concreta. La presencia de diversos fragmentos campaniformes, con abundancia de motivos reticulados, de aspecto que podríamos calificar de evolucionado, en principio, pudiera resultar indicativa de que el lugar se ocupó en un momento avanzado del desarrollo de dicho horizonte. No obstante, la presencia ciertos rasgos: por ejemplo, vasos de cuello cilíndrico, y la ausencia de otros: decoraciones plásticas, recipientes carenados, etc., resultan más propios de un momento antiguo del desarrollo del mundo campaniforme en la región, es decir, próximo al Calcolítico y, por ende, al desarrollo de yacimientos como el Pico del Castro de Quintanilla de Onésimo.

23. GRAVERA CAMINO DE LA ACEÑA (PADILLA DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 36' 24"
Long. 04° 28' 52"
Altitud: 750 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/25.000
18-15(374-I) Peñafiel

Entorno y descripción del yacimiento

Actualmente la zona en que se halla el enclave, incluida en la demarcación de Zona Arqueológica de Padilla/Pesquera de Duero, ofrece un aspecto totalmente desolado, alterado por una explotación de gravas y arenas, desarrollada impunemente en 1991, en este lugar, que ha propiciado la desaparición, en su práctica totalidad, del suelo original sobre el que se asentó y el manto vegetal que lo recubrió. El lugar en que se emplazó el yacimiento es una terraza baja, cuyo componente geológico son las gravas y las arenas (Sanz Mínguez, C. 1998: 35-36, Fig. 5. 5; Delibes de Castro, G. 2003: 30-31, Fig. 5 y 11).

La falta de un seguimiento oportuno de las labores de extracción de áridos nos impide ahora precisar más datos sobre la estructura del asentamiento que los proporcionados por los perfiles de explotación, donde se puede observar un nivel oscuro superficial, por encima del de gravas, de una potencia media de 60/70 cm. y gran uniformidad, abriéndose en las gravas ocasionalmente algún hoyo. Resulta posible, por tanto, tentar una explicación concreta para esta área e intuir que aquí pudo existir un campo de hoyos, toda vez que lo que hubiera ha sido completamente destruido, resultando imposible determinar la extensión del asentamiento arqueológico que aquí se instaló.

El control visual desde el yacimiento es apreciable, pues desde lo alto de la terraza se domina una buena porción de fondo del vallejo por el que discurre el arroyo de la Vega, que flanquea por el este y el norte la base de la terraza, poco antes de desembocar en el Duero. Dicha confluencia, que se produce apenas a 600 m al NW de donde se sitúa el yacimiento, es visible desde el mismo.

Análisis de los materiales

Son más bien escasos y en ellos lo más representativo es la cerámica.

Industria cerámica

Como consecuencia de las labores de extracción de áridos antes mencionadas, las evidencias cerámicas son escasas y se hallan bastante fragmentadas. Como quiera que además se encuentra muy fragmentada y rodada, habiendo sufrido una profunda

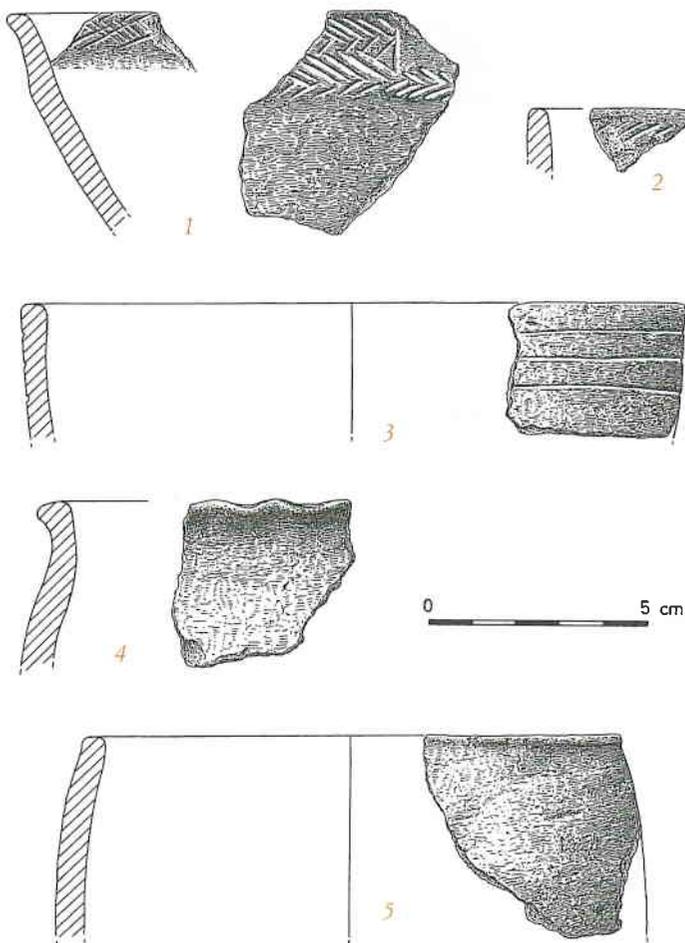


Fig. 99. Gravera camino de la Aceña.
Materiales de prospección.

alteración en sus características formales (acabado de las paredes, grosor de las mismas, características de la pasta,...), preferimos omitir los aspectos técnicos y limitarnos a la descripción de las formas, pocas por cierto, que hemos podido identificar.

Perfiles reconocibles:

- Recipientes globulares con borde ligeramente entrante de la Forma 6. Conocemos un único ejemplar (Fig. 99. 5).
- Recipientes globulares con borde más o menos destacado (1 ejemplar), del tipo curvado abierto (Forma 10). Presenta decoración impresa en el labio (Fig. 99. 4).

Sin duda las piezas más desatacadas son tres fragmentos cerámicos decorados. Uno de ellos es un cuenco hemisférico, con

labio recto, de nuestra Forma 1 (Fig. 99. 3) que presenta tres líneas incisas profundas paralelas horizontales, siguiendo una temática muy poco habitual por cierto en el Bronce Medio del sector; el segundo corresponde al borde de otro posible cuenco que muestra una serie de trazos oblicuos incisos de factura más fina (Fig. 99. 2). El tercero es un perfil de cazuela carenada con borde ligeramente exvasado, adscribible a la Forma 11. La decoración ocupa la zona cercana al borde, tanto al interior (una banda de entramado oblicuo de toscos trazos incisos) como al exterior (incisiones en espiga) y se extiende también hasta la carena (Fig. 99. 1).

24. FUENTE DE ANTEQUERA I (PADILLA DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 36' 46"
Long. 04° 11' 24"
Altitud: 760 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/50.000
(373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

El yacimiento se localiza en un terreno absolutamente llano, en el entorno de la fuente de este nombre, entre campos de labor cerealista y viñedo, situado en la base de las laderas del páramo próximo que enlazan con el fondo del valle del Duero. Aproximadamente a medio kilómetro al S del yacimiento se ubica la curva de los 800 m, base de un relieve destacado conocido con el nombre de Las Aguileras que, elevándose 866 m.s.n.m., marca ya el comienzo del páramo de Campaspero.

El yacimiento se encuentra 2 km al W de Padilla de Duero; próximo –apenas a 350 m al S– a la línea férrea Valladolid-Ariza, que discurre por esta zona paralela a la carretera N-122 (Valladolid/Soria) –entre los km 49 y 50–; 100 m al N del camino del Cabezo, e inmediatamente al W del camino de Oyales. En general ocupa una zona llana, en suave pendiente, muy rica en recursos hídricos: en sus proximidades discurren los arroyos Valdepinilla y Hornillo, situados a 500 y 750 m al W del yacimiento respectivamente; también existe allí, como más arriba se apunta, la denominada fuente de Antequera que da nombre al yacimiento (Sanz Mínguez, C. 1998: 38, Fig. 5. 13; Delibes de Castro, G. 2003: 31-32, Fig. 5. 6 a 9).

Las evidencias arqueológicas que comparecen en la zona se dispersan de forma regular en un área de, aproximadamente, 0'3 Has. Debemos señalar que la extensión que atribuimos al yacimiento es un tanto teórica, dado que, según hemos

Valoración y cronología

El yacimiento a juzgar por el material recuperado se encuadra claramente dentro del horizonte Protocogotas del Bronce Medio. Se halla fuertemente alterado por la extracción de áridos, que ha destruido una parte muy considerable de su superficie y sacado a la luz algunos escasos restos arqueológicos que, a lo sumo, permiten la atribución cronológica y cultural del lugar.

podido saber, la parcela contigua a la que aporta los hallazgos fue subsolada y posteriormente prensada para dedicarla al cultivo de viñas, por lo que no descartamos que el yacimiento se extendiera en origen algo más en esa dirección. A tal efecto, como medida cautelar, daremos una extensión hipotética del mismo de 0'6 Has, incluyendo parte de dicha parcela.

Análisis de los materiales

Los hallazgos que proporciona el yacimiento consisten en un conjunto de cerámicas a mano y algunas piezas de sílex.

Industria cerámica

Se caracteriza por que sus cocciones son mayoritariamente mixtas, aunque también está presente algún fragmento oxidante. Los desgrasantes son fundamentalmente calizos, en ocasiones bastante abundantes y de considerable tamaño, pudiendo observarse en varios fragmentos el empleo de granos finos de mica y sílice. Las superficies suelen estar bien cuidadas, alisadas tanto al exterior como al interior.

Desde el punto de vista morfológico, estas cerámicas son muy poco significativas, aunque, al menos, se pueden reconocer ciertos perfiles cuenquiformes (Fig. 100. 3), globulares y algún perfil carenado.

Las decoraciones sí ofrecen elementos identificables como es la aparición de un fragmento de galbo cuya decoración, a base de zigzags y espigas incisas (Fig. 100. 1), es característica del horizonte Protocogotas de la zona.

Industria lítica

Un denticulado sobre lasca espesa de sílex blanquecino, una lámina de sílex semidescortezado (Fig. 100. 4) y un núcleo para la obtención de láminas.

154 Valoración y cronología

Ante la parquedad de las evidencias recuperadas, no podemos pensar sino en un pequeño asentamiento bastante afectado, por cierto, por la erosión y las labores agrícolas. La cronología que podemos aportar es un tanto incierta, pudiéndose fechar en un momento impreciso del Bronce Medio, durante el desarrollo del grupo Protocogotas.

Comentar, por último, que Carlos Sanz Mínguez ubica al norte de este asentamiento, muy próximo al mismo, otro de época romana, probablemente de tipo *villa*, que dataría de época altoimperial, según se deduce de la presencia de algunos fragmentos de *terra sigillata* y, sobre todo, de la recuperación de un *dupondius* del siglo II d.C.

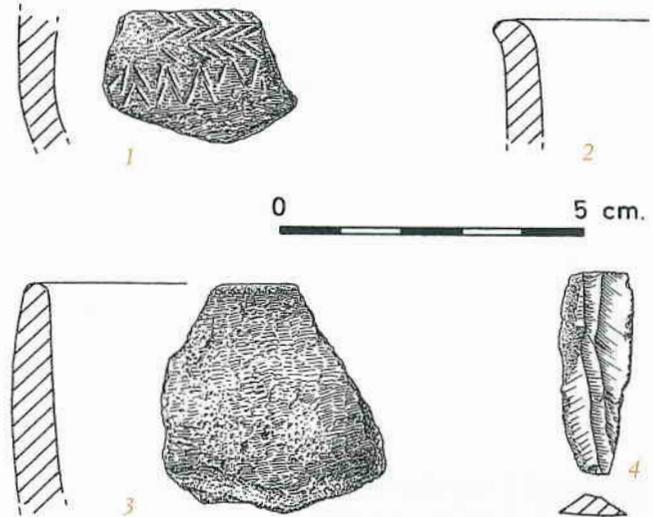


Fig. 100 Fuente de Antequera I.
Material cerámico y lítico procedente de superficie.

25. EL CASTILLO (PEÑAFIEL)

Coordenadas: Lat. 41° 35' 53"
Long. 04° 06' 48"
Altitud: 859 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/25.000
(374-I) Peñafiel

Entorno y descripción del yacimiento

El yacimiento se emplaza sobre un impresionante cerro testigo, a cuyos pies se abraza el casco urbano de Peñafiel. El emplazamiento ocupa la cima amesetada de dicho cerro, relieve residual de los páramos de la región, de cerca de 250 m de largo por casi 50 m en su parte más ancha. Este enclave, en virtud de su particular orografía, ocupa un punto realmente excepcional, controlando los cursos del arroyo Botijas, que discurre unos 1.000 m al este, y del río Duratón, a unos 250 m al oeste, dominando además buena parte del valle del Duero, del que dista unos 2.500 m en dirección sur.

Como es de sobra conocido, en la zona alta del cerro, abarcando casi toda su superficie, se emplaza el célebre Castillo

de Peñafiel, múltiples veces glosado y descrito (ver, por ejemplo, Cooper, E. 1980: 426-427; Blasco, A. 1983: 30-31; Blanco Sancho, R. 2005: 55-59). Como es fácil suponer ahora no es de nuestro especial interés esta singular construcción, ni todo el significado histórico que en ella se encierra. Tampoco lo son otra serie de estructuras que se localizan en las laderas del cerro. Nos referimos a los abrigos y/o eremitorios que se abren en el farallón rocoso que aflora a unos 100 m sobre la base del cerro (Lucas de Viñas, M.^a R. 1971: 427-451; Mañanes Pérez, T. 1979: 111; etc.). En efecto, el objeto de nuestra atención son ahora una serie de restos, muy concretos, aparecidos durante la excavación del patio mayor del Castillo en las primaveras de los años 1997 y 1998. Nos referimos a algunos materiales cerámicos y líticos que han venido a demostrar que, previa la ocupación del enclave durante la baja Edad Media y Contemporánea, el lugar fue visitado durante el Bronce Antiguo, momento en que se desarrolló un asentamiento, posteriormente desmantelado por las obras medievales.

Los citados trabajos, realizados al amparo de los convenios de Colaboración entre la Diputación y la Universidad de Valla-

dolid³¹, tenían como misión el control de las obras de vaciado del patio meridional de El Castillo de Peñafiel, motivadas por el acondicionamiento de la fortaleza, para la construcción en su interior del Museo del Vino de Valladolid.

En lo tocante a los resultados científicos, los trabajos de ambas campañas proporcionaron diversas, a la par que interesantes, aportaciones, recogidas todas ellas en una serie de informes y memorias (Delibes de Castro, G., *et alii*, 1998 a; Delibes de Castro, G., *et alii*, 1998 b; Delibes de Castro, G., *et alii*, 1998 c). Dichos resultados, como no podía ser de otro modo, son especialmente relevantes en lo concerniente a las ocupaciones de época medieval que conoció el cerro de El Castillo, habiendo permitido conocer –por destacar sólo alguna aportación novedosa–, algunos rasgos constructivos de las edificaciones que se erigieron en este lugar, previas al castillo que hoy vemos; por ejemplo, la fortaleza que en el primer tercio del siglo XIV erigió en este enclave el célebre autor del *Conde Lucanor*, don Juan Manuel, la cual apenas si perduró un siglo, antes de ser mandada derruir por Juan II de Castilla en 1431.

No obstante, pese al indudable interés de estos hallazgos, a nosotros aquí interesa prestar atención a una serie de evidencias que se retrotraen a la primera ocupación humana del cerro, de que tenemos noticia. En este sentido, a tenor de las observaciones realizadas durante los diversos trabajos de excavación, se da por casi seguro que existen prácticamente nulas posibilidades de hallar *in situ* algún nivel de esta ocupación prehistórica, dentro del recinto del castillo. De hecho, los excavadores únicamente vislumbran la posibilidad de encontrar alguna “sorpresa” en este sentido, en torno a la torre del homenaje o “con mayor fe, entre los adarves exteriores y el borde de la mesa calcárea”. A lo sumo creen razonable esperar que “la exploración intensiva de las laderas del Cerro venga a deparar algún documento intacto de esa ocupación” que, según todos los indicios, cabe situar, como veremos, en los inicios de la Edad del Bronce.

Análisis de materiales

Tales evidencias, a las que hemos tenido acceso (gracias a la amabilidad de los excavadores) en el Museo de Valladolid,

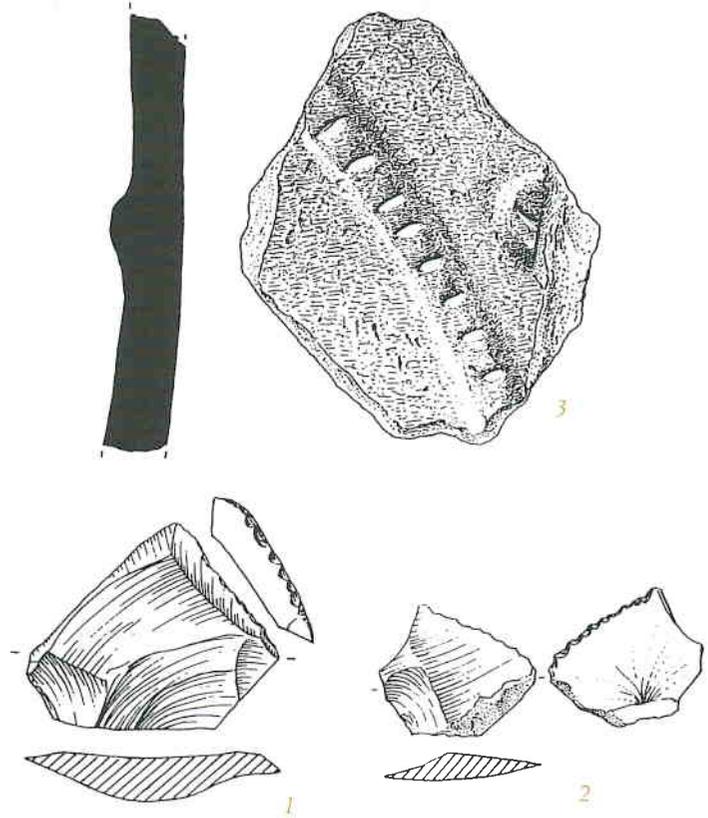


Fig. 101. El Castillo de Peñafiel. Materiales de la Edad del Bronce hallados en los niveles bajomedievales (según, Delibes, Manzano y Santiago).

donde se encuentran depositadas, constan de unos pocos barros elaborados a mano y algunas piezas de sílex.

Industria cerámica

Pese a su descontextualización, en opinión de los autores de las excavaciones (opinión que compartimos), cabe asegurar su pertenencia a un mismo horizonte cronológico y cultural, dada su homogeneidad en todos los órdenes, tanto técnica como

³¹ La primera como promotora de los trabajos y la segunda como encargada de su concreción, a través del Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas.

formal o estilística. Según se apunta en los informes de los trabajos, comparecen a lo largo de todo el proceso de estratificación, desde los niveles basales hasta la superficie. De igual modo, se aprecia que son relativamente más frecuentes en el nivel de remoción formado más recientemente.

Los barros localizados suman justamente cien fragmentos y, según su descripción (Delibes de Castro, G., *et alii*, 1998 c: 85-86), son en su mayoría lisos (85). Como sugiere la coloración de las pastas, mixta e irregular, pero más bien tendente a oscura, fueron cocidas en horneras, acaso en el mismo cerro o en su entorno próximo, pues tanto la calidad de las arcillas, cuanto la naturaleza de los desgrasantes parecen coincidentes con la litología del enclave. Las superficies casi siempre se presentan alisadas. Se registra un solo caso de bruñido, mientras que en otros cinco ejemplares, quizá por deficiente conservación, muestran un tosco acabado.

En cuanto a las formas de las cerámicas, sólo ha sido posible su reconstrucción a partir de la poco más de media docena de bordes recuperados. Distinguimos los siguientes perfiles:

- Cuenco de perfil semiesférico de Forma 1. Se trata de un cuenco de delgadas paredes y acabado externo de buena calidad.
- Vasos globulares con borde indicado de Forma 4. Se ha identificado un total de cinco ejemplares de esta modalidad. Todos los bordes presentan una serie de impresiones de dedos.
- Cazuela con carena media-alta muy levemente indicada, de Forma 10. Presenta un buen acabado. Sobre el labio se desarrolla una serie de impresiones.

Otros elementos identificables son un fragmento de galbo con pezón, otro par de ellos con sencillos temas incisos o impresos directamente aplicados a la pared y otros tres que ostentan diversos cordones aplicados e impresos. El primero de ellos ofrece disposición horizontal. Es segundo es de trazado oblicuo y muestra una serie de impresiones realizadas con la uña. Junto a él se aprecia parte de una especie de mamelón simple que lleva un trazo inciso (Fig. 101. 1). El tercero dibuja un motivo en forma de guirnalda. Estos cordones se reflejan sobre unos barros, cuyo aspecto y grosor permitiría atribuirles a las grandes vasijas de nuestra Forma 8.

Industria lítica

Una lasca simple en sílex local con retoque de uso en uno de sus filos y un denticulado sobre lasca, en el mismo material, que pudo ser empleado como elemento de hoz, son todo lo que, en este sentido, han proporcionado las excavaciones realizadas en el lugar.

Valoración y cronología

Ante la mala conservación de la ocupación prehistórica del yacimiento y la pobreza de las evidencias, no podemos hacer grandes puntualizaciones sobre la ocupación que aquí se desarrolló en época prehistórica. Empero, contamos con suficientes signos, referidos particularmente a los ornamentos, sobrios pero no infrecuentes, presentes en las vasijas cerámicas que permiten decantarnos por una posibilidad de atribución crono-cultural. En efecto, la colección de materiales cerámicos de esta procedencia acusa una gran homogeneidad, que inclina a la adscripción de todo el bagaje material prehistórico de El Castillo a un único horizonte temporal; más en concreto, ubicable en los inicios de la Edad del Bronce.

Justamente, como de algún modo ya hemos adelantado líneas arriba, los escasos barros modelados a mano recuperados en el seno de los estratos bajomedievales del cerro peñafileño, caracterizados por los recipientes mayoritariamente lisos, austeramente decorados, si acaso con simples aplicaciones acordonadas o pellizcos en forma de mamelones o tetones, no pocas veces rematados unos y otros por impresiones de dedos muestran unas evidentes señas de identidad, ponen en relación la ocupación prehistórica que tuvo lugar en El Castillo de Peñafiel con la desarrollada en otros lugares emblemáticos del valle del Duero, caso del soriano de El Parpantique (Jimeno, Fernández y Revilla, 1988), el burgalés de Pico Romero (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997) o, en la misma Ribera del Duero vallisoletana, con la de un enclave de semejantes caracteres orográficos que, como es el caso de La Loma del Barcial, tiene cabida en nuestro Bronce Antiguo-Pleno.

El alineamiento de El Castillo de Peñafiel respecto a los yacimientos arriba citados podemos hacerla también extensiva a la propia elección del emplazamiento. En efecto, con el resto de las localizaciones en altura que arriba se citan, comparte lo que, a nuestro entender, parece ser una premeditada voluntad de apartarse discretamente de la principal vía de comunicación, que, en nuestro caso, representa el eje del Duero; sin renunciar, empero, a un control de la misma siquiera visual y, al menos en nuestro enclave vallisoletano, a una explotación de tipo económico, dada la corta distancia (uno o dos kilómetros) a la que tienen el río.

No puede escapársenos, igualmente, que este retiro de las zonas de valle coloca a los asentamientos en una posición que deliberadamente busca la equidistancia entre los recursos que ofrecen aquellas y los que cabe esperar de las zonas de monte, en cuyo límite se instalan. Esta proximidad a una economía mixta y la elección nada casual, sino más bien premeditada, del lugar donde instalar el lugar de habitación tienen como trasunto, al

menos en nuestra opinión, la intención de prolongada permanencia de sus fundadores, dejando en todo caso estrecho margen a la posibilidad de un campamento de corta duración o de carácter estacional. A falta de una evidencia directa en este sentido en El Castillo de Peñafiel, de ello podría dar fe la nada desdeñable potencia de los depósitos, aún conservados *in situ*

en el yacimiento burgalés (en cuya excavación por cierto participamos), depósitos que, digámoslo de pasada, incluyen vestigios de auténticas cabañas de sebe y barro, silos y un bagaje material protagonizado por una cacharrería en barro notablemente desarrollada (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997).

26. PICO DE LA MORA (PEÑAFIEL)

Coordenadas: Lat. 41° 33' 41"
 Long. 04° 06' 33"
 Altitud: 885 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/25.000
 (374-III) Rábano

Entorno y descripción del yacimiento

El yacimiento se encuentra en lo alto de un espigón de páramo, con orientación SW-NE, muy próximo a la ribera del río Duratón.

Dada su ubicación, el yacimiento presenta unas excelentes condiciones estratégicas y defensivas con un buen control visual del entorno. Las laderas salvan desniveles de unos 100 m., con pendientes en torno al 40%. La cumbre, de forma aproximadamente elicoidal, esta aislada en prácticamente todo su entorno, excepto en dirección NE, donde enlaza con la estructura tabular de la que forma parte. La separación de ella se produce por un estrechamiento en el paquete calcáreo superior de la plataforma, que delimita una extensión aparente de unos 1.500 m². No obstante, según hemos podido observar, el asentamiento no ocupó toda esta superficie sino, tan sólo, el ángulo suroccidental de dicha plataforma. A unos 50 m. de su vértice, el promontorio se cierra por una “a modo de muralla en creciente”, de una longitud de cerca de 75 m.,

que le atraviesa completamente; siendo el espacio situado al interior de esta construcción el marco estricto del yacimiento. Dicho cierre, que en la actualidad se evidencia sobre el terreno como un ligero alomamiento, en los lugares mejor conservados tiene una anchura de poco más de 1 m y su vértice resalta unos pocos centímetros sobre las tierras circundantes. El escaso resalte del citado “cerramiento” sobre su entorno inmediato explica que durante nuestras primeras visitas al lugar no detectásemos su presencia y que sólo a partir de la realización e interpretación, por parte de Julio del Olmo, de una serie de fotografías aéreas del lugar reparásemos en su existencia³². Por otra parte, diremos que la “cerca” está cubierta de piedras de caliza más bien pequeñas (longitud máxima 0'3 m, aproximadamente), pero los lugares que han sido removidos revelan una construcción en tierra y en piedra sin revestimiento de piedra. No se aprecia ninguna interrupción en toda la longitud del muro que pudiera indicarnos donde pudo situarse la primitiva entrada al asentamiento. Tanto el exterior como el interior del recinto están actualmente en baldío y ocupados por una vegetación herbácea y de matorral lo que hace que la visibilidad de la mesa del espigón sea considerablemente mala, aunque ello no impide que hallamos podido observar que los evidencias arqueológicas que aparecen en el área aparecen, casi en exclusiva, en el sector situado al interior de la muralla, lo que nos ratifica en nuestra idea de que el yacimiento no debió extenderse fuera del recinto.

³² En la primavera de 1992, en el curso de la Campaña de Prospección Aérea de yacimientos arqueológicos en la provincia de Valladolid, auspiciado por el Servicio Territorial de Arqueología, fue sobrevolado el Pico de la Mora. El espigón totalmente baldío, presentaba una rala y reseca vegetación como consecuencia de la pertinaz sequía que se sufría desde meses atrás; estas condiciones propiciaron el descubrimiento de un largo y estrecho alineamiento que dividía en dos la superficie del páramo, este alineamiento aparecía con una coloración blanquecina, por estar formado por la acumulación antrópica de piedras calizas, coloración que contrastaba claramente con las tonalidades ocres y verdes de la vegetación circundante. En la primavera de 1993, las condiciones meteorológicas fueron totalmente opuestas, con abundantes lluvias que generaron una espléndida y abundante floración, lo que propició que la cerca fuera igualmente visible, gracias a un contraste en el crecimiento de la vegetación natural, muy escasa y con menor porte la que se hallaba sobre el alineamiento formado por las piedras.

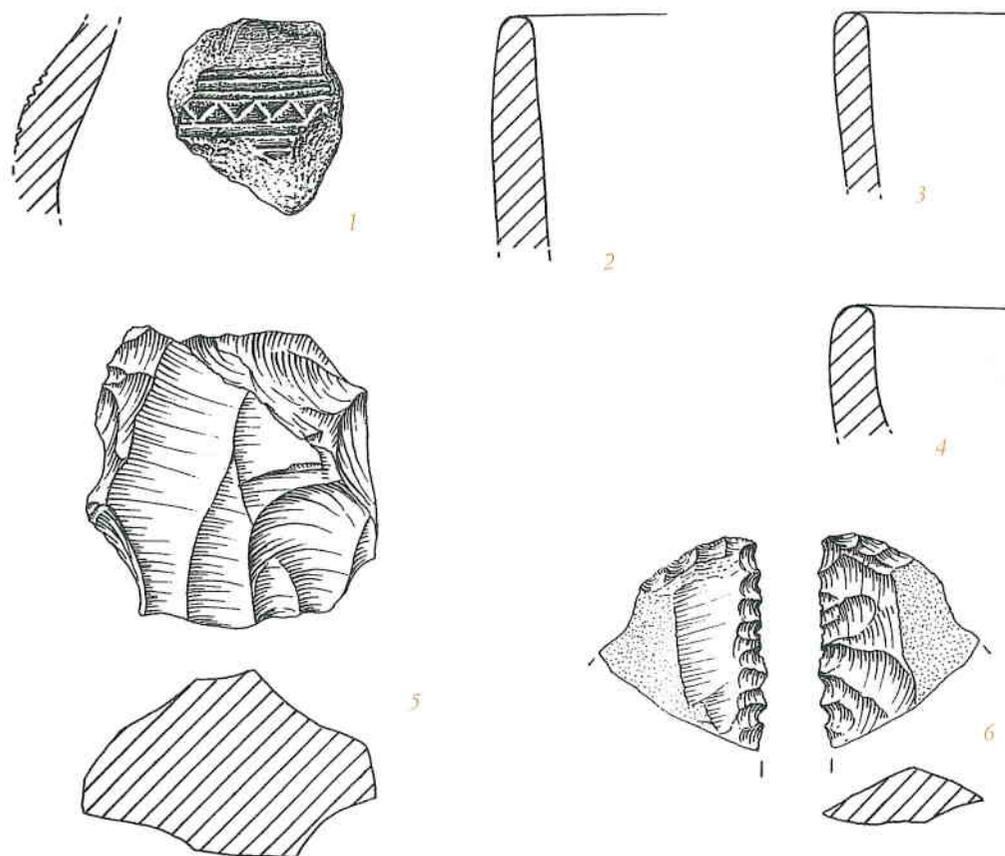


Fig. 102. Pico de la Mora.

Análisis de materiales

El material detectado en nuestra prospección, escasamente significativo en general, remite con claridad al horizonte campaniforme.

Industria cerámica

El principal argumento nos lo proporciona un pequeño y gastado galbo cerámico decorado con un tema inciso (una serie de líneas horizontales (4) incisas enmarcan, arriba y abajo, un zigzag individual) de inconfundible estilo Ciempozuelos (Fig. 102. 1). Aparte de éste, sólo tres fragmentos, pertenecientes a cuencos de tendencia ligeramente abierta, ofrecen información de interés morfológico (Fig. 2, 3 y 4).

Industria lítica

En el lugar también han sido recuperados una serie de elementos líticos de talla que, en proporción, son menos frecuente. Entre todos ellos destaca la presencia de un fragmento de sierra o pieza dentada, con retoque en peladura, montada sobre una lasca de sílex de tono lechoso (Fig. 102. 6). El resto son lascas en sílex de diferente y un pequeño núcleo de lascas (Fig. 102. 5). Este último elemento y el carácter cortical de algunas de las lascas inducen a pensar que esta actividad, la talla, se desarrolló en el mismo yacimiento.

27. LA BELLIDA. (PEÑAFIEL)

Coordenadas: Lat. 41° 33' 10"
 Long. 04° 05' 50"
 Altitud: 882 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 (374) Peñafiel

Entorno y descripción del yacimiento

El alto de La Bellida es un destacado espigón de páramo que se yergue a la izquierda del km. 5 de la carretera que conduce desde Peñafiel a Rábano. Este pago, desde donde se domina la margen derecha del río Duratón, destacando un centenar de metros sobre el valle que discurre a sus pies.

Análisis de materiales

En este lugar se sitúa una pequeña estación arqueológica de características un tanto peculiares; no en vano, los únicos hallazgos que allí se recogen consisten en un pequeño lote de dientes de hoz de sílex, y un número mayor de lascas y restos de talla de este mismo material.

Esta serie de evidencias se concentran en un pequeño área de apenas 10 m de longitud por 7 de anchura que se localiza en

el extremo S-W de la cumbre del espigón. Tanto la naturaleza de estos hallazgos, como la ausencia en el área de otros elementos cerámicos, molinos de mano, restos de construcción, etc., frecuentes en los lugares de hábitat, nos induce a considerar la posibilidad de que pudiera tratarse de un pequeño taller lítico al aire libre.

La tipología de los elementos de hoz recuperados en La Bellida, guardan gran semejanza con los que aparecen en cualquier yacimiento de la Edad del Bronce de la zona, hecho que dificulta grandemente la atribución cultural de la industria lítica aquí representada. No obstante, queremos hacer constar que La Bellida se sitúa a algo menos de 2 km de El Castillo de Rábano, por lo que cabe considerar en la posible relación entre ambas estaciones arqueológicas.

De confirmarse nuestras previsiones el dato tendría cierto interés por cuanto podría significar que la transformación de algunas materias primas, en este caso el sílex, se llevaron a cabo fuera de los poblados; donde alguno de los útiles –piezas de hoz– llegaban confeccionados. Por otra parte, esta pudiera ser una respuesta al pequeño número de productos de talla de sílex que comparecen en los yacimientos investigados.

28. EL CASTILLO (RÁBANO)

Coordenadas: Lat. 41° 32' 37"
 Long. 04° 04' 24"
 Altitud: 865 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/25.000
 (374-III) Rábano

Antecedentes, entorno y descripción del yacimiento

El río Duratón a su paso por el término municipal de Rábano ha excavado un amplio valle en artesa que discurre entre las altas planicies que coronan los páramos de la región. En la margen derecha de este valle, a la altura del km 7 de la carretera que conduce desde Peñafiel a Rábano, se sitúa el cerro de El Castillo.

El yacimiento se emplaza sobre una estrecha plataforma situada en el extremo de una lengua de páramo coronada por el nivel de las calizas pontienses. El enclave constituye un

auténtico castro en altura que destaca más de 100 m sobre las tierras circundantes. La meseta culminante, sobre la que se asentó el hábitat, es un espacio, de planta ovalada, que no supera los 260 m de longitud ni los 95 de anchura (aproximadamente 2'4 Ha) su aspecto es eminentemente plano, circunstancia que sólo se ve rota por la existencia de un pequeño afloramiento de calizas que ocupa el centro de la planicie y destaca, apenas un metro, de su entorno.

Esta plataforma que describimos se encuentra rodeada de escarpadas laderas, sobre todo en el sector culminante que se corresponde con el ámbito de las calizas. En algunos casos éstas aparecen cortadas a pico, circunstancia que se observa en el sector S/W del castro, en el que el relieve toma un cariz especialmente agreste. La zona que ofrece mayor debilidad, desde el punto de vista defensivo, coincide con el estrecho pasillo que significa la unión con el páramo. Sin embargo, allí el riesgo se ve paliado por la existencia de un talud natural³³ de más de 5 m de altura que individualiza, por completo, la meseta sobre la que se asentó el poblado, cerrando práctica-

mente su perímetro. No se aprecian obras defensivas artificiales en el entorno.

Las especiales características defensivas del lugar, aunque se nos antojan fueron determinantes a la hora de establecer allí el hábitat, no debieron ser las únicas que influyeron para hacerlo, ya que el área que rodea El Castillo, desde donde se domina la vega del Duratón, debió ofrecer buenas condiciones para la obtención de múltiples recursos naturales.

En la actualidad la cima del cerro El Castillo es un espacio inculto sobre el que se aprecian huellas de viejos surcos, clara indicación de que en tiempos estuvo cultivado. Estas labores han dejado de practicarse, sin duda, debido a lo inaccesible del lugar hasta donde no conduce ningún camino transitable hecho que dificulta el acceso a la maquinaria moderna. Por ello el área ofrece un aspecto un tanto desolador, sin más vegetación que algunas matas de tomillo, esparcidas aquí y allá. Un pequeño bosquecillo, de pinos de repoblación, en la parte alta de la ladera W del cerro, contribuye a romper un tanto la monotonía del paisaje.

Queremos significar que desconocemos el origen del topónimo que da nombre al lugar, ya que en superficie no se observa ni evidencia de construcción ni resto arqueológico alguno que pueda hacer pensar en una ocupación de época medieval; por más que algunos investigadores dedicados al análisis de esta época en la zona, sin duda dejándose llevar por lo elocuente del topónimo, hayan situado aquí un castro del citado momento (Reyes Téllez, F., y Menéndez Robles, M^a. L. 1987: 631-639). Adempero, los resultados de nuestro trabajo (excavación y prospección) permiten desmentir la existencia de un asentamiento medieval en la plataforma del espigón.

Las primeras noticias de la presencia de materiales prehistóricos en el término de Rábano, las cuales fueron dadas a conocer por Molinero Pérez, quien emplaza en este municipio, aunque sin procedencia determinada, el hallazgo de un extenso lote de hachas pulimentadas de variada tipología, las cuales en la actualidad se encuentran depositadas en el Museo Arqueológico de Segovia (Molinero Pérez, A. 1972: 84 y 90; Lám. CXLI, Fig. 2. 2806 -308- y Lám. CXXIX, Fig. 2. 2666 a 2671 -95 a 100-). La primera mención de El Castillo se debe al Prof. Mañanes, quien menciona la existencia de ciertos eremitorios que ocupan el

farallón rocoso de un espigón de páramo situado en las proximidades del yacimiento (Mañanes Pérez, T. 1979: 114). Sin embargo, serán Delibes y Fernández Manzano quienes, por vez primera, emplacen la presencia de materiales prehistóricos en el lugar. En efecto, estos autores sitúan en El Castillo un castro del Bronce Pleno con materiales cerámicos en los cuales creían reconocer una mezcla de rasgos propios del horizonte Las Pinzas junto a otros del grupo Cogeces (Delibes de Castro, G., y Fernández Manzano, J. 1981: 65).

Fue, precisamente, la presencia de aquellas cerámicas prehistóricas de posible carácter “ambiguo” lo que propició que el Prof. Delibes de Castro nos indicase la conveniencia de realizar una intervención arqueológica en el lugar, con la intención de intentar clarificar el panorama arqueológico allí representado. Desde ese momento, con vistas a la elaboración de la presente Tesis Doctoral, solicitamos un permiso de excavaciones a la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Junta de Castilla y León, el cual nos fue oportunamente concedido con fecha 23 de febrero de 1987.

Hasta la fecha hemos desarrollado un par de campañas de excavaciones en El Castillo. La primera, que tuvo lugar durante el mes de julio de 1987 (Rodríguez Marcos, J. A. 1987), es la que se resume a continuación. También de la campaña de 1988 (Rodríguez Marcos, J. A. 1988) se conocen algunos datos que fueron publicados por nosotros mismos en colaboración con Delibes y Santonja (Delibes de Castro, G., Rodríguez Marcos, J. A., y Santonja, M. 1991: 203-213).

Trabajos realizados

A la hora de iniciar las labores de excavación, nuestras pretensiones se centraron en conocer la forma y distribución de las estructuras de hábitat que pudieron configurarse en el yacimiento, así como la estratigrafía del mismo. Para ello, una vez realizada la topografía del lugar, se planteó una excavación en área; siempre con la pretensión de efectuar sucesivas campañas arqueológicas.

Como punto de partida seleccionamos un espacio situado al S/E de la plataforma que corona el cerro. La elección de este ámbito estuvo motivada, porque, la intensa prospección que

³³ Debemos señalar que en este ámbito, Rafael Galván creyó apreciar la existencia de lo que denominó un “foso de protección”, excavado artificialmente (Galván Morales, R. 1983 a: 109). A nuestro entender, debemos desmentir, taxativamente, este extremo; pues, ni a lo largo de nuestras excavaciones ni en nuestras intensas prospecciones en el lugar, hemos tenido ocasión de constatar la presencia de obras de la magnitud y los caracteres que el citado autor describe.

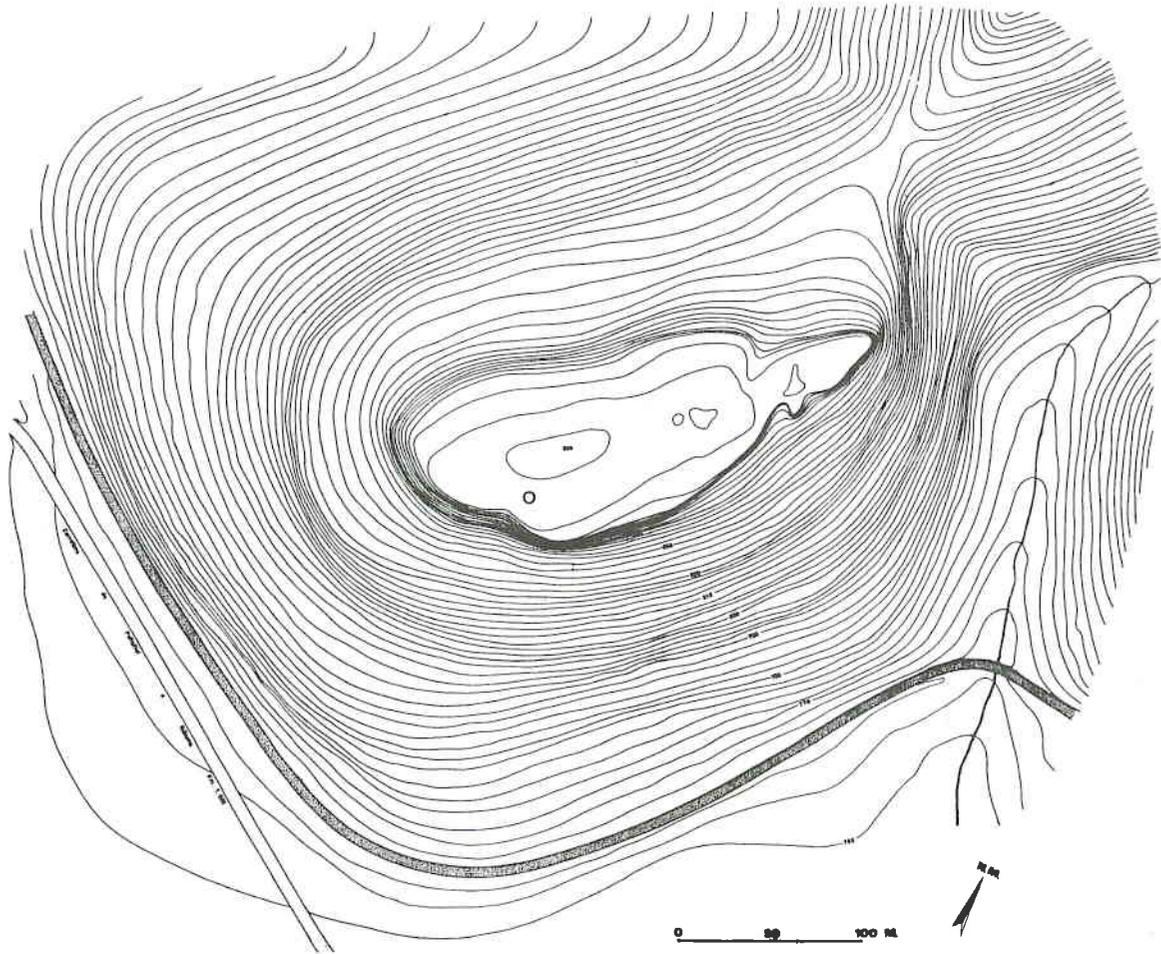


Fig. 103. El Castillo de Rábano. Plano topográfico del cerro en que se enclava. (?) Señala la ubicación de las unidades de excavación.

realizamos en el cerro, no permitió observar que allí aparecía una estimable concentración de cerámicas y otras evidencias arqueológicas.

Con vistas a elaborar la planimetría de la excavación cuadrículamos el terreno al objeto de aplicar sistema de ejes cartesianos. El módulo elegido para la realización de los trabajos fue el de cuadros de 2 m de lado separados entre si por testigos de 50 cm. La denominación de las catas se realiza mediante letras que coinciden con el eje de las "X" y números que lo hacen con el de las "Y". La línea de abscisas ("Y") se orienta con una desviación de 15° al E, respecto al norte magnético en medición tomada el día 17 de Julio de 1987, y pasa por encima del punto "0", referencia a partir de la cual se toman todas las profundidades de la excavación. Este hipotético punto "0" se ubica sobre el lugar más alto de la plataforma, coincidente con el bancal calizo que ocupa el centro del castro.

Como quedó dicho líneas arriba, uno de nuestros objetivos al comenzar la excavación radicaba en conocer la articulación del hábitat que, sin duda, se desarrolló en lo alto de El Castillo. En esta área, y con este fin, durante la campaña de julio de 1987 se abrieron nueve cuadros (Z1, Z1', Z2, A1, A1', A2, B1, B1', B2) y sus correspondientes testigos. La superficie total afectada por la excavación superaba los 49 m² (Fig. 104).

Los trabajos arqueológicos depararon el hallazgo de 13 estructuras excavadas en el suelo, que formaban parte de lo que en la literatura prehistórica ha dado en llamarse un "campo de hoyos o silos", similar a los que habitualmente se localizan en muchos poblados de la Edad del Bronce en el ámbito meseteño.

Al tiempo pudimos comprobar que la estratigrafía del yacimiento era ciertamente sencilla, pudiendo diferenciarse tan sólo tres niveles. Seguidamente hacemos una descripción de dicha estratigrafía y de las evidencias que se les asocian.

- **Nivel I:** Superficial. De color blanquecino constituido por arenas, margas y restos de la descomposición de las calizas que culminan el cerro. Se ha visto afectado por las labores de cultivo, por lo que se trata de un nivel revuelto. En su interior se recogen exclusivamente materiales arqueológicos de época prehistórica. Su espesor es bastante homogéneo, entre 20 y 30 cm.
- **Nivel II:** Directamente bajo el estrato anterior se abren una serie de hoyos que posteriormente describiremos de manera pormenorizada. Se trata de 13 pozos o cubetas de diversos tamaños, excavados en el estrato infrayacente. Su contenido es bastante homogéneo, en general alojan

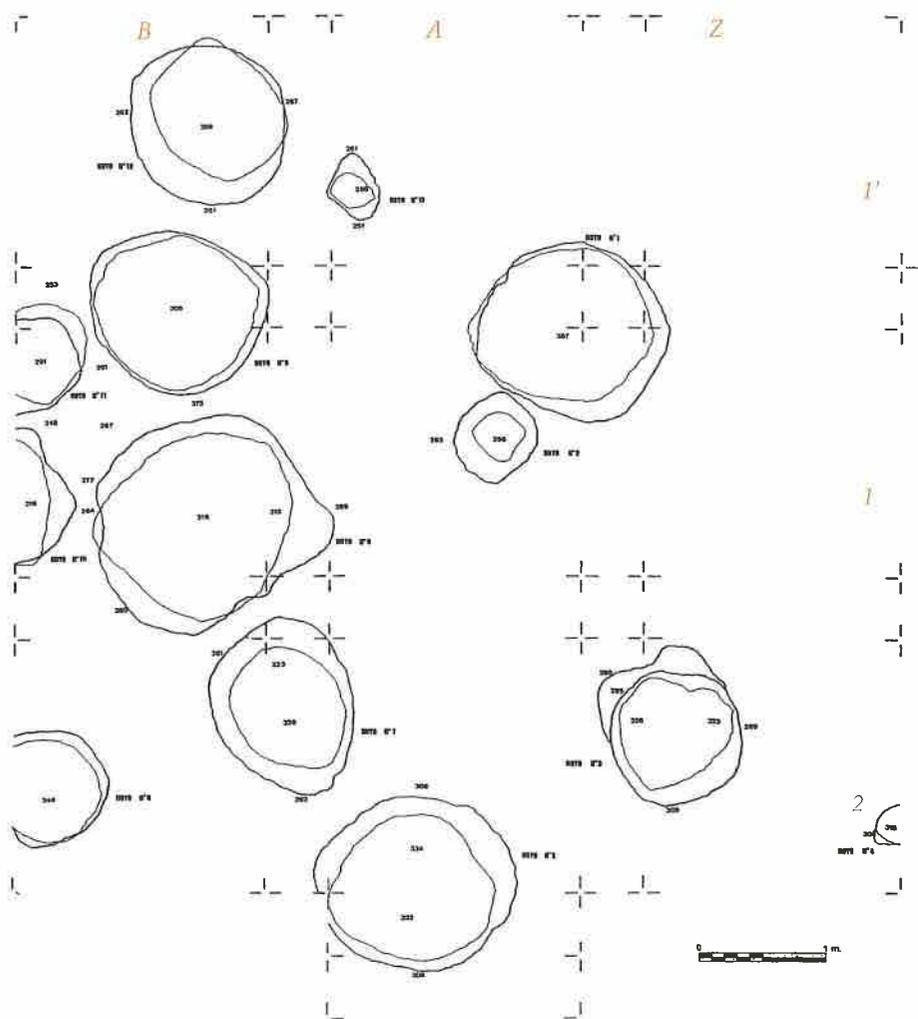


Fig. 104. El Castillo de Rábano.
Planta de la superficie excavada.

gran cantidad de tierra de color ceniciento mezclada con el más diverso material arqueológico. En ningún caso llegamos a diferenciar niveles en el interior de los hoyos.

- **Nivel III:** De naturaleza caliza, es la roca madre y que sirve de base al yacimiento. La zona cercana a la superficie aparece fuertemente meteorizada, y por tanto su dureza es escasa. A los pocos centímetros adquiere compacidad y se endurece de manera notable. Absolutamente estéril. En el área por nosotros excavada no constituye una plataforma horizontal, presentando un ligero buzamiento en dirección NS.

El proceso de excavación, una vez localizados los hoyos, resultó ciertamente laborioso. Al no identificarse niveles naturales en su interior, el vaciado se efectuó mediante la técnica de piques artificiales de 10 cm de profundidad. Al tiempo todos los restos que iban apareciendo se situaban en su correspondiente plano. Durante estas operaciones pudimos comprobar que, en general, su contenido era bastante homogéneo pese a la diversidad de sus tamaños. El relleno está constituido por tierras de textura fina y color grisáceo a negro, que generalmente denota un alto contenido en cenizas, en las que yacen diversas evidencias arqueológicas como cerámicas, fragmentos y útiles óseos y líticos, así

como algunas evidencias de materiales de construcción. Por lo general se trata de materiales en estado muy fragmentario.

Como señalamos más arriba las labores arqueológicas permitieron la identificación de 13 hoyos, cuya descripción ha sido considerada individualmente. La numeración que reciben no responde a otro hecho que el sucesivo orden en que fueron excavados. En la descripción no se hace una enumeración pormenorizada de los hallazgos, ya que al final se incluye el dibujo de la selección de los materiales hallados en cada uno de ellos.

- **Hoyo 1:** Situado en la intersección de los cuadros A1', Z1', B1 y Z1. El perfil es ligeramente troncocónico con las paredes rectas y el fondo plano. Tanto la boca como la base tienen forma prácticamente circular y sus diámetros máximos son 153 y 148 cm, respectivamente. La profundidad es de 24 cm. En el interior encontramos gran cantidad de tierra cenicienta mezclada con buen número de fragmentos cerámicos, con los que pudimos reconstruir un gran recipiente. Así mismo aparecen algunos fragmentos óseos y parte de un molino barquiforme de granito.
- **Hoyo 2:** Ligeramente al S del anterior, en plano cuadro A1. Es de resaltar su reducido tamaño. Perfil cónico con las paredes rectas. Profundidad 13 cm. Diámetro en la

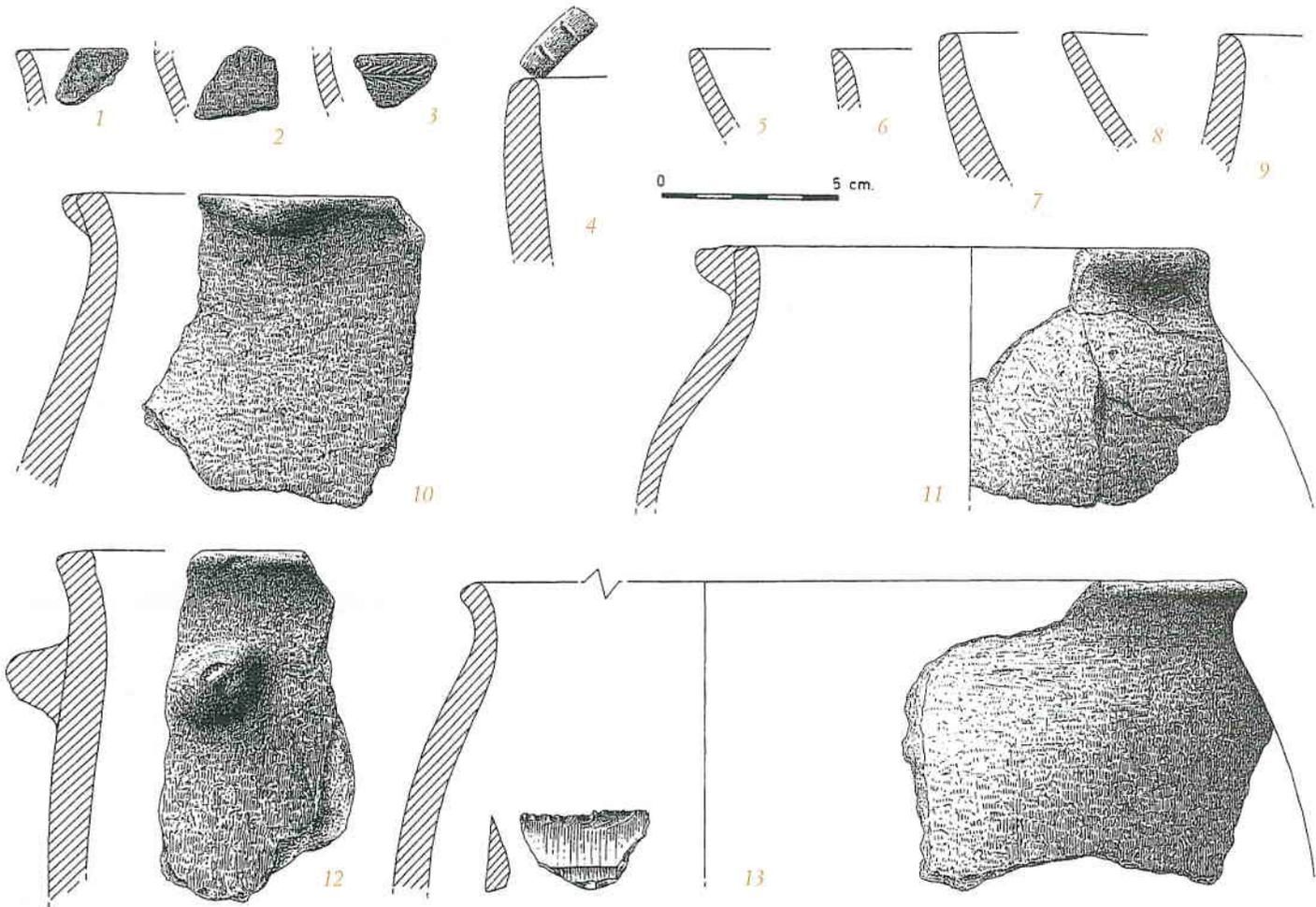


Fig. 105. El Castillo de Rábano. Materiales procedentes del Hoyo 1.

boca 67 cm y en el fondo 40 cm. Contenía también tierra cenicienta y unas pocas cerámicas bastante fragmentadas que prácticamente no daban idea sobre su forma.

- **Hoyo 3:** Enclavado en Z2, aunque se introduce ligeramente en el testigo Z2/A2. De forma troncocónica un tanto irregular. El diámetro máximo en la boca es de 105 cm y de 86 cm en el fondo. La profundidad es de 37 cm. Se encuentra colmatado por la consabida tierra cenicienta mezclada con diversos fragmentos cerámicos entre los que destaca la presencia de una encella o quesera. No faltan algunas lascas de sílex y cuarcita, así como cantos de este último material. Son abundantes los fragmentos de granito y las pellas de barro. Pudimos identificar algunas esquirlas de hueso así como conchas de lamelibránquios de río.
- **Hoyo 4:** De pequeño tamaño, se adentra en el perfil E del cuadro Z2. Tan solo 11 cm de profundidad. Su abertura máxima alcanza los 30 cm. El contenido se compone exclusivamente de tierra cenicienta. Su tamaño y
- **Hoyo 5:** Ubicado en el extremo meridional de A2, hubimos de realizar una ampliación hacia el S. para localizar todo su contorno extendido al testigo A2/A3 y ligeramente al cuadro A3. Su forma es troncocónica con las paredes rectas y el fondo prácticamente plano. Diámetro en la boca 158 cm y de 132 en la base. La profundidad alcanza los 40 cm. Una vez más no se aprecian niveles en su contenido que se compone de tierras cenicientas de bastante compacidad mezcladas con buen número de fragmentos cerámicos. Son muy abundantes los restos óseos entre los que se encuentran representados diversas especies: *bos*, *sus domesticus*, y, sobre todo, los ovicápridos. También aparecen de nuevo conchas de lamelibránquios. Se trata del pozo que más restos faunísticos ha aportado. Entre el material lítico destaca la presencia de una pequeña pieza de hoz, diversos cantos de cuarcita y fragmentos de granito.

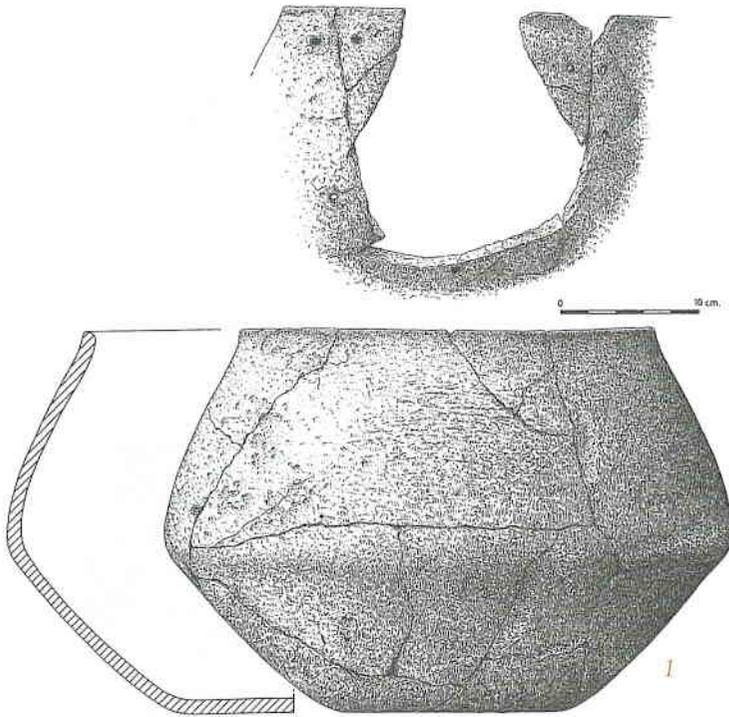


Fig. 106. El Castillo de Rábano. Gran vasija ballada en el Hoyo 1.

- **Hoyo 6:** Emplazado en el cuadrante S/W de B2, no ha sido posible identificar todo su perímetro que se introduce en el cantil W del citado cuadro. Perfil de tendencia troncocónica, paredes rectas y fondo irregular. El diámetro máximo en la boca es de 92 cm, en el fondo 83 cm. La profundidad máxima es de 59 cm. En principio su contenido presentaba idénticos caracteres que el resto de los pozos descritos; sin embargo, a partir de una profundidad de -301 cm desde el punto "0" comienzan a aparecer una serie de grandes piedras sin aparente disposición premeditada que prácticamente cerraban el hoyo. El resto del contenido está constituido por tierras cenicientas, diversas cerámicas y algunos fragmentos de hueso. Por lo que respecta al fondo, a diferencia de lo observado en los casos anteriores se encuentra recubierto de una gruesa capa de arcilla de color anaranjado.
- **Hoyo 7:** Su perímetro se distribuye entre los cuadros A2 y B2 y por tanto afecta al testigo correspondiente. Una vez más su perfil es de tendencia troncocónica con las paredes prácticamente rectas. El mayor diámetro, tanto en la boca como en el fondo se localiza en el eje N/S. El diámetro de la primera alcanza 142 cm y el de el segundo

106 cm. Alcanza una profundidad de 45 cm. El contenido, una vez más, se compone de cenizas mezcladas con una tierra muy suelta, de coloración negruzca, especialmente intensa. El material arqueológico recuperado consta de recipientes cerámicos en estado fragmentario. En el apartado de los restos líticos, de nuevo pudimos recoger algunos cantos de cuarcita y trozos de granito. El material óseo es escaso y, generalmente, reducido a simples esquirlas; abundan las valvas de moluscos de río. La presencia de algunas muestras de madera carbonizada permitió recoger material para obtener una datación absoluta que, cuando menos, fecha el momento en que fue rellenada la estructura.

Nº de muestra	Edad estimada	Edad equivalente
GrN15013	3350±50 B.P.	1400±50 a.C.

Es digno de señalar que el número de restos identificados es mucho mayor en profundidades superiores, hasta el punto de que en los últimos 10 cm sólo recogimos 4 trozos cerámicos.

- **Hoyo 8:** Ocupa el sector S/E de B1 y se adentra en los testigos B1/B2 y B1/A1. Su forma es bastante irregular, con algunos sectores en los que las paredes son rectas y en otros casos cóncavas. El diámetro máximo en la boca es de 189 cm y en el fondo 156. La profundidad alcanza los 39 cm, de nuevo en el extremo septentrional. Relleno de tierra cenicienta y diversas evidencias arqueológicas. Al igual que sucedía en H6, a partir de una determinada profundidad (276 cm), comienzan a aparecer diversos fragmentos calizos que llegan a conformar un, a modo de, enchanchado que divide en dos el interior de la estruc-

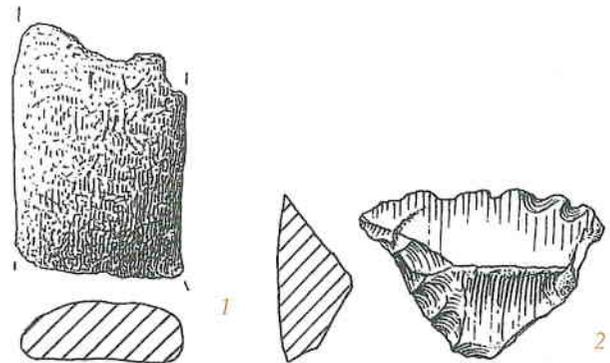


Fig. 107. El Castillo de Rábano. Fragmento de asa y diente de hoz del Hoyo 2.

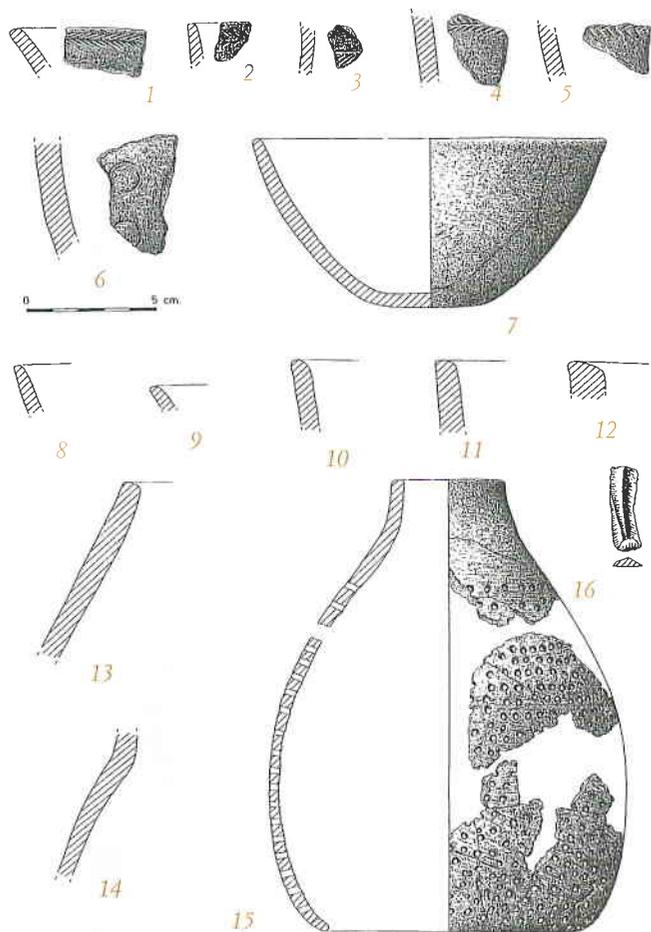


Fig. 108. El Castillo de Rábano. Restos recuperados en el Hoyo 3.

tura. Una vez retiramos estos bloques pudimos comprobar que, para nada, cambiaba la naturaleza del contenido de la estructura.

- **Hoyo 9:** Situado a escasos 20 cm al N del anterior, se distribuye entre B1 y B1', así como en el testigo situado entre ambos. Su aspecto es prácticamente cilíndrico, con las paredes rectas que se incurvan ligeramente en el extremo inferior. El diámetro máximo en la boca es de 142 cm; en el fondo 138 cm. La profundidad máxima 53 cm. El contenido es bastante homogéneo, análogo al de otras estructuras. Los fragmentos cerámicos son abundantes, y también los huesos, con restos de ovicápridos, bóvidos y el diente de un caballo. Los cantos de cuarcita aparecen en buen número.

- **Hoyo 10:** Poco podemos decir de este hoyo ya que en casi toda su superficie se introduce en el perfil W del cuadro B1. Mantiene las pautas mencionadas. Planta circular y perfil de tendencia troncocónica con las paredes rectas que se incurban ligeramente en el tramo inferior. El diámetro máximo identificado es de 112 cm en la boca, y de 100 cm en el fondo. La profundidad máxima alcanza los 58 cm. El material arqueológico, se reduce a cerámicas sin forma definida, es francamente escaso. Hecho debido, sin duda, a que la porción por nosotros excavada se corresponde con un sector marginal de la estructura.
- **Hoyo 11:** Situado a escasos cm del anterior sus contenidos no llegan a mezclarse. También se introduce en el perfil W de la cata B1, interesando ligeramente al testigo B1/B1'. Su forma es un tanto irregular con paredes cóncavas en el sector N y rectas en el S. El diámetro máximo identificado es de 72 cm en la boca y 78 en el fondo. La

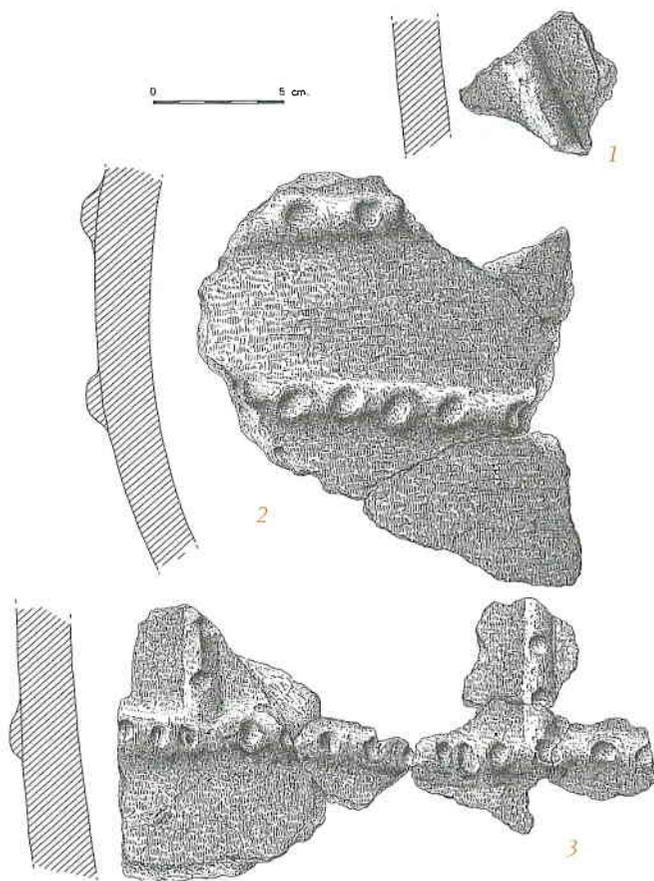


Fig. 109. El Castillo de Rábano. Cerámicas decoradas con cordones del Hoyo 3.

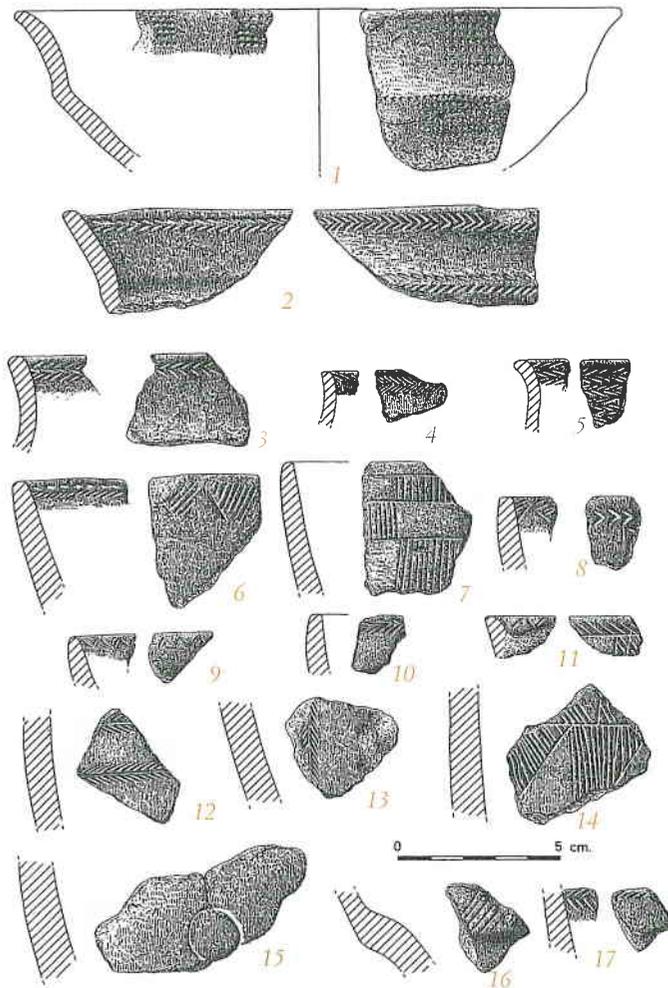


Fig. 110. El Castillo de Rábano. Cerámicas decoradas del Hoyo 5.

profundidad máxima alcanza los 38 cm en el extremo N. El relleno es el habitual, a base de tierra cenicienta que contiene trozos de tiestos y algunos fragmentos de hueso entre los que destaca la presencia de caballo. De nuevo aparecen varios fragmentos de cuarcita sin aspecto de haber sido trabajados, algunas lascas del mismo material y restos de barro seco con improntas de ramas, seguramente restos del revestimiento de una cabaña.

- **Hoyo 12:** Su perímetro prácticamente se engloba en B1', si bien un pequeño sector se introduce en el testigo B1'/A1'. La boca es circular y el perfil casi troncocónico con las paredes rectas, salvo en algunos sectores muy localizados donde se incurban hacia el interior. El fondo es

plano y redondeado. El diámetro máximo en la abertura es de aproximadamente 130 cm y de 117 en la base. Su aspecto general es ligeramente diferente del resto de hoyos descritos. En primer lugar es el más profundo, alcanzando los 108 cm. Pero, sobre todo, es su contenido lo que le distingue: una tierra muy fina, de escaso contenido en ceniza, por lo que su coloración no es negra sino parduzca. Así mismo, el material cerámico es alarmantemente escaso; reduciéndose a unos pocos fragmentos cerámicos, nada significativos, y algunas lascas de sílex. En este caso tampoco se aprecian distintos niveles de relleno.

- **Hoyo 13:** El último de los hoyos excavados a lo largo de esta campaña es una estructura de pequeño tamaño y forma irregular, localizada en A1'. Su diámetro máximo

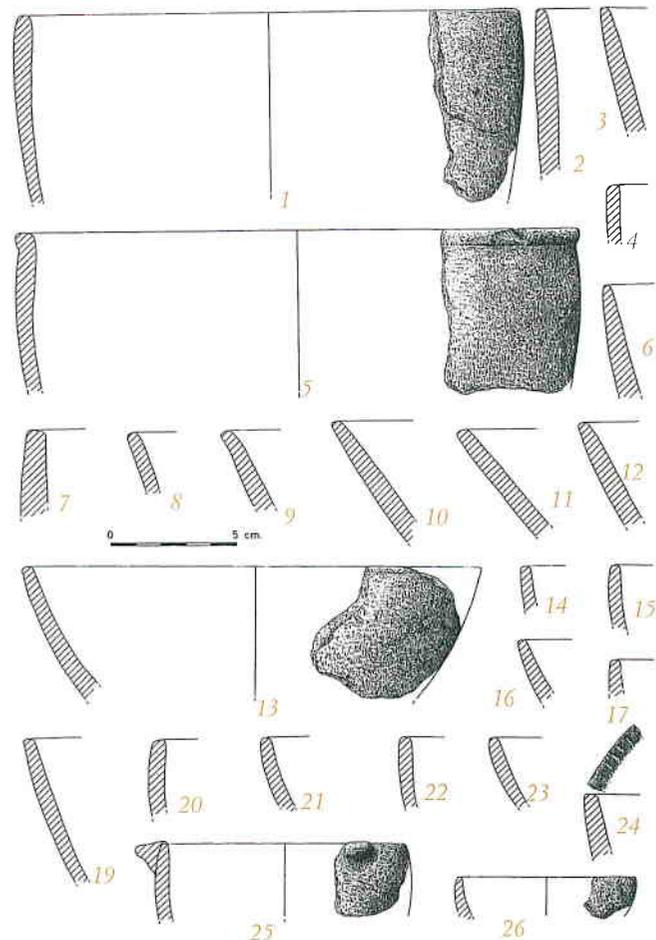


Fig. 111. El Castillo de Rábano. Cuencos del Hoyo 5.

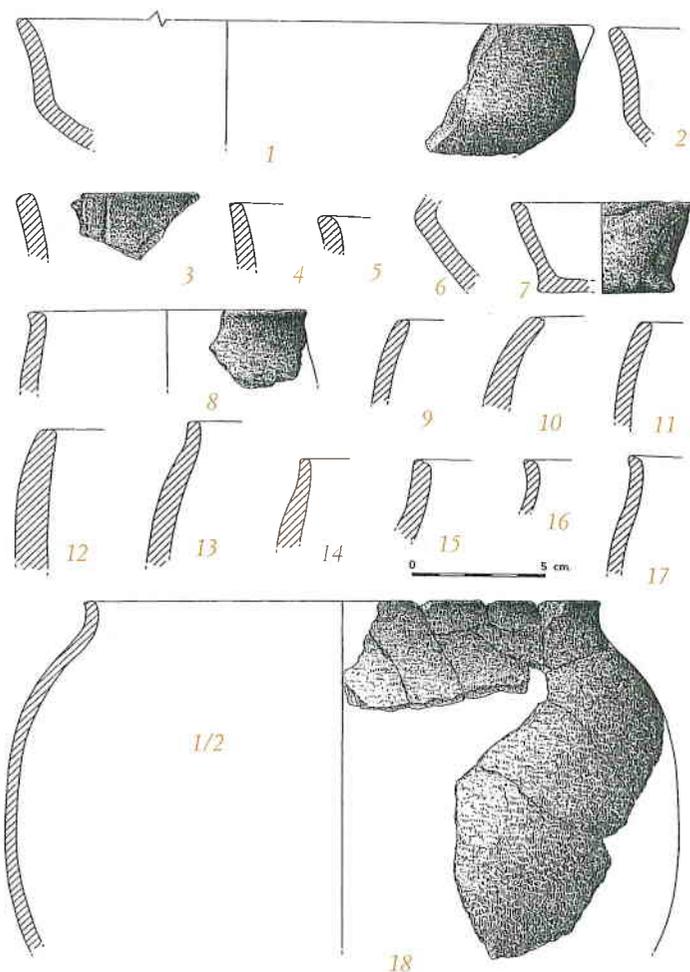


Fig. 112. El Castillo de Rábano. Materiales cerámicos del Hoyo 5.

en la boca es de 54 cm y de 35 en el fondo. La profundidad alcanza los 31 cm. Su contenido consta, únicamente, de tierra de color ceniciento.

Análisis de los materiales

Las excavaciones desarrolladas en julio de 1987 posibilitaron la recogida de una serie de materiales arqueológicos que podríamos englobar en dos apartados, las cerámicas y los útiles líticos. Durante la presente campaña no apareció ni útil óseo ni metálico alguno.

Queremos señalar que las distintas evidencias arqueológicas, aunque provenientes de hoyos diversos serán analizadas de

manera conjunta. El aspecto ciertamente homogéneo de todo el elenco material permite pensar que nos encontramos ante las manifestaciones elaboradas por un mismo grupo humano, en fechas más o menos próximas. Esta opinión, de algún modo, se ve refrendada, además de por la manifiesta proximidad de todas las cubetas de las que proceden los materiales, por un aspecto al que ya hicimos alusión. En efecto, como ya mencionamos, una serie de fragmentos cerámicos procedentes de distintos hoyos casan entre sí; hecho que, en principio, debe ser interpretado —obviando el problema de la “estratigrafía horizontal” tan frecuente en los campos de hoyos— como prueba de que su colmatación se produjo en momentos, más o menos, paralelos.

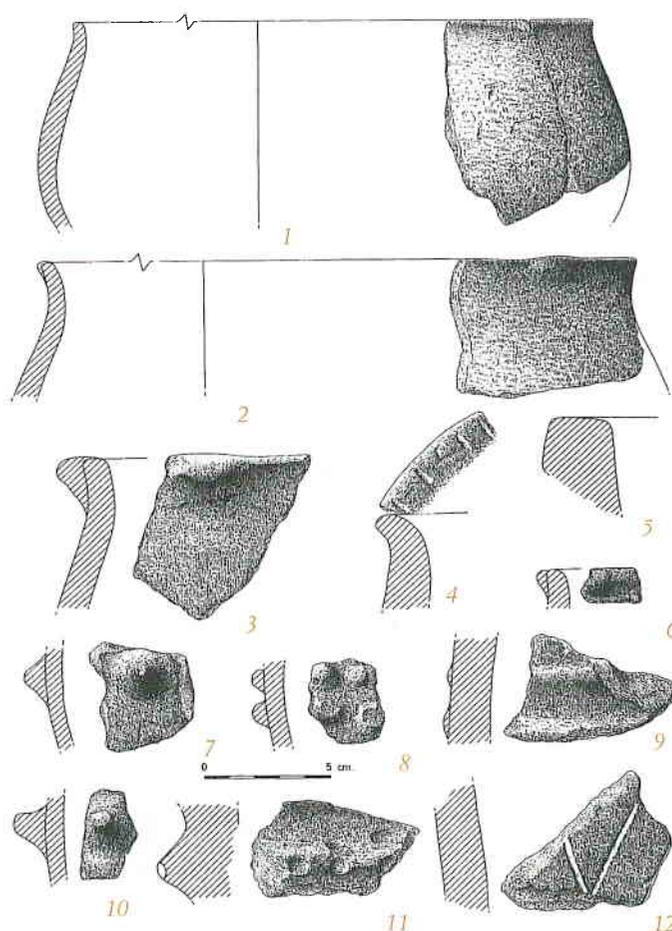


Fig. 113. El Castillo de Rábano. Ollas y decoraciones plásticas del Hoyo 5.

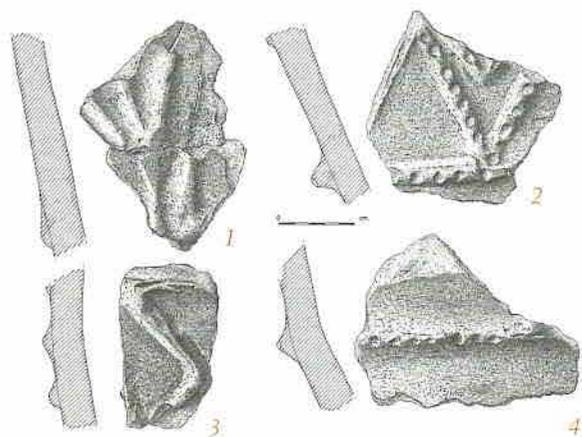
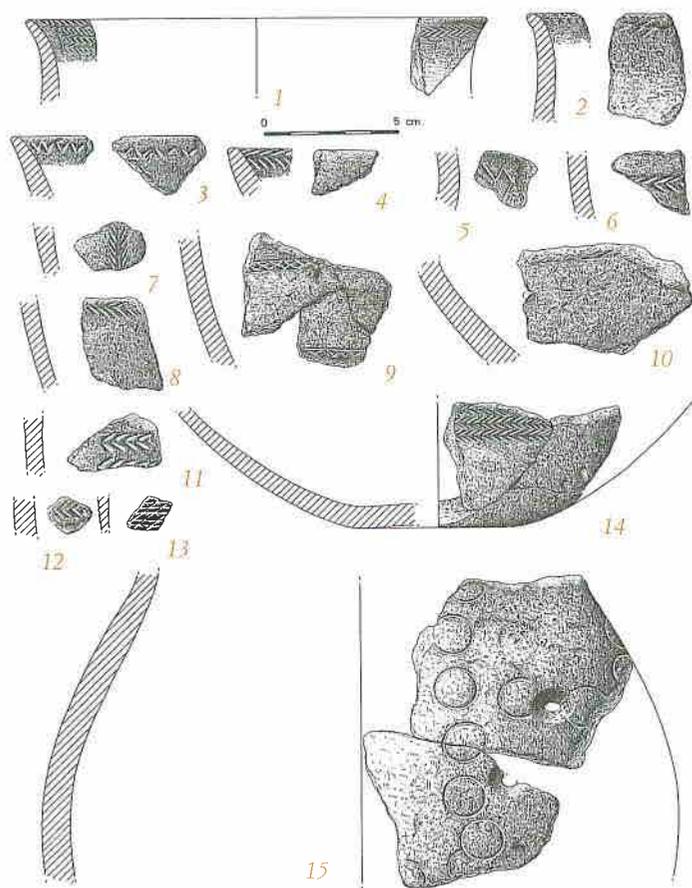


Fig. 114. El Castillo de Rábano. Fragmentos de grandes vasijas con cordones, procedentes del Hoyo 5.



Industria cerámica

Es sin duda el material más abundante y representativo de los restos arqueológicos recuperados en El Castillo, con 1.753 fragmentos procedentes de excavación. Al analizar toda esta información se ha considerado conveniente resaltar aspectos relacionados con la tipología o la técnica, como indicadores principales de un momento concreto dentro del Bronce Medio de la región.

Comenzaremos por señalar que toda la producción cerámica recuperada en El Castillo es a mano. Las características de las pastas de estas vasijas protohistóricas varían notablemente en función del tipo de recipiente, pudiendo establecer una relación tamaño-acabado de las superficies de las vasijas, que seguidamente explicamos.

Los vasos más cuidados, con arcillas compactas, son los de menor capacidad (especialmente cuencos y vasitos carenados), que integrarían la vajilla “de mesa”. En este sentido merecen especial atención el apartado de las cerámicas decoradas (104 fragmentos) cuyas superficies, en un 68’10% de los casos aparecen bruñidas. En este aspecto merecen especial atención algunos ejemplares carenados de superficies negras y bruñidas, que nos hacen sospechar que materiales de similar tipología procedentes de prospección en otros yacimientos, pudieron gozar de este tipo de acabado, pero lo han perdido por su exposición a la intemperie. En el 31’89% de los vasos las pastas aparecen alisadas. En ningún caso encontramos recipientes con superficies que pudiéramos definir con propiedad como toscas.

Las pastas más descuidadas corresponden a los recipientes de mayor tamaño, que generalmente son los que integrarían el capítulo de las denominadas orzas. En estos casos se emplean desgrasantes gruesos (de más de 5 mm de grosor) y de naturaleza variable. El más usual es la cuarcita y la mica, aunque no falta la presencia puntual de algunos fragmentos de caliza e incluso la cerámica troceada.

En cuanto a la cocción, ésta es predominantemente reductora. Surgen así pastas con alma negruzca o de color gris intenso y superficies con predominio de las tonalidades

Fig. 115. El Castillo de Rábano. Cerámicas decoradas del Hoyo 6.

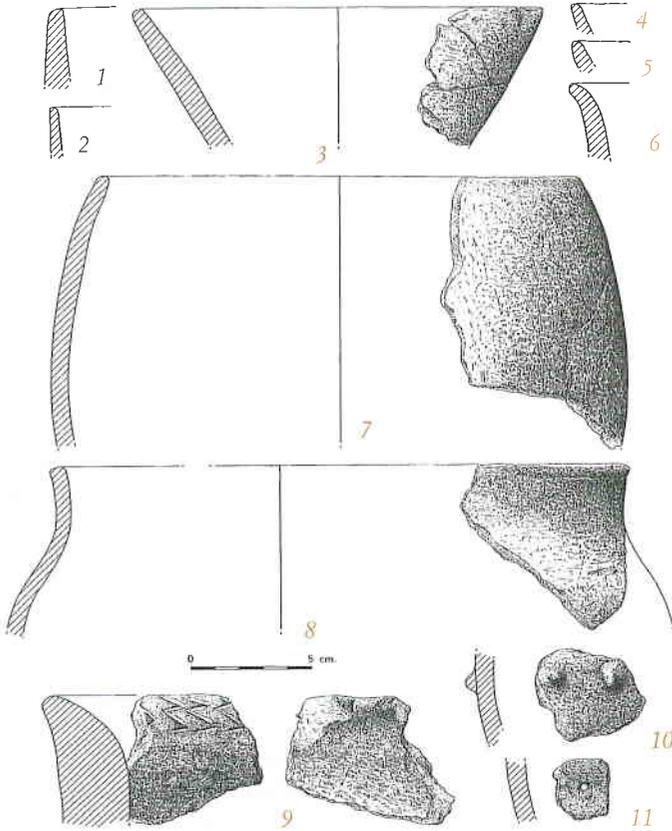


Fig. 116. El Castillo de Rábano. Diversas cerámicas recuperadas en el Hoyo 6.

negruzcas y grisáceas –77'36% de los casos–. También encontramos horneado oxidante, aunque en bajas proporciones, así como cocción mixta, fruto de la exposición al fuego libre. En cuatro casos se observa el empleo de engobe en el exterior de algún recipiente.

El contexto sedimentológico en que se han depositado las evidencias es un factor a tener muy en cuenta, porque puede alterar las condiciones originales de la cerámica. Así, hay algunos hoyos donde las cerámicas aparecen muy transformadas por el contacto prolongado con cenizas y por la exposición al fuego, sus pastas son algo menos compactas y sus superficies muestran coloraciones predominantemente claras. En ocasiones estos materiales corresponden a los mismos recipientes recuperados en otros hoyos que, en este caso, cuentan con un acabado brillante y depurado.

Seguidamente realizamos una descripción de las formas y decoraciones que caracterizan a esta producción, haciendo especial hincapié en aquellos aspectos que, a nuestro entender, constituyen las peculiaridades más significativas:

- Cuencos: Los más comunes son los pequeños cuencos de la Forma 1A. El prototipo lo encontramos en el reci-

piente 7 de la Fig. 108, que ha conservado un estrecho fondo plano. Los ejemplares lisos, en ocasiones, presentan alguna modificación sobre el borde, como impresiones o trazos incisos (Fig. 111. 24; 122. 14; 119. 6 y 127. 25 y 268), pequeños mamelones (Fig. 111. 25), e incluso un ligero baquetón (Fig. 111. 13). Este perfil muy frecuentemente lleva decoración. De hecho, el más abundante de los recipientes decorados 24 –47'27%– de los 52 bordes decorados pertenecen a esta forma.

- Cuencos de perfil semiesférico y gran tamaño de la Forma 1B (Fig. 122. 14). No es una forma muy común y, en todo caso, carece de decoración.
- Cuencos de casquete esférico de la Forma 2: Es una forma poco común, pues únicamente conocemos un perfil liso, bastante incompleto por cierto, del hoyo 12 (Fig. 131. 4).

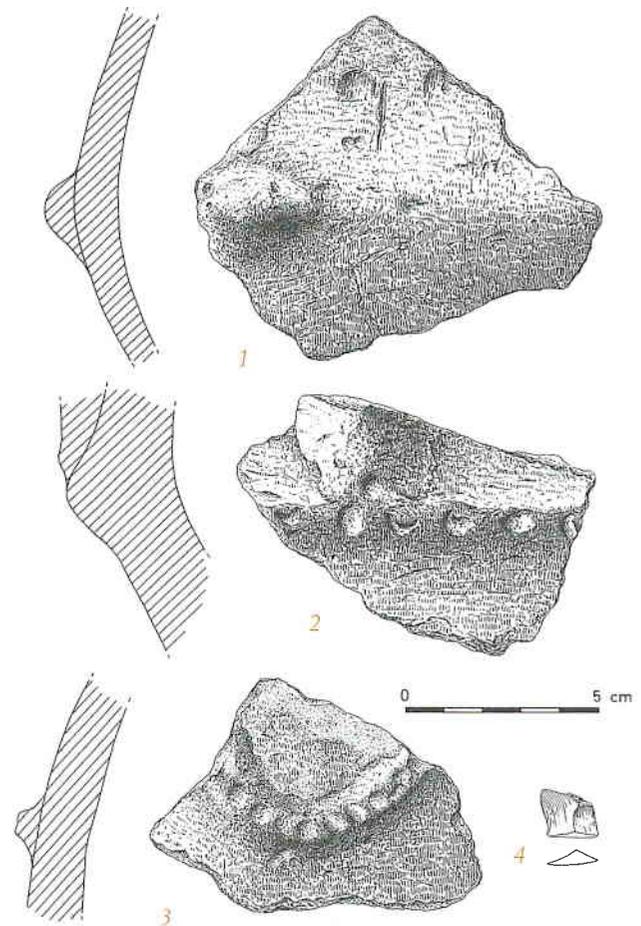


Fig. 117. El Castillo de Rábano. Fragmentos de grandes vasijas y resto lítico del Hoyo 6.

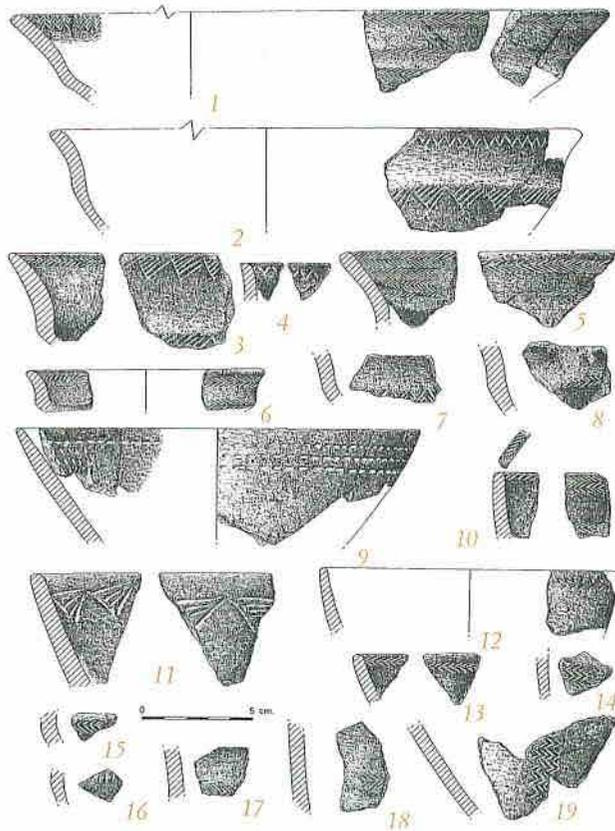


Fig. 118. El Castillo de Rábano. Recipientes de superficie decorada del Hoyo 7.

- Cuencos de perfil troncocónico. Los más frecuentes son los de tamaño pequeño-medio, asociables a la Forma 3A, de los que hemos identificado cinco ejemplares, cuyas superficies, muy bien alisadas o bruñidas, no muestran decoración (por ejemplo, Fig. 116. 3). No conservamos ningún ejemplar completo, por lo que desconocemos la forma del fondo. Por el contrario, sí ha sido posible reconstruir un recipiente asociable a la variante 3B (Fig. 121. 3). Se trata de un recipiente decorado de notable tamaño cuya abertura es tres veces superior a la altura. Posee fondo plano bastante amplio.
- Cuencos hondos de paredes verticales de la Forma 4. Menos numerosos que los anteriores, por lo general su tamaño es mayor. Sus diámetros oscilan entre los 136 mm (Fig. 127. 2) y los 328 mm (Fig. 122. 15). En ningún caso hemos localizado el fondo.
- Ollas de cuerpo globular de la Forma 5. Sin ser excesivamente numerosas, las más frecuentes son las de

pequeño tamaño y marcada tendencia esférica, asociables a la Forma 5 A, aunque tampoco faltan las de tamaño mediano/grande, identificables con nuestra Forma 5 B (Fig. 123. 1). En ninguno de los dos casos contamos con un perfil completo. Hay también un ejemplar único que incluimos dentro de esta forma –5 C–. Se trata de una gran olla de cuerpo globular y borde ligeramente engrosado procedente del hoyo 9 (Fig. 124. 1) cuya mayor particularidad radica en la presencia de tres amplias acanaladuras en la panza, que alojan un ajedrezado en el que alternan los escaque lisos con otros relleños de tupidas espigas.

- Recipientes de perfil ovoide de la Forma 6. Presentan variantes en función de la delineación del borde, que puede ser entrante simple (Tipo A. Fig. 116. 7) o diferenciado del cuerpo (Tipo B. Fig. 112. 13). Algunos de estos recipientes presentan el borde ligeramente engrosado (Fig. 112. 8 y Fig. 128. 4).

No ha llegado hasta nosotros ningún fondo de estas formas. Se trata por lo general de cerámicas lisas. Cuando presentan decoración responden a técnicas y motivos sencillos. Hay que citar como principales sistemas ornamentales algunas incisiones paralelas en el labio (Fig. 128. 5) y ciertos pezones simples en posición peribucal.

- Vasos de cuerpo globular y borde levantado de nuestra Forma 7. Presentan variantes en función, fundamentalmente, de su dispar tamaño, que puede ser pequeño (7 A. Fig. 105. 11; 119. 12) o grande (7 B. Fig. 113. 2; 116. 8). Disponemos de un par de ejemplares de cada uno de estos dos tipos. Generalmente es una forma lisa, pero no faltan las piezas con mamelones, más o menos prominentes, sobre el labio (Fig. 105. 10) ni las que muestran impresiones dígito/unguladas (Fig. 123. 18) y de instrumento (Fig. 128. 21) sobre el labio. Apuntar también que, a tenor de los grosores y la envergadura que presentan algunos de los barros que tienen cabida en este apartado, no se descarta que alguno de los barros decorados con cordones lisos o digitados (bien en disposición horizontal, bien formando parte integrante de los más diversos motivos [retículas, ondas, arboriformes, etc.]) pueda pertenecer a esta forma cerámica. Por último, encontramos también un nuevo ejemplar que, a nuestro entender, también puede merecer esta atribución y que presenta toda su superficie decorada con impresiones circulares (Fig. 115. 15).
- Vasos de tamaño mediano-pequeño con perfil en S abierto de la Forma 8 (Fig. 119. 16). Este perfil está poco representado, contamos con un único ejemplar que, aunque incompleto, parece contó con fondo plano.

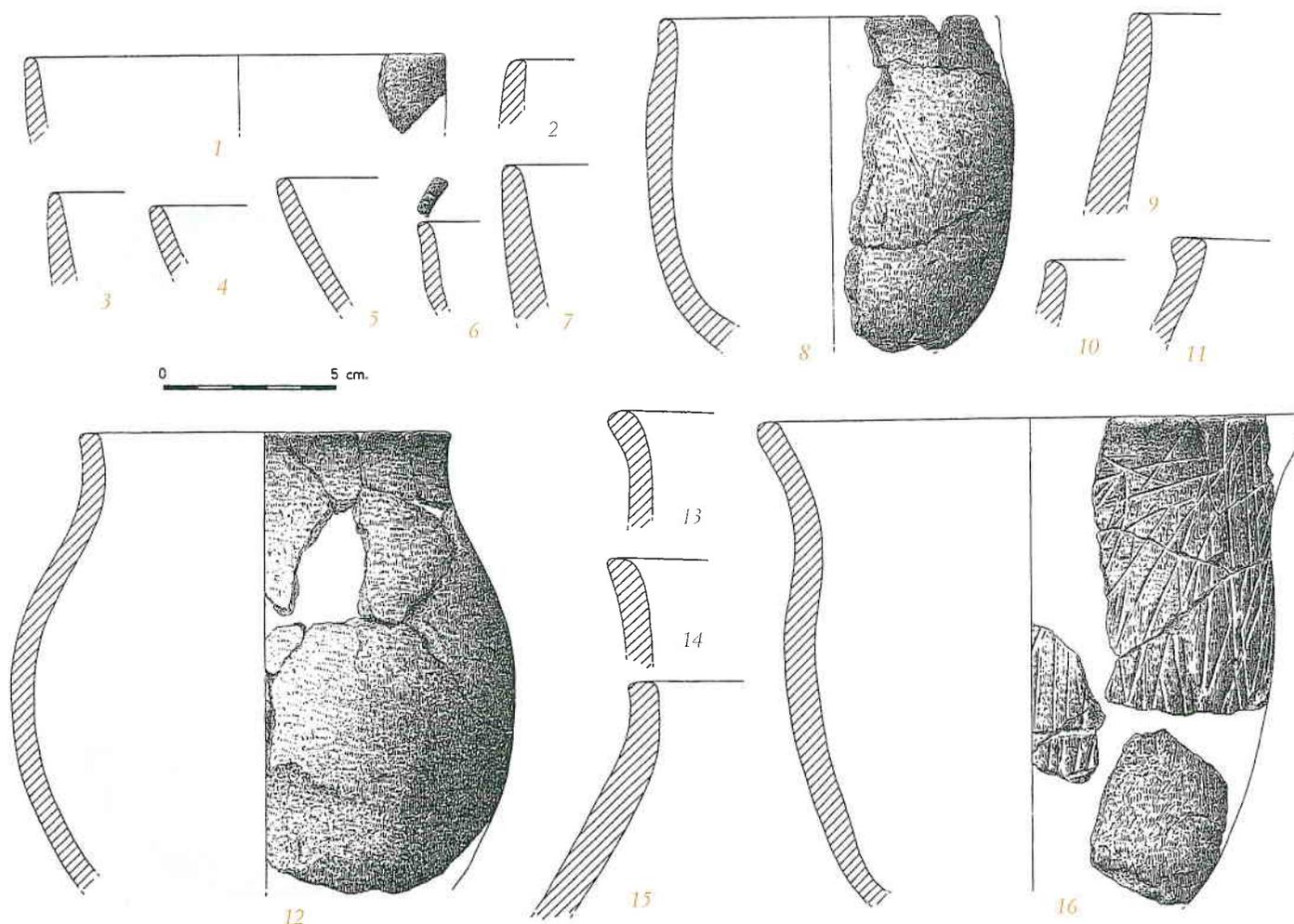


Fig. 119. El Castillo de Rábano. Materiales cerámicos del Hoyo 7.

Sobre sus superficies muestra decoración de profundas incisiones verticales-oblicuas –tipo A-8–.

- Vasos de perfil en S de gran tamaño y cuerpo panzudo (Fig. 113. 1) de la Forma 9. Se reconoce un único ejemplar con cuello alto, muy corto y amplio. Su estructura es aplanada.
- Vasos de perfil en S de mediano-gran tamaño de la Forma 10 B, que se caracteriza por contar con un cuerpo de perfil ovoide con un cuello estrangulado y un borde diferenciado, exvasado (Fig. 105. 13; 128. 14). Desconocemos el tipo de fondo de que dispone; no obstante lo más probable es que a esta clase de recipientes correspondan algunos de los fondos planos y amplios recuperados. La decoración asociada presente sobre estas piezas, se trata casi siempre de formas impresas y/o en relieve y consisten en impresiones de uña, digitales o de instrumento

en el labio, mamelones aplastados. Creemos que sobre recipientes de esta clase, sobre todo los de mayor tamaño, debieron realizarse alguna de las variadas temáticas en relieve localizada en el yacimiento y que consta de los siguientes motivos: cordones sin decorar o con impresiones digitales y series de mamelones.

- Recipientes carenados de nuestra Forma 11. Su característica principal es que presentan la carena en la zona alta o media-alta. Es un galbo característico y común en el yacimiento. Poseemos un par de ejemplares de perfil casi completo (Fig. 122. 1; 110. 1) aunque ninguno ha conservado el fondo. El cuerpo inferior del recipiente suele adoptar forma de casquete de esfera aunque no falta alguno que describe un perfil ovoide. Pueden desarrollar un borde curvado ligeramente abierto, aunque los más comunes son los verticales.

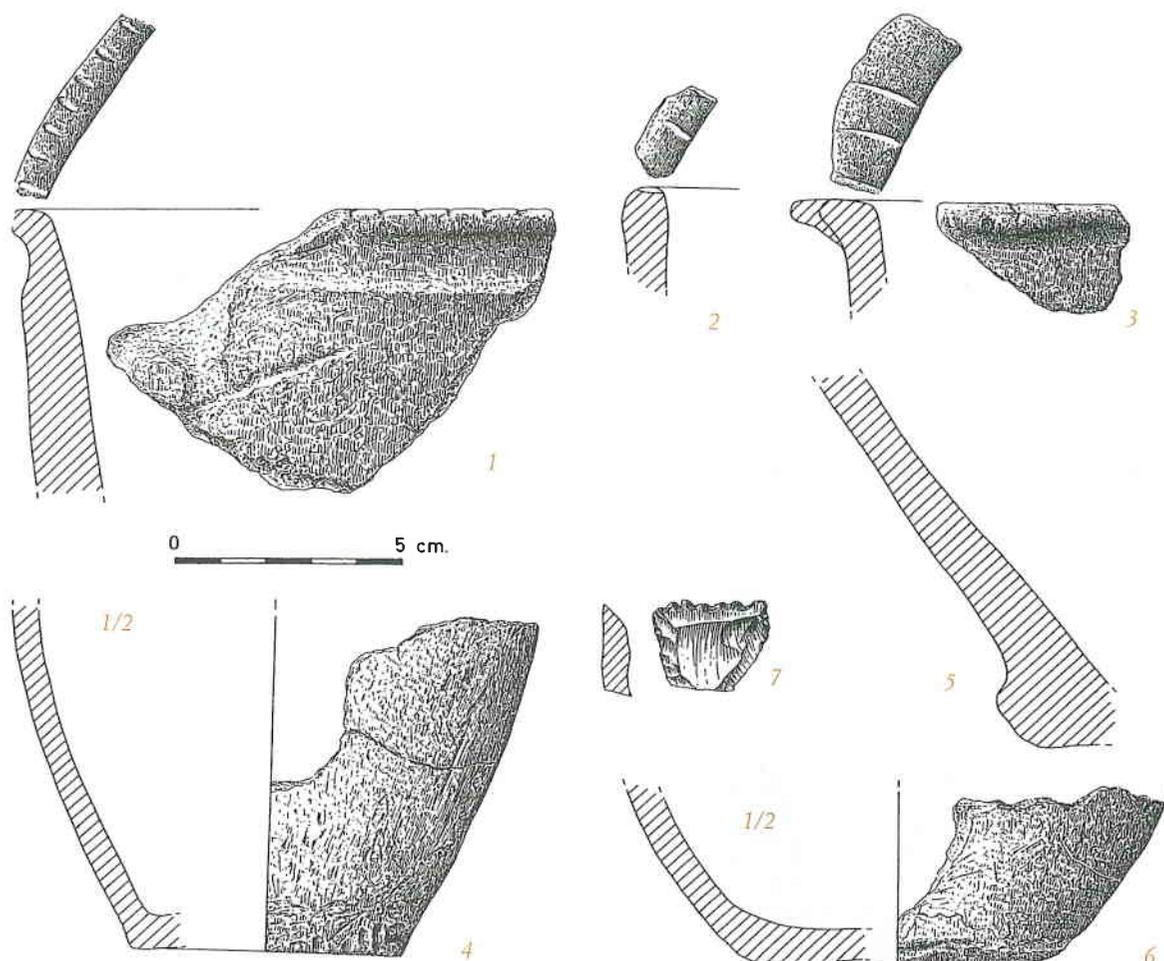


Fig. 120. El Castillo de Rabano. Grandes vasijas y útil lítico del Hoyo 7.

Esta forma en todo caso se presenta decorada con las técnicas características de las fases iniciales del horizonte Cogotas I durante el Bronce Medio meseteño.

- Recipientes carenados de la Forma 12. Es también un perfil habitual en El Castillo. Resulta especialmente numerosa la variante 12 A de tamaño pequeño-mediano. De hecho, el 60% de los vasos con carena hallados en el yacimiento pertenecen a esta modalidad. La mitad inferior del recipiente tiene tendencia semiesférica en algunos recipientes y de casquete esférico en otros, mientras que la superior suele ser ligeramente cóncava, con el borde exvasado. En los ejemplares documentados la carena presenta una agudeza variable. Menos frecuentes son las grandes “fuentes” de la variante 12 B, de las que sólo conocemos un par de ejemplos –20% de las formas carenadas decoradas–. Hay algún ejemplar

con el borde cóncavo (Fig. 118. 2), y otro más con el cuerpo superior, marcadamente rectas, adoptan una disposición sumamente tendida (Fig. 118. 1).

Todos estos recipientes aparecen decorados.

- Gran cazuela de carena baja de la Forma 13 (Fig. 112. 1): Conocemos un único ejemplar de perfil abierto y bajo que muestra un borde de tendencia recta muy ligeramente exvasado. A la porción inferior del recipiente, que tiene forma de casquete de tendencia elíptica, le falta el fondo.
- Vaso de perfil bitroncocónico de gran tamaño (Fig. 106. 1) de la Forma 14. Se ha identificado un único ejemplar casi completo. De fondo plano amplio, presenta, por otra parte, algunas dudas ya que la línea de la carena no aparece muy marcada. Pudiera incluso ser considerado como una forma simple cerrada.

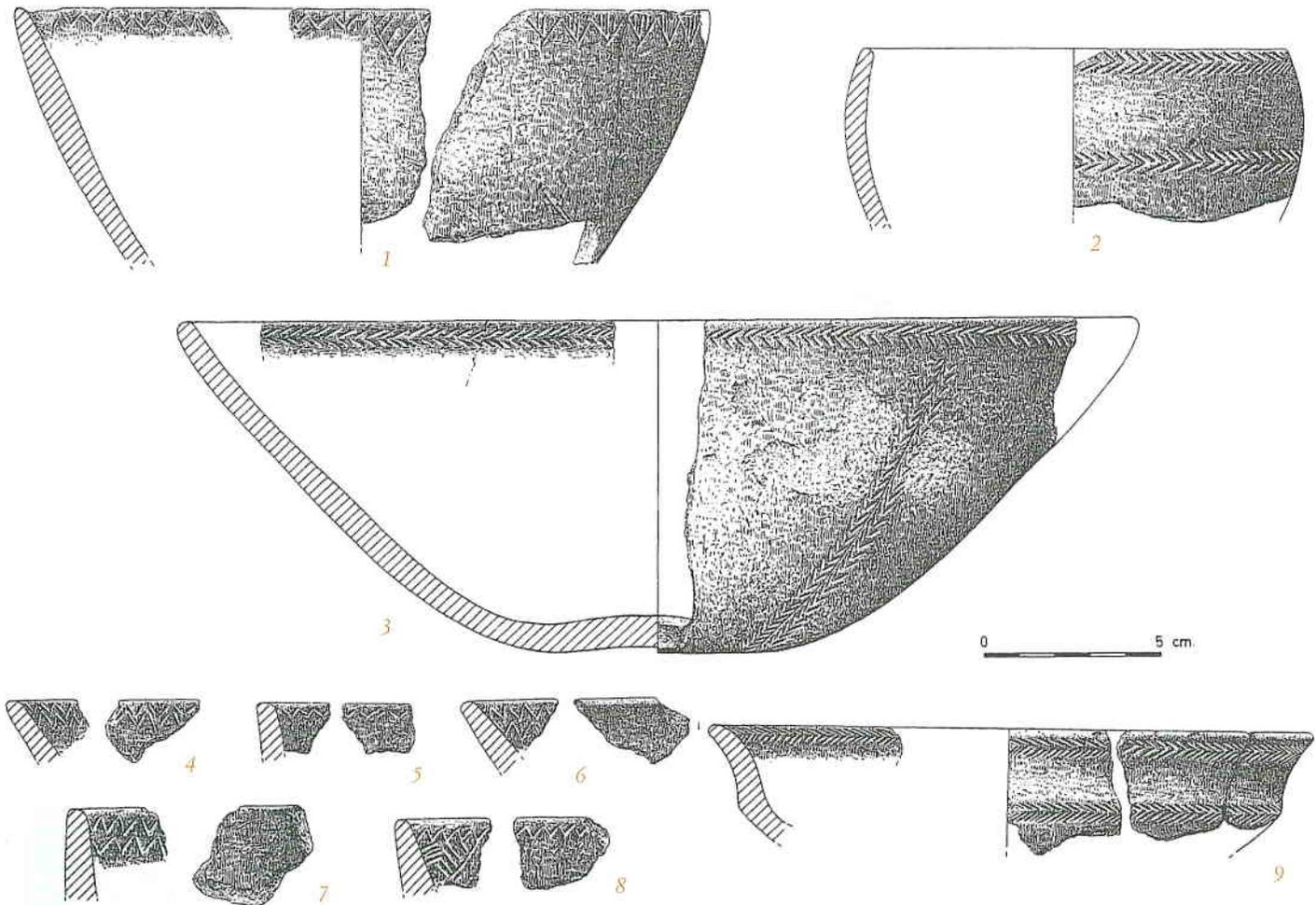


Fig. 121. El Castillo de Rábano.
Cuencos y tazas con superficie decorada del Hoyo 8.

- Forma carenada con cuello de la Forma 15 B: Disponemos de un único vaso relativamente completo (Fig. 128. 1), aunque carece de fondo.
Los fondos, salvo los contados casos comentados, son siempre de tipo aplanado.
- Vasos colador con forma de embudo con abertura en ambos extremos (Fig. 108. 15).

Las decoraciones que presentan los recipientes arriba comentados son las siguientes:

- En principio, apuntar que la proporción de cerámicas decoradas localizadas en el yacimiento es elevada; sirva señalar que de los 221 bordes identificados durante la excavación 52 (el 23'53%, prácticamente uno de cada cuatro), muestran decoración.
- En un primer apartado se incluyen las decoraciones presentes en recipientes de tamaño mediano y pequeño (cuencos y tazas carenadas, fundamentalmente). Tales vasos, frecuentemente de aspecto cuidado, las más de las veces presentan ornamentación en el exterior e/o interior.

- El número total de fragmentos decorados recogidos durante la excavación, incluyendo bordes y galbos, alcanza un total de 116. Sin duda en este apartado radica una de las mayores peculiaridades de nuestro yacimiento.

En éste capítulo únicamente se ha observado el empleo de dos técnicas decorativas: la incisión y la impresión.

- La primera es con mucho la técnica ornamental más empleada. De hecho, de los 116 fragmentos encuadrables en el capítulo de éstas, que pudiéramos denominar, "cerámicas finas" que presentan decoración exterior 105 aparecen ornadas con esta técnica decorativa: el -90'52%-.
- Dentro del capítulo de los motivos incisos los más habituales son las tradicionalmente denominadas espigas o espinas de pescado, hasta el punto de constituir prácticamente el 55% de los temas incisos. Estas espigas aparecen expresadas sobre los recipientes en diversas modalidades. Distinguiremos entre espiga simple, doble y compuesta.

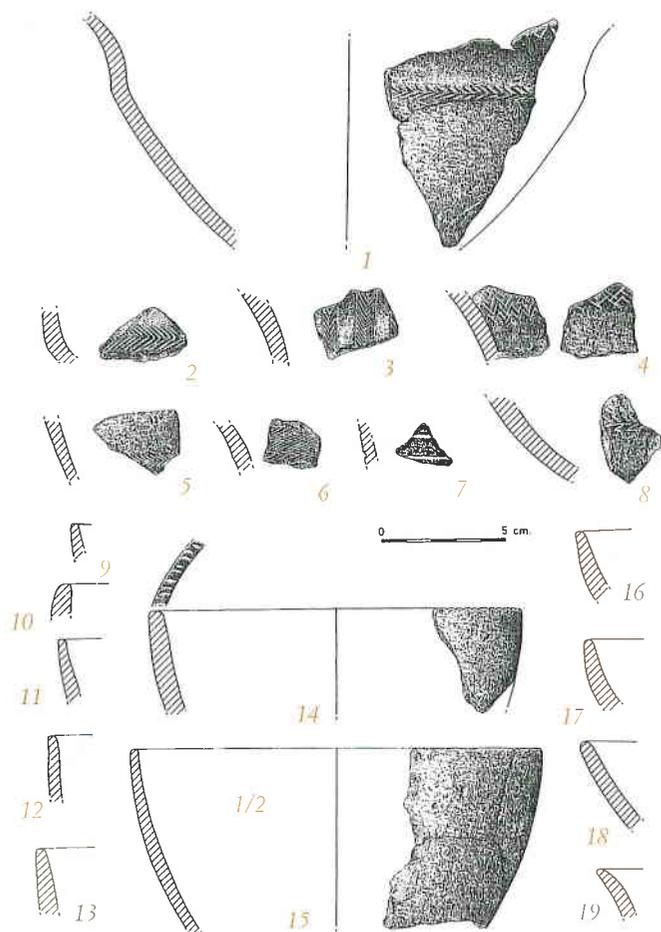


Fig. 122. El Castillo de Rábano. Cerámicas decoradas y lisas del Hoyo 8.

- La espiga simple, conformada por una sola línea de incisiones en espiga, es la más numerosa; hasta el punto que de los 66 temas de espiga identificados 51 –77'27%– pertenecen a este grupo. Por lo general se dispone horizontalmente sobre el borde, la panza, y en bastantes casos la carena de los recipientes (por ejemplo, Fig. 121. 9; 125. 19). Raramente configuran motivos radiales, en este caso su disposición es vertical (Fig. 126. 2, 3 y 22). En ocasiones una línea incisa recorre su eje central (por ejemplo, Fig. 126. 9). La espiga doble, constituida por sendas líneas de espiga en disposición paralela. Los 5 ejemplos identificados cumplen un papel muy similar a las anteriores. En algún caso conforman temas radiales (Fig. 121. 3). Denominamos espigas compuestas a las configuradas por varias filas en disposición paralela, en nuestro caso siempre más de tres. Tampoco son demasiado numerosas, sólo 10 ejemplos. En general conforman espacios metopados, delimitados por líneas incisas (por ejemplo, 124. 1), o temas radiales (Fig. 118. 19).

- El resto de los temas incisos alcanzan una frecuencia mucho menor. Por ejemplo, los zigzags, únicamente aparecen representados en 10 casos, –9'16%–. Siempre se disponen en estrechas líneas que discurren paralelas al labio (por ejemplo, Fig. 118. 2).
- Idéntica proporción alcanzan las series de pequeños trazos incisos los cuales aparecen sobre los recipientes en distintas disposiciones. Por lo general constituirán alineaciones de escasa anchura sobre las superficies de los recipientes. Excepcionalmente conformarán por si solos la decoración de una vasija (Fig. 125. 14).
- Aunque no en gran número, resulta significativa la presencia en nuestro yacimiento de las series de triángulos rellenos cuyo vértice generalmente se dirige hacia abajo. Durante la excavación encontramos 7 de estos temas

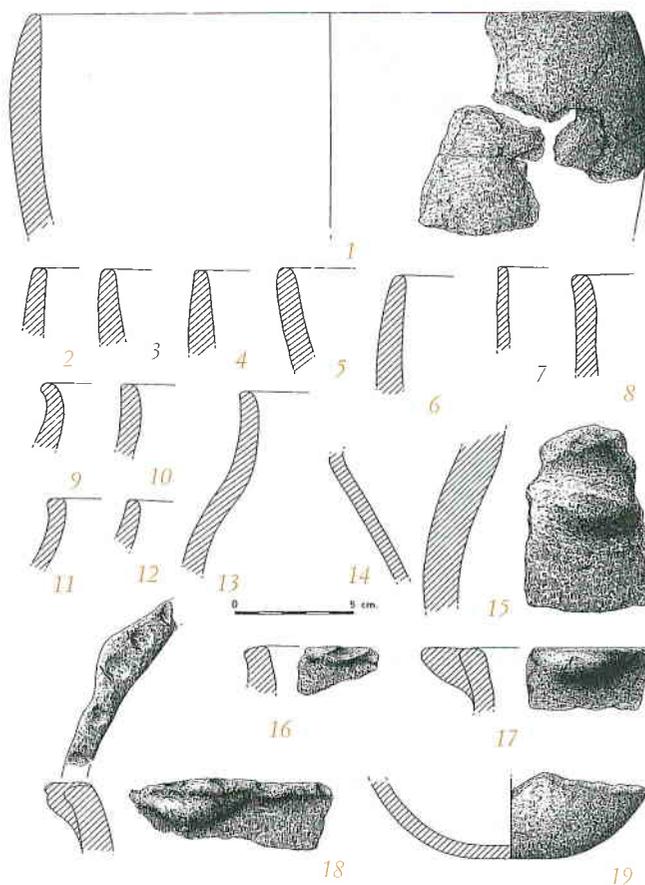


Fig. 123. El Castillo de Rábano. Diversos barro del Hoyo 8.

–6'66% del total de motivos incisos–. Habitualmente aparecen jalonando los bordes de cuencos (Fig. 110. 6; 118. 11) y recipientes carenados (Fig. 118. 3), e incluso en algún caso penden de las carenas de estos últimos (por ejemplo, Fig. 118. 2 y 3).

- Las retículas, motivo habitual en muchos yacimientos de la Edad del Bronce de la Meseta Norte, en nuestro caso tan sólo se reflejan sobre 4 fragmentos –3'77% de los recipientes incisos– (Fig. 115. 9 y 13; 125. 18; 126. 20).
- En un solo caso observamos la presencia de un curioso tema decorativo. Una serie de líneas incisas en disposición vertical, oblicua o entrecruzada sin orden alguno que recubren la práctica totalidad del recipiente (Fig. 119. 16).
- Para concluir este apartado, decir que algunos de los motivos decorativos que aquí se relacionan, en ocasiones aparecen enmarcados entre líneas simples, también denominadas líneas continuas. Las cuales, por tanto, consideramos no constituyen un motivo decorativo en si, sino un mero complemento cuya misión fue la de servir de guía o marco propicio para temas más complejos.
- Impresión discontinua: El porcentaje de recipientes decorados mediante esta técnica es ciertamente exiguo, únicamente 10 de los 116 fragmentos pertenecientes a las cerámicas finas decoradas ostentan temas impresos, lo cual representa poco más del 8% del total.
- En consonancia con lo arriba citado, esta clase de motivos decorativos son escasos. El motivo más habitual, contamos con 2 ejemplos, son las espigas, confeccionadas mediante pequeñas impresiones triangulares. En todos los casos son espigas simples que cumplen idéntico cometido que las incisas.
- Tres recipientes aparecen decorados a base de series de puntos. El primero (Fig. 118. 1) ostenta tres líneas de puntos que conforman un friso horizontal bajo el borde del cuenco.
- El fragmento 1 de la Fig. 110 es un recipiente carenado en el que una línea de pequeñas impresiones circulares recorre la carena, de la cual penden varias filas paralelas de puntos que conforman una metopa. Un motivo similar a éste se sitúa junto al borde. En la Fig. 105. 1 aparece un borde de forma indeterminada que presenta al exterior dos series de puntos impresos.
- Por último citar la presencia de tres fragmentos cerámicos sobre los que se desarrollan impresiones realizadas con un instrumento de sección circular podría tratarse de un hueso seccionado (Fig. 108. 6; 110. 15; 115. 15).

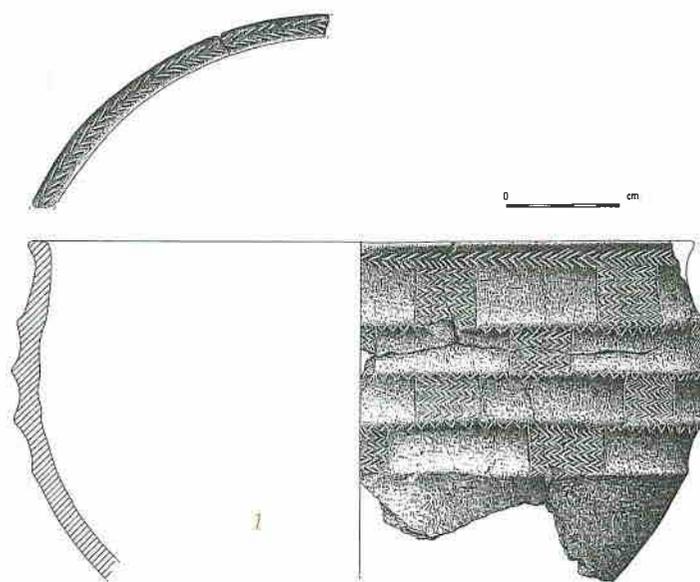


Fig. 124. El Castillo de Rábano. Gran olla decorada. Hoyo 9.

- Impresión continua: Sobre la panza de una olla de Forma 5 C, se desarrollan una serie de líneas de acanalados paralelos que en este caso, en combinación con distintos motivos incisos (Fig. 124. 1).

A la hora de analizar el modo en que los diversos motivos decorativos se distribuyen sobre las superficies de los recipientes queda patente la idea de su simplicidad. En efecto, los diferentes temas se reflejan sobre el conjunto vascular siguiendo esquemas ciertamente sencillos que se adecuan perfectamente a las diversas formas:

Por lo que se refiere a los vasos carenados se observa que, salvo muy raras excepciones, la decoración se distribuye en dos estrechos frisos que discurren bajo el borde y sobre la carena. De manera habitual el espacio comprendido entre ambos aparece liso. Tan sólo en alguna de las que hemos denominado fuentes planas (Forma 12 B) este sector se ve recorrido por una estrecha línea de trazos oblicuos (Fig. 118. 1). En lo que respecta a la panza de estos recipientes, no es mucho lo que podemos decir ya que prácticamente no han llegado hasta nosotros, sin embargo, señalar que en algunos casos se observa como sobre este sector se disponen algunos temas radiales.

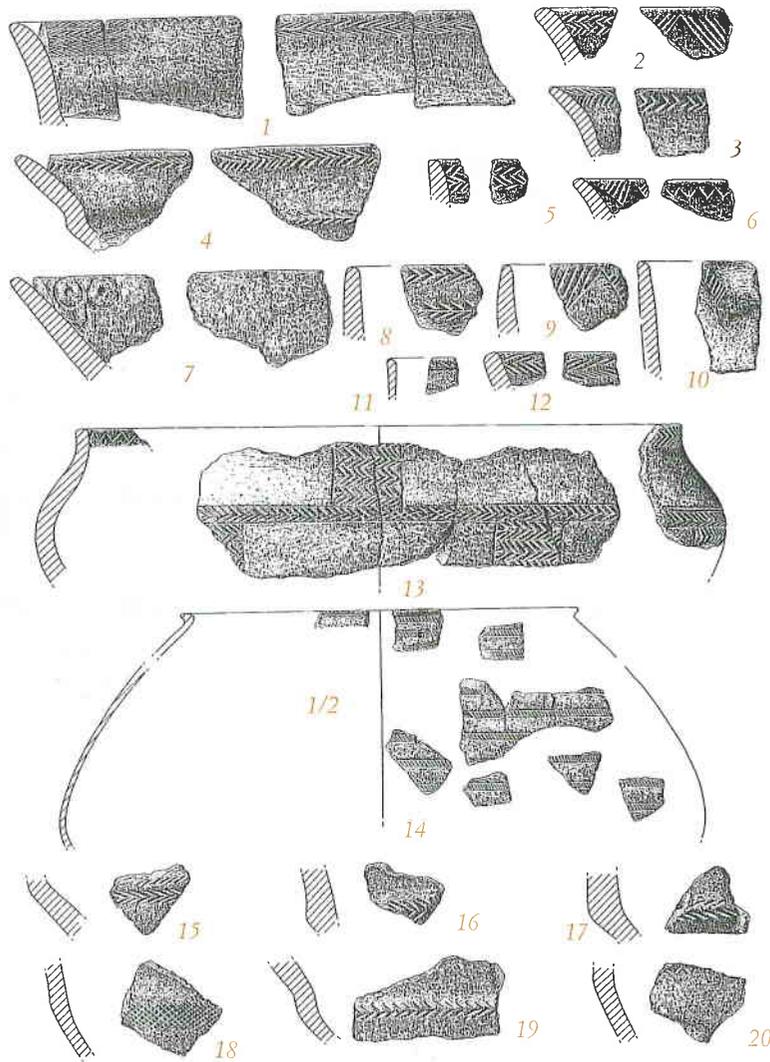


Fig. 125. El Castillo de Rábano.
Cerámicas decoradas del Hoyo 9.

Los cuencos, por su parte, presentan una fórmula decorativa consistente, las más de las veces, en disponer un estrecho friso junto al borde. En algún caso pueden aparecer dos o más frisos (Fig. 121. 2) y, excepcionalmente, temas radiales que unen el fondo con el borde (Fig. 121. 3).

Sobre alguna de las formas identificadas, de las cuales, por cierto sólo contamos con un ejemplar se desarrollan composiciones algo más complejas. Tal es el caso del recipiente en el que alternan metopas decoradas con otras lisas configurando a modo de ajedrezados que ocupan un amplio sector del recipiente (Fig. 124. 1). O aquellos otros que presentan toda su superficie cubierta de líneas incisas (Fig. 119. 16) o de impresiones circulares (Fig. 115. 15).

Con gran frecuencia las “cerámicas finas” decoradas presentan ornamentación sobre la cara interna de sus labios. De hecho, de los 50 bordes que tienen cabida en este apartado 39, exactamente el 75%, presentan esta modalidad decorativa.

Al igual que sucediera en las superficies externas, únicamente serán dos las técnicas empleadas, la incisión y la impresión, en una proporción muy semejante a lo observado en el exterior de los recipientes. De hecho, la incisión aparece sobre el 87'18% de los recipientes decorados.

En cuanto a los motivos, por lo que respecta a la incisión, de nuevo son las espigas en sus diferentes modalidades las más representadas, seguidas de zigzags y triángulos colgados rellenos de líneas oblicuas. Los motivos impresos, dado su pequeño número –5–, no son muy variados. Destacan las series de puntos –3 ejemplos–. Los dos restantes son una espiga simple y una serie de círculos impresos. De modo habitual, estos temas se distribuyen sobre el labio de las vasijas en franjas, más o menos amplias. En algunos casos se observa como estos frisos, que discurren con una anchura determinada, de repente se amplian hacia abajo, conformando una especie de metopa (Fig. 115. 1; 118. 5 y 9; 125. 1). Tan sólo en un caso (Fig. 110. 1), en lugar de una banda

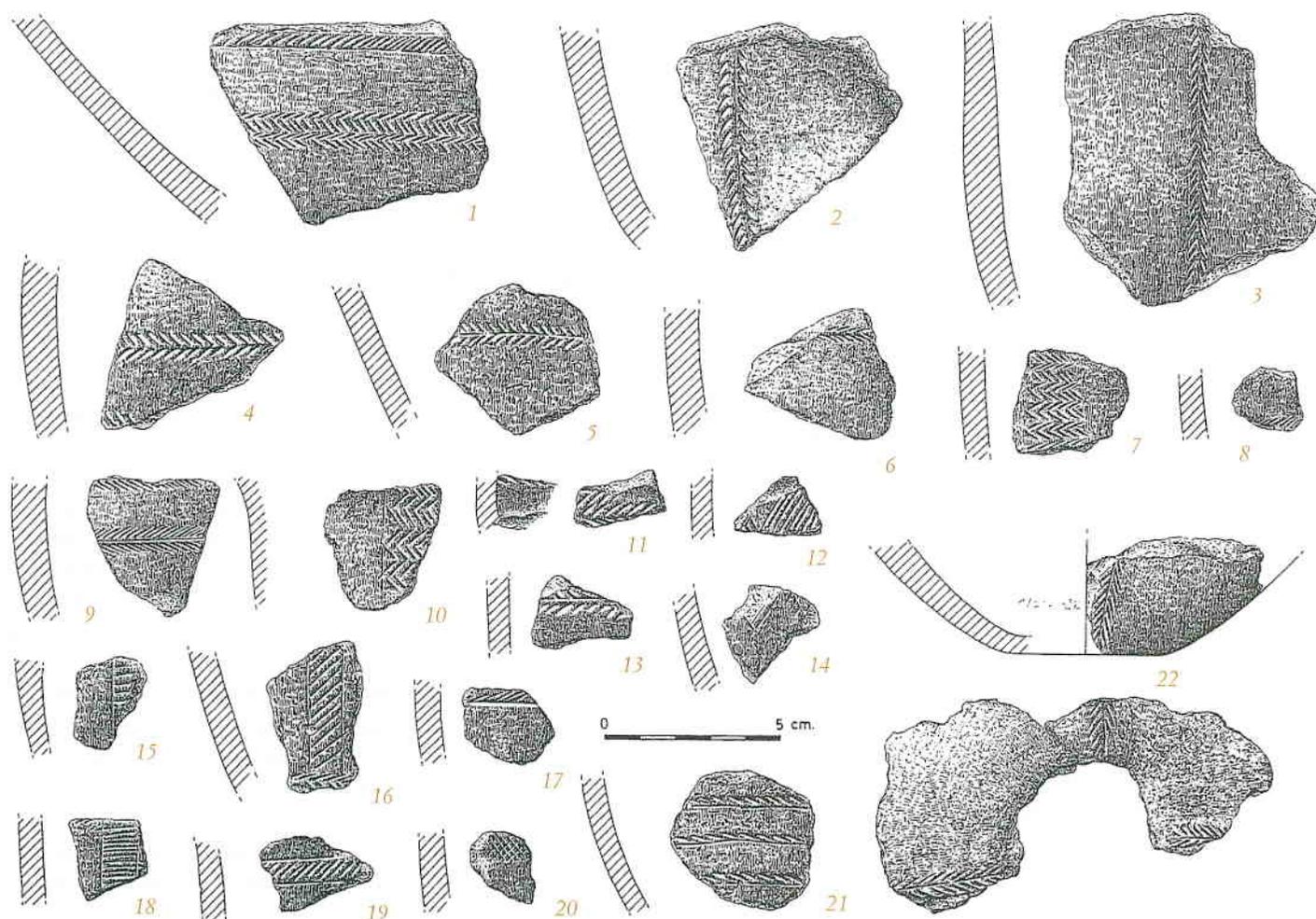


Fig. 126. El Castillo de Rábano. Galbos decorados del Hoyo 9.

corrida podemos ver la alternancia entre espacios metopados y otros lisos.

Existen otros motivos que aparecen decorando las cerámicas de mayor tamaño y tratamiento menos cuidado. Se trata casi siempre de formas impresas y/o en relieve y consisten en impresiones de uñas cubriendo los bordes, digitaciones, mamelones aplastados en esta misma disposición. La temática en relieve, presente en un total de 22 fragmentos cerámicos, presenta mayor diversidad y consta de los siguientes motivos: cordones sin decorar o con impresiones digitales o de instrumento, series de mamelones. Estos elementos pueden compararse de diversas formas, si bien los más comunes son las siguientes composiciones:

- Cordones horizontales de los que arrancan arriba y abajan otros de tipo curvo o recto, formando motivos de

guirnaldas o zigzags, respectivamente (por ejemplo, Fig. 117. 3 y 114. 2).

- Cordones horizontales, tanto decorados como sin decorar, que dejan espacios libres entre ellos que permanecen generalmente sin ornamentación (por ejemplo, Fig. 109. 2; 129. 6).
- Mamelones múltiples. Más o menos concentrados y prominentes, que aparecen alineados (Fig. 116. 10) o recubren todo el cuerpo de la vasija (Fig. 113. 8).
- Cerámica con barro plástico: Es infrecuente el hallazgo en yacimientos de la Edad del Bronce Medio del centro de la cuenca del Duero. En nuestro caso contamos con un recipiente de estas características (Fig. 131. 5). El recipiente en cuestión es un pequeño cuenco que presenta una estrecha banda de superficie alisada bajo el

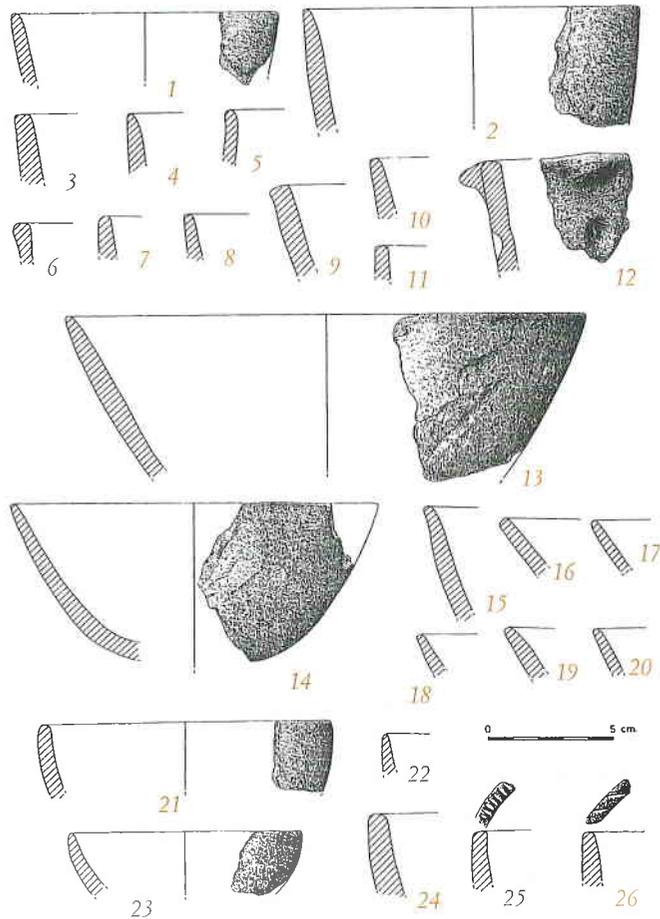


Fig. 127. El Castillo de Rábano. Cuencos lisos del Hoyo 9.

borde; el resto tiene aspecto irregular, conseguido al presionar repetidamente con los dedos.

En cuanto a los sistemas de suspensión hallados en el yacimiento son diversos, pudiendo destacar la presencia de las siguientes modalidades:

- Mamelones que se sitúan junto al borde. Contamos con siete ejemplares, cuatro de los cuales aparecen reflejados sobre ollas de borde exvasado de gran tamaño; dos sobre orzas y los restantes lo hacen sobre cuencos. Todos ellos aparecen aplanados en su parte superior, alguno incluso con impresión digital en su parte superior (Fig. 123. 18), que coincide con el borde del recipiente.

- Pezones simples que aparecen de forma aislada sobre la superficie de los recipientes. Su número es también reducido: sólo cinco ejemplares. En su mayor parte se sitúan sobre superficies de pequeño tamaño que no permiten identificar la forma a la cual pertenecieron.
- Asas. Sólo contamos con tres fragmentos, pertenecientes a asas puente; dos de ellas de sección plana (Fig. 107. 1 y 130. 5) y la tercera circular (Fig. 130. 6).

Industria lítica

En principio es de resaltar el pequeño número de piezas líticas recogidas durante la excavación. La materia prima que sirve de soporte es mayoritariamente el sílex que se presenta con variadas propiedades (grosor del grano, coloración, espesor del córtex, etc.). Se advierte un predominio del sílex de color blanquecino y tabular, de tono melado, cuyo origen, en ambos casos, no es local. En todo caso se trata de una materia prima de muy buena calidad (finura de grano, limpia fractura, etc.), reservándose especialmente para útiles planos como los dientes de hoz. Completan este apartado algunas lascas de cuarcita. Por lo que se refiere a la técnica de talla tenemos constancia del empleo tanto de la percusión dura, como se deduce del aspecto espeso y tosco de muchas lascas, como de la talla por presión mediante la cual se obtuvieron las pocas láminas identificadas en el yacimiento. Nada podemos decir sobre aspectos como, por ejemplo, el índice de aprovechamiento de la materia prima al no haber localizado durante nuestros trabajos ni núcleos ni lascas corticales.

La repartición de los productos de talla es como sigue:

- Lascas: 5 piezas
- Láminas: 2 piezas

Las piezas con retoque intencional alcanzan un total de 4 todas las cuales son útiles tipologizables. En todo caso se trata de dientes de hoz de filo denticulado rectilíneo. La proporción de útiles recuperada en El Castillo resulta baja, en total consonancia con lo observado en otros yacimientos del Bronce Medio de La Ribera vallisoletana.

Un dato que hay que tomar en consideración es la total ausencia en El Castillo de industria lítica pulimentada sobre roca tenaz para la fabricación de hachas, azuelas, martillos, etc., por más que en el término municipal de Rábano se tiene noticia de esta clase de materiales (Molinero Pérez, A. 1971: 84 y 90).

Completan la industria lítica los molinos y alisadores.

El número de molinos de mano documentados en la excavación es relativamente elevado, pues se alcanza un total de 24 el número de fragmentos relacionados con esta clase de piezas.

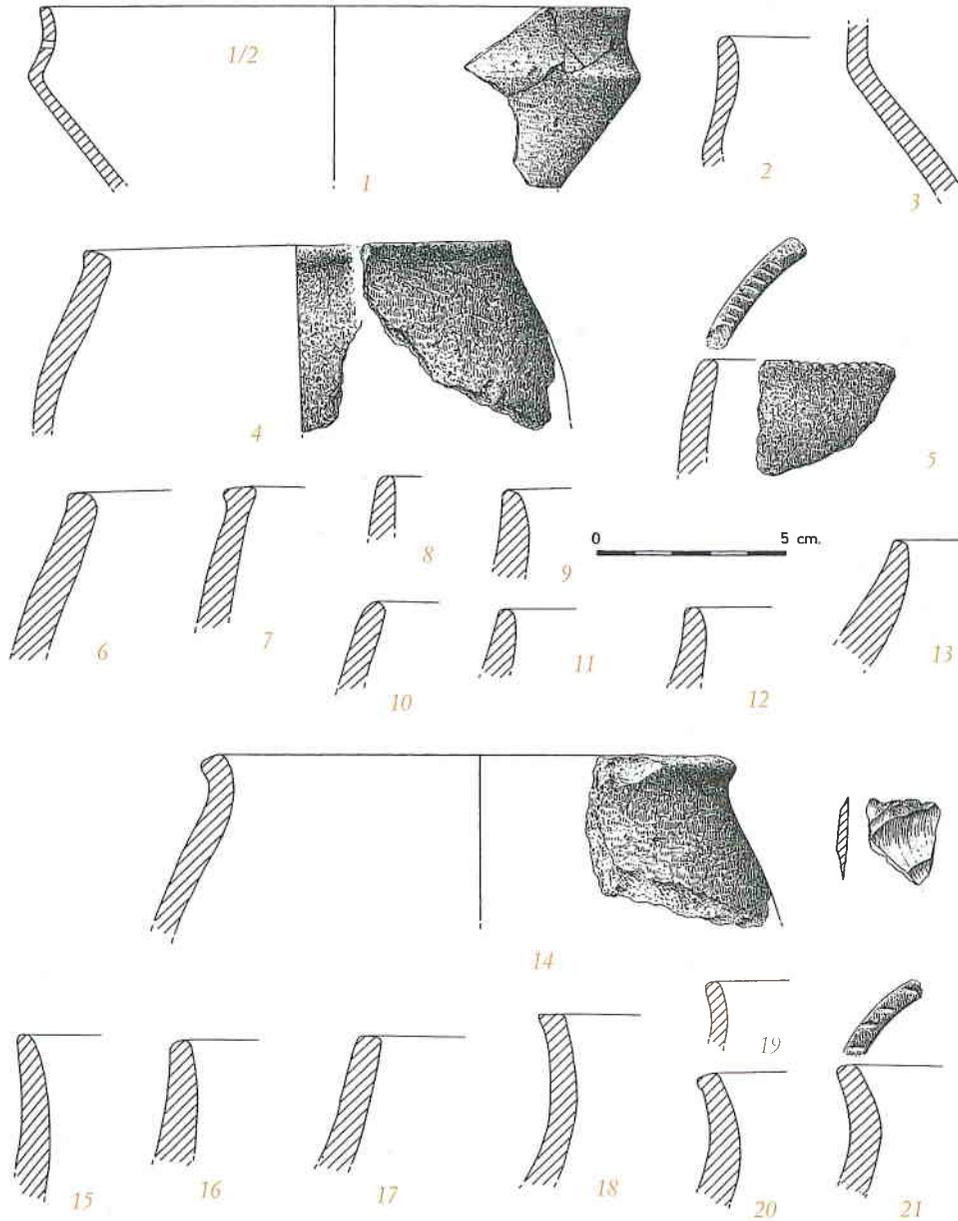


Fig. 128. El Castillo de Rábano. Vasos carenados, ollas y diente de hoz. Hoyo 9.

La materia prima empleada es siempre el granito, material del todo extraño en los alrededores de El Castillo. Todos son de vaivén y muestran un alto grado de utilización, prácticamente hasta el agotamiento.

Hay también un conjunto de cinco alisadores en cantos planos de río de mediano tamaño, con abundantes huellas de uso.

Valoración y cronología

A juzgar por las evidencias de todo tipo recogidas durante los trabajos arqueológicos, dimensiones del poblado (cercas a las dos y media ha), concreción cronológica (s. XV a. C.) y riqueza material, El Castillo debió ser uno de los yacimientos de mayor entidad entre los descubiertos en La Ribera del

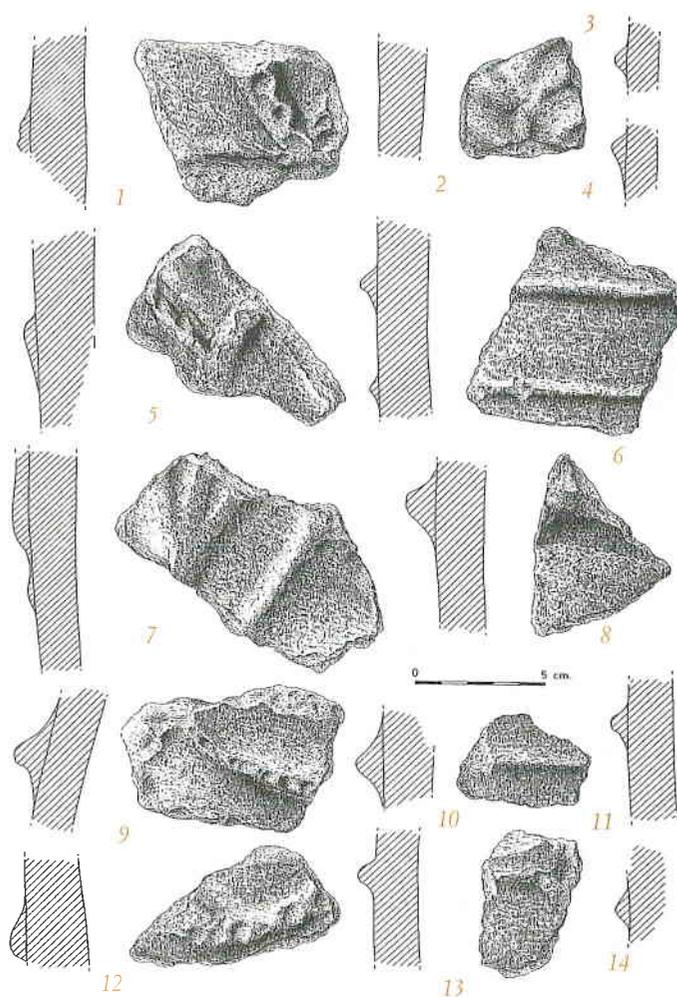


Fig. 129. El Castillo de Rábano. Fragmentos con decoración de cordones. Hoyo 9.

Duero vallisoletana, y probablemente también de una amplia zona del Medio Valle del Duero, durante el Bronce Medio.

Se identifica en él una única fase de ocupación que parece remitir a un momento muy concreto del Bronce Medio, en que, por

otra parte, sigue estando patente en la zona la influencia del horizonte desarrollado durante el Bronce Antiguo. Esta es la única fase de ocupación de la que, por el momento, tenemos noticia en el yacimiento. Durante este periodo los habitantes del lugar confeccionaron una serie de hoyos que formarían parte integrante de uno de los campos de hoyos, tan habituales en los yacimientos de la Edad del Bronce en la región. Estos hoyos, como hemos puesto de manifiesto en repetidas ocasiones aparecen colmatados por cenizas y otras evidencias en estado fragmentario. No obstante, pensamos, pudieron servir como auténticos silos, sólo una vez quedaron inservibles para dicha función fueron rellenados por desperdicios.

Serán los caracteres de estas evidencias, sobre todo de sus cerámicas decoradas las que posibiliten la adscripción cultural del yacimiento. El momento representado, apoyado por una datación radiocarbónica, cuenta con una cultura material muy homogénea y que lejos de mostrar indicios de grandes cambios respecto a la etapa anterior parece evidenciar una importante continuidad.

Desde el punto de vista de la cultura material, efectivamente, se vislumbra un círculo de relaciones respecto al sustrato, y que ahora confirmamos “grosso modo” y sin entrar aquí en demasiados detalles. Nos basamos para ello, entre otros aspectos, en la presencia de determinados perfiles cerámicos (vasos carenados, recipientes con decoraciones plásticas, etc.). Junto a estos elementos arcaizantes comparecen otros de modernidad, sobre todo en los motivos decorativos confeccionados mediante el empleo de dos técnicas: la incisión, abrumadoramente mayoritaria, y la impresión. Entre los temas que ornan los recipientes predominan, sobre manera, las denominadas espigas o espinas de pescado, seguidas a gran distancia por zigzags y triángulos.

Desgraciadamente no hemos carecemos de datos acerca de la industria ósea o documentación acerca de la metalurgia que, sin duda, se desarrolló en el yacimiento. Con todo, a nivel de nuestro estudio, las observaciones efectuadas en El Castillo, pueden servir como una importante base de partida para contextualizar un buen número de hallazgos de superficie de la vallisoletana Ribera del Duero y por añadidura de una amplia zona del Valle del Duero.

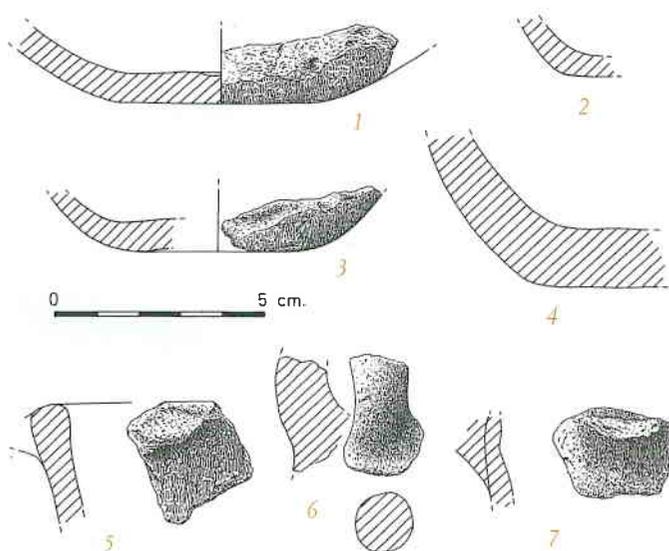


Fig. 130. El Castillo de Rábano. Fondos y fragmentos de asas. Hoyo 9.

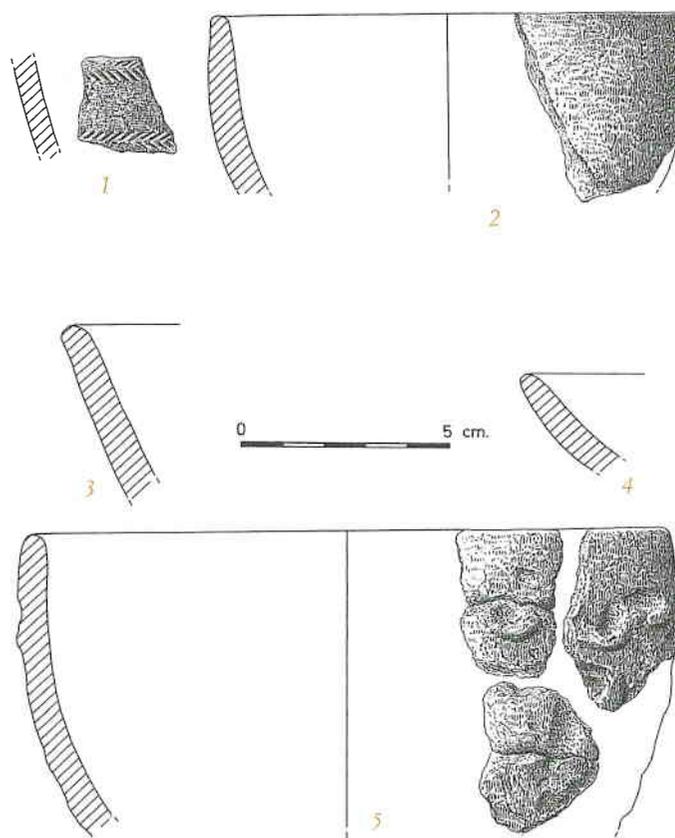


Fig. 131. El Castillo de Rábano. Cerámicas recuperadas en los hoyos 11 (1 y 2) y 12 (3 a 5).

29. LA ROBLEÑADA (CASTRILLO DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 34' 10"
 Long. 04° 00' 04"
 Altitud: 800 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/25.000
 (374-III) Rábano

Entorno y descripción del yacimiento

El yacimiento se sitúa sobre la ladera este y parte de la cumbre de una estrecha terraza, desde la que se domina la margen izquierda del río Botijas. Se trata de una reducida zona de terreno –apenas 350 m²– en la que se aprecian ligeras variaciones en la coloración de la tierra, coincidentes con aquellos puntos donde se concentran los hallazgos de materiales arqueológicos. A este punto, situado en el límite sureste de las casas de Castrillo de Duero, se accede con relativa facilidad: basta con seguir durante un corto trecho, apenas 1'5 km, por el camino de la Corona.

Análisis de materiales

Contamos con un más que exiguo lote de evidencias materiales.

La industria cerámica

Se reduce a unos cuantos fragmentos fabricados a mano, cocidos a fuego reductor o alternante, de pastas homogéneas, con desgrasantes de tipo cuarcítico y calizo, y superficies cuidadas afectadas por la abrasión. Las piezas más destacables son un par de cerámicas con decoración campaniforme de tipo fino (Ciempozuelos). La ejecución de tales decoraciones es sumamente cuidada.

El primero es un fragmento de panza, de forma indeterminada, que presenta un motivo inciso, escasamente significativo, formado por dos líneas incisas horizontales paralelas (Fig. 132. 2). Algo más ilustrativo es un segundo fragmento, de aspecto sumamente cuidado, perteneciente a la pared de un vaso de perfil desconocido, ornado con un motivo de frisos de triples líneas paralelas incisas entre los que se intercalan líneas cosidas

realizadas mediante una serie de trazos verticales cortos, atravesados perpendicularmente por otra línea incisa horizontal más suave (Fig. 132. 1).

La cerámica sin decorar, por su parte, forma un conjunto igualmente exiguo, destacando la presencia de un fragmento de borde ligeramente reentrante, que ostenta un asa en forma de orejeta horizontal junto al borde; sobre el labio se han practicado una serie de impresiones digitales (Fig. 132. 3).

Se reconoce un fondo plano (Fig. 132. 4).

La industria lítica

Igualmente exigua, se compone de algunos núcleos y restos de talla de sílex y cuarcita, así como ciertas lascas de sílex blanco. Entre éstas últimas cabe destacar una que presenta el talón retocado (Fig. 132. 5).

Valoración y cronología

La Robleñada es un pequeño asentamiento al aire libre que ocupa una posición destacada respecto al valle por el que discurre el arroyo Botijas. Las reducidas dimensiones del yacimiento, así como el escaso material aportado nos hablan de una ocupación de carácter temporal en un lugar con evidente funcionalidad de control visual del territorio. Su ajuar es escaso pero significativo, pudiendo destacarse la presen-

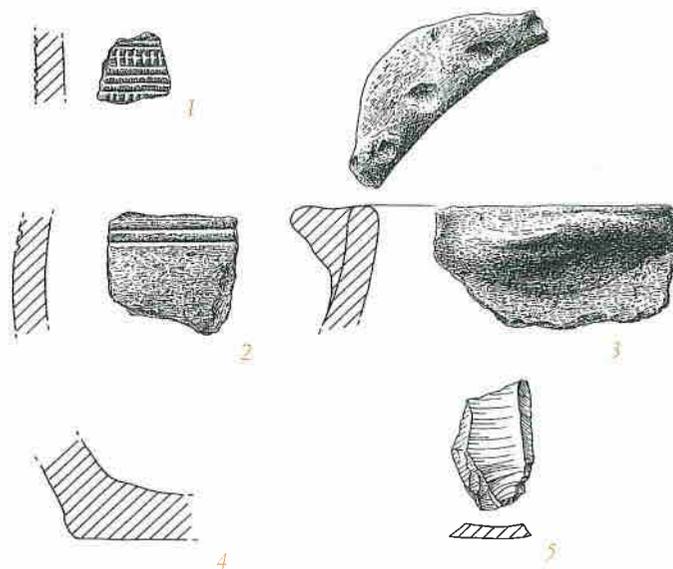


Fig. 132. La Robleñada. Materiales de superficie

cia de dos fragmentos campaniformes de tipo Ciempozuelos, en consonancia con otros del entorno. Sin mayores precisiones, la presencia de estos fragmentos cerámicos sitúa la cronología del lugar en los inicios del Bronce Antiguo.

30. REVILLALBA - UNCABO (CASTRILLO DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 34' 36"
Long. 03° 59' 25"
Altitud: 820 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/50.000
(374) Peñafiel

Entorno y descripción del yacimiento

Con el nombre de Revillalba se conoce un extenso área situado en el límite oriental del término municipal de Castrillo de Duero, lindando con el de Cuevas de Provanco; pueblo, este último, perteneciente ya a la provincia de Segovia.

Para acceder al citado lugar habremos de tomar la carretera que, partiendo de Castrillo de Duero en dirección este, conduce a Cuevas de Provanco. Recorridos por dicha vía algo menos de dos kilómetros se llega al ámbito que aquí nos ocupa,

donde, se ubicó una interesante estación arqueológica a juzgar por los diversos y variados restos que en ella se identifican.

El yacimiento en cuestión se encuentra situado unos 350 m al norte de la citada carretera, ocupando el sector S/W de la cima de una suave loma, así como buena parte de su vertiente meridional.

Desde el punto de vista orográfico, la loma que sirve de asiento al yacimiento constituye un primer escalón de ascenso al páramo desde el cauce del Río Botijas, del que dista unos 250 m. El hábitat queda evidenciado por una amplia dispersión de materiales que afloran sobre un área próxima a las 2'5 Ha y se distribuyen prácticamente por toda la ladera meridional del promontorio, así como en el extremo sudoccidental de su cumbre. No obstante, es obligado señalar que los restos superficiales tienden a concentrarse, muy especialmente, en dos núcleos; sobre el punto más elevado de la loma y en sector más oriental de su vertiente sur. Tales concentraciones no se corresponden, empero, con coloraciones diferenciales del

terreno. En los ribazos que en ocasiones escalonan la ladera, o en los cortes del camino que cruza el yacimiento, tampoco se advierte nada significativo en este sentido. Con todo, no es posible hablar de una total discontinuidad entre ambos, puesto que en el espacio intermedio, aunque en mucho menor número, también afloran diversas evidencias materiales.

En la actualidad, el ámbito ocupado por la presente estación arqueológica se encuentra bastante afectado por la acción del hombre ya que la mayor parte de su superficie ha sido aterrada y dividida en múltiples parcelas sobre las que, en la actualidad, se desarrollan los más variados cultivos (viñedos, cereales, hortícolas, almendros, etc.).

Análisis de materiales

En la descripción del lugar señalábamos que la dispar concentración de los materiales sobre el mismo permite diferenciar dos áreas con cierta nitidez, circunstancia que cobra mayor interés al comprobar que los rasgos presentes en los materiales provenientes de cada uno de dichos sectores permiten pensar que en ellos se desarrolló una ocupación de diferente signo, cultural y cronológico.

Previo al análisis de dichas evidencias, es obligado señalar, que su estudio presenta ciertas limitaciones derivadas de las circunstancias de su hallazgo –en superficie– y de la proximidad de ambas áreas arqueológicas. Esta circunstancia permite considerar la posibilidad de que los materiales pertenecientes a cada una de las pretendidas ocupaciones puedan aparecer mezclados sobre la superficie del yacimiento; es por ello que hemos preferido ser cautos y hacernos eco, únicamente, de aquellos restos que no ofrecen ningún tipo de duda.

Por lo que se refiere a los restos presentes en el sector S/E de la ladera, diremos que aquí se recogen diversos fragmentos, mayoritariamente, pertenecientes a formas simples –cuenquiformes y globulares–, siendo muy pocos los restos mínimamente expresivos. Entre éstos, destaca la presencia de un cuenco de color negruzco, superficies alisadas y paredes verticales que, bajo el borde, al exterior, muestra dos filas de pastillas en relieve en disposición horizontal. Lo exiguo del fragmento, si bien, impide ser más explícitos a la hora de precisar el esquema decorativo del que formaron parte, al menos, permite conocer que la técnica empleada en su confección es la del, en ocasiones, designado como “repujado”, consistente en presionar la pared interna del vaso con un instrumento punzante hasta conseguir un cierto relieve al exterior, tras lo cual se taponan con barro el agujero interno del vaso.

Aunque pequeño en tamaño, este fragmento, decorado con pastillas repujadas, cuando menos, nos ofrece algunos datos sobre la atribución cronológica y cultural de la ocupación que

se produjo en este ámbito. Al respecto, comenzaremos por apuntar que este elemento resulta habitual en contextos cerámicos antiguos, anteriores, salvo muy raras excepciones, a los inicios de la Edad del Bronce. En efecto, según tenemos ocasión de comprobar, el origen de esta técnica decorativa en nuestra península parece remontarse a momentos neolíticos, como lo demuestra su presencia en lugares como la Cueva Chica de Santiago, Cazalla (Sevilla), donde se incluyen en un nivel fechado por C_{14} entre el 4430 y 3570 a.C., correspondiente a un Neolítico Reciente (Acosta, P. 1986: 142). Estos elementos, así mismo, aparecen en contextos, también neolíticos, geográficamente próximos a nosotros, caso de la burgalesa Galería del Sílex de Atapuerca (Delibes de Castro, G. 1985: 27), o La Peña del Bardal de Diego Alvaro (Ávila) (Delibes de Castro, G. 1985: 23). Con todo, la gran proliferación de esta modalidad ornamental parece coincidir con el desarrollo de los contextos eneolíticos-calcolíticos precampaniformes de diversas áreas peninsulares. Observamos la presencia habitual de pastillas repujadas en diversos yacimientos calcolíticos de la Meseta Norte, tanto de su sector S/W (López Plaza, S. 1979: 83-84), como del centro de la misma (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1975 a: 451; Val Recio, J. M.^a del, 1983: 85; Herrán Martínez, J. I., y Santiago Pardo, J. 1989: 204-205). De igual forma las encontramos por las mismas fechas en áreas alejadas como Extremadura (Hurtado, V., y Amores, F. 1982: 200), el estuario del Tajo (Jalhay, E., y Paço, A. do, 1945: 8; Lám XXV) o el área catalana (Martín Colliga, A. 1977: 345-346); lugar, éste último donde resultan especialmente abundantes.

Las pastillas perdurarán, aunque en número mucho menor en momentos campaniformes, como queda de manifiesto a través de su identificación en el nivel IIc de Los Husos –asociadas a ciertos fragmentos Ciempozuelos que el C_{14} fecha en el 1970 a. C.–, o La Atalayuela de Agoncillo (Pérez Arrondo, C. L., Ceniceros Herreros, J., y Duarte Garasa, P. 1987: 178-179); yacimientos ambos situados en pleno valle del Ebro.

Por último, señalar que esta modalidad decorativa va a perder vigencia en momentos más tardíos, hasta el punto de resultar desconocidas en conjuntos de inicios de la Edad del Bronce; en estos momentos, las pastillas repujadas se verán sustituidas por otro tipo de pezones o mamelones los cuales ahora serán aplicados, tal y como podemos observar en cualquiera de los conjuntos más significativos asimilables a esta Cultura.

Como vemos, pues, la aparición de este pequeño fragmento cerámico, si bien pone de manifiesto la existencia de una ocupación antigua en el lugar, resulta poco explícita a la hora de ubicar cronológicamente tal evento, dada la larga pervivencia del motivo. En este sentido creemos resulta de sumo interés la identificación en este mismo área de algunos útiles líticos, y

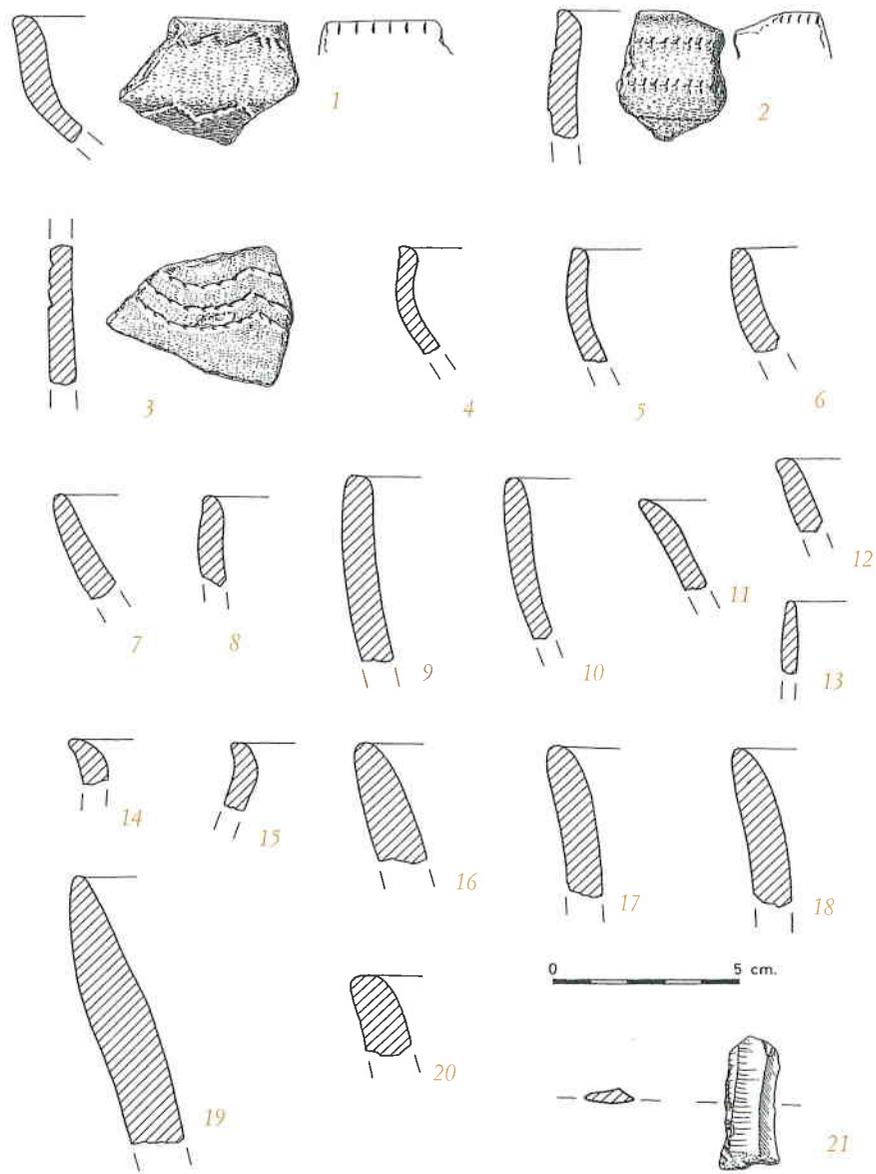


Fig. 133. Revillalba-Uncabo. Selección de materiales recuperados en el Sector S/W del yacimiento.

muy especialmente de un microlito geométrico: un trapecio de bases *décalées* (Groupe de Etudes de L'Épialéolithique-Mésolithique, 1969: 362-365), permite sugerir que en el presente área pudiera haber tenido lugar una ocupación en momentos próximos al Neolítico Final, instante en que según

todos los indicios este tipo de monturas se encuentran en plena vigencia.

Por lo que se refiere al sector S/W del yacimiento, los materiales que aquí se recogen, ofrecen ahora un mayor interés para nosotros. Según hemos tenido ocasión de comprobar en

éste área se identifican, con una frecuencia alta, diversas cerámicas a mano, confeccionadas mediante el empleo de cocciones predominantemente reductoras, en cuya elaboración se emplean desgrasantes, mayormente cuarcíticos y en menor medida calizos, de grano medio y pequeño. Sus superficies, cuando no se presentan desmanteladas, revelan un buen acabado.

Entre los fragmentos recuperados se documentan los siguientes temas decorativos:

- Líneas cosidas que discurren paralelas al borde (Fig. 133. 2).
- Al exterior observamos sendos zigzags de Boquíque, de aspecto bastante tosco, los cuales se desarrollan horizontalmente bajo el borde y la carena (Fig. 133. 1).
- Tres ondas de Boquíque (Fig. 133. 3).

En cuanto a los perfiles sobre los que se expresan estas decoraciones, hay dos fragmentos de borde, ambos con decoración interna. Uno de ellos corresponde a un vaso troncocónico de borde vertical y labio redondeado (Fig. 133. 1). El otro es un cuenco hondo de paredes entrantes y labio ligeramente apuntado (Fig. 133. 2).

El material sin decoración no permite hacer demasiadas consideraciones por su gran fragmentación y reducido tamaño. Únicamente contamos con trozos de borde pertenecientes a vasos de tipo cuenco (Fig. 133. 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12 y 13) y globulares con los bordes ligeramente vueltos (Fig. 133. 14 y 15). Por su parte, la industria lítica se reduce a una lámina con retoque continuo directo en uno de sus lados, en sílex blanco (Fig. 133. 21).

Valoración y cronología

Se trata de un yacimiento de dudosos límites, situado en una elevación dentro del valle del río Botijas. Dejando a un lado los materiales que indican una ocupación en tiempos neolíticos, el elemento más significativo son las cerámicas decoradas que permiten una adscripción inmediata e inequívoca del yacimiento a la plenitud cogotiana. En efecto, podemos apuntar que temas de líneas cosidas como los que aquí se documentan, resultan infrecuentes, por no decir desconocidos, en yacimientos correspondientes a lo que FernándezPosse denomina Fase inicial de Cogotas I (FernándezPosse, M.^a D. 1986: 480-481), pudiendo observar su ausencia en lugares próximos, caso de La Plaza de Cogeces, El Castillo de Rábano, y en otros más alejados como Los Tolmos, Caracena (Soria)³⁴, La Gravera de Puenteviejo (Ávila) (GonzálezTablas Sastre, F. J. 1984/1985), etc.; hábitats, todos ellos, atribuibles a dicha Fase. Por el contrario, estos temas abundan en los hábitats de la Cultura antedicha cuyo desarrollo coincide con la fase de plenitud, y así las líneas cosidas constituyen decoraciones habituales en lugares como El Castillo de Carpio Bernardo (Salamanca) (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1972: Fig. 4. 2), San Román de Hornija (Valladolid) (Delibes de Castro, G. 1978: Fig. 4. 13; Fig. 5. 15, 18 y 21), El Negralejo (Madrid) (Blasco Bosqued, C. 1983: Fig. 39. 31-36), El Berrueco (Salamanca) (Maluquer de Motes, J. 1958 a: Fig. 8 y Fig. 11), lugares donde, así mismo, son frecuentes temas de Boquíque como los que aquí se adjuntan.

La presencia de esta serie de elementos, por tanto, permitiría situar la ocupación desarrollada en el presente sector en un momento avanzado del desarrollo de Cogotas I, muy posiblemente en momentos próximos al Bronce Final.

³⁴ En la memoria de Los Tolmos de Caracena se hace mención en diversas ocasiones a la presencia de las denominadas líneas cosidas (Jimeno Martínez, A., 1984: 97 y 117). No obstante, hemos de señalar que si por líneas cosida entendemos el motivo conformado por una serie de pequeños trazos –incisos o impresos– verticales y paralelos, cortados ortogonalmente y a media altura por una línea incisa, dicho tema en absoluto aparece representado en el citado enclave; según hemos tenido ocasión de comprobar a través de una detenida revisión tanto de los fragmentos presentes en las láminas de la memoria, como de las tablas de decoraciones que se adjuntan.

31. CASA DE MARGÜELLO (CASTRILLO DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 37' 05"
Long. 04° 00' 08"
Altitud: 756 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/25.000
(374-II) Fuentecén

Entorno y descripción del yacimiento

Se sitúa en una llanura, con un suelo de arenas y gravas, próxima al río Duero (apenas dista 200 m de la actual orilla izquierda de dicho río). En el lugar, coincidente con la llanura de inundación de este río, no se aprecian concentraciones significativas de material, ni cambios en la coloración y/o la textura de la tierra. La estación arqueológica, situada en un entorno de tierras de labor, erial y pinares, ocupa una extensión aproximada de 1 Ha.

El lugar, al que se accede muy fácilmente: basta con tomar la carretera que une Castrillo de Duero y Roa y seguir por ella 6'3 km, aproximadamente. La superficie del yacimiento se sitúa a ambos lados de la carretera, cuyo trazado, sin duda ha afectado negativamente a la integridad de la estación arqueológica.

Análisis de los materiales

Contamos con un exiguo lote de materiales que se han recogido en el transcurso de sendas visitas al lugar.

Industria cerámica

La cerámica se reduce a nueve fragmentos, bastante alterados y fragmentados por la exposición a la intemperie. En líneas generales, ha sido cocida a fuego reductor o alternante; sus pastas tienen caracteres heterogéneos y presentan, en la mayor parte de los casos, desgrasantes cuarcíticos y superficies erosionadas.

La pieza más destacable del conjunto es un fragmento que ostenta una interesante decoración. El reducido tamaño del fragmento hace que tanto el perfil como la temática sea poco clara. Únicamente, podemos apuntar que es un fragmento de la panza de un recipiente de aspecto globular que se decora con un tema de triángulos inscritos enmarcados por flecos. El acabado es un tanto descuidado, efecto que se incrementa por el lavado de las superficies.

Aparte de esta pieza únicamente contamos con algunos fragmentos de borde que apuntan que apuntan algo sobre sus perfiles:

- Un fragmento de cuenco de Forma 1 (Fig. 134. 2), que muestra sobre el labio una serie de impresiones de uñas.
- Fragmentos de borde de tipo curvado u oblicuo abierto. Cuentan con labio simple redondeado (Fig. 134. 3 y 4).
- Recipientes de cuello cilíndrico con borde ligeramente vuelto o simplemente oblicuo con suave apertura (Forma 7). Presentan labio plano, que sólo en un caso se decora con digitaciones. Es la forma mejor representada con 4 fragmentos (Fig. 134. 5, 6, 7 y 8).

Los fondos son planos en los casos registrados.

- Se reconoce también la presencia de un galbo que ostenta decoración en relieve: Parte de un cordón aplicado en círculo, ornado con incisiones que se disponen de forma radial (Fig. 134. 9).

Industria lítica

Es muy escasa. Se compone de 18 piezas, en su mayor parte se trata de restos de talla de sílex y cuarcita: lasca y una lámina fragmentada. Únicamente contamos con un útil, un diente de hoz, en sílex de tonalidad blanquecina, con filo rectilíneo (Fig. 134. 10). El útil, de forma trapezoidal, presenta el corte liso pero con huellas de desgaste y dos fracturas retocadas.

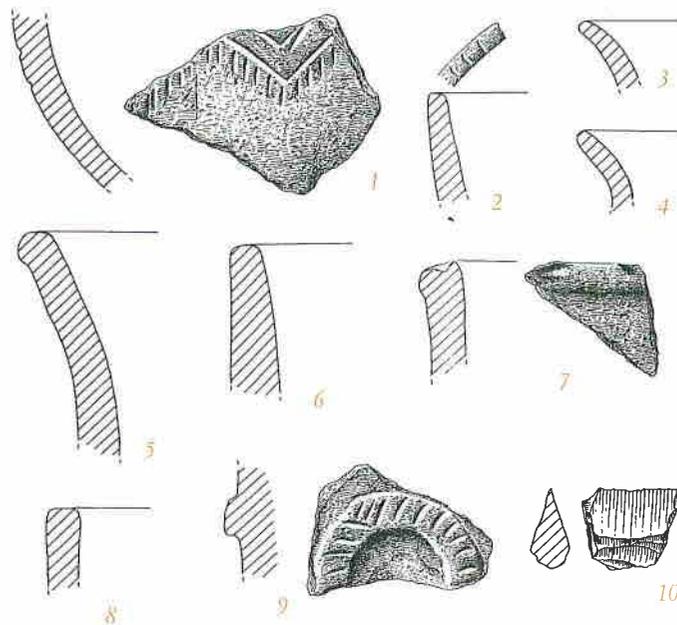


Fig. 134. Casa de Margüello. Muestreo de materiales recogidos en superficie.

Se recuperaron además una pieza (posiblemente sobre silimanita), que presenta pulimento en una de sus caras, mientras el resto presenta fracturas y desconchones, por lo que no cabe atribuirle una funcionalidad específica y algunos fragmentos de molinos en granito muy fragmentados.

Valoración y cronología

Dadas las características de su entorno y las dimensiones del yacimiento (recordemos, alrededor de 1 Ha), se puede considerar La Casa de Margüello como un pequeño poblado (se

han encontrado restos de estructuras de barro quemado) situado en una zona de grandes posibilidades agrícolas, junto a la vega del Duero. La presencia de elementos de hoz en la zona, de algún modo, ratificaría la dedicación agrícola de las gentes que ocuparon el lugar. En cuanto a su cronología y adscripción cultural podemos comenzar por apuntar que el fragmento decorado parece remitirnos a las decoraciones de “estilo Arbolí”, lo que, sin mayores precisiones, permitiría situar la ocupación en el Bronce Antiguo-Pleno, cronología que además vendría avalada por la presencia de decoraciones plásticas, dientes de hoz, etc.

32. EL GURUGÚ (BOCOS DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 37' 27"
Long. 04° 03' 44"
Altitud: 885 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/25.000
18-15 (374-I) Peñafiel

Antecedentes, entorno y descripción del yacimiento

Bocos de Duero es uno de los municipios más orientales de la Provincia de Valladolid en el límite con la de Burgos. Su núcleo urbano se ubica en el fondo de un pequeño valle por el que discurre el arroyo del Cuco. Hacia el Este, las casas del pueblo se ven enmarcadas por una gran elevación que recibe el nombre de El Gurugú. El citado enclave, brevemente mencionado en la bibliografía científica (Mañanez Pérez, T. 1983: 45-47; Sacristán de Lama, J. D. 1986: 24), cobró importancia para nosotros cuando en los primeros meses de 1985 conocimos el hecho de que D. Ángel Zalama, había realizado un depósito en el Museo Arqueológico Provincial de Valladolid de un importante lote de materiales arqueológicos –cerámicas, piezas líticas y útiles metálicos– asimilables a la cultura de Cogotas I (Delibes de Castro, G. 1997: 73). Con este motivo, ante la relevancia que parecía revestir el yacimiento efectuamos una visita al lugar en compañía de Manuel A. Rojo Guerra, quien a la sazón desempeñaba el cargo de Arqueólogo Territorial de Valladolid.

Aquella primera prospección nos permitió comprobar la existencia en el lugar de una importante estación arqueológica objeto de un sistemático deterioro por parte, tanto de los agentes naturales, como de excavadores furtivos que actuaban impunemente en el área del yacimiento.

A partir de ese momento, se planteó la posibilidad de efectuar una excavación con vistas, por una parte, a intentar contextualizar las piezas depositadas en el museo y, por otra, a salvaguardar el patrimonio arqueológico. Para ello solicitamos un permiso de urgencia a la Dirección General del Patrimonio Cultural de la Junta de Castilla y León, el cual nos fue concedido con fecha 22 de abril de 1985, así como una pequeña subvención que permitió realizar una corta intervención arqueológica. Inmediatamente se iniciaron los trabajos de excavación.

EL arroyo del Cuco constituye en la actualidad un exiguo afluente del Duero, por su margen derecha, que a lo largo del tiempo ha excavado un profundo, pintoresco, y encajado cauce que desemboca en el río principal a la altura del núcleo urbano de Bocos. La confluencia de ambos valles ha configurado un estrecho espigón, cuya altura, coincidente con el nivel de páramos de la región, recibe el nombre de El Gurugú (Fig. 135); quizá en recuerdo de la presencia de algún lugareño en antiguas campañas en Marruecos.

El lugar en cuestión constituye, como podemos ver, uno de estos típicos salientes de páramo que reiteradamente dieron cobijo a poblaciones prehistóricas, muy posiblemente atraídas por las interesantes condiciones defensivas de estos espolones, calificados en ocasiones de auténticos asentamientos o castros de altura.

Nuestras repetidas visitas al yacimiento permitieron constatar que su ocupación en la Edad del Bronce se ubicó en dos sectores muy concretos. Por un lado, en la meseta culminante y, en la ladera Sur del Castro, por otro. El primero de tales ámbitos, es una estrecha planicie, en el nivel de las calizas pontienses. Esta zona, prácticamente desprovista de vegetación, en la que, junto a abundantes materiales arqueológicos, es posible reconocer la presencia de dos evidencias constructivas de



Fig. 135. El Gurugú. Plano topográfico del cerro en que se enclava. (o) Señala el lugar en que se realizó la intervención arqueológica.

alguna consideración: A escasos 32 m del extremo del espigón los restos de una edificación de piedra que, aunque arrasada y cubierta por derrubios, deja entrever las trazas de su fábrica. Se trata de un recinto cuadrado de aproximadamente 13 m de lado y muros de considerable grosor, en cuyo interior se detectan diversas cerámicas a torno. Estos barroos carentes de significación, al menos permiten pensar en su relativa modernidad, descartando su relación con el asentamiento prehistórico. Pese a que los habitantes de Bocos identifican estas ruinas con una antigua ermita, las trazas de esta edificación, sus dimensiones y emplazamiento, en nuestra opinión, recuerdan en gran medida las de una serie de construcciones que recogen Reyes Téllez y Menéndez Robles (1987: 631-639) en los valles del Duero, Duratón y Riaza. Emplazadas sobre lugares de excepcionales condiciones defensivas, estos pequeños recintos, son interpretados como torres que formaron parte integrante de un sistema de “alerta y control” que montaron los cristianos frente a los

árabes en época altomedieval. De ser cierta esta interpretación, habría que pensar que el alto de El Gurugú dio cobijo a un reducido destacamento militar en un momento indeterminado entre los siglos VIII y X de nuestra era.

Unos 130 m al E del citado recinto, en la zona alta, existe un gran lomo de piedras estratégicamente dispuesto, cuyos extremos N y S se asoman a los valles del Cuco y Duero, respectivamente, constituyendo una separación entre el espigón y la plenitud del páramo que se abre de manera acentuada desde este punto. La longitud de esta estructura es de 42’5 m, localizándose la altura y anchura máxima en el sector central donde alcanzan los 15 y 4’5 m, respectivamente (Fig. 136).

Hasta el momento no se ha realizado ningún tipo de actividad arqueológica en este lugar, por lo que no podemos manifestarnos de manera taxativa sobre la época en que fue erigido dicho alomamiento. Sin embargo, queremos expresar nuestra sospecha de que el talud citado, que cierra un

espacio de poco más de 180 m de longitud y una anchura máxima que no supera los 50 m (extensión cercana a una hectárea), pudiera haber sido obra defensiva de las gentes de la Edad del Bronce. Los únicos argumentos con que contamos son los derivados de constatar la ausencia de materiales arqueológicos encuadrables en la cultura de Cogotas I extramuros de esta barrera, y sobre todo del reconocimiento de estructuras de similares caracteres en enclaves próximos, como La Plaza de Cogeces del Monte o La Cuesta de la Horca en Cevico Navero.

En el área descrita se recogen un buen número de materiales, que si exceptuamos aquellas cerámicas a torno que citábamos en relación con la estructura cuadrangular, en su mayor parte relacionados con la ocupación prehistórica del lugar. Entre estas evidencias se encuentran diversas cerámicas a mano de aspecto sumamente rodado, cuyas superficies en muchas ocasiones aparecen recubiertas por los líquenes, consecuencia de haber permanecido largo tiempo a la intemperie. Son frecuentes las cerámicas incisas con decoraciones de espiga, trazos oblicuos y/o zigzags que podríamos considerar, sin duda alguna, representativos del momento Protocogotas. Los vasos 1, 2, 3 y 6 de la Fig. 138, que reproducen el típico perfil de las tacitas carenadas de panza convexa tan habituales en, por ejemplo, La Plaza de Cogeces del Monte, en efecto, tendrían cabida dentro de ese horizonte Protocogotas.

No faltan, con todo, en lo alto de El Gurugú ciertos perfiles cerámicos, asimilables a lo que podríamos denominar el Clásico o Pleno Cogotas I (Fig. 139). De entre las piezas por nosotros recuperadas en el sector, sin duda, se podrían llevar a tal momento ciertas vasijas con decoración de puntos impresos que rellenan campos triangulares que cabrían dentro de un estilo muy extendido durante el Bronce Final (Fig. 139. 6 y 12). Al mismo, creemos, pudieran corresponder algunos fragmentos con temas de ondas de Boquique (Fig. 139. 2, 7, 8, 10 y 11), e incluso ciertas cerámicas que, si bien, tan sólo muestran decoraciones incisas, éstas son sumamente abigarradas o conforman motivos curvilíneos más propios ambos de la plenitud cogotiana que de la fase formativa.

En conjunto, pudiera decirse que la plataforma culminante de El Gurugú estuvo ocupada por las gentes de Cogotas I en diversos momentos del largo discurrir de esta Cultura, conociendo una ocupación previa en la segunda mitad del II milenio a. C. y otra posterior coincidiendo con su fase de plenitud, ya en las proximidades del Bronce Final.

En nuestra opinión, es a lo largo de alguno de estos momentos cuando tiene lugar la erección de la muralla que defiende el castro; no obstante, carecemos de argumentos suficientes para discernir en cual de ellos tuvo lugar su construcción.

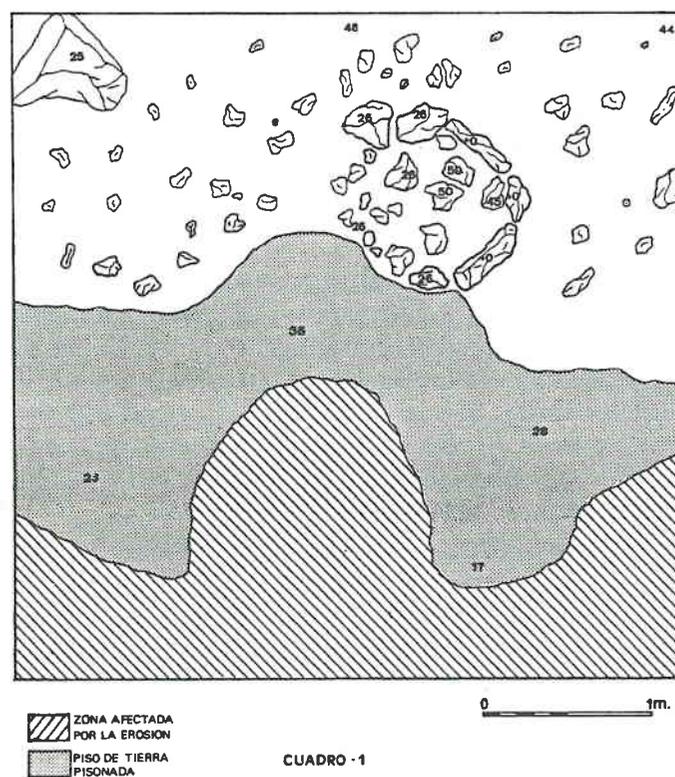


Fig. 136. El Gurugú. Planta de la superficie excavada en el Cuadro 1.

Si bien como observamos, en apariencia, el caserío prehistórico debió ubicarse en esta plataforma de la parte superior, separada del fondo del valle –un centenar de metros más abajo– por unas laderas extraordinariamente empinadas. Sin embargo, sabemos que éste se ampliaba a un rellano de la vertiente S, justo en la zona en que se produce el contacto entre el nivel de arcillas y el de margas, donde la pendiente se atenúa ostensiblemente. Allí se puede comprobar la existencia de multitud de torrenteras que descarnan la falda del cerro y arrancan y dispersan por doquier gran cantidad de materiales arqueológicos, sobre todo cerámicas. Una detenida prospección del lugar nos permitió comprobar que bajo las grandes capas de detritus existían evidencias de que también allí se desarrolló un hábitat humano. Al tiempo supimos, por boca del Sr. Zalama que los interesantes materiales que había depositado en el museo procedían concretamente de este lugar.

El conocimiento de estas circunstancias unido a la certeza que teníamos de la sistemática destrucción que sufría este sector del yacimiento, sometido a procesos erosivos –denudación y

acumulación— propios de estas áreas de vertiente (Burillo Mozota, F. y Peña Monne, J. L. 1984: 100-103), así como a las continuadas visitas de excavadores furtivos, fue determinante a la hora de elegir el lugar donde realizar un muestreo que permitiese conocer las posibilidades arqueológicas del yacimiento.

Trabajos efectuados

Al tratarse de una excavación de las denominadas de urgencia, con las limitaciones que muchas veces ello conlleva, no se planeó una campaña excesivamente larga. De hecho, los trabajos arqueológicos se desarrollaron en sólo dos cuadros de 4 m de lado, emplazados, bastante próximos entre sí, a media ladera de la vertiente sur del castro, en un lugar desde el que se domina la amplia vega del Duero (Rodríguez Marcos, J. A. 1985 a; Rojo Guerra, M. A., y Val Recio, J. M.^a del, 1990: 320).

Para controlar el proceso de excavación de ambas unidades establecimos un punto “0” común, ubicado sobre una gran piedra que quedó englobada en los límites del Cuadro 2 (Fig. 137). Pese a su vecindad, cada una de las catas ofreció un comportamiento distinto, por lo que ofrecemos sus resultados independientemente.

Cuadro 1

Emplazado, como vimos, en un lugar de marcada pendiente, cuya elección no fue fortuita ni arbitraria; antes bien, fruto de una minuciosa prospección en la que pudimos comprobar cómo una torrentera había cortado el terreno y dejado al descubierto restos de lo que parecía un suelo de tierra apisonada, fosilizado por varios metros de aportes de ladera. Dicha observación nos animó a establecer en el lugar una primera unidad de excavación con vistas a exhumar tanto el citado suelo como otras posibles estructuras que pudieran asociarse a él.

Los trabajos llevados a cabo en este lugar fueron ciertamente laboriosos debido al notable cúmulo de derrubios que hubieron de ser retirados. Una vez finalizada dicha tarea tuvimos ocasión de comprobar que, desgraciadamente, la fuerte escorrentía a que se encuentra sometido el sector había arrasado por completo los niveles arqueológicos que pudieran haberse formado durante la ocupación humana, los cuales habían sido sustituidos por un potente paquete materiales: margas, yesos y cantos calizos de diferentes tamaños, aportados desde alturas superiores.

Una vez retirada la capa de derrubios alcanzamos la altura a la que se encontraba el supuesto piso comprobando efectivamente lo cierto de nuestra suposición: Se trataba de un suelo de tierra apisonada de color rojizo con un espesor medio no superior a los 5 cm, que, desgraciadamente se encontraba

mutilado. De hecho, hacia el sur había desaparecido por completo, merced a la acción del torrente mencionado; otro tanto sucedía hacia el norte (Fig. 136). El piso apoyaba directamente sobre la tierra virgen que allí está representada por una capa de gelifractos de caliza de distintos tamaños, mezclados con una tierra margosa de tono grisáceo.

El suelo citado no era la única estructura de carácter antrópico que tuvimos ocasión de localizar en el área, en efecto, a la altura del piso, y sin duda en tiempos relacionada con él, identificamos una cubeta circular de 90 cm de diámetro máximo y una profundidad media de 10 cm, alrededor se disponían cinco lajas de caliza que habían sido hincadas en posición vertical sobre su reborde externo (Fig. 136). Dichas lajas no rodeaban por completo la cubeta, dejando libre un tramo que prácticamente coincide con el cuadrante S/W de la misma. El fondo del hoyo se encontraba colmatado por abundantes cenizas muy sueltas que no se acompañaban de material alguno.

La falta de referencias estratigráficas, en buena lógica, dificulta la interpretación del conjunto, por lo que es interesante recordar que en algunos yacimientos fechados, como el nuestro, en la Edad del Bronce, caso de El Cerro de la Encina, en Monachil, y más concretamente en la fase III, estrato III (Arribas, A. et alii 1974: 38-39; Fig. 10; Lám. VIII-b), aparecen estructuras, que recuerdan en parte a la aquí descrita, identificadas como agujeros de poste. Como en nuestro caso se componen de un hoyo excavado en la tierra rodeado por una serie de lajas de piedra. Esta similitud pudiera hacernos pensar que nos encontramos ante estructuras de utilidad semejante. No obstante, existen una serie de diferencias que nos permiten poner en entredicho esta interpretación. Primeramente mientras en nuestro caso las lajas, como vimos, se sitúan sobre el borde de la depresión, en Monachil forran su interior. En segundo término, mientras en el poblado granadino, el diámetro máximo en ningún caso alcanza los 50 cm y la profundidad parece considerable al objeto de afirmar en su interior un madero, en el nuestro el pozo es demasiado amplio y somero para que fuera efectivo a la hora de sujetar un tronco.

Por todo ello pensamos que la estructura localizada en El Gurugú, lejos de ser un pie de poste, ha de ser interpretada como un hogar (ello también explicaría su alto contenido en cenizas) en el que las piedras que rodean la cubeta sirvieron de paravientos. Al tiempo, la zona libre de lajas permitía el acceso fácil al área del fuego.

Junto a las evidencias habitacionales advertidas pudimos recoger una serie de restos arqueológicos constituidos por cerámicas lisas y decoradas, que en general ofrecían un aspecto muy rodado, y algunos útiles líticos. A falta de auténticos niveles estratigráficos los materiales, para su catalogación, fueron agrupados por piques artificiales.

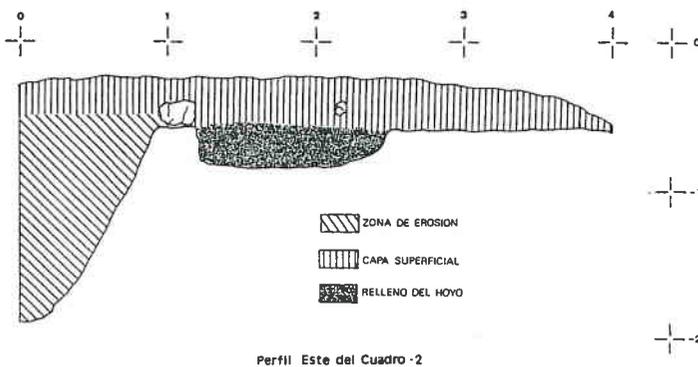
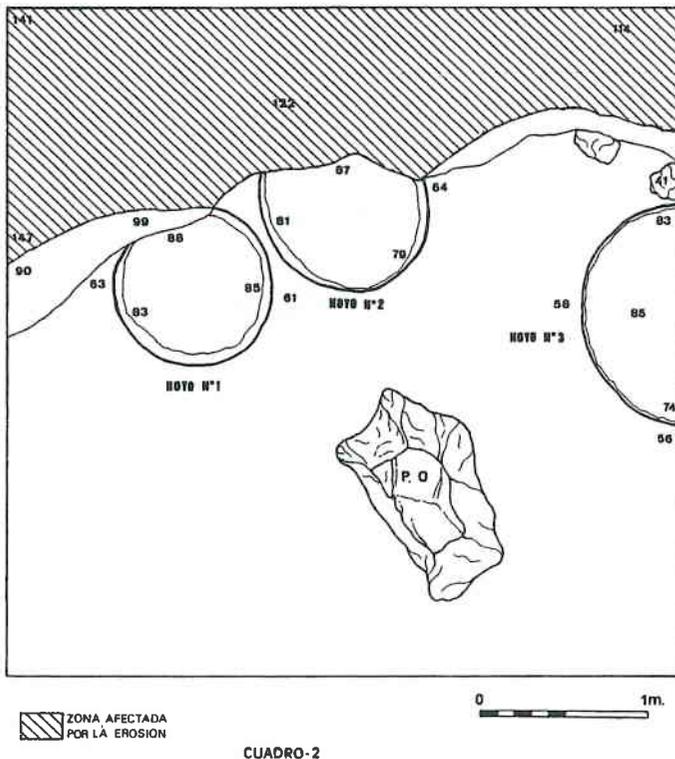


Fig. 137. El Gurugú. Planta de la superficie excavada y corte estratigráfico del Cuadro 2.

Cuadro 2

Situada unos metros al E de la anterior, se ubica sobre una pequeña plataforma horizontal que rompe la pronunciada pendiente del cerro. La elección de este lugar para excavar respondió a que no se veían grandes acumulaciones de derrubios, lo que nos hizo abrigar la esperanza de que los agentes erosivos hubiesen respetado el área, en mayor medida de lo observado en la cata precedente.

Desgraciadamente nuestras expectativas se vieron defraudadas al comprobar que en este caso también habían sido arrasados los niveles arqueológicos y sustituidos por los arrastres aportados desde la falda del castro. Su relleno es similar al señalado en la cata anterior, a base de margas y yesos, aunque ahora prácticamente sin fragmentos de caliza. Este nivel de arrastre alcanza una potencia de unos 20 cm en el extremo S del cuadro para irse ensanchando paulatinamente y notablemente en dirección N.

Bajo estos aportes detríticos localizamos nuevas evidencias de hábitat, en este caso materializados por tres típicos hoyos, similares a los de tantos yacimientos de la cultura de Cogotas I. Numerados de oeste a este con dígitos arábigos (1, 2 y 3) (Fig. 137), se abren directamente bajo el nivel de arrastres anteriormente citado, se encuentran excavados en unas margas arcillosas blanquecinas y contienen una tierra suelta de fuerte coloración negruzca, sin distinción de niveles, que envuelve cierto número de materiales arqueológicos.

Los Hoyos 1 y 2 aparecen incompletos porque la plataforma sobre la que se han sido excavados se ve bruscamente interrumpida por un brusco talud, cuya formación cabe achacar al efecto que las aguas de la lluvia producen al descender con gran fuerza desde las partes altas del cerro. El talud en cuestión lo hemos interpretado como el margen del cauce de una de estas torrenceras; la cual, tras ser abandonada, volvió a colmatarse con materiales de arrastre aportados desde lo alto de la ladera.

Lamentablemente la desaparición del nivel arqueológico en el que originariamente debió situarse la abertura de estos hoyos no nos permite conocer su profundidad primitiva, ni tampoco el contexto funcional de los mismos.

- **Hoyo 1** (Fig. 137): De aspecto muy regular, prácticamente cilíndrico. Diámetro máximo 90 cm. Profundidad actual 27 cm. Las paredes son casi rectas, y el fondo plano. Por lo que al contenido se refiere, a la ya referida tierra de color negro se suman diversas cerámicas en estado muy fragmentario, así como alguna pieza de sílex. En el centro del hoyo se observa un montón informe de pellas de barro seco. No aparece ningún resto óseo.
- **Hoyo 2** (Fig. 137): Situado junto al anterior, su aspecto es enteramente similar. El diámetro máximo es de 98 cm y

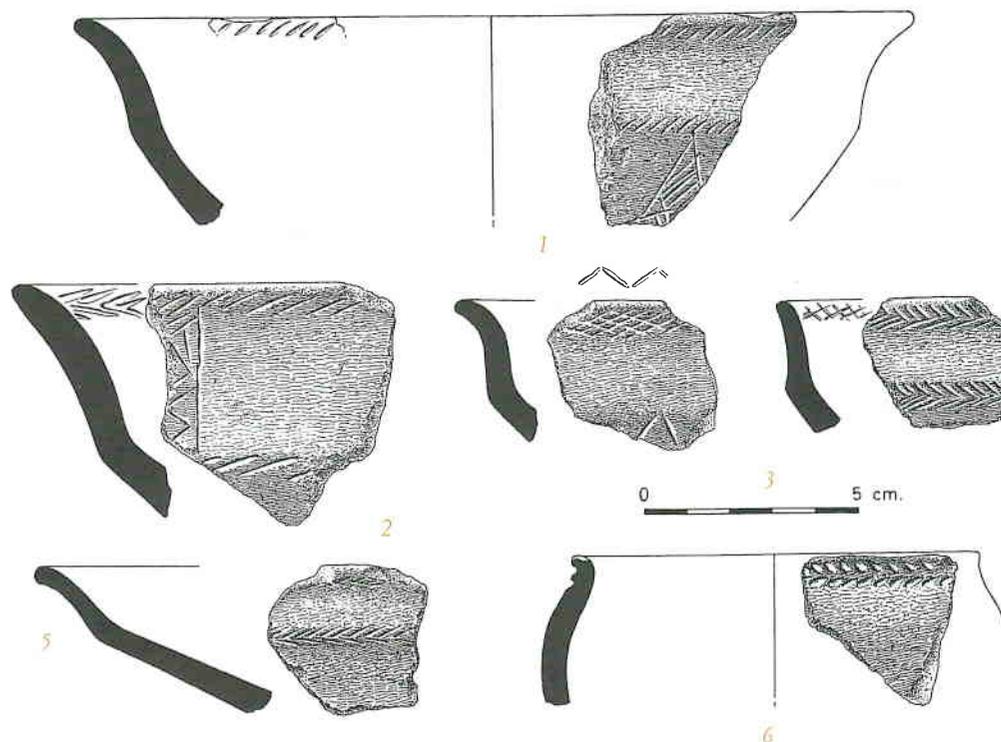


Fig. 138. El Gurugú. Muestra de materiales decorados recuperados en la cumbre del cerro.

la profundidad 26 cm. Muestra paredes rectas y fondo casi plano. Contenido muy similar al anterior, si bien aquí no aparecen pellas de barro.

- **Hoyo 3** (Fig. 137): No conocemos todo su perímetro pues se introduce en el perfil E de la cata, pero es mayor que los anteriores, alcanza los 132 cm de diámetro máximo, y los 27 de profundidad. Se repite el contenido a base de tierra negra y algo de cerámica.

Así pues, en la vertiente sur del castro se ubicó un asentamiento humano durante la Edad del Bronce. En este ámbito, a cubierto de los fríos vientos del norte, y en un área de escasa pendiente, a manera de bancale, se situaron una serie de estructuras de hábitat. En la actualidad este sector, como ya hemos dicho, se encuentra muy modificado por los procesos erosivos, determinando que hayan sido virtualmente borrados los niveles arqueológicos que recubrieron las estructuras identificadas, lo cual dificulta en gran medida la correlación estratigráfica y cronológica de dichas manifestaciones culturales. Con todo, el carácter homogéneo de los materiales que se recogen en ambas unidades de excavación hace que no sea muy aventurado pensar que tanto los hoyos del Cuadro 2, como el hogar y los restos del piso del Cuadro 1 deben adscribirse a un mismo momento cultural.

Muy difícil resulta determinar el tamaño del hábitat que se estableció en la ladera meridional de El Gurugú, entre otras cosas porque la erosión ha dispersado los restos del asentamiento primitivo mucho más allá de sus límites originales, desbordando sin duda el área que en principio ocupó el caserío. De todos modos, si nos atrevemos a aventurar que éste no debió ser excesivamente amplio, por cuanto en la actualidad la zona sobre la que aparecen evidencias se reduce a una franja, de cierta isoaltitud, de 75 m de largo por 20 m de anchura.

Tampoco lo exiguo de la zona afectada por los trabajos arqueológicos proporciona perspectiva suficiente para conocer las características y la estructura del hábitat. Debemos conformarnos con pensar que en el área investigada debieron salpicarse algunas viviendas, de las cuales no han sobrevivido más evidencias que los restos de un suelo de tierra apisonada y un hogar relacionado con él. En las proximidades, o acaso también dentro, de estas habitaciones se situaron algunos hoyos, similares a los que de manera habitual aparecen en los yacimientos de la Edad del Bronce en la Cuenca del Duero.

Análisis de los materiales

Previo el estudio de los elementos arqueológicos recolectados durante las excavaciones arqueológicas practicadas en El

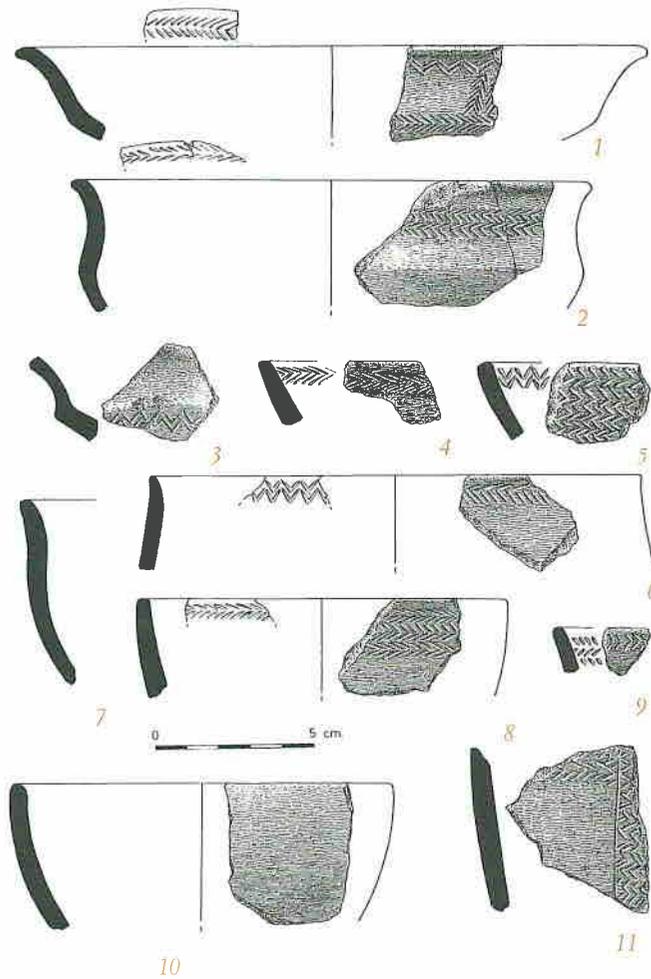


Fig. 139. El Gurugú. Selección de cerámicas decoradas y lisa balladas en lo alto de las laderas del castro.

Gurugú, consideramos necesario realizar una serie de puntualizaciones:

Debido a la fuerte erosión, que ha borrado en gran medida las evidencias estratigráficas de esta zona del yacimiento, la recuperación de materiales, salvo en el caso de las cerámicas y útiles líticos localizados en el interior de los hoyos, afectó sistemáticamente a efectivos desplazados, fuera de su posición primigenia. Tal circunstancia plantea la posibilidad de que dichos materiales pudieran pertenecer a diversos momentos cronológicos. Sin embargo, el análisis detallado del conjunto nos sitúa ante un lote de materiales bastante

homogéneo, de una misma fase cultural y, aún, de un espacio cronológico no muy dilatado. Sobre esta base, hemos optado, por estudiar las distintas evidencias de manera global, independientemente de su procedencia –excavación o prospección–. Así las cosas, las observaciones realizadas en modo alguno podrán considerarse reveladoras por sí solas para definir la cultura material de un determinado momento, y más bien deberán tenerse en cuenta como hipótesis de un comportamiento que habrá de ser contrastado y comparado con los resultados obtenidos en otros yacimientos arqueológicos de parecidos signo y datación.

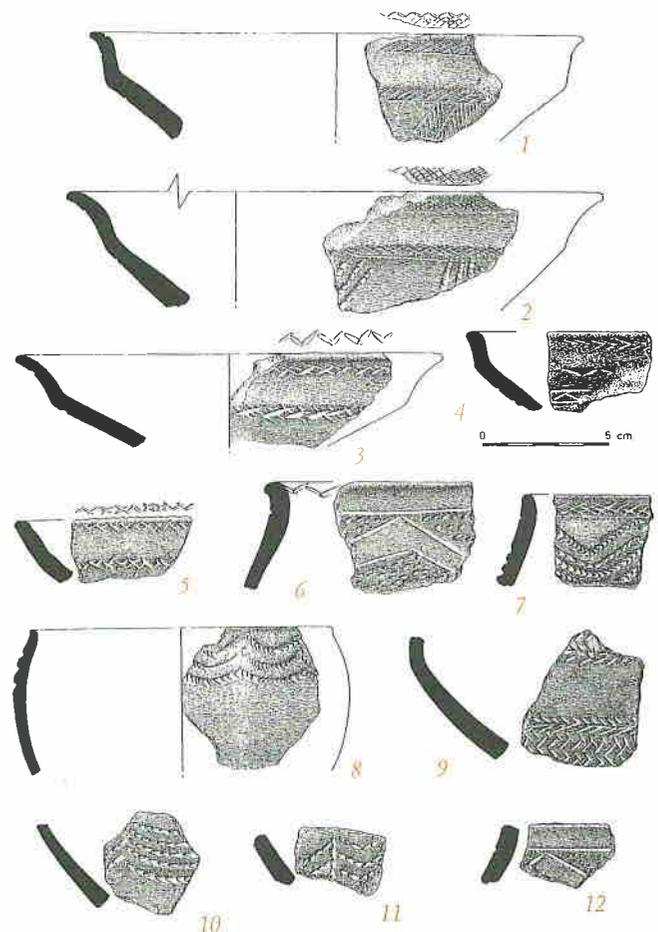


Fig. 140. El Gurugú. Colección de cerámicas decoradas recuperadas en superficie, en las proximidades del sector donde se realizaron los trabajos de excavación.

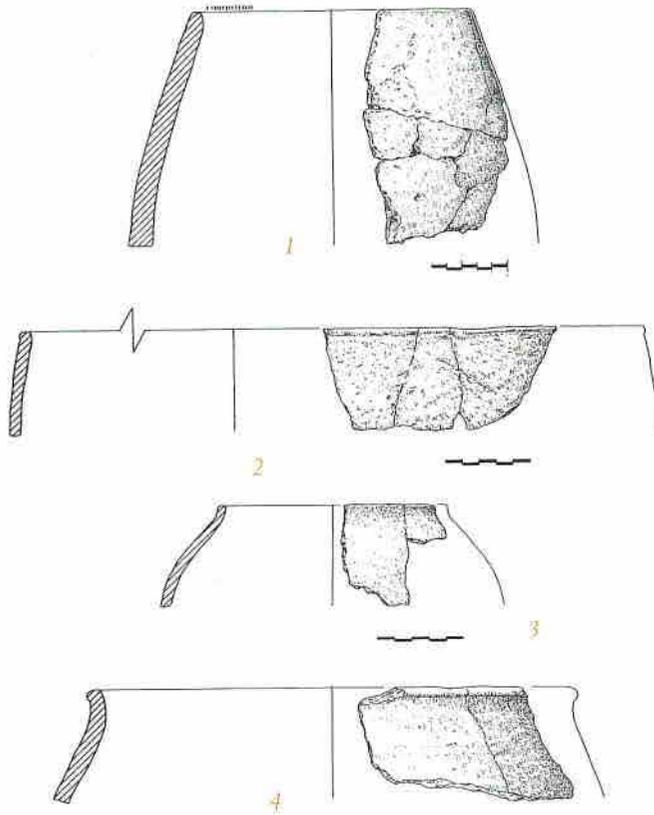


Fig. 141. El Gurugú. Cerámicas lisas del Cuadro 2. Nivel de arrastre. Alzada entre -10 y -15 cm.

Industria cerámica

Sin duda es el material más abundante y representativo de los recuperados en el yacimiento. Entre el nutrido grupo de materiales arqueológicos recuperados durante la excavación de 1985, depositados en el Museo de Valladolid (Rodríguez Marcos, J. A. 1985 a), fueron seleccionados 314 fragmentos cerámicos que constituyen una drástica selección del total de restos identificados. En ella se incluyen la totalidad de los barros decorados, así como los bordes y fondos de las formas lisas. Este será el conjunto al que nos referiremos al realizar los pertinentes comentarios estadísticos. Hemos de indicar que no todas estas evidencias aparecen reflejadas en las láminas que se adjuntan; en ellas únicamente se recogen la totalidad de los fragmentos decorados y aquellos lisos –bordes y fondos– que, siquiera mínimamente, permiten discernir la forma a que pertenecieron. Por último, queremos apuntar

que la mayor parte de estos materiales se presentan en un estado sumamente fragmentario, por lo que a la hora de establecer una tabla de formas del yacimiento nos hemos visto obligados a acudir, en gran medida, a los recipientes recogidos durante las prospecciones, así como a los depositados por Ángel Zalama en el Museo de Valladolid. Puntualizar que estos dos apartados no aparecerán reflejados en los comentarios estadísticos.

En lo que a los aspectos técnicos de las cerámicas se refiere diremos que, en líneas generales, los recipientes presentan un aspecto cuidado. Para hacernos una idea diremos que del total de fragmentos cerámicos aparecidos durante la excavación el 54'54% presenta las superficies alisadas. El segundo puesto lo ocupan las piezas bruñidas o cuyas superficies casi llegan al bruñido (42'15%). Por último la categoría sin pulir, con el 3'3%, forma un exiguo conjunto.

En cuanto a la coloración, se sitúan en primer lugar los tonos negruzcos y grisáceos (78'5%), seguidos de las coloraciones claras (anaranjadas y marrones) que únicamente aparecen sobre el 16'53% de las piezas. Apuntar, por último, que en 6 piezas la pasta interior ha sido recubierta de un engobe de distinta tonalidad.

Como resulta habitual en los yacimientos de la Edad del Bronce de La Ribera, los perfiles identificables presentan poca variedad formal.

- Cuencos de la Forma 1: Han sido identificamos 20 ejemplares, lo que representa el 11'17% del total de las formas identificadas en el yacimiento. Se encuentran recipientes de casquete semiesférico (1 A) (Fig. 141. 2; 149. 2 y 154. 3), de perfil hemisférico, con borde curvo ligeramente entrante (1 B) y hondos de borde más o menos vertical (1 C) (Fig. 154. 4; 144. 11, 149. 3 y 157. 2). Esta clase de recipientes aparecen adornados con cierta frecuencia, de hecho constituyen el 14'20% de los bordes de vasos decorados.
- Cuencos troncocónicos de la Forma 2. Intuimos su presencia a partir de dos pequeños fragmentos de borde cuyas paredes adoptan una disposición rectilínea que apuntan hacia formas cónicas; uno de ellos liso, con un pequeño orificio (Fig. 154. 5) y otros dos decorados (Fig. 143. 3 y 152. 6).
- Escudilla de gran tamaño y perfil elíptico de la Forma 3 (Fig. 149. 1).
- Recipientes globulares de la Forma 5: Tres fragmentos de borde, dos de los cuales son atribuibles a vasos de pequeño tamaño, pertenecientes a la variante 5 A (Fig. 145. 1 y 16) y otro notablemente mayor de la modalidad 5 B (Fig. 154. 1).

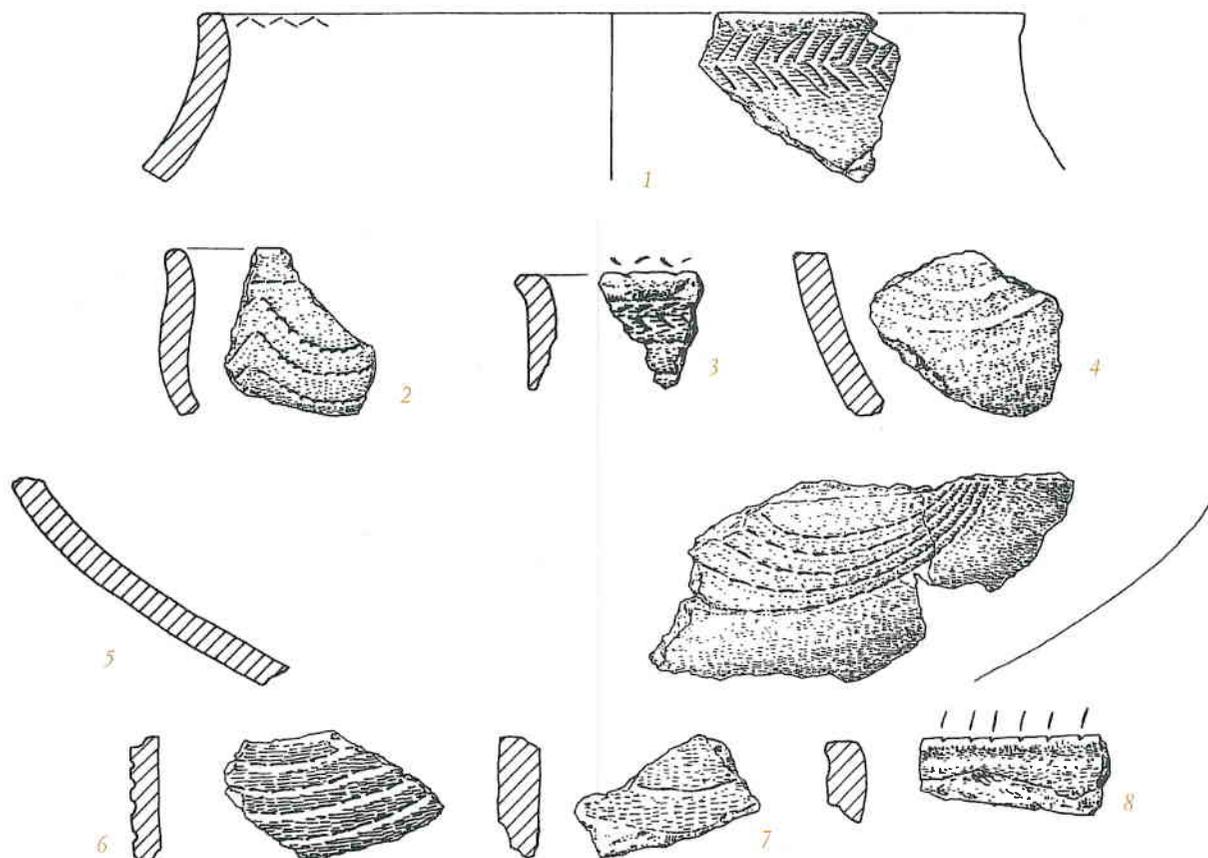


Fig. 142. El Gurugú. Cerámicas del Cuadro 2. Nivel de arrastre. Alzada entre -10 y -15 cm.

- Cuencos de perfil elíptico de la Forma 6. Contamos con un perfil completo, decorado, hallado en superficie (Fig. 157. 2). El recipiente en cuestión, es una forma de tamaño mediano y estrecho fondo plano.
- Ollas de borde simple entrante de la Forma 7. Contamos con once piezas de paredes casi rectas, muy desarrolladas en altura y bordes apenas entrantes (7 B), que contrasta con aquellas otras (7 A), de perfiles más redondeados y bordes fuertemente entrantes. Uno de ellos presenta impresiones sobre el labio (Fig. 141. 1) y otro un mamelón junto al borde (Fig. 149. 4). A esta modalidad pertenecen cuatro vasos globulares decorados, con incisión e impresión, recuperados en excavación. Se trata de recipientes de tamaño variable cuyos diámetros oscilan entre los 96 mm (Fig. 152. 5) y los 207 (Fig. 147. 1).
- Vaso de suave perfil en S con boca ligeramente abierta (un ejemplar, Fig. 147. 2), asimilable a la Forma 8. Presenta decoración de ondas incisas.
- Vasos de perfil en S de la Forma 9 en sus variantes A (con cuello incipiente) y B (con cuello corto y borde prácticamente vertical). De la primera variante contamos con cierto número de ejemplos de diverso tamaño (Fig. 141. 3; 144. 12). De la segunda disponemos de un perfil completo (Fig. 146. 8) que presenta sobre el hombro asas tuneliformes de perforación vertical (tipo 5b), en otro caso va provisto de un asa de este mismo tipo que nace del labio del recipiente (Fig. 143. 29); en otros casos, por último, muestran distintos motivos decorativos incisos e impresos (Fig. 142. 1 y Fig. 153. 1). También contamos con algunos ejemplares de la variante C (Fig. 156. 2). Ambos proceden de hallazgos en superficie.
- Recipientes de la Forma 10: Diversos fragmentos de borde de la variante A encontramos ejemplares lisos y decorados (Fig. 152. 7). De la variante B conocemos un único ejemplar, bastante incompleto por cierto, decorado con una línea de Boquique, de la que penden tres ondas elaboradas en la misma técnica (Fig. 142. 2).

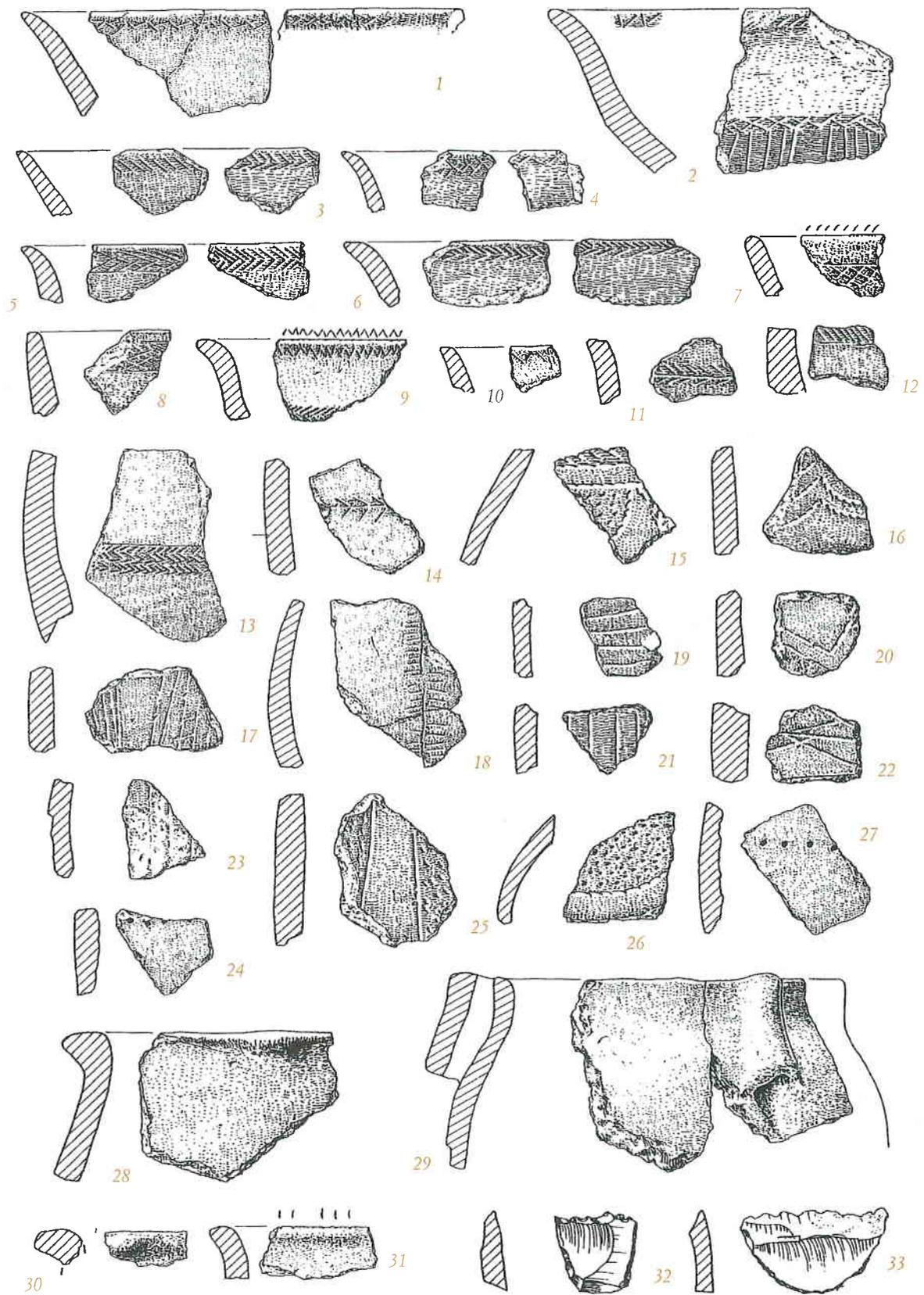


Fig. 143. El Gurugú. Material cerámico y lítico recuperado en el Cuadro 2. Nivel de arrastre. Alzada entre -16 y -20 cm.

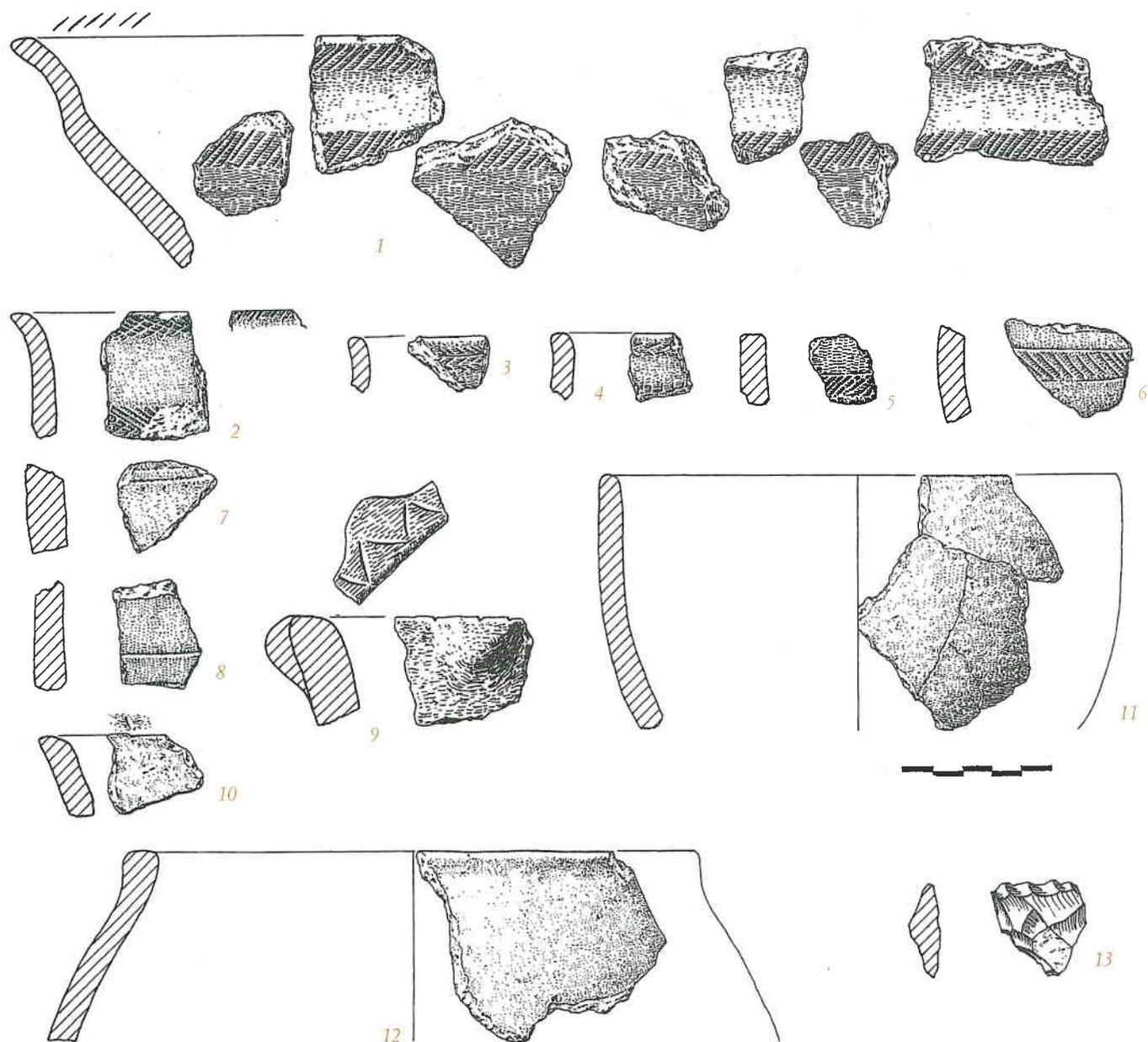


Fig. 144. El Gurugú. Cerámicas y diente de hoz ballados en el Cuadro 2. Nivel de arrastre. Alzada entre -21 y -30 cm.

- Vasijas de tamaño mediano-grande con marcado perfil en S, cuerpo panzudo, borde poco abierto y cuello apenas incipiente, de la Forma 11. Contamos con diversos ejemplares entre los que destaca un ejemplar, hallado por el Sr. Zalama, que sirve de prototipo a esta forma (Fig. 158. 1). Posee fondo plano de reducido diámetro, lo que quizá obligaría a utilizar algún sistema de sustentación. De hecho, la pieza en cuestión muestra un par de perforaciones en la zona del cuello que debieron servir para un sistema de agarre mediante cuerdas. Estos recipientes se caracterizan por la presencia, puntual, de motivos tales como ungulaciones (tipo B5. Fig. 145. 14)

o impresiones de instrumento (tipo B6. Fig. 143. 31) sobre el labio.

- Tazas carenadas de la Forma 13: Es una forma relativamente común en El Gurugú; de hecho, constituyen el 32'65% del total de cerámicas decoradas recuperadas en excavación. Poseemos un ejemplar de perfil reconstruible, recuperado en el nivel de arrastre del Cuadro 1 (Fig. 152. 1), y otro completo de la colección del Sr. Zalama (Fig. 155. 2). Éste presenta estrecho fondo plano y carena alta poco marcada. La mitad inferior del recipiente tiene forma de casquete esférico. Desarrolla borde curvado abierto, aunque no faltan algunos otros

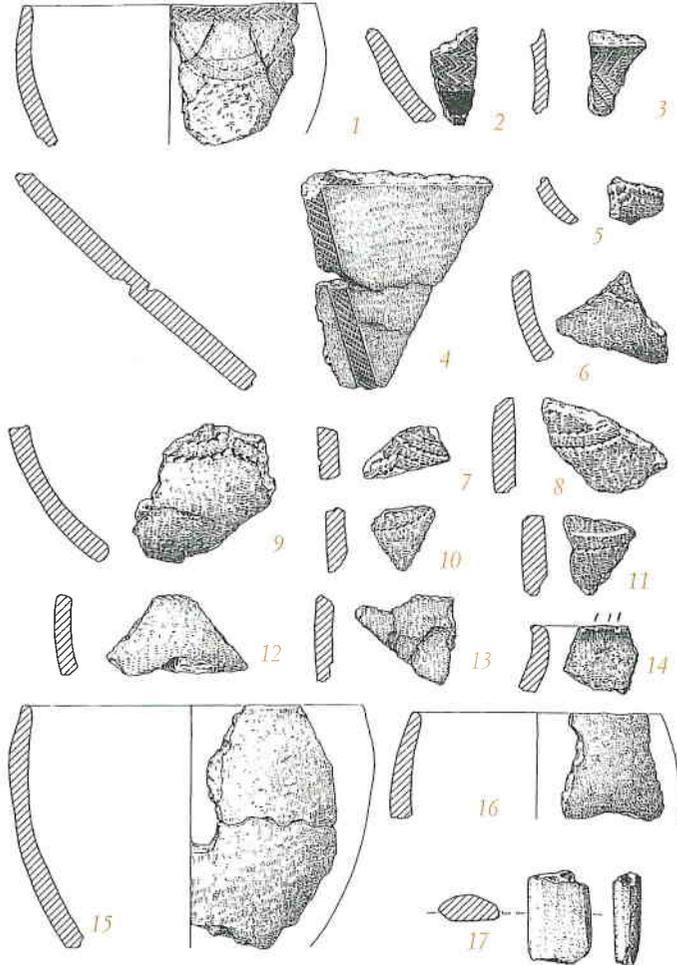


Fig. 145. El Gurugú. Recipientes cerámicos y útil de piedra pulimentada. Cuadro 2. Hoyo 1.

fragmentos de disposición vertical (Fig. 143. 9). Se trata de un perfil que en todos los casos conocidos, aparece decorado.

- Recipientes carenados de la Forma 14. Alcanzan una representación semejante a la del perfil anterior (30'61% del total de los perfiles decorados). Su característica principal es que presentan un cuerpo inferior en forma de tronco de cono de paredes marcadamente rectilíneas de paredes rectas, e incluso ligeramente cóncavas, carena medial-alta o alta y cuerpo superior de paredes casi verticales y borde curvado abierto (Forma 14 A. Fig. 152. 2) o de paredes ligeramente abiertas y borde curvado (Forma 14 B. Fig. 155. 1). Este perfil, en

todo caso aparece decorado. Siempre que se conserva la base, ésta es plana y de diámetro muy reducido.

Según se recoge más arriba muchas de las formas aparecen decoradas. De hecho, el empleo de decoración es algo sumamente habitual en el yacimiento. Sirva en este sentido el siguiente dato: De los 179 bordes recogidos en los Cuadros 1 y 2, 49 (el 27'37%) se incluyen en este capítulo.

Las decoraciones exteriores de los recipientes son las siguientes:

- Cuatro son las técnicas con las que se consiguen las distintas decoraciones que ornán la superficie de los recipientes anteriormente descritos. La incisión, el Boquique, la impresión y la excisión. Hay que decir que todas ellas se aplican sobre el barro cuando éste aún no ha sido cocido.
- La incisión es, sin duda, la técnica más veces empleada: De los 121 fragmentos decorados, procedentes de excavación, 92 (76'03%) poseen algún tema inciso.
- El Boquique se refleja sobre 26 fragmentos –21'49%– del total de los recuperados durante la excavación.
- Papel más secundario representan las impresiones. Su presencia se detecta sobre 17 fragmentos –14'05%–.
- En último término, la relevancia de la excisión es aún menor. Sólo poseemos dos ejemplos del empleo de esta técnica –1'65%–.

Cada una de las técnicas decorativas referidas aparece expresada sobre los recipientes de forma peculiar, tanto en cuanto a motivos como a distribución:

- Por lo que se refiere a los motivos incisos existe cierta variedad, si bien las más habituales son las espigas, las retículas y las líneas continuas. Las primeras aparecen sobre el 30% de los recipientes decorados mediante incisión y revisten tres modalidades diferentes: “espiga simple”, la más frecuente, se ve reducida a una sola línea de espiguilla que discurre habitualmente en horizontal pegada al borde (por ejemplo, Fig. 145. 1). Disposición análoga suelen adoptar las espigas dobles (Fig. 144. 3). Por último las “espigas de pescado” múltiples aparecen ocupando superficies más amplias; distribuidas en varias filas de espigas paralelas (espiga compuesta) forman parte tanto de motivos metopados (ajedrezados) (por ejemplo, Fig. 148. 10; 150. 1), como de ciertos motivos radiales (Fig. 150. 9).
- Las retículas hacen acto de presencia sobre 21 –21'87%– de los fragmentos incisos de la excavación. En 17 casos se distribuyen en estrechas bandas horizontales bajo el borde o a lo largo de la carena (Fig. 148. 2; 153. 1 y 2; 156.

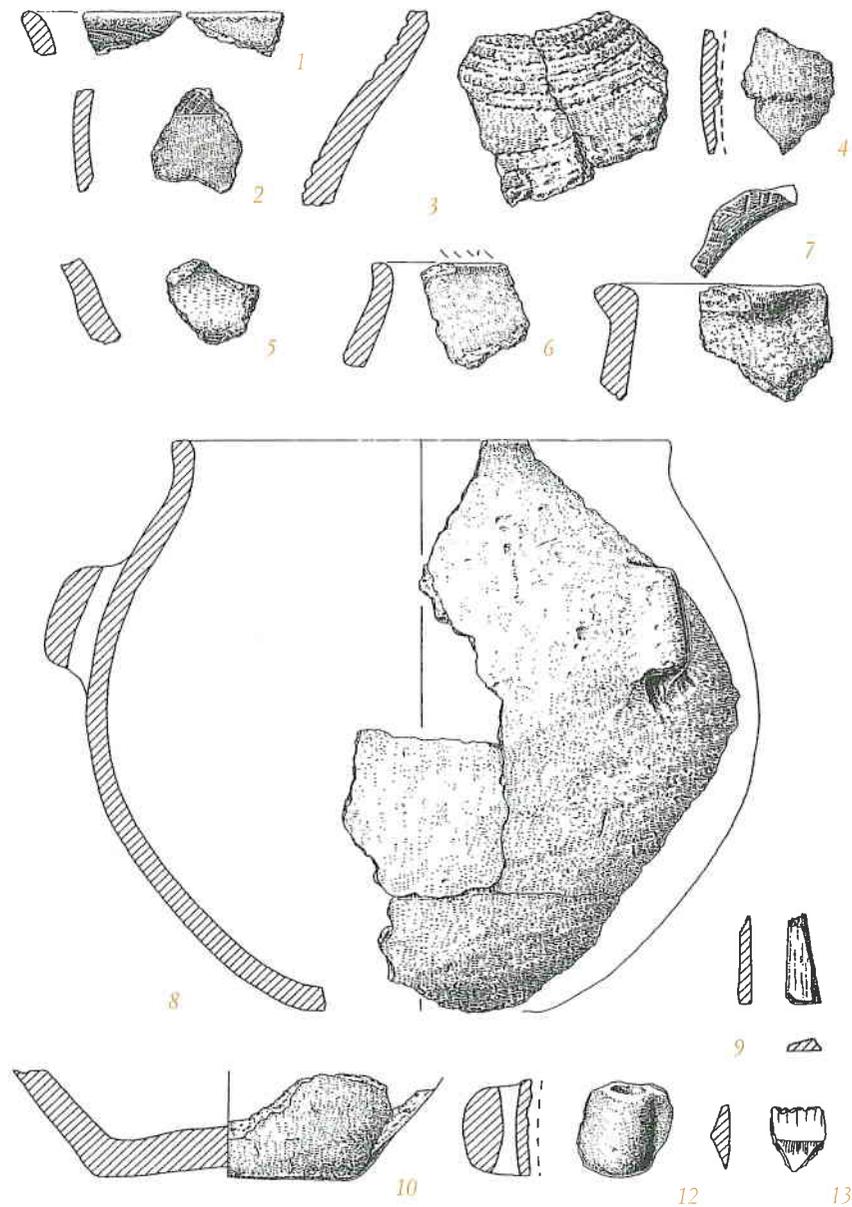


Fig. 146. El Gurugú. Materiales recuperados en el interior de los Hoyo 2 (3, 4, 6, 8, 9 y 13) y 3 (1, 2, 5, 7, 10 y 12). Cuadro 2.

1), y de manera excepcional se integran en motivos radiales (Fig. 145. 4; 150. 10; 156. 1). En dos ejemplos la retícula sirve para rellenar triángulos colgantes que discurren bajo el borde (Fig. 148. 1; 155. 1) o que forman series en alternancia con triángulos lisos (Fig. 147. 9).

- Por lo que se refiere a las líneas continuas, presentes sobre 26 fragmentos incisos –27'1%–, su misión habitual es la de servir de marco a otros temas. No nos cabe duda de que en muchas ocasiones, previa la realización de un motivo complejo, como puedan ser los ajedrezados, los temas radiales, etc., se procede a delimitar el espacio en que se va a encuadrar mediante el empleo de simples líneas continuas. Con todo no faltan ejemplos en que estas líneas parecen conformar por si mismas la

decoración de algunos vasos. En estas ocasiones, se dispone una serie de líneas paralelas, bien en posición horizontal (Fig. 143. 19; 148. 14; 151. 3; 153. 6 y 9) o vertical (Fig. 143. 21; 151. 4) y rellenan un amplio sector del recipiente. Desgraciadamente en nuestro caso los fragmentos en que tal ocurre son tan pequeños que no permiten conocer el desarrollo completo de la decoración.

- En segundo plano quedan motivos como las series de trazos oblicuos –escaleriformes–, representados sobre 15 fragmentos incisos –15'62%–. Habitualmente se disponen en estrechas bandas horizontales enmarcadas, o no, entre líneas simples, que discurren a lo largo del borde (Fig. 144. 1; 153. 3; 155. 2), la carena (Fig. 152. 1) o la panza (Fig. 144. 6; 147. 11) de los vasos, llegando incluso

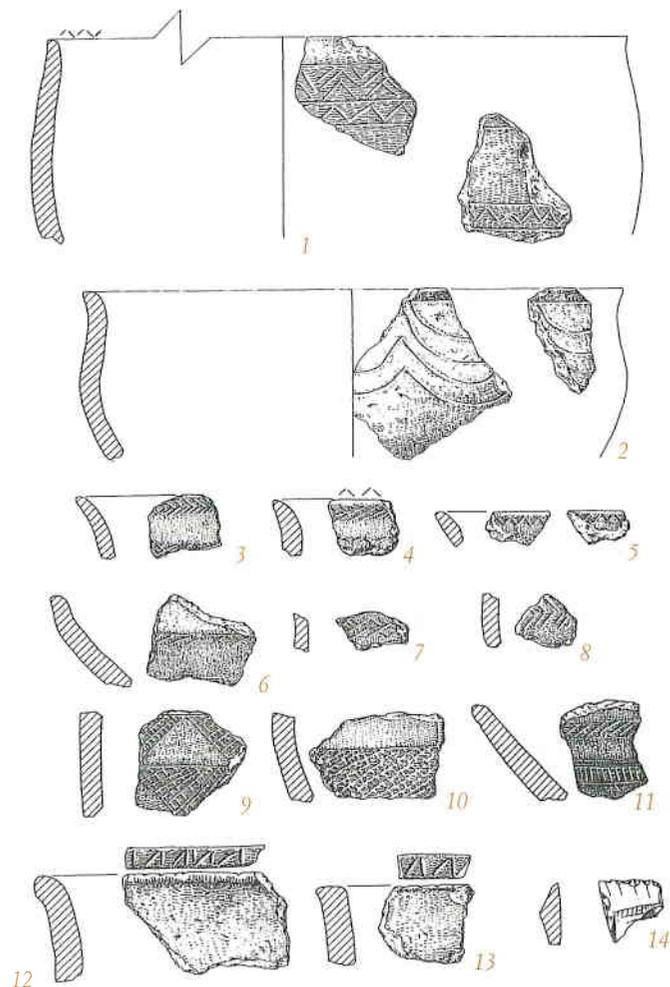


Fig. 147. El Gurugú. Cerámicas y pieza lítica recogidas en el nivel superficial del Cuadro 1. Alzada entre -10 y -20 cm.

a constituir las decoraciones que ornamentan en exclusiva el exterior de algún recipiente (Fig. 144. 1). En otras ocasiones, estos pequeños trazos incisos, constituyen el relleno de algunas guirnaldas (Fig. 155. 2), e incluso conforman ondas (Fig. 152. 1).

- Los zigzag aparecen en 8 recipientes (8'33% del total de vasos incisos). En 6 casos se trata de zigzags aislados que discurren horizontalmente a la altura del borde (Fig. 143. 1 y 9; 147. 5 ...) o sobre la panza del recipiente (Fig. 148. 9). Un sólo fragmento ostenta un zigzag doble (Fig. 148. 3). Por último, el cuenco 1 de la Fig. 147, muestra una decoración a base de frisos conseguidos al conjugar zigzags y líneas continuas.
- Otros motivos aparecen muy escasamente representados. Las ondas lo hacen en tres casos (Fig. 147. 2). Las líneas cosidas (Fig. 152. 3; 143. 18; 148. 11) en tres, y las aspas (Fig. 143. 2; 147. 6), sólo en otro par.

- Decoraciones realizadas mediante la técnica de Boquique son, sin duda alguna, menos variadas que los anteriores. Por lo general se reducen a ondas, (en 16 de los 26 fragmentos decorados con Boquique, o un 61'54%, así ocurre).
- En la mayor parte de los casos varias ondulaciones discurren paralelamente, formando guirnaldas de varias ondas que dejan entre si espacios lisos. En ocasiones —4 ejemplos— servirán de marco a otros temas. Así en la Fig. 153. 10, dos ondas de Boquique paralelas engloban una serie de trazos incisos; en el fragmento 8 de la Fig. 153

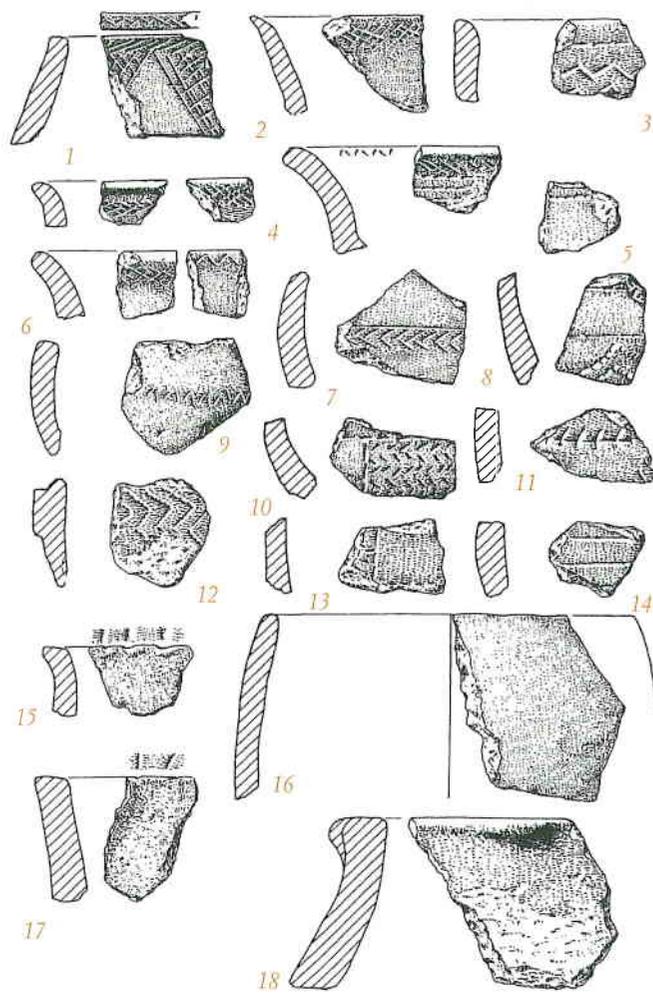


Fig. 148. El Gurugú. Materiales decorados y lisos del Cuadro 1. Nivel de arrastre entre -20 y -30 cm.

sirven de marco a diversos puntos impresos. Por último, en los fragmentos 15 y 26 de la Fig. 143, una onda de Boquique delimita un campo relleno por impresiones de puntos.

- Las líneas rectas son el segundo motivo en Boquique más veces representado: 12 ocasiones –46'15%–. Predominan las líneas simples, cuyo papel se limita a servir de marco a otros motivos más complejos, bien recuadrándolos (Fig. 148. 10; 150. 1; 152. 9, etc.), o sirviendo de base a otros motivos, por ejemplo de ondas (Fig. 142. 2; 148. 8; 151. 1). En cuatro ocasiones varias líneas horizontales de Boquique discurren paralelas conformando el tema principal de la decoración de un vaso (Fig. 148. 5; 152. 2 y 4, etc.). Por último, en un plano muy secundario se sitúan zigzags (Fig. 148. 12) y círculos concéntricos (Fig. 152. 9) (2 y 1 ejemplos, respectivamente).
- Los motivos impresos (B) aparecen representados sobre 17 fragmentos, 14'05% del total de cerámicas decoradas aparecidas en excavación.
- Decoraciones de líneas de acanalados (B1). Se trata de simples líneas paralelas horizontales o verticales (Fig. 151. 2) que, por lo reducido del fragmento sobre el que se reflejan, no forman un motivo definido.
- El tema impreso más habitual es el de los puntos (B2), generalmente de sección circular, que rellenan diversos campos; los cuales han sido previamente acotados mediante líneas confeccionadas con líneas de incisión o Boquique. En unos casos, tales sectores tienen forma triangular (Fig. 150. 4 y 5; 152. 5), semicircular, en otras (Fig. 143. 15 y 26), en ocasiones, por último, estos puntos impresos se distribuyen en estrechas bandas que median entre dos ondas de Boquique (Fig. 153. 8). Estos mismos puntos a veces se disponen en líneas aisladas (B3) (Fig. 143. 24 y 27; 146. 4) o flanquean a otros temas (Fig. 153. 9).
- Las uñas también sirvieron para realizar motivos impresos (B4): en el fragmento Fig. 152. 3, por ejemplo, observamos una serie de impresiones unguinales conformando una onda. En otros casos (Fig. 151. 5 y 6; 150. 3) tal tipo de impresiones se distribuyen en líneas rectas horizontales.
- Mencionaremos la presencia de un cordón pseudoexciso (B1) –triángulos impresos opuestos, que dejan un zigzag intermedio en resalte– reflejado sobre diversos fragmentos que debieron pertenecer al mismo recipiente (Fig. 152. 4).
- Una serie de motivos decorativos limitan su distribución al mismo labio del borde. Se limitan a la aplicación de dígito/ungulaciones (B5) (por ejemplo, Fig. 148. 15 y 17;

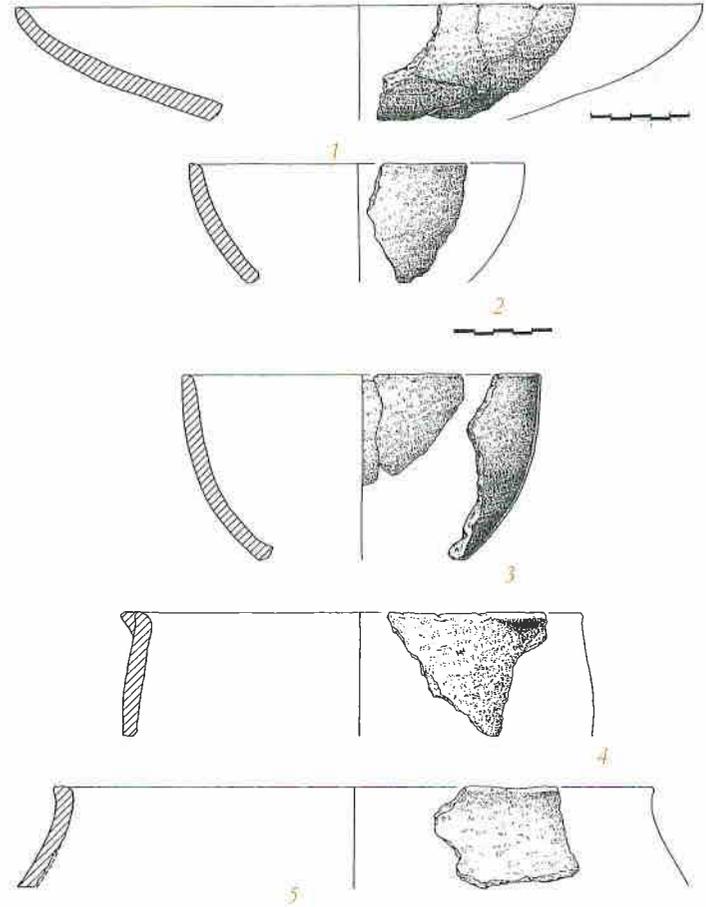


Fig. 149. El Gurugú. Vasos lisos. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -30 y -40 cm.

149. 4), impresiones realizadas con un instrumento (B6) (por ejemplo, Fig. 141. 1; 143. 31 y 146. 6). Tales decoraciones se reflejan, en exclusiva, sobre las ollas, y, preferentemente, sobre las de mayor tamaño.

- La excisión (E) se reduce a dos únicos fragmentos, su porcentaje es, pues, prácticamente anecdótico –1'65%– en el conjunto de las cerámicas decoradas. El fragmento 6 de la Fig. 150. presenta un estrecha franja horizontal excisa. Hay un par de fragmentos con esta técnica que ostentan un motivo ajedrezado (E4) enmarcado entre líneas de Boquique (Fig. 152. 9).

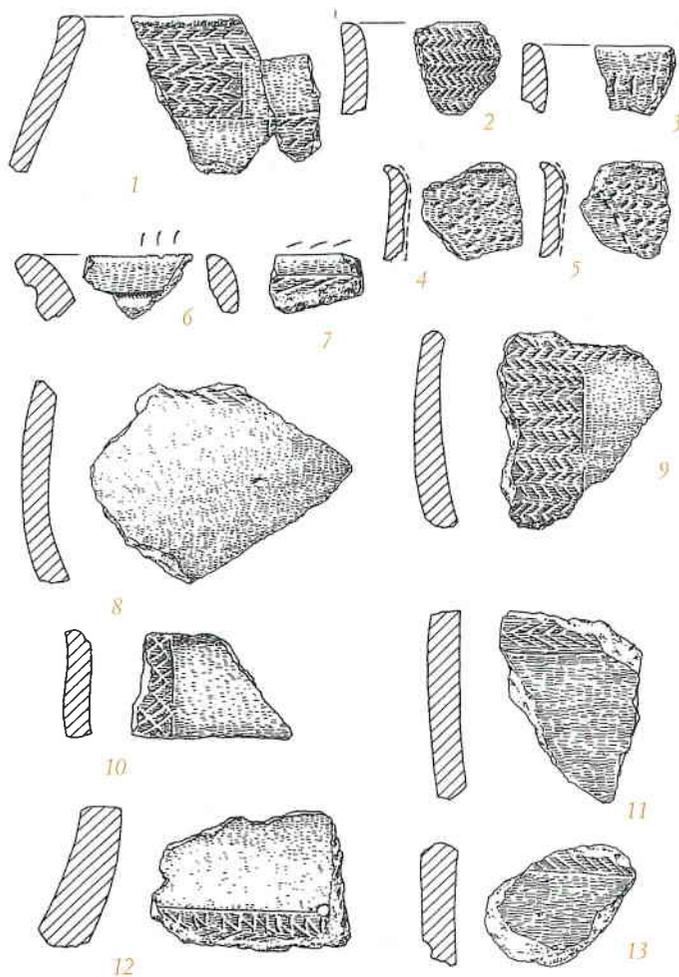


Fig. 150. El Gurugú. Fragmentos decorados. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -30 y -40 cm.

Los diversos temas arriba enumerados se expresan sobre la superficie de los vasos de acuerdo a un plan determinado, que sólo puede conocerse trabajando con recipientes completos o que, sin estarlo, ofrezcan una visión suficiente de su sintaxis decorativa. Por ello, dado que la muestra es pequeña, analizamos este aspecto utilizando tanto los tiestos conseguidos en excavación y prospección como los donados y los donados al Museo Arqueológico de Valladolid por el Sr. Zalama. En primer lugar cabe señalar que, si bien existe gran variedad de sintaxis compositivas, cabe reconocer la existencia de una serie de pautas en la distribución decorativa de cada una de las formas. Los vasos troncocónicos, por ejemplo, presentan

una fórmula decorativa muy característica. En casi todos los casos, un estrecho friso corrido discurre bajo el borde, mientras otro lo hace sobre la carena (Fig. 156. 1); el espacio que queda ente ambos permanece generalmente liso. Son muy pocos los casos que muestran este sector ocupado por algún tema decorativo (Fig. 155. 1). En el ámbito que discurre entre la carena y el fondo es habitual la presencia de temas radiales (Fig. 156. 1), o series de ondas que en distintas modalidades, cuelgan de la línea de inflexión (Fig. 155. 2; 152. 2).

La ornamentación de cuencos y vasos de perfil en S, generalmente, se articula en amplios frisos horizontales que cubren al menos la mitad superior del recipiente; estos frisos pueden ser corridos (Fig. 145. 1; 147. 1 y 2; 157. 1.) o formados a base de ajedrezados (Fig. 156. 2; 157. 2).

Por último, creemos preferible omitir cualquier comentario sobre las restantes formas decoradas ya que, al ser tan reducida la muestra de las mismas, acabaríamos describiendo casos individuales en vez de las necesarias tendencias.

Tal como puede apreciarse a lo largo de las láminas de materiales, las distintas técnicas decorativas no se manifiestan aisladamente, en vasos independientes, sino combinadas. En El Gurugú, de un total de 121 piezas decoradas, 100 (82'64%) muestran una sola técnica decorativa, casi siempre la incisión (78 fragmentos o un 64'46%), seguida del Boquique (14 ó un 11'57%), la impresión (7, 5'78%) y la excisión (1, 0'83%).

Combinaciones binarias se dan en 20 fragmentos (16'52%), advirtiéndose un ligero predominio de la combinación incisión/Boquique (8 fragmentos, 6'61%), seguida muy de cerca de Boquique/impresión (6 fragmentos, 4'96%) e incisión/impresión (5 fragmentos, 4'13%). Sólo en una pieza se conjugan excisión y Boquique (0'83%).

En ningún caso se dan combinaciones ternarias ni de las cuatro técnicas decorativas, lo que no deja de ser digno de anotación cuando se comprueba que tal comportamiento está lejos de ser excepcional en estaciones del Duero Medio correspondientes a la plenitud Cogotas I. De todos modos, no esta de más señalar que muchos de los fragmentos analizados son tan sumamente pequeños que únicamente engloban uno o dos motivos decorativos, acaso no la totalidad de los que poseía la pieza completa. Nuestra impresión, empero, es de que aún trabajando con recipientes enteros, los porcentajes aquí expresados no variarían muy substancialmente, salvo acaso en el número de piezas en que aparece cada una de las técnicas en solitario. No es menos cierto, con todo, que del análisis exclusivo de los vasos completos se deduce una tendencia que apoya en gran medida los datos que exponemos más arriba; en efecto, tanto la incisión, como el Boquique y la impresión, aparecen como técnicas únicas, aspecto que no se repite con la excisión.

Para finalizar el análisis de las cerámicas decoradas nos referiremos a una característica general en las especies de Cogotas I: la ornamentación interna de los bordes. En El Gurugú de Bocos de Duero se comprueba una vez más el alto porcentaje de vasos ornados que presentan esta modalidad decorativa. De los 49 bordes pertenecientes a cerámicas decoradas provenientes de la excavación 30 (61'22%) ostentan algún motivo en el interior del labio.

Por lo que a las técnicas empleadas se refiere, la más frecuente es la incisión, con la que se realizan 29 de los 30 temas analizados, por un sólo ejemplar de Boquique. Entre los temas incisos, el más habitual es el de las líneas de zigzag, seguidos por los trazos oblicuos, las espigas, y, en menor medida, las retículas y aspas. El único tema de Boquique con que contamos es una simple línea corrida horizontalmente.

Como sistemas de suspensión se registran 12 ejemplares. En su mayor parte (75%), pertenecen al tipo mamelón (1a). Mayoritariamente, se presentan adosados al borde (Fig. 143. 28 y 30; 144. 9; 146. 7; 148. 18; 149. 4). Salvo en este último caso, donde lo hace sobre una olla de borde entrante, estos mamelones se reflejan en ollas de borde exvasado. El resto de los mamelones, de los que podemos establecer dos subtipos según tengan el volumen cónico (Fig. 154. 6 y 8) u ovalado (Fig. 154. 7), se reflejan sobre la pared de algunos recipientes. Lo reducido de los fragmentos a los que se adosaron no permite reconstruir el perfil de las cerámicas a que pertenecieron. Si exceptuamos los pezones, en El Gurugú sólo hemos detectado otra variedad de asidero. Se trata de unas asas tuneliformes de perforación vertical (5b), que pudieron servir para suspender el recipiente mediante cuerdas. Contamos con tres ejemplos: dos de ellas (Fig. 146. 8 y 143. 29) se sitúan, respectivamente, sobre el hombro y el borde de sendas ollas de borde exvasado, en tanto que la tercera (Fig. 146. 12), al aparecer fragmentada, desconocemos la forma del recipiente a que perteneció.

En excavación, contamos con un ejemplar de fondo plano (Fig. 146. 10).

El elenco de materiales cerámicos recuperados en la vertiente Sur de El Gurugú –en este caso también perteneciente a la Colección Zalama–, se cierra con una pesa de telar de arcilla con forma cilíndrica y perforación central. Su diámetro es de 81 mm, y su grosor, bastante regular, se sitúa en torno a los 35 mm. El diámetro de la perforación alcanza los 17 mm de diámetro, por término medio (Fig. 160. 1).

Industria lítica

La industria lítica tallada recuperada en la excavación es ciertamente pobre, limitándose a un total de diez piezas. Como

útiles tipologizables hallamos una pequeña lámina de sílex y nueve dientes de hoz, cinco de ellos de sílex y cuatro de cuarcita. Una parte de estas piezas están realizados sobre láminas (Fig. 154. 12), o fragmentos de ellas (Fig. 143. 33; 146. 13; 147. 14) y el resto sobre lascas (Fig. 143. 32; 144. 13; 154. 9, 10 y 11). En virtud de estos datos, parece clara la similar importancia que tuvo la talla laminar y lascas a la hora de elaborar los soportes de los útiles líticos.

Estas piezas de hoz cuentan con una variada tipología que va desde los modelos semicirculares (un ejemplar), a los triangulares (dos), pasando por los rectangulares (dos) y trapezoidales (cuatro). Los filos muestran escasa variedad con un predominio de los rectilíneos (seis) sobre los convexos (tres). En todos los casos muestran dientes bastante regulares, obtenidos mediante retoque unifacial o bifacial. Estas muescas muestran un distinto grado de desgaste, sin duda, en relación directa con el mayor o menor uso a que ha sido sometida la pieza. Estos filos, en todos los casos, muestran el denominado lustre o pátina de cereales que parece poner en evidencia la relación de estos útiles con actividades de recolección. Generalmente se les pone en relación con cosechas de tipo cerealista, pero también pudieran haber sido empleados en la recolección de otro tipo de plantas, p.e., de tipo forrajero –heno, césped, etc.–, cuyos tallos se encuentran impregnados de partículas de sílice.

Durante la excavación se recogió también un útil pulimentado recuperado entre los materiales del Hoyo 1. Se trata de un fragmento medial con toda su superficie pulimentada en roca esquistosa, a la que le faltan ambas extremidades (Fig. 145. 17). Pudiera tratarse de un alisador.

Completan la industria lítica los molinos. El número de los documentados en excavación es exiguo, pues tan sólo alcanza los cuatro, todos ellos rotos. Algo más numerosos resultan en superficie. La materia prima empleada en todo caso es el granito. Todos son de vaivén y muestran un alto grado de utilización.

Industria metálica

Es sumamente sencilla desde el punto de vista tipológico, limitándose al conjunto de útiles metálicos que se hallan depositados en el Museo de Valladolid desde 1985 y que forman parte de la Colección Zalama. Según nos refirió el propio Sr. Zalama dichas piezas fueron recuperadas, superficialmente, en las proximidades del área donde tuvo lugar nuestra excavación. Podemos identificar los siguientes útiles:

- **Espiraliforme:** Se trata de un simple hilo metálico de sección rectangular y extremos aguzados, que se enrolla en una sola espira (Fig. 160. 4), de bronce (Análisis. PAS

013). Su diámetro es de 24 mm. Este tipo de piezas, generalmente, interpretados como elementos de adorno personal (simples pendientes), son, como veremos en su

apartado correspondiente, habituales en diferentes momentos de la prehistoria reciente de nuestra Península.

Muestra	Fe:	Ni:	Cu:	Zn:	As:	Ag:	Sn:	Sb:	Au:	Pb:
PAS013	0'293	0'489	86'00	nd	nd	0'018	13'04	0'132	-	nd

- **Punzón:** Se trata de una pieza completa, de forma biapuntada y sección cuadrada (Fig. 160. 3), asociable al tipo 500 de C.L. Pérez Arrondo y C. López Calle. Se

trata de un útil de pequeño tamaño (apenas 47 mm de longitud).

Muestra	Fe:	Ni:	Cu:	Zn:	As:	Ag:	Sn:	Sb:	Au:	Pb:
PAS014	0'180	0'341	94'50	nd	nd	0'013	4'909	0'030	-	nd

- **Un pequeño puñal de hoja triangular,** con dos perforaciones disimétricas en la base (aún hoy alojan dos remaches de sección cuadrada), muy bien conservado (Fig. 160. 2), asimilable al tipo PL 300 de C. L. Pérez Arrondo y C. López de Calle. Para estos autores, su cronología ha de situarse en un momento posterior al 1600 a.C. (Pérez Arrondo, C. L., y López de Calle Cámara, C. 1986: 192). Paralelos cercanos para este útil los hallamos en enclaves de la órbita Cogotas I. Su presencia va ser habitual tanto en yacimientos caracterizados por el predominio de las decoraciones incisas, propias del momento Protocogotas –tal sería el caso de los ejemplares localizados en Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984: 177-178); yacimiento que el C-14 sitúa, de manera reiterativa,

en el siglo XV a.C.–, como en aquellos otros que pudieran ser considerados propios de la fase más avanzada del horizonte cogotiano. De lo dicho en último término encontramos ejemplos, además de en el propio Bocos, en el castro leonés de Ardón (Celis Sánchez, J. 1993: 37-38) o en el vallisoletano de Carricastro (Delibes de Castro, G. 1997: 74-75). La identificación de alguno de estos puñalitos en este último enclave, considerado propio de la fase más avanzada del horizonte cogotiano al tiempo que para poner de manifiesto la notable perduración que alcanzaron estos tipos en la Cuenca del Duero (no en vano el yacimiento tordesillano ha de datarse, cuando menos, con posterioridad al siglo X a.C.).

Muestra	Fe:	Ni:	Cu:	Zn:	As:	Ag:	Sn:	Sb:	Au:	Pb:
PAS012	0'115	0'138	91'73	nd	0'320	0'043	7'594	0'017	-	nd

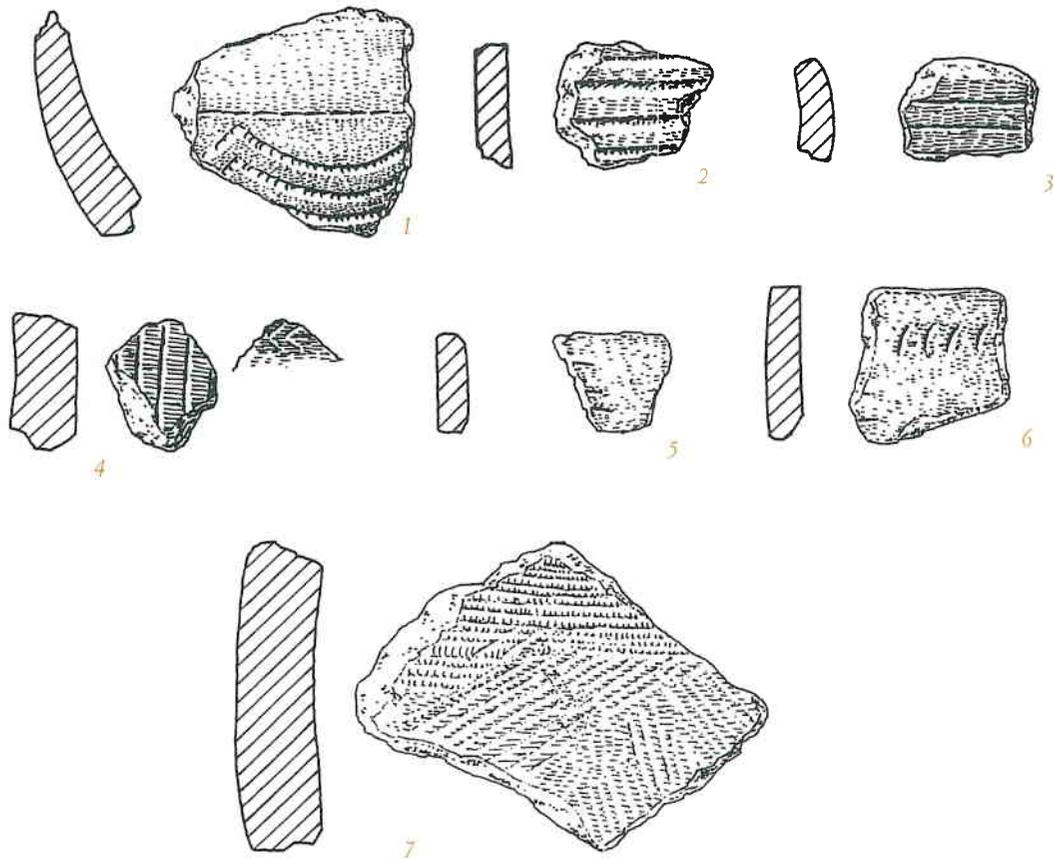


Fig. 151. El Gurugú. Galbos con diversas decoraciones. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -30 y -40 cm.

Valoración y cronología

La falta de niveles propiamente arqueológicos en el área donde se desarrollaron nuestros trabajos, dificultaba en buena medida la atribución cronológica de la ocupación que se desarrolló en este ámbito de El Gurugú. Como hemos expresado en otro lugar de estas mismas páginas, el carácter de gran homogeneidad que parece revestir el material arqueológico recuperado permitía considerar, a modo de hipótesis de trabajo, que nos encontramos ante un lote de materiales correspondiente a una misma fase cultural y a un periodo de tiempo relativamente fugaz.

Mayores dificultades, lógicamente, encontrábamos a la hora de precisar los límites cronológicos de la ocupación. Al carecer de dataciones radiométricas en el sector, el recurso a las comparaciones tipológicas y estadístico-tipológicas es, por el momento, la mejor forma de aproximación a la cronología del enclave.

En principio, la ausencia de algunos elementos, las típicas fuentes o cazuelas de carena media alta, borde marcadamente cóncavo y panza siempre de perfil convexo, propios de los repertorios ceramológicos Protocogotas (cerámicas que, recordemos, si fueron detectadas, por contra, en la plataforma que culmina el espigón) y su sustitución por vasos de perfiles troncocónicos constituiría argumento suficiente para situar la ocupación del lugar, con posterioridad a ese horizonte propio del Bronce Medio Pleno, en un momento coincidente con la plenitud de Cogotas I (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: 82).

En la actualidad se admite que el apogeo cogotiano tuvo una duración considerable –al menos cuatro siglos, desde mediados del siglo XIII a mediados del IX a. C.– lo que haría necesario afinar en mayor medida los límites cronológicos de la ocupación. A tal fin, podría sernos de utilidad contrastar los porcentajes de las técnicas decorativas de Cogotas I empleadas en El Gurugú con las de otros yacimientos de la Cuenca del

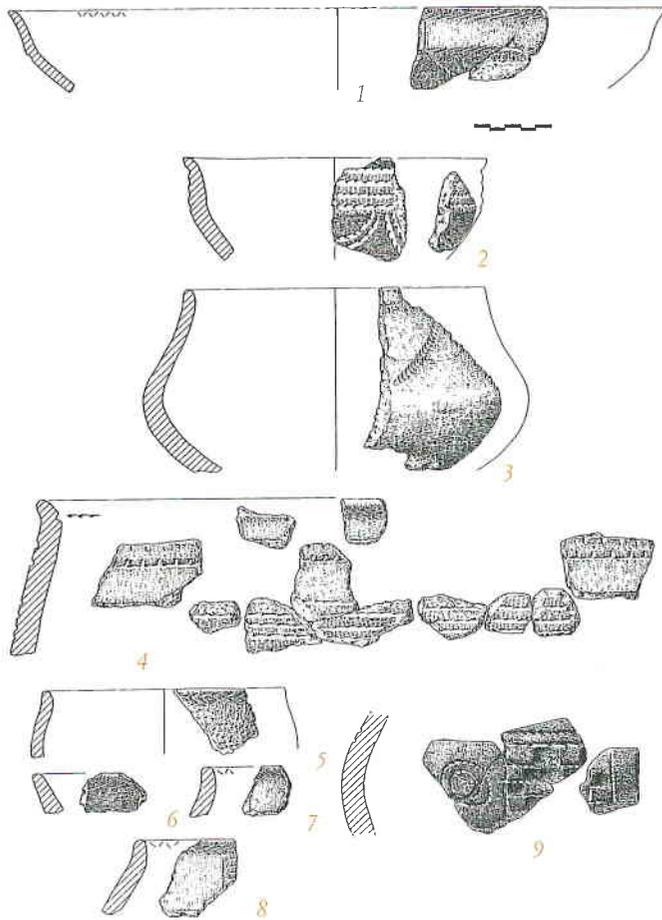


Fig. 152 El Gurugú. Diversas vasijas decoradas. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -40 y 50 cm. Materiales hallados junto al fondo de la cata.

Duero. Un primer vistazo a los porcentajes que expresan las proporciones con que cada una de las técnicas decorativas se expresan sobre las cerámicas recuperadas en Bocos permite constatar la preponderancia de la incisión, especie que se refleja sobre el 76'03% de los fragmentos decorados hallados en excavación; en cuanto al resto, decir, que el Boquique figura sobre el 21'49%, la impresión sobre el 21'49%, en tanto que la excisión lo hace, tan sólo, sobre el 1'65%.

Si cotejamos estos porcentajes con los de uno de los yacimientos mejor contrastados de esta cultura: el vallisoletano de La Requejada (San Román de Hornija) (situado al otro extremo de nuestra provincia, en pleno valle del Duero), observaremos que aquí, si bien la incisión e impresión se manifiestan en proporciones semejantes a las de El Gurugú (sobre el 79'48% y 19'23% de los fragmentos respectivamente) no ocurre lo mismo con el Boquique y la excisión cuyos índices aumentan, ligeramente, en el primero de los

casos -42'31%- y, de forma espectacular en el segundo -34'61%-. Las diferencias advertidas entre estos dos yacimientos vallisoletanos se hacen extensivas, así mismo, a la distinta forma en que se conjugan sobre los vasos las diversas técnicas decorativas. En efecto, mientras en Bocos se observa una clara tendencia a utilizar un menor número de técnicas en la ornamentación de cada uno de los recipientes de la vajilla decorada (en El Gurugú el 82'64% de las piezas decoradas muestran una sola técnica decorativa; sólo el 16'52% muestran combinaciones binarias; en ningún caso se observan combinaciones ternarias ni de las cuatro técnicas decorativas), no ocurre lo mismo en La Requejada, donde parece desarrollarse

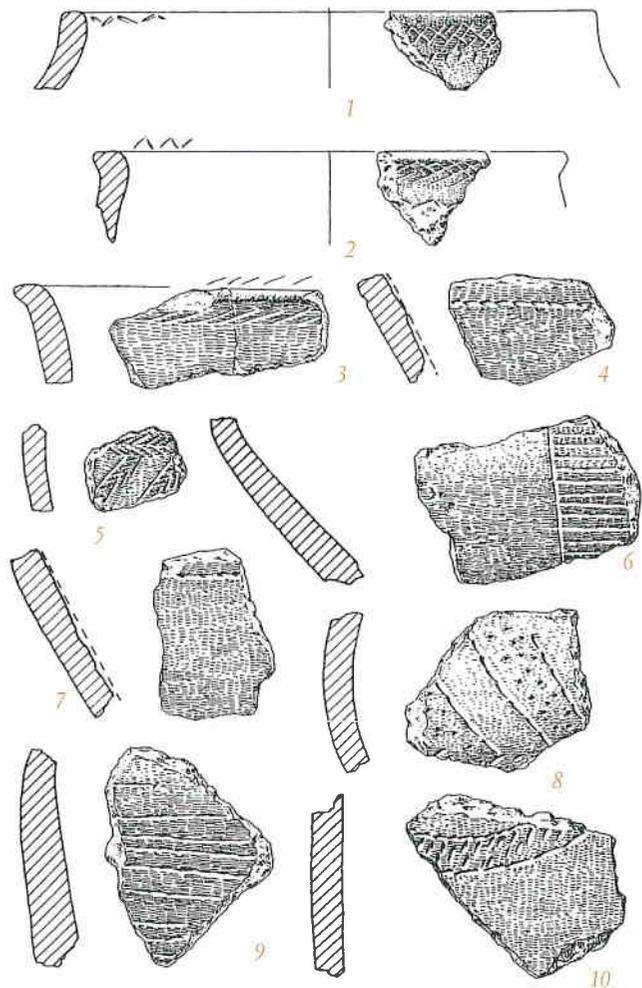


Fig. 153 El Gurugú. Bordes y galbos decorados. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -40 y 50 cm. Materiales hallados junto al fondo de la cata.

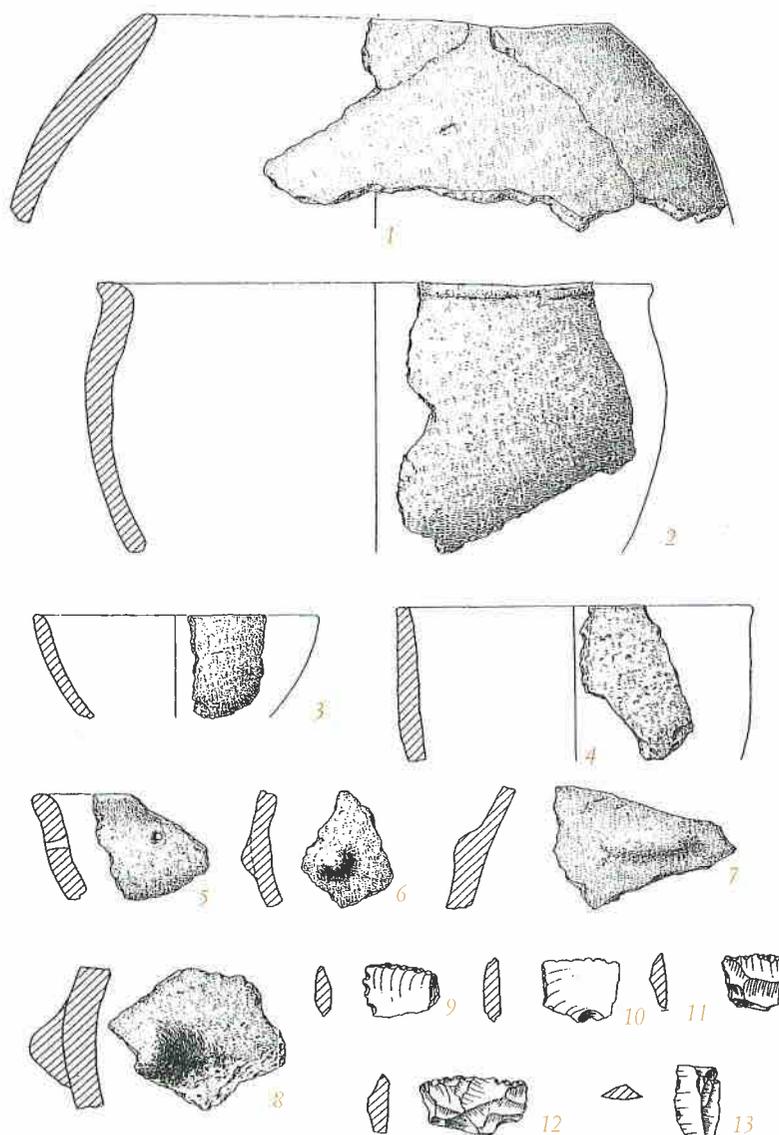


Fig. 154. El Gurugú. Ollas, cuencos lisos y material lítico.
Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -40 y 50 cm.
Materiales hallados junto al fondo de la cata.

un estilo decorativo, que pudiéramos calificar de más barroco y recargado, en el que se emplean un mayor número de técnicas en la ornamentación de cada uno de los recipientes (el 38'46% de los fragmentos muestran sobre sus superficies una sola técnica ornamental; sobre el 50% aparecen asociaciones de dos técnicas; las asociaciones de tres técnicas alcanzan un porcentaje considerable -10'25%-; no falta, por último, alguna pieza sobre la cual se reflejan las cuatro técnicas -1'28%- [Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. 1990: 75-76]).

Consideramos que estas observaciones resultan harto elocuentes, permitiendo deslindar cronológicamente nuestro yacimiento de La Requejada, enclave éste que se significa como tardío y propio de la fase más avanzada del horizonte cogotiano, y se data *grosso modo* entre 1010 y 870 (años sin calibrar), según dos dataciones obtenidas en el interior del enterramiento, y hacia el cambio de milenio si aceptamos la fecha que recientes trabajos sugieren para la fíbula recupe-

rada en San Román (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: 66-71). En nuestra opinión resulta difícil pensar que la ocupación de El Gurugú pudiera haberse desarrollado con posterioridad a la de San Román; sobre todo si tenemos en cuenta que entre los materiales recuperados sobre la vertiente sur de nuestro castro cabe advertir una serie rasgos que denotan cierto grado de arcaísmo. En este sentido, creemos resulta suficientemente ilustrativo hacer mención de la importancia que mantienen los temas de espigas incisas (aparecen sobre el 30% de los recipientes decorados mediante incisión) en nuestro yacimiento, frente a lo que sucede en La Requejada donde, sólo se reflejan sobre el 6'5% de los vasos. En buena lógica, esa abundancia de espigas en Bocos reclama una cierta proximidad entre la producción cerámica de este yacimiento respecto a la denominada etapa formativa de Cogotas I -Protocogotas- donde, como es bien sabido, resultan abrumadoramente mayoritarias, al tiempo que pone de mani-

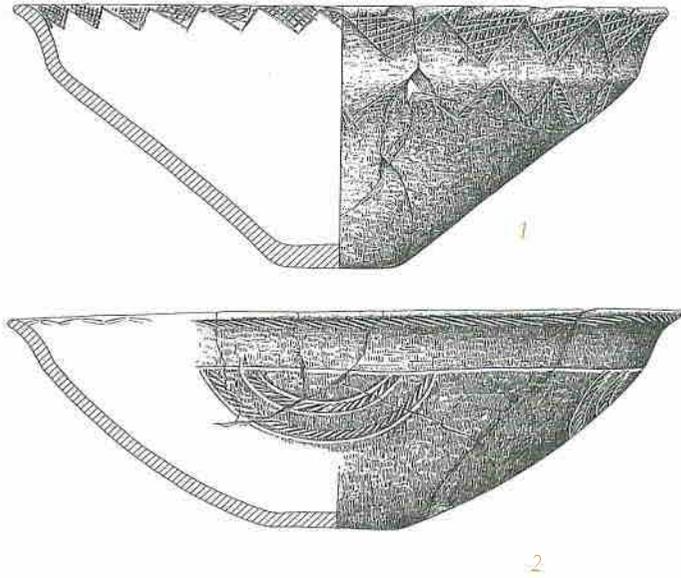


Fig. 155. El Gurugú. Vaso troncocónico (1) y gran taza carenada (2). Colección Pablo Zalama.

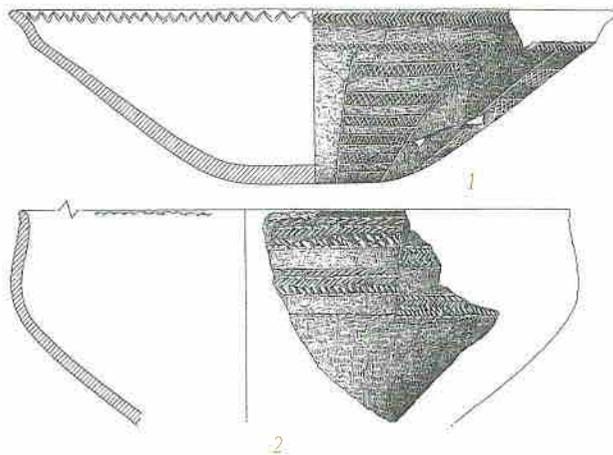


Fig. 156. El Gurugú. Vaso troncocónico (1) y perfil atribuible a la Forma 9 C. Colección Zalama.

fiesto su anterioridad en relación con el horizonte representado en La Requejada.

Según estos datos la ocupación que se desarrolló sobre el rellano de la vertiente Sur de El Gurugú tendría cabida en el seno de lo que Fernández-Posse denomina la fase de plenitud de Cogotas I; periodo en el que, en opinión de la autora, se incluyen una serie de yacimientos (Ecce Homo y El Berrueco) cuyos repertorios cerámicos muestran una serie de rasgos, reconocibles en el elenco vascular de Bocos, que se traducen, por ejemplo, en el notorio protagonismo que alcanzan las decoraciones de Boquique (30% de la cerámica decorada); el exiguo papel jugado por los mordidos excisos (menos de un 5%); la proliferación de las zonas punteadas, etc. (Fernández-Posse, M. D. 1986: 481).

La cronología de este periodo se sitúa, *grosso modo*, se sitúa entre el 1250 –límite superior de la etapa formativa de Cogotas I– y el cambio de milenio a.C. –datación probable del yacimiento de La Requejada–, fecha que marca el inicio de la etapa final de Cogotas I.

Las conclusiones a las que creemos haber llegado a través de nuestras observaciones podrían quedar resumidas en los siguientes puntos.

El castro de El Gurugú, en Bocos de Duero (Valladolid) estuvo habitado durante los últimos compases del Bronce Medio y los inicios del Bronce Final.

El hábitat, como vimos, se articula en dos espacios bien diferenciados: la plataforma que culmina el espigón sobre el que se asienta el castro y un rellano, de escasa pendiente, situado a media ladera sobre el flanco sur del espigón.

Las evidencias y observaciones recogidas en el primero de tales ámbitos permiten determinar que en el mismo se desarrollaron diversas ocupaciones a lo largo de la Edad del Bronce: A nuestro entender, en un inicio, dio cobijo a un hábitat del periodo formativo de Cogotas I –Protocogotas–, ocupación que tuvo continuidad durante la plenitud cogotiana.

En nuestra opinión es durante alguno de estos momentos (carecemos de argumentos para discernir en cuál de ellos) cuando tiene lugar la erección del gran talud de piedras que, a modo de defensa, dificulta el acceso al interior del espigón.

Según todos los indicios este ámbito es abandonado y no vuelve a ser visitado hasta la Alta Edad Media; etapa a la que cabe atribuir los restos de una pequeña torre cuya construcción dataría, *grosso modo*, de un momento impreciso entre los siglos VIII y X de nuestra era.

En el segundo de los ámbitos comentados la pequeña excavación arqueológica que tuvimos ocasión de llevar a cabo, permitió identificar algunas estructuras de habitación –restos de un

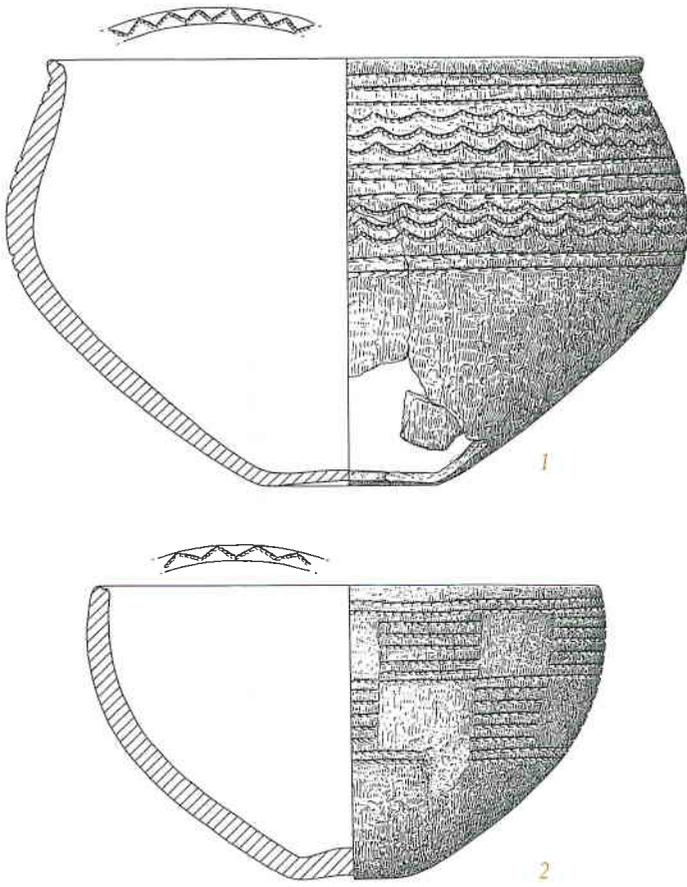


Fig. 157. El Gurugú. Forma 6 (1) y cuenco elíptico (Forma 1B) (2).
Colección Pablo Zalama.

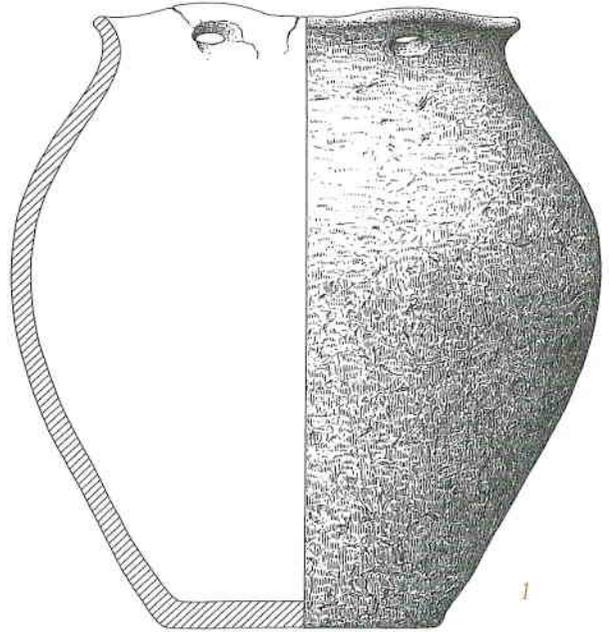


Fig. 158. El Gurugú. Tinaja de la Forma 11. Colección Zalama.

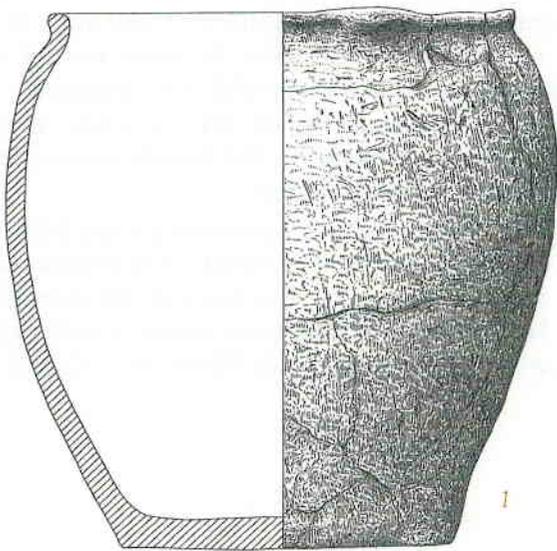


Fig. 159. El Gurugú. Olla de la Forma 9 A. Colección Zalama.

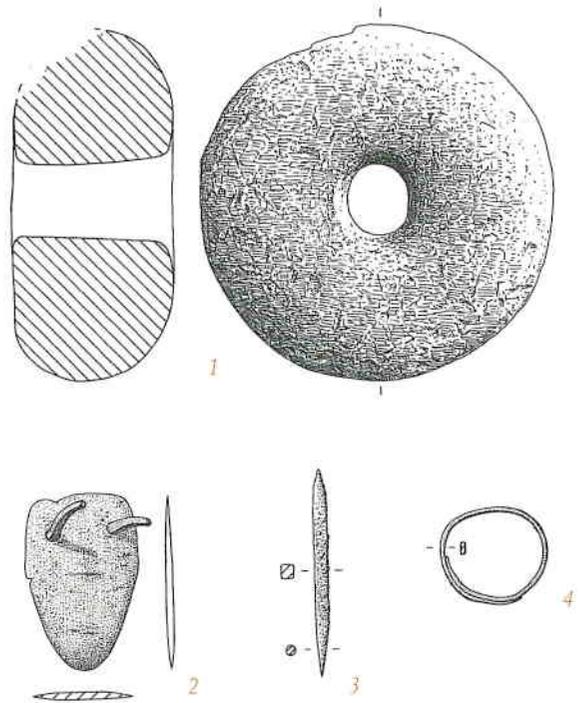


Fig. 160. El Gurugú. Pesa de cerámica (1), puñalito (2),
lezna (3) and espiraliforme (4). Colección Zalama.

210 pavimento, un hogar y tres hoyos/basurero– y un lote de materiales arqueológicos –cerámicas, útiles líticos y óseos, etc.–. Los caracteres de estos últimos acreditan que esta área, no fue empleada como lugar de habitación por las gentes de Protocogotas, fue ocupado en momentos coincidentes con la plenitud de Cogotas I. Si bien, desconocemos cuál pudo ser la causa última que obligó a las gentes que ocuparon El Gurugú durante esta fase a habilitar un espacio mayor que en momentos precedentes; queremos apuntar la posibilidad, en nuestra opinión auténtica probabilidad, de que, aún sin descartar otras posibles motivaciones (un simple cambio en el uso del espacio, etc.), la ampliación del espacio de habitación pudo estar relacionado con un aumento en el tamaño del grupo humano. De confirmarse esta suposición ello tendría gran trascendencia porque ello implicaría un aumento en la intensificación económica y social.

Lo reducido de la superficie excavada y la regular calidad de las evidencias arqueológicas recuperadas hacen que carezcamos de perspectiva para abordar temas referentes a la distribución urbanística del hábitat o al tipo de economía desarrollada en el lugar. Únicamente algunos dientes de hoz, sobre los que aparece el consabido lustre de cereal, ponen de manifiesto el desarrollo de actividades agrícolas entre los ocupantes del castro. En este sentido diremos que, si bien, como se ha apuntado anteriormente, una de las motivaciones que empujaron a los pobladores de El Gurugú fueron sus condiciones defensivas, no es menos cierto que las posibilidades económicas que ofrece el lugar son inmejorables por cuanto se asienta sobre dos fértiles vegas, la del río Duero y la del arroyo del Cuco, que ofrecen un marco inmejorable para la práctica de actividades agropecuarias.

33. EL CASTILLO - LA LOMA DEL BARCIAL (CURIEL DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 36' 24"
Long. 04° 28' 52"
Altitud: 879 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/25.000
(374-I) Peñafiel

Entorno y descripción del yacimiento

Con el nombre de Loma del Barcial se conoce un destacado cerro aislado en la base de cuyas laderas se asienta el núcleo urbano de Curiel de Duero. El lugar se recoge, ya desde antiguo, en diversas publicaciones que manifiestan la existencia de diferentes ocupaciones en la cumbre del alto (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: 85-88; Mañanes, T. 1983: 57), que abarcan desde época romana a la Edad Media; momento en

que debió erigirse el castillo cuyos, hoy arruinados, muros, coronan este enclave³⁵.

Los citados trabajos, sin embargo, no hacían mención de la posible existencia de ocupaciones anteriores en el lugar; no obstante, en los últimos tiempos hemos tenido noticia del hallazgo en el área de una serie de materiales –cuyo análisis abordaremos más adelante–, que ponen de manifiesto la existencia en el lugar de un hábitat de época prehistórica³⁶. Dichas evidencias fueron recuperadas en la plataforma culminante del alto a consecuencia de unas remociones de tierra efectuadas por operarios del ICONA, cuando éstos procedían a la repoblación forestal del lugar.

Desde el punto de vista morfoestructural la Loma del Barcial, que constituye un auténtico cerro testigo, se ubica en la Unidad morfoestructural de los páramos y, dentro de ella, en la Unidad Natural de El Cerrato, ocupando una zona en la parte meridional de la Unidad Ambiental de los Páramos de El Cerrato.

³⁵ En opinión de Mañanes el momento de construcción de este castillo pudiera estar relacionado con la repoblación que Alfonso III, su hijo D. García y Ramiro II, llevan a cabo entre finales del s. IX y comienzos del X, momento en que se accede a la línea del Duero (Mañanes, T. 1983: 133 y 136). A una época anterior (época visigoda), pertenecen los eremitorios que aparecen excavados en el farallón de calizas pontienses que coronan el cerro (Repiso Cobo, S. 1999: 403-413; Figs. 1 y 2).

³⁶ Queremos agradecer a, nuestro buen amigo, Salvador Repiso (1996) el habernos proporcionado los materiales que aquí se adjuntan, así como todos los datos precisos sobre la localización de su hallazgo.

Este cerro, de marcado perfil cónico, remata en una pequeña plataforma redondeada cuyo eje mayor, situado en dirección N/S, apenas supera los 100 m de longitud. Dicho ámbito, de superficie prácticamente llana, se encuentra rodeado en todo su perímetro por acusadas pendientes –especialmente abruptas en su tramo final coincidente con el cantil de calizas pontien-ses– que le separan más de 60 m respecto a las tierras circun-dantes, desde donde resulta sumamente complicado acceder.

Hemos de señalar que el hábitat aparece muy alterado, tanto por los fenómenos erosivos como por las diversas construc-ciones que se emplazan en lo alto del cerro.

Las reducidas dimensiones de este paraje nos hacen conside-rar que en el mismo encontró cobijo un grupo humano poco numeroso que hubo de verse atraído, tanto por las excepcio-nales condiciones, que desde el punto de vista defensivo, ofrece el emplazamiento, como por su buena situación estraté-gica. No olvidemos que desde este lugar, en dirección sur, se controla un amplio espacio de la vega del Duero, cuyo cauce discurre a unos 2 km en dicho sentido. De igual modo señalar que a los pies del cerro discurre un pequeño curso de agua, el arroyo del Horcajo, el cual proporcionaría una próxima fuente de abastecimiento a los habitantes del lugar.

Análisis de los materiales

Como es lógico suponer únicamente nos vamos a hacer eco de los materiales prehistóricos recuperados en el lugar, dejando a un lado aquellos otros de época histórica de los cuales, por otra parte y como ya hemos apuntado, se hacen eco distintas de publicaciones.

Industria cerámica

El conjunto de evidencias que aquí nos ocupa se compone de un pequeño lote de cerámicas –en concreto 25 fragmentos– confeccionadas a mano, cuya nota más significativa radica en la alta proporción de motivos de carácter plástico que se reflejan sobre sus superficies; temas que abarcan desde diversos tipos de impresiones que se desarrollan sobre los bordes a variados cordones y pezones que ocupan las superficies de los vasos.

En el apartado de los aspectos técnicos, brevemente diremos que por lo general estas cerámicas presentan un aspecto cui-dado, patente en el habitual esmero con que aparecen trata-das sus superficies. Éstas aparecen alisadas o bruñidas tanto al exterior como al interior. Como suele ser habitual los frag-mentos pertenecientes a recipientes de gran tamaño presen-tan un aspecto más tosco.

En la elaboración de las pastas resulta común observar el empleo de degreasantes de tamaño medio a pequeño, consti-

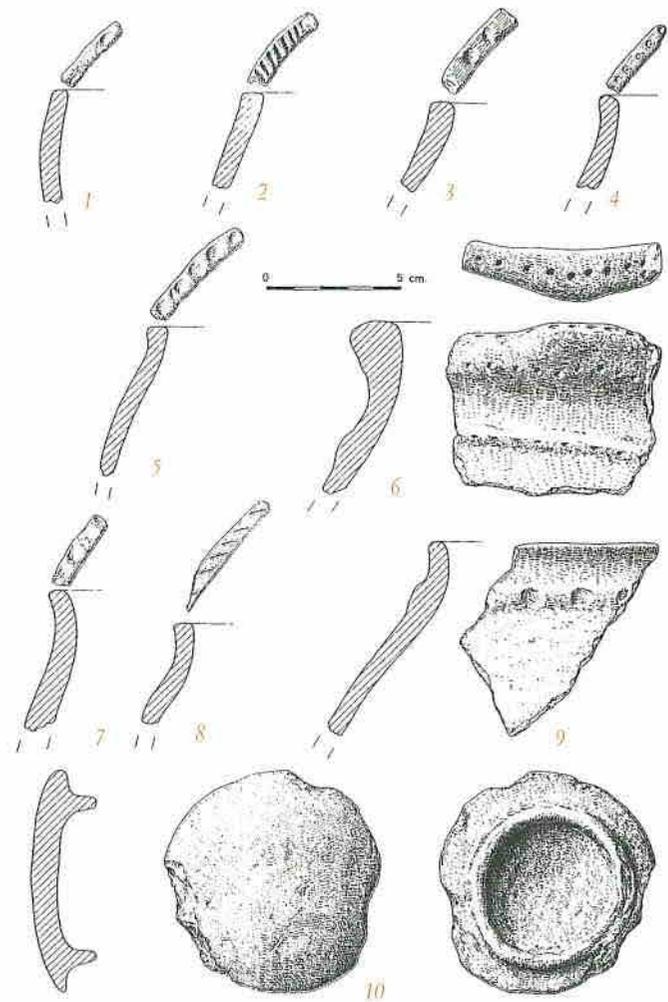


Fig. 161 El Castillo-La Loma del Barcial. 1-9: cuencos y ollas; 10: tapadera. Materiales cedidos por Salvador Repiso Cobo.

tuidos preferentemente por material silíceo –granos de arena–, y, en menor medida, calizas y micas. En los casos en que se usa este material aparece en la superficie externa del recipiente, por lo que de estar completo el mismo ofrecería un aspecto vistoso.

Por lo que a la coloración de los vasos se refiere, predominan los tonos reductores –negruzcos y grisáceos–, sin que falten las coloraciones reductoras en una gama que abarca desde el

marrón al rojizo. Señalar que resulta habitual observar la mezcla de distintas tonalidades en una misma pieza como muestra de una cocción irregular.

En el capítulo de las formas, hemos de indicar que es más bien reducido, lo cual, unido a las circunstancias del hallazgo –simple recogida superficial–, invalidan cualquier apreciación de carácter estadístico que pudiéramos emitir respecto a dicho elenco. En este sentido, no debe extrañarnos, frente a lo que suele ser habitual en cualquier hábitat de la prehistoria con cerámica, que el número de cuencos hallados resulte francamente exiguo, limitándose el número de ejemplares. En resumidas cuentas identificamos estos perfiles:

- Fragmento de borde de un cuenco hondo (Forma 1) de notable tamaño y perfil algo superior a la media esfera, que presenta una serie de impresiones en la parte superior del labio (Fig. 161. 1).
- Recipientes globulares de borde entrante, de la Forma 3. Están representados por un par de ejemplares (Fig. 161. 2 y 3); el borde del primero es sencillo, mientras el del segundo aparece ligeramente engrosado. En ambos ejemplares el labio es plano y sobre él se desarrollan series de impresiones realizadas con un palito –en el primero de los casos–, o con el dedo –en el segundo–.
- Recipientes cerrados con borde ligeramente diferenciado vertical de la Forma 4 (un par de bordes) (Fig. 161. 4 y 5). El labio, en ambos casos, aparece decorado con motivos impresos.
- Ollas de perfil en S de la Forma 7. En general se trata de recipientes de mediano tamaño que, en principio, muestran un esquema muy similar, caracterizado por contar con un cuerpo globular, cuyas paredes se incurvan ligeramente hacia el exterior a la altura del borde, configurando un corto cuello (Fig. 161. 7 y 8). Según tenemos ocasión de observar, todas estas ollas, presentan decoración en la parte superior del labio. En un caso se trata de impresiones digitales (Fig. 161. 7), en otro ha sido conseguida mediante incisión, técnica en la que se realizan una serie de trazos oblicuos (Fig. 161. 8).
- Recipientes de grandes proporciones de Forma 8 que, en líneas generales, se caracterizan por contar con un amplio cuerpo marcadamente globular que remata en un borde de escaso desarrollo, ligeramente flexionado hacia el exterior. Sus paredes adquieren considerable grosor, superando en algún caso los 11 mm. Según tenemos ocasión de observar, estas vasijas aparecen ornadas con distintos motivos impresos –digitaciones, unguilaciones, puntos– que se desarrollan preferentemente junto al borde, o sobre el mismo. No obstante, uno de los rasgos

más característicos de alguno de estos recipientes radica en ostentar un cordón horizontal aplicado, que marca la separación entre el borde y el cuerpo del recipiente (Fig. 161. 6 y 9).

- Es muy probable que a recipientes semejantes a los descritos en el párrafo anterior (el grosor de sus paredes parece indicarlo así) pertenezcan una serie de barros ornados con diversos temas plásticos: tanto cordones de diferentes tipos –aplanados (Fig. 162. 1 y 5), con cierto resalte (Fig. 162. 2 y 4)–, y disposiciones –horizontal (Fig. 162. 1, 2, 3, 4, 5 y 6), formando guirnaldas (Fig. 162. 6)–, como los que presentan mamelones o pezones de perfil cónico (tipo 1a) (Fig. 162. 6) o digitados (tipo 3a) (Fig. 162. 8, 9, 10 y 11).
- En cerámica también ha sido recuperada una tapadera de forma circular, con reborde inferior para ajustar y perfil aplanado (Fig. 161. 10).
- Coladores: Contamos con un único fragmento de pared, de forma indeterminada, totalmente cubierta de perforaciones circulares (Fig. 162. 12).
- Conocemos un único fondo, es un solero plano, cuyo grosor permite pensar perteneció a un gran recipiente u orza.

Valoración y cronología

El yacimiento tiene una situación estratégica, en lo alto de un cerro testigo, dominado un sector de La Ribera. Su estado de conservación es muy deficiente a causa de la erosión y las múltiples ocupaciones que ha sufrido este lugar.

Desde el punto de vista de la caracterización del horizonte cultural y cronológico representado en la Loma del Barcial podemos apuntar que los materiales que aquí se recogen configuran un conjunto bastante homogéneo cuyos perfiles y decoraciones encuentran fiel reflejo en una serie de yacimientos no campaniformes cuyo devenir, según todos los indicios, parece poder incluirse en un periodo escasamente definido hasta la fecha en nuestro área, tal es el que en líneas generales coincide con el Bronce Antiguo de las periodizaciones clásicas.

Entre la larga lista de paralelos que podríamos rastrear para los materiales que aquí se recogen, los más próximos, tanto desde el punto de vista cultural como geográfico, les encontramos en una serie de hábitats ubicados en la provincia de Soria (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988) y en la vertiente Norte de la Sierra de Ávila (Fabián García, J. F. 1995: 183-195).

El primer rasgo que caracteriza a esta serie de yacimientos radica en que, salvo raras excepciones, responden a un patrón de asentamiento muy semejante, ocupando la plataforma cul-

minante de pequeños cerros aislados dotados de excelentes condiciones defensivas. El elenco de materiales que se recoge en todos estos hábitats ofrece un aspecto ciertamente homogéneo que en el capítulo de la cerámica se caracteriza por estar conformado por un reducido número de formas entre las cuales predominan claramente los cuencos, las ollas de perfil en S, los grandes recipientes u orzas, y en menor medida, los vasos globulares, los carenados y los coladores y queseras. Las decoraciones que ornán estos vasos se reducen a digitaciones, ungulaciones y otros motivos, preferentemente impresos, que en un altísimo porcentaje se distribuyen sobre los diferentes vasos; de igual modo, resultan habituales diversos tipos de mamelones y cordones plásticos, estos últimos, también impresos que en diferentes esquemas –horizontales, circulares, triangulares, etc.– y modalidades figuran sobre las grandes orzas.

Aunque con las naturales matizaciones en las que ahora no vamos a incidir, podemos observar como tanto Jimeno y sus colaboradores como Naranjo González se expresan de modo coincidente a la hora de fechar los contextos culturales presentes en las respectivas estaciones arqueológicas. Así, los investigadores sorianos las emplazan en “un momento que va desde el Eneolítico al Bronce Medio, con mayor desarrollo en los instantes avanzados del Bronce Antiguo e inicios del Medio” (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andia, M.^a L. 1988: 84-118). En un tono similar se expresa Naranjo, para esta autora el horizonte identificado en El Castillo de Cardenosa representa una fase “postcampaniforme” cuyo desarrollo tiene lugar a lo largo del “Bronce Antiguo y comienzo del Bronce Medio en este sector de las tierras interiores” (Naranjo González, C. 1984: 79-80).

Los evidentes paralelismos que, en líneas generales, se vislumbran entre nuestro yacimiento y las estaciones sorianas y abulense, tanto desde el punto de vista del emplazamiento, como de la cultura material, permite hacer extensiva la cronología de aquellas estaciones arqueológicas y la del yacimiento de Curiel de Duero, situándonos en un impreciso momento del Bronce Antiguo.

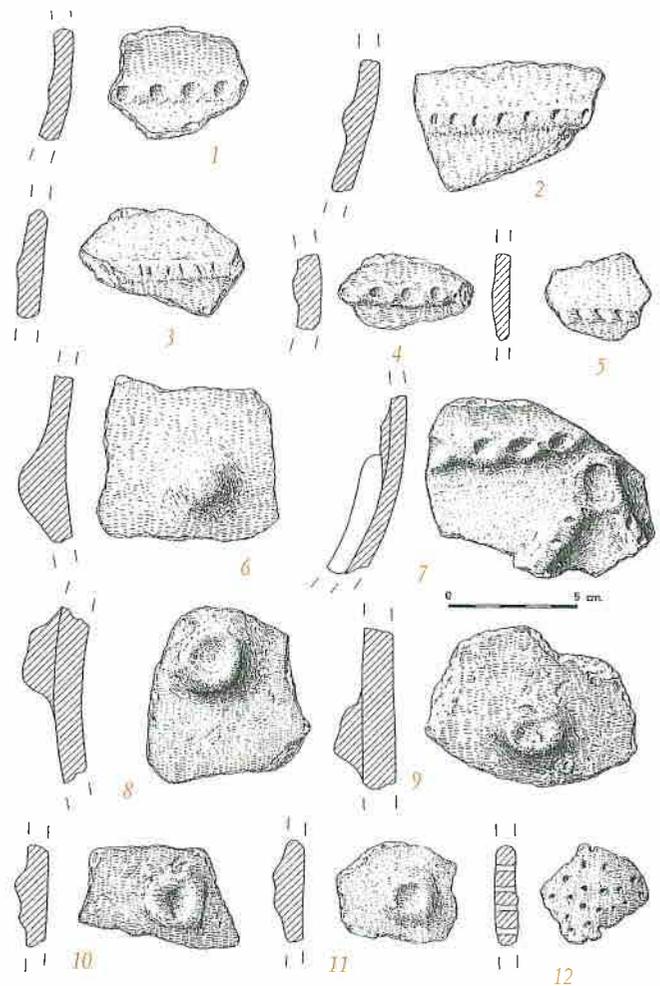


Fig. 162. El Castillo-La Loma del Barcial. Fragmentos decorados con diversos motivos plásticos.

34. LAS PINZAS (CURIEL DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 38' 30"
 Long. 04° 07' 45"
 Altitud: 880 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/25.000
 (374-I) Peñafiel

Entorno y descripción del yacimiento

Situado sobre unos altos próximos a la línea que separa los términos municipales de Curiel y Pesquera de Duero, el enclave arqueológico de Las Pinzas figura desde principios del presente siglo en la bibliografía científica. Tanto es así que, sin empacho, podemos asegurar que es la estación arqueológica con materiales de la Edad del Bronce más veces citada de cuantas se documentan en el área.

Sin pretender elaborar una prolija enumeración de dichas citas, cabe señalar que las primeras noticias apuntaban, sin otros argumentos que los puramente derivados de su topónimo, la posibilidad de que en dicho lugar o en sus proximidades pudiera ubicarse la célebre mansión de Pintia, mencionada en el itinerario Antonino (Hernández y Alejandro, F. 1905-1906: 510-511; Agapito y Revilla, J. 1928: 82-83; Blazquez, A. 1916: 36; Nieto, G. 1957: 690; Wattenberg, F. 1959: 71, 93, 161). Trabajos posteriores, en los que se dieron a conocer algunos materiales arqueológicos –cerámicos y líticos– procedentes de este enclave, no aportaron evidencia alguna que pusiera de manifiesto que el lugar pudiera haber sido visitado en época romana; más bien, por contra, se constituían en prueba evidente de que lo fue en tiempos prehistóricos (Palol, P. de. 1965: 121, Fig. 2. 13 a 15; Palol,

P. de. Fontaneda, E., y Recio, A. 1969: 303-307, Figs. 1 y 2; Palol, P. de. y Wattenberg, F. 1974: 85-88). Los materiales recogidos, todos ellos procedentes de los conos de derrubios que se acumulan en las vertientes de los citados altos, consistían en un pequeño lote de piezas líticas, muy poco representativo por cierto, y otro más amplio de cerámicas lisas, con cordones, digitaciones y decoraciones de filiación campaniforme.

La clasificación que, inicialmente, se hizo de tales restos, situaba el conjunto dentro de un “Bronce Final de tradición campaniforme”, cuyo desarrollo debía ser paralelo al de las cerámicas de Somaén, consideradas igualmente tardías. Según podemos ver se trata de una interpretación muy acorde con las teorías vigentes en la época de publicación, que prolongaban la vida del campaniforme meseteño a lo largo del Bronce Medio, e incluso del Bronce Final³⁷.

Desde entonces estas evidencias se han visto reflejadas en un sinnúmero de trabajos científicos; siendo sometidos a una variopinta clasificación (cabría destacar, por su interés, las lecturas que de ellas hacen autores como Delibes³⁸, Molina y Arteaga [1976: 176-178; Tabla 1. 16], Delibes y Fernández Manzano [1981: 64-65], o González-Tablas [1984-1985: 273]). Una “penúltima” cita sobre el yacimiento ha sido incluida en un reciente trabajo de Germán Delibes de Castro (2003: 32-34).

En las siguientes páginas nos proponemos hacer una valoración del yacimiento de Las Pinzas; no en vano, disponemos de nuevos datos³⁹ que han de permitirnos, sin duda alguna, elaborar una lectura más completa del mismo.

El yacimiento, como se apunta un poco más arriba, se sitúa en el límite occidental del término de Curiel de Duero, lindando con el de Pesquera. El acceso a este lugar no ofrece grandes

³⁷ Vease, por ejemplo, Maluquer de Motes, J. 1959: 137-138; Idem, 1956: 188 y 196.

³⁸ Delibes de Castro, G. 1977: 61-62; Fig. 27. En esta obra, aparte de las consideraciones que sobre el yacimiento hace el autor, se dan a conocer algunos materiales novedosos procedentes de Las Pinzas. Tales evidencias, por cierto son las últimas publicadas hasta la fecha con esta procedencia, consisten en un pequeño hacha de piedra pulimentada, un raspador en extremo de hoja y parte de un brazal de arquero. En la misma figura en que se recogen estos materiales cabe observar un fragmento con decoración campaniforme; aunque no se especifica en el texto, hemos podido averiguar que se trata de un galbo publicado, previamente, por Pedro de Palol (1965: 121), y reinterpretado por Delibes.

³⁹ En efecto, nuestras prospecciones en este ámbito han proporcionado nuevas e interesantes observaciones sobre la distribución del complejo arqueológico. Así mismo, disponemos de nuevos materiales que vienen a sumarse al pequeño lote de los conocidos hasta la fecha. Estos materiales tienen diversas procedencias:

De una parte, de la revisión de los fondos depositados en el Museo de Valladolid. Durante dicha operación tuvimos ocasión de identificar, entre los materiales que componen la Colección de Rafael Galván, un interesante lote de cerámicas procedente de Las Pinzas. Dichas evidencias se encuentran cedidas a dicho museo.

Un segundo lote de materiales fue recuperado durante una corta intervención arqueológica realizada en Las Pinzas bajo la dirección de Manuel A. Rojo Guerra. En el transcurso de tales trabajos, de cuyos caracteres daremos conveniente noticia, se practicaron dos sondeos que proporcionaron un corto, pero interesante lote de material cerámico. Esta intervención arqueológica se recoge en un breve informe al que hemos tenido acceso (Rojo Guerra, M. A. 1985-b).

dificultades: desde Curiel, en dirección oeste, se toma el camino de La Bombina por espacio de unos 250 m. A la altura de este punto se toma el camino del Cujón, que parte en dirección SO; el cual, andados poco más de 500 m, muere en un punto intermedio entre los dos grandes espigones sobre los que se localiza el yacimiento.

Este yacimiento, conocido desde antiguo con el nombre de genérico de Las Pinzas, se ubica en el extremo más meridional de los páramos de El Cerrato, dominando una amplia extensión de la ribera derecha del río Duero, cuyo curso discurre apenas a 1.000 m al SO. El emplazamiento general coincide con una zona de profundas cárcavas que delimitan dos espigones de páramo que, a modo de grandes farallones, se alzan más de un centenar de metros sobre el fondo del valle. Hemos de señalar que, si bien, la bibliografía especializada emplea el término genérico de Las Pinzas, cual si se tratara de una estación arqueológica única; en rigor, debemos apuntar aquí que este topónimo tan sólo hace referencia a uno más de los enclaves que forman parte de un auténtico complejo arqueológico que se asienta sobre un par de espigones de páramo –más en concreto, el topónimo Las Pinzas alude sólo a uno de los espigones, el más oriental, de los que se localizan en esta zona; en tanto que, el situado a occidente es conocido como El Cujón– y el espacio que media entre ambos. Según hemos podido determinar a partir de nuestras prospecciones en la zona, pueden distinguirse diversos núcleos donde comparecen materiales arqueológicos, cada uno de los cuales, a nuestro entender, se corresponde con una estación arqueológica perfectamente individualizada. A continuación procederemos a describir cada uno de dichos ámbitos:

- **Sector A:** Alcanza una superficie total de, aproximadamente, 2'8 Ha, situándose en el extremo occidental del yacimiento, sobre el pequeño espigón de páramo que recibe el nombre de El Cujón. Las evidencias arqueológicas –exclusivamente cerámicas a mano y restos líticos– se reparten de forma dispar en el entorno, permitiendo diferenciar una zona de alta densidad de hallazgos (0'95 Ha) y otra de baja (1'85 Ha). La primera coincide con la plataforma que culmina el extremo del espigón, individualizado de la superficie restante por una pequeña depresión, y la parte superior de las laderas (E, W, y S). La segunda se extiende por la zona inferior de las escarpadas laderas, llegando en la situada en dirección E hasta el pequeño vallejo situado entre este espigón y el de Las Pinzas; no así hacia S y W, que alcanza sólo media ladera. Esta zona de baja densidad, sin duda, se corresponde con una zona de arrastres aportados desde alturas superiores.

Palol y Recio mencionaban la presencia de “algunos muros” en este ámbito concreto, hemos de señalar que nuestras prospecciones en el mismo no han proporcionado ninguna evidencia al respecto.

- **Sector B:** Se ubica ligeramente al norte de la anterior, en la zona que sirve de enlace entre la plataforma del páramo y el espigón, sobre una superficie plana, de aproximadamente 0'7 Ha, que enlaza con un alomamiento situado al W. También aquí ha sido posible diferenciar una zona de mayor y menor concentración. La primera, de apenas 0'2 Ha, ocupa la parte baja del alomamiento citado, en una zona todavía inclinada. El área de dispersión (0'5 Ha) se extiende en torno a la anterior, quedando limitada en muchas zonas por el borde del páramo. Sobre la cumbre del alto referido no se observan materiales arqueológicos pues aflora directamente la roca caliza. Es bastante probable que el área de dispersión de materiales se extendiese también por esta zona, que configura un pequeño espigón de páramo; lo cual, por tanto, significaría que este yacimiento en tiempos alcanzó mayor extensión que la que actualmente se deduce de la dispersión superficial de los materiales.

Entre este foco y el siguiente –el C–, se aprecia lo que cabría calificar como un relativo “vacío de materiales”, que se ve interrumpido a partir de escasos y muy esporádicos hallazgos de cerámica a mano. No obstante, hay que apuntar que tanto esta zona de transición como todo El Cujón aparece cubierto por una vegetación de monte alto (pinares de repoblación) o por zonas de vegetación herbácea que dificultan, por restar visibilidad, en gran medida la prospección.

- **Sector C:** Este tercer núcleo se ubica en el espigón más oriental: el conocido propiamente como Las Pinzas. En esta zona hemos tenido ocasión de diferenciar una ocupación histórica, cuya extensión se aproxima a la 1 Ha, de otra prehistórica, que ocupa un área total de, poco más o menos, 1'6 Ha. En esta última, a su vez, se diferencia una zona de concentración y otra de dispersión. La zona de mayor concentración, de 0'42 Ha, coincide con la superficie del extremo del espigón, extendiéndose ligeramente por el sector de la ladera más inmediata al borde. La zona de dispersión, de 1'17 Ha, envuelve a la anterior, afectando a un ámbito situado al norte del espigón y al tramo superior de las laderas.

Además de las zonas con material arqueológico arriba descritas, el yacimiento también ofrece otra clase de evidencias. En concreto nos referimos a sendos “núcleos de abrigos rupes- tres”, que se ubican en la parte superior de las laderas, coin-

216 cidiendo con el tramo de calizas pontienses que coronan ambos espigones (Repiso Cobo, S. 1999: 403-404).

Los materiales arqueológicos

El complejo arqueológico de Las Pinzas, en líneas generales, depara diverso material arqueológico, fundamentalmente cerámico, correspondiente a diferentes momentos cronológicos. Para proceder a su descripción, hemos creído conveniente dividirlo en dos conjuntos. El primero, que engloba los materiales de época prehistórica, a su vez, se subdivide en dos: en uno de ellos, incluiremos los materiales localizados en El Cujón, tanto los del Sector A como los del B; en el otro, los materiales prehistóricos del espigón de Las Pinzas. En un segundo apartado, por último, aludiremos muy brevemente a los restos de cronología histórica localizados en el espigón de Las Pinzas.

El Cujón (Sector A)

Nuestras prospecciones en este ámbito nos proporcionaron un conjunto de cerámica, exclusivamente a mano, caracterizada por presentar pastas con abundantes desgrasantes micáceos y cuarcíticos de pequeño o mediano tamaño. Las cocciones son reductoras o mixtas y los acabados se limitan al alisado, más cuidado en unos fragmentos que en otros.

Estos fragmentos, cuya dispersión nos ayudó a delimitar el yacimiento, aportaban pocos datos desde un punto de vista morfo-tipológico, mucho menos que los que cabe extraer de los materiales que las antiguas prospecciones recuperaron en este mismo ámbito. En efecto, según hemos podido rastrear a través, tanto de la lectura de los trabajos alusivos al yacimiento, donde se recogen anteriores hallazgos, como de la revisión de las bolsas, depositadas en el Museo de Valladolid, donde éstos se recogen, el grueso de las cerámicas campaniformes y de los materiales cerámicos y líticos que a ellos se asocian, proceden de los conos de derrubios que la erosión ha depositado en las laderas de este ámbito, por nosotros denominado, El Cujón (Sector A).

De igual modo, nuestras consultas personales con Germán Delibes y Rafael Galván, nos han permitido determinar que, tanto los materiales que el primero recoge en su trabajo sobre el campaniforme de la Meseta (Delibes de Castro, G. 1977: Fig. 27), como los que forman parte integrante de la colección que el segundo tiene depositada en el citado Museo, proceden de este ámbito.

Las evidencias señaladas, que por tener una misma procedencia analizaremos conjuntamente, constan de un pequeño número de piezas líticas y un conjunto más numeroso de cerámicas.

Industria cerámica

Está constituida, tal y como hemos apuntado, por piezas lisas o decoradas con motivos impresos, cordones digitados y por un pequeño número con decoraciones campaniformes. Dentro de la cerámica campaniforme contemplamos la presencia de algunos recipientes finos y de decoración cuidada.

Estos campaniformes de clara adscripción Ciempozuelos, de los que contamos con tres fragmentos, cuentan con motivos muy simples y se pueden clasificar de la siguiente forma:

- El primero de ellos fue dado a conocer en primera instancia por Palol y Recio y, posteriormente, fue reinterpretado por Delibes (1977: Fig. 27. arriba a la izquierda). Según se desprende del dibujo que de él reproduce este autor, debió formar parte de la panza de un recipiente de forma indeterminada (probablemente un cuenco) que presenta una cuidada y fina decoración que se distribuye, de acuerdo a una secuencia temática propia del más puro estilo Ciempozuelos, en bandas muy finas. Éstas, de arriba a abajo, constan de una serie de motivos: Sendos entramados transversales que se intercalan entre un cordón pseudoexciso obtenido mediante dos líneas de impresiones triangulares opuestas y una alineación simple de impresiones, como las anteriores conseguidas a punta de espátula, triangulares.
- Dos exiguos barros que ostentan un motivo de líneas incisas paralelas horizontales, formando franjas de 4 y 6 trazos (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 7 y 8).

Aunque escasos en número, no nos cabe duda, que tales fragmentos resultan harto elocuentes como para, sin mayores precisiones cronológicas, poner de manifiesto que el Sector A de El Cujón conoció una ocupación campaniforme en la que, al igual que en otras ocasiones ha podido constatarse, se produce la convivencia de distintos estilos decorativos, representativos de dicho horizonte.

El segundo lote cerámico recuperado en este ámbito, integrado, recordemos, tanto por los materiales recogidos en las antiguas prospecciones (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Figs. 14 y 15) como por los depositados en la colección de Rafael Galván, se compone de un total de 48 piezas. Entre ellas podemos distinguir además las siguientes formas.

- Cuencos hemisféricos de la Forma 1. Destaca un pequeño cuenco semiesférico casi completo con asa de lengüeta en la panza entre los materiales depositados en el Museo de Valladolid (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 6) y un buen número de bordes, que se incluyen dentro de esta modalidad (Fig. 163. 1 a 3). Asimismo se registran cuencos de perfil superior a la media

esfera (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 12).

- Grandes cuencos de borde vertical con pezones junto al borde de Forma 2 (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 9 y 10).
- Recipientes con cuerpos de tendencia globular que rematan en un borde simple ligeramente reentrante de Forma 3 (Fig. 163. 3; Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 2).
- Recipientes panzudos cerrados con borde vertical, suavemente abierto o cerrado, y labio plano de Forma 4 (tres fragmentos. Fig. 163. 9; Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 17 y 18). En algún ejemplar se aprecian una serie de digitaciones en la parte superior del borde (Fig. 163. 9).
- Recipientes de contorno sinuoso abierto de la Forma 6 (único ejemplar (Fig. 163. 12). Sus paredes, que dibujan un suave perfil en S, se ordenan en torno a la vertical. El borde remata en un labio redondeado decorado con impresiones de punzón.
- Recipientes de tamaño pequeño o mediano perfil en S, con cuerpo globular y boca cerrada de la Forma 7 El Cujón (Sector A) (Fig. 163. 4, 6 y 7). Un par de piezas muestran sencillas impresiones digitales o de instrumento sobre el labio (Fig. 163. 6 y 7).
- Buen número de recipientes de mediana a gran capacidad que poseen cuerpos amplios de forma globular y borde curvado, abierto, bien desarrollado (Fig. 163. 6 a 9) o algo más amplios y claramente flexionados (Fig. 163. 10) al exterior. En este apartado, que quizá engloba a perfiles diferentes, se incluirían algunos asociables a nuestra Forma 8. Varios ostentan decoración impresa (digitaciones, unguilaciones, impresiones con un objeto) en la parte superior del borde y sus paredes exteriores, en ocasiones, llevan aplicados cordones, con impresiones dígito/unguladas (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 26) o realizadas con un punzón (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 27 y Fig. 163. 8), dispuestos horizontalmente debajo del cuello. También se localizan vasijas con pezones dobles (Fig. 163. 11), con función sustentadora y decorativa. Es posible que sea sobre la pared de uno de estos recipientes sobre los que se expresa un particular motivo plástico: un cordón circular con impresiones (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 15).
- Recipientes con la carena baja poco marcada de la Forma 9. El cuerpo inferior presenta forma de casquete esférico y la superior de paredes rectas bastante abiertas. Conocemos dos fragmentos seguros de este perfil (Fig.

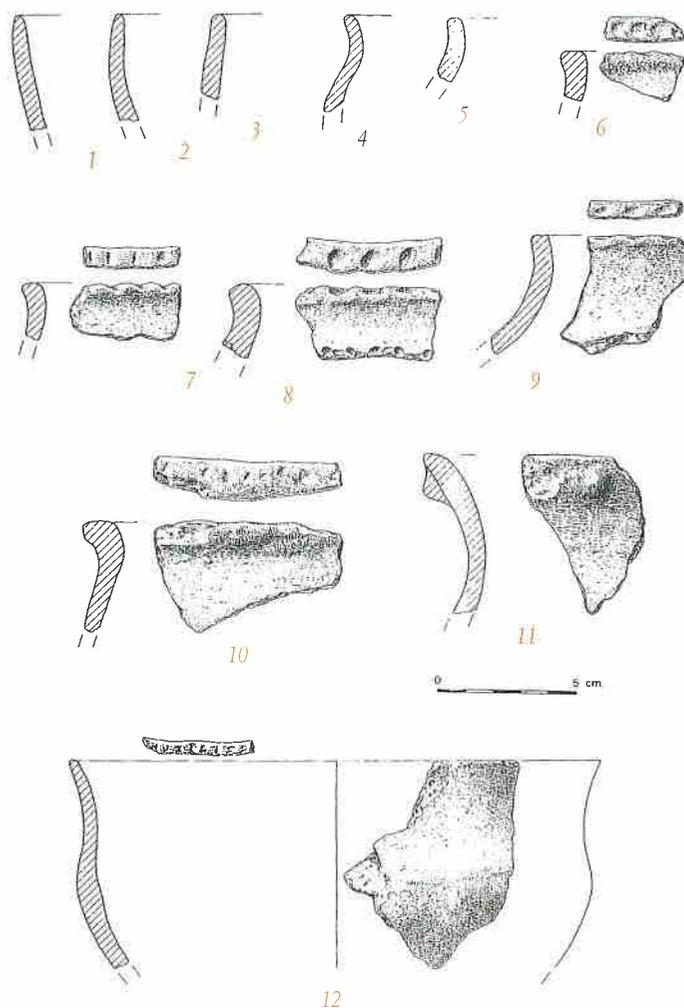


Fig. 163. Las Pinzas. Restos cerámicos del yacimiento. El Cujón (Sector A). Colección Rafael Galván.

164. 2 y 3). El segundo de estos vasos presenta decoraciones impresas sobre la línea de inflexión.

- Recipientes carenados de tamaño medio con carena media/alta bastante marcada, asimilables a la Forma 10: A este perfil corresponden la mayor parte de los galbos carenados identificados en este ámbito (5 fragmentos, Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 19, 20, 21 y 24 y Fig. 164. 1). Un vaso de esta clase también presenta impresiones sobre la carena.

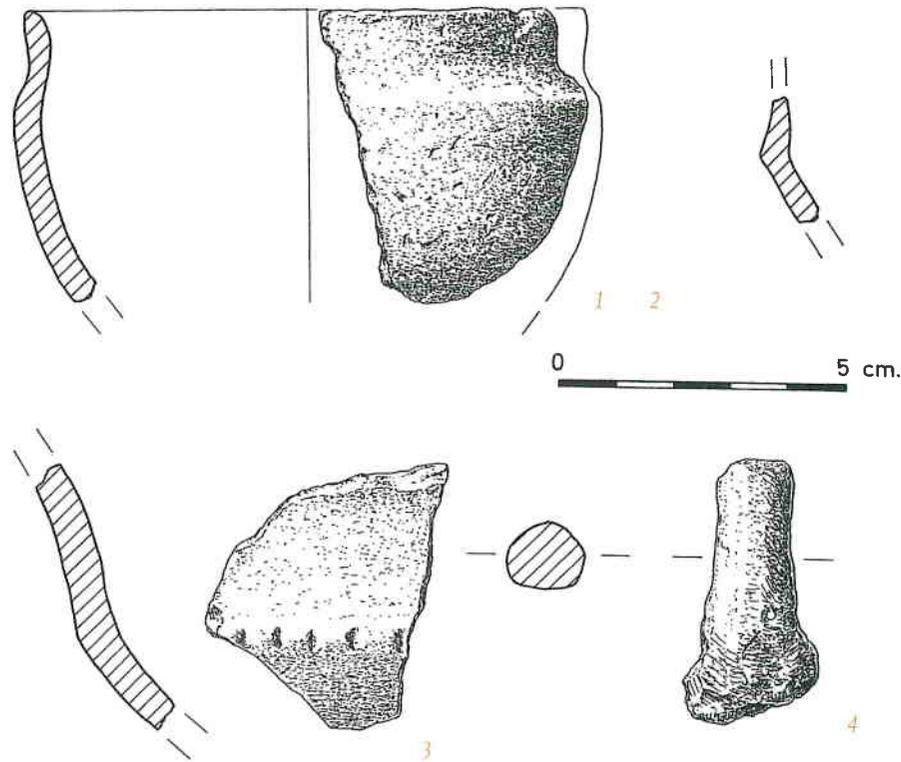


Fig. 164. Las Pinzas. Cerámicas carenadas y un asa. El Cujón (Sector A). Colección Rafael Galván.

- Un fragmento de colador de forma indeterminada (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 34).

Se reconocen dos tipos de fondos, planos (un ejemplar) y convexos (tres fragmentos), uno de ellos con depresión. En cuanto a la tipología de las suspensiones, únicamente, aparte de los mamelones simples y algunas lenguetas. Entre éstas podemos citar la presencia de una gran lengüeta junto al borde de un recipiente de perfil indeterminado (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 16).

Industria lítica:

Con esta procedencia se conoce un pequeño lote de piezas.

En principio, cabe citar una serie de lascas, sobre las que se advierten diversos retoques de fortuna (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 3, 4 y 5).

Como útiles tipologizables contemplamos una pieza:

- Un raspador realizado sobre lámina (Delibes de Castro, G. 1977: Fig. 27).

Por último, también tienen esta procedencia un pequeño hacha pulimentada y el extremo de un brazal de arquero (Delibes de Castro, G., 1977: Fig. 27).

El Cujón (Sector B)

Nuestras prospecciones superficiales en este ámbito depararon el hallazgo de diversas cerámicas a mano en absoluto significativas, como para pretender abordar, a partir de ellas, la adscripción crono/cultural del yacimiento.

Mayor información, aportan en este sentido, los materiales que proporcionaron unos trabajos que tuvieron lugar en 1985 en esta zona. Al tener constancia el Servicio de la Delegación Territorial de Valladolid de la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, de que el ICONA pretendía efectuar trabajos de repoblación, que implicaban la realización de diversos movimientos de tierra y aterrazamientos en el término de Curiel de Duero, alguno de los cuales podía afectar a este, por nosotros denominado, Sector B de El Cujón, el entonces Arqueólogo Territorial de Valladolid: Manuel A. Rojo Guerra, realizó una serie de prospecciones y un par de sondeos arqueológicos. Los resultados obtenidos, pasaron a formar parte de un escueto informe (Rojo Guerra. M. A. 1985-b).

Pese a que en el informe no aparece indicación alguna sobre su ubicación concreta, nuestras visitas al lugar han permitido comprobar que tales sondeos –dos cuadros de 2 m de lado– se sitúan en el extremo septentrional de este ámbito. Uno de

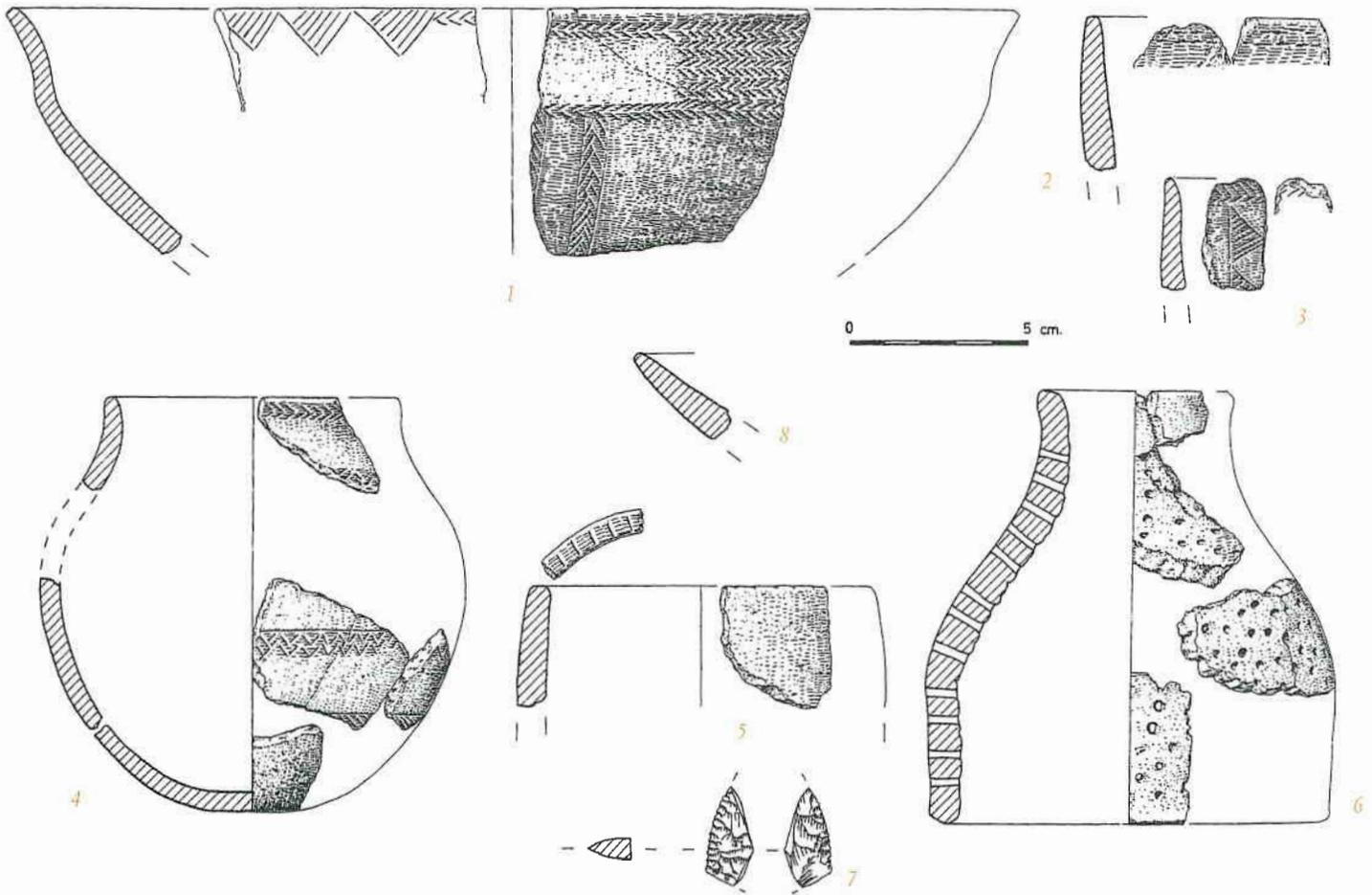


Fig. 165. Las Pinzas. Cerámicas decoradas de atribución Protocogotas y útil lítico. El Cujón (Sector B).

ellos (Cuadro 2 en el informe) no deparó hallazgo alguno, pues, según se pudo comprobar, en el lugar no se había conservado el nivel arqueológico, y la capa de tierra superficial apoyaba directamente sobre la tierra virgen.

Mayor información aportó el Cuadro 1. Su excavación permitió identificar un único nivel arqueológico, de color ceniciento, que englobaba un corto número de evidencias materiales, situado “bajo una capa de marga blanquecina producto del derrubio de la culminación del páramo próximo”, según se apunta en el informe (ver Fig. 165).

Descripción de los materiales

Consisten en un pequeño lote de cerámicas y algún útil lítico (en la actualidad se hallan depositados en el Museo de Valladolid), los cuales fueron puestos a nuestra disposición.

Industria cerámica

Tras proceder a su pegado y consolidación, fue posible reconstruir unos cuantos perfiles pertenecientes a cerámicas lisas y decoradas.

- Entre estas últimas, destaca la presencia de una cazuela (Fig. 166. 1), de carena alta poco marcada de Forma 11B.

La pieza se decora al exterior por sendas líneas de espiga que discurren sobre la carena y el labio; entre ambas se observa una metopa de espigas. En la panza, arrancando de la carena, se desarrolla un motivo radial formado por sendas líneas, convergentes hacia el fondo, de espigas de pescado enmarcadas por líneas simples. En el interior, sobre el labio, observamos un friso formado por una serie de triángulos colgados incisos rellenos de líneas paralelas que se interrumpe por una espiga simple.

- Así mismo, hemos podido reconstruir un pequeño recipiente de Forma 7 A (Fig. 166. 2). Se trata de un vasito de cuerpo marcadamente globular, borde levantado y estrecho fondo plano. Sobre su superficie externa alternan estrechos frisos de espigas simples y zigzags separados por bandas sin decoración.
- El conjunto de recipientes decorados se completa con una par de bordes de formas simples (cuencos). Uno de ellos (Fig. 166. 4) aparece decorado con una espiga simple incisa; de ella pende una serie, de disposición vertical, de triángulos rellenos de líneas paralelas a uno de los catetos. El restante (Fig. 166. 3), de paredes verticales, presenta, al interior y exterior, dos series paralelas de incisiones horizontales.

Entre las cerámicas lisas, únicamente se identifican un borde perteneciente a un cuenco de casquete esférico de Forma 2 (Fig. 166. 8) y otro de una pequeña olla de Forma 6 A, con impresiones sobre el labio (Fig. 166. 5).

- También en cerámica hemos podido reconstruir una que-
sera o vaso colador, de forma acampanada, abierta en
ambos extremos, que cuentan, en su abertura más estrecha,
con un cuello rectilíneo vertical muy acusado (Fig. 166. 6).

Industria lítica

Durante la excavación se recuperó un único elemento lítico.

- Una punta foliácea fragmentada con retoque plano bifa-
cial cubriente y filo denticulado. El material en que está
confeccionada es un sílex blanco de excelente calidad
(Fig. 166. 7).

Pese a su escaso número, y a que desconocemos las circuns-
tancias de su hallazgo, los elementos que integran este con-
junto, resultan harto elocuentes sobre su atribución cultural.
En efecto, tanto la cazuela carenada, como el resto de las pie-
zas encuentran múltiples paralelos en una serie de yacimien-
tos próximos como La Plaza de Cogeces del Monte o El
Castillo de Rábano, entre otros; lo que permite, sin ningún
género de dudas, pero sin mayores matizaciones, considerar
que este ámbito conoció una ocupación asimilable al hori-
zonte Protocogotas, perfectamente caracterizado en el área
que nos ocupa.

Las Pinzas (Sector C)

Nuestras prospecciones en este núcleo permitieron recuperar
un elenco de cerámicas a mano, de cronología prehistórica.
Tales especies aparecen cocidas en ambiente general reductor,
aunque en algunos fragmentos hay huellas de atmósferas mix-
tas. Las pastas, poco decantadas, engloban grasas, pri-
mordialmente cuarcíticos, de grano medio y fino. Las
superficies presentan alisado en ambas caras, en algún caso
combinado con un leve bruñido.

Se reconocen entre tales materiales algunas formas simples:
cuencos (hemisféricos y cónicos) y vasos globulares de borde
levantado, más o menos abierto, los cuales no aportan una
clara adscripción cultural y cronológica del yacimiento. A fuer
de sinceros, los únicos datos en este sentido nos los propor-
cionan los antiguos trabajos referentes al yacimiento de Las
Pinzas. Tales trabajos, señalan la procedencia de este ámbito
de un fragmento cerámico perteneciente a la panza de una
vasija de cerámica campaniforme tosca. Sin duda se trata de
un recipiente de gran tamaño, encuadrable, sin duda, entre las

especies de tipo Molino (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974:
Fig. 14. 6); no en vano sus decoraciones guardan total seme-
janza con la de ciertos vasos recuperados en El Molino de
Garrejo (Martínez Santa-Olalla, J. 1930: 108-109). Las temá-
ticas decorativas registradas son:

- Entramado incisos oblicuos y en aspa toscos.
- Triángulos colgantes rellenos de retícula oblicua de fac-
tura ciertamente descuidada.

Industria lítica

De este espigón contamos con un lote de piezas compuesto
por dos fragmentos de lámina, una sobre sílex y la otra de
cuarcita, sin retoques o con un leve retoque simple. También
se recogieron algunos fragmentos de lascas de sílex, blanco o
marrón, sin retocar.

Como se apunta más arriba, previamente, en el cerro de Las
Pinzas también se documenta una ocupación histórica. Esta
ocupación se evidencia por la presencia de un conjunto de
cerámicas y tejas. Aquellas aparecen cocidas en atmósfera
reductora, presentando pastas con desgrasantes micáceos y
cuarcíticos de pequeño tamaño, y superficies alisadas o
rugosas.

Morfológicamente, sólo ha sido posible reconocer el perfil de
una posible jarra de borde exvasado y labio redondeado. Por
lo demás, se reconocen en el lugar diversas evidencias perte-
necientes a fondos planos y asas acintadas de diferente
aspecto y tamaño.

De este mismo ámbito, según nuestras noticias, procede un
broche de cinturón calado (con decoración de un grifo mirando
a la izquierda [Wattenberg García, E., Martín Santamaría, E., y
Rodríguez Marcos, J. A. 1987: 23-24; Repiso Cobo, S. 1999:
408, Fig. 3. b]) para el que, por cierto, encontramos un paralelo
de extraordinario parecido en la necrópolis hispanovisigoda de
El Castellar (García Guinea, M. A., González Echeagaray, J., y
Madariaga de la Campa, B. 1964: 17 y Fig. 5). La cronología de
este tipo de piezas parece situarse, claramente, en torno al siglo
VII. Por otra parte, los materiales cerámicos recuperados
durante nuestra prospección no desentonan de esa atribución,
sin descartar que la ocupación de este lugar pudiera pervivir en
época alto o pleno medieval. La ocupación de los eremitorios
de ambos espigones seguramente corresponde también a estos
dos últimos horizontes cronológicos y culturales.

Valoración y cronología

Si confrontamos los datos que aportan las antiguas publicacio-
nes con los obtenidos a través de nuestros trabajos de pros-
pección y estudio de los materiales que se conservan en el

Museo de Valladolid, podemos plantear la siguiente reconstrucción de la ocupación humana de este núcleo arqueológico: Un primer momento de la ocupación de esta área estaría caracterizado por la presencia de materiales fácilmente asimilables al campaniforme propio de la zona. Tales evidencias se identifican en dos de los ámbitos que integran el complejo arqueológico que aquí nos ocupa: El Cujón (Sector A) y el cerro de Las Pinzas. Lo inexpresivo de los materiales recuperados en este último enclave no permite hacer muchas precisiones sobre la atribución cronológica del yacimiento, y su desarrollo habría que situarlo, por tanto, en un momento impreciso del desarrollo de este horizonte en la zona.

Por lo que al primero de estas áreas se refiere, según hemos podido observar, se recoge abundante material cerámico realizado a mano. Una parte del conjunto aparece decorado con motivos incisos e impresos propios del campaniforme Ciempozuelos de la zona, bien representado en yacimientos como Portillo, Almenara de Adaja.

Junto a estos materiales se recogió también un interesante lote, formado por formas lisas –cuencos, vasos globulares de borde entrante, formas carenadas, vasijas de perfil en S, etc., de diversas modalidades– o con decoración dígito-ungular y plástica, cuyas características formales podrían quedar enmarcadas dentro de un Bronce clásico.

Estos datos parecen sugerir que en este espigón de El Cujón (Sector A), se situó un yacimiento del Bronce Antiguo. La presencia de algunas claras evidencias campaniformes –especies de tipo Ciempozuelos y brazal de arquero, principalmente– en este contexto sólo podría explicarse de dos formas: por una auténtica pervivencia este tipo de campaniforme hasta bien entrado el Bronce Antiguo, o por una simple coincidencia espacial de dos ocupaciones pertenecientes a horizontes distintos.

La asociación de cerámicas lisas del Bronce Antiguo y especies campaniformes no resulta, por cierto, una novedad en la Meseta Norte, ya que conocemos casos similares. Concretamente, en la provincia de Soria sabemos de la existencia de algunos yacimientos donde se confirma la presencia de cerámicas campaniformes y materiales asimilables al Bronce clásico. Este es el caso de enclaves, como La Pedriza de Ligos

(Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1985: Fig. 1 y 2), El Parpantique o La Atalaya de Renieblas (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991-a: 47-68) donde encontramos contextos de gran semejanza con el expresado en El Cujón (Sector A), se constata la existencia de evidencias de ocupación campaniforme que coinciden con otras propias de un Bronce clásico. En los casos citados en último término, al tratarse de evidencias recuperadas en superficie, tampoco resulta fácil comprobar si se trata de una mera coincidencia espacial de dos ocupaciones distantes en el tiempo o, por contra, nos encontramos ante la presencia de grupos de tradiciones diferentes que llegaron a ser coetáneos o a coincidir en su ubicación. En cualquier caso, para intentar desentrañar esta serie de interrogantes sería imprescindible la realización de excavaciones sistemáticas que permitan determinar la relación estratigráfica y espacial en yacimientos donde se encuentren representados materiales de ambos horizontes.

Un segunda etapa estaría representada por los materiales cerámicos localizados en la excavación de El Cujón (Sector B) entre los que destacan ciertos recipientes –una fuente, una ollita y sendos cuencos hondos– decorados con temas incisos, como espigas, zigzags, triángulos, etc., para los que, por encontrar inmejorables paralelos en yacimientos del área, como El Castillo en Rábano o La Plaza en Cogeces del Monte, habría que atribuir a un momento impreciso del denominado horizonte Protocogotas I.

Con posterioridad a este momento de ocupación, ninguno de los enclaves que componen este complejo arqueológico que conocemos como Las Pinzas volvió a ser ocupado, según parece hasta época visigoda; a dicha etapa pertenecería la hebilla calada recuperada en el espigón denominado, propiamente, Las Pinzas hasta época tardía, quizá ya en época medieval, como vendría a poner de manifiesto la presencia en el lugar de diversas cerámicas a torno escasamente significativas de las cuales, dado el tema que ahora nos ocupa, no nos hemos hecho eco. Será a este impreciso momento al que quepa atribuir la construcción de las cuevas artificiales (eremitorios) excavadas en los farallones rocosos que coronan las vertientes de estos altos.

35. LAS ERAS (PESQUERA DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 38' 22"
 Long. 04° 09' 29"
 Altitud: 747 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/25.000
 (374-I) Peñafiel

Entorno y descripción del yacimiento

El yacimiento se sitúa inmediatamente al SW del núcleo urbano de Pesquera de Duero, ceñido al norte por las últimas edificaciones del pueblo y al sur por el meandro que dibuja este río, se extiende el pago de Las Eras, en su mayor parte ocupado por un extenso yacimiento de ocupación compleja. El enclave se encuentra, por tanto, en la primera terraza del Duero, en el interior del meandro, no muy acusado, que dibuja a la salida del pueblo.

El entorno está dominado por la presencia del casco urbano y del propio río, si bien el principal protagonismo corresponde a las eras empedradas del pueblo, bastante bien conservadas, aunque en algún sector hayan sido afectadas por modernas construcciones. Al S, en los terrenos que descienden hacia el río, se advierte también alguna edificación aislada y parcelas dedicadas a huertas, mientras que en la llanura de inundación observamos vegetación de ribera.

La existencia de construcciones y, sobre todo, el recubrimiento de la extensa zona de las eras por un empedrado de piedras caliza y por una densa y homogénea cobertura vegetal que se extiende por toda su superficie, prácticamente impide apreciar restos en superficie. De hecho las evidencias arqueológicas sólo son reconocibles en el cantil del camino del Cañal, que recorre la zona siguiendo el borde de la suave ladera que desciende a la vega del río, sirviendo así de límite a la zona empedrada. En varios puntos de su trazado es posible apreciar la presencia de niveles cenicientos que engloban restos arqueológicos. Completando esta información con otra serie de noticias recogidas de fuentes orales, documentales y bibliográficas, es posible delimitar una amplia zona arqueológica, cuya extensión se acerca a las 11 Has, que engloba en su práctica totalidad el pago de Las Eras, que se vio ocupada durante un largo lapso temporal que abarca desde época prehistórica a medieval, conociendo también la presencia de una ocupación romana, según queda suficientemente expresado en la ficha correspondiente del Inventario Arqueológico de la Provincia de Valladolid.

Las evidencias materiales, históricas y prehistóricas de este yacimiento en la actualidad son visibles en muy diversos puntos de la gran extensión delimitada, coincidiendo preferentemente con los niveles cenicientos que afloran en el corte del camino

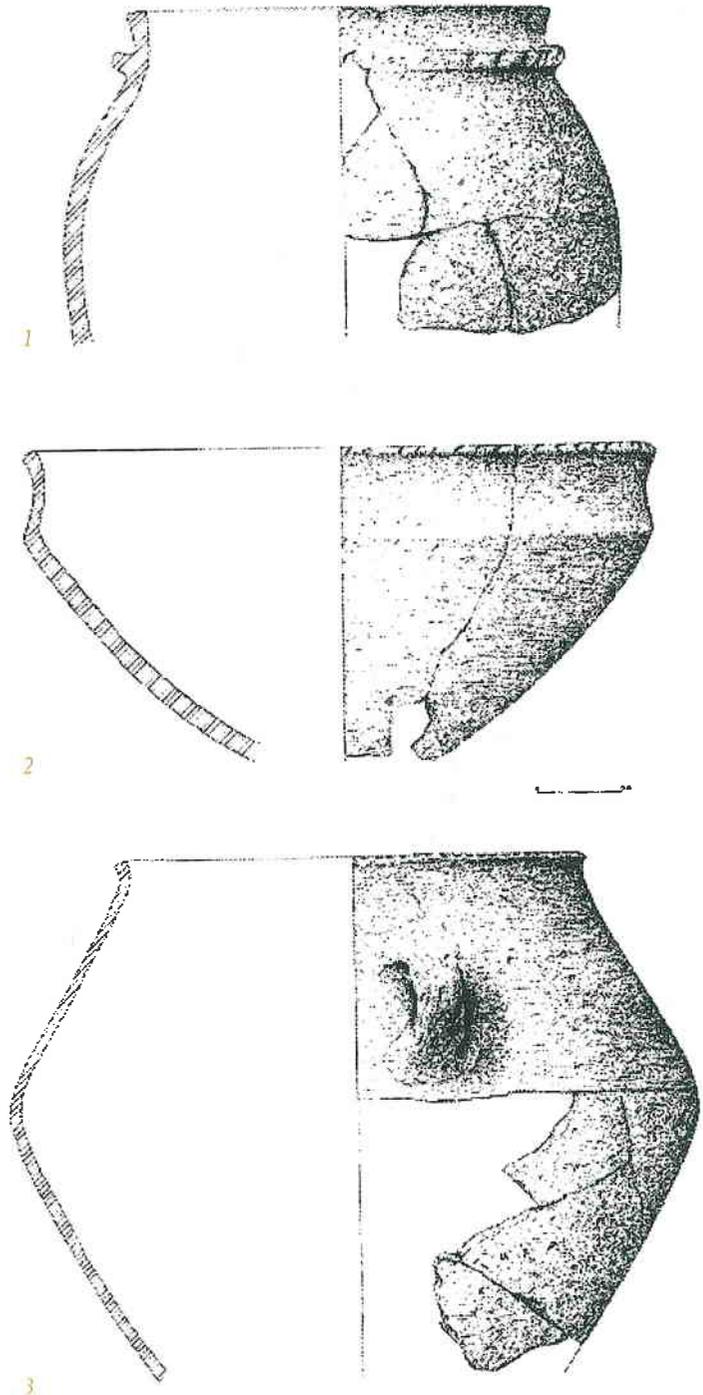


Fig. 166. Las Eras. Vasijas recuperadas ocasionalmente durante unos trabajos de aterrazamiento.

del Cañal, según hemos tenido ocasión de manifestar. Por lo que a nosotros ahora interesa, podemos apuntar que los materiales prehistóricos objeto de nuestro interés se han recuperado en un corte situado en el extremo occidental del yacimiento, tal y como ahora comentaremos. En este punto, donde por otra parte se registra la evidencia arqueológica de mayor entidad que cabe observar al prospectar la zona, se detecta un nivel ceniciento que aflora en el corte del camino del Cañal a lo largo de unos 150 m; de estos, es precisamente en los últimos 100 m, los más occidentales, donde se advierte la presencia de restos cerámicos a mano, particularmente abundantes. El lote en cuestión está integrado por una serie de bordes y un galbo hallados en el corte durante nuestra prospección.

Análisis de los materiales

Industria cerámica

Las cerámicas recuperadas en este punto, que forman una colección muy homogénea, fueron cocidas en un ambiente reductor, aunque algunas muestran huellas de poscocciones cocciones oxidantes parciales. Buena parte de los ejemplares tienen unas características pastas poco compactas, seguramente debido a que incluyeron abundantes desgrasantes vegetales consumidos en durante el proceso de cocción, a los que acompañan otros, también frecuentes, de naturaleza caliza y calibres finos o medios. Otros vasos tienen mejor factura y arcilla más decantada. Como acabados, anotamos alisados, espatulados y bruñidos más o menos intensos.

Entre las formas distinguimos: bordes de vasos troncocónicos de perfil simple y más o menos abierto; cuenquiformes de casquetes altos o bajos; vasos de tendencia más o menos recta a partir del borde y un ejemplar de boca cerrada que parece anunciar un cuerpo globular ovoide.

Estas piezas no permiten defender una atribución cultural concreta; no obstante, al parecer, tal y como recoge Sanz Mí-

guez (1998: 40-41), en esta zona marginal de Las Eras un vecino de la localidad (concretamente el propietario del bar “Cañas y Barro” de Pesquera) al realizar unas tareas de aterramiento entre la superficie de inundación y la primera de las eras propiamente dicha, localizó tres recipientes hechos a mano, que se han conservado prácticamente completos (Delibes de Castro, G. 2003: 34-35; Fig. 7.), en unión de otros fragmentos, actualmente depositados en el Museo de Valladolid⁴⁰.

- El primero de tales recipientes es una cazuela abierta de tamaño medio, con carena alta acusada, borde exvasado y fondo plano de pequeño tamaño. Este recipiente es el único ejemplar completo de la que hemos designado como Forma 11 de nuestra clasificación. Tiene la superficie espatulada y lleva una serie de impresiones sobre el labio aplanado (Fig. 166. 1).
- La segunda vasija, de menor tamaño, es una olla de perfil en S de nuestra Forma 8, con gruesas paredes, corto cuello recto y cuerpo globular. Cuenta con una serie de impresiones sobre el labio aplanado y otra que se desarrolla sobre un cordón peribucal en el arranque del cuello (Fig. 166. 2).
- La tercera pieza corresponde a una olla de perfil ovoide (Forma 5), casi bitroncocónico, y borde indiferenciado que también lleva una serie de impresiones sobre el labio y presenta asa de puente de sección circular en la parte superior del cuerpo (Fig. 166. 3).

Valoración y cronología

Los hallazgos efectuados en el yacimiento de Las Eras parece ser un pequeño asentamiento al aire libre datable en el Bronce Antiguo. Dado el alto grado de ocultación que le proporciona su situación bajo el empedrado de las eras, resulta difícil valorarlo con precisión.

⁴⁰ Las vasijas cerámicas que aquí se describen, particularmente la carenada y la que presenta el cordón plástico, remiten a un momento temprano de la Edad del Bronce, y más en concreto a la etapa que nosotros denominamos en este trabajo Bronce Antiguo. En esta misma cronología pudieran encontrar acomodo, por cierto, otros dos vasos publicados décadas atrás, que proceden también en los cortes del camino del Cañal, aunque de un punto situado a cierta distancia del punto en el que fueron halladas las tres piezas arriba descritas (Palol, P. de, y Recio, A. 1969: 301; Fig. 1. 1 y 2; Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: 111; Fig. 14. 1 y 2) El primero es un cuenco o cubilete de paredes rectas y superficies algo toscas. El segundo, también un cuenco con un cuerpo algo superior al cuarto de esfera que enlaza sin transición con un borde recto. Presenta un mamelón alargado hacia la mitad de su perfil. Haciendo caso a estos hallazgos, tal vez cabría beneficiar al núcleo prehistórico que se sitúa en este sector W de Las Eras de esta atribución Bronce Antiguo.

36. ZURITA (OLIVARES DE DUERO)

Coordenadas: Lat. 41° 37' 32"
 Long. 04° 23' 35"
 Altitud: 720 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/50.000
 (373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

El yacimiento se encuentra enclavado en el seno de un amplio meandro, sobre la margen derecha del Duero. Ocupa unas tierras llanas ligeramente elevadas sobre el cauce, dominando un extenso soto que se extiende a sus pies. Su entorno se caracteriza por la presencia de tierras de cultivo, secano y regadío.

Las evidencias atestiguadas en el yacimiento se localizan, dentro del meandro, en un sector suavemente alomado, sobre un área total aproximada de 6'1 Has. En dicha extensión se localizan restos cerámicos, líticos y constructivos que datan de época histórica y prehistórica. Centrándonos en estos últimos diremos que se pueden llevar sin problemas tanto al Campaniforme, cuanto al Bronce Medio y Final y se distribuyen por un área que abarca cerca de 4'4 Has. Tales evidencias se recogen preferentemente sobre un pequeño alomamiento alargado paralelo al río y sobre las tierras llanas circundantes. Dentro de esta área se han podido diferenciar, en cuanto a la distribución de las evidencias arqueológicas, dos zonas de distinta densidad:

La mayor concentración de restos cerámicos y líticos se detecta en un sector central del yacimiento que ocupa 1'2 Has. El área de baja densidad de hallazgos arqueológicos, de mayor extensión (unas 3'2 Has), rodea a la anterior.

Análisis de los materiales

Las evidencias asimilables a la ocupación prehistórica consisten en un lote de cerámicas y otro lítico.

Industria cerámica

La cerámica, en conjunto, se ha fabricado en ambiente reductor. Las pastas están, en general, bien tamizadas, apreciándose el uso de finos desgrasantes micáceos y cuarcíticos. Los acabados están igualmente cuidados, predominando los buenos alisados, apareciendo en algún caso el bruñido.

Morfológicamente, cabe apreciar un variado repertorio de vasijas, tanto lisas como decoradas. Entre ambas se pueden reconocer cuencos de los más diversos tamaños y diámetros. Otro tipo bien representado es el de las cazuelas carenadas,

que podemos ver en diversos fragmentos. El cuadro de formas se completa con las ollas de mediano tamaño, de forma globular y cuello ligeramente indicado y las ollas de perfil en S, algunas de las cuales muestran digitaciones y unguilaciones en el labio, o mamelones que cumplen la típica función sustentante. Cierra la muestra, por fin, un fragmento de vaso troncocónico con temas de Cogotas I.

Pese a que las formas cerámicas nos aportan datos que facilitan la adscripción cronocultural del yacimiento, la decoración presente sobre algunos barros es, sin duda, la referencia más elocuente en este sentido. En principio, podemos apuntar que cabe hacer dos apartados entre las especies decoradas recuperadas en Zurita.

- En un primer capítulo incluiremos un único fragmento hallado por nosotros. Se trata de un borde y el arranque del cuerpo de un recipiente cuenquiforme. Presenta al exterior, una faja decorada formada por dos estrechos frisos de entramado recto cosido que flanquean otro formado por cuatro líneas corridas incisas. Las características de este fragmento se ajustan perfectamente a las del grupo Ciempozuelos, permiten señalar que en el lugar sin duda sobrevino una ocupación campaniforme.
- El segundo apartado está formado por un amplio elenco de decoraciones, bastante variadas, que remiten claramente al Bronce Medio y Final. Al primer momento pertenecen diversos motivos que, elaborados mediante incisión e impresión, se repiten en la mayor parte de los barros recuperados: líneas horizontales de espigas bajo el borde al interior y exterior del vaso, metopas de espiga que alternan con espacios vacíos, a modo de ajedrezados, zigzags en la línea de la carena y bajo el borde, motivos radiales que parten hacia el fondo integrados por espigas limitadas entre líneas incisas, etc., son algunos de los motivos recuperados en el área prospectada.
- El recipiente troncocónico antes citado muestra una serie de líneas horizontales de Boquique, de ellas cuelga una guirnalda incisa y, bajo ésta, varias líneas ondulantes paralelas.

Industria lítica

Está realizada sobre sílex blanco o translúcido y cuarcita. Únicamente hemos recogido un par de elementos de hoz, uno bastante tosco, montado sobre lasca de cuarcita, y otro que, sobre lasca de sílex, porta un fino retoque denticulado sobre uno de sus lados.

Con todos los caracteres de todos estos elementos, principalmente las cerámicas, no resulta difícil situar la ocupación prehistórica de Zurita en un intervalo cronológico que abarcaría desde

el horizonte Protocogotas, del Bronce Medio, y un momento indeterminado, tal vez incipiente, a tenor de la simplicidad ornamental del único fragmento recuperado que con seguridad podemos adscribir a esta fase, del Cogotas I pleno, representativo de los primeros momentos del Bronce Final de la región.

Valoración y cronología

A la hora de determinar el tipo asentamiento que se desarrolló en este enclave nos parece interesante señalar que hemos tenido ocasión de visionar la fotografía aérea del lugar, realizada por el arqueólogo J. del Olmo Martín. Dicho fotograma muestra en el extremo occidental del área sobre el que se recogen las evidencias arqueológicas, un crecimiento diferencial del cereal a modo de pequeños círculos desordenada-

mente repartidos por la tierra. La prospección superficial llevada a cabo no ha permitido verificar la existencia de posibles hoyos, si bien dicha observación, de tener verdadero carácter arqueológico, se amolda al área general de dispersión del yacimiento, coincidiendo sobre todo con la zona de alta densidad de hallazgos de la ocupación prehistórica.

El hallazgo de varios molinos de mano de granito, el importante lote cerámico y lítico recuperado, hace que podamos establecer que en el lugar se estableció un lugar de habitación que quizá responda a la tipología de los denominados campos de hoyos. La cronología que podemos aportar es, como es lógico algo imprecisa; empero podemos decir que en el lugar se desarrolló una ocupación Campaniforme, la cual tuvo continuidad durante la fase Protocogotas y la plenitud de Cogotas I.

37. VIÑAS DE ABAJO (VILLABÁÑEZ)

Coordenadas: Lat. 41° 36' 26"
Long. 04° 31' 00"
Altitud: 705 m.s.n.m.
Hoja M.T.N. 1/50.000
(373) Quintanilla de Onésimo

Entorno y descripción del yacimiento

Se sitúa sobre la margen derecha de la Ribera del Duero, en las tierras llanas de la vega del río que, poco más al norte, contactan con las cuestas del páramo.

Queremos señalar que, si bien Agapito y Revilla (Agapito y Revilla, J. 1926: 129-131; *Idem.* 1929: 238) sitúa el yacimiento de Viñas de Abajo, un tanto imprecisamente, cerca del arroyo Jaramiel; el cual se sitúa a cierta distancia del lugar que aquí citamos, no tenemos muchas dudas de que dicho enclave, que fuera citado por Palol y Wattenberg (Palol Salellas, P. de, y Wattenberg Sanpere, F. 1974: 208-209), es el mismo que nosotros recogemos aquí.

Al lugar se accede: saliendo de Villabáñez por la carretera de Olivares de Duero, se toma el camino de Villabáñez a Traspinedo, el cual nace a la derecha de la misma en dirección sur, y por él se recorren aproximadamente 2'7 km hasta alcanzar el cruce con el camino de las Guindaleras, situado a escasos metros de la central eléctrica. Alcanzado este punto, el yacimiento se encuentra a ambos lados de dicha encrucijada.

En este ámbito se localizan varias áreas sobre las que se distribuyen restos materiales, que constituyen la única evidencia

destacada del yacimiento. Hemos diferenciado tres núcleos. En todos ellos la distribución de evidencias es homogénea y entre los tres no existen diferencias apreciables en cuanto a la densidad de los mismos.

El Sector A, el de menor extensión (1'3 Has), se sitúa, a la izquierda del camino de Villabáñez a Traspinedo, del que dista apenas 140 m, inmediatamente tras un pequeño pinar. Desde el punto de vista topográfico, se sitúa en las tierras de la vega que descienden, en suave pendiente, en dirección del río, extendiéndose hacia el N y E. No podemos precisar si tiene continuidad hacia el W, dada la nula visibilidad que oponen a la prospección tanto el pinar como la presencia de una casa vallada. El escaso material cerámico a mano que se recoge en la zona, es la única prueba patente de la existencia de este núcleo.

El Sector B, de una extensión aprox. de 2'7 Has, se ubica justo a oeste del cruce de caminos y al N de la presa citados. Se extiende, sobre todo, en dirección W, con un desarrollo paralelo al camino de las Guindaleras. Al igual que en el caso anterior, las únicas evidencias observables son los materiales cerámicos realizados a mano.

No descartamos que los dos núcleos comentados, pudieran pertenecer a una misma área arqueológica sin solución de continuidad, pues únicamente media entre ellos una zona de nula visibilidad (el pinar y la casa cercada apuntados). No obstante, ante la falta de un argumento más sólido, que permita establecer este extremo, preferimos considerarlos como independientes.

El Sector C, posee una extensión semejante al anterior (2'7 Has), situándose al oeste del camino de Villabáñez, a unos

226 400 m al NO del cruce de caminos. Se caracteriza por la aparición de una mayor concentración de restos arqueológicos, mayoritariamente material cerámico a mano, no apreciándose sobre el terreno ninguna coloración diferencial. A pesar de no existir gran distancia entre éste y el Sector B (apenas 245 m), hemos preferido considerarles independientes; no en vano, en las parcelas intermedias, en las que existe una buena visibilidad, no comparece evidencia arqueológica alguna.

Análisis de los materiales

Se componen exclusivamente de evidencias cerámicas y líticas. El número de elementos, mínimamente significativos, que, personalmente, tuvimos ocasión de recuperar en este ámbito, hemos de reconocerlo así, resulta sumamente exiguo.

Industria cerámica

Si exceptuamos un fragmento identificado en el Sector A, el resto proviene del Sector C, en tanto que en B no se recogió ningún fragmento, puesto que los detectados eran escasos, poco significativos y, además, presentaban un avanzado estado de fragmentación.

- El único fragmento recuperado en el Sector A es un borde, perteneciente a un forma indeterminada, de cocción mixta (reductora-oxidante), de color ocre, con desgrasantes cuarcíticos y micáceos y superficie alisada.
- Del Sector C procede un conjunto de materiales cerámicos y líticos. El primero está integrado por cerámicas realizadas a mano, de cocciones mayoritariamente reductoras, lo que se traduce en un predominio de las coloraciones negruzcas y grisáceas en el conjunto. Las pastas contienen desgrasantes micáceos, cuarcíticos y calizos de pequeño y mediano tamaño. Las superficies, generalmente bien cuidadas, aparecen alisadas o conservan restos de bruñido, en la mayor parte de los casos.
- Morfológicamente, podemos apuntar que se recogieron fragmentos de bordes de pequeño tamaño con escaso desarrollo de sus paredes. Todos ellos presentan labios redondeados y son ligeramente vueltos o verticales, y, en general, parecen corresponder a pequeños recipientes globulares y cuenquiformes. El fragmento más significativo, sin duda, corresponde a un pequeño galbo que pre-

senta una carena angulosa, marcada al interior, de hombro resaltado y cuello abierto, que pertenece a un vasito de carena resaltada. Igualmente, se recogieron varios fragmentos correspondientes a galbos lisos y algún fondo plano.

- Respecto a la decoración, esta se limita a un pequeño fragmento de borde que porta digitaciones impresas sobre el labio.

La industria lítica

está representada por cuatro fragmentos de sílex, blanco –tres de ellos– y marrón –el restante–. En todo caso se trata de restos de talla que no presentan retoque.

Estos materiales, sin ser en exceso expresivos, remiten, sin mayores precisiones, a un horizonte cronológico y cultural propio de la Primera Edad del Hierro; fundamentalmente, a partir de la presencia de vasitos carenados, como los que suelen comparecer en los yacimientos del horizonte “Soto de Medinilla”, tan característico de la zona.

Valoración y cronología

Como ya hemos apuntado, el material descrito es el que nosotros hemos tenido ocasión de recuperar a lo largo de nuestras prospecciones en el área arqueológica. Ahora bien, nuestras pesquisas en el Museo Provincial de Valladolid nos permitieron identificar, dentro de la colección entregada en el mismo por el aficionado Pablo Zalama, una serie de materiales procedentes de este ámbito⁴¹. Entre tales evidencias, además de fragmentos cerámicos de cronología semejante a la defendida más arriba, se localizan otros que reflejan la existencia de ocupaciones anteriores en el lugar. En dicha colección podemos observar una nutrida muestra de instrumentos líticos, tanto tallados (puntas de flecha, microlitos, láminas, etc.) como pulimentados (hachas). Los rasgos técnicos del material lítico e han de vincular, si el propósito es ubicar cronoculturalmente el yacimiento, a las características –sobre todo decorativas– del material cerámico. Entre los materiales más significativos de esta procedencia se detectan materiales decorados con impresiones oblicuas, zigzags incisos, triángulos colgados, etc., encontramos rasgos suficientes que nos remiten a diversos momentos culturales: Neolítico, Campaniforme y Bronce Medio. Desgraciadamente, pese a lo expresivos que

⁴¹ Estos materiales se recogen en un informe elaborado, sobre la citada colección, por Alberto Campano y M.ª Consuelo Escribano (1987).

resultan los materiales que integran la colección, lo poco ortodoxo del procedimiento empleado en su recuperación, resta efectividad a los mismos.

Puestos en contacto con el coleccionista Pablo Zalama, intentando desentrañar la procedencia de los materiales y, por tanto, la distribución y naturaleza de las ocupaciones, nos comunicó que durante sus repetidas visitas al yacimiento pudo apreciar coloraciones diferenciales en una gran extensión –a la derecha del camino de Villabáñez a Traspinedo; esto es, en torno a nuestro Sector B–, ámbito del que proceden el grueso de los materiales cerámicos y líticos por él recuperados. Sin embargo, como hemos tenido ocasión de observar en nuestras descripciones, nuestra prospección no ha corroborado tal informa-

ción. La posible razón de esta disimilitud entre lo observado en nuestras prospecciones y las noticias aportadas por el Sr. Zalama, puede estar en relación con otra información que pudimos recabar en la zona. En efecto, puestos en contacto con un vecino de la zona: D. Isidro Calvo (es propietario de alguna de las parcelas incluidas en el área arqueológica), pudimos saber que en los últimos años se ha producido una importante aportación antrópica de grandes masas de tierra procedentes de los páramos inmediatos, en un intento de allanar e igualar el terreno y facilitar las labores de arada. Esta circunstancia, sin duda, ha contribuido a enmascarar el aspecto originario del área arqueológica e imposibilita que podamos hacer mayores precisiones al respecto.

38. FUENTE DE BOECILLO (BOECILLO)

Coordenadas: Lat. 41° 32' 30"
 Long. 04° 41' 08"
 Altitud: 700 m.s.n.m.
 Hoja M.T.N. 1/25.000
 16-15(372) Aldeamayor de San Martín

Entorno y descripción del yacimiento

El yacimiento de Fuente de Boecillo se sitúa, como ya hemos apuntado en otros apartados de este trabajo, fuera del estricto marco de la Ribera del Duero, estando enclavado, aproximadamente, a 1'3 km de Boecillo en dirección este, a la derecha de la carretera –VA-300– que une dicha localidad con Tudela de Duero. La zona en cuestión, situada sobre una terraza fluvial, ofrece un aspecto suavemente alomado, con un suelo de arenas y gravas, viéndose enmarcada entre las vegas de los ríos Duero y Cega. En las proximidades de este ámbito se localiza la Fuente de Boecillo; surgencia, hoy prácticamente agotada, que da nombre al enclave.

El yacimiento fue dado a conocer en 1983 por Tomás Mañanes, quien, entre otras cosas mencionaba la presencia en el lugar de materiales arqueológicos “del Bronce Medio-Bronce Final” (Mañanes Pérez, T. 1983: 86-87). Por esas mismas

fechas las actividades de una explotación de gravas y arenas afectó gravemente al yacimiento e hizo necesaria la realización de una excavación arqueológica de urgencia que fue dirigida por Rafael Galván Morales y Rosa García-Lomas. Dicha intervención, planteada como una excavación de urgencia, posibilitó la identificación de una serie de niveles, estructuras de ocupación, restos de cultura material y dataciones radiocarbónicas atribuibles a un grupo humano de clara adscripción Cogotas I. No obstante, la necesidad de conseguir una documentación más completa del yacimiento y la certeza de que algunas de las estructuras visibles en el corte del arenoso no habían sido excavadas en su totalidad durante la anterior intervención, motivó una nueva intervención arqueológica en el enclave. Ésta se llevó a cabo en 1988, bajo la dirección de M.^a Consuelo Escribano y Julio del Olmo. La intención de los autores, según refieren ellos mismos, era: I) completar la documentación obtenida en trabajos de prospección y excavación previos y II) conocer el comportamiento del yacimiento en otras zonas afectadas por la realización de diversas obras: trazado de un camino que une la carretera con las fincas próximas, cortes de la gravera y acción de rebuscas de furtivos. Como consecuencia de esta última intervención se realizó un breve informe⁴² que recoge los resultados obtenidos durante la excavación. A continuación hacemos un resumen de cuanto allí se refiere.

⁴² Un breve resumen de los resultados obtenidos en esta excavación se recoge en: Escribano, M.^a, C., y Olmo, J., del 1988. Sobre la excavación también se ha publicado una breve noticia publicada por Rojo Guerra y Val Recio (1990: 320).

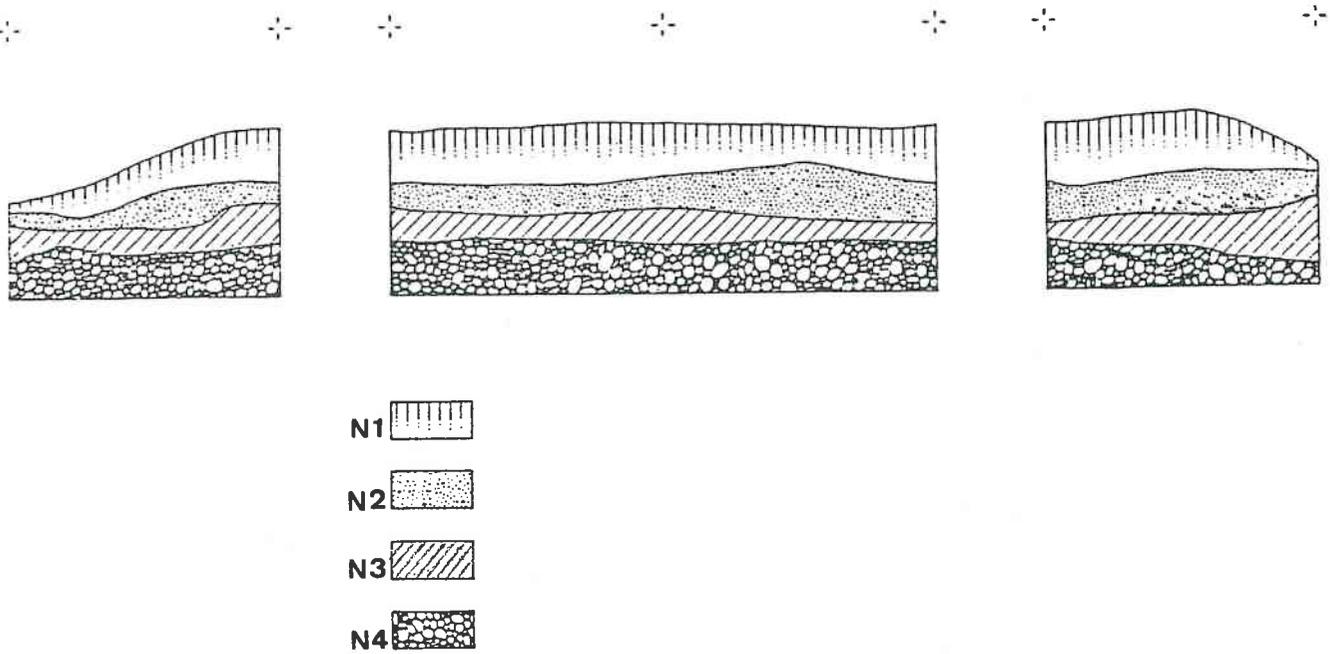


Fig. 167. Fuente de Boecillo. Secuencia estratigráfica general del yacimiento, obtenida en el cuadro O, cuadrante sureste (Según M.^a Consuelo Escribano y Julio del Olmo).

Esta intervención se realizó tomando como base un reticulado teórico con catas de 4 metros de lado, divididas en cuadrantes de 2 x 2 m, a ambos lados de un eje de dirección E-O. La excavación se centró, primeramente, en torno a las catas O, cuadrante NO y O, cuadrante NE, abiertas durante la campaña de 1983, trazándose nuevas unidades: 0-1, Ñ cuadrante NO, Ñ-1 y O cuadrante SE. A todas ellas se les denominó Sector I (Fig. 168).

Por otra parte, hacia el oeste de las cuadrículas citadas, se advirtió la existencia de un agujero de reciente apertura, que ponía al descubierto un nivel de tierra muy oscura. En este punto se trazaron las unidades R y S, de 2 metros de lado, y sendas ampliaciones hacia el sur, denominadas 1 y 2 de 1 x 0'5 m. Todo ello conforma el denominado Sector II.

Hemos de apuntar que hasta nosotros solo nos han sido proporcionados los dibujos de los cortes estratigráficos y de los materiales arqueológicos, procedentes del Sector I.

La excavación arqueológica ha deparado un conocimiento del comportamiento estratigráfico y desarrollo sincrónico en unos sectores muy concretos del yacimiento.

Los estratos arqueológicos presentan, en líneas generales, un patrón homogéneo y se distinguen por una manifiesta horizontalidad; sólo interrumpida por el brusco corte de la gravera.

Según se aprecia en el informe, la metodología empleada en la excavación, cada estrato y estructura diferente fue individualizado y registrado mediante un sistema de fichas y designado con números comenzando en el Sector I, a partir del 100 y en el Sector II del 1. A continuación se relaciona un escueto resumen de las principales observaciones estratigráficas realizadas durante la excavación (ver Fig. 167):

- **Nivel 1:** Localizado en las catas Ñ cuadrante NO y O cuadrante SE. Se trata de un estrato de tierra arenosa de color amarillento-anaranjado que constituye el nivel superficial.
- **Nivel 2:** Estrato homogéneo de arena de grano suelto de color gris oscuro que aparece en las catas Ñ, cuadrante NO, y O, cuadrante SE. Es un estrato, totalmente cubierto por el Nivel 1, de tierra de color gris con muchas raíces, interpretado como nivel de ocupación. Contiene restos de fauna y restos de talla de sílex y cuarcita.
- **Nivel 3:** Estrato arqueológico conformado por arenas compactas y heterogéneas de color pardo, con inclusiones de coladas naturales de arrastre con materia orgánica, interpretado como procedentes del nivel de ocupación.
- **Nivel 4:** Nivel de terraza compuesto por gravas y arenas de color parduzco, que aparece en todas las catas, sobre el que se asienta la ocupación y que ha sido cortado por la construcción de las estructuras de habitación.

Esta serie de labores arqueológicas permitieron la identificación de 7 hoyos, cuya somera descripción ha sido considerada individualmente. La numeración que reciben no responde a otro hecho que el sucesivo orden en que fueron excavados. En la descripción no se hace una enumeración pormenorizada de los hallazgos, ya que al final se incluye el dibujo de la selección de los materiales hallados en cada uno de ellos.

- **Hoyo 1:** De forma paracircular, paredes convergentes y fondo irregular, situado en la convergencia de las catas Ñ cuadrante noroeste, Ñ-1, O-1 y O cuadrante noreste. Su

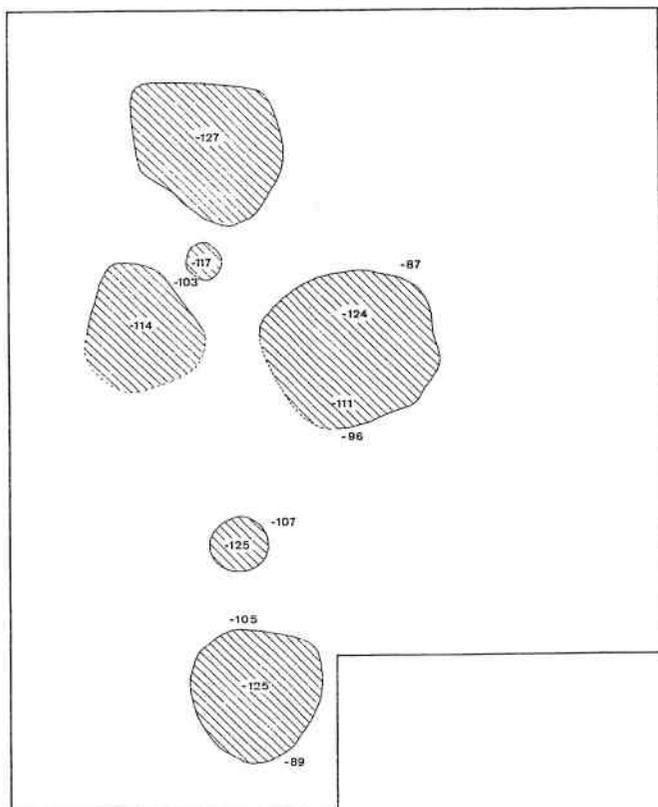


Fig. 168. Fuente de Boecillo. Planta con la distribución de algunos de los hoyos localizados en excavación (Según M.^o Consuelo Escribano y Julio del Olmo).

relleno lo compone una tierra arcillosa y homogénea de color gris blanquecino con chispas de carbón.

- **Hoyo 2:** De forma circular, paredes convergentes y fondo cóncavo que aparece entre las catas O cuadrante sureste y O cuadrante Noreste.
- **Hoyo 3:** Hoyo muy irregular parcialmente destruido por la extracción de gravas. Se localiza entre las catas O-1 y O cuadrante noreste.
- **Hoyo 4:** Registrado en el corte de la explotación de gravas en la cata O-1.
- **Hoyo 5:** Pequeño hoyo de forma cilíndrica que quizá pueda corresponder a un agujero de poste.
- **Hoyo 6:** Pequeño hoyo, interpretado como un posible agujero de poste. Aparece en la cata O cuadrante Noreste.
- **Hoyo 7:** Posible hoyo de poste de la cata O-1.

Resumiendo las anteriores observaciones, podemos decir que se comprobó que existía una única fase de ocupación con abundante material arqueológico. Otro hecho a destacar es que las estructuras detectadas en el lugar se reducen a los con-sabidos hoyos, tan característicos de los yacimientos de esta época. En el interior de una de estas subestructuras, durante la intervención practicada por Rafael Galván (Delibes de Castro, G. y Fernández Miranda, M. 1986-1987: 23; Castro Martínez, P. V., Lull, V., y Micó R. 1996: Apéndice, n^o 111), se localizó la presencia de madera carbonizada que hizo posible la realización de un análisis de radiocarbono.

N ^o de muestra	Edad estimada	Edad equivalente
CSIC-557	3170±60 B.P.	1220±60 a.C.

Análisis de los materiales arqueológicos

Después de las comprobaciones estratigráficas, hemos considerado viable analizar los materiales de prospección y de excavación conjuntamente, al existir una única fase de ocupación. Hemos de advertir que los materiales a los que aquí nos referiremos proceden únicamente de la intervención realizada en el yacimiento en 1988. Desconocemos cuál ha sido el destino de los materiales recuperados en 1983.

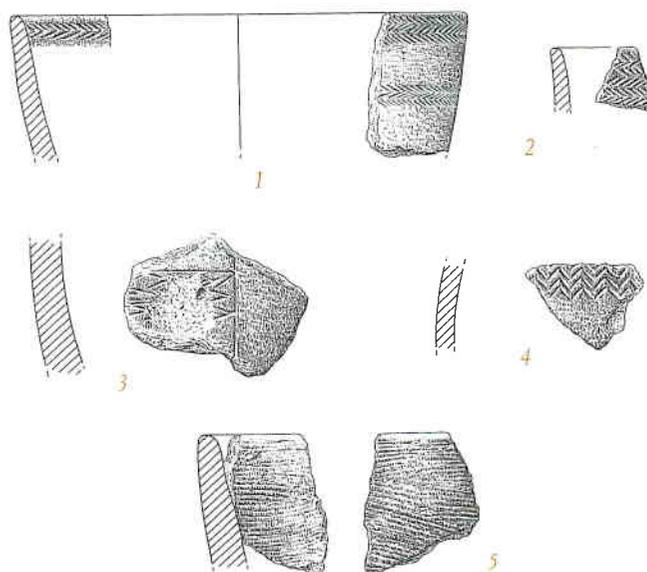


Fig. 169. Fuente de Boecillo. Materiales cerámicos recuperados en el nivel superficial del cuadro F-1.

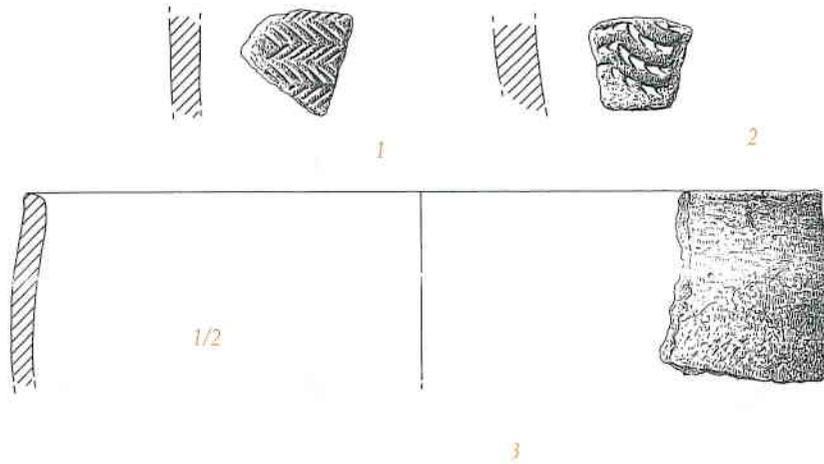


Fig. 170. Fuente de Boecillo. Dos fragmentos decorados y una gran olla procedente del Nivel 2, del cuadro H-2.

Industria cerámica

Al tiempo que tuvimos acceso al informe de dicha excavación también lo tuvimos a los dibujos de los materiales procedentes de la misma. Las láminas que nos proporcionó M.^a Consuelo Escribano (desde aquí toda nuestra gratitud) recogen un lote de 113 fragmentos. En el informe se dice, sin mayores valoraciones ni cuantificaciones, que se trata de vasos en buen estado de conservación “hechos a mano, cocidos a fuego reductor o alternante, de pastas homogéneas con desgrasantes cuarcíticos y superficies que varían desde las toscas a bruñidas”.

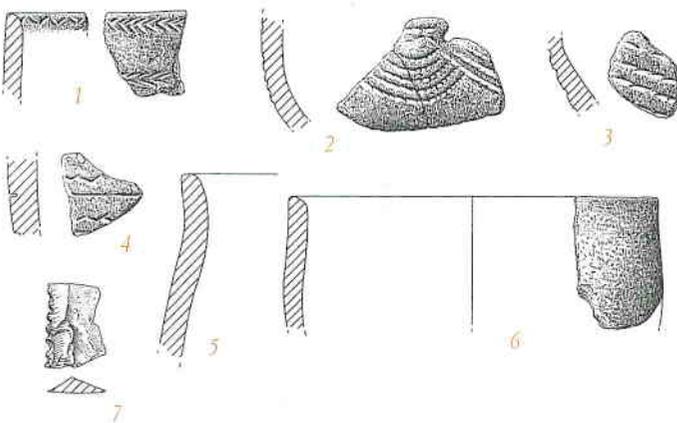


Fig. 171. Fuente de Boecillo. Cerámicas y pieza de hoz ballados en el Nivel 2. Cuadro J-3.

Este elenco puede ser clasificado en función de que sus paredes aparezcan lisas (40 bordes, el 57'14%) o decoradas (30 bordes, 42'85%). Resalta el alto porcentaje de este último tipo, algo que, muy probablemente, hay que atribuir a la selección que se ha hecho del material por parte de los excavadores. Aunque en el informe no se hace mención alguna al respecto, nos da la impresión de que han sido seleccionados todos los fragmentos decorados recuperados, así como los de aquellas lisas de tamaño notable.

- Cuencos de la Forma 1: Se documentan un total de 22 ejemplares, lo que representa el 31'43% de las formas identificadas en el yacimiento. Aquí tienen cabida recipientes de contorno semiesférico (1 A), de perfil hemisférico, con borde curvo ligeramente entrante (1 B) y hondos de borde más o menos vertical (1 C). Los primeros son, con mucho (18 bordes), los más numerosos, respondiendo a una diversidad de tamaños: desde pequeños recipientes de apenas 98 cm (Fig. 180. 6), hasta otros, de notables dimensiones, que alcanzan los 296 mm (Fig. 181. 1). Esta modalidad de recipientes aparecen adornados en una alta proporción (14 de ellos aparecen decorados -63'63%-). De los segundos contamos con un par de ejemplares. Ambos aparecen decorados. Uno de ellos cuenta con un curioso ajedrezado, conseguido mediante la alternancia de escaques lisos y otros rellenos de líneas incisas horizontales paralelas (Fig. 184. 11). La tercera variante está representada por otro par de ejemplares. Ambos carecen de decoración (Fig. 171. 6 y 172. 7).
- Cuencos troncocónicos de la Forma 2. Detectamos su presencia a partir de cuatro fragmentos, cuyas paredes

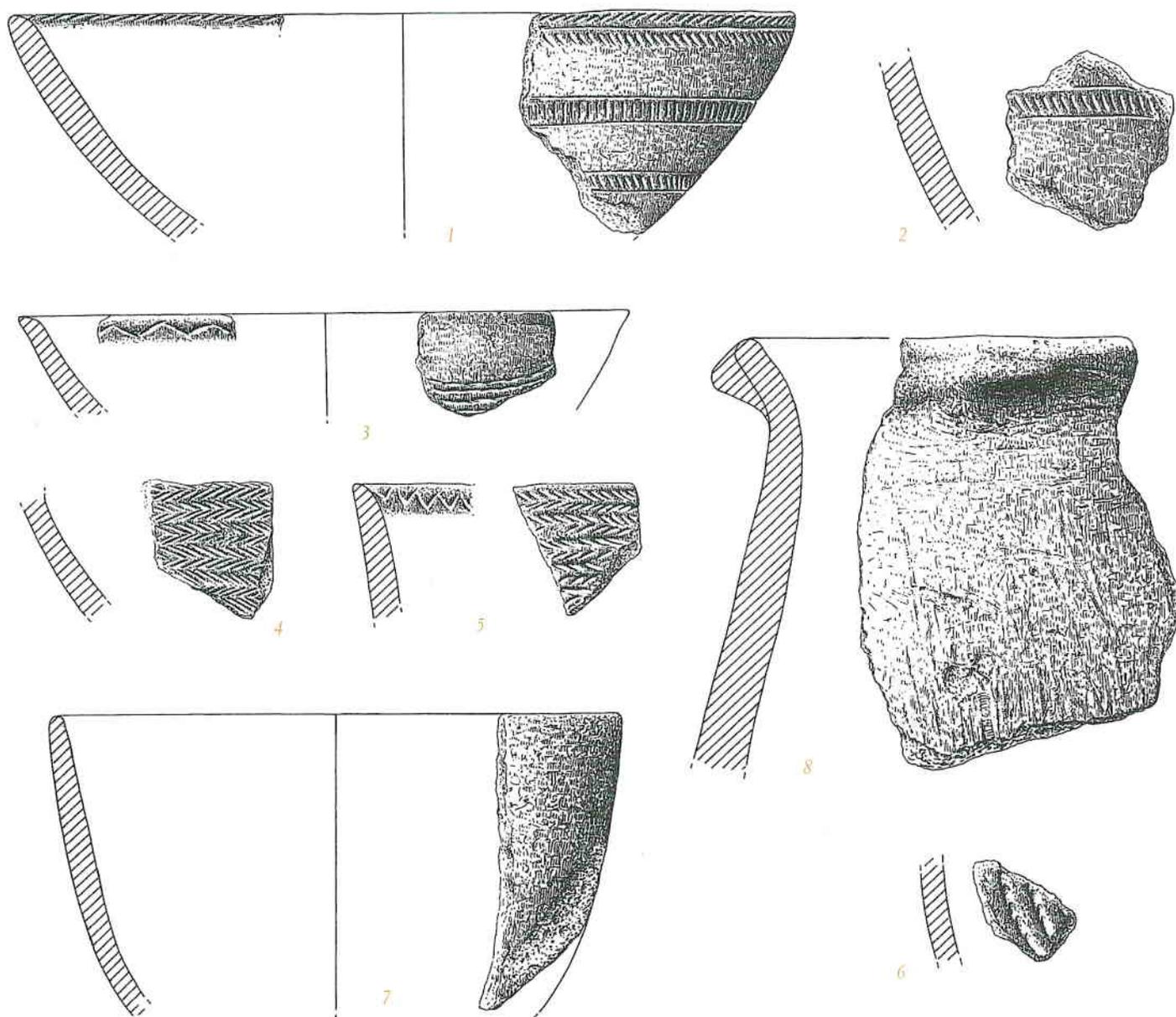


Fig. 172. Fuente de Boecillo. Vasijas lisas y decoradas del Nivel 2. Cuadro O-2.

- adoptan una disposición, más o menos, rectilínea que apuntan hacia formas cónicas. Tres de ellos presentan las superficies lisas. El cuarto, de borde biselado, presenta un zigzag inciso sobre el labio y tres líneas horizontales, paralelas, de Boquique al exterior (Fig. 184. 8).
- Cuenco de mediano tamaño de perfil elíptico con eje máximo en vertical de la Forma 4. Contamos con un ejemplar liso, con el labio ligeramente significado (Fig. 182. 2).
 - Ollas globulares de la Forma 5: Contamos con un ejemplar, marcadamente esférico, bastante completo, de pequeño tamaño, asimilable a la variante 5 A (Fig. 183. 12).
 - Ollas de borde simple entrante de la Forma 7. Contamos con un total de diez piezas. Cuatro de ellas son de tendencia globular, correspondientes a nuestra variante 7 A. Tres de ellos aparecen lisos (Fig. 185. 2; 175. 5 y 186. 6) y el cuarto muestra decoración incisa (un fino zigzag sobre el labio) y de Boquique (dos líneas paralelas al exterior del labio) (Fig. 177. 2). Las restantes, de paredes más tirantes, mayor desarrollo en altura y bordes apenas entrantes, son asimilables a la modalidad 7 B. Uno de ellos, por el grosor de sus paredes de gran tamaño, presenta dobles lengüetas enfrentadas (tipo 6a) junto al labio (Fig. 183. 13).

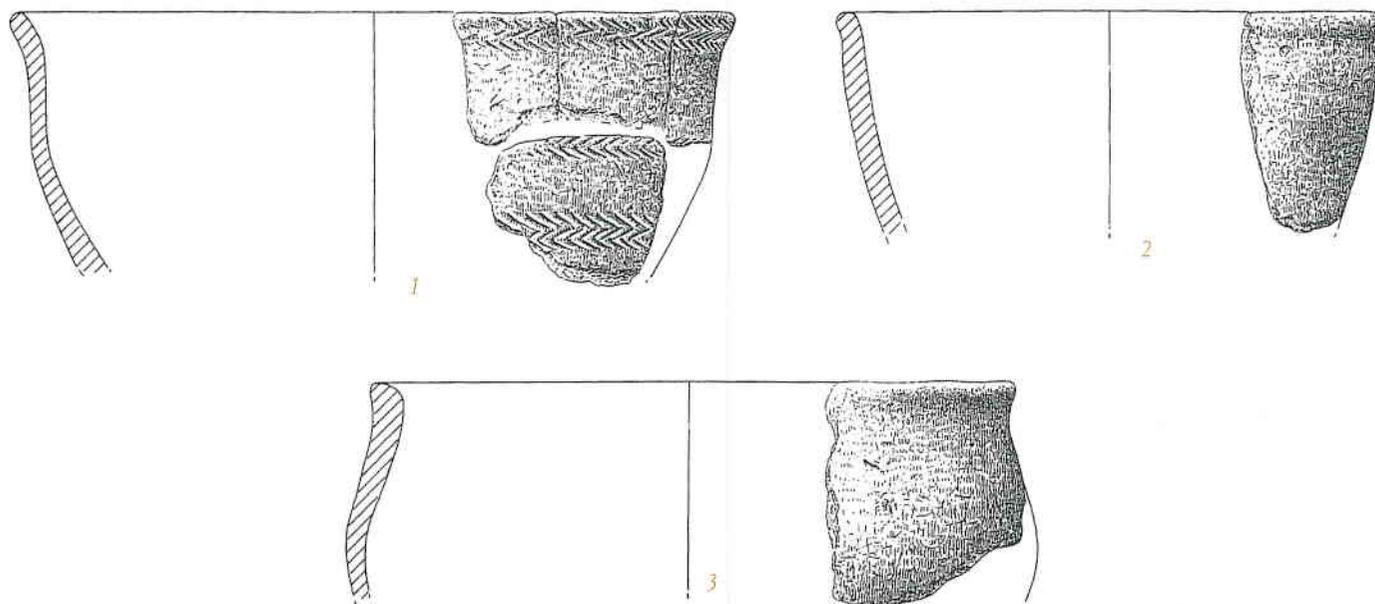


Fig. 173. Fuente de Boecillo. Tres recipientes hallados en el Nivel 2. Cuadro O-2.

- Ollas de perfil en S de la Forma 9. Contamos con algunos ejemplares de las dos primeras variantes contempladas en nuestra clasificación. De la variante A (con cuello incipiente) contamos con tres ejemplares de mediano tamaño (Fig. 179. 1; 185. 4; 173. 3). De la variante B (con cuello corto y borde prácticamente vertical) contamos con un perfil bastante completo (Fig. 181. 2), liso, de perfil bajo.
- Recipientes de la Forma 10: Un par de fragmentos de borde de la variante A que muestran decoración (Fig. 183. 1 y 6) pudieran pertenecer a este perfil. Contamos con un fragmento de borde que, con alguna duda, pudiera ser atribuido a la variante B, decorado con una serie de triángulos rellenos de puntos impresos (Fig. 177. 4).
- Vasijas de marcado perfil en S de la Forma 11. Contamos con un fragmento de borde que muestra un mamelón junto al labio (Fig. 172. 6).
- A la Forma 12 creemos poder atribuir un fragmento cerámico (Fig. 178. 1), el cual, además de adecuarse al

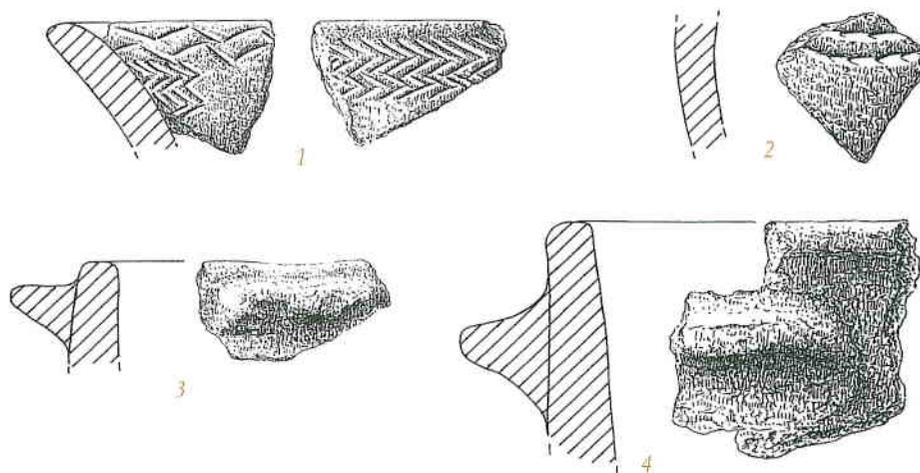


Fig. 174. Fuente de Boecillo. Fragmentos decorados del Nivel 2. Cuadro O-2.

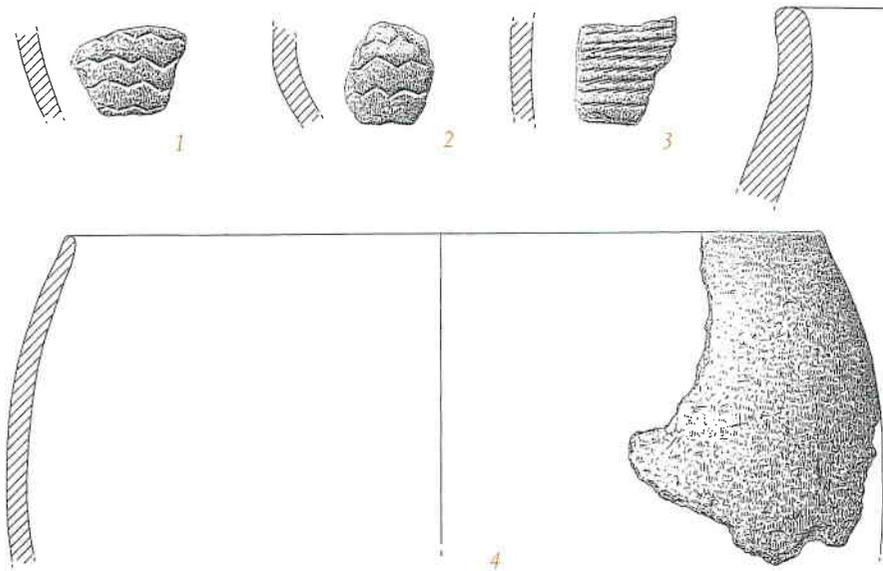


Fig. 175. Fuente de Boecillo. Cerámicas del Cuadro O-3. Nivel 2.

perfil del modelo, muestra una decoración, de estrechas bandas horizontales de retícula incisa, semejante a la que suele ser habitual en esta clase de recipientes que suelen recibir la denominación de jarras.

- Tazas carenadas de la Forma 13: Contamos con algunos bordes, bastante incompletos, que merecen tal atribución; de hecho, el 20% del total de cerámicas decoradas recuperadas en excavación tendrían cabida en este apartado (Fig. 182. 1; 174. 1; 186. 4).
- Recipientes troncocónicos de la Forma 14. Tienen una representación pareja a la del perfil anterior. Sólo un par de ejemplares reconstruibles han llegado hasta nosotros. Ambos tienen en común el hecho de contar con carena media y responder a un perfil bastante plano. Difieren en que uno de ellos muestra un cuerpo superior de paredes casi verticales y borde ligeramente curvado abierto (Forma 14 A. Fig. 173. 1), mientras el otro cuenta con paredes algo más abiertas (Forma 14 B. Fig. 186. 13). Este perfil, en todo caso aparece decorado.

Según se recoge más arriba muchas de las formas aparecen decoradas. De hecho, el empleo de decoración es algo sumamente habitual en el yacimiento. En Fuente de Boecillo contamos con un total de 62 fragmentos decorados.

Las decoraciones exteriores de los recipientes son las siguientes:

- Tres son las técnicas con las que se consiguen las distintas decoraciones presentes en los vasos descritos. La

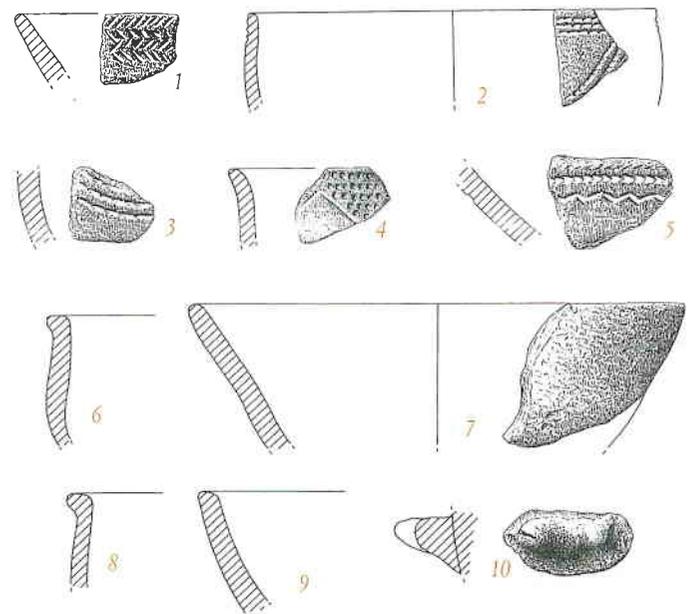


Fig. 176. Fuente de Boecillo. Diversos cuencos (lisos y decorados) y un mamelón del Nivel 2. Cuadro O-3.

incisión, el Boquique y la impresión. Desde un punto de vista técnico apuntar que todas ellas se aplican sobre el barro previo a su cocción.

- La incisión es, sin duda, la técnica más veces empleada: De los 62 fragmentos decorados, procedentes de excavación, 47 (75'8%) poseen algún tema inciso.
- El Boquique se refleja sobre 17 fragmentos –27'42%– del total de los decorados, puestos a nuestra disposición.
- Papel más secundario representan las impresiones. Su presencia se detecta sobre 3 fragmentos –4'84%–.

Cada una de las técnicas decorativas referidas aparece expresada sobre los recipientes de forma peculiar, tanto en cuanto a motivos como a distribución:

- Por lo que se refiere a los motivos incisos existe cierta variedad, si bien las más habituales son las espigas, presentes sobre el 57'44% de los recipientes decorados mediante incisión. Se nos muestran en tres modalidades fundamentales: “espiga simple”, reducida a una sola línea de espiguilla que, habitualmente, adquiere una disposición horizontal, bien paralela al borde (Fig. 172. 1; 171. 1, 186. 3 y 4, etc.), bien circundando el cuerpo del recipiente (Fig. 177. 3). Disposición análoga suelen adoptar las espigas dobles (Fig. 173. 1; 169. 1, etc); las cuales son más abundantes, incluso, que las anteriores. Por último las “espinas de pescado” múltiples (espiga compuesta) ocupan determinados espacios; las más de las veces agrupadas en tupidas filas (Fig. 183. 4; 184. 6, 7; 172. 5 y 4, etc.).
- Por lo que se refiere a las líneas incisas continuas, presentes sobre 11 fragmentos –17'74%–, su misión habitual es enmarcar o servir de guía a otros temas. Con todo, no falta algún ejemplo en que líneas paralelas se emplean como elemento exclusivo para configurar determinados motivos decorativos. En un caso una serie de líneas paralelas horizontales que alternan con espacios lisos (Fig. 184. 10), decoran el cuerpo de un recipiente cuenquiforme. En otro, series apretadas de líneas paralelas, sirven para rellenar una serie de escaques rectangulares que alternan con otros lisos, dibujando un peculiar ajedrezado (Fig. 184. 11).
- Las retículas hacen acto de presencia sobre 4 –6'45%– de los fragmentos incisos de la excavación. En un par de casos se aprecia una estrecha banda horizontal de retícula en aspa, junto al borde de un cuenco (Fig. 184. 4) y a lo largo de la panza de un vaso de forma indeterminada (Fig. 177. 4); en otro se configuran tres franjas horizontales paralelas de entramado oblicuo de cuidada ejecución, separadas por líneas incisas, que decoran el cuerpo de lo que hemos identificado como un recipiente de tipo jarra (Fig. 178. 1). En el ejemplo restante un motivo de retícula ortogonal sirve para rellenar lo que parece ser un espacio cuadrangular (Fig. 184. 10).
- Idéntica relevancia alcanzan otros motivos incisos, cual son los trazos cortos, oblicuos o verticales, significados sobre cuatro fragmentos con incisión –6'45%–. Habitualmente se disponen en estrechas bandas horizontales enmarcadas, o no, entre líneas simples, que discurren a lo largo de la panza de algunos vasos. En una ocasión llega a constituir la decoración que ornamenta casi en exclusiva el exterior de un cuenco (Fig. 172. 1).
- Los zigzag, tienen una presencia notable en Fuente de Boecillo, apareciendo en 11 recipientes (17'74 del total de vasos incisos). En un caso se trata de un zigzag aislado que discurre horizontalmente a la altura del borde (Fig. 185. 2). En cinco ocasiones los zigzag simples sirven de marco (Fig. 184. 4) o se conjugan con otros temas (Fig. 183. 3; 184. 2; 171. 4; 177. 5). Un fragmento ostenta un zigzag doble bajo el borde de un gran cuenco (Fig. 177. 1), otro par de galbos, de forma indeterminada, muestra uno triple (Fig. 180. 4) y hasta cuádruple (Fig. 169. 4). Por último, un par de fragmentos (sin duda formaron parte del mismo vaso), muestran una decoración en la que los zigzags parecen ornar toda la superficie del recipiente (Fig. 175. 1 y 2).
- Constatamos la presencia de otros motivos incisos; si bien aparecen en escaso número. Las ondas lo hacen en dos casos (Fig. 183. 6; 178. 2) y las líneas cosidas (Fig. 185. 1), sólo en uno.
- Las decoraciones realizadas mediante la técnica de Boquique son significativamente menos variadas que las arriba descritas. Concretando, se reducen a líneas rectas y ondas. Estas últimas se plasman sobre 9 de los 16 fragmentos decorados con Boquique –56'25%–.
- En todos los casos se expresan formando guirnalda en las que dos o más ondulaciones discurren paralelamente, dejando entre si espacios lisos.
- Las líneas rectas tienen una presencia ligeramente mayor: 10 ejemplos –62'5%–. Predominan las líneas simples, empleadas para delimitar el espacio ocupado por otros motivos (Fig. 184. 10; 184. 1), o servir de base de donde penden ondas de Boquique (Fig. 186. 13; 177. 2). En algunas ocasiones vemos una, dos (Fig. 177. 2) o tres (Fig. 177. 2) líneas horizontales de Boquique discurrendo paralelas al borde), también agrupadas, conformando el tema “preponderante” de la decoración de un vaso (Fig. 180. 3; 184. 8; 186. 13).

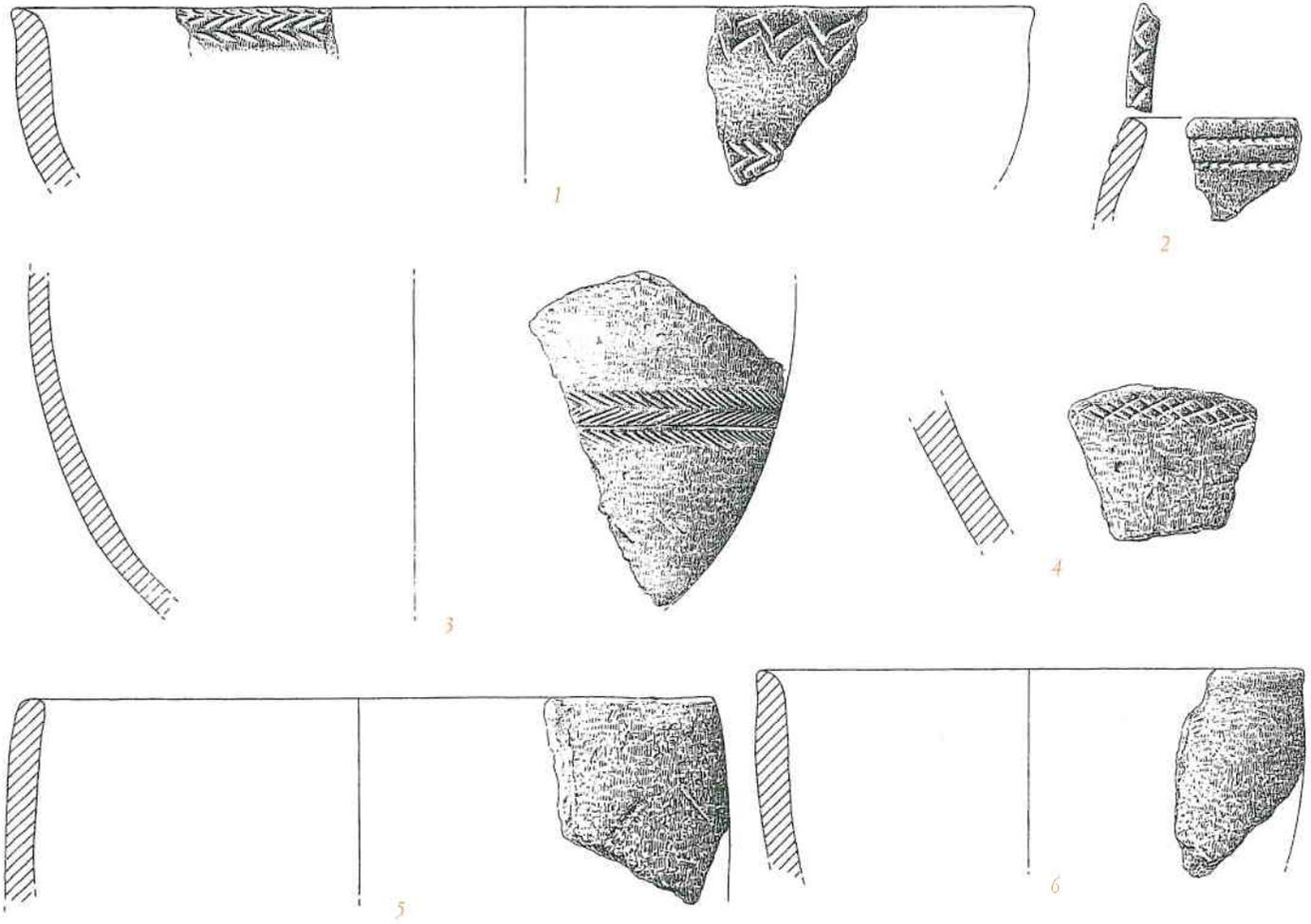


Fig. 177. Fuente de Boecillo. Cerámicas decoradas y lisas. Nivel 2. Cuadro O-3.

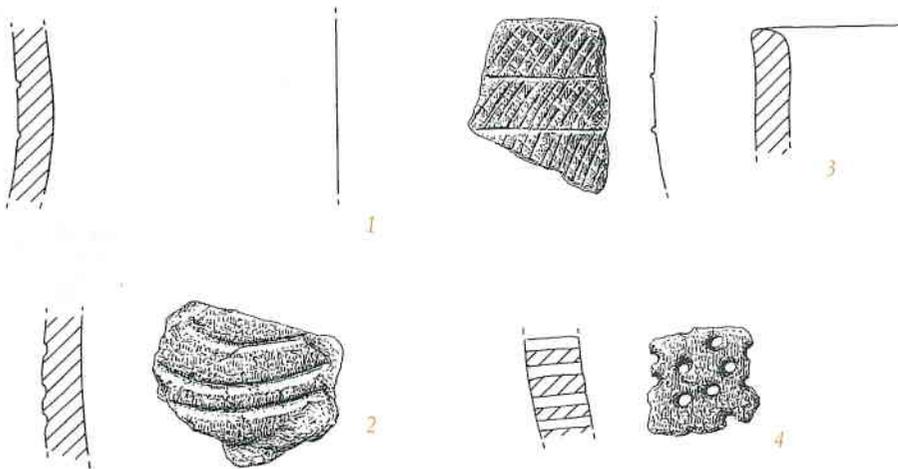


Fig. 178. Fuente de Boecillo. Cuatro fragmentos cerámicos, uno de ellos pertenece a un colador. Nivel 2. Cuadro O-3.

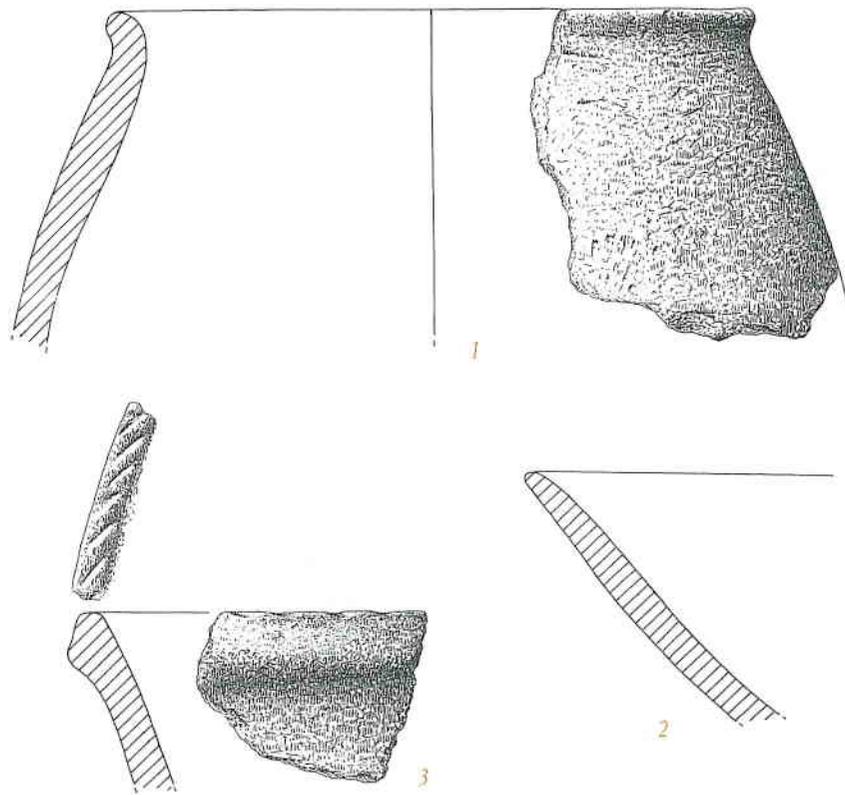


Fig. 179. Fuente de Boecillo. Cerámicas balladas en el Nivel 2. Cuadro P-2.

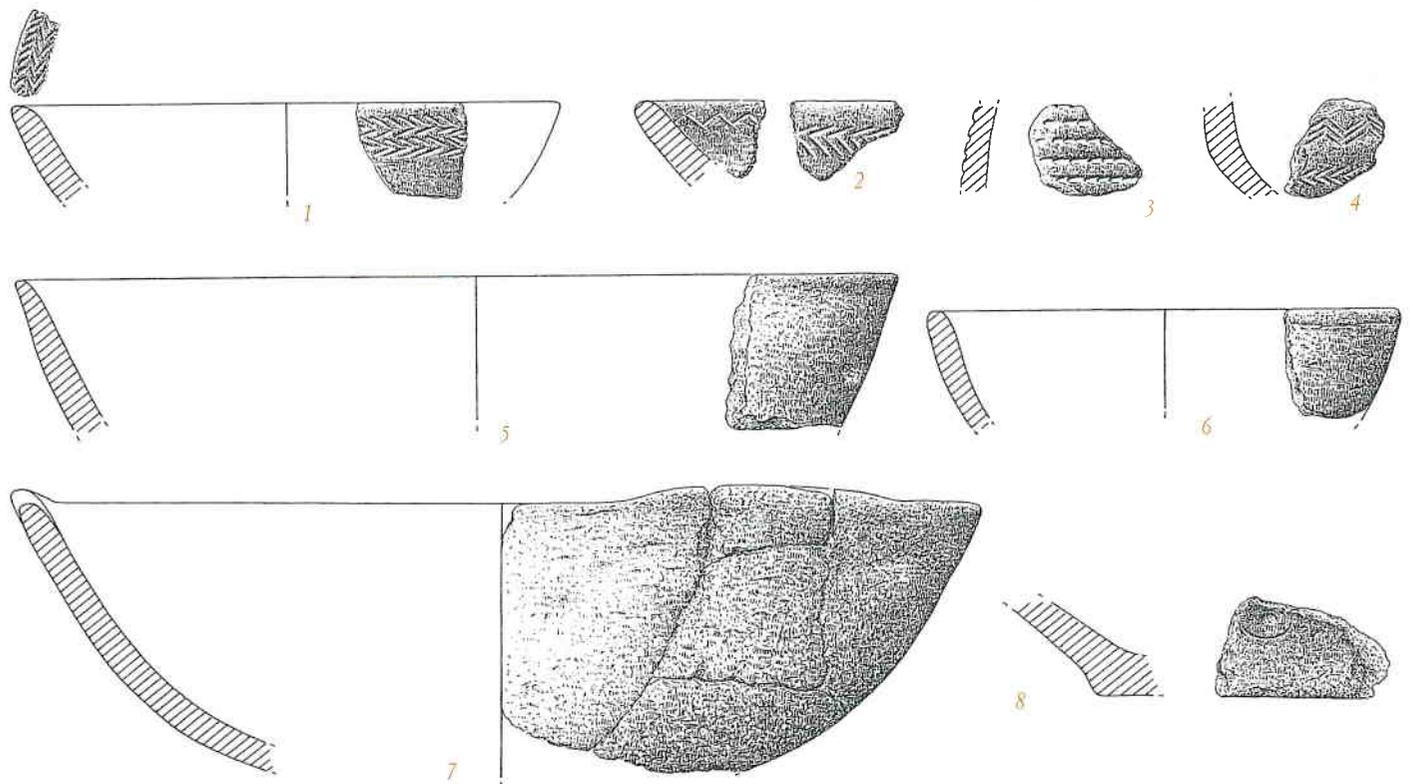


Fig. 180. Fuente de Boecillo. Varios cuencos, fragmentos decorados y un fondo. Proceden del Hoyo 8.

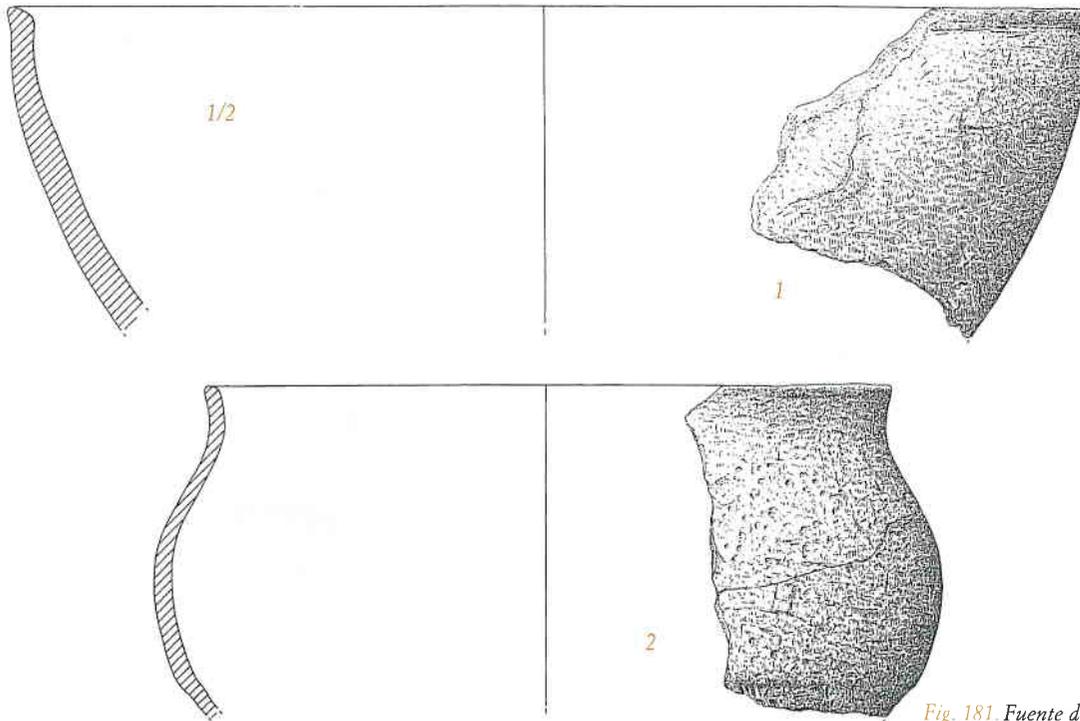


Fig. 181. Fuente de Boecillo. Grandes vasijas. Hoyo 8.

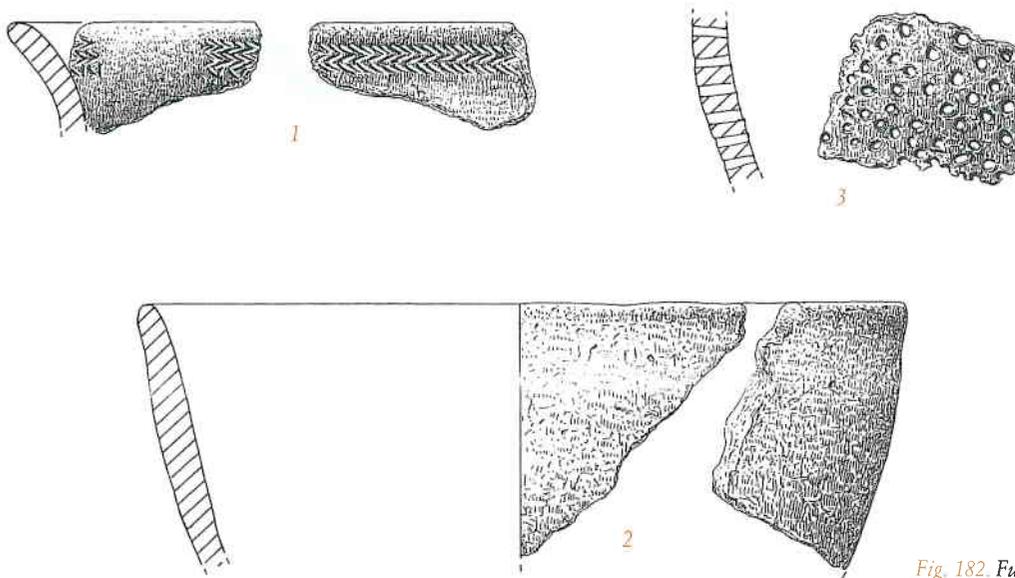


Fig. 182. Fuente de Boecillo. Cerámicas del Hoyo 9.

- Los motivos impresos aparecen representados sobre apenas 3 barros, el 4'84% del total de fragmentos con decoración exterior.
- Uno de los temas impresos consiste en el empleo de puntos de sección circular que rellenan un campo de forma triangular, previamente acotados mediante líneas incisas (Fig. 177. 4). Los dedos también sirvieron para realizar motivos impresos en el fragmento Fig. 185. 3, observamos una línea de impresiones digitales que recorren la parte exterior del borde de una vasija de notables dimensiones. Mencionar, por último, la presencia de un círculo impreso (Fig. 180. 8).

Como en todos los yacimientos de esta época los temas que arriba se enumeran se expresan sobre la superficie de los vasos de acuerdo a un plan determinado, que, como ya hemos apuntado en otras ocasiones, sólo puede conocerse trabajando con recipientes que ofrezcan una porción considerable de su superficie decorada. Dado que en la muestra con que contamos esto no se cumple sólo nos cabe apuntar que las pautas en la distribución decorativa de las distintas formas no advertimos diferencias significativas respecto a las constatadas en yacimientos como El Gurugú.

Tal como puede apreciarse a lo largo de las láminas de materiales, las distintas técnicas decorativas no se manifiestan

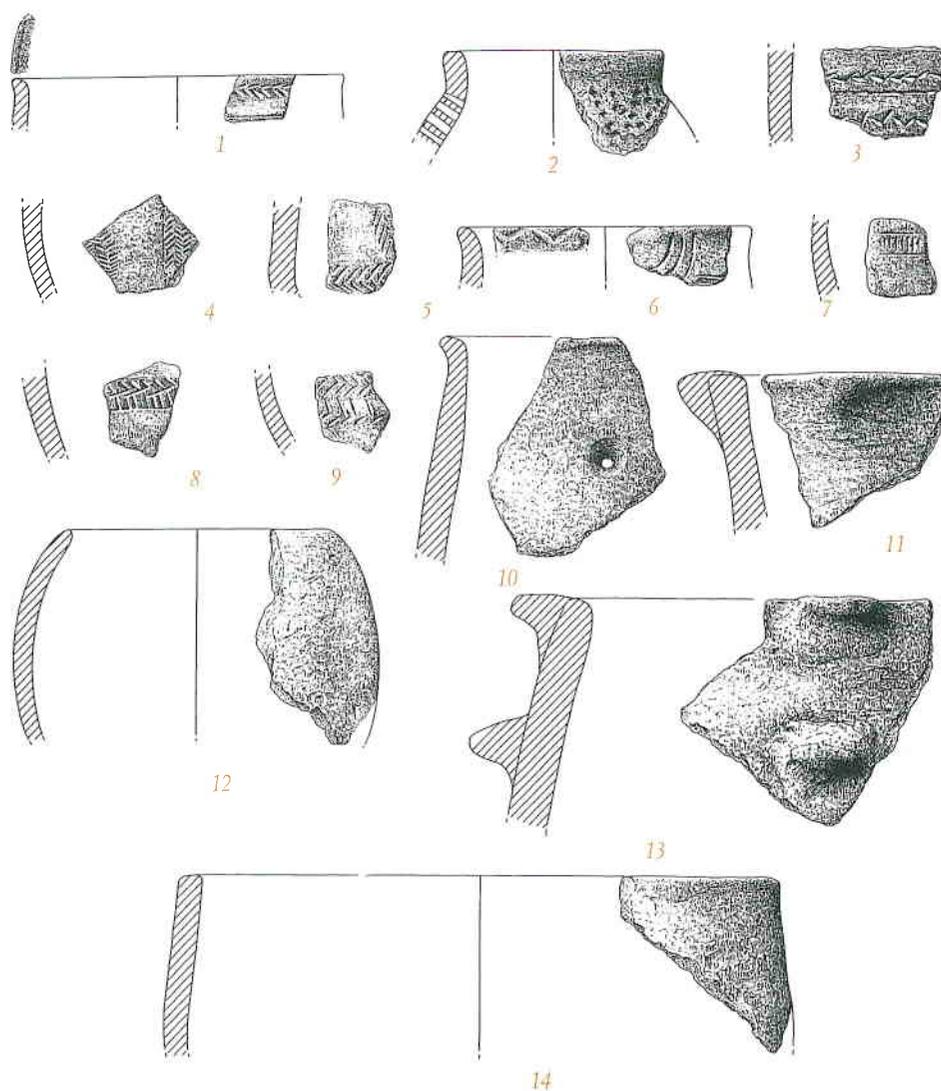


Fig. 183. Fuente de Boecillo. Lote de cerámicas procedentes del Hoyo 10.

aisladamente, en vasos independientes, sino que reflejan una cierta combinatoria. Haciendo un breve resumen, que sólo puede servir a título orientativo, apuntar que en Fuente de Boecillo, de un total de 62 barro decorados, 58 (93'54%) muestran una sola técnica decorativa. Como no podía ser de otro modo, mayoritariamente se trata de la incisión (43 fragmentos o un 69'35%), seguida del Boquique (13 ó un 20'96%), y la impresión (2, 3'22%).

Combinaciones binarias se dan en sólo 4 fragmentos (6'45%), con el natural predominio de la combinación incisión/Boquique (3 fragmentos, 4'83%) y la presencia puntual de la incisión/impresión (1 fragmento, 1'61%). En ningún caso se dan combinaciones ternarias.

De todos modos, no esta de más señalar que muchos de los fragmentos analizados tienen una superficie tan exigua que únicamente puede dar cabida a uno o dos motivos decorati-

vos, seguramente no la totalidad de los que poseía la pieza completa. Nuestra impresión, empero, a partir de los pocos recipientes que han llegado hasta nosotros enteros, es que existe una tendencia próxima a la que expresan los porcentajes aquí expresados. De hecho, en efecto, en estas pocas piezas parece evidente la preferencia por plasmar en ellas las técnicas en solitario. Nos parece interesante señalar aquí, que en estos porcentajes vemos una mayor cercanía entre Fuente de Boecillo y lugares como El Cementerio-El Prado que con respecto a lugares como El Gurugú.

Para finalizar el análisis de las cerámicas decoradas nos referiremos a la ornamentación interna de los bordes. En Fuente de Boecillo se comprueba una vez más el alto porcentaje de vasos ornados que presentan esta modalidad decorativa. De los 30 bordes pertenecientes a cerámicas decoradas provenientes de la excavación 21 (70%) ostentan algún motivo en el interior del labio.

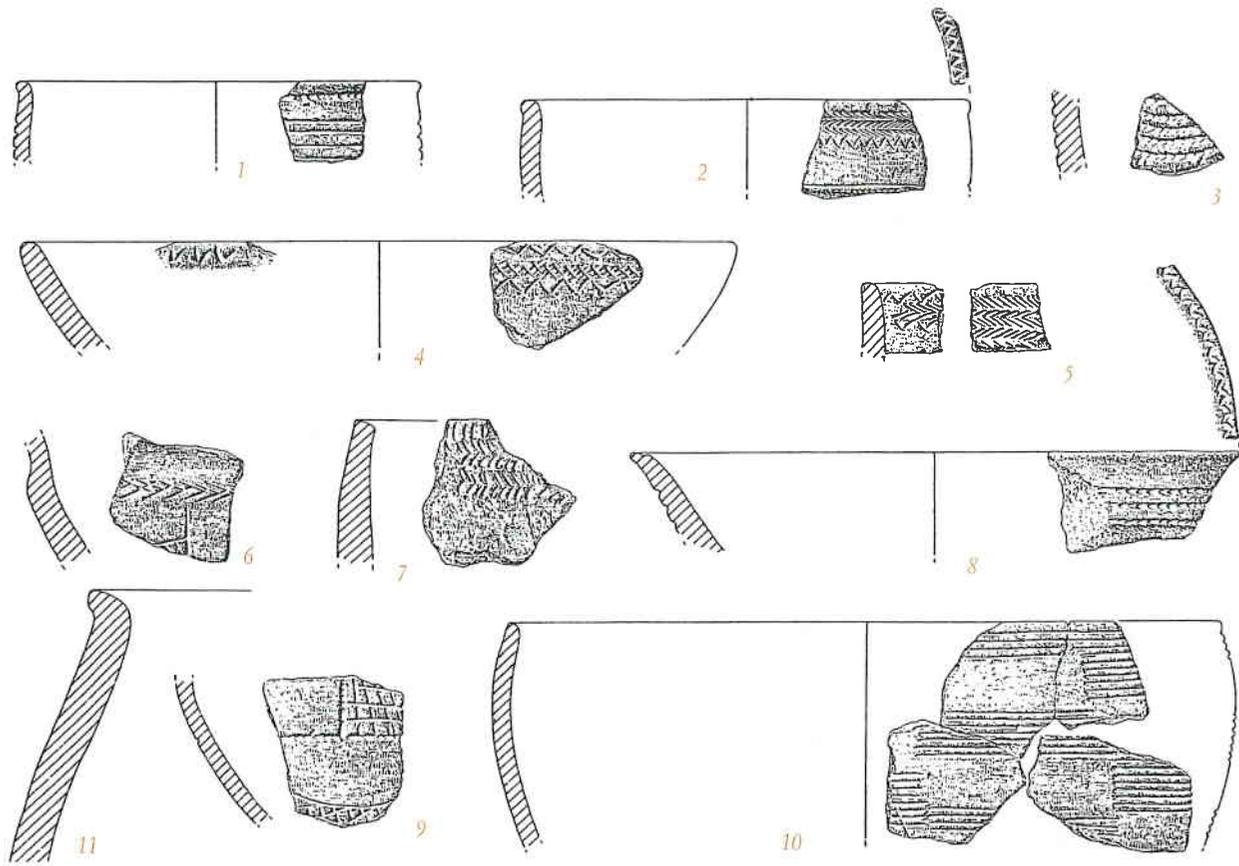


Fig. 184. Fuente de Boecillo. Cerámicas decoradas del Hoyo 11.

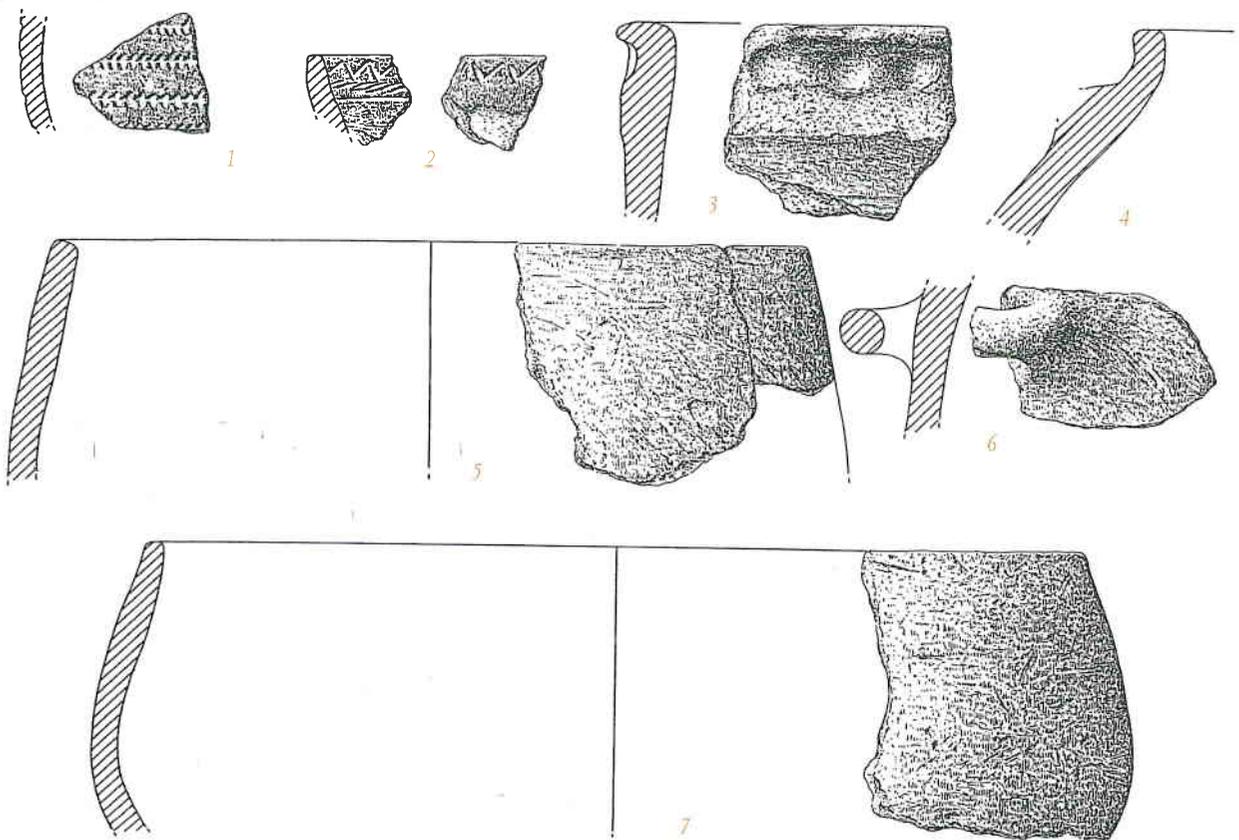


Fig. 185. Fuente de Boecillo. Fragmentos decorados y grandes cerámicas lisas del Hoyo 11.

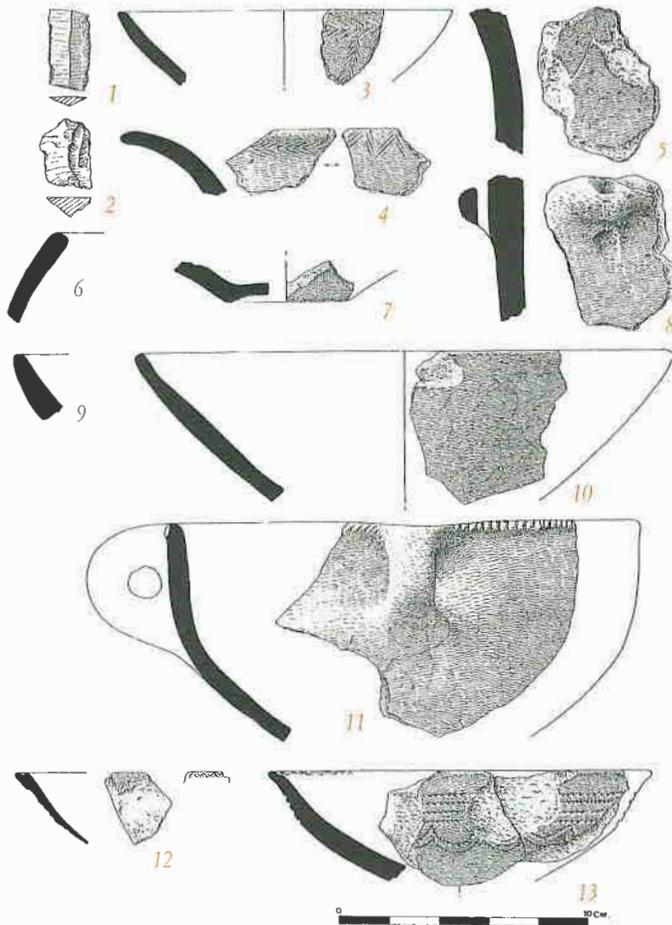


Fig. 186. Fuente de Boecillo. Selección de materiales recuperadas sobre la superficie del yacimiento

Por lo que a las técnicas empleadas se refiere, la más frecuente es la incisión, con la que se realizan 20 de los 21 temas analizados, por un sólo ejemplar de impresión. Entre los temas incisos, el más habitual, con mucho, es el de las líneas de zigzag –15 ejemplos–, seguidos por las espigas –6– y, a mucha mayor distancia, los trazos oblicuos –1–. El único tema impreso con que contamos es una simple línea de puntos. No advertimos ningún ejemplo de empleo de Boquique en este menester.

Como sistemas de suspensión se registran 9 ejemplares. En dos casos pertenecen al tipo mamelón (1a). Ambos, de volumen cónico, se presentan adosados al borde (Fig. 172. 8; 183. 11) de grandes contenedores de almacenamiento. Un tercer mamelón pertenece presenta una perforación vertical (2a) (Fig. 186. 8).

Lo reducido del fragmento no permite reconstruir el perfil de la cerámica a que perteneció; únicamente el notable grosor del mismo resulta indicativo del gran tamaño del recipiente.

Las lengüetas, están representadas por 4 ejemplares en Fuente de Boecillo que responde a diversos tipos. Dos son simples (4a) y se sitúan junto al borde de otras tantas ollas (Fig. 174. 3 y 4), una tercera es hendida o bífida (5a) (Fig. 177. 10) y la última es lo que hemos definido como una doble lengüeta enfrentada (6a) (Fig. 183. 13), sin parangón en los yacimientos de la época en La Ribera del Duero. En el yacimiento, por último, hemos detectado un último par de asas: un asa de puente vertical de sección circular (1b) que une el borde y la panza de un cuenco hemisférico, recogido sobre la superficie del yacimiento (Fig. 186. 11) y un asa de puente simple horizontal (2b) (Fig. 185. 6).

Contamos con un ejemplar de fondo plano (Fig. 180. 8).

- El elenco de materiales cerámicos recuperados en el yacimiento de Fuente de Boecillo incluye, por último, tres fragmentos de colador. Dos son fragmentos mínimos (Fig. 178. 4; 182. 3) y el tercero conserva el borde, lo que nos permite apuntar que contó con un perfil acampanado (Fig. 183. 2).

Industria lítica

Es escasa y poco representativa. Consta de algún fragmento de molino de granito, una lasca y una lámina fragmentada con filo denticulado unifacial, ambas de sílex. También se recogió un diente de hoz sobre lasca, con retoque simple bifacial en uno de los lados (Fig. 171. 7).

Valoración y cronología

A juzgar por las observaciones obtenidas en las distintas intervenciones practicadas en el lugar, se trata de un asentamiento mediano, probablemente un poblado con una superficie en torno a 1'5-2 Has, con una única fase de ocupación. Las únicas estructuras identificadas durante la excavación son los típicos hoyos de boca paracircular que aparecen rellenos de niveles cenicientos, materia orgánica, fragmentos cerámicos y restos óseos y en tantas ocasiones han sido interpretados como basureros.

Cronológicamente este hábitat se debe situar, dentro de la cultura de Cogotas I, en los momentos que marcan los inicios de su plenitud. Dicha adscripción cronológica viene confirmada, además, por la datación radiocarbónica obtenida en el lugar, que sitúan el yacimiento en los inicios del s. XIII a. C.

Tal y como se apunta en las últimas líneas del apartado anterior, uno de los fines fundamentales del presente trabajo consiste en dibujar el panorama cultural de la Edad del Bronce de la zona estudiada. Para ello nuestra única herramienta nos la proporcionan los datos deducibles del notable cúmulo de evidencias arqueológicas, recuperadas durante los trabajos de campo –prospecciones y excavaciones arqueológicas–. A valorar tales significantes vamos a dedicar el capítulo que aquí se inicia. Como paso previo convendría hacer algunas puntualizaciones, referentes a los caracteres que reviste el análisis que aquí se inicia.

En primer lugar, debemos advertir que con este estudio no pretendemos tanto crear un nuevo modelo metodológico y tipológico aplicable a un área geográfica amplia, cuanto analizar y caracterizar los distintos componentes de la cultura material presentes en la zona, para, con tal bagaje intentar establecer su dinámica y evolución durante el dilatado lapso temporal –algo más de un milenio– que abarca nuestra investigación, en un área geográfica sumamente restringida. Así mismo, nos planteamos la posibilidad de dotar de significado cronológico a los materiales obtenidos en las prospecciones y excavaciones, con la esperanza de que ello habrá de contribuir a clarificar la secuencia de la Edad del Bronce de la vallisoleтана Ribera del Duero: principal objetivo de nuestra investigación. Si con este proceder, por añadidura, somos capaces de contribuir a arrojar cierta luz sobre los procesos culturales que acontecieron en el Valle Medio del Duero, mejor que mejor.

En segundo término, debemos indicar que en absoluto pretendemos obtener soluciones ni claves absolutas para entender lo acontecido fuera del estricto ámbito que aquí nos ocupa. En las páginas que siguen a esta introducción, si bien, como ya hemos apuntado, intentaremos obtener conclusiones, fundamentalmente, de tipo cronológico, no renunciamos, empero, a abordar el análisis de ciertos aspectos tecnológicos, económicos, sociales, etc., deducibles de nuestras observaciones. Con tal fin hemos adoptado, desde un punto de vista estrictamente personal, distintos criterios y métodos ya experimentados, a nuestro entender con buenos resultados, por otros autores. Tales pautas, que en buena parte han sido explicitados en el capítulo dedicado a exponer la metodología empleada, intentarán ser conjugadas, con la pretensión de ser capaces de obtener una aceptable comprensión de la cultura material.

Valiéndonos de este, sin duda, modesto equipaje nos proponemos llevar a cabo la clasificación tipológica de los restos cerámicos, líticos y metálicos recuperados en La Ribera del Duero; bien entendido que una de las características principales de nuestro estudio radica en su alto grado de generalidad, algo que, por otra parte, no debe sorprender en un trabajo que permanece abierto a las adiciones de nuevos datos y resultados que habrán de proporcionarnos los análisis e investigaciones que,

de todo tipo, y con vistas a engrosar y completar nuestros conocimientos del periodo, tenemos previsto desarrollar en un futuro –intentaremos que sea lo más breve posible–, en la zona. Por último, antes de proceder al análisis concreto de los materiales en cuestión, entendemos, es obligado dejar constancia de una serie de inconvenientes y limitaciones que hemos encontrado en el transcurso de la elaboración de este trabajo, que contribuyen en parte a cuestionar su fiabilidad:

- La desigual información disponible, tanto a nivel de épocas como de yacimientos. Al tratarse en su mayoría de materiales de prospección, el número de evidencias procedentes de las diversas localidades resulta, ciertamente, muy dispar y en nada comparable a los datos recuperados en sondeo o excavación. Como será fácil deducir, tanto a través de la lectura del inventario de yacimientos como de las páginas donde se recogen los resultados del trabajo, nuestras intervenciones arqueológicas tienen como centro de atención el Bronce Medio, con yacimientos de sumo interés que pueden eclipsar la información, sin duda, más exigua y, quizás, menos novedosa, que proporcionan yacimientos de otras épocas.
- La propia condición de material de superficie que revisten buena parte de las evidencias arqueológicas a nuestra disposición introduce no pocas limitaciones e interrogantes en las conclusiones elaboradas a lo largo del trabajo. Este hecho tiene evidentes consecuencias pues se traduce, muy especialmente en el caso de la cerámica, en la escasez de perfiles completos a nuestra disposición o la procedencia de gran parte de las cerámicas del interior de hoyos basurero, extremos ambos que ha incidido en el mal estado de conservación de los restos en el primero de los casos, y en lo incompleto de los perfiles en ambos, con la indefinición e inseguridad que ello conlleva. Esta circunstancia, que podría hacerse extensiva a otro tipo de materiales, introduce un indudable grado de inseguridad en las conclusiones que pueden derivar del análisis de los restos, al exponernos a riesgos como los que representan convertir particularismos en factores de importancia mayor de la debida o, en esta misma línea, dar carta de naturaleza a asociaciones de materiales superficiales sin refrendo en los contextos arqueológicos claros.

Hechas estas salvedades, y antes de proceder al análisis de la cultura material recuperada, entendemos es obligado explicitar, siquiera de forma sintética, cuáles habrán de ser los periodos en que, de acorde a nuestro criterio, habremos de estructurar la secuencia crono-cultural en que tendrán cabida nuestros hallazgos.

Como hemos explicado en apartados anteriores, nuestro análisis busca la caracterización de la Edad del Bronce de la Ribera

del Duero. Para abordar el estudio de dicha etapa, previamente, hemos procedido a su subdivisión en una serie de fases que, pretendidamente, coinciden con las que habitualmente configuran la secuencia general de la Edad del Bronce de la Meseta Norte; motivo por el cual hemos intentado adoptar para cada uno de tales periodos las denominaciones más tradicionales y las que suelen ser de aplicación general en los trabajos que abordan la periodización de esta etapa en la zona⁴³.

Dentro de dicha dinámica, en nuestro estudio incluimos, en líneas generales, los materiales comprendidos entre la aparición del Campaniforme y la implantación de las primeras evidencias asimilables al denominado “horizonte Soto de Medinilla”. Desde el punto de vista secuencial, aunque no sea fácil generalizar dada la amplitud del periodo analizado, los hechos objeto de análisis comienzan en las primeras centurias del II milenio a. C., momento en que, según todos los indicios se inicia el desarrollo del horizonte campaniforme inciso, cuyo elemento más distintivo lo constituyen sus tumbas individuales –por ejemplo, Fuente-Olmedo o Villabuena del Puente–, que incluyen ricos ajuares de armas de cobre y adornos de oro. Para este periodo, que concluye, aproximadamente, entre finales del siglo XVIII y comienzos del XVII a. C. –sobre estas fechas sitúa el radiocarbono la sepultura de Fuente-Olmedo y el asentamiento de El Pico del Castro de Quintanilla de Arriba–, hemos reservado la denominación de **Calcolítico Final/Bronce Inicial**, por entender que se trata de un periodo en que se asiste a un proceso socio/cultural, de indudable

alcance, que marca el tránsito entre las culturas calcolíticas y las que significan el arranque de la Edad del Bronce de la zona. Con todo, al ser los materiales del horizonte campaniforme los más significativos de esta etapa aplicaremos a la misma, indistintamente, el apelativo de **Fase Campaniforme**.

Desde 1700 a. C., aproximadamente, se inicia un periodo, equiparable desde un punto de vista cronológico al Bronce Pleno de otros ámbitos peninsulares, para el que, en periodizaciones referentes al Bronce Meseteño, habitualmente, se reserva la denominación de “Etapa Anterior de la Edad del Bronce” (Fernández Manzano, J. 1985: 57). A este periodo en diversas ocasiones ha sido considerado como una auténtica “época oscura” (Delibes de Castro, G., y Esparza Arroyo, A. 1985: 149), término que alude a la convicción de que se trataba de una etapa poco definida, en cuanto a sus datos culturales se refiere, y cuyo desarrollo se situaba entre dos momentos de gran personalidad: esto es entre un Calcolítico floreciente, en sus fases Precampaniforme y Campaniforme, y un también floreciente Bronce Final, personalizado en la región en la cultura de Cogotas I.

Aunque las investigaciones arqueológicas desarrolladas al efecto en el área que aquí se trata están hoy por hoy en plena gestación, creemos estar en condiciones, gracias sobre todo a los datos que aportan recientes trabajos, de poder afirmar que, tras la extinción del Campaniforme (circunstancia que debió ocurrir en una fecha todavía no muy bien determinada), hizo su aparición en la Meseta Norte un nuevo complejo cultural⁴⁴ –el de la Edad del Bronce–, bien diferenciado y con

⁴³ Aunque somos conocedores de la problemática planteada en torno a las fechas de Carbono 14 y a los criterios que deben regir su publicación, en este trabajo me he permitido la licencia de manejar, fundamentalmente, fechas radiocarbónicas convencionales (a. C.), sin calibrar. Este criterio no responde más que a una cuestión de “comodidad”, que guarda relación con que los datos radiocarbónicos que se manejan, las más de las veces, se emplean, tan solo, como un elemento que hace referencia a la estructura cronológica interna del ámbito estudiado.

⁴⁴ En este sentido podemos señalar que, entre finales de la década de los ochenta y comienzos de la de los noventa, una serie de trabajos han producido ciertas fisuras en la estructura interpretativa de la Edad del Bronce meseteño, al plantear la posible existencia, en el Bronce Antiguo de este área, de una horizonte cultural que había pasado desapercibido hasta el momento. Las primeras llamadas de atención en este sentido podemos advertirlas en los artículos publicados por Naranjo (Naranjo González, C. 1984: 35-85) y Jimeno Martínez y sus colaboradores (Jimeno Martínez, A. 1988: 103-121; Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M. L. 1988: 83-119) donde se recogen materiales (preferentemente cerámicas lisas y decoradas con impresiones de uñas y dedos, aplicación de cordones y pezones) encuadrables en el Bronce Antiguo, que no se adecuaban a las tipologías, como ya hemos apuntado, del mundo de las cerámicas acampanadas ni del momento formativo del grupo de las especies excisas que constituye el Protocogotas I.

Las fechas de C-14 -1780 ± 30 y 1670 ± 30 a. C. aportadas respectivamente por El Parpantique y Los Torojones de Morcuera (Jimeno Martínez, A. 1988: 114; Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1992: 89), sitúa dichos contextos a inicios del Bronce Antiguo, paralelamente al Ciempozuelos más típico, lo cual introducía interesantes novedades en el plano secuencial que habrán de ser tomados en consideración a la hora de analizar el inicio de la Edad del Bronce en la Meseta; máxime si tenemos en cuenta que en diversos ámbitos de la región han comenzado a localizarse, fuera de los ámbitos arriba citados, enclaves en los que se reconocen ambientes arqueológicos que muestran múltiples concomitancias con los representados en los yacimientos antedichos. En efecto, si bien es cierto que la mayor concentración de estaciones de este tipo se sigue registrando en el oriente meseteño, conocemos contextos muy semejantes en otros ámbitos del occidente (en torno a los humedales de Villafáfila [Viñe, A. I., Martín, A. M., y Rubio, P. 1990: 89-104; Rodríguez, E., Larren, H., y García Rozas, R. 1990: 33-76; Viñe Escartín, A. I., Salvador Velasco, M., Iglesias, L., Rubio, P., y Martín, A. M. 1991: 175-190; Delibes de Castro, G. 1993: 33-46. Delibes de Castro, G., Viñe Escartín, A., y Salvador Velasco, M. 1998: 155-197]), centro (nuestro área de estudio incluida) y Sur de la cuenca del Duero, que van dibujando un horizonte cultural de alcance, permítasenos el término, Pan-meseteño.

rasgos verdaderamente originales, con dos fases claras, una antigua y otra plena, cada una con particularismos, y que enlazan con la cultura del Bronce Final.

La primera de tales etapas, a la que en adelante denominaremos **Bronce clásico o Inicial**, propiamente dicho, presenta como rasgo más significativo la renuncia a la decoración de la vajilla (un poco en la línea de lo que ocurre en otros círculos culturales en parte contemporáneos: Las Motillas o El Argar) y dejará paso, desde el 1400, a un horizonte **–Bronce Medio–**, caracterizado, fundamentalmente, por la presencia de elegantes cerámicas incisas, en las que menudean los perfiles carenados, conocido con el nombre de fase Protocogotas I. A partir del 1200, por último, y sin interrupción hasta 800, emergerá y tendrá lugar el desarrollo del controvertido mundo de Cogotas I, caracterizado por la explosión de un barroco estilo cerámico

con complejas decoraciones impresas, incisas, excisas y de Boquique (también denominado “punto en raya”) que representa un **Bronce Tardío/Final**, de raigambre claramente indígena –su vinculación al horizonte Protocogotas, también denominado Cogeces, es incuestionable– en contra de viejas teorías que pretendieron vincularlo con los fenómenos continentales de los Túmulos y de los Campos de Urnas.

En cada una de las fases apuntadas se acomete el estudio individualizado de los diversos componentes de la cultura material recuperada en los yacimientos de la zona. Dicho análisis se hace de acorde con los términos y criterios que se especifican en el apartado correspondiente a la metodología. Primeramente, abordamos el análisis de las especies cerámicas; en una fase subsiguiente, se procede a la caracterización de los útiles metálicos y líticos.

1. TIPOLOGÍA CERÁMICA

Como es bien sabido las vasijas cerámicas son un elemento que guarda una estrecha vinculación con las agrupaciones económico-sociales, responsables de su elaboración. Esta observación podemos hacerla igualmente extensiva a la alcajería de quienes poblaron La Ribera vallisoletana durante la Edad del Bronce. En este ámbito es claro que la cerámica también se constituye en el principal *fósil-guía* o *fósil-director*, en un elemento referencial de primera índole; entre otras cosas, por la presencia en hábitats similares de elencos cerámicos con caracteres compartidos, puesto que en su elaboración intervienen patrones culturales también comunes. Por tal motivo puede convertirse en un parámetro que permita abordar fielmente algunas de las pautas culturales específicas de cada comunidad, pudiéndonos desvelar el grado de periodización y/o evolución cultural, económica y social de sus productores, así como las influencias y/o relaciones respecto a otras poblaciones más o menos vecinas.

Pese al universal reconocimiento de la importancia de la cerámica para los estudios arqueológicos de la Prehistoria Reciente, son relativamente pocos los textos generales dedicados específicamente a ella. La literatura sobre esta industria es enormemente extensa, pero centrada generalmente en áreas y yacimientos específicos o épocas concretas.

A partir de los años 1960-1970, a raíz del impulso dado en este sentido por los representantes de la “Nueva Arqueología”, comenzaron a generalizarse los métodos de análisis técnico, de corte “científico”, aplicados al tratamiento y análisis de los materiales arqueológicos; circunstancia que produjo, en el estricto marco del análisis y tratamiento de la cultura material,

una serie de cambios trascendentales. De un modo más inmediato, la adopción de esta nueva metodología de trabajo se tradujo en un notable salto cualitativo, desde el punto de vista metodológico, a la hora de abordar los estudios ceramológicos pues, de centrar la atención en los aspectos meramente estéticos y decorativos, se pasó a profundizar en su significado cultural y cronológico. Esta forma de entender las evidencias arqueológicas es una consecuencia lógica de los planteamientos de los “nuevos arqueólogos” para quienes la cultura material se considera una representación de la totalidad del sistema cultural que la ha generado; no en vano, para estos autores, los diferentes materiales que componen el mobiliario que aparece en los lugares de habitación constituyen la expresión y el resultado directo del proceso de adaptación que se establece entre los grupos humanos y el medio en que se inscriben. Esta forma de interpretar la cultura material ha posibilitado, en el campo estricto de las “estructuras ceramológicas”, el desarrollo de una amplia analítica que aborda el estudio de estos materiales desde diferentes puntos de vista (prácticos y teóricos), desde los cuales se intentan solventar las dificultades que conlleva el estudio de este tipo de evidencias. La toma de conciencia por parte de los arqueólogos de todos estos niveles de percibir y analizar los materiales cerámicos, a su vez, propició el desarrollo de un amplio abanico de métodos de análisis a través de los cuales, y de acuerdo con unos objetivos predeterminados, cada autor orienta su investigación hacia los diversos campos (morfométricos, estilísticos, funcionales, tecnológicos, etc.) que plantea el estudio de esta clase de restos.

Dentro de esta dinámica, durante mucho tiempo, el manual de análisis técnico preferido ha sido la obra de Shepard (Shepard, A. O. 1968). Aquí, la autora dedica especial atención a los estudios físicos y cuantitativos (composición, propiedad de la arcilla, etc.), las técnicas de elaboración y la aplicación de métodos analíticos para la investigación de las evidencias cerámicas. Se interesa también por el estudio comparativo de las formas, partiendo de sus contornos y proporciones, siguiendo los principios elaborados por Birkhoff (Birkhoff, G. D. 1933). Un apartado especial se dedica en esta obra a la técnica decorativa, que aunque centrada en las culturas americanas, puede fácilmente adaptarse a las culturas de la Prehistoria europea. En último término, se abordan aspectos tan sugerentes como la datación relativa, la interacción entre pueblos y culturas y los aspectos artísticos de esta producción.

Actualmente estos trabajos se han visto completados, desde el punto de vista técnico, con obras como las de Spaulding (Spaulding, A. E. 1953: 305-313; Ídem. 1960: 60-83) y Rye (Rye, O. S. 1980) y toda una serie de avances en la aplicación de métodos estadísticos y analíticos, cuyo mejor exponente son los múltiples trabajos que aparecen recopilados en los *British Archaeological Reports* (B.A.R.).

Otras líneas seguidas por los investigadores ceramológicos dentro de la escuela anglosajona es la representada por autores que, como Arnold (Arnold, D. 1983) o Rice (Rice, P. M. 1984), ponen énfasis en la variable antropológica, buscando reconocer la interpretación de la funcionalidad global de los artefactos e intentando demostrar como la cerámica puede ofrecer información sobre el pueblo que la fabricó y/o utilizó, en la línea que ha dado en denominarse “ceramic ecology”; o aquella otra que, representada por autores como Shanks y Tilley (Shanks, M., y Tilley, C. 1987), en la línea crítica de la Arqueología Radical o Simbólica, intentan inferir datos del ámbito de lo social, buscando relacionar, por ejemplo, los estilos cerámicos con la ocupación y utilización del espacio ambiental.

Por su parte, la escuela francesa, los principales estudios aparecen en relación con los grupos de trabajo organizados a finales de los 60, por A. Leroi-Gourhan en el Seminario de Prehistoria de la Universidad de la Sorbona. Aquí destacan las aportaciones de obra de Balfet, primero en solitario, y más tarde con una serie de colaboradoras. Los trabajos de esta autora se remontan a 1966 (Balfet, H. 1966), siendo de gran utilidad, por sintético y práctico, su publicación de 1968, donde se esboza un breve esbozo de la tecnología cerámica, incluyendo aspectos tales como la nomenclatura de los recipientes y sus partes, el proceso de elaboración, las técnicas de decoración, etc.). Esta línea se ve ampliada en una serie de obras conjuntas de 1981, 1988 y 1989, concebidas desde una doble

perspectiva, etnológica y arqueológica, intentando sintetizar aspectos concernientes a la nomenclatura concerniente a la cerámica (nombre de los recipientes y de sus partes, condiciones y procesos de fabricación y técnicas de decoración) (Balfet, H., Fauvet, M.F., Monzon, S., 1981; Ídem. 1988; Ídem. 1989).

En semejante corriente cabría incluir el trabajo de Seronie-Vivien (Seronie-Vivien M. R. 1982), que podría compararse en muchos aspectos con la obra de Shepard. Destaca el capítulo que Seronie-Vivien dedica a las técnicas de prehensión y las propuestas de aplicación de diagramas acumulativos y bitriangulares.

En nuestro país, ciertamente, no son muchos los trabajos de síntesis de inspiración ceramológica. Empero, uno de los más completos y que mayor repercusión ha alcanzado es el de Llanos y Vegas (Llanos, A., y Vegas, J.I. 1974). Su principal interés radica en la elaboración de una rigurosa metodología y nomenclatura descriptiva de los elementos de un recipiente, tanto desde el punto de vista formal como decorativo, teniendo también en cuenta los aspectos de coloración. Aunque concebida para ser manejada a partir de una base de datos informatizada, hasta la fecha son muy pocos los intentos en este sentido debido a su notable complejidad (las formas se pierden en un laberinto de combinaciones de letras y números que hacen perder de vista el recipiente del que se trata). De otra parte, no se contemplan aspectos, en nuestra opinión de interés, cuales son las proporciones, la capacidad, etc. De otra parte mencionaremos, por referirse a principalmente a la época que nos ocupa, a la metodología propuesta por M.^a D. Asquerino (Asquerino, M.^a D. 1979), que centra su interés en la representación gráfica de sencillas operaciones estadísticas, método que viene siendo aplicado a un buen número de enclaves de la Edad del Bronce en el ámbito castellano-manchego (Cerro del Castillejo, El Recuenco, etc.). También a la reciente monografía (Pérez Arrondo, C.L., Cenicerros Herreiros, J., y Duarte Garasa, P. 1987) centrada en la cerámica de época “eneolítica”, aunque también se extiende a épocas más avanzadas. Según explican los autores, partiendo del sistema analítico de puntos ideado por Birkhoff y mantenido por Seronie-Vivien, se definen ocho tipos de perfiles, teniendo en cuenta el contorno y la estructura del recipiente, conjugando ambos con aspectos tipométricos (tamaño y proporción). Por su carácter sintético y generalizador, el método resulta válido para conjuntos amplios y heterogéneos.

La tipología cerámica ha ido alcanzando cada vez más relevancia en los estudios de la Edad del Bronce de distintos ámbitos; en este sentido podemos significar los desarrollados en el Valle del Ebro, en general. En este ámbito podemos destacar estudios de conjunto como los elaborados por Picazo

Millán (Picazo Millán, J. V. 1993), donde la cerámica se convierte en un tema principal. En el citado trabajo se sigue la trayectoria de diversos autores que aplican técnicas estadísticas multivariantes con el apoyo de sistemas informáticos encaminados a la seriación de yacimientos (Fernández Martínez 1985) o como procedimientos de clasificación (Esquivel y Contreras 1984, Contreras 1984, Nocete 1989...), siendo de especial relevancia cuanto al respecto se recoge en la revista *Complutum* n.º 1 (Fernández y Fernández 1991).

Los estudios ceramológicos del mismo momento en el valle del Duero, podríamos decirlo así, han ocupado un capítulo secundario, prevaleciendo la realización de clasificaciones, faltando trabajos de tipo general, fenómeno comprensible por un desarrollo de la investigación relativamente reciente y por la actual escasez de información. De hecho, podría decirse que los trabajos realizados hasta la fecha en nuestra región, en su mayor parte, limitaban su atención a aspectos muy puntuales; faltando cualquier intento de análisis conjunto capaz de aportar datos de interés de los que extraer puntos de vista o interpretaciones globales basados en conjuntos vasculares de cierta amplitud. Efectivamente, y por poner sólo algunos ejemplos significativos, apuntar que tal es el caso de los trabajos destinados a analizar las cerámicas del Grupo Cogotas I. En ellos, siguiendo la norma marcada por algunos estudios pioneros (por ejemplo, los desarrollados por Cabré (Cabre Aguiló, J. 1929: 205-245), Almagro (Almagro Basch, M. 1939: 138-158), o Bosch Gimpera (Bosch Gimpera, P. 1942), se discutía sobre la personalidad de las decoraciones excisas Cogotas I; o como en el caso de Maluquer (Maluquer de Motes, J. 1956: 179-206) se llamaba la atención sobre las peculiaridades del Boquique; extremos ambos que eran recogidos en trabajos más recientes aún de Molina y Arteaga (Molina González, F., y Arteaga Matute, O. 1976: 175-214) o de Martín Valls y Delibes (Martín Valls, R., Delibes de Castro, G. 1976: 5-18).

Un rápido análisis de la historia de la investigación, permite comprobar que el número de los trabajos que, abordan el análisis de la cerámica de la Edad del Bronce del valle del Duero, con un mínimo afán sistematizador, en el orden tipológico, es sumamente reducido. Las honrosas incursiones en este campo se limitan, prácticamente, a unos cuantos proyectos en los que, desde puntos de vista y metodologías poco homogéneos, se aborda el análisis de aspectos puntuales que atañen a la caracterización de las cerámicas decoradas campaniformes (Delibes de Castro, G. 1977) y de Cogotas I (Fernández-Posse, M.ª D. 1982: 137-159; Idem. 1986: 475-487); al estudio de algunas colecciones de cierta entidad recuperadas en yacimientos concretos. Este sería el caso de estudios sobre colecciones de cierta entidad, procedentes de un par de poblados muy concretos: El primero de ellos, datable en el Bronce Medio, es el de Los Tol-

mos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984; Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991) En el primero de los casos, en las publicaciones de las sucesivas campañas efectuadas hasta el año 1982, los autores proponen una tipología cerámica en la que aúnan criterios dispares, distinguiendo cinco grupos abiertos, con numerosas variantes o tipos (Jimeno Martínez, A. 1984: 75). El segundo yacimiento es La Requejada de San Román de Hornija (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A., 1990: 64-105), en el que los datos aportados permitieron identificar una serie de tipos cerámicos, diferenciados entre finas y groseras, así como una serie de interesantes datos en lo referente al análisis de las temáticas decorativas. No ha faltado, incluso, algún intento de sistematizar los materiales cerámicos obtenidos sobre la superficie de determinados yacimientos sorianos del “Bronce Antiguo no campaniforme” (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía M.ª L. 1988: 84-118).

Últimamente han aparecido varios estudios que queremos destacar, puesto que pueden ser considerados como ejemplos de buenas sistematizaciones de materiales cerámicos. Un buen ejemplo de lo dicho es el trabajo de Garrido-Pena (Garrido-Pena, R. 2000), en el que la tipología cerámica, sobre todo la decorada, se convierte en un elemento principal de la revisión que el autor acomete de la cultura de El Campaniforme en La Meseta Central de la Península Ibérica. Una orientación diferente es el trabajo de Samaniego Bordiú et alii (Samaniego Bordiú, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001), en el que se establece una clasificación tipológica, inspirada en “el conocimiento experto sobre el material cerámico” elaborado por Picazo Millán, de las cerámicas del Bronce Antiguo aparecidas en el yacimiento de Cueva Maja. En este trabajo, además de temas que tienen que ver con la morfología se abordan otros que tienen que ver con la funcionalidad o el análisis espacial.

Tomando estos y otros datos como punto de partida, nos proponemos llevar a cabo una clasificación tipológica de los restos cerámicos recuperados en La Ribera vallisoletana, otorgando a este estudio el carácter de generalidad que debe presidir todo intento de estas características, a la par que queda abierto a posteriores adiciones e innovaciones, que, sin duda, se irán produciendo con el avance de las investigaciones.

Como en el resto de los materiales, en el referido a la cerámica, hemos optado por la división cronológica que consta de los consabidos cuatro periodos:

- Calcolítico Final-Bronce Inicial (Fase Campaniforme)
- Bronce Antiguo-Bronce Pleno
- Bronce Medio
- Bronce Tardío-Bronce Final

En cada uno de ellos se acomete el estudio comenzando por la individualización de los perfiles, a los que se denomina mediante números arábigos. Se ilustra este aspecto con figuras de las tablas tipológicas correspondientes, así como con gráficos de frecuencias de su aparición en los distintos yacimientos. Seguidamente se añadirán otros aspectos formales: sistemas de prehensión y tipos de bases, para finalizar con un apartado, al que otorgaremos un gran peso específico, en el que se analizan las técnicas y motivos decorativos, que se acompañan de figuras explicativas. En último término, abordamos la caracterización de los restos de otras producciones elaboradas en barro (pesas, fusayolas, fichas, etc.).

Se ha hecho imprescindible, como en todo análisis de este tipo, la utilización de una serie de términos de aplicación general, en cuyo significado y variabilidad seguimos el estudio de A. Llanos y J. I. Vegas y el de Pérez Arrondo, C. L., et alii, anteriormente citados. Dadas las peculiares características que reviste el análisis del material campaniforme, hemos optado en este aspecto por el empleo de la denominación establecida por G. Delibes (Delibes de Castro, G. 1977), especialmente en lo concerniente a la decoración. Para los materiales del Bronce Antiguo/Pleno hemos adoptado las tipologías al uso citadas con anterioridad, especialmente la de A. Jimeno et alii (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía M.^a L. 1988: 84-118) y la de B. Samaniego et alii (Samaniego Bordiú, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001).

Por lo que a los momentos Bronce Medio y Bronce Tardío-Bronce Final el criterio establecido para su clasificación y denominación, hemos adoptado las tipologías al uso que han sido citadas con anterioridad, especialmente las de A. Jimeno y J. J. Fernández (Jimeno Martínez, A. 1984; Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991) y la de G. Delibes, J. Fernández y J. A. Rodríguez Marcos (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A., 1990: 64-105). Queremos apuntar que para la clasificación de la cerámica del yacimiento de San Román de Hornija, propio de la plenitud cogotiana, procedimos a la diferenciación de dos apartados: cerámica de superficie fina y grosera. Personalmente, como lo manifestamos en su momento (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A., 1990: 73), creemos que el factor “tipo de acabado de las superficies” no es sólo representativo de un aspecto técnico más, sino que, en

gran medida, también guarda relación con la funcionalidad del recipiente (almacenaje, cocina, consumo, etc.). No obstante, hemos preferido no mantener esta clasificación debido a la dificultad que conlleva discernir en todos los yacimientos estudiados la calidad de sus superficies; máxime cuando, como es bien sabido trabajamos con gran cantidad de material recuperado en superficie.

En el estudio se encontrarán pocas referencias técnicas a los caracteres de la pasta y, en general, a los aspectos relacionados con la producción, pues consideramos que éstos deben determinarse mediante los análisis de laboratorio correspondientes⁴⁵. Solamente nos limitaremos a exponer algunas apreciaciones obtenidas “de visu” cuando éstas conlleven un cierto nivel de seguridad. No obstante, deben ser tomadas con las reservas que este tipo de información requiere. Tampoco la coloración ha sido un factor destacado, ya que hemos observado que lo habitual en estas producciones locales es la presencia de diversas tonalidades (predominantemente oscuras) dentro de un mismo recipiente, debido en buena parte al tipo de cocción sufrida. Tan sólo se hará mención a aquellos casos en que este aspecto pueda representar un interés especial.

Finalmente y como último aspecto a destacar, no queremos concluir estas breves anotaciones metodológicas sin expresar nuestro interés en considerar a la tipología al mismo nivel que otros estudios, sin convertirla en el fin de la investigación y sí en un medio más para alcanzar el conocimiento de la realidad de las personas, que subyace a una parte de la cultura material por él utilizada y/o fabricada.

1.1. El Calcolítico Final-Bronce inicial: la fase campaniforme

En el presente capítulo intentaremos, ante todo, hacer una caracterización de los materiales cerámicos campaniformes conocidos en la vallisoletana Ribera del Duero. No obstante, en primer término, queremos exponer los objetivos de la investigación que se ha llevado a cabo; también se mencionarán aquí algunos de los problemas específicos que afectan a la investigación sobre este periodo en el ámbito de la cuenca del Duero.

Inicialmente, en lo que se refiere a este último aspecto, debemos señalar que la investigación sobre este periodo, en el ámbito nortemeseteño, ha seguido una orientación que podría

⁴⁵ Hasta la fecha de redacción de estas líneas, no hemos podido disponer de los resultados.

calificarse de *normalizadora* o *formalista*; pues, no en vano, lo que se buscaba era encajar los datos arqueológicos obtenidos a través de diversos trabajos de campo en unos esquemas tipológicos previamente establecidos. La base de este trabajo lo constituían fundamentalmente una serie de hallazgos, las más de las veces casuales, de muy diversa índole y procedencia. Es evidente que este tipo de investigación ha sido necesaria y no podemos olvidar que todo nuestro conocimiento de partida sobre este periodo proviene de ella; motivo por el cual, entendemos, sería interesante un acercamiento a la investigación que, acerca de este periodo, se ha seguido en la Meseta Norte. Haciendo una breve exposición historiográfica al respecto, que en modo alguno pretendemos sea exhaustiva, sino más bien ilustrativa de las líneas generales que se han seguido, diremos que, inicialmente, sería interesante reflexionar sobre los dos planos en que se ha desarrollado dicha investigación: el plano de la información empírica y el propiamente ideológico. En cuanto concierne al primero de estos apartados, donde tienen cabida los yacimientos y materiales que se adscriben y sirven para caracterizar la fase Campaniforme en la cuenca del Duero, evidentemente no es nuestra intención relacionar pormenorizadamente todos y cada uno de los yacimientos y evidencias en ellos recuperados, nos limitaremos a referir el tipo de datos con que contamos, cuya procedencia, esencialmente, es de dos tipos:

Contextos funerarios

Este apartado, al que, por cierto, corresponden la mayor parte de las estaciones nortemeseteñas en que comparece esta cerámica, podemos subdividirlo en un par de capítulos: En primer término tendríamos lo que, según la terminología al uso, se denominan las tumbas *clásicas* –tumbas de inhumación individual–, características del grupo Ciempozuelos del centro de valle del Duero (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1974). En segundo lugar se encuentran las tumbas, propias de las zonas *marginales* meseteñas, que utilizan cuevas y sepulcros megalíticos (Delibes de Castro, G., y Municio González, L. 1981; Delibes de Castro, G., y Fernández-Miranda, M. 1981; Delibes de Castro, G., y Santonja, J. 1986).

En los últimos tiempos comienzan a aparecer datos procedentes de *conjuntos domésticos* de esta época, fundamentalmente en dos zonas del ámbito castellano-leonés: *las campiñas meridionales del Duero* (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1989) y el sector Sudoccidental de la Meseta⁴⁶.

Las evidencias recuperadas en todos estos lugares consisten, fundamentalmente, en cerámicas decoradas y útiles metálicos, y, más excepcionalmente, en elementos óseos y líticos. Sólo últimamente, a raíz de la aparición de ambientes de tipo hábitat, comienza a generalizarse el hallazgo de aquellas cerámicas y elementos de cultura material que guardan relación directa con las actividades económicas y las formas de vida de sus moradores; elementos que vienen a sumarse a aquellos que integran la asociación tipológica utilizada comúnmente para definir el *complejo campaniforme*⁴⁷.

Los yacimientos de la época que nos ocupa eran conocidos, hasta hace relativamente poco, a partir de hallazgos casuales. Por suerte en época reciente comienzan a extenderse las prospecciones sistemáticas, en las que surgen también datos relacionados con el *fenómeno Campaniforme*. A nadie se le oculta que el desarrollo de este tipo de actividades en la Meseta Norte habrá de resultar fundamental para el avance de la investigación acerca del papel que desempeñó este grupo en nuestra zona.

Al referirnos *supra* al plano ideológico, como es fácil entender, se aludía a las líneas teóricas más generales seguidas en la investigación del Campaniforme de la Meseta Norte. En este sentido podríamos indicar que esta fase ha sido definida por distintos autores, con puntos de vista no siempre coincidentes; lo que ha contribuido a crear una visión del periodo muy particular según los casos. Con todo, la idea más extendida y tradicional toma como base argumental fundamental la presencia en los yacimientos de distintas variedades de cerámica campaniforme. Estas modalidades campaniformes suelen identificarse con etapas o acontecimientos, de diversa naturaleza (aculturaciones, invasiones, etc.), que forman parte integrante del devenir de esta etapa de la Prehistoria reciente meseteña⁴⁸.

⁴⁶ Ver, por ejemplo, López Plaza, S. 1991: 49-59; Fabián García, J. F. 1992: 121-129; etc.

⁴⁷ Como indica Martínez Navarrete (1989: 298) “esta asociación incluye esencialmente un vaso cerámico en forma de campana con profusa decoración acompañado, a partir de un cierto momento, de puñales de cobre con empuñadura de lengüeta, botones de hueso con perforación en “V” y muñequeras de arco de piedra”.

⁴⁸ Un resumen de la actitud adoptada por la investigación sobre el campaniforme de la Meseta y las distintas orientaciones que en ella se han seguido hasta el inicio de la década de los 90, se recoge en Fernández-Posse y Martín (1991: 77-78).

Desde que comenzaron a aparecer yacimientos adscribibles al horizonte campaniforme en La Ribera, decidimos orientar la investigación de esta fase en una dirección algo distinta de la que tenían los estudios tradicionales (de hecho tanto la procedencia cuanto la naturaleza de los datos empíricos a nuestra disposición suponía un cambio respecto a los utilizados en etapas precedentes). Con este proceder se pretendía, frente a lo que era una tendencia común en la investigación preexistente, abordar la información del periodo desde una perspectiva particularista, entendiendo este concepto como un modo de enfrentarnos a los datos obtenidos durante nuestro trabajo de campo I) empleando un aparato teórico y metodológico propio y II) utilizando los esquemas crono-culturales, elaborados por la investigación que nos precede, sólo desde un punto de vista estrictamente posibilista y nunca como dogmas rígidos; toda vez que la contrastación de la mayor parte de ellos resulta cada vez más cuestionable en la Meseta.

Con este modo de proceder buscamos un cambio fundamental, respecto a la orientación *clásica*, en el modo de analizar los datos empíricos, cambio que se traduce en un intento de confeccionar un elenco de datos obtenidos a partir de nuestros trabajos de campo, en vez de clasificar, tal y como era habitual, de acorde con esquemas previamente establecidos (la mayor parte de los cuales, por basarse en observaciones realizadas en zonas muy distantes de la que nos ocupa, carecen de validez en nuestra zona), unos datos, las más de las veces, ocasionales y fragmentarios obtenidos fuera de contexto. Este proceder hace que tratemos las observaciones fruto de nuestro trabajo, en sí mismos y no como añadidos a una lista preconcebida más larga, y, al tiempo, explica el que hayamos relegado a un segundo plano una de las cuestiones preferentemente tratadas por los prehistoriadores dedicados al campaniforme meseteño: la preocupación por establecer el origen y el desarrollo de estas peculiares especies cerámicas en la cuenca del Duero. Debemos aclarar, empero, que esta actitud en modo alguno debe interpretarse como una renuncia a la posibilidad de contrastar las observaciones realizadas en un ámbito concreto con las obtenidas en otros territorios –bien sean próximos o lejanos–, sino en el sentido de que, a nuestro entender, esta clase de análisis, sin duda necesarios, deberían tener lugar, en una segunda fase, una vez se haya conseguido la caracterización de las observaciones crono-culturales obtenidas de un ámbito concreto y bien definido. Entendemos que este es el único modo de garantizar que el acercamiento al registro arqueológico cumple unas garantías mínimas en cuanto al control interno de los resultados obtenidos se refiere.

Es obvio que el trabajo que hasta el momento hemos llevado a cabo no ha alcanzado este segundo nivel, evidentemente tampoco lo hemos pretendido. Una serie de limitaciones de

carácter estructural, convenientemente reflejadas en el apartado dedicado a la metodología, nos han obligado a marcar nos un objetivo de partida más modesto que lo que hubiésemos deseado. En concreto, dicho objetivo, consistió en la recopilación de las evidencias de cultura material aportadas por las distintas actuaciones –prospecciones y excavaciones– arqueológicas desarrolladas en la zona, para conformar con ellas un elenco de datos de índole cultural. A él se sumarán las observaciones que sobre el hábitat de la época hayan podido ser extraídas de nuestras prospecciones en la zona. La suma de estas dos aportaciones permitirá comenzar a entrever los rasgos generales de la etapa campaniforme en la región ribereña. Entendemos que, si bien los datos obtenidos aportan observaciones de interés, nos encontramos en un momento intermedio de la investigación, la cual habrá de completarse con aquellos datos, de los que no hemos podido hacernos eco aquí, que, por guardar relación directa con las actividades económicas de las gentes del periodo, permitirían aproximarnos a las formas de vida desarrolladas durante esta etapa a caballo entre el Calcolítico y la Edad del Bronce. Nos estamos refiriendo, en concreto, a aquellas observaciones que tienen que ver con aspectos tales como: el aprovechamiento de suelos, análisis polínicos, antracología, etc., directamente relacionados con la reconstrucción del paleoambiente y la paleoeconomía de la época; aspectos, todos ellos, cuya reconstrucción habremos de obtenerla a partir de nuevos enfoques y, sobre todo, de nuevos trabajos de campo en los que se busque cubrir tales objetivos.

De momento y en tanto no dispongamos de dichas observaciones, entendemos, debemos conformarnos con elaborar una primera síntesis de los datos arqueológicos y habitacionales que habrán de servir como punto de partida para una profundización ulterior. En definitiva nuestro trabajo actual debe verse como una primera lectura, de lo que significó el campaniforme en nuestro ámbito de trabajo, realizada con un aparato metodológico quizá simple, pero no por ello, en nuestra opinión, carente de rigor y utilidad.

Los materiales muebles

Los datos empíricos a nuestra disposición proceden de un total de once puntos arqueológicos, los cuales, en su mayor parte, han proporcionado evidencias domésticas. Según se apunta líneas arriba la naturaleza intrínseca de estos yacimientos supone una novedad nada desdeñable respecto a épocas pasadas; pues, no en vano, los elementos mobiliarios procedentes de estos poblados sitúan ante nosotros un panorama de este horizonte y de su implantación en este sector del valle del Duero, bien distinto del que teníamos hasta el momento, el cual había sido construido en base, principalmente, a las observaciones y

objetos materiales que aportan una serie de importantes conjuntos funerarios.

1.1.1. Estudio interno de la cerámica de época Campaniforme de La Ribera del Duero

Como ocurre en la inmensa mayoría de los yacimientos arqueológicos de época pre/protohistórica, la cerámica es, con mucho, la evidencia de cultura material más abundante en cuantas estaciones campaniformes hemos inventariado. Huelga decir que en tales lugares, a diferencia de lo que sucede en los contextos funerarios de esta fase, es en su mayor parte lisa. En este sentido, sirva señalar que en el único hábitat campaniforme en que hemos tenido ocasión de hacer un sondeo arqueológico –El Pico del Castro– la cerámica decorada apenas supera el 1% del total de recipientes identificados. Este porcentaje no difiere mucho de la de asentamientos tan significados como el madrileño de El Ventorro, lugar en que las estimaciones realizadas (si bien en este caso sobre un conjunto cerámico mucho más nutrido), se sitúan en torno al 2% (Priego Fernández del Campo, C., y Quero Castro, S. 1992: 231).

Pese a su baja proporción, los recipientes decorados son, sin duda alguna, el elemento de cultura material más característico y caracterizador del horizonte campaniforme. Por dichos motivos iniciaremos el estudio de los materiales de dicha fase con su análisis y valoración.

A. La cerámica decorada Campaniforme de La Ribera del Duero

Como se apunta poco más arriba las características formales de la cerámica decorada campaniforme sigue siendo, aún hoy en día, el *fósil director* más usado para definir este horizonte. No hace falta decir que esta particular modalidad de cerámica ha sido analizada desde los más variados y diversos puntos de vista, buscando siempre, de un modo u otro, desentrañar el

significado último de tan peculiares vasijas. Entendemos que, tanto el gran número de publicaciones que, a lo largo del tiempo, se han ocupado de tales especies cuanto, sobre todo, el carácter específico de este trabajo (su principal interés radica en intentar exponer la realidad arqueológica de la zona que abarca este trabajo), justifican que no dediquemos espacio a hacer una reconstrucción historiográfica de cuanto se ha escrito respecto al significado, origen, cronología, caracteres ornamentales, etc., de las cerámicas campaniformes y que pasemos directamente al objeto de nuestro estudio⁴⁹.

Centrándonos en este punto comenzaremos por apuntar que todos nuestros hallazgos de cerámica Campaniforme deben adscribirse, de entre los diversos estilos campaniformes que han sido identificados en la Meseta Norte –marítimo, puntillado geométrico, Ciempozuelos, etc.⁵⁰–, a aquellas especies en cuya elaboración se ha empleado esencialmente la técnica incisa; algo que, por otra parte, coincide con lo observado por otros autores que han trabajado en el Duero medio⁵¹. Recordemos que en éste ámbito, si exceptuamos los puntillados geométricos presentes en la tumba segoviana de Villaverde de Iscar, los únicos hallazgos de cerámicas campaniformes documentados pertenecen a especies incisas⁵². En buena lógica, la constatación de este hecho nos sitúa ante una, nada novedosa por cierto⁵³, cuestión: ¿las incisas fueron las primeras y, además, las únicas especies campaniformes de nuestro ámbito concreto y de su entorno inmediato?

Es obvio que si nos decantamos por una respuesta en sentido afirmativo nos sitúa estaríamos asumiendo que existió un marcado contraste en la distribución del campaniforme en la Meseta Norte, así como una importante diferenciación (en el modo y el momento en que se produjo la implantación de lo *campaniforme* en estas tierras), entre las distintas zonas geográficas que integran la cuenca del Duero, en el modo y el momento en que se produjo la implantación de lo *campaniforme* en estas tierras. En efecto, de admitir la posibilidad de

⁴⁹ Un excelente trabajo acerca de este asunto y de la actitud de la investigación europea sobre el significado del fenómeno campaniforme y el cambio en ella operado a lo largo de la década de los ochenta, se recoge en algunas obras recientes. Entre ellas, a modo de ejemplo, podemos citar algunos trabajos: Martínez Navarrete, M.º I. 1989: 298-311; Delibes de Castro, G., y Fernández-Miranda, M. 1993: 149-154.

⁵⁰ Delibes de Castro, G., y Muncio González, L. 1982: 66.

⁵¹ Ibidem, pp. 65-66.

⁵² Delibes de Castro, G. 1979: 5 y ss. La imagen, no obstante, puede cambiar dada la proporción de tipos puntillados geométricos detectados recientemente en las excavaciones de la villa romana de Almenara de Adaja (comunicación personal de G. Delibes de Castro).

⁵³ En efecto, no hacemos sino reeditar la cuestión que, en términos muy semejantes, plantearon Delibes de Castro y Muncio en su conocido trabajo acerca “de la secuencia campaniforme en el oriente de la Meseta Norte” (Delibes de Castro, G., y Muncio González, L. 1982: 65).

que los campaniformes del centro de la cuenca del Duero pertenecan en exclusiva a especies, generalmente, consideradas *tardías*, constituiría un factor relevante, en lo que a la interpretación del inicio de las culturas metalúrgicas del área se refiere; pues, no en vano, implicaría admitir que dicho sector se incorporó al *fenómeno campaniforme* con posterioridad al momento en que lo hicieron otros ámbitos próximos de esta región.

Por todo ello, ante la trascendencia que conllevaría admitir una observación de semejante calado, queremos hacer una llamada a la cautela, pues cabe la posibilidad de que la ausencia de aquellos estilos (nos referimos, en concreto, a los tipos puntillados de bandas o Marítimos y también a la variedad Mixta y Marítimo-Cordada) de los que sabemos con seguridad que otros sectores próximos de la Meseta Norte participaron con naturalidad y que hoy por hoy nosotros echamos en falta⁵⁴, pudiera deberse a diversas razones que van más allá de la propia ausencia y enmascaran una realidad cultural. Dicho de otro modo, pudiera suceder que la incomperecencia de ciertos tipos campaniformes en el sector, lejos de significar que estas tierras del Duero medio se mantuvieron al margen de la presencia de tales especies, quizá guarde relación con diversas circunstancias que permanecen intangibles para nosotros. Así, cabe apuntar que no podemos descartar que tales variedades pudieran haber sido utilizadas en los poblados calcolíticos del sector pero en tan corto número que minimiza las posibilidades de su hallazgo en dichos hábitat. En este sentido, podemos apuntar que la información que, referente a los yacimientos del Duero medio de este periodo, se halla a nuestra disposición aparece muy condicionada tanto por el carácter fortuito de los hallazgos como por lo limitado de la prospección superficial y, sobre todo, por los escasos datos obtenidos en las excavaciones que se vienen desarrollando en los poblados calcolíticos de la zona. Repetimos por tanto que, en nuestra opinión, esta falta de documentación de los sitios arqueológicos aconseja cierta cautela antes de empeñar una respuesta categórica para una cuestión tan trascendente como la que arriba se plantea, máxime cuando no se ha tenido hasta el momento acceso a contextos funerarios como los que depa- ran estos barros usualmente en la Península en general y en el valle del Tormes en particular.

Pese a todo, consideramos que todo lo antedicho no impide que podamos emitir, siquiera a modo de hipótesis, alguna opi-

nión al respecto. En este sentido queremos apuntar que, frente a lo que pudiera deducirse de los fríos datos empíricos, somos partidarios de considerar que, en lo concerniente al tema de los estilos campaniformes, en *La Ribera* los acontecimientos no debieron diferir en gran medida de lo observado, a partir de recientes investigaciones, en ámbitos meseteños próximos. Dichos trabajos, entre otras aportaciones, han posibilitado el análisis comparativo de todas aquellas formas culturales que se asocian a las cerámicas campaniformes y, al tiempo, la ordenación de los hallazgos y de su posición cronológica. De todo ello derivan una serie de conclusiones que podemos resumir en los siguientes puntos:

Que, pese a ser desconocidas hasta la fecha en *La Ribera*, las variedades de campaniforme marítimo puro, mixto y puntillado geométrico pudieron llegar a ser suficientemente conocidas en el área investigada.

Que, sin que pueda descartarse una mayor antigüedad relativa de los *estilos* aludidos en el apartado anterior, lo cierto es que en todos los sectores analizados hay serias dificultades para aceptar una secuencia *campaniforme* como las que propugnaba la bibliografía clásica. Más bien, por contra, hay datos fehacientes (convivencias estilísticas en un mismo yacimiento, semejanza de los tipos metálicos a los que se asocian los distintos estilos, etc.), que ponen de manifiesto una coetaneidad de estilos bastante generalizada, y aconsejan una profunda revisión de las secuencias propuestas.

Se da por cierto, por último, que los incisos son cronológicamente los últimos estilos campaniformes en la Meseta y que, si bien como se apunta, en determinados momentos pudieron convivir con otras modalidades decorativas supuestamente anteriores, parece claro que éstas no perduraron mucho tiempo y que las especies incisas, a partir de una fecha determinada, son las únicas que llegan a perdurar en los territorios meseteños.

De confirmarse nuestras sospechas, esto es admitiendo como hipótesis de trabajo que sea posible extrapolar al nuestro las observaciones efectuadas en otros ámbitos meseteños, parece claro que los datos que, acerca de la presencia de lo *campaniforme* en nuestro sector, se hallan a nuestra disposición son relativos, sin duda, al tercero de los puntos que arriba se citan: esto es al momento en que, sea por motivos de mayor longevidad sea

⁵⁴ De momento, en efecto, se desconoce cualquier hallazgo de campaniforme Marítimo en nuestro sector concreto y, en general, en la provincia de Valladolid, no faltan, por contra, en diversos yacimientos del occidente de la cuenca del Duero, como los dólmenes salmantinos del valle del Tormes y el poblado vecino de La Mariselva, o el sepulcro de corredor abulense de Bemuy Salinero (ver al respecto, por ejemplo, Delibes de Castro, G., y Santonja Gómez, M. 1986: pp. 175-176; Benet, N., Pérez, R., y Santonja, M. 1997: 449-470; Fabian García, J. F. 1997: 104-107.

por otras causas que ahora se nos escapan, las decoraciones incisas se constituyen en las únicas que permanecieron entre las preferencias de las gentes de la época. No obstante, no podemos descartar que también pudieran hacerse extensivas al segundo de dichos apartados. En este sentido diremos que, en efecto, parece evidente que el campaniforme inciso convivió en la Meseta con otros estilos *anteriores* y, por tanto, no debemos desestimar la posibilidad de que estos también pudieron haber sido usados en algún momento por las mismas gentes que emplearon en nuestra zona los estilos incisos. De admitir esta posibilidad, de lo que no cabe la menor duda es de que también tendríamos que asumir que, salvo las incisas, el resto de las especies campaniformes debieron resultar sumamente excepcionales en nuestra zona; tanto como para que, dicho gráficamente, no pudieran romperse recipientes suficientes y aparecer mezclados con los campaniformes incisos sobre la superficie de los poblados. Este problema no resulta fácil de solucionar por el momento. Por ello a lo que habremos de limitarnos a lo largo de estas páginas es a intentar caracterizar los campaniformes incisos presentes en nuestro sector.

En este sentido, comenzaremos por anunciar que resulta evidente que el marco en que se ha desarrollado nuestro estudio participó con cierta asiduidad de la presencia de las especies campaniformes incisas; buena prueba de ello la tenemos en la, relativamente alta, densidad de localizaciones que cuentan con esta clase de cerámicas. Debemos matizar que este hecho no debe interpretarse en el sentido de que tales especies fueron un elemento de uso corriente en la *vida diaria* de los asentamientos del periodo. Por lo menos así lo pone de manifiesto el ínfimo porcentaje que representan estas cerámicas en comparación con en el volumen global de las recuperadas en todos y cada uno de los enclaves por nosotros localizados. Este hecho pudiera servir para apoyar la idea de quienes se manifiestan partidarios de admitir que estas cerámicas tuvieron un significado especial y de que sólo fueron empleadas con una funcionalidad muy específica; la cual, como apuntan diversos autores, pudo trascender el campo de lo meramente

utilitario y alcanzar connotaciones propias del mundo *simbólico* y/o *cultural*.

Una vez hechas estas puntualizaciones nos encontramos en la tesitura de tener que ocuparnos, propiamente, de analizar y caracterizar las cerámicas campaniformes decoradas de nuestro sector. En este sentido, primeramente, debemos señalar que una somera revisión de **los campaniformes incisos** de nuestro territorio basta para constatar que nos encontramos ante un material, formal y decorativamente, bastante heterogéneo.

En principio, atendiendo a la tipología y los caracteres técnicos empleados en la elaboración de los recipientes sobre los que se plasman las decoraciones, cabe establecer dos grupos claramente individualizados:

Un primer apartado lo integran aquellas decoraciones que se reflejan sobre recipientes de pequeño tamaño⁵⁵, confeccionados con buena pasta (emplean barros decantados, desgrasantes finos, etc.), que muestran, en general, un cuidadoso acabado (sus superficies suelen aparecer espatuladas y, más ocasionalmente, bruñidas).

En el segundo caben los temas caracterizados por reflejarse sobre grandes recipientes de tosco aspecto, producto de una confección poco esmerada⁵⁶.

Un simple vistazo a las especies decorativas que se integran en el primer apartado basta, a su vez, para apreciar que éstas no son, en absoluto, homogéneas pues, tanto los caracteres propios de los diseños decorativos cuanto el mayor o menor esmero empleado en su ejecución nos permiten diferenciar, al menos, un par de tipos perfectamente caracterizados y con numerosos paralelos en un sin número de estaciones distribuidas a todo lo largo y ancho de la cuenca del Duero.

En un primer apartado tiene cabida aquellas decoraciones que, tanto por su temática⁵⁷ cuanto por la especial pulcritud con que han sido ejecutados, encuentran adecuados paralelos, por ejemplo, en el yacimiento epónimo⁵⁸ y en algunos de los hallazgos funerarios más representativos de cuantos han sido

⁵⁵ Estas vasijas, cuyas formas reproducen tipológicamente los perfiles clásicos del horizonte campaniforme meseteño, comparten una serie de rasgos: cuentan con paredes de escaso grosor (generalmente < 9 mm), superficies alisadas e incluso bruñidas y, en general, en su elaboración suelen emplearse barros bien decantados y de buena calidad. El tipo de cocción variado; si bien se observa un predominio de las cochuras de tipo reductor, lo cual se traduce en una preponderancia de las tonalidades marrón oscuro o grisáceo.

⁵⁶ Este grupo lo integran un conjunto de recipientes, de gruesas paredes (de 7 a 14 mm), de tamaño medio/grande. En general, esta clase de vasijas muestran una factura más descuidada que las del denominado campaniforme fino; tal circunstancia es consecuencia del empleo de pastas peor decantadas que incluyen desgrasantes gruesos y superficies peor tratadas. A lo sumo aparecen alisadas.

⁵⁷ Delibes de Castro, G. 1977: 90-97; Fig. 32.

⁵⁸ Riaño, J. F., Rada y Delgado, J. D., y Catalina García, J. 1894: 438-439.

documentados en el Duero medio: Fuente-Olmedo, Pajares de Adaja, Samboal o Villabuena del Puente⁵⁹. No hace falta decir que para referirnos a esta modalidad decorativa emplearemos el término **estilo Ciempozuelos**.

En el segundo tienen cabida aquellas decoraciones que, pese a verse plasmadas sobre recipientes de aspecto y dimensiones semejantes a los anteriores, por su peculiar ejecución (las decoraciones, en general, son algo más descuidadas⁶⁰) y particular temática (generalmente a base de amplias franjas de retículas, flanqueadas por líneas horizontales o por series de estampaciones de punta de espátula), difieren de las especies Ciempozuelos y encuentran, por contra, fácil acomodo entre las especies que integran el que ha dado en llamarse **estilo Silos-Vaquera**⁶¹.

A.1. El estilo Ciempozuelos

No hace falta decir, por ser un hecho de sobra conocido, que a esta modalidad decorativa se la considera como el estilo campaniforme por antonomasia de la Meseta Norte. Por este motivo y porque la particular problemática acerca del mismo ha sido tratada en profundidad por los prehistoriadores dedicados al mundo campaniforme meseteño (entre los que destaca Delibes por el volumen y la calidad de su obra⁶²), hace innecesaria una valoración general del mismo, pasaremos directamente a intentar definir los caracteres de este tipo campaniforme en la zona de nuestro trabajo.

Como ya hemos apuntado, frente a lo que era la norma habitual en el centro de la cuenca del Duero, las cerámicas Ciempozuelos del ámbito ribereño proceden en todo caso de ambientes habitacionales; pese a ello, dichas especies no muestran diferencias substanciales, ni en su temática ni en su modo de ejecución, respecto a las que forman parte de los espléndidos ajuares funerarios conocidos en *las campiñas meridionales del Duero*. Tal hecho nos sirve, además de para poner de manifiesto la versatilidad funcional de las vasijas de este tipo (no cumplieron un uso exclusivo pues forman parte de los ajuares funerarios y también se incorporan a contextos domésticos), para informarnos, a través del indudable paralelismo existente entre nuestras especies y las que comparecen en los enterramientos individuales de un ámbito geográficamente próximo, cual es el campiñés, de cómo pudo ser el ritual de enterramiento que emplearon las gentes de la etapa campaniforme de nuestra zona; aspecto éste acerca del cual nuestra investigación no ha proporcionado ninguna evidencia directa. Según se apunta podemos suponer que, en efecto, también en *La Ribera* determinados personajes socialmente destacados (en opinión de algunos investigadores verdaderos jefes), que habitaron en la zona durante este periodo, pudieron hacerse enterrar con ajuares de semejante suntuosidad al identificado bien en Fuente Olmedo bien en el resto de los enterramientos conocidos en el ámbito campiñés. De ser cierta esta suposición, que entendemos entra dentro de lo

⁵⁹ En líneas generales son las características que Delibes considera propias de la cerámica Ciempozuelos de cualquier sector de nuestra Península.

⁶⁰ No siempre ocurre así pues numerosas veces desmienten con una cuidada ejecución de sus diseños la calificación de especie más descuidada.

⁶¹ A partir de un importante trabajo de Molina y Arteaga (Molina González, F., y Arteaga Matute, O. 1976: 176-178), en el que se intentaba buscar el origen de la excisión Cogotas I a partir de las pseudoexcisiones Ciempozuelos, se perfilaba la existencia de un “grupo epiCiempozuelos”, “caracterizado por la ausencia en sus fragmentos de una auténtica decoración campaniforme”, el cual, se entendía, pudo significar el nexo entre las culturas del Bronce Antiguo y Final en el ámbito meseteño, que recibió la denominación de estilo Silos, por considerar que los yacimientos localizados, en las proximidades de la célebre abadía, por el P. Saturio González constituían su mejor exponente. En dicho grupo se incluían, indistintamente, tanto aquellas decoraciones que se reflejan sobre las tres formas típicas presentes en los ajuares de Ciempozuelos –vaso, cazuela y cuenco–, como sobre las grandes tinajas –estilo II de Bosch Gimpera– representadas, por ejemplo, en Somaén. Este mismo criterio fue adoptado por Delibes de Castro y Muncio (Delibes de Castro, G., y Muncio, L. 1982: pp. 75-77), quienes siguen englobando en un único estilo Silos ambas modalidades decorativas.

Fue Fernández-Posse quien al analizar los materiales de La Cueva de Arevalillo (Fernández-Posse, M.ª D. 1981: 62-64) creyó conveniente establecer, dentro de aquel genérico “estilo Silos”, un par de apartados. En el primero tendrían cabida aquellas decoraciones, “de amplias bandas de entramado oblicuo”, que se plasman sobre las formas consideradas “tipológicamente ‘clásicas’ del horizonte campaniforme”. Al entender que los motivos que ornaban el vaso y la cazuela del enterramiento de la segoviana Cueva de la Vaquera, constituyen un adecuado prototipo de esta modalidad decorativa, la autora consideró oportuno aplicar la denominación de “tipo Silos-Vaquera”, para distinguir esta particular especie decorativa. De igual modo, considera conveniente reservar un segundo apartado para las decoraciones que ornaban las grandes vasijas que, como se apunta, comparecen habitualmente en los hábitats campaniformes; éstas fueron englobadas en un denominado, “tipo Molino”, para contraponerlas al anterior. En adelante, nosotros también mantendremos esta diferenciación.

⁶² Resultaría sumamente prolijo relatar la ingente obra en la que este autor, individualmente o en colaboración, y, desde distintos puntos de vista, ha tratado el tema del Campaniforme Ciempozuelos. Entre otros títulos, como más significativos, cabría citar: Delibes de Castro, G. 1977; Idem. 1985: 44-52; Idem. 1987: 37-51; Delibes de Castro, G., y Muncio, L. 1981: 65-82; Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1989; Delibes de Castro, G., y Rodríguez Marcos, G. 2003: 41-47.

razonable, estaríamos en condiciones de poner nuestras cerámicas en relación con todo un cúmulo de manifestaciones que suelen aparecer en concomitancia con estos conjuntos tumbales tan propios del sector central de la Meseta Norte. Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a la metalurgia; manifestación que, como es de sobra conocido, se halla muy bien representada en el seno de las manifestaciones funerarias (por ejemplo, en el conjunto citado de Fuente-Olmedo, con puñales de lengüeta, puntas Palmela y diadema de oro) y, por contra, como tendremos ocasión de señalar, resultan un elemento muy poco frecuente entre la cultura material de nuestros yacimientos campaniformes, habitacionales.

Entre los datos de los que nos informan los lugares de hábitat con campaniforme Ciempozuelos de *La Ribera* cabríamos destacar los siguientes. En principio, es interesante señalar que esta modalidad decorativa es la más abundante y extendida de cuantas hemos tenido ocasión de diferenciar a todo lo largo y ancho del ámbito ribereño; sirva señalar en este sentido que las encontramos en 9 (69'2%) de los 13 lugares con campaniforme inventariadas en nuestra zona. Conviene indicar, además, que no comparece de modo exclusivo en ninguno de los lugares que han ofrecido una muestra de cerámicas mínimamente significativa⁶³. En estos lugares se documenta siempre en asociación con alguna/s de las otras variedades incisas presentes en la región. La prueba más evidente en este sentido la tenemos en el único yacimiento excavado de la zona: *El Pico del Castro* en Quintanilla de Arriba. En dicho asentamiento, en el que identificamos un sólo momento de ocupación, tuvimos ocasión de recuperar algún fragmento de estilo Ciempozuelos junto a otros asimilables a los tipos Silos/Vaquera y Molino. Semejante asociación la observamos entre los restos, en este caso fuera de contexto, identificados en *El Cujón* de Curiel. Por último, el Ciempozuelos también se documenta asociado en un par de nuevos enclaves: *Casa de Valimón* en Santibáñez de Valcorba y *El Carrascal* en Traspinedo. En ambos puntos lo hace, en exclusiva, con especies de estilo Silos/Vaquera.

Además de estos restos, que aparecen en asociación con otros tipos decorativos, disponemos de un conjunto de hallazgos aislados –en concreto cinco casos– de campaniformes Ciempozuelos que poco aportan, al tratarse de lugares en que se ha recuperado un único fragmento cerámico decorado, lo que invalida el que pueda usarse tal observación como argumento

definitivo en el sentido de que pudiera tratarse de yacimientos cuyos ocupantes elaboraron en exclusiva este estilo. Para lo que, cuando menos, resultan de utilidad es tanto para constatar que estas especies tuvieron una notable presencia en la zona cuanto para ofrecernos constancia de que los lugares de habitación en que se documenta esta particular modalidad decorativa responden a una diversidad de caracteres, apareciendo en lugares bajos, próximos a fuentes de agua, y en establecimientos en altura, dotados, incluso –*La Mora* en Peñafiel–, de una interesante estructura defensiva. La diversidad apuntada se hace extensiva, así mismo, a las dimensiones de los establecimientos, haciendo acto de presencia por igual, tal y como tendremos ocasión de observar en el apartado correspondiente, en yacimientos de tamaño reducido y en otros de apreciable extensión.

Concretando, por lo que se desprende de nuestras observaciones cabe afirmar que el Ciempozuelos, claramente, convive con las otras variedades del campaniforme inciso meseteño: el tipo Silos/Vaquera y el Molino. Desgraciadamente no disponemos de excesivos datos de cronología absoluta acerca del periodo en que se produce tal convivencia. El único argumento al respecto de que disponemos es el que nos proporciona *El Pico del Castro*, donde el C-14 sitúa la asociación de las tres especies en torno al 1.800 a.C.; esto es en un momento que las periodizaciones clásicas sitúan a medio camino entre el final del Calcolítico y el inicio de la Edad del Bronce.

En cuanto a las caracteres concretos de este tipo ornamental, al que desde hace más de cien años se viene denominando Ciempozuelos, diremos que, en lo que a la variedad de **técnicas decorativas** empleadas en su elaboración se refiere, se distingue por un claro predominio de la **incisión**, aunque en frecuente conjunción a la **impresión**. En diversas ocasiones ésta última se presenta en una peculiar versión, conocida con el nombre de **seudoexcisión**, caracterizada “por disponerse los trazos impresos alternando en dos bandas paralelas que dejan entre sí un zigzag más o menos en resalte” (Delibes de Castro, G. 1977: 90).

Al igual que sucede en cuantos lugares se detecta su presencia, el Ciempozuelos de nuestra zona se manifiesta con una gran riqueza decorativa, desgraciadamente el reducido tamaño de la mayor parte de los barrotes sobre los que se plasman estos motivos no nos permite hacer muchas precisiones sobre las sintaxis compositivas que desarrollan. Precisamente el exiguo tamaño

⁶³ Entendemos por tal, dentro de lo exiguo del número de fragmentos decorados localizados en todos y cada uno de los lugares campaniformes de la Sector investigada, aquellos conjuntos integrados por más de tres cerámicas campaniformes. Como es obvio lo exiguo de estos conjuntos invalidan cualquier valoración numérica con referencia a ellos.

254 de los fragmentos hace que no hallamos podido reconstruir la morfo/tipometría de alguno de los recipientes de este tipo. Lo más que, al respecto, cabe apuntar es que sus perfiles en ningún caso dibujan ciertas formas, que pudiéramos calificar de *especiales* (por ejemplo, copas de tipo frutero, platos, fuentes, etc.), que son propias de ciertos ambientes campaniformes extramesetanos. Por contra, los perfiles de nuestros barros se asemejan a los de las tres formas que suelen formar parte integrante de “los ajuares funerarios de la civilización de Ciempozuelos más clásica” (Delibes de Castro, G. 1977: 88-90). En efecto, entre los fragmentos por nosotros recogidos se reconocen claramente los perfiles de algunos cuencos con formas sencillas y, a duras penas, los de ciertos vasos *–sensu stricto–* y cazuelas. El hallazgo de algunas carenas bastante marcadas, atribuibles sin duda a una de estas dos formas citadas en último término, parece indicar que algunos de estos se caracterizaron por sus perfiles pronunciados.

Algún dato más podemos apuntar acerca de las decoraciones que ostentan dichas cerámicas. Comenzando por los punzones con que se realizan los temas propios de este estilo, bien sean incisos o impresos, diremos que se observan algunas variaciones en la estructura de sus puntas, con todo, cabe indicar que en general e independientemente del yacimiento del que se trate predominan las de extremos aguzados, lo que contribuye a dar un aspecto cuidado, homogéneo y de gran finura a la decoración.

Los temas decorativos (Fig. 187) desarrollados y su sintaxis compositiva se adecuan sin estridencias a los que documenta Delibes en las cerámicas de Ciempozuelos de la Meseta Norte y de otros ambientes Peninsulares, razón por la cual no es nuestra intención dedicarnos a buscar el mayor número de paralelos posibles. Como ya indicamos, la **decoración exterior** de estos recipientes tiene como elemento fundamental unas anchas *franjas* cada una de las cuales aglutina un número indeterminado de estrechos *frisos*, que constituyen la mínima unidad decorativa. Entre éstos hemos tenido ocasión de identificar distintas variantes que a continuación se relacionan:

Incisos

1. Líneas horizontales incisas que bien enmarcan otros motivos, bien toman un protagonismo mayor y forman estrechos filetes de, dos, tres o más, líneas paralelas (Delibes 1).
2. Entramado recto o transversal (Delibes 2).

3. Entramado en aspa (Delibes 6).
4. Friso de incisiones oblicuas, de izquierda a derecha o viceversa, enmarcados entre líneas (Delibes 5).
5. Friso de trazos verticales, enmarcados entre líneas.
6. Zigzags (Delibes 10a).
7. Trazos verticales incisos con línea guía o *línea cosida*.
8. Zigzag doble con exteriores rayados con pequeños trazos perpendiculares (Delibes 11c).

Incisos-impresos

9. Cordones pseudoexcisos:
 - a. Conseguídos mediante contraposición de trazos incisos (Delibes 12a).
 - b. Mediante la contraposición de impresiones circulares (Delibes 12b).
 - c. Mediante el empleo de impresiones triangulares (Delibes 12d).
10. Alineaciones simples de impresiones triangulares (Delibes 13).

Como ya quedó dicho, el estado sumamente fragmentario en que han llegado hasta nosotros los barros sobre los que se plasman esta serie de motivos dificulta el que podamos hacernos una idea sobre el aspecto general de las composiciones decorativas que se plasmaron sobre los recipientes; no obstante, cuando menos, permiten intuir que éstas se asemejan en todo a las que Delibes describe como propias de este modelo decorativo (Delibes de Castro, G. 1977: 90-97). Esto es, cada uno de los motivos arriba relacionados constituye un friso que, bien exento bien enmarcado entre líneas horizontales, se agrupa junto a otros para formar una amplia y tupida franja horizontal decorada. El número de estas fajas, por regla general, varía según sea la forma cerámica –3 en los vasos, 2 en las cazuelas y 1 en los cuencos– de que se trate, pero siempre alternan con otras, generalmente más estrechas, carentes de decoración (Delibes de Castro, G. 1977: 94-95). En ocasiones estos diseños se completan con bandas o motivos radiales que parten de la base de la pieza.

Las características estilísticas y de ejecución que muestran todos estos motivos nos remiten genéricamente a los campaniformes de la *civilización* de Ciempozuelos, los cuales, pese a asomarse con fuerza a determinadas regiones periféricas como el Sudeste, País Valenciano o Alto valle del Ebro⁶⁴, han sido

⁶⁴ Un mapa, hoy bastante incompleto, pero que puede resultar ilustrativo de la distribución de este tipo decorativo podemos verlo en: Harrison, R. J. 1980: 127; Fig. 83.

considerados habitualmente como un elemento específico de las tierras interiores de nuestra península. Es precisamente en su territorio por excelencia –La Meseta–, donde encontramos los mejores paralelos para estas decoraciones. En efecto, rasgos decorativos absolutamente semejantes a los que se

recogen en la anterior relación se encuentran plasmados, por una parte, en las decoraciones Ciempozuelos que ornaban los recipientes, de indudable carácter votivo, presentes en los numerosos conjuntos funerarios, casi siempre en fosa, conocidos en el ámbito centromeseteño –Pajares de Adaja⁶⁵, Villar del Campo⁶⁶, Fuente-Olmedo (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1989), Villabuena del Puente (Maluquer de Motes, J. 1960: 119-130), etc.–, y, por otra, entre los recipientes que, conviviendo con otras especies incisas, hacen acto de presencia en los hábitat campaniformes –Arrabal de Portillo, Almenara de Adaja, etc.– de este mismo sector.

También encontramos grandes similitudes entre los campaniformes Ciempozuelos que aparecen en dólmenes, enterramientos individuales y poblados situados en el sur y oriente meseteños. Se incluirían aquí los recogidos en los trabajos de autores como Socorro López y Nicolas Benet *et alii* para Salamanca (López Plaza, S. 1991: 58 y nota 28; López Plaza, S., Arias González, L. 1988-1989: 171-199; Benet, N., Pérez, R., y Santonja, M. 1997) y Francisco Fabián para Ávila (Fabián García, J. F. 1992: 97-132; Idem, 1995: 178-182).

Los mismos rasgos decorativos observados en conjunto nos acercan a los campaniformes incisos de atribución Ciempozuelos de la región de Madrid⁶⁷, como así lo demuestra, por ejemplo, el que en la tabla de motivos campaniformes (incisos e impresos) elaborada tanto con materiales procedentes de enclaves funerarios –Ciempozuelos, arenero Salmedina, Mejorada del Campo, dólmen de Entretérminos, etc.– y lugares de hábitat –El Ventorro, El Espartal, Cerro de San Antonio, Camino de Tiverilla de Pinto, etc.– se refleje en la práctica totalidad de yacimientos.

Por último, diremos que tampoco encontramos diferencias significativas entre nuestros campaniformes de tipo Ciempozuelos y aquellos que hacen acto de presencia, eso sí en franca minoría frente a otras especies incisas –Silos y Molino–, en el sector oriental de la cuenca del Duero (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 2).

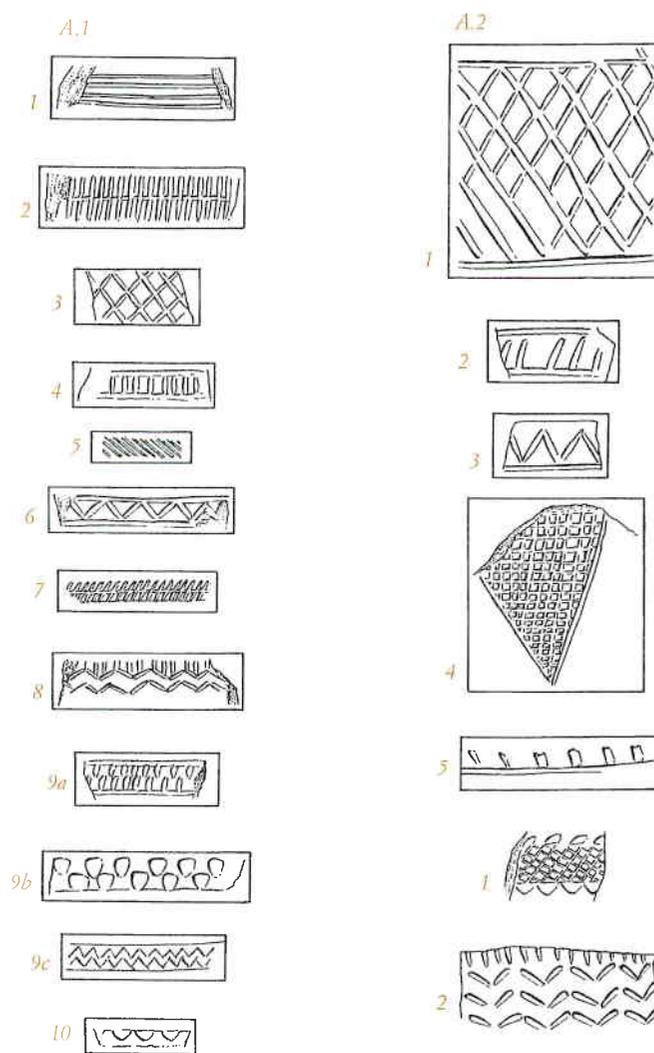


Fig. 187. Tabla tipológica de los motivos decorativos de la cerámica campaniforme (tipos Ciempozuelos y Silos/Vaquera) en La Ribera de Valladolid.

⁶⁵ Martín Valls, R. 1971: 391-405.

⁶⁶ Delibes de Castro, G. 1978 a: 267 y ss.

⁶⁷ Arribas, J., Baena, J., Blasco Bosqued, M.^a C., Calle, J., Gutiérrez, C., Jiménez, C., Liesau, C., Luque, M., Millán, A., Montero Ruiz, I., Morales, A., Recuero, V., Rovira Llorens, y S., Sánchez-Capilla, M.^a L. 1994: 114; Fig. 6.

Como es bien sabido la presencia de **decoración interior** en las vasijas campaniformes es uno de los rasgos que se consideran característicos del horizonte meseteño Ciempozuelos. En nuestro caso tan sólo hemos identificado un ejemplo de esta modalidad decorativa, y consideramos que no existen más razones que las puramente derivadas del pequeño número de bordes recuperados para explicar el reducido número de decoraciones interiores localizadas.

El ejemplar, procedente del fondo de cabaña identificado en el *Pico del Castro* (Quintanilla de Arriba), muestra un friso, formado por cuatro líneas horizontales, bajo el cual se sitúa parte de un motivo solar u oculado; ambos diseños han sido confeccionados en técnica incisa. El fragmento en cuestión tiene el interés de ponernos en relación con una clase de manifestaciones, de supuesto carácter simbólico, que si bien parecen ser habituales en otros ámbitos campaniformes del centro de la Península⁶⁸ habían pasado desapercibidas hasta la fecha a este lado del Sistema Central.

En diversas ocasiones se ha apuntado que los antecedentes de estas y otras decoraciones simbólicas presentes en algunos recipientes del estilo Ciempozuelos deben rastreadse en el calcolítico precampaniforme tardío peninsular, horizonte éste en el que son muy abundantes en el S.E. (Martín Socas, D., y Camalich Massieu, M.^a D. 1984: 281), en la desembocadura del Tajo o en Extremadura. En la Meseta Norte estas representaciones solares hasta hace bien poco eran excepcionales; no obstante su número ha ido en aumento, al mismo ritmo en que se intensifican las investigaciones del periodo y comienzan a abundar, sobre todo en el sector occidental de este territorio. Allí se citan representaciones esquemáticas de ojos en diversos yacimientos zamoranos (*Las Pozas* en Casaseca de las Chanas [Val Recio, J. M.^a del. 1992: 47-65], *Los Bajos* en Vecilla de Trasmonte [Pérez Rodríguez, F. J., Sanz, F. J., Marcos, G. J., Martín, M. A., y Mísiego, J. C. 1991: 149-175] y *Los*

Paradores de Castrogonzalo) y abulenses (*Los Itueros*, *El Tomillar* y *Aldeagordillo*).

Alberto del Castillo, cuando ponía en relación las decoraciones simbólicas presentes en los yacimientos campaniformes de Las Carolinas y Palmela, con las de Los Millares, resulta claro que establecía una vinculación con un horizonte cronológico anterior. Una interpretación semejante podría ser válida para explicar la procedencia de la inspiración de este motivo solar que vemos plasmado sobre una forma campaniforme en Pico del Castro. Este hecho, no nos cabe ninguna duda, reviste indudable trascendencia, no en vano podría interpretarse como la pervivencia de un rasgo propio de los contextos calcolíticos precampaniformes en la ornamentación de la cerámica de Ciempozuelos de nuestra zona.

A.2. El estilo Silos/Vaquera

Según hemos intentado reflejar en la nota 61 esta modalidad decorativa ha merecido distinta consideración, desde un punto de vista cronológico y cultural, que el Ciempozuelos. Haciendo un breve resumen de dicha cuestión podríamos decir que mientras que el *clásico Ciempozuelos* ha sido interpretado tradicionalmente como el estilo representativo, por antonomasia, de *la plenitud* de la fase campaniforme en la Meseta, el *Silos/Vaquera* se entendía que era propio del momento epigonal de dicho horizonte, cuando no, incluso, ajeno a él⁶⁹.

En efecto, desde las investigaciones desarrolladas por Molina y Arteaga, al estudiar las excisas de la Península Ibérica, en general, se admitía la existencia de un Campaniforme de tradición, también denominado *Horizonte Silos*, que justificaba la presencia de muchos de los rasgos culturales propios de la fase campaniforme en las cerámicas del grupo Cogotas I. Según apuntábamos líneas arriba, en este genérico horizonte se englobaban tanto aquellas decoraciones para las que, reflejadas sobre *formas clásicas* –vaso, cazuela y cuenco–, Fernández-Posse acuñó el apelativo específico de estilo *Silos/Vaquera*

⁶⁸ Así lo pone de manifiesto el hallazgo de distintas manifestaciones —cerámicas simbólicas, ídolos y estelas— de este tipo en la citada región (Arribas, J., Baena, J., Blasco Bosqued, M.^a C., Calle, J., Gutiérrez, C., Jiménez, C., Liesau, C., Luque, M., Millán, A., Montero Ruiz, I., Morales, A., Recuero, V., Rovira Llorens, y S., Sánchez-Capilla, M.^a L. 1994: pp. 249-263).

⁶⁹ En efecto, conceptos tales como “especies de tradición”, “campaniformes de tradición”, “seudo-campaniformes”, etc., están presentes de continuo en los primeros trabajos que abordan el tema. De este modo, forman parte integrante del tardío, y ya citado, “Grupo Silos” de Molina y Arteaga (Molina González, F., y Arteaga Matute, O., 1976: 176 y ss.), el “seudo-campaniforme” que Palol identifica en las cuevas de Silos y en Las Pinzas de Curiel (Palol Salellas, P. de. 1974: 93 y ss.), también las “especies incisas” que Zamora Canellada emplaza en el Bronce Final (Zamora Canellada, A. 1975: 544), y en un tono realmente exagerado, todo lo que no es el fino-ciempozuelos para Moreno, que no llega a admitirlos como campaniformes (Moreno López, G. 1971-1972: 42). Otros autores, aunque revisan este heterogéneo horizonte de cerámicas consideradas de “tradición” para llegar a admitir que buen número de ellas constituyen auténticos campaniformes; no pueden por menos que dejar, fuera de ese concepto ejemplares como los que aparecen en las cuevas burgalesas situadas en torno a Silos (Delibes de Castro, G. 1977: 85), que consideran especies degeneradas y bastante más tardías.

(que son el objeto de este apartado), cuanto aquellas otras, para las que esta autora reservó la denominación de *estilo Molino* (a las que aludiremos en el siguiente epígrafe), que se caracterizan, además de por desarrollar unos amplios diseños, por encontrarse plasmadas sobre vasijas, mucho más voluminosas, de morfología bien distinta a la de las *formas clásicas*.

En la revisión que I. Barandiarán (Barandiarán Maestu, I. 1975) hizo de la estratigrafía de La Cueva de la Mora de Somaén quedó bastante clara la coexistencia de los estilos decorativos I y II, o lo que es lo mismo, los estilos Ciempozuelos y Silos, contraviniendo tanto la reconstrucción estratigráfica que hiciera el Marqués de Cerralbo (Aguilera y Gamboa, E. 1909: 26-36), cuanto las interpretaciones que de ésta elaboraron autores como Bosch Gimpera (Bosch Gimpera, P. 1961: 48-49).

No obstante, pese a conocerse tal observación, en la investigación, hasta no hace mucho, se ha seguido planteando la existencia de un campaniforme de tradición; propuesta que, por cierto, parecía encontrar cierto respaldo en la Cueva de Arevalillo de Cega⁷⁰. En sus trabajos sobre este enclave segoviano, Fernández-Posse se manifestaba partidaria de vincular en una época temprana el campaniforme de tipo Ciempozuelos y el Silos/Vaquera; esta autora no dudaba, empero, aún reconociendo que no era un hecho suficientemente probado, en señalar que ello no era impedimento a la hora de defender una mayor modernidad relativa de este último tipo respecto al Ciempozuelos clásico. Así mismo, se apuntaba “que el ‘tipo Silos-Vaquera’ pudo haber sobrevivido al ‘tipo Molino’”, lo que, como es obvio, señalaba a aquel como el más tardío de los campaniformes incisos meseteños.

Frente a esta tendencia a otorgar una cronología tardía a las especies que integran el genérico “estilo Silos”, surgieron opiniones posteriores que postulaban la necesidad I) de identificar plenamente, desde un punto de vista crono/cultural, al clásico Ciempozuelos y a las especies campaniformes incisas “toscas” –Silos/Vaquera y Molino–; II) de desestimar por completo que el término epicampaniforme pudiera ser aplicado para designar a éstas últimas. En este sentido se expresan, por ejemplo, Delibes y Municio. Estos autores, al analizar los materiales recuperados en Silos por el P. Saturio, identifican plenamente el “Grupo Silos” y el Ciempozuelos clásico⁷¹. De este modo el término “estilo Silos” sólo puede ser utilizado para aludir a una particular modalidad decorativa, caracterizada por su peculiar temática y/o tratamiento, pero nunca para referirse a una cronología tardía ni a un grupo diferenciado respecto a Ciempozuelos⁷². Los autores basan estos juicios, fundamentalmente, tanto en la similitud tipológica de las formas –cuenco, vaso y cazuela– sobre las que se plasman, cuanto en la manifiesta identidad que se produce entre las técnicas, los motivos decorativos y las sintaxis compositivas empleadas en la elaboración de ambas modalidades decorativas.

Una opinión que, de algún modo, abundaba en lo mismo es la expresada por Revilla y Jimeno (Revilla Andía, M.^a L. y Jimeno Martínez, A. 1986: 168-169), cuando al estudiar las cerámicas campaniformes de El Guijar de Almazán, hacían una particular lectura del estilo Silos. Primeramente, reparaban en el hecho de que las dos especies –“Silos” y “Molino”– que lo integran tienden a concentrarse “en el reborde oriental de la Meseta y zonas aledañas”; ámbito éste en que superan en número al Ciempozuelos Clásico, claramente minoritario en la zona. Al tiempo, partiendo de esta, sin duda, interesante

⁷⁰ Este planteamiento encontraba respaldo en las fechas radiocarbónicas obtenidas en la cueva de Arevalillo, las cuales indicaban una cronología muy baja (1400-1450) para su nivel inferior, considerado Eneolítico con Campaniforme “tipo Silos”, y que está condicionada por las fechas de C-14 de 1350-1340, obtenidas para el nivel situado encima –II A–, en el cual el campaniforme considerado tardío aparece asociado a elementos del Bronce Medio y elementos que caracterizarán el Bronce Final de la Meseta. También servían para justificar esta forma de pensar las observaciones realizadas en la cueva Segoviana de La Vaquera (Torreiglesias), en la que se obtuvo una estratigrafía revuelta, pero en la cual de las fechas de C-14 obtenidas en dicho yacimiento, la que se apunta para los niveles más relacionados con el enterramiento en que apareció un ajuar campaniforme constituido por unas cerámicas, recordemos, de estilo “Silos-Vaquera” es de 1330 a. C.

⁷¹ Advertir de nuevo que (ver nota 18) estos autores englobaban, genéricamente, en un único estilo Silos, tanto las decoraciones que se plasman sobre “las tres formas típicas de los ajuares funerarios de Ciempozuelos (vaso, cazuela y cuenco)”, las cuales, tras los trabajos de Fernández-Posse, como hemos apuntado, quedarían englobados en el denominado tipo Silos-Vaquera, cuanto “las grandes tinajas, seguramente de uso doméstico”, que servirán de soporte a las decoraciones del denominado tipo Molino, por Fernández-Posse.

⁷² Delibes de Castro, G., Municio, L. 1981: 75-77. Cabe señalar que en otras obras, Delibes se expresa en términos semejantes, reafirmando su opinión en este mismo sentido (Delibes de Castro, G. 1988: 80-93; Delibes de Castro, G., y Fernández Miranda, M. 1986-1987: 17-30).

observación, los autores sugieren que el Silos pudo ser el estilo inciso propio y representativo de los campaniformes del oriente meseteño⁷³, ámbito éste en que darían adecuada réplica al “clásico Ciempozuelos”, el cual, entendían era característico del centro del valle del Duero. También se apuntaba que las peculiaridades del “modelo Silos”, que le diferencian del “resto del campaniforme meseteño”, se deben al “contacto con las especies catalanas y del Pirineo Oriental”. Para los autores queda claro que el desarrollo del tipo Silos discurriría, en todo momento, en paralelo al del Clásico Ciempozuelos (Revilla Andía, M.^a L. y Jimeno Martínez, A. 1986: 168 y nota 49), entendiéndose que buena prueba de ello serían las asociaciones de ambos en contextos arqueológicos “de corte eneolítico”, como los que creen ver representados en Somaén, Renieblas y Noviercas (Revilla Andía, M.^a L. y Jimeno Martínez, A. 1986: 168). También se sugiere que las decoraciones Ciempozuelos presentes en los yacimientos del reborde oriental de la Meseta es algo que, carente de todo significado cronológico, debe interpretarse como una consecuencia de los contactos existentes entre esta zona y el valle medio del Duero, donde sitúan el origen las especies Ciempozuelos de la cuenca del Duero. En sintonía con esta idea entienden que la aparición de “ejemplares orientales” en el centro y oeste del valle del Duero debería interpretarse como una contrapartida a dichos contactos⁷⁴. De mismo modo, la clara concentración que, de las especies que componen el tipo Silos se produce en el sector occidental de la Meseta Norte, permitía pensar a Revilla y Jimeno en la posibilidad de diferenciar, dentro del territorio meseteño distintas “zonas decorativas resultado de la interpretación en cada una de ellas de la moda campaniforme”.

Hechas estas consideraciones historiográficas debemos volver al caso concreto de *La Ribera*, para ocuparnos de la caracterización de las especies Silos/Vaquera presentes en nuestro sector.

Primeramente advertiremos que en nuestro sector, al menos a tenor de nuestros conocimientos actuales, el Silos/Vaquera fue un estilo bastante común. En efecto si bien es cierto que dicha especie parece tener una presencia algo menor, desde un punto de vista cuantitativo, que el Ciempozuelos también

lo es que su dispersión, a lo largo y ancho del territorio, es muy semejante. En lo que se refiere al primero de tales aspectos diremos que la especie decorativa que aquí nos ocupa ha sido localizada entre las cerámicas domésticas de 6 (46'15%) de los asentamientos computados en el sector. En cuanto al segundo de los apartados apuntaremos que en concreto hemos detectado su presencia en lugares como *Arroyo Valimón*, en Santibáñez de Valcorba; *La Serna*, en Traspinedo; *El Pico del Castro*, en Quintanilla de Arriba; *El Pico de las Cuevas*, en Aldeayuso; *El Cujón*, en Pesquera de Duero y *Valdelperra-1*, en Cogeces del Monte. Si exceptuamos este último caso, donde aparece un único fragmento de tipo Silos/Vaquera (lo que difícilmente puede servir como prueba para defender la idea de que en este yacimiento se utilizó en exclusiva esta particular modalidad decorativa), en el resto de las estaciones *convive* con alguna de las otras modalidades incisas presentes en nuestro territorio. En los dos enclaves citados en primer término lo hace con el estilo Ciempozuelos; en el tercero con éste y el Molino; en el cuarto, por último, se asocia en exclusiva al Molino.

Estas observaciones, tan claramente manifestadas, nos permiten hacer una serie de consideraciones que, entendemos, pueden resultar de interés. Primeramente, como ya hemos apuntado, sirven para desestimar o, cuando menos, cuestionar planteamientos como los que, en la línea de lo apuntado por Revilla y Jimeno, proponían que las especies de tipo Silos eran prácticamente exclusivas del “reborde oriental de la Meseta y zonas aledañas”; también sirven para respaldar la idea de que los grupos campaniformes de nuestra Sector ornamentaron las *formas campaniformes clásicas*, presentes en sus lugares de habitación, indistintamente, con motivos Ciempozuelos y Silos/Vaquera. Este hecho, que ahora se nos muestra como una realidad tangible, había pasado desapercibido hasta la fecha; circunstancia que sin duda alguna guarda relación con la particular procedencia de los materiales que sirvieron para elaborar los primeros estudios de las culturas campaniformes centromeseteñas. Tales trabajos, como se apuntaba en el apartado introductorio del presente capítulo, centraban su atención en la caracterización de los magníficos conjuntos

⁷³ Esta idea consistente en diferenciar, dentro del ámbito estricto de la Meseta Norte, varios subgrupos campaniformes caracterizados por las peculiaridades de sus cerámicas decoradas incisas no era nueva. Baste recordar en este sentido que ya Alberto del Castillo (Castillo Yurrita, A. del. 1943: 404; Idem, 1947: 626; Idem, 1953: 139), desde antiguo, basándose en las peculiaridades que ofrecían las cerámicas de la región, distinguió en este ámbito dos subgrupos: uno el de la Meseta Superior propiamente dicho, y otro, oriental, del Sistema Ibérico. La distribución de este último, en líneas generales, coincide con la del que ahora dibujan Revilla y Jimeno.

⁷⁴ Un ejemplo de estos, así denominados, “ejemplares orientales” en el interior de la Meseta lo encontramos en Muñogalindo. Al respecto ver: López Plaza, S. 1974: 127-128; Fig. 4.

funerarios hallados en la zona y, en absoluto, incluían materiales procedentes de contextos habitacionales. No nos cabe duda de que el desconocimiento de materiales procedentes de tales ambientes propició una lectura incompleta y, por ende, distorsionada del comportamiento asociativo de los campaniformes incisos de nuestra región. De acuerdo con cuanto aquí se expone parece claro que una lectura más ajustada de esta realidad debería comenzar por reconocer expresamente que, en efecto, el Ciempozuelos fue el estilo inciso preferido por las gentes tardo/campaniformes centromeseteñas para ornar aquellas cerámicas que, junto a todo un amplio compendio de *ítems* –metálicos, óseos o líticos–, formaron parte de sus ostentosos conjuntos funerarios, para luego añadir que en absoluto fueron las únicas empleadas en los ambientes habitacionales de la zona.

Los datos que aportan los hábitat ribereños resultan, a nuestro entender, harto elocuentes en este sentido ya que, no en vano, manifiestan que sobre las formas campaniformes *clásicas* presentes en dichos conjuntos domésticos comparecen tanto aquellas especies *finas*, semejantes a las que se documentan en las tumbas, cuanto aquellas otras, algo más toscas y de amplios diseños, que tienen cabida en este denominado estilo Silos/Vaquera. En buena lógica, podría concluirse que éstas últimas, al menos en nuestro ámbito concreto y según todos indicios, fueron exclusivas de los lugares de habitación⁷⁵, en tanto que las primeras lo fueron de los contextos funerarios; si bien estas últimas, tal y como vimos páginas atrás, también hacen acto de presencia en los lugares de habitación.

Desde un punto de vista bien distinto, el que concierne a la caracterización morfo/tipológica de estas especies, debemos comenzar por anotar que el reducido tamaño de los fragmentos recuperados hace que no sea mucho lo que podamos aportar respecto a las formas de esta peculiar modalidad cerámica. Con todo, cuando menos, podemos apuntar que todos aquellos fragmentos que aportan siquiera una mínima idea de su perfil tienen cabida entre las formas clásicas (cuencos, vasos; quizá, incluso, cazuelas) del Campaniforme Ciempozuelos; aspecto este que contribuye a aumentar la proximidad entre ambas modalidades. De todos modos debemos indicar que sólo nos ha sido posible reconstruir un único perfil (de éste sólo ha llegado hasta nosotros el borde y parte de la panza, falta el tercio inferior del recipiente), el cual pertenece a un vaso *sensu stricto* hallado en el nivel superficial de la cueva de

Valdelaperra. Las paredes del recipiente en cuestión, de aspecto un poco achaparrado y líneas poco marcadas, dibujan una S suave y continua.

En lo referente al tipo de **ornamentación** diremos que este estilo se encuentra, al igual que en el caso de las formas, claramente vinculado al Ciempozuelos; no en vano, emplea técnicas muy semejantes: incisión y pseudoexcisión, en la ejecución de sus temas. La diferencia sustancial entre ambas modalidades radica en el modo en que se confeccionan las respectivas decoraciones. Las cerámicas de tipo Silos/Vaquera identificadas en nuestro sector, en general, manifiestan una factura algo más descuidada que la del clásico Ciempozuelos. Dicha tosquedad guarda relación con la particular estructura de las matrices usadas para la confección de los diseños. Aquellas, caracterizadas por contar con puntas más gruesas que las empleadas en la elaboración de los modelos Ciempozuelos, contribuyen a dar mayor anchura, profundidad y, al tiempo, menor precisión a los trazos. Estas incisiones, generalmente, se asocian a series de impresiones de cierta amplitud, las cuales suelen utilizarse, como un elemento auxiliar, para enmarcar los frisos. Siguiendo la sintaxis decorativa campaniforme, la ornamentación se distribuye en amplias bandas. A diferencia de lo que ocurría en Ciempozuelos, donde cada una de dichas *fajas* está integrada por la suma de estrechos frisos horizontales cada uno de los cuales contiene un motivo, en el Silos/Vaquera responden a un esquema bastante más sencillo pues, las más de las veces, se configuran por un único tema decorativo que rellena toda la franja decorada.

En este caso también muestran **decoración en el interior del borde**.

En el sector ribereño esta clase de **temas decorativos** muestran, por cierto, una escasa variedad en su temática; algo que, en buena medida, debe guardar relación con el corto número de materiales recuperados en nuestros yacimientos.

Los temas en concreto son los siguientes (Fig. 187):

- Franja de entramado en aspa.
- Friso de incisiones oblicuas.
- Zigzag flanqueado por una o dos líneas incisivas horizontales.
- Triángulos rellenos de entramado jalonados o no por pequeñas impresiones.
- Alineaciones simples de impresiones.

⁷⁵ Esta exclusividad no se hace extensiva a otros ámbitos meseteños. En efecto, cabe apuntar que en el oriente de la Meseta, las amplias fajas de reticulados, el motivo decorativo sin duda más representativo del tipo Silos/Vaquera, son usadas indistintamente en hábitats y enterramientos: un ejemplo claro de este hecho lo tenemos en el propio ajuar del enterramiento localizado en la cueva de La Vaquera.

260 La distribución y frecuencia de los diferentes motivos decorativos marca un claro predominio de los temas de retículas o entramados, pues, en sus distintas variantes, constituyen el 57'14% de los motivos identificados de esta clase. Le siguen a notable distancia los zigzags 21'42 y los frisos de incisiones oblicuas 14'28%.

Las series amplias de entramados oblicuos vinculan claramente nuestros campaniformes de estilos Silos/Vaquera con sus homónimos del oriente meseteño, donde estos temas se encuentran muy bien representados sobre las superficies de *las formas clásicas campaniformes*, en yacimientos tan significativos de este ámbito como la cueva de la Vaquera de Torreglesias (Zamora Canellada, A. 1975), la cueva de Arevalillo de Cega (Fernández-Posse, M.^a D. 1981), la cueva de la Mora de Somaén (Barandiarán Maestu, I. 1975), la cueva del Padre Saturio (Delibes de Castro, G., 1988), El Picacho (Delibes de Castro, G., 1988), La Atalaya de Renieblas (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991), o la cumbre de La Pedriza de Ligos (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1985: 162; Fig. 1), entre otros muchos. Se diferencian, no obstante, de ellos en que en nuestro ámbito, dichos motivos presentan en general, una ejecución más cuidada que los del oriente meseteño. Tampoco encontramos en La Ribera la notable proporción y diversidad de motivos impresos y pseudoexcisos que, por contra, suelen reflejarse sobre las cerámicas de estilo Silos/Vaquera de los hábitat campaniformes del sector oriental de la Meseta; así podemos observarlo tanto en los enclaves citados *supra* cuanto en algunos más de este mismo ámbito: por ejemplo, El Perchel de Arcos de Jalón (Lucas Pellicer, M.^a R., y Blasco Bosqued, M.^a C. 1980) o El Guijar de Almazán (Revilla Andia, M.^a L., y Jimeno Martínez, A. 1986: 159-192; Figs. 18 a 22).

Estos rasgos decorativos, observados en conjunto nos alejan de los campaniformes incisos, de claro sabor Ciempozuelos,

que comparecen en los hábitats del SO de la Meseta Norte. Sirva señalar en este sentido que ni en los asentamientos campaniformes abulenses del Valle Amblés (La Peña del Águila [Muñogalindo] [López Plaza, S. 1974: 127-128; Fig. 4], Las Largas [Blacha], La Ladera-El Chaparral [Padiernos], Sonsoles [Ávila], La Pared de los Moros [Niharra], Cantera de Halagas [La Colilla], El Bardalejo [Baterna]) y el resto de la provincia (Los Hontanares [Vallehondo], Las Cabezuelas [Hoyorredondo], El Collado y Canto del Romo [Malpartida de Corneja]), ni en los poblados salmantinos de Tierras Linceras (Mata de Ledesma), el Cerro de San Pelayo (Martinamor) o Teso de Utrera (Mozárbez) comparece el menor rastro de esta particular modalidad de campaniforme inciso (Fabián García, J. F. 1995: 182).

Esta diferencia que hacemos notar pudiera guardar relación con la situación geográfica de La Ribera vallisoletana mucho más relacionada con el sector oriental de la cuenca del Duero que con los asentamientos del SO de la Meseta Norte más vinculados, estos últimos, con los campaniformes de la región de Madrid. Recordemos que en este ámbito concreto tampoco se cita en ningún caso la presencia de campaniformes de tipo Silos/Vaquera.

Las mayores similitudes para esta clase de motivos las encontramos, como no podía ser de otro modo, en una serie de ambientes habitacionales próximos a nuestro área de estudio. Tal es el caso de algunos hábitats identificados en las *campiñas meridionales del Duero*⁷⁶. Aquí se incluyen unos pocos lugares de reciente identificación⁷⁷, como El Tejar (Fernández Manzano, J., y Rojo Guerra, M. A. 1986: 41-74) (ubicado en la proximidades del cementerio de Arrabal de Portillo), La Calzadilla (Balado Pachón, A. 1987: 169-177; Idem, 1989: 65-70) (junto a la villa romana de Almenara de Adaja) y La Vaca, en Fuente de Santa Cruz (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1989).

⁷⁶ Este área, perfectamente descrita y caracterizada por Martín Valls y Delibes de Castro, se extiende a lo largo tanto del sector meridional de la provincia de Valladolid, como sobre otros limítrofes con él de las de Ávila y Segovia (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1989).

⁷⁷ Está demás señalar que es a este grupo concreto al que cabe atribuir los magníficos hallazgos de carácter funerario –auténtico santo y seña de las gentes campaniformes del Duero medio–, ya que no sólo comparten el entorno geográfico con los hábitat arriba citados, sino que además encontramos en algunas de sus cerámicas funerarias, decoradas al más puro y fino estilo Ciempozuelos, adecuados paralelos –tanto en los motivos, cuanto en su ejecución–, respecto a los recipientes de hallazgos tan emblemáticos como Fuente-Olmedo, Portillo, Samboal o Pajares de Adaja, entre otros, con los que queda demostrada su proximidad cronológica. Este hecho tiene indudable trascendencia; no en vano abre nuevos horizontes a los trabajos que, sobre el campaniforme de este ámbito meseteño, se elaboran en el futuro. Estos trabajos, hasta la fecha, centrados en el análisis de las tumbas individuales Ciempozuelos y de sus ricos ajuares, a partir del análisis de los conjuntos habitacionales habrán de proporcionarnos datos de especial interés para el conocimiento de las actividades económicas de sus moradores; posibilitando una aproximación a las formas de vida desarrolladas durante esta etapa de las que, hasta la fecha, sólo conocíamos su vertiente funeraria.

Los datos más significativos al respecto los proporciona El Tejar⁷⁸. En este yacimiento se observa que, al igual que en buena parte de nuestros asentamientos ribereños, las formas campaniformes finas aparecen por igual ornadas con motivos de clara atribución Ciempozuelos y de tipo Silos/Vaquera. En el yacimiento portillense observamos como estas últimas resultan ser mayoritarias (46'3%) frente a las de tipo Ciempozuelos (31'7%), lo cual aporta una nueva prueba de la importancia alcanzada en este sector de la cuenca del Duero por las especies Silos/Vaquera. Entre éstas predominan, al igual que en La Ribera, las retículas y entramados (unas y otros, en conjunto, hacen acto de presencia en la práctica totalidad de los fragmentos –84%– de este tipo), en tanto que los motivos impresos, enteramente semejantes a los recuperados en los enclaves ribereños, al igual que sucedía en La Ribera, tienen un pequeño peso específico –15'79%– (Fernández Manzano, J., y Rojo Guerra, M. A. 1986: 48).

Similar panorama al que aportan estos yacimientos campiñeses cabe advertirlo en un corto número de ambientes habitacionales (por ejemplo, el Alto de la Campana [Amusco, Palencia] [Fernández Giménez, J. M.^a, Pérez Rodríguez, F. J., y Puertas Gutiérrez, F. 1990: 75-76; Fig. 9. 15, 16, 17 y 18] y Molino Sanchón II [Villafáfila, Zamora] [Rodríguez Rodríguez, E., Larrén, O., y García Rozas, R. 1990: 52-53; Lám. II. 2]), detectados recientemente en plena Tierra de Campos. Los escasos fragmentos de campaniforme inciso que, hasta la fecha, han proporcionado dichos enclaves son suficientes, para poner de manifiesto, de una parte, que en ellos se produjo la convivencia de las especies Ciempozuelos y Silos/Vaquera, de otra que entre estos últimos el motivo de entramados y de retículas incisas, al igual que sucediera en nuestro ámbito y en el de las tierras campiñesas, es el que se encuentra mejor representado.

Esta identidad que, a grandes rasgos, manifiestan en su modo de decorar las cerámicas finas que comparecen en nuestros hábitat campaniformes y en otros de su entorno próximo, a nuestro entender, permite emparentar a los campaniformes incisos de un amplio sector del valle medio del Duero (de momento englobaría los hábitat conocidos de La Ribera, las campiñas meridionales y Tierra de Campos). En todo este ámbito, donde comparecen una serie de elementos comunes

aparte de los meramente cerámicos (no olvidemos que en este amplio territorio es habitual la presencia de hallazgos funerarios, casi siempre en fosa, individuales), pudieran resultar ilustrativos de la existencia de una *facies* campaniforme que asentó sus reales y dio cierta uniformidad cultural a una extensa zona del centro de la Meseta. Este particular *grupo*, para el que pudiera resultar apropiado el apelativo de *grupo de los campaniformes incisos del Duero Medio*, englobaría los enclaves que se distribuyen por un amplio territorio, a ambas orillas de este río.

Fundamental para la definición de este horizonte del valle medio del Duero debe resultar la notable información que suministren los Inventarios Arqueológicos que se vienen realizando en las distintas provincias que componen la Comunidad Autónoma de Castilla y León, las que nos proporcionen una imagen diáfana de este grupo, cuyos caracteres esenciales, al menos por el momento, apenas alcanzamos a vislumbrar.

Según se apunta, estas cerámicas también presentan **decoración en el interior del recipiente**, junto al borde. Como sucediera en la variedad Ciempozuelos se trata de temas sencillos, con poco desarrollo, que se distribuyen en una estrecha cenefa y que nada tienen en común con la amplia y compleja temática que, por ejemplo, caracteriza al grupo Dornajos (Poyato Hidalgo, C., y Galán Saulnier, C. 1988: 301-310).

Los temas identificados en los dos únicos bordes hallados que muestran este tipo de decoraciones son los que siguen (Fig. 187):

- Friso de entramado oblicuo flanqueado por serie de impresiones triangulares.
- Serie de zigzags paralelos.

Estas decoraciones internas son tan simples y poco significativas que su presencia puede rastrearse en multitud de yacimientos campaniformes de toda la Península. Sirva señalar, por ejemplo, que series de zigzags incisos, como éstas que ornar algunos bordes de nuestras cerámicas tipo Silos/Vaquera, son características también de las cerámicas finas, propiamente Ciempozuelos, del centro de la Meseta y de las algo más toscas del Sistema Ibérico. Entre las primeras podemos encontrarlas tanto en ambientes de tipo habitacional (Arrabal de Portillo

⁷⁸ El mayor interés de este yacimiento, para el tema que ahora a nosotros incumbe, radica en que en él ha sido recuperado un conjunto de cerámicas campaniformes decoradas que es, con mucho, el más extenso de cuantos han sido recuperados en todo el Duero medio. Dicho elenco, integrado por un total de 41 fragmentos campaniformes decorados (tal es el número de fragmentos que se recogen en las láminas de la publicación; si bien en el texto se dice que son 50 las cerámicas que poseen "ornamento" campaniforme), nos ofrece la posibilidad de efectuar algunos análisis porcentuales, algo de lo que carecemos en nuestros yacimientos dado lo exiguo de la muestra recuperada en todos y cada uno de ellos.

262 [Fernández Manzano, J., y Rojo Guerra, M. A. 1986: Fig. 8. 2]) como funerarios (Villar del Campo [Delibes de Castro, G. 1977: Fig. 21] y Samboal [Delibes de Castro, G. 1977: Fig. 13]). En el segundo de los casos se rastrean en lugares como las Cuevas de los Casares (Barandiarán Maestu, I. 1973: Fig. 20) o la Cueva de la Mora de Somaén (Barandiarán Maestu, I. 1975: Fig. 28).

A.3. Estilo Molino

Junto a las *formas clásicas* de la cerámica campaniforme en los enclaves con campaniformes de *La Ribera* es posible encontrar, por último, algunos fragmentos pertenecientes a vasijas de grandes dimensiones, las cuales, empero presentan decoración de indudable vinculación campaniforme. Estos grandes recipientes, incluidos en el “tipo Molino” (Fernández-Posse, M.^a D. 1982: 65), parecen estar peor representados en la zona que los dos anteriormente comentados –sólo la hallamos en 4 yacimientos (30,77%) de la época–.

Según se señala páginas arriba estas especies fueron consideradas, junto a las Silos/Vaquera, parte integrante de un estilo epigonal del campaniforme de la Meseta Norte. Este hecho concreto no parece tan claro en *La Ribera* pues, si exceptuamos el caso del yacimiento identificado en el espigón de Las Pinzas (complejo arqueológico de Las Pinzas-Sector C), donde se recoge un único fragmento de este estilo, en ningún enclave comparece en exclusiva esta modalidad. En efecto, en El Cujón (complejo arqueológico de Las Pinzas-Sector A) las cerámicas Molino conviven con otras de tipo Ciempozuelos; en El Pico del Castro lo hacen con ejemplares de esta última especie y de la Silos-Vaquera; en el asentamiento de altura de El Pico de las Cuevas, por último, comparecen con cerámicas de tipo Silos/Vaquera.

Las especies de tipo Molino, como en ocasiones anteriores, también comparecen en forma de fragmentos de pequeño tamaño, lo cual impide que puedan hacerse grandes precisiones acerca de los caracteres de las **formas** cerámicas sobre las que se plasman. Al menos, podemos apuntar que estos barros deben guardar cierto paralelismo –formal y de ejecución–, con las grandes vasijas halladas en diversos lugares de habitación de nuestra provincia (Piña de Esgueva [yacimiento distante apenas un par de kilómetros de alguno de nuestros hallazgos] [Delibes de Castro, G. 1980: 133-137; Fig. 2]) y del

oriente meseteño (Fernández-Posse, M.^a D. 1981: 45-86). En este ámbito encontramos esta clase de grandes recipientes en Molino de Garrejo (Garray, Soria) (Martínez Santa-Olalla, J. 1930: 108-109), de donde, precisamente, deriva el nombre del tipo. En Soria, además de en Garray, encontramos buenos paralelos para nuestras piezas en ciertas cuevas (La Mora de Somaén⁷⁹) y en yacimientos de habitación situados al aire libre (El Guijar de Almazán (Revilla Andia, M.^a L., y Jimeno Martínez, A. 1986: Fig. 18), El Perchel de Arcos de Jalón, La Atalaya de Renieblas (Jimeno Martínez, A. y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 6), Pinar Grande y Amblau (Delibes de Castro, G. 1977: Fig. 18) y Carratiermes (Bescós Corral, 1992: 203-210; Fig. 1), etc.⁸⁰). También hallamos buenos paralelos en algunos enclaves burgaleses (por ejemplo, Silos [Delibes de Castro, G., Municio, L. 1981: Fig. 4. 6 a 10]); segovianos (por ejemplo, la cueva de Arevalillo [Fernández-Posse, M.^a D. 1981]) y seguntinos (El Perical de Alcolea de Las Peñas [Cerdeño Serrano, M.^a L. 1978: 35 y 48; Fig. 2; Lám. 1. 1]). Este modelo cerámico, en cambio, está prácticamente ausente de la porción sudoccidental de la cuenca del Duero (Fabián García, J. F. 1995); sector éste en el que, a diferencia de lo que ocurre en el centro y este de la cuenca del Duero, esta peculiar forma de hacer cerámicas parece no haber arraigado.

El análisis de los materiales que arriba se citan nos permite aventurar que nuestras vasijas debieron contar con un cuerpo, más o menos, globular y un borde recto o ligeramente exvasado, que describen un perfil en S.

En cuanto a la **decoración** que se refleja sobre estos recipientes, diremos que claramente se vincula a los estilos Ciempozuelos y Silos/Vaquera, tal y como lo denota el empleo de técnicas similares: incisión e impresión, o el empleo de una semejante sintaxis decorativa. En este sentido diremos que la ornamentación de estos recipientes se distribuye al exterior del mismo (en los fragmentos identificados no hay decoración al interior), en composiciones muy simples, formando bandas de amplio desarrollo y combinaciones sencillas, muy semejantes, por cierto, a las de las de la modalidad Silos/Vaquera.

En general tales motivos denotan una tosca factura; consecuencia directa de la falta de precisión de los trazos, siempre anchos y profundos y con presencia de rebabas de pasta arcillosa arrastrada, que han servido para confeccionar la mayor parte de estas decoraciones.

⁷⁹ Son vasos de este tipo la mayor parte de los considerados por Castillo de estilo II o, mejor, del nivel II (Castillo Yurrita, A. del. 1953: 135-151). Actualmente se las sabe perfectamente contemporáneas del nivel I y consecuentemente de los campaniformes incisos más típicos (Barandiarán Maestu, I. 1975: n.os 59, 62, 65 y 66).

⁸⁰ Ver su distribución en: Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 2.

A.3

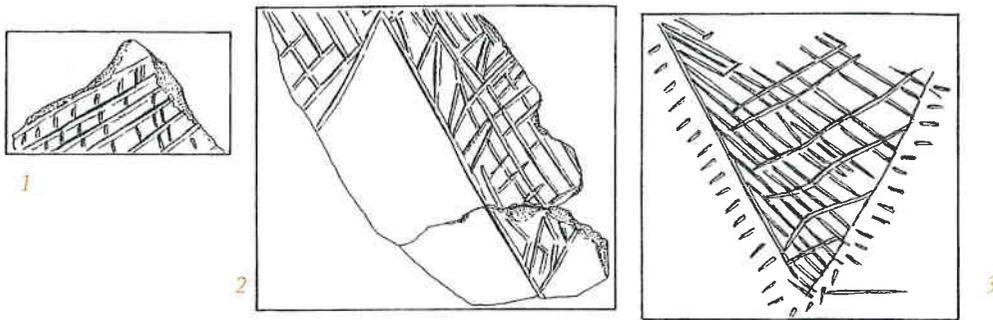


Fig. 188. Motivos decorativos de los campaniformes de tipo Silos en La Ribera de Valladolid.

Las peculiaridades de todos estos motivos, dejando a un lado aquellas que aducen pertenencia a una tradición cultural distinta a la campaniforme, han sido objeto de distintas interpretaciones, todas las cuales, a nuestro entender, pecan de simplistas. Algunos relacionan que su decoración no fuese tan esmerada con la función doméstica (almacenaje) que se supone debieron cumplir esta clase de vasijas (Delibes de Castro, G. 1977: 82 y 85); otros apuntan que la necesidad de decorar una amplia superficie (recordemos que se trata siempre de vasijas muy voluminosas) obliga al ceramista a realizar su cometido con menor precisión (Fernández-Posse, M.^a D. 1981: 62); no falta quien, por último, señala que la diversidad de acabados se explica en virtud de la distinta pericia de los alfareros de cada poblado: los más expertos serían los encargados de confeccionar los vasos finos (Priego Fernández del Campo, C., y Quero Castro, C. 1992: 238).

Los **motivos decorativos** identificados en La Ribera son poco variados, hecho que, también en este caso, debemos poner en relación con el corto número de materiales recuperados. Son los siguientes (Fig. 188):

- Amplias bandas horizontales de entramado en aspa.
- Triángulos rellenos de entramados en aspa.
- Triángulos rellenos de entramados en aspa enmarcados por pseudoexcisiones amplias.

Como podemos ver hay un claro predominio de los motivos de entramado, bien sea relleno bandas horizontales o triángulos. Puede apreciarse también que están ausentes muchos de los esquemas decorativos que, como los grandes zigzags rayados, son característicos del “estilo Molino” (Fernández-Posse, M.^a D. 1981: Fig. 18).

La proliferación de motivos de entramado pone de manifiesto, también en este caso, la relación de los yacimientos ribereños con los campaniformes del oriente meseteño y del Sistema Ibé-

rico en cuyos hábitat más significativos (Cueva de Arealillo, Cueva de la Vaquera, Cueva del Padre Saturio, El Guijar de Almazán, El Perchel de Arcos de Jalón, La Atalaya de Renieblas, Cueva de la Mora de Somaén, Cueva de los Encantados de Belchite, etc.) aparecen con relativa profusión tales temas.

Los triángulos rellenos de trazos oblicuos podemos encontrarlos en hábitat campaniformes como Somaén, El Perchel y Belchite, entre otros muchos, plenamente integrados en el ambiente de los campaniformes del oriente meseteño y del valle del Ebro. Pueden perdurar, no obstante, hasta momentos más avanzados de la Edad del Bronce, según puede verse, por ejemplo, en el yacimiento ribereño de La Plaza, donde aparece en un claro ambiente Proto-Cogotas del Bronce Medio.

1.1.2. La cerámica sin decoración campaniforme.

Ya hemos apuntado previamente que las cerámicas lisas constituyen el grueso de los materiales que aportan los asentamientos campaniformes. A pesar de ello lo que conocemos acerca de las piezas lisas de los yacimientos ribereños no es, ni con mucho, todo lo amplio que cabría desear; circunstancia que guarda relación con las distintas dificultades que hemos encontrado al afrontar su estudio.

En principio, el notable grado de fragmentación con que se presentan los materiales recuperados en la mayor parte de los yacimientos constituye un serio obstáculo para la identificación de las formas lisas del horizonte campaniforme y, por ende, para establecer comparaciones con otros conjuntos cerámicos (sean coetáneos o no). En concreto, apuntar que la práctica totalidad de los perfiles completos de que disponemos proceden del sondeo practicado en El Pico del Castro: el único de los enclaves campaniformes de La Ribera que permite relacionar sin ningún género de dudas las cerámicas campaniformes y los recipientes lisos que les acompañan. Por esta razón, y por ser el único lugar que, aparte de posibilitar una

correcta identificación de los galbos, permite la contrastación –formal y numérica– de éstos con los de otros conjuntos arqueológicos, las referencias al lugar serán obligatoriamente reiterativas a lo largo del presente apartado. Desgraciadamente, los datos que aporta este enclave sólo resultan ilustrativos acerca de las cerámicas lisas propias de un momento muy concreto: el de la plenitud del desarrollo de esta fase, quedando otros aspectos pendientes de valorar en su justa medida, concretamente nos referimos a la posibilidad de relacionar las cerámicas decoradas con materiales más tempranos o más evolucionados que los que comparecen en el yacimiento de Quintanilla de Arriba.

En este sentido apuntar que, al menos por el momento, no existen argumentos sólidos que confirmen la coincidencia temporal de las especies campaniformes incisas con los perfiles lisos propios de un horizonte del Bronce Inicial o clásico de la zona, a pesar de haberse documentado una asociación espacial de cerámicas campaniformes incisas con materiales del Bronce clásico en El Cujón. De momento la ausencia de una relación estratigráfica de ambos horizontes invita a la cautela y, haciendo nuestras las opiniones de aquellos autores que defienden la inexistencia de argumentos sólidos que confirmen la contemporaneidad de las cerámicas incisas campaniformes con el Bronce Pleno (Blasco Bosqued, M.^a C., Recuero, V., Ayllón J., y Baena Preysler, F. J. 1988-1989: 216-217), a no tomar como un dato concluyente el contexto representado en la citada estación de Curiel; máxime cuando el asumir como cierta tal observación conlleva admitir que las especies incisas llegaron a pervivir hasta una etapa avanzada del Bronce Antiguo centromeseteño, algo que no se encuentra plenamente contrastado. Por este motivo, hemos creído conveniente no incluir en este apartado el análisis de los perfiles cerámicos típicos del Bronce clásico presentes en la citada estación ribereña.

De todo lo expuesto es fácil deducir que nos encontramos ante una perspectiva muy deficiente, llena de carencias para intentar elaborar una síntesis definitiva de este tipo de evidencias; máxime si, además, tenemos en cuenta que la notoria alteración de las características externas de las cerámicas, debido a la prolongada exposición a la intemperie, se traduce en pérdida del tratamiento original de las superficies, e introduce una nueva dificultad a la caracterización de este elenco cerámico.

Desde otro punto de vista diremos que, según lo expuesto en el capítulo dedicado a explicar el procedimiento seguido para analizar el material arqueológico, hemos clasificado las cerámicas prestando especial atención a determinados aspectos tipométricos y morfológicos, y en menor medida a aquellos otros que tienen que ver con las características de su acabado

externo o su elaboración. En este sentido, en resumidas cuentas, diremos que desde el punto de vista técnico la cerámica que aquí analizamos se caracteriza mayoritariamente por su cuidada elaboración. En casi todos se observa el empleo de una pasta de buena calidad y finos acabados. En relación con este último punto cabe señalar que es habitual advertir que las superficies muestran un aspecto cuidado (casi total ausencia de imperfecciones –huellas de alisador, vacuolas, rehundidos, etc.– en las paredes, tanto de los vasos de menor capacidad –cuencos, escudillas, etc.–, cuanto de aquellos otros de mayores dimensiones –ollas, orzas, etc.–), abundando, incluso, los vasos con superficies bruñidas. Los desgrasantes suelen ser inorgánicos (preferentemente silícicos y, en menor medida, micáceos); a excepción de las vasijas de mayor tamaño con desgrasantes que podrían calificarse de medianos y grandes, buena parte de los vasos poseen desgrasantes menores de 1 mm; siendo habitual, entre los pequeños vasos globulares y cuencos, hallar desgrasantes muy finos.

En las vasijas predominan las tonalidades negruzcas, aunque no faltan las grises. También contamos, aunque en menor medida, con vasos pardos y anaranjados, preferentemente oscuros. Ni que decir tiene que, aún dentro del mismo recipiente, no toda su superficie muestra una tonalidad homogénea, manifestación clara de su cocción irregular.

A. Las Formas (Fig. 189)

Forma 1

Engloba los vasos de perfil abierto y volumen relacionado con la esfera. Son, sin ningún género de duda, los perfiles mejor representados en cualquiera de los yacimientos controlados. A su vez, cabe diferenciar los siguientes tipos.

Recipientes de tendencia semiesférica (**1A**). Integra aquellos vasos –de tipo cuenco– cuyo perfil, en gran medida, se aproxima a la media esfera. En unos casos –los menos– adoptarán forma de una perfecta semiesfera (**1Aa**); en otros –los más–, ora no llegarán a alcanzarla por poco (**1Ab**), ora la superarán ligeramente al contar con una ligera prolongación de sus paredes en dirección a la boca (**1Ac**).

Tan sólo contamos con algunos ejemplares que han permitido reconstruir su perfil completo. Tales prototipos, en líneas generales, son recipientes de borde sencillo y variado tamaño; con diámetros de boca que oscilan entre los 12'4 y los 270 mm. Sus índices de alargamiento se sitúan en torno a 0'44, lo que, ciertamente por poco, las incluye en el capítulo de las formas medias. Podemos observar que dispusieron de diversos tipos de fondo, incluyendo desde aquellos de aspecto curvo, bastante inestable, a aquellos otros que disponen de un pequeño umbo central.

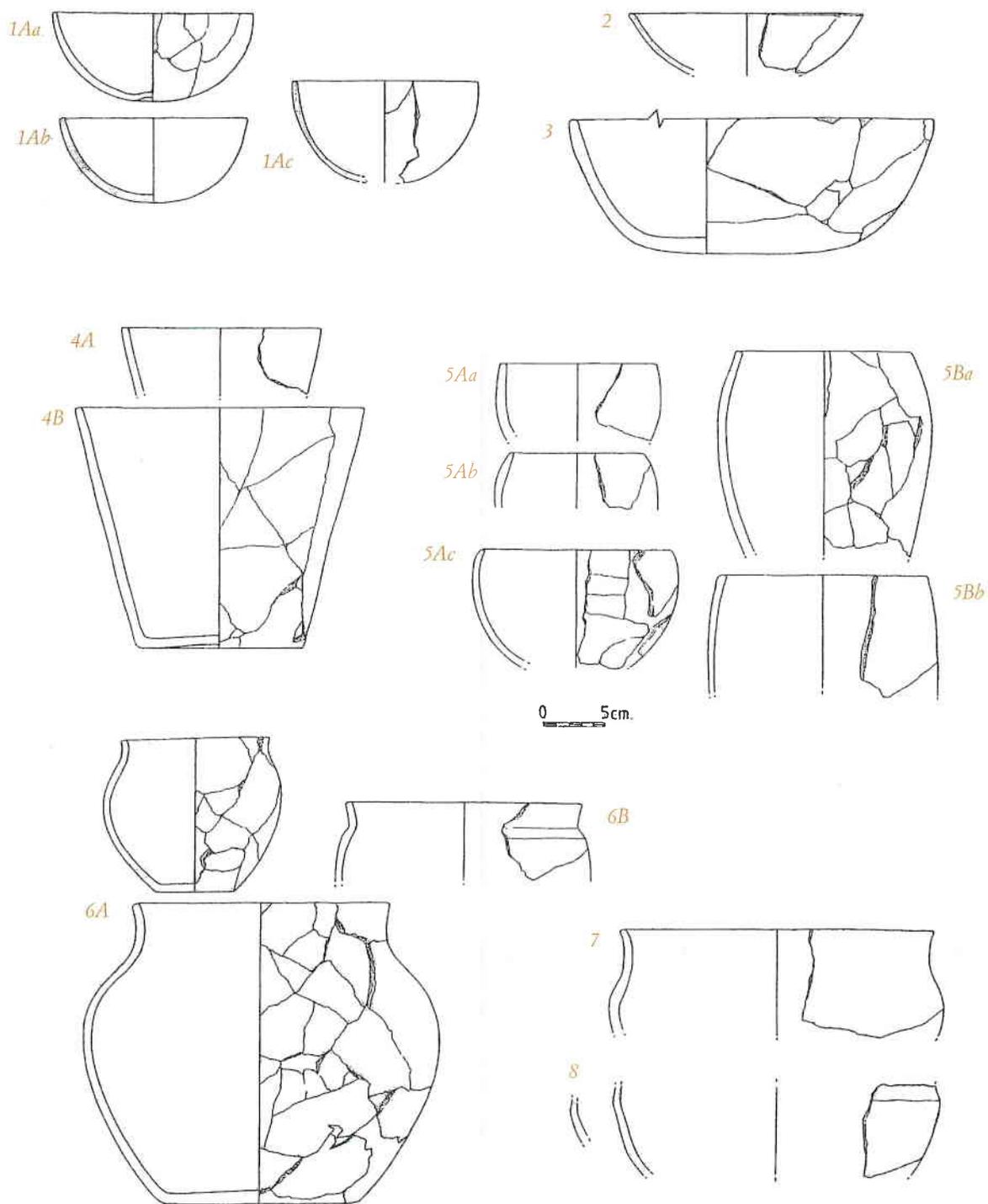


Fig. 189. Tabla tipológica de la cerámica lisa del Calcolítico Final-Bronce Inicial en La Ribera del Duero de Valladolid.

Es, sin duda ninguna, una de las formas más habituales. Sirva señalar en este sentido que anotamos su presencia en la práctica totalidad de los yacimientos en que hemos podido identificar algún perfil. En el caso concreto del Pico del Castro llega a representar el 57'14% de los perfiles reconstruibles.

Entendemos que pretender agotar los paralelos de una forma tan simple y de uso tan generalizado como lo es ésta, constituye un ejercicio, por poco productivo, superfluo.

Por dicha razón nos limitaremos a aportar algunas puntualizaciones que, al menos en nuestra opinión, pueden resultar significativas.

En principio, parece interesante indicar que estos perfiles que aproximan a la media esfera son un elemento muy característico del Calcolítico de la cuenca del Duero. De hecho les vamos a encontrar, profusamente representados, en distintos yacimientos del Calcolítico precampaniforme del sector. Por citar sólo algunos ejemplos diremos que comparecen en el emblemático poblado zamorano de Las Pozas (cuyos límites cronológicos sitúa el C-14 entre el 2475 y el 2250 a. C.), donde son “los recipientes más numerosos de toda la producción vascular”, y en los yacimientos excavados que, como Los Cercados y Fuente de las Pocillas (Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C., y Moratinos García, M. 1993: 47-68), constituyen la mejor muestra de Calcolítico precampaniforme del entorno más próximo a nuestro área de estudio. En los niveles de dichos asentamientos, situados ambos en el municipio vallisoletano de Mucientes (distante unos 50 km en línea recta, del ámbito de nuestro trabajo), la mayor parte de los recipientes pertenecen, en efecto, a este tipo, llegando a alcanzar porcentajes del 56'1 y 58'45 %, respectivamente (Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C., y Moratinos García, M. 1993: 62).

Este perfil, cual constatamos en Pico del Castro, perdura en los conjuntos campaniformes de diversos ámbitos. Tal hecho podemos observarlo en lugares como El Perchel, en el también soriano yacimiento de El Guijar (Revilla Andía, M.^a L. 1985: 62) o en el madrileño de El Ventorro. En este último caso, coincidente con lo que ocurre en nuestro enclave ribereño, representa “más de la mitad de la cerámica en la que se ha podido determinar la forma”.

Forma 2

Recipientes de casquete inferior a la media esfera. Se trata de vasijas de paredes convexas cuyo perfil, tendente a esférico, dibuja menos de un tercio esfera. Son vasos de poca altura y aspecto aplanado (el índice de alargamiento de él único de estos cuencos del que conocemos su perfil completo es de 0'31), cuyos diámetros máximos no superan, en ninguno de los ejemplares conocidos, los 18 mm.

Estos vasos, a todas luces, resultan mucho menos frecuentes que los anteriores; sirva señalar en este sentido que su presencia en Pico del Castro sólo alcanza el 2'59%.

Tampoco faltan paralelos para este tipo de vasos en el territorio meseteño. Se constatan, de nuevo, en el poblado de Las Pozas y en los yacimientos calcolíticos de nuestro entorno más inmediato. En efecto, vasos como los que aquí se citan comparecen tanto en los poblados vallisoletanos, arriba citados, de Los Cercados y Fuente de las Pocillas como en el burgalés de Santa Cruz. Es interesante señalar que dichas estaciones, asimilables todas ellas al horizonte Los Cercados, comparecen en proporciones muy semejantes entre sí -1'53 % en Los Cercados y 2'55 % en Fuente de las Pocillas- (Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C., y Moratinos García, M. 1993: 62) y, lo que es más importante ahora para nosotros, respecto a Pico del Castro.

Forma 3

Completa el grupo de las formas abiertas, cuyo perfil se relaciona con el volumen esférico. Conocemos un único ejemplo hallado, de nuevo, en Pico del Castro. Se trata de un recipiente, que podría ser definido como una fuente, de tamaño grande -250 mm de diámetro en la boca-, más bien plana -0'3 es su índice de alargamiento-, cuyas paredes, en forma de casquete esférico, apoyan en un amplio fondo plano. Sin duda es en este aspecto donde radica su rasgo más distintivo.

Cierto es que no se estamos ante una forma tan frecuente como las anteriores en los contextos de la Edad del Cobre de la Meseta, aún así podemos rastrear antecedentes para ella en el inicio de la metalurgia del valle del Duero. Basamos este argumento en la existencia de buenos paralelos exhumados en diversas estaciones de la zona. Tal es el caso de los ejemplares de esta clase identificados en Tierras Lineras (López Plaza, S., y Arias González, L. 1988-1989: 171-199), el cual guarda gran identidad formal con el de Pico del Castro. Ciertos indicios nos hacen suponer que la presencia de este tipo de recipientes en la zona pudiera remontarse sólo a los últimos compases de la Edad del Cobre precampaniforme. Un dato en este sentido nos lo proporciona el constatar que su presencia, al menos por el momento, no se detecta en las colecciones cerámicas de yacimientos, como Las Pozas, cuyas fechas radiocarbónicas pueden considerarse antiguas dentro del Calcolítico del Duero Medio, mientras, por contra, comparecen en lugares cuyo contexto y dataciones denotan un momento avanzado de dicho horizonte.

La pervivencia de la forma, que es clara en los yacimientos con campaniforme (así lo demuestra su hallazgo en Pico del Castro o, por citar otro ejemplo, en El Ventorro, donde, por cierto, también comparecen en el nivel precampaniforme),

parece asegurada en momentos posteriores a esta fase. Prueba evidente de ello la tenemos al detectar su comparecencia en un yacimiento como Santioeste, en Otero de Sariegos (Zamora) (Viñé Escartín, A., Martín Arijá, A. M.^a, y Rubio Carrasci, P. 1990: Lám. 2), encuadrable en un Bronce Inicial postcampaniforme.

Forma 4

Recipientes de perfil troncocónico invertido. En función de su tamaño y de la longitud de sus paredes –siempre rectas–, cabe diferenciar dos claras variantes, cuyos patrones, de nuevo, proceden de Pico del Castro:

- En una primera variante (4A) tienen cabida una serie de vasos –de tipo cuenco–, de pequeños a medianos, en los que se advierte el predominio del diámetro de la boca sobre la altura. Pese a ello se trata de recipientes de aspecto hondo; si bien en ningún caso hemos podido obtener su índice de alargamiento al no haber llegado hasta nosotros ningún ejemplar completo. Desconocemos la forma de sus bases de sustentación, no obstante hay que pensar que su estructura debió guardar semejanza con la de los cuencos pertenecientes al grupo de los relacionados con la esfera.
- En una segunda variante (4B) incluiremos unos pocos fragmentos y un perfil completo que esbozan una forma, a todas luces novedosa, propia de este horizonte. Las paredes del único vaso completo con que contamos, originadas en una amplia base plana, dibujan un perfecto tronco de cono. El único perfil completo que hemos podido reconstruir, procedente de Pico del Castro, pertenece a un recipiente hondo –0'88 de índice de alargamiento–, de tamaño medio –219 mm de diámetro máximo en la boca–.

Esta clase de recipientes troncocónicos debieron ser relativamente frecuentes en los poblados de la época; de hecho en Pico del Castro alcanza una proporción –el 11'67% del total de formas identificadas– considerable. La variante 4A es, con mucho, más numerosa que la 4B, cuando menos, en proporción de 4 a 1.

Los cuencos de cuerpo troncocónico que se integran en el primero de los subtipos se constatan con cierta frecuencia en los yacimientos calcolíticos del ámbito meseteño. Es interesante señalar que, si bien no se cita su presencia en el yacimiento de Las Pozas, las encontramos en otros lugares de la época a los que el C-14 atribuye una cronología más reciente que el citado poblado zamorano. En este sentido diremos que en los poblados calcolíticos vallisoletanos, sin ser una forma excesivamente frecuente, contamos con ejemplares bien fechados en

Fuente de las Pocillas y Los Cercados. En el primero de dichos hábitat, cuya cronología fija el radiocarbono en 1930 a. C. (Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C., y Moratinos García, M. 1993: 62), encontramos, en efecto, buenos paralelos para esta clase de recipientes. La ausencia de este género de cerámicas en el enclave zamorano y su presencia, por contra, en los mucenteños pudiera conceder un valor cronológico a estas vasijas, al fijar su probable origen en la zona en un momento avanzado del desarrollo del periodo Calcolítico en la cuenca del Duero.

La pervivencia de cuencos de forma troncocónica, cuya presencia debió ser relativamente frecuente en los poblados campaniformes de La Meseta (sirva señalar en este sentido la notable presencia [11'9%] que alcanzan en El Guijar de Almazán [Revilla Andía, M.^a L., y Jimeno Martínez, A. 1986: 161; Fig. 8. 41, 42, 45, 49 y 50]), está asegurada, según tendremos ocasión de observar, a lo largo del Bronce Inicial y Pleno/Medio de la zona.

Frente al relativo éxito alcanzado por la variedad precedente en la cuenca del Duero, no podemos decir lo mismo acerca de la segunda variante, para la que prácticamente no encontramos paralelos claros en dicho sector. No obstante, aún con evidentes diferencias, quizá pudiéramos rastrear un antecedente en Tierras Linderas (La Mata de Ledesma, Salamanca) (López Plaza, S., y Arias González, L. 1988-1989), un yacimiento calcolítico que a partir de un determinado momento de su desarrollo cuenta con campaniforme de tipo Ciempozuelos, a juzgar por el hallazgo de un pequeño fragmento de este tipo en superficie. De todos modos parece claro que esta clase de cerámicas no perdurará durante el Bronce Antiguo, momento a partir del cual no hemos sido capaces de rastrear este tipo cerámico. Esta ausencia de paralelos claros en la región permitiría plantearnos que quizá nos encontremos ante una variedad cerámica local.

Forma 5

Se trata de recipientes cuyos cuerpos tienen líneas convexas que, en mayor o menor medida, tienden a cerrarse hacia la boca. Debieron ser formas bastante habituales a lo largo de la fase. Así lo sugiere que en Pico del Castro alcanzan el 20'78% del total de recipientes identificados. Entre éstos cabe distinguir algunos Tipos en función tanto de la estructura de las paredes, como de la forma y disposición de sus bordes.

Uno de ellos (5A) está integrado por aquellos recipientes cuyas paredes, de líneas siempre convexas, que rematan en un borde simple ligeramente entrante, dibujan un perfil marcadamente esférico. Tres son los ejemplares completos con que contamos de esta modalidad. Todos ellos son vasos, de pequeño/mediano tamaño, cuyo índice de alargamiento se

sitúa en torno a 0'65, que gozan de alguna peculiaridad que permite diferenciar las siguientes variantes. La primera de ellas (**5Aa**) ofrece un cuerpo más distendido y la inflexión de sus paredes hacia el interior, apenas perceptible, se produce prácticamente a la altura del borde. Ambas circunstancias hacen que estos vasos puedan ser confundidos con los cuencos que superan la media esfera, sobre todo en ausencia del perfil completo. Los subtipos **5Ab** y **5Ac** tienen un perfil de líneas más cerradas, marcándose más en la segunda que en la primera la inflexión de sus paredes hacia el interior del vaso, lo que le aproxima en mayor medida a la forma esférica.

Un segundo Tipo (**5B**) está integrado por unos vasos, como los anteriores de líneas convexas, pero que a diferencia de ellos cuentan con unas paredes que adoptan una disposición más oblicua y menos cerrada, que les aleja de la forma esférica. Estos vasos, en conjunto, son de tamaño medio/grande y se caracterizan, así mismo, porque sus índices de alargamiento, en todo caso, se sitúan por encima de 1. Dentro de estos rasgos genéricos cabe distinguir diversos subtipos, basándonos para ello en aspectos muy puntuales. El primero de ellos (**5Ba**), el más común, tiene el borde simple, más o menos, entrante, en tanto que el otro (**5Bb**), de estructura en todo semejante, se distingue por tener el borde marcado por un ligero estrechamiento.

Las determinaciones cronológicas y culturales que puedan hacerse a partir de estos recipientes de contorno simple cerrado plantean muchas dificultades, no en vano comparan en todo tipo de yacimientos y momentos cronológicos. Los factores tipométricos pueden ayudarnos a emitir algunas observaciones, sin que, en ningún caso, alcancen un nivel del todo resolutivo.

El origen de los vasos de perfil simple cerrado se remonta al Neolítico, tal y como certifica su presencia, por ejemplo, en los niveles c y b4 de Abautz (Utrilla Miranda, P. 1982: 203-358; Figs. 15 y 16) asimilables al Neolítico Antiguo y Final, o en el nivel IV del Neolítico Final de Los Husos (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974: Fig. 72). En estos lugares encontramos dentro de esta variedad, como elemento más destacado, un tipo, perfectamente definido morfológica y cronológicamente, de recipientes de proporciones medias y dimensiones medianas a pequeñas que presentan una boca muy cerrada y un cuerpo esférico u ovoide con fondo globular. En algunos casos muestran el borde ligeramente engrosado, en tanto que en otros tien-

den a volverse simulando un perfil sinuoso con cuello muy corto. Esta misma forma la vamos a encontrar bien representada y perfectamente contextualizada en buen número de conjuntos neolíticos del oriente⁸¹ y occidente meseteño⁸².

En este sector concreto los perfiles cerrados van a perdurar, con algunas lógicas variaciones, durante todo el Calcolítico precampaniforme, etapa durante la cual llegan a convertirse en uno de los elementos de cultura material más abundantes y representativos, tal y como se han encargado de poner de manifiesto diversos autores. A lo largo del Cobre Antiguo y Pleno del centro y oeste de la cuenca del Duero se observa una clara preferencia por los vasos, independientemente de su tamaño, de perfiles marcadamente esféricos que rematan en bordes simples fuertemente reentrantes (López Plaza, S. 1987: Figs. 4 a 8).

Podemos apuntar que en esta clase recipientes encontramos buenos paralelos para los que integran nuestra primera variante (5A). No podemos decir lo mismo respecto a los vasos hondos que tienen cabida en la segunda (5B), para los que no hallamos claro parangón en ninguno de los conjuntos arriba citados. Con esto no queremos decir que los recipientes en cuestión no se hallen ya presentes en ambientes calcolíticos meseteños. En este sentido apuntaremos que tales formas, en efecto, tanto en la variedad de borde simple como en la de borde marcado, conocen adecuadas réplicas en algunas estaciones de cronología coincidente con el florecimiento de la metalurgia en el Duero Medio. Basamos tal afirmación en la existencia de ejemplares muy semejantes en estaciones como Fuente de Santa Cruz en Roa de Duero (Burgos) (Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C., y Palomino Lázaro, A. L. 1993: Fig. 2. abajo), Fuente de las Pocillas (Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C., y Moratino García, M. 1993: Fig. 5) y Los Cercados en Mucientes (Valladolid) (Herrán Martínez, J. I. 1986). La identificación de estos recipientes en dichos yacimientos pudiera tener una doble interpretación: bien que estamos ante una forma característica de los yacimientos calcolíticos de este sector de la cuenca del Duero, bien que el hallazgo de estas formas tenga valor cronológico. En relación con este último punto diremos que, en efecto, quizá no sea simple coincidencia el que tales recipientes comparezcan en enclaves que, como los antedichos, se benefician de una cronología coincidente con los últimos compases del Calcolítico

⁸¹ Ver, por ejemplo: Zamora Canellada, A. 1976: Fig. XIV y XV, en los niveles más antiguos -XVIII-XXIII- para los que existen una fecha de C-14 de 3700 a. C.; Municio, L., y Ruiz-Gálvez, M. 1986: 157; Fig. 8.

⁸² Ver por ejemplo: Gutiérrez Palacios, A. 1962: 162-168; López Plaza, S. 1974: 121-143; Fig. 1. tipo A; Eiroa, J. J. 1973: 233-240; Maluquer de Motes, J. 1958: 17-28; Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1975: 451.

precampaniforme de la región, lo cual pudiera hacernos suponer que nos hallamos ante un perfil, característico de los yacimientos tardocalcolíticos del sector, surgido de la evolución de las modalidades previas, de tendencia marcadamente globular. De momento, si bien carecemos de datos que, con claridad, permitan optar por una u otra posibilidad, lo verdaderamente importante para nosotros es verificar que, en cualquiera de los dos casos, esta clase de recipientes no son sólo un tipo cerámico característico de la etapa campaniforme, tal y como se constata en nuestros yacimientos o en los “vasos globulares” de El Guijar de Almazán, sino que además, al hallarse bien representado en los enclaves que conocieron su desarrollo en nuestra zona durante una fase anterior, se constituyen en una prueba más de la continuidad entre ambos momentos.

Formas de contorno sinuoso

Con arreglo a lo apreciado en la alquería de Pico del Castro esta clase de recipientes fueron menos frecuentes que las formas simples (7'12% de las cerámicas lisas reconstruidas). Así mismo, podemos indicar que el estado fragmentario en que comparecen la mayor parte de los trozos dificulta en gran medida su adscripción a los distintos grupos diferenciados. En efecto, en muchas ocasiones disponemos de porciones de borde asimilables a los perfiles de contorno sinuoso cuyo reducido tamaño no permite su correcta atribución. Es probable que ésta sea la causa de que el número de formas diferenciadas no sea más amplio.

Las formas de contorno sinuoso con cuello constituyen el único conjunto cerámico que, dentro de las sinuosas, hemos identificado en los enclaves de la época. Comparecen en la práctica totalidad de nuestros yacimientos campaniformes, eso sí, como ya hemos apuntado, en su mayor parte en estado muy fragmentario. Como es lógico, para su análisis sólo se han tenido en cuenta los recipientes completos o reconstruibles y no aquellos otros que, por hallarse incompletos, sólo son indicativos de la existencia del citado tipo.

Se trata en general de recipientes de tamaño mediano-grande, con diámetros de boca que oscilan entre 115 y 200 mm; su cuerpo, de aspecto globular, se configura a partir de líneas convexas oblicuas cerradas, más o menos, acusadas. Diferenciamos un corto número de formas:

Forma 6

Lo integran un cierto número de ejemplares de los que en muy pocas ocasiones ha sido posible reconstruir su perfil completo. En líneas generales, cabe diferenciar dos variantes con caracteres muy definidos:

De la primera (6A) sólo disponemos de dos vasos completos. Se distinguen por contar con cuerpos acusadamente esféricos,

amplios fondos planos y cuellos bien marcados. Las paredes de estos últimos son rectas o, a lo sumo, ligeramente convexas y adquieren una disposición que, al apartarse muy poco de la vertical, confieren a esta parte del recipiente una apariencia prácticamente cilíndrica. La proporción de estos vasos es muy homogénea: en torno al índice 0'9. No puede decirse lo mismo de sus tamaños; sirva señalar en este sentido que sus diámetros máximos oscilan entre 114 y 200 mm. Además de en Pico del Castro, también se detectan claros ejemplos de este tipo de enseres, por supuesto no tan completos como los anteriores, en yacimientos como El Pico de las Cuevas de Aldeyuso.

La segunda variante (6B), con cuello ligeramente oblicuo abierto, de similares características al que muestran las cerámicas del apartado anterior, se distingue de ellas por contar con un cuerpo de tendencia más ovoidea. El único prototipo medianamente claro con que contamos procede de Pico del Castro y ha llegado hasta nosotros en estado bastante fragmentario: sólo conserva el cuello y el tramo superior del cuerpo. Con todo diremos que, al menos, nos permite apuntar que éste tiene un perfil muy semejante al de los recipientes simples cerrados de la Forma 5B. Tanto es así que pudiera decirse que se trata de uno de estos vasos al que se le ha aplicado un cuello; de hecho, puede apreciarse como la unión entre el cuerpo y el borde del recipiente se marca por una acusada arista que delimita ambos componentes. Todo esto nos hace suponer que estos recipientes debieron tener proporciones altas (en torno a 1 o quizá algo superiores). El diámetro máximo del único ejemplar de que disponemos es de 195 mm.

Adoptando un punto de vista cultural observamos que los vasos de cuellos incipientes y amplios los hallamos, en la cuenca del Duero, cuando menos, desde la fase precampaniforme. Así nos lo demuestra su presencia en distintos yacimientos de este momento: Las Pozas, La Peña del Águila, Fuente de las Pocillas (Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C., y Moratinos García, M. 1993: Fig. 4), Los Cercados o Fuente de Santa Cruz, nos ofrecen algunos ejemplos claros al respecto. Es interesante señalar que parece ser en la fase coincidente con el impacto campaniforme cuando los cuellos se definen con mayor claridad y alcanzan mayor desarrollo. Un dato muy esclarecedor en este sentido nos lo proporciona La Peña del Águila (Muñogalindo), donde podemos observar como se produce un gradual aumento (desde el nivel más antiguo -III- al más moderno -I-), tanto en el número vasos globulares con cuello, cuanto en el tamaño y el grado de exvasamiento de éstos. Este proceso culmina en el último de los niveles, ya con campaniforme inciso. En dicho momento además, por primera vez a lo largo de toda la secuencia estratigráfica, encontramos algún paralelo adecuado para el segundo de los tipos cerámicos incluidos en este apartado. En nuestra zona, según tendremos ocasión de

ver, en las fases posteriores a la representada por el impacto campaniforme, los cuellos destacados tienden a alcanzar menor desarrollo, para, a partir de un momento relativamente avanzado del Bronce Medio, consumarse su práctica desaparición.

Forma 7

Vasos de cuello poco marcado y desarrollado. Este es un subgrupo que denota una notoria carencia de piezas representativas; tanto es así que únicamente disponemos de un recipiente significativo, el cual, por otra parte, no ha llegado hasta nosotros completo. Con todo, podemos decir que se trata de una pieza de 24 cms de diámetro máximo y un índice de alargamiento de 0'54.

Los cuellos poco marcados parecen haber tenido escasa aceptación tanto en las producciones vasculares de la época cuanto en momentos precedentes. Con todo podría establecerse la relación entre éste prototipo de Pico Castro y algunos recipientes de Fuente de las Pocillas o de Santa Cruz, por citar algunos ejemplos de yacimientos del Calcolítico precampaniforme próximos.

Forma 8

Recipientes de contorno carenado. En general constituyen una clase muy reducida en comparación con el conjunto de formas precedentes. De hecho, del total de yacimientos con campaniforme de la zona, sólo hemos sido capaces de encontrar unos cuantos fragmentos carenados, una vez más, en Pico del Castro. Esto nos hace suponer que esta clase de perfiles fueron un tanto excepcionales en el horizonte campaniforme de nuestro sector (de hecho tan sólo 3 de los 300 fragmentos –0'3 %– que, atribuibles a alguna forma concreta, han sido identificados en dicho enclave, pertenecían a dicha modalidad).

En principio, atendiendo a los criterios expresados en el capítulo dedicado a la metodología, diremos que los perfiles carenados de nuestros yacimientos campaniformes tienen cabida sólo en uno de los grupos que allí se establecían:

Tal y como arriba se apunta, los únicos fragmentos cerámicos adscribibles a esta clase de cerámicas proceden de Pico Castro, donde no nos ha sido posible reconstruir ningún perfil completo, lo cual impide que podamos hacer muchas precisiones sobre sus parámetros y caracteres morfológicos. Con todo los fragmentos cerámicos recuperados son suficientemente ilustrativos como para, al menos, poder apuntar que aquellos fragmentos que permiten mayores precisiones se caracterizan por contar con una carena media poco marcada, un cuerpo inferior que se acerca o supera en algo la media esfera y otro superior cuyas paredes, algo cóncavas, rematan en un borde ligeramente saliente.

Perfiles carenados semejantes son para algunos autores sinónimos de Edad del Bronce y más concretamente de Bronce Medio⁸³. No obstante, al respecto, conviene señalar que el uso de recipientes de esta clase, al menos en puntos muy concretos de nuestra península, puede rastrearse desde el neolítico⁸⁴, llegando a mantenerse, con ligeras y lógicas variaciones (dimensiones, altura de la carena, tipo de fondo, etc.), entre las cerámicas manufacturadas de la Edad del Hierro⁸⁵. Esto, cuando menos, nos pone sobre aviso de que siempre que se hable de este tipo de cazuelas carenadas habrán de tenerse en cuenta el contexto y el ámbito geográfico en que se recuperaron, para atribuirles un valor cronológico y cultural.

Aunque no es nuestra intención hacer un estudio detallado del *desarrollo y evolución genética* de este particular tipo cerámico, sí nos gustaría apuntar que, aunque en áreas concretas como las citadas en el párrafo anterior, se reconocen recipientes semejantes a los que aquí nos ocupan desde fechas muy tempranas, la proliferación de los mismos en la generalidad del territorio peninsular no tendrá lugar hasta momentos notoriamente más tardíos. En efecto, según todos los indicios, tal hecho parece producirse en una etapa, que podríamos calificar de tardo-calcolítica, coincidente con la generalización de las cerámicas incisas campaniformes⁸⁶.

⁸³ Algún comentario en este sentido podemos encontrarlo en: Fernández-Posse, M.^a D. 1980: 52.

⁸⁴ Las podemos ver, por ejemplo, en el seno de la Cultura de las Cuevas de Andalucía. De hecho, las encontramos en el estrato I-II y IX de Carigüela o en Las Majolicas de Alfacar: Navarrete Enciso, M.^a I. 1976: Láms. LXVIII. 6; CXCI. 9 y CCLXXV. 3.

⁸⁵ Ver, por ejemplo: Castiella Rodríguez, A. 1993: Fig. 5. Forma 4.

⁸⁶ Por citar algunos ejemplos, diremos que tal puede hecho puede apreciarse en ámbitos como el de las Campiñas del Alto Guadalquivir. En este sector, en yacimientos tan emblemáticos como Cazalilla, observamos que esta clase de recipientes sólo comparecen en su fase II, donde también se detecta la presencia de “cerámicas incisas de estilo Campaniforme” (Nocete, F. 1994: 28). Algo semejante advertimos en la Meseta Sur, en yacimientos como El Ventorro, donde aparecen exclusivamente junto a materiales campaniformes (Priego Fernández del Campo, C., y Quero Castro, S. 1992: 221). En el valle del Ebro ocurre algo similar, así lo demuestra el que contornos carenados semejantes a los nuestros no aparezcan hasta los niveles con campaniforme. Esto se aprecia en la estratigrafía de Los Husos; lugar donde sólo aparecen esta clase de perfiles a partir de su nivel IIC, fechado en el 1970 a.C., donde se acompañan “de un fragmento campaniforme ciempozuelos”.

A partir de este preciso instante su dispersión por toda la Península va a ser muy amplia; lo cual, a todas luces, hace inabordable una revisión de todos los puntos donde aparece tal tipo cerámico. Por tal motivo nos parece más conveniente centrarnos en las referencias que, acerca de esta clase de cerámicas y sobre su presencia en el valle del Duero, a nuestro entender, pudieran resultar más significativas. A tal respecto comenzaremos por apuntar que en dicho ámbito, cazuelas de carena media como las que nos ocupan están sistemáticamente ausentes de los contextos del calcolítico precampaniforme de la zona. Aquí se incluyen también aquellos que aparecen en yacimientos que, como es el caso los tantas veces citados del término municipal de Mucientes, el C-14 sitúa en una cronología sumamente avanzada en relación al desarrollo de dicha fase cultural⁸⁷. Por contra, comienzan a documentarse entre las formas cerámicas lisas que acompañan a los campaniformes incisos de la cuenca del Duero, si bien, al parecer, no se reflejan por igual en todas las estaciones de esta fase. Una somera revisión de alguno de los asentamientos de la cuenca del Duero estudiados sistemáticamente pudiera resultar orientativa en este sentido, no en vano, permite apreciar que mientras en ciertos lugares esta clase de recipientes carenados están del todo ausentes (tal ocurre, por citar un par de ejemplos, en el estrato campaniforme –nivel I– de La Peña del Águila en Muñogalindo o en El Guijar de Almazán); en otros, como es el caso de nuestro Pico Castro, su presencia resulta meramente anecdótica. Ante estas observaciones, sostenemos la tesis de que las fuentes de carena media, al menos en apariencia, están ausentes de los contextos de la etapa inicial de la fase campaniforme del sector centromeseteño para después hacer acto de presencia a lo largo de la misma. Del mismo modo, diremos que esta clase de recipientes acabaron por convertirse, con el paso del tiempo, en un elemento habitual en los poblados del sector. Para apoyar esta impresión cabe advertir que recipientes enteramente semejantes a los identificados en Pico Castro van a documentarse con cierta asiduidad en contextos meseteños que se fechan en la tem-

prana Edad del Bronce. Ejemplos de esto último les encontramos en lugares como Santioste de Otero de Sariegos (Zamora), donde cabe anotar la recuperación de diversos recipientes enteramente semejantes a los nuestros (Viñé Escartín, A. I., Martín, A. M.^a, y Rubio, P. 1990: Lám. 3. 90/33/344); C. Naranjo, en El Castillo de Cardeñosa (Ávila), registra también buenos paralelos (Naranjo González, C. 1984: 41; Fig. 2. 11); para los que, por cierto, la autora encuentra manifiestas semejanzas en yacimientos del Argar A y el Bronce Valenciano. Dentro del ámbito soriano, en lugares que Jimeno y sus colaboradores sitúan “en los momentos avanzados del Bronce Antiguo e inicios del Bronce Medio” (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: 92), son hasta cierto punto comunes. En efecto, en enclaves al aire libre (Serón, Peñalba, Morcuera, Balluncar) y en cueva (El Roto y La Torca) (Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 5. 7), encontramos formas enteramente semejantes.

Habrà de ser, por tanto, el horizonte representado por estos yacimientos, plenamente encuadrado en el Bronce Antiguo, el que habrá de servirnos como término *ante quem*, a la hora de ubicar temporalmente conjuntos arqueológicos como el representado en Pico del Castro, donde estas cerámicas carenadas aparecen sólo puntualmente. Sin entrar en grandes disquisiciones al respecto diremos que cada uno de los yacimientos citados, en los que huelga decir no hacen acto de presencia las especies incisas campaniformes, a grandes rasgos, son emplazados por sus autores en época postcampaniforme lo cual viene avalado, entre otras cosas, por el hallazgo en los mismos de determinadas evidencias que respaldan dicha atribución. Un ejemplo claro de cuanto decimos lo tenemos en Santioste. En este enclave, en un contexto diáfano y cerrado –acompañando a la inhumación individual– comparcen un par de elementos arqueológicos –unas capsulitas de plata y un botón prismático de hueso (¿marfil?) con perforación en “V”–, de cuyo concienzudo estudio se deduce que el ambiente cultural representado en la estación de Otero de

⁸⁷ En tales contextos las formas carenadas que comparecen, además de hacerlo en número francamente reducido, responden, preferentemente, a modelos de carena media-baja, fondo convexo y cuerpo superior de paredes rectas-oblicuas y cerradas, de aspecto bien distinto al de los recipientes que aquí nos ocupan. En este sentido son suficientemente expresivos los hallazgos del yacimiento de El Alto del Quemado, uno de los más significativos yacimientos del comienzo de la metalurgia en el S.O. del valle del Duero. Allí, como nos dice la autora, sobresale la presencia de un bajo índice (4'5 %) de recipientes de carenas medias-bajas y “perfiles suaves” (López Plaza, S. 1987: 53; Fig. 5). Idénticas características revisten los recipientes carenados de Las Pozas de Casaseca de las Chanas. En este yacimiento del Duero Medio, las vasijas con fondo convexo y carena baja o media, constituye una de las formas características del lugar, datado entre el 2475 y el 2250 a. C. Tampoco en los yacimientos Calcolíticos del “horizonte Los Cercados”, más próximos geográfica y cronológicamente al ámbito de nuestro estudio como hemos tenido ocasión de apuntar líneas arriba, se identifican otros vasos carenados que no sean aquellos que, como el aparecido en el enclave burgalés de Santa Cruz, dispone de una “suave carena dispuesta en el tercio inferior de la vasija” (Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C., y Palomino Lázaro, A. L. 1993: 33; Fig. 3).

Sariegos debe ser ubicado en un momento postcampaniforme, coincidente con el desarrollo de horizontes culturales de la Edad del Bronce tan relevantes como Las Motillas o El Argar, entre otros.

Como conclusión podemos apuntar que la proliferación de esta clase de perfiles en la región se va a producir durante el Bronce Antiguo postcampaniforme aunque se manifieste en la fase previa: esto es durante los últimos momentos de la etapa en que aún se mantienen vigentes las especies campaniformes en la zona. Se trata por consiguiente de un perfil característico del Bronce Inicial que tiene su origen en la fase anterior; una prueba más de la continuidad entre ambos momentos.

B. La decoración no campaniforme

El elenco de decoraciones no campaniformes que comparecen en nuestros yacimientos es muy poco variado. Destacan, entre las conseguidas mediante **impresión discontinua** y dentro de éstas las digitaciones y las ungulaciones, que se documentan en un contado número de yacimientos. En los pocos lugares en que comparecen lo hacen, bien sobre el labio (Los Arenales y La Robleñada), bien ocupando toda la superficie externa (La Presa y El Carrascal) de ciertos recipientes.

La escasa presencia de impresiones dígito-unguladas que detectamos en nuestros yacimientos con campaniforme es un rasgo que diferencia este conjunto ribereño de los distintos grupos que durante El Bronce Antiguo ocupan el reborde montañoso del Sistema Ibérico (El Parpantique, El Torojón, La Pedriza de Ligos, Peña dorada de Utrilla, etc.), el centro (Santioste, etc.) y sur (El Picuezo, El Castillo de Cardeñosa, etc.) de la cuenca del Duero, uno de cuyos caracteres principales radica en la profusión de impresiones digitales y cordones. La relación resulta más evidente con los contextos calcolíticos situados en el centro y Sur de la Meseta, en los que las cerámicas lisas denotan un prácticamente nulo empleo de estas particulares modalidades decorativas.

Otros temas decorativos que, con mucha menor frecuencia, también documentamos en nuestros yacimientos son:

Dentro del capítulo de las **impresiones discontinuas**.

- Impresiones de instrumento –con punzón– que recorren el borde de determinados recipientes, fundamentalmente cuencos.

Decoración en relieve

- Cordones lisos peribucales.
- Mamelones de distintas características.

1.1.3. Otros recipientes y objetos de barro

Otras evidencias de tipo cerámico son determinados recipientes con funciones de mayor especificidad. Nos estamos refiriendo, en primer término, a ciertos fragmentos hallados en el Pico del Castro, con adherencias de gotas de mineral fundido en su interior: muestra inequívoca de que estuvieron destinadas a tareas metalúrgicas. El considerable tamaño de los fragmentos identificados –la reconstrucción de su curvatura demuestra que se trata de una vasija de notables dimensiones– evidencia que no se trata de los consabidos crisoles de fundición. Esta clase de vasijas se caracterizan, como es bien sabido, por su reducido tamaño y escasa capacidad, lo que no se adecua a la morfología de los fragmentos por nosotros encontrados sino, más bien, a la de alguna de las denominadas vasijas o **recipientes-horno**, de amplia representación en los poblados con Campaniforme inciso de la región de Madrid. La extremada fragmentación de los citados fragmentos impide reconocer los más mínimos rasgos de su perfil (forma del borde, fondo, etc.), imposibilitando su inclusión en la tabla tipológica. Según señala Blasco Bosqued esta clase de vasijas, de cuyos caracteres hacen un prolijo y completo estudio Rovira y Montero (Rovira Llorens, S., y Montero Ruiz, I. 1994: 160-166), no requerían ni una “morfología ni un tamaño concretos” para la operación a que estaban destinados; “incluso parece que pudieron llegar a emplearse piezas previamente amortizadas e inutilizables para otros usos” (Blasco Bosqued, M.^a C. (ed. y coord.) 1994: 106).

Un nuevo elemento de tipo cerámico que hemos tenido ocasión de identificar pertenece a lo que comúnmente se denominan **coladores**, “encellas” o queseras. Únicamente hemos identificado pequeños fragmentos de este tipo en dos yacimientos (El Cujón y en el Pico del Castro). Como en el caso anterior, el reducido tamaño de los fragmentos impide reconstruir su forma.

Un último objeto de cerámica son las llamadas **pesas de telar**. Únicamente hemos recuperado algunos ejemplares –completos y fragmentados– durante la prospección superficial de Pico del Castro. Se trata de un conjunto de piezas de sección elipsoidal y forma entre oval y redondeada. Aquellas que han llegado hasta nosotros completas muestran en uno de sus extremos cortos una marcada acanaladura. A ambos lados de ésta se sitúa una perforación. El hallazgo de este tipo de elementos reviste cierto interés porque documenta la práctica textil en un momento que debe situarse a caballo entre el Calcolítico Final y el Bronce Inicial.

Objetos de este tipo no son excepcionales en contextos con campaniformes, pudiendo encontrarlos, de diversas tipologías, en varios lugares adscribibles a dicha etapa. Lo que

resulta más excepcional es su morfología para la que no encontramos claro parangón en ninguno de los yacimientos que, de esta época, se localizan en la cuenca del Duero. Los mejores paralelos los vamos a hallar, en lugares ciertamente alejados de nuestro área, en algunas piezas identificadas en el yacimiento de Orce. En este punto, en el estrato II-B con campaniforme B, encontramos unos modelos que, si bien tienen una forma de tendencia rectangular y cuentan con cuatro agujeros, muestran sus lados superior e inferior convexos con estrangulamiento central (Schule, W., y Pellicer, M. 1966: Fig. 27. 9-10; Fig. 38. 4; Fig. 54. 5); circunstancia que, de algún modo, les aproxima a las piezas de Pico del Castro.

A modo de resumen, para concluir este apartado, destacaremos la baja proporción que la cerámica con decoración campaniforme alcanza en los conjuntos de La Ribera del Duero de Valladolid datables a caballo entre el Calcolítico Final-Bronce Antiguo, lo cual repercute en el reconocimiento de una escasa variedad de perfiles. Éstos reproducen las formas más *tradicionales* de esta variedad (cuenco, vaso y cazuela), sin que falten tampoco algunos recipientes decorados de grandes dimensiones.

Desde el punto de vista decorativo diremos, primeramente, que encontramos una más que evidente dificultad para defender la existencia de una secuencia de *estilos incisos*, basada, como pretendían las interpretaciones tradicionales, en el mayor o menor esmero empleado en la elaboración de los motivos decorativos campaniformes. En efecto, según hemos tenido ocasión de observar, tanto el único yacimiento excavado, como aquellos otros conocidos a partir de su prospección superficial (lógicamente nos referimos a aquellos que han deparado un número mínimo de cerámicas campaniformes), aportan datos en sentido contrario, ya que en todos ellos es evidente una generalizada coexistencia de estilos. De hecho, al menos por el momento, resulta difícil defender la existencia de yacimientos puros (esto es donde se “fabricó” una única modalidad decorativa); cuando tal circunstancia sólo se produce en aquellos asentamientos de los que procede uno o, a lo sumo, dos fragmentos decorados.

Atendiendo a cuanto aquí se expone, y en tanto no dispongamos de nuevos datos que modifiquen substancialmente nuestras actuales impresiones, entendemos, es lógico pensar que en La Ribera los distintos campaniformes incisos son, antes que nada, estilos decorativos que, carentes de toda carga cronológica (no se trata pues de crono/estilos que sucesivamente se suplantán), pudieron haber sido elaborados en los distintos poblados. En éstos, según hemos tenido ocasión de comprobar, habitualmente se adoptan más de uno a lo largo de toda la etapa campaniforme. En nuestra opinión la proliferación de uno u otro estilo inciso depende, simplemente, de la preferencia en

cada punto, por una u otra modalidad. Con todo, no descartamos que una profundización en la caracterización de estas cerámicas en el sector, llegue a demostrar que en un determinado momento del desarrollo de esta fase alguno de los estilos de campaniforme inciso pudo tener más éxito que los restantes.

En segundo término, los motivos decorativos presentes en nuestros campaniformes permiten establecer nexos de conexión con otros grupos campaniformes meseteños como los del Sistema Ibérico y los del sur y sudoeste de la Meseta. Del mismo modo que también pueden establecerse diferenciaciones respecto a dichos grupos. Unos y otros perfilan un conjunto de marcada personalidad en este sector del Duero medio. La diversidad y el localismo que el campaniforme parece adquirir en sus últimos momentos, esto es coincidiendo con el desarrollo de las especies incisas, hacen necesario una profundización en la caracterización de estas cerámicas en la Meseta. En esta zona las localizaciones comienzan a ser cada vez más numerosas y con rasgos peculiares según el sector geográfico de que se trate, tanto desde el punto de vista de los modos de vida y enterramiento como de lo que es propiamente el material campaniforme.

La cronología tardía de los campaniformes incisos ribereños viene señalada por las dataciones radiocarbónicas de Pico del Castro, que los sitúan a inicios del siglo XVIII a. C. En este mismo sentido inciden las dataciones procedentes de dos de los poblados calcolíticos precampaniformes excavados en el centro de la Meseta Norte. Tales dataciones, que podrían servirnos como término *post quem* para establecer el momento a partir del cual se produjo la implantación de las especies campaniformes en nuestro sector, se sitúan en un momento avanzado de la Edad del Cobre, a caballo entre finales del III y comienzos del II milenio: Los Cercados 2020 a. C. y Fuente de las Pocillas: 1930 ± 180 a. C. (Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C., y Moratín García, M. 1993: 62). No se nos oculta que estas fechas coinciden claramente con el desarrollo de las especies incisas en otros ámbitos de nuestra península.

¿Quiere esto decir que nuestro sector y su entorno próximo incorporaron notablemente más tarde las manifestaciones campaniformes que otras áreas peninsulares? En principio nuestra respuesta es negativa pues consideramos, como ya quedó expresado páginas atrás, que este sector y su entorno no debió verse marginado de un conocimiento temprano de las manifestaciones propias del denominado *fenómeno campaniforme*. Por esta razón apuntamos, al menos como hipótesis de trabajo, la posibilidad de que, coincidiendo con el desarrollo de estos grupos, sin empañar la consideración de que se trata de poblaciones precampaniformes, pudiera haberse producido la llegada a la zona de los primeros elementos propios de dicho *fenómeno*. De lo que no cabe duda es que en tales

momentos la afluencia de dichas manifestaciones debió ser poco expresiva en la región. Ello, implícitamente, supone reconocer que las dataciones que arriba se mencionan quizá no sirvan tanto para señalar cuándo se produjo la arribada de lo campaniforme a la región, como para establecer el momento a partir del cual se produjo la difusión y proliferación de los campaniformes incisos, cuya incorporación a este sector de la Meseta, que parece coincidir con los momentos finales de estas poblaciones propias del Calcolítico Final meseteño, debe entenderse como un elemento más de su cultura material, si bien su representación es absolutamente minoritaria.

Abogan en favor de esta idea las cerámicas que aparecen en asociación con el campaniforme inciso de este sector. Dichos materiales, que hemos intentado definir y clasificar tipológicamente a partir, preferentemente, de las evidencias identificadas en el citado yacimiento de Quintanilla de Arriba, con la consiguiente dificultad y grado de incertidumbre que, a la hora de definir las cerámicas de un período cultural de cierta profundidad cronológica, ello conlleva, se componen preferentemente de cuencos, escudillas, formas cerradas simples y compuestas en S. Tales perfiles, como se expresa en el estudio de los mismos, guardan evidentes semejanzas con los que hacen acto de presencia en los poblados calcolíticos de la zona, si bien cuentan con la presencia de otros (cazuelas carenadas) que después veremos desarrollarse durante el Bronce Antiguo. Se trata de una producción apenas decorada, en la que sólo determinados motivos (alineaciones de impresiones de diverso tipo) alcanzan algún peso específico.

1.2. Bronce Antiguo - Pleno

En este capítulo se incluye la alcallería recuperada en aquellos enclaves comprendidos entre el fin del campaniforme y las primeras evidencias del horizonte Protocogotas. Al carecer de dataciones de C-14 en los yacimientos de nuestro sector, debemos recurrir a las observaciones realizadas en la cuenca del Duero para establecer la fecha de comienzo y el momento final de este período. En lo concerniente al primero de los apartados diremos que el inicio de esta etapa podría situarse a caballo entre la segunda mitad del s. XIX y la primera del XVIII, a juzgar por las dataciones radiocarbónicas convencionales procedentes de lugares como Santioste de Otero de Sariegos (1830 ± 80 y 1800 ± 80 a. C.) (Delibes de Castro, G., et alii. 1998: 179), El Parpantique de Balluncar (1780 ± 30 a. C.) (Jimeno Martínez, A. 1988: 114), Pico Romero de Santa Cruz de la Salceda (1780 ± 70 y 1680 ± 80 a. C.) (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: 584) y Cueva Maja (1730 ± 40 y 1715 ± 40 a. C.) (Samaniego Bordiu, B., Jimeno

Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: 91-93); prolongándose a lo largo del s. XVII como denotan algunas de las fechas antes citadas o las de Los Torojones de Morcuera (1670 ± 30 a. C.) (Jimeno Martínez, A. 1988: 114; Jimeno Martínez, A. y Fernández Moreno, J. J. 1992: 89; Fabián García, J. F. 1993: 165). El momento final de este período aparece poco claro en esta zona del centro del valle del Duero, pero a juzgar por alguna de las dataciones obtenidas en yacimientos del borde nororiental de la cuenca del Duero, en algunas zonas, puede ser posterior a mediados del s. XV: cueva de El Mirador (1450 ± 40 a. C.) de la sierra de Atapuerca (Vergés, J. M.^a Allué, E., Angelucci, D. E., Cebrià, A., Díez, C., Fontanals, M., Manyanós, A., Montero, S., Moral, S., Vaquero, M., y Zaragoza, J. 2002: 112; Moral del Hoyo, S. 2002: 40). Son, por lo tanto cerca de 400 años los que pudieron servir de marco al desarrollo de este período.

Pese a la notable duración del período, como podrá apreciarse el conjunto cerámico a nuestra disposición es sumamente exiguo en comparación con períodos precedentes y/o posteriores lo que nos plantea serias dificultades tanto para su propia definición, cuanto para su discriminación respecto a las citadas etapas. Con todo, como iremos viendo, existen determinados elementos (determinadas formas cerámicas y decoraciones) que, a nuestro entender, pueden ayudarnos a diferenciarlos.

Esta menor información, que incluso nos atreveríamos a calificar de sumamente parcial, guarda relación con una serie de circunstancias: en primer término con que nuestros trabajos de campo (sondeos y excavaciones) no se han centrado en el Bronce Antiguo-Pleno, que por otra parte es la etapa cultural peor representada (en número de yacimientos) en la vallisoletana Ribera del Duero. En segundo término, a que en ninguno de los enclaves controlados hemos sido capaces de recuperar un surtido de alcallería lo suficientemente amplio como para permitir que las cuantificaciones que puedan elaborarse a partir de los mismos puedan resultar mínimamente significativas para intentar definir con cierta precisión este momento.

Con todo, y asumiendo todas estas limitaciones vamos a proceder a la clasificación tipológica de las cerámicas de la época. Como paso previo entraremos en primer lugar a considerar algunos aspectos sobre las características técnicas de los recipientes. Por todo lo anteriormente dicho, no hace falta advertir que abordar este aspecto reviste especial dificultad. Por ello nos limitaremos a recalcar una serie de generalidades que, al respecto, trasluce la alcallería de la época.

Comenzaremos por apuntar que, como es lógico, se trata en todo caso de cerámicas elaboradas a mano. *Grosso modo*, podemos afirmar que se trata de una producción de carácter predominantemente cuidado. No obstante, los rasgos varían mucho de los pequeños recipientes —cuencos, escudillas y

carenados–, que cuentan con las mejores pastas, a los recipientes de mayores dimensiones, en los que la arcilla se muestra bastante más tosca. Salvo casos excepcionales de los recipientes más burdos, en líneas generales ésta es bastante compacta, producto de una cocción a temperaturas elevadas.

En este último aspecto se observa una clara diferencia entre los porcentajes de cocción reductora y oxidante, ya que el primero supone la modalidad claramente dominante en el 100% de los yacimientos controlados de este momento. De hecho, el horneado oxidante siempre alcanza unos porcentajes inferiores al 10%.

El tamaño de los desgrasantes es bastante homogéneo, independientemente de la variedad cerámica y del tamaño de los recipientes. Bien que, ni en los ejemplares de mayores dimensiones llegan a adquirir tamaños superiores a los medianos (< de 4 mm). Los materiales utilizados con esta finalidad son habitualmente granos de sílice provenientes de las arenas locales, cuyo color blancuzco se distingue del de la pasta. No faltan otros componentes minerales como la caliza o la mica.

Debemos apuntar que al tratarse en todos los casos de materiales recuperados en superficie, en múltiples ocasiones la cerámica ha perdido sus características originales por la exposición a la intemperie, recubriéndose sus superficies externas de costras calcáreas, yesíferas o, incluso, de líquenes. Todo ello limita grandemente el que podamos hacer precisiones sobre los distintos tipos de acabado a que han sido sometidas estas producciones. No obstante, no queremos dejar de hacer algunas precisiones. En principio, diremos que la proporción de los distintos tipos de acabado muestra una característica constante en la cerámica del Bronce Antiguo-Pleno: el claro predominio de las superficies alisadas. Esta modalidad es proporcionalmente mayoritaria en la totalidad de las localizaciones de la época. El alisado en muchos casos es irregular, pues junto a piezas de muy buena calidad que casi llega al bruñido, nos encontramos otras con grietas, estrías y oquedades.

Respecto al bruñido, hay que añadir que está presente en todos los yacimientos. Su aparición es constante pese a que este tipo de acabado puede haberse perdido en estos materiales superficiales, lo que invalida, al igual que en el resto de los tratamientos superficiales, cualquier intento de cuantificar su empleo. En nuestros yacimientos el bruñido normalmente se refleja sobre cuencos, escudillas y pequeños carenados.

La cerámica de superficies toscas es una variedad que figura como tercera mejor representada. En general se trata de una modalidad que se caracteriza por su variabilidad, pues puede ir desde el mal alisado hasta el rugoso, en una amplia gama de posibilidades. Los perfiles asociados suelen ser los propios de

recipientes de notable tamaño. A esta variedad se asocian las peores arcillas, mal compactadas, algunas veces desmenuzables, con desgrasantes algo más gruesos y, ocasionalmente, irregularidades en la superficie interna (resquebrajamiento, abultamiento, etc.).

A. Las formas

Para su clasificación y descripción hemos intentado seguir los principios expuestos en el capítulo correspondiente a la metodología. Para una mejor comprensión, hemos realizado una tabla con la representación de los tipos –entendemos que muy pocos en comparación con lo que debió ser la realidad ceramológica del sector– que hemos sido capaces de identificar (Fig. 190). Las formas identificadas son las siguientes:

Forma 1

Dentro de esta modalidad, primeramente, tan sólo hemos sido capaces de reconstruir el perfil de algunos vasos, de tipo cuenco, semiesféricos o que superan ligeramente la media esfera. Esta clase de perfiles son, sin lugar a dudas, los mejor representados en el conjunto de nuestros yacimientos. De hecho, pueden comparecer en distintas modalidades (lisos, con ligero estrechamiento exterior junto al borde, con un borde reentrante curvado cerrado); estando presentes en todos los yacimientos de esta época en que hemos sido capaces de recuperar un número mínimamente representativo de perfiles identificables. Como sucede con la generalidad de las formas de esta etapa, no podemos establecer grandes precisiones respecto a su estructura y dimensiones, pues su perfil –como veremos más adelante al hablar de la mayor parte de las formas a que nos referiremos en este apartado– nos es siempre conocido de forma fragmentaria. En cualquier caso diremos que, genéricamente, este tipo cerámico está presente puntualmente en La Loma del Barcial (Fig. 161. 1), con el borde decorado con impresiones realizados con un objeto indeterminado, y también en La Casa de Margüello (Fig. 134. 2); mejor representados numéricamente están en El Cujón (Sector A), aquí encontramos diversos ejemplares entre los materiales depositados en el Museo de Valladolid. Uno de estos cuencos lleva para su sujeción asas de lengüeta en la panza (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 6).

Los cuencos hemisféricos ya fueron puestos en relación por los Leisner con los inicios de la metalurgia y con el vaso Campaniforme (Leisner, G. y Leisner, V. 1959: 114) y como vimos, los encontramos bien representados en los yacimientos de este horizonte en el sector meseteño. Únicamente, dejaremos constancia de su abundante presencia en algunos yacimientos meseteños atribuibles a este momento tan señeros como Cueva Maja, donde constituyen la forma 1A, contando habitualmente

con fondo plano o “curvo suave” (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: 60-61, Fig. 74). No faltan los ejemplares decorados con digitaciones y ungulaciones en el labio, característica que, como vimos, también se constata en alguno de los yacimientos ribereños (Loma del Barcial y El Cujón [Sector A]). También en los yacimientos sorianos que sirvieron para definir en dicha provincia el horizonte del Bronce Antiguo son frecuentes estos vasos (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: 86). De hecho se apunta que son los tipos mejor representados en el conjunto de yacimientos como El Parpantique, El Torojón, El Turroneo, El Alto de la Cueva y Peña Dorada.

Forma 2

Puntualmente detectamos la presencia en El Cujón (Sector A) de ciertos cuencos caracterizados por contar con paredes rectas casi verticales que, coincidentemente, muestran al exterior del borde pequeños mamelones simples o dobles (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 9 y 10). Para esta clase de recipientes encontramos buenos paralelos en múltiples lugares. Sin ánimo de extendernos señalar que se pueden rastrear en enclaves cercanos como Las Piqueras, situado en la cercana localidad vallisoletana de Piña de Esgueva, junto a un gran vaso campaniforme de almacenaje (Delibes de Castro, G. 1980: 133-137); también junto a Campaniforme con el borde más engrosado y mamelones los encontramos, en el ámbito soriano, en Somaén, en El Guijar de Almazán (Revilla Andía, M.^a L. y Jimeno Martínez, A. 1986: Fig. 6. 18 y 19), muy próximos a estos de El Cujón (Sector A), y en el nivel IIa de Arevalillo (Fernández-Posse, M.^a D. 1981: Fig. 6. 20); igualmente con Campaniforme lo tenemos en el paquete II, estrato C, de los Husos (Álava) (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974: 146), en Cueva Lóbrega (La Rioja) (Corchón Rodríguez, S. 1972: 11-107), y en el sepulcro de la galería segmentada de la Chabola de la Hechicera de El Villar (Álava) (Apellániz Castroviejo, J. M.^a y Fernández, D. 1978: Fig. 11).

Formas próximas existen también en el Cerro de La Encantada (Ciudad Real) (Nieto Gallo, G. *et alii*. 1983: Fig. 3. 13) y de La Campana de Yecla (Murcia) (Nieto Gallo, G., y Clemente, J. 1983: 295-308); en ambos enclaves con cronologías de la primera mitad del siglo XIV a. C. Esta clase de cuencos los podemos ver, asimismo, en yacimientos del Bronce Antiguo de la meseta norte, así lo demuestra su presencia en lugares del ámbito soriano, (por ejemplo, El Alto de la Cueva [Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: Fig. 15. 4], Utrilla [*Ibidem*, Fig. 23. 8 y 9] y La Pedriza de Ligos [Jimeno Martínez, A., y Fernández

Moreno, J. J. 1985: Fig. 2. 42]), o burgalés. Tal es el caso de los que encontramos en la cueva de El Mirador, donde parece un ejemplar cuyas superficies externas muestran un “baño” del denominado barro plástico (Moral del Hoyo, S. 2002: Fig. 17. 18).

Forma 3

Dentro de esta modalidad se incluyen, primeramente, aquellos vasos con cuerpo de tendencia globular que rematan en un borde simple más o menos reentrante. Parece ser una forma relativamente habitual, ya que se documenta en casi todos los yacimientos controlados. En La Loma del Barcial encontramos algún ejemplar con el borde ligeramente engrosado (Fig. 161. 2 y 3).

Tan sólo poseemos un ejemplar completo, procedente de El Cujón (Sector A), que muy bien pudiera pertenecer a este momento (Fig. 163. 3; Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 2). Dicho ejemplar cuenta con fondo convexo, si bien es posible que otros lo tuvieran plano. El recipiente en cuestión posee un borde mínimamente reentrante, circunstancia que no se repite en otros casos.

Como ya reseñamos en el análisis de las cerámicas del momento Campaniforme, este tipo de vasos con el borde simple entrante es bastante común en dicho momento, perdurando después durante el Bronce Medio. Estos vasos globulares de borde simple son, en efecto, habituales en los contextos campaniformes de la cuenca del Duero; así, son los perfiles más abundantes en El Guijar de Almazán, caracterizado únicamente por cerámicas lisas, decoradas campaniformes y una escasa y poco significativa industria lítica (Revilla Andía, M.^a L., y Jimeno Martínez, A. 1986: Figs. 4 y 5); igualmente en El Pozo de San Pedro de Garray, con Campaniforme mixto (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1983: 25-35).

Igualmente, en yacimientos correspondientes al Bronce Antiguo meseteño (Horizonte Parpantique) observamos vasos similares a los aquí apuntados en lugares conocidos a partir de la recogida de materiales de superficie, caso de la Cueva del Roto (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1985: Fig. 4. 56-58) y de toda una serie de enclaves de la provincia de Soria; cuales son los de la Cueva de la Torca (Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 5. 2), o El Alto de la Cueva (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: Fig. 16. 12), entre otros varios. De igual modo, son reconocibles en los yacimientos excavados que presentan grandes semejanzas con estos que aquí se apuntan. Sirva señalar, a modo de ejemplo, lugares como la soriana Cueva de El Mirador (Moral del Hoyo, S. 2002: Fig. 24 y 25) o el zamorano yacimiento de Santioste (Delibes de Castro, G., *et alii*. 1998: Fig. 4. 3082).

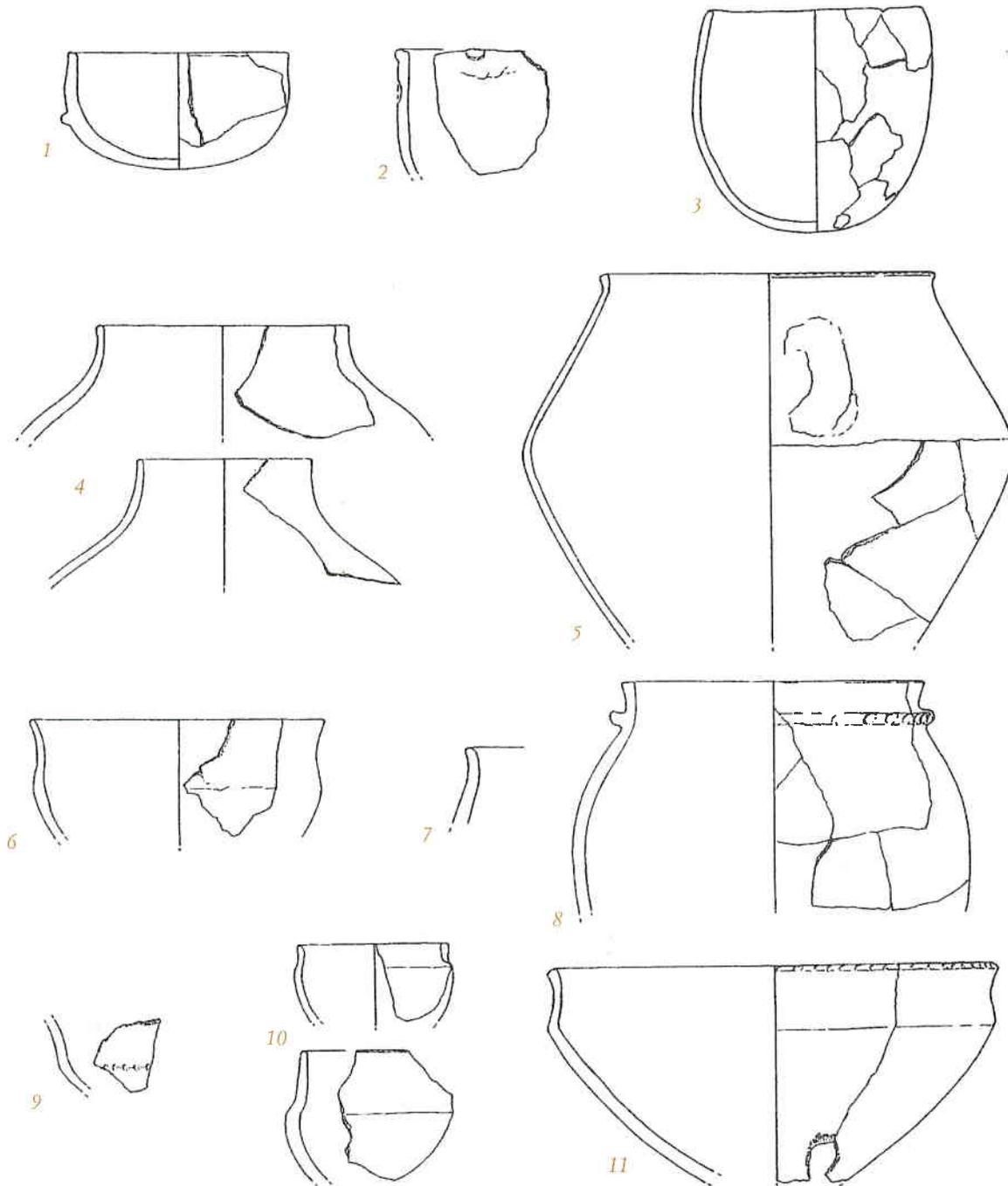


Fig. 190. Tabla tipológica de las cerámicas del Bronce Antiguo-Pleno en La Ribera del Duero de Valladolid.

En el momento Protocogotas este tipo de vasos u ollas globulares tendrán continuidad, al tiempo que se complementarán, como tendremos ocasión de comprobar en el capítulo siguiente, con tipos cuyo cuerpo adopta un perfil acusadamente menos globular, muchos de los cuales presentarán además bordes pequeños, engrosados o apuntados.

Forma 4

En segundo término, dentro de los vasos simples cerrados, se integra una serie de recipientes de cuerpo marcadamente globular y boca cerrada. Estos vasos, como los anteriores, tienen el cuerpo globular, si bien, a diferencia de aquellos, presentan el borde claramente levantado. Los pocos vasos de esta clase cuyo diámetro hemos sido capaces de reconstruir son de dimensiones, por lo general, medias: entre los 117 mm de diámetro de boca y los 167 mm. El grosor de sus paredes oscila entre los 5 y los 9 mm; sus superficies suelen estar bruñidas o alisadas. Poseemos ejemplares sumamente incompletos por lo que desconocemos las características de su fondo y los valores de su altura e índice de alargamiento. Parece ser una forma bastante común, registrándose en el 85% de los yacimientos controlados, en los que creemos encontrar representado el presente contexto arqueológico.

Algunos ejemplares muestran la parte superior del recipiente con aspecto algo menos estilizado y cuello incipiente, que documentamos en Loma del Barcial (Fig. 161. 4 y 5) y El Cujón (Sector A) (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 18). En otros casos la S del perfil se hace menos acusada y tiende hacia el cilindro (El Cujón [Sector A]) (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 17). Ambas modalidades parecen compartir la misma cronología en el ámbito ribereño, así lo demostraría su comparecencia conjunta en El Cujón (Sector A). Generalmente es una forma lisa, pero no faltan algunas piezas que muestran sencillas impresiones digitales en el labio (El Cujón [Sector A]) (Fig. 163. 9), y series de mamelones aplicados en el arranque del borde (El Cujón [Sector A]) (Fig. 163. 11).

La sencillez de estos perfiles les convierte en elementos comunes en los yacimientos de la Edad de los Metales. De hecho, vasijas con ciertas semejanzas a las que aquí se señalan se pueden rastrear en La Meseta desde época calcolítica en yacimientos como Las Pozas de Casaseca de Las Chanas (Zamora) (Val Recio, J. M.^a del, 1992: 53; Fig. 4). Las diferencias que observamos entre estos vasos globulares con borde levantado y los nuestros se cifran en que presentan aberturas, proporcionalmente, mucho más amplias respecto al diámetro máximo del recipiente y hombros menos marcados. Algo más próximos a nuestros recipientes, aunque se siguen distinguiendo por contar con una boca más abierta y un borde casi vertical, son algunos vasos que podemos encontrar en contextos más recientes, en

los que aparecen especies decoradas campaniformes, situados en la cuenca del Duero. Tal es el caso de algunos enclaves sorianos como El Perchel en Arcos de Jalón (Lucas Pellicer, M.^a R., y Blasco Bosqued, C. 1980: Fig. 3. 7 y Fig. 5. 1) y El Guijar de Almazán (Revilla Andía, M.^a L., y Jimeno Martínez, A. 1986: 163; Fig. 13. 82) o de nuestro ribereño Pico del Castro, donde el perfil correspondiente a la Forma 6, guarda indudable semejanza con la modalidad que aquí nos ocupa.

Las diferencias que observamos entre estos vasos globulares de borde levantado o vertical y los más antiguos se resumen en un mayor desarrollo y engrosamiento de los bordes y de los cuellos, reflejados en una pequeña zona curvada prácticamente inexistente en los más antiguos, en los cuales la unión del borde con el cuerpo se realiza generalmente por medio de una fina incisión. Tipos de estas características se mantienen en El Cujón (Sector A) (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 25 y 30) y Loma del Barcial (Fig. 161. 8) similares a uno del Guijar de Almazán (Revilla Andía, M.^a L., y Jimeno Martínez, A. 1986: 163; Fig. 13. 79-80), a otros de los niveles antiguos de La Vaquera (Zamora Canellada, A. 1976: Fig. 28. 318) y de Los Encantados (Barandiarán Maestu, I. 1971: Fig. 29. 3). También acompañando al Campaniforme los encontramos en Los Husos (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974: Fig. 58) y en los niveles inferiores de Cueva Lóbrega (Corchón Rodríguez, S. 1972: Figs. 5, 8, 17 y 18).

Asimismo, acompañando a las especies campaniformes en Los Husos hallamos tipos próximos a algunas piezas identificadas en El Cujón (Sector A) (Fig. 163. 5, 6 y 7) y La Loma del Barcial (Fig. 161. 4 y 7), en los estratos B y A del paquete II de dicho enclave (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974: 72 y ss.); del mismo modo, en los niveles inferiores de Cueva Lóbrega observamos vasos similares a algunos perfiles de El Cujón (Sector A) (Fig. 163. 7, 8) y La Loma del Barcial (Fig. 161. 3 y 7), mientras que perfiles como los hallados en Casa de Margüello (Fig. 134. 3, 4 y 5) aparecen en los niveles superiores de este yacimiento (Corchón Rodríguez, S. 1972: Figs. 11, 17 y 22) y en los niveles medios de La Vaquera (Zamora Canellada, A. 1976: Figs. 11 y 16). Próximos a los perfiles relativamente completos de El Cujón (Sector A) (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 17 y 18) les hallamos en la Meseta Norte con cierta frecuencia en yacimientos del Bronce Antiguo; tal es el caso de lugares como El Castillo de Cardenosa (Ávila) (Naranjo González, C. 1984: Fig. 3. 4), como Santioste (Zamora), con diversos ejemplares uno de los cuales incluso muestra un ancho acanalado en el arranque del borde (Delibes de Castro, et alii. 1998: Fig. 5. arriba derecha), como la Cueva del Mirador (Burgos) (Moral del Hoyo, S. 2002: Fig. 14), donde se identifica con la Forma B, así como de diversos yacimientos del ámbito soriano, muchos de los cuales guardan

grandes semejanzas con estos de La Ribera vallisoletana. Tal sería el caso de lugares como, por ejemplo, El Alto de la Cueva de Serón de Nágina (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: 109; Fig. 17. 18 y 19), El Parpantique (Ibidem, Fig. 5. 18), El Turronero (Ibidem, Fig. 14. 7), Peña Dorada (Ibidem, Fig. 24. 22), Cueva de la Torca (Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 5. 3 y 5) y algunos más.

Tipos de borde vertical próximos a los nuestros encontramos también en diversos horizontes propios del Bronce Antiguo de la Meseta Sur, como en el Castillejo de La Parra de las Vegas, donde los encontramos en los niveles II y IV, con dataciones de 1790 ± 170 y 1640 ± 110 a. C. (Martínez Navarrete, M.^a I., y Valiente Cánovas, S. 1983: cuadros n.º 2 y 3). Está también presente en El Colmenar de Landete (Álvarez, J., Bernal, A., Carrasco, A., y Pérez, J.V. 1984: 9-35), en un contexto que el C-14 sitúa en torno al 1600 a. C. En La Loma del Lomo se identifica con el Tipo II (Valiente Malla, J. 1987: Fig. 114). Próximos a los modelos de borde vertical de El Cujón (Sector A) (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 17 y 18) le tenemos también, por último, en enclaves tan diversos como son algunos situados en el Corredor de Almansa, por ejemplo El Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete) (Hernández Pérez, M. S., Simón García, J. L., y López Mira, J. A. 1994: Fig. 38. 2 y 3), o en La Mancha conquense, por ejemplo, El Puntal del Águila (Díaz-Andreu García, M. 1994: Fig. 179).

Algunos tipos presentes en El Cujón (Sector A) (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 18), con el borde ya ligeramente tendente al exterior, encontramos a veces en contextos del Bronce Medio, en donde se observa una tendencia a la elaboración de bordes de tipo almendrado que son prácticamente continuación de la pared del cuerpo; cuando aparecen bordes completamente verticales son muy similares a alguno de los recuperados en El Cujón (Sector A) (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 33), para el que encontramos paralelos más abundantes en yacimientos del Bronce Medio, tanto de nuestro ámbito como de otros ambientes más o menos distantes. En este caso podemos verlos entre la alcallería de los yacimientos del Protocogotas inicial; caso, por ejemplo del enclave ribereño de El Castillo de Rábano (Fig. 105. 11; 112. 18), o del soriano Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984: Fig. 121; Jimeno Martínez, A. y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 31). En el primero de los casos podemos encontrar paralelos en Los Encantados (Barandiarán, I. 1971), El Cerro de La Encantada (Nieto Gallo, G., y Sánchez Meseguer, J. 1980: Fig. 48, Fig. 49), El Acequión (Martín, C., et alii, 1993: Fig. 7), y un ejemplar con el borde más almendrado en la Fase II a (estrato XIII), de Setefilla (Aubert Semmler, M.^a E., et alii, 1983: Fig. 23. 45 y 46).

En momentos más avanzados del Bronce Medio, que continuarán a lo largo de la plenitud cogotiana estos tipos de vasos

u ollas globulares son sustituidos por tipos de cuerpo menos globular, y sus bordes pequeños, engrosados o apuntados, son ligeramente salientes o señalados al exterior.

Forma 5

El capítulo de las formas simples cerradas se cierra con un recipiente de tamaño mediano-grande, hallada en Las Eras de Pesquera de Duero (Fig. 166. 3). La vasija en cuestión, de estructura muy cerrada y borde recto, se caracteriza por tener cuerpo de perfil ovoide. El diámetro máximo, emplazado en lo alto de la panza, tiene una notable diferencia respecto al diámetro de la boca (268 mm). El índice de alargamiento se sitúa en torno a 0'9 (propio de una forma alta). Perfil inclinado en el tercio superior del cuerpo. Sus paredes son relativamente gruesas (en torno a 8 mm) y el fondo, aunque no se han conservado, entendemos que debió ser plano.

Un elemento que parece característico de este perfil es un tipo de suspensión que consiste en asa de puente en el tercio superior del recipiente. La única decoración que presenta es una serie de impresiones en el borde (tipo B1)

En La Meseta es un perfil poco representado en contextos del Bronce Antiguo, quizá porque no sea fácil reconstruir un perfil de estas dimensiones. No obstante, creemos reconocer un ejemplar incompleto en Cueva Maja. Sus excavadores le incluyen dentro de su Forma 18 (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 77. 18), en el apartado de las denominadas vasijas.

Fuera de la cuenca del Duero encontramos un paralelo inmejorable en el yacimiento de Cabezo del Arquillo (San Blas), yacimiento situado en el sector Sur del Sistema Ibérico Turo-lense (Picazo Millán, J. V. 1993: Fig. 77. Ar 1). El recipiente en cuestión se incluye dentro del estudio de los materiales cerámicos recuperados en esta zona, donde se incluye en el Tipo VB de la Forma 3. Interesa resaltar la clara atribución que se hace de este perfil al que se considera exclusivo del Bronce Antiguo (Picazo Millán, J. V. 1993: 108 y Fig. 43), lo que coincide plenamente con la asignación cronológica de los materiales recuperados en Las Eras de Pesquera de Duero.

Formas de contorno sinuoso

Pese a la naturaleza y procedencia de los hallazgos constituyen un grupo de mayor diversidad que los identificados a partir de los yacimientos campaniformes. Con todo, seguimos diferenciando un corto número de modalidades:

Forma 6

Apenas hemos encontrado un único ejemplar con un contorno claramente definido, corresponde a El Cujón (Sector A) (Fig. 163. 12) con características morfológicas netamente

diferenciadas del resto. Se trata de una vasija de tamaño mediano perfil en S y estructura abierta. La tipometría de este tipo podría emparentarlo con algunos cuencos que describen una ligera inflexión en el borde, con la diferencia de que en este caso existe un cuello marcado, determinando un perfil complejo frente al perfil simple de los primeros. El diámetro máximo (192 mm) se encuentra en la boca, pero bastante parejo con el diámetro máximo del cuerpo de la vasija, situado alto –entre los tercios superior y medio–. El índice de alargamiento es de 0'56, propio de una forma media. Cuenta con un cuello poco marcado alto.

Pequeños vasos de perfil en S suave o con ligero estrechamiento en el cuello como el que aquí se presenta, en opinión de Jimeno y sus colaboradores (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: 89 y 90), tienen su inicio en momentos quizá avanzados del Bronce Antiguo, para presentar posteriormente distintas variantes en el Bronce Medio (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 12. B y Figs. 28 y 29). Con estas cronologías tenemos representados perfiles como el presente en yacimientos del Bronce Antiguo del valle del Duero y de otros ámbitos peninsulares. En el primero de los sectores encontramos este perfil entre los materiales recuperados sobre la superficie de lugares como Utrilla (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: Fig. 23. 15 y 16), o entre los materiales de excavación de enclaves tan señeros como Cueva Maja (Samaniego Bordiú, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 95. medias/izquierda) o la Cueva del Mirador, donde responde a la Forma E, siendo “la forma menos frecuente en el yacimiento” (Moral del Hoyo, S. 2002: 53; Fig. 14. E). En la meseta sur les encontramos en lugares tan diversos como el arenero de La Perla (Blasco Bosqued, C., et alii, 2001: Fig. 11. abajo), El Castillejo de la Parra de las Vegas (Cuenca) (Martínez Navarrete, M.^a L., y Valiente Cánovas, S. 1983: cuadro n.º 2), El Colmenar de Landete (Cuenca) (Álvarez, J., et alii, 1984: fig. 18) o El Cerro de La Encantada (Nieto Gallo, G., et alii, 1983: Fig. 6. 29).

Forma 7

Recipientes de perfil en S con cuerpo globular y boca cerrada. Presentan un cuerpo de perfil convexo más o menos acusado y borde diferenciado curvado ligeramente abierto. El máximo diámetro del recipiente se sitúa en la panza y se cierra hasta desarrollar un diámetro menor a la altura de la boca. Estos ejemplares, que suelen mostrar un perfil con la mitad superior de aspecto desarrollado, cuello incipiente troncocónico y un borde pequeño vuelto, los documentamos en lugares como Loma del Barcial (Fig. 161. 7) y El Cujón (Sector A) (Fig. 163.

6 a 9). Generalmente es una forma lisa, pero no faltan las piezas con sencillas impresiones digitales (El Cujón [Sector A]) o de instrumento sobre el labio (Loma del Barcial). No poseemos ningún ejemplar completo, por lo que desconocemos los caracteres de su fondo, los valores de sus dimensiones e índice de alargamiento. En cuanto al tamaño, parece que hay gran diversidad, según se deduce de los diversos grosores de sus paredes. Parece ser una forma común, registrándose en el 84'6% de los yacimientos de esta etapa.

De nuevo nos encontramos ante un perfil de gran sencillez, lo que le convierte en uno de los más corrientes en casi cualquier yacimiento de la Edad del Bronce. Están presentes en múltiples yacimientos meseteños con características similares a los por nosotros controlados; caso de El Castillo de Cardenosa (Naranjo González, C. 1984: Fig. 3. 6 a 8; Fig. 5. 2 a 6), El Parpantique (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: Fig. 5. 21 y Fig. 6. 28), o El Alto de la Cueva (Idem, Fig. 18. 25-27).

El origen del modelo es ciertamente remoto, pudiendo rastrear la presencia de ejemplares antiguos en yacimientos del interior, como Abauntz (Utrilla Miranda, P. 1982: Fig. 23), así como en los niveles antiguos de La Vaquera (Zamora Canellada, A. 1976: Fig. 20). Estos tipos también aparecen bien constatados en conjuntos como el representado en Los Husos –en el paquete II, estrato B, subestrato 4, y paquete II c–, datados entre 1970 y 1450 a. C. Con Campaniforme los vemos también en el nivel 1 C de la sala II de la Cueva de los Encantados, o en asociación con los campaniformes de la Cueva de Somaén.

Otros yacimientos de la Meseta Sur también nos presentan esta clase de ollas en yacimientos del Bronce Antiguo, como el Cerro del Castillejo de la Parra de Las Vegas (Cuenca) y en El Colmenar de Landete Cuenca, también en El Cerro de La Encantada (Nieto Gallo, G., et alii. 1983: 7-36) o, también, en el Bronce Pleno del Castillejo de Acebuchal (Blanco, I. 1983: 359-369).

Esta clase de vasos de perfil en S marcada, bien representados a lo largo del Bronce Antiguo, se van a presentar posteriormente en distintas variantes durante el Bronce Medio. De hecho, está presente en Los Tolmos de Caracena con superficies pulidas y a menudo con cordón junto al borde y digitaciones-lengüeta en el labio. En La Loma del Lomo se identifica con el Tipo II a (Valiente Malla, J. 1987: Fig. 114).

Forma 8

Tinajas de perfil en S y tamaño medio/grande. Están caracterizadas por contar con amplios cuerpos de forma globular y bordes flexionados al exterior. El único recipiente de esta clase que ha llegado hasta nosotros relativamente completo (Las Eras) (Fig. 166. 2) tiene un volumen mediano, con un diámetro en la boca que alcanza los 250 mm y se le puede calcular

asimismo encontramos formas similares en los yacimientos de la Meseta Sur del Bronce Antiguo. Bien constatados están en yacimientos del Bronce Antiguo de la Meseta Sur, como en El Cerro del Castillejo en Parra de las Vegas, desde su nivel V, anterior a 1790 a. C. (Martínez, M.^a I., y Valiente, S. 1983: Fig. 9. 21 y 28); también en El Colmenar de Landete (Álvarez, J., Bernal, C., Carrasco, A., y Pérez, J. V. 1984: 9-35), El Recuenco en Cervera del Llano (Chapa, T., López, P., y Martínez, M.^a I. 1979: Fig. 29) o El Pico de la Muela en Valverde de Abajo (Valiente Cánovas, S. 1981: 87-134), todos ellos en Cuenca, así como en el Bronce Antiguo del Sistema Ibérico Turolense (Picazo Millán, J. V. 1993: 107; Harrison, R. J., Andrés Rupérez, M.^a T. y Moreno López, G. 1998: Fig. 8. 3).

Estas formas se mantienen en las fases siguientes pero en absoluto tienen la misma representación; así lo observamos en yacimientos de inicios del Bronce Medio meseteño como Los Tolmos (Jimeno Martínez, A. 1984: Forma E; 116-117), El Castillo de Rábano, etc., momento a partir del cual veremos cómo evolucionarán a formas con cuello y bordes más desarrollados, esbeltos y más curvados. En el Protocogotas avanzado y el Cogotas I estas orzas están mínimamente representadas, así como la decoración que las acompaña de digitaciones-ungulaciones y cordones-pezones.

Formas de contorno carenado

A la hora de la clasificación de los recipientes carenados, nos hemos encontrado con la dificultad que conlleva reconstruir formas dentro de un conjunto tan exiguo y fragmentario, y la dificultad que tendremos a la hora de recurrir a los criterios tipométricos y formales. En la misma línea tenemos serias dificultades a la hora de valorar en la mayor parte de los casos las proporciones de los recipientes, es decir, su índice de alargamiento. No obstante contamos con argumentos para diferenciar una serie de grupos relativamente bien diferenciados, de la mayor parte de los cuales sólo contamos con un ejemplar mínimamente reconstruible.

Queremos aclarar que para su denominación y dado que la cronología es un elemento también a considerar, hemos optado por el término “cazuelas carenadas tempranas”, introduciendo de esta forma un criterio diferente, pero sólo a nivel de denominación, no al de definición de tipo.

Forma 9

Recipiente carenado de tamaño pequeño/mediano. Presenta un perfil caracterizado por contar con una carena baja no muy pronunciada, con el cuerpo superior de paredes rectas cilíndricas o ligeramente abiertas. Ninguna de las piezas con que contamos ha conservado el borde; no obstante los ejemplares recuperados en yacimientos cronológicamente semejantes de

la cuenca del Duero, nos indican que estos son abiertos y más o menos desarrollados. Esta ausencia de vasijas de perfil completo nos impide valorar sus índices tipométricos. Es una forma de la que sólo conocemos algunos fragmentos procedentes de El Cujón (Sector A) (Fig. 164. 2 y 3). El último de estos ejemplares (Fig. 164. 3) presenta una sencilla decoración, consistente en una serie de impresiones de instrumento sobre la línea de carena.

Formas próximas a estos vasos carenados encontramos sumamente comunes dentro del marco del Bronce Antiguo del oriente de la cuenca del Duero –por ejemplo, en El Toro-jón de Morcuera (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: Fig. 11, n.º 14) y El Parpantique de Balluncar (Revilla Andía, M.^a L. 1985: Fig. 67. 41)– y occidente meseteños –El Castillo de Cardeñosa (Naranjo González, C. 1984: Fig. 2. 11 y 12)–. Se da el caso de que tanto en El Parpantique, como en El Castillo, los vasos carenados de esta clase presentan decoraciones impresas sobre la línea de inflexión enteramente semejantes a la que ostenta el fragmento recuperado en El Cujón.

Fuera de la Meseta norte podemos rastrear perfiles semejantes en las primeras fases de La Loma del Lomo II en Guadala-jara, donde constituye la forma XIII3 (Valiente Malla, J. 1992: Fig. 156), la fase VI de Monte Aguilar I en las Bárdenas Reales de Navarra (Sesma Sesma, J., y García García, M.^a L. 1994: 117), e igualmente en Peña Dorada (Picazo Millán, J. V. 1991: 93-96), ya en tierras turolenses, pueden verse formas cerámicas semejantes. En lugares más alejados aún del territorio que nos ocupa, caso de yacimientos adscritos al Bronce Manchego, Bronce Mediterráneo o al Bronce del Suroeste, presentan paralelos significativos, siempre redundando en las particularidades que cada zona pudiera haber desarrollado.

Podemos apuntar que dentro de estas formas es posible advertir una cierta tendencia evolutiva dentro del periodo. Este hecho, ya lo apunta Picazo Millán, en el análisis morfométrico que hiciera de estos elementos en yacimientos del Sistema Ibérico turolense (Picazo Millán, J. V. 1993: 76-86). Allí se sugiere que las carenas con bordes más exvasados pertenecen, sin género de dudas, a yacimientos más modernos, adscritos al Bronce Tardío, como la Sima del Ruidor (1220 a. C.) (Burillo Mozota, F. y Picazo Millán, J. V. 1991-1992: 62-68); mientras, por contra, las tendencias cerradas predominan en los momentos iniciales de la Edad del Bronce, como ocurre en el yacimiento de Las Costeras (1785 a. C.) (Burillo Mozota, F. y Picazo Millán, J. V. 1991-1992: 56-58). Algo semejante podemos advertir en algún yacimiento de los inicios de la Edad del Bronce de la cuenca del Duero. Tal es caso de la Cueva del Mirador, donde las vasijas carenadas de esta clase, con cuerpo superior de tendencia cerrada o vertical, se hallan representadas en el nivel

una altura de entre 400 y 416 mm. Siendo su índice de alargamiento de cerca de 1'29: propio de una forma alta. El grosor de las paredes de la pieza alcanza los 5 mm. No obstante, con toda seguridad, algunos de los recipientes que tienen cabida en este apartado alcanzaron un volumen significativamente mayor. Efectivamente, así cabe deducirlo de los grosores que presentan las paredes algunos fragmentos –hasta 12 mm– que, de esta forma, han sido localizados en otros yacimientos de la época (El Cujón, Loma del Barcial, El Castillo,...).

Presentan, como ya hemos dicho, cuerpo globular marcado y borde curvado, ligeramente abierto, bien desarrollado, que remata a menudo en un labio más o menos engrosado, y desconocemos la estructura de su fondo, pero suponemos que contarían con fondos planos o planos-convexos, semejantes a los que podemos observar en los buenos paralelos que encontramos para esta clase de piezas en yacimientos de muy diversos ámbitos.

Otro elemento característico de esta forma radica en la presencia sobre la misma de ornamentaciones en relieve, que en ocasiones, en forma de cordón simple horizontal con impresiones digitales (tipo C1), ocupa el arranque del borde o cuello. No nos cabe duda que algunos ejemplares contaron con otra serie de decoraciones más o menos barrocas ocupando diversas partes de sus cuerpos, pues entendemos que a esta clase de cerámicas se pueden atribuir diversos fragmentos de pared que cuentan con ornamentaciones en relieve. El pequeño tamaño de los fragmentos nos impide conocer el diseño de tales decoraciones.

Los motivos registrados en nuestros enclaves son variados:

- Impresiones digitales (tipo B3) o de instrumento (tipo B1) en el labio.
- Pezones cónicos (tipo 1a) o con impresión digital en la zona superior (tipo 3a).
- Cordones simples horizontales con impresiones digitales o con impresiones de instrumento (tipo C1).
- Cordones en círculo con impresiones digitales (tipo C4).
- Cordones describiendo un motivo ondulante con impresiones digitales que penden de otro horizontal con la misma técnica (tipo C3).

En cuanto a su cronología, diremos que en La Ribera esta forma no se documenta en todas las fases del desarrollo de la Edad del Bronce. De hecho, no la encontramos representada en el Calcolítico Final - Bronce Inicial (fase Campaniforme). La vemos, tal como arriba se apunta, en Las Eras; pudiendo asumir su perduración hasta los inicios del Bronce Medio como se deduce, no tanto de la presencia de perfiles completos parangonables a esta forma en yacimientos de la época,

cuanto de fragmentos con decoración de cordones peribucales, presumiblemente atribuibles a la misma, entre los materiales recuperados en El Castillo de Rábano.

Estos tipos, ausentes por completo de los contextos calcolíticos precampaniformes del bajo y medio Duero –en absoluto comparecen en yacimientos excavados representativos de este momento como Las Pozas (Val Recio, J. M.^a del, 1992: 47-64), Los Cercados (Herrán Martínez, J. I. 1986) o Santa Cruz (Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C., Palomino Lázaro, A. L. 1993: 27-40)–, tienen una presencia muy puntual en algunos ambientes campaniformes de esta región. Faltando por completo en yacimientos del valle del Duero de este horizonte como el soriano de El Guijar de Almazán (Revilla Andía, M.^a L., Jimeno Martínez, A. 1986) o el ribereño Pico del Castro, les vemos comparecer puntualmente entre los materiales recuperados en contextos con campaniforme como El Perchel o el controvertido nivel inferior de la cueva de Arevalillo (Fernández-Posse, M.^a D. 1979: Figs. 8, 9 y 14; Idem, 1981: Fig. 17), y en La Vaquera no son frecuentes hasta los niveles intermedios (Zamora Canellada, A. 1976: Figs. 11-16); en Los Husos parecen generalizarse a partir del paquete II, estrato c (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974); en Cueva Lóbrega están bien representadas ya en el nivel 1C y 2 de la sala II (Corchón Rodríguez, S. 1972: 89-93; Figs. 20-22).

En notable número en que las encontramos en yacimientos de la Meseta Superior, correspondientes a nuestro Bronce Antiguo-Pleno sin campaniforme (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 62. C), tales como Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria). Aquí comparece en espacios de uso doméstico y elaboración, con dataciones que van desde 1730 ± 40 a 1715 ± 40 a. C. (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 98). En Santioste (Otero de Sariegos, Zamora), también son comunes en un ambiente que, a lo largo del tiempo, cumplió una función tanto doméstica como sepulcral. Los perfiles son ligeramente más ovoides que la pieza identificada en Las Eras. Como en el ejemplar de Pesquera se decoran con un sencillo cordón en el arranque del borde; a diferencia del mismo no muestran decoraciones impresas sobre el labio y sí, por el contrario, algunos mamelones aplicados sobre el cuerpo (Delibes de Castro, G., et alii, 1998: Fig. 5, arriba). En este enclave se obtuvieron unas dataciones de 1830 ± 80 y 1800 ± 80 a. C. En el castro de Pico Romero (Santa Cruz de la Salceda, Burgos), durante nuestras excavaciones, se recogieron diversos fragmentos que se asociarían a la presente forma, aunque en este caso pertenecientes a grandes tinajas de almacenamiento que se pueden asignar a distintos momentos de la ocupación del lugar, datados en 1780 ± 70 y 1680 ± 80 a. C. (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: 584; Fig. 3. 2 y 3);

inferior del yacimiento (Mir-4) (1450 a. C.), mientras que las de perfil más abierto comparecen en el superior (Mir-3), a priori más moderno (Moral del Hoyo, S. 2002: 113).

En el Bronce Medio en esta zona las formas carenadas que más se reconocen son los de cuerpo inferior esférico y superior con paredes y borde salientes, que son los que encuentran una mayor relación, aunque las carenas se sitúan en zona más elevada y están mucho más señaladas o con fuerte arista. A todo ello hay que añadir la gran variedad de formas carenadas que se observa en los yacimientos del Bronce Medio meseteño frente a la escasez de las mismas en ambientes propios del Bronce Antiguo de la región.

Forma 10

Da cabida a una serie de vasijas de forma proporcionada que presentan carena media/alta, relativamente acusada, una zona inferior de tendencia esférica u ovoide más desarrollada y una parte superior, de perfil tirante, ligeramente cóncavo, y con ligera tendencia a cerrarse, remata generalmente en un borde recto. Aunque en todo caso se trata de ejemplares incompletos, los barro recuperados nos hablan de la presencia de piezas de tamaño pequeño junto a otros de tamaño mediano.

Es un grupo constituido por un pequeño número de evidencias recuperadas, en distintas actuaciones, entre los materiales de superficie en El Cujón (Sector A) (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 19, 20 y 21; Fig. 164. 1).

Carenas próximas son reconocibles en yacimientos de la provincia de Alicante como Serra Grossa (Llobregat Conesa, E. 1969) o Terlinques (Soler García, J. M.^a, y Fernández Moscoso, E. 1970), propios del Bronce Antiguo, como lo demuestran las fechas de C14 en ellos obtenidos (1895 ± 100 y 1850 ± 115 a. C. [Llobregat Conesa, E. 1973: 8]). También se detectan en yacimientos valencianos como la Lloma de Betxí, cuya cronología se ha establecido entre las fechas 1555 ± 50 y 1775 ± 60 a. C. (Pedro Micho de, M.^a J. 1990: 346).

En ambientes algo distintos, en el entorno ibérico, en lugares como el Cerro del Castillejo (Martínez Navarrete, M.^a J., y Valiente Cánovas, J. 1983), aunque en baja frecuencia, se observan perfiles correspondientes a este tipo, con pezones en las carenas, en los niveles III y IV, datados entre el 1790 ± 170 de ese último y el 1640 ± 110 a. C. del estrato IIb. En otro yacimiento como El Castillo de Reillo, datado en 1620 ± 130 (Pastor Cerezo, M.^a J., Sánchez-Capilla Arroyo, M.^a L., y López Requena, J. 1988), se identifican algunos vasos que ofrecen esta morfología. Continuando hacia el sur, también en la zona manchega, se puede rastrear algún ejemplar semejante entre el material que se refleja en el catálogo de la exposición celebrada con motivo de las jornadas sobre arqueología albaceteña (Blánquez Pérez, J. J. et alii. 1983: 21), procedente, sin

especificaciones estratigráficas, de la Morra del Quintanar que cuenta con tres fechas absolutas, todas ellas cifrables en el Bronce Antiguo: 1720, 1680 y 1660 a. C. (Martín Morales, C. 1983: 32). Por el contrario, hacia el norte, estos tipos son algo más difíciles de rastrear. Solamente se ha podido identificar algún ejemplar incompleto en el pozo 4B-3 de La Loma del Lomo de Cogolludo (Valiente Malla, J. 1983: Fig. 69. 391), junto con otras vasijas carenadas de formas más evolucionadas. Esta subestructura ha proporcionado una fecha de 2130 ± 100 a. C., que es cuestionada por su excavador debido a su exagerada antigüedad (Valiente Malla, J. 1983: 160).

En contextos más próximos, dentro de la Meseta norte, aparecen de forma muy puntual en Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria), reflejando algunas piezas de pequeño/mediano tamaño, tendencia a superar el diámetro de la carena al de la boca, así como presencia de asas acintadas que enlazan el borde y la carena (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 79. 28). En este yacimiento contamos con varias dataciones absolutas, la más tardía de 1715 ± 40. En este mismo ambiente del entorno soriano, los yacimientos de El Parpantique (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: Fig. 4. 15) Morcuera (*Ibidem*, 1988: Fig. 11. 16), El Turroneo (*Ibidem*, 1988: Fig. 13. 5) y Serón de Nágima (*Ibidem*, 1988: Fig. 19. 33), que cronológicamente se hallan en el periodo que nos ocupa, aportan datos susceptibles de comparación con nuestras piezas pese a la elevada fragmentación del material que conocemos de estos lugares.

Por su parte, en la "factoría salinera" de Santioste, y con fechas entre el 1830 ± 80 (data el final del horizonte de los hornos y los grandes cenizales identificados en el lugar), y el 1800 ± 80 a. C. (procede del estrato en que se sitúan las cabañas fundacionales), a pesar de la baja frecuencia de estas cerámicas se observan perfiles de vasijas de considerable tamaño (Delibes de Castro, G., et alii. 1998: Fig. 4. 4085), junto a otros de reducidas dimensiones (*Ibidem*, 1998: Fig. 4. 604), perfectamente encuadrables en el tipo que aquí nos ocupa. En otro yacimiento como la cueva de El Mirador de la Sierra de Atapuerca (Ibeas de Juarros, Burgos), fechado en fechas más recientes 1450 ± 40 a. C., datación que procede de la base del nivel Mir-4, del que proceden los materiales de la Edad del Bronce hallados en el lugar, no se han identificado vasos encuadrables dentro de este tipo. Quizá anticipando lo que sucederá en el valle del Duero durante el Bronce Medio; momento en que las formas carenadas ya se nos muestran algo diferentes a estas que comentamos; así, algún tipo que recuerda la forma que nos ocupa es de borde mucho más prolongado y ligeramente saliente, como el tipo C3 de Los Tolmos, y las de cuerpo superior troncocónico presentan sus

bordes mucho más prolongados y la carena más marcada como el tipo C2 de Los Tolmos. Los tipos que más se reconocen son los de cuerpo inferior esférico y zona superior con paredes y borde salientes, que son los que encuentran una mayor relación, aunque las carenas se sitúan en zona más elevada y están mucho más señaladas o con fuerte arista. A todo ello hay que añadir la gran variedad de formas carenadas que se observa en Los Tolmos frente a la escasez de las mismas en estos yacimientos que comentamos.

Forma 11

Gran cazuela carenada. Contamos con un único ejemplar completo, con un diámetro de boca (semejante al que presenta a la altura de la carena) que alcanza los 350 mm, presenta un borde curvado y ligeramente abierto. Tiene el cuerpo inferior del recipiente claramente troncocónico, con paredes ligeramente convexas. El menor desarrollo del cuerpo superior de la vasija determina una colocación de la carena en posición alta. Se define por el predominio del diámetro de boca sobre la altura, lo que determina un índice de alargamiento de 0'51, propio de una forma media. Cuenta con carena alta y fondo plano.

No parece ser una forma excesivamente corriente en el Bronce Antiguo de La Ribera, pues únicamente reconocemos su presencia en Las Eras de Pesquera de Duero (Fig. 166.1). A esta forma se la asocian unas sencillas decoraciones impresas (puntos) que recorren la parte superior del labio aplanado. En lo que concierne a la dispersión y asignación temporal de esta forma, simplificando mucho, cabe apuntar que raramente aparece en los yacimientos de la Edad del Bronce consultados; adempero podemos hallar ciertas analogías con perfiles del Bronce Antiguo del Valle del Ebro de Siete Cabezas (Harrison, R. J., Aguilera Aragón, I., y Moreno López, G. 1990: Fig. 8), con el Bronce Inicial de Cataluña de Can Ballarà (Díaz Ortells, J., y Carlus Martín, X. 1997: Fig. 2. 1), o con la facies del Bronce Antiguo y Pleno del Tejar del Sastre (Quero Castro, S. 1982: Fig. 35) y Las Matillas (Díaz-del-Río, P., et alii, 1997: Fig. 5). En el Valle del Duero podemos intuir su presencia en Santioste (Viñé Escartín, A. I., Martín Arijá, A. M.^a y Rubio Carrasco, P. 1990: Lám. 3. 316; Delibes de Castro, G., Viñé Escartín, A. I., y Salvador Velasco, M. 1998: Fig. 5) y Pico Romero (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: Fig. 4. 1) con una atribución cronológica del Bronce Antiguo y también entre los materiales recuperados en las cuevas de Losana de Pirón (Molinero Pérez, A. 1972: Fig. 1. 744-3) y La Vaquera (Zamora Canellada, A. 1976: Fig. XII. 168), a los que, a nuestro entender, cabe asignar también semejante datación.

B. Otros aspectos formales

B.1. Sistemas de prensión (Fig. 191)

Según hemos podido observar a lo largo de las páginas anteriores, durante nuestro Bronce Antiguo-Pleno los sistemas de prensión son relativamente variados. A continuación haremos una breve clasificación.

B.1.1. Mamelones y lengüetas

- 1a. Mamelones simples, de sección troncocónica o cónica. Es el sistema más común, documentándose en la totalidad de los yacimientos. Habitualmente se sitúan junto al borde o en el labio, aunque no faltan ejemplos en que su posición es en algún lugar del cuerpo.
- 2a. Mamelones simples prominentes. Se registra un único ejemplar en El Cujón (Sector A) (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 11).
- 3a. Mamelones con impresión digital en la punta. Se documentan únicamente en La Loma del Barcial, donde parecen ser relativamente abundantes.
- 4a. Lengüeta simple. Es un elemento de prensión que lo documentamos sólo en El Cujón (Sector A). Se sitúa junto al borde de un recipiente de la Forma 5 (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 16).
- 5a. Lengüeta hendida o bífida. Disponemos de un único ejemplar procedente de El Cujón (Sector A). Se trata de una lengüeta apenas hendida, situada junto al labio de un cuenco hondo (Fig. Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 14. 10).

B.1.2. Asas

- 1b. Asa de puente simple vertical. Únicamente se ha individualizado un ejemplar fragmentado, de sección circular, procedente de las prospecciones realizadas por Rafael Galván en El Cujón (Sector A) (Fig. 164. 4).
- 2b. Asa de cinta. Como en el caso anterior, contamos con un único ejemplar. Se dispone verticalmente sobre el cuerpo superior del gran recipiente bitroncocónico que, procedente de Las Eras de Pesquera de Duero, ha sido recientemente cedido al Museo

Provincial de Valladolid por la persona que lo halló mientras realizaba trabajos de abancalamiento en este lugar.

B.2. Bases

En último término, vamos a considerar en este apartado el de los tipos de base. Entre el escaso número de soleros detectados el dominio de los fondos planos es claro, si bien no faltan algunos ejemplos puntuales de fondos convexos con depre-

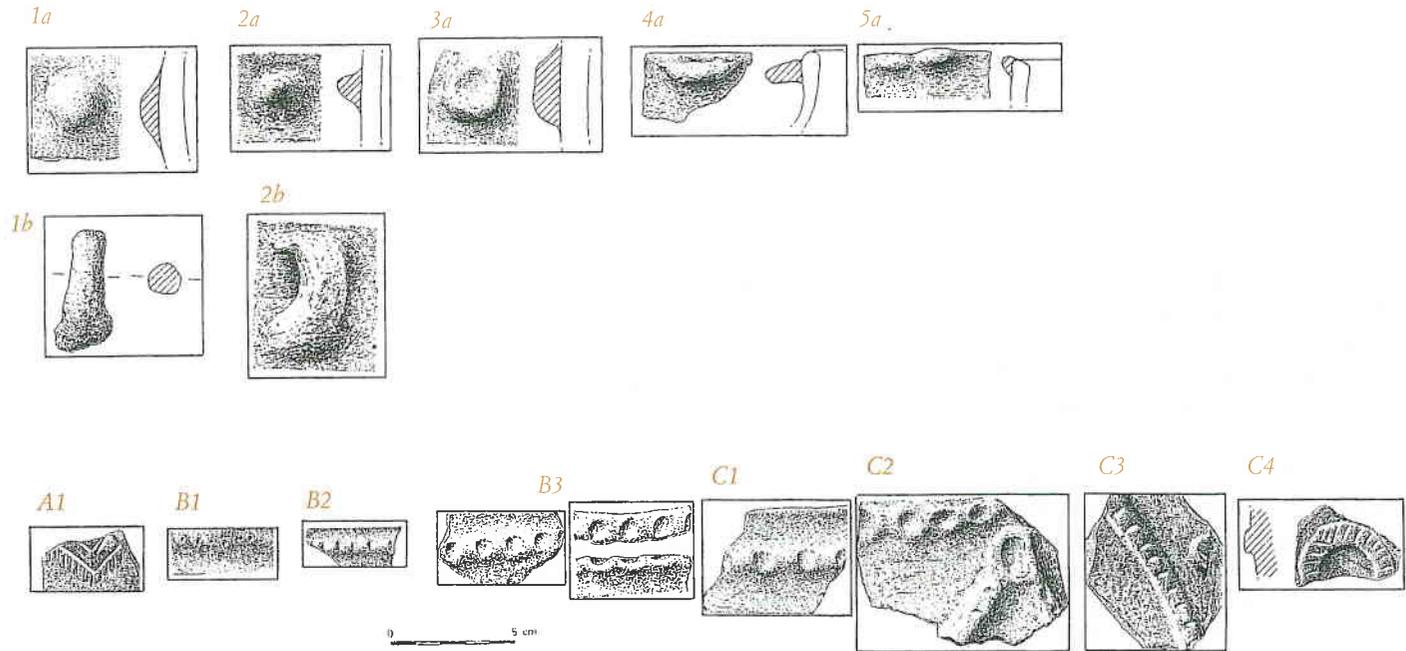


Fig. 191. Elementos de prebensión y decoraciones registrados durante el Bronce Antiguo-Pleno en La Ribera del Duero de Valladolid.

sión, pertenecientes, en este caso a cerámicas de superficie cuidada.

C. La decoración

A continuación procedemos a realizar un análisis conjunto de la decoración. Hemos preparado para ello una tabla clasificatoria en la que se recogen las principales técnicas y motivos empleados (identificadas mediante números y letras respectivamente) (Fig. 191).

Como podrá apreciarse se trata de un exiguo número de decoraciones sumamente sencillas, todo ello, sin duda en relación con las circunstancias, la naturaleza y el corto número de los hallazgos realizados. Mantenemos la idea expresada en el apartado dedicado a la metodología de utilizar como pauta para el estudio de este aspecto, la sistematización desarrollada por Pérez Arrondo y otros (Pérez Arrondo, C. L. 1987). Pretendemos, como intención preferente, limitarnos a hacer breves comentarios sobre aspectos de valor cronológico o que proporcionen vinculación con otras áreas culturales. En todo caso, como tendremos ocasión de advertir, el número de formas decorativas contempladas en el presente estudio será sumamente exiguo, en virtud del corto número de los hallazgos que hemos realizado.

Una vez realizadas estas precisiones, procedemos a ver qué decoraciones se encuentran en el Bronce Antiguo-Pleno:

C.1. Incisión (A)

En general las decoraciones realizadas con esta técnica son poco frecuentes en los enclaves controlados de este sector. De hecho, tan sólo hemos sido capaces de localizar un único fragmento procedente de los yacimientos incluidos en nuestro Bronce Antiguo-Pleno:

- A1.** Motivo incompleto en el que se advierte una serie de triángulos inscritos con el vértice hacia abajo y jalados al exterior con flecos. Contamos con un único ejemplo de esta clase, procedente de la Casa de Margüello (Fig. 134. 1).

Aunque es cierto que temáticas como la que se describen guardan evidente similitud respecto a las de determinadas especies del mundo meseteño campaniforme (motivos relativamente semejantes podemos encontrarlos, en efecto, ornando alguno de los denominados “vasos de almacenaje de estilo Ciempozuelos de la Meseta” [Garrido-Pena, R. 2000: Fig. 57. 3]), no lo es menos que encuentran paralelos inmejorables entre las decoraciones de este grupo de cerámicas denominadas en algunas ocasiones “estilo Arbolí”. Esta clase de decoraciones ha sido recogida en recientes estudios (Maya González, J. L., y Petit, M.^a A. 1986; Maya González, J. L. 1992), donde se citan buen número de hallazgos que se distribuyen por el cuadrante Nordeste peninsular. Maya y Petit (1986) entienden esta área como un foco independiente y anterior a otras tradiciones similares en que alcanza fuerte implantación la decoración incisoimpresa como la que representa la cultura de Cogotas I, y plantean relaciones formales con los escasos hallazgos habidos en el Bronce Valenciano. Picazo Millán (1993: 101-103), por su parte, vincula a esta clase de decoraciones ciertas especies que comparecen en una serie de yacimientos turolenses por él analizados; lugares en que, caso de Las Costeras, La Muela del Sabucar o La Peña Dorada, comparecen esta clase de motivos, que sirven de nexo de unión con los enclaves del ámbito levantino donde también se manifiestan. Este autor también hace mención en sus trabajos de yacimientos del valle medio del Ebro que, como Moncín, donde se manifiestan esta clase de decoraciones.

La decoración aparecida en el yacimiento ribereño de Casa Margüello, no constituye, en absoluto, un *unicum* en el valle del Duero; más bien, por el contrario, viene a sumarse a una corta serie fragmentos con motivos inciso/impresos que, como los hallados en Pico Romero (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: Fig. 4. 3), el dolmen de Ciella (Sedano, Burgos) (Delibes de Castro, G., Rodríguez Marcos, J. A., Sanz Mínguez, C., y Val Recio, J. M.^a del, 1982: 179-182), o Cueva Maja (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 89 y 91), a nuestro entender, reclaman semejante filiación. De hecho, podemos indicar que en las piezas identificadas en los yacimientos meseteños encontramos coincidencias con los diferentes conjuntos citados en que se registran decoraciones tipo Arbolí y denotan similitudes con todos ellos, pero especialmente con el aragonés, algo que, por otra parte, entra dentro de toda lógica, dada la mayor proximidad geográfica. De hecho, las coincidencias entre Casa de Margüello (Fig. 134. 1), con triángulos inscritos jalonados al exterior con flecos, y el yacimiento borjano de Moncín (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994: Fig. 14.10. 1284) resultan evidentes, no solo en las decoraciones sino en el resto de los materiales cerámicos (presencia de cordones impresos en forma de medallón, de tapaderas con reborde interno, etc.) que comparecen en los niveles del Bronce Antiguo del enclave borjano. De igual modo, las coincidencias son mayúsculas entre algunas de las decoraciones que han sido recuperadas en Cueva Maja, con motivos en forma de guirnaldas incisas con flecos impresos (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 89. 42), con presencia de alguna vasija carenada con decoración de series de puntos impresos flanqueando la línea de la carena (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 91. 59, 62 y 63) que encuentran claro reflejo entre las decoraciones de tipo Arbolí recuperados en la estación arqueológica de Moncín (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994: Figs. 14.10 a 14.12).

En cuanto al origen de estas decoraciones para las del grupo del Nordeste (Maya González, J. L., y Petit, M.^a A. 1986: 58)

y para las levantinas (Bernabeu Aubán, J. 1979; Martí Oliver, B. 1983: 64) se propone una vinculación con las especies campaniformes, con las que, por otra parte, parecen llegar a solaparse en algún momento en yacimientos del valle del Ebro como Moncín. Consideramos interesante indicar que este extremo no parece cumplirse en los enclaves del valle del Duero. De hecho, en lugares excavados como Cueva Maja (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Figs. 89-91) o el Pico Romero (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: Fig. 4), podemos apreciar con toda claridad como estas especies decorativas no se ven acompañadas por las modalidades específicas del mundo campaniforme meseteño.

En lo concerniente a la distribución espacial, dentro de una homogeneidad genérica entre los distintos grupos derivada del uso de técnicas de incisión, se observan matices significativos, como la utilización de un particular boquique en el grupo "catalán", por no hablar de sus contextos asociados. De cualquier forma, la generalización de técnicas "post-campaniformes" es notoria en el cuadrante Nordeste peninsular, independientemente de la diferente naturaleza y dudosa identidad cultural de los grupos que la usan.

Conforme nos alejamos y desplazamos hacia el oeste y sobrepasamos la cuenca del Ebro, la frecuencia de estos modelos decorativos desciende notablemente, y salvo excepciones, como el caso claro del poblado de Moncín (Borja, Zaragoza), con un interesante lote de materiales de esta clase (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994: 232 y 244; Figs. 14.10 a 14.12), no es habitual su detección. Todo ello a pesar de la notable abundancia de estaciones, algunas datadas en el Bronce Antiguo conocidos en el ámbito aragonés, y de que este habría de ser el lugar de paso obligado hacia este núcleo de la Meseta Norte, en que, como vemos, encontramos un creciente número de lugares que denotan la presencia de motivos de este tipo⁸⁸.

La cronología de este conjunto, a partir de las dataciones absolutas existentes hasta el momento para yacimientos catalanes,

⁸⁸ Hemos de apuntar que el reconocimiento de estos contactos nada tiene de novedoso, pues ya han sido intuídos con anterioridad. Sirva recordar en este sentido que así se explica, usualmente, la presencia de algunos materiales de época neolítica en los dólmenes burgaleses (Delibes de Castro G., y Rojo Guerra, M. A. 1992), o de otros –botones prismáticos de doble perforación en "V" (Naranjo González, C. 1984: 66), puntas de flecha pedunculadas de hueso (Harrison, R. J., Moreno López, G., y Legge, A. J. 1987: 85-86), determinados discos de hueso decorados (Naranjo González, C. 1984: 68), etc.– en yacimientos del Bronce Antiguo de la cuenca del Duero), tiene el interés de constituirse en una prueba más de la relativa complejidad alcanzada por los circuitos de distribución de objetos de lujo desarrollados en la Submeseta Norte durante este período que denominamos Bronce Antiguo. Éstos, por cierto, como recientemente pone de manifiesto Delibes (Delibes de Castro, G. 1995: 93), no se circunscriben a esta vía de influencias que arriba desde el valle del Duero, sino que alcanzan, incluso, al Sudeste peninsular.

se sitúan preferentemente a lo largo del Bronce Antiguo, en un periodo bastante concreto en la primera mitad del II Milenio a.C., entre los s. XIX-XVII a. C., sin que pueda descartarse una perduración hasta comienzos del XV. En el primer apartado se inscriben las dataciones obtenidas en la Cova del Frare con 1840 ± 100 a.C. como límite superior y 1640 ± 90 a.C. para el final (Martín, Biosca y Albareda 1985), en alguno de los fondos de la Bóbila Madurell (1850 ± 150 a.C.) (Llongueras, Petit y Marcet 1979: 256) y en el Túmulo I de la Serra Clarena (1750 ± 100) (Castells, Enrich y Enrich 1983: 79). A estas fechas del ámbito catalán cabría sumar el 1880 ± 70 del nivel I de Forat de Cantallops (Olaría 1977: 278-279), las dataciones de Moncín (Harrison 1988; Harrison y Moreno 1990) la serie del Castillo de Frías de Albarracín entre los siglos XVIII y XVII a.C. (Harrison y Wainwright 1991), o las del ámbito turolense, con fechas como las de Las Costeras (1785 ± 25 a.C. para su inicio y 1655 ± 25 a. C. para el final) y de La Peña Dorada (1765 ± 40 y 1680 ± 40 a. C.) que, en general, entran de lleno en el espectro cronológico formulado por las anteriores fechas. En lo que concierne al momento final se cuenta con una datación de la Bóbila Madurell de 1400 ± 90 a. C. que confirmaría su perduración hasta el Bronce Pleno.

Las fechas de Pico Romero (1780 ± 70 a.C. para su inicio y 1680 ± 80 a.C. para un momento avanzado) y de Cueva Maja (1730 ± 40 y 1715 ± 40 a. C.), lugares excavados de la cuenca del Duero donde aparecen esta clase de decoraciones, muestran una clara concordancia con la cronología expresada por los contextos que marcan el arranque de estas particulares especies decorativas en sus territorios de origen. En nuestros lares, por supuesto, no han perdurado las decoraciones citadas tanto como en el sector nordoriental de la península; no en vano, en fechas como las obtenidas en Bóbila Madurell, en La Meseta se hallan plenamente desarrollados los repertorios Protocogotas.

En último término, apuntar que estas decoraciones que pueden ser consideradas originarias del Bronce Antiguo del Nordeste peninsular, son interpretadas por Picazo como una moda decorativa heredera de “tradiciones eneolíticas precedentes, más que un elemento de identidad cultural” (Picazo Millán, J. V. 1993: 103), que comparece en un amplio área, suficientemente heterogénea, con distintos modelos de hábitat y de enterramiento a la vez que sutiles diferencias entre los elementos de cultura material, aspectos determinantes de estructuras económicas y sociales diferentes. Dentro de esta dinámica se entiende que la dispersión de estas decoraciones fuera de su “hogar” originario –quizá revistiendo la condición de importaciones de “productos con alto valor añadido” o de “bienes de prestigio sujetos a mecanismos de intercambio” (Picazo Millán, J. V. 1993:103; ver muy especialmente la nota 28)–, pone de relieve

la existencia de un circuito de conexión de largo aliento, entre el valle del Ebro y el del Duero, cuyo límite de distribución hacia el Oeste, al menos por el momento, lo constituye la pieza identificada en Casa Margüello.

C.2. Impresión (B)

B1. Alineaciones de impresiones realizadas con un instrumento apuntado (punzón, espátula), bien sobre el cuerpo de algunas vasijas, bien sobre sus labios. Dentro de esta modalidad podemos destacar determinadas impresiones profundas alineadas en el interior del borde y bajo el mismo, documentadas sobre una gran vasija de la Loma del Barcial (Fig. 161. 6).

Parece un tema que debió ser relativamente común en los yacimientos de la época, especialmente las impresiones en la boca, pues aparecen en el 60% de los yacimientos. Este tipo de impresiones, puntualmente, se disponen sobre la pared, modalidad que únicamente hemos constatado en una olla recuperada en El Cujón (Sector A) (Fig. 163. 8).

B2. Presencia sobre la carena de una serie de pequeñas impresiones verticales a punta de espátula. Contamos con un par de fragmentos procedentes de El Cujón (Sector A) (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 31 y Fig. 164. 3).

B3. Alineaciones de digitaciones, tanto sobre el cuerpo como sobre el labio del recipiente. En único ejemplo que conocemos de la primera modalidad (La Loma del Barcial: Fig. 162. 1) consiste en una línea de someras impresiones ovaladas; las segundas consisten en las típicas digitaciones de profundidad y amplitud variable. En ningún caso llegan a ser tan marcadas como para afectar a la regularidad del borde.

Este tercer motivo cabría calificarlo de auténtico santo y seña de las cerámicas de esta época; no en vano se documenta en la totalidad de las estaciones del período. Además, podemos apuntar que en aquellos lugares en que se ha recuperado un número mínimamente significativo de bordes las digitaciones llegan a estar presentes sobre 40%.

De una parte, las series de **pequeños trazos impresos sobre la carena** (B2), que sugieren por su simplicidad el alejamiento de este esquema decorativo de la profusión campaniforme, resultan ser habituales en los yacimientos del Bronce Antiguo de la Meseta Norte; de hecho, así lo evidencia su presencia en lugares como El Parpantique (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.^a L. 1988: 91), o Pico Romero (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: Fig. 4. 2).

Estos sencillos temas que alcanzan, como vemos, una significativa dispersión en la Meseta norte podemos considerarlas también como un característico del elemento del llamado Grupo del Nordeste. Por ejemplo, la presencia de este motivo sobre la carena de ciertos recipientes, muy semejantes por cierto a los nuestros, en asociación con ramiformes, soles y otra serie de motivos impresos en el yacimiento de Las Costeras de Formiche Bajo aclara bastante el parentesco y la relación de estos sencillos motivos impresos con el citado grupo catalán-aragonés (Picazo Millán, J. V. 1993: Fig. 70. abajo).

Esta circunstancia, que por otro lado nos anuncia la importancia que van a adquirir los vasos carenados como soporte de la decoración incisa y concretamente la zona de la carena en el Bronce Medio, momento en que seguirán estando presentes los restos de este tipo de decoración, como puede apreciarse en Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984: Fig. 140. 1346, 1352).

En lo concerniente a las **impresiones de digitaciones y unguilaciones** (B3), en la cuenca del Duero su presencia está exigentemente documentada en los numerosos yacimientos conocidos desde El Calcolítico, resultando relativamente frecuentes en los primeros compases de la Edad del Bronce y manteniendo su vigencia en los primeros compases del Bronce Medio (El Castillo de Rábano), momento a partir del cual entrarán en decadencia. De hecho, en La Ribera vallisoletana perdemos prácticamente su pista en yacimientos que como La Plaza se sitúan en los compases finales del Bronce Medio de la región.

C.2. Decoraciones en Relieve (C)

C1. Cordones sencillos horizontales con impresiones, generalmente digitales, aunque no faltan las de instrumento. Por su sencillez y quizá también por el pequeño tamaño de la mayor parte de los barro recuperados, es con gran diferencia la técnica decorativa más empleada (80% de los yacimientos). En la mayor parte de los casos, y debido al pequeño tamaño de la mayor parte de los fragmentos con que contamos, desconocemos cuáles son las formas cerámicas sobre las que se aplican y cómo se plasmaban sobre las mismas. No obstante, basándonos en aspectos como el grosor de los fragmentos de que disponemos, podemos apuntar, primero, que invariablemente comparecen sobre barro de notable grosor, correspondientes sin duda a grandes vasijas de almacenaje. En segundo término, que los pocos los cordones de esta clase que comparecen sobre un fragmento de recipiente suficientemente grande como para permitir hacernos idea sobre la parte de la vasija a la que se aplican, lo hacen bien en

disposición peribucal, bien discurriendo horizontalmente sobre el cuello de los grandes contenedores u orzas. Ausentes por completo de los yacimientos campaniformes de La Ribera, no observamos evolución alguna con respecto al momento inmediatamente posterior, los yacimientos de los inicios del Bronce Medio de la zona (El Castillo de Rábano), en los referente a sus secciones, amplitud o forma de ejecución.

- C2.** Cordones con impresión formando un motivo de guirnalda que penden de otro horizontal de similares características. Este motivo está presente únicamente en Loma del Barcial, en un recipiente de gran volumen que se puede identificar quizá con la Forma 6 de nuestra clasificación.
- C3.** Cordones impresos en disposición oblicua que parten quizá de un eje vertical constituido por otro cordón semejante, dibujando un motivo en espiga o arboriforme. Este motivo lo hemos detectado únicamente en el Cerro El Castillo de Peñafiel.
- C4.** Cordones circulares con impresiones. Están presentes sobre un fragmento de forma indeterminada en el enclave de la Casa de Margüello y sobre otro más, que en su momento fue dibujado como perteneciente a un fondo, en El Cujón (Sector A).

No es un motivo muy generalizado. En el entorno regional son contados los lugares donde puede rastrearse su presencia. Se han detectado en distintos puntos del entorno meseteño, tanto en la vertiente norte, donde podemos incluir en exclusiva yacimientos del centro, caso de la cueva de Losana de Pirón (Molinero Pérez, A. 1972: Fig. 1. 665), y este, caso de lugares como Cueva Maja (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 72), como de la sur, con yacimientos como El Otero de La Ventosa (Díaz-Andreu García, M. 1994: Fig. 59) o El Cerro Pelado (Díaz-Andreu García, M. 1994: Fig. 163). En el ámbito aragonés les encontramos, por ejemplo, en el nivel 8 del Corte I de Moncín (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994: Fig. 18.41. 827). Aquí comparece junto a diversos materiales cerámicos del denominado Estilo de Arbolí. De hecho, Harrison incluye una cerámica de este tipo entre las que entiende son propias del citado grupo (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994: Fig. 14.12. 827). Los medallones de esta clase se van a mantener en la región durante el Bronce Medio, pudiendo encontrarlos en contextos tan claros como Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984: Fig. 132. 1220).

En el centro del valle del Duero los **cordones impresos** aislados o formando decoraciones más o menos complejas son casi

inexistentes en momentos campaniformes, algo que algunos autores llegan a significar de modo sumamente gráfico, hablando al respecto de “la ‘interrupción’ campaniforme” (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: 90). Volverán a surgir con fuerza en el Bronce Antiguo de nuestro sector, manteniéndose en los primeros momentos del Medio.

D. Otros objetos de barro

Otro elemento más de tipo cerámico son los **vasos perforados**. Únicamente hemos localizado un fragmento en la Loma del Barcial (Fig. 162. 12) y otro más en El Cujón (Palol, P. de, y Wattenberg, F. 1974: Fig. 15. 34), de forma indeterminada. En ambos casos presentan perforaciones en toda la pared, que en el último de los casos parecen distribuirse regularmente. Dichas perforaciones son en ambos ejemplos circulares, por lo que cabe apuntar a su elaboración con uso de punzones de sección circular. Este hallazgo reviste cierto interés porque, al menos, documenta la práctica de la transformación Láctea en este momento de la Edad del Bronce. No es este, para nada, un caso excepcional, pues también lo encontramos en otros yacimientos del Bronce Antiguo de la cuenca del río Duero como El Parpantique (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.ª L. 1988: Fig. 3. 12) o Cueva Maja (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 70).

Tapadera. Conservamos un único ejemplar completo. Se trata de una pieza de forma circular, con reborde inferior para ajustar. Es una pieza de 85 mm de diámetro interior y de 63 mm de diámetro exterior. No es un elemento, ni mucho menos, frecuente, ya que tan sólo se documenta en La Loma del Barcial (Fig. 161. 10).

En la bibliografía consultada son escasas las referencias a tapaderas de esta clase dentro de la época que le corresponde: el Bronce Antiguo. Podemos citar a modo de comparación aunque sin ninguna orientación cronológico-cultural, pues los horizontes son totalmente distintos, los ejemplares del Bronce Final II de Palermo (Álvarez Gracia, A. 1990: 124) y del Bronce Final IIIA del Cabezo de Monleón (Ibidem: 125).

Más acordes cronológicamente son los restos de Moncín, donde hay una tapadera circular con reborde inferior en cerámica tosca en el nivel 8 (considerado del Bronce Antiguo y transición al Bronce Pleno), un ejemplar de aspecto y dimensiones muy similares a las de nuestra pieza (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994: Fig. 18.44. 875). También contamos con alguna tapadera semejante en las Cuevas de Arbolí C-H y M (Tarragona), asociadas a cerámicas decoradas del estilo así denominado (Vilaseca Anguera, S. 1973: Figs. 144-148). Son piezas muy significadas que pudie-

ran evidenciar los lazos que las comunidades del centro de la Meseta tuvieron con las de otros ámbitos como el valle medio del Ebro e, incluso, las del noreste peninsular.

En resumen, parece que tapaderas como las que aquí se presenta son una forma poco común durante el Bronce Antiguo, que sólo alcanzará una cierta difusión a partir del Bronce Tardío-Final, en relación quizás con el desarrollo de costumbres culinarias diferentes a las de momentos anteriores. Sin embargo, el ejemplar de La Ribera se puede datar con seguridad en esta etapa inicial de la Edad del Bronce.

Sucintamente, y como resumen de este apartado, señalaremos, primeramente, que la cerámica de éste, por nosotros denominado, Bronce Antiguo-Pleno es bastante peor conocida que la del horizonte campaniforme, debido básicamente a la parquedad de la información (escaso número de hallazgos, falta de datos obtenidos en excavación, etc.), lo que, evidentemente, incide negativamente en las conclusiones que puedan extraerse a partir de la alcallería del periodo. Con todo, es posible extraer algunas observaciones que, a nuestro entender, pueden resultar significativas, cuando menos a modo de aproximación.

En principio, debemos reconocer que son muy pocos los rasgos que cabe señalar como típicos de estas producciones, desde el punto de vista técnico. Al tratarse mayoritariamente de materiales recuperados en superficie es muy poco significativo cuanto se pueda aportar en lo concerniente a aspectos relacionados, por ejemplo, con la elaboración o los tratamientos superficiales de las cerámicas. En otro orden de cosas, nos parece más relevante apuntar que la cerámica del Bronce Antiguo-Pleno no presenta unos perfiles excesivamente complejos. Se observa en primer lugar un marcado predominio de los cuencos y los recipientes de forma globular; las grandes vasijas de perfil en S con decoraciones en relieve parecen ser también relativamente frecuentes, al igual que los recipientes con carenas bajas-medias de tamaño pequeño-mediano experimentan un más que evidente auge en relación a los ambientes campaniformes. Advertimos en algunos de estos aspectos una indudable ruptura respecto al sustrato calcolítico de la región.

En cuanto a las decoraciones, apenas encontramos muestras de las técnicas incisa e impresa, a no ser algún motivo inciso muy concreto y al buen número de digitaciones sobre los bordes. Los motivos en relieve (lengüetas, mamelones, cordones de variada tipología, etc.) alcanzan en cambio un notable desarrollo, rasgo este que significa una quiebra respecto a la tradición del sustrato calcolítico, al tiempo que permite relacionar la alcallería del Bronce Antiguo-Pleno de La Ribera con la de un amplio conjunto de contextos arqueológicos contemporáneos que se observan en la Meseta Norte, y que con

ciertas diferencias se advierten en una amplia zona del valle del Ebro y del reborde montañoso del Sistema Ibérico y sus prolongaciones en la Meseta Sur, así como en las montañas turolenses, conquenses y del Levante.

Otro elemento significativo son los sistemas de prehensión: asas de puente, mamelones y lengüetas. La singularidad de estos elementos que vemos ser ahora relativamente frecuentes resalta aún más si se tiene en cuenta su casi nula presencia en los yacimientos campaniformes y su continuidad en la zona durante el Bronce Medio y el Bronce Tardío-Final. A partir del Bronce Final se producirá la práctica desaparición de esta clase de aditamentos.

Contemplado en su conjunto, el ajuar cerámico de La Ribera durante el Bronce Antiguo-Pleno permite intuir una notable afinidad con respecto a los yacimientos de la zona soriano-burgalesa y, en bastante menor medida, respecto a los de la zona zamorana. Se echan en falta, con todo, algunas piezas como, por ejemplo, ciertos vasos carenados con asas, que resultan ser muy propios del oriente del Valle del Duero. Algunos elementos que hemos identificado de forma muy puntual, y que, incluso, podemos llegar a interpretar como auténticos “materiales exóticos” (tapaderas con reborde interno, cordones circulares,...), parecen sugerir la existencia de influjos del sector occidental del valle del Ebro, en primera instancia y del Nordeste peninsular, en último término.

En el estado actual de nuestros conocimientos entendemos que no resulta posible decantarse de un modo claro y certero sobre cuál es el tipo (ruptura o continuidad) y grado de relación existente entre el mundo campaniforme y el Bronce Antiguo-Pleno, desde el punto de vista de la cerámica. Por nuestra parte, a día de hoy, nos decantamos más bien por la hipótesis de la sucesión, de forma que el horizonte representado por este Bronce Antiguo - Pleno habría surgido de un sustrato campaniforme. Nos anima a pensar así comprobar que pese a que existen perfiles exclusivos de aquella fase, tales como las formas pertenecientes a las cerámicas carenadas o la correspondiente a la tapadera, a la vez que tienden a mantenerse algunos comunes en los enclaves campaniformes (Formas simples abiertas y cerradas, en general). Al tiempo que algunos otros subsisten sin más, aunque con modificaciones (aberturas, proporcionalmente, más estrechas, hombros más marcados y un mayor desarrollo de los bordes en los vasos globulares de borde levantado). Las principales innovaciones se advierten en la decoración. En primer término cabe destacar la total ausencia de motivos campaniformes en los yacimientos incluidos en el Bronce Antiguo-Pleno. El único yacimiento en que ha aparecido algún fragmento con decoración incisa se trata de un elemento de carácter marcadamente “exótico” (motivo decorativo de “tipo Arbolí”), que parece plasmar contactos con el

valle del Ebro. Donde se aprecia una mayor ruptura respecto a las técnicas de sustrato, es especialmente en las impresiones digitales y los cordones aplicados que significan una innovación de este período respecto a los materiales cerámicos presentes en los yacimientos con campaniforme.

1.3. Bronce Medio

Se incluyen en este apartado las producciones cerámicas comprendidas, a grandes rasgos, entre el fin del Bronce Antiguo-Bronce Pleno y las primeras evidencias atribuibles a lo que podríamos denominar la plenitud de Cogotas I. El desarrollo de este periodo, en el que se inscriben genéricamente los materiales del denominado Grupo Protocogotas I (también denominado *horizonte Cogeces*), tiene una fecha de comienzo en nuestro área que, cuando menos, debe remontarse a los comienzos del s. XV a. C.; así lo demuestra el hecho de que en El Castillo de Rábano, en unas fechas que el radiocarbono sitúa en torno al 1400 a. C., este horizonte se halla plenamente conformado. No debemos olvidar, empero, que en nuestra área y en zonas próximas disponemos de fechas algo anteriores que permitirían retrotraer en el tiempo el inicio del desarrollo de este mundo.

La cerámica de esta etapa, a primera vista, forma un conjunto bastante homogéneo en el tiempo. No obstante, según veremos, existen elementos de cierta significación (determinadas formas y decoraciones), que hacen posible establecer una serie de *parcelaciones*, durante el desarrollo de esta etapa. Con todo, el grueso de los materiales presentan concomitancias tan considerables que hoy por hoy dotan de una notable unidad y personalidad a los materiales cerámicos de esta fase.

También, queremos advertir que los conjuntos cerámicos, según podremos notar, son ciertamente más amplios que los de periodos precedentes y/o posteriores. Este mayor número de evidencias, que a la postre posibilitará el establecimiento de una tabla crono-tipológica más completa y diversificada, es consecuencia directa de que nuestros trabajos de campo (excavación y sondeos), en buena parte se han centrado en el Bronce Medio, etapa que, no en vano, es la mejor representada, en lo que a número de yacimientos se refiere, en toda La Ribera del Duero, en general, y en el tramo vallisoletano de la misma, en particular. Sin empacho, podemos decir que el número de localizaciones y su entidad son suficientes para definir, con cierta precisión las características esenciales del elenco cerámico de este periodo. Debemos apuntar, por último, que en este empeño nos hemos servido, fundamentalmente, de la alquería recuperada durante los trabajos de excavación desarrollados en tres yacimientos: El Castillo de Rábano, El Carrizal y La Plaza de Cogeces del Monte. Estos lugares, por ser representativos,

entendemos, de momentos concretos y sucesivos, permiten advertir, reconstruir y caracterizar las variaciones formales que los materiales cerámicos pudieron haber sufrido durante el devenir de esta fase cultural.

Como paso previo, y antes de proceder a determinar la clasificación tipológica de los recipientes de este periodo, creemos conveniente hacer algunos breves comentarios sobre algunos aspectos que hacen referencia a las características técnicas de estas producciones.

El aspecto físico de la cerámica

No hace falta decir que se trata en todo caso de vasijas confeccionadas a mano, sin torno, cuyo aspecto externo es, generalizando, bastante uniforme y estandarizado. La pasta suele estar bien preparada (suponemos que con arcillas locales, aunque faltaría realizar la analítica correspondiente para saberlo), preferentemente de grano fino y bien depuradas. Como no podía ser de otro modo los rasgos varían de los vasos de pequeño/mediano tamaño –cuencos, vasos carenados, etc.– que cuentan con las mejores pastas a los recipientes de grandes dimensiones y paredes gruesas; las cuales, generalmente, tienen un aspecto algo más grosero. Excepto en muy contados casos en que hemos recuperado algún recipiente realmente burdo, cuya pasta se disgrega con los dedos, en líneas generales las pastas de nuestras cerámicas son bastante compactas, muy posiblemente, creemos, por haber sido sometidas a una cocción a considerables temperaturas.

En este último aspecto, se observa un predominio de los porcentajes de cocción con atmósfera reductora, que produce un predominio de los colores oscuros –dominantes en el 100% de los yacimientos registrados de este momento–. Por su parte, la coadura oxidante nunca alcanza porcentajes superiores al 22%. Es característico de la cerámica de menor tamaño (cuencos, formas carenadas), y muy especialmente, aunque no solo, de aquellas que muestran algún tipo de ornamentación, mostrar tonos intensamente negruzcos, homogéneos, y de un aspecto acharolado. Este aspecto nos hace plantearnos que la elaboración que presentan estos vasos son el resultado de una especial y premeditada técnica de cocción (entre otras cosas, de algún modo, se evitan los contactos entre las piezas de la carga del horno y de estas con el combustible para eludir que se produzcan los típicos manchones que habitualmente comparcen sobre otra clase de cerámicas) y, al tiempo, una forma de significar un grupo de cerámicas que pudieron cumplir una utilidad semejante, independientemente de que éstas sean lisas o cuenten con algún tipo de ornamentación.

El tamaño de los desgrasantes oscila en virtud de la variedad cerámica y del tamaño de los recipientes. En los ejemplares de

mayor tamaño llega a superar los 5 mm de diámetro; en los más pequeños, aunque apreciables, sus dimensiones los hacen casi imperceptibles. El material más utilizado con esta finalidad es la sílice que aparece en forma de granos procedentes de las arenas locales, no faltando otros componentes minerales como la caliza o la mica. Se documenta, muy puntualmente también, la cerámica machacada y las materias vegetales. En determinados ejemplares con desgrasantes micáceos aplicados a la superficie de los recipientes, se podría pensar en una intencionalidad decorativa al hacerlos visibles en la superficie externa.

Seguidamente pasaremos a describir unas mínimas características técnicas observadas, gracias al constante manejo del material, que guardan relación con el proceso de producción cerámica:

1. **Aplicación de los cordones.** En los pocos lugares donde detectamos esta clase de apliques vemos cómo, en aquellas grandes vasijas sobre las que se desarrollan y éstas han perdido la decoración en relieve porque se ha desprendido, los cordones en algunos casos (habitualmente los de menor resalte) son extraídos de la propia pasta, en tanto que en otros se aplican sobre la superficie del recipiente. Es en este caso concreto cuando tienen una mayor tendencia a desprenderse. En alguno de los casos en que esto ocurre hemos podido advertir que el modo de ensamblar el cordón a la pared del recipiente (tal y como hemos podido ver en El Castillo: Fig. 113. 12), consiste en realizar unas profundas líneas incisas sobre ésta que se usan, además, quizá, de para servir de guía al cordón, para encastrar con firmeza éste al recipiente. Esta práctica no es exclusiva de la porción vallisoletana de La Ribera del Duero; de hecho, también cabe documentarla en otros yacimientos del propios del Bronce Medio meseteño: por ejemplo, Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 46. 755).
2. **Añadido de las asas de puente.** En aquellos casos en que se ha desprendido una de las extremidades del asa se advierte como esta clase de aditamentos simplemente fueron aplicados sobre la pared del recipiente, lo que nos hace pensar que quizá no fuese excesivamente resistente la unión que se estableció entre ésta y el asidero. Esta técnica de elaboración, que tenemos bien atestiguada en un nutrido número de yacimientos (La Plaza, El Castillo, etc.), constituye una notable diferencia con respecto al modo en que se aplican este tipo de asideros en los yacimientos de la Edad del Bronce de otros sectores. Podemos apuntar en este sentido que, por ejemplo, la unión de las asas puente que aparecen en múltiples establecimientos del

valle del Ebro, a diferencia de las “nuestras”, se establece a partir de sendos vástagos salientes que se incrustan en dos perforaciones practicadas en la pared. Con posterioridad la unión se consolida con barro, quedando al interior del recipiente la huella de esta forma de proceder, configurando un pequeño abultamiento. Esta peculiar fórmula se documenta en lugares que, como Peña Guerra I (Pérez Arrondo, C.L., Ceniceros Herreros, J. y Duarte Garasa, P. 1987: Lám. XXI), Cueva de Daniel de Capafons (Vilaseca, S. 1963: 118), Muntanyeta de la Font Dolça de Antella (Martínez Pérez, A. 1988: 268), etc., se reparten por múltiples puntos del valle del Ebro.

3. Determinar el uso de engobe sobre la superficie de los vasos resulta ciertamente problemático, ya que fácilmente puede confundirse con una peculiaridad de la cocción. De hecho únicamente hemos podido documentar su utilización con total seguridad en cuatro ejemplares de un único establecimiento –El Castillo–. Al haber detectado el empleo de engobe sólo en el yacimiento que proporciona las fechas más antiguas de la etapa, cabría interpretar que este tipo de acabado fuera propio sólo de este momento y haberse perdido en etapas posteriores; no obstante, lo escueto de los datos de que disponemos no nos permite hacer firmes, siquiera, las precisiones cronológicas que aquí se apuntan. De todos modos, esta falta de evidencias al respecto permite intuir, sin muchas dudas, que la aplicación de engobes no debió ser una práctica habitual en las producciones cerámicas de esta época.

El análisis visual de los materiales cerámicos también nos enseña que los tipos de acabado de sus superficies muestran un rasgo persistente: el aspecto cuidado que muestran la inmensa mayor parte de tales especies. Las vasijas más pequeñas tienen el exterior bien alisado y a menudo terminado con espátula o piedra plana (alisador), para producir una superficie brillante y pulida en las mejores piezas. También las vasijas grandes, de hasta 300 mm de diámetro en la boca, suelen estar cuidadosamente terminadas; sus paredes son más gruesas y con desgrasante de mayor tamaño que las pequeñas. Todo ello se traduce, primeramente, en un abrumador predominio de las cerámicas con superficies alisadas. Esta modalidad es proporcionalmente mayoritaria en la totalidad de los lugares excavados de esta época, con una media de 52'01% por yacimiento, si bien en varias ocasiones alcanza hasta el 72'13%, como en La Plaza de Cogeces del Monte. Si bien es cierto que el alisado en muchos casos es irregular y variado, pues junto a piezas de muy buena calidad que rozan el bruñido, nos encontramos con otras que pueden presentar superficies algo rugosas, con ligeras grietas, con huellas de espátula e irregularidades diversas, debido sin

duda a la defectuosa decantación de la arcilla, también lo es menos que resulta bastante evidente el interés que manifiestan los artesanos de la época por que sus cerámicas, independientemente de sus dimensiones, ofrezcan una apariencia externa relativamente cuidada.

El grado sumo de dicho esmero lo alcanzan las cerámicas bruñidas, tratamiento que está presente en la totalidad de los yacimientos catalogados; tanto en aquellos de fechas más antiguas cuanto en los más recientes, lo que nos hace pensar que el empleo de este tipo de acabado se mantiene persistente a lo largo de todo el periodo. En dichos yacimientos, el porcentaje de fragmentos bruñidos, normalmente correspondientes a cuencos, escudillas y pequeños carenados; y muy especialmente aquellos que muestran decoración.

La cerámica tosca o sin pulir es la modalidad que figura como peor representada en los lugares investigados, existiendo gran variabilidad en su proporción. Para muestra podemos decir que en El Carrizal aparece un 16'02% de fragmentos cerámicos con este tipo de tratamiento; en La Plaza su porcentaje es muy inferior –1'64%–. En El Castillo, por su parte, no encontramos recipientes con superficies que pudiéramos definir con propiedad como toscas.

En general se trata de una modalidad caracterizada por su variabilidad, pudiendo ir desde el mal alisado hasta el rugoso, en una amplia gama de posibilidades. Los rasgos diferenciadores de este tratamiento, aparte del propio acabado de las superficies, son poco claros y los perfiles asociados a este tipo de tratamiento suele ser exclusivo de aquellos recipientes de gran tamaño.

Entre la cerámica del Bronce Medio de nuestro sector faltan (salvo casos puntuales y absolutamente excepcionales) tratamientos que, como el denominado “barro plástico”, por el contrario, sí resultan habituales en otros ámbitos peninsulares, donde, sin duda, constituyen una más de las señas de identidad. Su práctica ausencia en La Ribera ha motivado que no hayamos creído conveniente crear un apartado específico para ellos en nuestro estudio. De hecho, hemos preferido valorar el alcance crono/cultural de los contados ejemplares de cerámicas con barro plástico con que contamos, dentro del apartado dedicado a “otros materiales cerámicos”.

1.3.1. La cerámica

A. Las Formas

Para su descripción y clasificación hemos seguido los principios expuestos en el capítulo dedicado a La Metodología. Así mismo, para una mejor comprensión de los perfiles, se ha realizado una tabla con la representación de las distintas clases y tipos identificados (Figs. 192 y 193), que son los siguientes:

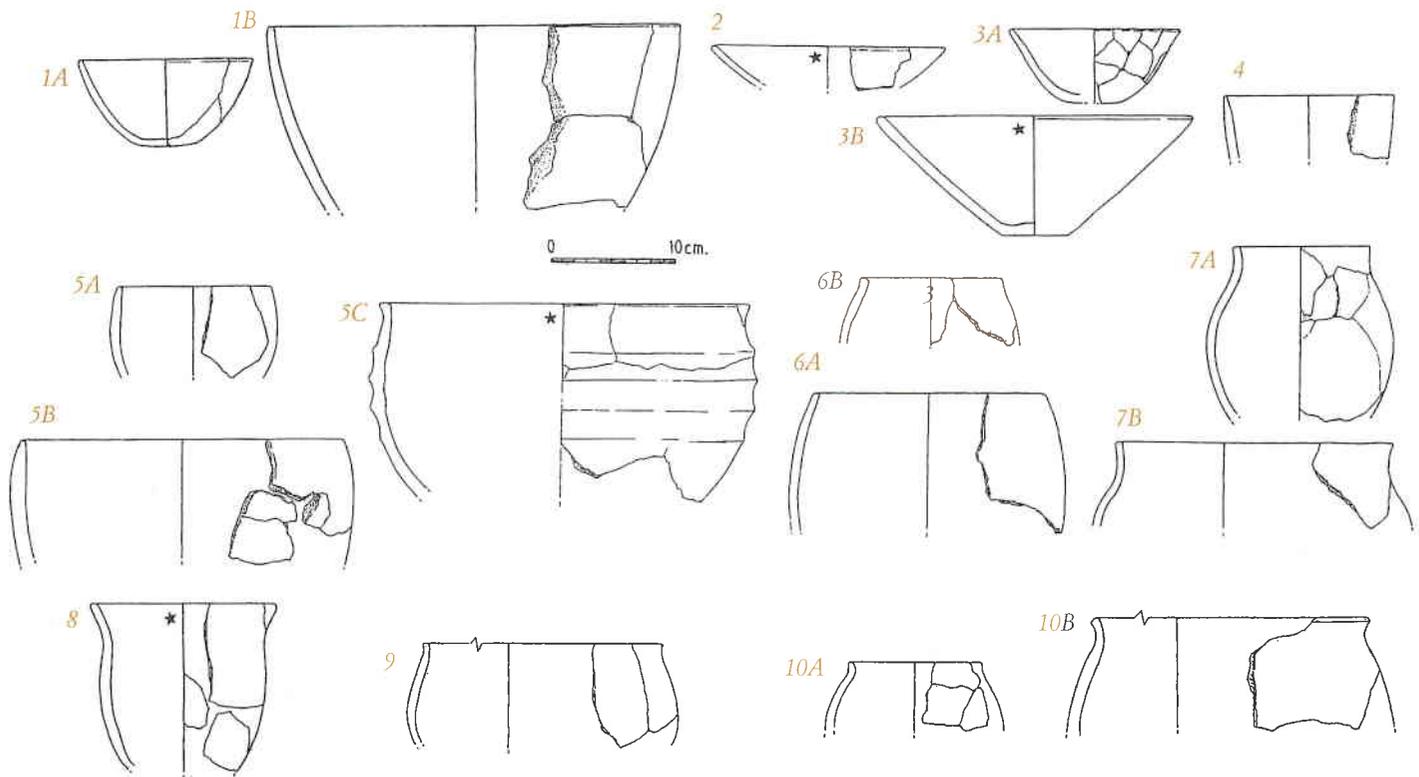


Fig. 192. Tabla tipológica de la cerámica recuperada en yacimientos del Bronce Medio de La Ribera del Duero de Valladolid. Las cerámicas señaladas con este signo (*) corresponden a perfiles decorados.

Recipientes de contorno simple abierto

Como es bien sabido son vasijas abiertas en las que el diámetro máximo coincide con el de la boca. Se detectan distintas variantes, cada una de las cuales reproduce un volumen geométrico sencillo: la esfera, la elipse, el cono, etc. En sentido genérico, estos recipientes se identifican con los nominados habitualmente como cuencos, escudillas, platos, fuentes, etc. Son las formas cerámicas más elementales. De hecho, por su sencillez formal y su arraigada presencia en cualquier época de la prehistoria con cerámica, tienden a ser considerados *universales*. Con todo, ello no es óbice para que podamos apreciar que a lo largo del Bronce Medio se producen desde transformaciones de tipo morfométrico que afectan a determinadas formas, hasta la aparición o desaparición de alguna de ellas, de algún elemento decorativo, etc.

Para analizar estas formas hemos contado con diversos recipientes, más o menos completos, procedentes en su mayor

parte de las excavaciones de El Castillo, La Plaza y El Carrizal. Hemos dispuesto, así mismo, aunque en menor medida, de algunos vasos recogidos durante las prospecciones superficiales de yacimientos como, Pinos Claros, etc.

Forma 1

Vasos simples abiertos, de volumen relacionado con la esfera. Comenzaremos por apuntar que los vasos de este grupo, en su conjunto y al igual que sucediera en etapas precedentes, son los más frecuentes de cuantos hacen acto de presencia en nuestros yacimientos. Sirva señalar en este sentido que, por ejemplo, en El Castillo constituyen el 30'94% de las formas reconocibles. Dentro de ellas podemos distinguir una serie de subtipos fundamentales:

Recipientes de índole semiesférica (1A), caracterizados por un perfil que, como es lógico, se aproxima a la media esfera. Cabe diferenciar, al menos, un par de modalidades principales:

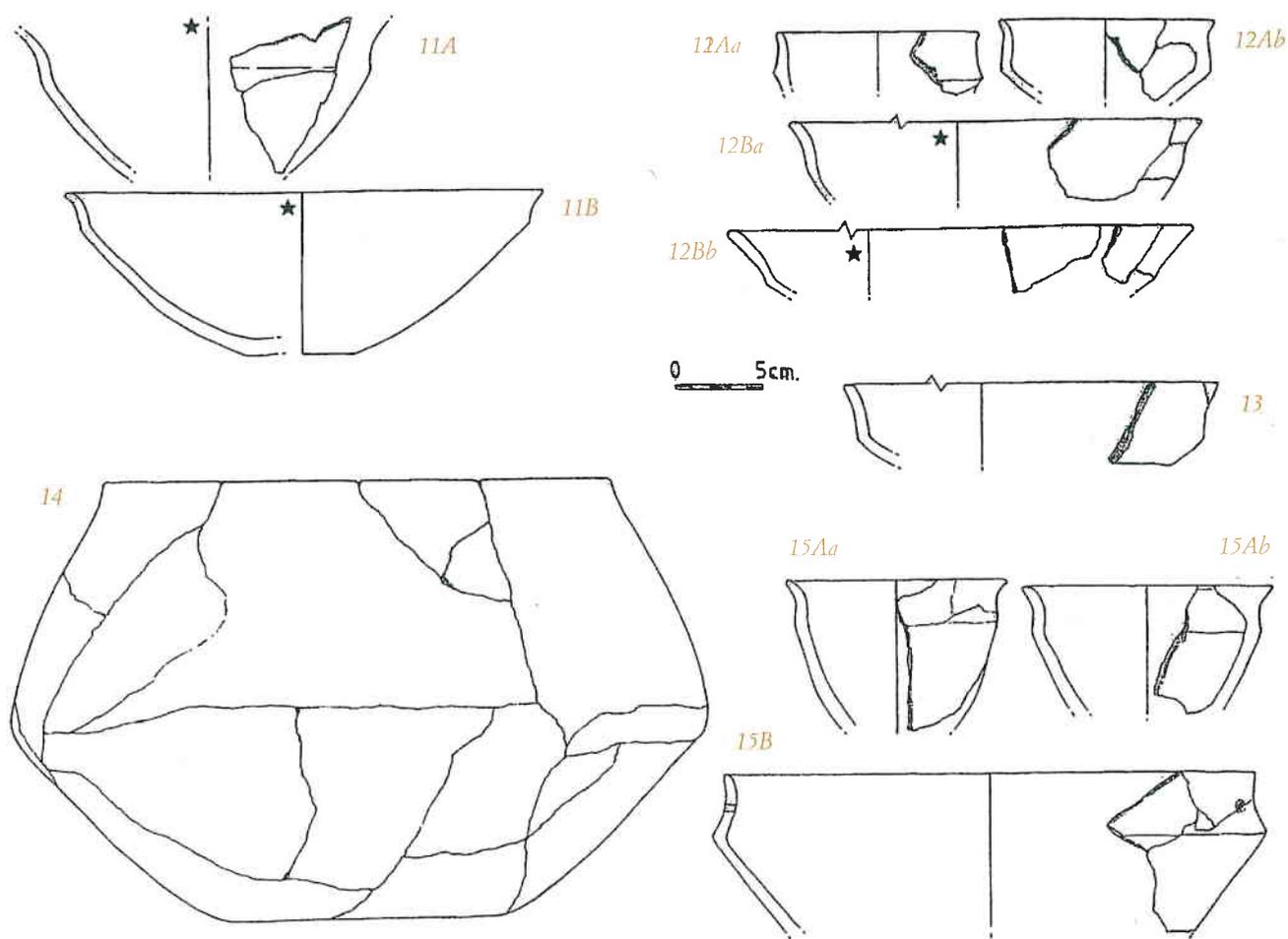


Fig. 193. Tipología de las formas carenadas recuperadas en yacimientos del Bronce Medio de La Ribera del Duero de Valladolid. Las cerámicas señaladas con este signo (*) corresponden a perfiles decorados.

Cuencos de pequeño/mediano tamaño, forma proporcionada, con un diámetro de boca que oscila entre los 70 y los 160 mm. Distinguimos con cierta claridad tres variantes fundamentales: (1Aa) Cuencos cuyos bordes tienden a abrirse ligeramente. (1Ab) Cuencos con bordes que adoptan una disposición ligeramente vertical. No faltan, por último, algunos recipientes (1Ac) que presentan un borde vertical con ligero estrechamiento junto a la boca en su parte exterior. De entre todos los yacimientos sólo contamos con una pieza completa procedente de El Castillo (Fig. 108. 7), su índice de alargamiento es de 0'49, que entraría en el capítulo de las que hemos denominado formas medias.

Una segunda variante (1B) mantiene las características apuntadas para la variedad anterior, pero con un significativo aumento del tamaño. Son recipientes grandes (su diámetro generalmente supera los 250 mm y llega a alcanzar los 380 mm), proporcionados y con un cuerpo de tendencia claramente esférica.

La primera variante es muy frecuente pues, haciendo acto de presencia en el 85'4% de los enclaves controlados, comparece en proporciones que superan el 40% de las formas de esta variedad (50'69% en La Plaza; 41'38% en El Carrizal, etc.). No nos cabe la menor duda de que la ausencia de estos perfiles en algunos lugares concretos se debe a que en ellos se ha

recuperado un número mínimo, y diríamos que pudo representativo, de restos cerámicos. La segunda variante es bastante menos abundante, apareciendo tan sólo en el 25% de los lugares investigados. Empero, este dato no es excesivamente fiable al tratarse de una forma difícil de reconocer, dado que sólo es identificable cuando se cuenta con una porción significativa de su perfil; algo que ocurre en muy contadas ocasiones.

Los recipientes del subtipo 1A presentan, generalmente, estrecho fondo plano; sin que falte, empero, algún ejemplo en que es convexo con ligero *umbo*, y, en lugares como El Carrizal, reconocemos también alguno con base plana bastante amplia (Fig. 61. 2). En contadas ocasiones estos recipientes ostentan algún método de suspensión, bien en forma de asa (Pino de la Horca), bien de pequeños mamelones cónicos o aplastados junto al borde (La Plaza, El Carrizal, etc.).

Estos vasos ofrecen cierta variedad en sus perfiles, según sea, entre otros aspectos, el grado de convexidad de sus paredes. En lugares como La Plaza se registran piezas estructuralmente semejantes a los anteriores, pero que desarrollan un pequeño borde ligeramente curvado y saliente. Esta circunstancia, que no hallamos plasmada en ninguno de los vasos de este tipo hallados en El Castillo, nos hace pensar que pudiera tratarse de un rasgo propio de un momento relativamente evolucionado del periodo.

Es sumamente frecuente que los vasos de este tipo sirvan de soporte a diversos temas decorativos. De hecho podemos apuntar que en yacimientos como El Castillo cerca del 77'4 % de esta clase de recipientes aparece adornado.

Respecto a los perfiles de la variante 1B no podemos hacer grandes precisiones, ya que ha llegado hasta nosotros siempre de forma fragmentaria. A diferencia de lo que acontece en el caso anterior la presencia de decoraciones sobre las superficies de estos grandes cuencos es del todo excepcional.

Los cuencos semiesféricos son, en general, como hemos tenido ocasión de comentar en anteriores ocasiones, una de las formas más comunes en cualquier etapa de la Prehistoria con cerámica; nuestros yacimientos del Bronce Medio no son una excepción en este sentido. Un análisis pormenorizado de la distribución de esta forma resultaría poco útil, pues los componentes de este perfil raramente representan peculiaridades que puedan servirnos para establecer relaciones con otras áreas culturales.

Tan sólo queremos apuntar lo habitual que resulta la presencia de esta clase de recipientes en yacimientos tan significativos como Los Tolmos de Caracena en sus dos sectores, donde se corresponden con la Forma A de Jimeno y Fernández (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: 23-24

y Fig. 12). Estos recipientes presentan habitualmente sus superficies exteriores tanto decoradas como lisas. En este caso es habitual que presenten los bordes decorados con dígito-ungulaciones en el labio, circunstancia que sólo constatamos en aquellos de nuestros yacimientos que, como en el caso de El Castillo de Rábano, cabe ubicar en un momento antiguo, en tanto que no concurre en aquellos otros enclaves ribereños que, como La Plaza, el C-14 sitúa en un momento avanzado de esta fase. También en El Cogote (La Torre), yacimiento abulense atribuido al horizonte Cogeces, es frecuente esta clase de recipientes que Caballero Arribas y sus colaboradores clasifican dentro de su forma B. Se da la particularidad de que estos vasos, que constituyen "la segunda forma más representada", en ningún caso presentan decoración (Caballero Arribas, J., Porres Castillo, F., y Salazar Cortés, A. 1993: 96); algo que, como hemos tenido ocasión de ver un poco más arriba, contrasta claramente con lo observado en la totalidad de nuestros enclaves.

Fuera de la Meseta también son muy comunes durante el Bronce Pleno/Medio. Baste señalar que, por ejemplo, les encontramos, en buen número, en lugares como La Loma del Lomo de Cogolludo. J. Valiente les encuadra dentro de sus formas VIII (Cazuelas y cuencos de perfil continuo) y X (Cazuelas cuencos y escudillas de perfil abierto) (Valiente Malla, J. 1987: Figs. 117 y 120; Valiente Malla, J. 1992: Figs. 19, 44, 49, 58, 61 y 77). Menos habituales son los recipientes con amplio fondo plano, al estilo de la pieza recuperada en El Carrizal (Fig. 61. 2), aunque les encontramos muy semejantes en lugares como Ciquilines IV dentro de un pequeño lugar de habitación con hogares en hoyos y sendas fechaciones de 1390 ± 40 y $1390 \pm a. C.$ (Rey Lanaspá, J. 1991:133), en Peña Miel Superior, asociados a carenados del Bronce Medio tardío (Pérez Arrondo, C. L., Ceniceros Herreros, J., y Duarte Garasa, P. 1987: Lám. XLI), y en Urbiola (Maluquer de Motes, J. 1962: Fig. 3).

En lo que concierne a la cuenca del Duero nos contentaremos con dejar constancia de que su presencia es muy habitual y numerosa en lugares tan notables como Los Tolmos de Caracena, en sus dos ambientes, donde forman parte integrante de la forma A de Jimeno, presentándose habitualmente con fondo convexo o convexo con "umbo". En este lugar no faltan los ejemplares decorados con digitaciones y ungulaciones en el labio. Este hecho tan sólo lo constatamos en El Castillo de Rábano, de entre todos los yacimientos ribereños controlados; ello nos hace pensar que esta proliferación de impresiones sobre el borde de estos recipientes constituye un rasgo propio y común a los yacimientos antiguos del periodo.

Recipientes de casquete esférico. Esta clase de vasos, de perfil simple (comúnmente denominados escudillas y/o fuentes), y contorno que dibuja, preferentemente, menos de un tercio de esfera, presentan unas características paredes oblicuas, ligeramente convexas, muy rebajadas. Cuentan con diámetros que, por término medio, se sitúan entre los 150 y los 300 mm. Su índice de alargamiento, en todo caso, es el propio de una forma baja o plana. Los pocos ejemplares que han llegado hasta nosotros completos cuentan con un pequeño fondo bien ligeramente convexo, bien convexo con una ligera depresión. Sus bordes son preferentemente rectos, sin que falte alguno (La Plaza) ligeramente biselado.

Estos cuencos de perfil en forma de casquete esférico, sin ser formas en exceso habituales dentro del elenco cerámico de nuestros yacimientos (en lugares como La Plaza suponen apenas el 2'08% de los recipientes), están registrados en el 21'73% de los enclaves; estando presentes a lo largo de toda la secuencia cultural de la época, sin que se pueda establecer la existencia de diferencias cronológicas, tipológicas o porcentuales significativas. No constatamos su presencia en El Cementerio-El Prado, enclave por nosotros considerado representativo de los inicios del siguiente momento.

Esta sencilla forma alcanza, al igual que la anterior, amplísima dispersión durante la Edad del Bronce peninsular. La relación de lugares en que comparece este perfil sería interminable. En el Bronce Valenciano R. Enguix los cataloga en su tipo 3 (Enguix Alemany, R. 1981a: Figs. 2, 3 y 4). En el Sudeste español los hallamos bien representados, lisos o con decoraciones incisas en el labio, en la Cuesta del Negro de Purullena, dentro de su fase Argar B, datada en 1645 a. C. En el Alto-Medio valle del Ebro se documenta, entre otros muchos yacimientos, en lugares como Siete Cabezas (Harrison, R. J., Aguilera Aragón, I., y Moreno López, G. 1990: Forma D), Cabecico Aguilera (Aguilera Aragón, I. 1980: Lám. VIII. 48), Balsa de Tamariz (Rey Lanaspá, J., y Royo Guillén, J. I. 1993: 24) o Moncín (Harrison, R. J., Moreno López, G., y Legge, A. J. 1994: Forma D), yacimiento donde esta forma está presente desde la fase más antigua (IIE), tiene especial "popularidad" durante las fases IIC, IIB y IIA, coincidiendo con el desarrollo de lo que Harrison denomina el Bronce Pleno y Tardío. En el abrigo de Los Husos esta forma está poco desarrollada y sólo se documenta con seguridad en el nivel IIA del Bronce Medio-Avanzado (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974: Fig. 24).

En el Bronce Medio de la Meseta Sur encontramos esta clase de recipientes en yacimientos tan significativos como La Loma del Lomo de Cogolludo. En la Submeseta Norte, por su parte, observamos su presencia en lugares como La Cueva del Asno (Eiroa, J. J. 1979: n.os 42, 52, 68, etc.) o Los Tolmos de

Caracena (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 12. A8).

Forma 3

Recipientes de volumen troncocónico. También en este caso, y en virtud de su distinta capacidad, cabe establecer un par de subtipos fundamentales:

Vasijas de tamaño pequeño/medio (los diámetros de la boca oscilan entre 83 y 195 mm y las alturas entre 42 y 90 mm) y forma media (3A) (sus índices de alargamiento se sitúan, en todo caso, entre 0'40 y 0'63). Este apartado da cabida a una serie de variantes principales en función, básicamente, de aspectos como la delineación de sus paredes y la inclinación de las mismas. En virtud del primero de tales parámetros cabe diferenciar entre vasijas de paredes marcadamente rectas (3Aa); de paredes con una ligera convexidad (3Ab); y con paredes ligeramente onduladas (3Ac). Conforme al segundo, dentro de cada una de dichas modalidades, diferenciaremos entre vasijas de paredes abiertas o próximas a la vertical. En los vasos enteros que han llegado hasta nosotros se aprecian fondos pequeños y planos o algo más amplios y ligeramente convexas. Algún ejemplar muy concreto (La Plaza) muestra un asa de puente vertical, a modo de taza. El aspecto y dimensiones de este ejemplar preciso (también incompleto) parece ser propios de aquellos recipientes que tendrían cabida en nuestra segunda variante, y, dentro de éstos, entre los vasos con índice de alargamiento característico de una forma alta.

Estos cuencos son relativamente frecuentes entre las formas lisas de este momento. En yacimientos como El Castillo suponen el 10'20% de los recipientes lisos. Están presentes a lo largo de toda la secuencia cultural sin que se puedan establecer diferencias cronológicas, tipológicas o porcentuales. Es habitual que las vasijas de este grupo, en cualquiera de sus modalidades, presenten decoración sobre sus superficies; ello ocurre en porcentajes sumamente variables, pudiendo oscilar entre el 6'6% de La Plaza y el 22'2% de El Carrizal.

Vasijas notablemente grandes, muy abiertas, proporcionadas, de perfil tendente a troncocónico (3B). Este grupo es menos nutrido que el anterior; de facto tan sólo contamos con un par de prototipos completos, procedentes de El Castillo (Fig. 121. 3) y de Matabueyes-Pinos Claros (Fig. 75. 1). El recipiente en cuestión tiene un diámetro en la boca de 275 mm y una altura de 92. Sus paredes, decoradas al interior y exterior, adoptan una disposición oblicua, abierta (con un ángulo cercano a los 45°), y una delineación ligeramente convexa. La pieza cuenta con un fondo bastante amplio y ligeramente cóncavo. El índice de alargamiento está en torno a 0'35 lo que la sitúa en el apartado de las formas bajas o planas. El segundo vaso, también decorado siguiendo un esquema enteramente semejante al de

la pieza anterior, se caracteriza, además, por contar con unas superficies que han sido sometidas a un concienzudo proceso de bruñido. Tiene 185 mm de diámetro máximo en la boca y 71 mm de altura (el índice de alargamiento es de 0'38). Las paredes, como en el ejemplar anterior, se abren formando un ángulo de 45°, aunque en este caso su delineación es completamente recta. La base, de pequeñas dimensiones, alcanza los 41 mm de diámetro.

Los cuencos de tamaño pequeño (3A), en sus distintas versiones, son una de las formas más frecuentes en los poblados de esta etapa: su presencia se constata en el 34'78% de éstos (en yacimientos como El Carrizal, como ya hemos apuntado, suponen el 22'2% del total de formas cerámicas identificadas). Esto no acontece con los recipientes de mayor tamaño, presentes sólo en el 17'39%. Unos y otros se rastrean a lo largo de toda la secuencia cultural del periodo, sin que sea posible apreciar diferencias tipológicas apreciables. Si observamos, empero, disparidades porcentuales entre los yacimientos de la etapa. De hecho parece advertirse una progresiva reducción en el número de piezas de esta modalidad que comparecen en los yacimientos del periodo.

Las formas que nosotros incluimos en la primera variante alcanzan amplísima dispersión durante la Edad del Bronce de nuestra península, motivo por el cual la enumeración de lugares en que aparece este perfil se haría sumamente prolijo. Podemos apuntar que, por ejemplo, en el Sudeste se rastrea su presencia en el estrato I/sur (fase Argar B), datado en 1645 a. C., de la Cuesta del Negro de Purullena (Molina, F., y Pareja, E. 1975: Fig. 36. 142 y 143). R. Enguix los cataloga dentro del Bronce Valenciano en su Tipo 3 (Enguix Alemany, R. 1981: Fig. 2. 3 y 4). En el Alto-Medio valle del Ebro podemos verlos en yacimientos ciertamente significativos como Moncín (Harrison, R. J., Moreno López, G., y Legge, A. J. 1987: Forma B), Siete Cabezos⁸⁹, Balsa la Tamariz (Rey Lanaspá, J., y Royo Guillén, J.I. 1993: 24), Cabecico Aguilera (Aguilera Aragón, I. 1980: Lám. VIII. 48), etc. En el abrigo de Los Husos esta forma está poco desarrollada y sólo se documenta con seguridad en el nivel IIA del Bronce Medio-Avanzado (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974: Fig. 24). Se encuentran bien representados en la Serranía Turolense, ámbito en que este tipo de recipientes llegan a ser predominantes en los yacimientos del Bronce Medio (Picazo Millán, J. V. 1993: 108-109): por ejemplo, en lugares como La Hoya Quemada o La Sima del Ruidor alcanza porcentajes, ciertamente importantes, que superan el 20% del total de la cerámica (Juste Arruga, M.^a N. 1990: 121)

recuperada en dichos lugares. En la provincia de Cuenca están documentados en múltiples yacimientos (Díaz-Andreu García, M. 1994) que se datan en el Bronce Medio; entre otros muchos cabría citar lugares como El Charco, La Loma de los Calderines, La Casa de la Vega, El Puntal del Águila, etc. Podemos verlos en el Bronce Medio de la SudMeseta en enclaves tan significativos como La Loma del Lomo, yacimiento en que se caracterizan por su perfil prácticamente cónico (Valiente Malla, J. 1987: Fig. 92. 105.398, 108.410).

En la Meseta Norte también apreciamos su presencia, además de en los asentamientos de nuestro sector, en diversos yacimientos con contextos de claro sabor Protocogotas, repartidos a todo lo largo y ancho del territorio. Detectamos su presencia en lugares tan significativos como Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Figs. 20 y 38), El Cogote (Caballero, J., Porres, F., y Salazar, A. 1993: Forma F), o La Gravera de Puente Viejo (González-Tablas Sastre, F. J. 1984-1985). En los yacimientos citados, encuadrables en distintos momentos del Bronce Medio meseteño, estos perfiles se encuentran representados, tanto en su modalidad lisa como decorada, en porcentajes ciertamente representativos: se sitúan en general por encima del 14 % del total de la cerámica recuperada.

Algo más peculiar y menos común es la segunda variante (3B) que, según podemos ver, siempre se trata de recipientes decorados, también en yacimientos de la Edad del Bronce como Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 38. 617).

Forma 4

Vasos de paredes verticales y perfil cilíndrico. Este perfil está integrado por un corto número de vasijas de tamaño medio/grande (entre 136 y 328 mm), en su totalidad procedentes de El Castillo de Rábano, entre cuyas características más significativas podemos citar las siguientes: cuentan con un borde recto que puede ser simple o engrosarse ligeramente hacia su extremo superior. Las paredes de estos vasos mantienen una notable verticalidad hacia la mitad de su desarrollo. En ningún caso ha llegado hasta nosotros un ejemplar completo por lo que desconocemos la estructura de su fondo, o los valores concretos de su altura total e índice de alargamiento; no obstante, por su aspecto general, podemos deducir que debe estar por encima del índice 0'70, propio de una forma alta.

Los recipientes de esta clase identificados en El Castillo, que por cierto en ningún caso ostentan decoración, representan

⁸⁹ Harrison, R. J., Aguilera Aragón, I., y Moreno López, G. 1990: Forma D. Estos cuencos se datan en el denominado Bronce Pleno de la Sector.

apenas el 0'53% del total de vasos reconocidos en el lugar. Apuntar que dado el alto grado de fragmentación en que se nos presentan las evidencias de la mayor parte de los yacimientos, resulta lógico pensar que esta clase de perfiles pudieron hallarse presentes en otros enclaves de este momento. De lo que no nos cabe duda es de que no rastreamos su presencia en yacimientos como La Plaza, de donde procede un conjunto de materiales de cierta entidad; ello, consideramos, pudiera indicar que éstos cuencos de cuerpo cilíndrico, al menos en la zona y época que aquí nos incumbe, son exclusivos del inicio del Bronce Medio, etapa representada en la zona por yacimientos como El Castillo; no llegando a perdurar en momentos avanzados del Bronce Medio, como lo demuestra su ausencia en el seno de elencos cerámicos como los recuperados en La Plaza.

Semejante impresión nos produce observar que es precisamente en yacimientos como el soriano de Los Tolmos, en el seno de un contexto que, al igual que El Castillo, consideramos representativo de un momento temprano del Bronce Medio de la región, donde encontramos cuencos de paredes verticales y cuerpo cilíndrico semejantes a los nuestros –tipo A3 de Jimeno (1984: Fig. 11)–, o advertir su presencia en yacimientos del Bronce Antiguo de la cuenca del río Duero (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.ª L. 1988: Fig. 15. 4 y Fig. 23. 5); momento en que podríamos situar el antecedente de las formas que hallamos en nuestros yacimientos.

Forma 5

Engloba una serie de vasos, de marcada tendencia esférica, proporcionados (las reconstrucciones de los perfiles de estos proporcionan índices de alargamiento que promedian 0'73, en el límite entre las formas medias y altas) con el diámetro máximo cercano al borde. Dentro de este apartado incluimos un primer subtipo (5A). Se trata de recipientes con medidas muy diversas (el más pequeño tiene un diámetro de boca de apenas 60 mm, en tanto que el mayor alcanza los 209 mm); si bien sus diámetros de boca tienden a agruparse en los valores correspondientes al grupo de vasos de tamaño medio (el diámetro promedio es de 117 mm). Las mayores diferencias morfológicas que apreciamos entre estos perfiles estriban en el distinto índice de inflexión del borde hacia el interior del recipiente; oscilando entre aquellos vasos en que dicha inclinación es apenas perceptible y aquellos otros en que la inclinación es más marcada. En cualquiera de los dos casos, las vasijas que se incluyen en este apartado pueden ser confundidas con los cuencos semiesféricos de no contar con una porción significativa del perfil. Ambas modalidades se decoran con asiduidad. Se recurre a los mismos motivos, diseños y técnicas que aparecen en otras formas decoradas.

Estos vasos, por lo general, cuentan con bordes redondeados. Las superficies de estas producciones suelen aparecer alisadas. Sólo muy ocasionalmente presentan pequeños mamelones, preferentemente a la altura del borde (ver, por ejemplo, El Castillo [Fig. 111. 25]). No falta algún ejemplar (La Plaza) con un asa de puente que nace del labio de la vasija (Fig. 38. 10).

Dentro de los perfiles de tendencia esférica hemos determinado un segundo Subtipo (5B), a partir de un reducido número de vasos (tres en concreto, procedentes de El Castillo –Fig. 123. 1; 112. 9 y 12–), netamente diferenciados de los anteriores, cuya característica principal es la forma proporcionada (una reconstrucción ideal del perfil de estas piezas aporta índices de alargamiento inferiores a 0'60) y el tamaño mediano/grande (los diámetros de la boca de las piezas controladas se sitúan entre los 200 y los 256 mm). Se distinguen también por contar con un borde mínimamente entrante, diámetro máximo alto. Debemos apuntar que estos recipientes se asemejan enormemente a los cuencos hemisféricos y sólo es posible diferenciarlos si tenemos una porción considerable del recipiente. Dos de los ejemplares controlados cuentan con un borde simple de labio redondeado. El tercero presenta el labio reforzado al exterior por un baquetón bien marcado.

La presencia en exclusiva de estos perfiles en El Castillo pudiera hacernos pensar que son privativos de los momentos más tempranos de nuestro Bronce Medio. No obstante, al menos de momento, queremos ser cautos al respecto; no en vano la ya aludida similitud de estos perfiles respecto a los grandes cuencos hemisféricos pudiera implicar que hayan pasado desapercibidos en yacimientos del Bronce Medio Evolucionado.

Dentro de este tipo incluiremos, por último, una nueva variación (5C), integrado por una sola pieza (El Castillo) (Fig. 124. 1), absolutamente excepcional, netamente diferenciada de las anteriores. Se trata de una forma media (su índice de alargamiento se sitúa en torno a 0'56), de tamaño grande (su diámetro en la boca es de 300 mm) que cuenta con borde entrante, labio engrosado, diámetro máximo alto y cuerpo esférico. Su característica principal no estriba tanto en su perfil, cuanto en el hecho de que sobre sus paredes se nos muestra una compleja decoración (de ella nos ocuparemos en el apartado correspondiente), donde se conjugan los acanalados con los motivos incisos, que le confiere una más que acusada personalidad.

Forma 6

Vasos cuyos perfiles derivan de elipses con eje máximo en vertical. Son recipientes profundos cuyos diámetros máximos, en los casos en que la zona conservada del fragmento permite observar su posición, suelen situarse a media altura de la vasija o ligeramente por encima de ella. Su perfil tiene una marcada tendencia vertical, tanto es así que el único ejemplar completo

de que disponemos, procedente de El Castillo, posee un índice de alargamiento de 1'04, propio de las que venimos denominando formas altas. En su conjunto estos vasos muestran enorme variabilidad en sus medidas, pudiendo rastrear tanto vasos de tamaño pequeño (un ejemplar de El Carrizal apenas alcanza los 67 mm de diámetro máximo) como vasijas medias y grandes (algunos ejemplares de El Castillo alcanzan los 400 mm de diámetro máximo). Semejante variabilidad afecta bien a curvatura del galvo, bien a la disposición que adoptan las paredes de éste en su tramo superior. Precisamente, de esta última circunstancia nos hemos servido para distinguir dos subtipos fundamentales:

(6A) Con borde entrante simple. Aquí incluimos todos aquellos vasos en que el borde es simplemente el remate de la pared sin que ésta registre ningún cambio significativo en su dirección. Podemos distinguir distintas modalidades según el galbo tenga una curvatura mayor (**6Aa**) o que ésta sea menos acusada (**6Ab**); en ambos casos el borde puede adoptar posiciones más (**6Ac**) o menos (**6Ad**) reentrantes.

(6B) Con borde entrante diferenciado del cuerpo. Estos recipientes, aún con grandes semejanzas respecto a los precedentes se distinguen ligeramente de ellos en que sus paredes, en el tramo superior de la vasija, adoptan una estructura rectilínea que les aparta de la trayectoria ligeramente convexa del resto del cuerpo, adoptando una disposición algo más cerrada que la que caracterizaba a los recipientes del tipo anterior. Ello se traduce en que la distancia entre el diámetro máximo y el diámetro en la boca sea lógicamente mayor. En alguna ocasión estos vasos presentan el borde algo más acusado por presentar en su extremo un engrosamiento de forma almenadrada (El Castillo [Fig. 128. 4]).

Si tal y como veíamos una de las características de las vasijas del subgrupo anterior, era la presencia habitual de decoraciones, ahora las formas decoradas son claramente minoritarias. Del total de ejemplares controlados, sólo unos pocos, procedentes de El Castillo (Fig. 128. 5) o El Carrizal (Fig. 54. 14), presentan una serie de incisiones paralelas en el labio. El resto de las vasijas, independientemente de su tamaño y de la variante a que pertenezcan, aparecen completamente lisas. En cuanto al tipo de suspensión que presentan diremos que, sin ser en absoluto abundantes, predominan los pequeños apliques plásticos como mamelones y tetones, que hemos identificado en todos los tipos. Puntualmente reconocemos algún asa puente de sección circular. Estos apliques se sitúan siempre en el tercio superior de la vasija (preferentemente a la altura del borde), y sólo muy ocasionalmente en la panza, a la altura del diámetro máximo.

Los recipientes que integran esta variante, en general, son ciertamente comunes en los enclaves de la zona, con una pre-

sencia conjunta testimoniada en el 52'17% de los yacimientos del Bronce Medio del sector. Esta misma impresión se ha podido ratificar, al advertir como, en aquellos lugares objeto de excavación, tales perfiles alcanzan una presencia significativa: comparecen en proporciones bastante constantes, que se sitúan en torno al 10% del total de recipientes lisos identificados (11'04% en El Castillo; 8'7% en La Plaza).

Desgraciadamente los datos disponibles no permiten extraer conclusiones de orden cronológico de alcance respecto a esta clase de vasos. Entre lo poco que, en este sentido, cabe apuntar queremos señalar que la identificación de vasijas con borde diferenciado en El Castillo y La Plaza, podría servirnos para proponer, siquiera a modo de hipótesis, que su presencia y/o ausencia en determinados lugares pudiera tener un significado temporal y, por tanto, que esta clase de vasos serían propios de los momentos antiguos y plenos de esta etapa. No obstante, en contra de esta presunción, cabe apuntar que esta clase de perfiles se siguen viendo, sin grandes variaciones tipológicas, en lugares como La Requejada (donde formarían parte del modelo N-2). Ello es prueba evidente de que siguen en plena vigencia en un momento avanzado del Bronce Final de la zona.

Ya apuntamos en el análisis de las cerámicas lisas del Campañiforme que las formas simples cerradas eran un elemento común en dicha fase, perdurando, tal y como vemos, a lo largo del Bronce Medio sin grandes variaciones tipológicas. Quizá el rasgo morfológico más diferenciador entre las producciones de ambos momentos radique en la tendencia a reducir sensiblemente el número de los perfiles relacionados con la esfera y a hacer el borde de éstos menos reentrante.

También se ha dicho más arriba que los recipientes de perfil simple cerrado tienen una dispersión muy amplia en la Península a lo largo del Bronce Medio. Como es lógico suponer esto no quiere decir que los mismos perfiles y sus frecuencias se repitan por igual en los distintos ámbitos culturales que, durante esta época, ocupan el territorio citado. Por contra, se advierte como según el ámbito de que se trate se da una clara preferencia por alguna de las modalidades que tienen cabida en esta clase de recipientes. Ello, como es lógico, se traduce en el dispar grado de afinidad que, al respecto, se da entre los usos cerámicos de la nuestra y de otras áreas.

Al respecto, a modo de muestrario, podemos comenzar por decir que encontramos evidentes diferencias respecto a zonas alejadas. Por ejemplo, podemos advertir en el Bronce Valenciano predominan los perfiles claramente derivados de la esfera, de tamaños pequeños y medianos, que además tienen la particularidad de ostentar frecuentemente asas, por lo que incluso cabría hablar de tazas. Son clasificados por Enguix Alemany dentro de su Tipo I (Vasijas esféricas) (Enguix Alemany,

R. 1981: 65-67, Fig. 1). Esta pauta podemos advertirla en lugares como Oropesa la Vella –Fase B–, donde, si bien no son muy frecuentes, se incluyen dentro del Tipo 7 y se le atribuye una cronología avanzada: posterior a la segunda mitad del siglo XIII (Gusi Jener, F., Olaria de Gusi, C. 1977: 99, Fig. 3). Esto mismo se advierte en las dos fases de la cueva del Mas d'Abad, provistas de fondo apuntado y con dataciones que van desde el 1460 ± 90 al 1010 ± 85 a. C., lo que evidencia su perduración en el Maestrazgo hasta bien avanzada la Edad del Bronce (Gusi Jener, F., y Olaria de Gusi, C., 1976: 114, Fig. 1. 2). Otros yacimientos que aportan un contexto cronológico y cultural de características similares son La Ereta del Castellar (Arnal, J., Prades, H., y Fletcher, D. 1968: Lám. XIX) y Les Planetes (González Prats, A. 1978: 215), entre otros.

En el Sistema Ibérico turolense también advertimos la utilización de esta clase de formas en contextos que se desarrollan a lo largo del Bronce Antiguo y Medio. En dicho ámbito, trabajos como los desarrollados por Harrison y sus colaboradores (El Castillo de Frías de Albarracín [Harrison, R. J., Andrés Rupérez, M.^a T., y Moreno López, G. 1998]) y, sobre todo, por Picazo Millán (Picazo Millán, J. V. 1993), en lugares como Peña Dorada (Alfambra), Sima del Ruidor (Aldehuela), Las Costeras (Forniche Bajo) y Hoya Quemada (Mora de Rubielos) etc., permiten comprobar que, en lo que concierne al apartado concreto de las formas simples cerradas (Forma 2 de la clasificación de Picazo; la misma que asume y utiliza Harrison), ya desde el Bronce Antiguo, hay una preferencia por aquellos perfiles que claramente se adecuan a la esfera. En concreto, durante el Bronce Medio sabemos que se prefieren los vasos correspondientes al tipo 2.I (cuencos cerrados con tendencia vertical y tamaño pequeño mediano) (Picazo Millán, J. V. 1993: 108); los cuales guardan semejanza con los vasos simples cerrados que integran nuestro Subgrupo 1. Por contra, echamos en falta en los yacimientos de este ámbito perfiles que resulten claramente paralelizables con las piezas de perfil ovoide que integran nuestro Subgrupo 2. Entendemos que ello pudiera ser debido a la gran importancia numérica que en los yacimientos de la serranía turolense tienen los vasos que Picazo integra en su Forma 3 (vasijas globulares de perfil en S); vasos que por su estructura, morfológica y dimensiones, en parte semejante a nuestras formas ovoides de borde simple, pudieron haber desempeñado una funcionalidad semejante.

Una situación algo diferente se advierte en las estaciones del valle del Ebro, no en vano, aquí podemos apreciar que, entre las formas simples cerradas, comparecen con asiduidad, junto a perfiles de corte esférico, otros de estructura ovoidea. Unos y otros son muy semejantes a los nuestros. Ambas modalidades están bien testimoniadas durante todo el Bronce Medio en los yacimientos que, por ejemplo, pueblan las Bardenas Rea-

les navarras (Sesma Sesma, J., y García García, M.^a L. 1994: 124-126, Fig. 11). En dicho ámbito les encontramos en lugares que, como Monte Aguilar, Puy Águila, Cuesta de la Iglesia, Marijuan, etc., datan entre mediados del s. XVI a. C. y comienzos o mediados del XIV a. C., cuentan con conjuntos cerámicos, con distintos tipos de acabado superficial (cerámica de superficie pulida, sin pulir, con barro plástico), de los que forman parte, entre otros elementos destacados, vasijas con cordones arboriformes, con mamelones múltiples, etc. Igualmente los vemos en otros sitios con ambientes culturales semejantes a los anteriores situados, en este caso, en el tramo central de la cuenca del Ebro. Tal sería el caso de ocupaciones desarrolladas en el interior de algunas cuevas como, por ejemplo, la de la Miranda (Palo, Huesca) (Baldellou Martínez, V., y Barril Vicente, M. 1981-1982: Fig. 10. 14) o la de los Encantados en (Belchite, Zaragoza) (Barandiarán Maestu, I. 1971: Fig. 16). En el emblemático y bien estudiado yacimiento de Moncín, situado a medio camino entre los arriba citados, encontramos perfiles equiparables a los nuestros en las formas A y N y en niveles que abarcan los denominados Bronce Pleno (Fases IIE y IID) y Tardío (Fases IIC, IIB, IIA), momento a partir del cual comienza a ser habitual la presencia en el lugar de especies de clara atribución al grupo Cogotas I. Similares consideraciones cronológico-culturales parecen desprenderse de la suma de hallazgos de cercanos enclaves de Balsa la Tamariz, donde comparecen perfiles marcadamente cerrados en un asentamiento de tipo “campo de hoyos” (Rey Lanaspá, J., y Royo Guillen, J. I. 1993: 24), o la Cueva de los Lagos (Casado López, M.^a P., y Hernández, J. A. 1979: Fig. VI. 1), donde, al igual que ocurriera en Moncín, se asocian con especies decoradas con típicos motivos de excisión y Boquique. También en el abrigo de Los Husos la presencia y perduración de esta clase de perfiles es clara; así lo demuestra su presencia en el nivel IIA, en un contexto del Bronce Avanzado (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974: Fig. 23. 1 y 2).

También en el Bronce de la Cuenca Media del Guadiana vemos como aparecen buenos paralelos para la mayor parte de las modalidades que de esta forma hemos distinguido en nuestro sector; algo que, una vez más, nos habla de la amplia difusión y escaso significado cronológico y cultural que reviste la presencia/ausencia de estos tipos cerámicos, tan sumamente comunes, en los contextos de la época. En esta zona, en lugares de estratigrafía tan compleja como la de La Solana del Castillo de Alange (Badajoz) (Pavón Soldevilla, I. 1994: 79-87) podemos advertir que, representados desde lo que Pavón Soldevilla denomina un “Epicalcolítico”, perduran a lo largo del Bronce Pleno y Tardío de la región.

En La Meseta, como no podía ser de otro modo, estas formas están ampliamente testimoniadas a ambos lados del Sistema

Central. En el ámbito concreto de la Cuenca del Duero la presencia de perfiles semejantes a los nuestros está claramente verificada en yacimientos del Bronce Antiguo (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 62. C), perdurando en los contextos Protocogotas del Bronce Medio. Esto último queda claro al advertir su presencia en lugares tan distantes entre sí como Los Tolmos de Caracena en Soria⁹⁰ y El Cogote de La Torre en Ávila⁹¹, entre un sinfín de localizaciones de caracteres muy semejantes. En la Submeseta Sur se documentan también estos perfiles en ambientes dispares. Podemos verlos, por ejemplo, en los niveles del Bronce Medio de La Loma del Lomo de Cogolludo en el Tipo Vc (Valiente Malla, J. 1987: Fig. 116), aunque, en este caso, a diferencia de lo que ocurre en los recipientes de nuestro sector, cuentan con fondo convexo. Entre los materiales del denominado Bronce 'Clásico' de Madrid, en lugares como Las Matillas de Alcalá de Henares, también se documentan esta clase de perfiles (Díaz del Río, P., Consuegra, S., Peña, L., Márquez, B., Sampedro, C., Moreno, R., Albertini, D., y Pino, B. 1997: 99-101, Fig. 5). En formaciones arqueológicas semejantes, geográficamente próximas, pero de caracteres culturales distintas de las anteriores, encontramos también estos contornos, en el seno de un elenco cerámico indudablemente Protocogotas. Tal podemos advertirlo en lugares como, por ejemplo, Perales del Río (Blasco Bosqued, M.^a C., Sánchez-Capilla Arroyo, M.^a L., Calle, J., Robles, F. J., González, V. M., y González, A. 1991: 55-112).

Forma 7

Incluye una serie de piezas que se caracterizan por contar con el cuerpo globular, y el borde levantado. Este no es un perfil demasiado frecuente, cuando menos en la mayor parte de los yacimientos controlados. Si lo son los fragmentos de borde y arranque de cuello, pero, en muchos casos, su escasa extensión impide concretar la forma. También en este caso se observan un par de variantes bien diferenciadas. La primera (7A) incluye una serie de vasijas de tamaño entre pequeño y medio. Se trata de piezas cuyo diámetro en la boca se sitúa entre 108 y 136 mm. Han llegado hasta nosotros un par de ejemplares relativamente completos –ambos de El Castillo (Fig. 105. 11; 119. 12)–, que pueden servirnos de prototipos. Tales ejempla-

res, si bien han conservado el perfil bastante completo carecen, de la porción correspondiente al fondo, con lo que desconocemos a ciencia cierta esta porción de su estructura. Con todo, la parte reconstruida permite apuntar que se trata de una forma alta (0'92 es el índice de alargamiento) con cuerpo de estructura ovoide, cuello marcado y borde casi vertical o ligeramente abierto. El diámetro máximo se sitúa en la mitad de la vasija. No suele hallarse decorado. Como sistema de presión admite un pezón prominente de nuestro tipo 2a. Es posible apreciar como algún ejemplar presenta decoración incisa (líneas horizontales de espigas incisas y zigzags que alternan con franjas lisas) sobre su superficie externa (El Cujón / Las Pinzas - Sector A). El tercer prototipo, procedente de El Carrizal, presenta el estrechamiento cercano a la boca algo menos marcado. El diámetro máximo se sitúa en el tercio superior del vaso. Se ha conservado el fondo que es plano y estrecho. Presenta un asa vertical de pellizco que nace del labio.

No es una forma nada común, pues, como ya hemos apuntado, sólo se detecta su presencia, además de en El Cujón, en el yacimiento de Rábano, sin que ello, en este caso, signifique, tal y como luego intentaremos argumentar, precisión cronológica alguna dentro del periodo que aquí nos ocupa.

La distribución de este perfil de pequeño tamaño es muy amplia, relacionable, sin duda, con su simplicidad. En el Bronce Valenciano, R. Enguix lo incluye dentro de su tipo I (Enguix Alemany, R. 1981 a: Fig. 1). Se puede rastrear su presencia en los enclaves que a continuación se enumeran. No obstante, diremos que en el abrigo de los Husos no es un galbo muy común, pero resulta altamente significativa su aparición desde el nivel IIa (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974: Fig. 29. 2). Con una cronología del Bronce Medio está representada en La Cueva de los Encantados de Belchite, en asociación con cazuelas carenadas y grandes recipientes de almacenaje con decoraciones plásticas (Barandiarán Maestu, I. 1971: Figs. 15 y 18). En Solacueva, un ejemplar semejante a los nuestros de El Castillo se decora con series de zigzags que nos remiten al Bronce Tardío con influjos de Cogotas (Llanos Ortiz de Landaluce, A., 1991: Fig. 15. 1), cronología bastante aproximada a la de los hallazgos del nivel I de Cueva Lóbrega también con incisiones

⁹⁰ Jimeno Martínez y Fernández Moreno (1991: Figs. 12 y 23) engloban dentro de su Tipo D tanto los vasos globulares de boca cerrada con el borde simple, cuanto aquellos otros, también de cuerpo globular, cuyo borde, "flexiona hacia la posición vertical". Entre los primeros, muy poco numerosos en el yacimiento según apuntan los autores, es donde encontramos unos adecuados paralelos para los perfiles que aquí nos ocupan.

⁹¹ Caballero Arribas, J., Porres Castillo, F., y Salazar Cortés, A. 1993: 96 y Fig 4. En este caso encontramos paralelos para nuestros perfiles en las formas C y D. En la primera, donde incluyen los autores lo que denominan formas esféricas, encontramos adecuados paralelos para nuestros recipientes de tendencia esférica y borde simple. En la segunda, que da cabida a los denominados recipientes globulares, encuentran buena réplica los vasos que nosotros hemos incluido en el apartado de los perfiles ovoides.

en zigzag y carenados (Barrios Gil, I., y Cenicerros Herreros, J. 1991: Lám. I.), o la de los hallazgos de Ciquilines IV (Rey Lanaspá, J. 1988: Lám. VIII. 4). En Los Tolmos de Caracena hallamos perfiles completamente similares a los nuestros. Aquí, donde se dispone de perfiles completos, se advierte que cuentan con fondos planos y mamelón en el labio, que entraría dentro de la Forma E.

La trayectoria de este tipo no parece agotarse en la Meseta durante el Bronce Medio; de hecho es posible detectar su perduración a lo largo del Bronce Tardío y Final. Efectivamente, este perfil aparece perfectamente definido, con cuerpo ligeramente más panzudo, en yacimientos que es posible ubicar en los inicios de la plenitud cogotiana. Claro ejemplo de ello lo tenemos, por ejemplo, en el Arenero de Soto (Martínez Navarrete, M.^a I., y Méndez Madariaga, A. 1983: 183-254, Fig. 7. 33).

La segunda variante dentro de este apartado (7B) está integrada por una serie de vasijas de tamaño grande, aspecto profundo, con bordes diferenciados con variaciones entre aquellos que aparecen ligeramente abiertos y aquellos otros de tendencia vertical. Aunque no disponemos de ningún ejemplar completo, por lo que desconocemos tanto las características de sus fondos cuanto los valores de su altura total y del índice de apertura, las porciones de cuerpos con que contamos permiten hacer algunas apreciaciones sobre la estructura general de estos recipientes. En principio nos hablan de cuerpos de perfil convexo con inclinaciones moderadas que definen una trayectoria que perfilan cuerpos ovoides. El máximo saliente de los recipientes controlados se sitúan en la panza; habiendo podido constatar diámetros máximos de hasta 374 mm. Los diámetros en la boca se sitúan entre 290 y 350 mm. Como ya hemos apuntado no poseemos ningún ejemplar completo, por lo que desconocemos tanto las características de su fondo cuanto los valores de su altura e índice de apertura. Lo cierto es que no es una forma excesivamente frecuente, cuando menos de forma clara. De hecho, esta forma, al menos por el momento, la documentamos únicamente en El Castillo de Rábano; lo cual nos hace considerar que sólo está representada en la zona en los momentos antiguos del espectro cronológico de esta etapa. Generalmente es una forma lisa, pero no faltan las piezas con mamelones, más o menos prominentes, sobre el labio (Fig. 113. 2 y 3; 123. 17 y 18) ni las que muestran impresiones dígito/unguladas y de instrumento sobre el labio. Finalmente, diremos que, a tenor de los grosores y la envergadura que presentan algunos de los barro que tienen cabida en este apartado, nos parece muy probable que los barro que en El Castillo de Rábano aparecen decorados con cordones lisos o digitados (bien en disposición horizontal, bien formando parte integrante de los más diversos motivos [retículas, ondas, arboriformes, etc.]) deben pertenecer a esta modalidad cerámica. En este sentido, nos parece inte-

resante apuntar que, en efecto, es precisamente sobre vasijas de esta clase sobre las que vemos desarrollarse decoraciones de este tipo, en yacimientos de la cuenca del Duero como Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria) (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Figs. 77 y 98.). En El Castillo encontramos también un nuevo ejemplar que, a nuestro entender, también puede merecer esta atribución y que presenta toda su superficie decorada con impresiones circulares (Fig. 115. 15).

Nos encontramos ante un perfil muy sencillo, por lo que no debe extrañarnos que sea enormemente corriente y que aparezcan modalidades semejantes en múltiples yacimientos de la Edad del Bronce peninsular. A modo de ejemplo podemos apuntar que se documentan en el Bronce Valenciano en el tipo VI de Enguix (Enguix Alemany, R. 1981 a: Fig. 3. 6). Está presente en yacimientos como El Pic dels Corbs (Tarradell, M. 1969), Mas de Menente (Pericot, L., Ponsell, F. 1928: Fig. 8), Oropesa la Vella (Gusi Jener, F., y Olaria de Gusi, C. 1977: Tipo 1), El Castellet de Montserrat (Aparicio Pérez, J. 1972), Mas d'Abad (Gusi Jener, F., Olaria de Gusi, C., 1976, Tipo 1), La Illeta dels Banyets (Simón García, J. L. 1997: 47-132, Fig. 2. 2), etc.

En el Alto valle del Ebro los vasos de cuello marcado y desarrollado comienzan a hacerse patentes, en recipientes de gran tamaño, a partir del campaniforme, horizonte que, en opinión de ciertos autores, jugó un papel determinante en el desarrollo de este perfil (Pérez Arrondo, C. L., Cenicerros Herreros, J., y Duarte Garasa, P. 1987: 159). En el valle del Ebro esta clase de vasijas tendrán notable predicamento a partir de mediada la Edad del Bronce; tal y como podemos ver en diferentes sectores de la cuenca de este río. De hecho, por ejemplo, vamos a encontrarlos en los yacimientos de esta época de Las Bardenas Reales de Navarra, donde aparecen ejemplares tanto con superficies pulidas, como con superficies sin pulir (Sesma Sesma, J., y García García, M.^a L. 1994: Fig. 11. 9 y Fig. 12. 5a); igualmente podemos verlos en lugares como Siete Cabezos (Harrison, R. J., Aguilera Aragón, I., y Moreno López, G. 1990: Fig. 9), donde se decoran con pastillas, en el Tapió (González i Pérez, J. R., y Rodríguez i Duque, J. I. 1989: Fig. 3.a), con series de mamelones en el arranque del borde, y en yacimientos con fuertes influencias del Bronce Valenciano como La Cueva de los Encantados de Belchite (Barandiarán Maestu, I. 1971: 11-52, Fig. 17).

En las tierras del interior peninsular se pueden ver en lugares como, La Atalaya de La Peraleja (Díaz-Andreu García, M. 1994: Fig. 23), El Otero de la Ventosa (Idem, 1994: Fig. 55), Raposa (Idem, 1994: Fig. 87), Agra 7 (Jara Andújar, M.^a D., Jordán Montes, J. F., López Limia, B., y Ruiz Parra, M., 1988: 45-62; Fig. 6. 27 y Fig. 7. 79, 85 y 94), El Cerro de la Encantada

(Colmenarejo Hernández, R., Sánchez Meseguer, J., y Valverde González, M. A. 1988: 169-178; Fig. 4. 14), El Recuenco (Chapa Brunet, T., López García, A., y Martínez Navarrete, M.^a I. 1979: Fig. 29. 57), donde se decora con un cordón con digitaciones en el cuello y mamelones a distinta altura bajo él, El Castillo de Reillo –con dataciones de 1620 a. C.– (Pastor Cerezo, M.^a J., Sánchez-Capilla Arroyo, M.^a L., y López Requena, J. 1988: 205-215; Fig. 1. 6), con cuatro mamelones a la altura de la boca, etc. En La Loma del Lomo se identifica con el Tipo II (Valiente Malla, J. 1987: Fig. 114).

En la cuenca del Duero reconocemos este perfil de volumen grande, además de en nuestro propio sector, asociado a Campaniforme, en lugares como Arevalillo de Cega (en el nivel I y en la base del II con dataciones de 1450 ± 50 y 1340 ± 50 a. C.). Le vemos también habitualmente en el Bronce Antiguo de la región, en yacimientos como Santioste (Delibes de Castro, G., Viñé, A., y Salvador, M. 1998: 155-198; Fig. 3; Fig. 4. 2563; Fig. 5. 2644), con distintos añadidos y decoraciones (un prominente mamelón en la unión entre el cuello y la panza, con un cordón horizontal sobre el cuello y digitaciones sobre el labio o con un ancho acanalado en semejante posición), en Pico Romero de Santa Cruz de la Salceda, con parecidos aditamentos (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: 579-591; Fig. 3. 2, 3 y 4), en El Parpantique de Balluncar, El Castillo de Cardeñosa, etc. En todos estos lugares predominan los ejemplares de bocas más cerradas y cuerpos marcadamente globulares que determinan un perfil en S pronunciada. Por supuesto también está presente en los enclaves Protocogotas de la región. De hecho podemos verlos en lugares tan emblemáticos como Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984: Figs. 89 y 93), tanto con superficies lisas y pulidas como con cordones junto al borde y digitaciones-lengüeta sobre el labio. De igual modo, y para concluir, debemos apuntar que no detectamos la presencia de estos grandes recipientes de cuellos marcados y desarrollados en los yacimientos meseteños de este horizonte que aportan cronologías recientes, lo que permite apuntar la hipótesis de que también en el ámbito regional esta clase de recipientes son propios de una cronología temprana y, tal vez, recuerdo y/o herencia de una tradición anterior.

Formas compuestas de contorno sinuoso

Son los también denominados recipientes de perfil en S. Como es bien sabido, se trata de vasos cuyo perfil es la suma de sucesivos segmentos curvos (cóncavos y convexos), unidos mediante una inflexión suave. La porción superior del vaso (boca y cuello), es siempre una curva cóncava que deriva de formas cilíndricas o hiperbólicas, mientras, por contra, el cuerpo suele ser esférico u ovoide.

En un sentido genérico, podemos señalar que se trata de vasijas compuestas por dos volúmenes unidos mediante una suave

inflexión. La parte superior del vaso (boca y cuello), es siempre una curva cóncava que deriva de formas cilíndricas o hiperbólicas, mientras, por contra, el cuerpo suele ser esférico u ovoide.

Para el análisis de esta forma hemos podido reunir un corto número de vasijas. En su mayor parte proceden, como es lógico, de las excavaciones de referencia, especialmente de El Castillo, y en menor medida de La Plaza, El Carrizal, etc. Desgraciadamente, hemos de reconocer que el alto grado de fragmentación de las cerámicas procedentes de todos y cada uno de estos establecimientos hace que sean muy pocos los vasos de esta clase de los que nos ha llegado una porción significativa de su perfil. Esta circunstancia ha provocado que la mayor parte de nuestras formas compuestas de perfil ondulado sólo puedan ser adscritas a un determinado tipo o Subtipo sirviéndonos, como única referencia significativa, de la diferente estructura que adoptan sus bordes, labios y cuellos. En contadas ocasiones se ha conservado un fragmento suficiente del galbo que permita hacer precisiones fiables acerca de los parámetros de sus cuerpos o de cómo se resolvió la estructura de éstos. Por este motivo, en la mayor parte de los casos, no podremos apuntar más que se trata de vasos con cuerpo de tendencia globular u ovoide, según que esa pequeña parte de galbo conservado permita intuir un perfil marcadamente convexo o algo más recto, respectivamente. En cuanto a las dimensiones de los vasos, nos hemos visto obligados a considerar como único referente del tamaño el diámetro de su boca. De igual modo, hemos de señalar que el alto grado de fragmentación hace que no sean muchos los vasos que han podido ser reconstruidos en una proporción realmente significativa. Con todo, y a pesar de las limitaciones apuntadas, hemos podido establecer la existencia de una serie de tipos fundamentales:

En principio, decir que no hemos identificado ningún ejemplar que pueda ser incluido en el grupo de los contornos sinuosos cerrados. Por tanto, todos los vasos de contorno sinuoso localizados en los yacimientos de esta etapa tienen cabida en los apartados correspondientes a los contornos sinuosos abiertos y sinuosos con cuello.

Forma 8

Da cabida a un exiguo grupo de recipientes –apenas hemos identificado 4 ejemplares– de suave perfil en S, con tendencia a abrirse, que suelen venir caracterizados por contar con paredes casi verticales, cuerpo tendente a cilíndrico, con borde del mismo tipo saliente. El único vaso completo con que contamos (El Castillo: Fig. 119. 16) cuenta con un diámetro de boca de 160 mm, propio de un vaso de tamaño medio, y una altura de 145. Su índice de alargamiento es de 0'90, característico de una forma alta. El citado prototipo (que, por cierto, tiene la particularidad de mostrar sobre sus superficies una decoración de profundas incisiones verticales-oblicuas –tipo A-8–,

de la que nos ocuparemos en su apartado correspondiente) está incompleto; con todo da la impresión de que contó con un fondo plano. Dada la fragmentación genérica de las cerámicas de nuestros enclaves, resulta arriesgado adscribir determinados perfiles a esta forma, pero basándonos en la forma del borde y su disposición, podemos documentarla también en La Plaza, donde, con dudas (se trata de un perfil bastante incompleto), creemos identificar un nuevo ejemplar (Fig. 36. 10), en este caso sin decorar.

A partir de la cronología de los yacimientos en que se han recuperado, podría decirse que, presente desde los primeros momentos del Bronce Medio (El Castillo) se perpetúa su presencia durante la plenitud de la etapa (La Plaza), sin que constataremos su aparición en aquellos lugares que, como El Cementerio-El Prado, a nuestro entender, conocieron un desarrollo una vez periclitada dicha fase.

Ya hemos apuntado que no es una forma excesivamente habitual en nuestro ámbito, en el Bronce Antiguo-Pleno, aunque encontramos representado algún ejemplar semejante en El Cujón (Sector A) (Fig. 163. 12). Tampoco lo es en el resto del valle del Duero. Comenzaremos por apuntar que en el yacimiento de Peña Dorada de Utrilla hay algunos ejemplares de cuerpos profundos, con tendencia cilíndrica, semejante al nuestro (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.ª L. 1988: 90 y Fig. 23. 15, 16, 17 y 18), sin más decoración sobre sus superficies que las impresiones que ostentan sobre el borde. Se asocian con decoraciones de cordones, vasos carenados, etc. de atribución cronológica bastante clara (Bronce Antiguo). También hallamos una pieza similar en el propio Parpantique de Balluncar; si bien muestra un perfil algo más plano que el de los ejemplares anteriormente comentados (Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Revilla Andía, M.ª L. 1988: Fig. 3. 11). En ambos casos la cronología es bastante clara y el tipo de yacimiento semejante.

Bastante más parejos, cronológica y culturalmente, son los vasos de El Balconcillo del Cañón del Río Lobos (Rosa Muncio, R. de la, 1991: 69-86, Fig. 4) y de Los Tolmos de Caracena que corresponden al Tipo B de Jimeno y Fernández (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 12. Tipo B-1). En este enclave soriano ofrecen una variedad formal que no tiene parangón en los yacimientos de nuestra área y que permite apreciar la variabilidad formal que alcanzó este tipo concreto durante la época.

Fuera de la cuenca del Duero vemos como estos vasos, que también suelen denominarse de perfil en S con borde y cuello abiertos, al igual que en la Meseta parecen tener su inicio en momentos quizá avanzados del Bronce Antiguo, para perdurar luego en el Bronce Medio. Según apuntamos podemos ver representados perfiles semejantes a nuestro prototipo de El

Castillo en yacimientos datables en el Bronce Medio de ámbitos ciertamente variopintos y geográficamente distantes. A modo de ejemplo, sirva señalar su presencia en los yacimientos conquenses de Raposa (Villas de La Ventosa) (Díaz Andreu, M. 1994: Fig. 94: arriba) y El Picurzo (Portalrubio de Guadamejud) (Díaz Andreu, M. 1994: Fig. 78: centro); también en el paquete III, estrato B de Los Husos y en El Cerro de la Encantada (Nieto Gallo, G., y Sánchez Meseguer, J. 1980). También hallamos algún ejemplar en El Perchel, y ambos vasos están también representados en La Loma del Lomo de Cogolludo.

Formas de contorno sinuoso con cuello

A diferencia de lo apuntado para el grupo anterior, constituyen un conjunto relativamente numeroso y, por ello, de cierta heterogeneidad; tanto en lo concerniente a sus perfiles, cuanto a sus dimensiones. En lo que atañe a este último aspecto podemos apuntar que encontramos desde vasijas que apenas alcanzan los 10 cm de diámetro máximo a otras que sobrepasan claramente los 40 cm. Son vasos de perfil cerrado que, en general, tienen el cuerpo globular y un cuello con las curvaturas bien acusadas. Este último, además, se incurva hacia el interior para dirigirse luego hacia el exterior y rematar en un borde, más o menos, vuelto. Las piezas de que disponemos nos han permitido diferenciar los siguientes modelos fundamentales:

Forma 9

Apartado integrado por una sola vasija (El Castillo) (Fig. 113. 1), muestra caracteres morfológicos que permiten diferenciarlo con cierta nitidez del resto. Se trata de un recipiente, relativamente grande (264 mm de diámetro en la boca), cerrado, con cuello alto, muy corto y amplio. Su estructura es aplanada (el índice de alargamiento es de 0'40). El diámetro máximo se encuentra en la panza bajo, entre los tercios inferior y medio. La morfología general de este tipo podría confundirlo con algunas ollas cerradas que describen una ligera inflexión en el borde, con la diferencia de que en este caso existe un cuello marcado, determinando un perfil complejo, frente al perfil simple de los primeros.

Esta es una forma que vemos ya presente en ciertos yacimientos calcolíticos de la Meseta (Valiente Malla, J. 1997: Fig. 4. d) y que se va a generalizar a lo largo de la Edad del Bronce, manteniéndose luego el tipo largamente. De hecho encontramos abundantes paralelismos para la forma hallada en El Castillo en ambientes campaniformes como los de Orce (Schüle, W., y Pellicer, M. 1966), donde se halla perfectamente representado.

Por último parece interesante anotar que el tipo se encuentra presente en diversos yacimientos con niveles que abarcan desde los inicios de la Edad del Bronce hasta el final de esta etapa, pudiendo encontrarlos representados en múltiples

enclaves con niveles del Bronce Medio / Pleno del sur de la Península (ver, por ejemplo, Pavón Soldevila, I. 1994: 86; Forma 22) y de yacimientos de esta época situados en la Meseta, al norte y este de ella; tal y como lo podemos apreciar, por ejemplo, en la cueva de Los Husos y en el poblado de Moncín (Borja, Zaragoza) (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994: Fig. 13. 2; Forma M), respectivamente.

Forma 10

Integrada por cierto número de ejemplares, desgraciadamente en su mayoría en estado muy fragmentario. Con todo, es posible observar un par de variantes bien diferenciadas dentro de él. La primera (10A) lo integran vasos con cuerpos de aspecto esferoide, que tiene una curvatura bastante pronunciada y un borde, bien diferenciado por un acusado cambio de dirección en la parte superior del galbo, que adopta una disposición casi vertical o muy poco exvasada al llegar a esta zona. El máximo diámetro de tales recipientes se sitúa a media altura y se cierra hasta desarrollar un diámetro entre 115 y 128 mm, lo que sitúa esta clase de recipientes en el capítulo de los vasos pequeños y medianos. Al no haber llegado hasta nosotros ningún ejemplar completo, desconocemos las características de su fondo y los valores absolutos de su altura e índice de alargamiento. Algunos de estos perfiles son fácilmente asimilables a los simples cerrados, sobre todo aquellos que se limitan a esbozar un inicio de cuello. Los encontramos en La Plaza, Soto de Tovilla II, Camino de la Aceña, Valdecelada II, etc. En principio, el no haber constatado estos perfiles en lugares como El Castillo y la densidad cotejada en La Plaza pudiera interpretarse como un dato de valor cronológico. No obstante, tal idea pierde consistencia cuando advertimos la presencia de perfiles como éstos (es este caso entre las formas decoradas) en lugares como Los Tólmos de Caracena, cuya asignación cultural nos sitúa en los momentos tempranos de este periodo. La mayor parte de los ejemplares identificados carecen de decoración. Algunos ejemplares muestran impresiones de uñas y/o digitales sobre el labio (Soto de Tovilla II, Camino de la Aceña). Excepcionalmente, un vaso de Valdecelada II (Fig. 24. 4) muestra decoración incisa. En éste los motivos consisten en una línea de espiga incisa en el borde externo bajo la cual se desarrolla un, a modo de, ajedrezado, en el que alternan los escaques rellenos de fina retícula incisa con otros lisos. En el interior se desarrolla una serie de pequeños puntos impresos.

La segunda variante (10B) se refiere a recipientes de mayor tamaño (desde mediano a grande, cuyos diámetros de boca se sitúan entre los 142 y los más de 300 mm), se caracterizan por contar con un cuerpo de perfil ovoide con un cuello estrangulado, en ocasiones extremadamente corto, y un borde diferenciado, exvasado. Hemos diferenciado una primera

modalidad (10Ba) que cuenta con un cuerpo de paredes notablemente convexas y borde apenas vuelto (La Plaza – Fig. 34. 7) de otra (10Bb) cuyo perfil, semejante al anterior, por estar conformado por unas paredes algo más “tirantes”, tiene un aspecto algo más estilizado y remata en un borde más exvasado (El Castillo – Fig. 105. 13; 128. 14). En ambos casos desconocemos el tipo de fondo de que dispone; no obstante lo más probable es que a esta clase de recipientes correspondan algunos de los fondos planos y amplios recuperados en alguno de nuestros yacimientos. Lo encontramos en un mayor número de yacimientos: El Castillo, La Plaza, Valdelaperra II, Camino de la Aceña, El Estepal, etc. En el yacimiento de El Castillo los perfiles son menos acentuados con proporciones y dimensiones algo menores. La decoración asociada escasea en relación al número global de piezas. En La Plaza (Fig. 40. 4), El Soto de Tovilla II y el Camino de la Aceña se limita a impresiones digitales o de instrumento en el labio.

Secuencialmente observamos que este tipo aparece con posterioridad a la fase campaniforme; pero alcanzará su pleno desarrollo en el Bronce Medio, con recipientes de gran capacidad. Su funcionalidad parece claramente dirigida hacia la acumulación de productos. Lo avalan los grandes tamaños, la morfología de la boca y su presencia habitual en lugares considerados de habitación.

Formas compuestas de contorno carenado

Como es sabido, son recipientes configurados por la acumulación de dos volúmenes cuya unión se produce por medio de una línea que recibe la denominación de carena. En los yacimientos de esta etapa dichos perfiles se originan por la asociación de dos cuerpos geométricos bien diferenciados: derivado de la hipérbola el superior, y de la esfera (en la inmensa mayor parte de los ejemplares) o la elipse el inferior. Según los principios tipológicos propuestos en las páginas dedicadas a la metodología, nos encontramos ante vasijas compuestas, cuyo perfil viene definido por tres o cuatro puntos, uno de los cuales es siempre el punto de intersección.

Constituye una clase ampliamente representada, así lo demuestra, tanto su presencia en la práctica totalidad de los lugares controlados como que en los yacimientos excavados de la época los fragmentos carenados, en sus diversas modalidades, alcancen porcentajes siempre cercanos al 10%.

Para su estudio hemos contado con un corto número de piezas relativamente completas. Como no podía ser de otro modo, el grueso de ellas proceden de los yacimientos excavados: El Castillo, La Plaza, El Carrizal y Las Pinzas. Puntualmente, algunos ejemplares han sido recuperados, en hallazgos superficiales, en lugares como Arroyo Valimón, Soto de Tovilla, Valdecelada, etc.

Antes de proceder a la clasificación de los recipientes carenados apuntar que hemos encontrado con una dificultad importante, derivada de la necesidad de individualizar formas dentro de un conjunto bastante homogéneo. Por ello, para tal menester, se recurrió a la combinación de elementos tipométricos y formales. Así mismo, apuntar que la clasificación básica se ha realizado sobre el más que corto número de vasijas enteras con que contamos y sobre aquellas otras que, al menos, conservan las ? partes de la altura previsible. La reconstrucción necesaria para poder efectuar todas las mediciones se ha realizado de forma gráfica a partir de la dirección de las paredes del cuerpo y la comparación con vasijas similares recuperadas en yacimientos meseteños de la época. Atendiendo a estos criterios y a los empleados en la descripción de las formas cerámicas cabe diferenciar una diversidad de perfiles característicos que se integran en los siguientes grupos:

Forma 11

Incluye a las que podríamos denominar Fuentes de carena alta. Forman un grupo de vasijas un tanto heterogéneo. Sus tamaños son realmente diversos, incluyendo recipientes de tamaño mediano (11A) (con diámetro de boca entre 180 y 214 mm) y grande (11B) (con diámetro superior a 270 mm). También lo es su estabilidad (sus índices de alargamiento oscilan entre 0'79 y 0'34). Los pocos ejemplares completos con que contamos (por ejemplo, La Plaza [Fig. 39. 4], El Castillo: Fig. 110. 1; 122. 1, etc.) traducen una preferencia por los fondos planos, siempre de reducidas proporciones, con o sin una suave depresión.

Es el tipo que agrupa la mayor cantidad, con mucho, de las vasijas incluidas en este apartado. De hecho su representatividad alcanza a más del 80% de los yacimientos por nosotros controlados. En todos los casos conocidos se caracterizan por ser vasijas cuyo perfil es la suma de dos recorridos curvos con trayectorias bien diferenciadas. Uno de ellos, el inferior, es siempre, más o menos, convexo, en tanto que el superior adopta un perfil cóncavo, más o menos acentuado. En esta porción del recipiente observamos escasa variación, siendo siempre curvado y con distintos grados de inclinación, que pueden variar, entre aquellas que adoptan un disposición prácticamente vertical y las que hemos descrito como salientes: aquellas que forman un ángulo superior a 90° respecto a

la línea de la carena. El cuerpo inferior del vaso, en los recipientes de menor porte (El Castillo – Fig. 122. 1), suele dibujar una estructura con forma ovoide. Las grandes cazuelas (La Plaza – Fig. 39. 4]) siempre tienen el cuerpo inferior con un perfil en forma de casquete, preferentemente, elíptico.

Esta forma, en todos los casos en que hemos podido reconstruir su perfil, aparece decorada con distintos motivos incisos o impresos. De hecho, es uno de los perfiles “preferidos” para servir de soporte a las decoraciones de la época. Efectivamente, podemos apuntar que, en general, más del 30% de las formas decoradas presentes en nuestros yacimientos pertenecen a esta modalidad. No descartamos, con todo, que puedan aparecer recipientes de esta modalidad con las superficies lisas. Sin lugar a dudas podemos asegurar que estos recipientes con carena alta y cuerpo inferior convexo son un elemento sumamente representativo y caracterizador del horizonte Protocogotas o, lo que es lo mismo, el Bronce Medio de la Meseta; no obstante, su dispersión es bastante amplia, alcanzando además de a toda la cuenca del Duero y sus relieves marginales, a la cuenca alta del Tajo y puntos más alejados de casi toda la Península.

En el primero de tales ámbitos estos perfiles, que debieron tener su origen en los momentos iniciales del Bronce Medio, pues no detectamos ejemplares semejantes en los contextos del Bronce Antiguo del sector, están presentes, además de en los yacimientos Protocogotas de nuestra zona, en enclaves tan significativos como Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984: Figs. 99, 141 y 143), Arealillo de Cega (Fernández-Posse, M.ª D. 1981: Fig. 15. 1 y Fig. 17) o la cueva del Asno en Los Rábanos (Eiroa García, J. J. 1979: 95-96). A ellos cabría añadir numerosas localizaciones más: Las Cogotas, Las Carretas, Alto de Yecla, Cueva de la Vaquera, El Balconcillo, Puente Viejo, Atapuerca, Castilviejo de Yuba, etc., que se distribuyen a todo lo largo y ancho de la Meseta N. En la Meseta S, por su parte, están presentes en yacimientos, asimilables a la *facies Cogeces*, del valle medio y alto del Tajo (provincias de Guadalajara, Madrid y Toledo)⁹². Todos los ejemplos citados unen a este perfil las características decoraciones incisas de zigzag y espiga, tanto en sus superficies exteriores como al interior del borde.

⁹² Son numerosos los areneros y enclaves en la llanura de la provincia de Madrid donde se han localizado estructuras de hoyos con rellenos que inclúan entre sus materiales cerámicos esta clase de recipientes: Los Vascos, La Torrecilla, etc. (Blasco Bosqued, C. 1987: 95-97). En el valle del Manzanares las encontramos también en algún establecimiento, en este caso en el alto de un cerro, como La Muela de Alarilla (Guadalajara) (Méndez Madariaga, A. y Velasco Steigrad, F. 1984; Méndez Madariaga, A. y Velasco Steigrad, F. 1988). En Toledo pudieran citarse barros de este tipo en las excavaciones del yacimiento pluriestratificado de Cerro del Bu (Álvaro, E., y Pereira, J. 1990: pp. 201-213). En la cuenca superior del Tajo comparecen en lugares como el Minizoo de Guadalajara (Valiente Malla, J. 2000: Fig. 1. 6) o La Espiná (Santamera) (Idem, 2000: Fig. 2. 2).

Fuera del ámbito meseteño este perfil se documenta en el Alto valle del Ebro, en la llanada alavesa, tanto en depósitos en hoyos como el de Mendizorroza (Llanos Ortiz de Landaluze, A., y Fernández Medrano, D. 1968: Fig. 4. 1 y 2), cuanto en auténticos poblados como el de Berbeia (Agorreta, J. M.^a, Llanos, A., Apellániz, J. M., y Fariña, J. 1975: Figs. XX, XXVI, XXVII y XXXII) y en niveles bien estratificados de cuevas como el VIb y VII de Solacueva de Lakozmonte (Llanos Ortiz de Landaluze, A. 1991 b: Fig. 1), el primero de ellos datado recientemente en 1760 ± 100 , fechación que cabe calificar de más que dudosa por su excesiva antigüedad.

Son también significativos los hallazgos de la margen derecha del Ebro en la comarca de Cameros, siempre en cuevas, sepulcrales (El Tragaluz) o de habitación (Peña Miel Superior y Cueva Lóbrega). Todas ellas representan el momento del Bronce Tardío, con dataciones para la primera de ellas de 1325 a. C. (Rodanés Vicente, J. M.^a 1991 a: 7), similar a la obtenida, por ejemplo, en La Plaza. En Peña Miel Superior aparecen sin decoración incisa (Pérez Arrondo, C., y Barrios Gil, I. 1989: Fig. 42. 1). En las últimas campañas de excavación en Cueva Lóbrega esta forma se ha documentado en la Sala II con las características decoraciones de zigzag y una datación de 1245 ± 50 a. C.

Más hacia el sur debemos citar el hallazgo de Los Almantes de Calatayud (Barandiarán, I., y Martín Bueno, M. 1971-1972: Figs. 9 y 10). En Moncín esta forma está presente en las Fases IIC y IIB, en este último caso, asociada a característicos perfiles con cuerpo inferior de forma troncocónica y decoración de Boquique (Harrison, R. J., Aguilera, I., y Moreno, G. 1990: Fig. 5).

En el Bajo Aragón el llamado horizonte Protocogotas no aparece tan claro, pues los hallazgos emparentados con esta cultura meseteña han de ponerse en relación con fechas más tardías (Álvarez Gracia, A. 1992-1993: 55). Aparecen, sin embargo, cazuelas con carena alta, semejantes a las nuestras, dentro de un contexto local del Bronce Reciente con influencias meseteñas como podemos ver en el Cabezo Sellado de Alcañiz (Benavente Serrano, J.A. 1985-1986: Fig. 2) y Cabezo del Cuervo de Alcañiz (Sanmartí-Greco, E. 1980: 105; VV.AA. 1989: Fig. 7. 1) o sin ellas en Masada de Ratón (Garcés Estallo, I. 1987: Fig. 7. 1 a 10 y Fig. 8. 4 y 5), por citar alguno de los múltiples ejemplos que proliferan en esta zona en los últimos siglos del II milenio a. C.

La dispersión de esta forma alcanza también a zonas tan distantes del núcleo meseteño como puede ser el Sudeste peninsular. En este ámbito cazuelas de fondo convexo y carena alta como las que aquí nos ocupan están presentes, en los momentos más antiguos del Bronce Tardío de Fuente Álamo (Schubart, H., y Arteaga, O., 1983: 61); en unas fechas -1300 a. C. para la fase 17- que coinciden con un momento que pudiéramos

considerar avanzado del desarrollo del grupo Protocogotas en la Meseta.

Forma 12

Integra a las “fuentes de de carena media”. Son, sin lugar a dudas, otro de los elementos representativos de este momento; no en vano se encuentra presente, en cualquiera de sus modalidades, en cerca del 70 % $-68'2$ % de los yacimientos por nosotros controlados. Alcanza porcentajes considerables elevados entre las cerámicas carenadas de estos lugares: el 60% en El Castillo y el 70'58% en La Plaza.

Esta modalidad cerámica da cabida a un grupo de vasijas, de nuevo, bastante heterogéneo, integrado por todos aquellos recipientes que comparten la característica de contar con una línea de inflexión hacia la mitad de su altura.

En un primer apartado (12A) se incluyen las formas de carena media de pequeño y mediano tamaño. Se caracterizan por su diámetro de boca inferior a 250 mm. La mitad inferior del recipiente suele tener tendencia semiesférica en algunos recipientes y de casquete esférico en otros. En el cuerpo superior es donde se advierte una mayor diversidad, pudiendo presentarse las siguientes variantes:

- Con unas paredes en disposición prácticamente vertical o muy ligeramente cóncavo, y con un borde, diferenciado o no (12Aa). Se encuentran vasos con la carena más o menos marcada.
- Cóncavo y el borde exvasado (12Ab). En los ejemplares documentados la carena presenta una agudeza variable.

No disponemos de ningún ejemplar de perfil completo, lo que se traduce en que desconocemos cómo son los tipos de fondo. No obstante, en buena lógica, podemos suponer que esta parte del recipiente no debe diferir en mucho, en su estructura, de los fondos identificados en las formas de carena alta.

De la primera sólo conocemos algunos ejemplares de estas características, en Soto de Tovilla II (Fig. 10. 9, 10 y 11) y otro más en Valdecelada II (Fig. 24. 2) que, a nuestro entender significativamente (por su estructura no constituyen un adecuado soporte para mostrar la decoración), carecen de decoración. La segunda modalidad es, por tanto, mucho más numerosa así lo demuestra el que en El Castillo y en La Plaza constituyen la totalidad de este tipo de vasos. Estos perfiles son uno de los soportes preferidos para exhibir las características decoraciones incisas e impresas presentes en nuestros yacimientos. Las piezas identificadas en nuestros yacimientos no presentan sistema de suspensión alguno, lo que diferencia los recipientes de nuestra zona de los de distintos ámbitos peninsulares, donde esta clase de perfiles suelen acompañarse muy habitualmente de mamelones o asas puente que se sitúan

sobre la mitad superior del recipiente, en los yacimientos contemporáneos de ámbitos culturales como, sirvanos de ejemplo, el Valle del Ebro.

Como ya se apuntaba en el apartado correspondiente a las formas carenadas aparecidas en yacimientos campaniformes la presencia de perfiles semejantes a los que aquí nos ocupan suelen entenderse como sinónimo de Edad del Bronce y muy especialmente de Bronce Medio; si bien advertíamos la necesidad de tener muy en cuenta el contexto en que se recuperan para suponerles un valor cronológico.

Los tipos aquí representados, en sus diversas variantes, con o sin decoración, pueden rastrearse por una extensa área peninsular, estando emparentados, en efecto, con las formas carenadas más características del Bronce Medio. Esa amplia dispersión hace innecesaria una revisión de todos los puntos donde aparece. Por ello nos centraremos en algunas referencias bien documentadas estratigráficamente y con datación absoluta.

En la Cuenca del Duero son unos perfiles absolutamente comunes, en sus diversas variantes, en los yacimientos del horizonte del Bronce Medio de la zona, con dataciones de 1430 ± 50 , 1420 ± 50 , 1410 ± 50 a. C., contamos con los hallazgos de Los Tolmos de Caracena. En este yacimiento están presentes los recipientes de carena media y carena alta (Jimeno Martínez, A. 1984: Forma C), en porcentajes próximos al 14% y sin que parezca evidenciarse una sucesión clara apoyada en la secuencia estratigráfica. Como sucede en nuestros yacimientos resulta habitual la presencia de decoraciones incisas (zigzags, espiguillas, etc.), que caracterizan el horizonte Protocogotas.

También en la Meseta, en su mitad meridional destacan los hallazgos de los hoyos del Tejar del Sastre, uno de los más significativos yacimientos del llamado "Bronce Clásico" en la zona madrileña (Blasco Bosqued, M.^a C. 1987: 85). Presenta pequeños vasos carenados con mamelón en asociación con cerámica campaniforme, en un contexto de fondos de cabaña con depósitos en hoyos (Quero Castro, S. 1982: Fig. 35). Idénticas características revisten los hallazgos del Sector III de Getafe (Blasco Bosqued, M.^a C., y Barrio Martín, J. 1987: Fig. 16. 7), Las Matillas de Alcalá de Henares (Díaz-del-Río, P., et alii, 1997: Fig. 5, abajo izqda.) o diversos areneros situados en el Bajo Manzanares, caso de La Perla (Blasco Bosqued, C., et alii. 2001: 77-80; Figs. 7 y 8) y otros más situados en su entorno próximo (Las Mercedes, Quitapenas), en todos los casos ahora sin material campaniforme. También se podrían encuadrar dentro de un ambiente semejante los materiales de La Loma del Lomo de Cogolludo (Valiente Malla, J. 1987: Fig. 35. 194; Fig. 77. 437; Fig. 78. 443). En este yacimiento, con fondo plano-convexo, carena media y mamelón, constituye una de las formas características de su momento de ple-

nitudo, datado en el 1500. Están asimismo presentes estos tipos de carena media y borde cóncavo abierto en los yacimientos del sector asimilables a la fase Protocogotas donde se acompañan de las consabidas y sencillas decoraciones incisas (zigzags, espigas, retículas etc.), que caracterizan este horizonte.

Fuera del estricto ámbito meseteño observamos que estas formas son muy corrientes en el Bronce Valenciano, constituyendo el Tipo V de R. Enguix Alemany (1981 a: Fig. 3. 1 y 2). En el Bajo Segre se define un horizonte atribuido al Bronce Antiguo-Bronce Medio en el que estas pequeñas cazuelas con carena media se ven acompañadas de cerámicas con barro plástico, cordones y, por el contrario, no se detecta la presencia de asas con apéndice de botón, motivo éste fundamental; no en vano, permite atribuirles una cronología antigua dentro del periodo (Maya González, J. L. 1982: 164-165). Presentan gran diversidad aunque se las recoge bajo la denominación genérica de tazas carenadas (en realidad muy pocas de ellas lo son pues carecen de asas, pero se les atribuye esta denominación por analogía con formas del Bronce Reciente). Las encontramos aquí con los yacimientos de Tapió, con estructuras de habitación estables (González i Pérez, J. R., y Rodríguez i Duque, J. I. 1989), La Plana y Feixa Mata (Maya González, J. L., y Díez-Coronel i Montull, L. 1986), Bolós, Tudela y Peixera (Maya González, J. L. 1982), Subau (Gallart i Fernández, J., Rives i Foguet, J., y Rovira i Marsal, J. 1986: 49-64), etc.

A este horizonte se pueden asimilar otros hallazgos de la provincia de Huesca como La Masada de Simoner (Aguilera Aragón, I., y Murillo Costa, J. 1987), nivel c de la Cueva del Moro de Olvena (datado en el 1580 a.C.) (Baldellou Martínez, V., y Utrilla, P. 1985), la Cueva de la Miranda (Baldellou Martínez, V., Barril Vicente, M. 1981-1982), nivel I de la Cueva de Chaves (Maya González, J. L. 1983), etc., y, ya en la provincia de Zaragoza, Siete Cabezas (Harrison, R. J. et alii, 1990), o Balsa de Tamariz (Rey Lanaspá, J., y Royo Guillén, J. I. 1993).

Su perduración hasta el Bronce Reciente, en asociación con asas de "apéndice de botón" testimonia claramente el arraigo de esta forma en la zona del Bajo Ebro, según vemos entre otros, en Masada de Ratón (Garcés Estallo, I. 1987) o Zafrales (Broto Montón, F. J. 1988).

En el Alto Valle del Ebro estos tipos no parecen ser muy comunes. En el abrigo de Los Husos apenas está representada, con perfiles poco claros y muy fragmentarios, a partir del nivel IIB1 (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974: Fig. 42. 1 y 2). Algunos ejemplares aislados y atípicos se pueden rastrear también en Obenkun (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1970: Fig. IV. 2) en un momento del Bronce Avanzado y Padre Areso (Beguiristáin Gúrpide, M. A. 1982: Fig. 22) con un ejemplar de perfil completo y contexto poco claro, que por su carena baja acusada y fondo umbilicado pronunciado cabría fechar

en el Bronce Antiguo. También aparecen en contextos megalíticos, como en el dolmen de Aranzadi (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1973: Fig. 225. 1).

Algo más explícita es la información de algunos pequeños poblados navarros de reciente excavación, como el de San Pelayo (Arellano), en el que un fondo de cabaña con escudillas, recipientes con barro plástico y dobles mamelones, cazuelas carenadas, etc. ha arrojado una datación de 1320 ± 90 a. C. o los todavía poco conocidos materiales de El Linde de Larraga.

En un segundo apartado (12B) incluiremos las formas de carena media de gran tamaño. Comprende esta forma diversos recipientes con diámetro de boca superior a 270 mm (media entre 270 y 384 mm), de perfil marcadamente abierto y bajo (índice de alargamiento medio es de 0'23). No poseemos ningún ejemplar íntegro, circunstancia que nos impide conocer la estructura de su fondo. No es un elemento muy numeroso, ya que sólo se ha identificado en alguna de sus modalidades en 4 yacimientos de este momento (El Castillo, La Plaza, Valdelaperra II y Soto de Tovilla II), es decir en un 17'39% de los controlados, y en todos ellos en porcentajes muy bajos en relación con el total de vasijas recuperadas. No poseemos ningún ejemplar íntegro, por lo que desconocemos la forma del fondo. Se distinguen un par de variantes teniendo en cuenta, como elemento fundamental, la delineación de sus paredes:

- **12Ba.** Sin duda la más numerosa, se caracteriza por la marcada curvatura de las paredes que dibujan su cuerpo superior e inferior. El primero es marcadamente cóncavo, abierto o muy abierto, y de tendencia semiesférica el inferior. Poseemos un único ejemplar, bastante incompleto, que carece de elemento decorativo o de suspensión, procedente de Valdecelada II (Fig. 24. 3). Lo más habitual es que se asocien a las decoraciones incisas e impresas representativas de Protocogotas, como puede advertirse en los ejemplares hallados en lugares como El Castillo (Fig. 118. 2) y Valdelaperra II (Fig. 63. 1).
- **12Bb.** Se define, inicialmente, por su notable diámetro (una pieza de este tipo, relativamente completa, procedente de El Castillo –Fig. 118. 1– alcanza los 384 mm). Las paredes del cuerpo superior e inferior, marcadamente rectas, adoptan una disposición sumamente tendida y se unen formando una carena muy poco indicada. En conjunto, nos encontremos ante unos recipientes de perfil marcadamente abierto y bajo (índice de alargamiento 0'36, propio de una forma plana). Los ejemplares que han llegado hasta nosotros de esta forma aparecen siempre decorados con motivos incisos e impresos. No es un elemento muy numeroso, ya que sólo se ha identificado en dos yacimientos, es decir en el ya citado y en La Plaza (Fig. 36. 4). Sin duda, se trata de un

perfil difícil de identificar si no se cuenta con una porción significativa del mismo.

En cuanto a la dispersión y asignación temporal de esta forma podemos apuntar que, en cuanto concierne a la primera de las variantes, es muy semejante a la de las formas con carena media de pequeño/mediano tamaño, aunque cabe apreciar algunas disimilitudes. Es muy poco frecuente en los enclaves del Bronce Valenciano, cultura en que son más comunes los carenados lisos de tamaños pequeños y formas abiertas. Algo más habituales parecen ser los perfiles de este tipo en los poblados del Bronce del Sur del Sistema Ibérico Turolense y, en general, en el Valle del Ebro, donde vemos como se encuentran, en efecto, entre los materiales del Bronce Medio / Bronce Medio Evolucionado estudiados por J. Sesma y M.^a L. García en las Bardenas Reales (Sesma Sesma, J., y García García, M.^a L. 1994: Fig. 11. 15). En contextos claros del Bronce Medio también las encontramos en otros puntos de la cuenca de este río, cuales son, por ejemplo, la cueva catalana del Frare (Rafel i Fontanals, N. 1977-1978: Fig. 2. 1), el “campo de hoyos” de Balsa la Tamariz (Royo Guillén, J. I., y Rey Lanaspá, J. 1993: Fig. 7), el Tapió (González y Pérez. J. R., y Rodríguez y Duque, J. I. 1989: 71-83; Fig. 79. a), etc.

En la Meseta vemos alguna de estas grandes cazuelas planas, también en este caso lisas, en el Bronce Clásico de la Meseta Sur, representado en lugares como La Loma del Lomo de Cogolludo (Valiente Malla, J. 1992: Fig. 35. 144) o el Tejar del Sastre de Madrid (Quero Castro, S. 1982: Fig. 34). Los ejemplares que comparecen en ambos enclaves muestran el borde más desarrollado y exvasado que nuestro prototipo; rasgo que comparten con la generalidad de las piezas que se citan en el párrafo anterior.

En el preciso marco de la cuenca del Duero también encontramos buenos paralelos para las piezas en cuestión. De hecho, ya podemos rastrear adecuadas correspondencias para nuestros perfiles entre los vasos sin decoración en contextos claros del Bronce Antiguo como el constatado en el ya célebre “establecimiento salinero” de Santioste (Otero de Sariegos, Zamora) (Delibes de Castro, G., Viñé Escartín, A., y Salvador Velasco, M. 1998: Fig. 5). Parentescos claros, tanto lisos como decorados, también les encontramos en múltiples enclaves Protocogotas del Bronce Medio meseteño. Valga en este sentido señalar que, como en otras tantas ocasiones, advertimos su presencia entre los materiales cerámicos tanto de lugares situados al este de la región: caso, por ejemplo, de Los Tolmos de Caracena (Sector A), cuanto al oeste de la misma: señalar su presencia, pongamos por caso, en lugares como Carravilas (Barrmán) o La Serna (Arévalo-Donhierro), ambos en la provincia de Ávila (Delibes de Castro, G. 1995: Figs. 24 y 26).

310 Por lo que se refiere a la segunda de las variantes debemos decir que, al contrario que el perfil anterior, parece ser una forma casi exclusiva de los contextos Protocogotas, quizá por especial predisposición (notable desarrollo en horizontal) para servir de soporte a las decoraciones típicas de este horizonte. De hecho sólo encontramos adecuados paralelos para ella, y siempre en versión decorada, en contextos protocogoteños, tanto del ámbito meseteño como de fuera de este sector. En el primero de los casos, podemos rastrear dichas analogías en alguno de los yacimientos meseteños excavados, merecedores de esta atribución. Comenzaremos por citar que entre todo el amplio elenco de materiales recuperados en Los Tolmos encontramos paralelismos para nuestra forma, como también la encontramos en lugares ciertamente alejados del denominado área *nuclear* del grupo Protocogotas; sirva señalar en este sentido la presencia de esta clase de perfiles en diversos momentos de la estratigrafía identificada en el yacimiento aragonés de Moncín.

Forma 13

Da cabida a las “cazuelas” de carena baja. Aunque en lugares como El Soto de Tovilla II (Fig. 10. 4 y 12) contamos con un par de fragmentos cerámicos, el primero decorado el segundo liso, que, por su apariencia, pudieran sugerir la existencia de vasos de esta clase de distintas morfologías, lo cierto es que en los yacimientos La Ribera contamos con un único perfil relativamente completo, merecedor de ser integrado en este apartado. Se trata de una gran cazuela carenada lisa, procedente de El Castillo (Fig. 112. 1), con diámetro de boca de 276 mm, perfil marcadamente abierto y bajo (índice de alargamiento 0'23) que muestra un borde de tendencia recta muy ligeramente exvasado. A la porción inferior del recipiente, que tiene forma de casquete de tendencia elíptica, le falta el fondo; circunstancia que impide conocer su estructura. Además de en éste, no hemos encontrado indicios claros de este perfil en otros yacimientos del sector.

De todos modos entendemos que se trata de un perfil excepcional en la zona, como se deduce de su presencia minoritaria en el propio yacimiento de Rábano, donde sólo cabe atribuir a esta clase de perfiles el ejemplar apuntado. El hecho de haber sido detectado en exclusiva en el yacimiento de El Castillo nos permitiría considerar que se trata de un elemento propio de los momentos tempranos de esta fase. Como luego veremos, esta impresión parece correcta a juzgar por las analogías que encontramos para estas piezas. En efecto, podemos citar que vasos carenados de esta clase ya les constatamos en ambientes propios del Bronce Antiguo meseteño, caso del establecimiento zamorano de Santioste. En el caso de ambientes Protocogotas diremos que detectamos su presencia con total claridad en

enclaves como el madrileño Caserío de Perales del Río (Blasco Bosqued, M.^a C., Calle Pardo, J., y Sánchez-Capilla Arroyo, M.^a L 1995: Fig. 1. 1 y 2). En dicho enclave, “en la fosa 3 de la cuadrícula 13”, datada por C14 en una fecha (CSIC1089 = 3356 ± 68 bp 1406 ± 68 a. C. 1629 *cal.* BC) que se ajusta perfectamente a los valores que ofrecen los análisis procedentes del yacimiento de El Castillo de Rábano, con contextos cercanos, propios de los momentos tempranos del horizonte Protocogotas.

Forma 14

Sólo comparece en el yacimiento de El Castillo en un único ejemplar (Fig. 106. 1). Se trata de un gran contenedor (diámetro en la boca 302 mm y 410 mm de diámetro máximo) que ha aparecido casi completo. De fondo plano amplio e índice de alargamiento propio de forma media (0'65), presenta, por otra parte, algunas dudas ya que la línea de la carena no aparece muy marcada. Pudiera incluso ser considerado como una forma simple cerrada.

Forma 15

Se consideran partícipes de este perfil las piezas claras identificadas en El Carrizal, El Castillo, o El Soto de Tovilla. En otros lugares aparecen algunos fragmentos de difícil asignación. En general poseen un cuerpo de perfil convexo-cóncavo, mientras que otras ofrecen un fondo plano; ninguna va provista de asa. En todas ellas la disposición de la carena coincide con la porción media/alta del recipiente. En la totalidad de los ejemplares los cuellos son cortos y muy poco marcados. En el seno de esta serie de generalidades nos ha sido posible reconocer un par de tipos.

- Recipientes carenados de tamaño mediano (15A). Conocemos un par de ejemplares, bastante completos (ambos procedentes de El Carrizal) que nos sirven de prototipo. Se trata de vasijas con carena alta (cercana al borde), poco marcada, que separa un cuerpo inferior, bastante hondo y de tendencia ovoide, de otro superior, muy poco desarrollado que remata en un borde curvado y ligeramente vuelto hacia fuera. Es aquí donde se sitúa el diámetro máximo de la vasija (en las piezas controladas se sitúan entre 125 y 146 mm). En esta porción del vaso se sitúa un cuello corto y poco marcado. Aunque ninguno de los recipientes cuenta con el perfil completo, una reconstrucción ideal de los perfiles más completos con que contamos nos permite aventurar que muy probablemente dispusieron de un estrecho fondo plano.

Aunque sus proporciones generales son bastante homogéneas. Podemos, no obstante, establecer sendas variantes teniendo en cuenta sus proporciones, la posición de la carena y la estructura del cuello:

- **15Aa.** Se caracteriza por su mayor altura y menor volumen, con un índice de alargamiento de 0'8, así como por la posición sumamente alta de la carena.
- **15Ab.** Se define por su mayor diámetro de boca y de volumen, lo que determina un índice de alargamiento de 0'61. El mayor desarrollo del cuerpo superior de esta vasija determina que su carena, aunque también en posición alta, se disponga en una posición, proporcionalmente, algo más baja que en la variante anterior. El mayor estrangulamiento de la porción superior del vaso determina la existencia de un cuello más marcado.

Ciertamente no es una forma común en los enclaves del Bronce Medio de La Ribera; de hecho sólo se documenta con claridad en El Carrizal. En este último caso, además, sólo comparecen unos pocos fragmentos de borde que, aunque tipológicamente asimilables a esta forma, resultan poco definitorios.

Un análisis bastante detallado de los materiales cerámicos de distintas áreas culturales de la Edad del Bronce peninsular permite apuntar que nos encontramos ante perfiles característicos de las denominadas *Área Nuclear y de contacto* de Cogotas I (Abarquero Moras, F. J. 1997) (según hemos podido advertir fuera de dicho ámbito suelen preferirse los recipientes carenados que manifiestan, desde un punto de vista proporcional, un menor desarrollo en altura). A esto podemos añadir que también van a estar presentes en distintos puntos de nuestra Península que conocieron algún contacto y/o vinculación respecto al horizonte Cogotas, entendiendo esta acepción en su sentido más amplio y genérico. En este sentido cabe decir que esta clase de cerámicas acompañan a las vasijas decoradas de filiación cogotiana en su "expansión" lejos del ámbito meseteño durante los distintos momentos en que se produjo dicha difusión. Prueba de cuanto decimos nos la proporciona advertir que están presentes tanto en los primeros momentos de dicho proceso (así lo demuestra, por ejemplo, advertir la presencia de alguna de estas cerámicas en compañía de especies decoradas que recuerdan las más clásicas realizaciones de Protocogotas en lugares que, como Majada Londeras (Tobía, La Rioja) (Pérez Arrondo, C. L., Ceniceros, J., y Duarte, P. 1987: 108-111; Lám. XXVII. 3), son interpretados como resultado de un fenómeno de intrusión de dicho horizonte meseteño), cuanto en la plenitud del desarrollo de la Cultura meseteña (un ejemplo lo vemos en un yacimiento tan señero como la granadina Cuesta del Negro; donde podemos advertir que mientras en los niveles

más bajos, asimilables a un establecimiento del Argar B, no comparecen cerámicas como las que aquí nos ocupan, en otros, caso del nivel VI/sur, con dos fechas de carbono 14 que teóricamente datan la construcción y destrucción de las viviendas más modernas de dicho estrato ente 1210 ± 35 y 1145 ± 35 a. C. (Molina, F. 1978: 169), asimilable al Bronce Tardío de la región (Molina, F. 1978: 159-232), se identifican piezas carenadas que, como la n.º 362, constituyen un buen paralelo para nuestro prototipo [Molina, F., Pareja, E. 1975: Fig. 83]).

Estas observaciones, entendemos, permiten proponer que estas vasijas carenadas lisas, de algún modo, constituyen una seña de identidad, característica y caracterizadora, del horizonte cogoteño allí donde éste haga acto de presencia. En afirmación de esta idea podemos apuntar que es en el estricto marco de esta cultura donde encontramos los mejores paralelos para nuestras piezas. En efecto, en el preciso ámbito de la cuenca del Duero, y sin antecedentes claros en el Bronce Antiguo de la región, las podemos rastrear en distintos enclaves protocogotas que se reparten por toda la geografía regional. Por ejemplo, advertimos su presencia en Las Empedradas de Fuentecén donde comparece un ejemplar, de perfil completo y contexto muy claro, que cuenta con un asa de puente simple vertical que une el borde y la carena. Está asimismo presente entre el material de alguno de los hoyos protocogotas del yacimiento vallisoletano de El Teso de La Macañorra de Geria (Arranz, J. A., Gómez, A., Sánchez, M., y Bellido, A. 1993: Fig. 8. abajo). También la encontramos en Los Tolmos (nº 147) y en el nivel XI (nº 168) de La Vaquera de Torreiglesias. Para los niveles medios de este yacimiento en cueva, entre los que se incluye el XI, existe una fecha de C-14 de 1330 a. C., muy adecuada para los contextos Protocogotas de la región.

Su perduración hasta el Bronce Tardío/Final en la región, en asociación con los materiales de un momento avanzado de la Cultura de Cogotas, testimonia claramente el arraigo de esta forma en todo el Duero medio. Este hecho lo podemos advertir, entre otros lugares, en puntos tan significativos cuales son La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid)⁹³ o La Aceña (Huerta, Salamanca) (Sanz García, F.J. et alii, 1994: Fig. 4.3).

Forma de tamaño grande (310 mm de diámetro de boca) altura media (índice de alargamiento en torno a 0'49) y con carena alta (**15B**). No es una forma muy corriente en el Bronce Medio de La Ribera, pues únicamente ha sido inventariada en El Castillo de Rábano (Fig. 128. 1). Disponemos de un único

⁹³ Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J.A. 1990: Fig. 20. Encontramos inmejorables paralelos para nuestra forma en el tipo F; más en concreto, en sus variantes F-1 y F-2 que alcanzan un mayor desarrollo en altura.

vaso relativamente completo, que cuenta con una carena y un cuello más marcados que en el tipo anterior. El ejemplar conocido carece de fondo.

Se trata de un perfil que también conoce una presencia muy puntual en los distintos yacimientos de la Edad del Bronce que hemos consultado; no obstante hallamos interesantes analogías en ambientes sumamente dispares. Sirva como ejemplo señalar que están presentes, por ejemplo, en La Illeta dels Banyets (Simón García, J. L. 1997: 47-132, Fig. 19. 11), donde hallamos representada una peculiar facies propia del Sur de Alicante (relacionada con el Argar A o Bronce Antiguo), en el Bronce Valenciano de lugares como Oropesa la Vella (Gusi Jener, F., Olaria de Gusi, C. 1977: Fig. 6. 15), o en la facies del Bronce Medio clásico madrileño del Tejar del Sastre (Quero Castro, S. 1982). También les hallamos como un elemento típico en el Bronce Pleno de poblados castellano-manchegos como el de La Azañuela (Bargas, Toledo); aquí se constata una modalidad muy particular con mamelones sobre la carena de las vasijas (Corrobles, J., Muñoz, K., Rodríguez, S. 1994: 199). En el Valle del Ebro la podemos observar en S. Pedro el Viejo de Cajal (Rovira, J., y Gasca, M. 1983-1984: Lám. II. 7) con una atribución cronológica del Bronce Antiguo y también en el Bronce Medio de Siete Cabezos (Harrison, R. J., et alii, 1990: Fig. 8).

Con una atribución cronológica muy semejante a la comentada en último término encontramos algunos de estos perfiles en yacimientos significativos repartidos por la cuenca del Duero. De hecho, con una datación del Bronce Antiguo la podemos observar (eso sí con una panza más marcada que la de nuestro prototipo) en Pico Romero de Santa Cruz de la Salceda (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: Fig. 4. 1) y también en el yacimiento de Cueva Maja (en este caso con una serie de asas puente que unen la base del borde y la carena) (Samaniego Bordiú, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 97). En el Bronce Medio de Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 24) también encontramos un buen paralelo para este perfil; en este caso con entera semejanza formal respecto a nuestra pieza. De nuevo parece que nos encontramos ante un perfil que, estando presente en los yacimientos de los inicios de la Edad del Bronce de la Meseta, se mantiene vigente en aquellos que proporcionan

las fechas más antiguas dentro de los del Bronce Medio de la región.

A.4. Otros objetos y recipientes de barro

Vasos perforados. En este epígrafe incluimos una serie de vasijas de pequeño tamaño que comparten un rasgo común: la presencia de perforaciones que se distribuyen por toda su superficie, lo que sin duda les confiere unas especiales condiciones de utilización. Las más de las veces no se aprecia un orden determinado; no obstante, en algún caso (El Castillo – Fig. 108. 15), tales perforaciones se nos muestran perfectamente alineadas, adecuándose a unas *líneas maestras* que han sido realizadas mediante finas incisiones. Dichas perforaciones, generalmente muy finas, han sido ejecutadas cuando el barro se encontraba todavía tierno; así se desprende de la presencia habitual de rebabas arcillosas internas. Son en todos los casos circulares, lo que nos hace suponer que fueron realizados con punzones metálicos de sección redondeada. Hemos de apuntar que tenemos indicios de que en algún caso (El Cementerio-El Prado) esta clase de instrumento se utilizó enmangado, pues en la pared se advierten las huellas del mango (de mayor diámetro) rodeando la perforación.

Estas vasijas con ser habituales en el Bronce Medio del centro de la Península, nunca se manifiestan en número excesivamente elevado. En el ámbito de nuestra investigación se pone de manifiesto una tendencia semejante, pues aun apareciendo en 8 (30%) de los yacimientos controlados, su presencia es siempre minoritaria, de ahí que solamente contemos con dos ejemplares completos procedentes de las excavaciones de El Cujón y de El Castillo.

Estas dos únicas piezas presentan una estructura sin fondo, con doble apertura, cuyos caracteres morfológicos se adecuan por completo a los de las conocidas tradicionalmente por encellas o queseras⁹⁴, cuyo uso, como su propio nombre indica, y pese a las opiniones de ciertos autores que no descartan pudieran cumplir otras funciones alternativas como filtros de agua o líquidos (Harrison, R. J., Moreno, G., y Legge, A. J. 1987: 79), se relaciona con la elaboración de productos lácteos –queso y requesón– (Enguix Alemany, R. 1981 b: 252 y 254), por comparación con útiles todavía hoy en uso de determinadas regiones productoras de leche⁹⁵. Si su uso es el que se le viene asignando es lógico que su presencia esté íntimamente ligada a

⁹⁴ En palabras de Enguix Alemany “se trata de recipientes troncocónicos, abiertos por los dos extremos y con toda la superficie perforada” (Enguix Alemany, R. 1981 a: 73).

la existencia de una ganadería vacuna o de ovicápridos⁹⁶. Habría que señalar que en La Ribera no están presentes ciertas cerámicas perforadas que aparecen, también de forma esporádica, en poblados similares a los de la época que estamos tratando. Nos referimos, por ejemplo, a ciertos recipientes de tipo cuenco con perforaciones en la base, considerados habitualmente como simples coladores (Fernández-Posse, M.^a D. 1979: 65; Enguix Alemany, R. 1981 a: 73), de cuya aparición no dudamos en el momento en que se amplíen las investigaciones en la zona.

Si bien los dos prototipos arriba citados tienen una estructura semejante, por lo que cabría inscribirles en un mismo tipo, muestran, no obstante, algunas diferencias en los perfiles. En efecto si bien es cierto que los ejemplares de El Cujón y el de El Castillo comparten un perfil en forma de embudo y cuentan, en su abertura más estrecha, con un cuello rectilíneo vertical muy acusado, también lo es que diferencian en la distinta configuración de sus galbos: algo más sinuoso y prolongado en el ejemplar localizado en El Castillo y más achatado y de formas rectilíneas en el de El Cujón.

Además de estos ejemplares contamos con un borde reentrante, documentado en Arroyo Valimón (Valdelaperra II), que quizás corresponda a una nueva variante. El fragmento en cuestión, perteneciente sin duda al extremo más estrecho de la pieza, recuerda a ciertos ejemplares, con el borde superior entrante y el inferior exvasado, que aparecen en diversos yacimientos de nuestra Península⁹⁷.

Esta clase de cerámicas perforadas tienen gran amplitud espacial y cronológica, no en vano podemos rastrearlas en todo el ámbito ibérico y Europa, con perduraciones durante el Bronce Final y la primera Edad del Hierro⁹⁸. En el Bronce Medio de la cuenca del Duero encontramos cerámicas con perfiles semejantes a los de El Castillo y El Cujón en yacimientos de cronología antigua dentro de esta fase, caso de Los Tolmos (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1999: Fig. 52). Por su parte, el tipo presente en Valdelaperra II presenta grandes similitudes con una quesera hallada en El Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca), lo que demuestra la perduración en el sector de esta clase de objetos dentro del Bronce

Tardío (Martín Benito, J. I., y Jiménez González, M. C. 1988-1989: Fig. 7b).

B. Otros aspectos formales

B.1. Sistemas de prensión

Como ya hemos podido apreciar a lo largo de la descripción tipológica de los recipientes, durante el Bronce Medio, los sistemas de prehensión empleados son poco numerosos y de escasa variedad. Seguidamente haremos una clasificación de los mismos, cuya representación aparece en la Fig. 194. Lo cierto es que esta clase de aditamentos no nos aportan aspectos de gran interés.

B.1.1. Mamelones y lengüetas

- 1a. Mamelones simples, de sección troncocónica o cónica. Es el sistema más común, documentándose en el 33'33% de los enclaves. Habitualmente se sitúan junto al borde o en el labio, si bien en determinadas formas (pequeños recipientes globulares) su posición es hacia la mitad de su cuerpo.
- 2a. Mamelones simples prominentes. Se registran en el 14'04% de los yacimientos de cronología diversa.
- 3a. Mamelones con perforación horizontal. Contamos con un único ejemplar, hallado en prospección en Pino de la Horca (Montemayor de Pililla).
- 4a. Mamelones con impresión digital en el extremo. Se documenta únicamente en el yacimiento de El Carrizal (Fig. 60. 11).
- 5a. Mamelones con impresión digital en su parte superior. Detectamos un único ejemplar de este tipo recogido en El Castillo de Rábano.
- 6a. Lengüeta simple. Es uno de los elementos de prehensión relativamente habitual, estando documentado en cerca del 20% de los casos. Se le puede hacer extensivo lo dicho para el tipo 1a.

B.1.2. Asas

- 1b. Asa de puente simple vertical. Aparecen colocadas tanto en la pared de algunos recipientes, aunque no

⁹⁵ Este es, por ejemplo, el caso del ámbito santanderino; al respecto ver: González Casarrubios, C. 1979.

⁹⁶ Sobre su posible origen y función ver, por ejemplo: Lucas Pellicer, R. y Blasco Bosqued, C. 1980: 143.

⁹⁷ Nos referimos, por ejemplo, a queseras como las halladas en La Atalayuela (Enguix Alemany, R. 1981 b: Fig. 3. 7) o en la Motilla de Azuer (Nájera Colino, T., et alii, 1979: Fig. 7b).

⁹⁸ Al respecto podemos encontrar diversos datos en: Enguix Alemany, R. 1981 b; Juste Arruga, M.^a N., 1990: 134; Eiroa, J.J. y Bachiller, J.A. 1985: n.º 41.

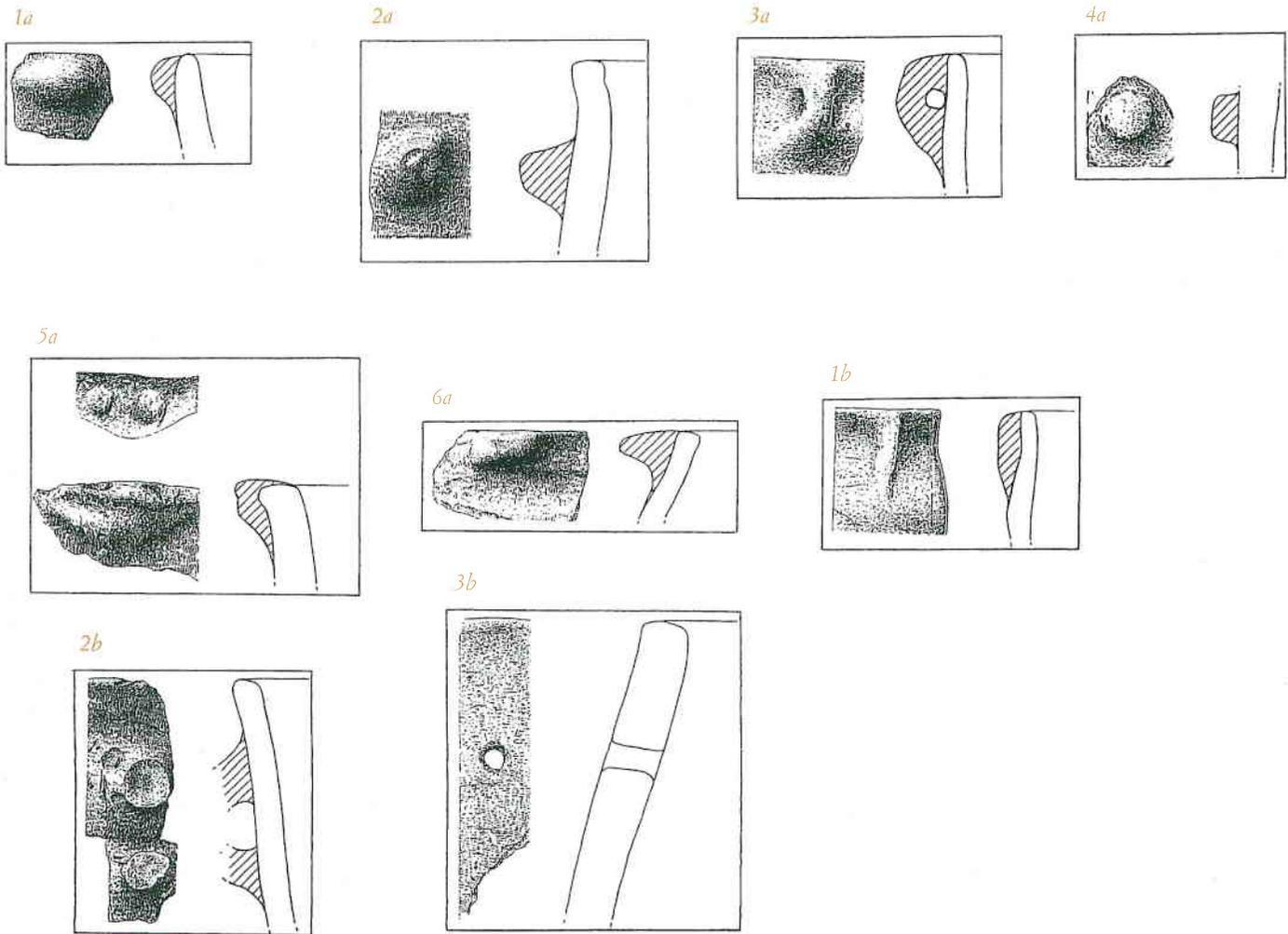


Fig. 194. Elementos de presión registrados en yacimientos del Bronce Medio en La Ribera del Duero de Valladolid.

faltan tampoco junto al borde. Es prácticamente la única técnica de prehensión identificada en nuestros yacimientos de esta época, si bien se documenta, tan sólo, en el 9'52% de los mismos.

- 2b.** Asa vertical de “pellizco”. Conocemos un único ejemplar, identificado en El Carrizal de Cogeces del Monte. La escasa variedad de elementos de suspensión detectada en nuestros yacimientos parece ser una constante en los yacimientos del Bronce Medio meseteño y algo que contrasta con lo apreciado en los enclaves, de esta época, de otros ámbitos peninsulares, donde los elementos de prehensión resulta mucho más habitual y diversificada.
- 3b.** Se han registrado en recipientes, de variada tipología, de algunos yacimientos. En un único caso identificado en El Carrizal parecen haber cumplido la misión de

elementos de prehensión. La mayor parte de los ejemplos identificados parecen haber servido como elementos de lañado.

B.2. Bases

Un último aspecto que vamos a considerar en este apartado es el de los tipos de base. El dominio de los fondos planos es absolutamente abrumador, si bien varía mucho en virtud de la variedad cerámica y de la forma. De este modo, en los grandes recipientes sólo se conocen fondos planos de amplitud considerable, mientras que en los de menor tamaño están bien representados los cóncavos con ligera depresión. No hemos detectado la presencia de fondos con pie anular, polípodos ni convexos.

Cierto interés reviste el hallazgo de algún fondo con impronta de cestería al exterior. Las muestras de esta técnica son bastante excepcionales; las hemos documentado en un único

yacimiento: El Castillo. Su presencia en este lugar nos permite situarlos a inicios del Bronce Medio. Se asocian a un fondo grueso correspondiente a un recipiente de considerable tamaño. A juzgar por las huellas dejadas, se ha utilizado el esparto como materia prima y en su ejecución se ha utilizado la técnica de cestería en espiral cosida. Según explica Harrison estas improntas se producen porque las vasijas fueron fabricadas sobre ellas y posteriormente se trasladaban tirando de la estera (Harrison, R. J., et alii, 1984: 1088). Vilaseca, por su parte, las relaciona con el sistema de fabricación de los recipientes, cual si se tratara de un “proto-torno” (Vilaseca, S. 1973: 221).

Según vimos al hablar de las cerámicas de etapas precedentes, el empleo de cestería para la elaboración de recipientes cerámicos no había sido detectado en épocas tempranas. Esta observación, entendemos, no tiene mayor importancia y debe entenderse como un hecho meramente aleatorio y relacionado con lo incompleto del registro arqueológico, pues suponemos que en nuestra región el empleo de este elemento no debe ser muy diferente del resto de la península.

En el valle del Duero los restos de esteras o propiamente de tejido son, en general, escasos; no obstante van siendo más numerosos de día en día. Destacaremos su reciente hallazgo en los poblados del Bronce Medio de El Cogote⁹⁹ (La Torre, Ávila) y La Macañorra (Arranz, J. A., Gómez, A., Sánchez, M., y Bellido, A. 1993: 75-92) (Geria, Valladolid). En este último punto se documentan muestras de este tipo tanto en los hoyos Protocogotas (Arranz, J. A., Gómez, A., Sánchez, M., y Bellido, A. 1993: Fig. 7), cuanto en los asimilables a Cogotas I (Arranz, J. A., Gómez, A., Sánchez, M., y Bellido, A. 1993: Fig. 12); esto último sirve para documentar la pervivencia de esta técnica en un momento más avanzado, cronológicamente hablando, manifestando su perduración hasta, cuando menos los comienzos del Bronce Final de la zona.

C. La decoración

Generalidades

La colección de cerámica decorada recuperada en nuestros yacimientos es considerable en proporción a la lisa. Debido a su fragmentación, en la mayor parte de los casos no se puede reconocer su forma para atribuirla a los tipos correspondientes, pero se puede asegurar que hay cerámica decorada en todos los asentamientos de esta fase, y que está distribuida en porcenta-

jes ciertamente significativos en todos y cada uno de los yacimientos. La abundancia de ornamentación es una característica cultural generalizada en todo el periodo que nos ocupa.

Manteniendo el criterio utilizado en el estudio de la cerámica del Bronce Antiguo, procedemos a realizar un análisis conjunto de la decoración. Hemos elaborado para ello una tabla clasificadora en la que se reflejan las principales técnicas y motivos (registradas mediante números y letras, respectivamente) (Figs. 195 a 197). Como en el apartado anterior, para la sistematización de esta clase de manifestaciones, nos limitaremos a presentar algunos comentarios referentes tanto a aspectos cronológicos deducibles, tanto de la presencia/ausencia de determinados motivos o técnicas, como de la similitud/diferencia con otros ámbitos culturales próximos que entendemos resultan necesarios para establecer relaciones de afinidad/disparidad entre La Ribera del Duero y otras áreas culturales geográficamente próximas. Nos centraremos, así mismo, en aquellas fórmulas decorativas no contempladas en dicho estudio o en las que, aún habiéndolo sido, requieran alguna matización, derivada de los hallazgos que venimos realizando.

Una vez hechas estas puntualizaciones pasaremos a analizar las decoraciones que ornan las cerámicas del Bronce Medio de nuestro sector:

Decoración exterior

C.1. Incisión (A)

La incisión la encontramos en la totalidad de los yacimientos controlados; siendo, con enorme diferencia, la técnica más extendida y abundante. En este sentido sirva señalar que en cualquiera de los yacimientos excavados la proporción de cerámicas con decoración exterior que ostentan motivos elaborados con esta técnica alcanzan porcentajes siempre superiores al 70% (el 73'46% en El Castillo de Rábano, el 92'68% en El Carrizal de Cogeces del Monte, y el 100% en La Plaza de Cogeces del Monte). La significativa menor proporción que se advierte en El Castillo se debe a una circunstancia muy clara: es precisamente en el momento inicial de esta fase cuando, como veremos, los motivos impresos y, sobre todo, los elaborados con técnica plástica alcanzan una mayor relevancia en la ornamentación de los recipientes de nuestro sector.

En las Figs. 195 y 196 se sintetizan los temas más significativos y aquellos que se plasman con ligeras variantes sobre un mayor número de fragmentos cerámicos. Como veremos, consisten,

⁹⁹ En este lugar se documenta un fragmento cerámico que los autores identifican como una “impresión de cuerdas”. Personalmente nos manifestamos abiertamente partidarios de considerar que, en efecto, nos encontramos ante una impronta de cestería y no ante un elemento decorativo (Caballero Arribas, J., Porres, E., y Salazar, A. 1993: Fig. 12. a).

316 básicamente, en líneas incisas simples o múltiples paralelas –preferentemente horizontales–, diseños en forma de espiga, retículas con diferente orientación y grado de perfección, combinaciones de rectas y ángulos, zigzags, hileras de trazos incisos cortos y, en menor medida, temas curvilíneos. Estos motivos incisos, generalmente de cuidada y calculada ejecución, suelen estar confeccionados con trazo fino, corto, profundo y desconectado; lo que denota el empleo de punzones de punta aguzada. Sólo excepcionalmente observamos la utilización de trazos amplios que, en estos casos concretos, revelan el empleo de instrumentos de extremo romo. Esta modalidad, la cual además suele manifestar cierto descuido en su ejecución, se emplea, entre otros menesteres, en la confección de unos temas muy peculiares (por cierto, excepcionales en la zona), que no forman composiciones propiamente dichas. Nos parece interesante señalar que en ningún caso hemos identificado dibujos realizados mediante incisiones grabadas o esgrafiadas (aquellas que se realizan tras cocer la cerámica o con la pasta semi-seca, en lo que también se denomina “estado de cuero”); hecho que, como apuntaremos, debe responder a cuestiones de tipo cultural.

Los paralelos posibles para cada motivo alcanzan una gran dispersión cultural y geográfica, acrecentada por las características intrínsecas del material con que contamos: en su mayor parte fragmentos pertenecientes a diseños completos difícilmente reconstruibles. Desde este punto de vista un motivo, por ejemplo, de espiga inciso *per se* carece de significación. Con reservas plantearemos algunas apreciaciones, sobre todo aquellas que aporten referencias a una hipotética ordenación cronológica.

Hechas estas puntualizaciones pasaremos a caracterizar las, por cierto no excesivamente variadas, decoraciones incisas presentes en los yacimientos del Bronce Medio de nuestro sector.

A1

Una parte importante de los esquemas representados en la Fig. 195 tienen como componente básico **las líneas quebradas o zigzag**. En nuestros yacimientos estos motivos se consiguen de dos formas bien definidas: bien mediante un trazo fino y continuo (sin levantar el punzón de la cerámica), bien a base de yuxtaponer sucesivos trazos incisos; ora conectados de forma irregular (superponiendo o duplicando los extremos), ora mediante trazos desconectados (cada cambio de dirección

supone un rasgo distinto). Éstos, a su vez, pueden ser de forma lanceolada o de anchura homogénea. Los trazos con que se realizan nuestros zigzags, en líneas generales, ni son largos ni presentan ángulos excesivamente abiertos. Las líneas de zigzag, en número de una, dos, o, a lo sumo, tres, suelen disponerse, paralelas al borde o la carena, rodeando la vasija. No faltan, con todo, motivos constituidos por varios zigzags paralelos, situados en la porción media/inferior del vaso.

Las incisiones en zigzag, en sus distintas modalidades, constituyen un elemento ornamental significativo de la alcaería de este periodo, no en vano, según hemos tenido ocasión de observar, comparecen en casi todas las estaciones estudiadas¹⁰⁰, siempre en porcentajes bastante expresivos. Cabe apuntar que es un motivo presente a lo largo de toda la secuencia del periodo, advirtiendo la siguiente evolución de sus porcentajes a lo largo del mismo: en el yacimiento de El Castillo de Rábano, datado en un momento temprano del periodo (s. XV a. C.), estos motivos se plasman sobre el 12'96% de los fragmentos decorados identificados; en La Plaza, en un instante intermedio de la etapa (s. XIV a. C.), observamos un ligero aumento, reflejándose sobre el 16'86% de los fragmentos; en un momento avanzado del horizonte Protocogotas, representado en El Cementerio-El Prado, únicamente se registran sobre el 9'33% de los barros. Esta notable disminución que, en el empleo de esta modalidad decorativa, detectamos hacia el final del periodo, según veremos más adelante, tiene continuidad en la plenitud cogotiana; sirva señalar en este sentido que, de hecho, en un enclave de este momento (El Gurugú) sólo el 8'33% de los barros decorados con incisión presentan temas de zigzag.

A2. Diseños en forma de espiga o espina de pescado

Estos motivos, en esencia simples alineaciones de ángulos horizontal o verticalmente dispuestos, se presentan, bien formando hileras simples/dobles/triples, bien barrocas agrupaciones. Las primeras, que pueden plasmarse sobre los recipientes de diferentes modos (las más de las veces aparecen sin aditamento alguno; en contadas ocasiones se enmarcan entre líneas simples; puntualmente, por último, se estructuran a partir de una línea incisa central que sirve de guía), suelen disponerse en forma de lista horizontal que, rodeando la vasija, discurre al lado del borde, sobre la carena o, también, en las zonas medias e inferiores de los vasos. Las espigas *en grupo*, delimitadas o no por líneas incisas, sirven, preferentemente, para rellenar metopas

¹⁰⁰ De hecho sólo faltan en aquellos lugares en que el número de barros decorados recuperados es tan minúsculo que su ausencia resulta estadísticamente irrelevante.

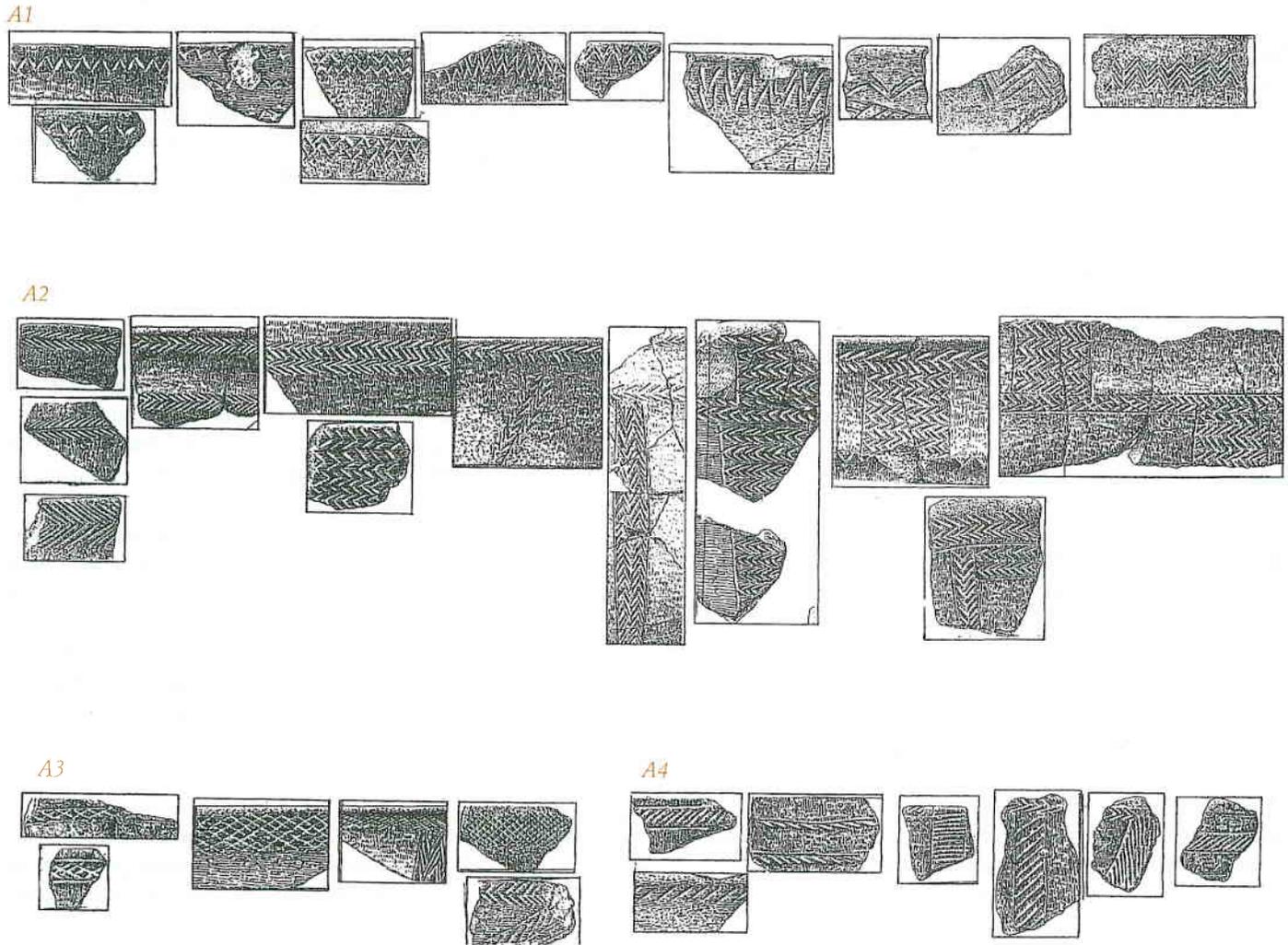


Fig. 195. Principales técnicas y motivos identificados en la decoración cerámica del Bronce Medio en La Ribera del Duero de Valladolid.

que se sitúan en el cuerpo superior de las cazuelas carenadas o, en menor medida, dibujar diseños verticales que, en disposición radial, parten del fondo del recipiente. Excepcionalmente, tal y como se aprecia en una pieza hallada en El Castillo de Rábano (Fig. 124. 1), llegan a utilizarse para reproducir temas en forma de damero que reviste buena parte del recipiente.

Las espigas, en sus distintas variantes, son, sin asomo de duda, el asunto más emblemático y significativo de cuantos comparcen en las cerámicas del Bronce Medio de nuestro sector; así lo evidencia el importante peso específico que, en comparación con el resto de los motivos, a lo largo de todo el periodo alcanzan tales especies. En este sentido es harto elocuente

advertir, tanto que se documentan en la práctica totalidad (98%) de las localizaciones de la época (sólo están ausentes de aquellos lugares en que no se ha recuperado un número de barros decorados mínimamente significativo –menos de cuatro fragmentos–), como que en aquellos lugares que, por haber sido objeto de excavación, aportan notables lotes cerámicos, las series de ángulos se plasman, en todo caso, sobre más del 60% del total de los fragmentos cerámicos que ostentan decoración. Así mismo podemos apuntar que los datos aportados por los yacimientos excavados permiten vislumbrar una evolución a lo largo del periodo en el uso de tales motivos. Inicialmente, en El Castillo de Rábano, se expresan sobre

el 62'05% de los fragmentos incisos; con posterioridad, en La Plaza de Cogeces, donde se halla representado el momento intermedio del periodo, se advierte una notable intensificación en el empleo de estos temas, llegando a comparecer sobre el 81'6% de los barrotes incisos. A este punto *álgido* que parece producirse en el uso de los temas de espigas le sigue un “visible descenso” en los yacimientos de inicios del Bronce Tardío-Final. Esto se advierte en El Cementerio-El Prado; donde tales especies se reflejarán, *tan solo*, sobre el 64'62% de los fragmentos con decoración incisa. Este palmario descenso en el empleo de las *espinas de pescado*, que advertimos se produce hacia el final del Bronce Medio, se imbrica claramente, de nuevo, en la dinámica general de los estilos decorativos del horizonte Cogotas I del valle medio del Duero, donde se advierte un abandono progresivo de los temas de espiga¹⁰¹; hecho este que, como veremos más adelante, se ve *compensado* por un aumento en el empleo de otros temas.

A3. Motivos conseguidos a base de entrecruzar líneas o entramados

Estos reticulados pueden expresarse de distinto modo: en unas ocasiones adoptan disposición oblicua, perpendicular, en otras. Las primeras son, con mucho, las más abundantes en nuestros yacimientos. En este grupo tienen cabida tanto las modalidades relativamente más *complejas* (aquellas en que cada uno de los trazos que discurre en una dirección se entrelaza con, al menos, dos de los que lo hacen en la contraria), como aquellas otras, más sencillas, que, por haber sido conseguidas al cruzar consecutivamente dos líneas, más propiamente cabría denominar motivos en *aspa*. Estos sencillos temas suelen disponerse junto al borde; por contra las bandas de entrecruzados más anchas y abigarradas, enmarcadas o no por líneas simples, acostumbran a decorar distintas partes del vaso, separados por anchas franjas sin decorar. Las retículas, en general, jugaron un papel secundario, máxime si lo comparamos con el destacado papel desempeñado por los motivos recogidos en los dos apartados precedentes. En principio notamos un claro descenso en el número de yacimientos en que se detecta su presencia: “sólo” en el 42'85% de los lugares investigados. En segundo término, al analizar los datos obtenidos en los yacimientos objeto de excavación advertimos dicho papel secundario; así en El Castillo y en La Plaza no

alcanzan el 6% de entre los motivos decorados incisos (5'55% y 3'93%, respectivamente). Sólo al inicio de la siguiente etapa, esto es coincidiendo con el desarrollo de contextos como el representado en El Cementerio-El Prado, tendrán una presencia algo más significativa. En dicho yacimiento los entramados están presentes en el 15'88% de los fragmentos con incisión. La proliferación de esta clase de temas contribuirá a “compensar” el descenso que, respecto a momentos precedentes, se produce en el empleo de las series de espigas.

A4. Motivos *escaleriformes*

En este apartado incluimos todo friso o banda integrada por pequeños (≥ 1 cm) trazos paralelos –en disposición vertical u oblicua–, los cuales pueden aparecer ora totalmente exentos, ora flanqueados –arriba o abajo– por una línea incisa, ora enmarcadas por dos líneas incisas. Éstas pueden ser rectas o, minoritariamente, curvas. En este caso, como es lógico, la serie de trazos dibuja una guirnalda. Todos estos motivos suelen disponerse horizontalmente y discurrir junto al borde de los vasos; no faltan, con todo, algunos ejemplos en que observamos el empleo de estos estrechos frisos para decorar las zonas inferiores. En algún caso excepcional sirven para, alternando con estrechos filetes horizontales sin decorar, ornar por completo la superficie externa de algún recipiente; también puntualmente, dispuestos verticalmente, forman parte de algún tema radial. En nuestro sector se puede seguir muy bien la evolución de esta temática. Su representación es limitada en los momentos tempranos del Bronce Medio (12'03% en El Castillo), mínima en la plenitud (4'8% en La Plaza), alcanzando mayor presencia en los momentos iniciales del siguiente periodo, según podemos ver en El Cementerio-El Prado (15'75%).

A5. Motivos angulares o triangulares rellenos

En unos casos, los más, dicho relleno lo configuran una serie de líneas paralelas a uno de los lados del triángulo; en otras ocasiones son una serie de ángulos inscritos con el vértice hacia abajo los que lo completan. Estos temas, preferentemente, adoptan una disposición horizontal y suelen organizarse, formando un friso, que discurre bajo el borde y/o la carena; no falta, con todo, algún ejemplo muy puntual (El Cujón – Sector B: Fig. 166. 3) en que se disponen verticalmente. Por lo general se apoyan en un ángulo, sin que falten algunos ejemplos que

¹⁰¹ Para ilustrar cuanto decimos sirva señalar que en El Gurugú de Bocos, que, a nuestro entender, como ya hemos apuntado, data de inicios de la plenitud cogotiana, las espigas únicamente se reflejan sobre un 30% del total de las vasijas decoradas con incisión.

lo hacen sobre uno de los lados. Se documentan en un corto número de yacimientos: El Cujón (Sector B), Los Poyatos, El Castillo y La Plaza, siempre en un porcentaje relativamente bajo. Intentando reconstruir la evolución de esta temática diremos que, de entre todos los lugares apuntados, tan sólo *prolifera*n en aquel que ha proporcionado una cronología más antigua (en El Castillo los temas de triángulos rellenos se reflejan sobre el 11'11% de los fragmentos decorados con temas incisos), en tanto que, por contra, su representación es mínima en, lo que podríamos denominar, los momentos plenos del período; así podemos apreciarlos en La Plaza (1'13%).

A6. Motivos confeccionados con líneas rectas

Sin duda las líneas simples son uno de los elementos decorativos más empleados en la ornamentación de los vasos de nuestro sector. Con todo, en la mayor parte de los casos juegan un papel meramente auxiliar, sirviendo, bien para *acotar* un espacio que luego se rellena con otro motivo, bien para servir como eje o *guía* de ciertos temas (preferentemente espigas). No obstante, en casos muy concretos, las líneas incisas desempeñan un papel protagonista. En efecto, hemos detectado su empleo tanto a modo de frisos corridos horizontales entre los que se intercalan amplios espacios lisos, como formando tupidas series que sirven de relleno a un espacio previamente acotado. La primera variedad sólo se documenta entre los materiales de prospección recuperados en el Camino de la Aceña (Padilla de Duero) (Fig. 99. 3), por lo que resulta escasamente significativa. La segunda, como la anterior, es un motivo poco habitual. De hecho los únicos testimonios con que contamos los encontramos, ora rellenando espacios de forma rectangular que se distribuyen sobre la superficie del vaso formando un ajedrezado (El Castillo, Rábano) (Fig. 110. 7), ora formando parte de diseños de disposición radial. La primera modalidad parece ser un motivo antiguo a juzgar, tanto por su presencia exclusiva en un lugar como El Castillo, datado en un momento temprano del período, como por el hallazgo de una decoración de apariencia semejante en Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 40. 661). El segundo diseño, por contra, consideramos se trata de un motivo tardío. Dicha impresión se fundamenta, al mismo tiempo, en la posibilidad de advertir que motivos semejantes a los aquí citados están del todo ausentes de los yacimientos Protocogotas meseteños que aportan una cronología temprana; mientras, por contra, encuentran excelentes réplicas en yacimientos de este mismo horizonte

representativos de una cronología avanzada y en aquellos otros que podemos situar en los inicios de la plenitud cogotiana.

A7

Incisiones toscas anchas o estrechas describiendo motivos de trazos verticales y/u oblicuos, entrecruzados sin ningún orden. Se trata de una temática absolutamente excepcional en los yacimientos ribereños, constatada únicamente sobre una pieza muy concreta recuperada en excavación en El Castillo de Rábano (Fig. 119. 16). Su presencia, en nuestra opinión, tiene connotaciones cronológicas, pues falta por completo en el resto de las fases del período.

Esta clase de temas se encuentran bien representados en enclaves como Los Husos a partir del nivel IIB3 (Apellániz Castroviejo, J. M.^a 1974: Fig. 40), es decir desde el Bronce Antiguo, haciéndose más habituales en el resto de los niveles y alcanzando su auténtico apogeo durante el Bronce Medio y avanzado. En el Alto valle del Ebro son frecuentes los restos de este tipo de decoración con similar cronología, aunque en contextos no tan claros como en el abrigo alavés: los hallamos en el Nacedero de Riezu (Beguiristáin Gúrpide, M.^a A. 1979: Fig. 8. 3), Cueva Lóbrega (Barrios Gil, I., y Ceniceros Herreros, J. 1991: Lám. III), etc.

Se documentan asimismo en el Valle Medio-Bajo del Ebro en ambientes del Bronce Medio, como en La Miranda (Baldellou Martínez, V., y Barril Vicente, M. 1981-1982: Fig. 10), Ciquilines IV (Rey Lanaspá, J., 1988: XVI. 1), Siete Cabezos (Harrison, R. J., et alii. 1990: Fig. 12. t), etc., en asociación con recipientes con barro plástico, cazuelas carenadas, decoraciones en relieve, etc.

Las páginas anteriores son un intento de compendiar la diversidad de las decoraciones incisas presentes en los yacimientos del Bronce Medio de nuestro sector. Dichas especies, por ser abrumadoramente mayoritarias (recordemos que se plasman sobre más del 60% de las vasijas decoradas de cualquiera de los yacimientos controlados), podríamos convenir que constituyen uno de los componentes de cultura material que mejor contribuye a singularizar y significar a las poblaciones que, a lo largo de la época que nos ocupa, habitan en este territorio concreto del Duero medio. En dichas páginas se puede comprobar que entre las distintas especies incisas que se citan unas pocas temáticas (las **incisiones en espiguilla**, abrumadoramente mayoritarias, los **zigzag**, las **series de escaleriformes**, las **retículas** y los **triángulos rayados** [A2, A1, A4 y A5]), adquieren el papel de principales protagonistas en la ornamentación de las cerámicas presentes en nuestros enclaves.

102 Al respecto ver, por ejemplo: Jimeno Martínez, A. 1984: 117-118 y Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J.J. 1991: 107-108.

En cuanto al surgimiento de estas decoraciones, tradicionalmente, se ha propuesto una derivación campaniforme¹⁰². En relación con este tema nos parece oportuno apuntar que, aunque muchos de los motivos incisos presentes en nuestros yacimientos, en efecto, parecen remitir a este origen, cada vez en mayor número conocemos en la Meseta Norte estaciones del Bronce Antiguo en los que, en superficie o dentro de un contexto estratigráfico firme, se recogen algunos fragmentos cerámicos con temas incisos que merecerían ser tomados en consideración a la ora de dilucidar el origen de estos motivos; no en vano guardan ciertas y evidentes semejanzas (dominio de las series de espigas, presencia de zigzags, serie de trazos, etc.) con los que hacen acto de presencia en nuestros enclaves y en los de su entorno próximo. En este sentido, queremos apuntar que, si bien aceptamos que los motivos incisos Protocogotas guardan cierta analogía con las decoraciones incisas de tipo Ciempozuelos¹⁰³, quizá tal afinidad pueda resultar, cuando menos, algo engañosa. En efecto, pensamos que tal identidad sólo es del todo cierta cuando lo que se comparan son motivos aislados; por contra, si lo que se coteja son las composiciones de que forman parte integrante tales motivos las analogías no son tan evidentes. De hecho, como es bien sabido, en la cerámica campaniforme cualquiera de estos motivos se presenta formando frisos individuales estrechos y finos que se integran en series ciertamente complejas que, con clara propensión al barroquismo, tienden a ocupar amplias porciones de las superficies externas de una serie de vasos con formas más o menos fijas y con tipologías muy específicas y restringidas. Por el contrario en los yacimientos del Bronce Antiguo, por añadidura en los del horizonte Protocogotas, se advierte un planteamiento bien distinto de las composiciones (en ambos casos se distinguen por su sencillez y su relativa sobriedad) y de la proporción de los espacios decorados (en uno y otro caso se trata de bandas horizontales, mucho más estrechas y menos numerosas, con las que se consigue una distribución del espacio decorativo diferente, menos recargado). Las decoraciones cerámicas de los yacimientos del Bronce Antiguo y Medio también tienen en común que aparecerán sobre una mayor variedad de formas; de hecho ahora, a excepción de los recipientes de almacenaje, ocuparán cualquier tipo, aunque siga habiendo preferencias (cuencos y perfiles carenados).

La suma de todos estos elementos nos lleva a plantear la posibilidad de que los grupos del Bronce Antiguo, en principio

poco propensos a emplear la cerámica incisa, pudieron haber terminado por copiar, imitar y/o quizá, incluso, *reinventar* los motivos decorativos tardocampaniformes, y, al tiempo, replantear la distribución de los mismos, buscando adecuarlos de un modo más en consonancia con la nueva estructura propia de las cerámicas de la época.

Otro elemento en que tradicionalmente se quiere ver la influencia campaniforme en las cerámicas Protocogotas es en la tendencia, muy frecuente como es bien sabido en los yacimientos de ambos horizontes, a decorar el reborde interior de sus vasos con motivos incisos (también impresos) similares a los dispuestos en el exterior. Debemos apuntar que, incluso para esta particular fórmula decorativa, tampoco faltan paralelos tipológicos y ornamentales claros en alguno de los yacimientos asimilables al Bronce Antiguo. Ejemplos claros en este sentido los tenemos, por ejemplo, en las cuevas sorianas del Barro (Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 4. 5) y Cueva Maja (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2002: Figs. 90 y 91).

Por todo ello insistimos en que siendo evidente que los motivos incisos de la fase Protocogotas encuentran paralelos en el campaniforme, también lo es que tienen su reflejo en los motivos incisos y en la distribución de los presentes en los yacimientos de la tradición anterior de esta zona. Esto nos permite plantear, al menos como hipótesis de trabajo, que quizá no sea necesario retrotraerse al momento campaniforme a la hora de rastrear el origen de las composiciones incisas que proliferan en los ambientes protocogotianos, y entender que, más bien por contra, pudieran tener su antecedente más próximo y directo en los temas incisos que comparecen en los yacimientos del Bronce Antiguo de la región; algo que, por otra parte, no haría sino engrosar el número de elementos decorativos que, como en el caso de los cordones impresos, estando presentes en dichos ambientes mantienen su vigencia en los yacimientos que datan de los primeros instantes del horizonte Protocogotas.

Sea cual fuere la ascendencia de los temas incisos, tema en que ahora no nos vamos a detener por ser un asunto en que, a nuestro entender, sólo se podrá avanzar en la misma medida en que también lo haga la investigación sobre los contextos del Bronce Antiguo meseteño, lo cierto es que tales especies se van a convertir en el mejor referente de las poblaciones que durante el Bronce Medio ocupan tanto el solar meseteño, como una porción notable de la Península Ibérica.

¹⁰³ Para advertir este hecho basta con observar alguno de los cuadros publicados en que se comparan los motivos decorativos campaniformes y los de yacimientos como Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J.J. 1991: Fig. 65).

Según todos los indicios es en el primero de tales ámbitos (concretamente en un territorio que, en líneas generales, comprende la cuenca del Duero y el sector septentrional de la Submeseta Sur), considerado la *zona nuclear* del grupo Cogotas I, donde se gestó esta peculiar temática decorativa y donde se acepta debe situarse el área originaria desde donde se *exportaron* estas peculiares decoraciones fuera del ámbito meseteño, constituyendo el germen de lo que ha dado en denominarse el *área o territorio de expansión* de este grupo.

Desde luego no es nuestra intención rastrear ahora la amplia dispersión de todos y cada uno de dichos motivos; principalmente por entender que con ello estaríamos contribuyendo, pura y simplemente, a dibujar una panorámica general de la proyección que tuvieron las producciones cerámicas de Protocogotas; algo que, por otra parte, ha sido el objeto de un extraordinariamente amplio y bien documentado estudio en una Tesis Doctoral recientemente defendida en la Universidad de Valladolid (Abarquero Moras F. J. 1997). Más interesante nos parece ahora hacer referencia a un aspecto específico, cual es el relativo al modo en que son empleadas este tipo de decoraciones en la cuenca del Duero; ámbito éste que, según el consenso general, constituye el *área nuclear* del grupo Protocogotas.

En tal sentido nos parece más interesante hacernos eco aquí de la existencia de ciertas uniformidades entre los yacimientos de regiones muy concretas de este espacio geográfico¹⁰⁴. La posibilidad de advertir tal homogeneidad, referida al empleo de determinados composiciones y motivos incisos, nos la ofrece en concreto, más que el análisis pormenorizado –poblado por poblado– de la presencia/ausencia de cada uno de los temas incisos, el estudio de aquello que podríamos denominar las *rutinas decorativas*: esto es, la predilección que manifiestan las gentes de cada yacimiento por el empleo preferencial y redundante de un cúmulo de motivos concretos.

Podemos apuntar que, en efecto, si lo que se pretende elaborar es un estudio individualizado de los diversos motivos presentes en cada uno de los yacimientos del horizonte Protocogotas de la Meseta llegaríamos a concluir que en la práctica totalidad de los poblados de esta región, indepen-

dientemente del área geográfica en que éstos se sitúen, se pueden rastrear casi cualquiera de los temas que forman parte del repertorio decorativo inciso de dicho grupo; echo éste que no hace sino traducir la existencia de una mentalidad decorativa y de ejecución semejante (propia, característica y caracterizadora), de la que son portadores, cual si de una *impronta genética* se tratase, las gentes de este grupo, sea cual fuere el lugar en que hicieron acto de presencia. A una conclusión bien distinta se llega cuando lo que se analiza y cuantifica es el número y la frecuencia de motivos que, formando parte de esa base general, son preferidos dentro de cada enclave. En este caso lo que se plasma ante nuestros ojos son una serie de agrupaciones de yacimientos (diáfanas y bien delimitadas), cada una de las cuales está integrada por un cúmulo de yacimientos que, ocupando territorios muy concretos, muestran una manifiesta afinidad en el modo en que son empleados la técnica y los motivos incisos en la ornamentación de sus vasos.

Intentando avanzar en la identificación de dichas *agrupaciones estilísticas* comenzaremos por apuntar que una pauta muy semejante a la que documentada en nuestros enclaves ribereños –en esencia, abrumador predominio en el uso de la incisión como técnica empleada en la ornamentación de sus cerámicas y, dentro de éstas, preferencia clara por las espigas y empleo, en porcentajes significativos, de los zigzags, las series de trazos, las retículas y los triángulos rayados–, se percibe en buen número de asentamientos del valle del Duero.

Sin pretender hacer un estudio exhaustivo al respecto, comenzaremos por apuntar que las mayores similitudes, como no podía ser de otro modo, las encontramos en hábitats próximos que se distribuyen por las tierras centrales de la cuenca del Duero. Se incluyen aquí, primeramente, el nutrido número de estaciones que, de esta fase, se reparten a lo largo y ancho de la provincia de Valladolid. Entre estos lugares, cuyo número por cierto ha ido en aumento a lo largo de estos últimos años en la misma medida que lo han hecho los trabajos del Inventario Arqueológico Provincial¹⁰⁵, podemos destacar alguno como La Macañorra, recientemente excavado y publicado (Arranz, J. A., et alii. 1993: 75-93).

¹⁰⁴ Para intentar acotar dicho área nos ha parecido interesante hacer una somera revisión de los materiales cerámicos presentes en los yacimientos del Bronce Medio meseteño. Debemos reseñar que nuestra labor no ha resultado fácil debido a la importante carencia de datos disponibles sobre un buen número de los conjuntos cerámicos de esta época. Con todo, y pese a dichas limitaciones, creemos posible, al menos en líneas generales, delimitar un territorio que durante el Bronce Medio compartió una análoga pauta decorativa, caracterizada por el predominio de las especies incisas que arriba se citan.

¹⁰⁵ En la provincia de Valladolid se reconocen un total de 55 ocupaciones –incluidas las del territorio por nosotros investigado–, que presentan cerámicas de esta cronología.

También entrarían dentro de este grupo un nutrido contingente de enclaves burgaleses y palentinos. En el primero de los casos diremos que la peculiar situación geográfica que ocupa la provincia de Burgos, *a caballo* entre la Meseta Central y el Valle del Ebro, ofrece una diversidad de situaciones respecto a las características que muestran los materiales cerámicos del Bronce Medio. En lo que a nosotros ahora concierne, diremos que son los enclaves del sur¹⁰⁶ y centro¹⁰⁷ de la provincia los que, de un modo general, repiten los rasgos que desde un punto de vista cuantitativo y cualitativo podemos considerar más frecuentes y habituales entre las decoraciones incisas propias de nuestra zona. Debemos apuntar que en los yacimientos del centro de esta provincia, empero, es posible reconocer ciertas decoraciones incisas, incluso esgrafiadas (técnica consistente en la aplicación del punzón sobre el recipiente cuando la pasta está semi-seca –en “estado de cuero”¹⁰⁸–, antes de cocción¹⁰⁹), de líneas quebradas realizados a base de varias trazadas (estas pueden verse en poblados como La Yecla de Silos [Delibes de Castro, G. 1988: Fig. 17] y Los Cascajos de Quintanadueñas [Martínez Puente, M. E. 1985]). Dichas especies, ausentes por completo de nuestros yacimientos, son muy habituales en buen número de los asentamientos que durante esta época se distribuyen por todo el reborde nordoriental de la Meseta.

En Palencia, provincia que, como en la anterior predomina su dimensión norte-sur, encontramos un panorama muy similar al descrito para el ámbito burgalés, siendo en su tramo central y meridional (Tierra de Campos¹¹⁰, tramo medio/bajo del valle del Pisuerga¹¹¹ y El Cerrato¹¹²) donde destaca el empleo de los temas de espiga sobre el zigzag y la utilización de trazo

desconectado para su confección. También en este caso se advierte que a medida que avanzamos hacia el norte, hacia las estribaciones de la Cordillera Cantábrica, los materiales cerámicos decorados que allí comparecen, aún compartiendo diversos rasgos con los del ámbito centromeseteño (por ejemplo, se reflejan sobre recipientes carenados y de pastas cuidadas), son manifiestamente más simples. En este sentido, cabe citar que entre las escasas decoraciones incisas que allí se recogen las espigas resultan un elemento poco menos que ocasional; por contra, los zigzags incisos, las líneas verticales y horizontales con pequeñas ondulaciones, se convierten en los ingredientes decorativos fundamentales (ver, por ejemplo, los materiales representados en La Venta [Pérez Rodríguez, F. J., y Fernández Giménez, J. J. 1993: 41-60] y la Cueva de los Espinos [Santonja Gómez, M., Santonja Alonso, M., y Alcalde, G. 1982: 337-393]).

A los lugares apuntados cabría sumar los, por cierto escasos, hallazgos del Bronce Medio conocidos en la provincia de Segovia. En efecto, podemos apuntar que las decoraciones del Bronce Medio documentadas, entre otros, en lugares tan emblemáticos como Arevalillo de Cega y La Cueva de La Vaquera (Zamora Canellada, A. 1976), son las habituales en otros territorios que arriba se citan, sin que hayamos sido capaces de discernir peculiaridades significativas respecto a las de dichos ámbitos.

En Ávila las localizaciones del Bronce Medio conocidas, aunque proporcionalmente poco numerosas, tienen adecuada representación en lugares tan significativos como El Cogote en La Torre (Caballero, J., Porres, F., y Salazar, A. 1993: 93-110),

¹⁰⁶ Aquí nos referimos a los enclaves situados en el tramo burgalés de La Ribera del Duero. En este área, prolongación natural del sector objeto de nuestro estudio, se conoce más de una veintena de ocupaciones (Palomino Lázaro, A. L. 1996: 269-270) de este periodo (debido principalmente a las prospecciones llevadas a cabo en la Sector dentro del Inventario Arqueológico de Burgos), alguno de los cuales (Las Empedradas de Fuentecén), ha sido objeto de reciente excavación y publicación (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1994: 59-71).

¹⁰⁷ Nos referimos esencialmente a diversos enclaves situados en el entorno del Monasterio de Santo Domingo de Silos y en las proximidades de la capital de la provincia (Delibes de Castro, G., y Rodríguez Marcos, J. A. 2003: 19-60).

¹⁰⁸ Agorreta, J. A., Llanos, A., Apellániz, J. M., y Fariña, J. 1975: 262.

¹⁰⁹ Apellániz ha descrito en diversas ocasiones estas incisiones hechas sobre la pasta casi seca antes de ser cocida (Apellániz Castroviejo, J. M. 1973: 104) o mejor “cuando está lo suficientemente seca como para que se note la dificultad de incidir” (Idem. 1974: 279). También han sido valoradas, señalando su posible entronque con el Neolítico de Levante y Cataluña, para reflexionar sobre su posible conexión con la tradición neolítica y la “revitalización” que de estos temas se produce durante el Bronce avanzado (Pérez Arrondo, C. L., Cenicerros, J., y Duarte, P. 1987: 169).

¹¹⁰ Aquí se incluirían lugares como Carralavegas (Santillana de Campos) (en Martín Carbajo, M. A., Misiego, J. C., Pérez, F. J., Fernández, J. M., Sanz, F. J., y Marcos, G. J. 1993: 69-88) y muchos otros, que todavía hoy permanecen inéditos, localizados por Rojo Guerra durante su prospección de la cuenca de La Nava (Rojo Guerra, M. A. 1985-a).

¹¹¹ Uno de los lugares más representativos de este sector es La Huelga, caracterizado en: Pérez, F. J., Misiego, J. C., Sanz, F. J., Marcos, G. J., Martín, M. A., Fernández, J. M. 1994: 11-32.

¹¹² Un yacimiento representativo de este ámbito es, por ejemplo, La Cuesta de La Horca, reflejado en: Rodríguez Marcos, J. A. 1996.

La Gravera en Puente Viejo (González-Tablas Sastre, F. J. 1984-1985: 267-276), Carrávilas en Barromán (Delibes de Castro, G. 1995-a: Fig. 24), La Serna en Arévalo-Donhierro (*Ibidem*: Fig. 26) o el propio castro *epónimo* de Las Cogotas (Cabré Aguiló, J. 1930). La producción cerámica de estos enclaves, repartidos por todo el territorio provincial, presentan ciertos caracteres que, para el tema concreto que ahora nos concierne, nos parecen dignas de mención. En resumidas cuentas cabe indicar que mientras las especies incisas de lugares como Carrávilas o Cantazorras, situados en el extremo norte de la provincia, muestran evidente afinidad en sus modelos decorativos (bandas de espigas o zigzags de trazo fino dispuestas bajo el borde y la carena) respecto a los de nuestro sector, los poblados situados en el centro de la provincia, caso de El Cogote y La Gravera de Puente Viejo, por contra, ostentan decoraciones que se distancian desde un punto de vista técnico (menor calidad técnica y empleo de trazos incisos irregulares) y de su esquema decorativo (utilización de trazo fino corrido para la confección de amplias líneas quebradas) de las que aparecen en el centro de la cuenca del Duero. Cabe suponer que la proximidad a los esquemas más típicos del horizonte de Protocogotas es consecuencia lógica de su mayor cercanía geográfica al sector central de la cuenca del Duero¹¹³.

En la provincia de León la representación de yacimientos asimilables a Cogotas I es especialmente exigua, además de poco estudiada. Esta precariedad de datos, junto a la ausencia en la zona de cerámicas de tipo Ciempozuelos –considerado tradicionalmente, como es bien sabido, el horizonte a partir del cual se configura el grupo–, hizo suponer a Delibes, Avello y Rojo que Cogotas I pudo no haberse gestado en estas tierras y que, por tanto, la puntual presencia en ellas de materiales asimilables a este horizonte, era fruto de la expansión de este grupo hacia el Noroeste (Delibes de Castro, G., Avello J. L. y Rojo Guerra, M. A. 1982: 163). En cierto modo, esta propuesta sigue teniendo validez y a su corroboración invitan hechos como el derivado de comprobar que únicamente en un par de enclaves de esta provincia (El Castro de la Senada, en Villasabariego [Celis Sánchez, J. 1985: 148-165; Figs. 22 y 23] y Las Vegas, en Jabares de los Oteros [Rodríguez Marcos, J. A., Marcos Contreras, G. J., Martín Carbajo, M. A., Misiego Tejeda, J. C., y Sanz García, F. J. 1999: 48-70]) se constata la existencia de una ocupación de fase Protocogotas; la cual,

además, se sitúa a considerable distancia de los yacimientos conocidos en las provincias limítrofes. Otra circunstancia, no obstante, permite matizar este talante diferenciador que se achaca a las primeras manifestaciones asimilables a Cogotas I en León. Nos referimos concretamente al aspecto que ofrecen las cerámicas presentes en este enclave, que en absoluto parecen ser elementos intrusivos. Ello nos permite suponer que quizá este hallazgo pudiera constituir el límite de la dispersión hacia el Noroeste de esta peculiar facies.

La provincia de Zamora, a diferencia de la de León, cuenta con un nutrido número de yacimientos del Bronce Medio. Muchos de estos poblados se adecuan a la línea del Duero, donde se sitúan sin solución de continuidad respecto a los vallisoletanos. En cuanto a su distribución geográfica destaca su concentración en el centro y este del territorio, privando, prácticamente, al sector occidental de su presencia. Las cerámicas decoradas de este momento que conocemos en la zona presentan los típicos motivos incisos de bandas de espigas que conjugan, además de con espacios lisos, con temas de retícula oblicua, líneas quebradas y series de trazos o escalerifores. En algunos lugares, por ejemplo en Los Verdiales (Bamba-Madrirdejos) (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G., 1982: 45-48, Fig. 1), observamos la importancia que cobran los temas impresos –bandas horizontales y de zigzag, rellenas de puntillado ancho y circuitos estampados ocupando toda la superficie externa–; una de las escasas peculiaridades que personalizan la representación de este horizonte en territorio zamorano con respecto a las estaciones de las tierras centrales de la cuenca del Duero.

A lo largo de las líneas anteriores hemos delimitado un área caracterizada por la manifiesta identidad estilística que muestran sus cerámicas incisas. Una simple ojeada al mapa de dispersión de dichos yacimientos nos indica que aquella se ciñe al centro de la cuenca del Duero, afectando su distribución, en líneas generales, a toda la provincia de Valladolid, al centro y sur de las de Palencia y Burgos, al norte de la de Ávila, al sector centro oriental de la de Zamora y, muy puntualmente, al oriente de la de León. Los rasgos decorativos de las cerámicas incisas presentes en todo este ámbito, observados en su conjunto, se alejan del modo en que son empleadas tales especies en los yacimientos que ocupan distintos espacios situados en su entorno próximo, lo cual nos puede servir para delimitar mejor si cabe el alcance real del citado núcleo centromeseteño.

¹¹³ Apuntar que el caso de Las Cogotas es un tanto particular, puesto que si bien se sitúa más cerca de estos poblados más alejados, los esquemas decorativos presentes en sus materiales cerámicos, compuestos en su mayoría a base de espigas incisas que se disponen en frisos metopados o en bandas dobles y triples, tienen unas características técnicas que están más cerca de los poblados del sector central.

Comencemos por apuntar que diferencias en este sentido se pueden observar, por ejemplo, en un sector concreto del occidente de la Meseta, en los yacimientos salmantinos de la zona de Béjar. Aquí el número de hallazgos del Bronce Medio es bastante reducido: de hecho sólo han sido localizados un par de poblados (La Corvera en Navalморal de Béjar y El Tranco del Diablo en Béjar), situados en plena Sierra de Gredos, en relación con la vía natural que permite el acceso a la Meseta Norte desde la Alta Extremadura (la misma vía que siglos más tarde será conocida como Ruta de la Plata). En ambos lugares, considerados por Fabián como la representación de una peculiar facies del Bronce Medio del Suroeste, inspirada por una tradición calcolítica anterior (Facies La Teta-La Solana), se aprecian algunas originalidades en sus decoraciones incisas que los distinguen del horizonte Protocogotas centromeseteño. Éstas se evidencian, por ejemplo, tanto en el bajo porcentaje de motivos incisos en que comparecen la *espiguilla* y los *chevrons*, como en el uso frecuente de las bandas de incisiones cortas; aspectos ambos que contrastan claramente con lo observado en los cercanos yacimientos abulenses de El Cogote o Las Carrávilas, mucho más en la línea de los típicos del valle medio del Duero. La identificación de esta peculiar facies, contemporánea del grupo del centro de la Meseta (así lo aseveran las fechas de C-14 obtenidas en esta zona que se sitúan entre mediados del s. XV y mediados del s. XIV a. C.), que separaría el Sur de la provincia de Salamanca de los grupos que ocupan el centro del Duero durante el Bronce Medio, al parecer desaparece en el Bronce Final, momento en que la tradición decorativa de la facies de la zona de Béjar termina confluyendo, a la vez que la facies Protocogotas, en la pleni-

tud de Cogotas I, que homogeneizaría, casi por completo, las tradiciones ornamentísticas de la cerámica de toda la Submeseta Superior (Fabián García, J. F. 1995: 199-200).

También en la provincia de Soria, situada en el oriente de la Meseta y muy ligada por ello a las tradiciones del valle del Ebro, observamos como, pese a la presencia de decoraciones incisas claramente paralelizables —desde un punto de vista temático y de ejecución— a las del grupo Protocogotas del centro de la Meseta, entre tales especies se observan ciertas particularidades¹¹⁴ que contrastan con las que, por ejemplo, aparecen en nuestros poblados de La Ribera vallisoletana. Entre estos rasgos particularizadores¹¹⁵, apreciables en lugares tan señeros como La Cueva del Asno de Los Rábanos (Eiroa García, J. J. 1979), El Balconcillo de Utero (Rosa Muncio, R., de la, 1991: 69-86; Rosa Muncio, R., de la, 1994: 30-35; Rosa Muncio, R., de la, y Chausa, A. 1990: 133-143) y, por supuesto, Los Tolmos de Caracena, cabría citar, primeramente, la menor importancia cuantitativa que, respecto a los establecimientos del centro de la cuenca, cobran los motivos incisos en el cómputo general de las especies decorativas. Digamos que, en efecto, mientras en Los Tolmos las cerámicas con motivos incisos apenas representan el 30'26% del total de los recipientes decorados¹¹⁶ en los enclaves de nuestro ámbito estas especies comparecen sobre porcentajes que superan, recordemos, el 70% del conjunto de la quincallería decorada del yacimiento. En segundo término, y en el apartado concreto de las especies incisas, observamos como en este lugar señero los zigzag son el tema predominante: de hecho suponen casi el 60% de los motivos incisos controlados, en tanto que los motivos

¹¹⁴ Algunos de esta peculiaridades ya fueron puestas de manifiesto por Jimeno Martínez y Fernández Moreno.

¹¹⁵ Esta asimilación que hacemos entre los materiales cerámicos decorados de nuestros yacimientos y los del alto Duero, en cierta medida, pudiera entrar en contradicción con algo de lo que se apunta en la publicación que recoge los últimos trabajos desarrollados en este enclave. En concreto, nos referimos al punto en que se comparan los materiales de dicha estación soriana y los de uno de los yacimientos “Protocogotas” incluidos en nuestro sector: La Plaza en Cogeces del Monte. Allí se sugiere que en el elenco vascular de este último lugar concurren diversas “características que lo alejan de Los Tolmos y lo relacionan más con el horizonte Cogotas I”. En este sentido, tras manifestar que compartimos la idea de que, en efecto, existen diferencias entre los materiales de ambos lugares, nos gustaría añadir que tal disimilitud guarda relación, antes que nada, con un hecho muy concreto: la comparación que proponen Jimeno y Fernández se establece entre conjuntos cerámicos que, debido a su dispar cronología —entre las fechas de C14 de Los Tolmos y las del castro vallisoletano media más de un siglo—, no son equiparables en términos absolutos; máxime si tenemos en cuenta que la cerámica no es algo monolítico sino, como se ha señalado en alguna ocasión, la plasmación de una moda cultural que evoluciona con el paso del tiempo. En este sentido nos parece importante señalar que muchas de las ausencias que aprecian los autores citados entre la vajilla de La Plaza y la de Los Tolmos (por ejemplo, la escasez de tipos globulares y en S suave; la ausencia de grandes vasijas con digitaciones o cordones y de formas con carena media), consideradas claves para establecer la diferenciación entre la alcaería de los dos lugares apuntados, no son tales cuando comparamos los materiales de Caracena y los de El Castillo de Rábano; o lo que es lo mismo cuando lo que comparamos son dos contextos cerámicos prácticamente contemporáneos. Esta observación, en buena lógica, permite suponer que el distanciamiento de Cogeces respecto a Los Tolmos se debe, primordialmente, a la distancia cronológica que media entre ambos y, por ende, a la dinámica evolutiva propia de los materiales cerámicos del periodo.

¹¹⁶ La menor incidencia de la incisión en este lugar se ve compensada por la especial relevancia que cobran las de las decoraciones impresas y plásticas.

realizados a base de espigas representan tan *sólo* el 43'80%. Ambos aspectos contrastan vivamente con lo observado en los yacimientos de nuestro ámbito, donde, según pudimos comprobar, las espigas resultan ser absolutamente dominantes. Todas estas peculiaridades forman parte de una tradición común con los grupos del occidente de la cuenca del Ebro, y perduran aquí en los primeros momentos del desarrollo del grupo de Cogotas.

Por último, mencionaremos que también dentro de la cuenca del Duero, en concreto en su tramo norte (montaña palentina en torno al curso alto del río Pisuerga) y en sus rebordes nororientales, se reconocen una serie de enclaves datables en el Bronce Medio, en los que se detectan diversas decoraciones incisas que muestran claras disparidades respecto a las especies homólogas del Protocogotas centromeseteño. Hemos de apuntar que este particular ámbito, el cual, a diferencia de los espacios anteriormente citados, quedaría fuera del *Área Nuclear* de Cogotas I, constituyéndose propiamente en un "Territorio" o "zona de contacto", tiene continuidad en el alto valle del Ebro, desde el norte de Burgos hasta las tierras del Bajo Aragón.

En resumen, el motivo decorativo más habitual son las *decoraciones de dientes de lobo* o zigzags, que suelen presentarse en dos modalidades: a base de trazadas continuas y de forma desconectada separando cada uno de los trazos. Especialmente representativos son los primeros, y dentro de ellos los irregulares donde cada ángulo de los formados por la línea de zigzag es diferente y en los que suele ocurrir que de vez en cuando las trazadas se interseccionan rompiendo el seguimiento de la línea y provocando la duplicidad de tramos. Este tipo, presente en lugares como, por ejemplo, Solacueva, Pancorbo, Berbeia y Mendizorroza, parece característico de los primeros momentos de la aparición de los influjos meseteños en la región, coincidiendo con el desarrollo del horizonte Protocogotas de la Meseta, en el que el zigzag inciso es uno de los motivos decorativos más comunes. Otros motivos incisos de clara tipología cogoteña, caso de las espigas, de diferente orientación y tipología, aquí son siempre minoría. La "escasez" de este emblemático motivo cabe interpretarlo como un alejamiento de la tradición más pura de la zona nuclear. De hecho, tal y como apunta Abarquero, la presencia de todas estas decoraciones fuera del estricto ámbito meseteño debe ponerse en relación con la expansión que conocieron diversas manifestaciones propias del mundo Cogotas I, desde los primeros momentos de su desarrollo, en aquellos ámbitos que, situados fuera de la estricta *zona nuclear* donde se gestó el grupo, recibieron sus influencias (Abarquero Moras, F. J. 1997: 773-798).

A lo largo de las páginas anteriores hemos tenido ocasión de comprobar que las características de las cerámicas incisas pue-

den servirnos como elemento diferenciador y de utilidad para individualizar una serie de grupos o *facies*, entre las poblaciones que ocuparon la Meseta norte durante el Bronce Medio. Lógicamente, sería deseable poder individualizar todos estos grupos a partir del análisis de otros muchos aspectos: por ejemplo, hábitat, industria lítica, metalurgia, forma de las cabañas... etc., para valorar en su justa medida el grado de afinidad real existente entre las diversas facies. Sólo así la valoración de este hecho puede dar lugar a diversas interpretaciones que impliquen mayor o menor trascendencia. Por el momento, a falta de mayor profundidad general en las investigaciones, no nos atrevemos a enunciar una hipótesis que pretenda explicar el hecho, aunque si nos parece significativo señalar que las diferencias y/o las identidades apuntadas deben tener, en buena lógica, un alcance, sea el que sea, e implique mayor o menor trascendencia. En este sentido, por el momento, nos limitaremos a decir que, en nuestra opinión, la disparidad que manifiestan las especies incisas de determinadas áreas constituye un hecho de indudable alcance. Un argumento que apunta en favor de esta hipótesis nos lo aporta comprobar que, en buena medida, los territorios que hemos delimitado, tomando como base de las diferencias estilísticas citadas, coinciden con las áreas en que Antonio Vellido divide la Submeseta Norte, valiéndose, en este caso, de analizar los modelos de poblamiento y aprovechamiento económico propios de dichos territorios (Bellido Blanco, A. 1996: 95-97).

Todo ello permite apuntar que, en efecto, las afinidades que manifiestan las especies incisas presentes en los yacimientos de determinadas áreas pudieran ser la *expresión visible* de un hecho de mayor calado que puede servirnos para delimitar unos territorios que dieron cabida a determinados grupos humanos que además de compartir técnicas comunes, apreciables, por ejemplo, en las rasgos estilísticos que se expresan sobre sus útiles (sus cerámicas en este caso), tienen otras muchas identidades mutuas; las cuales que atañen al campo de lo cultural, social, etc. En nuestra opinión, todos estos aspectos deberán ser examinados conjuntamente, único modo en que será factible una correcta reconstrucción de los contextos culturales desarrollados por las poblaciones que habitaron la Meseta Norte durante el Bronce Medio.

En línea de manifiesta afinidad con los anteriores se sitúan una serie de hallazgos de la provincia de Burgos donde se detectan motivos y formas de hacer muy semejantes. Nos referimos tanto a unas cuantas localizaciones que, como es el caso de El Blanquillo y Los Cascajos en Quintanadueñas (Delibes de Castro, G., y Esparza Arroyo, A. 1985: 161) o Cueva Mayor de Atapuerca (Clark, G. A. 1979: Fig. 74. 14 -3- y 15), se sitúan no muy lejos de dicha capital, como a un nutrido grupo de lugares se reparten por toda la porción septentrional

de la provincia, de otra. Este es el caso de lugares como Pancorbo (Abásolo Álvarez, J. A., y Ruiz Vélez, I. 1980: Fig. 15. 4), Cabañes (Bohigas, R., Campillo Cueva, J., y Churruca, J. A. 1984: 49; Fig. VII. 1-10), San Martín de Ubierna (Campillo Cueva, J. 1988), el Abrigo A de Río Losa (Nolte, E. 1971: 361-362), o la cueva de Ojo Guareña (Osaba y Ruiz Erenchun, B. 1966: Fig. 14. 2).

Este predominio de las *decoraciones de dientes de lobo*, observada en los yacimientos del norte de Burgos y Palencia, también se advierte en un copioso número de lugares que se extienden, hacia el este de los burgaleses, por todo el reborde oriental de la Meseta Norte y el Alto Valle del Ebro. Del primero de tales ámbitos cabe citar diversos enclaves que, como es el caso de Covarrubias de Ciria (Ortego Frías, T. 1969: Fig. 9), la Cueva del Asno o Castilviejo de Yuba, se distribuyen por el norte de la provincia de Soria. Del segundo podemos mencionar asentamientos tan señeros como El Batán y Mendizorroza (Llanos Ortiz de Landaluce, A., y Fernández de Medrano, D. 1968: 45-72), Solacueva de Lakozmonte (Barandiarán, J. M. de. 1968: 117-129; Llanos Ortiz de Landaluce, A. 1991: 121-155), Berbeia (Agorreta, J. A., Apellániz, J. M., Fariña, J. 1975: 221-292), Peña Miel Superior (Pérez Arrondo, C. L., y Barrios Gil, I. 1989: 23-48), Cueva Lóbrega (Corchón Rodríguez, S. 1972: 57-107; Barrios Gil, I., y Ceniceros Herreros, J. 1991: 27-59) o Moncín (Harrison, R. J., Moreno López, G., y Legge, A. J. 1984; *Ibidem.* 1987; *Ibidem.* 1994); lugares todos ellos donde, en efecto, los zigzag son muy comunes. Dentro de este ámbito este horizonte también ha sido documentado recientemente en dos yacimientos de Las Bardenas Reales: Fase II de Monte Aguilar y Cuesta de la Iglesia A. Ambos lugares tienen cabida en lo que Sesma denomina el Bronce Medio Evolucionado, con dataciones radiocarbónicas de los ss. XIII-XIV a.C.

Las particularidades que ofrecen las decoraciones que comparcen en estos enclaves que se distribuyen por el reborde norte y oriental de la Meseta N. y el Alto valle del Ebro han sido glosadas por diversos investigadores que las han bautizado con diversos nombres. Los trabajos elaborados al respecto en la década de los 80 las interpretan, en general, como

un elemento propio de un horizonte distinto, de desarrollo coetáneo al grupo Cogotas I¹¹⁷. Esparza Arroyo, a principios de los 90, hizo suya la problemática que plantean estos peculiares motivos, a los que aplica la denominación genérica de *cerámicas incisas de tipo Cueva Lóbrega/Berbeia* (Esparza Arroyo, A. 1990: 120). En dicho trabajo se señala que dichas especies caracterizadas por el predominio de las decoraciones de dientes de lobo se habrían desarrollado durante el Bronce Medio, coincidiendo con el momento formativo de este horizonte o Protocogotas I. Analiza su morfología y los yacimientos en que comparcen, cotejándolas con las especies de otros ámbitos meseteños. Armado de tal bagaje se permite afirmar que durante esta época la Meseta Norte y su entorno próximo vivió “una profunda unidad cultural”. Esta homogeneidad, en el caso concreto de las cerámicas decoradas, se traduce en que los caracteres que presentan las especies del “horizonte de las incisas” son, en opinión de Esparza, “indistinguibles” de los exhibidos por las producciones que comparcen en yacimientos representativos del Bronce Medio de la zona centro y oriental de la cuenca del Duero, caso de Cogeces del Monte y Caracena, respectivamente. De hecho el autor dice no encontrar “justificado hacer tres grupos o facies –Cogeces, Los Tolmos y Cueva Lóbrega/Berbeia– radicalmente diferentes”.

Por nuestra parte, aunque coincidimos en ciertos puntos con lo que sobre estas cerámicas apunta Esparza, queremos manifestar alguna discrepancia al respecto: si bien convenimos con el autor en que las producciones cerámicas del Bronce Medio de los ámbitos meseteños señalados presentan evidentes concomitancias respecto a las *de tipo Cueva Lóbrega/Berbeia* (tantas como para poder asumir que, sin duda, forman parte integrante de un mismo proceso cultural), también entendemos que las diferencias entre las cerámicas de las distintas zonas son apreciables y las distingue con cierta rotundidad.

Desde luego no es nuestra intención en este apartado entrar a dilucidar cuál es el alcance real de las disimilitudes que cabe advertir existen entre todos estos motivos pues, por el momento, y a falta de una mayor profundidad general en las investigaciones¹¹⁸ no nos atrevemos a emitir una interpretación que pueda explicar el hecho, aunque sí nos parece significativo

¹¹⁷ Haciendo un breve resumen al respecto diremos que fue Aguilera Aragón el primer investigador en tratar conjuntamente un cierto número de enclaves, a caballo del Sistema Ibérico (Aguilera Aragón, I. 1980: 91-95), en que se registra la presencia de materiales de esta clase. Para su denominación utilizó el término de cerámicas de dientes de lobo, que fueron datadas a caballo entre el Bronce Medio y Final. Profundizando en el estudio de los yacimientos reunidos por Aguilera, Ruiz Zapatero propone el término horizonte de las incisas y su correspondencia a un Bronce Final local (Ruiz Zapatero, G. 1984: 169-185). También se ha hablado de un horizonte de Berbeia.

¹¹⁸ En nuestra opinión, todos estos aspectos no pueden ser contemplados aisladamente, como a menudo se viene haciendo, fuera de su contexto cultural (formas cerámicas a las que se asocian, otros elementos de la cultura material, estructuras de habitación, ritual funerario, economía, etc.), su situación cronológica y su relación con los yacimientos del entorno.

señalar la importancia de las diferencias porque entendemos que ellas deben guardar, en buena lógica, un significado, sea el que sea, e implique mayor o menor trascendencia; algo que solo podrá determinarse en la medida que avancen las investigaciones en este campo.

C.2. Decoración impresa (B)

Desde el punto de vista técnico las características que distinguen esta clase de realizaciones son como siguen: En general, se utilizan punzones de origen vegetal u óseo, así como los dedos y uñas de los propios alfareros. No se aprecian entre las realizaciones con esta técnica motivos de excesiva profundidad, aunque a veces se consigue desplazar el suficiente volumen de pasta como para que se confunda con la excisión. Los motivos más habituales son los siguientes:

Impresiones continuas

B1. Acanalados (Fig. 196)

Los hallamos tan sólo en El Castillo de Rábano, donde además comparecen con escasa representación. De hecho, únicamente se refleja sobre un par de recipientes. En ambos casos en su confección responden a un tipo bien definido (se trata de amplias impresiones acanaladas, relativamente profundas, realizadas, con toda probabilidad, con la aplicación de los dedos), aunque su plasmación es rotundamente dispar. Por una parte nos encontramos con un recipiente, de notables dimensiones, forma indeterminada, con un único y amplio acanalado que discurre paralelo al borde (Fig. 120. 1). El otro ejemplo se plasma sobre un perfil, de tipo olla, cuya panza aparece totalmente cubierta por líneas de acanalados paralelos que en este caso, en combinación con distintos motivos incisos, cual son líneas de zigzag que discurren sobre la línea en resalte que separa dos acanaladuras y metopas de espigas que, plasmadas sobre el fondo de dichas metopas y conjugadas con espacios vacíos, conforman un elegante ajedrezado, configuran una decoración sumamente singular (Fig. 124. 1).

Dejando a parte la peculiaridad que representa este singular recipiente cerámico (para el que, por cierto, no hemos encontrado ningún paralelo adecuado ni dentro ni fuera de la Meseta), nos centraremos en la particular problemática que

representa la **decoración de acanalados**. Primeramente diremos que estos peculiares elementos decorativos, en alguna de las múltiples modalidades conocidas, es factible rastrearlos durante el Neolítico y Calcolítico¹¹⁹. Ausentes en el campaniforme, como así lo demuestra la ausencia de esta clase de decoraciones de las diversas tablas que recogen los motivos decorativos propios de esta fase, los surcos acanalados hechos por el arrastre de los dedos sobre el barro blando, bien sea en sentido vertical u horizontal, volverán a cobrar cierto protagonismo en determinados contextos peninsulares durante la Edad del Bronce, donde alcanzan cierta intensidad durante las fases Antigua y Media.

En efecto, acanaladuras anchas ejecutadas con los dedos pueden encontrarse, con cierta asiduidad, en ámbitos como la Serranía de Cuenca. Así lo demuestra su significativa presencia en ambientes como el representado en el yacimiento de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca). En este enclave se observa como estos motivos, ausentes de los niveles con cerámicas campaniformes, comparecen a partir del *Estrato 5*, que los autores sitúan en “una fase avanzada del Bronce Antiguo, correspondiendo aproximadamente a un Argar B antiguo”, cuya deposición se produjo en momentos inmediatamente previos a la aparición de ciertas especies de clara raigambre Protocogotas I. En este lugar las acanaladuras paralelas siguen apareciendo incluso cuando se ha introducido en la zona todo un repertorio de técnicas de decoración propias del Cogotas I pleno; algo que aquí acontece durante el Bronce Tardío (Ulreich, H., Negrete Martínez, M. A., y Puch Ramírez, E. 1994: 119-125).

En la Meseta Norte tenemos dificultades para rastrear su presencia: primeramente porque parece tratarse de un elemento poco representado; en segundo término por haber pasado desapercibido para la generalidad de los autores. Empero, en la cuenca del Duero no faltan exponentes de la presencia de surcos acanalados, e incluso aportan cierta precisión cronológica. En efecto, podemos encontrarlos en lugares como El Castillo (Cardeñosa, Ávila)¹²⁰, El Torojón (Morcuera, Soria)¹²¹ o Cueva Maja (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2002: Fig. 89. 43 y 44), en

¹¹⁹ Al respecto ver, por ejemplo: Pérez Arrondo, C. L., Cenicerros, J., y Duarte, P. 1987: 169-171.

¹²⁰ Entre las cerámicas estudiadas por Naranjo González, C. (1984: 35-85), encontramos un par de cerámicas con decoración de amplias escocias horizontales en la Fig. 2. 5 y 9.

¹²¹ Una revisión de la obra de Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J., Revilla Andia, M.ª L. (1988: 85-118), nos ha permitido reconocer un fragmento decorado con este estilo en la Fig. 12. 19.

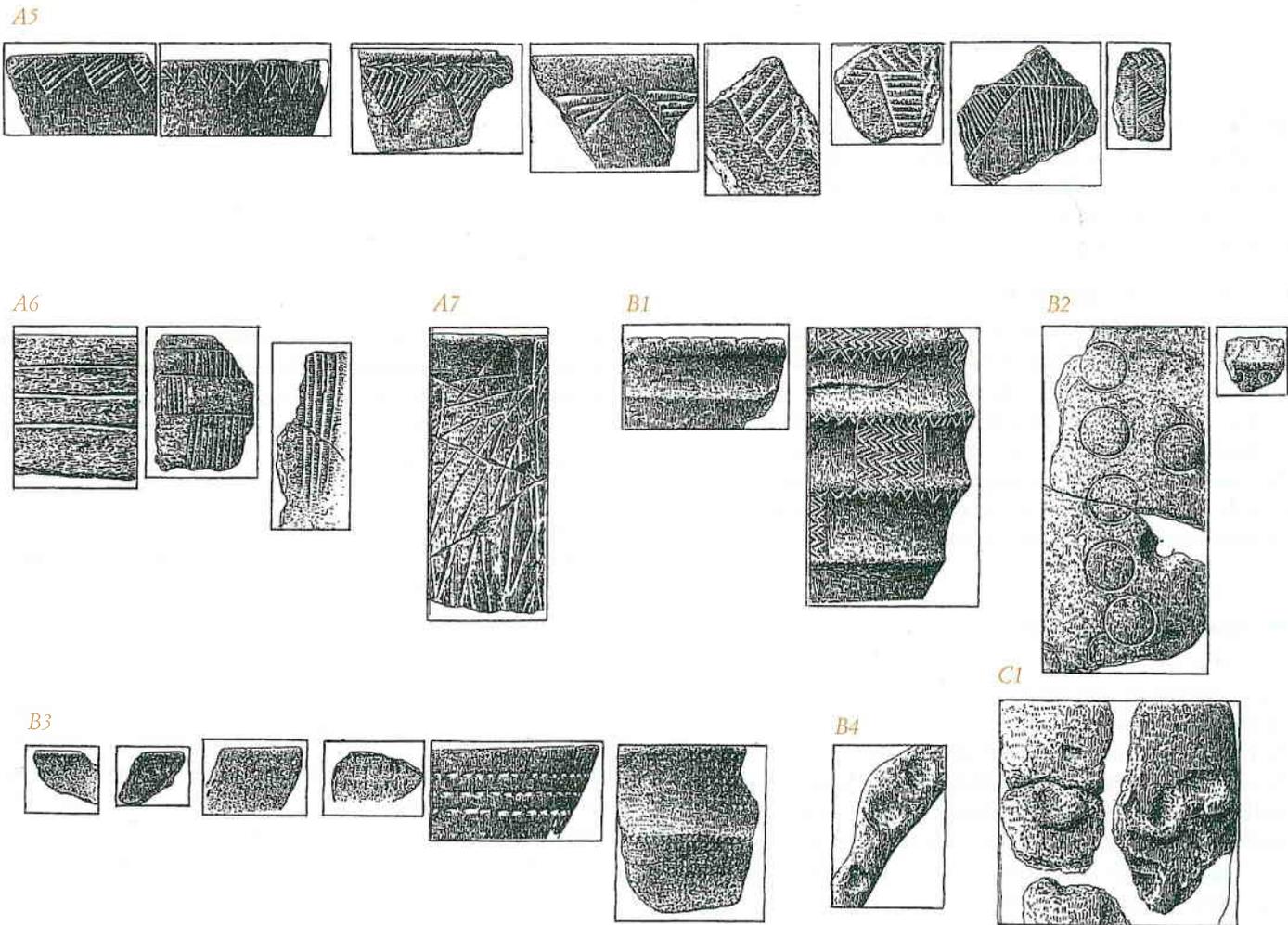


Fig. 196. Principales técnicas y motivos identificados en la decoración cerámica del Bronce Medio en La Ribera del Duero de Valladolid.

momentos del Bronce Antiguo postcampaniforme y los seguiremos viendo en yacimientos del Bronce Medio nortemeseteño, según lo refiere su presencia, además de en Rábano, en lugares como Los Tolmos de Caracena¹²² y la Gravera de Puente Viejo (Mingorría, Ávila) (González-Tablas Sastre, F. J. 1984-1985: 267-276).

Concluimos por tanto que los acanalados amplios de esta zona corresponden a momentos tempranos del Bronce Medio. Así lo demuestra su presencia en enclaves como los que arriba se citan con cronologías antiguas dentro del horizonte Protocogotas, relacionados con los grupos del Bronce Antiguo desarrollados previamente en el sector, y su ausencia de contextos semejantes datados en fechas posteriores.

Impresiones discontinuas (Fig. 196)

B2

Impresión circulares o “de caña”, compuesta por círculos de pequeño diámetro (alrededor de 10 mm) formando alineaciones o distribuidos irregularmente sobre la pared de ciertos recipientes. Sólo rastreamos su presencia en lugares como El Castillo (Fig. 108. 10; 110. 15; 115. 15), El Carrizal (Fig. 56. 7) y Cojuncillos (Fig. 22. 6). En el primero de estos sitios, donde se identifica el mayor número de ejemplos, aparece un motivo de estas características, alineadas en el interior del borde, en cuyo centro aparece una impresión profunda realizada con un punzón de sección circular (Fig. 125. 7).

¹²² Aunque en la obra de Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. (1991) no se hace ninguna mención firme al respecto, encontramos una muestra del empleo de acanaladuras semejantes a las nuestras en la pieza n.º 610 de la Fig. 37.

B3

Alineaciones de impresiones realizadas con un instrumento apuntado (punzón, espátula) sobre el cuerpo y borde de ciertas vasijas. Lo más frecuente es que aparezcan formando series de varias clases. Las más repetidas son aquellas que se distribuyen en líneas rectas horizontales. En unos casos estas líneas de puntos, ya sean simples (El Carrizal) (Fig. 52. 5), dobles (Pino de la Horca) (Fig. 76. 1), o hasta triples (El Castillo) (Fig. 118. 9), discurren junto al borde de diversos recipientes de pequeño tamaño; en otros se presentan formando grupos que metopan el espacio (El Castillo) (Fig. 110. 1).

No es, en absoluto, un tema abundante en nuestro sector, estando presente sólo en el 17'39 de los yacimientos controlados y siempre en proporciones muy bajas. De hecho, invariablemente, se reflejan sobre menos de un 3% de los fragmentos que ostentan decoración externa. Dentro de esta parquedad general es posible apreciar que, incluso, parecen ser menos abundantes en los momentos avanzados del periodo. Efectivamente, mientras en El Castillo de Rábano comparecen sobre el 2'58% de los barros con decoración externa en yacimiento de inicios de la etapa siguiente, caso de El Cementerio-El Prado, están presentes en apenas el 1'12%. Al mismo tiempo que decrece el número de motivos lo hace la variedad temática.

B4

Dígito-ungulaciones, tanto sobre el cuerpo, como sobre el labio del recipiente. Estas últimas suelen ser suaves marcas de forma ovalada que aparecen alineadas sobre el borde de recipientes que, en la inmensa mayor parte de los casos, muestran sus paredes sin decoración. Debemos indicar que esta clase de impresiones, al igual que sucediera durante el Bronce Antiguo, raramente son tan profundas como para deformar la regularidad del borde y crear ondulaciones apreciables al exterior, algo que habrá de ser propio de momentos más avanzados de la Protohistoria (Bronce Final-Edad del Hierro).

Este motivo es relativamente común, estando representado en el 65'73% de los yacimientos de nuestro sector; con todo, su presencia en cada uno de ellos es poco significativa. Sirva reseñar en este sentido que en lugares como El Castillo, donde, por cierto, registramos la proporción más elevada de los enclaves controlados, se nos muestra, tan sólo, sobre el 5'75% de los bordes; en La Plaza su proporción resulta aún menor (el 0'69% de los bordes).

El segundo motivo son las típicas digitaciones más o menos profundas y amplias que aparecen sobre la pared externa de los recipientes. Se trata de un tema cuya utilización resulta absolutamente excepcional en nuestros hábitats. De hecho sólo testimoniamos un ejemplo de su uso en El Castillo en forma de impresión aislada que se sitúa por debajo de un mamelón.

Las **impresiones circulares o "de caña"** son una temática que podemos rastrear desde el neolítico (Navarrete, S. 1976: Láms. CVI, CXXIV, entre otras) y cuya sencillez ha propiciado su perduración a lo largo del tiempo. Están presentes en el campaniforme de ciertos ámbitos peninsulares, pudiendo verlos en la cueva Josefina de Escornalbou, en un cuenco decorado al estilo Salamó (Serra Vilaró, J. 1925: Lám. XII), y en Los Encantados de Belchite; en este caso sobre un gran recipiente de campaniforme tosco (Barandiarán Maestu, I. 1971: Fig. 8).

Será un elemento presente en yacimientos de aquellos grupos culturales del Bronce Pleno/Medio en los que las decoraciones, a excepción de cordones e impresiones digitales, son un elemento cultural sumamente escaso. En este contexto, decorando cerámicas de acabado cuidado, aparecen en La Loma del Lomo de Cogolludo (Valiente Malla, J. 1983: Fig. 4. 17), La Presa del Rey o El Tejar del Sastre (Quero Castro, S. 1982: Fig. 22. b). Entre la cerámica de Las Motillas manchegas, donde apenas existe decoración, ésta es casi la única temática que aparece en contextos como el representado en la Motilla de Los Palacios (Nájera Colino, T., y Molina González, F. 1977: Fig. 7. e y d).

En la Meseta norte los círculos impresos se rastrean en ciertos lugares del Bronce Antiguo del sector, ambiente en que por cierto constituyen uno de los pocos motivos decorativos, y se hacen relativamente frecuentes a lo largo del Bronce Medio¹²³. De hecho en los ambientes Protocogotas de este sector su dispersión es ciertamente amplia, pudiendo encontrar ejemplos, enteramente semejantes a los nuestros, en estaciones arqueológicas que se distribuyen a todo lo largo y ancho de nuestra región. Nos parece interesante apuntar que los ejemplos de esta modalidad decorativa los encontramos preferentemente en lugares que, como Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984: Fig. 100. 419 y 424; Fig. 141. 1377) o El Cogote (Caballero Arribas, J., Porres, F., y Salazar, A. 1993: Fig. 13. a y b), tienen una cronología antigua dentro

¹²³ Ambos hechos contradicen la antigua opinión, según la cual se consideraba un tema propiamente hallstático que se emplearía en el momento final de Cogotas I y más ampliamente en Cogotas II (Martín Valls, R., Delibes, G. 1976: 15).

de los ambientes del Bronce Medio nortemeseteño; algo que también coincide con lo observado en La Ribera. Ante esta circunstancia y su vinculación con otros elementos que más adelante veremos, parece lógico mantener la relación de algunas de las decoraciones que aparecen en el momento antiguo del horizonte Protocogotas y las que comparecen en los yacimientos del Bronce Antiguo de este ámbito.

Por su parte, los **motivos decorativos a base de líneas de puntos (A2)** son un elemento característico de los grupos calcólicos de la Meseta Superior (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 65. C), donde encontramos temáticas muy semejantes a las que también se documentan sobradamente en los yacimientos del horizonte Cogotas I (Fernández-Posse, M.ª D. 1986-1987: 232).

Si exceptuamos algunos motivos muy concretos, cual son los denominados *pseudoexcisos* (conseguidos por impresiones alineadas, bien formando festones que delimitan las franjas decorativas, bien enfrentados o contrapuestos dejando un zigzag en resalte o dientes de lobo), los motivos constituidos por pequeños puntos, bien sea dispuestos en zonas y bandas horizontales, bien formando alineaciones horizontales simples, dobles o múltiples, son extraordinariamente raros en contextos campaniformes meseteños; algo que también podemos hacer extensivo a los contextos del Bronce Antiguo de esta región. Por todo ello entendemos que esta modalidad decorativa pudiera no constituir un testimonio de una tradición anterior y si, por contra, una recreación de los grupos nortemeseteños del Bronce Medio.

En relación con los peculiares motivos impresos que conocemos en nuestros yacimientos, hay que añadir que tienen buenos paralelos, además de en el entorno más inmediato, en diversos lugares del oriente meseteño como Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984: Fig. 99. 403 y 413). De hecho la comparación de la figura (196) con las que recogen los motivos decorativos del enclave soriano permite advertir, además de que en dicha estación esta temática tuvo un protagonismo notablemente mayor que en nuestra zona¹²⁴, que guardan grandes semejanzas los temas de ambas zonas pues emplean esquemas semejantes, también sustentados por motivos semejantes.

Por contra advertimos una clara diferencia entre los motivos impresos de nuestro sector y los de yacimientos Protocogotas que se distribuyen por el occidente meseteño; cuales son los

conocidos en el centro y sur de la provincia de Ávila y los salmantinos de la zona de Béjar. En este último sector, según puede observarse en yacimientos como La Corvera de Naval-moral o El Tranco del Diablo de Béjar, los esquemas a base de pequeñas impresiones de punzón semejantes a los localizados en la vallisoletana Ribera del Duero son ciertamente raros, aparecen en porcentaje muy pequeño, viéndose sustituidos además por otros muy característicos de esta zona cual son ciertas bandas en las que se conjugan los motivos impresos con los incisos. En este sentido cabe citar algunas cenefas a base de cuatro líneas, las dos exteriores a base de *chevrons* incisos y las dos interiores de puntos. Tampoco encuentran parangón en nuestro sector ciertas bandas a base de tres líneas de impresiones, las dos exteriores formadas por puntos y la interior por impresiones losángicas que adoptan disposición oblicua. Por su parte, las particularidades que advertimos en los temas impresos del yacimiento abulense de El Cogote, radican en la total ausencia de motivos constituidos por series de puntos en disposición horizontal que se ven sustituidos por otros en los que las impresiones de punzón dibujan líneas quebradas paralelas.

El hecho importante que traslucen estas observaciones es que la modalidad decorativa de estas decoraciones denota también en este aspecto la relación de nuestra zona respecto al sector oriental de la Meseta, aunque en cada ámbito tengan distinta importancia cuantitativa. Nos parece interesante señalar que en el futuro sería interesante intentar aclarar la naturaleza de este hecho, estudiando la incidencia fundamental que tiene en el mismo el trasvase de influencias a través del camino natural que constituye el valle del Duero.

En lo referente a las **impresiones de digitaciones y ungulaciones (B3)**, en nuestra zona y en general en todo el centro del valle del Duero su presencia está muy poco acreditada durante esta época, pues si bien están documentadas en numerosos yacimientos siempre comparecen en proporciones realmente bajas, resultando más frecuentes en los primeros momentos del periodo y entrando en decadencia a medida que pasa el tiempo.

C.3. Barro plástico (C)

Aunque puede entenderse por tal la yuxtaposición, sin más, de arcilla fresca sobre la pared de un recipiente; lo cierto es que esta clase de apliques tienen un carácter eminentemente

¹²⁴ Apuntar que en Los Tolmos los motivos integrados por pequeñas impresiones o puntos, "dispuestos en Sectores y bandas horizontales simples, dobles o múltiples", representan el 24'28%. Un porcentaje muy superior al que alcanzan en nuestros yacimientos.

funcional al dotarle al vaso de una rugosidad que facilita su agarre. Por tal motivo consideramos oportuno incluir el barro plástico en el apartado de las decoraciones cuando exista un trabajo intencionado sobre la pared del recipiente.

C1

Sólo constatamos el empleo de esta técnica en una ocasión en El Castillo de Rábano (Fig. 131. 5). Sobre un cuenco de perfil hemisférico con terminación pulida, en el que el tratamiento original de las paredes se conserva en el borde, el recubrimiento arcilloso, sobre el que, a su vez, se desarrollan alineaciones de impresiones de dedos, se restringe a la zona de la panza. No ha llegado hasta nosotros el fondo de la pieza por lo que desconocemos si dicho tratamiento se aplicó también a este sector del recipiente.

Con el nombre de cerámica con barro plástico nos referimos a una variedad caracterizada por la aplicación de un recubrimiento de arcilla sobre la superficie original de la vasija cuando ésta aún no ha sido cocida.

Dicha modalidad, junto a la decoración en relieve (cordones, mamelones, etc.) fue considerada por Bosch-Gimpera como un elemento representativo de la “Cultura de las Cuevas” correspondiente al Neoneolítico, contexto cultural que se extendía por toda la Península Ibérica y cuyos hábitats más característicos se localizaban en cavidades, pero también en lugares al aire libre (Bosch-Gimpera, P. 1932).

La cronología, evolución y tipos de recipientes cerámicos en que aparece este tipo de acabado son temas de los que se ocupa habitualmente la bibliografía protohistórica de determinados territorios peninsulares, y muy preferentemente del Valle del Ebro. Tal es el caso, por ejemplo, de trabajos como los de C. Pérez Arrondo y sus colaboradores, donde, en su revisión de la cerámica de las primeras edades del metal en el Alto valle del Ebro, se señala que este recubrimiento, al que se atribuye un carácter eminentemente decorativo, tiene presencia preferencial en ambientes de habitación y escasa representación en el ámbito dolménico (Pérez Arrondo, C. L., et alii, 1987: 177). También se apunta que se trata de un elemento de larga tradición en la zona, cuando menos desde el eneolítico precampaniforme, como se demuestra en Los Husos –nivel IIIA– y Abautz –niveles b1 y b2–.

Del mismo modo se ha mencionado su presencia en distintos asentamientos de la región aragonesa-catalana, en cueva (Chaves, La Miranda, Toralla, etc.) y al aire libre (Bolós, La Boga, El Carnelario, La Peixera, La Plana, etc.). En estos lugares se advierte que su origen, igualmente remoto, se retrotrae al Neolítico-Calcolítico del *Grupo Veraza* (Maya González, J. L. 1982: 163-164), el recubrimiento plástico se mantiene durante el Bronce Antiguo-Medio, como uno de los elementos caracterizadores del denominado Bronce del Nordeste (Maya González, J. L. 1990: 176 y ss.), y perdura hasta el Bronce Reciente-Campos de Urnas Antiguos (Bronce Final II) (ver por ejemplo: Rodanés Vicente, J. M.^a, 1991(b): 177; Barril Vicente, M., 1985: p. 47).

En la Meseta Norte el barro plástico no tiene la tradición con que se nos muestra en el valle del Ebro y parece ser un elemento más tardío, ya que, al menos al nivel de nuestros conocimientos actuales, no advertimos su aparición clara en contextos previos o contemporáneos al campaniforme. El apogeo de esta técnica cerámica en el ámbito meseteño corresponde, sin ningún género de dudas, al Bronce Antiguo. En efecto, reconocemos su presencia con relativa asiduidad en el oriente meseteño, en los poblados, en cueva (Cueva del Barro (Fernández Moreno, J. J. 1991: Fig. 4. 6) y Cueva de la Torca (*Ibidem*, Fig. 6. 15), Soria) y al aire libre (Parpantique), que de esta fase han sido estudiados por Jimeno y otros datados en el ss. XVII y XVIII, momento en que se dejan sentir en esta zona las influencias del valle del Ebro. Aunque es evidente su hallazgo en yacimientos burgaleses (por ejemplo, Pico Romero de Santa Cruz de la Salceda) de esta misma época, próximos a alguno de los sorianos citados (Rodríguez Marcos, J. A., Palomino Lázaro, A. L. 1997), debemos apuntar que este tipo de tratamiento no comparece en los yacimientos coetáneos del centro y oeste del valle del Duero¹²⁵. Diremos, por último, que aunque en los conjuntos significativos del Bronce Medio de la Meseta Norte como Los Tolmos de Caracena, La Plaza de Cogeces del Monte o La Gravera de Puente Viejo tampoco aparece el barro plástico, su presencia no debió ser del todo desconocida en el sector. Así se deduce del hallazgo de El Castillo de Rábano, demostrativo de que al menos en los momentos más recientes del Bronce Medio de nuestro sector se empleo este peculiar tipo de tratamiento.

¹²⁵ De hecho no los hemos detectado en los yacimientos del Bronce Antiguo de nuestro sector, ni tampoco se menciona su presencia en los yacimientos que, asimilables a este periodo, han sido publicados hasta la fecha de los territorios situados en el occidente de la Meseta.

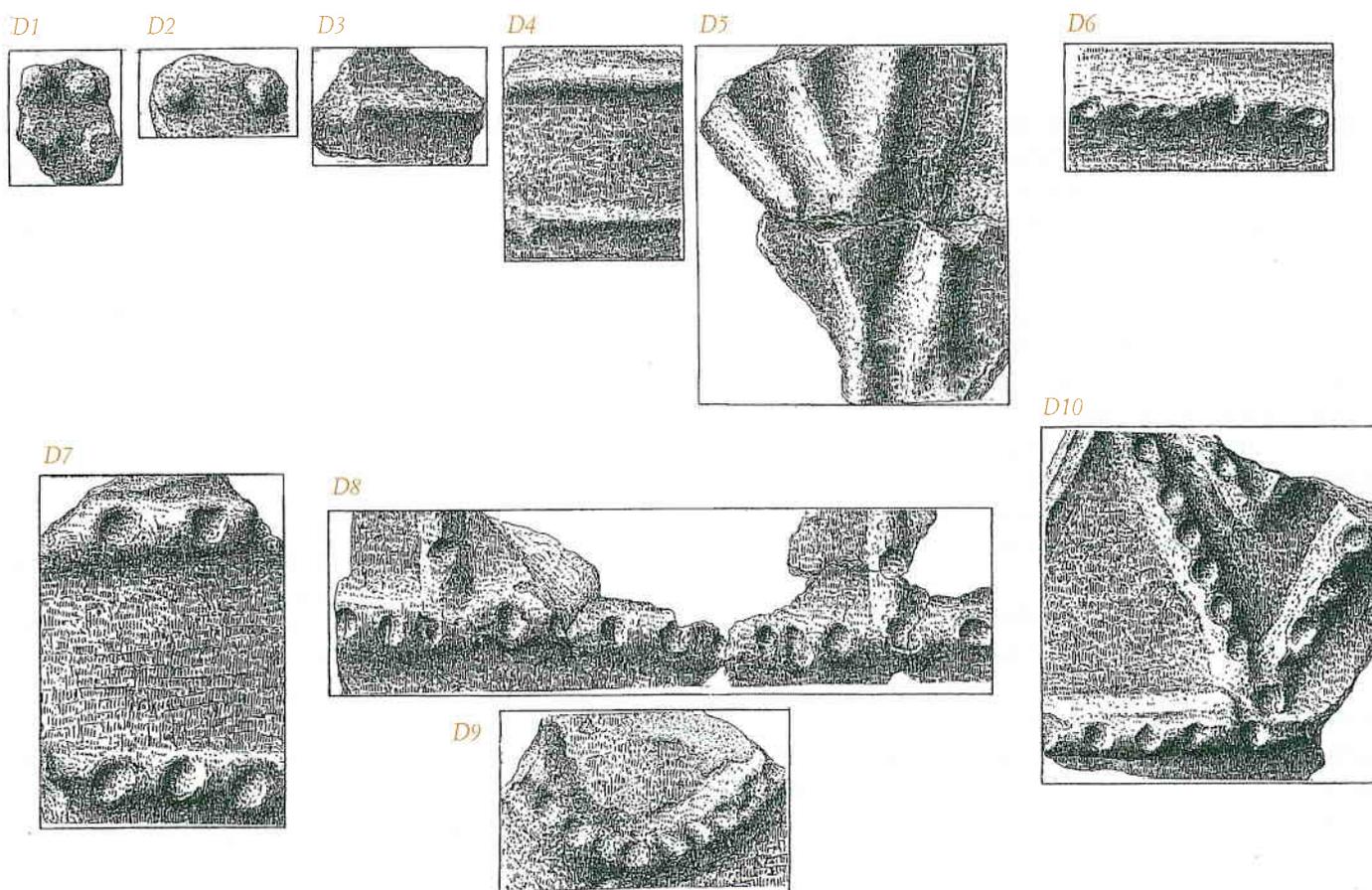


Fig. 197. Principales motivos plásticos identificados en las cerámicas del Bronce Medio en La Ribera del Duero de Valladolid.

C.4. Decoraciones en relieve (D) (Fig. 197)

- **D1.** Mamelones distribuidos aleatoriamente recubriendo la superficie de la vasija. Sólo conocemos un ejemplo recuperado en El Castillo de Rábano (Fig. 113. 8).
- **D2.** Alineaciones de mamelones. También en este caso contamos con un único fragmento decorado con esta técnica procedente de El Castillo (Fig. 116. 10).
- **D3.** Cordones simples lisos horizontales.
- **D4.** Series de cordones lisos horizontales.
- **D5.** Cordones sencillos horizontales con impresiones, generalmente digitales. Por su sencillez, es una de las técnicas más empleadas.
- **D6.** Cordones lisos que parten de un eje vertical constituido por otro cordón semejante, dibujando un motivo de espiga o arboriforme, caracterizado por el enlace de los verdugones en ángulo.
- **D7.** Serie de cordones horizontales con impresiones. Se documentan en número de dos apliques en El Castillo.
- **D8.** Cordones impresos verticales que arrancan de otro horizontal de similares características, que hace de eje, formando un motivo de reticulado.
- **D9.** Es el equivalente al tipo D5 pero formando una guirnalda.
- **D10.** Incluimos en este grupo aquellos motivos de cordones con impresión que, aunque se conservan fragmentados, permiten apreciar una composición diferente, ya sea de serie de cordones formando una ondulación o una retícula con ejes verticales y grupos de verdugones que arrancan en horizontal en ambas direcciones.

Desgraciadamente ninguno de los fragmentos que presentan **decoración en relieve** tiene tamaño suficiente para permitir reconstruir la forma del recipiente a que pertenece; razón por

la cual no ha sido posible incluir estos barrotes en el apartado de las formas cerámicas. Únicamente el notable grosor de las paredes de la mayor parte de tales fragmentos (entre 15 y 24 mm) nos pone sobre la pista de que, en general, pertenecieron a vasijas de notables dimensiones. Podemos apuntar que, de hecho, en casi todos los yacimientos de aquellas zonas geográficas donde son comunes estos elementos decorativos se asocian a grandes vasijas para almacenaje. De ellos tenemos buenos ejemplos en los múltiples lugares que más abajo se citan, pudiendo apreciar que suele tratarse de grandes tinajas de cuerpo globular marcado y borde curvado abierto. En general su fondo es plano o plano-convexo, con diámetro reducido en relación con su altura y su volumen.

Por otra parte, el hecho de que ningún recipiente se conserve en su integridad impide también que conozcamos cómo fue la distribución exacta de esta clase de ornamentaciones sobre la superficie de los recipientes. Con todo no creemos equivocarnos al señalar que la distribución de tales motivos no debe diferir en gran medida del modo en que estas mismas ornamentaciones en relieve se nos presentan en los enclaves del Bronce Medio de ámbitos próximos. En este sentido diremos que, según se aprecia en tales lugares, los cordones simples decorados (D3, D4, D6) suelen encontrarse colocados a la altura del arranque del cuello o borde, según el recipiente de que se trate, siempre en disposición horizontal formando 1 ó 2 líneas como límite superior del área. El resto de los motivos, que tendrían cabida en el capítulo de lo que podríamos denominar cordones múltiples, plantean una problemática diferente. Como tales entendemos sistemas donde se asocian más de dos cordones formando temas “complejos” que se reparten sobre buena parte del cuerpo de la vasija. Éstos pueden ser lisos (D5) o soportar impresiones; en este caso, normalmente, se trata de dígito-ungulaciones (D7, D8, D9 y D10). Esta clase de motivos suelen disponerse tomando como base dos sistemas básicos –I) Series paralelas de cordones verticales. II) Guiraldas asociadas a motivos arboriformes– que, partiendo de un cordón horizontal situado en el hombro de la vasija, suelen extenderse hasta su mismo fondo.

En el terreno de la cronología, apuntar que este tipo de decoraciones, aunque ya se encuentran en yacimientos del Bronce

Antiguo (El Cujón –Sector A–, El Castillo de Peñafiel y Las Eras), se siguen rastreando, en proporción significativa, en poblados como El Castillo de Rábano, junto a materiales característicos del Bronce Medio.

En cualquier caso, se trata de una especie proporcionalmente poco representada en nuestra zona durante el presente periodo; de hecho están presentes en alguna de sus manifestaciones, únicamente en el ya citado yacimiento de Rábano y en Los Pinos del CuboLa Dehesilla. En el primero de estos enclaves se han localizado la totalidad de las modalidades decorativas que integran este apartado. En el segundo se ha identificado un único fragmento cerámico de escaso tamaño que muestra un cordón aplicado (Fig. 78. 9).

Fuera de la Meseta **las decoraciones en relieve**, bien sea formando motivos simples o decoraciones algo más complejas, alcanzan notable dispersión geográfica, apareciendo en los contextos del Bronce Medio de una amplia zona del entorno ibérico, en ámbitos tan dispares como la Serranía Turolense, donde destacan los ejemplares de los niveles III, IV y V del Castillo de Frías de Albarracín (Atrián Jordán, P. 1974), la provincia de Cuenca (Díaz-Andreu García, M. 1994), o el valle del Ebro¹²⁶. Con todo es de destacar su especial concentración en los yacimientos del Bronce Valenciano que se distribuyen por el norte de Valencia, caso del Pic dels Corbs (Tarradell, M. 1963), datado en 1581±100 a.C., Peña de la Dueña (Alcacer Grau, J. 1945), La Atalayuela (Alcacer Grau, J. 1945), Puntal de Cambra (Alcacer Grau, J. 1954), y Castellón, caso de El Mortorum de Cabanes (Esteve Gálvez, F. 1975), Ereta del Castellar (Arnal, J., Prades, H., y Fletcher, D. 1968) y algunos yacimientos del término de Benassal (González Prats, A. 1978). En Cataluña también están presentes estas decoraciones durante el Bronce Antiguo y Medio del Vallés (Petit i Mendizabal, M.^o A. 1992: Fig. 3), así como en las cuevas tarraconenses de Portalloret (Vilaseca Anguera, S. 1957-1958: Lám. VI. 2 y VII. 1) o cova de la Vila de la Febró (Vilaseca Anguera, S. y Pruneda, A. 1944). Tarradell, al analizar la problemática concreta del Bronce Valenciano, valoró estas decoraciones vinculándolas con los yacimientos tarraconenses. Esta hipótesis fue recogida con posterioridad, subrayando su derivación catalana y su datación en la segunda mitad del segundo milenio.

¹²⁶ Hallamos estas decoraciones en yacimientos como la cueva de Los Encantados de Belchite, donde documentamos cordones lisos en espiga, semejantes a algunos ejemplares de El Castillo de Rábano (Barandiaran Maestu, I., 1971, fig. 10). En cueva Colomera se recogieron en superficie cordones lisos arboriformes que, de nuevo, tiene paralelos en alguno de los fragmentos hallados en nuestro sector (Padró, J., De la Vega, J. 1989: Fig. 27. 1). De lugares como la sala I de Cueva Lóbrega proceden ciertos fragmentos pertenecientes a un gran recipiente con decoración de guiraldas en esta misma técnica, que se pueden adscribir al nivel I del Bronce Medio avanzado, datado en 1245 ± 50 a. C. (Ceniceros Herreros, F. J., y Barrios Gil, I. 1988: Lám. 3).

Los cordones digitados y/o ungulados también se pueden rastrear en yacimientos de la Meseta. En la SubMeseta Sur, en concreto, pueden verse en ambientes como el representado en La Loma del Lomo de Cogolludo, donde se plasman sobre recipientes que cumplen la doble función doméstica y sepulcral, y se decoran con sencillos cordones en el arranque del cuello y, en menor medida, con cordones arboriformes de amplio diseño. El enterramiento n.º 13, practicado en un *pithoi* ornado con esta clase de motivos, se data en el 1390 ± 100 a. C. (Valiente Malla, J. 1992: 87-91; Fig. 157). En la Meseta Norte, por su parte, apreciamos la presencia de estas especies desde comienzos de la Edad del Bronce, tal y como tuvimos ocasión de apuntar en el capítulo correspondiente, aunque su presencia será ciertamente significativa durante el Bronce Medio. Ejemplo claro de ello lo tenemos en diversos lugares que se distribuyen, cuando menos, por el oriente y centro de la cuenca del Duero. En la primera de estas zonas les encontramos en lugares tan emblemáticos como Los Tolmos de Caracena, donde esta especie, aquí asociada a un nivel de habitación cuyo grueso de dataciones se sitúan entre 1430 y 1410 ± 50 a. C., aparece en proporciones ciertamente considerables. Nos parece interesante recordar aquí que esta peculiaridad decorativa de Los Tolmos, en su momento atribuida a la mayor fuerza de la tradición cerámica del mundo de las cuevas en el oriente de la Meseta, fue considerada un elemento exclusivo, propio y caracterizador de un particular estilo cerámico Protocogotas del Alto Duero, que lo singularizaba respecto de las producciones cerámicas coetáneas del centro de la meseta, personalizadas, precisamente, en nuestro yacimiento de La Plaza de Cogeces.

En contra de dicha interpretación debemos decir que esta modalidad decorativa, desde luego, no fue privativa de los yacimientos del oriente meseteño y argumentar que también en el Bronce Pleno del Duero Medio hay constancia de la presencia de cerámicas portadoras de cordones aplicados. En efecto, aunque en proporciones muy inferiores a las detectadas en el enclave soriano, advertimos su presencia en lugares tanto de nuestro ámbito (El Castillo de Rábano), como de sectores centromeseteños próximos (La Huelga de Dueñas [Palencia] o Las Empedradas de Fuentecén [Burgos]). También hay que indicar que las dataciones radiocarbónicas que aportan El Castillo y La Huelga, no dudan en situar los ambientes en que comparecen en un típico contexto Protocogotas muy precoz, en los mismos parámetros que la estación soriana. Ello nos permite concluir que la presencia o ausencia de esta peculiaridad decorativa en los yacimientos de esta etapa, al menos en esta zona, responde sobre todo a razones cronológicas. En apoyo de tal hipótesis vendría observar como en este sector tales motivos se diluyen, prácticamente por completo, en el conocido *horizonte Cogeces*, mucho antes pues de la plenitud cogotiana.

De hecho, así lo demuestra su total ausencia en lugares como el propio castro de La Plaza de Cogeces del Monte, que dio nombre a este horizonte.

Estas decoraciones, así mismo, están ausentes de los yacimientos de la plenitud Cogotas I, circunstancia que se aprecia con total nitidez al observar como entre la colección cerámica de un lugar tan prototípico de esta época como La Requejada de San Román de Hornija, apenas se detecta *una sola pieza* con decoraciones aplicadas de cordones.

C.5. Sintaxis compositiva y organización de la decoración

Un aspecto que nos ha parecido interesante tratar, por lo que a las decoraciones se refiere, es la organización de los motivos sobre la superficie de los vasos, esto es la sintaxis compositiva, cuyo análisis, como ya quedó dicho, sólo puede abordarse a partir de los recipientes que han llegado hasta nosotros suficientemente completos como para hacer factible su reconstrucción.

Sin que sea nuestra intención profundizar en este aspecto, dadas las notables limitaciones con que al respecto nos encontramos (ya quedaron expresadas en el apartado correspondiente dedicado a la metodología), sí queremos dejar patentes algunas de las preferencias que, al respecto, se aprecian en los recipientes cerámicos de la época.

En principio, apuntar que nos ha parecido conveniente dejar al margen de este análisis las decoraciones en relieve, dada su peculiaridad y dado lo incompleto de los perfiles sobre las que tales motivos se representan. En segundo término, decir que en lo que concierne al grueso de las decoraciones del periodo es manifiesta la simplicidad en lo que al apartado compositivo se refiere. Un argumento contundente en este sentido lo proporciona cotejar el modo en que los alfareros protocogotianos emplean las distintas técnicas decorativas a lo largo del periodo. Al respecto, comenzaremos por indicar que a lo largo de todo el periodo se da un predominio absoluto del uso de las especies incisas (recordemos que en El Castillo el 73'46% ostentan motivos elaborados con técnica incisa, el 92'68% en El Carrizal y el 100% en La Plaza), se traduce en que prácticamente no se produzca una combinatoria notable de las técnicas sobre los recipientes propios de este momento.

La simplicidad señalada no sólo es aplicable al tipo de motivos empleados sino también a la escasa variedad y sencillez de su desarrollo. En este sentido, podemos apuntar que habitualmente predominan las decoraciones que se articulan a lo largo de un friso continuo a modo de banda más o menos ancha. En todo momento lo más frecuente es que aparezca un único motivo al que, a lo sumo, se le agrega algún elemento secundario como pueden ser las líneas horizontales y/o verticales con las que se recuadra el conjunto.

Como regla general, todas estas decoraciones aparecen aplicadas en torno a la boca de las vasijas, articulándose en una banda de anchura variable. Cuando se trata de vasos carenados, observamos que, salvo raras excepciones, la decoración suele articularse distribuyéndose en dos estrechos frisos que discurren bajo el borde y sobre la carena. De manera habitual el espacio comprendido entre ambos aparece liso. Tan sólo en alguna de las “fuentes planas” (Forma 12B), halladas en El Castillo, este sector se ve recorrido por una estrecha línea de trazos oblicuos. En lo que respecta a la panza de estos recipientes, no es mucho lo que podemos decir ya que prácticamente no han llegado hasta nosotros, sin embargo, señalar que en algunos casos se observa como sobre este sector se disponen algunos temas radiales.

Estas fajas decorativas, sintetizando, suelen disponerse: en forma de cenefa corrida (un/os motivo/s se sucede/n sin interrupción, en un movimiento rotatorio, en torno a las paredes del vaso) o secuencia metopada (un/os motivo/s se ve/n interrumpido/s alternativamente, tanto por espacios sin decorar, como por sectores ocupados por temas distintos de los antes citados). Tomando como criterio fundamental el análisis de las secuencias u organizaciones temáticas para establecer diversas *clases decorativas*, podemos decir que, estos frisos (o unidades decorativas elementales) se distribuyen sobre los vasos decorados, de nuestro ribereño Bronce Medio, de acorde a un par de *clases o secuencias temáticas*, cuya disposición, como es lógico suponer, se supeditan a la morfología de los soportes cerámicos. En la primera de tales clases (A) reproduce un esquema, que podríamos definir como aditivo, en cual el cuerpo del vaso aparece cubierto de múltiples fajas que, en sucesión vertical, alternan con bandas, de anchura semejante, sin decorar. Esta modalidad decorativa suele comparecer sobre formas simples (abiertas y cerradas) y perfiles en S.

En la segunda clase (B), el ornato se distribuye, normalmente, en dos bandas o incluso sólo en una. En el primero de los casos las zonas decoradas, de muy diversas anchuras, se sitúan bajo el borde y sobre el cuerpo / carena, separadas entre sí por zonas no decoradas. En la segunda variante la decoración suele disponerse en la zona próxima al borde, permaneciendo el resto del recipiente liso. Esta forma de distribuir la decoración externa es propia de los perfiles carenados, si bien, no resulta extraña en el resto de las formas.

Las clases decorativas que hemos enunciado a veces pueden verse complementadas con la aparición de decoración sobre el fondo de los recipientes. Cuando tal ocurre, la decoración se plasma en forma de temas geométricos que partiendo de la base se disponen radialmente.

Otros temas decorativos, de menor expresividad, presentan temáticas excepcionales que no resultan merecedores de mayor

divulgación. En lo concerniente a la decoración que se refleja sobre el interior de los bordes, frecuentes en las cerámicas de buena parte del periodo analizado, cuando comparecen suelen responder a un par de clases temáticas: (1) un estrecho filete que ciñe el labio (modalidad abrumadoramente mayoritaria), que, muy puntualmente, puede verse complementada con (2) motivos metopados.

Para concluir el epígrafe de las cerámicas decoradas, dedicaremos algunas palabras al análisis de los temas desarrollados en el interior de los bordes; los cuales, por lo general, se distribuyen en un estrecho filete sobre el labio. Los recipientes decorados del Bronce Medio muestran en un notable porcentaje esta modalidad decorativa, hasta poder considerarse una constante de las especies decoradas Protocogotas de nuestro sector. De hecho, en los yacimientos excavados la portan un porcentaje de vasos que, en todo caso, superan el 65% (El Carrizal 89'65%; El Castillo 78%; La Plaza 65'22%).

Entre las técnicas empleadas en la elaboración de estos temas, en buena lógica, destaca la incisión (El Carrizal 92'32%; El Castillo 87'18%; La Plaza 100%). El resto de los temas se confeccionan mediante la impresión, la cual, como podemos advertir, se utiliza siempre en una mínima proporción. De todos los motivos utilizados, como cabría suponer, son precisamente aquellos que también resultan más habituales en la ornamentación de las superficies externas. En este sentido podemos advertir que en El Castillo, son las espigas incisas, en sus diferentes modalidades, el motivo más representado, seguidas de zigzags y triángulos colgados rellenos de líneas oblicuas. En La Plaza, también son las espigas –simples o dobles–, el tema más habitual –53'33%–, seguidas de los zigzags –36'68%–; la proporción es mucho menor por lo que respecta a los trazos oblicuos y retículas –6'65% y 3'34%, respectivamente–. Por último, en El Carrizal el tema más veces empleado en este menester son las espigas incisas (figuran en más de la mitad –53'84%– de los bordes decorados), seguidas a cierta distancia de los zigzags –26'92%–. Representación mucho menos alcanzan otros motivos como las series de triángulos –7'69%–; los trazos oblicuos y los puntos impresos –3'84%, en cada caso –.

D. Otros recipientes de barro

D.1. Pequeños recipientes sin cocer

En el yacimiento de El Castillo se han recogido restos de un par de cuenquitos que clasificamos en otros tantos tipos:

- **A.** Cuenco diminuto cuyo perfil parece adaptarse a un casquete esférico. Disponemos de un ejemplar recuperado en el hoyo 5 (Fig. 111. 26). Al hallarse incompleto desconocemos la forma de su fondo. Presenta pastas finas, bien decantadas, y sus superficies son alisadas.

- **B.** Cuenquito un poco mayor, con paredes ligeramente oblicuas abiertas y fondo plano. El ejemplar procedente también del hoyo 5 se halla perfectamente conservado (Fig. 112. 7). Presenta borde algo irregular con rebabas de barro y un ligero reborde marca la unión entre el fondo y la pared del pequeño recipiente.

Diversas publicaciones recogen pequeños recipientes semejantes a estos que describimos aquí pudiendo advertir que son relativamente comunes en contextos de la Edad del Bronce. Aunque en ocasiones se les denomina “vasos juguete” desconocemos la funcionalidad que en realidad cumplieron esta clase de objetos cerámicos. Sin descartar que, en efecto, pudieran servir para entretener en sus juegos a los niños de la época, nos parece interesante señalar que sí se ha podido constatar que en alguna ocasión concreta fueron un objeto de uso votivo. Una prueba en este sentido nos la ofrece un interesante documento procedente de La Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara). En una de las “hoyas” (12D-2) de este lugar se localizó el enterramiento de una anciana que se acompañaba, además de por la ofrenda de “porciones notables de un bóvido”, de un pequeño recipiente de este tipo, colocado frente a la cara de la difunta (Valiente Malla, J. 1992: 180 y Fig. 156. 1).

Resumir todo lo hasta aquí expuesto sobre el elenco cerámico del período Bronce Medio en unas cuantas líneas resulta harto complejo, por lo cual concentraremos nuestra atención únicamente en aquellos aspectos que, a nuestro entender, puedan resultar más significativos.

Comenzaremos por apuntar que la cerámica del Bronce Medio de nuestro sector no presenta demasiada complejidad en los perfiles. Se observa, en primer lugar, una notoria tendencia a cuidar el acabado de las cerámicas, la mayor parte de las cuales aparecen sin decorar. Lo más habitual es que dichas cerámicas muestren las superficies alisadas. Las formas más comunes de esta variedad son los cuencos, las escudillas, las ollas y tinajas de tamaño mediano o grande. La cerámica bruñida ocupa un lugar relativamente importante; en este caso los cuencos fuentes y recipientes carenados de tamaño mediano a pequeño son los más habituales. La cerámica sin pulir desempeña una posición secundaria y únicamente los coladores y los grandes recipientes se nos presentan con este tipo de acabado. Por último, acabados como el recubrimiento de barro plástico, tan abundante y significativo en esta época en otros ámbitos peninsulares, se nos muestran en nuestro sector de forma meramente testimonial. De hecho, tan sólo encontramos algún ejemplo en el yacimiento de El Castillo, tal vez como evidencia puntual de la perduración del substrato del Bronce Antiguo de la zona.

En cuanto a las decoraciones, advertimos el notable porcentaje de cerámicas decoradas que comparecen en los yacimien-

tos del sector. Las formas más comunes con decoración son los cuencos, escudillas-fuentes y recipientes carenados de tamaño mediano y/o pequeño y, muy habitualmente, superficies bruñidas. Se observa una absoluta preferencia por el empleo de la técnica incisa. Dentro de ella apreciamos la clara predilección por motivos como las espigas, los zigzag y las retículas que alcanzan un notable desarrollo y barroquismo, rasgos éstos que son compartidos por un más que notable conjunto de localizaciones del valle medio del Duero. Al tiempo, los motivos en relieve (cordones de variada tipología, mamelones, lengüetas, etc.) e impresos (series de puntos, digitaciones sobre el borde y la pared, etc.) alcanzan escaso desarrollo en los yacimientos de nuestro sector, rasgo éste que también es muy propio del elenco cerámico de un amplio conjunto de localizaciones del centro de la Meseta Norte, al tiempo que lo diferencian de lo que es propio de un nutrido número de enclaves que durante esta época pueblan la tierras situadas al sur del Pirineo, desde el País Vasco a Cataluña, incluyendo múltiples sectores del valle del Ebro.

En el estado actual de nuestros conocimientos resulta posible establecer una evolución, desde el punto de vista de la cerámica, entre un Bronce Medio Inicial y, lo que podríamos denominar, un Bronce Medio Evolucionado. Existen perfiles exclusivos de la fase inicial (significada en el yacimiento de El Castillo), tales como determinadas Formas en S (de cuello marcado y desarrollado) y carenadas (de carena baja,..), que tienden a desaparecer en un Bronce Medio Evolucionado (cuyo mejor exponente serían enclaves como El Carrizal y La Plaza). Otros, empero, subsisten aunque con modificaciones. Los contrastes también se advierten en la decoración. En aquellas localizaciones que pueden atribuirse al primero de los momentos citados, aparecen algunos elementos de marcado carácter residual (cordones aplicados lisos y digitados, toscos trazos verticales incisos, ciertos acanalados, etc.), que patentizan los contactos con el Bronce Antiguo de la Meseta norte, así como una cierta vinculación con el oriente del valle del Duero y del valle del Ebro (motivos a base de líneas de puntos, empleo de barro plástico, toscas incisiones verticales, etc.). Paralelamente se aprecia una evolución en el empleo de las técnicas de substrato, especialmente en las impresiones digitales y los cordones aplicados, las cuales, estando presentes en la etapa inicial de la fase, desaparecerán en la postrera.

1.4 Bronce tardío - final

Son un total de 10 los yacimientos que, a nuestro entender, “merecen” ser englobados dentro de este amplio periodo que, *grosso modo*, tiene su inicio, en función de las dataciones calibradas, desde la segunda mitad del siglo XIII A. C.; en tanto

que el final apenas alcanzaría el cambio de milenio (Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., y San Miguel Maté, L. C. 1995: 58-59; Delibes de Castro, G., y Fernández Manzano, J. 2000: 109-113). Número significativamente menor que en la etapa anterior. La información que nos aportan estas localizaciones, excepción hecha de algunos yacimientos muy concretos en los que se ha practicado una intervención arqueológica de cierta entidad (tal es el caso de El Cementerio-El Prado y El Gurugú), es ciertamente exigua. Ello se debe, fundamentalmente, a dos motivos:

- La escasa entidad de los hallazgos recuperados en la mayor parte de las estaciones arqueológicas controladas; en las cuales, tras una exhaustiva prospección y recogida superficial, escasamente nos ha sido posible recuperar una veintena de fragmentos cerámicos mínimamente significativos.
- Carecer de sondeos o de excavaciones de cierta entidad en la mayor parte de ellos. De hecho, aparte de en los lugares arriba citados, únicamente en Soto de Tovilla I se desarrolló una cierta labor de este tipo; empero, los resultados proporcionados por esta actividad concreta fueron comparativamente exiguos.

De todo lo expuesto se desprende que habremos de servirnos, en buena medida, de materiales de prospección; los cuales, al encontrarse fuera de su contexto estratigráfico, carecen de toda referencia o del marco preciso en que se encuadraron dichas evidencias. Si a ello le unimos la fragmentación de los materiales, nos encontramos ante un panorama que podemos calificar de escasamente alentador. Contamos, empero, con la ayuda de ciertos yacimientos de esta época en Valladolid con interesantes conjuntos materiales. Nos referimos a enclaves, como es el caso de Fuente de Boecillo y La Requejada de San Román de Hornija, que pueden contribuir a paliar las deficiencias de una información fragmentaria. Debemos apuntar que en el primer caso, incluso, nos ha parecido conveniente incluir en nuestra Tesis la correspondiente memoria de excavación; ya que, no en vano, se trata de un yacimiento que si bien es cierto no se incluye dentro del estricto territorio elegido por nosotros, también lo es que dista apenas seis km del límite O de dicho ámbito, ocupando un enclave que, en múltiples aspectos, en nada difiere de otras muchas estaciones Cogotas I contenidas en el espacio geográfico acotado para nuestro estudio. Los trabajos realizados y los materiales cerámicos en él recuperados –datados por radiocarbono por cierto–, a día de hoy, permanecen inéditos por lo que nos ha parecido indispensable darlos a conocer.

En lo concerniente a La Requejada, yacimiento investigado a partir de una buena excavación, del que además han sido publicados diversos artículos, en alguno de los cuales hemos tenido ocasión de participar¹²⁷, nos limitaremos simplemente a hacer alusión a los materiales cerámicos procedentes de dicho enclave y a incluirlos en el discurso de este estudio.

Hemos de apuntar que en el conjunto de los yacimientos arriba citados la alcallería que en ellos comparece, en líneas generales, es representativa, de una parte, de lo que venimos denominando Cogotas I inicial; de otra también se hallan bien significados los materiales cerámicos característicos del apogeo de esta cultura, magníficamente evidenciados por la estación ya referida de San Román de Hornija. Desgraciadamente, disponemos de pocos datos de la que podríamos denominar la etapa final de aquella cultura. Dicha etapa, tradicionalmente significada por el predominio de la excisión sobre cualquier otra técnica decorativa, así como por la existencia de “los primeros contactos extrameseteños a gran escala” que amplían el repertorio cerámico, produciendo la hibridación de las formas cerámicas (Delibes de Castro, G., y Fernández-Miranda, M. 1986-1987: 27-28). Estas novedades parecen especialmente visibles en ciertos puntos de la periferia de la Submeseta Norte, caso del controvertido nivel V de Los Castillejos de Sanchoerreja, donde comparecen las especies de Cogotas I junto a pintadas de tipo Carambolo, lo que evidenciaría la perduración de las primeras hasta el s. VII a. C. (González-Tablas Sastre, F. J. 1986-1987: 50-52), o la consabida y polémica asociación de ciertas cerámicas cogoteñas acompañadas de manufacturas de hierro en el celeberrimo Cerro de El Berrueco. En efecto, en nuestra provincia apenas contamos con evidencias cerámicas que atestigüen la presencia de esta última etapa; tan solo es conocida alguna lacónica referencia a determinados materiales considerados de esta época avanzada, tal y como recientemente ponen manifiesto Quintana y Cruz. Estos autores apuntan que a dicha etapa pueden atribuirse algunos puntuales recipientes. Al respecto, se citan, apenas, la jarra de Pórragos, en Bolaños de Campos y la posibilidad de que parte del material cerámico de La Requejada pudiera haber alcanzado el momento tardío de Cogotas I. De igual modo, señalan que una minuciosa observación de contextos y artefactos procedentes de las estaciones de la provincia de Valladolid, permiten atisbar la existencia de un personalísimo “horizonte tardío de raíz local”, aunque asumiendo que su definición se encuentra, de entrada, dificultada

¹²⁷ Recordar, por ejemplo: Delibes de Castro, G. 1978: 225-250; Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: 64-105.

por la comparecencia en los mismos emplazamientos de los más clásicos materiales de Cogotas I. No siendo de extrañar, por tanto, que apenas en un par de estaciones vallisoletanas se indique, y no sin reservas, la presencia exclusiva del momento avanzado, mientras que en otros nueve casos se señala, como una prueba más de esta dificultad de definición, la presencia también de elementos asignados a la fase plena de la cultura.

En dicho trabajo, sus autores proponen analizar las particularidades propias de los barros que caracterizan este horizonte final, dentro del territorio vallisoletano. También apuntan que no habrán de ser las peculiaridades morfológicas, a fuer de estudiar únicamente lotes procedentes de prospección, las que mejor definan dicho horizonte, pues tan sólo es posible incluir en él algún vaso de perfil troncocónico y uno acaso bitroncocónico, al menos este último válido como indicador cronológico de esta etapa que ha sido denominada como “de disgregación” –recordemos los perfiles de esta clase procedentes de El Castillo de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes, Salamanca) (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1976: 5-18)–. Con estas limitaciones debe entenderse que habrá de ser “el apartado decorativo” el único capaz de resaltar esta modernidad. En este sentido, la tipología elaborada por Quintana y Cruz, para las especies decoradas de este momento postrero de Cogotas I, recuperadas en diversos enclaves de la provincia vallisoletana, habrá de constituirse en una referencia fundamental para nosotros.

Tras estas sucintas consideraciones, nos parece oportuno proceder, en primer lugar, a analizar algunos aspectos relacionados con la elaboración de las cerámicas recuperada en los yacimientos de la época.

Como es bien sabido, durante el Bronce Tardío Final continúa en uso la cerámica manufacturada. Sus características varían en función de un par de principios: el tipo de acabado que poseen y la funcionalidad de los mismos. En la cerámica pulida dominan las pastas compactas y bien decantadas, con desgrasantes pequeños pero visibles, empleándose para ello principalmente los granos de sílice local. A diferencia del Bronce Medio, la cocción se hace más uniforme, desapareciendo en su mayoría las manchas reductoras y adquiriendo las paredes una coloración, más o menos, continua. Con dominio de las tonalidades grisáceas claras y oscuras. Esta uniformidad se hace más patente en los recipientes de pequeño volumen.

No dejan de faltar por ello colores diferentes dentro de un mismo recipiente. Jamás adquieren éstos el aspecto *flamígero* que caracterizara a determinados perfiles de la fase anterior, producto sin duda de un cambio en las técnicas de cocción. Estas transformaciones no quedan reflejadas en los porcentajes de los distintos tipos de cocción (reductora, oxidante y mixta). Las dos primeras continuaban como en siglos pasados

alternando en proporciones similares según los yacimientos. Tampoco el horneado oxidante parece experimentar evolución, permaneciendo en cotas que raramente sobrepasan el 9% del total de la producción cerámica registrada.

Otro rasgo significativo de esta variedad es la notable presencia de vasos con superficies bruñidas; fundamentalmente, esta modalidad es apreciable en los perfiles de pequeños recipientes.

En el tratamiento de las paredes se observa una gran diversidad: mal alisadas con huellas de espátulas y de estrías, acabado rugoso debido al grosor de los desgrasantes, con surcos en la superficie a causa del arrastre de éstos, con huellas de cepillado fino, peinadas, etc.

La calidad de las pastas varía mucho de unos recipientes a otros, pero en general son constantes las grietas y oquedades, con arcillas granulosas, porosas y disgregables en algunos casos. La naturaleza de los desgrasantes es diversa: caliza, cuarcita, cerámica machacada e incluso yeso y restos vegetales.

Seguidamente procedemos a realizar la ordenación tipológica de la cerámica, para lo cual seguiremos la clasificación que hemos venido utilizando, empleando los mismos criterios. Es por ello por lo que aparecen saltos en el número de las formas, debido a la no presencia de algunas en los conjuntos del Bronce Tardío Final de La Ribera (Figs. 198 a 200).

1.4.1. La cerámica

A.1. Las formas

Forma 1

Está integrada por vasos de tipo cuenquiforme, cuyo perfil está relacionado con la media esfera, con paredes más o menos convexas u oblicuas. Sus proporciones son variadas, pudiendo encontrar desde recipientes pequeños/medianos (diámetro en la boca desde apenas 89 mm en El Gurugú hasta 210 en Casa de Valimón) a grandes vasos de amplia boca (diámetro desde 320 mm en El Soto de Tovilla I hasta 342 en El Roble). Estos últimos son, comparativamente, poco numerosos, y presentan siempre superficies lisas. Por el contrario, los primeros alcanzan una representación notablemente mayor, siendo posible apreciar entre ellos diversas variantes que guardan relación, preferentemente, con la delineación de sus bordes:

- **1A.** Cuenco de perfil ligeramente inferior a la media esfera, de paredes relativamente abiertas y borde oblicuo. Aparecen en lugares como El Cementerio-El Prado (Fig. 15. 1), El Roble, El Soto de Tovilla II y El Gurugú.
- **1B.** Cuenco de perfil semiesférico, con borde curvo ligeramente cerrado. Es, sin duda alguna, el tipo más común, presente en Casa de Valimón (Fig. 26. 14), El Gurugú,

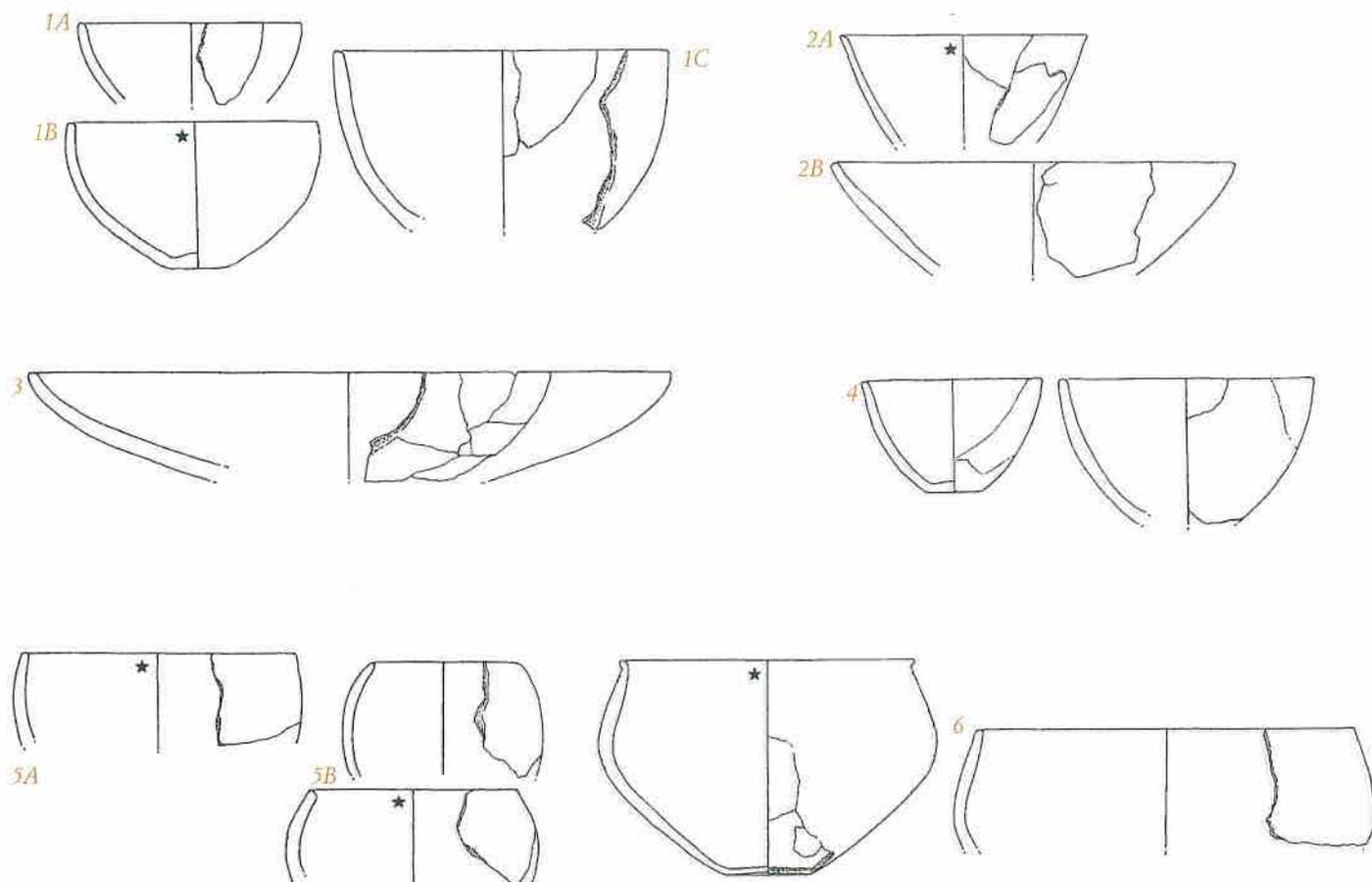


Fig. 198. Tabla tipológica de la cerámica recuperada en yacimientos del Bronce Tardío-Final de La Ribera del Duero de Valladolid. Las cerámicas señaladas con este signo (*) corresponden a perfiles decorados.

El Cementerio-El Prado (Fig. 71. 2, 3), El Roble, El Soto de Tovilla I y Revillalba. Contamos con un ejemplar de perfil completo. Se trata de un vaso decorado de El Gurugú, que presenta fondo ligeramente cóncavo y un índice de alargamiento de 0'60.

- **1C.** Cuenco de perfil superior a la media esfera, cuyas paredes –en el tercio superior del vaso– y borde, de un modo más o menos acusado, tienden a la vertical. Se documenta en El Gurugú (Fig. 154. 4; 144. 11 y 149. 3), El Cementerio-El Prado (Fig. 15. 4) y Casa de Valimón (Fig. 26. 15 y 16). Poseemos un recipiente de perfil com-

pleto. Se trata de un ejemplar recuperado en El Gurugú (Fig. 157. 2), que presenta fondo estrecho y plano y un índice de alargamiento de 0'63, que lo situaría entre las formas intermedias.

En principio, las tres variantes comentadas no aportan grandes referencias cronológicas ya que comparecen simultáneamente tanto en yacimientos que se sitúan en los inicios de la etapa (caso, por ejemplo, de El Cementerio-El Prado o El Roble), como en aquellos otros que datan de su momento de plenitud (caso de El Gurugú). Las únicas precisiones cronológico-culturales que cabe establecer al respecto radica en que

es posible apreciar su ausencia en la tipología de San Román de Hornija. En efecto, en este yacimiento de finales de la plenitud cogotiana cabe señalar la ausencia de vasos que reproduzcan de un modo fidedigno cualquiera de estos perfiles. De hecho, los que más pudieran aproximarse –en concreto a la variante 1C– serían los perfiles que en la tipología de San Román incluíamos en los tipos H-1 y H-2, caracterizados, como aquella, por el desarrollo vertical de sus paredes (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., Rodríguez Marcos, J. A. 1990: 79). La diferencia radica en que los cuencos de Hornija tienen índices de alargamiento propios de formas bajas. Pudiera pensarse que se puede haber producido una cierta evolución en la forma, con tendencia a la reducción de la altura de los recipientes y el aumento del diámetro de su boca.

Se trata de galbos que en todas y cada una de las versiones aparecen, en un alto porcentaje de casos, decorados con diversas técnicas, tal y como explicaremos en el apartado correspondiente. Tales motivos se disponen, preferentemente, en el espacio comprendido entre el arranque del borde y el tercio inferior del recipiente.

Están representados en la totalidad de los yacimientos del sector, en un alto porcentaje de ejemplares con la típica decoración de todo tipo que suele acompañar a estos recipientes, dispuesta preferentemente entre el arranque del borde y el tercio inferior del vaso.

Forma 2

Cuencos troncocónicos abiertos. Cabe distinguir sendas variantes: aquella constituida por recipientes de paredes marcadamente divergentes (2A) y la integrada por aquellos otros de perfil algo más cerrado (2B). Estos últimos, menos numerosos en los yacimientos del sector, son, generalmente, de menor tamaño. Los primeros aparecen representados en un número de yacimientos significativamente mayor (El Cementerio-El Prado, El Gurugú, El Roble, El Soto de Tovilla I, Un Cabo). En algunos de los pocos recipientes que se puede calcular el diámetro del borde éste es semejante: alrededor de 150 mm. En ningún caso se conserva la base. Los ejemplares de esta forma pueden ser lisos o decorados. En El Soto de Tovilla I hallamos un par de recipientes bastante completos que presentan decoración y nos sirven para ilustrar del modelo decorativo habitual en estos vasos. Uno de los vasos (Fig. 6. 1) muestra decoración incisa al interior y exterior del borde. Consiste en una línea horizontal de zigzag simple, al interior, y un motivo de estrecha retícula romboidal, formada por trazos oblicuos que se entrecruzan. La segunda pieza (Fig. 6. 2) tiene una línea de zigzag inciso al interior del borde y al exterior otra decoración, también incisa, consistente en una espiguilla formada por dos trazos convergentes, dispuesta horizontalmente.

De ella penden amplios motivos radiales que arrancan inmediatamente bajo el borde y llegan hasta el fondo. Consisten en dos líneas verticales paralelas realizadas con la técnica de Boquique, el espacio que enmarcan está relleno de líneas horizontales paralelas también de Boquique. Los recipientes decorados resultan ser menos numerosos que los lisos.

Esta forma, aunque es ahora menos frecuente que en los yacimientos Protocogotas conocidos en el sector, comparece en una moderada proporción a lo largo de todo el período, tal y como así lo demuestran los materiales presentes en los yacimientos que arriba se citan. También se documenta en San Román de Hornija, donde se les incluye en los tipos H-3 y H-4, lo que permite atribuirles una cronología tardía dentro del período. En este yacimiento, no comparecen modelos decorados como los que, por el contrario, son habituales en buen número de los yacimientos más arriba mencionados.

Forma 3

Vasos de perfil elíptico con eje máximo en horizontal. Disponemos de un único ejemplar identificado en El Gurugú (Fig. 149. 1). Se asemeja a una gran escudilla cuyas paredes oblicuas, abiertas en un ángulo que ronda los 45°, se incurvan hacia la vertical a la altura del borde. La reconstrucción del recipiente ha permitido calcular el diámetro del borde: 351 mm y acercarnos a la que pudo ser su altura: 71'43 mm (el índice de alargamiento es de 0'20, propio de una forma eminentemente plana). El estado fragmentario de las piezas recuperadas en prospección no permite precisar el tipo de fondo que se le asocia.

No es, desde luego, uno de los perfiles más característicos del Bronce Tardío-Bronce Final de la zona. Advertimos su presencia en enclaves meseteños como el Arenero de Soto de Getafe (Martínez Navarrete, M.^a I., y Méndez Madariaga, A. 1983: 204, Fig. 5). En concreto, la pieza de El Gurugú tiene gran similitud con la forma 4, propia de un contexto característico de la etapa de plenitud del horizonte Cogotas I, momento al que debe atribuirse la ocupación del citado yacimiento situado en el Km. 7 dcha. de la carretera a San Martín de la Vega, cuyo desarrollo, por cierto, debió ser muy próximo al del enclave de Bocos de Duero. Este perfil no aparece en el poblado de San Román de Hornija, con lo que no se puede atribuir a esta forma en nuestro sector una cronología tardía dentro del horizonte. Esta idea entra en cierta contradicción con el hecho de que sí la encontremos en un lugar como Peralles del Río (Getafe, Madrid), al que se atribuye una cronología, “entre los siglos XI y IX a.C.” (Blasco Bosqued, M.^a C., Calle Pardo, J., y Sánchez Capilla Arroyo, M.^a L. 1991: 127), prácticamente coincidente con el momento que se debió ocupar La Requejada.

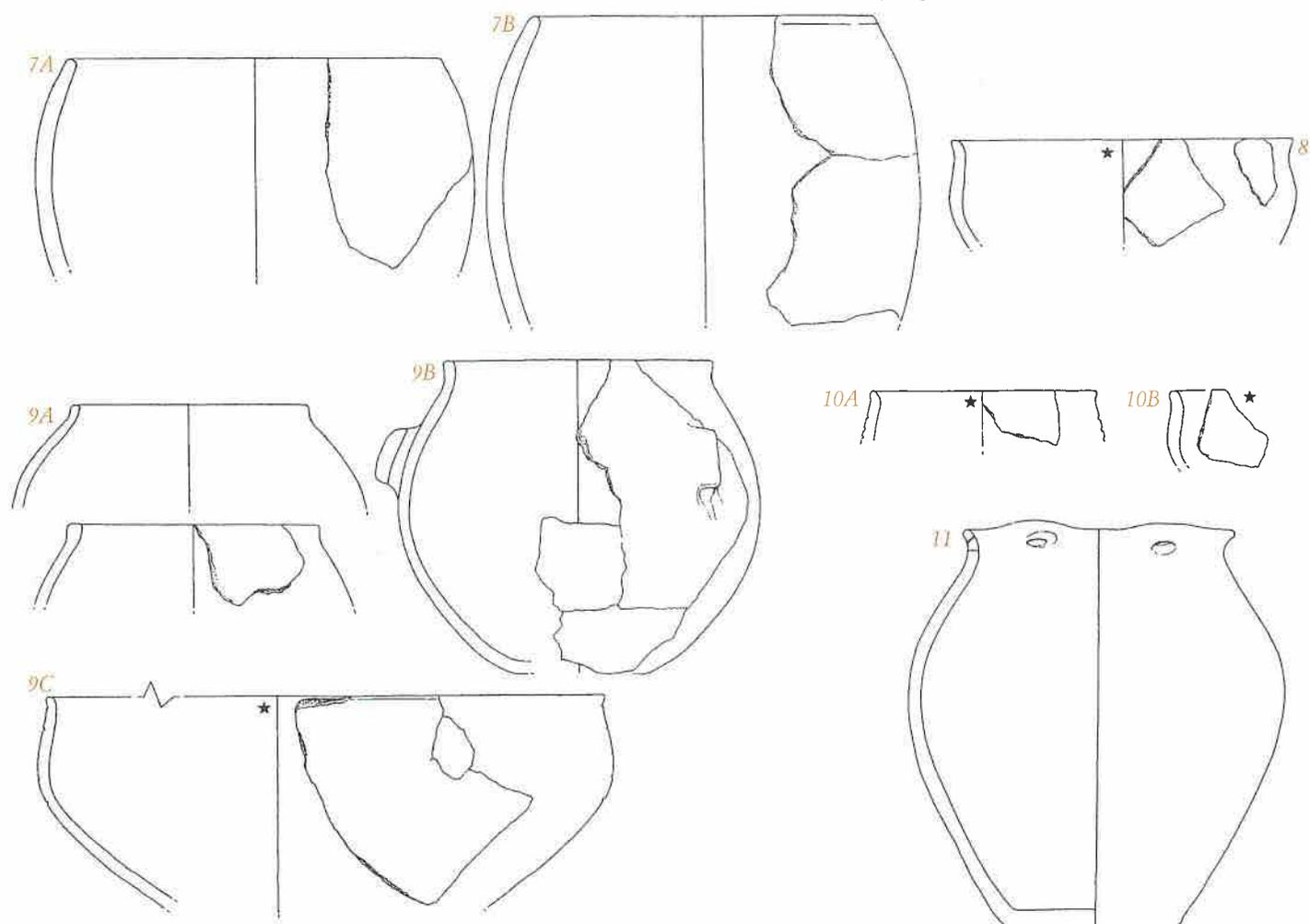


Fig. 199. Tabla tipológica de la cerámica recuperada en yacimientos del Bronce Tardío-Final de La Ribera del Duero de Valladolid. Las cerámicas señaladas con este signo (*) corresponden a perfiles decorados.

Forma 4

Cuenco de tendencia elíptica con eje máximo en vertical. Es una forma de la que tenemos un par de recipientes de perfil reconstruible, proceden de El Cementerio-El Prado. A juzgar por el diámetro de su boca, uno de ellos (Fig. 71. 5) es mediano (diámetro de 139 mm) y el otro (Fig. 71. 6) pequeño (diámetro de 97 mm). Este último, una forma media (índice de alargamiento 0'62), aparece completo, por lo que conocemos el tipo de fondo con que cuenta: una estrecha base plana. Además de en el antes citado, se documenta en distintos lugares –en ningún caso en gran número– del comienzo del

periodo. En El Roble aparece algún ejemplar, también lo hace en El Gurugú y Fuente de Boecillo. Podemos apuntar que estos perfiles están bien documentados en otros yacimientos meseteños que, precisamente, como los antedichos, datan del “horizonte Cogotas I de plenitud”. De hecho se recupera en lugares como El Teso del Cuerno en el Valle del Duero o El Arenero de Soto y El Negralejo en el del Tajo. A favor de esa cronología temprana que, dentro del periodo, parece revestir la forma en cuestión parece hablar el hecho de que no comparece en las tipologías de San Román de Hornija.

Ollas de tendencia esférica. Su perfil se adecua en gran medida a una porción de la esfera. Son vasos con medidas diversas; de hecho, podemos encontrar desde pequeños recipientes (apenas 80 mm de diámetro en la boca –El Cementerio-El Prado–) hasta otros de tamaño mediano (150 mm una pieza de El Gurugú – Fig. 145. 1). Como sucediera en los yacimientos Protocogotas las diferencias morfológicas apreciables entre estos perfiles radican en el distinto índice de inflexión que adopta el borde hacia el interior del recipiente, pudiendo distinguir así entre vasos en que dicha inclinación apenas es perceptible (5A) y aquellos otros en que es más marcada (5B). Ambas modalidades pueden aparecer decoradas. Se recurre a los mismos motivos, diseños y técnicas que aparecen en otras formas decoradas. Tales motivos, realizados con las técnicas propias del periodo, suelen situarse en el tercio superior del recipiente.

Esta forma aparece con claridad en el poblado de El Cementerio-El Prado (Fig. 69. 8 y 9) y en otro enclave que como El Roble –en este caso se trata de recipientes lisos: Fig. 20. 1 y 2– se le puede atribuir también una cronología temprana dentro del periodo. También se documenta, aunque en menor proporción, en lugares como Fuente de Boecillo o El Gurugú (Fig. 154. 1; Fig. 145. 1 y 2), que marcan la plenitud cogotiana. Por el contrario, en yacimientos a los que, como es el caso de San Román de Hornija, se les puede atribuir una cronología tardía dentro del período, no se constata su presencia.

Forma 6

Cuencos de perfil elíptico cerrado con eje máximo en horizontal. Incluimos dentro de este tipo el perfil de un recipiente de tendencia elíptica con diámetro máximo cercano al borde y boca muy ligeramente cerrada. Sólo conocemos un ejemplar completo que nos puede servir de modelo, procedente de El Gurugú (Fig. 157. 1). El recipiente en cuestión, una forma media (0'59 es su índice de alargamiento) de tamaño mediano (159. mm de diámetro en la boca) y estrecho fondo plano. Tiene en el labio decorado con un fino zigzag realizado en técnica de Boquique. Inmediatamente bajo el borde, al exterior, hasta el tercio inferior del recipiente, se desarrolla una ancha banda decorada, consistente en tres bandas de líneas horizontales (3, 3 y 2), entre las que se intercalan sendas cenefas de ondas de Boquique.

Esta forma también se documenta en la tipología de Fuente de Boecillo. En este caso se trata de un par de recipientes en estado fragmentario. Uno de ellos, de gran tamaño (Fig. Fig. 185. 7), aparece liso. El otro (Fig. 184. 10), de menores dimensiones, se decora al exterior, como en el caso de la pieza antedicha de El Gurugú, con una amplia franja de ajedrezado. La diferencia radica en que ahora alternan los escaques lisos con otros de líneas paralelas horizontales incisas.

Tabla tipológica de la cerámica del Bronce Tardío - Final

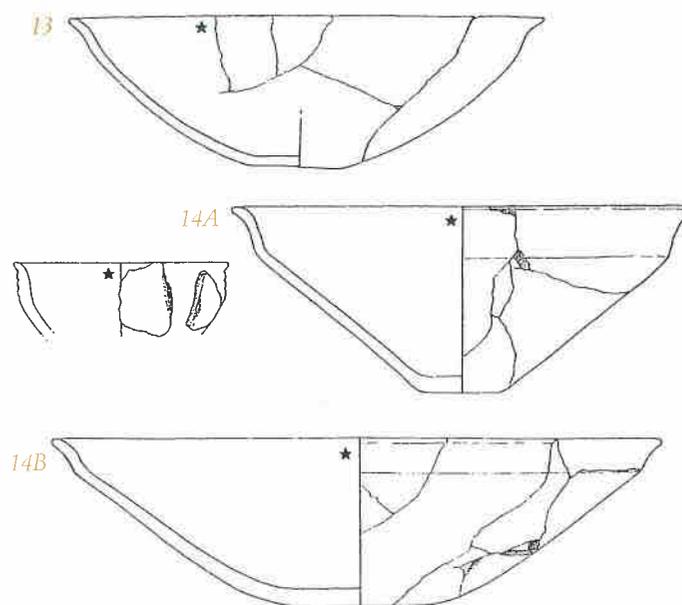


Fig. 200 Formas carenadas recuperadas en yacimientos del Bronce Tardío-Final de La Ribera del Duero de Valladolid. En todo caso corresponden a perfiles decorados.

El perfil en cuestión, que no se constata en las tipologías de El Cementerio-El Prado o El Roble, parece ser propia de la plenitud cogotiana. De hecho, encontramos correspondencia entre los tipos aquí citados con los que comparecen en algunos yacimientos de la Meseta Norte, caso de los diferenciados en el Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca) (Martín Benito, J. I., y Jiménez González, M. C. 1988-1989: Fig. 4, hoyo 27), o de la Meseta Sur, caso de los caracterizados por Martínez Navarrete y Méndez Madariaga en el enclave madrileño de Arenero de Soto (Martínez Navarrete, M.^a I., y Méndez Madariaga, A. 1983: Fig. 5. 14), claramente merecedores de esta cronología.

En el valle del Duero este perfil no se rastrea, por el contrario, entre los materiales presentes en La Requejada que, como ya hemos citado, ha de situarse en un momento avanzado de la etapa.

Forma 7

Vasos de perfil elíptico con eje máximo en vertical. Son recipientes profundos con el diámetro mayor situado, generalmente, hacia la mitad del vaso. Se trata de perfiles con marcada

tendencia vertical, propios de lo que venimos denominando formas altas. En conjunto estos vasos muestran enorme variabilidad en sus medidas. Su diámetro de boca oscila entre los 89 mm en las más pequeñas y los hasta 210 mm en los más grandes y sus paredes son gruesas (entre 8 y 13 mm). Semejante variabilidad afecta bien al distinto grado de curvatura que adopta el galvo. Por estos motivos resulta posible establecer posibles variantes, así como precisar más sus características generales. De hecho se pueden establecer dos Subtipos fundamentales:

- **7A.** Recipiente con cuerpo de paredes de tendencia globular y borde sencillo entrante. Se halla, por ejemplo, en El Cementerio-El Prado (Fig. 72. 1), Casa de Valimón, Soto de Tovilla II, El Gurugú (Fig. 141. 1; 149. 4), Fuente de Boecillo, San Román de Hornija.
- **7B.** Recipiente con paredes de tendencia algo más tirante y un mayor desarrollo en altura. El borde es sencillo aunque algo menos reentrante que en el caso anterior. Presenta fondo plano y su tamaño parece ser semejante. En ocasiones presentan el borde indicado. Contamos con un recipiente completo procedente de La Requejada. Presenta fondo plano y su tamaño parece ser proporcionalmente semejante a la modalidad anterior.

Se trata de un perfil que puede aparecer puntualmente decorado mediante los siguientes motivos:

- Impresiones digitales o de instrumento en el labio (tipos B5 y B6): en El Gurugú, El Cementerio-El Prado, etc.
- Presencia de mamelones (tipo 1a) junto al borde o, puntualmente, en el máximo saliente de la pared: en El Gurugú, El Roble, Soto de Tovilla.

Se asimila a la Forma 6 del Bronce Medio descrita en el sector. En los yacimientos de la zona estudiada no se puede apreciar una evolución en el perfil. Consecuencia de ello es que podamos atribuir a esta clase de piezas una cronología amplia durante la Edad del Bronce. En la Ribera aparece tanto en yacimientos de transición del Bronce Medio al Bronce Tardío Final (El Cementerio-El Prado) como en otros de la plenitud (El Gurugú) o finales de este periodo (La Requejada); si bien, en este caso, sólo se documenta la segunda modalidad. Tratóndose de un recipiente, a nuestro entender, de almacenaje es posible que su presencia atestigüe la durabilidad de la mayoría de los asentamientos ribereños o quizás, incluso, su funcionalidad como lugar de habitación.

Esta forma no aparece recogida en la tipología de Quintana y Cruz para definir la vajilla del Soto Inicial (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996:....-...) de la provincia vallisoletana, lo que podemos interpretar como la significativa “desa-

parición” en este momento de una forma cerámica de larga tradición.

En la Ribera del Duero es una forma relativamente habitual, pues prácticamente se detecta en la totalidad de los yacimientos analizados (el 85%).

Forma 8

Recipientes que ofrece el diámetro máximo hacia la parte intermedia del cuerpo y tiene forma bastante achatada. Nos sirve de prototipo alguna pieza hallada en El Gurugú (Fig. Fig. 147. 2). El ejemplar en cuestión está decorado al exterior, mediante una ancha franja que arranca inmediatamente bajo el borde y llega hasta el máximo diámetro del galbo, que cubre por completo. Consiste en cuatro ondas paralelas incisas que penden de una línea horizontal realizada en la misma técnica.

Forma 9

Es un recipiente de volumen realmente diverso. El galbo se caracteriza por mostrar una curvatura ciertamente pronunciada. El borde apenas aparece indicado por un cambio en la parte superior del galbo, que, sin dejar de ser entrante, se hace más vertical y rectilíneo al llegar a esta zona. Cabe diferenciar una serie de variantes.

- Recipientes con cuerpo globular y cuello incipiente claramente diferenciado (**9A**). En general, son vasos de tamaño mediano (el diámetro de boca promedio es de 139 mm), no faltando algún ejemplar que tendría cabida en el de los grandes (230 mm). Disponemos de algún ejemplar completo, por lo que conocemos el tipo de fondo con que cuenta es plano. En diversas ocasiones presentan impresiones digitales sobre el borde.

Se documenta en diversos lugares. Además de en los ya citados, podemos rastrear su presencia en El Roble, Soto de Tovilla II y Un Cabo. Esta forma también aparece en las tipologías de La Requejada. Concretamente, las formas N-2 y N-3 de este enclave, tendrían cabida en este apartado. Esta última, de la que se conocen un par de ejemplares en el yacimiento, se caracteriza por mostrar cuatro asas –dos a dos– tuneliformes de perforación vertical (tipo 5b), que le confieren una más que acusada personalidad.

A tenor de lo apuntado, podemos atribuir a esta forma en la cuenca del Duero una cronología que abarca todo el Bronce Tardío Final, algo que cuadra con lo observado en la cuenca del Tajo, zona en cuyos poblados durante esta época esta bien documentada. Este perfil es común en Arenero de Soto, con la particularidad de que en este sector el perfil no se asocia a las asas de perforación vertical.

- Recipientes con cuellos cortos y con borde prácticamente vertical (**9B**). Su tamaño parece ser bastante parejo. El diámetro de la boca oscila entre los 98 mm de un ejemplar de El Gurugú y los 380 de otro de Fuente de Boecillo. El labio puede aparecer aplanado o ser redondeado. Conservamos algún ejemplar completo (su índice de alargamiento es de 0'87) proveniente del castro de El Gurugú, por lo que conocemos que su fondo es plano, relativamente estrecho. Su cuerpo es globular, con el máximo diámetro en su parte media, lo que origina un aspecto sumamente esférico.

Este mismo recipiente presenta, al exterior, sobre el hombro, unas peculiares asas tuneliformes de perforación vertical (tipo 5b), como elemento de suspensión. En este mismo enclave, otra pieza del mismo tipo, presenta otros asideros enteramente semejantes, pero que, en este caso, nace del labio.

Se trata de un perfil que puede aparecer decorado mediante distintos motivos:

- > Hemos podido recoger en El Gurugú algunos fragmentos de borde y de arranque del cuerpo globular de esta ollita tan típica. En ellos se documentan varios motivos: en un caso se advierte un zigzag inciso en el labio (Fig. 142. 1). Al exterior, en el arranque del galbo ofrece una tosca línea horizontal de espiga realizada mediante técnica incisa. El otro muestra un zigzag, en este caso, impreso sobre el labio (Fig. 153. 1). Al exterior, junto al borde, se advierte un tosco reticulado romboidal inciso. Bajo él, hay una línea de impresiones triangulares.

- > Presencia de lengüeta (tipo 4a) que se sitúa a la altura del borde. Es de forma oval y su parte superior está aplanada.

En La Ribera del Duero es tipo que hemos visto ya en los yacimientos característicos del Bronce Medio, donde se identifica con la Forma 7, pudiendo seguir ahora su evolución en las piezas que aquí se presentan. Por consiguiente, cabe interpretar que estos ejemplares ribereños significan la continuidad del tipo respecto al momento precedente. Debemos consignar que estos perfiles, cuya presencia detectamos en los yacimientos del momento inicial y de los inicios de la plenitud del Bronce Tardío Final, están del todo ausentes de la tipología de La Requejada. Tal ausencia pudiera revestir, interpretamos, un claro significado cronológico.

- > (**9C**) Este perfil corresponde a una vasija de cuerpo elíptico con paredes marcadamente convexas y borde

ligeramente vuelto. Es una forma de la que hemos recuperado un recipiente de perfil completo o reconstruible. Procede de El Gurugú (Fig. 156. 2) y es un gran recipiente de amplia boca (diámetro de 372 mm). Es una vasija cuyas proporciones son propias de una forma plana (0'37 es su índice de alargamiento). El labio es plano y aloja decoración. Presenta unos esquemas decorativos sumamente barrocos al exterior. Esta forma no comparece en los poblados del momento inicial del periodo, pero, tal y como así lo demuestra su presencia en El Gurugú, sí lo hace en los yacimientos de la plenitud. Dentro de este preciso apartado, nos parece interesante apuntar que no se documenta en Fuente de Boecillo. Pensamos que tal ausencia pudiera tener una posible trascendencia cronológica; no en vano podría justificarse por la inmediata anterioridad que atribuimos a este hábitat respecto al identificado en el término de Bocos de Duero. Por otra parte, apuntar que esta forma también la encontramos en diversos enclaves meseteños que como La Requejada, donde se engloba dentro de la forma A-6, Carricastro (Tordesillas, Valladolid), Carpio Bernardo (Salamanca), o Las Carretas (Casa-seca de Las Chanas, Zamora) (Delibes de Castro, G. 1995 c: 95), son propios de la fase más avanzada del horizonte cogotiano.

Forma 10

El galbo tiene una curvatura poco pronunciada. Ostentan bordes indicados salientes, más o menos desarrollados. Sus tamaños son relativamente homogéneos, pudiendo encontrarlos en forma de recipientes pequeños (diámetro de 57 mm en La Requejada y 105 mm en Fuente de Boecillo) a medianos (diámetro de 220 mm en El Cementerio-El Prado [Fig. 73. 1]). Dentro de esta modalidad cabe apreciar también la existencia de variedades en relación con la situación del diámetro máximo y la delineación de sus paredes:

Se distinguen por ofrecer el diámetro máximo hacia la altura media y por sus perfiles relativamente esbeltos (**10A**). Es, con mucho, la variedad más común, estando presente en lugares como El Cementerio-El Prado (Fig. 69. 11), El Soto de Tovilla I (Fig. 6. 3 y 4), El Gurugú (Fig. 152. 7), Fuente de Boecillo (Fig. 183. 1 y 6) y La Requejada (C-1, C-2 y N-4).

No disponemos de ningún ejemplar completo, por lo que desconocemos su tipo de fondo. En La Requejada, donde pudimos identificar algunos prototipos, se identifica con la Forma N-4 de la modalidad lisa y C-1 y C-2 de la decorada. En este caso, la sintaxis decorativa que muestran al exterior estos vasos se estructura en un único y amplio friso, que nace en el

arranque del galbo y se extiende, bajo la zona de su máximo diámetro, hasta el tercio inferior del mismo. Buen número de estas vasijas presentan decoración sobre el labio.

Recipientes caracterizados por presentar el diámetro máximo desplazado hacia la parte inferior conservada del fragmento y tener aspecto bastante achatado (**10B**). Aparece, en este caso, en un menor número de enclaves: Fuente de Boecillo (Fig. 176. 4), Soto de Tovilla II, El Gurugú (Fig. 142. 2) y San Román de Hornija, siempre en forma de pequeños recipientes con un diámetro de boca, en todo caso por debajo de los 151 mm.

De la existencia de estas dos variantes y de su dispar presencia en los yacimientos de la zona cabe extraer algunas deducciones cronológicas; no en vano, como hemos podido advertir, las dos modalidades no aparecen por igual en la totalidad de los enclaves controlados. Sin ánimo de extendernos demasiado, podemos comenzar apuntando que con respecto a la primera variedad no cabe deducir diferencias cronológicas, ya que se da simultáneamente a todo lo largo del periodo. Algo bien distinto podemos apuntar en lo tocante a la variante 10B. De esta modalidad poseemos diversos recipientes de perfil reconstruible, en su totalidad, recuperadas en La Requejada. En las piezas que conservan una altura suficiente se advierte que el borde está desarrollado. La parte superior del galbo es bastante vertical o un poco abierto, mientras la inferior se incurva bruscamente para cerrarse y configurar una superficie plano-convexa. Estos recipientes fueron significados como Formas B-1, B-2 y B-3 (incluidas en el apartado de las cerámicas decoradas) y G-1 a G-4 (en el de las lisas) y recibieron la denominación de cazuelas o “escudillas de fondo plano”. Los recipientes de este tipo que muestran decoración, ésta, por lo general, consiste en un único y estrecho friso situado hacia la mitad del galbo, eludiendo siempre los motivos radiales en el fondo.

Estos particulares perfiles, claramente ausentes de enclaves que, como El Roble o El Cementerio-El Prado, se sitúan, a nuestro entender, al inicio del periodo, manifiestan una evolución, apreciable en los yacimientos vallisoletanos, desde los recipientes de perfil en S algo más suave, que serían los más antiguos, presentes –eso sí muy puntualmente en los yacimientos que, como El Gurugú, significan el inicio de la plenitud cogotiana, hasta los de perfiles más marcados, propios de etapas más avanzadas. Estas últimas formas las encontramos en número notable en el yacimiento de La Requejada, pudiendo considerarlas típicas del horizonte representado en dicho enclave. De hecho, esta clase de recipientes constituyen un 14'2% de todo el elenco cerámico decorado y hasta un 47'05% de las denominadas cerámicas finas lisas.

Nos parece interesante recordar, tomando como base la particular sintaxis decorativa y compositiva de algunos recipientes que responden a estas características procedentes de El

Berrueco (Cesar Morán, P. 1923-1924: Lám. VII. B) y El Castillo de Carpio Bernardo, en los que la decoración se descompone en varios radios sobre el fondo (lo que nunca ocurre en los ejemplares de San Román o de La Ribera), en una faja horizontal en las paredes, y en un estrecho friso, único en el interior del borde, que se ha pretendido establecer un paralelo entre estas piezas y los cuencos de Ciempozuelos; el argumento esgrimido para reivindicar, una vez más, que Cogotas I derivaba del campaniforme meseteño. Dicha hipótesis, empero, queda desprovista de casi todo su atractivo cuando se comprueba la ausencia absoluta de las formas que nos ocupan en los yacimientos más representativos del Protocogotas del sector investigado –La Plaza, El Castillo, El Carrizal, etc–, o de los inicios del Bronce Tardío Final, y su exclusiva aparición precisamente en las estaciones con predominio de los vasos troncocónicos evolucionados y de abigarradas decoraciones excisas y del Boquique, esto es, además del ya citado de San Román de Hornija, las de Sanchorreja, El Berrueco, Arenero de Soto, el Arenero de los Vascos, o los asentamientos de Carpio Bernardo. A partir de estas observaciones se impone un veredicto bastante contundente sobre la cronología del enterramiento vallisoletano de Renedo de Esgueva, con, precisamente, un cuenco de nuestro tipo decorado con ondas de Boquique, ya que, en contra de la idea apuntada por Palol y Wattenberg (1974: 28-39) de que podría corresponder a un momento inicial del complejo de excisión y Boquique –anterior a la irrupción del “elemento europeo” de tanto peso en sus interpretaciones–, habríamos de acercarlo su edad a fechas próximas al cambio de milenio.

Forma 11

Comúnmente se trata de recipientes de volumen mediano. No obstante, a juzgar por el diámetro de su boca, también existen recipientes relativamente pequeños (diámetro de 150 mm) y otros mucho mayores (diámetro entre 290 y 304 mm). Son formas, por lo general, con notable desarrollo en altura. Contamos con un vaso completo, procedente de El Gurugú (Fig. 158. 1), cuyo índice de alargamiento –1'06– es propio de una forma alta. Presenta fondo plano y tiende a ser más grande que la variante anterior. La pieza en cuestión muestra un par de perforaciones en la zona del cuello que debieron servir para un sistema de agarre mediante cuerdas.

Vasos de esta clase se documentan de forma muy usual en los yacimientos de la época, sin que podamos apreciar una evolución clara en el perfil a lo largo de todo el Bronce Tardío Final. Se trata de un perfil que, puntualmente, puede aparecer decorado mediante sencillos motivos:

- Impresiones digitales (tipo C5) o de instrumento (tipo C6) en el labio: en El Gurugú, Fuente de Boecillo y La Requejada.

- Alineación de impresiones dígito-unguladas que se distribuyen en líneas paralelas por el borde y la práctica totalidad de la superficie de la vasija (tipo C5): Esta modalidad decorativa se documenta exclusivamente en ciertos vasos, muy prototípicos, recuperados en La Requejada.

Aunque está claro que se trata de una forma muy propia del Bronce Tardío Final y que su presencia no alcanza de un modo significativo la Edad del Hierro, es posible rastrear algún paralelo para esta modalidad cerámica en yacimientos de dicha época (Dehesa de Doña María, Olmedo [Quintana López, J. y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Fig. 4. 7]). Quintana y Cruz establecen que la pieza antedicha comparece en un yacimiento en que se recogen materiales que los autores encuadran culturalmente dentro de lo que denominan el Soto formativo. No obstante, la presencia en este mismo enclave de materiales asimilables a la cultura de Cogotas I, pone en cuestión su atribución con claridad al primero de los contextos citados.

Se trata de un perfil bien representado en los yacimientos que estudiamos; no en vano está presente en el 86% de ellos.

Forma 12

Dentro de los perfiles en S, por último, debemos incluir una peculiar modalidad de recipiente, el cual se distingue por contar con cuello marcado amplio y por desarrollar su diámetro máximo en el tercio inferior. Disponemos de un único perfil completo procedente de San Román de Hornija (forma E). Se trata de una forma de notable desarrollo en altura (1'08 es su índice de alargamiento), con fondo plano, que se caracteriza, además, por mostrar un elemento sumamente típico y característico: un asidero, vertical, en fuerte ángulo y de sección casi cuadrada, que se ubica en las proximidades del labio. El cuerpo de esta “jarra”, en sus 2/3 superiores, aparece decorado por alternancia de bandas horizontales lisas y reticuladas. Un complejo “cierre” decorativo bajo el asa.

Recipientes como el referido, además de en La Requejada (aparte de la pieza que nos sirve de modelo en San Román se ha recuperado un segundo ejemplar incompleto [Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., Rodríguez Marcos, J. A. 1990: Fig. 9. 2] y el asa de un tercero [Ibidem, Fig. 18. 3]), también creemos reconocerlo en algún otro de los yacimientos de nuestro sector. Tal atribución, en nuestra opinión, merece un fragmento cerámico identificado en Fuente de Boecillo (Fig. 178. 1). Nos permite apuntar así comprobar que el fragmento en cuestión, además de adecuarse al perfil del modelo, muestra una decoración de estrechas bandas horizontales de retícula incisa, muy semejante (en este caso aparecen juntas) a la del modelo hallado en San Román de Hornija.

Jarras decoradas de perfil en S análogas, aunque no del todo idénticas, se reconocen en distintos enclaves cogotianos de la Meseta española. Así, podemos citar su presencia en lugares tan diversos cuales son, entre otros, los areneros de Valdivia, Jesús Fernández y de la Fábrica de Ladrillos (Blasco Bosqued, M.^a C. 1987: 99, 101 y 102, respectivamente) en los alrededores de Madrid, en las estaciones salmantinas del Teso del Cuerno de Forfoleda (Martín Benito, J. I., y Jiménez González, M. C. 1989: 21) y Carpio Bernardo, en la palentina de Pico Castro de Dueñas (Delibes de Castro, G., y Pérez Rodríguez, F. J. 2002: 56) y en la también vallisoletana de Bolaños de Campos (Fernández Manzano, J., y Palomino Lázaro, A. L. 1991: 63-74). De todas ellas, el último ejemplar y uno de los madrileños muestran perfiles y asas como la del único recipiente completo de San Román y, curiosamente, decoración de dameros excisos análoga a la plasmada en la otra pieza –aquella de la que sólo se conserva un fragmento– de dicho yacimiento vallisoletano. Esta última circunstancia –la decoración excisa dominante– propició que Fernández-Posse (1986: 484) llegase a considerar que todas estas jarras eran elementos representativos de un momento cronológico avanzado dentro del desarrollo de Cogotas I; lo cual, indirectamente, confirmaba que los abigarrados temas de retícula incisa, pese a su sugerido “sabor a Ciempozuelos”, datan de esa misma época, pues, recordemos, constituyen la base decorativa de la jarra completa de La Requejada, repitiendo además semejante sintaxis compositiva –particularmente en la zona bajo el asa– que los recipientes excisos. En resumidas cuentas, las jarras del tipo considerado poseen un alto valor diagnóstico para definir horizontes avanzados de Cogotas I, lo que constituye un argumento más para llevar también a ese momento la pieza tetralobulada, con un asa similar, del salmantino Teso del Cuerno de Forfoleda.

Forma 13

Se identifica con los vasos a los que a lo largo de las páginas anteriores venimos denominando las *fuentes carenadas*. El diámetro máximo se encuentra siempre en el borde, que suele ser una prolongación de las paredes. Éstas, en la parte superior del galbo, son exvasadas de perfil cóncavo, más o menos, acentuado. La parte inferior tiene escasa altura y su perfil es convexo. En los contados recipientes en que nos ha sido posible calcular el diámetro del borde, éste alcanza notables dimensiones: 250 mm en Soto de Tovilla II y 412 mm en El Gurugú. Aunque en el primero de estos lugares existe un ejemplar liso –por cierto, muestra un agujero de lañado–, esto es una auténtica excepción ya que predominan los recipientes decorados. Los temas ornamentales más frecuentes de estos recipientes suelen estar confeccionados mediante decoración incisa que, en forma de diversos motivos dispuestos horizontalmente,

afecta particularmente a la cara externa y concretamente a la zona próxima a la boca y al área de la carena, tanto superior como inferiormente, mientras que en el interior se limita a una estrecha faja en torno al labio. El estado fragmentario de las piezas recuperadas en prospección y excavación no permite precisar el tipo de fondo que se le asocia.

Como vimos, es uno de los perfiles más característicos del Bronce Medio que sigue compareciendo en los yacimientos del Bronce Medio Final, demostrando a las claras la perduración del tipo. Dentro de esta dinámica, como es lógico, se documenta en mayor número en los enclaves del periodo con una cronología temprana. En lugares como El Cementerio-El Prado constituyen hasta el 64'28% del total de cerámicas decoradas recuperadas en el yacimiento. Su frecuencia en lugares de cronología más avanzada, caso de Fuente de Boecillo y El Gurugú, desciende significativamente hasta el 20% y el 32'65%, respectivamente, al convivir con otra serie de contornos carenados. En proporciones muy semejantes comparecen en otros lugares, de cronología equivalente, situados tanto en la cuenca del Duero, caso del Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca), como en la del Tajo, caso de El Negrалеjo o del Arenero de Soto. Se pierde por completo el rastro de esta clase de vasos en lugares que, como La Requejada, tienen una edad tardía dentro de la etapa.

Forma 14

Este perfil corresponde a lo que en la bibliografía arqueológica se designa, en un sentido genérico, como *vasos troncocónicos*. Éstos, en líneas generales, se caracterizan, como su propio nombre indica, por contar con un cuerpo inferior que reproduce un tronco de cono invertido mientras su cuerpo superior, de paredes más o menos verticales, que origina una significativa carena en su unión con aquél. El labio, por lo general redondeado, tiende a ser exvasado, y en múltiples ocasiones ofrece decoración en la cara interna. Todos los fondos que han llegado hasta nosotros son planos y de reducido tamaño. A partir de este esquema, es posible establecer una serie de variantes tomando como base fundamental la inclinación de los bordes y la delineación del cuerpo inferior. Sus proporciones son relativamente variadas, pues podemos encontrar grandes recipientes de amplia boca (diámetro de 326 mm en La Requejada y 265 en El Gurugú) o medianos (diámetro de 122 mm en El Gurugú y 147 mm en Fuente de Boecillo). Se aprecian también variantes en relación con la delineación del cuerpo superior:

Recipientes de perfiles variados que comparten ciertos aspectos, cuales son: contar con un cuerpo superior cuyas paredes, marcadamente verticales, prácticamente dibujan un rectángulo y un trapecio en la parte inferior (14A). Es un tipo muy

común en los yacimientos de esta época, presente en El Cementerio-El Prado (Fig. 13. 5), Revillalba (Fig. 133. 1), Fuente de Boecillo (Fig. 173. 1), El Gurugú (Fig. 152. 2), La Requejada (A-3, A-4, A-7, F-2, F-3 y F-4).

Vasos que se distinguen porque su cuerpo superior, de paredes salientes, tiene forma trapezoidal y el inferior, de paredes muy rectas, incluso ligeramente cóncavas, dibuja un trapecio (14B). Estos recipientes, que parecen ser una evolución de las "fuentes carenadas", las encontramos únicamente en El Gurugú y La Requejada de San Román de Hornija en forma de grandes vasos con un diámetro de boca de hasta 304 mm.

De la existencia de estas dos variantes cabe deducir algunas consecuencias de alcance cronológico, pues como hemos visto ambas sólo se dan simultáneamente en San Román de la Hornija.

Contamos con algunos recipientes de perfil reconstruible. Se trata de diversos ejemplares procedentes de La Requejada y de El Gurugú que presentan siempre estrecho fondo plano y un índice de alargamiento un tanto dispar, dependiendo de la variedad de la que se trate. En este sentido, podemos decir que en la variedad 14A, con un índice de 0'42 de promedio, se sitúa (por poco) dentro de las formas medias. En la variedad 14B el índice es 0'29, muy propio de las formas bajas o planas. En los vasos de cronología más antigua dentro del periodo el cuerpo inferior del recipiente –la panza–, tiene unas paredes marcadamente rectas, haciéndose ligeramente cóncavas a medida que pasa el tiempo. De hecho, podemos apuntar que esta parece ser una característica propia de los recipientes más evolucionados. De hecho, podemos advertir que este es un rasgo muy distintivo de algunos de los recipientes de esta clase localizados en lugares que, como Sanchorreja (Ávila) o El Berrueco (Salamanca), merecen ser situados, cuando menos, hacia el final de la Plenitud Cogotas I.

El que ahora nos ocupa constituye un perfil que muy frecuentemente, en cualquiera de sus versiones, aparece decorado con motivos que veremos en su apartado correspondiente. En ellos el motivo principal se articula en un ancho friso a la altura de la carena y bajo ella, el tercio inferior suele aparecer reservado –excepción hecha de aquellos ejemplares (pocos por cierto) en que comparecen motivos radiales–, en muchos casos, al exterior, bajo el labio discurre una estrecha banda corrida realizada con motivos de distintas técnicas.

A estas alturas es casi ocioso afirmar que los vasos troncocónicos, sobre todo en su modalidad decorada, constituyen uno de los elementos más significativos de Cogotas I. Más interés tiene por ello señalar que tales formas no estuvieron reflejadas por igual en todos los momentos del largo desarrollo de dicha cultura. Una somera revisión de determinados yacimientos de

la cuenca del Duero estudiados sistemáticamente: La Plaza en Cogeces del Monte, Puente Viejo, Ávila (González-Tablas Sastre, F. J. 1984-1985), Los Tolmos de Caracena, Soria (Jimeno Martínez, A. 1984), puede resultar orientativa en este sentido, ya que se trata en los tres casos de estaciones correspondientes a los inicios de Cogotas I en las que los recipientes troncocónicos a los que nos referimos se hallan completamente ausentes, manifestándose en su lugar ciertas fuentes o cazuelas de carena media/alta, con borde marcadamente cóncavo y panza más bien baja, siempre de perfil convexo. Sostenemos la tesis, pues, de que estas “fuentes” de aspecto panzudo fueron sustituidas progresivamente por los vasos que denominamos propiamente troncocónicos a partir de la plenitud de Cogotas I, de ahí la frecuencia –casi exclusividad– de estos últimos en enclaves como El Berrueco (Maluquer de Motes, J. 1958 a), Sanchorreja (Maluquer de Motes, J. 1958 b), San Pedro Regalado (Palol Salellas, P. de, 1963: 135-151), o Carpio Bernardo (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1972: 7; *Idem*, 1973: 395-402).

En este contexto, podría ser incluso interesante debatir en lo tocante a cuándo los auténticos troncocónicos sustituyen a las cazuelas de fondo convexo, pues permitiría establecer un límite entre el que consideramos el “momento formativo” y la “plenitud” Cogotas I. A falta de buenas estratigrafías locales sobre las que apoyarnos, habremos de conformarnos con algunos datos aproximativos como el que nos proporciona advertir, mirando hacia el Sureste peninsular, que los vasos troncocónicos típicos ya están presentes en el estrato VI sur de Purullena, entre 1210 y 1145 a. C. (Molina González, F. 1978: 170), mientras que en los momentos más antiguos del Bronce Tardío de Fuente Álamo –1300 a. C. para la fase 17 (Schubart, H., y Arteaga Matute, O. 1983: 61)– aún no comparcen, a pesar de que sí están representados otros materiales “meseteños”, claramente vinculados al denominado horizonte protocogotiano.

A los perfiles arriba descritos, todos los cuales tienen presencia efectiva en nuestros yacimientos, debemos añadir fragmentos de otros que, si bien no tienen representación evidente en los yacimientos del sector investigado, por su aspecto sí parecen tener correspondencia con los tipos diferenciados en La Requejada y en algún otro enclave de la geografía vallisoletana. Se trata de piezas únicas que, además, se conservan muy fragmentariamente, por lo que resulta imposible su individualización como formas diferentes a partir de los materiales recuperados en la vallisoletana Ribera del Duero:

Aquí incluimos lo que podríamos denominar “*vasijas con gibosidades*”. Esta categoría no viene dada tanto por criterios estrictamente formales como por esta particularísima ornamentación de abultamientos que se conocen con el nombre de

gibosidades. Esa es la razón por la que nos atrevemos a relacionar la única vasija de estas características de San Román –un vasito pequeño, no más que un cubilete– con una jarra bastante mayor, y sobre todo mucho más alta, del campo de hoyos del Teso del Cuerno, en Forfoleda (Salamanca) (Martín Benito, J. I., y Jiménez González, M. C. 1989: 21), o con una nueva jarrita, en este caso de tendencia abiertamente esférica, y bastante inhabitual en Cogotas I, presente entre los materiales del Arenero de Valdivia (Madrid) (Almagro Basch, M. 1939: Lám. VIII. 5).

En principio, mostraríamos cierta inclinación a considerar todas las vasijas con esta curiosa decoración contemporáneas de la ocupación de San Román, esto es de un momento avanzado de Cogotas I, atendiendo a las asociaciones seguras de La Requejada y a las presumidas para el material de Los Vascos. La referida pieza salmantina de Forfoleda, empero, se ha dicho podría proceder de un contexto algo anterior –no desestiman Martín Benito y González Giménez una posible atribución Protocogotas del momento inicial del yacimiento a la vista de ciertas decoraciones de espigas, impresiones circulares, etc.–, aunque su ornamentación a base de “líneas cosidas” haría de esta jarra tetraglobular, máxime con su asa angulosa del estilo de la presente en nuestra Forma 12, un exponente bastante típico de las producciones cogotianas más evolucionadas, a asociar en la mencionada estación salmantina con los vasos troncocónicos de ondas de Boquique allí recuperados.

Las gibosidades son elementos relativamente comunes en la cerámica del centro y este de Europa durante la Edad del Bronce, por ejemplo en el círculo Otomani, los cuales encontraron buena acogida en alguno de los grupos occidentales de Campos de Urnas del Bronce Final (Mordant, C., y Mordant, D. 1970: 81). No somos partidarios, con todo, por muy sugestivo que pueda resultar, de buscar raíces de nuestras decoraciones en ese mundo, máxime cuando dichos elementos muestran tan escasa representación en los “*Urnenfelder*” antiguos del Noreste de la Península Ibérica (Ruiz Zapatero, G. 1985: 716-737).

Un nuevo aspecto sobre el que merece la pena reflexionar por su posible trascendencia cronológica, es la ausencia en La Requejada de ciertos recipientes con carena media, de perfil **bitroncocónico**, que sí están representados en algún otro yacimiento vallisoletano. Nos referimos en concreto a alguna vasija de Carricastro (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1976: 9 y 13-14), con buenos paralelos en lugares de la Meseta norte (Sanchorreja, Carpio Bernardo) y del área del Manzanares (Almagro Basch, M. 1960: 222, Fig. 196. centro; 198. abajo derecha), que por lo general muestran esquemas decorativos sumamente barrocos. A veces han sido considerados propios de la fase más avanzada del horizonte cogotiano, en virtud tanto de la semejanza de su perfil respecto al de ciertas

“urnas hallstáticas” (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1976: 14), como del esquema de su decoración, nada alejado del de las típicas especies de El Redal (Álvarez Clavijo, P. y Pérez Arrondo, C. L. 1987: 31-68). La ausencia en San Román –o acaso sólo rareza, pues la pieza n.º 2, fig. 16 no es del todo ajena a estos esquemas– de dichas formas podría deberse a la inmediata anterioridad de La Requejada respecto a la fase “terminal” de Cogotas I, pero no puede descartarse que obedezca a otras razones no estrictamente cronológicas, pues dentro de un amplio “estilo Cogotas I” bien pudieron haber coexistido subestilos de alcance regional y que esta forma hubiera sido muy especialmente del gusto de los grupos del SW de la cuenca del Duero (Salamanca - Ávila) en un momento sincrónico al de la ocupación de enclaves de cronología semejante al de San Román de Hornija.

A.2. Otros recipientes de barro

Cuchara

Contamos en nuestro sector con una única pieza procedente de El Cementerio-El Prado. Está incompleta; habiéndose conservado parte de la cazoleta (de forma ovalada y escasa profundidad), con una longitud de 66 mm y una anchura de 49 mm, y el arranque del mango.

Estos *cacillos* de arcilla se documentan en nuestra península a lo largo de toda la prehistoria con cerámica. Los ejemplares más antiguos aparecen en contextos del Neolítico Antiguo con cardial evolucionando y continuarán estando presentes a lo largo de todo este periodo (algunos ejemplos se pueden ver en: Navarrete Enciso, M.ª S., 1976: Lám. CXXXIII. 8; Vicent, J. M., y Muñoz Amilibia, A. M. 1973: Fig. 15). Especialmente abundantes resultan durante el Calcolítico en enclaves de Andalucía, Cataluña, Extremadura y Levante. Aunque experimentan un importante retroceso numérico, todavía perviven en contextos del Bronce Tardío/Final¹²⁸.

En la cuenca del Duero los escasos *cazos* de cerámica conocidos están presentes en contextos antiguos como los representados en enclaves como Muñogalindo (López Plaza, S. 1974: Fig. 1. 25; Fig. 2. 3), dentro de un ambiente del Calcolítico pleno, o El Guijar de Almazán, en este caso en el seno de un contexto del

Calcolítico Final/Bronce Antiguo (Revilla Andia, M.ª L., y Jimeno Martínez, A. 1986: 163-164, Fig. 14. 89), en el que hacen acto de presencia algunas cerámicas decoradas con campaniforme inciso. Dentro del Bronce Medio, además del ejemplar hallado en El Cementerio-El Prado, datable en el momento final de este periodo, conocemos una pieza de esta tipología, de notables dimensiones (150 x 110 mm), cazoleta de tendencia semiesférica, que sólo conserva el arranque del asa, de El Cogote, que marcaría la presencia de este útil en un momento (1465 ± 40 y 1.380 ± 35 B.C.) temprano del horizonte Proto-cogotas (Caballero, J., Porres, F., y Salazar, A. 1993: Fig. 15).

Vasos perforados

Como un caso aparte dentro del material cerámico deben ser considerados diversos fragmentos de “colador” o “quesera” hallados en El Cementerio-El Prado (Fig. 15. 8), Fuente de Boecillo (Fig. 178. 4; 182. 3; 183. 2) y La Requejada (Fig. 21. Q1 y Q2). El escaso tamaño de la mayor parte de los fragmentos recuperados dificulta reconocer su forma y dimensión; ello no impide, empero, que podamos hacer diversas apreciaciones. En primer término, apuntar que los orificios, en todos los casos, como sucediera en las piezas de este tipo del Bronce Medio, han sido realizados con un instrumento –en muchos casos metálico– de sección circular que se aplica preferentemente desde la cara externa hacia la interna; así lo demuestra el que la rebaba que se crea como consecuencia de la perforación se sitúa siempre en la cara interior. Nos parece interesante apuntar que tenemos indicios de que en algún caso esta clase de instrumento se utilizó enmangado. De hecho, sobre la pared de una pieza de El Cementerio-El Prado, se advierten las huellas de dicho mango rodeando la perforación.

Como ya se ha dicho anteriormente, este tipo de objetos se ha venido relacionando con las operaciones de obtención de queso. Si su uso es el que se le viene asignando es lógico que su presencia esté íntimamente ligada a la existencia de una ganadería vacuna o de ovicápridos¹²⁹. Desde el punto de vista morfológico, las únicas piezas presentes en los dos yacimientos citados, cuyo perfil es mínimamente identificable, presentan una estructura que en nada desdice el de las piezas halladas en

¹²⁸ Cabe citar la presencia de alguna de estas cucharas, por ejemplo, en el estrato IV/Norte de la Cuesta del Negro, donde se asocia a materiales propios del Cogotas I pleno (Molina González, F., Pareja López, E. 1975: Fig. 31. 115). Similar cronología (Bronce Tardío) y atribución cultural tendría otra pieza de esta tipología de Moncín (Moreno López, G. 1984: Fig. 5).

¹²⁹ Sobre su posible origen y función, por ejemplo, ver: Lucas Pellicer, R. y Blasco Bosqued, C. 1980: 143. Tenemos noticia, asimismo, de la detección en el interior de una pieza de este tipo de La Loma de la Tejería, en Albarracín (Teruel), de residuos lácteos, así como de indicios de un tejido de lino –detectado a través del estudio de fitolitos– que confirmarían este modo de uso.

los enclaves del Bronce Medio de La Ribera. La presencia de este tipo de objetos si bien no muy abundante, al menos sí es normal en múltiples lugares Cogotas I del Bronce Tardío Final, tanto de la Meseta Norte¹³⁰ como de la Sur¹³¹.

B. Otros aspectos formales

B.1. Sistemas de prensión (Fig. 201)

Tal y como hemos podido ver a lo largo del análisis de la morfología de los vasos, durante el Bronce Tardío Final, en consonancia con lo apreciado en los momentos precedentes, los sistemas de prehensión empleados son poco numerosos y variados. Su clasificación y representación podemos verla en la Fig. 201, destacando algunos aspectos que, en nuestra opinión, pueden resultar de interés.

B.1.1. Mamelones y lengüetas

- **1a.** Mamelones simples, de sección troncocónica o cónica. Es el sistema más común, ya que se documenta en el 55'55% de los enclaves, cuya cronología cubre todo el espectro del periodo. Habitualmente se sitúan junto al borde o en el labio, si bien en determinadas formas (pequeños recipientes globulares) su posición es hacia la parte media de su cuerpo.
- **2a.** Mamelones con impresión digital en la zona superior. No se documenta en ninguno de los yacimientos de La Ribera, estando presente en un lugar de cronología avanzada como es el caso de La Requejada (Fig. 18. 12).
- **3a.** Mamelones con perforación vertical. Aunque están ausentes de los yacimientos situados en el ámbito concreto de nuestro estudio, registramos ejemplares de este tipo, en ambos casos hallados en prospección, procedentes de Fuente de Boecillo (Fig. 186. 8) y La Requejada en San Román de Hornija (Fig. 18. 7, 10 y 13), lo que manifiesta una cronología avanzada dentro del periodo.
- **4a.** Lengüeta simple. Es un elemento de prehensión sumamente habitual; de hecho se encuentra documentado en el 44'44% de los casos. Prácticamente se le puede hacer extensivo lo dicho para el tipo 1a.
- **5a.** Lengüeta hendida o bífida. Comprende desde las lengüetas apenas hendidas, hasta las que se forman

mediante la unión de dos mamelones por la base (El Gurugú y Soto de Tovilla I). Se registra en el 22'2% de los yacimientos. Las encontramos también, tanto en Fuente de Boecillo y La Requejada.

- **6a.** Dobles lengüetas enfrentadas. No se registra en ninguno de los yacimientos controlados de nuestro sector. No obstante, su presencia en Fuente de Boecillo, cuando menos, sirve para evidenciar su representación en un momento intermedio del Bronce Tardío Final en la provincia de Valladolid.

B.1.2. Asas

- **1b.** Asa de puente simple vertical. El lugar más usual para su colocación es junto al borde, aunque no faltan tampoco en el máximo saliente de la pared. Es la técnica de prehensión más frecuente, documentada en el 33'3% de los yacimientos de esta época en nuestro sector. También les encontramos en Fuente de Boecillo y San Román de Hornija, lo que demuestra que se trata de un elemento relativamente habitual en la Edad del Bronce del sector.
- **2b.** Asa de puente simple horizontal. Contamos con un único caso recogido durante la excavación del hoyo 11 de Fuente de Boecillo (Fig. 185. 6).
- **3b.** Asa tuneliforme de perforación vertical. Esta técnica de suspensión se registra en una serie de piezas (siempre recipientes de tipo olla) de excavación de El Gurugú y de La Requejada. Se trata de un tipo de asa, muy propicia para suspender el recipiente mediante cuerdas, cuya plasmación ofrece diferencias entre los dos yacimientos citados. En el primero de los casos encontramos un par de recipientes sobre los que se aprecian sendas asas tuneliformes, de bastante longitud, que se emplazan sobre el hombro (Fig. 146. 8) y el borde y cuello (Fig. 143. 29) de sendas ollas de nuestra Forma 9b. En el segundo sobre un recipiente de nuestra Forma 9a se advierten cuatro asas de menor longitud situadas, dos a dos, sobre el hombro y bajo la panza del ejemplar.

No conocemos en la Meseta ejemplar alguno de este peculiar tipo de suspensión en repertorios Protocogotas o del Cogotas I inicial. De hecho solo hemos hallado paralelos en ambientes cogotianos de la etapa de plenitud. Tal

¹³⁰ Así, por ejemplo, encontramos fragmentos de recipientes perforados en los Silos del barrio de San Pedro Regalado (Palol Salellas, P. de. 1963]: Fig. 1. abajo).

¹³¹ Fragmentos de queseras como las citadas los encontramos en yacimientos del valle del Tajo como, por ejemplo, Ecce Homo (Almagro Gorbea, M., y Fernández Galiano, D. 1980: Fig. 29. EH/31) o Perales del Río (Blasco Bosqued, M.ª C., Calle Pardo, J., y Sánchez-Capilla, M.ª L. 1995: Fig. 44. 437).

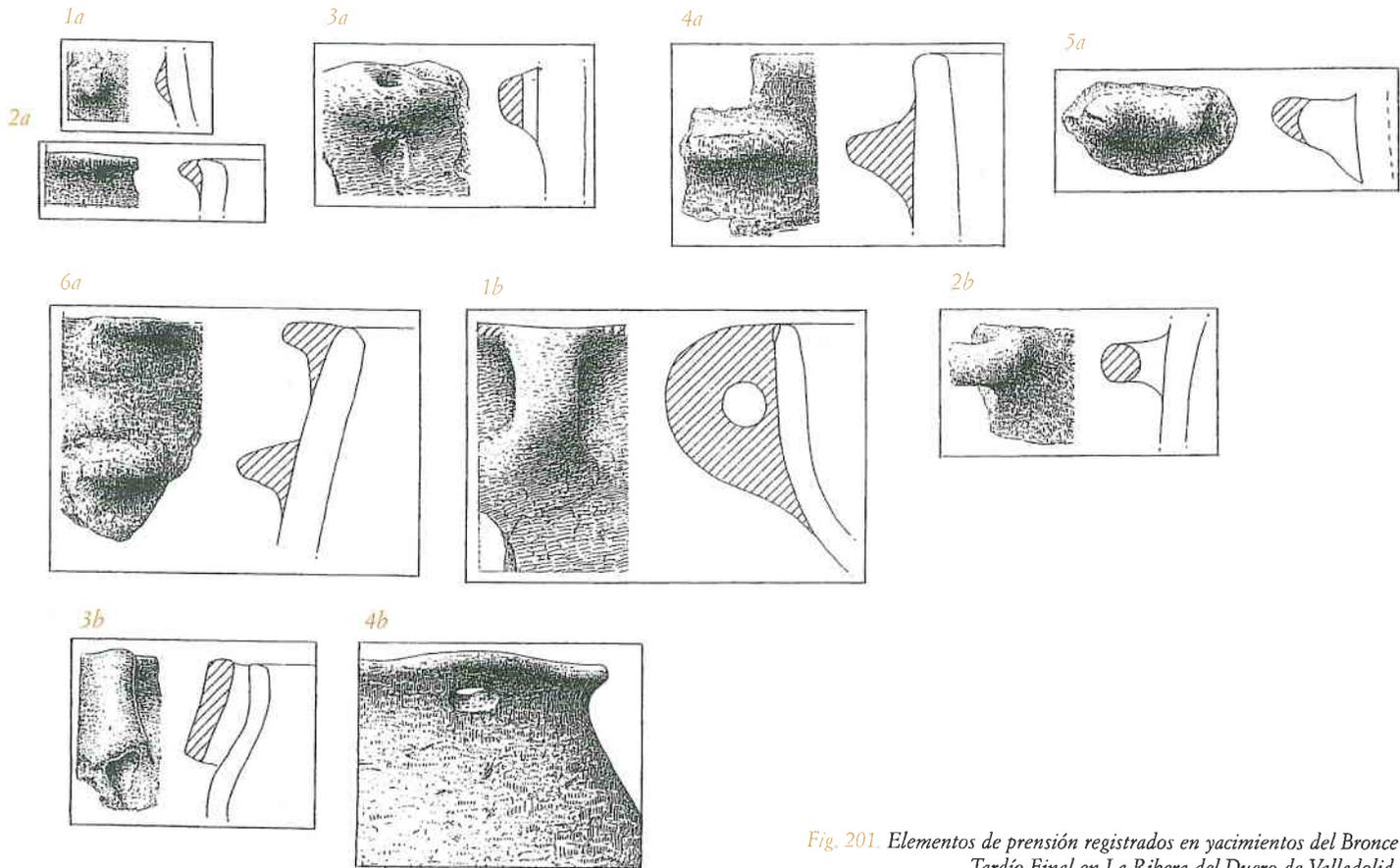


Fig. 201. Elementos de presión registrados en yacimientos del Bronce Tardío-Final en La Ribera del Duero de Valladolid.

atribución merecen los ejemplares procedentes de lugares como el yacimiento madrileño sito a la izquierda del km 3'5 de la carretera de San Martín de la Vega (Méndez Madariaga, A., y Gálvez Alcaraz, P. 1984: Fig. 5. 11) o el alavés de Los Goros, con el interés de su clásica decoración de Boquique (Llanos Ortiz de Landaluce, A. 1983: p. 108; *Idem*, 1991 a: 203-205, Fig. 8.1, Foto 2).

- **4b.** Se registran en diversos recipientes, de todo tipo, de yacimientos de todo el periodo. Salvo en una olla de nuestra Forma 11, hallada sobre la superficie de El Gurugú (Fig. 158. 1), que muestra un par de amplias perforaciones en la zona del cuello, que debieron servir para un sistema de agarre mediante cuerdas, el grueso de esta clase de aditamentos no parecen haber cumplido la misión de elementos de prehensión; más bien, por contra, los ejemplos identificados parecen haber servido como elementos de lañado.
- **5b.** Asa de cinta. Únicamente se han individualizado un ejemplar fragmentado procedente de prospección, de cronología avanzada (La Requejada –Fig. 18. 2–).
- **6b.** Asa de puente vertical de forma subtriangular y sección casi cuadrada. Existe una pieza de este tipo correspondiente a un recipiente de la Forma 11, de la que contamos con un ejemplar completo que se ha identificado en La Requejada. La interpretación de esta clase de asa suele ir asociada a la del tipo de recipiente sobre el que habitualmente se hace presente: nos referimos, como es fácil suponer, a las denominadas “jarras”, generalmente interpretadas como un elemento propio de las fases avanzadas de Cogotas I. No obstante, podemos advertir que estas asas se pueden documentar también sobre perfiles diferentes a nuestra Forma 12; nos referimos, en concreto, a ejemplares como una vasija abierta de suave perfil en S hallada en Las Vegas (Jabares de los Oteros, León)

(Rodríguez Marcos, J. A., Marcos Contreras, G. J., Martín Carbajo, M. A., Misiego Tejada, J. C., y Sanz García, F. J. 1999: 61 y 65), conviviendo con un ambiente que muy bien podemos situar a comienzos del Bronce Tardío Final.

B.1.3. Mangos

- **1c.** Se trata de un único ejemplar incompleto perteneciente a la ya citada cuchara procedente de uno de los hoyos de El Cementerio-El Prado.

B.2. Bases

El último aspecto que vamos a considerar en este apartado es el de los tipos de base. Como en etapas anteriores el dominio de las bases planas es abrumador, de hecho son las únicas que hemos podido identificar en los yacimientos del periodo. En todos los casos se asocian a paredes curvas muy abiertas o con disposición más vertical. Se pueden significar ciertas diferencias en virtud del grosor de las distintas zonas de la base:

- Tienen resalte convexo, más o menos marcado al interior. La base presenta un engrosamiento gradual de la pared desde su inicio a su parte central (Fig. 146. 10; 157. 2).
- Las paredes de la base son paralelas, es decir, presentan el mismo grosor: Fig. 156. 1; 158. 1.

C. La Decoración

En líneas generales, las técnicas y motivos ganan en complejidad respecto al periodo anterior. Al tiempo, aparecen nuevas técnicas que iremos comentando. Para alguna de ellas encontramos serias dificultades para poder rastrear su origen en el seno de la Edad del Bronce de la región. Las hemos representado en las Figs. 202 a 204. Como en anteriores ocasiones, dado el gran número y variedad de modelos decorativos a que nos enfrentamos, resulta imposible hacer una descripción pormenorizada de cuantas particularidades ofrecen las especies decoradas.

Al igual que hiciéramos para los momentos precedentes, acompañando a las descripciones iremos realizando algunas puntualizaciones, que necesariamente han de ser muy concretas y tomadas con la cautela que requiere la procedencia y naturaleza de los materiales a nuestra disposición.

Generalidades

La colección de cerámica decorada recogida en nuestros yacimientos es considerable en proporción a la lisa. Debido a su fragmentación, en muchos casos resulta imposible intentar reconocer su forma para atribuirlos a los tipos correspondientes, pero se puede asegurar que hay cerámica decorada en todos los asentamientos de esta fase, y que está distribuida en porcentajes ciertamente significativos en todos y cada uno de los

yacimientos. Como sucediera en el momento precedente, la abundancia de ornamentación es una característica cultural generalizada en el periodo que ahora nos ocupa.

Manteniendo el criterio utilizado en el estudio de la cerámica del Bronce Medio, procedemos a realizar un análisis conjunto de la decoración. Hemos elaborado para ello una tabla clasificadora en la que se reflejan las principales técnicas y motivos (registradas mediante números y letras, respectivamente) (Figs. 202 a 204).

Mantendremos idénticas pautas que las manejadas en la etapa precedente para la sistematización de esta clase de manifestaciones, limitándonos a presentar algunos comentarios referentes tanto a aspectos cronológicos deducibles, tanto de la presencia/ausencia de determinados motivos o técnicas, como de la similitud/diferencia con otros ámbitos culturales próximos que entendemos resultan necesarios para establecer relaciones de afinidad/disparidad entre La Ribera del Duero y otras áreas culturales geográficamente próximas.

Hechas estas puntualizaciones pasaremos a analizar las decoraciones que ornan las cerámicas del Bronce Tardío Final de nuestro sector:

C.1. Decoración exterior

Incisión (A)

La incisión la encontramos en la totalidad de los yacimientos controlados; siendo, como en la época precedente, la técnica ornamental más extendida y abundante. Si bien ahora se advierte un claro y progresivo descenso en la proporción de cerámicas con decoración exterior que ostentan motivos elaborados con esta técnica. De hecho, cabe apuntar que mientras en El Cementerio-El Prado el número de fragmentos con algún tipo de decoración incisa –sola o asociada a otras técnicas– alcanza un porcentaje del 98'66%, siendo del 79'03% en Fuente de Boecillo, del 76'03% en El Gurugú, y del 45'2% en La Requejada. La significativa disminución que se advierte en el uso de esta técnica debe guardar relación con una circunstancia muy clara: la progresiva mayor importancia que cobra el uso de los motivos elaborados con otras técnicas en la ornamentación de los recipientes de esta época.

Las Figs. 202 y 203 reúnen esquemáticamente los temas más característicos y aquellos otros que se plasman con ligeras variantes sobre un mayor número de fragmentos cerámicos. Como vemos, se mantienen, en gran medida, los mismos motivos que eran frecuentes en las estaciones del Bronce Medio del sector. En efecto, seguimos encontrando las consabidas líneas incisas, simples o múltiples, paralelas –preferentemente horizontales–, los diseños en forma de espiga, las retículas con diferente orientación y grado de perfección, las combinaciones de

rectas y ángulos, los zigzags, las hileras de trazos incisos cortos y, en menor medida, los temas curvilíneos. Con todo, comparecen algunas novedades; tal es el caso, por ejemplo, de las denominadas “líneas cosidas”, ausentes de los repertorios protocogotianos.

Todos estos motivos incisos, como en momentos precedentes, suelen estar confeccionados con trazo fino, corto, profundo y desconectado; lo que denota el empleo de punzones de punta aguzada.

También en este caso, los paralelos posibles para cada motivo alcanzan una gran dispersión cultural y geográfica, acrecentada por las limitaciones intrínsecas del elenco cerámico de que disponemos: mayormente fragmentos pertenecientes a diseños complejos difícilmente reconstruibles. Desde este punto de vista un motivo, por ejemplo, de espiga inciso *per se* carece de significación. Con reservas plantearíamos algunas apreciaciones, sobre todo aquellas que aporten referencias a una hipotética ordenación cronológica.

Hechas estas puntualizaciones pasaremos a caracterizar las, por cierto no excesivamente variadas, decoraciones incisas presentes en los yacimientos del Bronce Tardío Final de nuestro sector.

- **A1.** Parte de los esquemas representados en la Fig. 202 tienen como componente básico **los zigzags**. Tales motivos se siguen confeccionando de modo muy semejante a como lo hicieran en la etapa anterior: bien utilizando un trazo fino y continuo (sin levantar el punzón de la cerámica), bien a base de yuxtaponer sucesivos trazos incisos, ora conectados de forma irregular (superponiendo o duplicando los extremos), bien mediante una serie de trazos desconectados entre sí (cada cambio de dirección supone un rasgo distinto). Estos rasgos, a su vez, pueden tener forma lanceolada o ser su anchura homogénea. Los trazos con que se realizan nuestros zigzags, en líneas generales, ni son largos ni presentan ángulos excesivamente abiertos. Como sucediera durante el Bronce Medio, las líneas de zigzag, en número de una, dos, o tres, se disponen, sobre todo en los yacimientos tempranos de la época, paralelas al borde o la carena, rodeando la vasija. No faltan, sin embargo, motivos constituidos por varios zigzags paralelos, situados en la porción media/inferior de ciertos vasos. Excepcionalmente, cabe encontrar tupidas series de zigzags que sirven de relleno a motivos muy concretos; tal es el caso, por ejemplo, del tema situado bajo el asa de la jarra de San Román de Hornija (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: Fig. 17. 3).

Las incisiones en zigzag, en sus distintas modalidades, constituyen un elemento ornamental no excesivamente

significativo de la alcaería de este periodo. Con todo, sigue siendo un motivo cuya presencia se detecta a lo largo de toda la secuencia del periodo, pudiendo constatar la siguiente evolución de sus porcentajes a lo largo del mismo: en el yacimiento de El Cementerio-El Prado, datado en un momento temprano del periodo, estos motivos se plasman sobre el 9'33% de los fragmentos decorados identificados; en Fuente de Boecillo, en un instante intermedio de la etapa (inicios del siglo XIII a.C.), observamos un ligero aumento, reflejándose sobre el 20'40% de los fragmentos decorados; en un momento avanzado del horizonte Cogotas, como es el representado en El Gurugú, únicamente se registran sobre el 8'33% de los barros. Esta notable disminución que, en el empleo de esta modalidad decorativa, detectamos en el enclave de Bocos de Duero será una tónica que se acentuará hacia el final del periodo. Al respecto, sirva señalar que, de hecho, en La Requejada juegan un papel que podríamos calificar de meramente anecdótico: tan sólo el 6'41% de los barros decorados con incisión presentan temas de zigzag.

- **A2.** Motivos tomando como base las denominadas espigas, espiguillas y/o *espinas de pescado*. Estos temas, en esencia simples series de ángulos, ordenados horizontal o verticalmente, reproducen esquemas muy semejantes a los utilizados durante el Bronce Medio. Esto es, o bien se distribuyen en hileras simples/dobles/triples, o bien se integran en apretadas agrupaciones. Las primeras suelen disponerse en forma de ribete horizontal que, rodeando la vasija, discurre al lado del borde, sobre la carena o, también, en las zonas medias e inferiores de los vasos. Las espigas *en bloque*, delimitadas o no por líneas incisas, las encontramos, preferentemente, sirviendo de relleno a diseños de metopas y/o ajedrezados que se sitúan en el cuerpo superior de cazuelas y vasos troncocónicos. Puntualmente, también podemos encontrarlas dibujando diseños verticales que, en disposición radial, parten del fondo del recipiente (El Gurugú, Fig. 150. 9).

Estas espigas, independientemente de la modalidad de que se trate, “soportan” ahora una importante pérdida de peso específico respecto a lo advertido en el Bronce Medio. Dicha pérdida, además, se ve agudizada a medida que se avanza el periodo. Así, podemos apuntar, mientras en El Cementerio-El Prado se expresan sobre el 64'62% de los fragmentos incisos; en Fuente de Boecillo, donde suponemos se encuentra representado el momento posterior del Cogotas I inicial, se advierte un cierto descenso en el empleo de esta temática, llegando a comparecer sobre el 51'02% de los barros con decoración incisa. A

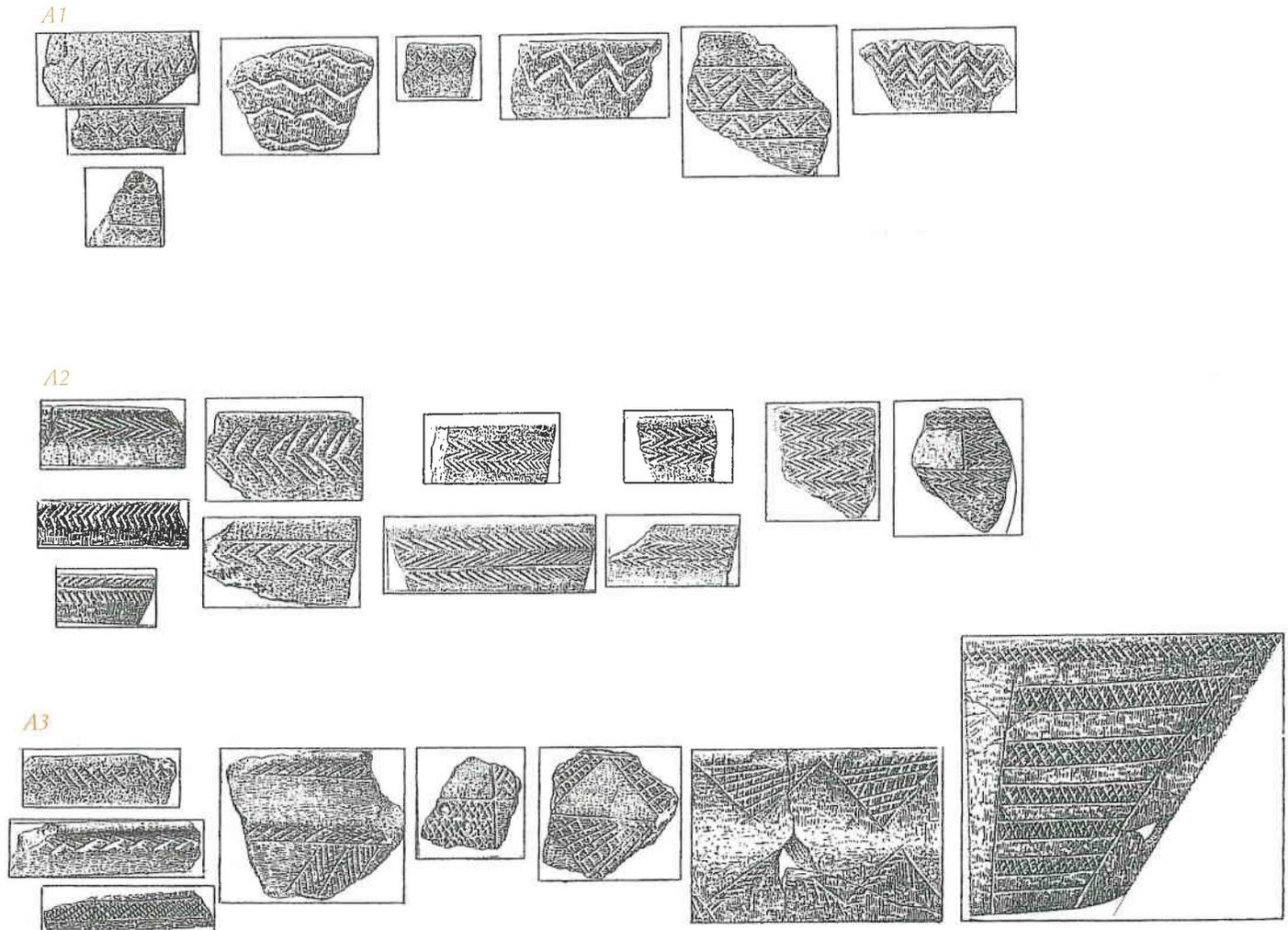


Fig. 202. Principales motivos incisos identificados en la decoración cerámica del Bronce Tardío-Final en La Ribera del Duero de Valladolid.

este descenso que se aprecia en el empleo de los temas sigue siendo progresivo a medida que avanza el periodo. De hecho, en El Gurugú tales especies se reflejan *—tan solo—* sobre el 30% de los fragmentos con decoración incisa. Por último, este palmario descenso en el empleo de las *espinas de pescado*, tiene su máxima expresión en los últimos momentos del periodo. En San Román de Hornija estos temas ornan sólo el 6'5% de los vasos con decoración incisa.

- **A3.** Motivos conseguidos a base de entrecruzar líneas o *entramados*. Estos temas pueden expresarse de distinto modo: en unas ocasiones se trata de reticulados que adoptan disposición oblicua, perpendicular, en otras. Las primeras siguen siendo con mucho *—como durante el Bronce*

Medio—, las más abundantes en nuestros yacimientos. En este grupo siguen incluyendo tanto aquellas modalidades que ya habíamos calificado de más *complejas* (esto es, aquellas en que cada uno de los trazos incisos que discurre en una dirección corta ortogonalmente dos o más de los que lo hacen en la contraria), como aquellas otras, más sencillas, que, hemos denominado *motivos en aspa*. Esta temática concreta sigue siendo preferida para ornar el sector cercano al borde; aunque no falta algún ejemplo en que, incluso, se utiliza para dibujar una guirnalda (Soto de Tovilla I, Fig. 6. 6).

Las bandas de entrecruzados más anchas y abigarradas, enmarcadas o no por líneas simples, acostumbran a decorar distintas partes del vaso, separados por anchas

franjas sin decorar (La Requejada, Fig. 17. 3). En otros casos los reticulados sirven para rellenar determinados espacios que, bien alternando con otros lisos o bien rellenos de otras modalidades decorativas, configuran motivos ornamentales relativamente complejos. Tal es el caso de determinados espacios reticulados rectangulares que alternan con otros lisos para formar ajedrezados (Soto de Tovilla I, Fig. 5. 10; El Gurugú, Fig. 147. 10; La Requejada, Fig. 17. 1, Fig. 13. 3), o triangulares que alternan con otros triángulos lisos (El Gurugú, Fig. 147. 9), o que se enfrentan por el vértice para dejar entre ambos un sector liso de forma romboidal (La Requejada, Fig. 12. 1), etc. No faltan, por último, algunos motivos más excepcionales, cuales son algunas series de ángulos muy amplios rellenos de una cuidada retícula incisa (El Gurugú, Fig. 148. 1, 155. 1; La Requejada, Fig. 14. 7) o aquellos otros que sirven para dibujar temas que asemejan las denominadas *labrys* o dobles hachas (La Requejada, Fig. 13. 1), que se han interpretado como una incorporación a la ornamentística de la época a través del contacto con las regiones meridionales de la Península Ibérica (Abarquero Moras, F. J. 1997: 90) y que vemos que tienen excelentes réplicas en yacimientos representativos del final de Cogotas I como Sanchorreja y algunos de los hoyos de Areneros de Manzanares (Fernández-Posse, M.^a D. 1986: Fig. 2. 14, 17, 19, 20 y 21).

Las retículas, en general, van a tomar un papel más relevante a medida que avanza el periodo, algo que, a su vez, guarda relación con una merma cuantitativa de los motivos recogidos en los dos apartados precedentes. Inicialmente, podemos decir que se trata de un motivo muy común en los yacimientos de la época, estando presente en la práctica totalidad de los lugares controlados. En segundo término, al analizar los datos obtenidos en los yacimientos objeto de excavación advertimos que alcanzan una relevancia relativa en los momentos iniciales del periodo: en El Cementerio-El Prado y Fuente de Boecillo los entramados están presentes, respectivamente, en el 15'88% y el 10'20% de los fragmentos con incisión. Avanzando el tiempo el uso de esta temática irá cobrando mayor importancia; de hecho en El Gurugú sobre -21'87%- de los fragmentos con decoración incisa. En los contextos propios del final de la etapa, esto es coincidiendo con el desarrollo de contextos como el representado en La Requejada, alcanzarán una presencia que podríamos calificar de preponderante. Tanto es así que los entramados se plasman sobre el 52'4% de los vasos, convirtiéndose en la temática que, de algún modo, contribuye a "compensar" el descenso que, respecto a

momentos precedentes, se produce en el empleo de los zigzags y los temas de espigas.

- **A4.** Motivos *escaleriformes*. Aquí se da cabida a todo faja o tira integrada por una serie de trazos paralelos -entre 1 y 2 cm-, que adoptan disposición vertical u oblicua- y bien pueden aparecer exentos, bien flanqueados -arriba o abajo- por una línea incisa, o bien enmarcados entre sendas líneas incisas. Éstas pueden ser rectas o, muy minoritariamente, curvas. En este caso, como es lógico, la serie de trazos dibuja una guirnalda que se sitúa bajo la carena de algún vaso troncocónico (El Gurugú, Fig. 155. 2). Asistimos también durante este periodo a la aparición de una particular modalidad, consistente en que la serie de trazos aparecen cortados transversalmente por una línea incisa; este particular motivo suele ser conocido en la terminología arqueológica como *línea cosida* (A5). En los yacimientos de la época todos estos motivos podemos verlos, preferentemente, dispuestos horizontalmente, discurriendo junto al borde de todo tipo de vasos y/o sobre la carena de cazuelas y vasos troncocónicos (El Roble, Fig. 18. 2; El Gurugú, Fig. 144. 1.; La Requejada, Fig. 16. 1 y 3); no faltan, con todo, algunos ejemplos en que observamos el empleo de estas estrechos frisos siendo utilizados para enmarcar otros motivos más historiados (La Requejada, Fig. 17. 3).

En nuestro sector se puede apreciar una evolución en el empleo de esta particular temática: tras alcanzar unos porcentajes relativamente reducidos en momentos tempranos del Bronce Tardío Final (alcanzan un 15'75% del total de fragmentos con incisión en El Cementerio-El Prado y un 8'16% en Fuente de Boecillo), durante lo que venimos denominando la plenitud cogotiana, más o menos, se mantienen porcentajes semejantes (16'32% en El Gurugú); en último término, pasará a convertirse en una temática de uso muy común en los momentos más avanzados del periodo. Prueba de ello podemos encontrarla en La Requejada (42'6%).

No queremos concluir este apartado sin apuntar una observación que pudiera tener valor cronológico. Nos referimos, en concreto a un aspecto vinculado a las denominadas líneas cosidas. En este sentido, nos parece interesante apuntar que estando ausentes en los yacimientos del momento Protocogotas tampoco detectamos su presencia en lugares que significan el inicio del Bronce Tardío Final -El Roble, Soto de Tovilla I o El Cementerio-El Prado-, circunstancia que parece servir para marcar continuidad entre ambos periodos. Los "cosidos" les vamos a ver por vez primera, por cierto tímidamente, en lugares como Fuente de Boecillo donde se suman tímidamente a

la ornamentística de la alcallería de La Ribera. Su número irá en aumento en momentos algo más avanzados, representados, por ejemplo, en El Gurugú; alcanzando su máxima expresión hacia las postrimerías del periodo. Tanto es así que en San Román se convierten en una temática relativamente habitual, jugando un papel numéricamente semejante al del resto de las series de trazos (La Requejada, Fig. 12. 5).

- **A6.** Motivos angulares o triangulares rellenos ya les veíamos representados, en un porcentaje significativo, en los yacimientos del Bronce Medio. Según señalábamos el relleno de tales motivos estaba constituido bien por líneas paralelas a uno de los lados del triángulo, bien por ángulos inscritos con el vértice hacia abajo. Estos temas, formando frisos, se documentan ahora en un único yacimiento: El Cementerio-El Prado, donde tiene una presencia realmente mínima (apenas un par de fragmentos). El hecho de que se trate de un enclave propio de lo que venimos denominando el momento inicial del periodo, nos habla de la pervivencia de esta particular temática; de la que por cierto no volveremos a tener noticia a lo largo de la etapa que ahora nos ocupa. En efecto, podemos apuntar que esta clase de triángulos rellenos está ya ausente de yacimientos como Fuente de Boecillo que, recordemos, data de los inicios del siglo XIII a. C. A partir de este momento volverán a comparecer motivos triangulares rellenos, pero ahora el “relleno” lo vamos a encontrar confeccionado con retículas. La representación de esta clase de temas, que también se distribuyen formando frisos, es pequeña pero visible en lo que podríamos denominar, la fase plena y tardía del período; así podemos apreciarlos en El Gurugú y La Requejada, tal y como ya apuntamos en el apartado dedicado a las retículas.
- **A7.** Temas confeccionados con líneas rectas. Las líneas simples, como ya sucediera en la fase Protocogotas, continúan siendo uno de los elementos decorativos más empleados en la ornamentación de los vasos de nuestro sector. Como entonces, mayoritariamente, juegan un papel meramente auxiliar siendo empleadas bien para *acotar* espacios (rectangulares, triangulares, etc.) de cierta amplitud que luego habrán de ser rellenos con los más diversos motivos, bien para servir de eje o *guía* a multitud de temas. No obstante, en casos muy concretos, las líneas incisas cobran un protagonismo mayor, al constituirse en elemento único del que se sirven para confeccionar algunos motivos. En unos casos advertimos la utilización de simples líneas horizontales que se emplean, “a modo de” frisos corridos que circundan el vaso, alternando con espacios lisos relativamente amplios. En otras ocasiones,

las líneas simples se utilizan, formando grupos más tupidos, para confeccionar ciertos motivos.

La primera variedad, presente ya en yacimientos Protocogotas de la zona (Camino de la Aceña), la encontramos entre los materiales de excavación recuperados en Fuente de Boecillo (Fig. 184. 1) y en El Gurugú (Fig. 143. 19; 148. 14; 151. 3; 153. 6 y 9), por lo que resulta escasamente significativa. De la segunda variante los testimonios con que contamos son algo más numerosos: encontramos grupos de líneas horizontales incisas ocupando espacios rectangulares que se distribuyen sobre la superficie de un vaso globular formando un ajedrezado (Fuente de Boecillo) (Fig. 184. 11), o relleno algún motivo radial (El Cementerio-El Prado (Fig. 70. 7) y El Gurugú [Fig. 153. 6]). Ambas modalidades, en general, parecen ser propias de los momentos iniciales y plenos del periodo que nos ocupa. Así se deduce, tanto de las cronologías que merecen los lugares apuntados, como por el hallazgo de decoraciones de apariencia semejante en yacimientos merecedores de semejante atribución, de la Meseta Norte. En efecto, encontramos motivos de líneas semejantes a las que aquí se citan en lugares como La Huelga (Dueñas, Palencia), Las Vegas (Jabares de los Oteros, León), o El Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca); todos los cuales pueden situarse en torno a la cronología apuntada. Nuestra impresión se fundamenta, además, en la posibilidad de advertir que motivos semejantes a los aquí citados están del todo ausentes de aquellos yacimientos Cogotas I meseteños que, como puede ser el caso de La Requejada, aportan una cronología tardía.

- **A8.** Series de líneas curvas u ondas. El empleo de esta clase de motivos no es, al igual que en el apartado anterior, excesivamente numeroso en los yacimientos del periodo. Encontramos ejemplos de esta modalidad (para la que, por cierto, no hallamos antecedentes en los hábitats Protocogotas del sector), en forma de guirnalda en serie, sobre un par de barros procedentes de El Cementerio-El Prado (Fig. 70. 3). En otros tantos fragmentos lo hallamos en El Roble (Fig. Fig. 18. 12 y 15) y en Fuente de Boecillo (Fig. 183. 6; 178. 2); sobre tres más de El Gurugú (147. 2). La dispersión y cronología de este motivo es similar a la descrita en el caso anterior, pues tampoco encontramos esta clase de temas en contextos avanzados de Cogotas I, como el representado en San Román de Hornija.

La cerámica con decoración incisa de los yacimientos del Bronce Tardío Final de La Ribera del Duero vallisoletana, la técnica más frecuentemente usada a lo largo de todo el periodo en el sector, presenta múltiples e inequívocos elementos de concomitancia –máxime en las fases iniciales

del periodo— respecto a las especies incisas del Bronce Medio; tanto desde el punto de vista de la propia temática como también de su colocación dentro de los recipientes:

- La decoración que presentan la mayoría de los vasos junto y a lo largo de su reborde exterior.
- La disposición de la decoración, en algunos cuencos y vasos con perfil carenado en bandas verticales, que desde el borde o la carena descienden hasta el fondo.
- La decoración dispuesta en bandas paralelas horizontales en algunos de los vasos.
- La utilización de motivos decorativos dibujando espiguillas, zigzags, líneas entrecruzadas, triángulos, etc., en mayor o menor cuantía, a lo largo de todo el periodo.

Todo ello nos lleva a considerar la cerámica incisa del Bronce Tardío Final de La Ribera como absoluta e inequívoca “heredera” de las incisiones del momento Protocogotas, o, lo que viene a ser lo mismo, permite valorar en su justa medida la cerámica incisa como un indicativo de la fuerte pervivencia de la tradición del Bronce Medio en la formación del mundo del Bronce Tardío Final en este sector de la Meseta Norte.

Centrando nuestra atención en las especies incisas de las distintas estaciones de nuestro ámbito concreto, al analizar y comparar de forma pormenorizada la representatividad que cada uno de los temas arriba descritos alcanzaron en nuestros yacimientos, queda de manifiesto: 1) que se mantienen prácticamente los mismos temas a lo largo de todo el periodo y 2) que se puede apreciar una evolución en la proporcionalidad alcanzada por los distintos motivos incisos presentes en los yacimientos Cogotas I del sector. Incidiendo en esta dinámica, cabe advertir como en El Cementerio-El Prado, asentamiento que data de los inicios del periodo, los motivos incisos comparecen en unas proporciones que guardan indudable correlación con los de asentamientos que, como es el caso de La Plaza, se remontan a las postrimerías del momento Protocogotas (Rodríguez Marcos, J. A., y Abarquero Moras, F. J. 1994: 52). En efecto, las espigas —en sus diversas variantes— continúan resultando claramente predominantes, si bien cabe advertir que han sufrido cierto descenso respecto al yacimiento de Cogeces del Monte (recordemos que aquí comparecían sobre el 81'6% de los fragmentos incisos); se reflejan sobre el 64'48% de los fragmentos decorados con incisión, descenso que, de algún modo, se ve “compensado” por una mayor frecuencia en el empleo de otros motivos que alcanzaron menor representatividad en el momento Protocogotas: por ejemplo, las retículas y los escaleriformes —series de trazos incisos— comparecen ahora sobre el 15'88% y el 15'75%, respectivamente, de los fragmentos decorados con incisión.

Estos datos, a nuestro entender, cobran mayor interés si se tiene en cuenta que, al analizar los rasgos que distinguen la evolución de los estilos decorativos de Cogotas I de la zona, cabe advertir, en el campo concreto de las decoraciones incisas, la existencia de una dinámica que se traduce en una paulatina tendencia a la pérdida del peso específico de los temas de espiga que, a su vez, se ve “compensado” por un aumento en las preferencias por otros como las retículas y las series de trazos, principalmente. Este extremo, que de algún modo ya fuera apuntado por Fernández-Posse (1986: 484), podemos advertirlo, en efecto, al analizar los datos que, sobre el particular, ofrecen los yacimientos de nuestro ámbito que marcan el desarrollo del Bronce Tardío Final. Al respecto, señalar que en un momento algo más avanzado que el significado por El Cementerio-El Prado, representado por Fuente de Boecillo (recordemos que se fecha a fines del s. XIII a. C.), las espigas se reflejan sobre el 51'02% del total de los vasos decorados con incisión, en tanto que las retículas lo hacen sobre un 10'20% y las series de trazos sobre un 8'16%. En un momento algo más avanzado, representado por El Gurugú las espigas comparecen sobre el 30% de la alcajería incisa; en tanto que las retículas lo hacen sobre un 21'87% y las series de trazos sobre un 16'32%. La expresión extrema de este desarrollo la encontraríamos en yacimientos cuya ocupación podemos situar al final de la plenitud cogotiana. Para ilustrar cuanto decimos podría servir La Requejada en San Román de Hornija. En efecto, en este lugar, que se fecha en torno al 1000 a. C., las espigas solo se reflejan sobre un 6'5% del total de los vasos decorados, en tanto que las retículas y las series de pequeños trazos, lo hacen sobre un 52'4% y un 42'6%, respectivamente (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: 77).

Estos datos, de algún modo, pueden resultar de utilidad como herramienta para, desde un punto de vista tipológico, realizar aproximaciones y atribuciones al momento cronológico representado en los distintos yacimientos del periodo. Queda claro, que sería necesario examinar el comportamiento de los tipos decorativos en diversos territorios para detectar la presencia de comportamientos semejantes. No en vano, habremos de tener en cuenta que la vajilla cerámica es una producción local y como tal sujeta al gusto o preferencia de los distintos asentamientos y grupos por unas determinadas decoraciones. En una palabra, los desarrollos regionales y sus elementos diferenciadores son algo que debe hacerse con anterioridad a la construcción de la secuencia general.

El Boquique (“punto en raya”) (B)

No hace falta decir que la presente es una técnica de impresión más, consistente, parafraseando a Blasco Bosqued, en la

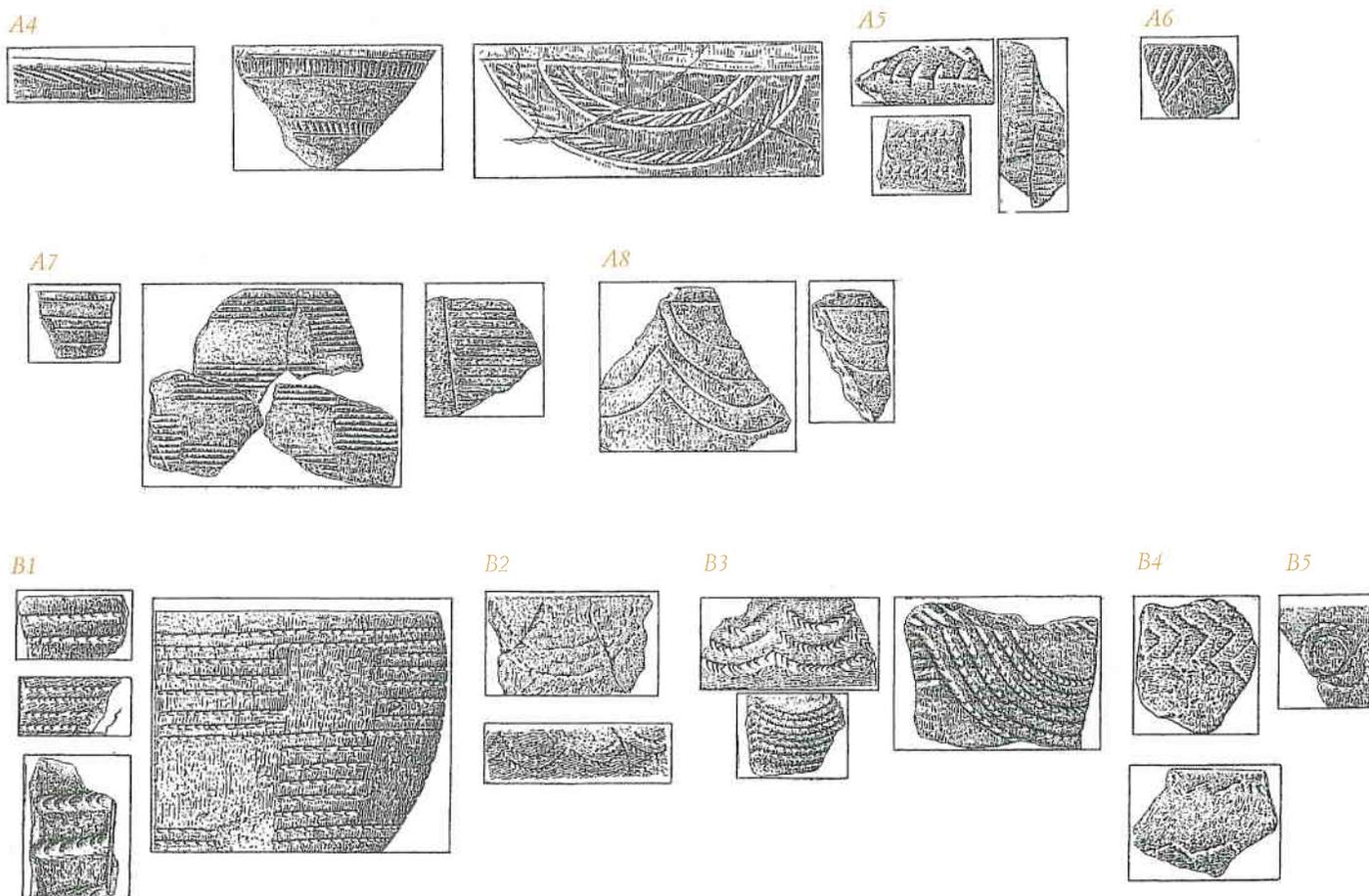


Fig. 203. Motivos incisos y de Boquique identificados en la decoración cerámica del Bronce Tardío-Final en La Ribera del Duero de Valladolid

estampación “sucesiva de puntas, en forma de cuña, con las que se crea un surco continuo, pero de profundidades desiguales”. Tal y como apunta esta autora, esta técnica proporciona resultados distintos según la forma del instrumento empleado o, incluso, según la manera de manejarlo. En el caso concreto de los yacimientos ribereños, en general, hemos detectado bastante uniformidad. De hecho, la generalidad de los temas en ellos identificados, se han elaborado a base de incidir con el punzón en sentido longitudinal; eso sí con trazos de diferentes anchuras y profundidades. Echamos en falta ciertas modalidades como las de yacimientos de la cuenca del Tajo, caso de El Negralejo, donde se detecta “el empleo de un instrumento de punta trilobulada, con la que se crea un surco sinuoso, otras veces se incide con el punzón colocándolo en

sentido oblicuo al surco, con lo que se crea un trazo que semeja la impresión de una cuerda” (Blasco Bosqued, M.^a C. 1983: 121). Esta circunstancia nos parece de interés, por cuanto datos como el presente pudiera servir para identificar diversas facies dentro del mundo de Cogotas I.

Como ya hemos dicho en alguna parte, el empleo de esta particular técnica, que aparece en la totalidad de los yacimientos que hemos atribuido a la época, ha sido uno de los criterios que nos han servido para favorecer su atribución a la misma. En unos casos se trata de materiales recuperados en prospección (El Roble, Casa de Valimón, Soto de Tovilla II, Revillalba, El Pino-La Horca, Zurita) y de excavación en otros (El Cementerio-El Prado, Soto de Tovilla I, El Gurugú, Fuente de Boecillo).

El Boquique, como puede deducirse de lo dicho en el párrafo anterior, lo encontramos en la totalidad de los yacimientos de la época, advirtiéndose un progresivo ascenso a lo largo del periodo en el uso de esta técnica. En este sentido, podemos apuntar que en El Cementerio-El Prado, al comienzo del periodo, los fragmentos con algún tipo de decoración de Boquique, sólo o asociado a otras técnicas, respecto al total de los que aparecen decorados, apenas alcanza el 1'33%; el ascenso en el empleo de esta especie resulta realmente significativo en el contexto representado en Fuente de Boecillo –25'80%–, fechado por el C14 dentro del último tercio del s. XIII a. C. en cronología sin calibrar. A partir de este momento y hasta el final de la etapa los porcentajes se mantienen semejantes. De hecho en el El Gurugú se alcanza el 21'49%; el porcentaje es ligeramente superior en La Requejada: el 23'6%.

La Fig. 203 reúne esquemáticamente los temas de Boquique más significativos y aquellos otros que con ligeras variantes se plasman sobre un mayor número de fragmentos cerámicos. Dejando a un lado las líneas simples de Boquique que sirven de marco o para delinear otros temas más complejos (bien configurados con esta misma, bien con otras técnicas), la variedad de motivos es como sigue:

- **B1.** Líneas rectas –una, dos o más–, bien en disposición horizontal, bien dispuestas verticalmente, de Boquique, más o menos ancho. Las líneas horizontales de diferente grosor –B1a– son uno de los motivos mejor representados. Los hemos constatado, en diversas modalidades, en El Roble (Fig. 18. 13); El Cementerio-El Prado (Fig. 69. 5); Fuente de Boecillo (Fig. 176. 2 y 5; 177. 2; 180. 3; 183. 3; 184. 1 y 8, etc.); Casa de Valimón (Fig. 25. 21 y 23); El Gurugú (Fig. 153. 8 y 10; 143. 15 y 26 etc.); Soto de Tovilla I (Fig. 5. 13 a 17; 6. 12); San Román de Hornija (Fig. 15. 3), Zurita. Los grupos de líneas verticales –B1b– son mucho menos habituales, pudiendo observarlos exclusivamente en este mismo enclave (Fig. 8. 4).
- Guirnaldas sencillas (simples/dobles) –B2– o en tupidas series –B3– de líneas onduladas de Boquique. La primera modalidad se registra puntualmente entre los materiales de excavación de Fuente de Boecillo (Fig. 186. 13) y El Gurugú (Fig. 145. 1; 152. 2, etc.). La segunda es extremadamente común; de hecho, aparece, en diversas modalidades, en la totalidad de los

enclaves de la época. La observamos en El Cementerio-El Prado (Fig. 69. 5); Fuente de Boecillo (Fig. 170. 2; 171. 2 y 3; 174. 2; 177. 3, etc.); El Gurugú (Fig. 143. 16; 145. 7 a 11; 146. 3; 157. 1, etc.); Casa de Valimón (Fig. 21. 20 y 23); Soto de Tovilla I (Fig. 5. 13 a 17; 6. 6 y 12; 18. 4, etc); El Roble (Fig. 18. 4, 13 y 15); Uncabo/Revillalba (Fig. 133. 3); La Requejada (Fig. 15. 2 y 3); Zurita.

- **B4.** Líneas de Boquique fino en zigzag en disposición vertical u horizontal. Los primeros únicamente aparecen en El Gurugú (Fig. 148. 12). La segunda variante es exclusiva de los yacimientos de Uncabo/Revillalba (Fig. 133. 1), la Casa de Valimón (Fig. 21. 21) y de San Román de la Hornija (Fig. 11. 4 y Fig. 13. 2) con una cronología avanzada dentro del Bronce Tardío Final.
- **B5.** Motivo confeccionado con círculos concéntricos de Boquique. Lo hemos reconocido exclusivamente en El Gurugú (Fig. 152. 9) y La Requejada (Fig. 11. 12).

La generalidad de los temas de Boquique reseñados más arriba reproducen motivos enteramente semejantes a los que, compareciendo en los distintos ambientes propios de esa entidad arqueológica que conocemos con el nombre genérico de horizonte de Cogotas I, constituyen una de las manifestaciones que, junto a la excisión (de la que hablaremos en su apartado correspondiente), más emblemáticas y que mejor han servido para diferenciar y definir dicha Cultura.

No hace falta recordar aquí y ahora lo mucho que se ha especulado, tanto acerca de las características formales de esta peculiar modalidad decorativa, cuanto de su significación crono-cultural¹³². Empero, sí nos parece conveniente hacer, cuando menos, una breve reseña histórica que refleje, aunque sea muy someramente, la evolución de las opiniones de los investigadores que han analizado esta variedad decorativa, al tiempo que plantear la problemática que se deriva de la incorporación del Boquique al repertorio decorativo de los yacimientos de nuestra zona que datan de los inicios del Bronce Tardío Final.

En lo concerniente al primero de los aspectos, comenzaremos por indicar que tales especies decorativas, cuya denominación procede, como es bien sabido, del hallazgo de cerámicas con esta modalidad decorativa en la Cueva de Boquique (Plasencia, Cáceres), fueron dadas a conocer por Bosch-Gimpera,

¹³² Entre las publicaciones en las que se recoge la historiografía del Boquique podemos destacar algunas como las siguientes: Fernández-Posse, M.^a D. 1982: 137-159; Jimeno Martínez, A. 1984: 119-125.

quien las incluía en un supuesto neo-eneolítico¹³³. Algo más tarde el padre Morán, al detectarlas en El Berrueco, las atribuyó a la etapa campaniforme (Cesar Morán, P. 1924: 15). Cabré, por su parte, dio a conocer los resultados de sus excavaciones en el castro de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila), defendiendo desde el principio que las cerámicas decoradas del primer asentamiento debían situarse en su “segunda mitad de la Edad del Bronce” (Cabré Aguiló, J. 1929: 210 y ss; *Idem*. 1930).

Resulta interesante comprobar que en los primeros momentos de la investigación, la técnica que nos ocupa era entendida como una manifestación propia de los pueblos indígenas de la Edad del Bronce y datada en unas fechas, ciertamente antiguas, muy próximas a las que en la actualidad se consideran válidas para datar esta peculiar cerámica. No obstante, esta inicial forma de interpretar los hechos tuvo escasa vigencia; de hecho, el que la excisión se considerase prueba irrefutable de la arribada a la Península Ibérica de elementos célticos centroeuropeos, supeditó en gran medida el análisis del resto de manifestaciones culturales (entre ellas el Boquique) que a ella se asociaban; colocándolas en plena Edad del Hierro¹³⁴.

Andando el tiempo, las opiniones de los investigadores se mantuvieron divididas entre ambas posiciones. Si bien es cierto que durante varias décadas triunfó la tesis centroeuropea, y sólo en los años 70, se consolidó la vieja idea de Cabré de ubicar el Boquique de Cogotas I dentro de la Edad del Bronce; también lo es que a mediados de siglo, aún dentro de una concepción transpirenaica de las cerámicas excisas, surgió la necesidad de buscar nuevas explicaciones para justificar que estas especies decorativas se asociaban a una técnica

como es la del Boquique, difícilmente parangonable fuera del marco peninsular. A raíz de esta observación fraguó la noción de un doble origen para las técnicas decorativas empleadas por las gentes de Cogotas I, que conllevaba igualmente una doble perspectiva cronológica. Este estado de cosas fue resumido por Maluquer en su teoría de la “dualidad de tradiciones” (Maluquer de Motes, J. 1956: 179-206), nacida tanto de la revisión de la documentación de El Berrueco cuanto de los datos obtenidos en las excavaciones de Las Cogotas y Sanchorraja (Maluquer de Motes, J. 1956: 179-206; *Idem*, 1958a: 65-68; *Idem*, 1958b: 37 y 97). En dicho trabajo, primera síntesis real sobre el mundo de Cogotas I, Maluquer llega a una solución de compromiso y propone que los materiales cerámicos decorados mediante la excisión y el Boquique, pertenecientes a los comienzos de la Edad del Hierro, respondían a un doble origen: uno de filiación indígena, propio de un pueblo de pastores practicantes del ritual de la inhumación (como se deducía del hallazgo practicado en Renedo de Esgueva [Wattenberg Sanpere, F. 1957: 189-191]), que decoraban sus cerámica mediante el Boquique (emparentado con las cerámicas campaniformes), y la de origen extrapeninsular (invasores hallstáticos) representado por la excisión¹³⁵.

La conexión entre la cerámica excisa y el Boquique, y de ambas especies respecto a las oleadas de gentes centroeuropeas sentó la base para que al “punto en raya” se le atribuyera la cronología baja que se proponían para las invasiones indoeuropeas-hallstáticas, ante la opinión generalizada de que las cerámicas de Las Cogotas Antiguas eran una manifestación más de la I Edad del Hierro. A comienzos de la década de los

¹³³ Bosch-Gimpera, P. 1915-1920: 515-516. Resulta paradójico comprobar que estos primeros fragmentos, aunque son verdadero Boquique, no pertenecen a Cogotas I; ello no fue óbice para que la denominación de esta cueva extremeña terminó por sustituir a las denominaciones más descriptivas de “punto y raya” o “punto en raya” con que se conocía esta técnica en algunos hallazgos previos de las proximidades de Madrid. Personalmente utilizaremos cualquiera de estos términos para referirnos a esta peculiar fórmula decorativa.

¹³⁴ Esta idea la expresaba Pérez de Barradas al publicar los materiales decorados de los areneros del Manzanares que formaban parte de la Colección Bento (Pérez de Barradas, J. 1933-1935: 37 y ss.), planteó la idea de que las excisas peninsulares eran representativas de la llegada a nuestra Península de oleadas de población centroeuropea que se asentaron en la Meseta a lo largo de la 1ª Edad del Hierro. Esta tesis de la genealogía centroeuropea encontró amplio eco y fue desarrollada por Almagro (Almagro Basch, M. 1939: 139 y ss), sobre la base de paralelismos con las cerámicas de la cultura de los túmulos, insistiendo en que todas las cerámicas excisas peninsulares debían ser interpretadas en relación con invasiones centroeuropeas del Ier. milenio. Este autor, además proponía una idea según la cual la llegada de esta técnica a nuestra península, con las gentes de los CC. UU., constituía el regreso, en el seno de una especie de tardío movimiento de “reflujo”, de la tradición española del vaso campaniforme.

¹³⁵ Recordemos que es este planteamiento el Boquique era una manifestación propia de un pueblo autóctono, de pastores practicantes del ritual de la inhumación —así se deducía del hallazgo citado de Renedo de Esgueva (Wattenberg Sanpere, F. 1957: 189-191)—, que entraban en contacto con otro, de origen extrapeninsular, portador de las excisas. Este doble origen para las dos técnicas y de la Cultura que caracterizaban fue, casi unánimemente aceptado y autores como Almagro Gorbea (Almagro Gorbea, M. 1977: 114) o Martín Valls y Delibes (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1972: 16-18; *Idem*. 1975: 549-550; *Idem*. 1976: 13-15), aunque en términos algo distintos a los que empleara Maluquer, continúan manteniendo, hasta bien entrada la década de los 70, que el Boquique aporta un rasgo indígena que se contraponen al exotismo extrapeninsular que revista la excisión.

70, Martín Valls y Delibes, todavía se servían de la caracterización, distribución y asociaciones de las cerámicas Cogotas I, para plantear la problemática de la I Edad del Hierro en el sector occidental de la Meseta Norte (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1972: 16-18; *Idem.* 1975: 549-550; *Idem.* 1976: 13-15.). Seguían pensando que el fósil director de los inicios de la Edad del Hierro eran, precisamente, las especies decoradas con excisión, incisión y, por añadidura, Boquique, y mantenían la idea de la dualidad de tradiciones (Delibes de Castro, G. 1977: 79). Desde este punto de vista se seguía proponiendo que la datación inicial de Cogotas I debía situarse en un momento anterior al 700 a.C.; así se respetaba la fecha que Maluquer había propuesto para el nivel inferior de Los Castillejos de Sanchorreja. Por su parte, el momento final de esta Cultura se desplazaba al siglo V a. C., sirviéndose también de la estratigrafía de Sanchorreja que continuaba siendo el único referente válido para la contextualización de las cerámicas de Cogotas I.

Paralelamente, en otras áreas de la Península Ibérica empezaron a replantearse la dependencia de las cerámicas excisas de Cogotas I de las europeas, restándose valor a la idea de una invasión responsable de las distintas variantes de cerámicas excisas. En este sentido, las evidencias procedentes de registros estratigráficos del Sudeste peninsular fueron mostrando que la presencia de cerámicas decoradas de este tipo se contextualizaba en niveles anteriores a lo que se había pensado. Este cambio en la concepción genealógica de tales especies fue apadrinado por Molina y Arteaga (Molina González, F., y Arteaga Matute, O. 1976: 176; Arteaga Matute, O., y Molina González, F. 1977: 578 y ss.), cuando, a partir de un análisis de las características y de los lugares de aparición de la cerámica excisa en el ámbito peninsular, establecieron la existencia de una serie de grupos con caracteres y problemáticas específicas. Sugirieron que las cerámicas con decoración excisa más antiguas correspondían, al igual que ya se aceptaba para el Boquique, a cerámicas entroncadas en una tradición anterior: la del campaniforme de estilo Ciempozuelos. De esta manera pudo justificarse un origen peninsular para la totalidad de las técnicas decorativas de las cerámicas de Cogotas I; lo cual significaba, como vemos, un radical cambio de orientación respecto a planteamientos previos.

Nos parece interesante apuntar que en las argumentaciones de Molina y Arteaga empezaron a tener considerable peso

específico las fechas radiocarbónicas convencionales que se iban realizando. Por tal motivo la cronología atribuida a Cogotas I hasta este momento se vio modificada substancialmente, sobre todo a partir de las dataciones radiométricas obtenidas en los contextos de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada) (Molina González, F., y Pareja López, E. 1975; Arribas Palau, A. 1976: 139-156). Se propuso una fecha cercana a 1200 a. C. para el inicio de Cogotas I, lo que coincidía plenamente con el comienzo del Bronce Final del Sudeste peninsular (Molina González, F. 1978: 159-232). Posteriormente, otras dataciones, caso de las obtenidas en La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid), sirvieron para justificar la adscripción de todas las cerámicas decoradas de esta Cultura al Bronce Final (Delibes de Castro, G. 1978: 225-250).

En esta trayectoria de ampliación de las pruebas empíricas y reformulación de la ubicación temporal tuvieron indudable trascendencia las observaciones realizadas por Jimeno a partir de su excavación en Los Tolmos (Caracena, Soria). Dichos trabajos permitieron a este autor hacer algunas importantes precisiones (Jimeno Martínez, A. 1984). En concreto, señaló que la cronología de la etapa formativa de Cogotas I debía elevarse, cuando menos, al 1400 a.C., es decir al Bronce Medio de la zona. Con esta nueva ubicación temporal, Cogotas I, en su etapa formativa (en la que, por cierto, se apuntaba la aparición conjunta de la excisión y el Boquique), se aproximaba más aún a la cronología aceptada de las cerámicas campaniformes de la Meseta, que, desde los trabajos de Maluquer se entendía constituían las “raíces” del nuevo estilo decorativo. Las dataciones y los contextos identificados en la Cueva de Arevalillo de Cega contribuían, así mismo, a reafirmar esa cronología alta, al tiempo que ofrecían una contextualización arqueológica para la asociación entre cerámicas campaniformes de tipo Silos y cerámicas de Cogotas I y una sucesión estratigráfica Ciempozuelos-Cogotas I (Fernández-Posse, M.^a D. 1981: 39-64). Esta sucesión cultural complementaba la visión ofrecida por las estratigrafías del Sudeste, donde la diacronía que se documentaba hacía referencia a la secuencia El Argar-Cogotas I.

Esta idea de que las dataciones radiocarbónicas pueden ofrecer una base sólida para proporcionar un marco cronológico a las manifestaciones de Cogotas I ha ganado terreno en la última década. De hecho, en los trabajos más recientes ya no se cuestiona la posibilidad de asumir las fechas disponibles, cuyo número se ha incrementado últimamente de modo sensible¹³⁶.

¹³⁶ Al respecto ver, por ejemplo: Delibes de Castro, G., y Fernández-Miranda, M. 1986-1987: 39-40; Castro, P., Micó, R. y Sanahuja, M. E. 1995: 51-118; Castro, P., Lull, V., y Micó, R. 1996: 155-167.

Respecto a la definición de la cultura de Cogotas I, Delibes (Delibes de Castro, G. 1983: 85-92) formuló una caracterización sistemática a partir de los registros obtenidos y de la documentación cronológica disponible. La base para tal identificación se apoyaba en asumir dos tipos de manifestaciones consideradas autóctonas: de una parte las cerámicas decoradas con incisión, impresión, Boquique y excisión, y los enterramientos (tanto de inhumación en fosas, como en enterramientos secundarios de cuevas o sepulcros megalíticos), de otra. La cronología propuesta para todo el conjunto abarcaba el intervalo que va desde, aproximadamente, el 1400 a 850 a. C., considerando las dataciones de Los Tolmos y de La Requejada como fechas extremas.

Las dataciones y contextos hasta aquí comentados, a los que con el tiempo vinieron a sumarse otras más de diversos yacimientos peninsulares, sirvieron de base para establecer que en la caracterización de esta Cultura, desde su etapa formativa (fase Protocogotas), participaban tanto las decoraciones excisas cuanto las confeccionadas con el Boquique; así, al menos, se entendía que lo demostraba la presencia de algunas cerámicas ornadas con las citadas técnicas en el yacimiento de Los Tolmos de Caracena. Esto último significaba asumir de modo explícito, como de hecho así lo hacían diversos autores¹³⁷, que el estilo decorativo de Cogotas I, desde sus más remotos antecedentes, incorporaba un determinado porcentaje de “mordidos excisos” y de Boquique; lo cual, al tiempo, contribuía a establecer, significativa y definitivamente, una clara vinculación entre los estilos decorativos de Protocogotas y Cogotas I. Frente a las opiniones apuntadas en trabajos como los que se citan en el párrafo precedente se expresan otras¹³⁸ más recientes que mantienen I) que el Boquique (también la excisión, aunque este es un tema del que hablaremos en su momento) pudo no haber comparecido por igual en todos los ambientes Protocogotas desde el comienzo de su desarrollo y II) que dentro de este horizonte pudo haber yacimientos sin Boquique y otros que sí incorporan entre su cultura material el “punto en raya”. Una duda que recogen tales artículos guarda

relación con el intento de discernir si tal diferenciación debe hacerse extensiva a todo el ámbito meseteño por igual o si, por contra, cabe hablar de comportamientos cerámicos exclusivos y diferenciados, que guardan relación directa con las distintas áreas que integran dicho territorio.

Intentando por nuestra parte arrojar alguna luz sobre dichas cuestiones nos parece conveniente comenzar por fijar nuestra atención precisamente en lo que acontece en nuestro entorno más inmediato. Para ello hemos analizado la situación de determinados yacimientos del Bronce Medio del centro y oeste de la cuenca del Duero. Concretamente aquellos que, por haber sido objeto de excavación sistemática en un área significativa y representativa del mismo, han aportado un lote de cerámicas suficientemente amplio como para ofrecer ciertas garantías de que dicha muestra proporcione, cuando menos, una idea, si no del todo fiable, al menos aproximada de lo que constituyó en realidad el elenco cerámico elaborado por las gentes que ocuparon cada uno de los establecimientos.

Un primer análisis de tales enclaves, por cuanto a nosotros ahora concierne, permite agruparlos en dos categorías muy claras. La representada por aquellas estaciones, a las que calificaremos de propiamente Protocogotas, en que no se documenta el más mínimo vestigio de Boquique, y aquella otra que incluye a los establecimientos en los que, por contra, sí se han recuperado algunos fragmentos con decoración de “punto en raya”, en el seno de un elenco cerámico con múltiples semejanzas, también con alguna novedad cerámica, respecto al de los enclaves citados en primer término. Entre los primeros, además de establecimientos enclavados en el estricto ámbito de nuestro trabajo (El Castillo, El Carrizal, La Plaza, etc.) podemos citar otros que se distribuyen por todo el sector susodicho; alguno de ellos tan significativo como los localizados en las provincias de Ávila (La Gravera [Puente Viejo] [González-Tablas Sastre, F. J. 1984-1985: 267-276] y El Cogote [La Torre] [Caballero, J., Porres, F., y Salazar, A. 1993: 93-110]) y Palencia (La Huelga –Sector 1– [Dueñas] [Misiego Tejeda, J. C., Pérez Rodríguez, F. J., Sanz García, F. J., Marcos Contreras, G. J., y Martín Carbajo,

¹³⁷ Algunas opiniones en este sentido eran emitidas, por ejemplo, por M.^a D. Fernández-Posse (1982: 142-144). En dicha obra la autora plantea que, al igual que argumenta para la excisión, más que ausencia y posterior presencia del “punto en raya” en los yacimientos antiguos de Cogotas I debería hablarse de un “mínimo porcentaje” en los primeros momentos del desarrollo de esta Cultura, pues ello justificaría la ausencia de tales especies decorativas de determinadas estaciones arqueológicas de la época. La base para esta argumentación la encuentra la autora precisamente en el hecho de que aparecen en yacimientos antiguos como Caracena.

¹³⁸ Opiniones al respecto se recogen, por ejemplo, en: Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: 85-86; Rodríguez Marcos, J. A., y Abarquero Moras, F. J. 1994: 51-54.

M. A. 1992: 18-26; Pérez Rodríguez, F. J., Misiego Tejada, J. C., Sanz García, F. J., Marcos Contreras, G. J., Martín Carbajo, M. A., y Fernández Giménez, J. M.^a 1994: 11-32]). Entre los que tienen cabida en el segundo apartado cabe citar, junto al yacimiento excavado en nuestro sector, El Cementerio-El Prado, diversos enclaves inventariados en la provincias de Valladolid: La Macañorra (Geria) (Arranz Mínguez, J. A., Gómez Pérez, A., Sánchez Simón, M. y Bellido Blanco, A. 1993: 75-92); Palencia: La Huelga –Sector 3– (Dueñas) (Pérez Rodríguez, F. J., Misiego Tejada, J. C., Sanz García, F. J., Marcos Contreras, G. J., Martín Carbajo, M. A., y Fernández Giménez, J. M.^a 1994: 11-32); Burgos: Las Empedradas (Fuentecén) (Palomino Lázaro, A. L., y Rodríguez Marcos, J. A. 1994: 59-71) y León: Las Vegas (Jabares de los Oteros) (Rodríguez Marcos, J. A., Marcos Contreras, G. J., Martín Carbajo, M. A., Misiego Tejada, J. C., y Sanz García, F. J. 1999: 48-70).

La manifiesta dicotomía que, respecto al empleo del Boquique, expresan los lugares citados en el párrafo anterior, no nos cabe duda, reviste indudable interés para el asunto que aquí nos ocupa; no en vano, nos sitúa ante un panorama en el que se dibuja la existencia de un amplio sector (cuando menos, comprendería las tierras centro/orientales del valle del Duero y el bajo Pisuerga) en el que se aprecia la clara alternancia entre estaciones, propiamente Protocogotas en las que no comparece el Boquique y otras, con un contexto ceramológico con grandes semejanzas, en que tal especie sí está presente. Tal apreciación, en primera instancia, plantea una cuestión preliminar: ¿la ausencia del “punto en raya” en los lugares citados debemos entenderla como un hecho aleatorio (atribuible sólo al mínimo porcentaje con que esta especie hace acto de presencia en los conjuntos cerámicos de la época; lo que dificultaría su hallazgo y, al tiempo, justificaría su ausencia de determinados conjuntos) o, por el contrario, responde a algo más trascendente, por revestir algún significado desde un

punto de vista cultural? Al respecto, debemos manifestar que personalmente somos partícipes de esta última opinión sobre la base de una serie de consideraciones, a nuestro entender suficientemente contrastadas, que dan apoyo a tal hipótesis.

Un primer argumento en este sentido nos lo proporciona la propia amplitud de los conjuntos cerámicos procedentes tanto de los yacimientos carentes de Boquique, cuanto de aquellos otros de los arriba citados en que tal especie sí está presente. En efecto, pensamos, que los conjuntos cerámicos de buena parte de estos lugares configuran una base empírica suficientemente significativa¹³⁹ como para constituirse en un más que aceptable reflejo de lo que debió ser el repertorio decorativo elaborado por el grupo humano que habitó en cada uno de ellos. En consonancia con dicha observación, y a falta de mejores pruebas que contradigan nuestro supuesto, entendemos debe asumirse como algo probable que en este amplio sector del Duero medio se desarrollaron estaciones con un contexto cerámico de claro fondo Protocogotas en las que, indistintamente, puede comparecer o no el “punto en raya”. Constatado este hecho, el siguiente paso, en buena lógica, debería intentar buscar una justificación para dicha dicotomía. Al respecto, en principio, sólo caben dos hipótesis: o bien reviste significado cronológico o, en su defecto, es expresión de la existencia, dentro de un amplio y genérico estilo cerámico Protocogotas, de diferentes “facies” de alcance local.

En principio, y aunque es evidente que en el marco de la cuenca del Duero durante este periodo se advierten comportamientos cerámicos diferenciados (tal y como ha quedado patente, por ejemplo, en las páginas dedicadas a las decoraciones incisas del momento Protocogotas), no creemos verosímil que algo semejante pueda acontecer sólo a una escala estrictamente local; y mucho menos en áreas reducidas del centro y oeste meseteño donde vemos como aparecen, prácticamente superpuestos sobre los mismos territorios, yacimientos arqueológicos que

¹³⁹ Haciendo una breve recapitulación de los datos obtenidos en las estaciones Protocogotas situadas fuera del ámbito de nuestro estudio diremos que en Puente Viejo se excavaron un total de 9 “hoyos” en cuyo interior, a lo expresado por el autor (González-Tablas Sastre, F. J. 1984-1985: 267), cabe aventurar se hallaron, al menos, un par de miles de fragmentos cerámicos (por ejemplo, se cita que tan sólo en una de las cubetas –la n.º 1– fueron recogidos cerca de 300 fragmentos cerámicos), de los cuales una quinta parte corresponden a vasos decorados, entre los que no aparecieron las especies de Boquique. Algo muy similar cabe decir respecto a El Cogote, enclave éste en el que fueron exhumados un total de 11 fosas, en cuyo interior fueron recuperados más de un millar de fragmentos cerámicos, de los cuales, más de un centenar aparecían decorados (Caballero, J., Porres, F., y Salazar, A. 1993). Por último, decir que en el Sector 1 de La Huelga de Dueñas (Misiego Tejada, J. C., Pérez Rodríguez, F. J., Sanz García, F. J., Marcos Contreras, G. J., y Martín Carbajo, M. A. 1992) se realizó una intervención arqueológica que afectó a un área de 6.050 m², resultado de lo cual fue la exhumación de un total de 96 estructuras –92 hoyos/silos y 4 agujeros de poste–. Aunque en la publicación no se comenta, sabemos que durante las labores desarrolladas en el lugar comparecieron varios miles de fragmentos, una alta proporción de los cuales aparecían decoradas. Sobre estos vasos, de nuevo, las únicas técnicas decorativas empleadas son la incisión y, en menor número, la impresión.

muestran ciertas diferencias en sus usos decorativos¹⁴⁰. Es por todo ello que, personalmente, nos decantamos por la primera de las opciones: esto es aquella que supone que la presencia del Boquique en la zona que nos ocupa tuvo, cuando menos, un significado cronológico. Siguiendo con este discurso, en buena lógica, sería obligado intentar fijar la posición cronológica relativa de cada uno de tales conjuntos. En este sentido, diremos que sería difícilmente justificable el que los contextos de los que está ausente el Boquique fueran posteriores a aquellos otros en que sí está presente dicha especie; máxime cuando no hace falta decir que esta técnica ornamental constituye uno de los elementos más significativos, desde el punto de vista decorativo, de la plenitud cogotiana, momento cultural cuyo proceso de gestación, a la postre, sólo puede entenderse como la prolongación natural de Protocogotas.

Este significado cronológico que, a nuestro entender, reclama la presencia de motivos realizados en Boquique en determinados contextos encuentra apoyo, a falta de otros mejores (por ejemplo, unas buenas estratigrafías en yacimientos de la zona que contribuyan a certificar tal suposición), en la detección en dichos contextos de determinados comportamientos cerámicos que traslucen y contribuyen a reafirmar ese carácter tardío/evolucionado que, con respecto a las estaciones en que el “punto en raya” está ausente, atribuimos a dichos yacimientos (Rodríguez Marcos, J. A., y Abarquero Moras, F. J. 1994: 51-54).

Por desgracia nuestro propósito encuentra el impedimento derivado del hecho de que los contextos de evidente “sabor” Protocogotas en los que también comparece el Boquique, y que arriba se citan, carecen de una aproximación cronológica firme, ya que ninguno de ellos ha sido datado con C-14. Empero, cabe apuntar que puesto que las dataciones obtenidas en yacimientos como La Plaza han sido obtenidas en un lugar que no depara el hallazgo de ningún fragmento con esta decoración, y habida cuenta del espacio temporal que debió transcurrir entre el desarrollo de un contexto como el representado en dicho enclave y aquellos otros que, como el localizado en El Cementerio-El Prado, si cuentan con una mínima presencia de “punto en raya”, es lógico suponer un lógico desfase cronológico entre las dataciones de finales del s. XIV a. C. obtenidas en La Plaza y aquellas en que se produjo la definitiva implantación de dicha especie decorativa en la zona. En

este mismo sentido, también nos parece sumamente interesante recordar aquí la fecha que aporta un yacimiento próximo a La Ribera: La Fuente de Boecillo; no en vano, como ya ha sido apuntado a lo largo de las páginas anteriores, se trata de un enclave en que sobre un fondo decorativo de clara raíz Protocogotas comparece un más que significativo número de barros decorados con “punto en raya” que el radiocarbono sitúa en el último tercio del s. XIII a. C. Tomando estos datos como apoyo, podemos concluir, por tanto, que el empleo del Boquique como elemento decorativo en los yacimientos de nuestro ámbito se produce en algún momento a caballo entre los siglos XIV y XIII a. C., según cronología convencional.

Conocidos estos datos, nos ha parecido factible utilizar la presencia del Boquique en los yacimientos de la zona como un marcador cronológico de indudable valor. En efecto, hemos considerado su presencia en nuestros enclaves como un buen indicador del inicio del periodo que hemos dado en denominar Bronce Tardío Final. Entendemos que, si bien dicha actitud pudiera ser perfectamente cuestionable pues, como apunta Fernández-Posse, deben ser otros los factores (tipos de asentamientos, ocupación y explotación del territorio,...), “más que la preferencia por unas u otras decoraciones...” los determinantes “a la hora de construir una secuencia” (Fernández-Posse, M.^a D. 1998: 96-97), se da el caso de que es precisamente en coincidencia con la comparecencia del “punto en raya”, cuando se advierten una serie de transformaciones en los yacimientos de la zona (entre otras de tipo poblacional, tal y como se expresa en el apartado dedicado al análisis de la organización del territorio), sin duda de mucha mayor trascendencia para los pobladores de la época.

Muy posiblemente no deba buscarse relación entre ambas circunstancias; quizá deban ser entendidas como evidencia sólo de una serie de adquisiciones novedosas en un periodo ciertamente cambiante. Con todo, nos parece interesante poder utilizar la presencia del Boquique en la zona como muestra de las posibilidades que aún le quedan a la tipología como una herramienta de uso en Prehistoria.

Asumido que los conjuntos cerámicos Protocogotas, del Centro y Oeste de la cuenca del Duero, no contaron con cerámicas decoradas con técnica de Boquique nos vemos obligados a retomar la cuestión: ¿Hubo realmente comportamientos

¹⁴⁰ Este hecho resulta evidente en un área considerablemente reducida como la vallisoletana Ribera del Duero donde se presentan yacimientos con elenoc cerámicos de sabor Protocogotas (con y sin Boquique) muy cercanos (sirva señalar, por ejemplo, que entre El Cementerio-El Prado y La Plaza median apenas 9 km “a vuelo de pájaro”). Más evidente aún resulta esta proximidad en enclaves como La Huelga de Dueñas, donde entre el Sector 1, sin rastro de Boquique, y el 3, en que aparecen algunos fragmentos de tal especie, median sólo 250 m.

cerámicos diferenciados (en definitiva estilos) entre las cerámicas de los yacimientos del Centro y Oeste de la cuenca del Duero de una parte, y aquellos que se distribuyen por la zona Oriental y reborde montañoso, de otra? Para intentar solventar esta polémica debemos fijarnos en Los Tolmos de Caracena, un hábitat sin duda paralelizable al de los grupos Protocogotas de La Ribera del Duero, con un ambiente que el C-14 no vacila en situar en los mismos parámetros que las estaciones vallisoletanas y abulenses más antiguas (siglos XV-XIV a. C.), pero en el que, como en tantas ocasiones hemos repetido, han sido detectados algunos fragmentos ornados con la especie que nos ocupa. De aceptar, sin más, la veracidad del contexto cerámico representado en el enclave soriano estaríamos asumiendo una respuesta afirmativa para la cuestión anterior; lo que, al tiempo, nos llevaría a sugerir que el reciclamiento del Boquique (a partir del “punto en raya” de la cerámica de las cuevas) pudo fraguarse en este espacio del oriente meseteño, desde donde más tarde desbordaría al centro y oeste de la cuenca. Determinados detalles: la correspondencia de ciertos boquiques del valle del Ebro y Cataluña al Bronce Antiguo (Maya González, J. L., y Petit i Mendizabal, M. A. 1986: 49-71), podrían constituirse en el antecedente del punto y raya del oriente meseteño y avalarían en cierta medida el planteamiento anterior. No obstante creemos haber detectado una serie de referencias que plantean dudas, a nuestro entender razonables, para la aceptación sin reparos de cuanto aquí se apunta. Tales evidencias creemos apreciarlas en las propias cerámicas del, tantas veces citado, yacimiento de Caracena y en determinados datos apreciables en algún yacimiento significativo situado fuera de la cuenca del Duero.

En lo relativo al primero de los apartados arriba citados, decir que si bien es claro que el arranque del poblamiento de Los Tolmos se remonta al siglo XV, los materiales cerámicos decorados

con Boquique muestran ciertos rasgos que permiten pensar que pudieran no ser de tales fechas y corresponder, por contra, a ocupaciones algo posteriores, de la plenitud cogotiana. Así lo sugiere, primero, el que tales especies, *curiosamente*, procedan en su mayor parte de prospección superficial; el que en su totalidad corresponden a vasos tipológicamente más evolucionados que las cazuelas carenadas de fondo convexo propias del momento Protocogotas¹⁴¹; o que, por último, tales recipientes, tal vez significativamente, se asocian a las fechas C-14 más modernas del yacimiento, de hacia el 1200 a.C.

Un nuevo apoyo para cuanto se apunta en el párrafo anterior nos lo proporciona, entendemos, el análisis del contexto representado en una estación arqueológica situada fuera de la Meseta; más en concreto en el alto valle del Ebro: nos referimos, en concreto, a Moncín (Borja, Zaragoza) (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994). En esta interesantísima estación arqueológica se ha conseguido confeccionar una secuencia cultural relativa al “Eneolítico Tardío” y la Edad del Bronce del valle medio del Ebro. Dicha sucesión, en resumidas cuentas, se compone de una primera fase de ocupación en que se documentan diversos tipos de cerámica campaniforme; le sigue otra definida por la presencia de cerámica de estilo Arbolí; finalmente se identifican diversos contextos y estructuras caracterizados por la presencia de cerámicas Cogotas I. En función de la tipología y de la sintaxis compositiva de los recipientes de estas características se ha podido establecer un claro paralelo entre estas piezas y las que comparecen en los yacimientos meseteños de la órbita Cogotas I; paralelo esgrimido para reivindicar que la presencia de tales especies en el valle del Ebro deriva de la arribada a este territorio, desde la Meseta, de materiales de dicha cultura desde la primera etapa de su desarrollo (fase Protocogotas I¹⁴²). Dicha hipótesis cobra indudable atractivo ahora para nosotros al permitirnos comprobar

¹⁴¹ Una revisión de las láminas que aparecen en las publicaciones donde se recogen los distintos trabajos practicados en este lugar permite advertir con claridad que los perfiles de las formas ornadas con Boquique son bien distintos de los que llevan decoración incisa e impresa. Destaca la falta de platos o fuentes entre los recipientes con decoración de “punto en raya”; sustituidas por formas que incluyen vasos carenados troncocónicos, bicónicos, y algunas tacitas de carena baja que encuentran sus mejores paralelos no tanto en yacimientos del Bronce Medio de la cuenca del Duero como en lugares claros de la plenitud cogotiana. Prueba de cuanto decimos la tenemos al observar que entre los perfiles, mínimamente reconocibles, decorados con esta especie que se recogen en Los Tolmos encontramos algunos que, como la pieza n° 1421 tiene un inmejorable paralelo, por ejemplo, en la n° 8 de la Fig. 10 de San Román de Hornija. En este mismo enclave tan representativo de la plenitud cogotiana se recogen un buen número de piezas que, agrupadas bajo la denominación de escudillas de fondo plano, constituyen uno de los elementos más representativos, sin duda, del horizonte representado en La Requejada y en otros muchos lugares meseteños contemporáneos. De hecho, si exceptuamos una pieza exclusiva recuperada en Caracena –n.° 1433–, no tienen reflejo en ninguno de los yacimientos Protocogotas más representativos de la Meseta, donde son exclusivos de las estaciones con predominio de los vasos troncocónicos evolucionados y abigarradas decoraciones excisas y de Boquique, esto es, además de San Román, las de Sanchorreja, El Berrueco, el Arenero de Los Vascos, o los asentamientos de Carpio Bernardo.

¹⁴² Al respecto ver por ejemplo: Hernández Vera, J. A. 1982: 75-76.

que el tipo de cerámica protagonista de los primeros momentos de la *intrusión* cogotiana en Moncín se caracteriza tanto por un predominio absoluto de las técnicas de incisión e impresión y de motivos como espigas y zigzags, como por la nula presencia de *punto en raya*; especie ésta que, por cierto, sólo alcanza cierta popularidad en el enclave a partir de un momento avanzado de esta fase (Fase IIA / Bronce Tardío). A partir de esta observación se impone una nueva duda, a nuestro entender bastante contundente, sobre la supuesta antigüedad de las decoraciones de Boquique en yacimientos que, como Los Tolmos, se distribuyen por el oriente de la cuenca del Duero. En efecto, si asumimos que existió una influencia de los contextos Cogotas propios de esta zona en el sector altoaragonés durante el Bronce Medio, y si admitimos, como defiende Jimeno, que el “punto en raya” en el oriente meseteño corresponde a un momento inicial del complejo Protocogotas, parecería lógico que las cerámicas incisas e impresas deberían ir acompañadas por temas de Boquique desde el preciso instante en que hacen su irrupción en el territorio aragonés. La posible explicación para la ausencia de estas especies en el momento temprano de la expansión hacia el este de las cerámicas Protocogotas pudiera radicar en la idea, expresada más arriba, de que el punto en raya quizá tampoco sea propio de los primeros instantes del mundo de Cogotas I en el oriente de la Meseta Norte. De ser así concluiríamos, primero, que las diferencias estilísticas entre las cerámicas del formativo Protocogotas del este y centro de la Meseta, en este aspecto, serían más aparentes que reales; así mismo, en segundo término, deberíamos asumir que la presencia de Boquique en los contextos de este momento es un elemento que aporta un dato cronológico.

En rigor, entendemos que estos son los términos en que pueden plantearse el problema en la actualidad: sin, por descontado, soluciones definitivas, ni tan siquiera un nivel de respuesta aceptable. Empero, ello no será obstáculo para que por nuestra parte sigamos proclamando que el Boquique es, por encima de su oscuro origen y gestación (algo en lo que aquí no hemos querido entrar), una técnica propia del repertorio cerámico del momento de la plenitud Cogotas I, no generalizándose antes del siglo XIII a. C.

Para cerrar este capítulo referido al Boquique queremos apuntar que dicha especie decorativa está presente en La Ribera del Duero en los yacimientos de todo este periodo, compareciendo siempre de manera secundaria, respecto a la técnica incisa. Tampoco debemos pensar que en todos los yacimientos ribereños considerados del Bronce Tardío Final comparece esta técnica en proporción semejante; baste recordar que en un inicio, representado en nuestro sector por el yacimiento de El Cementerio-El Prado sus valores rondan porcentajes de no más del 1'33%. A partir de un determinado

momento significado en nuestro entorno por un enclave como Fuente de Boecillo (datado en el siglo XIII a. C.), se refleja sobre porcentajes superiores al 20% de los barros decorados; porcentaje que habrá de mantenerse, con posterioridad, sin grandes variaciones en los yacimientos que como El Gurugú o La Requejada significan momentos sucesivos del desarrollo del periodo.

En otro sentido, señalar que tal y como se ha expuesto en alguna ocasión más arriba, en lo concerniente a los motivos elaborados con Boquique, debemos decir que no encontramos en nuestros hábitats detalles, que podrían significar particularismos locales claros en el empleo de esta técnica, cuando menos dentro de la Meseta. De hecho, si ahora nos detenemos muy brevemente en los ocho motivos por nosotros identificados vemos que en poco o nada contradicen la unidad cerámica cogotiana; no en vano percibimos que encuentran inmejorables réplicas en yacimientos propios y característicos de los distintos momentos del desarrollo de Cogotas I. En concreto los motivos B1a y B3, siempre compareciendo en corto número, esquemas simples y poco abigarrados, pueden resultar buenos indicadores de una manifiesta antigüedad dentro de este periodo. Así lo evidencia su aparición, en las citadas condiciones, tanto en lugares que consideramos coetáneos del inicio de este periodo –El Cementerio-El Prado y el Soto de Tovilla I, etc.–, como en aquellos otros propios de un momento algo más avanzado, esto es sincrónicos de Fuente de Boecillo. Nos estamos refiriendo a contextos meseteños, como los representados en La Macañorra en Geria (Arranz Mínguez, J. A., Gómez Pérez, A., Sánchez Simón, M., y Bellido Blanco, A. 1993: Fig. 9, 12, y 14.), La Huelga en Dueñas (Misiego Tejeda, J. C., Pérez Rodríguez, F. J., Sanz García, F. J., Marcos Contreras, G. J., y Martín Carbajo, M. A. 1992; Pérez Rodríguez, F. J., Misiego Tejeda, J. C., Sanz García, F. J., Marcos Contreras, G. J., Martín Carbajo, M. A., y Fernández Giménez, J. M.^a 1994), Las Empedradas en Fuentecén (Palomino Lázaro, A. L., y Rodríguez Marcos, J. A. 1994) y El Teso del Cuerno en Forfoleda (Martín Benito, J. I., y Jiménez González, M. C. 1988-1989: 263-281).

Por su parte, el grueso de los motivos presentes en nuestra clasificación resulta poco significativo desde un punto de vista cronológico. En efecto, temas como B1b, B3, B4 y B5, se pueden rastrear, en general, en lugares cuyo desarrollo coincide con lo que Fernández-Posse denominó las fases Media y Avanzada de Cogotas I (Fernández-Posse, M.^a D. 1986: 481-482; Figs. 1, 2, 3 y 4), y, en efecto, estos temas pueden verse, en proporciones variables, en los contextos representados en múltiples yacimientos, tanto de la Meseta norte como de la sur, que datan de las etapas anteriormente citadas. Al respecto, baste decir que los temas apuntados que nosotros

encontramos, indistintamente y con las particularidades propias de cada caso, en yacimientos como Fuente de Boecillo, El Gurugú o La Requejada, cuyas cronologías, en líneas generales, cubren dicho período. Dichos modelos decorativos pueden rastrearse en múltiples lugares de la Meseta Norte, incluyendo algunos tan representativos de la plenitud de Cogotas I como Cancho Enamorado en El Berrueco, Sanchorreja, o la Mesa de Carpio. Lugares como El Negrалеjo (Rivas-Vaciamadrid, Madrid) (Blasco Bosqued, M.^a C. 1983), Arenero de Soto (Getafe, Madrid) (Martínez Navarrete, M.^a I. y Méndez Madariaga, A. 1983), Perales del Río (Getafe, Madrid) (Blasco Bosqued, M.^a C., Calle, J., y Sánchez-Capilla Arroyo, M.^a L. 1991) y el Cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid) (Almagro Gorbea, M., y Fernández Galiano, D. 1980), nos ofrecen una muestra de la presencia de esta clase de temas en diversos yacimientos de la cuenca del Tajo.

En cualquier caso, algunos temas de Boquique tienen mayor significación, la cual radica en el valor que tienen como marcador cronológico. Así, si ahora nos detenemos muy brevemente en los motivos identificados vemos que algunos, caso de B5 –líneas de Boquique y zonas punteadas–, que en nuestro entorno sólo hemos podido identificar en El Gurugú, tienen buenas réplicas en yacimientos, como Cancho Enamorado en El Berrueco, Km. 7 dcha. de la carretera a San Martín de la Vega (Martínez Navarrete, M.^a I. y Méndez Madariaga, A. 1983: Fig. 14. 26) o en algunos de los hoyos de Areneros de Manzanares, representativos de lo que serían los inicios de la fase Media o de plenitud de Cogotas I, momento en el que, tal y como veremos en el apartado correspondiente a las decoraciones impresas, resultan un motivo sumamente repetido las zonas punteadas acompañadas o no de líneas de Boquique.

Por su parte, el motivo B1b nos parece un buen indicador de una relativa modernidad dentro del periodo, como manifiesta su aparición, aparte en el yacimiento de La Requejada, en los silos del Barrio de San Pedro Regalado o, por citar algún enclave significativo, en un contexto como el representado en el controvertido nivel V de Sanchorreja junto a cerámicas pintadas de tipo Carambolo, lo que hablaría de perduraciones hasta el siglo VII a. C. (González-Tablas Sastre, F. J. 1986-1987: 50-52). Algo semejante podemos decir de los motivos configurados con triángulos rellenos de líneas horizontales de Boquique, los cuales, además de en La Requejada se constatan en otros yacimientos próximos a La Ribera como La Monja (Aguasal, Valladolid) y La Pencona (Aguilafuente, Segovia) (García-Gelabert, M. P., y Morére, N. 1984: 158; Fig. 5. 3). Según recogen Quintana y Cruz en ambos casos su aparición se da junto con cerámicas de Soto antiguo, lo que se entiende como un buen indicador de la relativa modernidad comentada de estos temas, sobre un fragmento de la Mesa de Carpio

y en una urna bicónica inédita de esta mismo yacimiento. A la vista de los paralelos comentados no sería difícil catalogar los temas aquí comentados como propios de los siglos X-IX a. C. (XI-X A. C. en cronología calibrada), en consonancia, por un lado, con el resto de las estaciones tardías de la Meseta, las cuales incluso se han llegado a situar en el siglo VII a. C. a partir de los niveles de Los Castillejos en Sanchorreja.

C.1. Decoración impresa (C)

En resumidas cuentas, los caracteres técnicos que distinguen a estas modalidades decorativas, siguen las pautas marcadas en el periodo precedente. En efecto, se siguen utilizando, preferentemente, punzones y matrices de material óseo y vegetal, así como los dedos y uñas de los propios ceramistas. No se aprecian entre las realizaciones con esta técnica motivos de excesiva profundidad, aunque a veces se consigue desplazar el suficiente volumen de pasta como para que se confunda con la excisión. Los motivos más habituales son los siguientes:

Impresiones continuas

- **C1. Acanalados (Fig. 204).** Sólo en un par de lugares –El Gurugú (Fig. 151. 2) y La Requejada (Fig. 11. 6; 17. 2)– encontramos cerámicas con esta clase de decoración –las más de las veces de se trata de simples líneas paralelas horizontales o verticales que no forman un motivo definido; en un único caso es posible apreciar un tema metopado que alterna con espacios lisos y, enmarcado entre bandas de retícula incisa, discurre bajo la carena de un vaso troncocónico–. Los motivos apuntados, cuya factura, por cierto, no guarda relación alguna con los acanalados detectados en yacimientos del Bronce Medio, están confeccionadas con trazos poco profundos y no excesivamente anchos, realizados con instrumentos rematados en un extremo romo (de perfil en “U”), que pensamos deben ser considerados en un apartado distinto al de la incisión, sobre todo, porque los resultados finales de ambos serían relativamente distintos. Aunque se trata de una fórmula muy poco importante desde el punto de vista cuantitativo, entendemos que su mera presencia puede tener cierto interés cronológicamente hablando; ya que, de hecho, la presente modalidad no comparece en conjuntos de los inicios de este horizonte cultural y, por el contrario, sí lo hace en los de la plenitud y el final del periodo, según se deduce de su presencia en los dos lugares citados. Fuera de nuestro ámbito encontramos esta variante ornamental en lugares de cronología semejante a la que denotan los enclaves vallisoletanos; sirva señalar algún paralelo localizado en El Negrалеjo (Rivas-Vaciamadrid, Madrid) (Blasco Bosqued, M.^a C. 1983: 123). Algunos autores como A. Beltrán manifestaron que esta modalidad decorativa era propia

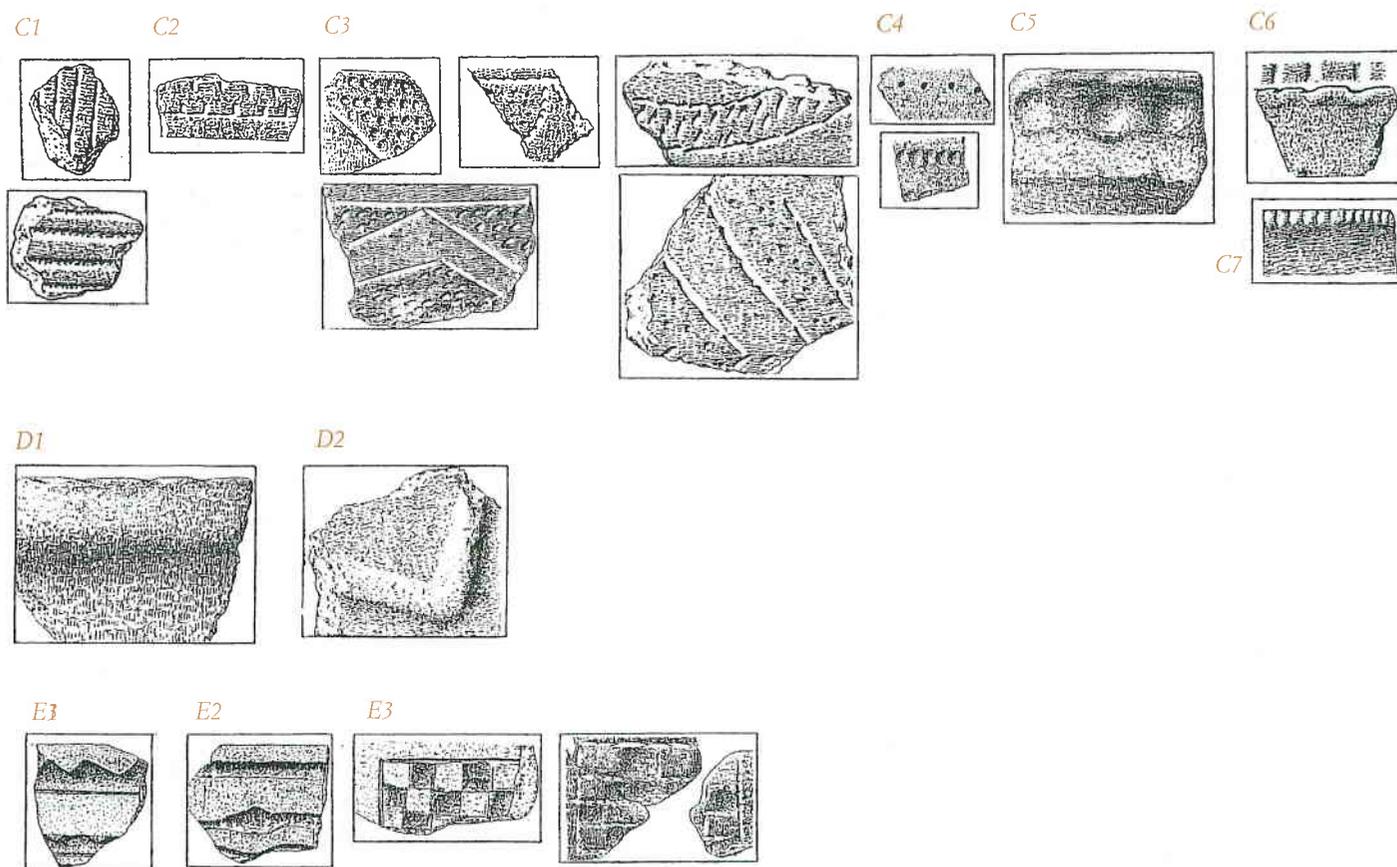


Fig. 204. Distintas técnicas y motivos identificados en la decoración cerámica del Bronce Tardío-Final en La Ribera del Duero de Valladolid.

(junto a la pintura y a la excisión) de ambientes hallstáticos, dentro ya de la I Edad del Hierro (Beltrán Martínez, A. 1960: 114). Si bien es cierto que en un momento determinado la presencia de esta técnica en nuestro ámbito, en efecto, debe guardar relación con la llegada de influencias del Valle del Ebro al centro de la cuenca del Duero, como así evidencian Quintana y Cruz al caracterizar la vajilla del Soto inicial en la provincia de Valladolid (Quintana López, J. y Cruz Sánchez, P. J. 1996), en el caso que aquí nos ocupa, la existencia de este tipo de surcos en las cerámicas de Cogotas I puede entenderse, simplemente, como una mera variante de las técnicas de incisión, que no llega a desarrollarse como sistema ornamental con personalidad propia.

C.2. Impresiones discontinuas (Fig. 204)

- **C2.** Franja con impresiones zigzagueantes a base de profundos hoyitos impresos alternos o de pequeñas impresiones triangulares en semejante disposición, dispuestos en dos líneas paralelas, a los que en ocasiones también se designa “cordones pseudoexcisos”. Se documentan en dos yacimientos: El Gurugú (Fig. 152. 4; 149 y 170) y La Requejada (Fig. 7. 3; 9. 3 y 8; 11. 13 etc.). En el primer caso su presencia es prácticamente anecdótica, en el segundo es mucho más común: el 29'1% de los temas impresos.
- **C3.** Impresiones de puntos –preferentemente de sección circular–, que rellenan con diversos “campos”, acotados mediante líneas confeccionadas con incisión o Boquique.

Dichos puntos, en nuestros yacimientos, se consiguen haciendo incidir un instrumento puntiagudo, de forma perpendicular, sobre el barro, aún fresco, que se pretende decorar. En los yacimientos de nuestra zona, la mayoría de los puntillados se han realizado con puntas muy finas y presionando muy ligeramente. Solo muy excepcionalmente estas puntuaciones pueden ser gruesas y profundas. A veces, el descuido con que se ha aplicado esta técnica hace que las puntuaciones no tengan sección circular, sino que se convierten en pequeños trazos alargados. Estos puntillados en unos casos se emplean para rellenar sectores triangulares, semicirculares, en otras; no faltan, por último, ejemplos en que los puntos impresos se distribuyen en estrechas bandas que rellenan el espacio comprendido entre dos ondas de Boquique. Se documentan en tres lugares: El Roble (Fig. 18. 8), Fuente de Boecillo (Fig. 176. 4) y El Gurugú (Fig. 143. 25 y 26; 150. 4 y 5; 152. 5, etc).

- **C4.** Línea horizontal de puntos impresos. La hayamos solamente en El Gurugú (Fig. 143. 24 y 27; 146. 4).
- **C5.** Impresiones dígito/unguladas que se distribuyen en forma de líneas horizontales; bien configurando una serie de impresiones aislada, bien formando una tupida serie de líneas paralelas que, en este caso, ocupan la práctica totalidad de la superficie de ciertos vasos. Del primero de los motivos conocemos un único ejemplo procedente de Fuente de Boecillo (Fig. 185. 3); del segundo se registran diversos ejemplos hallados sólo en La Requejada de San Román de Hornija (Fig. 19. 1 a 5).
- **C6.** Impresiones digitales en el labio. A semejanza del Bronce Medio adquieren escasa profundidad, sin llegar a modificar la línea del borde. Es, sin duda, el motivo más corriente, pues se documenta en el 70% de las localizaciones de la época. En ningún caso comparece sobre lotes cerámicos muy abundantes.
- **C7.** Impresión de instrumento en el labio. Se documenta en 6 lugares: El Cementerio-El Prado, El Roble, Fuente de Boecillo, Soto de Tovilla I, El Gurugú, La Requejada.

Los **cordones pseudoexcisos**, como es bien sabido, son comunes en el valle del Duero en las cerámicas de Ciempozuelos. Su presencia en la alfarería de los yacimientos de esta época podría interpretarse, en buena lógica, como expresión de la continuidad entre ambos mundos. No obstante, nos encontramos con que esta clase de temas constituyen un rasgo muy frecuente en la vajilla decorada de San Román de Hornija –también de otros muchos lugares de los momentos avanzados de la plenitud de Cogotas I (advertimos igualmente su presencia en El Berrueco, Carpio Bernardo, Ecce Homo, S. Pedro Regalado, La Pencona, etc.)–, y algo menos en los ini-

cios de dicha plenitud (así lo demuestra su escasez en lugares como La Fuente de Boecillo y/o El Gurugú), no se encuentran en los yacimientos del momento Protocogotas, ni en los que significan el preámbulo del Bronce Tardío Final de nuestro sector. Esta circunstancia nos lleva a considerar que lo que en principio se interpretó como simple y natural herencia ha adquirido tintes de “revival”, o de regreso a patrones en gran medida perdidos y que regresan, cual misterioso Guadiana, tras varios siglos de silencio.

Dígito-ungulaciones como las constatadas en La Requejada, que no tienen parangón en las estaciones cogotianas más precoces de la zona, se encuentran representadas en contextos del Bronce Tardío más avanzado y Final, caso de La Cuesta del Negro de Purullena, El Negralejo, Ecce Homo, Perales del Río (Blasco Bosqued, M.^a C., Calle Pardo, J., y Sánchez-Capilla Arroyo, M.^a L. 1991: Fig. 1991. 80), etc., de diversos ámbitos peninsulares. De igual modo, se encuentran también representadas en el yacimiento vallisoletano de Cotarra Brazuelas II de Alcazarén o en el segoviano de La Pencona de Aguilafuente (García-Gelabert, M. P., y Morére, N. 1984: 160; Fig. 8. 5) junto con cerámicas de tipo Soto antiguo, la forma de aplicación parece acercarse a ciertas vasijas de Pico Buitre con la misma técnica, en un ambiente de transición Bronce-Hierro de la Submeseta sur (Crespo Cano, M.^a L. 1992: 58; Fig. 4. 2) muy semejante al que se documenta para esta misma época en tierras vallisoletanas.

Respecto a las **zonas punteadas** o “puntillados”, que integran nuestro motivo C3, tradicionalmente se consideran como un elemento propio y sumamente representativo de la fase “intermedia” o de plenitud de Cogotas I (Fernández-Posse, M.^a D. 1986: 481 y 484). Nuestras apreciaciones en el sector no hacen sino confirmar esta idea, pues aparecen siempre en recipientes de cerámica recuperados en yacimientos que datan de dicho periodo. En efecto, vemos como esta clase de temas hacen acto de presencia por vez primera en el periodo, en proporción mínima –apenas un 1’61%–, en un lugar que, como Fuente de Boecillo, data del s. XIII a. C. En lugares de cronología algo más avanzada, caso de El Gurugú, la presencia de las zonas punteadas alcanzará su punto álgido, estando presentes sobre el 14’05% del total de cerámicas decoradas aparecidas en excavación. En proporciones muy semejantes los encontramos en lugares como El Negralejo –el 13% de los fragmentos con decoración–. De igual modo, nuestras observaciones vienen a confirmar las que, sobre el momento del Horizonte Cogotas I en que comienza a emplearse esta técnica, emitiera Blasco Bosqued. La autora apuntaba que “parece que su presencia coincide con la de la técnica de Boquique, ya que falta en todos los yacimientos donde no aparece este sistema decorativo”.

Las que integran este apartado son, sin lugar a dudas, un tipo de decoraciones del todo excepcionales en este periodo. De hecho, apenas un par de fragmentos ostentan esta clase de motivos en el conjunto de los enclaves de La Ribera (Fuente de Boecillo y El Roble). Los ejemplos de aplicación plástica antedichos consisten en la colocación de cordones o tiras de barro sobre fragmentos de recipiente de notable grosor. En un caso localizado en Fuente de Boecillo una de estas tiras (D1), cual si fuera una moldura, discurre paralela al labio y es totalmente lisa (Fig. 179. 3); en un ejemplar más, recuperado en El Roble (Fig. 20. 15) se ha dispuesto una tira lisa, en forma de ángulo, que se integraría en un motivo indeterminado (D2).

E.1. Excisión (E) (Fig. 204)

Consiste en la extracción de ciertas porciones de barro que, por contraste, dejan zonas de decoración en relieve. Señalar que la extracción de la pasta en nuestras cerámicas se hace normalmente con una falta de cuidado y de limpieza, que parece muy propia de las excisiones de grupo meseteño y que, de hecho, le dotan de personalidad frente a otras variedades de cerámicas excisas no Cogotas I previas a la plenitud del Bronce Final que se conocen en la Península Ibérica. El efecto final del conjunto pudo ser muy diferente ya que, al igual que la impresión y la incisión, era susceptible de recibir incrustación de algún tipo de “pasta” que resaltaría sobre el color de la cerámica, respondiendo así a un mismo efecto estético que los otros métodos decorativos empleados más frecuentemente. A pesar de que, con frecuencia, se la ha considerado como una técnica muy característica de los conjuntos del horizonte Cogotas I, su presencia en los yacimientos de La Ribera es muy dispar: en algunos de los lugares controlados no hemos encontrado ningún fragmento, en otros sólo uno y de pequeño tamaño, en otros, por último, el número de barros excisos es significativo, todo lo cual puede llevarnos a conclusiones cronológicas importantes. En las estaciones de la época en que hemos reconocido la presencia de la excisión los motivos más significativos se recogen en la siguiente lista:

Excisión continua

- **E1.** Banda de triángulos excisos, con el vértice hacia arriba, discurrendo en paralelo bajo el borde. Se asocia con una banda fina horizontal también exciso. Aparece únicamente en Soto de Tovilla II (Tudela de Duero) (Fig. 11. 1).
- **E1a.** Triángulos excisos con el vértice hacia arriba, entre triángulos en relieve. Varias bandas de este motivo, separadas entre sí por finas líneas de Boquique, se superponen a una onda de esta misma técnica. Este motivo comparece sobre de un vaso de perfil aparentemente bicónico de La

Requejada. La pieza en cuestión, por cierto, carece de adscripción crono-estratigráfica al haber sido hallada sobre la superficie del yacimiento (Fig. 16. 2).

- **E1b.** Amplias zonas excisas rectangulares que suelen alternar con otras en resalte, tanto horizontales como verticales. Se acompañan de diversos motivos, incisos o de Boquique, de encuadre. Hay diversas muestras de esta temática y todas ellas han sido identificadas en La Requejada. Se diferencia del anterior por una mayor tosquedad en la ejecución y la disposición del motivo. En algunos casos esta decoración excisa se distribuye en ajedrezado, en radios que emanan del fondo de la vasija hasta la carena de algunos vasos troncocónicos (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: Fig. 12. 2 y 16. 1). En otro caso dibuja un amplio friso que discurre sobre la carena de un vaso troncocónico (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: Fig. 13. 2).
- **E2.** Zigzag en resalte obtenido a partir de mordidos triangulares excisos contrapuestos. Aparece en Soto de Tovilla II (Fig. 11. 2) y La Requejada. En el primer caso el motivo se desarrolla bajo una banda fina horizontal también excisa. En el segundo los ejemplos son múltiples, apareciendo bajo el borde (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: Fig. 14. 3), sobre la carena (Idem: Fig. 10. 7; 11. 1 y 3), el cuello (Idem: Fig. 11. 12) y el cuerpo inferior (Idem: Fig. 12. 6; 14. 1) de diversos recipientes.

Excisión discontinua

- **E3.** Ajedrezados excisos, delimitados por líneas estrechas de incisión y/o Boquique, en el que aparecen cuadrados alternativamente excisos y en relieve. Los vemos en El Gurugú, el Soto de Tovilla II y La Requejada. En el primero de los casos se trata de un único fragmento recuperado en prospección. Se acompaña con un motivo en que aparecen círculos concéntricos confeccionados en Boquique (Fig. 152. 9). En el segundo (Fig. 11. 3), también un único ejemplar identificado, es muy semejante al anterior tanto en la ejecución como en el tamaño del motivo. La diferencia radica en que aquel ha sido dibujado con líneas de Boquique y este con incisiones. En San Román de Hornija se localizan un par de daderos, uno de los cuales se asocia a un fragmento de jarra (Fig. 9. 2), en tanto que el otro decora un vasito de nuestra Forma 10B (Fig. 10. 8).

No pretendemos a entrar ahora a considerar en extenso aspectos que, como la cronología y/o el origen de esta peculiar técnica decorativa en el centro peninsular, ya

han sido ampliamente debatidos en buen número de trabajos de muy diferente índole¹⁴³. Tampoco efectuaremos un relato prolijo de su distribución en nuestra zona; no en vano, a tal fin podemos servirnos del mapa elaborado por Quintana y Cruz; en el cual, a nuestro entender, queda bien patente la distribución y el contexto geográfico en que se inscriben los hallazgos de cerámicas excisas Cogotas I de La Rivera del Duero y de éstas en el seno de la provincia de Valladolid (Quintana López, J. y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Fig. 1 y 2).

Como ya quedó dicho no pretendemos debatir sobre cuál de las teorías mantenidas por los prehistoriadores que pretenden explicar el origen de las excisas Cogotas I tiene mayores visos de verosimilitud¹⁴⁴. Por ahora, nos conformamos con intentar acotar aspectos que tienen que ver con desentrañar cuál fue el momento en que las excisiones entran a formar parte de los repertorios ornamentísticos de las comunidades del Bronce Tardío Final ribereño, o con intentar plasmar, siquiera de forma somera, la dispar importancia que tuvo la utilización de esta especie decorativa durante el transcurso del desarrollo de la citada cultura.

En lo concerniente al primero de los aspectos, comenzaremos por recordar que los mordidos excisos no comparecen en los ambientes del Bronce Medio del sector estudiado y de su entorno. Incluso, en los yacimientos atribuibles a los inicios del Bronce Tardío Final podemos constatar que tampoco hacen acto de presencia. *Item más*, en el depósito en hoyos de Fuente de Boecillo se fecha la total ausencia de estos motivos, en un contexto claro de Cogotas I, que el radiocarbono sitúa en 1220 ± 60 a. C. Nos parece interesante señalar que la fecha *post quem* que se insinúa para la aparición de la excisión en La Ribera vallisoletana no parece ser privativa de este sector meseteño. De hecho, algo semejante advertimos en algún otro ámbito de la cuenca del Duero; por ejemplo, conocemos que en el campo de hoyos de El Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca), que el radiocarbono sitúa, como en el caso anterior, a fines del s. XIII a.C.¹⁴⁵, también se encuentran del todo ausente la especie que nos ocupa.

En buena lógica, la falta de especies excisas en fechas anteriores a la citada resta verosimilitud a aquella idea tradicional que, de algún modo, relacionaba las excisiones de los ambientes Cogotas I y las pseudoexcisiones del mundo campaniforme. En este mismo sentido parece indicar el hecho de que la pseudoexcisión, de la que supuestamente tendría que derivar, consiste en una impresión que en su modo de ejecución nada tiene que ver con el método de extracción que es propio de las excisiones y, además, porque de haber sido así, parece lógico pensar que esta técnica tendría que haber comparecido en todos los yacimientos de este horizonte y en porcentajes muy similares durante el momento Protocogotas y los inicios del Bronce Tardío Final, extremo que no se confirma. Más bien, por contra, la realidad arqueológica del sector se muestra tozuda en demostrar que durante el primero de los periodos citados existen conjuntos donde las únicas técnicas decorativas empleadas son la incisión, la impresión de puntos creando trazos discontinuos y la aplicación plástica, en el segundo, aparece además el Boquique y el puntillado.

Yendo más lejos, creemos interesante apuntar que las variedades de cerámicas excisas no Cogotas I más próximas –al menos desde el punto de vista cronológico–, a las que hacen su aparición en pleno Bronce Tardío en los yacimientos cogotianos del valle del Duero, son aquellas cuyos caracteres responden a las de las excisas propias del grupo Duffaits. Cabe apuntar que, en efecto, junto al tantas veces citado vaso exciso de la soriana Cueva del Asno (Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., y Abarquero Moras, F. J. 2000) últimamente han aparecido diversas evidencias que, como es el caso de ciertos materiales identificados en la cueva de El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos) (Moral del Hoyo, S. 2002: Fig. 22 y Foto 12) y alguno más procedente de cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria) (Samaniego Bordiú, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: Fig. 91. 58), merecen esta atribución y, además, han sido interpretados como un elemento a añadir a algunos más que reflejan la existencia en la Meseta Norte de relaciones transpirenaicas en el tránsito entre el Bronce Medio y Tardío. En esta línea, los “inegables paralelos franceses” del vaso hallado en la cueva

¹⁴³ Al respecto podemos leer, por ejemplo –entre otros muchos trabajos–, cuanto se apunta en: Almagro Basch, M. 1939; Rincón Martínez, M.ª A. 1975; Molina González, F., y Arteaga Matute, O. 1976: 176-178; Jimeno Martínez, A. 1984: 125-129; Maya González, J. L. 1986: 103-113; Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., y Abarquero Moras, F. J. 2000: 97-130.

¹⁴⁴ Recordemos que la dialéctica fundamental se establece entre quienes piensan que esta técnica se introduce y populariza con la llegada de las gentes centroeuropeas, al filo del inicio del primer milenio o a fines del segundo, y quienes entienden que la excisión, en el caso concreto del Horizonte cultural de Cogotas I, es una técnica indígena. Al respecto ver: Molina González, F., y Arteaga Matute, O. 1976: 186.

¹⁴⁵ Comunicación personal de J. I. Martín Benito.

del Asno, invitan a Delibes, Romero y Abarquero a “recuperar la idea de un único telón de fondo para los primeros ejemplares excisos de toda Europa” que se inscribiría “en el marco de un amplio fenómeno de interacción cultural que afectó también a otros muchos aspectos de la cultura material”.

En nuestra opinión, en adelante habrá que valorar y tener en cuenta esta hipótesis para explicar la introducción de esta técnica dentro de los grupos Cogotas I de la Meseta; si bien, al tiempo, carecemos de argumentos suficientes para rechazar apriorísticamente que el sistema decorativo pudiera ser fruto de experiencias técnicas practicadas por los propios indígenas. A fuer de sinceros, debemos reconocer que ambas son tesis que de momento carecen de los apoyos firmes que permitan explicar el proceso a través del cual las cerámicas excisas hacen acto de presencia casi sincrónicamente en la Meseta española.

Por todo ello, en tanto aparecen nuevos datos que puedan ayudar a aclarar estos temas, creemos conveniente volver a las observaciones realizadas en el marco de La Ribera. Ya hemos apuntado que los mordidos excisos no hacen acto de presencia en nuestro territorio hasta finales del s. XIII a. C., siendo la última técnica incorporada a las cerámicas de estas gentes, como también lo demuestra el que mientras existen muchos ejemplares decorados con incisión, con Boquique, o con impresiones de otro tipo, cuando se emplea la excisión es, generalmente, para convivir con alguna o con todas estas técnicas dentro de un mismo recipiente.

En principio, al menos hasta donde lo que permite el estado actual de las investigaciones, podemos intentar reconstruir el proceso que siguió la implantación de la excisión Cogotas I en nuestro territorio. Primeramente, cabe advertir que esta técnica se presenta inicialmente en porcentajes mínimos. De hecho, los datos que proporciona El Gurugú, en un contexto que podemos considerar representativo del momento en que hace su primera aparición la excisión en nuestro sector, ponen de manifiesto que los mordidos excisos comparecen tan sólo sobre un par de fragmentos, o lo que es lo mismo sobre el 1'64% de los barros decorados presentes en el yacimiento.

Esta escasa incidencia que inicialmente vemos alcanza esta especie en la decoración de nuestros conjuntos cerámicos, según todos los indicios, no es exclusivo de los yacimientos Cogotas I de nuestro sector sino que es un hecho compartido por los de otros territorios meseteños. Un ejemplo en este sen-

tido nos lo ofrecen, por ejemplo, los enclaves de la cuenca del Manzanares. De hecho, podemos advertir como en lugares de este sector en que se ha practicado una excavación, caso de El Negralejo, la excisión también comparece en proporciones mínimas. En este enclave se ha hallado un único motivo exciso (Blasco Bosqued, M.^a C. 1983: 123), entre los cerca de doscientos fragmentos decorados -0'50%- en un contexto material, con múltiples correspondencias respecto al de nuestro yacimiento de Bocos de Duero, que los autores cifran entre finales del siglo XIII y la primera mitad del siglo XII a. C.; parámetros, a nuestro entender, muy convenientes para ubicar el enclave vallisoletano. La concomitancia apuntada se hace extensiva también a la temática empleada. Efectivamente, nos parece más que una mera coincidencia advertir que en ambos lugares comparecen motivos de tipo ajedrezado. Una temática que, por cierto, alcanzará notable pervivencia en la ornamentación de la alcallería Cogotas I¹⁴⁶.

Con posterioridad a las fechas apuntadas, la excisión, según citan autores como Fernández-Posse, se conservará escasa durante cierto tiempo, alcanzando su representación porcentajes inferiores al 4% y siempre reproduciendo motivos relativamente simples. Aunque, sin duda, algunos de los enclaves de nuestro sector pertenecen a esta etapa, lo cierto es que falta en él un yacimiento excavado, cuyos materiales puedan aportar datos fidedignos sobre estos momentos; no obstante, para hacernos una idea de lo que significó la presencia de la excisión en los yacimientos de este periodo podemos servirnos, dada la manifiesta homogeneidad que en este momento tiene la cultura material de los yacimientos cogotianos en la Meseta, de lo constatado en las excavaciones de enclaves de la cuenca del Tajo, como Arenero de Soto y Perales del Río. En el primer lugar la excisión está presente tan sólo sobre un 2'6% de los ejemplares decorados (Martínez Navarrete, M.^a I. y Méndez Madariaga, A. 1983: 217), en tanto que en el segundo la frecuencia es un poco mayor 3'6% (Blasco Bosqued, M.^a C., Calle, J., y Sánchez-Capilla Arroyo, M.^a L. 1991: 129). Los temas excisos, prácticamente coincidentes en ambos enclaves, se limitan a algunos simples surcos, “dientes de lobo”, zigzags y dameros excisos que pueden comparecer solos o asociados a otras técnicas y motivos. Las dataciones que, en opinión de los autores, merecen estos enclaves sitúan a grandes rasgos sus contextos arqueológicos hacia el cambio de Milenio aproximadamente.

¹⁴⁶ Así lo demuestra su empleo como adorno de recipientes de tipo jarra, que suelen ser llevadas a momentos tardíos de este mundo (Fernández Manzano, J., y Palomino Lázaro, A. L. 1991: 65 y 70; Fig. 3), o advertir, como sucede en el yacimiento conquense de La Hoya del Castillo, su comparecencia, en los niveles superiores de su secuencia, inmediatamente antes de la aparición en el lugar de las incisas de la Edad del Hierro (Ulreich, H., Negrete Martínez, M.A., y Puch Ramírez, E. 1994: 125-127; Fig. 8).

Es a partir de esta fecha, quizá un poco más tarde, coincidiendo con el momento en que se considera tiene inicio la etapa final de Cogotas I, cuando se entiende que las cerámicas decoradas pierden la homogeneidad de que hicieran gala durante la fase anterior –de plenitud– y es en este momento cuando proliferan determinados perfiles novedosos: jarras con asas de cinta, vasos bitroncocónicos, ciertas “urnas” que reproducen siluetas que han merecido el calificativo de “hallstáticas”, etc. En el capítulo concreto de las excisiones diremos que se entiende que es en este momento cuando comparece en número significativamente mayor y cuando, superando los sencillos esquemas anteriores, se extiende ahora sobre grandes zonas dibujando complicados diseños: series de mordidos triangulares contrapuestos, conjuntos de triángulos excisos con el vértice hacia arriba, dameros amplios, anillos, etc. De esta etapa, en la que tienen cabida la practica totalidad de los motivos excisos que han sido definidos en el listado que figura al inicio de este apartado, sí contamos en la provincia de Valladolid con alguna estación Cogotas I investigada a partir de una excavación que nos proporciona una muestra de la utilización que tienen en este momento concreto los mordidos excisos: nos referimos, principalmente, a la realizada en la estación arqueológica, aquí ya tantas veces referida, de La Requejada, donde el 18'8% de los motivos decorativos plasmados sobre los recipientes son elaborados con técnica excisa. En segundo término, podríamos aludir también a la practicada en otro yacimiento vallisoletano que, a nuestro entender, también puede ser considerado de este momento; nos referimos a los trabajos practicados en San Pedro Regalado que tienen el interés de apuntar –con todas las reservas que la naturaleza de la actuación arqueológica practicada en dicha estación añaden al dato– que esta técnica pudo tener una importancia incluso mayor; baste recordar que sobre los materiales publicados la excisa está representada sobre aproximadamente el 35% de los barros que ostentan decoración (Palol Salellas, P. de 1963). Este mayor uso de los mordidos excisos que ahora se percibe en los asentamientos de este momento, en opinión de Fernández-Posse, debe ponerse en relación que en esta época esta técnica comienza a ser “uno de los máximos exponentes de cultura” en el Sur de Francia y en el Valle del Ebro; lo que serviría de revulsivo para el empleo de una técnica ya conocida desde hace tiempo y aplicarla con mayor intensidad (Fernández-Posse, M.ª D. 1986: 484).

Para concluir este apartado diremos que el final de Cogotas I, tradicionalmente, viene siendo definido, en lo que concierne al apartado de su alquería, como una etapa que se distingue por su pérdida de unidad y por un marcado gusto por la excisión que ahora se adapta a complejas composiciones metopadas y a veces, incluso, llega a emplear pasta de color rojo para rellenar los espacios excisos, como en su momento se detectó

en Los Castillejos de Sanchorreja (Maluquer de Motes, J. 1958 a) o Cancho Enamorado de El Berrueco (Maluquer de Motes, J. 1958 b: 51, 53 y 66; Figs. 10, 13 y 18), entre otros lugares. También se entiende que esta es una etapa en la que se produce una ampliación del repertorio de las formas cerámicas (Delibes de Castro, G., y Fernández Miranda, M. 1986-1987: 27-28); una renovación que es interpretada como consecuencia del importante influjo de elementos meridionales en el tránsito Bronce-Hierro de la Meseta y que en ámbitos extrameseteños supondría una pérdida de la pujanza del mundo cogotiano que se iría diluyendo ante la fuerza de otros substratos, sin que experimente en las postrimerías del siglo IX a. C. (de la cronología convencional), una drástica sustitución (Delibes de Castro, G. 1995 b: 73 y 83-85).

En la provincia de Valladolid, en general, y en La Ribera, particularmente, ésta es una etapa muy mal conocida, por carecer en todo el territorio provincial de yacimientos excavados atribuibles a la misma. Empero, recientes trabajos llevados a cabo por Quintana y Cruz –a partir del Inventario Arqueológico de Valladolid– en las estaciones Cogotas I vallisoletanas han permitido atisbar la existencia de lo que se define como “un personalísimo horizonte tardío de raíz local”; un panorama cultural para cuya definición los autores se sirven, casi exclusivamente, del apartado decorativo de sus cerámicas y muy especialmente del “reiterado recurso a la excisión”. Empleando tales argumentos, apenas una docena de estaciones de esta provincia han sido atribuidos a este momento tardío o final –el 13% del total de los sitios Cogotas I vallisoletanos–; lugares que se distinguen, preferentemente, por la presencia en ellos de un somero listado de motivos excisos (Quintana López, J. y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Fig. 4. 7).

Los autores apuntan las múltiples dificultades que han encontrado para rastrear en nuestra provincia un horizonte Cogotas I tardío; en principio, porque se trata siempre de materiales de superficie; en segundo término, porque se da la coincidencia en los mismos emplazamientos de materiales de esta etapa con los de la plenitud cogotiana que contribuyen a enmascararlo. Con todo, a nuestro entender, existen indicios que, aunque en pequeño número, parecen hablar favorablemente respecto a la existencia de este particular horizonte. En efecto, si bien es cierto que, según creemos, es problemático admitir sin ambages que la totalidad de los motivos excisos recogidos en la lista de Quintana y Cruz son buenos indicadores de una relativa modernidad (por más que todos ellos tengan aceptables réplicas en yacimientos considerados representativos del Cogotas I final –Cancho Enamorado, Sanchorreja, la Mesa de Carpio o Areneros de Manzanares–, o comparezcan en los mismos enclaves en que también lo hacen determinadas cerámicas asimilables a los momentos más antiguos del Grupo Soto de

Medinilla), debido a que la mayor parte de dichos motivos ya se manifiestan en contextos de la plenitud cogotiana (de hecho podemos verlos en La Requejada y en San Pedro Regalado), también lo es que alguno de los motivos que forman parte de la citada tipología sí parece ser representativo del final de Cogotas I: nos referimos en concreto al motivo 1 –banda de triángulos excisos bajo el borde–. Dicho tema, claramente ausente de los dos enclaves vallisoletanos antedichos, comparece en algunos lugares de la periferia de la Submeseta Norte, considerados emblemáticos de la etapa final de esta cultura, como Sanchorreja (Maluquer de Motes, J. 1958 a: 40; Figs. 9 y 10; Láms. VI y VII) y Cancho Enamorado (Maluquer de Motes, J. 1958 b: 51, 53 y 66; Figs. 10, 13 y 18), reflejándose, incluso rellenos de pasta roja, sobre vasos decorados barrocammente, a veces sólo con excisiones. Entendemos que estas observaciones, lejos de constituir una mera coincidencia, son realmente significativos; buena prueba de ello, a nuestro entender, es comprobar como, machaconamente, este tema se halla presente en la mayor parte de las estaciones vallisoletanas atribuidas al final cogotiano, entre las cuales, recordemos, se encuentra el Soto de Tovilla II (el único yacimiento de La Ribera que, por el momento, ha merecido esta atribución).

Estos materiales, cuando menos, se constituyen en una prueba arqueológica de que en la provincia de Valladolid, sobre todo en las campiñas meridionales del Duero, y, por añadidura, en La Ribera, en efecto, se vislumbra la existencia de un horizonte Cogotas I tardío. Se trataría de “un nebuloso Bronce Final interpuesto entre Cogotas I (Bronce Tardío) y el Soto (Primer Hierro)” (Delibes de Castro, G. 2000-2001: 295), horizonte que Quintana y Cruz llevan a los siglos X-IX a. C. (XI-X a. C. en cronología calibrada), en consonancia con las estaciones tardías detectadas en otros ambientes de la Meseta Norte. Algo que también manifiesta las excisiones que comparecen en los lugares que integran este particular horizonte es su nula vinculación respecto a las decoraciones excisas presentes en las estaciones del “Soto formativo”, clarísimamente vinculadas, como el resto de las decoraciones de los yacimientos de este horizonte en la provincia de Valladolid, a los ambientes del Valle del Ebro y el mediodía peninsular, donde encuentran más que adecuadas réplicas (Quintana López, J. y Cruz Sánchez, P. J. 1996).

En definitiva, los hallazgos de las decoraciones excisas que hasta aquí se comentan tienen la virtud de dotar a esta técnica de un contexto cultural relativamente preciso y hasta de alguna datación radiocarbónica. Se viene demostrando cada vez más la relativa modernidad de esta técnica en los contextos cogotianos y su independencia en el valle del Duero respecto a las decoraciones campaniformes. Un aire también de ruptura es el que parecen traslucir las excisas que comparecen en ese momento crucial que en nuestra zona marca la transi-

ción entre el Bronce Tardío Final y los primeros momentos de la cultura del Soto de Medinilla; si bien este es un tema del por lo cual quedan todavía en el aire múltiples cuestiones.

La asociación de las técnicas decorativas

No hace falta decir, vistos los datos anteriores, que técnicas y motivos decorativos generalmente no se constituyen, de forma exclusiva y por separado, en la ornamentación de cada uno de los recipientes cerámicos; en efecto, tanto unas como otros se presentan muchas veces combinados. Ello resulta de gran interés; ya que, como expresaron en su día Almagro y Fernández Galiano (Almagro Gorbea, M., y Fernández Galiano, D. 1980: 105), de disponer de una “base estadística” suficiente “las diversas asociaciones se podrían organizar en una seriación cronológicotipológica (de la cerámica Cogotas I, se entiende), basada en la aparición sucesiva de unas asociaciones u otras”.

Sin pretenden ahondar en demasía en el tema, dadas las limitaciones con que al respecto nos encontramos (ya quedaron expresadas en el apartado correspondiente dedicado a la metodología), parece interesante significar algunas tendencias que manifiestan las cerámicas de los yacimientos de esta etapa. En principio, apuntar que es manifiesta una evidente predisposición a ganar en complejidad, en lo que al apartado compositivo se refiere. Un argumento contundente en este sentido lo proporciona cotejar el modo en que los alfareros cogotianos gustan de combinar las distintas técnicas decorativas empleadas, a lo largo del periodo. Al respecto, comenzaremos por indicar que a comienzos del Bronce Tardío Final, en enclaves como El Cementerio-El Prado, el predominio absoluto del uso de las especies incisas (recordemos que el 97'19% de los motivos decorativos que se plasman sobre las cerámicas del enclave son incisos, frente a la escasa presencia de técnicas como el Boquique –1'68%– y la impresión –1'12%–), se traduce en que prácticamente no se produzca la combinatoria de las técnicas sobre los recipientes propios de este momento.

La situación cambia notoriamente a medida que avanza el periodo. De hecho en El Gurugú, enclave propio del inicio de la plenitud del periodo, advertimos como dicha combinatoria se hace ostensible. Tanto es así que en este castro de Bocos las combinaciones de dos técnicas decorativas se dan sobre un 16'52% de los fragmentos cerámicos decorados (se advierte un ligero predominio de la combinación incisión/Boquique –6'61%–, seguida muy de cerca de Boquique-impresión –4'96%– incisión-impresión –4'13%– y bastante más lejos del binomio excisión-Boquique –0'83%–). En ningún caso se dan combinaciones ternarias ni de las cuatro técnicas decorativas.

La complejidad decorativa se acentúa con el paso del tiempo. Buena prueba de ello nos la ofrecen los datos aportados por La Requejada. En este lugar, propio de un momento avanzado

de la plenitud cogotiana, sólo el 38'46% de los fragmentos cerámicos decorados manifiestan una única técnica ornamental; en el 50% se produce asociación de dos de ellas (con claro predominio del binomio incisión-Boquique y fuerte reticencia a conjugar impresión-Boquique e impresión-excisión). En este mismo enclave, sobre un 10'25% de los ejemplares vemos como se asocian tres técnicas decorativas (una vez impresión-Boquique-excisión; dos veces cada incisión-impresión-Boquique e incisión-excisión-impresión); incluso, aunque en un mínimo porcentaje –1'28%–, llegan a conjugarse las cuatro técnicas ornamentales.

Aún reconociendo que los porcentajes expresados más arriba no deben considerarse del todo ciertos, tanto por la relativa aleatoriedad de los muestreos realizados en cada yacimiento, como, muy especialmente, por el hecho de basarse, en todo caso, fundamentalmente en el estudio de fragmentos y no de vasos completos (esta circunstancia, en concreto, produce inflación en el capítulo de piezas decoradas con una sola técnica). Sin embargo, se trata en ambos casos de datos que nos ponen sobre la pista de la evolución de los gustos decorativos a lo largo del periodo.

Sintaxis compositiva y organización de la decoración

En general, a lo largo de todo el periodo analizado estamos ante un tipo de decoración muy simplista, no sólo por el tipo de motivos empleados sino también por su escasa variedad y la sencillez de su desarrollo. Habitualmente predominan las decoraciones que se articulan a lo largo de un friso continuo a modo de banda más o menos ancha. En los primeros momentos lo más habitual es que aparezca un único motivo al que, a lo sumo, se le agrega algún elemento secundario como pueden ser las líneas horizontales y/o verticales con las que se recuadra el conjunto. En esta etapa la excepción la constituyen los pocos ejemplares que tienen ondas de Boquique, donde, con frecuencia, aparece sobre ellos una serie de líneas rectilíneas, un zigzag, o algún otro diseño simple.

Andando el tiempo, ya en los momentos avanzados del periodo –representados por los materiales cerámicos de La Requejada–, se llega al barroquismo de algunos ejemplares, que se traduce en la yuxtaposición de técnicas y temas diversos empleados en la decoración de las distintas partes del recipiente. También encontramos, a veces (sobre recipientes de tipo jarra, por ejemplo), estrechas y múltiples bandas ornamentales, constituidas por la repetición del mismo motivo, que se separan por zonas en reserva de semejante anchura.

Como regla general, todas estas decoraciones aparecen aplicadas en torno a la boca de las vasijas, articulándose en una banda más o menos ancha. Cuando se trata de perfiles carenados, suele ser frecuente la realización de frisos estrechos en torno al

borde y a la parte superior e inferior de la carena. Además, no es raro encontrar recipientes con una estrecha banda ornamental rodeando la boca por el interior. De hecho, a lo largo de todo el periodo se alcanzan porcentajes notables en el empleo de esta modalidad decorativa. Sirva señalar que los recipientes decorados de todo el periodo ostentan en un alto porcentaje esta decoración. En este mismo sentido, cabe indicar que en el El Cementerio-El Prado el 45'3% de los vasos la portan, que en el de El Gurugú son un 61'22% y que en el de San Román de Hornija alcanzan el 87'8%; pudiendo advertir un aumento claro y constante en el empleo de esta temática en la producción vascular decorada Cogotas I del sector.

Por otra parte, contamos con datos bien contrastados de que en nuestros yacimientos a lo largo de toda la etapa hubo ejemplares decorados con frisos verticales o radiales, como encontramos en ejemplares de El Cementerio-El Prado (Fig. 69. 1; 70. 7), El Gurugú (Fig. 156. 1) o La Requejada (Fig. 12. 2; 16. 1), por poner algunos ejemplos. Por el contrario, carecemos de datos para pensar en complejas y abigarradas decoraciones, como las que encontramos en algunos ejemplares de Carpio Bernardo, Sanchorreja y/o El Berrueco, por poner algunos ejemplos. La ausencia de estas modalidades decorativas se debe muy posiblemente a que no disponemos en el sector vallisoletano de una aceptable representación de los momentos más avanzados de la etapa, el denominado Cogotas I tardío, en la región.

La cerámica del Bronce Tardío-Final nos es algo peor conocida que la del periodo anterior (Bronce Medio), debido fundamentalmente a lo limitado de la información (reducción del número de hallazgos, menor número y entidad de las excavaciones, etc.). Existen algunos rasgos, desde el punto de vista técnico, morfológico y decorativo, que marcan continuidad respecto al momento precedente; empero, también podemos señalar algunos otros que pueden ser significados como típicos del Bronce Tardío Final y que nos sirven para su individualización:

En principio, no se aprecian grandes diferencias en los aspectos técnicos entre las producciones cerámicas del Bronce Medio y las de este periodo. La cerámica sin alisar, alisada y bruñida alcanza porcentajes semejantes que durante el Bronce Medio. Se mantiene el uso generalizado del bruñido en los recipientes de menor tamaño.

En cuanto a las formas, cabe añadir ciertos aspectos a las tipologías existentes. Por ejemplo, cabe destacar que se advierte como se produce una clara perduración de la producción de marcado carácter local al inicio del periodo, momento en que continúan en uso la práctica totalidad de los perfiles que eran propios de la fase precedente. De hecho, en el estado actual de nuestros conocimientos no resulta fácil discriminar las formas de finales del Bronce Medio de las de inicios del Bronce

Tardío Final. Empero, es posible detectar la presencia de ciertos perfiles (Forma 10B, Forma 12, Forma 14...) que nos sitúan en un Bronce Tardío. A medida que discurre el tiempo se advierte una evolución en la tipología, pero que siempre hunde sus raíces en la tradición local anterior.

En el capítulo de la decoración hemos de destacar un par de aspectos:

- La presencia y proliferación de un grupo de decoraciones incisas, cuya técnica y temática hunden claramente sus raíces en la tradición local Protocogotas y que en esencia se mantendrán hasta el final de la etapa, configurando el fondo fundamental del elenco decorativo del Bronce Tardío Final de esta zona.
- La aparición en distintos momentos del periodo de especies decorativas –Boquique y excisión–, ausentes en la alcajería del Bronce Medio del sector. Su presencia/ausencia en los yacimientos, así como su dispar grado de empleo pueden resultar significativos para establecer la cronología del momento.

Otro aspecto a considerar para contrastar la continuidad de este momento respecto al anterior es que se mantienen el mismo tipo de fondos. Asimismo se aprecia el mantenimiento de la práctica totalidad de los sistemas de prehensión que caracterizó el Bronce Medio de esta zona.

El momento siguiente, representado en nuestro sector por un denominado Soto inicial, que significa un notorio cambio en el tipo de alcajería, aunque de momento en nuestra zona se conoce en escaso volumen. Las formas identificadas en los enclaves de este momento difieren en gran medida de las conocidas en las poblaciones cogotianas de la zona. Hay que resaltar la distancia apreciada desde el punto de vista técnico y formal, entre las producciones Cogotas I y del Soto “formativo”, señalando de esta forma la falta de continuidad y el notorio grado de ruptura traumática que se aprecia entre los materiales de ambos conjuntos materiales.

2. TIPOLOGÍA METÁLICA

Nos centraremos en este capítulo en el estudio de conjunto y clasificación de piezas elaboradas en cobre-bronce, pues son los metales empleados en la elaboración de los objetos metálicos de los periodos analizados. Piezas ciertamente exiguas, pero que no dejan de dar pie a algunas consideraciones sobre su adscripción cronológica y cultural. No obstante, hemos de tener en cuenta que en su totalidad proceden de prospección, con lo que ello conlleva de conservación deficiente y de cierta inseguridad en la atribución.

Asumiendo esta limitación hemos de destacar que apenas el 11'11% de las piezas tienen una atribución más o menos clara al Bronce Medio, pese a ser éste el periodo del que tenemos un mayor número de yacimientos excavados. Mucho más nutrido es el grupo de nuestro Bronce Pleno-Final, con el 66'66%, todos ellos de prospección. A todos estos hay que añadir finalmente el 22'22% de la Fase Campaniforme. No disponemos, finalmente, de ninguna pieza recuperada en enclaves de atribución al momento que nosotros hemos dado en denominar Bronce Antiguo-Pleno.

Contamos con un total de apenas 9 útiles completos o casi completos, los cuales, en todo caso, permiten su identificación tipológica. La mayor parte de las piezas metálicas han sido objeto de análisis de composición mediante Espectrometría

de Fluorescencia de Rayos X. Este trabajo fue realizado por el Dtor. Rovira, en el Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales de Madrid, dentro del proyecto: *Arqueometalurgia de la Edad del Bronce en Castilla y León* (Junta de Castilla y León), que dirigen Germán Delibes de Castro, Julio Fernández Manzano y José Ignacio Herrán Martínez (1999: 63-94), quienes amablemente los han puesto a nuestra disposición. Aunque escasas en número, estas informaciones tienen la virtud de permitirnos hacer siquiera unas mínimas consideraciones acerca de las técnicas de taller, el tipo de metales y la tecnología metalúrgica, aplicados en nuestra zona de estudio.

A la hora de la diferenciación tipológica, la industria metálica carece en buena parte de los problemas de las otras producciones, pues en ella la relación funcionalidad-forma es en la mayoría de los casos evidente y la nomenclatura de los tipos responde a criterios de amplia aceptación. Hemos seguido las clasificaciones planteadas por C. Pérez Arrondo y C. López de Calle (Pérez Arrondo, C. L., y López de Calle Cámara, C., 1986 b).

Dado el exiguo número de piezas controladas, hemos considerado conveniente seguir el criterio de contemplar conjuntamente los tipos sin hacer una previa división por épocas. Las referencias cronológicas se harán al acometer el estudio específico de éstos.

2.1. Punzón

Contamos con un único ejemplar localizado sobre la superficie de El Gurugú. Se trata de una pieza biapuntada, pequeño tamaño –apenas 47 mm de longitud x 3 mm– y sección cuadrada. En cuanto a su composición, señalar que este punzón, cuenta con una proporción de estaño de 4'909%, indicativo de que nos encontramos en presencia de un auténtico bronce.

A medida que el uso de la metalurgia del cobre fue cobrando auge algunos utensilios comenzaron a proliferar. Entre ellos, y sin duda como uno de los ejemplos más expresivos, se encuentran las leznas o punzones; o lo que es lo que es lo mismo unas pequeñas barritas metálicas con uno o los dos extremos aguzados, cuya utilidad debió ser variada dentro de los usos domésticos (Siret, L. 1913: 402), y que sabemos absolutamente generalizados en cualquier ambiente Calcolítico temprano tanto europeo, cuanto peninsular. Sin duda, se trata de utensilios de gran eficacia funcional, lo que explica que, sin apenas sufrir modificaciones, se mantengan hasta el término de la Edad del Bronce tras pasando incluso el límite de dicha etapa.

Independientemente de su morfología, todos los tipos de leznas, incluso aquellas romboidales de tipo “brújula”, de época Calcolítica, se caracterizan por su extremada sencillez, constituidos por un largo espigo, de escaso grosor, con uno o con ambos extremos aguzados. En cuanto a las secciones se observa preferencia por las cuadradas, pero no faltan algunas rectangulares, circulares, romboidales, o mixtas; incluso en algunos yacimientos, lo que podría estar relacionado con la distinta funcionalidad de la cada pieza sino con la arbitrariedad de los artesanos o con los mangos en que se acoplaron¹⁴⁷.

Según hemos visto las características formales de la pieza hallada en Bocos de Duero responden al de los modelos biapuntados –con mucho los más difundidos– y de reducido tamaño, aspecto este último que los aparta del tipo Fontbouisse, característico del Bronce Antiguo. Presenta sección cuadrada, lo que le asimila al tipo P 500 de C. Pérez Arrondo y C. López de Calle (1986 b: 141-142). Dichos autores reconocen en este útil cierta especificidad cronológica. Por lo que a la Meseta Norte se refiere, su aparición se remonta a la Edad del Cobre, según se deduce de los hallazgos en hábitats como el zamorano de Las Pozas, que el radiocarbón sitúa en el último cuarto del III milenio a. C., como en enterramientos,

hecho este último, bien atestiguado en la fosa de El Ollar (Donhierro, Segovia), cuyo ajuar estaba constituido por dos leznas de sección cuadrada, más un cuchillo de hoja curva, igualmente de cobre, un collar de cuentas de variscita y una pieza de hoz de sílex, o en la tumba campaniforme de Villar del Campo, Soria.

Esta clase de punzones, presentes en esta más temprana metalurgia, tienen asegurada plenamente su ligazón a contextos del inicio de la edad del Bronce. Garantía de ello es su presencia en lugares como Los Enebralejos, además de en las cuevas de La Vaquera en Torreiglesias, en Cueva Maja en Cabrejas del Pinar (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: 85-87 y Fig. 86) y en el yacimiento abulense de Solana Angosta en Bernuy-Salineró.

Al igual que sucede en otros ámbitos peninsulares, en el solar meseteño la tipología de estos punzones biapuntados se conserva invariable, cuando menos, hasta el Bronce Tardío/Final, siendo buena muestra de ello su presencia en los distintos yacimientos del horizonte Cogotas I. En este sentido, puede comprobarse que no son privativos de una etapa concreta de dicha cultura, pues se rastrean tanto en contextos inequívocos de su fase formativa –por ejemplo, tres piezas de Los Tolmos y uno de El Cogote en la localidad abulense de La Torre– como en otros de la plenitud, destacando entre estos últimos los dos hallados en La Mesa de Carpio Bernardo y con un ejemplar en cada caso, los del castro de Ardón, Carricastro, en Tordesillas y, añadiríamos nosotros, el hallazgo ribereño de El Gurugú.

La discriminación de orden cronológico que hacemos de la pieza de Bocos, tiene como base, antes que criterios cronológicos, una consideración arqueometalúrgica: aquella que deriva de advertir que la pieza en cuestión cuenta con un cociente de Sn de casi 5%. Esta observación, en principio, nos permite descartar que se trate de un producto calcolítico, debiendo abogarse por una datación avanzada, cuando menos de finales del Bronce Medio, momento en que los bronces de estaño son todavía minoritarios en la cuenca del Duero (sólo un 20% de los objetos analizados de esta época) (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Herrán Martínez, J. I. 1999: 91), o ya de los inicios del Final. Hacemos notar en este sentido que punzones de bronce binario también comparecen en el yacimiento de Cogotas I avanzado de Carricastro (Tordesillas, Valladolid), aunque en este caso con un índice de Sn nada menos que del

¹⁴⁷ En este sentido, creemos resulta interesante la observación que hace Lull al expresar que “... los punzones de sección cuadrada son mucho más indicados para trabajos de presión rotatoria pues presentan, enmangado, gran resistencia en esa dirección, los de sección cilíndrica se utilizarían en sentido longitudinal de perforación-percusión.” (Lull, V. 1983: 216).

378 20'52%, de la misma manera que la lezna de La Requejada, una pieza que de forma estricta no resiste comparación tipológica con la de El Gurugú –aquella responde al modelo de extremo truncado–, si lo hace desde el punto de vista de su composición metalográfica, con un contenido en Sn del 6'16%. Esta apreciación, de todos modos, pudiera ser necesario reconsiderarla desde el momento en que se van produciendo hallazgos tan antiguos como los de Cueva Maja en Cabrejas del Pinar (Fernández-Miranda, M., Montero, I., y Rovira, S. 1995: 57-70), que presentan índices de estaño de hasta el 12'54%, en un periodo comprendido entre 1730 ± 40 y 1715 ± 40 a. C. (Samaniego Bordiu, B., Jimeno Martínez, A., Fernández Moreno, J. J., y Gómez Barrera, J. A. 2001: 86; Fig. 106).

2.2. Puntas de flecha

Contamos en el ámbito ribereño con un total de tres **puntas de flecha**, todas ellas recuperadas en prospección, localizadas en Pico del Castro (dos) y Soto de Tovilla II (hallazgo aislado). Desde un punto de vista analítico. Los ejemplares que cabe calificar de más antiguos, hallados sobre la superficie de Pico del Castro se asocian a campaniforme y en la composición de la única que ha sido sometida a análisis se detecta cobre prácticamente puro (99'22 Cu). Desgraciadamente, tampoco disponemos de la analítica correspondiente a la pieza recuperada en Soto de Tovilla II, en un contexto arqueológico asimilable a Protocogotas.

A la hora de la clasificación tipológica, nos encontramos con el inconveniente de la fragmentación del ejemplar de Soto de Tovilla II, al que falta el remate de las aletas y el pedúnculo, por lo que únicamente se puede clasificar genéricamente como punta de pedúnculo y aletas, sin más precisiones. A las otras dos piezas las catalogamos de la siguiente forma:

- **2A.** El primero de estos venablos (Fig. 96. 1), cuyas medidas son 84 mm de longitud total y 21 de anchura máxima, cuenta con una hoja de pequeño tamaño y sección lenticular, con los bordes ligeramente biselados. El pedúnculo, de sección rectangular, es bastante más largo que la hoja –55 mm– iniciándose bajo dos marcadas escotaduras que delimitan netamente la lámina. El espigo alcanza gran anchura en su nacimiento por lo que asemeja una auténtica lengüeta, como ocurre en las Palmela de tipo C de la clasificación de Delibes (1977: 110-111).

- **2B.** La segunda punta Palmela (Fig. 96. 2), de un modelo bastante diferente a la anterior, se caracteriza por contar con una hoja ancha, de perfil lanceolado y sección lenticular, sobre la que se observa un marcado bisel que recorre todo su contorno y una mesa central plana. El pedúnculo, estrecho y de sección cuadrada, es muy corto con relación al limbo. La pieza, que se encuentra en excelente estado de conservación, alcanza los 92 mm de longitud total de los que 65 corresponden a la lámina. Su anchura máxima, coincidente con la base de la hoja, alcanza los 30 mm. El grosor máximo de la pieza es de 2 mm. La presente punta responde a un modelo, muy próximo al tipo A-3 de Delibes –“de pedúnculo inferior a los dos tercios de la hoja” (Delibes de Castro, G. 1977: 110)–, para el que encontramos diversos paralelos en algunos conjuntos funerarios tan representativos del horizonte Ciempozuelos de La Meseta Norte como Aldeavejea de Tormes en Salamanca, Fuente Olmedo en Valladolid (Ibidem: Fig. 8 –abajo a la izquierda– y Fig. 23. 3 y 7, respectivamente) y Celada de Robledo en Palencia (Delibes de Castro, G., y Fernández-Miranda, M. 1981: Fig. 2. 2).

En cuanto a los ejemplares de puntas Palmela, que, como es bien sabido, no comparecen en horizontes calcolíticos iniciales, siendo en el periodo Campaniforme, más concretamente en un momento avanzado del mismo –entre 1800 y 1650/1550 a. C. (sin calibrar)–, cuando estas puntas de estructura foliiforme se manifiesten en pleno auge, tal como lo demuestra los contados ejemplares datados en contextos arqueológicos seguros, como sobre todo por sus asociaciones (Campaniforme de tipo Ciempozuelos, alabardas tipo Carrapatas, alfileres de paleta o raqueta lisos...) (Delibes de Castro, G., y Fernández-Miranda, M. 1981: 157-160). En cuanto a su funcionalidad, parece plausible asumir que fuesen extremos de jabalinas o lanzas de escasa envergadura, más que propiamente puntas de flecha, como ya apuntó Delibes (1977: 109), por razones obvias de peso y tamaño, que las harías poco efectivas frente a las puntas de flecha de sílex, junto a las que además han aparecido en la tumba vallisoletana de Fuente Olmedo.

No obstante y como señalan estos autores (*Ibidem*: 160), tales elementos van a conocer una notable perduración, de la que fe su frecuencia en contextos del Bronce Antiguo y Pleno. Así su hallazgo en yacimientos de las culturas de El Argar¹⁴⁸, del Bronce Valenciano, del Bronce del Sudoeste y de La Mancha.

¹⁴⁸ Según nos recuerda Lull, de las 36 flechas recuperadas en los poblados argáricos el 47% son foliáceas, el 28% corresponden a modelos de hoja triangular y sólo el 25% restante presenta aletas.

Incluso, si bien excepcionalmente, alguna de tales puntas comparcen en ambientes del Bronce Final y la Edad del Hierro¹⁴⁹. Por ello no puede extrañarnos la pervivencia de Palmelas en ciertas estaciones en que se hallan representados ambientes protocogotianos. Una de ellas, la recuperada en el nivel IIA de la Cueva de Arevalillo, responde a uno de los tipos clásicos –modelo A3 de Delibes (1977: 109-111)–. Una segunda pieza, recogida superficialmente, procedente de San Martín de Valbení (Garrido-Pena, R. 2000: Lám. 101. 17), responde a un modelo un tanto particular, en el que, además de los rasgos comunes del género (hoja de perfil lanceolado, pedúnculo ancho en forma de espigo, etc.) se reconocen un par de escotaduras basales, determinando la aparición de sendas aletillas que sitúan la pieza a medio camino entre las Palmela y las puntas de aletas laterales. No encontremos paralelos convincentes para esta punta vallisoletana lo que nos induce a pensar que pudiera tratarse de una manufactura de ocasión en la que se combinan el deseo de mantener la tradición anterior, campaniforme, y una corriente renovadora partidaria de implantar los tipos metálicos vigentes por entonces en otros círculos de la Edad del Bronce. Según hemos podido ver en Pico del Castro comparcen dos Palmelas de modelo ciertamente dispar; lo cual, sin duda, serviría para ratificar, una vez más, algo que ya fuera apuntado por Delibes: “la escasa trascendencia cronológica” que, en general, parecen revestir los diversos “prototipos” de Palmela (Delibes de Castro, G. 1977: 111). En nuestro caso concreto, observamos como, en efecto, un modelo que pudiéramos definir como “clásico” (la pieza 2B), e interpretarlo, desde un punto de vista tipológico, como menos evolucionado y, por tanto, más antiguo, coexiste con otro modelo (la pieza 2A), de hoja pequeña y espigo ancho –casi una lengüeta–, el cual, por contra, muestra una serie de rasgos que pueden ser entendidos como signos de modernidad. No en vano, como señala Delibes, se constata la presencia de piezas de este tipo, interpretado como una evolución de las Palmelas “clásicas” hacia las puntas de tipo Pragança, en contextos avanzados, como el representado en Monte de Outeiro (Aljustrel); el cual, al incluirse dentro del horizonte de Ferradeira, se fecha “con posterioridad al campaniforme Ciempozuelos más clásico, o en su último momento” (*Ibidem*: 111).

Sobre este mismo particular Garrido-Pena se ha pronunciado en un reciente trabajo. Este autor, asumiendo que casi todos los tipos de Palmela llegaron a coexistir en algún momento, también apunta como hipótesis de trabajo que las puntas de pedúnculo más desarrollado y hojas más pequeñas, esto es aquellas tipológicamente más próximas a las de pedúnculo y aletas, pudieran revestir algún “significado cronológico” (Garrido-Pena, R. 2000: 179). En este sentido, la presencia de la pieza 2A en nuestro yacimiento se explicaría por la cronología avanzada del mismo, dentro del fenómeno Campaniforme. En cuanto al segundo tipo de flecha identificado en los yacimientos ribereños, la pieza identificada en Soto de Tovilla II, pese a encontrarse fragmentada, puede ser incluida, sin duda, entre los ejemplares de pedúnculo y aletas. Habitualmente se considera a esta clase de piezas como una forma tardía dentro de la Edad del Bronce, que viene a sustituir a las de tipo Palmela, resultando más modernas cuanto mayor es el desarrollo de sus aletas (Pérez Arrondo, C. L., y López de Calle Cámara, C. 1986: 167; Naranjo González, C. 1984: 62-63; Hernando Grande, A. 1988: 321, etc.).

La punta de flecha recuperada en el citado yacimiento de Tudela de Duero, puede incluirse en la categoría de las denominadas **puntas de aletas y pedúnculo de hoja plana**, no en vano, desde el punto de vista formal muestra los siguientes rasgos propios del tipo: una hoja seudotriangular, de estructura laminar sin nervio de refuerzo; un par de alerones laterales en la base de aquella; y, por supuesto, un pedúnculo.

La dispersión de estas piezas es amplísima, así como su cronología. Centrando un poco el tema diremos que este tipo de puntas comparcen por igual en yacimientos formativos y de la plenitud Cogotas I. Al primero de tales momentos podemos atribuir, además de la pieza recuperada en El Soto de Tovilla II, la también vallisoletana vallisoletana de San Martín de Valbení, las de Los Tolmos de Caracena, y, muy probablemente, las de El Castillo de Cardeñosa¹⁵⁰.

Dejando al margen la pieza de San Martín de Valbení, por hallarse incompleta, el resto de las mencionadas responden a tres tipos bien diferenciados. En uno incluiríamos las puntas de Soto de Tovilla II y Los Tolmos, las cuales, pese a su dispar tamaño, y diferente técnica de fabricación, según Jimeno,

¹⁴⁹ Del primer extremo es clara muestra el hallazgo de una de estas puntas en el célebre depósito de bronce de Padilla de Abajo, fechado en el Bronce Final II. La presencia de uno de estos ejemplares sobre el suelo de una casa ibérica en el Puntal de Salinas serviría para refrendar el segundo.

¹⁵⁰ La presencia en El Castillo de Cardeñosa de materiales cerámicos pertenecientes a Protocogotas (Delibes de Castro, G. 1995 a: 68) nos induce a vincular parte de los metales hallados en el yacimiento con el Bronce Medio, en especial las puntas de aletas y pedúnculo, de frecuente aparición en contextos de este período en esta y en otras regiones peninsulares.

reproducen un mismo modelo de¹⁵¹ pedúnculo largo, prácticamente doble al de la lámina, aguzado en su extremo, y más bien ancho y plano, como una lengüeta, en su inserción con la hoja. Estas saetas, a las que podríamos denominar **de pedúnculo o espigo largo**, responden a un tipo muy común en la Península durante el Bronce Medio/Pleno, que está presente en buen número de yacimientos del Bronce de La Mancha, tanto en Motillas –Los Palacios, Santa María del Retamar, etc.–, como en morras y castellones –El Cerro de El Castellón, La Encantada, etc.–. Cronológicamente se sitúan a partir de lo que Nájera denomina Bronce Pleno Reciente B, entre 1400 y 1300 a. C. (Nájera Colino, T. 1984: 24), y parecidas fechas convendrían para ejemplares análogos argáricos y sobre todo del Bronce Valenciano, como los de El Puntal de Bartolo, Els Germanells, La Ereta del Castellar, Muntanyeta de Cabrera, o el Cabezo Redondo. Muy particularmente interesante nos parece llamar la atención sobre el hallazgo de una pieza de este tipo en el estrato III –departamento XV– de este último enclave habida cuenta de que estos niveles bajos del yacimiento han sido datados por el radiocarbono a finales del S. XVII a. C. lo que nos daría pie para remontar el origen del modelo a un momento antiguo de la Edad del Bronce pese a que, como hemos visto, su mayor auge y difusión acontece avanzado el Bronce Pleno.

Salvando su marcado engrosamiento en el tramo central del vástago (tope para evitar que el pedicelo se introduzca en demasía en el asta), seis de las flechas procedentes de El Castillo de Cardeñosa tendrían perfecta cabida dentro de este mismo modelo, por lo que todo lo más, podría hablarse de un subtipo, bastante habitual, por otra parte, en diferentes ámbitos Peninsulares. Por ejemplo, su presencia se registra en enclaves del sur de Portugal como Cova da Moura, Vila Nova de Sao Pedro, Alto da Toupeira o el Anta 2 de Gorginos, en Reguengos de Monsaraz. Y, prueba de que no son exclusivas de este ámbito, las encontramos también en dólmenes del País Vasco, como el Alto de la Huesera y Obioneta Sur.

Si exceptuamos el ejemplar de Cova da Moura, que se integra en un ambiente de fines de la Edad del Bronce, algo alejado de las fechas en que suponemos se desarrolló la ocupación de

El Castillo, los contextos en que comparecen los restantes son de una enorme indefinición, lo que impide sólo por esta vía, cualquier consideración cronológica.

En relación con el origen de esta modalidad de puntas, hemos de conformarnos con señalar, mirando hacia el Bronce de la Mancha, que varias de ellas se acompañan de otras de largo pedicelo simple en el nivel II del Cerro de La Encantada que el C14 fecha con anterioridad al 1380 a. C.¹⁵², mientras que en el nivel I, inmediatamente anterior, sólo comparece el último tipo. De ahí la posible deducción de que el origen de estos modelos de pedúnculo con tope basal, al menos en esta zona, se sitúe hacia finales del s. XV y comienzos del XIV a. C. La observación, indirectamente, daría consistencia a la propuesta que hacemos de situar en El Castillo de Cardeñosa una ocupación Protocogotas, un horizonte que cabría perfectamente entre esos mismos márgenes cronológicos.

En un nuevo subtipo somos partidarios de encuadrar la punta de aletas y pedúnculo procedente del yacimiento, también Protocogotas, de San Martín de Valbení, que cuenta con una hoja de lados marcadamente rectos que rematan, a modo de arponcillos, en dos agudos apéndices laterales. La lámina, ya de por sí espesa, presenta un ligero engrosamiento central en la prolongación del pedúnculo que, sin llegar a constituir un auténtico nervio de refuerzo, confiere evidente robustez a la pieza. Con todo es la estructura de su vástago, de similar longitud al de la lámina, lo que diferencia a éste de los subtipos anteriores, como vimos caracterizados por contar con un espigo notablemente más largo que la hoja. Como dato de interés podemos añadir que el aspecto general de la pieza de San Martín es de una notoria perfección técnica, lo cual nos induce a pensar que se trata de un útil obtenido a partir de fundición. Sin embargo, pese a este detalle, que podría ser indicativo de encontramos ante un modelo evolucionado, sus mejores paralelos siguen remitiéndonos a contextos del Bronce Medio/Pleno peninsular, tanto de las Motillas, por ejemplo El Azuer, como de ambientes culturales próximos, caso del representado en La Loma del Lomo, en Guadalajara donde uno de estos proyectiles se fecha por C14 en torno al 1500 a. C.

¹⁵¹ “La diferencia técnica”, a que se refiere Jimeno, se basa en que una de las puntas, la de menores dimensiones, “está toda ella realizada a molde”; lo cual repercute en su mayor perfección técnica. Por contra, la de tamaño mayor es fruto del reaprovechamiento de otro útil, “posiblemente un pequeño puñal, quizá similar a otro hallado en la excavación...” (Jimeno Martínez, A. 1984: 177).

¹⁵² En efecto, en nivel II de este enclave manchego se sitúa inmediatamente por debajo de otro –nivel III– datado por el C-14 entre 1.310 y 1.380 a. C. Esta última fecha sirve, por tanto, de término ante quem para datar la finalización del nivel subyacente –estrato II–.

En cierto modo, pues la presencia de puntas de aletas y pedúnculo, entre el utillaje de metal protocogotiano, sirve para homolagar cronológicamente este horizonte meseteño con las diversas culturas peninsulares del Bronce Pleno (morras y motillas de la Mancha, Bronce Valenciano, Bronce del Sudoeste, Argar), y al tiempo permite comprobar como en todas ellas se adoptaron prácticamente los mismos modelos metálicos, por encima de las importantes diferencias registradas en otros aspectos de la cultura material de cada uno de tales mundos¹⁵³.

Las puntas halladas hasta ahora en enclaves del Cogotas I Pleno, son sólo dos, procedentes de La Mesa de Carpio Bernardo en Salamanca y Carricastro, en Valladolid. En ambos casos llama la atención lo arcaico de su aspecto, aún anclado en los modelos del Bronce Pleno, cuando uno y otro asentamiento suelen ser considerados paradigmáticos de la plenitud Cogotas I y, por tanto, fechados hacia el Bronce Final II o, incluso, en el tránsito al III.

El arcaísmo es claro por lo que respecta a la punta de Carpio Bernardo. Su forma recuerda en gran medida a la de las flechas de pedicelo largo halladas en Los Tolmos, habiéndose recortado a partir de una finísima lámina metálica y mostrando unas aletas de escaso desarrollo, dispuestas horizontalmente, que transmiten una impresión de primitivismo mayor incluso que la de las piezas de Caracena.

En el caso de la punta de Carricastro, ha sido recortada sobre una chapa tan sumamente delgada que incluso nos ha hecho dudar de su capacidad funcional. Más su forma es inequívoca,

con una pequeña hoja triangular de punta redondeada, en cuya base se sitúan un par de “muñones” –mejor que aletas– laterales flanqueando un ancho y corto pedúnculo. A diferencia de la pieza de Carpio Bernardo, ésta carece de réplicas entre las puntas recuperadas en enclaves Protocogotas, pero sí en otros yacimientos de diferente signo del Bronce Pleno. Una pieza muy similar, por ejemplo, se recuperó en el nivel II del Cerro de La Encantada, Granátula de Calatrava, y puntas parecidas, tal vez de hoja algo más larga pero también recortadas en chapa, se conocen en varias estaciones más o menos coetáneas del País Valenciano como La Horna, en Aspe, o el Cabezo Redondo de Villena, aquí, si nos fiamos de una serie de dataciones absolutas, entre los siglos XVII y XIV a. C.

El hecho de que las pocas puntas que proceden de los yacimientos del Cogotas I avanzado sigan reproduciendo perfiles que remiten, cuando menos, al Bronce Medio, es clara muestra, también por lo que se refiere a este tipo de útiles, de la marcada tendencia que muestran las gentes de esta cultura a mantener, incluso hasta bien entrado el Bronce Final, una producción metalúrgica de corte tradicional.

Tipología y composición metálica

De entre todas las puntas de aletas y pedúnculo a las que aquí hemos aludido tan sólo una pocas han sido analizadas espectrográmicamente. El resultado de dichos análisis es como sigue:

		Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb
S. Martín de Valbení	AA0735	0,012	0,004	99,67	nd	0,171	0,002	0,016	0,005	Nd
Los Tolmos	PA1186	0,09	nd	98,91	0,18	0,57	0,005	0,02	0,023	Nd
Los Tolmos	PA1187	0,17	nd	98,69	0,21	0,22	0,008	0,02	0,010	Nd
Carricastro	PA2924	0,143	0,153	99,24	nd	0,522	0,003	0,15	0,008	Nd

¹⁵³ Cuando aquí decimos, entra en clara contradicción con lo expresado por Hernando Grande en uno de sus artículos al señalar que, precisamente, las afinidades existentes entre “las puntas de flecha triangulares con pedúnculo y aletas” de ambas mesetas, las cuales como hemos podido observar aquí, sin duda alguna, existen, pudiera constituir argumento suficiente para considerar el ámbito de las altiplanicies del interior peninsular como un sector “... con entidad propia dentro del panorama cultural de la Edad del Bronce” segregado respecto a otros pujantes núcleos metalúrgicos extrameseteños.

Lo primero que llama nuestra atención es el altísimo porcentaje de cobre que contienen todas y cada una de las coladas que aquí se analizan. Tal observación no es causa de sorpresa en el caso de las puntas procedentes de los enclaves Protocogotas de San Martín de Valbení o Los Tolmos, puesto que ello no hace sino confirmar, una vez más, esa tendencia que muestran las gentes de este grupo a fabricar sus útiles en cobres prácticamente puros. No podemos ocultar, por contra, cierta extrañeza ante la composición de la punta hallada en Carricastro, no en vano, contrasta con la del resto de los útiles analizados de este castro vallisoletano. Dichas piezas, como viene siendo norma en los hábitats del Cogotas I avanzado, denotan en su elaboración el empleo de aleaciones binarias, con adición de estaño, cuando no incluso ternarias, con valores significativos de plomo. La presencia de este pequeño objeto de cobre puro en Carricastro plantearía la posibilidad de que las gentes de este enclave pese a su cronología y a contar con una metalurgia avanzada, en algún caso, pudieron seguir elaborando útiles de cobre.

2.3. Puñal

Disponemos de restos de un par de útiles de este tipo, de los cuales sólo se encuentra completo el ejemplar identificado sobre la superficie de El Gurugú. La descripción de las piezas en cuestión es como sigue:

- Pequeño puñal con remaches. Su base es recta, al igual que los flancos en la zona de empuñadura. Los filos convergen hasta formar una punta redondeada. La sección es lenticular de tendencia plana. Conserva, en su base dos agujeros en los que aun se mantienen sendos roblones de sección cuadrada, desproporcionados por otra parte en relación a la hoja. La zona de empuñadura muestra el contorno afilado. Por su parte, la hoja muestra los lados biselados formando un ligero rebaje, más pronunciado hacia la punta. Sus dimensiones, si bien no debemos pasar por alto el notable desgaste sufrido en ambos filos, lo cual nos permite dudar si en origen no fue más esbelto de lo que es en la actualidad, son: 40 mm de longitud máxima por 22 mm de anchura máxima, coincidente con el extremo posterior de la empuñadura; el grosor máximo de la hoja es de un 1 mm.

Este ejemplar de El Gurugú puede clasificarse dentro de los **puñales de base simple con remaches** (tipo P.L. 300 de C. Pérez Arrondo y C. López de Calle).

- Fragmento de puñal del que sólo se conserva la mitad superior, correspondiente a la zona de empuñadura, la cual muestra un pequeño orificio perfectamente circular hacia el centro de la hoja y una leve muesca lateral que

probablemente cumplió la misión de mejorar el empuñamiento. En ambas caras se aprecian dos nervios muy marcados que concluyen, de forma apuntada, poco antes de alcanzar el orificio central citado.

Todos estos caracteres hacen que la pieza en cuestión pueda ser asimilada al prototipo **Porto de Mós**, característico del Bronce Final III peninsular.

En lo referente a su composición, se ha realizado análisis de la pieza (PA3012) que ha permitido determinar que la pieza de Bocos de Duero reproduce una composición de bronce binario Cu-Sn, con un porcentaje de cobre de 91'73% y una notable tasa de estaño (7'594%). El carácter de bronce de buena calidad de la colada nos induce a mantener la atribución que, en páginas anteriores, hacíamos de la pieza a un momento del Bronce Tardío-Final de la región, coincidente con el desarrollo de la fase de plenitud de Cogotas I identificada en el citado enclave ribereño. El puñal más evolucionado, recuperado en Soto de Tovilla II, muestra una composición con un alto porcentaje de cobre (83'7%) y de estaño (15'5%) y la presencia testimonial de plomo (0'44%) que denota que nos encontramos ante un típico bronce binario, muy en la línea de los acabados de corte mediterráneo, como ha quedado demostrado con el reciente análisis metalográfico del conjunto de la Ría de Huelva, caracterizado por la pureza de sus bronce, rasgo que contrasta con el alto porcentaje en plomo de los objetos metálicos atlánticos, más o menos coetáneos, como los de tipo *Wilburton* (Rovira LLorens, S. 1995: 33-57).

El ejemplar de El Gurugú, ya lo hemos apuntado algunas líneas más arriba, tiene cabida entre los denominados cuchillos con remaches. Este tipo de útiles sin ser excesivamente numerosos, están suficientemente bien documentados en múltiples ambientes del Bronce europeo.

No hace falta decir que no vamos a entrar aquí a considerar la espinosa cuestión del origen de los puñales de remaches. Al respecto, baste con recordar que puñalitos de hoja plana, y empuñadura mediante roblones, proliferan en Europa desde los inicios del Bronce Antiguo y así lo pone de manifiesto su presencia en el Unetice Antiguo (horizonte de Straubing) del Sur de Alemania, o en contextos, igualmente antiguos, de Francia (Briard, J., y Mohen, J. P. 1983: 25-26) y la islas Británicas (Gérloff, S. 1975: 14-17 y 168-170). En la Península Ibérica aparecen, así mismo, en época temprana; cabe rastrear la presencia de estos sencillos puñalitos, que tendrían cabida en el "tipo II" de Blance, en ambientes argáricos donde penetran, según opina esta autora, formando parte del "horizonte de reflujo" (Blance, B. 1971).

En el valle del Duero esta clase de útiles se encuentran bien representados. Sobre este particular, diremos que, dejando al

margen algunas evidencias, de difícil explicación sin duda, que pudieran llevarnos a relacionar a este tipo de puñales con contextos calcolíticos precampaniformes¹⁵⁴, la introducción del tipo en la zona debió coincidir con la presencia en la región de las gentes del vaso campaniforme, prueba de ello sería las asociaciones observadas en San Morales¹⁵⁵ y Montamarta¹⁵⁶; éstas no hacen sino reproducir lo observado en otros ámbitos europeos donde existen evidencias claras de la presencia de estos puñalitos de roblones en contextos campaniformes avanzados¹⁵⁷.

Empero, estos puñales de roblones van a seguir vigentes en momentos postcampaniformes, prueba evidente de ello es la presencia de un par de ellos en El Castillo de Cardeñosa, en un ambiente, en el que, si bien, ya no aparece representada la cerámica campaniforme, si lo están otros materiales (puntas Palmela, leznas bilosángicas, botones de hueso de perforación en V, puntas de aletas y pedúnculo, un disco de hueso de tipo Toralla, etc.) que dibujan un ambiente que siguiendo a Naranjo González (1984: 79-80) habría que considerar post-Ciempozuelos y anteriores a Protocogotas, más bien cerca de este último, esto es, coincidentes *grosso modo* con el horizonte Parpantique del Bronce Antiguo.

Con todo, será en momentos posteriores cuando alcancen mayor éxito en nuestros lares esta clase de ítems; no en vano, podemos decir que el grueso de los puñalitos de roblones conocidos en La Meseta ha sido recuperado en enclaves de la órbita Cogotas I (Cruz Sánchez, P. J. 1997: 263-272). Su presencia va ser habitual tanto en yacimientos caracterizados por el predominio de las decoraciones incisas, propias del momento Protocogotas –tal sería el caso de los ejemplares localizados en Los Tolmos de Caracena (Jimeno Martínez, A. 1984: 177-178); yacimiento que el C-14 sitúa, de manera reiterativa, en el siglo XV a. C.–, como en aquellos otros que pudieran ser considerados propios de la fase más avanzada del horizonte cogotiano. De lo dicho en último término encontramos ejemplos, además de en el propio Bocos, en el yacimiento salmantino de la Mesa de Carpio (Cruz Sánchez, P. J. 1997: Fig. 2. 1), en el castro leonés de Ardón (Celis Sánchez, J. 1993:

37-38) o en el vallisoletano de Carricastro (Delibes de Castro, G. 1997: 74-75), en los que los mismos modelos proceden de contextos bastante inequívocos de la fase de plenitud de Cogotas I, a juzgar por la presencia de cerámicas decoradas con Boquique y excisión. La identificación de alguno de estos puñalitos en este último enclave, considerado propio de la fase más avanzada del horizonte cogotiano al tiempo que para poner de manifiesto la notable perduración que alcanzaron estos tipos en la Cuenca del Duero (no en vano el yacimiento tordesillano ha de datarse, cuando menos, con posterioridad al siglo X a. C.).

En cuanto al fragmento de puñal hallado en Soto de Tovilla, encuadrable en el tipo *Porto de Mós*, diremos que esta clase de armas se caracterizan por presentar, por regla general, una hoja de pequeñas dimensiones, de bordes paralelos y acabada en punta de lengua de carpa, con nervaduras centrales y enmangues con varios orificios, comúnmente tres (Coffyn, A. 1985: 171 y 218). Para Hipólito Correia estas armas nacerían de un prototipo relativamente antiguo, tipo Vila Cova de Perrinho, evolucionando hacia el de *Porto de Mós*, bastante heterogéneo (Correia, H. 1988), en el que, entre una larga nómina de ejemplares relativamente concentrados en la fachada atlántica, entre el Duero y el Tajo, destacamos, por su similitud al nuestro, los de Alvaiázere, Pragança, Outeiro de Rego o Monte Castro. Coffyn (Coffyn, A. 1985: 171 y 174) sitúa su territorio originario en la zona centro de Portugal, expandiéndose tanto hacia la zona de Huelva como al Duero interior, donde se localiza nuestro ejemplar y el hallado en la famosa choza Be6 de Cancho Enamorado (Cerro de El Berrueco) (Maluquer de Motes, J. 1958 b: 54).

2.4. Espiraliforme

Contamos con un único ejemplar procedente de un hallazgo superficial realizado en El Gurugú. Los análisis efectuados a la pieza en cuestión demuestran que está compuesta de bronce con una proporción de estaño que alcanza el 13'04 %, lo que, de algún modo, sirve para confirmar la atribución al Bronce Tardío-Final que, en su momento, hacíamos de esta pieza.

¹⁵⁴ Se cita la presencia de uno de estos puñalitos en la superficie del hábitat calcolítico salmantino del Picón del Rey: Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1976: 431; nota 54.

¹⁵⁵ Uno de estos puñalitos aparece asociado a un fragmento de cerámica puntillada “cuyo aire campaniforme es indudable”: López Plaza, S., y Santos, J. 1984-1985: 261-263; Figs. 7 y 8.

¹⁵⁶ En este yacimiento zamorano se identifica uno de estos útiles, en este caso con tres perforaciones en la base, asociado a una punta Palmela; Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1976: 424-431.

¹⁵⁷ En Irlanda e Inglaterra algunos de los puñalitos de hoja plana y roblones aparecen en contextos campaniformes tardíos, correspondientes al estadio 6 –1700/1450– de la clasificación de Lanting y Van der Waals. Dicha clasificación aparece recogida y resumida en: Burgess, C. 1978: 210-211; Figs. 1 y 3.

Desde el punto de vista tipológico el ejemplar de El Gurugú es relativamente pequeño (24 mm de diámetro), consistiendo en un simple hilo metálico de sección rectangular y extremos aguzados que se enrolla en una sola espira.

Al margen del material en que han sido fabricados son adornos habituales en diversos momentos de la prehistoria reciente de la Península. Los más antiguos se remontarían a los inicios de la Edad del Bronce de dar por bueno que los de El Argar, siguiendo las ideas de Blance, fueran verdaderamente elementos del “horizonte de reflujo” (Blance, B. 1964). Menudean especialmente a lo largo del Bronce Pleno/Medio en amplias áreas peninsulares, como lo demuestra la alta proporción en que comparecen en las tumbas argáricas más avanzadas a menudo en metales preciosos e interpretados como pendientes (Lull, V. 1983). Así aparecen en el yacimiento epónimo almeriense, Fuente Álamo, Cabezo de las Cruces... En el Bronce Valenciano, aunque frecuentemente aparecen en contextos funerarios, no faltan en sus poblados, donde, además de en cobre/bronce, pueden aparecer elaborados en metales preciosos (oro y plata) (Fernández Vega, A. 1987: 172). También los hallamos en el Bronce de la Mancha, tanto en algunos enclaves, a partir de la fase A del Bronce Pleno Reciente (Nájera Colino, T. 1984: 24), como en enterramientos; por ejemplo los identificados en El Cerro de la Encantada (Romero, H., y Sánchez Meseguer, J. S. 1988: 145). Este tipo de objetos se van a mantener vigentes largo tiempo –recordemos varias piezas de bronce y alguna argénteas de los túmulos de Pajaroncillo (Almagro Gorbea, M. 1973: 96-97; Fig. 36), ya del Primer Hierro–, lo que contribuye subrayar el escaso valor, para el diagnóstico cronológico, de estos objetos.

Al igual que sucede en La Ribera, estas piezas son poco abundantes a todo lo largo y ancho de la cuenca del Duero. Según todos los indicios, su cronología es relativamente avanzada, a juzgar por el contexto cultural en que se recuperan y la composición. El número de ejemplares se limita a una pieza de plata de la palentina Cueva Tino (Mave), atribuida al Bronce Antiguo regional (Delibes de Castro, G., y Pérez Rodríguez, F. J. 2002: 43-44; Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Herrán Martínez, J. I. 1999: 76; Fig. 2. 22), cuyo tamaño –65 mm de diámetro– permite interpretar que pudo haber sido utilizado como brazaletes. Otro ejemplar de este tipo es el zarcillo hallado en La Requejada. En este caso se trata de un simple hilo de bronce, con un 89'04% de Cu y 9'88% de Sn, de extremos aguzados que se enrolla en una sola espira de pequeño tamaño –17 mm de diámetro–, muy semejante al de El Gurugú, y que a juzgar por su ubicación junto al parietal derecho de una de las inhumaciones descubiertas en el yacimiento de San Román de Hornija, debió ser, sin duda alguna, empleado a modo de pendiente. La cronología de esta pieza

es claramente tardía, de la plenitud de Cogotas I; no olvidemos que en este enclave se halla representado un contexto propio de dicha Cultura, atribución que se ve respaldada por formar parte del ajuar de un enterramiento, junto a una fíbula de codo de tipo Huelva, situado a partir de fechas radiométricas entre el 850 y el 1010 a.C.

2.5. Fíbula

En este apartado incluimos una única pieza hallada en prospección en el yacimiento de Soto de Tovilla II. El ejemplar en cuestión se corresponde con los modelos siglos *ad occhio*. Se trata de un ejemplar bastante completo –solo le falta la aguja–, caracterizado por presentar sección lenticular y brazos levemente ensanchados, ojo y resorte de una sola vuelta y mortaja plana y ligeramente curvada para acoger la aguja. En cada brazo muestra finas incisiones paralelas, dispuestas en un friso continuo. Según se desprende del estudio de otros ejemplares semejantes, seguramente se realizó mediante el procedimiento de la cera perdida sobre una varilla recta, doblada en caliente y decorada posteriormente en frío con un punzón metálico sumamente aguzado.

Los análisis efectuados a la pieza demuestran que está compuesta de un bronce binario muy puro, con una proporción de estaño de 12%, sin adición de plomo; en consonancia, por cierto con lo que denotan los análisis de piezas peninsulares análogas como son los ejemplares de Perales (Blasco Bosqued, M.^a C., Rovira Llorens, S. 1992-1993: 403-404), Ría de Huelva (Rovira Llorens, S. 1995) o Mola D'Agrés (Rovira Llorens, S. 1989). Este detalle de su composición y particular dispersión de los ejemplares de la Península –eminentemente mediterránea–, nos permite suponer su presunto origen importado, tal vez desde el SE, y, en línea con las ideas de González Prats, su posible venida aprovechando una vía ganadera jalonada por yacimientos tan señeros como Peña Negra, Cerro del Real, Munera, Alarcón o Cerro de San Antonio (González Prats, A. 1993: 36), todos ellos con contextos de cerámicas carenadas y cronologías parejas a las asignables al Soto de Tovilla. Aunque tampoco debe descartarse una vía desde el SW, como la que se ha propuesto para la fíbula de San Román de Hornija (Delibes de Castro, G. 1978: 246), o incluso desde la fachada atlántica portuguesa, pues todos ellos son lugares reconocidos como centros dinámicos de la metalurgia del Bronce Final III peninsular.

Las fíbulas de codo ibéricas del Bronce Final son prototipos nacidos en el Oriente mediterráneo que pueden dividirse, básicamente, en un par de modalidades en función de su lugar de origen: el sirio-chipriota, en el cual caben los imperdibles denominados de tipo *Ría de Huelva* y el siciliano, que a su vez

se subdivide en fíbulas de codo simple –de bucle casi cerrado– y *ad occhio* –con el bucle realizado con una espiral completa en el punto de inflexión de ambos brazos–, modelo este último en que, como más arriba se apunta, se incluye el ejemplar identificado en Soto de Tovilla II.

Dentro del interés que tradicionalmente, el estudio de las piezas metálicas de la Edad del Bronce ha suscitado, y acaso por su exotismo las fíbulas peninsulares han merecido una especial atención entre la bibliografía referida a aquella Edad. Los trabajos al respecto del Prof. Almagro (Almagro Basch, M. 1940: 138-141; *Idem.* 1957-1958: 198-207; *Idem.* 1957: 7-46, etc.), aún vigentes, aportarían una correcta definición del tipo y rastro de su génesis y precisamente en ellos se habrían de inspirar ulteriores aportaciones surgidas al ritmo de nuevos descubrimientos. Almagro Gorbea (Almagro Gorbea, M. 1977: 524-525) y Delibes (Delibes de Castro, G. 1978: 244-246) en los años 70, Carrasco (Carrasco Rus, J., Pachón Romero, J. S., Pastor, M. y Gámiz, J. 1987: 88) y Gil-Masarell (Gil-Masarell, M., y Peña Sánchez, J. L. 1989) en la siguiente década y Blasco Bosqued (Blasco Bosqued, M.^a C. 1990) en los albores del 90 resumen básicamente la historia de la investigación en el ámbito hispano. De ellos, es oportuno referirnos aquí al citado en último término, en cuanto a que a partir del análisis del ejemplar madrileño de Perales del Río, se nos ofrece una valoración crítica de todas las piezas ibéricas. Un exhaustivo trabajo que, junto al indicado de Delibes para la fíbula de San Román de Hornija (Valladolid) o el que planteara Fernández Manzano (Fernández Manzano, J. 1986) para la totalidad de las de la Cuenca del Duero, necesariamente reducen nuestra aportación aquí a una mera labor de síntesis.

En primer término, refiriéndonos a los imperdibles acodados diremos que constituyen, como es bien sabido, los tipos más peculiares del suroeste de Europa y, en cierto modo, del Mediterráneo central durante la Edad del Bronce. El Prof. Almagro fijó su origen en el Mediterráneo y a él se debe igualmente la distinción de dos variantes –sirio-chipriota y siciliana– a partir de las cuales, y por aquella vía marítima, se habrían dado a conocer en la Península Ibérica, donde serán conocidas bajo la denominación genérica de “tipo Huelva”. En este sentido abunda Blasco Bosqued (1990: 122), quien, siguiendo las observaciones de Tusa, hará responsable de su presencia aquí a un tráfico comercial acaecido entre el final de la supremacía micénica y la implantación fenicia. Su arribada seguramente habría derivado a una asimilación del tipo por parte de los talleres metalúrgicos del levante y mediodía peninsulares, los cuales, a su vez, actuarían como focos reexportadores hacia tierras del interior de la Meseta Norte entre ellas.

De las casi dos docenas de ejemplares localizados en toda la Península Ibérica, seis lo fueron en ese último territorio, y de

ellos, cuatro fueron localizados en contextos más o menos claros. Tal es el caso de los hallados en San Román de Hornija (Valladolid) y Silos (Burgos), en sendos contextos de Cogotas I, mientras que un tercero del Berrueco, pese a ser fruto de una recogida superficial, casi con seguridad ofrecería idéntica vinculación. El cuarto, localizado en superficie junto a una serie de materiales cerámicos, en el yacimiento burgalés de La Solana (Modúbar de la Emparedada), cabe atribuirlo a una comunidad relacionada con el “Bronce Final del valle del Ebro” que se asentó en el “NE de la Submeseta Norte” (Arnáiz Alonso, M. A., y Montero Gutiérrez, J. 2004: 234-237; Fig. 3. 5).

De las tres piezas, tan sólo la vallisoletana ofrece un aceptable estado de conservación, lo cual no es óbice para comprobar que todas ellas se corresponden con el tipo documentado en el pecio de la Ría de Huelva, cuyo distintivo más relevante sería el gallonamiento de los brazos del arco. Tal característica, como es bien sabido, ha servido para distinguir a los modelos de inspiración sirio-chipriota, entre los que, además, han de integrarse otro ejemplar de la Meseta, custodiado en el Museo de Barcelona y el jienense del Cerro de la Miel en Moraleda de Zafayona (Carrasco Rus, J., Pachón Romero, J. S., Pastor, M. y Gámiz, J. 1987: 88). A no ser un cierto solapamiento cronológico, poco tienen que ver, en suma, con los ejemplares igualmente acodados del Cerro de Alcalá, Monachil, o Museo de Valencia –de puentes más estilizados y somera decoración incisa–, y menos aún con la variante *ad occhio* de Perales del Río, Mola d’Agres o Casal do Meio.

Con más fortuna que para otros tipos metálicos del Bronce Final de mucho más imprecisa definición temporal, la datación de estas fíbulas de codo se ajusta a unos márgenes bastante cortos, en principio entre los inicios del siglo XI –la fecha de los prototipos chipriotas y la obtenida mediante análisis radiocarbónico en el Cerro de la Miel (1080 a. C.)– y el 850 a. C., que proporcionarían las dataciones absolutas de la Ría de Huelva. Aún más, y en un intento de aquilatar esta cronología, nosotros mismos propugnaríamos que su difusión acaeció en un momento próximo al siglo X a. C. (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Rodríguez Marcos, J. A. 1990). Como argumentos, por un lado, la probabilidad de que buena parte de la *chatarra* del depósito de la Ría, incluyendo las fíbulas, estuviera en uso hacia el año 1000 a. C. (Fernández Miranda, M., y Ruiz Gálvez, M.^a L. 1980), cuanto, por otro, la datación del yacimiento de San Román.

Para el mismo se poseen sendas fechas de C 14 sin calibrar –1010 y 870 a. C.– que en principio, bien es cierto, podrían resultar bastante alejadas entre sí para datar una ocupación que, como revela su ocupación vertical, debió ser bastante efímera. Algo explicaría, en este sentido, la amplísima desviación estándar de una y otra fecha, ± 150 y 90 respectivamente, si bien, y

pese a todo, juzgamos más conveniente aproximar su cronología a la más antigua de las dos, dentro del siglo X en todo caso. Además de la citada referencia cruzada de la Ría, la respalda un buen número de dataciones radiocarbónicas obtenidas en yacimientos afines al de San Román, entre las que predominan las ubicadas en la primera mitad de la X centuria (Delibes de Castro, G., y Fernández-Miranda, M. 1986-1987).

En este mismo sentido, el de la cronología, mucho menos precisas, serían las referencias del Berrueco, donde como en Sanchorreja, en un mismo nivel estratigráfico se mezclan materiales teóricamente de la Edad del Bronce, con otros del Hierro (Maluquer de Motes, J. 1958 a), de la misma manera que el hallazgo de Silos en un nivel céltico, en palabras de su excavador (González Salas, S. 1945: 20), tan sólo trasluciría que se trata de un yacimiento cogotiano del momento de esplendor.

Recordamos, por último, que pese a la inequívoca condición chipriota de los tres ejemplares analizados, el tipo de ornamento que ostentan en los brazos es diferente. En el caso de la vallisoletana, el gallón presenta unas finas estrías longitudinales, más “a lo siciliano”, la del Berrueco, con marcadas acanaladuras, reitera el esquema más característico de las proximoorientales, mientras que la de Silos ofrece una original disposición en retícula. Plenamente convencidos de que esta diversidad en poco o en nada trasciende a la cronología, la decoración del último ejemplar, que sepamos única –lo es igualmente el muelle de doble vuelta frente al habitual sencillo–, apuntaría a la existencia de procesos de fabricación regional, una vez que se difunde la idea del tipo. Sin ningún dato arqueológico firme –vestigios ligados al proceso de fundición–, y por simple cautela, admitimos asimismo la posibilidad de que se trate de importaciones desde el suroeste, seguramente a través de la vía de la Plata, si tenemos en cuenta que la misma, tradicionalmente, ya desde el Calcolítico, jugó un papel importante en la difusión de ciertas manufacturas hacia el norte y que lo seguirá desempeñando en épocas posteriores al Bronce.

Por su parte, sobre las fíbulas de codo *ad ocbio* diremos que en la península conocemos cerca de una decena. De entre todas ellas, las de Perales del Río (Blasco Bosqued, M.^a C. 1987 a) y Casal do Meio (Spindler, K., y Da Veiga Ferreira, O. 1973) son las que más se aproximan a la localizada en Soto de Tovilla II, disponiéndose también sobre sus puentes finas incisiones metopadas; muy semejante a la de Mola D’Agrés, aunque este caso muestra mayor número de vueltas en uno de los ojos y su decoración, también incisa, está compuesta por triángulos rellenos afrontados (Gil-Mascarell, M., y Peña Sánchez, J. L. 1989). La repartición de las fíbulas *ad ocbio* por la Península afecta fundamentalmente al mediodía, pues en el interior de la Meseta solo responden a este modelo los ejemplares de Perales del Río

y Tudela de Duero. Ahora bien, debemos apuntar que esta dispersión se asocia a dos contextos diferentes bien reflejados en Perales y Casal do Meio, Cogotas I avanzado para el pequeño poblado de “fondos” madrileño y Bronce Final del SO para el portugués, caracterizado este último por presentar en su cultura material un conjunto de cerámicas lisas y con perfiles de carena marcada, algunas de ellas con orejetas perforadas horizontalmente, las cuales encuentran parangón en las cerámicas del tránsito Bronce-Hierro peninsular. En esta misma dirección apuntan ciertos documentos como el del poblado crevillentino de Peña Negra, donde González Prats constata en el estrato P.N. I (850-750 a. C.), junto a numerosas cerámicas bruñidas carenadas, alguna de ellas decorada con finas incisiones, una fíbula de codo en un nivel anterior a otro –ya con importaciones fenicias– en el que comparecen las típicas fíbulas de doble resorte (González Prats, A. 1983). En el Cerro de la Miel aparecieron, junto a una magnífica espada de lengua de carpa, varias fíbulas de las que, siguiendo la secuencia, destacan las acodadas por su mayor antigüedad, asociadas a cerámicas carenadas post-cogotianas similares, nuevamente, a las soteñas y con fechas próximas a los siglos XI-IX a. C. (Carrasco Rus, J., Pachón Romero, J. S., Pastor, M. y Gámiz, J. 1987: 125).

Si, siguiendo a Ruiz-Gálvez (Ruiz-Gálvez Priego M. 1993: 49-50), situamos estas producciones metálicas mediterráneas desde el siglo XI hasta el IX a. C., no sería problemático asociar la pieza de Tovilla a cualquiera de los dos contextos marcados por las cerámicas de este yacimiento que, como ya hemos mencionado, remiten tanto a una fase avanzada de Cogotas I como a la inicial del Soto, pues las más recientes cronologías establecidas para estas culturas caben perfectamente dentro de ese margen cronológico (Castro Martínez, P., Micó, R. y Sanahuja, M. E. 1995; Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., y San Miguel Maté, L. C. 1995: 153-156).

2.6. Cincel

Disponemos de un útil de este tipo que ha sido identificado en Soto de Tovilla II. Su descripción es como sigue:

Se trata de un cincelillo de sección cuadrangular de 40 mm de longitud por 4 mm de anchura máxima y 3 de espesor.

En lo referente a su composición diremos que para la fabricación de esta pieza hallada en el yacimiento de Tudela de Duero (PA6134), se emplea un bronce de aleación ternaria, que muestra un 79’12% de cobre, un 16’24% de estaño y un 4’42% de plomo; proporción ésta que denota una aleación intencionada de este metal.

Siguiendo la definición de Nicolardot y Gaucher (Nicolardot, J. P. y Gaucher, G. 1975), con el término de cincel se designa

a láminas estrechas en uno de cuyos extremos se ha formado un corte rectilíneo perpendicular a su eje longitudinal. Los mismos estarían destinados a trabajar determinadas materias orgánicas –cuero, madera, etc.– u otras inorgánicas caso de piedra, metal, etc.

Tipológicamente, tres son los modelos reconocidos –simples, de espiga y de cubo–, siendo con el primero de ellos con los que se identifican los tres ejemplares recuperados en la cuenca del Duero en yacimientos Cogotas I, uno salmantino de la Mesa de Carpio Bernardo y los vallisoletanos de Soto de Tovilla II en Tudela de Duero (Fig. 12. 3) y Carricastro en Tordesillas. Un número, pues, bastante exiguo si lo comparamos con otras piezas de porte sencillo, hachas planas o leznas, por ejemplo, pero que acaso podría incrementarse considerablemente si valoráramos como tales algunos fragmentos mesiales y de la base –numerosos en Carricastro– que por su deterioro resulta imposible determinar si se trata de parte de cinceles o si, por el contrario, corresponden a leznas o, sencillamente pequeños lingotes.

Nuestras tres piezas aparecen estructuradas a partir de otras tantas láminas de sección cuadrada (ligeramente oblonga en la parte central del de la Mesa de Carpio), que muy posiblemente utilizaron enmangadas. Su pequeño tamaño –35 mm la de Carpio, 40 mm la de Soto de Tovilla II y 52 mm la de Carricastro– hacen plausible la idea, como así mismo el hecho de que la salmantina posea un ligero estrechamiento basal, adecuado para insertarlo en un asidero de madera o hueso, y aún más explícita resulta la ausencia de restos de martilleo en la zona proximal de los otros dos. Por lo demás, las tres están constituidas por un sencillo espigo con uno de los extremos afilado, de flancos rectos los de Soto de Tovilla II y de Carricastro, mientras que los de la Mesa de Carpio son ligeramente sinuosos, más estrechos en la zona proximal, como vimos, y en un punto inmediatamente anterior a la cuerda del filo.

Será precisamente elementalidad de diseño, junto a su gran eficacia instrumental, la circunstancia que sin duda determinó que muy pronto, apenas experimentada la técnica metalúrgica, comenzaran a fabricarse junto a otros prototipos –leznas o hachas planas– que por idéntico motivo, comiencen a sustituir a las de soporte lítico desde los inicios de la Edad del Cobre. Nada aventuramos al suponer que fueron también aquellas razones –sencillez y efectividad– las que habrían de determinar una larga perduración de todos estos modelos, cual pone de manifiesto el que incluso durante el Hierro se sigan moldeando láminas planas o, que en el caso de los cinceles de tipo simple, los mismos, sin prácticamente ninguna variación, perduren hasta el término de la Edad del Bronce prácticamente en todos los ámbitos culturales europeos.

Así las cosas, resultaría tarea baladí intentar una recopilación exhaustiva de paralelos como aproximación a las piezas cog-

teñas que ahora se presentan. Nuestra renuncia sin reserva en este sentido y, en todo caso, sirva de recordatorio que los mismos proliferan en ambientes millareses –en Lugarico Viejo, por ejemplo (Siret, E., y Siret, L., 1890, Lám. 16. 26)–, se conocen así mismo en las campiñas cordobesas durante el Calcolítico precampaniforme (Carrilero Millán, M., y Martínez Fernández, G., 1985: 212; Fig. 16h-i) y se han documentado así mismo en el yacimiento zamorano de Los Bajos, Vecilla de Trasmonte (Marcos Contreras, G. J., Martín Carabajo, M. A., Misiego Tejeda, J. C., Pérez Rodríguez, F. J., y Sanz García, F. J. 1994: Fig. 1. derecha), encuadrado en el horizonte tipo Las Pozas, correspondiente, como es sabido, al primer Calcolítico en el occidente de la Cuenca del Duero.

El mundo campaniforme –el caso de Montefrío (Arribas Palau, A., y Molina González, F. 1978: 28)– conoce igualmente la presencia de tales útiles, de la misma manera que proliferarán entre las poblaciones argáricas, en el mismo poblado de El Argar (Schubart, H. y Ulreich, H. 1991: Lám. 83. 257; Siret, E., y Siret, L. 1890: Lám. 26, 68 y 72) u otros hallazgos de cronología equivalente como lo son el depósito granadino de Mazarra (Almagro, 1967, E. 18, 1.1), los del escondrijo mallorquín de Cas Corraler (Delibes de Castro, G., y Fernández Miranda, M. 1988: 121) y se documentan así mismo en el Bronce Manchego caso del yacimiento palustre de El Acequión, en Albacete (Martín, C., Fernández Miranda, M., Fernández-Posse, M.^a D., y Gilman, A. 1993: Fig. 9. a) o el ciudadareño de Granátula de Calatrava (Nieto Gallo, G., y Sánchez Meseguer, J. 1980: 128).

Amén de los ejemplares de Tovilla, Carpio y Tordesillas, de un momento avanzado dentro de Cogotas, con suma facilidad se pueden hallar otros cinceles simples durante el Bronce Final. Los del depósito de Kerguerou-en-Rédené, del Bronce Final II (Briard, J. 1965: Fig. 61), o el también galo de Larnaud, en su caso del Bronce Final III (Nicolardot, J. P., y Gaucher, G. 1975: Fig. 7 y 8), coincidiendo por lo demás con la datación de las piezas de los escondrijos portugueses de Porto do Concelho, Maçao (Jalhay, E. 1944: Fig. 14. 2) y Coles Samuel, en la Beira Litoral (Horta Pereira, M. A. 1971: Fig. VI. 18).

Sin dificultades, de este modo, se pueden recoger una amplia panoplia de paralelos de muy dispar cronología que, pese a que habitualmente superen con creces el tamaño de los nuestros –13'5 cm el de Coles Samuel y hasta casi 40 cm uno balear de Cas Carraler, aunque no los de Larnaud o Maçao, de 3'5 y 5'5 cm, respectivamente– lo cierto es que en su totalidad responden a idéntico diseño, de sección cuadrangular y filo transversal corto, evidenciando, en suma, que se trata de manifestaciones de una misma realidad. Al margen de estas consideraciones de índole formal, existe, por supuesto, un elemento clave de discriminación para todas estas referencias,

como es el de la composición metálica. En este sentido, advertimos que los cinceles de Soto de Tovilla II y Carricastro cuentan con análisis espectrográficos cuyos resultados revelan que se trata de bronce de óptima calidad –10'76% y 16'24% de Sn, respectivamente– en la línea de los que arraigan al término del Bronce Pleno y los inicios del Bronce Final.

De esta manera, todos los paralelos de época Calcolítica quedarían de inmediato invalidados e incluso los del Bronce Medio si tenemos en cuenta que, aún cuando un ejemplar del depósito mallorquín de Cas Corraler (los únicos que sepamos espectrografiados) supere ampliamente –un 23%– el cociente estannífero de los vallisoletanos, en su colada el plomo se reduce a niveles de mera impureza. Contrariamente, el 1'004% de Pb del cincel de Carricastro y el 4'42% del de Soto de Tovilla II, casi con toda seguridad nos habla de una adición

intencionada de tal elemento, en la línea de las aleaciones ternarias que, como ya es de sobra conocido, van a caracterizar a los bronce occidentales a partir de los inicios del último milenio antes de la era.

En definitiva, y sin necesidad de recurrir a una relación exhaustiva de paralelos, nada extraña resulta la presencia de este tipo de cinceles en contextos modernos de Cogotas I –los hay en todo el Bronce Final europeo, conviviendo incluso con modelos evolucionados, de cubo, y lo avala la composición metálica–, y menos aún cuando sabemos que precisamente una de las características fundamentales de la metalurgia cogotiana, va a ser su gran arcaísmo, hasta el punto que lezna, hachas planas o puñales de roblones constituirán los modelos básicos de su elenco metálico, incluso en las etapas más evolucionadas.

3. INDUSTRIA LÍTICA

Englobamos en este apartado cualquier tipo de industria ejecutada sobre material pétreo, independientemente de la técnica empleada en su elaboración y la naturaleza de la materia prima. Por consiguiente se contemplan, además de los restos líticos tallados, los pulimentados y otros, que incluimos en el grupo de diversos, en cuya elaboración intervienen técnicas variadas (incisión, perforación, etc.). Aunque la industria lítica tallada es, con mucho, la más numerosa, también contamos con un cierto elenco de restos pulimentados y otros, tales como molinos de mano, alisadores, etc.

3.1. Industria lítica tallada

Pese a hallarse representada en la mayor parte de los yacimientos (el 85'65% registran algún resto de esta clase), su entidad es sumamente pobre. Esta pobreza resulta mucho más evidente si la sometemos a comparación con la industria cerámica recuperada, que en la Edad del Bronce de La Ribera constituye con gran diferencia el elemento más significativo. A pesar de este pequeño volumen, entendemos, que su análisis resulta interesante porque su conocimiento contribuye a una cierta comprensión de un estadio dentro de la evolución técnica en el utillaje humano, que viene representado por la fase terminal de esta producción, sin duda en paralelo con el desarrollo de otras actividades complementarias y/o sustitutivas.

Dentro de las industrias líticas talladas que aquí se analizan, la **materia prima** fundamental y en muchos enclaves exclusiva, es el sílex, el cual, salvo contadas excepciones, es de buena

calidad. Su clasificación e identificación se ha efectuado *de visu*, a falta de análisis petrográficos. Por ello, las consideraciones que seguidamente realizamos han de ser tomados con la debida cautela.

Hasta donde sabemos, el sílex está completamente ausente de las inmediaciones de los yacimientos de la zona investigada, y en nuestras prospecciones en La Ribera vallisoletana no hemos encontrado signo alguno de su afloramiento; ni en las calizas duras de los sectores de páramo que se engloban en nuestro territorio, ni en las zonas de cornisa que flanquean los valles que recorren el sector. Esta impresión actual nos lleva a considerar que desconocemos la procedencia concreta del sílex presente en nuestros enclaves, por lo que podríamos suponer que se trata de una roca de origen alóctono a la zona. Sin duda, establecer su procedencia deberá constituirse en uno de los objetivos que habrán de quedar abiertos a futuras investigaciones, con la intención de que ello sirva de base para el establecimiento de los circuitos de tránsito de materias primas, con todo lo que ello conlleva.

El sílex de nuestros yacimientos es normalmente de color blanquecino; aunque algunas veces tiene un tono más oscuro, y aparecen nódulos de color grisáceo. Tiene una textura granulosa, en ocasiones irregular, y los nódulos son frecuentemente inutilizables, debido a imperfecciones y fisuras que penetran el nódulo hasta el centro. Se conoce también sílex de color rosa, amarillo, y de tonos intermedios, pero siempre en cantidades mínimas. Estas modalidades suelen ser de mejor calidad que la variedad común. Una variedad superior, que

admite una talla más precisa, es el sílex tabular, de color de miel, del que también desconocemos su procedencia.

Existen también otras rocas con un grado mayor o menor de tenacidad que han sido utilizadas como soporte para la industria lítica tallada, y cuya presencia resulta en la mayoría de los casos fundamental. Nos referimos fundamentalmente a la cuarcita: Hay ejemplos de su empleo en un buen número de yacimientos de diversas épocas (Pico del Castro, El Castillo de Rábano, El Cementerio-El Prado, etc.). En ocasiones aparece en forma de lascas sin retoque, aunque preferentemente se emplea para la elaboración de dientes de hoz, de lo que pueden ser ejemplo los lotes localizados en El Castillo o El Gurugú y, en menor medida, de algunos cantos tallados unifacialmente como el recuperado en La Plaza. En La Ribera vallisoletana no existen afloraciones masivas de este material, pero en cambio es muy frecuente en forma de cantos rodados en las terrazas fluviales (los distintos niveles de terrazas del Duero y Duratón), por lo que su aprovisionamiento no debió resultar, en absoluto, complicado.

Un aspecto de interés dentro de estas industrias radica en lo que podríamos denominar el **análisis tipométrico**. Contemplamos en este apartado el estudio de los productos de talla no retocados. Su comprensión se ve dificultada por dos factores: el estado fragmentario de buena parte de las evidencias y la, tantas veces comentada, escasez de las mismas.

La industria lítica tallada de la Edad del Bronce de La Ribera se plasma, a grandes rasgos, preferentemente, sobre lascas cortas y gruesas, de mala talla técnica, y no sobre hojas o láminas. Hay un dominio abrumador de lascas, que ha quedado reflejado en algunos datos: se han controlado en nuestros enclaves solamente unas pocas láminas y poco más de un par de núcleos de láminas.

La técnica de talla en la mayoría de los útiles es la denominada “martillo duro” o percusión directa, con una piedra redondeada –percutor o martillo– o palo de madera dura –de tipo boj–. Se nota por la forma corta y gruesa de las lascas y las imperfecciones características que produce este tipo de percusión, apreciándose especialmente en los denominados “dientes de hoz”. Con la excepción de tres raspadores, seis puntas de flecha y alguna pieza con retoque plano invasor bifacial, no se advierte con claridad el empleo de la técnica a presión. En general, se aprecia, lo que podríamos calificar, una falta de aptitud en la talla de la piedra, unido a que la dudosa calidad de la mayor parte de los materiales empleados en la zona pone dificultades a la calidad de los trabajos.

En el apartado del **Análisis de la tipología** de los útiles, hemos seguido la lista-tipo elaborada por J. Fortea (Fortea Pérez, J. 1973: 58-59), que pese a sus inconvenientes viene siendo la

más usada por los investigadores de la época que ahora nos ocupa. Somos conscientes de las lagunas y deficiencias que la aplicación de este método supone, por cuanto hace hincapié en múltiples grupos que en nuestros conjuntos líticos no aparecen o su presencia es puramente accidental (microburiles, geométricos, laminitas de borde abatido, etc.). En cambio, falta por definir con mayor precisión otros (dientes de hoz, puntas de flecha, etc.), lo que origina que el grupo de los diversos sea el más nutrido. A pesar de todo, nos hemos visto obligados a emplear la citada lista-tipo, puesto que con el volumen de información de que disponemos resulta inviable, a la par que un esfuerzo baldío, intentar acometer una clasificación tipológica *ex novo*.

La propia escasez de las evidencias, así como la procedencia de prospección en buena parte de ellas, conlleva toda una serie de dificultades añadidas:

- Imprecisión en las atribuciones cronológicas.
- Alteraciones postdeposicionales que pueden haber modificado la fisonomía original de muchas de las piezas.
- Imposibilidad de acercarnos a la funcionalidad concreta de los yacimientos y, por consiguiente, a la de los útiles allí representados.

Todo ello hace que estas páginas no puedan ser consideradas sino como una clasificación preliminar, destinada a perfilar líneas generales en la evolución de la industria lítica tallada en la Protohistoria de La Ribera vallisoletana y por lo tanto susceptible de modificación y perfeccionamiento conforme vayan avanzando las investigaciones. Somos conscientes también de que la validez de lo aquí expuesto tiene otro condicionante en la propia restricción del ámbito geográfico al que se ve circunscrito.

Si a todo ello añadimos la escasez de estudios tipológicos en profundidad para la época que nos ocupa, nos hallamos ante un panorama poco halagüeño, que debemos no obstante intentar superar, aportando el estudio de la información que disponemos como base para futuras investigaciones.

A la hora de referirnos a la atribución cronológica, hemos clasificado los restos en tres grandes grupos cronológicos-culturales (Bronce Antiguo, Bronce Medio y Bronce Tardío-Final), con el objeto de intentar precisar lo más posible la evolución de esta industria, ya que resulta imposible, dada la falta de efectivos, intentar una comparación a nivel de yacimientos de una industria que, por otra parte, es sencilla, repetitiva y coherente, con apenas una docena de tipos que permiten su clasificación funcional.

A excepción del retoque de buril, están presentes todos los modos definidos por Laplace (Laplace, G. 1974: 108-110).

390 El más frecuente por su presencia en la práctica totalidad de los yacimientos, y que constituye la base de la mayoría de los útiles, es el retoque simple que por sí mismo resulta poco definitorio. El retoque abrupto conforma piezas poco abundantes como lascas/láminas de borde abatido y fracturas retocadas, pero es especialmente significativo su uso como retoque complementario en los dientes de hoz, bien creando dorsos, bien truncaduras. Por su parte, el retoque plano se ve relegado a escasas piezas de retoque cubriente y puntas, que muy ocasionalmente se han recuperado, tanto en prospección, cuanto en excavación.

3.1.1. Raspadores

Se trata de un grupo cuya presencia se circunscribe a un par de piezas recuperadas en otros tantos yacimientos asociados a materiales de atribución Campaniforme (Pico del Castro y El Cujón –Sector A–) y a otro más que, en este caso, se relaciona con materiales del Bronce Tardío-Final (Soto de Tovilla II). Podemos entender que se trata un útil propio del sustrato que mantiene su vigencia como una herencia en las primeras etapas de la Protohistoria, especialmente durante el final del Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce, pero que va a mantener su presencia con el avance de los siglos.

En lo referente a los tipos, apuntar que se hallan representados los de frente semicircular en extremo de lasca (Pico del Castro) y en extremo lámina retocada (El Cujón –Sector A– y El Soto de Tovilla II). Lo reducido de la muestra no nos permite hacer ninguna precisión mayor en lo concerniente a la caracterización cronológica de esta pieza.

Finalmente, queremos destacar una característica de estos útiles durante la Protohistoria de La Ribera, que nos aleja de los conjuntos más antiguos del valle del Duero.

La ausencia de microlitismo

3.1.2. Perforadores

No se conoce ningún útil que se pueda asociar a este grupo.

3.1.3. Buriles

No se conoce ningún útil que se pueda asociar a este grupo.

3.1.4. Lascas y láminas con borde abatido

No es un grupo muy frecuente, ya que sólo contamos con dos efectivos. Este escaso número y la baja representación porcentual que alcanzan parece ser algo bastante común en los yacimientos de habitación a partir del Neolítico (Cava, A. C. 1986: 29-30).

En lo que concierne a nuestros yacimientos diremos que únicamente se distingue un tipo: láminas con borde abatido.

Atendiendo a su distribución por yacimientos, apuntar que dichas láminas de borde abatido aparecen en El Estepal y Un Cabo. La atribución cronológica de los materiales que comparecen en estos lugares, propios del Bronce Medio en el primero de los casos y del Bronce Pleno/Final en el segundo, sirve para poco más que para poder constatar la presencia en nuestros lares de esta clase de útiles en momentos avanzados del periodo.

3.1.5. Muecas

Contamos tan sólo con dos piezas recuperadas en prospección en el yacimiento de La Ermita. Dentro de los diferentes tipos establecidos por J. Fortea, en ambos casos se trata de muecas sobre lasca. Como puede apreciarse en las páginas dedicadas a la descripción del yacimiento, en el mismo comparecen diversos materiales cerámicos (Campaniforme y Protocogotas) que dificultan la datación del conjunto al que se asocian los útiles citados.

En principio, la presencia de esta clase de piezas en otros yacimientos de similar cronología a los de la última ocupación del yacimiento de Traspinedo, caso de La Loma del Lomo de Cogolludo (Martínez Sastre, V. 1992: 290), entorpece la atribución de la pieza pues demuestra la perduración del tipo hasta, cuando menos, mediada la Edad del Bronce.

3.1.6. Diversos

Es uno de los grupos con mayor número de efectivos, lo que viene a poner de manifiesto:

- La validez relativa de la aplicación de la mencionada lista-tipo para momentos protohistóricos. Como ya hemos explicado anteriormente, su empleo podría considerarse como un “mal menor” ante la carencia de alternativas basadas en amplios estudios sistemáticos de estas industrias líticas tardías.
- El retroceso de la tradición tipológica del Paleolítico-Epipaleolítico-Neolítico, a favor de una mayor importancia del Calcolítico-Bronce, representado en la lista-tipo de Fortea básicamente en este grupo.

Por todo lo expuesto anteriormente, nos vemos en la obligación de buscar un desarrollo más detallado de este grupo. Partimos para ello de clasificaciones alternativas realizadas por diversos investigadores. Éstas se expondrán en el capítulo correspondiente, con una adecuada valoración de su funcionalidad y validez para el caso concreto en que se adoptan.

- **Foliaceas apuntadas:** No hemos identificado en el sector ningún útil de este tipo.

- **Piezas con retoque paralelo cubriente:** Bajo tal epígrafe se incluye en la lista-tipo de Fortea cualquier pieza con retoque plano, cubriente o invasor, unifacial o bifacial. De hecho comprende dos tipos de piezas:
 - > Lascas y láminas con retoque plano.
 - > Puntas de flecha.

En el primer grupo únicamente podemos hacer mención, en La Ribera vallisoletana, a una pieza procedente de El Carrascal (Fig. 14. 7). Se trata de una gran lasca cortical sobre sílex tabular con retoque plano invasor bifacial.

Las puntas de flecha están representadas por un corto número de piezas, quizá más corto de lo que cabría esperar dentro de un nutrido grupo de yacimientos de finales de la Edad del Cobre y la Edad del Bronce. Contamos únicamente con seis piezas; cuatro recuperadas en prospección y el resto en excavación. Tres de ellas se asocian a materiales atribuibles al momento Campaniforme (El Carrascal) (Fig. 14. 10, 11 y 12), otras dos al Bronce Medio (El Carrizal [Fig. 51. 2], El Cujón [Sector B] [Fig. 166. 7]) y una al Bronce Tardío-Final (Soto de Tovilla II) (Fig. 12. 4).

La materia prima empleada para su elaboración es en todos los casos el sílex. La variedad de un sílex de color acaramelado se convierte en el soporte de un ejemplar (El Carrascal); en el resto se emplean distintas modalidades de sílex blanquecino alóctono.

A la hora de su estudio, nos encontramos con que, salvo una pieza que se halla sumamente incompleta y no permite reconstruir su perfil (El Cujón - Sector B), el resto, en mayor o menor medida, nos faculta para poder determinar el tipo al cual pertenecen. Todas ellas corresponden al tipo de pedúnculo y aletas. Se observan diferencias según sea la disposición y delineación de estas partes de la punta de flecha. Se observan diferencias según se trate de pieza de alerones (aquí tendrían cabida dos ejemplares procedentes de El Carrizal) o de aletas desarrolladas (la pieza restante de El Carrizal, El Carrizal, y Soto de Tovilla II). En cuanto a los pedúnculos, en todos los casos en que éste se conserva, cabe apreciar que está bien marcado, pudiendo advertir que es redondeado, salvo en un caso que es apuntado (Soto de Tovilla II).

Otro aspecto a tener en cuenta es el tipo de retoque empleado. En todas las piezas corresponde al tipo plano, adquiriendo en algunas (El Carrascal) una gran perfección por su amplitud y el paralelismo de las extracciones. Según la primera característica, puede ser invasor o cubriente, permitiendo observar en alguna pieza de El Carrascal el córtex de la tableta, en tanto que otra conserva parte de la cara ventral sin retocar. El ejemplar de El Cujón (Sector B), se halla provisto, como complemento, de un microrretoque marginal que confiere al filo un aspecto ligeramente denticulado.

A la hora de la valoración, resulta significativo el hallazgo de ejemplares con pedúnculo y aletas, tipo considerado dentro de este armamento como el más evolucionado y tardío. Como es bien sabido, esta clase de útiles aparecen frecuentemente asociadas a contextos Ciempozuelos, hasta el punto de ser consideradas por Delibes “fósiles guía de la cultura del vaso campaniforme” (Delibes de Castro, G. 1977: 119). Este autor recoge una amplia lista de yacimientos donde aparecen estos tipos, dejando constancia clara de su amplia dispersión. Las encontramos, por ejemplo, en enclaves como la Cueva de la Mora de Somaén (Barandiarán, I. 1975: 47, Fig. 25), El Ventorro (Priego Fernández del Campo, C. y Quero Castro, S. 1992: 127-206), o, el tantas veces citado Cerro de La Virgen de Orce (Schüle, W. 1980); lugares estos dos últimos donde resultan sumamente habituales esta clase de útiles. De igual modo, podemos señalar que piezas como la que aquí damos a conocer, tienen su origen en momentos precampaniformes, hasta el punto de constituir uno de los elementos líticos más característico de dicho momento calcolítico en la cuenca del Duero, encontrando nutrida representación en yacimientos de dicho periodo como Cantazorras de Donhierro (Segovia) (Delibes de Castro, G. 1973: 388, Fig. 2. 5, 6 y 9), Las Pozas en Casaseca de las Chanas (Zamora) (Val Recio, J. M.^a del, 1992: Fig. 5), o los Cercados en Mucientes (Valladolid) (Herrán Martínez, J. I. 1986). Pese a este remoto origen, lo cierto es que las puntas de flecha de aletas y pedúnculo perduran largo tiempo, llegando a alcanzar los momentos más avanzados de la Edad del Bronce, por lo que no es extraña su presencia en yacimientos de la plenitud cogotiana; de echo así lo pone claramente en evidencia su presencia en el interior de un hoyo del yacimiento de la plenitud cogotiana de Los Cenizales en Barcial del Barco (Zamora) (Rodríguez Marcos, J. A., y Val Recio, J. M.^a del, 1990: 201-205).

Elementos de hoz

Dentro de la industria lítica tallada, es, sin duda alguna, el útil más representativo de los yacimientos que estamos estudiando, a lo largo de todo el periodo, y muy especialmente a partir del Bronce Medio, momento en que se documentan en el 52'17% de las localizaciones controladas. Para esta época contamos con un total de 22 piezas, lo que supone el 47% de los útiles tipologizables y lo convierte en el tipo más frecuente. En la mayor parte de los yacimientos su presencia constituye más de la mitad del utillaje lítico identificado. Su presencia se intensifica ciertamente a lo largo del Bronce Tardío-Final. Durante esta etapa este tipo de piezas se identifican en el 60% de los enclaves. En esta etapa su presencia aumenta su proporcionalidad respecto al resto del utillaje lítico. Así, por ejemplo, en El Cementerio-El Prado constituyen el (62'22%) de los útiles tipologizables reconocidos, en tanto que en El Gurugú constituyen

el (90%). Por el contrario, en otros yacimientos excavados de cierta entidad, como el Soto de Tovilla I su representación es escasa o nula.

Es interesante, en este sentido, presentar los datos aportados por lugares como la estación Arqueológica de Moncín (Borja, Zaragoza), que proceden de excavación y aportan una larga trayectoria cronológica. En este yacimiento se advierte como esta clase de piezas representan el 71'6% de los útiles tipologizables hallados en el lugar (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994: 175). También se aprecia como esta clase de útiles proliferan especialmente a partir de la Fase IIE hasta el final de la ocupación prehistórica en la Fase IIA, es decir a medida que va avanzado la Edad del Bronce. De hecho, la proporción entre denticulados y elementos de hoz va evolucionando desde un porcentaje de éstos ligeramente superior al 10% en la Fase IIE (Bronce Antiguo), hasta el 88% en la Fase IIB (Bronce Tardío) y el 90% en la IIA (Bronce Final) (Harrison, R. J., y Meeks, N. D. 1987: Fig. 1). Este dato puede ser relevante a la hora de plantear una posible evolución en la intensificación de la producción agrícola durante la Edad del Bronce. El crecimiento rápido de las hoces concuerda en este enclave con el incremento del número de silos, con el crecimiento de los molinos de piedra y de los cereales carbonizados, indicativos todos ellos de lo que es definido por los autores como “un giro hacia el cultivo de cereales desde la Fase IID” (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994: 177).

La cuantía y representatividad de este útil durante el Bronce Antiguo de nuestro ámbito es bastante más baja, pues únicamente se han recogido seis piezas (Pico del Castro, El Carrascal, Casa de Margüello, Castillo de Peñafiel). No obstante su porcentaje general lo sitúa en el 13%. La proporción de yacimientos en que está representado es significativamente inferior a la observada en Bronce Medio, suponiendo, como ya hemos indicado, el 52'17% de las localizaciones.

Su perduración durante el Bronce Pleno-Final resulta evidente a raíz de los hallazgos de El Cementerio-El Prado, El Roble, El Gurugú o Fuente de Boecillo. Su cuantía durante este momento se mantendrá sin grandes variaciones hasta el final de la etapa, según puede apreciarse en lugares, próximos a nuestro entorno, como La Requejada de San Román de Hornija (Rodríguez Marcos, J. A. 1985: 70; Fig. 17. 47-48 y Fig. 30. 12). Por el contrario, en el valle medio del Duero, la persistencia en el empleo de este útil durante la Protohistoria avanzada parece perderse casi por completo en el tránsito entre el Bronce Final y la Edad del Hierro; esto es, coincidiendo con el desarrollo de la cultura de El Soto de Medinilla. En este sentido diremos que, de hecho, no se recoge cita alguna de su presencia en los yacimientos vallisoletanos merecedores de esta atribución. Incluso, podemos apuntar que no nos parecen nada claras las identi-

caciones de algunos dientes de hoz hallados en el entorno inmediato, en los ambientes soteños de Benavente (Celis Sánchez, J. 1993: 129 Fig. 14), Castromocho (Lión Bustillo, F. J. 1993: 119) o Ledesma (Bénet, N., Jiménez, M. C., y Rodríguez, M. B. 1991: 130), así como en otras zonas más alejadas, en algunos enclaves castreños sorianos (Romero Carnicero, F. 1991: 324) y en los poblados de transición Bronce/Hierro del área de Madrid (Blasco Bosqued, C., Sánchez-Capilla Arroyo, M.ª L. y Calle Pardo, J. 1988: 174), aunque habrá de esperar a conocer mejor los rasgos de la industria sobre sílex en esta fase.

Desde el punto de vista tecnológico-tipológico se pueden diferenciar varios componentes dentro de esta pieza:

- El filo: Es la extremidad activa. Puede presentarse retocado o no. En el primer caso, el retoque puede dar lugar a una denticulación más o menos destacada, que va desde la sucesión de muescas separadas por tramos cortos de filo bruto hasta un denticulado continuo definido por vértices puntiagudos. Excepcionalmente se da el retoque sin clara denticulación. Este es simple en todas las ocasiones y mayoritariamente bifacial. Cuando el filo no está retocado es frecuente la presencia de desconchados, probablemente producidos por el uso. En cuanto a su delineación, puede resultar recto o convexo. Sólo conocemos un ejemplar de filo cóncavo recuperado en el Soto de Tovilla II (Sector A) (Fig. 10. 17).
- El dorso: zona contrapuesta al filo, puede aparecer retocado o no. En el primer caso es frecuente la modalidad de retoque abrupto, aunque también hay casos excepcionales de retoque simple bifacial. A veces se presenta formando un dorso natural originado por el propio córtex del soporte o por una fractura. La delineación puede ser recta o convexa. En los elementos de hoz de forma triangular el dorso desaparece por la confluencia en ángulo de las dos truncaduras laterales.
- Dos truncaduras: Situadas a ambos lados de la pieza, pueden hallarse retocadas o no. En el primer caso suelen contar con retoque abrupto, aunque no son extrañas las piezas que lo presentan simple o incluso plano. No son raros los lados no retocados aprovechando una fractura o, en el caso del sílex tabular, la terminación natural de la plaqueta. Su delineación es siempre rectilínea, oblicua o perpendicular al filo.

De la composición de los elementos antedichos resultan útiles cuyo perfil tiende a las formas geométricas, rectangulares, trapezoidales y más raramente triangulares o semicirculares.

Otro rasgo característico de estas piezas, que se aprecia también en buena parte de los ejemplares de La Ribera, es la presencia de huellas de uso en forma de pátina brillante en la zona del filo

–el denominado “lustre de cereal”– y de desgaste en las aristas de los dientes. Su relación con la recolección de productos herbáceos, especialmente gramíneas, ha sido ampliamente documentada mediante el estudio de las huellas de uso y los paralelos etnográficos (Piel-Desruisseaus, J. L. 1989: 196-197). Más complicado ha resultado determinar las condiciones en que esta pátina se formó (secano/recaído, especies vegetales, etc.). No vamos a comentar aquí las múltiples experiencias llevadas a cabo en este sentido y que sobrepasan la intención de estas líneas. Sí haremos referencia, dada su proximidad cronológica y cultural, al análisis realizado en este sentido sobre las hoces del, tantas veces mencionado, yacimiento de Moncín. A partir de la observación de las piezas mediante S.E.M. y comparándolas con ejemplares semejantes de Kebarah y El Fayum, se ha deducido una inequívoca dedicación de aquellas a la siega de tallos vegetales. Ha resultado imposible discernir las condiciones de humedad en que esta labor se desarrolló, es decir la presencia o no de irrigación. Completando estos datos con los aportados por el entorno y la excavación, los autores han sugerido que la siega se efectuaba en una zona alta del tallo a la que la humedad raramente llegaba (Harrison, R. J., y Meeks, N. D. 1987: 49-50).

A la hora de su análisis tipológico resulta evidente la existencia de variantes dentro de este útil, que habitualmente no se suelen tener en cuenta. Por ello seguiremos la clasificación efectuada en los “Primeros Encuentros de Prehistoria Aragonesa”, por ser la más completa y desarrollada en este sentido y diferenciaremos hasta cinco subtipos:

1. *Diente de hoz simple*: Son piezas con dorso y truncaduras, pero en las que el filo se presenta en bruto, sin retocar, o a lo más con microrretoques (¿de uso?) que lo denticulan ligeramente. A esta variedad corresponden el 23% de los útiles identificados en La Ribera vallisoletana.
2. *Diente de hoz con filo retocado*: Se trata de piezas sobre tableta de sílex tabular con filo retocado continuo, aunque sin llegar a formar un denticulado nítido. El retoque puede ser simple o plano, pero en todos los casos es bifacial. Todos los elementos de hoz de este tipo están elaborados sobre tableta de sílex tabular de aspecto laminar y tamaño mediano-grande. A esta variedad corresponden una mínima parte de las piezas, con representación en el yacimiento campaniforme del Pico de la Mora (Fig. 102. 6). Ejemplares como los mencionados pueden rastrearse, fundamentalmente, en yacimientos del Calcolítico como Las Pozas (Val Recio, J. M.ª del, 1992: Fig. 5), entre otros muchos, lo que parece vincularlos a una tradición más vieja, en la que esta clase de elementos formaron parte importante de la industria.
3. *Diente de hoz con filo en muesca*: No hemos constatado en La Ribera vallisoletana ejemplares de este tipo.

4. *Diente de hoz con filo denticulado*: Son las piezas más características y numerosas, representando el 85% de los ejemplares. Presentan el filo definido por una sucesión de muescas ejecutadas mediante retoque simple, generalmente bifacial, sin que falten los unifaciales. Entre ellos, junto a ejemplares más toscos, se encuentran piezas con ejecución sumamente cuidada, de perfecta forma geométrica entre los que destacaremos determinados ejemplares de El Castillo y El Gurugú.
5. *Láminas-Hoz*: Se trata de hoces simples. No conocemos en La Ribera vallisoletana ejemplares de esta variedad.

Pese a que se advierte una clara diversidad tipológica, resulta difícil asociar ésta a marcadas diferencias cronológicas. De hecho, si exceptuamos la vinculación en exclusiva de la variante 2 a materiales campaniformes, las otras dos variantes mencionadas con representación en La Ribera se documentan indistintamente en cualquiera de las épocas estudiadas.

De todo lo expuesto anteriormente cabe deducir que las hoces usadas eran de tipo compuesto, sin que conozcamos la existencia de piezas simples. Se requería por consiguiente un mango con una ranura, en el que se incrustaban los elementos de hoz, convenientemente fijados mediante resina, masilla, etc. En este punto, cabe recordar el hallazgo en El Gurugú de un grupo de 6 elementos de hoz concentrados sobre lo que debió ser el suelo de la vivienda localizada en la denominada Cata 1, en un área de menos de 1 m², en lo que podría tratarse de los componentes de un mismo ejemplar de hoz o quizás de una zona de almacenaje de piezas de este tipo.

Por último, no queremos concluir este punto sin abordar el tema de la fabricación de los elementos de hoz. En ninguno de los yacimientos estudiados hemos reconocido la presencia de las microlascas resultantes del retoque mediante presión de los filos, que presentan un característico aspecto semicircular. De ello se puede concluir que, o bien no hemos encontrado indicios de los lugares donde la talla se realizaba, o las hoces no se elaboraban *in situ*. Es esta una interrogante más, que únicamente la oportuna excavación en extenso de alguno de los yacimientos podría ayudar a resolver. De todos modos, y en espera de que tales trabajos sean llevados a cabo, en este sentido, queremos recordar que en el yacimiento de La Bellida, situado en las proximidades de El Castillo de Rábano, las únicas evidencias localizadas consistían en un pequeño lote de dientes de hoz de sílex y restos de talla de este mismo material, elementos que, como tuvimos ocasión de constatar, aunque dispersados por la erosión ocupaban un área reducida. Esta circunstancia, junto a la ausencia de elementos, como la cerámica, frecuentes en los lugares de hábitat, nos induce a considerar la posibilidad de que pudiera tratarse de un pequeño taller lítico al aire libre destinado a la elaboración de esta clase de elementos.

También son escasos los restos de esta modalidad técnica localizados en La Ribera vallisoletana, dentro de los yacimientos que venimos estudiando. A la hora de su análisis, los hemos clasificado en un par de grupos:

- Hachas-azuelas-cinceles.
- Diversos.

3.2.1. *Hachas-azuelas-cinceles*

Bajo esta denominación incluimos seis piezas enteras y una fragmentada, que se recuperaron en prospección en El Carrascal, El Estepal, El Roble, Soto de Tovilla II (2), y Valdelaperra II (2) y que en prácticamente todos los casos resulta posible identificar con uno u otro útil.

El primer ejemplar es una pequeña azuela de fibrolita de sección rectangular, perfil trapezoidal, que presenta un filo rectilíneo, asimétrico, conseguido a través de un bisel monofacial. El talón aparece embotado, seguramente por haber sido utilizado para machacar. La pieza de El Estepal es un hachita realizada en una piedra dura. Su contorno adopta forma trapezoidal, situándose su mayor anchura en la zona del filo, bastante tenso. Su sección es oval y el talón curvo. El pulimentado de El Roble es un hacha de piedra tenaz forma trapezoidal y sección oval. El corte es rectilíneo y el talón redondeado. En Soto de Tovilla II conocemos un par de piezas en piedra alóctona: un hacha de pequeño tamaño y forma trapezoidal. El talón es redondeado y el corte rectilíneo. La sección es oval. La morfología alargada de la segunda pieza es propia de un cincel. El filo es recto obtenido a bisel simple. La sección es oval y el talón, que debió ser apuntado, aparece fracturado, algo que parece ratificar la atribución que hacemos de esta pieza, al ser este el lugar donde se aplican las percusiones durante la utilización de la pieza. En Valdelaperra II se conocen otro par de ejemplares: un hacha de forma “en boudin”, perfil elipsoidal, que presenta el filo fragmentado y el talón redondeado y un fragmento de otra, de tamaño mayor. Conserva el corte de forma rectilínea y buena parte de la zona medial. Su sección es circular y se encuentra perfectamente pulimentada.

Como resulta evidente, se trata de un lote de cierta importancia, que, al menos, sirve para poner de manifiesto la relativa trascendencia que tuvo en el sector el conocimiento y empleo de esta técnica de trabajo de la piedra. La frecuencia de este tipo de evidencias en La Ribera vallisoletana, está en consonancia con otros conjuntos del Calcolítico-Bronce de riqueza similar y debe responder a un rasgo real de los yacimientos estudiados.

La distribución de estas piezas mayoritariamente en yacimientos situados en terreno llano, de valle (Duero, Valimón), posi-

blemente las más aptas para el cultivo en todo el territorio ribereño, podría resultar muy significativa y no consecuencia de las circunstancias de la prospección (ocultación de piezas por agentes físicos, difícil reconocimiento de las mismas, etc., en los yacimientos situados en lugares elevados), sino que más bien responde a un atributo real de los yacimientos estudiados. Otra prueba a favor de ello podría ser la no recuperación en El Castillo o La Plaza, ni en excavación ni en prospección, de una sola hacha o azuela. Este dato podría servir para sugerir los modos de vida y sistemas económicos de estas gentes (deforestación, roturación de terrenos ganados al bosque, trabajo de la madera en general, etc.).

3.3. Diversos

Brazal de arquero

Consideramos como tal una pieza de Las Pinzas localizada en prospección (Delibes de Castro, G. 1977: Fig. 27; Garrido-Pena, R. 2000: Fig. 97. 14). Está elaborada en piedra arenisca de grano fino y tonalidad oscura. Se conserva rota, pero puede apreciarse una de las características perforaciones en el extremo obtenida mediante técnica bipolar. Pese a su fragmentación, por su forma aplanada, la delineación de sus lados ligeramente curvados (cóncavos), o el contexto en que se recuperó no tenemos dudas en considerar que se trata de un brazal de arquero.

No vamos a entrar aquí en valoraciones sobre la funcionalidad de esta pieza (brazal, piedra para afilar, etc.), puesto que nada podemos aportar al respecto. Simplemente apuntaremos que parecen existir argumentos en apoyo de ambas interpretaciones (Garrido-Pena, R. 2000: 188-189). Sí queremos apuntar aquí que piezas relativamente semejantes a la nuestra, elaboradas en piedra o hueso, aparecen con relativa asiduidad en los ajueres de los enterramientos megalíticos del País Vasco. Aquí se califican sistemáticamente como colgantes, según podemos ver, entre otros, en Balenkaleku N e Igaratza S (Apeñániz, J. M.^a 1973: 127, 260). Similar es el caso del horizonte Cogotas I en la Meseta Norte, donde la fragmentación de las piezas ha propiciado su valoración como objetos de adorno (Campillo Cueva, J. 1985: 64). Consideramos, por consiguiente, que en ambos casos se hace necesaria una revisión de la información disponible, de cara a valorar la funcionalidad y cronología de estos objetos, de cuya presencia en contextos de hasta fines de la Edad del Bronce, encontramos cada vez pruebas más evidentes. Baste como ejemplo de ello la pieza recuperada en el cercano yacimiento de La Requejada, en San Román de Hornija, lugar en que se recuperó una de ellas fragmentada, en asociación con cerámicas del estilo Cogotas I (Rodríguez Marcos, J. A. 1985: Fig. 30. 11).

Incluimos en este apartado todas aquellas piezas en soporte pétreo cuya elaboración combina diferentes técnicas, así como las piezas poco trabajadas.

Molinos de mano y molederas

Los primeros son relativamente abundantes en los yacimientos estudiados, documentándose en un total de 17 yacimientos.

Resulta interesante constatar su aparición desde los momentos más antiguos del estudio, es decir ni en el Calcolítico Final/Bronce Inicial campaniforme, según podemos ver en los siguientes yacimientos: Pico del Castro, Los Arenales y Pico de la Mora. En este primer momento la cuantía de los mismos no es muy elevada, pues en ningún caso superan los dos ejemplares.

Durante el Bronce Medio, su uso se generaliza, a todo lo largo y ancho del territorio. Los ejemplos más claros de esto pueden ser El Castillo, donde se han registrado en excavación fragmentos de más de una decena de piezas de esta clase y en El Carrizal con un total de ocho. Sin embargo, en la mayoría de los asentamientos raramente se han identificado en un número superior a tres.

Todos ellos responden al tipo de molino de vaivén de reducidas o medianas dimensiones. Aunque son pocos los ejemplares conservados completos, las medidas de algunos que sí lo están (El Castillo) permiten apreciar una longitud media de en torno a 300 mm, es decir piezas de pequeño tamaño y poco pesadas. También existen piezas más grandes, de difícil traslado, como un ejemplar de El Castillo que alcanza los 500 mm de longitud. Otro rasgo de estos molinos es su abundancia de huellas de uso, que se traduce en la planicie de las superficies de abrasión y denota su utilización continuada.

Durante el Bronce Tardío/Final, el mantenimiento de la actividad agrícola en determinados poblados se traduce en una proliferación de esta clase de útiles, según podemos ver, por ejemplo, en El Cementerio/El Prado o El Gurugú, lugares donde se han reconocido en el interior de los hoyos, en el primer caso, y en superficie, en el segundo, buen número de fragmentos de “cunas” de molino.

En cuanto a la materia prima empleada, ésta es, en mayoritariamente “alóctona” o “exótica” y consiste en fragmentos de granito, lo que sin duda indica relaciones de intercambio con áreas geográficas alejadas. De hecho, los lugares más próximos para el aprovisionamiento de este tipo de roca se sitúan en las estribaciones del Sistema Central que distan más de 50 km en línea recta de nuestros yacimientos.

Asociados a éstos también aparecen otros fragmentos de roca, en todo caso de nuevo de granito, que pueden ser identificadas como molederas por su morfología característica. Se trata

de piezas, como la hallada en El Cementerio-El Prado, que nos pueden servir como prototipo, alcanzan los 12 cm de longitud máxima y una cara convexa que aparece completamente pulida y recubierta de una pátina brillante que, a falta de análisis más precisos, parece demostrar que pudo servir para ser accionada con la mano en un movimiento de vaivén.

Alisadores y afiladeras

Son también frecuentes en los yacimientos que venimos analizando, un tipo de cantos rodados planos y más o menos alargados, que tradicionalmente reciben esta denominación. Su sencillez tipológica y la ausencia de huellas de uso impiden confirmar con certeza esta atribución funcional. Tan sólo podemos considerar propiamente como tales una afiladera, en piedra arenisca de grano muy fino, localizada en la excavación de El Cementerio-El Prado y otro par de alisadores, y el fragmento de un tercero (elaborados en todo caso con roca de tipo esquistoso y con huellas de pulimento), identificados en la prospección de Cojoncillos (Sector B), el primero, y en la excavación de El Gurugú, los dos restantes.

Percutores

Incluimos en este grupo más de una docena de ejemplos. Se trata en todo caso de guijarros naturales de cuarcita recogidos en los lechos de los ríos que recorren la zona, y que en la mayor parte de los casos no se encuentran en las inmediaciones de los yacimientos. Los diversos ejemplares tienen marcas de haberse utilizado para golpear diversos materiales; en varios de ellos (El Carrizal, El Estepal,...) son visibles huellas de haberse empleado para golpear una piedra más dura, lo que nos hace pensar que su función pudo guardar relación con la fabricación de útiles de sílex. Uno de ellos se rompió y pudo haber sido aprovechado como un denticulado (La Plaza).

Detectamos la presencia en nuestra área de esta clase de piezas desde momentos antiguos, así lo demuestra el hallazgo de alguna en el asentamiento campaniforme de Pico del Castro. De su perduración a lo largo del tiempo da buena fe el que, además de en El Carrizal, que data de los inicios de la plenitud cogotiana, encontremos útiles semejantes en diversos enclaves del horizonte Protocogotas (cabe mencionar alguno en el castro de La Plaza) o en yacimientos del Cogotas I pleno (alguno de estos martillos está presente en el abrigo de Los Aljibes [Priego Fernández del Campo, C. 1991: 111, Fig. 12. 8] o en el Teso del Cuerno de Forfoleda [Martín Benito, J. I., y Jiménez González, M. C. 1991: 6-7]).

1. ORGANIZACIÓN DEL TERRITORIO. DISTRIBUCIÓN DE LOS YACIMIENTOS Y ESTUDIO DE SUS RELACIONES

Una de las pretensiones del prehistoriador debe consistir en “ir más allá” de lo puramente tipológico-descriptivo. Tal es también nuestra intención, tratando de sacar el mayor partido posible a la información recuperada, aún a sabiendas de que es este uno de los capítulos que mayor dificultad entraña dentro del estudio que venimos desarrollando. No hace falta decir que una de las dificultades con que se encuentra el arqueólogo radica en que, para llevar a cabo esta labor, el arqueólogo-prehistoriador debe contar con la colaboración de especialistas en diversas ramas de la ciencia (palinólogos, paleontólogos, sedimentólogos, etc.), que aporten datos que permitan reconstruir la historia de la época que se analiza. En el caso de La Ribera vallisoletana se ha seguido esta dirección, habiendo interesado en nuestro trabajo a diversos especialistas.

Desgraciadamente, a día de hoy, nos encontramos con que la mayoría de los análisis de que disponemos en este momento proceden de un yacimiento: El Castillo de Rábano. Aunque también en otros asentamientos se han llevado a cabo estudios de este tipo (Pico del Castro, El Cementerio-El Prado), ha sido en el citado El Castillo donde la información que hemos podido reunir se encuentra más completa. Ello se debe a que es el yacimiento que ha sido excavado con mayor intensidad, puesto que en el resto de los casos se ha tratado de sondeos o puntuales intervenciones de urgencia.

La consecuencia de esto, es la indefinición en diversos aspectos (cronología, contexto ecológico y económico, etc.) que presentan parte de los periodos que integran la época estudiada. Este es el caso de las etapas que venimos denominando Bronce Antiguo-Bronce Pleno y Bronce Tardío-Bronce Final. La información que ellos disponemos se reduce prácticamente a la recuperada en superficie.

Dado que la información que poseemos es bastante fragmentaria y desigual en lo que concierne a aquellos aspectos relacionados con el marco ecológico y económico del periodo estudiado, nos vamos a centrar aquí, en ese intento de acercarnos a una reconstrucción del pasado del hombre, en un aspecto: la distribución de los yacimientos y el estudio de sus relaciones, que con los datos que disponemos, nos permita hacer un discurso continuo, a lo largo del cual podamos analizar, además de la personalidad de los distintos periodos analizados, los contrastes (continuidad-discontinuidad) que seamos

capaces de detectar entre ellos. Entendemos que esta síntesis puede servir de base para futuras investigaciones sobre el tema, en las que habremos de incorporar aquellos temas que hoy quedan pendientes.

Para llevar a cabo el estudio apuntado, el análisis espacial de los yacimientos desempeña un papel fundamental, siendo el punto de partida para el conocimiento y reconstrucción de los sistemas culturales del pasado. Desde los primeros estudios de Hodder y Orton (Hodder, I., y Orton, C. 1990) y Clarke (Clarke, D. L. 1977), sin olvidar los trabajos de la Escuela de Cambridge sobre el yacimiento y su entorno (Higgs, E. S., y Vita-Finzi, C. 1972: 27-37), han sido múltiples los aportes en este sentido que, tomando como partida los principios de la Geografía locacional, han tratado de aunarlos con observaciones de naturaleza arqueológica.

Dos son los principios básicos en torno a los cuales se articula la doctrina teórica de esta corriente:

- La relación directa existente entre la situación de los yacimientos y su funcionalidad.
- La posibilidad de determinar esta última, mediante el empleo de métodos cuantitativos, a partir del conocimiento del entorno (territorio explotado) y de las relaciones con el resto de los lugares.

Estos dos principios vienen siendo contemplados mediante una serie de técnicas de análisis: área de captación del yacimiento, intervisibilidad, vecino más próximo, puntos de equilibrio, etc., que combinados pueden darnos “pistas” para comprender los sistemas de explotación del medio y la organización territorial de las distintas épocas en cuestión.

Pese a las múltiples críticas y revisiones que en sus distintas vertientes ha sufrido este enfoque de la Arqueología, hay que admitir que en general se ha mostrado como un sistema válido para la interpretación de la conducta humana. Las críticas más profundas, con las que en buena parte estamos de acuerdo, se han centrado especialmente en el excesivo esquematismo y reduccionismo economicista del comportamiento humano, dimanante de la teoría de la optimización de los recursos y que se manifiesta con mayor claridad en el *Site Catchment Analysis* (S.C.A.)¹⁵⁸. Otras alegaciones se han dirigido hacia el desconocimiento del marco ecológico primitivo,

¹⁵⁸ Al respecto ver, por ejemplo: Binford, L. R. 1982: 7; Fernández Martínez, V., y Ruiz Zapatero, G. 1984: 56.

sus características, transformaciones y posibilidades de comprensión¹⁵⁹.

En el caso de la vallisoletana Ribera del Duero, esta última cuestión adquiere especial relevancia. Las profundas modificaciones que el medio ha sufrido imposibilitan una visión “actualista” del entorno, que no someta a crítica la información recuperada, tanto arqueológica (definición de yacimiento, determinación de las dimensiones, recursos explotados, etc.) como geográfica (potencialidad del terreno, rasgos edafológicos, fitogeográficos, etc.). La escasez de datos de excavación conlleva tres graves inconvenientes que limitan el alcance de los resultados de estos análisis, restándoles un alto grado de fiabilidad:

La imposibilidad de determinar simultaneidad o no entre las ocupaciones. Es por ello, por lo que, pese a resultar arriesgado en algunos casos, hemos tratado de precisar lo más posible la cronología de los yacimientos, sobre todo en lo que a la Edad del Bronce se refiere, puesto que esta época parece marcar el óptimo de ocupación del territorio. En casos extremos, el amplio e impreciso lapso temporal que se deduce de los materiales de algunos yacimientos nos ha obligado a no contemplarlos en el estudio a nivel de paridad con los restantes.

La carencia de datos precisos concernientes a la funcionalidad de los yacimientos. Esta carencia se traduce a un primer nivel en la dificultad para determinar la finalidad de hábitat o sepulcral de algunos yacimientos. A un nivel de detalle, esto nos impide aplicar criterios funcionalistas a la hora de interpretar las relaciones que pudieron darse entre yacimientos muy próximos entre sí.

Las fuertes modificaciones sufridas por algunos yacimientos (posición secundaria) impiden el manejo de su información, sin poseer previamente un análisis geoarqueológico más detallado.

A la hora del estudio, hemos seguido el criterio cronológico-cultural, estableciendo cuatro fases:

- Fase I: Calcolítico Final - Bronce Antiguo.
- Fase II: Bronce Antiguo - Bronce Pleno.
- Fase III: Bronce Medio.
- Fase IV: Bronce Tardío - Bronce Final.

Como se podrá comprobar en su momento, al ser el Bronce Medio el periodo mejor definido por el volumen de los hallazgos y la cantidad y calidad de la información recuperada (existencia de excavaciones y sondeos, presencia de puntuales

datos paleoeconómicos, dataciones radiocarbónicas, etc.), hemos centrado en ellos nuestros esfuerzos, pues consideramos más fiables sus análisis espaciales.

Al analizar época por época la información, hemos seguido los ya clásicos tres niveles de análisis definidos por Clarke (Clarke, D. L. 1977): nivel macro, nivel semi-micro y nivel micro. Hubiera sido preferible en el primero de ellos contar con un marco geográfico más amplio y con una prospección de cobertura total, pero esto no ha sido posible por diversas circunstancias ajenas a nuestra voluntad. Por ello, habremos de servirnos de la información disponible, tratando de completarla a partir de la bibliografía existente para el entorno más cercano a la Ribera.

En último término, no hemos renunciado a realizar una evaluación sobre la Funcionalidad de los yacimientos. Al existir un par de ellos que, con ciertas reservas, se puede interpretar como lugar de enterramiento, lo hemos separado de los posibles lugares de habitación, considerándolo como un grupo aparte; en un posterior enfoque, se contemplan en sus relaciones con las zonas de habitación.

1.1. Calcolítico Final-Bronce Inicial

Distribución y extensión de los yacimientos:

En el sector vallisoletano de la Ribera del Duero hemos documentado un total de 13 yacimientos (Fig. 205); sólo 3 de ellos habían sido reseñados con anterioridad por otros autores, en tanto que el resto fueron localizados a lo largo de nuestros trabajos. Este número de yacimientos denota una ocupación de la zona relativamente densa que, empero, no es radicalmente novedosa, ya que, de algún modo, cabía esperarla por el amplio número de hallazgos que comparecen en buena parte de los territorios que rodean el ámbito de nuestro estudio. En este sentido podemos citar los múltiples enterramientos conocidos desde hace bastante tiempo en las *campiñas meridionales del Duero* (Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1989: 65-74), zona colindante a la nuestra por el sur, o el alto número de localizaciones aportadas por los trabajos de prospección vinculados al proyecto “Inventario Arqueológico de la Provincia de Valladolid”, que han proporcionado buena cantidad de yacimientos habitacionales con cerámicas campaniformes en el sur del Duero; alguno de los cuales, por cierto, ha sido objeto de excavación (Fernández Manzano, J., y Rojo Guerra, M. A. 1986: 41-74; Balado Pachón, A. 1987: 169-177; *Idem*, 1989).

¹⁵⁹ Algunas observaciones al respecto podemos encontrarlas en: Gilman Guillén, A., y Thornes, J. B. 1985: 14-15.

También el sector burgalés de la Ribera del Duero, prolongación hacia el este de nuestra zona, ha resultado fructífera en yacimientos del Campaniforme. El Inventario Arqueológico de la Provincia de Burgos, en efecto, ha identificado hasta la fecha más de una veintena de asentamientos con campaniforme, pese a que las prospecciones no han cubierto todo el territorio¹⁶⁰. No obstante, sí queremos precisar que este panorama contrasta un tanto con el constatado en el límite norte de nuestro territorio de estudio. Nos referimos al sector ocupado por los Páramos del Cerrato, donde los hallazgos han sido más infrecuentes, tanto en lo referente a restos de hábitat, como de enterramientos. En nuestra opinión, esta diferencia creemos se relaciona directamente con la escasez e intensidad de las prospecciones allí realizadas.

Para poder abordar en profundidad la densidad del poblamiento en la zona necesitaríamos determinar con exactitud la coetaneidad de todos los yacimientos documentados. Ello requiere conocer la secuencia arqueológica que presenta cada uno de los poblados, datos que por el momento se desconocen. Sólo uno de ellos, Pico del Castro, cuenta con una excavación parcial, en función de la cual hemos podido establecer con relativa concreción el período cronológico en el que fue habitado. Para los doce enclaves restantes solamente podemos realizar planteamientos generales en función de la información fragmentaria que denotan los conjuntos materiales documentados en cada uno, procedentes de hallazgos superficiales. Al visionar sobre el mapa la distribución de los yacimientos lo primero que cabe advertir es que, en general, muestran una clara tendencia a localizarse en el entorno próximo de zonas que potencialmente fueron ricas en agua. Así, advertimos como los yacimientos que ocupan lugares llanos en ocasiones se sitúan en los alrededores de ciertos espacios lagunares como Laguna Redonda (El Carrascal); en otros casos se ubican muy próximos de los diversos cursos de agua que recorren la zona. Hay que señalar, en este sentido, que las más de las veces se establecen en las proximidades de cursos de agua que en la actualidad sólo presentan un caudal apreciable en los periodos intra-anales de invierno y primavera, pero que en el II milenio a. C., no sería extraño mantuvieran un caudal más o menos estable durante la mayor parte del año. Siguiendo esta pauta, en el valle del Valcorba, en su margen izquierda, se localiza La Ermita, y en su margen derecha Los Arenales; en el valle del arroyo Valimón, en su margen izquierda, la Casa de Valimón; en el valle del Botijas, en su margen meridional, La Robleñada.

Esta clase de yacimientos, por último, aunque en número menor, también, podemos encontrarlos en las proximidades del curso de agua principal y eje longitudinal del territorio: El Duero. En el valle de este río, en su margen septentrional, se localiza, Zurita. Siguiendo esta directriz, el resto de los yacimientos, los que se emplazan en relieves destacados, se disponen a lo largo y sobre los flancos de las plataformas tabulares que delimitan los valles, por cuya parte central discurren cursos fluviales que riegan el sector. Estos enclaves, situados sobre relieves que se adelantan sobre alguno de los cursos de agua que riegan la zona, se ubican, además, en entornos en cuyas proximidades nacen algunos arroyos de corto recorrido y/o manan diversas fuentes. Unos y otras, alimentados por el nivel freático de los páramos, hoy sobreexplotado, actualmente sólo presentan agua en aquellos años puntuales en que las lluvias anuales son tan abundantes que permiten rellenar el manto acuífero, pero que en la época que nos concierne, no creemos aventurado sospechar que tendrían un caudal relativamente constante a lo largo del año. Esta proximidad entre los yacimientos en alto y lugares de aprovisionamiento de agua (en la proximidad de Pico del Castro se sitúa el nacimiento de los arroyos de Pozobrero y de Valdemuertos; el arroyo de la Mora surge a escasa distancia de Pico de la Mora; las fuentes de la Zarza y de la Bombina no distan gran trecho de El Cujón y el Pico de las Pinzas. La fuente del Pozo, por último, se sitúa en las proximidades del Pico de las Cuevas), situados al nivel de los páramos, facilitarían el aprovisionamiento del líquido elemento sin la necesidad de tener que bajar al valle.

La distribución de los yacimientos que hemos descrito, creemos resulta indicativa de una ocupación de las áreas situadas en zonas y relieves que limitan con terrenos de fácil aprovisionamiento hídrico, convirtiendo la presencia continua del agua en uno de los elementos condicionantes para la elección del emplazamiento. Dicha circunstancia, por otra parte, podría constituir una de las explicaciones para entender el gran vacío que, desde un punto de vista habitacional, se advierte en el interior de las amplias superficies tabulares que constituyen los páramos. Estas plataformas, carentes en sus zonas centrales de surgencias superficiales del manto freático, debieron constituir, en sintonía con lo que aquí se apunta, territorios poco propicios para dar cobijo a los establecimientos poblacionales de las gentes que durante esta época ocuparon el sector.

Otro dato sobre el que debemos reparar es el lugar elegido para la ubicación de los poblados, los cuales, mayoritariamente,

¹⁶⁰ Al respecto ver, por ejemplo, Rodríguez Marcos, J. A., y Arnaiz Alonso, M. A. 1993: 75-86; Rodríguez Marcos, J. A. (en prensa).

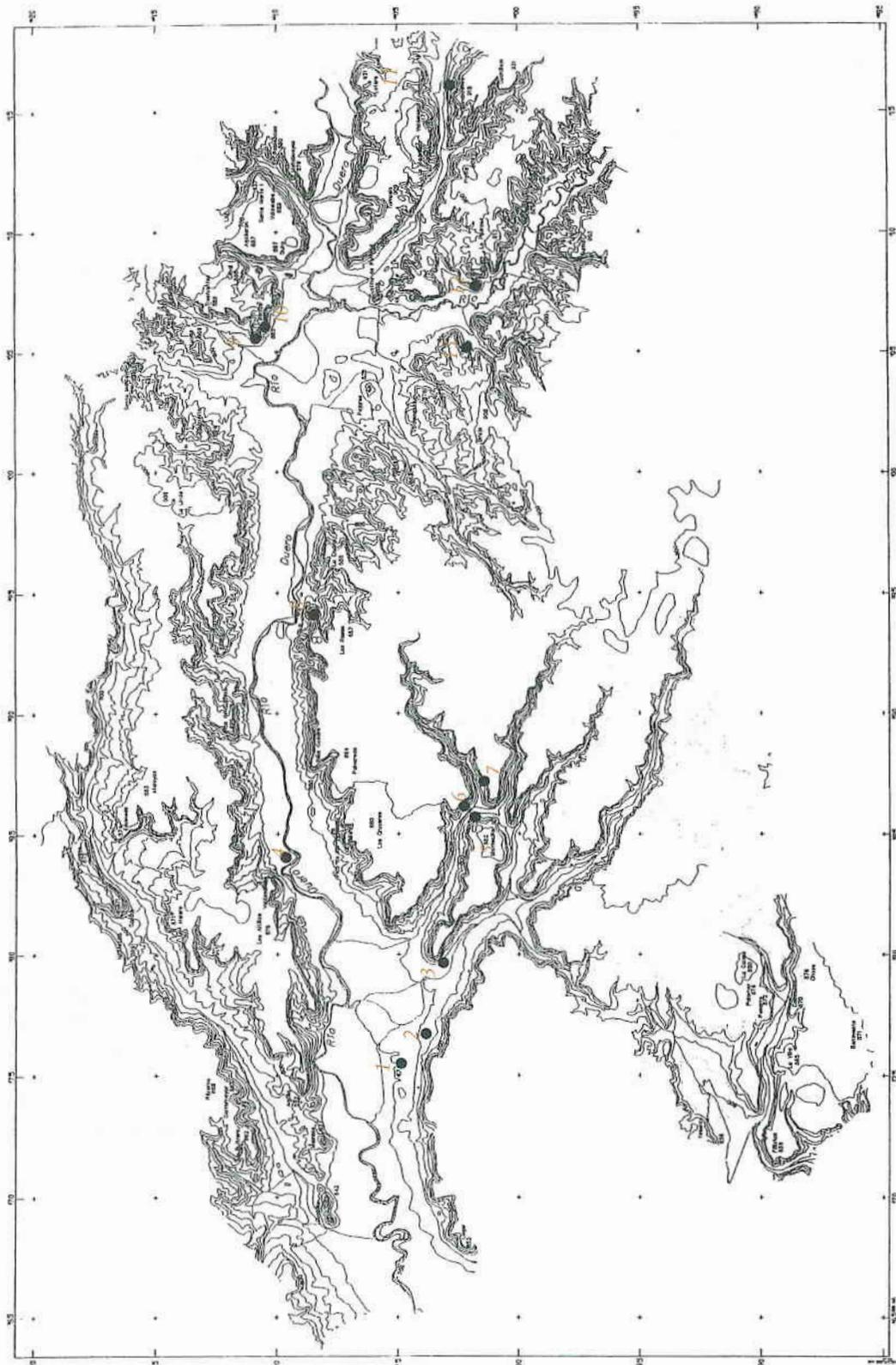


Fig. 205. Localización de los yacimientos de la fase Campaniforme en La Ribera del Duero de Valladolid.
 1. El Carrascal. 2. La Ermita. 3. Los Arenales. 4. Zurita. 5. Casa de Valimón (Sector A). 6. Casa de Valimón (Sector B). 7. Cueva de Valdelaperra. 8. Pico del Castro. 9. El Cujón (Sector A). 10. Las Pinzas (Sector C).
 11. La Robleñada. 12. Pico de la Mora. 13. Pico de las Cuevas.

muestran tendencia a alejarse de las zonas más bajas de los valles que recorren la zona (Duero, Duratón, Valcorba, etc.). Esta circunstancia, muy evidente en el caso de los hábitats *castreños* (asentados sobre relieves rodeados de fuertes pendientes y sólo bien accesibles desde la plataforma de los páramos), también cabe advertirla en aquellos otros que ocupan terrenos que claramente se incluyen en el dominio de los valles. En este último caso, como reflejaremos más adelante, hemos podido notar que mayoritariamente tienden a situarse sobre relieves cuyas cotas sobresalen por encima del fondo del valle. Sospechamos que buena parte de estos yacimientos, con la ubicación que ocupan, podrían haber buscado, por encima de cualquier otra ventaja, protegerse de zonas fácilmente encharcables o periódicamente inundables, en torno a las que se asentaban buscando recursos primarios: suministro de agua¹⁶¹, de pastos, y, quizá, la posibilidad de desarrollar una actividad agrícola (de ciclo corto?) propiciada por unos suelos bien provistos de agua útil. A la par que con esta motivación principal, que, de ser cierta, descalificaría alguno de los sitios como hábitats permanentes, resulta obvio que la mayor parte de estos establecimientos buscan un lugar desde el cual dominar un entorno que, integrado por unos terrenos en que no sitúan los yacimientos, sin embargo, interesa controlar y/o explotar desde sus inmediaciones. Estas zonas, por sus condiciones naturales (vegetación potencial, relieve marcadamente llano, escasa visibilidad, etc.) resultaron poco atractivas para el establecimiento, aunque no para el aprovechamiento de sus recursos.

En cuanto a la descripción de los tipos de emplazamiento, hemos creído conveniente diferenciar 3 tipos principales, cada una de las cuales, a su vez, cuenta con algunas particularidades:

- **Tipo I.** Yacimientos en zona baja.
- **Tipo II.** Yacimientos en pequeñas elevaciones.
- **Tipo III.** Yacimientos en altura.

La primera de estas categorías está integrada por una serie de sitios (al menos 3: el 25%), ubicados en zonas bajas; alguno quizá llegó a estar integrado en la propia llanura de inundación periódica o lecho mayor fluvial, del fondo de valle. Estas

localizaciones, sobre lugares no prominentes, y con escaso control visual del entorno, parecen indicar total despreocupación por las condiciones defensivas que pudiera proporcionar el lugar elegido para establecerse. Buen ejemplo de todo ello es **Zurita** (Olivares de Duero), emplazado en el seno de un amplio meandro de la margen derecha del Duero, ligeramente elevado sobre el cauce actual de dicho río, en un espacio de suelos de la terraza baja del fondo del valle, que limita al norte con los coluviones de los páramos del Cerrato Vallisoletano.

Otro ejemplo que guarda semejanza respecto a los anteriores lo encontramos en **Valimón** (a caballo entre los términos de Cogeces del Monte y Santibáñez de Valcorba) emplazado sobre terrenos que bordean el caserío homónimo, extendiéndose por el estrecho fondo del valle del arroyo Valimón, a ambos lados del mismo, pero hasta prolongarse por una pequeña elevación en su margen izquierda, ocupada parcialmente por el caserío, algo más destacada que el fondo del vallejo. Aquí, en efecto, el sitio elegido no es sino un menegado y bajo relieve de terraza cercano a formaciones de ladera de la parte oriental del Pico del Llanillo/Montecillo, el cual junto a otros relieves morfoestructurales, como La Planta, Picorroque o La Solana¹⁶², encierran el entorno más próximo (lo que ocasiona la cuenca visual escasa) del yacimiento¹⁶³, a no ser por el escarpado valle del arroyo Valdecas (o Valdecascón) que vierte sus aguas a medio camino del de Valimón, ambos encajándose en los relieves de páramo citados, o el camino de Majadavieja, utilizado por una de las frecuentes cañadas, y que comunica, entre el Montecillo y el Pico de la Mesilla de la Solana, el mencionado valle del Valimón con el del Valcorba.

La segunda categoría está integrada por 4 lugares (el 33'33%) que ocupan relieves de cierto resalte (pequeña altura) sobre la zona llana circundante. Aquí incluiríamos lugares como **La Robleñada** (Castrillo de Duero), cuyos vestigios materiales, algunos en posición secundaria, creemos proceden de una pequeña lengua de tierra que surge en la parte inferior de una cuesta de páramo, desde donde se domina una cuenca visual media¹⁶⁴ del fondo del valle del río Botijas. También responde

¹⁶¹ Como el aportado por el Duero, el Duratón, y los arroyos y fuentes alimentadas por el nivel freático de los páramos.

¹⁶² Incluibles todos ellos dentro del Páramo de Campaspero.

¹⁶³ En el cual podemos también localizar la cueva de Valdelaperra, ya citada líneas arriba.

¹⁶⁴ En cuanto a los cánones para el cálculo de visibilidades, hemos seguido los criterios y consejos del equipo confeccionador de la Carta Arqueológica de Aragón (Burillo Mozota, F., Ibáñez, J., y Polo, C. 1993: 33-36). No obstante, nos adherimos a las reservas expresadas por estos autores, en el sentido del relativo valor que puede tener estos datos, dada la posibilidad de empleo, en el pasado, de estructuras destinadas a ganar altura y visibilidad, además de la certeza de que la configuración actual del paisaje, especialmente en lo referente a la vegetación, es distinta a la del momento de ocupación de las estaciones (con lo cual, lo que hoy puede ser controlado visualmente, en el pasado tal vez pudo no serlo) (Idem: 33).

a este modelo **El Carrascal** (Traspinedo), donde los artefactos han sido recogidos sobre las laderas de una pequeña elevación¹⁶⁵, en este caso concreto un relieve aluvial invertido, desde la cual se controla, con una cuenca visual media, el acceso, desde el fondo del valle del Duero, al “vallejo” del Valcorba, en un entorno de arenales y suelos de terraza y con la proximidad de distintas áreas endorreicas (Prado de Santa Catalina, y Laguna Redonda) y antiguos cauces de la red hidrográfica de alcance local. **La Ermita** (Traspinedo), distante 1'5 km respecto al anterior, se ubica sobre un relieve de terraza, aledaño a la parte más baja de la cuesta nordeste del Páramo de la Parrilla, en contacto con el valle del Valcorba. **Los Arenales** (Santibáñez de Valcorba), igualmente, ocupa la cumbre de una pequeña altozano (resto de un relieve de terraza) que, elevándose sobre la orilla derecha del Valcorba, se ve prácticamente rodeado por los coluviones de la cuesta del Pico del Llanillo y por una serie de formaciones arenosas cuaternarias, claramente referenciadas en el topónimo. Por último, cabría incluir en esta categoría el yacimiento de Valdelaperra I, localizado en una pequeña cueva, abierta en los niveles de caliza del Mioceno Superior de Pico Roque, desde la que se dominan el vallejo que riega el arroyo Valimón; no obstante su escasa cuenca visual, lo exiguo de los indicios procedentes de ella, su orientación septentrional y su notable mimetismo respecto al entorno (se incluye claramente en el relieve de la cuesta de páramo), nos induce a pensar, que este lugar pudo desempeñar otras funcionalidades, la de hábitat aparte.

Un último tipo de ubicación, relevante numéricamente en nuestro territorio (5 sobre 13, el 41'66%), es el de los yacimientos que ocupan destacados en relieves de altura: el Pico de la Mora y el Pico de las Cuevas, ambos sobre el valle del Duratón, en los alrededores de Peñafiel; Las Pinzas Sector C y, su inmediato vecino, El Cujón (Sector A), ambos en Curiel de Duero, y el Pico del Castro en Quintanilla de Arriba; estos tres últimos ya en el valle del Duero. El **Pico de la Mora** ocupa un pequeño sector de la superficie de un destacado cerro, originado a partir de una lengua desgajada del páramo, que domina, con una cuenca visual amplia (por ejemplo, se puede observar el sitio de las Pinzas, sito en la orilla derecha del Duero, y distante, aproximadamente, 9 km a vuelo de pájaro), una porción considerable del valle del Duratón que, con su amplia llanura de inundación, forma parte integrante de lo que hoy representa el óptimo agrícola de este territorio. Otros yacimientos se ubican sobre el extremo de una estrecha lengua o

espigón de páramo. Tal es el caso del **Pico de las Cuevas**, situado justo enfrente del anterior, pero al otro lado del valle, cuyos restos muebles, recogidos sin duda en posición secundaria sobre la pendiente ladera sur de esta destacada lengua, proceden de la cumbre de la misma, de donde han sido arrancados por procesos postdeposicionales de arroyada. Éste es el único yacimiento en altura con una cuenca visual escasa que, manteniéndose en una línea de visibilidad con el Pico de la Mora, se limita a un estrecho tramo del fondo de valle del Duratón, abierto, por un lado, a uno de los barrancos que aíslan a su vecino de enfrente, y, por otro, al vallejo del arroyo Molpedreces, del que domina el tramo final de su fondo de valle, camino de engrosar el caudal del río principal. O como **El Cujón (Sector A)** y su vecino próximo **Las Pinzas (Sector C)** (a escaso medio kilómetro del anterior), dentro del relieve homónimo de Curiel de Duero, en cuya planicie son frecuentes las zonas endorreicas (Hoyo de las Navas, Hoyo Cirilo) sobre áreas de dolinas, desde la que se domina, con una cuenca visual media (algo superior la del segundo enclave que la del primero), un amplio tramo de la vega del Duero, en su orilla derecha. Por último, el yacimiento denominado **Pico del Castro** (Quintanilla de Arriba) se localiza en el extremo de una estrecha y destacada lengua de páramo que, desde una distinguible elevación, de igual nombre, se adelanta espectacularmente sobre el cercano cauce del Duero. Su altura, semejante a la de las anteriores estaciones, al coincidir todas ellas con el nivel de páramos de la zona, se sitúa alrededor de los 882 m, lo que le eleva a más de un centenar de metros sobre el valle del Duero, sobre cuyo fondo, desde Quintanilla de Onésimo a Peñafiel, posee una cuenca visual amplia, en un área donde predominan los fluvisoles de los suelos de terraza, y en la cual aún pervive la huella de antiguos meandros fluviales, hoy abandonados. Ese desnivel, al igual que en todos estos últimos casos citados, se salva por unas laderas en extremo escarpadas, las cuales configuran emplazamientos de indudable carácter defensivo, auténticos *castros*, en altura. En este caso concreto, el único acceso al lugar que ofrece cierta *debilidad* se localiza en el SW, en la unión entre el espigón y la lengua que prolonga la planicie del páramo. Sin embargo, esta circunstancia se ve paliada en parte por la existencia de un amplio foso natural (quizás acentuado de forma artificial como parece demostrar una fotografía aérea¹⁶⁶), el cual individualiza el yacimiento delimitando una plataforma prácticamente ovalada de dimensiones muy reducidas, con un eje mayor en sentido EW.

¹⁶⁵ Y la culminación de la más baja de ellas.

¹⁶⁶ Realizadas por D. Julio del Olmo, su referencia bibliográfica, e incluso una de ellas, en la que puede observarse el elemento defensivo señalado, pueden consultarse en la ficha adscrita al yacimiento por el Inventario Arqueológico de Valladolid. Campaña de 1996/1997.

Tal y como vemos en este último párrafo, hay un apreciable número de asentamientos que se elevan más de 100 m sobre el llano, y que se caracterizan claramente por sus condiciones de encumbramiento, inaccesibilidad y muy amplia visibilidad. Por lo tanto, parece evidente que para la sociedad que estaba implantada en estas tierras, la necesidad de controlar y dominar visualmente el territorio determinó el establecimiento de puntos en altura, ejerciendo su labor, al menos, en determinados momentos del II milenio a. C. que son necesarios fijar con mayor precisión.

Una vez han sido analizados los emplazamientos elegidos para el establecimiento de los poblados nos centraremos ahora en las diferencias que en cuanto al tamaño presentan los yacimientos, variable que, de algún modo, se relaciona con lo anterior, aunque sin establecer una relación siempre determinante entre ellas. Sin duda, nos enfrentamos a un aspecto controvertido en tanto que las apreciaciones que se puedan realizar sobre este tema están mediatizadas por la inexistencia de yacimientos excavados en su totalidad que nos puedan servir de referencia. Por ello debemos basarnos en la extensión superficial del relleno arqueológico existente en ellos. Con estas premisas hemos decidido diferenciar dos grupos de poblados en cuanto a la extensión con que se nos presentan.

Grupo	Tamaño	Yacimientos
A	Mayor de 0'5 Ha	El Cujón - Sector A
		El Carrascal
		La Ermita
		Casa de Valimón - Sector B
		Zurita
B	Menos de 0'5 Ha	Los Arenales
		Pico de la Mora
		Casa de Valimón - Sector A
		Pico del Castro
		Pico de las Cuevas
		Las Pinzas - Sector C
		La Robleñada

Los poblados del grupo A, según puede advertirse, en todo caso, superan las 0'5 Ha. En una lectura sin más de estos datos deberíamos decir que los yacimientos que se sitúan en terrenos llanos sobrepasan notoriamente en extensión a la práctica totalidad de los asentamientos emplazados en alto; no en vano, si exceptuamos El Cujón - Sector A, la totalidad de los que integran este grupo se localizan en este tipo de terrenos. Empero,

a fuer de sinceros, debemos hacer constar que dicha apreciación, entendemos, resulta poco fiable ya que tales establecimientos reúnen una serie de características comunes, negativas, ya que contribuyen a invalidar, en buena medida, las conclusiones que podamos emitir sobre cuál pudo ser su superficie originaria valiéndonos tan sólo de observar la dispersión de materiales en los mismos. En efecto, en todo caso, nos encontramos ante lugares que, desgraciadamente, han sufrido un elevado grado de modificación bien por factores erosivos, bien por alteraciones de origen antrópico. Esta última contingencia afecta preferentemente a los yacimientos ubicados en llano (la gran mayoría de los enclaves que aquí se incluyen), pues ocupan tierras sometidas a un laboreo sistemático; circunstancia que, como es fácil entender, contribuye a dispersar y alejar de su lugar de origen las evidencias arqueológicas procedentes del lugar y, por tanto, a ofrecer una imagen altamente distorsionada de lo que fue la extensión real de la estación arqueológica. Por su parte, el único asentamiento situado en altura que aquí se incluye (El Cujón - Sector A) se caracteriza por haberse visto intensamente afectado por la acción de los agentes erosivos, los cuales han contribuido a que parte de los materiales de esta época se hallen en posición secundaria, constituyendo formaciones de ladera o conos de deyección en los que la erosión está incidiendo. A todo ello debemos añadir que en su mayor parte se trata de lugares que han conocido la ocupación en distintos momentos culturales y el ocultamiento bajo ocupaciones posteriores, que encubren los restos del Calcolítico Final-Bronce Antiguo, es una dificultad añadida para proceder a la valoración de sus dimensiones. En algunos casos, este ocultamiento puede llevar aparejado una casi total destrucción del yacimiento inicial, como hemos documentado en Valimón y es posible que ocurra también en Zurita. En el caso de El Cujón (Sector A), no parece que exista una sustancial modificación, pero el desarrollo de la ocupación durante el Bronce Antiguo dificulta la interpretación de la información de las fases más antiguas del yacimiento.

Desgraciadamente, el mal estado de conservación en que, como vemos, han llegado hasta nosotros los yacimientos que integran este apartado, además de privarnos de la posibilidad de contrastar y comparar entre sí los datos que ofrecen la gran mayoría de los enclaves del sector situados en el llano, impide que podamos hacer semejante operación entre estos y los que ocupan posiciones elevadas; privándonos, al fin y a la postre, de la posibilidad de intentar establecer grados o jerarquías entre las distintas modalidades de enclave, tomando como base los datos que derivan de analizar las dimensiones superficiales de los mismos.

Los yacimientos que integran el grupo B, frente a los anteriores, parecen haber llegado hasta nosotros en un estado de conservación significativamente mejor; de hecho, si exceptuamos

el caso del Pico de las Cuevas, cuyos materiales se encuentran en posición secundaria (tal y como decimos en su descripción), no parecen haberse visto afectados en la misma medida que los del grupo precedente por contingencias negativas. Ello, a nuestro entender ha de permitirnos, con las consabidas limitaciones que revisten este tipo de observaciones, hacernos cierta idea de cuál pudo ser su extensión real. Haciendo un resumen de los datos obtenidos podemos apuntar que, al menos entre estos yacimientos concretos (la mayor parte de ellos situados en lugares elevados) se advierte una clara tendencia hacia el predominio de las dimensiones medias-pequeñas; entendiendo por tales superficies próximas o inferiores a los 4.000 m². Concretando un poco más, podemos apuntar que dos yacimientos (Las Pinzas - Sector C, Pico del Castro) superan muy ligeramente esta cota, en tanto que el resto se sitúan claramente por debajo de ella. Un par de enclaves (Pico de la Mora y Los Arenales) no alcanzan la mitad de dicha cifra (1.875 y 1.440 m², respectivamente), en tanto que un tercero, por último, queda muy por debajo de ella (La Robleñada con apenas 350 m²).

Un nuevo factor, no menos interesante, a considerar en relación a todos estos yacimientos es aquel que hace referencia a su cuenca visual. Este factor, que guarda relación directa, tal y como parece lógico, con la altura relativa y el tipo de relieve en que se ubican los poblados, se refleja en el siguiente cuadro.

Yacimiento	Cuenca visual
El Cujón – Sector A	Muy amplia
El Carrascal	Amplia
La Ermita	Amplia
Casa de Valimón – Sector B	Escasa
Zurita	Escasa
Los Arenales	Media
Pico de la Mora	Muy amplia
Casa de Valimón – Sector A	Escasa
Pico del Castro	Muy amplia
Pico de las Cuevas	Media
Las Pinzas – Sector C	Amplia
La Robleñada	Media

En efecto, la relación entre la altura y la cuenca visual de estos yacimientos refleja una cierta gradación en cuanto al dominio visual del territorio. Así, tenemos que el grupo de poblados situados en altura presentan una visibilidad amplia o muy amplia, en lógica y directa relación con las condiciones oro-

gráficas del emplazamiento elegido. La única excepción que encontramos a esta pauta viene representada por el Pico de las Cuevas, lugar que, mientras el resto de los asentamientos disponen de una visibilidad que abarca amplios horizontes sobre los valles de los dos ríos principales que recorren el territorio (Duero y Duratón), ve restringida su cuenca visual a un estrecho tramo del fondo de valle del Duratón y al estrecho corredor representado por el vallejo del arroyo Molpedreces. Esta tendencia que advertimos en nuestros “castros” a implantarse sobre lugares con amplios horizontes que, además, se vinculan a los grandes valles que recorren longitudinalmente el sector parece premeditado; no en vano según advertimos se desestiman emplazamientos de orografía muy semejante, cuya única diferencia radica en que aparecen ubicados en valles de menor entidad. Tras esta situación de los asentamientos parece perfilar un esquema lineal de jalones, hitos o bastiones que se distribuyen quizá en función del papel de caminos principales que durante esta época (como también a lo largo de otros periodos) debieron revestir los grandes valles citados. En la mayor parte de las ocasiones se da la circunstancia de que estos mismos emplazamientos se han seguido ocupando en épocas posteriores, incluso históricas (como, por ejemplo, el Pico del Castro), cumpliendo semejante función.

Otro grupo de poblados, precisamente aquellos que ocupan relieves de cierto resalte sobre la zona llana circundante (La Robleñada, El Carrascal, La Ermita y Los Arenales), dispone de una cuenca visual a medio camino entre amplia y media, donde su altura media sobre el llano inmediato es un factor que creemos influye de forma decisiva.

Finalmente, los poblados situados en el llano cuentan con cuencas visuales realmente limitadas. En algunas ocasiones la reducción del dominio visual de estos poblados debe relacionarse, además de con su propia situación en un emplazamiento sin resalte, con su situación “a la sombra” relieves de considerable envergadura que se encuentran junto o muy próximos a ellos (sería el caso, por ejemplo, de Valimón o Zurita).

El tema de las “visibilidades” nos pone en relación con algún otro aspecto que, cuando menos, merece ser tenido en cuenta: nos referimos en concreto al tema de la visibilidad direccional y la intervisibilidad. La observación sobre el mapa de ambos aspectos pone de manifiesto las relaciones que, al respecto, existen entre los diversos yacimientos. En este sentido, resumiendo, podemos comenzar por apuntar que, si exceptuamos el caso de La Robleñada, ningún yacimiento aparece del todo aislado visualmente de un/os vecino/s próximo/s. Por consiguiente cabe considerar el factor control del territorio-visibilidad como un parámetro substancial a la hora de la elección del emplazamiento. Este hecho parece especialmente evidente en lo que concierne a los hábitats de tipo castreño, entre los

cuales se advierte una clara relación de intervisibilidad (Pico de la Mora/Pico de las Cuevas, Pico de la Mora/Las Pinzas, Las Pinzas/Pico del Castro). Según cabe advertir prima en ellos sobre otros aspectos el control visual de los principales corredores de comunicación del sector; no en vano, desde tales enclaves, tal y como ya se apunta más arriba, se puede establecer un control óptico sobre importantes zonas del valle del Duero y/o del Duratón, con un alcance que fluctúa, según las direcciones, entre los 15 y los 35 kms. Lo anteriormente expuesto pudiera hacernos pensar en la existencia de una esquemática organización territorial, cuya intencionalidad parece a todas luces bastante evidente (Garrido-Pena, R. 2000: 46-49).

En este contexto resulta imposible sustraerse a ciertas reflexiones concernientes al encastillamiento de los hábitats campaniformes de la zona, al significado intrínseco que ello conlleva. Podemos comenzar por señalar que si bien los móviles del encastillamiento pueden ser objeto de discusión, sus consecuencias parecen incuestionables: las comunidades humanas que tomaron aquella determinación sabían que de algún modo sacrificaban (por situarse en alto) la proximidad al territorio económico. Por ello, la ubicación en asentamientos “castreños” no debió ser algo gratuito, sino, al contrario, expresión de una voluntad explícita y de una decisión colectiva, con incuestionables implicaciones para toda la comunidad. De hecho, la elección de esta clase de enclaves plantea una serie de cuestiones: ¿porqué quienes allí se instalan, frente a los que ocupan terrenos llanos, sacrifican (por encontrarse en alto) la proximidad al territorio económico? ¿ambos tipos de asentamientos fueron contemporáneos y formaron parte de una compleja y/o complementaria malla de poblamiento? ¿en caso afirmativo, ello sería expresión de cierta jerarquía del poblamiento, en la que cada establecimiento jugaría un papel diferente: las situadas en el alto serían la residencia de la jefatura o de los gestores de la comunidad, convertidas por ello en referencias o lugares centrales de unos más o menos amplios territorios políticos; las situadas en el fondo del valle, la estancia de las fuerzas productivas sólo preocupadas por el control estricto de su territorio económico? ¿de no ser así, las fundaciones campaniformes son de épocas distintas: las situadas en alto pudieron ser fruto de un traslado de las poblaciones –previas– asentadas sobre el llano, forzado por necesidades coyunturales de defensa?

A fuer de sinceros, hemos de reconocer que el nivel de nuestros conocimientos actuales al respecto nos parece del todo insuficiente para desechar de modo categórico ninguna de las hipótesis planteadas; empero, algunas observaciones, a nuestro entender, tal vez resulten más elocuentes para pronunciarse a favor del carácter sucesivo y no simultáneo de poblados de llano y poblados en alto¹⁶⁷. En esta línea se situarían las siguientes constataciones:

- La escasez dominante de concurrencias de proximidad –a diferencia de lo observado en otros territorios peninsulares¹⁶⁸– entre estaciones de género diverso que, en el supuesto de un hábitat sincrónico, pudieran llevarnos a pensar en la posibilidad de la existencia de una funcionalidad diferente y/o *complementaria* entre diversos yacimientos.
- Ausencia en los enclaves analizados de signos (grandes obras de fortificación, por ejemplo) que pudieran resultar indicativos de determinada preeminencia de unos asentamientos sobre otros, o de evidencias que denoten de modo concluyente el desarrollo de funciones específicas (metalurgia, presencia de elementos de carácter cultural, etc.) que por estar centralizadas en lugares concretos pueda otorgarles especial preponderancia.

Estas apreciaciones nos parecen significativas por cuanto parecen revelar que el poblamiento campaniforme de la zona es esencialmente disperso, sin que se detecten enclaves que pudieran haber dado cobijo a unos supuestos gestores de un territorio circundante, con ciertos comportamientos particularizados, supuestamente coyunturales, imbuidos quizás por unas necesidades de control y defensa particular y circunstancialmente diferenciadas.

Evidencias constructivas

Las estructuras de habitación internas constituyen los principales elementos de análisis a nivel microespacial. Desgraciadamente, son muy pocos los datos con que contamos a este respecto, puesto que apenas se ha excavado en niveles o yacimientos de esta época. Partiendo de la escasa información existente, recuperada exclusivamente en Pico del Castro, debemos pensar en construcciones sencillas y de escasa persistencia.

¹⁶⁷ A una conclusión semejante llega Germán Delibes en un reciente trabajo en que hace alusión a los yacimientos campaniformes, situados en el entorno de Pintia: ámbito que se ubica dentro del territorio por nosotros investigado: Delibes de Castro, G. 2003: 41-42.

¹⁶⁸ Al respecto ver, por ejemplo: Sesma Sesma, J. 1993: 100-103; Sesma Sesma, J., y García García, M.ª L. 1994: 146.

406 En el yacimiento de Quintanilla de Arriba se identificó en el sondeo practicado una estructura de hábitat ciertamente interesante, aunque, al ser muy escasa la superficie intervenida, no conocemos la planta completa de esta edificación, así como otros pormenores referentes a la misma. Hasta donde sabemos se trata de un fondo de cabaña excavado directamente en la roca madre. Dicho fondo ocupa el interior de una cubeta que, pese a no conocer su perímetro completo, podemos aventurar tuvo forma ovalada; midiendo su eje menor unos 8 m de longitud. Este rebaje artificial se encuentra jalonado por una serie de agujeros de poste perfectamente alineados, de los cuales hemos identificado hasta el momento ocho. El tamaño de éstos es variable con diámetros que oscilan entre los 25 y 40 cm; sus profundidades se mueven entre los 30 y 50 cm.

Dichos agujeros, sin duda alguna, alojaron gruesos postes de madera, constituyendo el armazón de la cabaña. El espacio comprendido entre estos postes, pensamos, pudo cerrarse mediante un entramado vegetal, del que no queda sino una potente capa de cenizas y restos de madera quemada que aparece con profusión en las proximidades de los hoyos y en el interior de la cabaña.

Hasta la fecha no hemos identificado restos de adobe o manteados de barro en los niveles de la vivienda por lo que, al menos por el momento, se descarta su empleo en la confección de la cubierta. Si hemos advertido, empero, que en las inmediaciones de alguno de los hoyos de poste se encuentran abundantes bloques calizos; ello nos hace suponer que pudo haber existido un pequeño parapeto o zócalo de piedra reforzando la base de la estructura. Tampoco ha sido posible vislumbrar la existencia de compartimentaciones, hogares, agujeros de poste, u otro tipo de evidencias de carácter constructivo, en el interior de la cabaña; elementos, que, no obstante, podrían comparecer de proceder a la total excavación de la estructura.

La colmatación de la cubeta debió producirse de manera paulatina y continuada, ya que no se distinguen niveles de desocupación. También diremos que el abandono definitivo de la vivienda debió coincidir con un fuerte incendio, así parece evidenciarlo el potente nivel de cenizas (60 cm en el centro de la cubeta, decreciendo hacia los lados) que colmaba el fondo de la cabaña. Este hecho debió obligar a los ocupantes del lugar a un abandono repentino. De hecho, según pudimos observar durante nuestras excavaciones, las cerámicas que

reposaban en la parte alta del nivel de cenizas aparecían enteras y colocadas, dando la impresión de haber sido dejadas allí poco antes del abandono del lugar.

Carecemos casi totalmente de elementos de comparación para estos restos en la cuenca de este río, al ser muy pocas las excavaciones practicadas en asentamientos al aire libre del Calcolítico Final-Bronce Antiguo¹⁶⁹. E incluso en el caso de haberlas realizado son muy pocos los lugares que han proporcionado evidencias sobre esta clase de estructuras. De hecho, podemos apuntar que ni los trabajos arqueológicos desarrollados en El Cementerio de Arrabal (Arrabal de Portillo, Valladolid) (Fernández Manzano, J., y Rojo Guerra, M. A. 1986: 41-74), ni los acaecidos en la villa romana de Almenara de Adaja (por citar dos yacimientos catalogados como hábitats campaniformes próximos), han deparado vestigios de estructuras de habitación significativas. En el lugar conocido como Molino de Garrejo, al excavar Schulten una fortaleza romana del entorno de Numancia (Schulten, A. 1927), se produjo el descubrimiento de dos fondos de cabaña, dentro de un hábitat interpretado como de carácter muy provisional, cuyas paredes se piensa estuvieron confeccionadas con ramas y barro. Sin salir de la provincia de Soria, en El Perchel de Arcos de Jalón (Soria) se identificó una cubeta excavada en la roca, de planta circular y perfil semielíptico (¿hogar?) (Lucas Pellicer, M.^a R., y Blasco Bosqued, M.^a C. 1980: 13), que sus excavadores interpretaron formaba parte de un asentamiento estacional de un pequeño grupo, cuya vivienda se centraría en torno a un hogar. Fuera de la cuenca del Duero es posible encontrar algunos elementos de comparación en el Alto y Medio valle del Ebro. En este sentido, podemos apuntar que en El Portillo de Piracés (Huesca) se citan hogares de piedra de planta circular que forman parte de un conjunto de restos de habitación dentro de un hábitat interpretado como de carácter temporal (Baldeல்லou Martínez, V., y Moreno, G. 1986: 20). En el yacimiento de La Renke Norte (Santurde, Álava), dentro del Nivel I, asignado al Neolítico Final-Bronce Inicial, se reconocieron alineaciones de hoyos de poste con cuñas y maderas quemadas (Ortiz Tudanca, L. 1987: 42-43). Caracteres semejantes a los anteriormente comentados revisten también ciertos restos localizados en lugares como Marijuan I (1610 ±100), donde se reconocen tres estructuras de tipo hoyo, dos de ellos interpretados como un hogar y su basurero (Sesma Sesma, J., y García García, M.^a L. 1994: 146). Un carácter de relativa afinidad

¹⁶⁹ Conocemos un claro paralelo para la estructura detectada en Pico del Castro en el yacimiento neolítico de La Deseada (Alcalá de Henares, Madrid). Allí se pudo registrar una cabaña circular semienterrada de 6'20 m de diámetro y una profundidad de 0'60 m (Díaz del Río, P., y Consuegra, S. 1999; Díaz del Río, P. 2001: 168; Fig. 23. b).

respecto a los hallazgos de Pico Castro, parecen presentar algunos restos de Monte Aguilar (*Ibidem*: 146). A este momento corresponde un fondo de cabaña del Sector B, construido aprovechando un escalonamiento de la roca, en el que la cubrición se hacía mediante travesaños de madera sustentados por postes. En el interior de la cabaña existe un vasar tallado en la roca y una cubeta a modo de hogar. En el Sector A, fechados en los momentos finales del Bronce Antiguo, se reconocen los restos de un fondo de cabaña de la fase VII con dos alineaciones de hoyos de poste, que definen una construcción de planta rectangular y 4'5 mts. de ancho.

En la provincia de Madrid son numerosos los enclaves con material campaniforme en los que aparecen diversas estructuras, equiparables en parte a las descritas de Pico Castro: la Fábrica de Ladrillos de Preresca (Blasco Bosqued, M.^a C., Calle Pardo, J., y Sánchez-Capilla Arroyo, M.^a L. 1996: 62-63 y 65-66), el Cerro de San Antonio (Blasco Bosqued, M.^a C., Lucas, R., y Alonso, A. 1983: 267-268; Blasco Bosqued, M.^a C., Baena, J., y Recuero, V. 1994: 72; Baena Preysler, J., y Blasco Bosqued, M.^a C. 1997: 191-192), Las Carolinas, Fábrica de Euskalduna, Tejar del Sastre, Los Vascos, etc. (Blasco Bosqued, M.^a C. 1987: 74-75). El mejor conocido de todos estos enclaves es El Ventorro, gracias a las sucesivas campañas de excavación desarrolladas en él, resultado de las cuales ha sido la reciente publicación de su monografía. En este asentamiento se han podido diferenciar cabañas de planta ovalada o subovalada, asociada a “fondos” de planta redondeada, que se interpreta tuvieron funcionalidad diversa (pozos para la extracción de arcilla, despensas, hogares, basureros, etc.). De estos últimos se asegura que desempeñan funciones subsidiarias al servicio de las cabañas (Priego, C., y Quero, S. 1992: 360-361).

Según podemos advertir en las descripciones arriba mencionadas todas las evidencias constructivas de los yacimientos campaniformes del centro y norte de la Península Ibérica tienen un rasgo en común: su escasa consistencia. Dicha levedad suele ser explicada en la bibliografía como un indicio de hábitat con escasa estabilidad; al documentar en todas estas estaciones una huella de ocupación muy somera, sin signos de ocupación prolongada en el tiempo (reformas o fases dentro de las estructuras conocidas), existe la idea generalizada de que nos encontramos ante estaciones sujetas a un género de vida móvil, que originaría un tipo de establecimientos no muy prolongados¹⁷⁰.

En relación con esta última apreciación nos interesa recalcar que únicamente un par de los 13 yacimientos de habitación (Las Pinzas y Valimón) parecen tener continuación durante fases siguientes: el Bronce Antiguo, en el primero de los casos y el Bronce Medio y Final, en el segundo. Esto podría interpretarse como una transformación en el patrón de los asentamientos o quizá más bien como una muestra de la temporalidad y escasa vigencia cronológica de las construcciones a que anteriormente hemos aludido.

Determinar la **funcionalidad** de todos estos establecimientos a partir, en la generalidad de los casos, de la información de superficie resulta muy arriesgado. La mayoría de ellos, basándonos en el tipo de cultura material que presentan y las características de los emplazamientos, se han considerado como hábitats. Existe, no obstante, un yacimiento que hemos creído conveniente catalogar como lugar de enterramiento (La cueva de Valdelaperra).

Lugares de habitación

Tanto por las características del emplazamiento, cuanto por sus dimensiones, 12 yacimientos se han incluido dentro de este grupo, lo que representa el 92'31% del total. En pocos de ellos tenemos certeza total de que pudiera ser realmente así. Un elemento que nos permite acercarnos a esta consideración consiste en la recuperación, además de estructuras propiamente habitacionales, de elementos relacionados con actividades domésticas. Nos estamos refiriendo tanto a elementos relacionados con el almacenamiento: cerámicas comunes de considerables dimensiones, principalmente, como a industrias vinculadas a la agricultura/recolección, y la transformación de diversos productos: elementos de hoz, molinos de mano, raspadores, etc. Dichas piezas se documentan en un buen número de yacimientos con evidencias campaniforme: El Carrascal, El Pico de la Mora, El Cujón - Sector A.

En Pico del Castro, los indicios sobre estas actividades se complementan con indicios de prácticas metalúrgicas (recipientes para la reducción del metal) y con el desarrollo de otras funciones propias de los lugares de habitación:

Todos estos indicios se complementan con las estructuras propiamente constructivas, de las que en su momento nos hicimos eco.

En alguno de los yacimientos controlados hay indicios de construcciones de carácter defensivo que pueden hacernos

¹⁷⁰ Algunas observaciones al respecto se recogen, por ejemplo, en: Martín Valls, R., y Delibes de Castro, G. 1989: 49 y 65; Sesma Sesma, J., y García García, M.^a L. 1994: 146; Blasco Bosqued, M.^a C., Baena Preysler, J., y Recuero, V. 1994: 146; Baena Preysler, J., y Blasco Bosqued, M.^a C. 1997: 183 y 186.

pensar en motivaciones funcionales radicalmente distintas a las hasta ahora esgrimidas. Es un caso bastante interesante, puesto nos encontramos ante una construcción sin parangón, cuando menos, en toda la geografía meseteña del mundo campaniforme.

En el hábitat *castreño* del Pico de la Mora, que ocupó la parte más meridional y elevada de un cerro testigo desgajado del páramo, aún se evidencia, con una disposición lineal, un ligero alomamiento, cuya situación debe coincidir con el límite norte del hábitat campaniforme. Dicha estructura en la actualidad se evidencia sobre el terreno como un somero alomamiento que, en los lugares mejor conservados, tiene una anchura de poco más de 1 m y su punto culminante resalta unos pocos centímetros sobre las tierras circundantes. No se aprecia ninguna interrupción en toda la longitud del “muro”, que pudiera resultar indicativo de por dónde pudo resultar más fácil (una primitiva y supuesta entrada?) el acceso al asentamiento. Dicho lomo (al no haber sido excavado desconocemos su estructura interna), tiene un aspecto general y unas dimensiones que nos hace suponer que, lejos de constituir en sí misma una estructura defensiva, debemos hallarnos ante el zócalo o el basamento de una empalizada o vallado. Aún siendo conscientes de que esta suposición sólo es demostrable mediante la excavación en este punto del yacimiento, podemos concluir por consiguiente que creemos encontramos ante una construcción defensiva que habría servido para reforzar el punto de más fácil acceso al poblado y que encierra un área de, aproximadamente, 1/3 de Ha.

No vamos a hacer referencia aquí a la originalidad e implicaciones de esta construcción, pues ambos son extremos que superan ampliamente el marco de nuestro estudio. Sí queremos, por el contrario, hacer mención de que nos encontramos ante una modalidad constructiva sin parangón en la Ribera del Duero y por añadidura en toda la cuenca de este río. De hecho, podemos afirmar que si bien hay algunos trabajos, basados en la observación de fotos aéreas, que nos hablan de la existencia de recintos de fosos que pudieran merecer la atribución campaniforme (Olmo Martín, J. del, 2003), ninguno de los trabajos que recogen los yacimientos campaniformes de dicho ámbito se hace eco de estructuras muradas del tipo concreto de la identificada en El Pico de la Mora. De igual modo, podemos decir que tampoco se citan en los trabajos que recogen el poblamiento campaniforme de amplios sectores peninsulares. Baste revisar en este sentido, y por poner sólo algunos

ejemplos significativos, trabajos como los publicados por Blasco y sus colaboradores¹⁷¹ o por Garrido Pena para la Meseta Sur (Garrido Pena, R. 1995: 123-151), por Sesma y García para Navarra (Sesma Sesma, J. 1993: 53-120; Sesma Sesma, J., y García García, M.ª L. 1994), o por Picazo y Rodanés para el ámbito aragonés (Picazo Millán, J. V., y Rodanés Vicente, J. M.ª 1997: 109-153).

Nos encontramos por consiguiente ante un tipo constructivo poco habitual en el mundo campaniforme peninsular. Con todo debemos decir que esta modalidad constructiva, no es del todo novedosa. Ejemplo de ello podemos encontrarlo en asentamientos campaniformes como el Puntal de los Carniceros (Villena, Alicante) (Jover Maestre, F. J., López Mira, J. A., y López Padilla, J. A. 1995: 45-47) o Les Moreres (Crevillente, Alicante) (González Prats, A., y Ruiz Segura, E. 1993: 17-20). En estos lugares se localizan estructuras murarias que difieren de la nuestra en diversos aspectos: entre otros asuntos podemos apuntar que se trata de construcciones bastante más sólidas que la que nosotros aquí presentamos; no en vano se trata de potentes estructuras que fueron construidas en la mayor parte de sus tramos con piedras de considerable tamaño.

Entendemos que el mayor interés que tiene dar a conocer este sistema defensivo consiste en que, al tiempo que testimonia la pluralidad de manifestaciones constructivas que es posible rastrear entre estas gentes, nos pone en antecedentes de la existencia de construcciones de carácter defensivo en esta época; lo cual, al tiempo, refuerza la idea que hemos expresado aquí al hablar de las motivaciones funcionales que primaron en la elección de determinados enclaves de nuestro territorio.

Lugares de enterramiento

Es tan sólo uno el yacimiento que, a nuestro entender, puede ser incluido dentro de este apartado: la cueva de Valdelaperra. Se trata de un caso un tanto peculiar, a más de problemático, puesto que, primero, nos encontramos ante la utilización de una estructura como es una cueva, absolutamente excepcional en estas *latitudes* y, segundo, porque sólo hemos podido determinar esta atribución funcional basándonos en una serie de apreciaciones personales y de pruebas indirectas.

En Valdelaperra creemos que pudo haberse practicado la inhumación, de características poco precisas, dado el mal estado de conservación del yacimiento, y lo parcial y reducido de la intervención arqueológica practicada en el mismo. La presencia de posibles inhumados en el interior de esta cavidad

¹⁷¹ Ver, por ejemplo: Blasco Bosqued, M.ª C., Baena Preysler, J., y Recuero, V. 1994; Baena Preysler, J., y Blasco Bosqued, M.ª C. 1997.

cárstica la deducimos a partir de una serie de apreciaciones recogidas en la excavación de urgencia, completados por algunos comentarios proporcionados por D. Ángel Zalama; persona que, recordemos, localizó el vaso campaniforme encontrado en el interior de la cueva. En primer lugar diremos que, como se apunta en la descripción del yacimiento, ninguna de las catas practicadas por J. I. Herrán proporcionó el hallazgo de evidencia alguna de época campaniforme. Si tenemos en cuenta que dichas unidades de excavación (tres en concreto) se practicaron todas ellas en la entrada de la cavidad, sector que *a priori* es el más propicio para alojar un área de habitación, podemos llegar a la conclusión de que la presencia de especies campaniformes en el lugar difícilmente guarda relación con esta actividad. Si a ello sumamos que, según referencias del Sr. Zalama, el vaso campaniforme hallado en la cueva procede de un sector situado bastante al interior de la misma y, además, tenemos en cuenta que en la zona en que apareció D. Ángel encontró algunos huesos que a él le parecían humanos, podríamos concluir que, por consiguiente, existen evidencias más que razonables que permiten asumir sin mucho riesgo a equivocarse que aquí se practicó un enterramiento de época campaniforme.

Por otra parte también debemos apuntar que, aunque nos encontramos ante una modalidad de enterramiento poco habitual en el mundo campaniforme, en absoluto es novedosa. De hecho, cuenta con buenos paralelos en zonas próximas a nuestro sector; los cuales pudieran haber servido de inspiración a la tumba (tumbas?) que suponemos pudo alojar la cueva de Valdelaperra en momentos campaniformes. Buenos ejemplos de cuanto apuntamos los encontramos en diversos puntos de la provincia de Segovia. En este sentido podemos destacar la cueva de la Vaquera o Fuentedura (Torreiglesias) (Zamora Canellada, A. 1975: 544; *Idem*: 13-15), donde se identificó una interesante inhumación individual con un ajuar formado por la triada de clásicos recipientes campaniformes, alguno de los cuales (en concreto el vaso) constituye, por cierto, un inmejorable paralelo (desde un punto de vista formal y decorativo) para el fragmento campaniforme hallado en Valdelaperra. Nuevos ejemplos en el

mismo sentido encontramos en algunos enclaves conocidos desde antiguo; caso de La Tarascona¹⁷², Santibáñez de Ayllón¹⁷³, Valle de Tabladillo¹⁷⁴, etc., que demuestran que en esta área de la submeseta norte, a no muchos kilómetros de nuestro territorio, fueron relativamente frecuentes los enterramientos.

1.2. Bronce Antiguo-Pleno

Ya en su día Maluquer defendió, utilizando el eterno tópico del comportamiento retardatario de las comunidades prehistóricas del interior peninsular, una estricta continuidad entre Ciempozuelos y Cogotas I, entendiendo que con ello el problema del origen de las cerámicas excisas cogotianas en gran medida quedaba resuelto: eran sencillamente remedo, en técnica diferente, de los “chevrons” pseudo-impresos del campaniforme meseteño. Hoy, empero, cuando ya no hay dudas sobre la posición cronológica de las cerámicas campaniformes, a remitir al *floruit* de la Edad del Cobre, se impone la tarea de investigar y definir el Bronce Antiguo/Medio regional, y reconocer la existencia de un prolongado vacío entre el declive campaniforme y la aparición de Cogotas I. Aquellas expectativas se han cumplido en gran medida y el enigma de tan prolongado paréntesis – aproximadamente medio milenio – parece resuelto tras la identificación en la zona de dos horizontes arqueológicos de nuevo cuño representativos del Bronce Antiguo/Pleno en la región: el “Horizonte Parpantique”, que, con pocas dudas, actuó como fundamento para la forja de un Bronce Medio Protocogotas.

Mas los problemas no terminan ahí y sigue quedando en el aire la reconstrucción del proceso a través del cual se produjo la sustitución de las especies decoradas propias del campaniforme de la Meseta por aquellas otras, fundamentalmente lisas, con líneas de carena y aplicaciones plásticas (cordones, mamelones), características del horizonte Parpantique. A fuer de sinceros, no existe un modelo explicativo “de consenso” y se contemplan dos grandes alternativas: o bien, simplemente, estos dos grupos arqueológicos representan etapas sucesivas, o bien pudo tratarse de facies distintas, en parte coetaneas¹⁷⁵. Hoy nos decantamos

¹⁷² Al respecto ver, por ejemplo: Pérez de Barradas, J. 1935; Delibes de Castro, G. 1977: 47.

¹⁷³ Ver, por ejemplo, Castillo Yurrita, A. del. 1954; Molinero Pérez, A. 1954: 10; Delibes de Castro, G. 1977: 46-47.

¹⁷⁴ Como ejemplo ver: Molinero Pérez, A. 1954: 10; Delibes de Castro, G. 1977: 48.

¹⁷⁵ Para la Meseta Norte esta teoría la podemos ver recogida, por ejemplo, en: Fernández-Moreno, J. J., y Jimeno Martínez, A. 1992: 224. La teoría de las dos facies, aplicada al caso de la Meseta Sur, es también la hipótesis que en diversas ocasiones ha defendido Blasco Bosqued (al respecto ver, por ejemplo: Blasco Bosqued, M.ª C. 1997: 63)

más bien por la hipótesis de la sucesión, de forma que el horizonte Parpantique habría surgido de un sustrato campaniforme para enlazar después con la conocida secuencia Protocogotas/Cogotas I, característica de la parte final de la Edad del Bronce¹⁷⁶, pero no es menos cierto que con ello persiste el problema del solapamiento de fechas absolutas que, por el momento, se contempla entre el mencionado horizonte y las mejores tumbas del campaniforme de Ciempozuelos.

A este momento sólo hemos sido capaces de atribuir un conjunto ciertamente limitado de yacimientos en la comarca vallisoletana de La Ribera (apenas cinco) (Fig. 206). El carácter “anodino” de la vajilla Parpantique, que apenas permite, a diferencia de como ocurre con la de otros momentos de la Prehistoria reciente de la cuenca del Duero, personalizarlo en unos fósiles-guía, fundamentalmente cerámicos, inconfundibles, ha sido determinante para que la existencia de este horizonte tardará tiempo en ser detectada en la cuenca del Duero y, por añadidura, creemos justifica su escasa presencia en el conjunto de los materiales recuperados en nuestro entorno¹⁷⁷.

La evaluación de estos datos en el marco de nuestro entorno geográfico y el significado último de los mismos, resultan sumamente complejos en el estado actual de los conocimientos. En el resto de la provincia de Valladolid apenas se ha reconocido la existencia de un Bronce Antiguo / Pleno como el que aquí pretendemos significar.

De hecho, carecemos de fechaciones absolutas que permitan precisar un marco cronológico local mínimo para este momento. Todo ello ha traído como consecuencia la dificultad de atribuir con cierta certeza yacimientos arqueológicos al aire libre a este periodo, excepción hecha de algunas localizaciones como Hoyo de la Mota / Los Pinos de Gomeznarro (Delibes de Castro G. 1997: 71; Delgado López, L. M.^a 2002: 12-15), y muy pocas más.

Ante este panorama resulta evidente que, dada la imposibilidad de establecer comparaciones tendentes a enmarcar los hallazgos de La Ribera en el marco de la Prehistoria Reciente

provincial, habremos de fijar nuestra atención en lo que conocemos al respecto en otras comarcas de Castilla y León.

En la adyacente porción burgalesa de La Ribera del Duero, los hallazgos del Bronce Antiguo / Pleno cada día comienzan a ser más abundantes, superando en mucho, en número y entidad lo que conocemos sobre el poblamiento de esta época en el territorio por nosotros investigado. En el momento actual se está intentando desarrollar un estudio profundo (en concreto, bajo nuestra dirección), de conjunto, basado en prospecciones intensivas de cobertura total y excavaciones, que a no mucho tardar posibilitará la obtención de conclusiones fiables. De momento, los resultados obtenidos en los últimos años de trabajo, plasmados en alguna publicación preliminar (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: 579-590), pueden servir para ayudarnos en nuestro intento de reconstruir el esquema de poblamiento que se desarrolló en nuestro sector durante esta época. En nuestra opinión el Bronce Antiguo / Pleno viene a representar para esta zona la culminación de una serie de transformaciones que arrancaban desde el Calcolítico precampaniforme. La dinámica de ocupación del territorio desembocará en el surgimiento de los primeros poblados dotados de cierta estabilidad, una rudimentaria y mínima organización del espacio y, hemos de suponer, una estructuración económico-social más desarrollada (Delibes de Castro, G., y Fernández Manzano, J. 2000: 105).

Otras comarcas castellano-leonesas, especialmente de la provincia de Soria, donde los trabajos de prospección en los últimos años y la labor de publicación de artículos y también de monografías ha sido más intensa, arrojan un panorama de enorme interés, con un notable número de yacimientos de esta época, comparables, en buena medida, con los hallazgos de los ámbitos anteriormente citado. Estas apreciaciones pueden hacerse extensivas a la zona de Villafáfila (Zamora), donde los datos de prospección y de excavación documentan un intenso poblamiento de pequeños núcleos, en algún caso (en lugares concretos como Santioste [Viñé, A. I., Martín, A. M., y Rubio, P. 1990: 89-104; Viñé, A., Salvador, M., Iglesias, L., Rubio, P.,

¹⁷⁶ Delibes de Castro, G. y Fernández Manzano, J. 1999: 104-107.

¹⁷⁷ De hecho, estamos convencidos de que el número de yacimientos conocidos en el sector investigado solo representa una parte de lo que debió ser la realidad poblacional de la época. En efecto, al tratarse de materiales obtenidos en prospección entendemos que son en ocasiones demasiado exigüos como para, al faltar un fósil director en forma de cerámica decorada, permitir caracterizar con precisión un determinado yacimiento. Por ello damos por sentado que buen número de los yacimientos recogidos en las fichas de yacimientos de la zona, que han sido incluidos en el Inventario Arqueológico de Valladolid, deben pertenecer a esta etapa. De otra parte, habida cuenta de que los yacimientos de esta etapa comparten un fondo común de producciones indistinguibles con los de los momentos campaniforme y Protocogotas, no descartamos que un número indeterminado de yacimientos que han merecido por nuestra parte su atribución a ambas etapas, pudieran haber conocido, a su vez, una ocupación durante la fase Parpantique.

y Martín, A. M., 1991: 175-191; Delibes de Castro, G. 1993: 32-46; *Idem.* 1995 c: 88-94; *Idem.* 1995 a: 21-92]), en relación con una rudimentaria economía de producción dedicada a la obtención e intercambio de sal, en el seno de una sociedad en la que se manifiesta la existencia de rasgos como “la transmisión de privilegios por herencia”, que nos hablan del grado de complejidad alcanzado.

En lo concerniente al análisis de la **distribución y extensión de los yacimientos**, tal y como ya se ha apuntado, nos hallamos ante un serio problema: lo limitado de los datos de que disponemos; lo cual nos impide contar con una perspectiva más amplia para contrastar los testimonios obtenidos, a la vez que restringe seriamente el alcance de muchas de nuestras conclusiones.

En este sentido diremos que los pocos yacimientos (5) localizados en el sector, cuyos materiales, a nuestro entender, “merecen” ser adscritos al presente periodo, circunscriben su localización al ámbito más oriental del sector investigado. En principio, no queremos dar mayor trascendencia a este dato pues, como también quedó dicho, entendemos que el número de los lugares conocidos es sólo una parte de lo que pudo ser la “realidad poblacional” de la época. Más interesantes, a nuestro entender, pudieran resultar algunas observaciones que pueden extraerse tras analizar la ubicación de los poblados y, lo que es más importante, de confrontar sus peculiaridades con las de yacimientos con presencia constatable de especies campaniformes, con objeto de avanzar en la definición y contrastación de sus respectivos patrones de asentamiento. En este sentido, comenzaremos por apuntar que en el Bronce Antiguo/Pleno, de nuevo, se detecta la ocupación de hábitats en altura; alguno de los cuales también fue habitado por gentes portadoras de barro con decoración campaniforme. Este es el caso del espolón sobre el que habría que ubicar los materiales recogidos en las laderas de El Cujón (Sector A). Otros ejemplos de esta modalidad de asentamiento, que, en este caso, no denotan haber conocido una ocupación prehistórica previa, estamos seguros que fueron ocupados por grupos dotados de una cultura material semejante a la de El Parpantique. Tal es el caso del establecimiento que ocupó el lugar sobre el que hoy se asienta

El Castillo de Peñafiel; aquí se instaló un hábitat emplazado sobre la superficie (no sabemos si toda o sólo una parte) de un cerro testigo cónico que, excavado en las formaciones miocénicas margosas y dolomíticas, componentes de los relieves de cuestras de páramo, domina, desde algo más de un centenar de metros, con una cuenca visual amplia, no sólo las posibilidades de vado del río Duratón, a su paso al pie del relieve destacado, sino también las llanuras aluviales circundantes constituidas por limosos fluvisoles, suelos propios de terrazas, y también amplios arenales; aunque dentro de un hipotético territorio de explotación, comprendidos los alrededores (en un radio de una hora) de la estación señalada, cabrían también las superficies de páramo de relieves como El Anraso o el Llano de San Pedro. Una ubicación semejante, por su enriscamiento, es la que posee **El Castillo** de Curiel de Duero, en un discreto y estrecho valle, el del arroyo del Horcajo, ligeramente apartado de la importante vía de comunicación que pudo ser el Duero, y su confluencia con el Duratón, pero en este caso con una cuenca visual media que, al menos, alcanza dicha unión, así como la convergencia del arroyo ya citado y la del Botijas, con el Duero.

Junto a estos notables yacimientos en altura hay que señalar que en la zona también se detecta la presencia de establecimientos en llano. En concreto conocemos un par de ejemplos que se localizan en los lugares denominados la **Casa de Margüello** de Castrillo de Duero y **Las Eras** de Pesquera de Duero. El primero está emplazado en el área de las terrazas más bajas (pero no lejos del sector de terrazas más elevadas, o de cerros testigo como el Pico del Otero) del Duero, en su margen izquierda, tiene una escasa cuenca visual y se sitúa en un entorno de fondo de valle, donde son visibles antiguos meandros y en el cual desaguan diversos arroyos, originados en el acuífero del páramo que, han excavado *barcos*¹⁷⁸ y *cárcevas* (Cuestalavega, La Umbría, etc.) en las cuestras que descienden desde relieves como Los Cambriones. El segundo se halla emplazado (con una cuenca escasa a media) sobre un meandro, poco profundo, junto al río Duero, elevado unos pocos metros sobre su cauce actual, en un contexto edáfico de suelos de terraza, aunque no lejano de ciertos arenales, y con la desembocadura en el río de un regato o arroyo, denominado de Esgueva, en su inmediato entorno.

¹⁷⁸ Páginas arriba hemos procurado definir el término “barco” como un acarcavamiento producido, por la descarga del manto freático de los páramos, en aquellos puntos donde, por cambios bruscos de la topografía, se produce una intersección entre el acuífero de los páramos y el nivel del suelo, apareciendo entonces surgencias, fuentes y manantiales de caudales, en ocasiones, apreciables, y alimentándose así una red hidrográfica de alcance local. El fondo de estos “barcos” suele mantener una pendiente menos pronunciada que el general de las cuestras de páramo, con lo cual son aprovechados por caminos y cañadas tradicionales, que permiten un acceso más fácil desde el fondo de los valles a la planicie superior de las plataformas morfoestructurales, y viceversa.

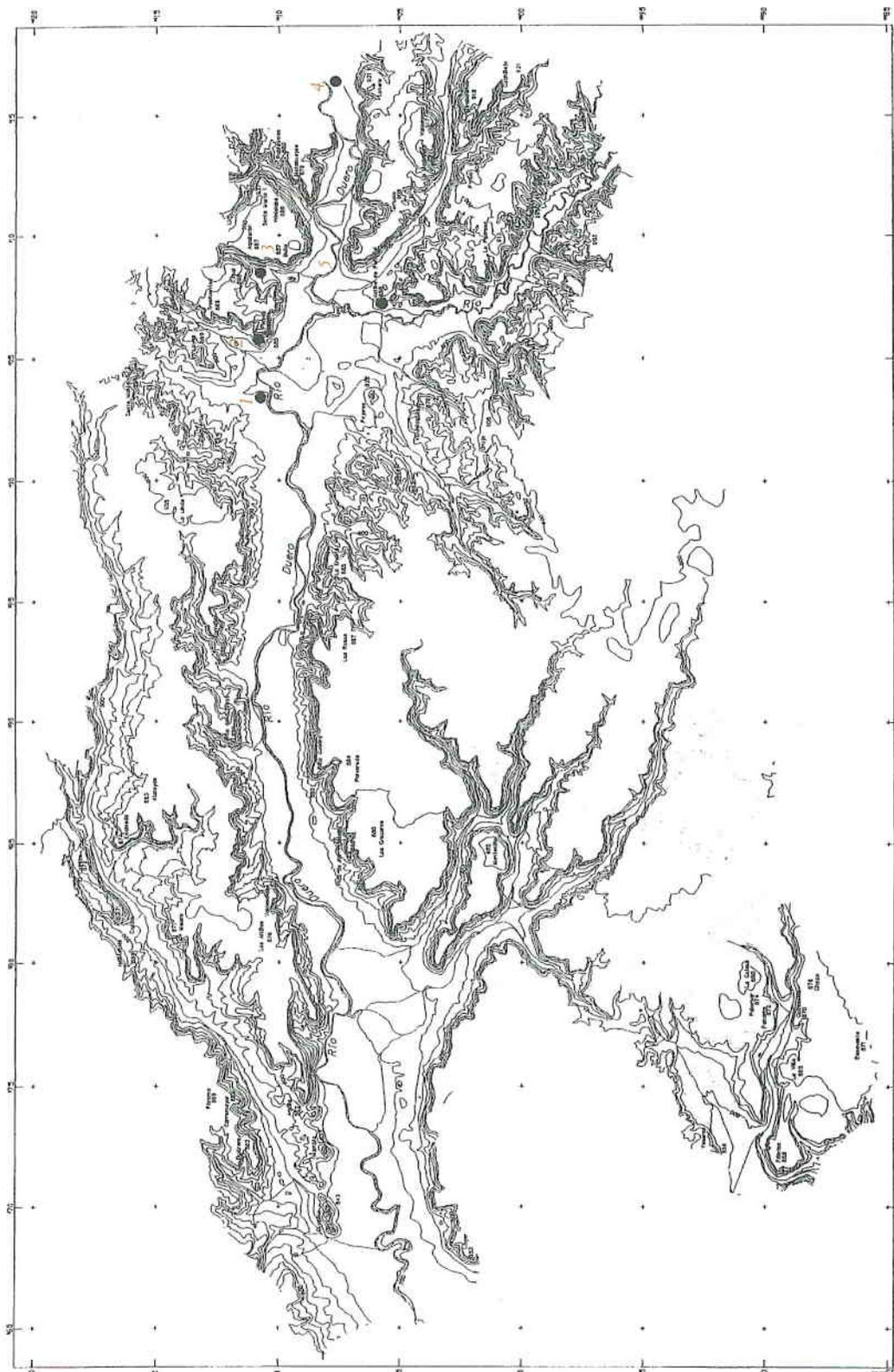


Fig. 206. Localización de los yacimientos del Bronce Antiguo-Pleno en La Ribera del Duero de Valladolid. 1. Las Eras, 2. El Cujón (Sector A). 3. El Castillo-La Loma del Barcial. 4. Casa de Margüello. 5. El Castillo (Peñafiel).

Los asentamientos en altura que aquí se describen, ocupando las zonas de transición del páramo a la campiña, son, desde el punto de vista de su morfología, distintos de los que dieron cobijo a las ocupaciones campaniformes, y enteramente semejantes a los poblados sorianos que, situados al sur del Duero, sirvieron de base para la primera definición del denominado horizonte Parpantique en la Meseta Norte (Jimeno Martínez, A., Fernández Morenos, J. J., y Revilla Andía, M.ª L. 1988: 85; Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1992: 88-90): cerros de forma cónica (por ejemplo, el propio castro epónimo de El Parpantique), o en espolón (El Turroneiro, en Peñalba de San Esteban), de superficies superiores, más o menos, exiguas, que, con una altura cercana a los 100 m sobre su entorno, dominan extensas zonas de valles. Esta semejanza no tiene nada de particular pues, no en vano, estamos en condiciones de enumerar un buen número de yacimientos similares, bien conocidos, en el sector burgalés de la Ribera del Duero¹⁷⁹, donde comparecen enclaves como El Pico Romero en Santa Cruz de la Salceda (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: 579-590), yacimiento, localizado en el tramo superior del valle del arroyo de la Nava, controla en dirección oeste la amplia vega del Duero y, en menor medida, la del Riaza; El Peñón en Gumiel de Izán sobre el río San Pedro; El Alto del Cerro en Vadocondes, en las proximidades del arroyo Fresnillo, desde el que se domina una amplia panorámica de la vega del Duero; o Capagrillos en Fuentelcesped sobre el estrecho valle del arroyo de La Nava, que, en conjunto, forman un grupo de fuerte entidad cultural, del cual lo que nos interesa resaltar aquí es que se extiende, sin solución de continuidad geográfica alguna, por lo menos, en torno al valle del Duero desde, al menos, el sector vallisoletano estudiado por nosotros, hasta aquel que acoge a los referidos enclaves sorianos.

Ahora bien, a diferencia de lo que describen Jimeno y Fernández para el territorio soriano (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1992: 86, 88-89 y 91), en el tramo burgalés de la Ribera del Duero, en las proximidades de estos hábitats en altura, personalmente, hemos podido constatar que comparece

todo un cúmulo de pequeños establecimientos con un bagaje de cultura material que en nada difiere del que se manifiesta en los asentamientos enriscados del Bronce Antiguo/Pleno que se distribuyen por las llanuras circundantes. Así, por citar un ejemplo, diremos que en el entorno investigado de Pico Romero hemos podido controlar buen número de yacimientos en bajo, dentro del tramo del arroyo de la Nava comprendido entre el citado asentamiento y la vega del Duero (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: 585). La peculiar ubicación y las dimensiones de estos lugares, como contrapunto de otras estaciones de mayor entidad pone de manifiesto una dinámica de ocupación del espacio perfectamente estructurada y una clara jerarquía de poblamiento.

Aunque, por el momento, si duda debido a los problemas inmanentes a la naturaleza de los datos obtenidos en superficie, señalados anteriormente, nos faltan las pruebas empíricas definitivas, no creemos descabellado pensar que en el entorno de los yacimientos en altura localizados en el ámbito de nuestro estudio pudo desarrollarse un panorama poblacional semejante al constatado en La Ribera burgalesa. De hecho, en principio, no descartamos que cierto número de las localizaciones recogidas en el Inventario Arqueológico de la Provincia de Valladolid, dentro del término municipal de Peñafiel, en el entorno del Castillo de Peñafiel, pudieran pertenecer al momento que ahora nos ocupa¹⁸⁰. Tal sería el caso de lugares como Sauguillo Bajo, Carrascal, Pececillos, etc., que no han sido recogidos en nuestro inventario de yacimientos debido a su indefinición. De confirmarse la atribución de los yacimientos que ahora proponemos nos llevaría a tener que asumir que durante este periodo en el entorno de Peñafiel se produjo una significativa concentración de yacimientos (algo que no consideramos en absoluto descabellado), semejante al que, efectivamente, hemos podido constatar en otros sectores del Duero Medio, en el que se advierten, de forma reiterada, relaciones de proximidad e intervisibilidad entre asentamientos de diverso género, diferenciables por su topografía, su potencial extensión etc. Esta concentración, que, interpretamos, tendría como cabecera el yacimiento situado en el Castillo de Peñafiel,

¹⁷⁹ Identificados, en su mayor parte, durante los trabajos desarrollados dentro del Inventario Arqueológico de la Provincia de Burgos: Palomino Lázaro, A. L., Rodríguez Marcos, J. A., y Arnáiz Alonso, M. A. 1991.

¹⁸⁰ En estos lugares aparecen una serie de materiales cerámicos cuyos caracteres (aspecto externo, características de elaboración, etc.), no desdican en absoluto de las producciones cerámicas de la Edad del Bronce de la zona, pero por no haber recuperado entre ellos elementos que permiten afinar en su definición (identificación de perfiles singulares o, sobre todo, de decoraciones), no nos hemos atrevido a atribuir a este u otro momento de un modo definitivo. No obstante, es precisamente la ausencia de especies decoradas en estos contextos, las cuales, por el contrario, suelen aparecer en proporciones considerables en el resto de las etapas en que hemos dividido la Edad del Bronce del sector, lo que nos ofrece un breve resquicio para proponer esta atribución; en espera de que futuras investigaciones se encarguen de confirmar o refutar lo que ahora no es más que una intuición.

no es explicable como la más óptima, ni satisfactoria, para un abastecimiento de las materias primas, o soportes, del utillaje de producción y de bienes de prestigio, sino sintomática, más bien, de una buena ubicación que permitiría el control de la circulación de medios de producción y poder, así como de productos, al localizarse en torno a una encrucijada de dos importantes ejes de comunicación, la confluencia del Duero y el Duratón, y en la proximidad de recursos que permitirían una producción subsistencial y, tal vez, hasta excedentaria de alimentos.

Claro que, aunque los criterios de ubicación de asentamientos puedan estar orientados hacia la explotación de los suelos del entorno, como parece pudiera suceder en el caso arriba citado, ello no impide que una parte de la población se decante por la elección de emplazamientos que no buscan minimizar esfuerzos de proximidad a los teóricos campos de cultivo, y ni siquiera a los suelos de mayor productividad potencial. Así los ocupantes del Castillo de Curiel, durante esta etapa del Bronce Antiguo/Pleno, parecen habitar un entorno (nos recuerda mucho el elegido por los ocupantes de Pico Romero en Santa Cruz de la Salceda), discretamente apartado de las principales vías de comunicación, sin renunciar por ello a un somero control de las mismas, siquiera visual, en el interior de un estrecho vallejo, con menos superficie agrícola eventualmente útil, que la existente a muy corta distancia (menos de dos km) en el fondo del valle del Duero. Pero, en lugar de situarse en plena vega del Duero, los pobladores del citado yacimiento, se decidieron por este cercano cerro cónico, cuyo cúlmen, elevado a 93 m sobre la zona llana circundante, y que permite sólo una cuenca visual media, más centrada en el cerrado entorno del valle del Horcajo, aparece encumbrado sobre unos desniveles que garantizan una fácil defendibilidad¹⁸¹. A muy poca distancia de este yacimiento, si ascendemos al páramo por una amplia cárcava que finaliza en la ladera occidental del Castillo de Curiel, accederíamos fácilmente a la estación de El Cujón (Las Pinzas – Sector A), la cual posee, frente a lo señalado para El Castillo de Curiel, un mejor dominio del valle del Duero, en su confluencia con el del Duratón y diversos arroyuelos, en un sector donde abundan los suelos de terraza bien irrigados, y que podría haber cubierto la pérdida de visibilidad del Castillo de Curiel, al controlar visualmente franjas oscuras de la misma, sobre zonas donde sí se puede constatar la presencia de otros asentamientos en llano, como Las Eras. La escasa distancia entre todos ellos, la accesibilidad de El Cujón (Sector A) desde El Castillo, y la relación entre sus respectivas visibilida-

des direccionales, puede llevarnos a sospechar, de haber sido ocupados al unísono, la existencia de una simbiosis o complementariedad entre los mismos. En la cual, la población asentada en El Cujón podría no haber sido sino una proyección espacial del grupo de poder instalado en El Castillo de Curiel, orientada a una estrategia intra e interterritorial como asentamiento coercitivo/defensivo, frente al resto de la misma comunidad u otros grupos ajenos a la misma. Es decir, se constituiría como un asentamiento dependiente que cubre las necesidades estratégicas de otro asentamiento jerárquico, cuya población, o al menos un segmento, el más relevante, se encontraría descargado de las tareas productivas directas.

Por tanto, la constatación de distribuciones espaciales semejantes, durante el Bronce Antiguo/Pleno, en el Duero medio (si el modelo observado tanto en el entorno de Peñafiel, como en el del citado de Santa Cruz de la Salceda, fuese extrapolable al resto del territorio), podría ser el indicio de una dinámica de ocupación del espacio, perfectamente estructurada, en torno a una serie de variables entre las que, el emplazamiento de determinados asentamientos, a nuestro entender, pudiera reflejar el poder social que unas élites ejercen ahora sobre una población dependiente. La definición y caracterización de esta clase de relaciones sociales y de producción, debe constituirse en un objetivo fundamental de investigación a desarrollar en futuras investigaciones.

Cambiando la orientación del discurso que venimos desarrollando, queremos hacernos eco de una opinión recientemente expresada por Delibes, Fernández y Herrán. Estos autores llamaban la atención sobre las concomitancias que, en su opinión, se dan entre el poblamiento campaniforme y el del Bronce Antiguo/Pleno; basándose en la persistencia de hábitats en altura (Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Herrán Martínez, J. I. 1999: 64-65), en las semejanzas apreciables en los rituales funerarios (Delibes de Castro, G., Viñe Escartín, A., y Salvador Velasco, M. 1998: 179) y en el aparente solapamiento cronológico, entre algunos contextos funerarios campaniformes y los de los casares con cultura material tipo Parpantique.

Ahora bien, tal afinidad se nos antoja una apreciación un tanto irreal, producto del análisis de aspectos que nos atreveríamos a calificar de “colaterales” al estricto tema del poblamiento. En efecto, si analizamos este asunto con detenimiento, no podemos dejar de señalar claras diferencias entre las manifestaciones

¹⁸¹ Algo que evidencia también su posterior elección como lugar de asentamiento en época tardorromana y medieval (Repiso Cobo, S. 1996).

poblacionales de ambos horizontes. Así, a las diferencias advertibles a escala macro, arriba señaladas, cabe añadir las que pueden apreciarse si lo que establecemos son comparaciones a nivel microespacial, para lo cual proponemos fijar nuestra atención en la lectura de los contextos estratigráficos propios de los asentamientos de ambos períodos.

Teniendo en cuenta que los datos sobre contextos de hábitat propiamente campaniformes, analizables, a nivel microespacial, en el Duero medio, se reducen, a día de hoy, a los obtenidos en las excavaciones del Pico del Castro en Quintanilla de Arriba, del que solamente conocemos, como ya apuntamos en páginas anteriores, un único fondo de cabaña, vestigio de una endeble estructura, confeccionada con materiales orgánicos; contexto semejante al que diversos autores, en otros ámbitos geográficos, no dudan en interpretar como indicio de un hábitat de escasa estabilidad (Blasco Bosqued, M.^a C., Lucas Pellicer, M.^a R., y Alonso, A. 1983: 267-268; Blasco Bosqued, M.^a C., Baena Preysler, J., y Recuero, V. 1994: 72; Baena Preysler, J., y Blasco Bosqued, M.^a C. 1997: 191-192).

Si extrapolásemos las observaciones obtenidas en este enclave, tomándolo como paradigma básico de los asentamientos campaniformes en esta zona, especialmente los localizables en altura, aún a riesgo de menospreciar su posible peculiar funcionalidad, hay que señalar como lo que sabemos de la estructura interna de los casares campaniformes resulta una imagen, entendemos, bastante distinta de la que transmiten los sitios de hábitat enriscado ocupados durante el Bronce Antiguo/Pleno. Estos últimos, mejor conocidos en el Alto y Medio Duero, donde se han documentado estructuras domésticas, de planta rectangular (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1992: 88) y también paracircular, cuyos muros de tapial (con un entramado vegetal) suelen conocer sucesivos suelos de acondicionamiento, lo que tal vez nos llevaría a hablar de auténticas casas, abandonando el término de cabañas, pues el primero implica una constante transformación del área ocupada, en función de unas necesidades impuestas por el desarrollo de la actividad doméstica (Rodríguez Marcos, J. A., Palomino Lázaro, A. L. 1997: 582). Y este tipo de estructuras, correspondientes al Bronce Antiguo/Pleno, han podido documentarse formando parte de importantes paquetes estratigráficos que pueden superar el metro de potencia (Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1992: 85; Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: 585), contemplándose a lo largo del mismo diversas reocupaciones, con sendas estructuras domésticas superpuestas (Rodríguez Marcos, J. A., y Palomino Lázaro, A. L. 1997: 582).

Si este modelo, basado fundamentalmente en las observaciones obtenidas por nosotros en Pico Romero, al cual no dudamos en calificar, como también hacen otros investigadores

(Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J., y Herrán Martínez, J. I. 1998: 65; Delibes de Castro, G., y Fernández Manzano, J. 2000: 166), de relativamente sedentario, más allá de una mera ocupación estacional del mismo, fuera aplicable, al menos, a otros hábitats encumbrados del mismo periodo, en este territorio. Y añadiéramos a ello los datos, hasta ahora conocidos, de esta etapa y las anteriores, que, a pesar de lo circunscrito del área estudiada, y de otra serie de problemas a los que repetidamente hemos aludido, hemos interpretado a un nivel semi-micro, es decir, de las relaciones del sitio con su entorno inmediato, o, más aún, a nivel macroespacial, con lo que buscábamos, trascendiendo la mera distribución de los recursos, centrar nuestra atención en las relaciones internas habidas entre los pobladores de este sector del Duero Medio, llegaríamos a la conclusión de que se puede sospechar, para estos momentos propios del Bronce Antiguo/Pleno, de una manera más plausible que durante el periodo del plenitud de las manifestaciones campaniformes, la existencia de unas sociedades organizadas en torno a estructuras de poder más polarizadas y con cierta permanencia, tal como pueden serlo las jefaturas o sistemas con linajes segmentarios. De forma que, enfrentados a un arquetipo, como el que puede representar El Pico del Castro para momentos anteriores, sólo queda por decir que el fenómeno del escastillamiento de poblaciones, en posiciones naturales fuertes y de fácil defensa, no deja de ser un recurso común a ambas etapas, pero con significado o trascendencia bien distinta que, como venimos reiterando, parece obedecer, durante el Bronce Antiguo/Pleno, a una mayor jerarquización en la estructura social de unos grupos, con ocupaciones de mayor estabilidad, factor este último, el de la mayor permanencia de la habitabilidad, tal vez favorecedor de semejantes mecanismos sociopolíticos. Mecanismos y estructuras que se traducirían en determinados comportamientos sociales, cuyo reflejo habrá que buscar en el registro arqueológico, hasta determinar si ello se traduce en que algunos asentamientos hubiesen llegado (y en qué medida) a consumir (o apropiarse de) recursos y/o de mano de obra de otros cercanos que les estuviesen subordinados, en función de unas determinadas relaciones sociales de producción y sus correspondientes formas de tenencia de la propiedad.

El desarrollo cronológico interno de estas poblaciones, cuyo detalle habrá de concretar y relacionar con un seguimiento de sus patrones de asentamiento, como reflejo directo de la evolución de sus estructuras sociales, así como la posible pervivencia de los rituales funerarios campaniformes probablemente en una etapa inicial del mismo, son cuestiones sobre las que no vamos a insistir, quedando pendientes de resolver igualmente en un futuro desarrollo de la investigación.

Es de sobra conocido que en la cuenca del Duero se ha venido reconociendo la existencia de una cultura denominada Cogotas I que vendría a cubrir el desarrollo del Bronce Medio y una parte del Bronce Final de la región. Tampoco hace falta decir que hasta la fecha han sido muchos los intentos para obtener una seriación aceptable de dicha cultura, para lo cual se han propuesto múltiples periodizaciones, la más reconocida de las cuales es, sin lugar a dudas, la sugerida por los investigadores de la Universidad de Valladolid. En resumidas cuentas han instituido la idea, según la cual dentro del desarrollo de la citada cultura cabe establecer la existencia de una primera fase, caracterizada por unas singulares decoraciones incisas que en ocasiones son únicas en los hábitats de ciertos territorios de la Meseta, denominada Protocogotas. Recibe este apelativo taxonómico una entidad politética con un fuerte componente de la tradición anterior, pues buena parte del elenco cerámico es similar al grupo Parpantique, y la masiva introducción de cazuelas y fuentes con decoración incisa supone el principal cambio en el repertorio material (Delibes de Castro, G., y Fernández Manzano, J. 2000: 107).

El contexto cronológico de dicha fase se enmarca dentro de la primera mitad del II milenio cal BC, aceptándose hoy esta etapa que significa el inicio de los grupos Cogotas I que abarcaría el intervalo c. 1700 y c. 1550 cal ANE (Castro Martínez, P., Lull, V., y Micó, R. 1996: 161), aunque la acotación temporal de las más antiguas evidencias de materiales de estilo Cogotas I y sus diferencias regionales siguen siendo temas aún abiertos (Fernández-Posse, M.^a D. 1998); sin que falten, incluso, algunas propuestas recientes que cuestionan la fasificación clásica y sus consensuados límites cronométricos –basados en la calibración dendrocronológica (Castro Martínez, P., Micó, R. y Sanahuja, M. E. 1995: 51-118) del C14–, poniendo en duda su supuesto origen meseteño y retrasando su inicio hasta c. 2000 cal ANE (Galan Saulnier, C. 1998: 201-243). Para esta etapa, en La Ribera vallisoletana contamos con algunas dataciones absolutas que podríamos calificar de adecuadas. Una de estas fechas nos sitúa en los momentos iniciales de la etapa Protocogotas (El Castillo: GrN15013 = 3350 ± 50 bp 1400 ± 50 a.C. 1650 cal. BC) en tanto que otras dos nos sitúan contumazmente en los momentos avanzados del marco temporal protocogotiano (La Plaza: GrN-10.617 = 3275 ± 30 bp 1325 ± 30 a.C. 1560 ± 30 cal. BC y GrN-14.560 = 3275 ± 30 bp 1325 ± 30 a.C. 1560 ± 30 cal. BC). Algo alejada del resultado de las dataciones anteriores se sitúa, empero, la datación obtenida en El Carrizal (GrN-18.287 = 3640 ± 70 bp 1690 ± 70 a.C. 1991 ± 70 cal. BC). El distanciamiento es acusado si se tiene en cuenta que se trata de un asentamiento netamente Protocogotas desde el punto de vista cultural; circunstancia que hace muy difícil que pueda ser aceptada como una datación fiable.

Distribución y extensión de los yacimientos

Durante este momento de la Edad del Bronce parece producirse, lo que cabría calificar como *un óptimo de ocupación del territorio*, en la Ribera del Duero. Expresión clara de esta circunstancia es el notable aumento cuantitativo del número de estaciones arqueológicas controladas en la zona: se conoce un total de 23 lugares; lo que equivale a casi doblar el número de los detectados en la época campaniforme.

Como en casos anteriores, nos encontramos con la limitación que supone carecer de datos suficientes acerca de la cronología absoluta de los yacimientos estudiados; elemento fundamental, cuando lo que se intenta es reconstruir con cierta fiabilidad la evolución del poblamiento en el sector. Como acabamos de ver, son tres (La Plaza, El Carrizal, El Castillo) los lugares que, por haber sido fechados con radiocarbono, aportan una aproximación al momento en que se produjo su ocupación y permiten reconocer la existencia de una cierta “profundidad cronológica” en el desarrollo regional del Protocogotas. Este hecho, en buena lógica, permite establecer que los enclaves localizados en la Ribera fueron habitados en momentos cronológicos dispares; lo cual significa que la imagen que actualmente nos ofrece el mapa del poblamiento del sector, lejos de corresponder a una “foto fija”, obtenida en un momento único y puntual, debe entenderse como la suma de varios “fotogramas” (realizados en diversos momentos del desarrollo del grupo Protocogotas), cada uno de los cuales debe dar cabida a una serie de yacimientos concretos que, a tenor de los conocimientos actuales, resulta difícil desentrañar. Ello, de nuevo, limita el alcance de cuanto aquí se diga, habiendo de limitarnos a realizar una serie de planteamientos generales sobre el particular. Con todo, entendemos que la evaluación de estos datos en este entorno geográfico concreto y el resultado último que ofrecen los mismos son vivamente sugerentes, incluso en el estado actual de nuestros conocimientos.

Teniendo en cuenta y asumiendo estas limitaciones comenzaremos por apuntar que puestos sobre un mapa los yacimientos conocidos, se entrevé que los hábitats de este momento se reparten, exceptuando de nuevo las zonas centrales de los páramos, por la práctica totalidad del territorio. Esta clara tendencia a intensificar la ocupación del territorio podemos interpretarla como expresión de un aprovechamiento más intenso y diversificado, que en etapas precedentes, de los recursos que ofrece la zona estudiada. No obstante, detectamos algunos ámbitos donde dicho incremento se deja notar con mayor intensidad:

Destaca en este sentido la superior presencia de establecimientos ubicados en zonas de fondo de valle (con hasta 6 localizaciones –26’08%– a lo largo del curso del Duero); ambiente éste que, por contra, durante el Calcolítico Final-

Bronce Antiguo fue poco “visitado” y que tampoco en el Neolítico Final-Calcolítico constituyó un espacio especialmente atractivo para la implantación de las poblaciones de la época. Advertimos también una preferencia por la ocupación de tierras situadas al sur del Duero. Dentro de este ámbito es, muy especialmente, el sector suroccidental donde este incremento se hace más explícito. En este entorno concreto es posible contabilizar hasta un total de 11 yacimientos (47’82%), que se articulan, ocupando ámbitos de distintos caracteres, en torno a una de las principales y más significativos enclaves de la zona: el célebre castro de La Plaza. Señalar, en último término, que son muy pocas las áreas que habiendo sido holladas en etapas anteriores, no proporcionan ahora indicios de poblamiento. Uno de los excepcionales ejemplos en este sentido nos lo proporciona el valle del Botijas, en su transcurso por el término municipal de Castrillo de Duero.

También diremos que los hábitats de esta época mantienen, como en etapas anteriores, una evidente proclividad a ocupar enclaves, muy vinculados a los valles que recorren la región, próximos a zonas real o potencialmente ricas en agua. De hecho, en la generalidad de los casos tienden a instalarse en emplazamientos cuya distribución y caracteres, salvando las lógicas distancias, guardan notables semejanzas respecto a los de periodos precedentes. Incluso, un significativo número de los yacimientos controlados ocupan el mismo solar que ya fuera hollado en etapa/s previa/s (Casa de Valimón en Santibáñez de Valcorba, La Ermita en Traspinedo, Las Pinzas en Pesquera de Duero, Zurita en Olivares de Duero, etc., nos sirven de ejemplo en este sentido).

La semejanza en la elección de los enclaves hace que no consideremos necesario extendernos en una descripción pormenorizada de la distribución de los yacimientos de esta época y su clara vinculación a las fuentes de aprovisionamiento de agua; algo que, por otra parte, ya aparece consignado en el apartado destinado a la descripción de las distintas estaciones arqueológicas. Sí nos parece oportuno hacer mención de aquellos rasgos que, en cuanto concierne a este capítulo, ofrecen alguna novedad respecto a tiempos pretéritos. Comenzaremos por consignar que es ahora cuando, por vez primera, advertimos la presencia de asentamientos ocupando un sector muy concreto de las cuestas de páramo: nos referimos, en concreto, a unos

espacios que, popularmente, reciben en la región el nombre de “barcos” o “callejones”¹⁸². Tales surgencias, que por cierto alimentan la red hidrográfica de alcance local, sin duda surtieron de abundante aporte hídrico a los establecimientos humanos que se sitúan en sus inmediaciones. En un sentido algo distinto, creemos interesante apuntar que el fondo de estos “barcos” se caracteriza por tener una pendiente significativamente menos pronunciada que el sector de cuestas de páramos circundante; lo cual, sin duda, explica que tradicionalmente se hayan visto surcados por caminos y/o cañadas tradicionales¹⁸³. No descartamos que esta última peculiaridad, propia de la particular topografía de estos enclaves, que hace más asequible el contacto entre el fondo del valle y la planicie superior de las plataformas morfoestructurales, pudo ser buscada y aprovechada por quienes establecieron sus asentamientos en esta clase de terrenos. Apuntar, por último, que esta clase de localización es la que ocupan yacimientos como, Valdelaperra-II y El Carrizal en Cogeces del Monte o El Roble en Santibáñez de Valcorba.

Otra novedad que ahora advertimos consiste en que frente a la clara tendencia, ya apuntada páginas arriba para momentos anteriores, que mostraban los asentamientos a alejarse de las zonas más bajas de los principales valles que recorren la zona (Duero, Duratón, Valcorba, etc.); ahora se detectan buen número de lugares distribuidos por el fondo de los principales valles de la zona y en sectores que claramente tienen cabida, dentro del lecho mayor fluvial, en lo que podríamos denominar la llanura de inundación periódica. Tal es el caso del Soto de Tovilla en Tudela de Duero, Matabueyes-Pinos Claros en Quintanilla de Onésimo, El Estepal en Traspinedo, Valdecelada-I en Santibáñez de Valcorba y Viñas de Abajo en Villabáñez. Entendemos que, por su ubicación, en estos enclaves, excepcionalmente adecuados para pastizales, abundarían las charcas, los empradizados y los espacios periódicamente inundables, en relación con las crecidas anuales. La novedosa elección de estos sitios como lugares de hábitat (desconocemos si permanentes o no), representa un cambio significativo en la estrategia de ocupación y explotación del territorio; no en vano ahora se ocupan unos terrenos que, al parecer, resultaron poco o nada atractivos para el establecimiento de hábitats humanos en épocas pretéritas. Como es lógico, no resulta fácil discernir el motivo que llevó a las poblaciones de esta época a ocupar dichos espacios;

¹⁸² Estos términos hacen alusión a unas zonas de abarrancamiento poco profundo producido por la descarga del manto freático de los páramos en aquellos puntos concretos donde, por cambios bruscos de la topografía, se produce una intersección pronunciada entre el nivel freático y el nivel del terreno y aparecen entonces determinadas surgencias: fuentes y/o manantiales de caudales, en ocasiones, muy apreciables. Habitualmente, los lugareños suelen asociar la palabra “barco” a la expresión: “agua lleva”.

¹⁸³ Un ejemplo evidente en este sentido nos lo proporciona el yacimiento de El Carrizal, el cual, situado en un enclave de este tipo, es atravesado por la denominada “Cañada de ganados de Peroleja”; según puede apreciarse en la Hoja del M.T.N. Escala de 1/50.000 (373) Quintanilla de Onésimo (2.ª edición de 1962).

cabría apuntar que quizá ello pudiera deberse a una diversificación en el modo de aprovechar los recursos o entenderse como consecuencia del aumento demográfico que creemos advertir en este momento en la zona.

Pero veamos con algo más de pormenor estos aspectos a través del análisis del **lugar elegido para la ubicación de los poblados**, a diferentes alturas y sobre distintas formas de relieve. Intentando homogeneizar, para poder establecer comparaciones respecto a otras épocas, mantenemos el esquema propuesto para periodos anteriores:

- **Tipo I.** Yacimientos en zona baja.
- **Tipo II.** Yacimientos en alturas medias.
- **Tipo III.** Yacimientos en altura.

Yacimientos en zona baja

Se sitúan en enclaves eminentemente llanos, en las partes bajas de los valles, donde, en múltiples ocasiones, llegan a integrarse en la propia llanura de inundación periódica o lecho mayor fluvial: El Estepal, Fuente de Antequera I, Matabueyes, Los Pinos del Cubo, Soto de Tovilla II (Sector I), Valdecelada I, Valdecelada II, Casa de Valimón, Viñas de Abajo, Zurita, a 700, 760, 730, 700, 705, 780, 785, 780, 705, y 720 metros de altura sobre el nivel del mar, respectivamente.

Los yacimientos citados, que responden a un modelo genérico, suelen asentarse en lugares exentos de todo accidente o relieve mínimamente significativo. Esta elección no condiciona el posible urbanismo de estos yacimientos ni en absoluto, de haber sido necesario, limita la posibilidad de ampliar el espacio habitable.

La ubicación de estos yacimientos en zonas claramente alejadas de las respectivas unidades morfoestructurales de los páramos, así como su disposición en llano, a cotas bajas, condiciona su carácter defensivo. Su visibilidad es muy reducida en ocasiones nula, como en el caso de la Casa de Valimón y de Zurita. Un dominio visual algo mayor tienen los yacimientos de Matabueyes y Soto de Tovilla, aunque siempre en peor disposición que los yacimientos, por ejemplo, de Fuente de Antequera I y Valdecelada que se encuentra a mayor altura y casi en contacto con el inicio de la zona de cuevas de la región. No obstante, su situación en cuanto a dominio visual es del todo marginal con respecto a los enclaves de las categorías que se citan a continuación; todos los cuales aprovechan para su establecimiento lugares significativos del relieve.

Según puede apreciarse en el cuadro adjunto, se produce un aumento significativo, respecto a épocas precedentes, en el número de los asentamientos en zona baja (más de la mitad eligen ahora una zona no dominante para su ubicación), hasta convertirse en el grupo claramente mayoritario.

Tipos de yacimiento	Bronce Medio	Calcolítico-Bronce Antiguo
Yacimientos en altura	26'08%	41'66%
Yacimientos en media altura	30'43%	33'33%
Yacimientos en zona baja	43'47%	23'07%

Resulta sugerente relacionar este cambio observado en el patrón de los asentamientos con la transformación e intensificación de los sistemas de explotación de los recursos del entorno, concediendo un papel más importante a la agricultura que en periodos anteriores; máxime si tenemos en cuenta que estas ocupaciones en llano tienden a situarse próximas a tierras que, en general, están catalogadas como de notable rendimiento agrario. No obstante, ello no debe hacernos olvidar las posibilidades que para la actividad ganadera ofrecen determinadas zonas de pradería, como las que se localizan en la llanura de inundación periódica de los lechos mayores de los principales cursos de la región. En dicho ámbito también se asienta alguno de los yacimientos que tienen cabida en este apartado: El Estepal, Matabueyes, etc. En nuestra opinión, debe ser esta suma de recursos potenciales, que ofrecen estas zonas llanas, la causa principal de que se establezcan aquí este alto número de enclaves. Las posibilidades económicas que ofrecen estos entornos, que, como vemos, pudo posibilitar el desarrollo de una economía mixta y complementaria, es lo que, a la postre, debió propiciar una clara intensificación (siempre en comparación con periodos anteriores) en la utilización de los recursos que ofrece el fondo del valle.

Yacimientos a media altura

Dentro de esta categoría agrupamos, primero, los yacimientos que se encuentran inmersos, a distinta cota (media/baja), en el dominio de las laderas de los páramos de la región, a cobijo de las planicies estructurales de primer orden: Valdelaperra (II), El Carrizal, Cojoncillos, La Ermita, Los Poyatos, El Roble, de 800, 825, 780, 750, 805, y 755 metros de altura sobre el nivel del mar, respectivamente.

Las superficies y dimensiones de estos asentamientos son, en general, realmente difíciles de cuantificar dado que, por situarse habitualmente en lugares donde se produce la acumulación de materiales de arrastre procedentes de alturas superiores, la distribución de materiales arqueológicos en su superficie puede ofrecer una imagen distorsionada de la extensión real del yacimiento. Con todo, no consideramos aventurado precisar que, por lo general, como veremos, debe tratarse de poblados de

mediano tamaño situados en plena ladera y dispuestos a una sola vertiente, sin aparentes motivaciones estratégicas y/o defensivas; máxime si tenemos en cuenta que el campo visual que controlan es reducido.

Si bien se asientan en puntos de relativo relieve, su disposición a media/baja cota facilita su proximidad a tierras de alta capacidad agrícola. Su ubicación cercana al nivel del llano y en relación con estructuras de páramo, les dota de la posibilidad potencial de mantener una economía diversificada, ya sea en el aprovechamiento de tierras de fondo de valle con alto rendimiento agrícola o en el aprovechamiento ganadero. Sin olvidar las posibilidades adicionales que ofrece la utilización de los recursos del monte y de tierras marginales. Estas características nos parecen propias de un conjunto de yacimientos con pocas motivaciones estratégicas y/o defensivas, cuya ubicación pudiera responder a una clara orientación económica.

Yacimientos a media altura en el interior del valle

Dentro de esta categoría tendrían cabida aquellos yacimientos que eligen puntos de cierto resalte respecto a la zona llana circundante, que se corresponde con el fondo del valle. A estas características tan sólo responde un único lugar: la Gravera del camino de la Aceña, a 700 metros de altura sobre el nivel del mar.

Los materiales que permiten identificar este yacimiento se localizan en la cumbre de un pequeño altozano (resto de un relieve de terraza) desde donde se controla, con una cuenca visual media, un extenso sector sobre la margen izquierda del Duero. Aunque asentado sobre un relieve ligeramente destacado dicha situación en absoluto debió proporcionar una ventaja clara de carácter defensivo, ya que el desnivel con respecto al llano es mínimo, no llegando a dificultar el contacto directo con las tierras de su entorno más inmediato. Por este motivo, y porque el rendimiento de las tierras del fondo de valle que rodean el yacimiento puede ser alto, creemos que fue la disponibilidad de este tipo de terrenos el factor determinante en la elección del emplazamiento que ocupan.

Yacimientos en altura

Son los asentamientos que, en todo caso, se sitúan sobre los niveles culminantes de los páramos de la región: El Pino la Horca, La Bellida, El Cujón (Las Pinzas / Sector A), El Castillo, El Gurugú, y La Plaza, con unas alturas de 870, 882, 885, 865, 880, y 876 metros sobre el nivel del mar, respectivamente. El desnivel que presentan estos yacimientos en relación con el llano es notable de 80 metros en El Castillo, 115 metros en El Gurugú y 110 metros en La Plaza.

Aunque la totalidad de los asentamientos aquí citados se ubican, en efecto, en la cima de las consiguientes culminaciones de

la paramera, no todos ellos responden a idéntica morfología. En un primer apartado tienen cabida los tres últimos (El Castillo, El Gurugú, y La Plaza), que comparten su situación en el extremo del páramo, sobre alguno de los denominados espigones o espolones: especie de contrafuertes del páramo que presentan en su cima una superficie amesetada (donde se ubica el poblado), flanqueada en buena parte de sus dos vertientes longitudinales por escarpes verticales creados por la sobre elevación del estrato calizo sobre el que se asientan. Dentro de este modelo genérico cabe advertir ciertas sutiles diferencias. En efecto, mientras en El Gurugú y La Plaza las plataformas que coronan estos lugares se sitúan a altura coincidente con la de la superficie tabular que culmina la paramera (con la que enlazan sin solución de continuidad), en El Castillo la formación elegida para el asentamiento consiste, como en los casos anteriores, en una lengua de páramo que ahora se nos muestra desprendida de las elevaciones mayores y que se inflexiona en un punto; circunstancia ésta que contribuye a delimitar una amplia plataforma, sobre la cual se ubica el asentamiento, que queda individualizada respecto a la planicie de las parameras.

En los yacimientos aquí comentados resulta más que evidente su potencialidad defensiva. El dominio del territorio que su situación y visibilidad les proporciona, facilita el control del espacio y su disposición dominante sobre las respectivas vegas que se desarrollan a sus pies, permite la visualización directa de las vías de comunicación que rigen el valle, así como el control de los recursos de lo alto del páramo. A su vez, tanto la altura como la difícil orografía del entorno de los asentamientos facilita cualquier actitud defensiva, que en algunos casos parece verse, incluso, acrecentada por el planteamiento más activo que significa la realización de distintas obras de fortificación de notable relieve.

Un segundo apartado incluye aquellos enclaves que, a pesar de situarse también en altura (El Pino la Horca, La Bellida, El Cujón [Sector B]), parecen responder a una modalidad y, entendemos, a unas motivaciones distintas a las de los anteriores. Todos estos lugares tienen en común su emplazamiento en el borde de la paramera, asomándose sobre una de las vertientes. Dicha situación no permite presumir que se busquen ventajas defensivas en su ubicación; pues, aunque es cierto que cuentan con una visibilidad amplia, al menos desde la parte del yacimiento que se asoma al valle, también lo es que su perímetro, salvo en aquel sector puntual que toca el borde del páramo, se abre directamente a la planicie de la paramera, lo que pone en entredicho el carácter estratégico en la elección del lugar.

Por otra parte, ante la escasa disponibilidad de recursos agrícolas que ofrecen sus entornos próximos, que, en principio, dificultaría la subsistencia para cualquier asentamiento estable en contraposición a los beneficios que aportaría el llano a un

asentamiento en el fondo del valle, parece lógico pensar que los asentamientos de esta clase enfocasen sus actividades económicas, fundamentalmente, al desarrollo de una economía ganadera, al aprovechamiento de los recursos que ofrece la superficie del páramo y a una actividad cinegética.

Analizadas las formas geológicas elegidas para el emplazamiento de los poblados nos centraremos ahora en las diferencias que en cuanto al tamaño presentan los yacimientos, variable que evidentemente se relaciona de forma muy directa con la anterior, aunque sin establecer una relación siempre determinante entre ellas. Las apreciaciones que se pueden realizar sobre este tema están mediatizadas, de nuevo, por la inexistencia de yacimientos excavados en su totalidad que nos puedan servir de referencia. Por ello debemos basarnos en la extensión superficial del relleno arqueológico existente en ellos. Con estas premisas hemos decidido diferenciar tres grupos de poblados **en cuanto a la extensión** que presentan.

Grupo	Tamaño	Yacimientos
A	Mayor de 2 Ha	El Castillo
		La Plaza
		El Gurugú
B	Entre 1 y 2 Ha	Los Poyatos – El Quiñón
		El Roble
		Viñas de Abajo
		La Ermita
C	Entre 0'5 y 1 Ha	Casa de Valimón
		Zurita
		El Estepal
		El Pino la Horca
D	Menor de 0'5 Ha	Valdelaperra II
		Valdecelada I?
		Cojoncillos
		La Bellida
		Los Pinos del Cubo
		El Cujón - Sector B
		Matabueyes – Pinos Claros
		Soto de Tovilla II
		El Carrascal
		Gravera del Camino de la Aceña?
		Fuente de Antequera I
El Carrizal		

Los poblados del grupo **D**, los de menor extensión, son, con mucho, los más numerosos (13). En su inmensa mayoría reúnen una serie de características comunes, cuales son el ocupar, por igual, las planicies de las terrazas inferiores de los cursos fluviales que recorren el sector (5), o la base de la zona de cuevas de la región (5) y por encontrarse en una situación próxima a las principales corrientes fluviales que recorren la zona. Tan sólo un par de estaciones de este capítulo se ubican en lo alto del páramo. En estos casos concretos –El Cujón (Sector B), La Bellida– se trata de establecimientos que, como ya hemos apuntado, parecen denotar una total despreocupación defensiva en su ubicación. Incluso, el yacimiento citado en segundo término dudamos que se trate propiamente de un lugar de habitación; de hecho, en su descripción hemos creído conveniente identificar dicha estación arqueológica como un posible taller de sílex.

Al observar el aspecto que actualmente ofrecen en superficie los enclaves de este grupo, se advierten en muchos de ellos zonas de dispar coloración y concentración de materiales con lo que es fácil suponer que algunos de ellos tendrían en origen una extensión menor aún que la que cabe deducir de la actual dispersión de materiales en su superficie.

Tan sólo son cuatro los poblados catalogados en el grupo **C**. Dos de ellos se sitúan sobre tierras llanas, un tercero se ubica en pleno sector de cuesta y el cuarto lo hace a la altura del nivel de páramos de la región. Sus emplazamientos participan de los mismos caracteres morfoestructurales que los enclaves del apartado anterior, diferenciándose de ellos, básicamente, en virtud de su dispar tamaño. No obstante, la veracidad de estas dimensiones queda matizada por tratarse de enclaves que en su mayor parte –Casa de Valimón, Zurita, El Pino la Horca–, además de haber conocido ocupación en distintos momentos culturales (históricos y/o prehistóricos), se han visto afectados por una intensa actividad antrópica reciente. La suma de ambas circunstancias, entendemos, ha podido contribuir a sobredimensionar la extensión real de estos enclaves arqueológicos. Incidiendo en este mismo sentido, nos parece interesante apuntar que la observación del reparto de materiales sobre sus superficies permite advertir un menor índice de concentración que en los yacimientos del apartado precedente, e incluso espacios vacíos entre las áreas en que se recogen los materiales arqueológicos. Ello nos lleva a pensar que su extensión, muy posiblemente, está sobredimensionada. En esta línea, entendemos, que las dimensiones de los enclaves incluidos en este grupo originalmente pudieron situarse próximas a las de los lugares del apartado precedente. Quizá únicamente El Estepal escape de esta dinámica y haya llegado hasta nosotros en un estado de conservación lo suficientemente buena como para proporcionarnos una idea aproximada de cuál pudo ser su extensión real.

El grupo B está integrado también por 4 yacimientos. Tres de ellos –Los Poyatos, El Roble, La Ermita– se asientan en plena zona de cuevas, pero en este caso a cierta altura respecto al fondo del valle, ocupando un sector de escasa pendiente, como tónica general. Únicamente Viñas de Abajo se emplaza sobre un terreno llano y próximo al río Duero. Con todo, queremos significar que en el caso concreto de este último yacimiento, a diferencia de los tres anteriores, que entendemos sí ofrecen una imagen relativamente próxima a la que pudo ser su extensión real por no hallarse en tierras sometidas a un laboreo persistente, tenemos serias dudas sobre el particular; no en vano, como ya se apuntó en la descripción de Viñas de Abajo, sabemos que recientemente se ha visto sometido a una importante actividad antrópica (se ha intentado, incluso, allanar e igualar el terreno para facilitar las labores de labranza). Tal circunstancia, con toda probabilidad, debe haber contribuido a enmascarar el aspecto originario del área arqueológica, y a sobredimensionar el área que ocupó originalmente el yacimiento.

Finalmente, sólo hemos identificado en nuestra zona tres poblados que superan las 2 Ha, integrados en el grupo A: El Gurugú, El Castillo y La Plaza. Todos ellos se encuentran emplazados sobre espigones de páramo de dispar tamaño. El Gurugú y El Castillo alcanzan una extensión semejante: 2'3 y 2'6 Ha, respectivamente. Estas cifras contrastan grandemente con la “desmesurada” –cerca de 17 Ha– amplitud de La Plaza.

Apuntar que los datos referidos en el párrafo anterior, en nuestra opinión, resultan bastante fiables; primero, por cuanto estos yacimientos parecen haber llegado hasta nosotros en aceptables condiciones de conservación; en segundo término, porque los propios bordes de las lenguas de páramo en que se asientan, en buena medida, delimitan y ayudan a acotar sus perímetros, aportándonos una idea aproximada de la que en cada caso pudo ser su extensión real.

En el apartado concerniente a la **cuenca visual** que se controla desde cada uno de los yacimientos decir que, tal y como hemos apuntado en ocasiones anteriores, es un factor que guarda estrecha relación con la altura relativa y el tipo de relieve en que se ubican.

Como sucediera en etapas precedentes, es posible advertir cierta gradación en este particular asunto. Al respecto, cabe anotar, primeramente, que son los poblados de mayores dimensiones –A–, de caracteres castreños en altura, los que disponen de una visibilidad más amplia, en evidente relación con las especiales condiciones que les proporciona su emplazamiento. La única diferenciación significativa que cabe establecer entre tales enclaves radica en que dos de ellos –El Gurugú y El Castillo– disponen de una visibilidad con muy amplias perspectivas sobre los dos valles principales de la

región –el del Duero y el del Duratón, respectivamente–, mientras el tercero –La Plaza–, aunque como los anteriores dispone de amplio campo visual, controla unos valles (por los que discurren los arroyos Cogeces y Valcorba) que desde distintos puntos de vista parecen revestir menor entidad: en principio se trata de valles más angostos, regados por unos arroyos no permanentes, que se sitúan un tanto al margen de los principales ejes de articulación del territorio.

Esta disposición de los castros constatados en la zona pone de manifiesto que si bien es cierto que ahora se sigue manteniendo la notable vinculación entre los emplazamientos de tipo castro y los grandes valles (o lo que es lo mismo, respecto a aquellos espacios que, sin duda, constituyen las principales vías de comunicación del sector), no lo es menos que, al tiempo, constatamos como en este momento establecimientos de esta clase –La Plaza– se desvinculan claramente de esta dinámica, pasando a ejercer su control visual sobre un territorio que, al menos en apariencia, tienen un carácter subsidiario desde un punto de vista geo/estratégico. En este sentido, nos parece sumamente interesante destacar que las tierras sobre las que se puede ejercer un control visual desde La Plaza se distinguen por su notable productividad agrícola. Ello, en buena lógica, podría explicar que sea en este preciso entorno donde se detecta la mayor concentración, con mucho, de asentamientos –en su mayor parte de pequeño tamaño y situados en llano– que, de esta época, se conocen en el sector investigado.

Por lo todo lo expuesto, parece que para la sociedad que estaba implantada en estas tierras, como en etapas precedentes, se mantiene la tradicional necesidad de controlar y dominar visualmente el territorio mediante el establecimiento de puntos en altura, ejerciendo su labor, al menos, en determinados momentos del II milenio a. C., que son necesarios fijar con mayor precisión. La novedad a la que ahora asistimos consiste en que alguna de estas destacadas atalayas realizan su función de “control” ya no sobre los caminos principales, tal y como venía siendo la tónica habitual en periodos anteriores, sino sobre un entorno que, aun encontrándose relativamente apartado de las principales ejes de comunicación, debió revestir una especial importancia económica durante este periodo.

Los poblados del grupo B, en general, disponen de una cuenca visual entre media y amplia, siendo la altura sobre el llano inmediato un factor que influye de forma decisiva en este aspecto. La excepción en este grupo la constituye el yacimiento de Viñas de Abajo; el cual, por estar situado en un terreno llano dispone de una cuenca reducida. No obstante, ya hemos manifestado nuestras dudas sobre cuál pudo ser la extensión real del yacimiento y, por tanto, sobre su efectiva pertenencia a este grupo. Finalmente, los poblados más pequeños –grupos C y D– disfrutaban de cuencas visuales, fundamentalmente medias o reducidas,

422 aunque cabe citar alguna excepción. Tal es el caso de lugares como El Cujón (Sector B) y El Pino la Horca. Ambos lugares, por encontrarse encumbrados en lo alto de la planicie del páramo, disponen de una cuenca visual muy amplia. En principio, tanto esta circunstancia como su ubicación, pudiera hacer pensar que en la elección de estos dos enclaves primaron sus posibilidades defensivas, y considerar que se trata de yacimientos “encastillados”. Personalmente, en una línea semejante a la ya expresada por otros autores (Hernández Pérez, M. 1994: 19-47), queremos insistir en la necesidad de revisar el concepto de “encastillamiento”, y señalar que la elevada altitud de un asentamiento y su amplia visibilidad, quizá no sea motivo para arrojarles unas “propiedades” defensivas; máxime cuando en ambos casos su disposición predominante sobre el territorio se circunscribe a una sola vertiente. Por su parte el resto de asentamientos restringen su cuenca visual al entorno más inmediato.

Como en casos precedentes, tras hablar someramente del tema de las visibilidades, pasaremos a analizar algunos aspectos concernientes tanto a la visibilidad direccional de los yacimientos del Bronce Medio cuanto a su intervisibilidad. Analizados sobre el plano ambos aspectos se pone de manifiesto que también en esta época tiene importancia el contacto visual entre los asentamientos, como estrategia clara para el control del territorio. Dicha circunstancia, que no hace sino manifestar una dinámica que ya era perceptible en etapas anteriores, se evidencia en que prácticamente ningún yacimiento se nos aparece del todo aislado visualmente de su/s vecino/s más próximo/s.

Aunque, según se apunta en el párrafo anterior, algunos aspectos evidencian continuidad respecto a tiempos pasados, no es menos cierto que, en lo concerniente al apartado de las visibilidades, también es factible advertir ciertos comportamientos novedosos. En este sentido, nos parece sumamente interesante llamar la atención sobre la ubicación de los asentamientos de tipo castreño ocupados durante el Bronce Medio. Diremos al respecto que los tres únicos enclaves que responden a esta tipología se distinguen por carecer de la relación de recíproca intervisibilidad. Tal circunstancia, que fuera algo muy propio de esta clase de asentamientos en épocas pasadas¹⁸⁴, parece no constituir ahora una prioridad ya que, de hecho, los enclaves en cuestión no sólo se encuentran separados entre sí por distancias considerables, sino que además se hallan “individualizados” por las importantes barreras naturales que se interponen entre ellos.

Esta particular distribución que, según se apunta, adoptan ahora los establecimientos de tipo castreño, junto a la de aquellos otros yacimientos que, de uno u otro modo, a ellos se asocian, nos proporciona la posibilidad de reconstruir aspectos interesantes sobre la ordenación territorial de las comunidades de la época, no tanto en lo que se refiere al territorio teórico de cada asentamiento, sino en cuanto concierne a la tendencia y repartición general del poblamiento. Sobre el particular, comenzaremos por decir que, como ya quedó apuntado algo más arriba, se advierte una dispersión de los emplazamientos claramente ajustada a las dos grandes unidades geográficas que componen nuestro ámbito de estudio, el dominio de los valles y el de las altas parameras, con un par de factores fundamentales: la clara concentración de los asentamientos en el interior de los sectores vinculados a los valles y la existencia de unas extensas llanuras elevadas, carentes de ocupaciones. Este ámbito concreto conforma un vacío casi continuo que debió servir para, de algún modo, marcar la separación de los territorios teóricos de los asentamientos, ubicados en virtud de la alineación de los distintos valles de la zona.

Pese a que los páramos debieron funcionar, en efecto, como unas barreras naturales, capaces de dificultar la visibilidad y la comunicación, entendemos que ahora no se muestran como obstáculos insalvables; desde luego no tanto como la que debieron representar en esta época los cursos de los dos ríos principales que riegan el sector. Sobre el particular diremos que, en nuestra opinión, los cauces del Duero y el Duratón debieron constituir, en una geografía eminentemente llana como la que es característica de esta porción concreta de la Ribera del Duero, las únicas barreras naturales con la entidad suficiente como para poder delimitar diversos territorios. La existencia de unos “obstáculos geográficos” capaces de compartimentar el ámbito que aquí se analiza, nos parece un dato a tener en cuenta, puesto que, de algún modo, puede ser de utilidad a la hora de obtener pistas sobre la estructura del poblamiento de nuestro sector durante el Bronce Medio.

Intentando abundar sobre este particular comenzaremos por apuntar que aunque en el Bronce Antiguo de la zona, como vimos, se registra lo que parece ser un atisbo de modelo jerarquizado, será a partir del Bronce Medio cuando se identifiquen claramente tres asentamientos mayores: El Castillo de Rábano, El Gurugú de Bocos de Duero y La Plaza de Cogeces del Monte, cuyo tamaño, aunque dispar en sus valores absolutos (c. 2'4, 2 y 17 Ha, respectivamente), en todo caso está muy por

¹⁸⁴ Recordemos como, por ejemplo, en época campaniforme era evidente que los “castros”, además de desplegar su control visual sobre el territorio circundante, tendían a ejercerlo también sobre otros hábitats, más o menos próximos, de caracteres semejantes.

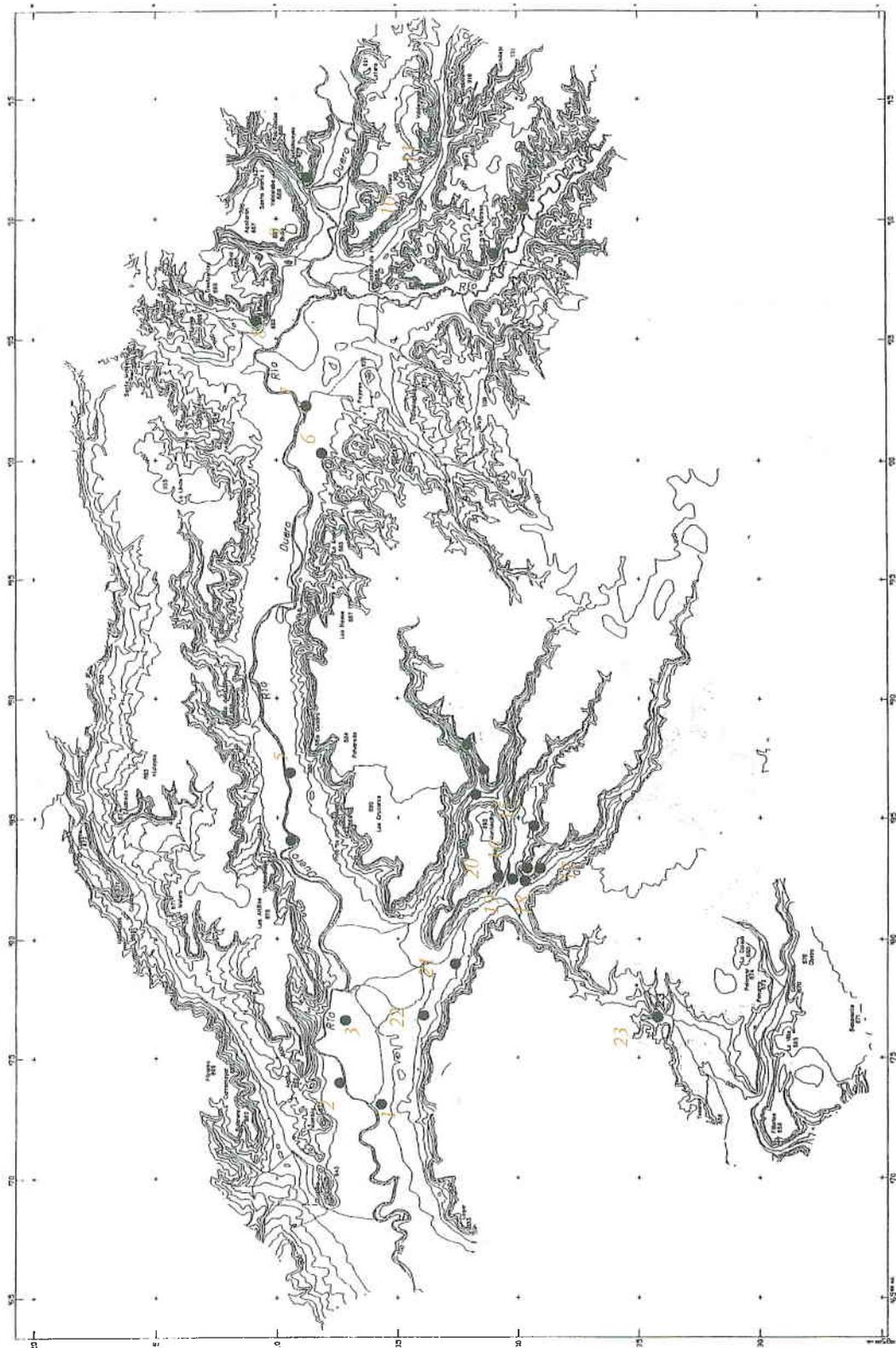


Fig. 207. Localización de los yacimientos del Bronce Medio en La Ribera del Duero de Valladolid.
 1. Soto de Tovilla II, 2. Viñas de Abajo, 3. El Estepal, 4. Zurita, 5. Matabueyes - Pinos Claros,
 6. Fuente de Antequera, 7. Gravera Camino de la Aceña, 8. El Cujón (Sector B), 9. El Gurigú,
 10- La Bellida, 11- El Castillo (Rábano), 12- Valdelaperra II, 13- Cueva de Valdelaperra, 14- Casa
 de Valimón, 15- El Carrizal, 16- La Plaza, 17- Los Poyatos - El Quiñón, 18- Valdecelada I, 19-
 Cofoncillos, 20- Valdecelada II, 21- El Roble, 22- La Ermita, 23- Los Pinos del CuboLa Debesilla.

encima del promedio (c. 0'5 Ha). Estos tres aparentes centros, no por casualidad, se localizan en áreas claramente individualizadas de las restantes por los trazados del Duero y el Duratón (ver Fig. 207), ocupando posiciones muy separadas entre sí, privilegiadas en cuanto a recursos agrarios o en puntos críticos dentro de la red de comunicaciones.

Estas apreciaciones iniciales, que pudieran resultar indicativas de la existencia de grupos sociales diferenciados (dentro de un espectro cultural común), ligados a los espacios y a los centros citados, parecen dibujar con cierta nitidez una organización territorial algo distinta de la que era posible intuir para etapas culturales precedentes. Dicha diferenciación en el patrón de asentamiento quizá pudiera ser interpretada como el exponente de una fragmentación espacial que, basada en el desarrollo y consolidación de centros jerárquicos, de algún modo evoca modelos semejantes a los que han sido detectados con cierta nitidez en otros territorios peninsulares¹⁸⁵.

En nuestro caso concreto el desarrollo de un poblamiento en torno a yacimientos de notable envergadura y estratégicamente ubicados, indicativa de un determinado ordenamiento del territorio (al menos por lo que conocemos en este momento), no muestra una imagen uniforme de comportamientos en los diversos ámbitos en que cabe subdividir el espacio investigado. Intentando concretar, diremos que en el sector norte del territorio investigado, que se configura como un estrecho corredor enmarcado entre el margen meridional de los páramos del Cerrato, que se desarrollan al norte de este ámbito, y la orilla derecha del Duero al sur, la notable mole de El Gurugú domina y controla una porción significativa del territorio. Los escasos emplazamientos que se distribuyen a lo largo de dicho corredor (5) ocupan, casi por igual, los terrenos más llanos (Zurita, Viñas de Abajo y Monasterio de Valbuena) y las mayores elevaciones (El Gurugú y El Cujón – Sector B) del sector. El control visual (gran amplitud del área visualizada y amplia visibilidad direccional), la dimensión del yacimiento, la presencia de defensas artificiales que hacen posible considerarlo como un asentamiento estable, o su posición peculiar, dominando el punto más estratégico para el control del tránsito en la zona, son elementos que permiten asegurar que El Gurugú debió constituir un centro de entidad, en torno al cual, con toda probabilidad, debió verte-

brarse el poblamiento de este territorio concreto. Algo bien distinto sería intentar discernir si desde este punto se llegó a ejercer un control directo y efectivo sobre el resto de los asentamientos localizados en el sector. En principio, el notable grado de dispersión de los pequeños asentamientos aquí localizados dibujan un modelo de poblamiento disperso y muy poco cohesionado entre sí y, quizá también, con respecto al asentamiento preponderante.

En cuanto concierne al sector más oriental del territorio, un pequeño espacio pseudotriangular (la superficie aproximada es: 102'605 km²), caracterizado por su intrincado relieve, donde domina el páramo, “encerrado” entre la margen derecha del río Duratón y la izquierda del Duero, el número de asentamientos localizados se limita al que se asienta sobre el imponente cerro de El Castillo. Esta circunstancia contrasta con lo advertido en este ámbito para épocas precedentes, de las que conocemos un número mayor de asentamientos que en la actualidad. Esta observación resulta de interés, pues podemos interpretarla como la manifestación de una estrategia de ocupación de este ámbito, que se traduce en que la explotación y control del territorio se desarrolla no ya desde múltiples hábitats, más o menos próximos, sino desde un único enclave dotado de unas condiciones excepcionales: control visual del entorno y de las vías de comunicación, proximidad a tierras aptas para la agricultura y la ganadería.

Una dinámica ciertamente distinta la encontramos en la zona que se extiende al sur del Duero y al oeste del Duratón. Este ámbito, que alcanza una extensión aproximada de 351'135 km², conoció durante el Bronce Medio la presencia de un total de 18 yacimientos. Dentro de este ámbito, además, hay una zona donde se produce una especialmente intensa concentración de asentamientos. Nos referimos al entorno concreto, formado por los valles que rodean La Plaza. En este espacio, que tiene una extensión aproximada de 84 km², se localizan 12 enclaves de esta época. Esto supone una media de 0'14 yacimientos por km² (o un yacimiento por cada 7 km²) y, de ser gran parte de ellos simultáneos, debió significar en aquella época una considerable presión demográfica, capaz de desencadenar una serie de procesos que más adelante analizaremos¹⁸⁶. El eje en torno al cual se articula todo el poblamiento de esta área es el castro de La Plaza. Por aspectos tales como

¹⁸⁵ Al respecto ver, por ejemplo: Burillo Mozota, F. 1997: 49-50.

¹⁸⁶ Esta densidad de yacimientos situaría esta área concreta por encima de la media de las densidades reconocidas en la cuenca del Duero para las poblaciones de Cogotas I, en unos niveles sólo comparables a zonas muy concretas de dicha cuenca, caso de la zona central del Aguijoso-Riaza, recientemente estudiadas (López Ambite, F. 2003: 130-131 y 148).

su considerable extensión, dominio visual (área visualizada y visibilidad direccional), cronología concreta dentro del Bronce Medio, presencia de una notable construcción colectiva (defensas artificiales), entendemos que debió constituirse en el auténtico centro neurálgico de esta zona. En torno a este enclave parece desarrollarse un poblamiento estructurado que, de algún modo, reproduce esquemas similares a los constatados en otras zonas peninsulares, salvando las diferencias conceptuales y culturales, del que toman parte una serie de poblados con una mediana y/o reducida superficie de ocupación. En todos estos yacimientos se advierte un claro rechazo a poblar las mayores elevaciones del sector (excepción hecha del castro de La Plaza) y una relación directa con los terrenos más bajos del valle del Duero (Soto de Tovilla, Matabueyes, etc.), con una nula defensa, o por los enclaves instalados, a media altura, sobre las plataformas bajas de de los páramos (El Roble, La Ermita, El Carrizal, etc.), con visibilidad media y pocas motivaciones estratégicas.

El esquema poblacional que aquí se dibuja podría indicar que determinadas barreras naturales, con entidad para poner trabas a la comunicación, siguen teniendo notable peso específico, e, incluso, llegan a individualizar áreas con distintos comportamientos desde el punto de vista de su estructura poblacional. Al tiempo, constatamos la existencia de distintos espacios, individualizados entre sí por los “obstáculos geográficos” que representan los cursos de los ríos Duero y Duratón, cuyo poblamiento tiene en común que se articula en torno a tres centros principales, estables y de entidad: La Plaza, El Gurugú y El Castillo. Esto es claramente visible en el mapa de la Figura 207; en ella, con cierta claridad, también puede verse como en el entorno de La Plaza se desarrolla un modelo de poblamiento, cuya estructura parece aproximarse a las formas de ocupación territorial que se articulan sobre pautas de cabecera, con un núcleo principal muy destacado sobre el resto de los asentamientos, más pequeños y uniformes.

La articulación que apreciamos en este territorio concreto, creemos, debe entenderse como plasmación de un primitivo y esquemático sistema organizativo, que por vez primera es claramente apreciable en dicho ámbito de La Ribera, así como un salto cualitativo en una dinámica que data del Bronce Antiguo. La culminación de las transformaciones que se aprecian en este ámbito parecen ser fruto de una intensificación de la ocupación (muestra de ello sería la práctica duplicación del número de asentamientos), reflejo de una acentuada sedentarización y quizás de una organización social más desarrollada que en etapas precedentes. Desgraciadamente, el desconocimiento de los lugares de enterramiento, que son en nuestra disciplina uno de los mejores indicadores de la estructuración social de estas primitivas comunidades, pone límites a pro-

fundizar en mayor medida en este campo. Las razones de esta estabilización pudieran radicar en el aumento de la presión demográfica, al menos en esta zona tan concreta de La Ribera del Duero. Todo esto implicaría quizá una intensificación de la producción agrícola y ganadera, a partir de unos recursos que suponemos bastante limitados, a la vez que se comienza la explotación de otros no controlados hasta esta época, como lo demuestra la localización de yacimientos en ciertos ambientes cuya ocupación había sido desestimada hasta la fecha.

En resumen, cabe reconocer a nivel territorial un **patrón de asentamiento** durante el Bronce Medio caracterizado por la existencia de tres “unidades de habitación” distintas:

1. Unidades de asentamiento de tamaño mayor –por encima de 2 Ha–

Todos ellos aparecen ubicados sobre espigones de páramo con una altura relativa sobre el llano inmediato entre 80 y 115 m, aparentemente buenas condiciones defensivas y amplia cuenca visual. La disposición en el territorio de estas unidades de asentamiento es bastante uniforme. Casi equidistantes entre sí, los respectivos ámbitos que ocupan se encuentran individualizados por los cursos de los ríos principales –Duero y Duratón– que dividen La Ribera vallisoletana en tres porciones y en relación tanto con los corredores principales que articulan la circulación por el territorio, como próximos a las más importantes fuentes de agua que riegan la zona y a tierras susceptibles de ser puestas en un régimen de secano extensivo. Dentro de este apartado, a su vez, cabe establecer un par de categorías:

- a. La primera está integrada por aquellas unidades de asentamiento cuyo tamaño se sitúa en torno a las 2 Ha. Aunque apenas contamos con datos de la organización interna de estas unidades de asentamiento, por el momento podemos inferir, a partir de las escasas evidencias constructivas documentadas en nuestras excavaciones, que estaría integrada por la conjunción de un número indeterminado de estructuras excavadas en el suelo del yacimiento –destinadas probablemente al almacenamiento–, y unidades ocupacionales o habitacionales elaboradas con materiales perecederos. Así mismo se constata una búsqueda clara de las condiciones defensivas del enclave, documentándose también (El Gurugú) construcciones de carácter defensivo. El carácter de estas unidades de asentamiento, inferido de los instrumentos de trabajo documentados y de los restos paleopalínológicos y faunísticos registrados, permite considerar su condición agropecuaria. Se trataría de comunidades agrícolas de cierta entidad, probablemente de carácter suprafamiliar, integradas quizá por 100-200 personas

cuya actividad subsistencial estaría basada probablemente en la práctica de una agricultura cerealista de secano –trigo y cebada, fundamentalmente– y una pequeña cabaña ganadera constituida por la trilogía propia de comunidades campesinas: ovicaprinos, bóvidos, principalmente, y, en mucha menor proporción, cerdos. La dieta alimenticia estaría complementada por la caza y la recolección. El Gurugú y El Castillo son los asentamientos que podemos incluir en esta clase.

- b. La segunda está integrada en exclusiva por La Plaza, yacimiento que, aunque ocupa un emplazamiento que, en apariencia, se asemeja al de los anteriores, en diversos y, a nuestro entender, significativos aspectos difiere de ellos. Su extraordinaria extensión (recordemos, cerca de 17 Ha que superan en mucho las dimensiones estándar de los lugares de habitación de época pre y/o protohistórica de la región) y sus más que dudosas condiciones defensivas (pese a estar dotado de una fortificación), nos obligan a plantear algunas hipótesis respecto a la funcionalidad probable de este peculiar asentamiento.

Uno de los aspectos más repetidos y señalados en la bibliografía generada sobre los yacimientos de tipo castreño de la cuenca del Duero es la que se refiere a su indudable carácter de unidad de asentamiento. Se ha tendido de manera recurrente a considerar que, sin distinción, estos lugares “de cierta presencia espacial” sirven siempre de emplazamiento para hábitats, que además se sitúan siempre en la cumbre de una jerarquía de poblamiento.

Sin embargo, la hipótesis de que La Plaza y por añadidura otros asentamientos de similares características (La Aguilera, en Villán de Tordesillas, en Valladolid, la Cuesta de la Horca en el Cerrato palentino y quizá La Corbera, en Bejar, en Salamanca) identificados en el centro de la cuenca del Duero, se dedicaran a lugar de habitación de un modo permanente es, cuando menos, discutible. Las pruebas que en nuestra opinión ponen en entredicho esta posibilidad son varias:

Primeramente, se ha de ponderar la inexistencia de evidencias de materiales de construcción destinados a la vivienda: mientras que en el resto de los asentamientos excavados del sector estudiado, tanto en los ubicados en los cerros –El Castillo–, cuanto en el llano –El Carrizal–, sí se han hallado diversas muestras de los materiales con que fueron construidas las moradas que ocuparon el lugar, una vez que La Plaza ha sido excavado no se ha registrado en él ninguna evidencia de los mismos. Podría argumentarse que esta ausencia es meramente circunstancial (debida a que sólo se ha excavado en una mínima parte del yacimiento) y dar por supuesto que

si la excavación se ampliase a otros sectores podrían aparecer los restos que ahora echamos en falta. Esta explicación sería perfectamente asumible de no ser porque coincide con otra serie de ausencias, a nuestro entender, muy reseñables: nos referimos, en concreto, a la falta de determinados materiales relacionables con actividades que suelen desarrollarse en lugares de habitación. En primer término, aquellas que guardan relación con las labores agrícolas. En nuestra opinión, nos permite poner en entredicho que en La Plaza se practicasen labores agrícolas, aspectos como la casi total ausencia de dientes de hoz de sílex o la casi nula presencia de elementos de molienda (cuando, por el contrario, en los otros dos asentamientos ubicados en alto conocidos en la zona se han hallado múltiples elementos de hoz y molinos de mano), toda vez que La Plaza ha sido excavado en distintos sectores y prospectado con intensidad, llama la atención que sólo se halla encontrado una única pieza de hoz y casi ninguna evidencia de los últimos.

En una línea semejante se sitúa advertir que en las excavaciones desarrolladas en La Plaza se han registrado lo que podríamos denominar suelos de frecuentación, pero aquí, a diferencia de lo constatado por ejemplo en El Castillo, no existen evidencias de estructuras de almacenamiento para productos de larga duración, o de recipientes que puedan relacionarse con éste menester, siendo además los vasos cerámicos más numerosos los de mediana-pequeña capacidad, dominando ampliamente las formas cuenquiformes y carenadas de reducido tamaño.

La ausencia de áreas de almacenamiento de cereales y de instrumentos relacionados con la recolección y el procesamiento de los mismos constituyen pruebas directas que, a nuestro entender, permiten cuestionar la hipótesis de las labores agrícolas como actividades dominantes en el poblado.

Contemplando otras alternativas podría pensarse en una funcionalidad relacionada con la ganadería, algo que ya ha sido sugerido por algunos autores para este mismo yacimiento. Sin embargo, en este caso deberíamos resolver otra serie de evidentes contradicciones: la más importante es que, aunque cabe pensar que el espacio que encierra la muralla, en efecto, pudiera haber sido utilizado como redil, pues es un área grande y capaz a todas luces para albergar una cantidad grande de ganado, máxime cuando el páramo donde se ubica La Plaza es muy adecuado para pasturar rebaños importantes, los escasos restos de fauna registrados en el yacimiento en absoluto denotan que aquí se halla producido un importante consumo de carne (las excavaciones practicadas han permitido localizar exclusivamente una pezuña de caballo, mientras, por el contrario, en El Castillo apareció una importante colección de huesos de animales) o que halla dado cobijo a una

importante cabaña ganadera. De este modo, considerar que la funcionalidad del asentamiento que nos ocupa pudo guardar relación de forma predominante con la cría de ganado, se nos antoja poco viable.

En buena lógica, si desestimamos que las actividades mencionadas llegaran a practicarse en este enclave y, por tanto, ponemos en entredicho que el lugar pudiera haber constituido un asentamiento dedicado a cobijar de forma continuada a una comunidad más o menos amplia, deberíamos explicar el por qué de emplazamientos que responden a las características de La Plaza (por añadidura de yacimientos estructuralmente muy semejantes, ya citados, caso de El Pico Aguilera de Villán de Tordesillas o El Alto de la Horca de Cevico Navero, del centro de la cuenca del Duero), ocupando lugares altos cuidadosamente elegidos por sus notables dimensiones, encubramiento, muy amplia visibilidad, dotados de muralla y dispuestos sobre lugares muy concretos, en absoluto aleatorios, debidamente estudiados y ordenados sobre el espacio.

En este sentido, por todo lo expuesto anteriormente, una hipótesis que nos parece viable, al menos por el momento, es la que considera que nos encontramos ante lugares dedicados fundamentalmente en origen a servir, desde una perspectiva social, de referentes de una territorialidad respecto a las diferentes unidades de asentamiento que se desarrollaron en su entorno próximo y con las que, de ser sincrónicas, debió relacionarse. Efectivamente, aunque hay algunos aspectos que, como puede ser el caso de las condiciones topográficas del enclave sobre el que se asienta (emplazamiento en altura, con una cuenca visual muy amplia sobre los valles de los arroyos Cogeces y Valcorba y del río Duero) y las de su entorno más inmediato (proximidad a los recursos hídricos y a tierras susceptibles de ser puestas en cultivo y utilizadas como pastos), que posibilitaron el desarrollo de una especialmente alta densidad de unidades de habitación, pudieran sugerir la existencia en la zona de una jerarquía social, dentro de la cual el gran emplazamiento de La Plaza desempeñaría el papel de “centro político”. Sin embargo, otra serie de hechos, cuales son la ausencia en el lugar de un espacio doméstico de cierta entidad, de elementos de hoz y molienda, de áreas de almacenamiento, etc., que suelen constituirse en pruebas de que se han desarrollado actividades inmediatamente relacionadas con la subsistencia, junto a que la defensa del asentamiento también parece quedar fuera de lugar cuando se analizan las particulares condiciones del emplazamiento sobre el que se instala La Plaza, parecen estar indicando, precisamente, que el lugar debe tener otro significado, más allá del que convencionalmente suele atribuirse a esta clase de asentamientos, que tienden a ser explicados como espacios domésticos ocupados por un

grupo humano jerárquicamente destacado y que ejerce su control sobre las comunidades del entorno.

En nuestra opinión, de todas estas consideraciones puede desprenderse que no se trata de asentamientos con un marcado carácter coercitivo con respecto a las comunidades vecinas. Todo lo contrario, es posible que se tratara de un enclave estratégico que no llegó a ser ocupado de forma continuada, sino solamente en momentos en que era especialmente interesante o necesario fomentar la agregación de las comunidades, bien para celebrar una serie de actividades acordadas (ceremonias, reuniones intergrupales, etc.), bien para resolver determinadas tensiones entre las diversas sociedades que ocupaban los territorios de producción de los que eran propietarios.

Esta hipótesis explicaría además cómo se pudo construir la monumental muralla que se levanta en un lugar que, como ya hemos apuntado, no ofrece evidencias claras de haber soportado una ocupación intensa y/o prolongada. En efecto, podría explicarla como una obra social, elaborada por la aportación de diversos colectivos que forman parte de un grupo social, quizá con pretensión de rebajar las tensiones sobre los recursos críticos de un entorno inmediato sumamente poblado, quizá también con la función de erigirse en símbolo de las comunidades que lo construyeron.

Resumidamente estamos ante un tipo de asentamiento cuya razón de existir pudo no estar relacionada tanto con el desarrollo de actividades de carácter doméstico, cuanto con la prestación de un servicio de tipo social por las comunidades que explotan el territorio que se sitúa en su entorno, tal y como la evaluación de las pruebas empíricas parecen indicar.

2. Unidades de asentamiento de tamaño intermedio —entre 1 y 2 Ha—

Sus diferencias respecto a las del grupo anterior son, además de su menor tamaño, su disposición en lugares que, aunque no destacan excesivamente en el paisaje, pueden ser considerados como significativos. Si exceptuamos el enclave de Viñas de Abajo, sobre cuya extensión real ya hemos expresado todas nuestras reservas, el resto de los asentamientos de esta clase (Los Poyatos, El Roble y La Ermita) se disponen en el entorno propio del castro de La Plaza. Esta circunstancia, junto a las múltiples dudas arriba expresadas, acerca de la posibilidad de que dicho yacimiento soportase la presencia de una población estable, nos hace considerar que quizá sean precisamente esta clase de asentamientos, que en principio por sus dimensiones deberían ocupar un segundo nivel dentro de una hipotética estructura jerárquica respecto al “asentamiento central fortificado” junto al que se encuentran, los que ejercieron un papel destacado dentro de la estructura poblacional del área.

3. Unidades de asentamiento de tamaño mediano –inferiores a 1 Ha– o muy pequeño tamaño –inferiores a 0'5 Ha–

Un tercer grupo de asentamientos, mucho más numeroso que los anteriores, estaría integrado por núcleos de mediano –inferiores a 1 Ha– o muy pequeño tamaño –inferiores a 0'5 Ha–, ubicados, salvo muy contadas excepciones, en terrenos absolutamente llanos, próximos a cursos de agua, integrados en tierras susceptibles de desarrollar actividades agrícolas, con una cuenca visual muy reducida y cuya actividad fundamental era precisamente la realización de prácticas agropecuarias. Valdelaperra II, Cojoncillos, La Bellida, Los Pinos del Cubo, son algunos de los incluidos en este apartado. Es muy posible que su creación sea debida a la explotación y colonización de nuevas tierras ante el hipotético crecimiento demográfico producido en el seno de las unidades de los grupos arriba señalados.

Con arreglo a los datos proporcionados por el análisis del patrón de asentamiento junto a los resultados de las excavaciones realizadas en algunos yacimientos creemos que deben quedar planteadas varias cuestiones que consideramos importantes:

En primer lugar, teniendo presente el conjunto de asentamientos de La Ribera vallisoletana, hemos de señalar que existen establecimientos que destacan claramente sobre la generalidad en función tanto de su extensión superficial, cuanto de la posición que ocupan sobre el territorio. La posibilidad de considerar que el territorio en estudio es de pequeñas dimensiones y por tanto que pudiera no constituir una pauta para el ámbito próximo también se ha tenido en cuenta. Hemos evaluado toda la información existente con respecto a las unidades de asentamiento documentadas hasta la fecha en un territorio alrededor del sector investigado. Más en concreto, todo el territorio que supone el resto de la actual provincia de Valladolid, la porción burgalesa de la Ribera del Duero, así como las zonas meridionales de la provincia de Palencia; aquellas que en esencia se corresponden con El Cerrato palentino. Por tanto, estamos considerando un número de asentamientos superior a los 50, cuyas dimensiones son en todos los casos, atendiendo a la información publicada, muy similares a las documentadas por nosotros para los yacimientos situados en La Ribera; pudiéndose inclusive establecer las mismas categorías y distribución sobre el territorio. De hecho la existencia en la zona de algunos asentamientos –El Pico Aguilera (Villán de Tordesillas, Valladolid) o El Alto la Horca (Cevico Navero, Palencia)– para los que se señalan unas dimensiones por encima de las 4 Ha (semejantes a las observadas en los yacimientos más grandes de La Ribera) nos indica que no hay ninguna excepcionalidad respecto de los yacimientos del resto de las zonas señaladas. Por tanto, el patrón de asentamiento establecido para la vallisoletana Ribera del

Duero pudiera repetirse en buena parte del centro de la cuenca del Duero.

En segundo lugar, estamos ante las primeras comunidades humanas implantadas en la zona cuyos lugares de residencia son en un apreciable número de casos estables. Pese a que sus viviendas están edificadas con muros de materiales perecederos, la presencia de estructuras fortificadas en varios de los enclaves es un asunto serio que denota, sin duda, un alto grado de interés por la permanencia y la duración. Se trata de un aspecto de indudable trascendencia por cuanto se edifican por vez primera lugares de residencia y de actividad estables y fijados en un lugar muy concreto del territorio en el que se vive, buscando probablemente disponer de mejores condiciones de habitabilidad, concebidos para no tener que cambiar de emplazamiento y disponer en torno al mismo de campos de cultivo. De ello cabe deducir que estamos ante grupos humanos que no solamente se apropian de los recursos que les ofrece el medio natural, sino que, de algún modo, se convierten en propietarios objetivos del medio que transforman para cubrir sus necesidades de mantenimiento y reproducción.

Estamos, pues, asistiendo al desarrollo de una sociedad de comunidades campesinas (posiblemente de base cerealista), caracterizadas por la implantación de unas pocas unidades de poblamiento de carácter estable y considerables dimensiones, alrededor de las cuales se asientan otras notablemente menores, con distintos grados de estabilidad, muy vinculadas a cursos de agua, lagunas y humedales. Muchas de estas estaciones estarían integradas por pequeños grupos de personas, de posible carácter familiar, en ocasiones excepcionales con posibilidades de crecimiento. Este modo de vida campesino, a nuestro entender, contaría con una agricultura extensiva de secano y la cría de ganado como prácticas fundamentales (López Sáez, J. A., y Blanco González, A. 2004: 214-215). Otra serie de actividades como la caza, la recolección y la artesanía servirían de complemento, en una tendencia hacia el autoabastecimiento y autosuficiencia. Podemos pensar que lo que se busca con este modo de vida es lo que algunos autores han dado en nombrar “un mecanismo de reducción de riesgos” (Gutiérrez Lloret, S. 1995: 65-94), fundado en el aprovechamiento de unos espacios naturales que se caracterizan por su amplia diversidad biológica, capaces de proporcionar posibilidades de mantenimiento y reproducción del grupo en momentos de escasez y/o de peligro. Del mismo modo, los mecanismos de reciprocidad entre linajes o familias funcionarían habitualmente como forma de evitar los riesgos de déficit en la producción agropecuaria.

En tercer lugar, en cuanto concierne al patrón de asentamiento se propone como hipótesis la existencia de una cierta ordenación en la distribución de los asentamientos sobre el territorio;

lo cual, empero, no debe entenderse exclusivamente en función del establecimiento de un sistema de producción equilibrado que rentabilice al máximo la gestión de los diversos recursos que el medio natural ofrece, sino también en relación con un sistema de reproducción y producción social. Esta organizada distribución a que nos referimos es, como ya hemos manifestado más arriba, claramente visible en la ubicación equidistante de los enclaves mayores, la cual parece patentizar un expreso interés en ocupar “ordenadamente” el espacio por parte de cada una de las comunidades que tuvieron en esta clase de asentamientos su principal referente. Bajo el orden equilibrado que advertimos en la distribución de los asentamientos citados pudiera subyacer la necesidad de ejercer un control efectivo sobre un amplio territorio, que, en buena lógica, no se limita al explotado de manera individual desde cada asentamiento. En efecto, la presencia de grandes asentamientos en altura podría interpretarse como un elemento coercitivo que contribuye a asegurar un determinado territorio –y por ende, todos sus recursos potenciales– del que sería propietario un determinado grupo social.

Dentro de esta dinámica, nos parece interesante señalar que en el seno de cada uno de los territorios mencionados se identifica un número dispar de asentamientos de menor tamaño, cuya distribución en torno a lo que podríamos denominar “grandes centros” no es, en absoluto, “simétrica”. En efecto, según ha quedado patente en páginas anteriores, es posible advertir que mientras en el entorno de La Plaza el número de estaciones es realmente alto –>10– en las tierras que circundan el castro de El Gurugú su cuantía es significativamente menor –4–; no habiendo identificado, al menos por el momento, ninguno de estos establecimientos menores en lo que podríamos denominar el área de influencia de El Castillo. Evidentemente podemos suponer que esta diferenciación debe ser expresión directa –más o menos distorsionada– de las distintas potencialidades económicas que, para el desarrollo de la agricultura y la ganadería por parte de las comunidades que los ocuparon, ofrecen cada uno de los entornos citados.

Sobre este particular diremos que si bien la importancia de tales actividades como base económica fundamental de estas sociedades ya ha sido destacada, todavía no se ha propuesto un modelo de gestión de la producción agropecuaria, ni a nivel genérico ni dentro de un espacio geográfico concreto, para las sociedades de la Edad del Bronce de la cuenca del

Duero. Sin datos paleobotánicos, con deficientes e incompletas referencias acerca de las plantas cultivadas y los modelos de gestión de la cabaña ganadera y sin referencias sobre la evolución geológica de los suelos se hace muy complejo intentar valorar de modo global la incidencia de la producción agropecuaria en nuestro ámbito y las repercusiones que a nivel social pudo ocasionar.

Assumiendo todas estas limitaciones e intentando hacer alguna aproximación en este sentido diremos que, en términos generales, las condiciones geológicas y edafológicas de todo el territorio de la vallisoletana Ribera del Duero son, a grandes rasgos, bastante uniformes, disponiendo en general de tierras susceptibles de ser puestas en explotación, siempre dando por sentado que a lo largo del territorio podemos encontrar variedad en lo que a aspectos como el rendimiento, la velocidad de agotamiento, la potencia edáfica, etc., se refiere. Quizá la diferencia más reseñable que, en lo que ahora concierne, advertimos radica en la importante cobertera de arenas cuaternarias que recubren el fondo de los valles de un amplio sector del territorio ribereño situado al sur del río Duero. Precisamente, en la presencia de estos suelos sueltos y de fácil laboreo, en esta zona (que por cierto reproduce en buena medida las condiciones que advertimos en otros ámbitos de la Meseta Norte¹⁸⁷ y Sur (Blasco Bosqued, C., Baena Preisler, J., Lucas Pellicer, M.^a R. y Carrión Santafé, E. 2001: 77-80; Fig. 7-8) donde se detectan notables concentraciones de yacimientos de la Edad del Bronce) pudiera radicar alguna de las explicaciones a la alta concentración de yacimientos que aquí se observa. A esta circunstancia habremos de sumar que este entorno tiene especial abundancia de agua, debido a que se sitúa sobre un notable acuífero que alimenta una nutrida red hidrográfica de alcance local, lo que debió convertirlo en un área de gran atractivo para el asentamiento de grupos humanos a lo largo del Bronce Medio. La explotación agrícola de las tierras que bordean los arroyos que recorren el sector y su entorno y las amplias posibilidades que ofrecen para el aprovechamiento de recursos espontáneos –recolección, caza, pesca, mantenimiento de la cabaña ganadera, etc.– deben ser, en nuestra opinión, elementos sobre los que se sustenta la proliferación de asentamientos que se localiza en las zonas cercanas a los mismos. Dichos asentamientos también se beneficiarían de la proliferación en este mismo escenario de diversos humedales del tipo charcas o lavajos, alimentados por el acuífero antes citado, garantizaría la presencia de empradizados así como la formación en su

¹⁸⁷ Ver, por ejemplo: Arranz, J. A., Gómez, A., Sánchez, M. y Bellido, A. 1993: 82-83; Fig. 6; López Ambite, F. 2003: Figs. 2, 3 y 4.

entorno más próximo, por medio de las avenidas y desbordamientos que se ocasionarían durante la época de lluvias, de suelos de notable potencia edáfica, propiciadores de óptimos rendimientos en las cosechas.

Sea por esta u otras razones que futuras investigaciones tendrán que encargarse de dilucidar lo cierto es que existe una concentración de yacimientos alrededor de La Plaza (que debe ser entendida como expresión clara del notable éxito alcanzado en la explotación del entorno por parte de las sociedades que ocuparon este territorio), que puede indicar la importancia que adquirió este asentamiento con respecto a los restantes.

Otra cuestión es cuál es el papel que desempeña este yacimiento respecto a los enclaves que se sitúan en su entorno; máxime cuando algunos de los caracteres que reviste plantean dudas al respecto (recordemos que se trata de un lugar de proporciones “desmesuradas” que, pese a estar dotado de una espectacular muralla –que exigió sin duda un notable esfuerzo para su construcción–, ofrece rastros de no haber sufrido una ocupación ni intensa ni continuada), pues resultan indicativos de que nos encontramos ante un asentamiento bastante peculiar; entre otras cosas porque cabe advertir que la totalidad de los yacimientos de su entorno se emplazan en lugares cuya ubicación parece demostrar una total o casi total despreocupación por el tema de la defensa.

En este sentido, a modo de hipótesis, queremos proponer que el castro de La Plaza pudo haber funcionado, sino como un punto de concentración de población, sí como un lugar de referencia para las poblaciones de su entorno. Esta circunstancia, de algún modo, podría servir para explicar la procedencia de la mano de obra necesaria para erigir la muralla que cierra el castro, a resultas de un esfuerzo colectivo, favorecido por la contribución de las poblaciones que habitan en los yacimientos de apoyo del sector.

De algún modo, esta serie de relaciones de carácter intergrupales, cuya existencia nosotros proponemos, podrían verse corroboradas por otro factor ya significado. Nos referimos a que pudiéramos encontrarnos frente a un yacimiento que, pese al papel de lugar central que sin duda desempeñó dentro de la zona, ocupa un enclave que, como ya hemos intentado justificar en otra parte, no cuenta con unas eficaces condiciones desde el punto de vista defensivo. Este hecho nos permite plantear la hipótesis de que en este ámbito concreto el papel desempeñado por el yacimiento de La Plaza no fue el de un típico establecimiento defensivo, de carácter coercitivo, frente al potencial peligro externo que representarían las comunidades establecidas en sectores, más o menos, próximos. Podemos suponer que quizá dicho papel no fue necesario ejercerlo desde este punto concreto, sino que fue asumido por el conjunto de los asentamientos que

ocupan la zona. Se nos ocurre que quizá la alta densidad del poblamiento establecido en el sector sería el mejor efecto disuasorio frente al peligro de posibles agresiones externas. También, a título de hipótesis, queremos apuntar que quizá el yacimiento de La Plaza pudo personificar la cohesión de dichas poblaciones y servir de referencia –“lugar totémico”?,–, desempeñando un papel destacado desde el punto de vista quizá “espiritual”, respecto a los yacimientos situados en su zona de influencia. Dentro de esta dinámica podemos suponer que sería en lugares como Los Poyatos y La Ermita, asentamientos de segundo orden dentro de este territorio, los lugares que, además de concentrar un mayor número de población, detentaron un considerable poder político y/o económico.

Por el contrario, en las otras zonas en que como hipótesis proponemos dividir espacialmente la porción vallisoletana de la Ribera del Duero, esto es los correspondientes a los yacimientos de El Gurugú y El Castillo, en cuyas zonas de influencia encontramos 3 yacimientos asociados y ninguno, respectivamente, se nos ofrece un panorama bien distinto. Concretando, vemos como en estas zonas que cobijan menor número de yacimientos y, por tanto, menor densidad de población, los lugares que concentrarían un mayor poder político y económico son precisamente los asentamientos de carácter castreño; caracterizados, en este caso, además de por sus dimensiones más “convencionales”, por ofrecer muestras, en este caso sí, de haber dado cobijo de modo estable a un considerable contingente de población y por estar dotados de unas más que evidentes condiciones defensivas, refrendado incluso por la presencia de murallas, en el caso de El Gurugú.

Evidencias constructivas

Uno de los aspectos más interesantes a nivel microespacial es la aparición de notables estructuras de habitación. De esta forma, el Bronce Medio supone, en este sector concreto de la Meseta, el nacimiento de los poblados auténticamente estables con construcciones de notable entidad.

Las estructuras de habitación de carácter interno se convierten en los principales elementos de análisis a nivel microespacial. Desgraciadamente, como sucediera en periodos anteriores, son muy pocos los datos con que contamos sobre este particular, pese a ser mayor el número de intervenciones realizadas en yacimientos de esta época. El aspecto más importante que aportan tales observaciones consiste en la práctica ausencia en nuestros hábitats de toda aquella estructura de habitación que no tenga que ver con los clásicos hoyos, pozos o cubetas. Tales estructuras, enteramente semejantes a los que se documentan ampliamente a lo largo de toda la Edad del Bronce en las tierras del interior de la Península

Ibérica¹⁸⁸, a ambos lados del Sistema Central, configurando auténticos “campos de hoyos”, muy ocasionalmente aparecen asociadas a diferentes estructuras de hábitat propiamente dichas¹⁸⁹, por lo que en algún trabajo se ha discutido acerca de la relación que se estableció entre aquellos y éstas, en el seno de los poblados que cobijaron a estos grupos¹⁹⁰.

La adscripción funcional de esta clase de subestructuras ha sido un tema ampliamente debatido. No queriendo entrar aquí en mayores controversias al respecto, nos limitaremos a apuntar que la hipótesis más *aséptica* tocante a este tema es aquella que pasa por argumentar que la mayor parte de esta clase de estructuras (que el arqueólogo sólo alcanza a contemplar, una vez perdida su función primigenia, llenos de basura) sirvieron como silos o despensas subterráneas, en las que se almacenaban granos. Sobre el particular existe una amplia documentación experimental (Reynolds, P. J. 1974: 118-131; *Idem.* 1979; *Idem.* 1988), etnográfica¹⁹¹, histórica¹⁹² e, incluso, arqueológica¹⁹³, siendo la propuesta aceptada por la mayor parte de los arqueólogos peninsulares que han tratado el tema¹⁹⁴. Tal y como se apuntaba más arriba, entre las observaciones arqueológicas realizadas en el área por nosotros investigada, contamos con la evidencia de que las paredes de hoyos como el n.º 6 de El Castillo fueron acondicionadas, revocándolas con barro, para dotar al interior de la estructura de una relativa impermeabilidad; prueba concluyente de que, al menos algunos de nuestros pozos, efectivamente, fueron preparados para desempeñar la función de auténticos silos subterráneos¹⁹⁵.

La proliferación de silos subterráneos en los yacimientos del horizonte Protocogotas (llamamos la atención sobre su ele-

vada concentración, por ejemplo, en el yacimiento de El Castillo de Rábano) es un elemento que ha servido para hablar de su género de vida y sus estrategias económicas, condicionándola fuertemente; máxime cuando apenas dan cuenta ni información –tal sería su inconsistencia– sobre los alzados de las unidades ocupacionales. Sucede, así, que al no encontrarse asociados a las plantas de la cabaña, ha sido una circunstancia determinante para atribuir una vida muy móvil a las comunidades que en esta época ocuparon la región meseteña (Jimeno Martínez, A. 2001: 139-180) (explicaría el desinterés mostrado por estos grupos por invertir en estructuras domésticas); lo cual, por inercia, ha servido para tachar a las poblaciones del ámbito ribereño de “pastores nómadas”.

Aunque pudieran operar a favor de esta hipótesis los estudios zooarqueológicos realizados en algunos enclaves de la época, los cuales denotan la presencia, en efecto, de una abundante fauna doméstica (así podemos advertirlo en el análisis realizado en El Castillo de Rábano), no son pocas, sin embargo, las contradicciones que creemos encontrar, en los propios yacimientos de nuestro ámbito, en un planteamiento que, entendemos, peca de simplista.

Maniobra claramente en contra de tal hipótesis el importante desarrollo que alcanza el almacenamiento agrícola percibido (por ejemplo, son muchos y de notable tamaño los silos que aparecen en los enclaves excavados que se distribuyen por todo nuestro ámbito: El Castillo, El Carrizal); aspecto éste que, relacionable con un incremento de la producción agrícola se nos antoja poco compatible con unas poblaciones que según aquel supuesto, como advierte Delibes en diferentes lugares, no

¹⁸⁸ Ver, por ejemplo: Bellido Blanco, A. 1996; Blasco Bosqued, M.ª C. 1997: 77-78 y 80.

¹⁸⁹ Al respecto ver, por ejemplo: Martín Benito, J. I., y Jiménez González, M. C. 1988-1989: 266-267; Jimeno Martínez, A., y Fernández Moreno, J. J. 1991: 17-19.

¹⁹⁰ Al respecto ver, por ejemplo: Rodríguez Marcos, J. A. y Abarquero Moras, F. J. 1994: 38-40; Castro Martínez, P. V., Lull, V., y Micó, R. 1996: 159; Blasco Bosqued, M.ª C. 2004: 349-388.

¹⁹¹ Al respecto ver, por ejemplo: Butler, W. 1936: 25-36; Sigaut, F. 1979: 15-38.

¹⁹² Diversas alusiones se recogen, por ejemplo, en: Plinio, (Natural Historia XVIII, 306); César (Bellum Civile I, 48); Hesiodo (Los trabajos y los días, vv. 448-478); Tácito, (Germania, 16,4).

¹⁹³ Constituyen una prueba incontestable en este aspecto advertir, por ejemplo, que buen número de estructuras localizadas en los campos de hoyos de la Submeseta norte presentaban una capa de barro dispuesta sobre sus paredes, impermeabilizándolos. Este hecho lo detectamos en lugares que, como Las Empedradas (Burgos) (Palomino Lázaro, A.L., y Rodríguez Marcos, J. A. 1994: 59-71), Carrelasvegas (Martín Carbajo, M. A., Misiego, J. C., Pérez, F. J., Fernández, J. M., Sanz, F. J., y Marcos, G. J. 1993: 69-88) y La Huelga (Palencia) (Pérez, F. J., Misiego, J. C., Sanz, F. J., Marcos, G. J., Martín, M. A., y Fernández, J. M.ª 1994: 11-32), La Aceña (Salamanca) (Sanz, F. J., Marcos, G. J., Martín, M. A., Misiego, J. C., y Pérez, F. J., 1994: 73-86) o Los Cenizales (Zamora) (Rodríguez Marcos, J. A., y Val Recio, J. del, 1990: 201-209), se distribuyen por toda la cuenca del Duero. En el mismo sentido indican el tapizado de cestería de mimbre de algunos de tales hoyos en la Submeseta Sur (Almagro Gorbea, M. 1986: 203), o el hallazgo en el interior de otros (El Teso del Cuerno de Forfoleda, en Salamanca) de varios recipientes de almacenaje (Martín Benito, J. I. 1988: 138).

¹⁹⁴ Al respecto ver, por ejemplo, cuanto apuntan Maya (Maya González, J. L. 1985: 147-230), Harrison y sus colaboradores (Harrison, R. J., Moreno López, G. C., y Legge, A. J. 1994: 147-149), y, sobre todo, Antonio Bellido (Bellido Blanco, A. 1996).

¹⁹⁵ Creemos que sobre estos temas es fundamental el trabajo de Díaz del Río, sobre la Meseta Sur (Díaz del Río, P. 2001: 137-141).

habrían sido estantes, más bien, por contra, nos parece consustancial con formas de vida predominantemente sedentarias. En esta misma línea el razonamiento más básico nos lleva a plantear que dichos silos hubieron de excavarse o, al menos de llenarse/precintarse poco tiempo después de la recolección, esto es, en el verano, lo que habría coincidido con la fase de mayor estiaje y con la etapa –tres meses de media en la Meseta– de máximo agostamiento de los pastos. Como apunta este autor, no parece muy lógico que una comunidad estrictamente pastoril pudiera ver hipotecado el futuro de sus rebaños permaneciendo durante esta época en tales tierras, lo que ha de hacernos recapacitar bien sobre el carácter meramente complementario de la ganadería, bien sobre la posibilidad de que sólo un segmento de la población sedentaria se implicara con los rebaños comunales en una andadura transterminante, lo que no evitaría seguir hablando de comunidades esencialmente sedentarias. Es más nos preguntamos, incluso, si tal viaje tendría algún sentido en las monótonas llanuras castellanas y leonesas, tan faltas de contrastes orográficos salvo en los rebordes montañosos de la cuenca. Desde luego, no es difícil entender que, por ejemplo, las comunidades establecidas en invierno a ambos lados de la Cordillera Cantábrica, a sus mismos pies, aprovecharan en verano los pastizales de las cumbres, pero resulta más cuestionable pensar en que hicieran otro tanto los habitantes que ocupaban el interfluvio Duero-Pisuerga, situados a más de un centenar de kilómetros de tan codiciados agostaderos. De hecho admitir esto último sería tanto como asumir que las gentes de nuestro sector pudieron practicar una auténtica y complicada trashumancia, más que simple (?) transterminancia; lo cual implicaría aceptar la existencia de unas complejas relaciones y/o estructuras socioeconómicas entre las comunidades humanas que ocuparon durante este periodo el centro de la Meseta Norte (de las que, al menos por el momento, no tenemos una constatación clara) que hicieran posible los desplazamientos de gentes y ganados a larga distancia.

Todos estos argumentos nos animan, sin muchas dudas, a defender una bastante estricta vinculación a territorios fijos de los grupos sociales Protocogotas¹⁹⁶, es decir, una razonable permanencia pese a la escasa entidad constructiva de los poblados y –aunque hay excepciones– pese a la levedad de sus depósitos sedimentarios. En el futuro se seguirá discutiendo sobre si el aspecto que muestran esta clase de enclaves arqueológicos es resultado de la necesidad de desplazar cíclicamente el caserío unos pocos metros para esquivar el laberinto de los silos inutilizados y para disponer de suelo firme y limpio en el

que excavar los nuevos, lo que podría explicar la tan frecuente y amplia estratigrafía horizontal de los “campos de hoyos”, o si, sencillamente, fue la poca duración de las ocupaciones lo que dictaba un traslado cíclico (cada 5/10 años) del hábitat, en un intento de hacer frente al agotamiento de unos suelos de cultivo aún no mantenidos adecuadamente mediante el abonado, la rotación de siembras o el barbecho, y a un aprovechamiento abusivo o poco reglado de los recursos silvícolas.

Como ya hemos apuntado hoy sabemos que esta clase de estructuras subterráneas hubieron de estar asociadas a diversas viviendas (quizá también a una serie de recintos de fosos, como los que se vienen detectando últimamente en la región del Duero, a partir de la fotografía aérea, con ejemplos tan claros como el detectado en San Miguel, en Cubillas de Cerrato, Palencia [Delibes de Castro, G., y Pérez Rodríguez, F. J. 2002: 47]). En nuestro caso concreto debió ocurrir algo semejante, y, de hecho, aunque no conocemos las formas ni la situación exacta dentro de los yacimientos de tales construcciones, al menos tenemos noticia de ellas porque alguna muestra de los materiales con que fueron construidas se recogen, como un desecho más, en el interior de los antedichos hoyos/basurero. Nos estamos refiriendo a una serie de sencillos materiales, consistentes, bien en simples manteados de barro secado al sol, mezclado con paja (en ocasiones vemos que se aplica sobre un entramado de ramas y cañizos previamente acondicionado), bien a algunas pellas de barro (sobre algunas se advierten las huellas de auténticos troncos de madera; en otras aparecen más bien cañas entrelazadas, que quizá pudieron estar sujetas mediante cordajes) que han sido recuperadas por nosotros durante la excavación de los “basureros” identificados en El Castillo o El Carrizal.

También contamos con alguna referencia en lo tocante a cómo pudieron ser los hogares que acompañaron a tales estructuras; si bien, por las circunstancias en que fueron hallados tales restos, desconocemos si estuvieron en el interior o exterior de las construcciones. Las evidencias en cuestión proceden de El Castillo, donde, en el hoyo 15 (Rodríguez Marcos, J. A. 1988), identificamos los restos de una de estos hogares que aparecía roto y amontonado entre los materiales de desecho que colmataban dicha cubeta. Su reconstrucción permite apuntar que se trataba de una sencilla estructura, de planta redondeada u ovalada (diámetro en torno a 0'80 mts.), compuesta por una placa de arcilla enrojecida, endurecida por el fuego, y delimitada mediante un reborde continuo, del mismo material, de sección semicircular.

¹⁹⁶ Más aun cuando la ganadería del Bronce Medio/Final peninsular en general, y de los grupos Protocogotas en particular, parece perfilarse como “un pastoreo simple y de subsistencia”, integrado en una economía mixta en la que es predominante la aportación de la agricultura. Al respecto ver, por ejemplo: Sánchez Moreno, E. 2001: 7.

Las evidencias que arriba se citan, aunque mínimas tienen el interés de, al menos, ponernos en relación con una serie de estructuras de hábitat, de las que, en efecto, pudieron formar parte. Unas estructuras que se corresponden con un sistema básico de obtención de refugio, las cuales, quizá por su sencillez, parecen constituir una modalidad constructiva bastante extendida y de larga perduración. De hecho su uso está bien documentado en diversas fases de la Prehistoria reciente y la Protohistoria meseteñas (Bellido Blanco, A. 1996: 48-57; Blasco Bosqued, M.^a C. 2004: 349-388).

Centrándonos en el Bronce Medio de la cuenca del Duero diremos que, hasta la fecha, las construcciones elaboradas con materiales perecederos son las únicas de las que tenemos noticia en cualquiera de los yacimientos excavados de fase Protocogotas, del centro y este de la Meseta Norte. Sin querer hacer excesivamente prolija esta relación comenzaremos por hacer referencia a los ejemplares de Los Tolmos de Caracena. En este enclave, sin duda el que más y mejor información ha proporcionado al respecto, se conocen desde hace algún tiempo las plantas de dos fondos de cabaña. El único que fue excavado en toda su integridad ofrece planta rectangular con lados irregulares. Está parcialmente rehundido en el substrato de base y levantado con manteado de barro sobre un entramado de madera. Jimeno, a partir de los datos de la excavación, interpreta que debe tratarse de una estructura de carácter temporal, habitada por gentes seminómadas que lo utilizarían durante la época de primavera-verano (Jimeno Martínez, A., 1984: 213-214; Jimeno Martínez, A. y Fernández Moreno, J. J. 1991: 17-19); lo que, a su juicio, explicaría la situación de los hogares al exterior de las cabañas. Otros fondos de cabaña que, como los anteriores, ocupan un simple rebaje artificial del substrato natural, son los hallados en el también yacimiento soriano, próximo al ya citado de Los Tolmos, de El Balconcillo, en Uceró (Rosa Mucio, R., de la, 1994: 30-35), donde se localizó el suelo de una cabaña de forma oval con tendencia rectangular de la que se registró sólo un hoyo de poste, así como el derrumbe de sus paredes; en otra zona del yacimiento fue descubierto otro fondo de cabaña, en este caso de forma oblonga y delimitada por un rebaje en la roca. En el yacimiento burgalés de El Cerro, en La Horra (Palomino Lázaro, A. L., Negro, M.^a J., Abad, I. y Abarquero Moras, F. J., 1999: 21-41), nos encontramos ante una serie de estructuras que guardan cierta semejanza con las anteriores. En este caso los autores identifican lo que denominan como “auténticos fondos de cabaña, es decir, como verdaderas estructuras de habitación, eso sí, completamente arruinadas y barridas por los procesos postdeposicionales”. La menos afectada por dichos procesos se nos muestra como un rebaje artificial en el substrato natural, que presenta una tendencia curva en sus contornos, y con la huella de al menos dos postes enfrentados, entre los cuales la línea de la vivienda se

hace cóncava, dejando al exterior un hoyo de boca circular y perfil acampanado. Sus considerables dimensiones y su escasa profundidad –40 cm en la zona central– hacen viable su habitabilidad. Formando parte del relleno del rebaje aparecen algunos fragmentos de tapial que debieron formar parte de sus paredes. Otro posible fondo de cabaña de esta misma época, caracterizado por el mismo sistema de rebajar ligeramente el terreno, lo encontramos en el Sector 1 del yacimiento palentino de y La Huelga, en Dueñas (Pérez, F. J., Misiego, J. C., Sanz, F. J., Marcos, G. J., Martín, M. A. y Fernández, J. M.^a: 1994: 11-32), donde, en efecto, se reconoce una estructura (AG-88) de casi dos metros de diámetro y 50 cm de profundidad máxima, caracterizado por presentar una capa de arcilla compactada y adobe enrojecido perimetrando el interior de la estructura, que pudieran interpretarse como restos de paredes.

Los pocos materiales que hemos identificado como restos de construcción en los yacimientos Protocogotas de la Ribera no son, por consiguiente, un hecho aislado, teniendo el interés de ponernos en relación, junto con otros elementos de la cultura material, rasgos de los emplazamientos, modos de vida, etc., con un horizonte cultural bastante homogéneo y bien definido. Esta relación de estructuras de aparente “carácter inestable” también merece varias consideraciones en torno al tipo de poblamiento de nuestra zona, por cuanto suponen la extensión hasta el territorio de La Ribera del Duero, de atribuciones que desde hace tiempo se vienen haciendo para el territorio meseteño en general. En este sentido diremos que a lo largo de mucho tiempo ha sido un tópico transmitir la imagen de la Meseta Norte como la de un área retardataria durante la Edad del Bronce, a la que no llegan las influencias de ámbitos como el S.E. peninsular, Levante, etc. Esto debió provocar, según esta particular visión, el anclaje en los modos de vida tradicionales, una de cuyas plasmaciones sería la ausencia de auténticos poblados estables. Habría que esperar por consiguiente hasta el Bronce Final-Hierro I, en que la llegada de aportes foráneos sería el motor que revolucionaría el panorama y haría posible alcanzar el nivel socio-económico-cultural necesario para el surgimiento de los primeros asentamientos estables con estructuras protourbanas y construcciones de entidad.

Frente a esta idea inicial debemos apuntar que ya en algún trabajo nuestro y en otros algo más recientes de G. Delibes y J. Fernández Manzano se empieza a modificar este panorama, al poner de manifiesto y valorar la presencia de determinadas construcciones que pueden ser consideradas como la evidencia clara de una cierta continuidad en la ocupación de los poblados del Bronce Medio en la Submeseta Norte española. Se hace referencia en ellos a la comparecencia en algunos yacimientos meseteños de notables obras de construcción de carácter estable. Esta consideración podemos hacerla extensiva al poblamiento del

Bronce Medio de nuestro sector merced a las excavaciones y prospecciones realizadas en nuestros yacimientos.

¿Cuál es el panorama actual en el centro de la cuenca del Duero? Es de sobra conocido que en el sector son enormemente numerosos los asentamientos al aire libre, si bien hasta la fecha no han gozado de demasiada atención, al menos en lo que al conocimiento de su estructura interna se refiere. En los pocos lugares del Bronce Medio en que, fuera del sector de nuestra investigación, se han llevado a cabo trabajos de excavación en mayor o menor extensión, nunca se han identificado restos o elementos constructivos que pudieran ser calificados de estables (por tales tienden a interpretarse aquellas que han sido elaboradas total o parcialmente con piedra). Frente a esta idea que ha trascendido de un modo genérico, en unos pocos lugares del Bronce Medio en que se han realizado de trabajos de excavación o de prospección de mayor o menor extensión, se han podido detectar evidencias constructivas que cabe calificar de auténticamente perdurables.

Las murallas constituyen el más sobresaliente sistema defensivo que comentamos en la Prehistoria. Frente a la reiterada presencia de murallas, por ejemplo, en muchos poblados de la Edad del Bronce del levante y en los argáricos (Lull, V. 1983:

454), escasean los ejemplos para la Meseta Norte durante semejante periodo. Lo cierto es que, aunque se reconocen a lo largo de este periodo numerosas estaciones localizadas en enclaves de carácter defensivo, se tiene constancia sólo de unas pocas murallas (Rodríguez Marcos, J. A. 1996: 93-115).

Intentando realizar una clasificación de esta clase de enclaves diremos que, en una primera categoría, abrumadoramente mayoritaria por cierto, tienen cabida una serie de enclaves de tipo *castro* que, situados en la cima del páramo –siempre por encima de los 800 m de altitud–, comparten distintos rasgos entre los que caben destacar los siguientes: a) ocupan la plataforma culminante de destacados espigones de páramo; b) se dotan de notables estructuras defensivas artificiales que cierran el punto de más fácil acceso al desempeñó lugar; c) se trata de asentamientos de considerable extensión: claramente por encima de 2 Ha.

Los asentamientos documentados hasta la fecha que responden a este tipo, en número relativamente corto, podemos rastrearlos tanto en zonas próximas al territorio objeto de nuestro estudio, cuanto dentro del mismo. Al primero de estos ámbitos pertenecen El Pico Aguilera¹⁹⁷ en Villán de Tordesillas (Galván, R. 1983: 109; Rodríguez Marcos, J. A. 1995)

¹⁹⁷ Este yacimiento, emplazado sobre un amplio espigón de páramo del reborde meridional de los “Montes Torozos”, fue mencionado, hace ya algunos años, por Rafael Galván, quien citaba la presencia en el enclave de “una especie de torre artificial en la entrada con un recinto anterior de piedras amontonadas”. Nuestras pesquisas en el lugar, con cronología segura del Bronce Medio, han permitido comprobar que el castro ocupa la parte culminante de una amplia lengua de páramo de planta irregular, alineada de oeste-nord-oeste/este-sur-este, que se eleva a 883 m.s.n.m. y domina su entorno desde más de 100 m. Las pendientes del alto, marcadas en casi todo su perímetro, resultan especialmente escarpadas en el tramo culminante, correspondiente con el cantil de calizas pontienses. El único acceso que aparece desguarnecido se sitúa en dirección este, coincidiendo con el “istmo” que significa la unión con la planicie de la paramera. El acceso desde este sector al interior del castro se encuentra interrumpido por una barrera en forma de creciente, de una longitud aproximada de 63 m, que lo cruza completamente. En los sectores mejor conservados, el muro, que ofrece el aspecto de un gran alomamiento de piedras, tiene una anchura de 13 m por término medio en la base y desde su punto culminante domina las tierras calcáreas, del interior desde algo más de 1’60 m y las tierras aradas del exterior desde 1’9 m, aproximadamente. El muro está cubierto de piedras de caliza de páramo, en su mayor parte medianas (longitud máxima entorno a 0’3 m aproximadamente), pero los puntos que han sido removidos revelan una construcción de tierra y piedras sin revestimiento de piedras. El citado lomo no conoce ninguna interrupción en su trazado que pudiera hacer pensar en la existencia de una entrada. Únicamente debemos señalar que la construcción ha sufrido algún deterioro reciente. Nos referimos a ciertas remociones que han afectado a ambos extremos del muro, buscando, sin duda, facilitar el acceso al interior del castro a la maquinaria agraria. Nos cabe la duda de si estos trabajos pudieran haber afectado a una primitiva entrada al recinto.

Una vez flanqueado el muro, tras recorrer cerca de 40 m hacia el interior del castro, nos encontramos con un segundo elemento estructural, cuyo aspecto externo es el de un simple amontonamiento de piedras y tierra. Esta estructura, de indudable origen antrópico, con toda probabilidad, sin muchas dudas, debe corresponderse con lo que Galván identificara en su momento con los posibles restos de una “torre artificial”. Lo cierto es que hoy se nos muestra como un simple amontonamiento de piedras y tierra, de planta prácticamente circular, cuyas dimensiones alcanzan los casi 17 m en su eje norte-sur y algo más de 15 en el este-oeste. La altura es de cerca de 2 m. Pese al aspecto circular que presenta en la actualidad esta estructura, personalmente no creemos estar en condiciones de manifestarnos –ni en favor ni en contra– acerca de si en efecto nos encontramos ante una torre u otro tipo de edificación: la ausencia de paramentos externos y de cualquier otra clase de rasgos constructivos a nuestro entender imposibilita tal atribución. Únicamente el desarrollo de excavaciones en el lugar podría sacarnos de dudas.

El espacio que se encierra tras estas “defensas” es ciertamente extenso –3 Has, aproximadamente–, de notable planitud, que en la actualidad se encuentra cubierto por una importante masa de pinos –de reciente repoblación– y abundante monte bajo, que dificulta la recuperación de evidencias arqueológicas; ello no obsta para que hallamos tenido ocasión de recuperar un pequeño lote de materiales que incluyen desde molinos barquiformes de granito a diverso material cerámico. En este último caso, cabe destacar la presencia de diversos fragmentos decorados de indudable filiación Protocogotas I.

(Valladolid) y La Cuesta de la Horca en Cevico Navero¹⁹⁸ (Palencia) (Rodríguez Marcos, J. A. 1995: 93-115).

En cuanto concierne al estricto ámbito de nuestro estudio, tal y como ya quedó dicho más arriba, también conocemos algunos ejemplos de esta clase de estructuras. El primero de los casos constatados se ubica en el archiconocido yacimiento de La Plaza en Cogeces del Monte¹⁹⁹; el cual, por cierto, ofrece múltiples concomitancias con el enclave anterior.

En El Gurugú (Bocos de Duero)²⁰⁰, para el que se propone una datación en el momento inicial de su ocupación, en el

Bronce Medio, encontramos una nueva estructura de tipo murario que comparte, en buena medida, las características de las estructuras arriba reseñadas.

De todo lo expuesto anteriormente, en buena lógica se puede deducir que este tipo de estructuras no constituyen monumentos únicos ni excepcionales en las tierras del centro de la Meseta Norte, aunque también debemos reconocer que no dejan de ser peculiares tanto sus características constructivas como su localización dentro del conjunto de las tierras del interior de la Península Ibérica. Del mismo modo ha quedado

¹⁹⁸ En La Cuesta de la Horca hemos podido constatar personalmente la presencia de una notable construcción. Se trata de una a modo de gran muralla de 225 m de longitud. Dicha estructura, externamente, ofrece el aspecto de un imponente lomo de piedras, tendido entre las dos vertientes del alto, cuyas dimensiones, muy homogéneas en todo su desarrollo, alcanzan, de media, los 22 m de ancho por los algo más de 3 de alto (en el extremo sur incluso supera los 4'5 m). La construcción se encuentra en estado de franco deterioro sin que se aprecien restos de paramento vertical in situ en ninguno de sus tramos. En efecto, los bloques de caliza (material que, junto a la tierra, se emplea en la erección de la muralla) de muy variado tamaño (se utilizan por igual grandes bloques –de más de 1 m de longitud máxima– y otros de pequeño/mediano tamaño –de entre 20 y 40 cm de longitud máxima–), sin labrar, yacen amontonados y sin orden aparente, dando la impresión de desbordar, a causa de sucesivos derrumbamientos, la anchura original de la defensa. Esta circunstancia impide que podamos discernir cómo fue el sistema constructivo empleado en la erección de esta “imponente” obra; extremo éste que no podrá ser aclarado sin que medie una intervención arqueológica en algún punto de la citada fortificación. En último término, apuntar que esta notable construcción tan sólo ve interrumpido su desarrollo en un punto situado en el tercio norte de la defensa. En este sector se localiza la entrada de un camino vecinal que atraviesa el muro, formando un curioso esviaje, y comunica el páramo con el interior del castro. No descartamos, entendemos es lógico pensar así, que este moderno acceso pudiera aprovechar el vano de la primitiva “puerta” del castro; desgraciadamente, las obras destinadas al trazado de las cunetas de dicha senda han afectado en su integridad al gran lomo de piedras y, por tanto, borrando todo vestigio que pudiera ofrecer alguna pista para poder reconstruir la tipología de dicha entrada.

El espacio que cierra esta muralla es aún mayor que en el caso anterior –cerca de 4 Has–. Se trata de un terreno de planta triangular, eminentemente llano, pues to en labor en su totalidad. Privado de su primitiva cobertura vegetal, el aspecto que ofrece este ámbito contrasta vivamente con el de su entorno próximo. En efecto, tanto las laderas del castro cuanto la superficie del páramo situada extramuros, aparece recubierta por una vegetación de monte bajo, bastante denso, en el que predominan las carrascas de encina (*quercus ilex*).

¹⁹⁹ El primero de tales paralelismos lo encontramos en la propia estructura y dimensiones de las defensas; de las cuales, aunque como es de sobra conocido fueron objeto de un notable desmantelamiento, conocemos sus características, siquiera parcialmente, tanto por la descripción que hacen de ella G. Delibes y J. Fernández Manzano como por nuestra propia investigación. Según los datos que han podido ser recabados, como en el caso de La Cuesta de la Horca, ofrecía el aspecto de un amplio lomo de tierra y piedras, en disposición longitudinal noreste/suroeste, de cerca de 200 m de longitud, cuya ubicación es sumamente premeditada, situándose, cerrando el lugar de acceso natural al castro, allí donde más se estrecha la comunicación con la planicie del páramo. Esta imponente obra en algunos puntos alcanzaba 20 m de ancho por más de 4 de altura. Tales medidas, en buena lógica, no deben corresponderse con las originales dado que los bloques yacen amontonados, desbordando la anchura original de las defensas.

Nos parece interesante señalar que Delibes y Fernández Manzano refieren que la primera prospección que realizaron al lugar (por cierto, poco tiempo antes de la sistemática destrucción de la “fortificación”) les permitió comprobar “que una puerta muy simple se abría más o menos en la mitad de la defensa”. Se trata, queremos significarlo aquí, de una disposición que, de nuevo, recuerda mucho la identificada por nosotros en el cerrateño Alto de la Horca.

También queremos recordar aquí que nuestra intervención arqueológica en el lugar permitió detectar que bajo el amontonamiento de piedras aparecían los restos de algunas vigas de madera; circunstancia que hemos interpretado como prueba de la existencia de un paramento de dicho material que sirvió de refuerzo a la estructura. Precisamente la existencia de un importante tabazón formando parte integrante de esta estructura explicaría los notables niveles de incendio descubiertos bajo los derrumbes pétreos de la misma.

El espacio que cierra esta notable construcción muraria es como en el caso de los yacimientos anteriores notable, aunque supera en mucho la superficie ocupada por los yacimientos anteriores –cerca de 17 Has–. Hoy en día la mayor parte de esta superficie se dedica al cultivo de cereales, sobre todo en la zona central. Los márgenes de esta plataforma están ocupados por pinos jóvenes, matorrales y carrascas de encina que enmascaran los límites de antiguas parcelas actualmente incultas.

²⁰⁰ El muro, como en los casos anteriores, no rodea el cerro, sino que constituye una separación entre el espigón sobre el que se asienta el poblado y la plenitud del páramo que se abre de manera acentuada desde este punto. El aspecto externo de la estructura es, de nuevo, el de un gran lomo de piedras cuyos extremos norte y sur se asoman a los valles del Cuco y Duero, respectivamente. La longitud de esta estructura es de 42'5 m, localizándose la altura y anchura máxima en el sector central, donde alcanzan los 15 y 4'5 m, respectivamente.

En comparación con los casos anteriores, el espacio que encierra la muralla podríamos calificarlo de reducido –cerca de 1 Ha–. Dicho espacio es una estrecha planicie, en el nivel de las calizas pontienses. Es una zona prácticamente desprovista de vegetación, en la que comparecen, como ya se apuntó en su momento, abundantes materiales arqueológicos.

claro que nos encontramos ante unos elementos de notable monumentalidad y de carácter acumulativo, para los cuales, por cierto, no encontramos parecidos formales, ni antecedentes claros dentro de nuestra península, con otras estructuras de parecidos caracteres. En efecto, ni en las dimensiones de estos notables “monumentos”, ni en la particular fórmula empleada en su construcción, ni en la disposición que ocupan en los yacimientos, encontramos muchas analogías, entre las diversas estructuras que, de carácter defensivo, pueden rastreadarse en ambientes ibéricos datables en el Bronce Medio; momento en que, como ya hemos indicado más arriba, son relativamente comunes esta clase de estructuras.

Tampoco en este caso estamos interesados en intentar rastrear la originalidad e implicaciones genealógicas de estas construcciones, por superar ambos extremos ampliamente el marco del presente estudio. Ahora nos interesa más llamar la atención sobre la trascendencia que entendemos tiene la aparición de esta clase de estructuras por las pistas que aporta en lo tocante al modelo de poblamiento de las gentes de Protocogotas y de su contexto social y económico. Sobre este particular, ya se ha dicho que el debate sobre la mayor o menor movilidad de los grupos del Bronce Medio meseteños es una constante. Es cierto que se observan ciertos indicios que, en efecto, parecen sugerir la existencia de movimientos estacionales, fundamentalmente por las características de los asentamientos de esta etapa. La endeblez de las estructuras de habitación y su escasa potencias estratigráfica, ya comentadas más arriba, han influido mucho en la generalización de estas consideraciones, pero no sólo esto.

El conocimiento que de los asentamientos Protocogotas vamos teniendo en los últimos años, por ejemplo en ámbitos como el nuestro, debe contribuir a cambiar esta idea, poniendo de manifiesto la existencia de distintos tipos de yacimientos en una misma región. Es lo que observaciones como las realizadas en nuestro sector ponen de manifiesto, donde se ha podido constatar la existencia conjunta y quizás complementaria de ocupaciones en llano y en altura o “encastillados”, que puede ser interpretada como testimonio de un modelo de poblamiento en el que estos últimos serían los asentamientos estables, máxime cuando como vemos algunos cuentan con grandes construcciones de carácter defensivo, y aquellos los campamentos estacionales frecuentados en el curso de diferentes actividades económicas como la transterminancia o la explotación de recursos agrarios.

La situación en torno a yacimientos de más envergadura y estratégicamente ubicados podría indicarnos un cierto ordenamiento del territorio. La relación entre yacimientos conformando un patrón de poblamiento parece poder ser constatada en el sector de La Ribera del Duero, objeto de nuestra investigación.

Con otras a modo de modestas almarchas, pero no por ello fundados sin una planificación previa, ya que, como demuestran por sistema los fotogramas aéreos, suelen contar con perímetros bien definidos, al amparo de fosos y empalizadas, cual se percibe con total nitidez en el establecimiento anteriormente citado de San Miguel, en Cubillas de Cerrato (Palencia) (Delibes de Castro, G., y Pérez Rodríguez, F. J. 2002: 47).

Se trata por consiguiente casi siempre de estructuras de carácter defensivo, cuya duración en el tiempo, sin duda, debe ser prolongada. Es este el contexto en el que han de valorarse y entenderse los hallazgos llevados a cabo en La Ribera del Duero de Valladolid.

1.4. Bronce Tardío - Final

Consideramos bajo esta denominación un periodo relativamente mal definido, durante el que se desarrolla la cultura de Cogotas I, comprendido entre el final del Bronce Medio y el momento inmediatamente anterior a la llegada a la región de los primeros “influxos de CC.UU.” (Ruiz Zapatero, G. 1985). En la Meseta Norte los yacimientos conocidos que, de algún modo, pueden ser adscritos a esta etapa son ciertamente numerosos. Cronológicamente, atendiendo a alguna de las últimas revisiones hechas de las dataciones radiocarbónicas de Cogotas I las fases que corresponderían el desarrollo cronológico del momento que ahora nos ocupa serían las que siguen: la etapa *c.* 1550-1350 cal ANE, que podemos asociar a la fase inicial y comienzos de la etapa de plenitud de la secuencia clásica; la comprendida entre *c.* 1350 y *c.* 1000 cal ANE, coincidente con la etapa de apogeo del grupo; y, finalmente, una fase que tendría su desarrollo a partir de *c.* 1000 cal ANE, en la que, como apunta Castro y sus colaboradores, “dejan de documentarse manifestaciones de la cultura Cogotas I, excepto en ámbitos marginales (quizás el Sistema Central y algunas áreas al norte del Duero)”.

A grandes rasgos este periodo sería el equivalente a lo que en el sureste se viene denominando el Bronce Tardío y Bronce Final I, siguiendo la terminología de Molina (Molina González, F. 1978). Se puede paralelizar también con el periodo que se viene denominando como Bronce Reciente o Bronce Final I del sector oriental del valle del Ebro y Cataluña (Maya González, J. L. 1977: 87; *Idem.* 1990: 182-183; Rodanés Vicente, J. M.^a, 1992 a: 509-510). En líneas generales, también coincidiría con el periodo definido en el territorio navarro de las Bardenas Reales como Bronce Medio Evolucionado, en el que están presentes elementos muy típicos del horizonte cultural Cogotas I (Sesma Sesma, J., García, M.^a L. 1994: 118).

Tal y como repetidamente manifiestan diversos investigadores (Delibes de Castro, G. y Fernández Manzano, J., 2000), la

separación entre el Bronce Medio y el Bronce Reciente o Bronce Tardío Final (BTF) según nuestra terminología no es fácil de precisar; no en vano existen numerosos elementos de continuidad entre ambos. Es por tal motivo que hemos preferido la denominación Bronce Tardío Final, que creemos resalta en cierta medida algo más la herencia cultural que caracteriza a este periodo. Con todo, creemos existen ciertos e indudables elementos innovadores (cultura material, tecnología, territorialidad, etc.) que hablan de un momento diferente. Ahora bien, las dificultades surgen a la hora de establecer el momento preciso a partir del cual proponer la individualización entre ambos momentos. En este sentido, nos pareció adecuado seguir las directrices propuestas en un trabajo reciente (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996: 9-78). Allí se plantea la existencia de un Cogotas I inicial, donde tendrían cabida contextos como los representados en algún yacimiento de nuestro sector (El Cementerio-El Prado de Quintanilla de Onésimo [Rodríguez Marcos, J. A. y Abarquero Moras, F. J. 1994: 33-57]), o en el también vallisoletano de La Macañorra de Gería (Arranz Mínguez, J. A., Gómez Pérez, A., Sánchez Simón, M. y Bellido Blanco, A. 1993: 75-92) (en la misma línea, aunque a nuestro entender representando contextos algo más tardíos que los anteriores, se situarían yacimientos como el salmantino Teso del Cuerno [Martín Benito, J. I., y Jiménez, M. C. 1988-1989: 263-281]), muy claramente entroncado con un Protocogotas Final, donde podemos apreciar cómo, junto a la suplantación paulatina de las cazuelas de fondo convexo por los recipientes de perfil troncocónico, los motivos de espigas de pescado, retículas y zigzags conviven con cierto número de Boquiques, muy sencillos, faltando aún las decoraciones excisas²⁰¹. La presencia de las especies decoradas mediante Boquíque y excisión es considerada el elemento más representativo del momento de plenitud de Cogotas I. Esta etapa, que se entiende espléndidamente patentizada en La Requejada de San Román de Hornija (Delibes de Castro, G. 1978: 225-250; Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J. y Rodríguez Marcos, J. A. 1990: 64-105), parece constituir el apogeo de

dicha cultura. De hecho, según constatan Quintana y Cruz, buena parte de los yacimientos conocidos en la provincia vallisoletana aportan materiales de esta etapa de plenitud. Comunmente, se ha venido caracterizando el final de Cogotas I con aquella etapa en que, además de manifestarse la excisión como técnica predominante –ahora a veces rellena de pasta roja (Maluquer de Motes, J. 1958)–, a partir de los primeros contactos extrameseteños a gran escala, se amplía el repertorio cerámico y se ocasiona una cierta hibridación de las formas cerámicas (Delibes de Castro, G. y Fernández-Miranda, M. 1986-1987: 27-28). Al hilo de estas novedades, se originan ciertos documentos de la periferia de la Submeseta Norte, como el controvertido nivel V de Los Castillejos de Sancho-reja, donde “conviven” cerámicas de Cogotas I con otras pintadas de tipo Carambolo, lo que hablaría de perduraciones hasta el siglo VII a. C., o la asociación –tantas veces puesta en duda– de ciertas manufacturas de hierro acompañadas de material Cogotas I en el Cerro de El Berrueco. De ser cierta estas asociaciones, en opinión de Delibes, existiría una notable contribución meridional en la configuración del tránsito Bronce-Hierro de la Meseta, “que en zonas exteriores a ésta supondría que la pujanza de Cogotas I se iría diluyendo ante la fuerza de otros substratos, sin que experimente en las postimerías del siglo IX a. C. de la cronología convencional, una repentina desaparición o sustitución” (Delibes de Castro, G. 1995: 73 y 83-85). Según apuntan Quintana y Cruz, opinión que por cierto compartimos, en la provincia de Valladolid apenas se conocen documentos claros que atestigüen la presencia de esta etapa última.

Empero, los citados autores también apuntan que una minuciosa observación de contextos y artefactos en las estaciones vallisoletanas, permite atisbar la existencia de un personalísimo horizonte tardío de raíz local, para cuya caracterización, al tratarse únicamente de materiales recuperados en prospección, se han tenido en cuenta, fundamentalmente, los caracteres decorativos de las cerámicas. Según apuntan Quintana y Cruz tales especies suelen comparecer en los mismos emplazamientos en que también lo hacen los más clásicos materiales

²⁰¹ Hemos de advertir que hasta hace poco nosotros mismos éramos partidarios de incluir contextos como los que se identifican en yacimientos como los citados al momento Protocogotas (Rodríguez Marcos, J. A. y Abarquero Moras, F. J. 1994), dada la extraordinaria afinidad que, con respecto a los ambientes “clásicos” de dicho horizonte, manifiestan sus contextos cerámicos. El cambio que aquí mostramos en nuestro planteamiento guarda relación, precisamente, con los datos que venimos conociendo acerca del modelo de poblamiento que desarrollaron las gentes de la Edad del Bronce en el ámbito de nuestro estudio. En este sentido, hemos podido constatar que, coincidiendo con la aparición de determinadas “novedades” en el apartado ceramológico son apreciables otras, sin duda de mucha mayor trascendencia, relacionables con un cambio en el modo en que se ocupan el territorio ribereño. Esta transformación apreciable en el modelo de poblamiento, a nuestro entender, supone un hecho de carácter suficientemente innovador como para pensar que, en efecto, podemos hallarnos al inicio de una nueva época.

de Cogotas I; motivo por el cual apenas en un par de estaciones vallisoletanas se indica, y no sin reservas, la presencia exclusiva del momento avanzado, mientras que en otros nueve casos se señala, como otra prueba clara de su difícil definición, la presencia también de elementos asignados a la fase plena de la cultura.

Aplicando, eso sí con ciertas matizaciones²⁰², los criterios apuntados por Quintana y Cruz al estricto ámbito de nuestro estudio, estamos en condiciones de poder elaborar los siguientes datos porcentuales (bastante coincidentes, por cierto, con apreciado en el resto del territorio provincial): el Cogotas I en su etapa inicial lo encontramos registrado en 6 estaciones, que representan un 66,66% del total; la de plenitud lo hace en idéntica proporción; y la final sólo en una estación (Soto de Tovilla II), lo que supone únicamente el 11,11% de los yacimientos estudiados.

Efectuadas estas precisiones terminológicas, pasaremos a examinar la información con que contamos sobre la **distribución y extensión de los yacimientos**.

En la distribución general de los yacimientos se observa cierta variación en las zonas ocupadas respecto al Bronce Medio (Fig. 208). Si bien, continúan prácticamente las mismas áreas sin evidencias de poblamiento (por ejemplo, el sector superior de los páramos, áreas estas claramente marginales a lo largo de toda la secuencia arqueológica analizada), resulta más que evidente la reducción del número general de yacimientos (10 en total, frente a los 23 del periodo anterior) y el particular de éstos en alguna de las zonas. En este sentido, cabe apuntar que si bien tanto en el sector situado entre la margen derecha del río Duratón y la izquierda del Duero, cuanto en el que se emplaza sobre la orilla derecha del Duero no se aprecia un descenso excesivamente significativo de yacimientos²⁰³, no ocurre lo mismo en el territorio que se extiende al sur del Duero y al oeste del Duratón; esto es el entorno en que se sitúa La Plaza. En este ámbito concreto podemos citar que en lugares como el valle del arroyo Valimón, mientras en el periodo anterior contaba con 3 localizaciones, ahora pasa a tener sólo 1; todavía es mucho más notorio este efecto en los valles de los arroyos Valcorba y Cogeces, donde de contar con 8 yacimientos en el Bronce Medio se pasa a identificar únicamente 2 en el BPF.

Se intuye por ende una inflexión o ruptura en la dinámica del poblamiento generada durante el Bronce Medio, en que, al menos en sectores concretos como el representado por el entorno de La Plaza, en La Ribera era apreciable una especie de unidad con una mínima organización territorial. Esta ruptura queda de manifiesto, por ejemplo, si repasamos hechos como el relativo a la intervisibilidad de los yacimientos. En este aspecto se aprecia que durante esta época el contacto visual no parece constituir un factor, en exceso, determinante a la hora de la elección del asentamiento, produciéndose de esta manera el fraccionamiento de la unidad referida. La pérdida de importancia del factor visibilidad se aprecia en diversos aspectos:

- Se detecta la presencia de yacimientos bastante aislados, sin relación visual con su entorno (por ejemplo: Valimón), en ámbitos donde anteriormente se dieron esta clase de relaciones.
- No detectamos ahora zonas en que las localizaciones se hallan manifiestamente próximas, tal y como, por el contrario, era apreciable durante el Bronce Medio, por ejemplo, a lo largo de los valles de los arroyos Cogeces y Valcorba.
- No nos consta la existencia de grupos territoriales en los que el control del entorno se constituya en un elemento prioritario de su unidad. Este principio, en efecto, no lo constatamos en ningún caso, lo que quizá nos permita suponer que en este momento no existe ningún yacimiento que ejerza un papel preponderante y/o hegemónico respecto al territorio que constituye su entorno y a los yacimientos que éste contiene, al estilo del que creemos pudieron desempeñar durante el Bronce Medio lugares como La Plaza, El Castillo o El Gurugú.

Otro principio que certifica esta dinámica es el de la vecindad entre los yacimientos (Fig. 208). En este sentido, podemos apuntar que se aprecia una clara tendencia hacia la fragmentación, puesto que ahora la proximidad no parece constituir un factor determinante a la hora de la ubicación de éstos, y también es cierto que no parece producirse la segregación en grupos. En ningún caso se llega a establecer una “red de proximidad” que, de algún modo, vincule a los distintos yaci-

²⁰² En efecto, la revisión de los materiales que comparecen en los yacimientos del sector estudiado nos ha permitido hacer alguna rectificación a las atribuciones que hacen de los mismos Quintana y Cruz: por ejemplo, aunque ellos sitúan en Las Pinzas de Curiel una ocupación del Cogotas I inicial, y quizá también del momento de plenitud, nuestra visualización de los materiales de esta procedencia nos obligan a desestimar tales atribuciones.

²⁰³ Recordemos que el primero de los sectores durante el Bronce Medio detectamos tan sólo 1 hábitat (El Castillo), idéntico número que en el momento actual. En el segundo sector sabíamos de la presencia de 5 localizaciones, siendo 2 las que constatamos para el periodo que ahora nos ocupa.

mientos de un territorio concreto; tal y como, por el contrario, sucediera, según hemos creído poder constatar claramente, en el entorno de La Plaza durante el periodo precedente.

Un cambio también claramente observable con respecto a la fase anterior es la evidente tendencia al abandono progresivo de aquellas áreas que se sitúan más alejadas del curso fluvial del Duero. En efecto, si durante el Bronce Medio era patente la marcada “preferencia” por la ocupación de los estrechos valles (cubiertos por suelos sueltos y arenosos) que recorren el sector suroccidental del territorio investigado, ahora el panorama cambia significativamente, iniciándose un proceso que marca una patente inclinación por el valle del río principal que recorre el sector y que tendrá continuación y desarrollo durante la fase correspondiente al Bronce Final-Hierro I (Quintana López, J. y Cruz Sánchez, P. J. 1996). Comparemos la información que poseemos a este respecto para determinar hasta qué punto esta afirmación es cierta:

	Nº de yacimientos	% del total
Bronce Medio	9	39,13 %
Bronce Tardío-Final	7	70,00 %
Bronce Final-Hierro I	12	85,71 %

Este desplazamiento puede tener una lectura económica. En buena lógica, cabe suponer que quizá ahora surge un nuevo modo de apropiación del paisaje, posiblemente relacionable con el desarrollo de bases socioeconómicas distintas a las que estuvieron vigentes en la fase precedente.

A **nivel semi-micro**, un rasgo diferenciador de este momento, ya lo hemos manifestado antes, es la desaparición de las concentraciones de yacimientos constatadas en algunos puntos de nuestro sector durante el Bronce Medio (recuérdese lo señalado para el entorno de La Plaza). La interpretación de este proceso, en el estado actual de nuestros conocimientos, resulta difícil de desvelar.

El caso de La Plaza y su entorno próximo, entendemos, es altamente representativo de las circunstancias que concurren durante esta época. Tal y como se recordará, en dicho territorio se detecta una ocupación intensa durante los momentos centrales de la Edad del Bronce, momento en que la zona alcanza un auténtico apogeo, pudiendo considerarse como un lugar hegemónico, de naturaleza aún por determinar, en el conjunto de La Ribera. En la época que ahora analizamos, asistimos a lo que, de un modo gráfico, cabría calificar como su práctica decadencia. Dicha circunstancia se certifica en el propio y más emblemático yacimiento del sector: La Plaza. En efecto, el lugar

en cuestión se abandona por completo, con la pérdida consiguiente del significado que en los momentos anteriores pudo haber tenido. Dicho abandono, si hacemos caso a la dispersión de materiales en superficie y las observaciones realizadas durante la excavación, debió acontecer en momentos previos a la aparición de las novedades cerámicas (primeros boquiques, primeros perfiles troncocónicos, etc.), cuya presencia hemos considerado sirve para marcar el comienzo del Cogotas I inicial.

Paralelamente, o en un momento más o menos próximo, debió producirse el abandono de buen número de los yacimientos (Cojuncillos, Valdecelada, El Carrizal, Los Poyatos-El Quiñón, etc.) que se emplazan sobre los terrenos llanos que extienden a sus pies. A falta de una excavación en algunos de estos últimos enclaves y de dataciones radiocarbónicas, resulta hoy por hoy imposible determinar cuál fue el grado de sincronía que pudo darse entre ambos acontecimientos. Lo que no ofrece tantas dudas es que el abandono de La Plaza supuso la pérdida del significado estratégico-simbólico que el citado enclave llevaba aparejadas.

Al mismo tiempo que, según hemos podido comprobar, se produce el abandono de La Plaza y de diversos enclaves de su entorno, también constatamos importantes transformaciones en otra serie de lugares. Quizá los ejemplos más significativos los encontremos, en general, en el resto de los lugares elevados que fueron ocupados durante el Bronce Medio en La Ribera y en particular en aquellos que cumplieron una función estratégico-defensiva acusada: El Castillo de Rábano y El Gurugú de Bocos de Duero. En el primero de estos lugares, la cima en la que se enclava el yacimiento, tras una intensa ocupación durante el periodo intermedio de la Edad del Bronce, es abandonada antes de que de inicio la presente etapa; como así lo demuestra la ausencia de las especies cerámicas que echábamos en falta en La Plaza. Por su parte, en El Gurugú, es posible advertir (de nuevo, basándonos fundamentalmente en los datos que aportan las evidencias visibles en superficie) que, paralelamente o en un momento ligeramente posterior a lo que acontece en los lugares antes comentados, se produce el traslado de la población desde la cima del cerro hasta un rellano situado a media ladera, donde se instaura de esta manera un nuevo establecimiento. A falta de una excavación en el primero de los lugares y de dataciones radiocarbónicas en el segundo, hoy por hoy, no estamos en condiciones de determinar si en algún momento existió coetaneidad en el uso de ambas zonas de asentamiento o si, por el contrario, se produjo una sustitución. Lo que sí es evidente es que cuando en El Gurugú se ocupa este último ámbito ello debió suponer, al igual que en caso de los yacimientos anteriormente citados, dejar de considerar las ventajas estratégico-defensivas que los antiguos emplazamientos en altura llevaban aparejadas. Debemos

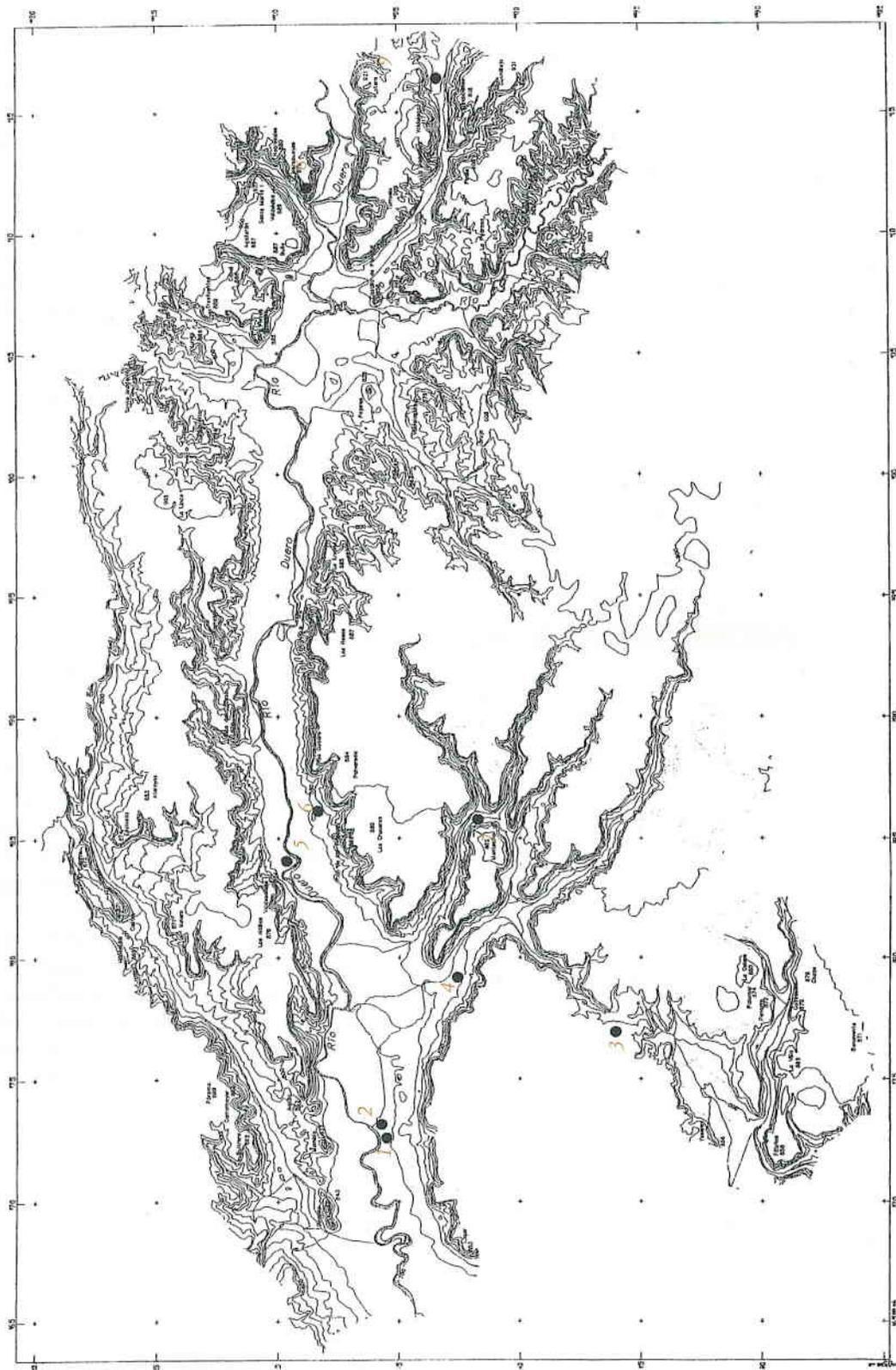


Fig. 208. Localización de los yacimientos del Bronce Tardío-Final en La Ribera del Duero de Valladolid. 1. Soto de Tovilla I. 2. Soto de Tovilla II. 3. El Pino la Horca-Los Valles. 4. El Roble. 5. Zurita. 6. El Cementerio-El Prado. 7. Casa de Valimón. 8. El Gurugú. 9. Revillalba-Uncabo.

suponer que, quizá, cobran ahora mayor valor otros factores; por ejemplo, la optimización del esfuerzo o la mayor facilidad de acceso a los lugares de explotación. Con todo, somos conscientes de que hoy en día carecemos de datos de excavación que expliquen el por qué de todas las transformaciones (abandono de los lugares más claramente defensivos, abandono de múltiples asentamientos en llano a ellos asociados...) constatadas y que aporten datos paleoecológicos y paleoeconómicos para esbozar un estudio del territorio de explotación de los yacimientos. Cuando podamos disponer de esta información, quizás alcancemos a comprender mejor las transformaciones sufridas en esta época, pudiendo constituirse El Gurugú, El Castillo o La Plaza en un modelo explicativo para el resto de nuestro ámbito geográfico.

Con todo, e intentando dar respuesta a alguna de estas cuestiones, que responden a una dinámica que parece hacerse especialmente notoria entre finales del Bronce Medio y comienzos de nuestro BTF, nos atrevemos a proponer una hipótesis de trabajo que futuras investigaciones se encargarán de confirmar o refutar. En este sentido, comenzaremos por recordar que, en general, se viene postulando para los grupos de Cogotas I una economía basada en la agricultura de quema y roza, explotando los mismos lugares hasta el agotamiento de la fertilidad natural y complementando este recurso con una importante cabaña ganadera (Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., y San Miguel Maté, L. C. 1995: 53 y 55). Esta circunstancia hace que, en principio, el entorno de estos humedales meridionales parezcan unas zonas, precisamente, muy apropiadas para dar cobijo a esta modalidad de explotación; no en vano, como ya expusimos en el apartado dedicado al poblamiento del Bronce Medio, a la vez que ofrecen puntos permanentes de agua y aseguran la presencia de pastizales frescos durante todo el año (Calonge Cano, G. 1995 b: 532), incluso en pleno estío²⁰⁴, la fertilidad natural del suelo –bastante superior en la zona de estos bodones, por su contenido húmico, que en el resto de la campiña arenosa (Calonge Cano, G. 1995 a: 41)– se vería incrementada al principio del ciclo por la quema de la vegetación; considerando además como decisivo la ventaja que supone la estructura suelta del suelo a la hora del laboreo

con técnicas rudimentarias. Por todo lo expuesto, en principio, parece no entenderse muy bien porqué, frente a la propensión manifestada por las gentes de Protocogotas a ocupar el sector SE del territorio investigado, los grupos asimilables a lo que aquí venimos denominando Cogotas I inicial manifiestan un comportamiento tan dispar. Es decir, ambos grupos parecen apropiarse del entorno de un modo distinto, lo que, en última instancia, pudiera reflejar disimilitudes sociales, económicas, incluso quizá ideológicas, mucho más fuertes de lo que cabría sospechar.

Una vez asumida esta posibilidad sería interesante intentar rastrear alguna explicación para el significativo cambio que puede advertirse en el modo de apropiación del territorio. En este sentido, queremos llamar la atención, porque nos parece sumamente sugerente para el tema que aquí nos ocupa, sobre los resultados que aportan los análisis palinológicos realizados en algunos yacimientos del momento Protocogotas (López Sáez, J. A., y Blanco González, A. 2004: 195-219). Las muestras obtenidas en el yacimiento abulense de la Gravera de Puente Viejo o en el situado en la zona del Alto Duero, Los Tolmos de Caracena (López García, P. 1984: 337-338; *Idem.* 1985: 283-288; *Idem.* 1986: 143-158), manifiestan que su entorno sufrió una manifiesta deforestación del bosque climácico, fruto de una honda acción antrópica. Las intensas transformaciones que, en las proximidades de los yacimientos Protocogotas citados, denotan análisis como los antedichos quizá proporcionen alguna luz a la cuestión que aquí nos ocupa; no en vano, de algún modo, pudieran resultar indicativas de que, precisamente, la intensa ocupación que durante el Bronce Medio soportaron algunas zonas especialmente “atractivas” para el asentamiento humano –caso del entorno de La Plaza– pudo propiciar su intenso agotamiento. En esta línea, en buena lógica, podríamos pensar que quizá en el periodo siguiente los recursos que ofrecen estos entornos ecológicos tan “focalizados” hubiesen llegado a un grado de agotamiento tal que pudieron resultar a la larga insuficientes; puesto que no podemos olvidar que el fondo de los pequeños valles que recorren este sector (principalmente los regados por los arroyos Valcorba, Cogeces y Valimón), caracterizados por sus suelos de matriz arenosa, son zonas de difícil regeneración si se carece de unos

²⁰⁴ Es interesante señalar que en las ordenanzas del s. XVI de un territorio cercano al de nuestro estudio: el de la Villa y Tierra de Iscar, se puede leer cómo estos prados eran aprovechados desde fines de junio hasta primeros de marzo y vedados el resto del año (Arranz Santos, C. 1995: 386). Salvando la distancia cronológica, esto no hace sino reflejar que siguiendo un aprovechamiento ganadero racional de los pastos en torno a los humedales permanecen frescos y aprovechables en los meses de verano.

medios técnicos adecuados (abonado animal, barbecho, sistemas de rotación de cultivos, etc.); la mayor parte de los cuales, según todos los indicios, no estuvieron disponibles en el territorio centro meseteño hasta los momentos postreros de la Edad del Bronce: esto es, ya durante el desarrollo del mundo de Soto de Medinilla (Romero Carnicero, F., y Ramírez Ramírez, M. L. 1999: 453-466). Estas circunstancias pudieran, de algún modo, servir como argumento que nos ayude a entender, al menos en parte, por qué se produjo la desocupación de aquellos ámbitos que precisamente sufrieron una mayor explotación durante el momento precedente, en beneficio de otros lugares presumiblemente más aptos para el mantenimiento de un tipo de economía agraria.

En esta línea, pudiera pensarse que probablemente cuando las necesidades de abastecimiento de la población superaron la capacidad de las agotadas áreas fértiles del entorno de los valles meridionales del sector investigado fue cuando se desencadenó lo que podríamos calificar de auténtico “fenómeno migrador”, consistente en la ocupación preferente del fondo de los valles de los ríos más importantes del sector. Podemos entender que dichos entornos, quizá por disponer de suelos más consistentes, ofrecerían mejores condiciones para ser explotados. De hecho, también podemos recalcar que los únicos yacimientos Protocogotas –pocos por cierto– que denotan continuidad en su ocupación durante Cogotas I son aquellos que, quizá significativamente, ocupan nichos ecológicos que podríamos calificar de privilegiados. Tal es el caso de lugares como El Gurugú o el Soto de Tovilla que se ubican en pleno valle del río Duero.

Este panorama, con unos grupos en movimiento abandonando determinados ámbitos para pasar a ocupar los principales dominios fluviales del sector debió estar marcado por un clima de marcada fluctuación desde el cual pudieran encontrar explicación determinados hechos que se producen en los momentos finales del Bronce Medio, poco antes del comienzo del BTF. Nos referimos, por ejemplo, a por qué tras producirse la destrucción de la muralla de La Plaza (no sabemos en qué circunstancias concretas) no se consideró la necesidad de proceder a su reconstrucción. En la línea de la interpretación que hacíamos del citado castro, el abandono de los asentamientos situados en su entorno dejaría sin significado al otrora emblemático lugar y, por ende, a las estructuras que a él se asociaban.

En la misma línea otros yacimientos, caso de los ya citados de El Castillo o El Gurugú, en cuya elección, dentro de un orden, es posible advertir parecidas inquietudes a las que motivaron la elección del enclave sobre el que se asienta el castro de La Plaza durante el momento Protocogotas, o bien –tal y como sucede en el primero de los casos– no se ocupa

ahora, o bien –como sucede en el segundo– sus habitantes, de estar enclavados en la culminación de un espigón de páramo, se trasladan de forma definitiva a un cercano emplazamiento situado, a escasos metros del anterior, en un rellano de la parte media de las cuestas del páramo que, aunque domina buena parte del valle duriense, denota total ausencia de preocupaciones defensivas. La situación que podemos entrever en todos estos lugares, entendemos, pudiera deberse a que las causas del desequilibrio político que motivaron su ocupación en el momento precedente ahora habrían desaparecido. En el caso de La Plaza, quizás porque ya se había producido el definitivo abandono de su entorno y el asentamiento de los grupos desplazados en las tierras y espacios, preferentemente, próximos o vinculados al valle del gran río que recorre la zona. De igual modo, el abandono y nueva implantación, respectivamente, de estaciones como El Castillo y El Gurugú tal vez sean consecuencia y expresión de inquietudes parecidas, pudiendo suponer que también dejaron de ejercer ahora el papel simbólico que, sin duda, debieron cumplir durante su ocupación a lo largo del Bronce Medio estos lugares emblemáticos.

A la etapa que representó el inicio de Cogotas I, en la que, tal y como hemos intentado expresar, creemos se producen una serie de significativos cambios desde el punto de vista poblacional, le sigue otra de “cierta quietud”, durante la cual no se advierten grandes altibajos, ni notorias transformaciones en lo que atañe a este apartado; de hecho el número, caracteres y distribución de los yacimientos controlados en la zona que cabe atribuir a la que hemos denominado etapa inicial de Cogotas I permanece sin grandes variaciones durante la plenitud cogotiana.

Algo bien distinto es lo que parece haber ocurrido en los momentos postreros de la fase que aquí se analiza. En principio porque, recordémoslo, los elementos que en La Ribera hemos podido identificar como tardíos proceden de un único lugar: El Soto de Tovilla II, lo que significa un marcado descenso en el número de yacimientos controlados respecto a la plenitud cogotiana; algo que, como ya se ha apuntado más arriba, parece repetirse, en mayor o menor medida, a lo largo y ancho del territorio vallisoletano (Quintana López, J., y Cruz Sánchez, P. J. 1996).

En relación con esta circunstancia, y aunque no es nuestro propósito analizar aquí en detalles las postrimerías de Cogotas I, o lo que es lo mismo cómo se produjo el proceso de desintegración de dicha cultura y la consiguiente implantación de los “agricultores” del Soto de Medinilla en la porción vallisoletana de La Ribera del Duero, si nos parece obligado plantear, al menos mínimamente, la cuestión, tras reconocer que el horizonte Soto de Medinilla, en su expresión más clásica,

sica, da la impresión de haber arraigado con cierta intensidad en el sector objeto de nuestro estudio²⁰⁵.

Aunque, como es de sobra conocido, el paso entre las culturas de Cogotas y El Soto, tradicionalmente, ha solido interpretarse en términos de ruptura más o menos matizada²⁰⁶, las recientes datos de poblamiento obtenidos por Quintana y Cruz en el territorio provincial de Valladolid les permiten emitir una visión distinta de la anterior y entrever “una básica continuidad cultural” entre las fases final de Cogotas I y los comienzos de El Soto: aspectos como una preferencia por los mismos territorios para ubicación de los asentamientos o la coincidencia de ocupaciones sobre un mismo solar, algo que en el territorio vallisoletano parece estar lejos de ser una excepción, son argumentos utilizados en su argumentación.

En el caso concreto del territorio por nosotros investigado es poco lo que podemos aportar a la resolución de tal dilema; máxime cuando los datos de que disponemos sobre el particular, además de exiguos, a nuestro entender, resultan un tanto contradictorios. En efecto, si bien es cierto que el único enclave Cogotas I tardío controlado en la zona (Soto de Tovilla II) aparece en un yacimiento dominados por la alcallería del Soto inicial, algo que pudiera interpretarse utilizando un enfoque continuista, dada la manifiesta proximidad cronológica que hoy se vislumbra entre una y otra etapa, también lo es que en La Ribera constatamos su evidente despoblamiento durante la fase terminal cogotiana; mientras por contra el grupo del Soto de Medinilla, ya desde su etapa formativa, se halla ampliamente representado en el sector. Esta última verificación pudiera proporcionar argumentos para quienes entienden los hechos desde un punto de vista rupturista; no en vano, cabría argumentar que esta imagen que ofrece la dispar distribución de los yacimientos citados sobre nuestro territorio pudiera traslucir una clara discontinuidad entre ambos mundos, cuando no incluso que el territorio habría conocido la brusca sustitución de los pastores de excisión y Boquique por parte del horizonte Soto de Medinilla. Por esta razón, por lo difícil que resulta hoy defender de modo taxativo una de las dos opciones, creemos necesario esperar a la

aparición de nuevos documentos de esta época para emitir un veredicto definitivo sobre el particular. Futuras investigaciones tienen la palabra.

Atendiendo a la superficie de los yacimientos, y siguiendo el criterio establecido para el Bronce Medio, hay que señalar el predominio de los poblados de medianas dimensiones, que suponen bastante más de la mitad de los asentamientos (62,5%) cuya extensión hemos podido llegar a determinar. Los pequeños asentamientos (12,5%) y los que podríamos calificar de grandes poblados (únicamente El Gurugú²⁰⁷ y El Roble 25%) les siguen bastante de lejos.

Esta serie de datos manifiesta una transformación respecto al Bronce Medio en las pautas de asentamiento; lo cual, a la larga, pudiera guardar relación con un cambio en la explotación económica y quizá también en el espacio de dominio político. Recordemos que mientras en la fase precedente sobre el territorio era apreciable el marcado contraste entre un corto número de grandes establecimientos y un predominio de los de pequeño tamaño, ahora se advierte una relativa homogeneidad en las dimensiones de los yacimientos. A nuestro entender, en el momento precedente era posible advertir lo que denominábamos un orden equilibrado en la distribución de los asentamientos, que respondía a la necesidad de ejercer un control efectivo sobre un amplio territorio, mayor que el explotado de manera individual desde cada asentamiento. Al tiempo, en la presencia de grandes asentamientos en altura veíamos un elemento coercitivo que, entendíamos contribuía a asegurar un territorio del que sería propietario un determinado grupo social identificado con todos y cada uno de los asentamientos que se instalaban en dicho espacio. La estrategia de poblamiento que, por el contrario, se manifiesta ahora hacia poblados de mayores y más homogéneas dimensiones por término medio, podemos interpretarla en el sentido de que cada uno de tales establecimientos llegó a constituirse como el centro de gravedad de un paisaje individualizado dependiente de cada uno de los asentamientos que en el se encuentra enclavado, lo que justificaría la nuclearización que apreciamos en el espacio investigado.

²⁰⁵ De los hábitats ribereños del Soto se da somera noticia en J. Quintana y P. J. Cruz (Quintana López, J. y Cruz Sánchez, P. J. 1996: Figs. 8 y 9).

²⁰⁶ Al respecto se pueden ver múltiples interpretaciones, por ejemplo: Delibes de Castro, G., y Romero Carnicero, F. 1992: 242-245; Romero Carnicero, F., y Jimeno Martínez, A. 1993: 198-199; Fernández Manzano, J. 1993: 16-18; Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., y San Miguel Maté, L. C. 1995: 81-82; Delibes de Castro, G. 1995 b: 125; Sacristán de Lama, J. D., San Miguel Maté, L. C., Barrio Martín y Celis Sánchez, J. 1995: 354-357; Delibes de Castro, G. 2000-2001: 293-309.

²⁰⁷ Hemos de señalar que este yacimiento entraría en esta categoría sólo a condición de haber coincidido en el tiempo la ocupación de la plataforma culminante y la ladera sur del espigón.

444 A nivel microespacial, la tipología de los emplazamientos no ofrece grandes variaciones:

- **Tipo I.** Yacimientos en zona baja. Son 3 los lugares que responden a estas características: La Casa de Valimón, Zurita y Soto de Tovilla II.
- **Tipo II.** Yacimientos a media altura.
 - > **II. 1.** Yacimientos en el tramo medio/bajo del sector de cuevas de la región. Comprende 4 yacimientos: Uncabo, Zurita, El Cementerio-El Prado y El Roble.
 - > **II. 2.** Yacimientos asentados sobre un relieve de terraza. Integrado por un único yacimiento: Soto de Tovilla I.
- **Tipo III.** Yacimientos en elevación.
 - > **III. 1.** Yacimientos en la cima de un cerro destacado. Se contempla un único yacimiento de esta tipología: El Gurugú.
 - > **III. 2.** Yacimientos en el extremo de una paramera. Solamente un lugar corresponde a estas características: El Pino-La Horca.

La distribución porcentual de los mismos según los tipos marca una ruptura de la tendencia observada en el Bronce Medio, pasando los yacimientos a media altura a ser los más numerosos (50% del total), seguidos de los emplazamientos en zona baja (30%) y los que ocupan lugares elevados (20%). Se inicia de esta forma un modo de proceder que tendrá su continuidad durante el Bronce Final-Hierro I.

Pasando al análisis de los restos de habitación, hay que resaltar que, como en épocas anteriores, no son muy abundantes y, en este caso, proceden de tres yacimientos: El Soto de Tovilla I, El Cementerio-El Prado y El Gurugú. En los tres lugares se han identificado una serie de depósitos en hoyos de similares características (dimensiones, profundidad, perfil, etc.). En el área excavada en el primero de los yacimientos se trata de una única cubeta de planta circular y perfil cilíndrico con el fondo

absolutamente plano. Desconocemos las dimensiones totales de este hoyo debido al estado de avanzada destrucción en que se encontraba el área en que fue localizada dicha estructura.

En el segundo de los enclaves se identificaron siete hoyos. Seis de ellos son de notables dimensiones y podemos interpretarlos como silos. El séptimo, de pequeño tamaño, parece corresponder a un agujero de poste. En este caso todas estas estructuras también aparecen sumamente afectadas por las labores agrarias desarrolladas en el lugar.

En el tercero de los casos se ha identificado un total de 3 unidades de este tipo. En todos los casos parece tratarse de silos abandonados, colmatados de basuras y que se caracterizan por su perfil cilíndrico. Estos tres depósitos se sitúan en las proximidades de un fondo de cabaña localizado bajo el nivel de derrubios acumulados en la ladera de El Gurugú. Dicho fondo no ha podido ser exhumado en su totalidad, por lo que desconocemos la forma que tuvo. Por el contrario, sí sabemos que disponía de un suelo de tierra apisonada de color rojizo, con un espesor medio no superior a los 5 cm, que apoyaba directamente sobre la tierra virgen y que en él se abrió un hoyo de caracteres bien distintos a los descritos anteriormente. En este caso se trata de una cubeta circular de 90 cm de diámetro máximo y una profundidad media de apenas 10 cm, alrededor se disponían cinco lascas de caliza que habían sido hincadas en posición vertical sobre su reborde externo. Dichas lascas no rodeaban por completo la cubeta, dejando libre un tramo que prácticamente coincide con el cuadrante S/W de la misma. El fondo del hoyo se encontraba colmatado por abundantes cenizas muy sueltas que no se acompañaban de material alguno²⁰⁸.

Es claro que este tipo de estructuras caracterizan el BTF en esta zona central de la cuenca del Duero, donde podemos rastrear sus precedentes desde, cuando menos, el Bronce Antiguo y Medio. Se trata de una forma recurrente, con funcionalidades diversas: silos, basureros, depósitos rituales, lugares de enterramiento, etc.

²⁰⁸ Estructuras relativamente semejantes a esta nuestra pueden verse en algunos yacimientos fechados, al igual que el nuestro, en la Edad del Bronce. Tal es el caso, por ejemplo, de El Cerro de la Encina (Monachil), y más concretamente en la fase III (estrato III). Al respecto ver: Arribas Palau, A., Pareja López, E., Molina González, F., Arteaga Matute, O., y Molina Fajardo, F. 1974: 38-39; Fig. 10; Lám. VIII-b, donde aparecen estructuras, que recuerdan en parte a la aquí descrita, identificadas como agujeros de poste. Como en nuestro caso se componen de un hoyo excavado en la tierra rodeado por una serie de lascas de piedra. Esta similitud pudiera hacernos pensar que nos encontramos ante estructuras de utilidad semejante. No obstante, existen una serie de diferencias que nos permiten poner en entredicho esta interpretación. Primeramente mientras en nuestro caso las lascas, como vimos, se sitúan sobre el borde de la depresión, en Monachil forran su interior. En segundo término, mientras en el poblado granadino, el diámetro máximo en ningún caso alcanza los 50 cm y la profundidad parece considerable al objeto de afirmar en su interior un madero, en el nuestro el pozo es demasiado amplio y somero para que fuera efectivo a la hora de sujetar un tronco. Por todo ello pensamos que la estructura localizada en El Gurugú, lejos de ser un pie de poste, ha de ser interpretada como un hogar (ello también explicaría su alto contenido en cenizas) en el que las piedras que rodean la cubeta sirvieron de paravientos. Al tiempo, la zona libre de lascas permitía el acceso fácil al área del fuego.

En el entorno de La Ribera se conoce buen número yacimientos excavados que coinciden con las diversas etapas que tienen cabida dentro de la atribución cronológica mencionada. En El Teso del Cuerno de Forfoleda (Martín Benito, J. I. y Jiménez González, M. C. 1988-1989: 263-281; *Idem*, 1989: 18-24), datable en los momentos iniciales de este periodo se identificaron un total de 92 depósitos, existiendo pruebas palmarias de que algunos de ellos sirvieron como silos para el almacenaje de cereal. En concreto, dos hoyos contenían semillas y otros tantos, vasijas cerámicas enteras. No nos cabe duda de que la proliferación de esta clase de estructuras en los yacimientos de la época representa un signo de, cuando menos el mantenimiento respecto a la época precedente, de la intensidad de la producción agrícola en los momentos finales de la Edad del Bronce. En La Venta (Alar del Rey, Palencia) se descubrieron también 3 hoyos, cuyo contenido en uno de los casos ha permitido interpretarlo como un horno cerámico (Pérez Rodríguez, F. J., y Fernández Giménez, J. J. 1993: 41-60). Por su proximidad geográfica habría que referir también los ejemplares de La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid), donde se han excavado un total de 13 de estos depósitos con una funcionalidad múltiple: enterramiento colectivo, depósito ritual?, silos y basureros. La cronología de los mismos, basándonos en el ajuar cerámico recuperado, nos remite a los momentos finales de la etapa que ahora estudiamos. También en La Aceña de Huerta (Salamanca) se documentaron 29 de estos depósitos en hoyos, también de caracteres bastante diversos (Sanz, F. J., Marcos, G. J., Martín, M. A., Mísiego, J. C., y Pérez, F. J. 1994: 73-86).

Las referencias se podrían multiplicar con los casos de El Arenal en Villamartín de Campos (Palencia) (Bellido Blanco, A. 1996: 114) interpretados como basureros, El Teso de la Macañorra de Geria (Valladolid) (Arranz, J. A., Gómez, A., Sánchez, M., y Bellido, A. 1993: 75-93), donde junto a fosas reconocidas como hogares comparecen otras que se cree han servido como basureros, El Barrio de San Pedro Regalado (Valladolid) (Palol, P. de, 1967: 228-230), Los Cenizales en Barcial del Barco (Zamora) (Rodríguez Marcos, J. A., y Val Recio, J. del, 1990: 201-209), etc.

Con respecto a los fondos de cabaña, de los que en la cuenca del Duero apenas somos conocedores de más plantas de cabaña que las de los yacimientos salmantinos de Forfoleda y Cancho Enamorado, este último en el Cerro del Berrueco (Maluquer de Motes, J. 1958 b: 46), debemos reafirmarnos en lo expuesto para el periodo anterior. Quizá interese más en este punto resaltar la continuidad observada en este aspecto, en relación a dicha fase. De ello se podría deducir la continuidad de la tradición constructiva entre el Bronce Medio y el BTF, a la vez que queda clara la cuestión de considerar que este tipo de construcciones puede ser considerada como una

seña de identidad de las gentes del Bronce Final de la Meseta, que incluso les acompaña cuando dejan sentir su presencia fuera de la Meseta.

Nos parece interesante indicar que existen ejemplos en el resto de la península que evidencian esto último y que son bastante elocuentes. El caso más señalado es el del Cerro de la Encina de Monachil. En este yacimiento granadino, la evolución se traduce en una sustitución de la casa-bastión del Argar (Fase II), por fondos de cabaña en arcilla amasada o adobe con placas de estuco interno del Bronce Tardío (Fase III) (Arribas Palau, A., Pareja López, E., Molina González, F., Arteaga Matute, O., y Molina Fajardo, F. 1974: 148). Esta misma transformación se puede rastrear en el Valle del Ebro en el yacimiento de Moncín (Moreno López, G., y Andrés Rupérez, T. 1987: 61), donde se pasa de un edificio rectangular en piedra del Bronce Medio a construcciones ligeras en madera durante el Bronce Tardío-Final. Todos estos cambios van asimismo acompañados de modificaciones en el ajuar (cerámica, sílex, etc.) y con mayor o menor intensidad en la economía. Estos procesos son más acusados en yacimientos como los señalados, en los que el peso del horizonte cultural Cogotas I es más significativo.

Aunque la información de que disponemos para este periodo no es muy numerosa, hay indicios que nos hacen pensar que la evolución de las estructuras constructivas que aquí nos ocupan fue bastante unidireccional sin que existan grandes variaciones según los yacimientos. Recordemos en este sentido cómo en los diversos asentamientos encuadrables en el BTF de la cuenca del Duero en que se han identificado en excavación restos de edificaciones (El Gurugú, El Teso del Cuerno y Cancho Enamorado), éstas siempre han sido elaboradas, fundamentalmente, en materiales perecederos.

De todos modos, lo que sí parece evidente es el dominio en todas las edificaciones del manteado de barro o tapial, sin que se detecten en ellas ni la presencia del adobe, ni de las plantas redondas, en cuyos pavimentos –también de arcilla o de canto– jamás se excavan los, tan comunes en Cogotas, silos o estructuras subterráneas, aspectos que, entre otros, caracterizarán los restos constructivos de los poblados del Tipo Soto de Medinilla en un momento avanzado del Bronce Final (Ramírez Ramírez, M. L. 1999: 67-94; Delibes de Castro, G. y Fernández Manzano, J. 2000: 113-117).

No vamos a insistir demasiado en la **funcionalidad** de los yacimientos, este aspecto, pues el frecuente hallazgo en superficie de evidencias que normalmente suelen estar relacionadas con áreas domésticas (molinos de mano, hachas pulimentadas, etc.) e incluso de restos de estructuras de hábitat no deja lugar a dudas sobre el carácter de lugar de habitación de la práctica totalidad de ellas.

Quizá revistan mayor interés los aspectos relacionados con el ritual funerario durante este período. Contamos para evidenciar este tema con datos procedentes de un yacimiento: Soto de Tovilla II.

De este lugar concreto M. A. Rojo recogió la noticia de un prospector local según la cual, al realizar labores de remoción de tierras para la limpieza y ampliación de una acequia se produjo el hallazgo de unos restos óseos inhumados. Restos que actualmente se hallan en paradero desconocido.

Con estos precedentes, como ya se indicó en el apartado correspondiente del Catálogo de Yacimientos, M. A. Rojo Guerra llevaron a cabo una intervención de urgencia que consistió en la excavación de parte de un hoyo que contenía dichos restos óseos. En la citada estructura apenas quedaban 20 cm de potencia, pero se recuperó un fragmento de cráneo humano y otra serie de huesos de distintas partes del esqueleto que descansaban en aparente desorden, englobados en unas tierras de marcado color ceniciento, junto a algunos fragmentos de cerámica a mano, en absoluto significativos.

Pese a la indefinición de las cerámicas que acompañan a los huesos inhumados, la proximidad de esta estructura al yacimiento y sus caracteres generales nos hacen pensar que quizá podríamos encontrar ante un nuevo caso de utilización de hoyos como lugar de enterramiento, hoyos que en ocasiones pudieron contener restos humanos pero en otros no y cumplir otra finalidad (depósitos de ofrendas, silos, basureros, etc.). Quizás habría que poner en relación con este ritual el individuo inhumado al que aquí hacemos referencia.

Si bien es cierto que durante el Bronce Final de Cogotas I la manifestaciones funerarias parecen ser escasas, tanto es así que aquellas conocidas han sido interpretadas como deposiciones excepcionales (Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., y San Miguel Maté, L. C. 1995: 57), tal vez como el inicio de esa tendencia a la desaparición del mundo funerario que se observa en estos momentos en múltiples zonas de la Europa Occidental y de la

Península Ibérica y que desde puntos de vista algo diferentes ya fue destacada por Almagro Gorbea (Almagro Gorbea, M. 1993) y Ruiz-Gálvez Priego (Ruiz-Gálvez Priego, M. 1993 y 1995), no lo es menos que la inhumación en fosa u hoyo es un hecho repetidamente constatado durante la Edad del Bronce en las distintas áreas culturales de la Península. También es cierto que algunos autores la consideran como una muestra del polimorfismo del horizonte cultural Cogotas I (Esparza Arroyo, A. 1990: 106-143), donde convive con la inhumación en cuevas funerarias y en monumentos megalíticos, siendo relativamente frecuente la existencia de enterramientos secundarios y de esqueletos incompletos (González-Tablas Sastre, J. y Fano, M. A. 1994: 93-103), un panorama que no dista demasiado de lo que podemos encontrar en la cuenca del Tajo. En este ámbito se detectan numerosos hallazgos de pequeñas porciones de restos óseos humanos dentro de fosas con desechos domésticos, e incluso de algunos miembros en conexión anatómica aislados del resto del cuerpo como en el caso de la mano aparecida en uno de los fondos del yacimiento del km 7 de la carretera de San Martín de la Vega (Martínez Navarrete, M.ª I., y Méndez Madariaga, A. 1983: 183-254), cuya interpretación resulta complicada. Un dato singular es la inhumación de un cuerpo descuartizado, colocado sobre un lecho de fragmentos cerámicos, dentro de una de las fosas del Caserío de Perales del Río (Blasco Bosqued, M.ª C., Sánchez-Capilla, M.ª L, Calle, J., Robles, F. J., González, V. M. y González, A. 1991: 62-63). Posiblemente, en este panorama haya que incluir también algunas de las manifestaciones del yacimiento de La Dehesa (Macarro Rodríguez, J. A., y Silva Gata, J. F. 1996: 123-126) (Alcalá de Henares, Madrid) donde se han recuperado enterramientos con cuerpos arrojados a las fosas e, incluso, cráneos aislados de sus cuerpos, aunque se desconocen los materiales a los que estaban asociadas estas manifestaciones.

En definitiva, según los breves indicios de que disponemos, el ritual característico de este momento en La Ribera parece ser la consabida inhumación en hoyos.

CONCLUSIONES

La Ribera del Duero de Valladolid es una no excesivamente amplia extensión de terreno (aproximadamente 475 km², situada en el extremo SE de la provincia vallisoletana, lindando con las de Burgos y Segovia. En la actualidad es un territorio que conoce un poblamiento relativamente denso y que engloba a un total de 16 pueblos de diversa entidad y ocupación fundamentalmente agraria. Los rasgos físicos (relieve, clima, flora, etc.) de la zona le han conferido un carácter peculiar y de notable personalidad.

Al inicio de nuestro trabajo, en la bibliografía científica y de divulgación que se ha ocupado de los yacimientos de esta zona, se conocían algunos indicios que permitían pergeñar un panorama un tanto parcial de la zona para la Prehistoria reciente, en el sentido amplio del término. Nos referimos en concreto a los yacimientos de la Edad del Bronce de La Plaza, Las Pinzas, y El Castillo. Tan sólo el primero de ellos había sido objeto de un sondeo a cargo de G. Delibes de Castro y J. Fernández Manzano a inicios de la década de los 80, que fueron objeto de publicación. Por consiguiente, la información de partida era sumamente escasa, puesto que tampoco los datos aportados por los prospectores locales eran significativos.

La investigación ha tenido su base fundamental en la prospección, cuya metodología hemos tratado de explicar en el capítulo IV. Como allí se expone, aparte de nuestras aportaciones personales en distintos sentidos, son los datos proporcionados por las prospecciones del Inventario Arqueológico de Valladolid (I.A.V.), los que nos han servido de base principal a este fin. La metodología y el alcance de las inspecciones de superficie empleadas en estos trabajos realizados en el marco del I.A.V. en nuestra zona han sido calificados como prospección selectiva dirigida, habiéndose inspeccionado de esta forma el 100% del total del territorio que ha sido objeto de nuestra investigación.

Indudablemente, la elección de un tipo particular de prospección tiene repercusión directa en el alcance y la representatividad de los resultados, planteándose en este sentido un análisis crítico de sus posibilidades y limitaciones; no en vano, la opción por un tipo particular de prospección tiene repercusión directa en la representatividad de los resultados. Ni siquiera la búsqueda más intensiva es capaz de conocer la totalidad del registro arqueológico, pues a los múltiples factores –deposicionales y postdeposicionales– que afectan a los yacimientos se unen aquellos otros que impiden o alteran la percepción de aquella parte de la evidencia que se manifiesta en superficie –usos del suelo, condiciones meteorológicas, experiencia del equipo prospector, etc.–. Y si es esto es válido para la búsqueda intensiva, aún lo es más para la extensiva, sobre todo cuando no es probabilística, sino dirigida, pues precisamente lo que hace es ampliar el marco de referencia a costa de redu-

cir la intensidad de la inspección. Otra consecuencia negativa de la aplicación de una metodología es que los resultados manifiestan un desequilibrado énfasis a favor de los yacimientos y en perjuicio de los hallazgos aislados, lo que impide abordar acercamientos tipo “off-site” (Foley, R. 1981; Gallant, J. W. 1986) o “nonsite” (Dunnell, R. C., y Dancey, W. S. 1983) –pertinentes si se pretende un estudio espacial de gran detalle, algo que no hemos pretendido–, convirtiendo a los yacimientos en prácticamente los únicos datos de referencia. Con todo, entendemos que el método se ha mostrado como de una gran eficacia para un área como es ésta, situada en el centro de la Meseta Norte y del valle del Duero.

Buena prueba de su validez es la cuantía de yacimientos identificados, que asciende a cerca de 40 (muchos de los cuales hemos subdividido en sectores), que se incorporan al estudio presente, encuadrables en un periodo que abarca la Edad del Bronce de la región. De este modo, La Ribera del Duero de Valladolid, de ser un área sin apenas localizaciones de esta etapa, ha pasado en la actualidad a convertirse en una de las zonas de la Comunidad de Castilla y León con mayor concentración de yacimientos atribuibles a la Edad del Bronce identificados, mostrando un índice de productividad de 0'084 yacimientos/km² de esta época, que lo equipara a los trabajos que tratan temas de poblamiento en el ámbito castellano-leonés publicados hasta la fecha (Palencia, Salamanca, Soria,...) y lo iguala con otros nacionales de reciente ejecución.

Como complemento y medio de profundizar en toda esta información, se han llevado a cabo trabajos de excavación programados en diversos poblados del Bronce Medio del sector: El Castillo de Rábano (dos campañas) y La Plaza de Cogeces del Monte (una campaña). Además, para la caracterización de algunas épocas y yacimientos se ha recurrido a la práctica de actuaciones de urgencia y de sondeos arqueológicos realizados en un total de 7 localizaciones:

- Calcolítico Final-Bronce Inicial: El Pico del Castro.
- Bronce Medio: El Carrizal, El Cujón (Sector B) y Cueva de Valdelaperra.
- Bronce Tardío-Final: El Soto de Tovilla I, El Cementerio-El Prado, y El Gurugú.

Uno de nuestros principales objetivos se ha dirigido hacia el establecimiento de una secuencia cronológico-cultural de la Edad del Bronce, en la que inscribir los hallazgos efectuados. Seguidamente realizaremos una síntesis por periodos de las principales características de los mismos en sus distintos aspectos (cultura material, restos de habitación, organización del territorio, etc.).

CALCOLÍTICO FINAL-BRONCE INICIAL

Partimos para su encuadre cronológico de una datación absoluta procedente de un yacimiento excavado por nosotros:

1800 ± 60 a. C.

Arrojada por la ocupación con campaniforme inciso de El Pico del Castro. A nuestro entender, señala el momento de plenitud de este horizonte cultural en la zona.

A este instante concreto hemos atribuido un total de 13 yacimientos, lo que constituye un número significativo si lo ponemos en relación con los datos existentes hasta la fecha en nuestra provincia. De hecho, tan sólo en La Ribera se han identificado un número de yacimientos, atribuibles al mundo campaniforme, superior al conocido en todo el resto del territorio vallisoletano. Efectivamente, en la reciente publicación de Garrido-Pena (Garrido-Pena, R. 2000: Figs. 97 a 101) sólo se recogían 8 localizaciones con especies de esta clase.

Respecto al período precedente, representado por el mundo de los yacimientos del calcolítico precampaniforme, se aprecia un sustancial aumento del número de enclaves (de apenas un par de localizaciones conocidas en la zona ribereña se pasa a 13), lo que interpretamos como una señal de mayor implantación y de fijación de la población al terreno. Esta conclusión se confirma también con otras observaciones que más adelante comentaremos, referentes a su cultura material, modos de vida, patrones de ocupación del territorio, etc.

Un capítulo importante de su individualización ha sido el dedicado al reconocimiento de las peculiaridades de su **cultura material**. El elemento más significativo, aunque indudablemente minoritario (1'29% en el conjunto obtenido en yacimiento excavado de Pico del Castro) es la cerámica con decoración campaniforme. Se trata en todo caso de los tipos que cabe incluir entre los *Campaniformes incisos*. También se han valorado, aunque en menor medida, otros elementos del ajuar: la cerámica sin decoración campaniforme, la industria lítica, metálica, etc.

Hemos identificado decoraciones del más típico estilo Ciempozuelos que claramente conviven con las otras variedades del campaniforme inciso meseteño: el tipo Silos/Vaquera y el Molino. De las dos primeras variedades se han reconocido las formas más comunes del horizonte Ciempozuelos, es decir cuenco, vaso y cazuela. De la última no contamos con perfiles completos reconocibles de los grandes recipientes sobre los que se refleja.

Las decoraciones de la modalidad Ciempozuelos son sencillas, reiterativas y de esquemas compositivos simples, aunque típi-

camente campaniformes (distribución en bandas, disposición en el interior del borde, etc.). Predominan los motivos pseudoexcisos y los frisos de líneas horizontales, lo que los pone en relación con otros grupos campaniformes meseteños como los del Sistema Ibérico y los del sur y sudoeste de la Meseta. Del mismo modo que también pueden establecerse diferencias respecto a dichos grupos. Unos y otros perfilan un conjunto de marcada personalidad en este sector del Duero medio. Un tema no suficientemente valorado y que hemos apuntado en nuestro escrito es la posibilidad de diferenciar un grupo de este horizonte en el valle del Duero, merced a los cada vez más numerosos hallazgos, su similitud estilística, características del hábitat, etc.

Los llamados campaniformes de tipo Molino constituyen un grupo peor conocido, en el que predominan las temáticas de entramado.

Nos ha parecido importante prestar especial atención a la caracterización de la cerámica sin decoración campaniforme que se ha recogido acompañando a esta modalidad y que nunca comparece a nivel de paridad. Con este contingente cerámico hemos establecido una pequeña tipología, a partir de la información de que disponemos. Resaltaremos sobre todo la sencillez de sus formas, con un predominio notable de los cuencos (en Pico del Castro alcanzan el 57'14% de los perfiles reconocibles). A resaltar así mismo la presencia en número mínimo de vasos carenados, así como la ausencia de tinajas con barrocas decoraciones en relieve y/o recipientes con aplique de barro plástico, lo que de algún modo marca una distancia respecto al momento siguiente; no en vano esta clase de "aplicaciones" alcanzarán su apogeo durante el Bronce Antiguo de la zona. La ausencia de esta clase de decoraciones, por otra parte, nos pone en relación con la tradición calcolítica del centro y oeste de la cuenca del Duero.

No hemos localizado evidencia alguna de industria ósea, algo que será común a lo largo del resto de la Edad del Bronce. Desconocemos si se trata de un problema de conservación propio de la zona, o si responde a otras razones de mayor calado.

En lo que concierne a la metalurgia, no es la primera vez que hace acto de presencia en el Duero medio. Su vinculación con el campaniforme no deja lugar a dudas. Buena prueba de ello es también la recuperación en Pico del Castro de varios fragmentos de recipientes para la reducción de mineral, atestiguando de este modo una modesta producción local. Los tipos que se elaboraron parecen ser sumamente sencillos; de hecho se reducen a un par de puntas de tipo Palmela recuperados en Pico del Castro).

Los pocos análisis de su composición con que contamos determinan la ausencia de aleaciones. Están presentes los cobres puros. No tenemos noticias de los cobres arsenicales, tan comunes en el mundo campaniforme.

Por su parte, la industria lítica es muy mal conocida. Se aprecia una clara simplificación tipológica que veremos agudizarse en las fases siguientes, aunque sigue conservando un papel significativo. A nivel tecnológico persisten algunos rasgos muy típicos del Calcolítico precampaniforme (técnica laminar, uso del retoque plano cubriente, etc.). Aparecen los primeros dientes de hoz en número escaso (Pico del Castro y El Carrascal) y siguen estando presentes las puntas de retoque plano y las sierras, tan propias del momento anterior.

El estudio de la **territorialidad** de estos yacimientos y de sus caracteres espaciales ha deparado interesantes datos que señalan el inicio de transformaciones cuya consolidación se producirá en fases posteriores.

Asistimos por vez primera a una ocupación generalizada de la Ribera del Duero que se fundamenta en el dominio estratégico del terreno circundante. Este pone su objetivo tanto en el territorio de explotación, susceptible en varios casos de un apreciable rendimiento agrícola (por primera vez aparecen yacimientos, como el de Zurita que se asienta directamente junto a la vega del Duero) como en las principales vías de comunicación hacia el Valle del Duero.

Se ha reconocido asimismo la ausencia de lo que cabría denominar, basándonos en su relación de vecindad e intervisibilidad, de grupos territoriales en base a los que se articula el espacio ribereño. En efecto, si exceptuamos los tres enclaves situados en el entorno del arroyo Valimón (Casa de Valimón y Cueva de Valdelaperra) no detectamos ningún caso en que se localicen más de dos yacimientos próximos. Esta ausencia de una compartimentación teórica dentro del territorio podríamos interpretarla como manifestación de la inexistencia de una funcionalidad diferente y/o complementaria entre los diversos yacimientos de la época.

Durante este período se da una cierta infravaloración de la margen derecha del Duero, que, por cierto, en mayor o menor medida, parece tener continuidad durante las fases siguientes.

Prima la elección de asentamientos en altura y con amplia visibilidad direccional, pero susceptibles de un fácil acercamiento a las zonas llanas. Los yacimientos, (especialmente aquellos en que hemos podido establecer las dimensiones que creemos más se aproximan a la que pudo ser la realidad), generalmente de dimensiones pequeñas o medianas (nunca superan los 4.000 m²) y denotan la ausencia de conjuntos (excepción hecha de los identificados en el valle del Valimón) y tampoco parece advertirse una organización jerárquica entre los diversos asentamientos. Por otra parte, en ningún yacimiento, ni en los de mayor extensión, ni en el excavado, apreciamos signos de ocupación prolongada en el tiempo (reformas de estructuras o varias fases de ocupación de éstas, etc.). Si a ello unimos que sólo El Cujón (Sector A) tiene continuidad a lo largo del Bronce Antiguo, podemos concluir que creemos encontrarlos, en la generalidad de los casos, ante hábitats de ocupación temporal.

Esta temporalidad se advierte en los restos de **estructuras de habitación** localizados en Pico del Castro (1800 ± 60 a. C.). En las excavaciones practicadas en este yacimiento se reconoce un fondo de cabaña, construido excavando el suelo virgen. La cubrición debió de elaborarse con materiales vegetales sustentados por una alineación de hoyos de poste, que definen una construcción de planta pseudo circular con cerca de 8 m de diámetro. En el interior de la cabaña se identificó un hogar de cerca de un metro de diámetro. La única evidencia de estructuras de carácter más estable es la que depara el Pico de la Mora, donde aparece una construcción de piedra (una muralla) de mampostería que delimita y cierra el hábitat y que puede denotar la existencia en el lugar de un hábitat con intención de perdurar.

Las **costumbres funerarias** de sus gentes nos son conocidas a partir de evidencias indirectas.

Posible enterramiento en el interior de una cueva

Creemos documentarlo en la Cueva de Valdelaperra. No se pueden establecer más precisiones porque no ha sido objeto de excavación.

BRONCE ANTIGUO-PLENO

Esta etapa no es muy bien conocida, dada la escasez de evidencias de superficie y la carencia casi absoluta de datos de excavación.

En lo concerniente a su **enquadre cronológico**, entendemos, se inicia en torno a comienzos del II milenio, en paralelo a su desarrollo en el resto de la Meseta Norte, aunque hasta la fecha no contamos con datos suficientes para hacer precisiones más concretas y desentrañar si durante los primeros momentos de la etapa, se produjo una sincronía con la presencia de las decoraciones campaniformes.

Dentro de la **cultura material** de la época, la cerámica, como es habitual en la prospección de los yacimientos de la Prehistoria Reciente, es el elemento más numeroso. Este material cuenta con algunas variaciones significativas con respecto a la etapa anterior que conviene resaltar. Primeramente, se registran innovaciones a nivel formal. Los perfiles de los recipientes incorporan ahora acusadas carenas medias o bajas; las grandes vasijas de perfil en S con decoraciones en relieve también experimentan un más que evidente auge en relación a los ambientes campaniformes. Advertimos en ambos aspectos una indudable ruptura respecto al sustrato calcolítico de la región. Desde el punto de vista decorativo el equipo material se caracteriza por el abandono de las decoraciones impresas o incisas propias de los repertorios campaniformes. Contemplado en su conjunto, el ajuar cerámico de la vallisoletana Ribera del Duero durante el Bronce Antiguo-Pleno permite intuir una notable afinidad con respecto a los yacimientos de la zona soriano-burgalesa y, en bastante menor medida, respecto a los de la zona zamorana. Algunos elementos que hemos identificado de forma muy puntual, y que, incluso, podemos llegar a interpretar como auténticos “materiales exóticos” (tapaderas con reborde interno, cordones circulares, decoraciones incisas...), sugieren una cierta vinculación con el sector occidental del valle del Ebro.

Desconocemos el aspecto que pudo tener la metalurgia local ya que no hemos encontrado ningún indicio de ella. Algo semejante podemos decir del trabajo del hueso.

En cuanto a la industria lítica aparece en los yacimientos de esta época en porcentajes mínimos. Desde el punto de vista tipológico únicamente podemos destacar la presencia de algunos dientes de hoz, en el pobre conjunto identificado en la excavación de El Castillo de Peñafiel.

Más interesantes son las transformaciones operadas en la zona a **nivel territorial**, por cuanto representan un cambio respecto al momento campaniforme. Apreciamos una reducción de las cuantías de los yacimientos, alcanzando el número de 5, es decir menos de la mitad de los controlados durante el momento campaniforme. Con todo, no descartamos que algu-

nos yacimientos puedan haber pasado desapercibidos en las prospecciones, dada la escasa significación que tienen la mayor parte de las cerámicas de este momento, máxime cuando proceden de recogidas superficiales.

Pese al reducido número de hábitats conocidos creemos vislumbrar una dinámica de cambio respecto a la etapa precedente. Dicha dinámica, solo percibida en el ámbito de nuestro estudio, la hemos podido constatar con claridad en la porción burgalesa de La Ribera del Duero. De la observación de la distribución de los yacimientos y su relación de intervisibilidad vecindad se desprende una cierta organización del territorio, con la aparición de determinados asentamientos preponderantes, asentados en lugares elevados, que pudieron ejercer algún tipo de jerarquía y/o control sobre los asentamientos situados en el llano próximo.

Se mantiene pues esa dicotomía entre yacimientos en alto y en llano. Los primeros, que se asientan en las cercanías de los grandes ríos que recorren el sector: Duero y Duratón, eligen como emplazamiento espigones de páramo (El Cujón – Sector A) y cerros testigo (El Castillo de Curiel y El Castillo de Peñafiel), desde los que existe un amplio control visual del entorno. Se trata de poblados de dimensiones medianas, con una ocupación que debió ser prolongada, de ser extrapolables a nuestro ámbito las observaciones realizadas en lugares como Pico Romero de Santa Cruz de la Salceda, donde se ha detectado una amplia estratigrafía. El asentamiento en destacados cerros de forma cónica es una novedad que se da en esta época y que, también en este caso, pone en relación nuestro sector con el territorio burgalés y soriano, donde son habituales esta clase de enclaves; los cuales, por cierto, no volverán a ser ocupados durante el Bronce Medio.

Por el contrario, los yacimientos en llano se sitúan en un emplazamiento que denota despreocupación por el control del territorio, pues eligen zonas llanas con escasa visibilidad, primando más la proximidad a las tierras de explotación que su posible valor estratégico. Su cultura material es pobre y no existen indicios de ocupación prolongada. Podemos considerar la posibilidad de que se trate de pequeños centros dedicados al desarrollo de una actividad específica en relación de dependencia con los poblados situados en alto. Es esta una hipótesis que creemos conjuga razonablemente los datos que hemos podido constatar en el sector burgalés de La Ribera del Duero, pero que sería preciso constatar mediante el desarrollo de un programa de excavaciones.

En nuestro sector no tenemos evidencias sobre estructuras de habitación de esta época ni sobre el ritual funerario de estas gentes.

BRONCE MEDIO

Es, sin duda alguna, la etapa que se halla mejor representada y, al tiempo, definida. Su caracterización nos parece uno de los puntos más interesantes de este trabajo, especialmente por la indefinición que hasta la fecha presentaba en nuestra área de estudio.

Su **enquadre cronológico** se extiende aproximadamente entre finales del s. XIV a.C. y comienzos o mediados del XIII a.C. Las dataciones absolutas de que disponemos para este momento proceden de El Castillo, La Plaza y El Carrizal:

- El Castillo: 1400±50 a. C.
- La Plaza: 1325 ± 30 a.C.
1325 ± 30 a.C.
- El Carrizal: 1690±70 a. C²⁰⁹.

Dado el volumen de información, procedente en su mayor parte de los sondeos llevados a cabo en El Castillo, La Plaza y El Carrizal, la definición de la **cultura material** de este periodo es más precisa. La cerámica como es costumbre es, con mucho, el ajuar con una mayor representación, lo que nos ha permitido observar una serie de apreciaciones sobre su elaboración.

La variedad decorada está muy bien representada, alcanzando una proporción que se sitúa entre el 20 y algo más del 30% en los yacimientos excavados de este momento. Las formas más comunes de este apartado son los cuencos, y los recipientes carenados de diversa morfología, mayoritariamente con superficies bruñidas, con fondos planos, convexos o convexos con depresión. A destacar la presencia de los motivos incisos (espigas, zigzags, retículas, etc.) que son claramente los preferidos por las gentes de este momento para ornar sus vasos; rasgos éstos que marcan claramente su relación cultural con un notable conjunto de localizaciones del valle medio del Duero.

En el estado actual de nuestros conocimientos resulta posible establecer una evolución, desde el punto de vista de la cerámica, pudiendo diferenciar entre lo que cabría denominar un Bronce Medio Inicial y un Bronce Medio Evolucionado. Existen perfiles exclusivos de la fase inicial (significada en el yacimiento de El Castillo), tales como determinadas Formas en S (de cuello marcado y desarrollado) y carenadas (de carena baja,...), que tienden a desaparecer en el segundo momento

(cuyo mejor exponente serían enclaves como La Plaza y El Carrizal). Otros, empero, subsisten aunque con modificaciones. Los contrastes también se advierten en la decoración. En aquellas localizaciones que pueden atribuirse al primero de los momentos citados, aparecen algunos elementos de marcado e indudable carácter residual (cordones aplicados lisos y digitados, toscos trazos verticales incisos, ciertos acanalados, etc.), que patentizan los contactos con el Bronce Antiguo de la Meseta norte, así como una cierta vinculación con el oriente del valle del Duero y, en último término, del valle del Ebro (motivos a base de líneas de puntos, presencia puntual de recipientes con barro plástico, con toscas incisiones verticales, etc.). Paralelamente se aprecia una evolución en el empleo de las técnicas de sustrato, especialmente en las impresiones digitales y los cordones aplicados, las cuales, estando presentes en la etapa inicial de la fase, desaparecerán en la postrera.

Otros materiales en arcilla que también se documentan son los coladores de variada tipología y algunos “vasos juguete” (El Castillo de Rábano).

No contamos con datos sobre la industria ósea y casi tampoco de la industria metálica. De hecho únicamente cabe atribuir a este momento el hallazgo en el sector de una punta de flecha de base pedunculada y aletas identificada en el Soto de Tovilla II.

La industria lítica, por el contrario, es más significativa, no tanto por su cuantía y diversidad, que va decayendo progresivamente, cuanto por la especialización que alcanza y su representación de un estadio evolutivo de la tecnología. En el apartado técnico se constata el dominio de los tamaños grandes y macrolíticos, con una baja presencia de la técnica laminar. La talla interna alcanza un desarrollo muy bajo, con representación predominante de las piezas corticales y de los talones poco preparados (lisos, punctiformes y corticales). Predomina el uso de percutor duro.

La referida especialización se traduce en una presencia notable de piezas denticuladas, a las que habría que calificar como elementos de hoz, que ahora alcanzan una presencia relativamente apreciable (El Carrizal y El Castillo). Otros útiles significativos son algunas puntas foliáceas de retoque plano, con representación de los tipos con pedúnculo y aletas (El Carrizal y El Cujón – Sector B).

²⁰⁹ Ya hemos manifestado en otro apartado las serias dudas que, al nivel de nuestros conocimientos actuales, ofrece esta datación para aceptar su validez; ya que se nos antoja llamativamente temprana para datar un contexto Protocogotas.

También la piedra pulimentada alcanza cierta representación, registrándose un corto número de hachas/azuelas (Valdelape-rra II y El Estepal). Los molinos de mano también son relativamente abundantes.

Representa este período a **nivel territorial** lo que cabría calificar como “el óptimo de ocupación del espacio” que venimos analizando, con un total de 23 yacimientos, lo que en términos relativos puede expresarse gráficamente como casi duplicar el número de evidencias controladas en los momentos precedentes. La distribución de los mismos marca una tendencia hacia la ocupación de la mayor parte del territorio, con una especial atención al sector suroeste, donde los yacimientos, en número de 13 localizaciones, se concentran en torno a la principal elevación de la zona: La Plaza. De hecho, en el entorno inmediato a este enclave se sitúan un total de 6 yacimientos.

Se dan en él una serie de procesos que creíamos vislumbrar durante el Bronce Antiguo y que ahora alcanzan su pleno desarrollo. De esta forma, el espacio ribereño se articula en una red de intervisibilidades y relaciones de vecindad, que gira en torno a tres centros (La Plaza, El Castillo y El Gurugú), surgiendo de esta forma un primitivo y esquemático sistema organizativo que por vez primera engloba a todo el conjunto de La Ribera vallisoletana. Esto es quizá una prueba definitiva de la sedentarización de la población, de su organización más desarrollada y de una explotación significativamente más intensiva de sus recursos.

En esta línea se nos muestra una clara jerarquización del hábitat con los tres núcleos antes citados ocupando el rango más elevado (a juzgar por factores como las dimensiones del yacimiento, predominio de las funciones estratégico defensivas, etc.). Por debajo se extiende una amplia red de poblados de mediano/pequeño tamaño en los que a las funciones de control se une una mayor facilidad para el aprovechamiento de los recursos. Por último, existe también un buen número de pequeños asentamientos que pueden ser interpretados quizá no como hábitats permanentes sino más bien como puntos de apoyo para la explotación del entorno.

Se patentiza, ahora de forma clara, el proceso vislumbrado durante el Bronce Antiguo de aparición de agrupaciones de asentamientos en áreas restringidas (valles de Valcorba y Valimón). El modelo de asentamiento denota una clara tendencia al predominio de los lugares en zona baja (43'47% de las localizaciones), que interpretamos como expresión evidente de una evolución en lo que concierne a la intensificación de los sistemas de aprovechamiento del territorio.

A partir del análisis del entorno del yacimiento de La Plaza y de las características propias del mismo, mediante una visión crítica no actualista de los datos, hemos propuesto la funcio-

nalidad eminentemente simbólica de este centro, muy vinculada al sistema de relaciones con los yacimientos de su entorno.

Los aspectos anteriormente comentados parecen ser indicativos de la culminación de una dinámica que arranca del Bronce Antiguo, uno de los rasgos más trascendentes de esta época es el **desarrollo y consolidación de una jerarquización del poblamiento**, basada en el desarrollo y consolidación de una serie de centros jerárquicos. Esto supone su existencia en un periodo anterior al Bronce Final-Edad del Hierro, tradicionalmente considerado en la historiografía como el momento en que se dan los primeros hábitats estables en la zona. Entendemos que aparecen una serie de lugares de rango más elevado (El Gurugú, El Castillo y La Plaza), en torno a los cuales se articula ahora el espacio ribereño. Esta compartimentación teórica coincide en la realidad con la existencia de distintos espacios, individualizados entre si por los únicos accidentes geográficos de entidad existentes en la zona: los cursos de los ríos Duero y Duratón, que ejercen de líneas divisorias entre ellos.

Las estructuras de habitación que se asocian a los yacimientos identificados en el sector responden a una doble variante:

- Hoyos de planta circular. Se han identificado en El Castillo y El Carrizal. Los hoyos excavados en cada uno de estos lugares, nos dan algunas ideas de sus dimensiones absolutas. Su anchura media se sitúa en torno a los 1'20 m en tanto que su profundidad alcanza una media de 1 m. Los restos localizados en su interior, en todo caso, nos indican que han sido amortizados como basureros. No hemos encontrado durante nuestras excavaciones evidencias asimilables a las viviendas a que debieron asociarse esta clase de estructuras; si bien no tenemos muchas dudas de que se integrarían en los hábitats de un modo semejante al propuesto por la Doctora Blasco Bosqued (Blasco Bosqued, M.^a C. 2004).
- Construcciones defensivas. Los restos en este sentido proceden de El Gurugú y La Plaza. En el primero de los casos conocemos un gran muro de piedra de 42'5 m de longitud, que cierra la cumbre del espigón de páramo sobre el que se asienta este yacimiento. En el segundo caso la obra es de dimensiones considerablemente mayores; no en vano, antes de su destrucción, alcanzaba unas dimensiones de 200 m de longitud. Según pudimos constatar durante nuestra excavación en la construcción de esta obra además de piedra, muy posiblemente, se empleó un entramado de madera. Se trata, sin duda, de estructuras complejas para cuya erección debió existir una detallada planificación del trabajo y de la considerable cantidad de mano de obra que, sin duda, debió verse implicada en el mismo.

Estas construcciones tienen claro parangón en una serie de enclaves próximos (El Pico Aguilera [Villán de Tordesillas, Valladolid], La Cuesta de la Horca [Cevico Navero, Palencia]) en el sector y que denota en las soluciones técnicas empleadas una clara conexión entre los grupos Protocogotas del centro de la cuenca del Duero, en la línea que ya señalamos con anterioridad para determinados aspectos de la cultura material.

Carecemos de noticia alguna acerca de las costumbres funerarias de estas gentes, pues no hemos hallado los enterramientos relacionados con la intensa ocupación de la zona durante esta etapa. Entendemos que no sería muy distinta a la que ha sido constatada en otros yacimientos de la época, consistentes en enterramientos individuales, dobles o triples localizados en el interior de las fosas que aparecen integradas en los campos de hoyos.

BRONCE TARDÍO-FINAL

Es una etapa algo peor conocida que la anterior, debido entre otras cosas a la dificultad para diferenciarla de ella y a su manifiesta continuidad con el Bronce Medio, aspecto éste que hemos venido resaltando en diversas ocasiones. En La Ribera vallisoletana esto es debido a que tan sólo lo hemos individualizado arqueológicamente en lugares como El Cementerio-El Prado, El Gurugú, que sirven fundamentalmente para caracterizar las primeras fases del periodo. De otra parte, la información de Fuente de Boecillo y La Requejada, otros dos yacimientos vallisoletanos, próximos al área investigada, en los que se ha llevado a cabo trabajos de campo, se ha sumado a las observaciones por nosotros obtenidas, intentando paliar en alguna medida lo parcial de nuestros datos. Con todo, como consecuencia de todo ello, nos encontramos con una etapa peor caracterizada, a nivel de cultura material especialmente, que en el caso anterior.

Su **marco cronológico** está bien definido en sus comienzos merced a una datación arrojada por uno de los depósitos en hoyos de Fuente de Boecillo (1220±60). Al tiempo, para el momento de plenitud de este periodo ya dentro del Bronce Final contamos con las referencias cronológicas absolutas de La Requejada de San Román de Hornija (1010±95 y 870±150). Para marcar el momento final de este periodo contamos con las referencias cronológicas absolutas procedentes de un lugar tan emblemático como el Soto de Medinilla.

Cultural y temporalmente se puede asimilar al Bronce Tardío y Bronce Final I del Sudeste y al Bronce Reciente o Bronce Final I del oriente del valle del Ebro y Cataluña.

Pese a que como hemos dicho, se manifiesta una clara continuidad con el periodo precedente, sobre todo en cuanto a industrias, encontramos sin embargo ciertas diferencias que marcan la evolución.

En las cerámicas se aprecia una modificación en la distribución porcentual de tipos. Inicialmente se continúan elaborando la mayor parte de los perfiles reconocidos en la etapa

anterior, pero aparecen otros nuevos, como las Formas 10B, 12, y 14, entre otras. Esta última es una evolución de la 13, con tendencia hacia la carena alta, el borde cóncavo muy abierto, un diámetro de boca mayor y la mitad inferior del recipiente marcadamente troncocónica.

Sin duda las más significativas innovaciones pueden apreciarse en las decoraciones. Sigue siendo predominante la presencia y proliferación de un grupo de decoraciones incisas, cuya técnica y temática hunden claramente sus raíces en la tradición local Protocogotas y que en esencia se mantendrán hasta el final de la etapa, configurando el fondo fundamental del elenco decorativo del Bronce Tardío Final de esta zona. Empero apreciamos variaciones en las proporciones con que se emplean los distintos temas incisos. Por ejemplo, cabe advertir una progresiva pérdida de importancia cuantitativa en el empleo de la incisión, la cual se ve compensada por el mayor empleo de otras especies. También apreciamos un cambio en el peso específico que, a lo largo del periodo, van cobrando los distintos temas incisos. Algunos de los datos más significativos en este sentido nos los proporciona advertir como los temas de espigas comparecen sobre más del 50% de los barros incisos al comienzo del periodo, según podemos en El Cementerio-El Prado o Fuente de Boecillo, para concluir ornando sólo el 65% de los vasos incisos, en lugares como La Requejada. Otros temas incisos, por el contrario, cobrarán mayor relevancia a medida que transcurre el tiempo. Tal sería el caso, por ejemplo, de las retículas que comienzan estando presentes sobre menos del 15% de los fragmentos con incisión, para concluir plasmándose sobre algo más del 50% de los vasos que muestran esta técnica decorativa (La Requejada).

Otras técnicas decorativas novedosas son el Boquique (con temática de líneas horizontales, metopas de ángulos, guirnaldas, círculos concéntricos, etc.), la excisión y las zonas rellenas de impresiones de puntos. En este caso nos encontramos con una serie de elementos marcadamente novedosos respecto al

454 momento Protocogotas del Bronce Medio, cuya cronología resulta un tanto difícil de precisar. No obstante, podemos apuntar que el Boquique comparece primero en la zona. Su cronología, que en La Ribera vallisoletana se halla perfectamente reconocida (entre finales del s. XIV y los inicios del XIII a. C.) es coincidente con la observada en otros yacimientos del Medio valle del Duero (Teso del Cuerno, etc.).

En lo que concierne a la excisión, empleada en la ejecución de triángulos, zigzags, dameros, etc., que como ya vimos en su momento, su presencia se manifiesta en El Gurugú, Soto de Tovilla II y en La Requejada, que nos facilita su datación. En la Ribera del Duero los mordidos excisos comparecen, según los datos recabados en la zona hacia finales del s. XIII a. C.

En la tipología metálica, sin ser excesivamente amplia, contamos con un mayor número de piezas que en el momento precedente. Dos son los yacimientos de la época que han proporcionado esta clase de evidencias: El Gurugú y Soto de Tovilla II. En el primero de estos lugares, encuadrable en un momento intermedio del periodo comparece una serie de evidencias que manifiestan continuidad respecto a la metalurgia del Bronce Medio. Tal es el caso del punzón, el anillo y el puñalito con dos remaches, identificados en El Gurugú. Un cariz bien distinto tienen las piezas metálicas recuperadas en el segundo enclave. Las piezas aquí recuperadas, un cincelito, una fíbula de tipo *ad ochio* y un puñal atribuible al tipo *Porto de Mos* nos hablan del momento final del periodo.

La composición de las piezas indica marca el uso del bronce en la elaboración de las piezas de El Gurugú. Algunas de las piezas del Soto de Tovilla II manifiestan la adición de plomo, lo que evidencia el carácter tardío de la metalurgia aquí representada.

Peor conocida es la industria lítica, en la que únicamente podemos destacar el considerable número de dientes de hoz que comparecen en los yacimientos de este momento (El Gurugú, Fuente de Boecillo...) y una pieza de Soto de Tovilla II: una punta de aletas y pedúnculo que, aunque recuperada en superficie, de ser cierta su atribución al contexto representado en el yacimiento denotaría la pervivencia del tipo a lo largo de esta época.

A **nivel territorial** nos encontramos con una disminución sensible del número de localizaciones, que bajan de 23 a 10. Paralelamente a esta disminución se produce un descenso en la ocupación de determinadas zonas, muy especialmente visible en el área meridional, en los valles de los arroyos Cogeces y Valcorba. La disminución también es visible desde un punto de vista cronológico. En este sentido diremos que sólo conocemos en el área un yacimiento que pudiera atribuirse sin duda a las postrimerías de Cogotas I (Soto de Tovilla II). Esta observación pudiera interpretarse en clave de discontinuidad

entre “los pastores de la excisión y el Boquique” y el horizonte Soto de Medinilla.

Advertimos una serie de transformaciones que desencadenan la ruptura de la dinámica generada durante el Bronce Medio, con el fraccionamiento de la unidad a nivel de relación de visibilidad y vecindad. También asistimos a la pérdida de posición jerárquica desempeñada por La Plaza y a su abandono junto con El Castillo en este momento. Todos estos cambios, en nuestra opinión, se hallan interrelacionados y quizá obedezcan a nuevas necesidades económicas de intensificación de la producción agrícola. Este proceso creemos poderlo apreciar en varios aspectos:

- Desarrollo especializado de la industria lítica, con proliferación de los dientes de hoz.
- Proliferación de depósitos en hoyos, interpretables como silos, lo que representa un considerable aumento de la producción agrícola.
- El abandono de la mayor parte de los yacimientos en alto, puede interpretarse como una búsqueda de un acceso más cómodo, mejor comunicado y de mayor proximidad a las tierras potencialmente explotables.

“A la larga esta dinámica conducirá a la comunidad al abandono progresivo de determinados entornos y a la aproximación de los yacimientos a las tierras fértiles de la llanura del Duero”.

En contraposición al periodo anterior, se registra un descenso de los yacimientos en elevación (20% del total de las localizaciones), iniciando un proceso que tendrá continuidad durante el Bronce Final-Hierro I. Hay una manifiesta preferencia por las zonas de fondo de valle y el tramo medio/bajo del sector de cuevas de la región.

Las **estructuras de habitación** de esta época, contempladas en su conjunto, aunque escasas, señalan una cierta diversidad. A este momento corresponden en El Gurugú los restos de un fondo de cabaña con un suelo de tierra apisonada, una cubeta excavada en él, con una serie de lajas de caliza sobre su reborde externo, que sirvió de hogar. Reconocemos en este yacimiento a la presencia de un sencillo fondo de cabaña. Como vemos, se trata de una clase de estructuras, relativamente endebles, que no serían muy diferentes de las que cabría localizar en los yacimientos del Bronce Medio.

Al igual que sucediera en el Bronce Medio las estructuras más representativas de los enclaves de la época son los depósitos de hoyos. Ahora los vemos en todos los yacimientos excavados correspondientes a esta época: El Cementerio-El Prado, Soto de Tovilla I, El Gurugú y Fuente de Boecillo. Tanto su contenido, como sus dimensiones y morfología son bastante

homogéneos en todos los enclaves, pudiendo pensar que cumplieron una función semejante en todos ellos. Sin indicios claros que contradigan la interpretación de lugares de almacenamiento o silos que les dábamos con anterioridad.

Los datos que tenemos sobre las **prácticas funerarias**, también en este caso, son bastante exiguos a la par que confusos. En las proximidades de Soto de Tovilla II se recuperó un fragmento de cráneo y otros huesos humanos en el interior de un hoyo destruido. Conociendo el carácter de “campo de hoyos” de una parte de este yacimiento y los numerosos hallazgos similares en el también vallisoletano yacimiento de La Requejada, consideramos que el ritual característico de este momento es la inhumación individual o colectiva dentro de hoyos excavados en el suelo.

Con el final de la cultura de Cogotas I en La Ribera del Duero vallisoletana concluye nuestra visión de estos casi dos milenios. Siguiendo su devenir nos hemos remontado al Calcolítico Final-Edad del Bronce para observar el desarrollo, características y singularidad de su ocupación protohistórica. Creemos haber sacado a la luz una respetable cantidad de información, que como toda investigación arqueológica descubre aspectos novedosos de una parte de nuestro pasado más remoto, a la par que abre nuevas puertas y expectativas, hacia la profundización por caminos que en el estado actual de nuestros conocimientos actuales están apenas delineados.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F. J. (1997 a): *Área nuclear y territorios de expansión. La proyección de Cogotas I por las regiones periféricas de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral leída en la Universidad de Valladolid, Valladolid, inédita.
- (1997 b): “El significado de la cerámica decorada de Cogotas I”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXIII, Valladolid, pp. 71-96.
- ABARQUERO MORAS F. J., & RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. 1992: *Intervención arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de “El Cementerio-El Prado”, en Quintanilla de Onésimo (Valladolid)*, Informe mecanografiado inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura y Turismo de Valladolid.
- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J. A., & RUIZ VÉLEZ, I. (1980): “Los Castros de Pancorbo (Burgos)”, *Kobie*, 10, t. II, Bilbao, pp. 501-514.
- ACOSTA, P. (1986): “El Neolítico en Andalucía Occidental: estado actual”, en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, pp. 136-151.
- AGAPITO Y REVILLA, J. (1926): “Lo prehistórico, protohistórico y romano en la provincia de Valladolid”, *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Valladolid*, 3, Valladolid, pp. 129-131.
- (1927): “Lo prehistórico, protohistórico y romano en la provincia de Valladolid”, *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Valladolid*, 6, Valladolid, pp. 62.
- (1928): “Lo prehistórico, protohistórico y romano en la provincia de Valladolid”, *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Valladolid*, 8, Valladolid, pp. 82-83.
- (1929): “Lo prehistórico, protohistórico y romano en la provincia de Valladolid”, *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Valladolid*, 11, Valladolid, p. 238.
- AGORRETA, J. A., LLANOS, A., APELLÁNIZ, J. M., & FARIÑA, J. (1975): “El castro de Berbeia (Barrio-Álava). Memoria de Excavaciones. Campaña de 1972”, *Estudios de Arqueología Alavesa*, VIII, Vitoria, pp. 221-292.
- AGUILERA ARAGÓN, I. (1980): “El yacimiento protohistórico del ‘Cabecico Aguilera’ en Agón (Zaragoza)”, *Cuadernos de Estudios Borjanos*, V, Borja, pp. 83-119.
- AGUILERA ARAGÓN, I., & MONTES RAMÍREZ, L. (1984): “Nota sobre una cazuela campaniforme de la Cueva del Moro (Olvena, Huesca)”, *Boletín del Museo de Zaragoza*, 3, Zaragoza, pp. 297-303.
- AGUILERA ARAGÓN, I., & MURILLO COSTA, J. (1987): “La Masada de Simoner: Un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce en la Cuenca del Alcanadre (Huesca)”, *Boletín del Museo de Zaragoza*, 6, Zaragoza, pp. 39-57.
- AGUILERA Y GAMBOA, E. (1909): *El Alto Jalón*, Descubrimientos Arqueológicos, pp. 26-36.
- ALCACER GRAU, J. (1945): “Dos estaciones argáricas de la Región Levantina”, *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, Valencia, pp. 151-163.
- (1954): “El Puntal de Cambra (Villar del Arzobispo, Valencia)”, *Archivo de Prehistoria Levantina*, V, Valencia, pp. 65-84.
- ALMAGRO BASCH, M. (1939): “La cerámica excisa de la I Edad del Hierro de la Península Ibérica”, *Ampurias*, I, Barcelona, pp. 138-158.
- (1940): “El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa”, *Ampurias*, II, Barcelona, pp. 138-141.
- (1957): “Las fibulas de codo de la Ría de Huelva. Su origen y cronología”, *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma*, IX, pp. 7-46.
- (1957-1958): “A propósito de la fecha de las fibulas de Huelva”, *Ampurias*, XIX-XX, Barcelona, pp. 198-207.
- (1960): *La invasión céltica en España*, en *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, I, 2, 2ª ed. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1973): *Los campos de túmulos de Pajarón (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica*, Excavaciones Arqueológicas en España, 83, Madrid.
- (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispanica, XIV, Madrid.
- (1986): “Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de etnias y culturas prerromanas”, *Historia de España. 1. Prehistoria*, Gredos, Madrid, pp. 341-532.
- (1993): “Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural”, en Almagro Gorbea, M., y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp. 121-173.
- ALMAGRO GORBEA, M., & FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1980): *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid)*, Arqueología. 2, Madrid.
- ÁLVAREZ CLAVIJO, P., & PÉREZ ARRONDO, C. L. (1987): *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*, Historia 8, Logroño.

- 458
- ÁLVAREZ GRACIA, A. (1992-1993): "El Bronce Final-Hierro I en el Bajo Aragón y sus relaciones con el Valle Medio del Ebro", *Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X, Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa, Caspe, pp. 51-62.
- ÁLVAREZ, J., BERNAL, C., CARRASCO, A., & PÉREZ DE LA SIERRA, J. V. (1984): "Excavaciones en el yacimiento de El Colmenar (Landete, Cuenca). Bronce Medio. Campañas de 1977, 1978 y 1979", *Noticario Arqueológico Hispánico*, 18, pp. 3-38.
- ÁLVARO, E., & PEREIRA, J. (1990): "El Cerro del Bu (Toledo)", *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, Toledo, pp. 201-213.
- AMMERMAN, A. J. (1981): "Surveys and archaeological research", *Annual Review of Anthropology*, 10, pp. 63-88.
- ANTONA DEL VAL, V. (1986): "Aproximación a la problemática del neolítico en la meseta: una propuesta de secuencia cultural", *Wadalbayara*, 13, Guadalajara, pp. 9-45.
- APARICIO PÉREZ, J. (1972): "El poblado de la Edad del Bronce del Castellet (Montserrat, Valencia)", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII, Valencia, pp. 23-50.
- (1976): *Estudio económico y social de la Edad del Bronce Valenciano*, Publicaciones del Archivo Municipal, Ayuntamiento de Valencia.
- APELLÁNIZ CASTROVIEJO, J. M.^a (1970): "Las cuevas sepulcrales de Obenkun (San Vicente Arana) y Arratiandi", en Álava", *Estudios de Arqueología Alavesa*, IV, Vitoria, pp. 53-75.
- (1973): *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional*, Munibe, Suplemento n.º 1, San Sebastián.
- (1974): *El Grupo de Los Husos durante la prehistoria con cerámica en el País Vasco*, Estudios de Arqueología Alavesa, 7, Vitoria.
- APELLÁNIZ CASTROVIEJO, J. M.^a & FERNÁNDEZ, D. (1978): "El sepulcro de galería segmentada de la Chabola de la Hechicera (El Villar, Álava). Excavación y restauración", *Estudios de Arqueología Alavesa*, 9, Vitoria, pp. 141-221.
- ARNÁIZ ALONSO, M. A., & MONTERO GUTIÉRREZ, J. (2004): "Facetas del Bronce Final 'regional' en el alto Ebro y la zona oriental de la Submeseta Norte: manifestaciones arqueológicas y objetos sociales de La Solana (Modúbar de la Emparedada, Burgos)", *Zephyrus*, LVII, Salamanca, 221-248.
- ARNAL, G. B. (1976): "La ceramique néolithique dans le Haut-Languedoc", *Memoire du centre de Recherche Archéologique du Haut-Languedoc*, C.N.R.S., Paris.
- ARNAL, J., PRADES, H., & FLETCHER, D. (1968): *La Ereta del Castellar (Villafranca del Cid, Castellón)*, Serie de Trabajos varios del S.I.P., n.º 35, Valencia.
- ARNOLD, D. (1983): "Design Structure and Community Organisation in Quinoa, Peru", en D. Washburn (Ed.), *Structure and Cognition in Art*, Cambridge University Press., Cambridge.
- ARRANZ MÍNGUEZ, J. A., GÓMEZ PÉREZ, A., SÁNCHEZ SIMÓN, M. & BELLIDO BLANCO, A. (1993): "El Teso de la Macañorra (Geria, Valladolid), un poblado de la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Duero", *Numantia*, 4, pp. 75-92.
- ARRANZ SANTOS, C. (1995): *Villa y Tierra de Iscar*, Valladolid.
- ARRIBAS PALAU, A. (1976): "Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el Sudeste", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 1, Granada, pp. 139-156.
- ARRIBAS PALAU, A., CRADDOCK, P., MOLINA, F., ROTHENBERG, B., & HOOCK, D. R. (1989): "Investigación arqueometalúrgica en yacimientos de las Edades del Cobre y del Bronce en el Sudeste de Iberia", en C. Domergue (coord.): *Coloquio Internacional sobre Minería y metalurgia de las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, t. I, Madrid, pp. 71-79.
- ARRIBAS PALAU, A., & MOLINA GONZÁLEZ, F. (1978): "Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia de la Península Ibérica. El poblado de Los Castillejos de Montefrío (Granada)", *The origins of metalurgy in Atlantic Europe*, Proceedings of the Fifth Atlantic Colloquium, Dublin, pp. 7-34.
- ARRIBAS PALAU, A., PAREJA LÓPEZ, E., MOLINA GONZÁLEZ, F., ARTEAGA MATUTE, O., & MOLINA FAJARDO, F. (1974): *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina"*, *Monachil (Granada)*. (El corte estratigráfico n.º 3), Excavaciones Arqueológicas en España, 81, Madrid.
- ARRIBAS, J., BAENA, J., BLASCO BOSQUED, M.^a C., CALLE, J., GUTIÉRREZ, C., JIMÉNEZ, C., LIESAU, C., LUQUE, M., MILLÁN, A., MONTERO RUIZ, I., MORALES, A., RECUERO, V., ROVIRA LLORENS, & S., SÁNCHEZ-CAPILLA ARROYO, M.^a L. (1994): *El horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el Centenario de Ciempozuelos*, Patrimonio Arqueológico del Bajo Manzanares, 2, Edición M.^a C. Blasco Bosqued.
- ARTEAGA MATUTE, O., MOLINA GONZÁLEZ, F. (1977): "Anotaciones al problema de las cerámicas excisas peninsulares", *Congreso Nacional de Arqueología*, XIV, pp. 578 y ss.

- ATRIÁN JORDÁN, P. (1974): *Un yacimiento de la Edad del Bronce en Frías de Albarracín, Teruel*, 52, Teruel, pp. 7-32.
- AUBET SEMMLER, M.^a E., REMEDIOS SERNA, M.^a, ESCACENA, J. L., & RUIZ DELGADO, M. M.^a (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, Excavaciones Arqueológicas en España, 122, Madrid.
- BAENA PREYSLER, J., & BLASCO BOSQUED, M.^a C. (1997): "Análisis macroespacial apoyado en los SIG: El Horizonte Campaniforme en la Región de Madrid", en J. Baena; M.^a C. Blasco & F. Quesada (eds.); *Los S.I.G. y el análisis espacial en Arqueología*, Ediciones Universidad Autónoma, Madrid: pp. 177-194.
- BAKER, CH. M. (1978): "The size-effect and explanation of variability in surface artefacts assemblage content", *American Antiquity*, 43, pp. 288 y ss.
- BALADO PACHÓN, A. (1987): "La secuencia protohistórica del yacimiento de Almenara de Adaja (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXIII, Valladolid, pp. 169-177.
- (1989): *Excavaciones en Almenara de Adaja: El poblamiento prehistórico*, Excma. Diputación Provincial de Valladolid, Valladolid.
- BALDELLOU MARTÍNEZ, V., & BARRIL VICENTE, M. (1981-1982): "Los materiales arqueológicos de la Cueva de la Miranda (Palo, Huesca) en el Museo de Huesca", *Pyrenae*, 17-18, Barcelona, pp. 55-82.
- BALDELLOU MARTÍNEZ, V., & MORENO, G. (1986): "El hábitat campaniforme en el Alto Aragón", *Bolskan*, 3, Huesca, pp. 17-30.
- BALDELLOU MARTÍNEZ, V., & UTRILLA MIRANDA, P. (1985): "Nuevas dataciones de radiocarbono de la prehistoria oscense", *Trabajos de Prehistoria*, 42, Madrid, pp. 83-95.
- BALFET, H., FAUVET, M. F., & MONZON, S. (1981): *Pour la normalisation de la description des poteries. Essai de nomenclature des formes*, Archives et Documents, Institut d'Ethnologie, Paris.
- (1988): *Lexique plurilingue por la description des poteries*, Éditions du CNRS, Paris.
- (1989): *Lexique et typologie des poteries. Por la normalisation de la description des poteries*, Presses du CNRS, Paris.
- BARANDIARÁN MAESTU, I. (1971): "Cueva de los Encantados (Belchite, Zaragoza)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XVI, Madrid, pp. 11-52.
- (1973): *La Cueva de los Casares (en Riba de Saelices, Guadalupe)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 76, Madrid.
- (1975): "Revisión estratigráfica de la Cueva de la Mora (Somaén, Soria). 1968", *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 3, Madrid, pp. 9-71.
- BARANDIARÁN MAESTU, I., & MARTÍN BUENO, M. (1971-1972): "Novedades sobre las edades de los metales en Aragón", *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, pp. 53-69.
- BARANDIARÁN, J. M. de, (1968): "Excavaciones en Solacueva de Lakozmonte (Jócano-Álava). Campaña de 1966", *Estudios de Arqueología Alavesa*, III, Vitoria, pp. 117-129.
- BARRIL VICENTE, M. (1985): "Cerámica de la Edad del Bronce en tres yacimientos de la provincia de Huesca", *Bolskan*, 2, Huesca, pp. 35-75.
- BARRIOS GIL, I., & CENICEROS HERREROS, J. (1991): "Excavaciones arqueológicas en Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, La Rioja). Campaña de 1988. Informe preliminar", *Berceo*, 121, Logroño, pp. 27-59.
- BLANCO, I. (1983): "El Castillejo de Acebuchal: un yacimiento de la Edad del Bronce (Pozuelo de Calatrava, Ciudad Real)", *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp. 359-369.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. J. et alii. (1983): *I Jornadas de Arqueología, Albacete 1983, Catálogo de la Exposición: Arqueología en Albacete 1977-1982*, Ministerio de Cultura-Diputación Provincial, Albacete.
- BLÁZQUEZ, A., (1917): *Vías romanas del Valle del Duero y Castilla la Nueva: Memoria de los resultados obtenidos en las exploraciones y excavaciones practicadas en el año 1916*, Madrid: Imprenta de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, VI-VII.
- BEGUIRISTÁIN GÚRPIDE, M.^a A. (1979): "Cueva del Nacedero de Riezu. Valle de Yerri", *Trabajos de Arqueología Navarra*, 1, Pamplona, pp. 91-101.
- (1982): "Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y Edad del Bronce en el Alto Valle del Ebro", *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3, Pamplona, pp. 59-156.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1960): *La indoeuropeización del Valle del Ebro*, "Primer Symposium de Prehistoria Peninsular", Pamplona.
- BELLIDO BLANCO, A. (1996): "Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la Submeseta norte", *Studia Archaeologica*, 85, Universidad de Valladolid.
- BENAVENTE SERRANO, J. A. (1985-1986): "Prospecciones en el Cabezo Sellado. Alcañiz (Teruel)", *Kalathos*, 5-6, Teruel, pp. 9-31.

- 460 BENET, N., PÉREZ, R., & SANTONJA, M. (1997): "Evidencias campaniformes en el Valle Medio del Tormes", en Balbín, R. de y Bueno P. (eds.), *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, t. II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Zamora, pp. 449-470.
- BESCÓS CORRAL, A. (1992): "Elementos campaniformes en el yacimiento arqueológico de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria)", *Actas del II Symposium de Arqueología Soriana*, I, Soria, pp. 203-210.
- BERNABEU AUBAN, J. (1979): "Los elementos de adorno en el eneolítico valenciano", *Saguntum*, 14, Valencia, pp. 109-126.
- BINFORD, L. R. (1964): "A consideration of archaeological research design", *American Antiquity*, 29, pp. 425-441.
- (1972): "Hatchery West: Site definition-surface distribution of cultural items", *Archaeological Perspectives*, Nueva York, pp. 175 y ss.
- (1982): "The Archaeology of place", *Journal of Anthropological Archaeology*, 1, pp. 5-31.
- BIRKHOFF, G. D. (1933): *Aesthetic measure*, Cambridge.
- BLANCE, B. (1964): "The Argaric Bronze Age in Iberia", *Revista de Guimaraes*, 74, Guimaraes, pp.129-142.
- (1971): *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*, Studien zu den Anfängen der Metallurgie, 4, Berlin.
- BLANCO SANCHO, R. (2005): "El Castillo de Peñafiel", *Castillos de España: publicación de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*, N.º 136, Madrid, pp. 55-59.
- BLASCO BOSQUED, M.ª C. (1983): "Un nuevo yacimiento del Bronce madrileño: El Negralejo (Rivas-Vaciamadrid, Madrid)", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 17, Madrid, pp. 43-190.
- (1987): "El Bronce Medio y Final", en *130 Años de Arqueología Madrileña*, Madrid, pp. 82-107.
- (1987 a): "Un ejemplar de fíbula de codo 'ad occhio' en el valle del Manzanares", *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 23, Madrid, pp. 18-28.
- (ed. y coord.) (1994): *El horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el Centenario de Ciempozuelos*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- (1997): "La Edad del Bronce en el interior peninsular. Una aproximación al II Milenio a.C. en las cuencas de los ríos Duero y Tajo", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 24, Madrid, pp. 59-100.
- (2004): "Los poblados ribereños de 'hoyos' en el entorno madrileño. Un modelo de asentamiento de la Edad del Bronce Peninsular", en M.ª R. García Huerta y J. Morales Hervás (eds.): *La Península Ibérica en el II Milenio A. C.: poblados y fortificaciones*, Humanidades, 77, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, pp. 349-388.
- BLASCO BOSQUED, M.ª C., & BARRIO MARTÍN, J. (1987): "Excavación de dos nuevos asentamientos protohistóricos en Getafe (Madrid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27, Madrid, pp. 75-144.
- BLASCO BOSQUED, M.ª C., BAENA PREYSLER, J., & RECUERO, V. (1994): "Los asentamientos", en C. Blasco Bosqued (ed.): *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 47-73.
- BLASCO BOSQUED, M.ª C., BAENA PREYSLER, J., LUCAS PELLICER, M.ª R. & CARRIÓN SANTAFÉ, E., 2001, "La espada de La Perla. Una pieza excepcional conocida a través de la obra de José Pérez de Barradas", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 11, Madrid, pp. 69-84.
- BLASCO BOSQUED, M.ª C., CALLE PARDO, J., & SÁNCHEZ-CAPILLA ARROYO, M.ª L., (1991): "Yacimiento del Bronce Final y de época romana en Perales del Río (Getafe, Madrid)", *Arqueología, Paleontología y Etnología*, 1, Series de la Consejería de Cultura de la comunidad de Madrid, Madrid, pp. 38-147.
- (1995): "Fecha de C14 de la fase Protocogotas I del yacimiento del Caserío de Perales del Río", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*. Universidad Autónoma de Madrid, 22, Madrid, pp. 83-99.
- (1996): "El campaniforme puntillado geométrico de la Meseta a partir de los datos del yacimiento de la Fábrica de Ladrillos de PRERESA (Getafe, Madrid)", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 17, Castelló, pp. 61-73.
- BLASCO BOSQUED, M.ª C., LUCAS PELLICER, M.ª R., & ALONSO, A. (1983): "Nuevo yacimiento prehistórico en la provincia de Madrid: El cerro de San Antonio", *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp. 267-276.
- BLASCO BOSQUED, M.ª C., RECUERO, V., AYLLÓN J., & BAENA PREYSLER, J. (1988-1989): "Novedades sobre el horizonte campaniforme en la región de Madrid", *Zephyrus*, XLI-XLII, Salamanca, pp. 199-227.

- BLASCO BOSQUED, M.^a C., & ROVIRA LLORENS, S. (1992-1993): "La metalurgia del cobre y del bronce en la región de Madrid". *Tabona*, VII, Universidad de La Laguna, pp. 397-415.
- BLASCO BOSQUED, M.^a C., SÁNCHEZ-CAPILLA ARROYO, M.^a L., CALLE PARDO, J., ROBLES, F. J., GONZÁLEZ, V. M., & GONZÁLEZ, A. (1991): "Enterramientos del horizonte Protocogotas en el valle del Manzanares", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18, Madrid, pp. 55-112.
- BOHIGAS, R., CAMPILLO CUEVA, J., & CHURRUCA, J. A. (1984): "Carta Arqueológica de la provincia de Burgos. Partidos judiciales de Sedano y Villarcayo", *Kobie*, 14, Bilbao, pp. 7-91.
- BOSCH-GIMPERA, P. (1915-1920): "La Cova del Boquique a Plasencia", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, 14, Barcelona.
- (1932): *Etnología de la Península Ibérica*, Editorial Alpha, Barcelona.
- (1942): "Two celtic waves in Spain", *Papers of British Academy*, London.
- (1961): "Los problemas del Neoneolítico Peninsular y el Simposio de 1959", *Zephyrus*, XII, Salamanca, pp. 48-49.
- BRÉZILLON, M. N. (1968): "La dénomination des objets de pierre taillée. Matériaux pour un vocabulaire des préhistoriens de langue française", *Gallia Préhistoire*, IV supplément, C.N.R.S., pp. 86-93.
- BRIARD, J. (1965): *Les Depots Bretons et l'Age du Bronze Atlantique*, Travaux du Laboratoire d'Anthropologie Préhistorique de la Faculté des Sciences de Rennes, Rennes.
- BRIARD, J., & MOHEN, J. P. (1983): *Typologie des objets de l'Age du Bronze. Fascicule II; poignards, hallebardes, pointes de lance, pointes de flèche, armement défensif*, París.
- BROTO MONTÓN, F. J. (1988): "Avance al estudio de los materiales del yacimiento de la Edad del Bronce de Zafrales, en Fraga (Huesca)", *Bolskan*, 5, Huesca, pp. 201-248.
- BURILLO MOZOTA, F. (1997): "El sistema ibérico turolense durante el segundo milenio A.C.", *Saguntum*, 30, Homenaje a Milagros Gil-Mascarell Boscá, vol. II, Valencia, pp. 29-58.
- BURILLO MOZOTA, F., IBAÑEZ, J., & POLO, C. (1993): *Ficha General de Yacimientos de la Carta Arqueológica de Aragón I: Localización y descripción física del yacimiento y su entorno*, C.I.A.A. II, Teruel.
- BURILLO MOZOTA, F., JUSTE, N., PEÑA, J. L., PERALES, P., PORRO, J., PICAZO, J., RUIZ, E., & SANCHO, A. (1984): "El estudio sincrónico y diacrónico del poblamiento y el territorio: El proyecto interdisciplinar de Mora de Rubielos (Teruel)", *Arqueología Espacial*, 1, Teruel, pp. 187-205.
- BURILLO MOZOTA, F., & PEÑA MONNE, J. L. (1984): "Modificaciones por factores geomorfológicos en el tamaño y ubicación de los asentamientos primitivos", *Arqueología Espacial*, 1, Teruel, pp. 91-105.
- BURILLO MOZOTA, F., & PICAZO MILLÁN, J. (1991-1992): "Cronología y periodización de la Edad del Bronce en la provincia de Teruel", *Kalathos*, 11-12, Teruel, pp. 43-89.
- BURGESS, C. (1978): "The background of early metalworking in Ireland and Britain", *The origins of metallurgy in Atlantic Europe. Proceedings of the fifth Atlantic Colloquium*, Dublin, pp. 207-214.
- BUTTLER, W., (1936): "Pits and Pit-dwellings in Southeast Europe", *Antiquity*, 10, pp. 25-36
- CABALLERO ARRIBAS, J., PORRES, F., & SALAZAR, A. (1993): "El campo de fosas de 'El Cogote' (La Torre, Ávila)", *Numantia*, 4, pp. 93-110.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1929): "Cerámica de la segunda mitad de la época del Bronce en la Península Ibérica", *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, VIII, pp. 205-245.
- (1930): *Excavaciones de Las Cogotas. Cardenosa (Ávila). I. El Castro*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 110.
- CALONGE CANO, G. (1987): "La morfogénesis del valle arenoso de un afluente del Duero en el Sur de la provincia de Valladolid: El río Valcorba", *X Congreso Nacional de Geografía*, AGE. Comunicaciones, Vol. I, Zaragoza, pp. 5-14.
- (1995 a): "Rasgos básicos del medio físico correspondiente al territorio vacceo del valle medio del Duero", en Delibes, G., Romero, F., y Morales, A. (Eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp. 19-46.
- (1995 b): "Interpretación de los resultados de las investigaciones medioambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero", en Delibes, G., Romero, F., y Morales, A. (Eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp. 529-539.

- CALLEJA GONZÁLEZ, M. V. (1976-1977): "Cerámicas de repoblación de Tariego de Cerrato (Palencia)", *Sautuola*, II, Santander, pp. 383-391.
- CAMPANO LORENZO, A., & ESCRIBANO VELASCO, C. (1987): *Colección arqueológica de D. Pablo Zalama Torres, depositada en el Museo Arqueológico Provincial de Valladolid*, Informe mecanografiado depositado en el Servicio Territorial de Cultura y Turismo de Valladolid (Inédito).
- CAMPILLO CUEVA, J. (1985): "Memoria de las excavaciones realizadas en el término de Tablada de Rudrón (Burgos). El túmulo campaniforme de Tablada de Rudrón (Burgos)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 26, Madrid, pp. 9-86.
- (1988): "El molde de fundición de San Martín de Ubierna", *Kobie* (Serie Paleoantropología), XVII, Bilbao, pp. 275-276.
- CARRASCO RUS, J., PACHÓN ROMERO, J. S., PASTOR, M. & GÁMIZ, J. 1987: *La Espada del Cerro de la Mora y su contexto arqueológico. Nuevas aportaciones para el conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el Sureste Peninsular*. Zafayona, Granada.
- CARRILERO MILLÁN, M., & MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G. (1985): "El yacimiento de Guta (Castro Río, Córdoba) y la prehistoria reciente en la campiña cordobesa", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, Granada, pp. 187-223.
- CASADO LÓPEZ, M.^a P., & HERNÁNDEZ, J. A. (1979): "Materiales del Bronce Final en la Cueva de Los Lagos (Logroño)", *Caesaraugusta*, 47-48, Zaragoza, pp. 97-122.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1993): "De la Protohistoria Navarra: La Edad del Hierro", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1, Pamplona, pp. 121-175.
- CASTILLO YURRITA, A. del (1943): "Cronología de la cultura del vaso campaniforme en la Península Ibérica", *Archivo Español de Arqueología*, XVI, pp. 388-435.
- (1947): "El Neoeolítico", *Capítulo IV del tomo I de la Historia de España dirigida por D. R. Menéndez Pidal*, Madrid, pp. 489-714.
- (1953): "Las tres capas de la cueva de La Mora de Somaén (Soria)", *Archivo de Prehistoria Levantina*, IV, 2, Valencia, pp. 135-151.
- (1954): "El vaso campaniforme", *Actas del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protobhistóricas*, Madrid
- (1956): "El vaso campaniforme cordado en la Península Ibérica", *Actas del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protobhistóricas*, Zaragoza.
- CASTRO MARTÍNEZ, P., LULL, V., & MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c.2800-900 cal ANE)*, British Archaeological Reports (International Series), 652, Oxford.
- CASTRO MARTÍNEZ, P., MICÓ, R. & SANAHUJA, M. E. (1995): "Genealogía y cronología de la Cultura Cogotas I. El estilo cerámico y el grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXI, Valladolid, pp. 51-118.
- CAVA, A. C. (1984): "La industria lítica en los dólmenes del País Vasco Meridional", *Veleia*, 1, Vitoria, pp. 51-145.
- (1986): "La industria lítica de la prehistoria reciente en la cuenca del Ebro", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 5, Zaragoza, pp. 5-72.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1985): *Poblamiento Prehistórico y Protobhistórico de Valle Medio del río Esla*, Memoria de Licenciatura leída en la Universidad de León, inédita.
- (1993): en Grau Lobo, L. (coord.), *Guía/catálogo de 100 piezas*. Museo de León, León.
- CENICEROS HERREROS, F. J., & BARRIOS GIL, I. (1988): "Reinterpretación de las estratigrafías y ajuares arqueológicos de Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, La Rioja)", *Cuadernos de Investigación Histórica, Brocar*, 14, Logroño, pp. 53-102.
- CERDEÑO SERRANO, M.^a L. (1978): "Notas sobre algunas cerámicas campaniformes de Alcolea de las Peñas (Guadalajara)", *Wad-Al-Hayara*, 5, Guadalajara, pp. 35-48.
- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. (1990): "La aplicación de las teorías de lugar central al territorio romano de Augusta Emerita", *Arqueología Espacial*, 12, Teruel, pp. 197-204.
- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. & FERNÁNDEZ CORRALES, J. M. (1980): "Contribución al estudio del asentamiento romano en Extremadura. Análisis espacial aplicado al sur de Trujillo", *Norba*, 1, Cáceres, pp. 157-175.
- CESAR MORÁN, P. (1924): "Excavaciones arqueológicas en el cerro del Berrueco (Medinilla, Ávila. El Tejado y Puente de Congosto, Salamanca)", *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, n.º 65.
- CHAPA BRUNET, T., LÓPEZ GARCÍA, A., MARTÍNEZ NAVARRETE, M.^a I. (1979): El poblado de la Edad del Bronce de "El Recuenco" (Cervera del Llano), *Arqueología Conquense*, IV, Cuenca.
- CLARK, G. A. (1979): "The North Burgos Archaeological Survey. Bronze and Iron Age Archaeology on the Meseta del Norte (Province of Burgos, North-Central Spain)", *Anthropological Research Papers*, 19, Tempe.

- CLARKE, D. L. (1977): "Spatial information in archaeology", en Clarke, D. L. (ed.): *Spatial Archaeology*, Academic Press. London, pp. 1-32.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, Publications du Centre Pierre Paris. Collection de la Maison des Pays Ibériques, n° 20, París.
- COLMENAREJO HERNÁNDEZ, R., SÁNCHEZ MESEGUER, J., & VALVERDE GONZÁLEZ, M. A. (1988): "Las cerámicas del "Complejo B" del Cerro de la Encantada. El proyecto Arqueos", *Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas*, Toledo, pp. 169-178.
- CORCHÓN RODRÍGUEZ, S. (1972): "La estratigrafía de la Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, Logroño)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*. (Prehistoria), 1, Madrid, pp. 57-107.
- CORROBLES, J., MUÑOZ, K., & RODRÍGUEZ, S. (1994): "Poblamiento durante la Edad del Bronce en la Cuenca Media del río Tajo", *La Edad del Bronce en Castilla la Mancha, Actas del Simposio 1990*, Toledo, pp. 173-200.
- CRiado BOADO, F. (Dir.) (1992): *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales*. (Campaña de 1987, 1988 y 1989), *Arqueología/Investigación*, 6, La Coruña.
- CRiado BOADO, F., BONILLA RODRÍGUES, A., CERQUEIRO LANDING, D., GONZÁLEZ MÉNDEZ, M., MÉNDEZ FERNÁNDEZ, F., & PENEDO ROMERO, R. (1988): "Proyecto Bocelo-Furelos: Arqueología del Paisaje y Prospección intensiva en Galicia, Trabajos de Antropología e Etnología", XXVIII, I, (Fasc. 1-2), *Coloquio de Arqueología do Noroeste Peninsular*, Porto, pp. 241-250.
- CRESPO CANO, M.^a L. (1992): "Pico Buitre y el Bronce Final en el Valle del Henares", *Memorias del Seminario de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá de Henares, III. La celtización del Tajo superior*, pp. 56-65.
- CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (1997): "Nuevos puñales de remaches de bronce procedentes de La Mesa de Carpio (Villagonzalo de Tormes, Salamanca)", *Zephyrus*, L, Salamanca, pp. 263-272.
- CRUZ SÁNCHEZ, P. J., & QUINTANA LÓPEZ, J. (1999): "Reflexiones sobre la metalurgia de Baiões-Vénat en el interior de la submeseta norte y su relación con los contextos del tránsito del bronce al hierro", en Balbín, R., y Bueno, P. (eds.), *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular, t. III. Primer Milenio y Metodología*, Zamora, pp. 161-170.
- CHARLES, J. A. (1967): "Early arsenical bronzes: a metallurgical view", *American Journal of Archaeology*, LXXI, pp. 21-26.
- DECHELETTE, J. (1910): *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*. París.
- DELGADO LÓPEZ, L. M.^a (2002): *Gomeznarro. Hoyo de la Mota*, Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1973): "Nuevos hallazgos de la Edad del Bronce en la Meseta Norte", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIX, Valladolid, pp. 388.
- (1977): "El vaso campaniforme en la Meseta Norte española", *Studia Archaeologica*, 46, Valladolid.
- (1978 a): "Reinterpretación del ajuar campaniforme de Villar del Campo. Nuevos elementos de juicio para la valoración de la incidencia centroeuropea en el mundo de Ciempozuelos", *Celtiberia*, vol. XXVIII (n.º 56), pp. 267-286.
- (1978 b): "Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)", *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp. 225-250.
- (1979): "Hallazgo campaniforme en Villaverde de Iscar, Segovia. Las variedades campaniformes contemporáneas de Ciempozuelos en la Meseta Norte", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLV, Valladolid, pp. 5-18.
- (1980): "Un gran vaso inciso de la Edad del Bronce procedente de Piña de Esgueva (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVI, Valladolid, pp. 133-137.
- (1983): "Grup cultural Las Cogotas I: una visió crítica", *Tribuna d'arqueologia*, pp. 85-92.
- (1985): "El Neolítico: los comienzos de la agricultura y la ganadería en la Meseta", en *La Prehistoria del valle del Duero. Historia de Castilla y León*, vol. 1, Ámbito, Valladolid, pp. 22-35.
- (1987): "Sobre los enterramientos del Grupo Campaniforme de Ciempozuelos. Diversidad y Tradición", en M. Fernández-Miranda (Ed.): *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*, Oviedo, vol. II, Seminario de la Fundación Ortega y Gasset, Oviedo, pp. 37-51.
- (1988): "La Edad del Bronce", en G. Delibes y otros: *La colección arqueológica del Padre Saturio González en Santo Domingo de Silos*. Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Burgos, Burgos, pp. 33-91.

- (1993): “Sal y Jefaturas: una reflexión sobre el yacimiento del Bronce Antiguo de Santioste, en Villafáfila (Zamora)”, *Brigecio. Revista de Estudios de Benavente y sus tierras*, 3, pp. 33-46.
- (1995 a): “Ávila, del Neolítico al Bronce”, en M.ª Mariné (Coord.), *Historia de Ávila (t. I. Prehistoria e Historia Antigua)*, Ediciones de la Institución “Gran Duque de Alba”, Excma. Diputación de Ávila, Ávila. pp. 21-92.
- (1995 b): “El Amanecer de la Historia”, en García Simón, A. (Dir.) *Historia de una Cultura*, I, Valladolid, p. 125.
- (1995 c): “Neolítico y Edad del Bronce”, en G. Delibes, S. Moreta, J.I. Gutiérrez y M.A. Mateos (Coords.): *Historia de Zamora. Tomo I. De los orígenes al final del Medievo*, Diputación de Zamora. Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Caja España, Zamora, pp. 47-100.
- (1997): “Prehistoria y Protohistoria”, en Wattenberg García, E. (Coord.) *Guía. Colecciones. Museo de Valladolid*, Junta de Castilla y León, Salamanca, pp. 49-104.
- (2000-2001): “Del Bronce al Hierro en el Valle medio del Duero: Una valoración del límite Cogotas I-Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto”, *Zephyrus*, LIII-LIV, Salamanca, pp. 293-309.
- (2003): “Antes de Pintia. Notas sobre el poblamiento prehistórico en el entorno de Padilla de Duero”, en Sanz Mínguez, C., y Velasco Vázquez, J. (Eds.): *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*, Universidad de Valladolid, pp. 23-42.
- DELIBES DE CASTRO, G., AVELLÓ J. L. & ROJO GUERRA M. A. (1982): “Espadas del Bronce Antiguo y Medio halladas en la provincia de León”, *Zephyrus*, XXXIV-XXXV, Salamanca, pp. 153-164.
- DELIBES DE CASTRO, G., & ESPARZA ARROYO, A. (1985): “Neolítico y Edad del Bronce”, *Historia de Burgos. Edad Antigua*, Tomo 1, Burgos, p. 149.
- DELIBES DE CASTRO, G., & FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1981): “El castro protohistórico de La Plaza en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVII, pp. 51-70.
- (2000): “La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta Norte española: principales hitos de un proceso”, en *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*, vol. IV, Vila Real, 1996, Porto, pp. 95-122.
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. & HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. (1999): “Submeseta Norte”, en Delibes de Castro, G. & Montero Ruiz, I. (Coord.) *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II. Estudios Regionales*, Madrid, pp. 63-94.
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., & RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (1990): “Cerámica de la plenitud Cogotas I: El yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid)”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI, pp. 64-105.
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., SANTIAGO PARDO, J., QUINTANA LÓPEZ, J., CENTENO CEA, I., MOLINA MÍNGUEZ, M., CRUZ SÁNCHEZ, P., VILLADANGOS GARCÍA, L. M., & VILLANUEVA ZUBIZARRETA, O. (1998 a): *Primeras excavaciones arqueológicas en el Castillo de Peñafiel (Valladolid)*, 3 tomos (*Memoria / Diario de excavación y disección estratigráfica / Inventario de materiales*) y un bloc (*Documentación fotográfica*). Informe inédito depositado en el Servicio de Protección de Patrimonio Histórico de la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., SANTIAGO PARDO, J., QUINTANA LÓPEZ, J. (1998 b): *Segunda campaña de excavaciones arqueológicas en el Castillo de Peñafiel (Valladolid): propuesta técnica de actuación*. Informe inédito depositado en el Servicio de Protección de Patrimonio Histórico de la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., QUINTANA LÓPEZ, J., SANTIAGO PARDO, J., MOLINA MÍNGUEZ, M., CRUZ SÁNCHEZ, P., & VILLADANGOS GARCÍA, L. M. (1998 c): *Segunda campaña de excavaciones arqueológicas en el Castillo de Peñafiel (Valladolid)*, 3 tomos (*Memoria / Diario de excavación y estratigrafía / Inventario de materiales*) y un bloc (*Documentación fotográfica*). Informe inédito depositado en el Servicio de Protección de Patrimonio Histórico de la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G., & FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1986-1987): “Aproximación a la cronología del Grupo Cogotas I”, *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, pp. 17-30.
- (1988): Armas y utensilios de bronce en la Prehistoria de las Islas Baleares, *Studia Archaeologica*, 78, Valladolid.
- (1993): “Los orígenes de la civilización: El Calcolítico en el Viejo Mundo”, *Historia Universal, Prehistoria*, 5, Editorial Síntesis, Madrid.

- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D., MARTÍN MORALES, C., ROVIRA, S., & SANZ, M. (1989): "Almizaraque (Almería): Minería y metalurgia calcolíticos en el Sureste de la Península Ibérica", en Domergue, C. (ed.), *Coloquio Internacional sobre Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, T. I., Madrid, 81-94.
- DELIBES DE CASTRO, G., & MUNICIO GONZÁLEZ, L. (1981): "Apuntes para el estudio de la secuencia campaniforme en el oriente de la Meseta Norte", *Numantia*, I, pp. 65-82.
- DELIBES DE CASTRO, G., & PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J. (2002): "Prehistoria de Palencia", en *Historia de Palencia (1). De la Prehistoria a la Época Medieval*, Ediciones Cálamo, Palencia, pp. 13-66.
- DELIBES DE CASTRO, G., & ROMERO CARNICERO, F. (1992): "El último Milenio a.C. en la cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural", en Almagro Gorbé, M. y Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Actas de la Reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense*, Madrid, 13-15 de diciembre, 1989, *Complutum*, 2-3, pp. 233-258.
- DELIBES DE CASTRO, G., & RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (2003): "La arqueología de Silos punto de partida de las investigaciones sobre prehistoria reciente en el nordeste de la meseta", *Studia Silensia*, XXVI. (Silos. Un Milenio. Actas del Congreso Internacional sobre la Abadía de Santo Domingo de Silos. II Historia), Burgos, pp. 19-60.
- DELIBES DE CASTRO, G., RODRÍGUEZ MARCOS, J. A., & SANTONJA GÓMEZ, M. (1991): "Cuatro hallazgos de oro de la Edad del Bronce en la Meseta Norte", *Trabajos de Prehistoria*, 48, Madrid, pp. 203-213.
- DELIBES DE CASTRO, G., RODRÍGUEZ MARCOS, J. A., SANZ MÍNGUEZ, C., & VAL RECIO, J. M.^a DEL, (1982): "Dólmenes de Sedano (I): El sepulcro de corredor de Cielilla", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 13, Madrid, pp. 149-196.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., & ABARQUERO MORAS, F. J. (2000): "Cerámicas excisas de discutible filiación Cogotas I en el Bronce Tardío de la Península Ibérica: Una taza de 'Estilo Duffaits' procedente de la Cueva del Asno (Los Rábanos, Soria)", *Soria Arqueológica*, 2, Homenaje a Luis Argente Oliver, pp. 97-130.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z., & SAN MIGUEL MATÉ, L. C. (1995): "Panorama Arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero Medio", en Delibes, G., Romero, F., y Morales, A., (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp. 49-146.
- DELIBES DE CASTRO, G., & SANTONJA GÓMEZ, M. (1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, Salamanca.
- DELIBES DE CASTRO, G., VIÑÉ ESCARTÍN, A., & SALVADOR VELASCO, M. (1998): "Santioste. Una factoría salinera de los inicios de la Edad del Bronce en Otero de Sarragos (Zamora)", en Delibes, G. (Coord.) *Minerales y metales en la Prehistoria Reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*, *Studia Archaeologica*, 88, Valladolid, pp. 155-197.
- DENNELL, P. (1980): "The use, abuse and potencial of site catchment analysis", *L'Antropologye*, 10, Los Angeles.
- DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. (1994): *La Edad del Bronce en la provincia de Cuenca*, *Arqueología Conquense*, 13, Diputación Provincial de Cuenca, Cuenca.
- DÍAZ DEL RÍO, P. (2001): "La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenios BC". *Arqueología, Paletnología y Etnografía*, 9, Comunidad de Madrid, Madrid.
- DÍAZ DEL RÍO, P., & CONSUEGRA, S. (1999): "Primeras evidencias de estructuras de habitación y almacenaje enolíticas en el entorno de la campiña madrileña: El yacimiento de La Deseada (Rivas-Vaciamadrid)". *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*, Saguntum (PLAV), Extra-2, pp. 251-257.
- DÍAZ DEL RÍO ESPAÑOL, P., CONSUEGRA, S., PEÑA CHOCARRO, L., MÁRQUEZ, B., SAMPEDRO, C., MORENO, R., ALBERTINI, D., & PINO, B. (1997): "Paisajes agrarios prehistóricos en la Meseta peninsular: el caso de 'Las Matillas' (Alcalá de Henares, Madrid)", *Trabajos de Prehistoria*, 54 (2), Madrid, pp. 93-111.
- DÍAZ ORTELLS, J., & CARLUS MARTÍN, X. (1997): "El yacimiento de Can Ballarà (Terrassa, Vallès Occidental). Las inhumaciones en fosa tipo silo del Bronce Inicial en Catalunya", en Balbín, R. de y Bueno P. (eds.), *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, t. II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Zamora, pp. 591-604.
- DUNNELL, R. C., & DANCEY, W. S. (1983): "The site-less survey: a regional data collection strategy", en Schiffer, M. B. (ed.): *Advances in Archaeological Method and Theory*, 6, Academic Press, New York, pp. 267-287.
- EIROA GARCÍA, J. J. (1973): "Noticia de un yacimiento de la Edad del Bronce en Aldeagordillo (Ávila)", *Congreso Nacional de Arqueología*, XII, pp. 233-240.

- 466 — (1979): *La Cueva del Asno. Los Rábanos (Soria). Campaña de 1976-1977*, Excavaciones Arqueológicas en España, 107, Madrid.
- EIROA GARCÍA, J. J., & BACHILLER, J. A. (1985): "Informe de la IV Campaña de Excavaciones Arqueológicas en el poblado y necrópolis de la Loma de los Brunos de Caspe", *Bajo Aragón Prehistoria*, VI, Caspe, pp. 147-194.
- ENGUIX ALEMANY, R. (1981 a): "Tipología de la cerámica de la Cultura del Bronce Valenciano", *Saguntum*, 16, Valencia, pp. 63-73.
- (1981 b): "Queseras halladas en los yacimientos del Bronce Valenciano", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI, Valencia, pp. 251-280.
- ENRÍQUEZ NAVASCÚES, J. J. (1989): *Los poblados calcolíticos de la Cuenca media del Guadiana. Aproximación al estudio de los comprendidos entre las Vegas Altas y Bajas del Guadiana (La comarca de Mérida)*, Colección Tesis Doctorales, n° 96/89, Universidad Complutense de Madrid.
- ESCRIBANO VELASCO, M.^a, C., & OLMO MARTÍN, J., del, (1988): *Informe sobre la excavación de urgencia realizada en el yacimiento arqueológico de "Fuente de Boecillo", Boecillo (Valladolid)*. Informe mecanografiado –inédito– depositado en la Delegación del Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León de Valladolid.
- ESCRIBANO VELASCO, C., BALADO PACHÓN, A., REPISO COBO, S. & RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (1998): "La fortaleza altomedieval del Pico del Castro en Quintanilla de Arriba (Valladolid)", *Actas del I Congreso de Castellología Ibérica, Diputación Provincial de Palencia, Palencia*, pp. 313-334.
- ESCUDERO NAVARRO, Z., & BALADO PACHÓN, A., 1986-1987, "Ficha del Inventario Arqueológico de Castilla y León. El Pico del Castro (Quintanilla de Arriba)", Ficha inédita mecanografiada depositada en el Servicio Territorial de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León de Valladolid, Valladolid.
- ESPARZA ARROYO, A. (1990): "Sobre el ritual funerario de Cogotas I", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI, Valladolid, pp. 106-143.
- ESTEVE GÁLVEZ, F. (1975): "Un poblado de la Edad del Bronce en la Ribera de Cabanes", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 2, Castellón, pp. 65-74.
- FABÍAN GARCÍA, J. F. (1992): "El enterramiento campaniforme del túmulo 1 de Aldeagordillo (Ávila)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, Valladolid, pp. 97-132.
- (1993): "La secuencia cultural durante la Prehistoria reciente en el sur de la Meseta Norte española", *Trabajos de Antropología e Etnología*, 33 (1/2), pp. 145-178.
- (1995): *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte. El enterramiento colectivo en fosa de "El Tomillar" (Bercial de Zapardiel, Ávila) en el marco cultural de la Prehistoria reciente en el sur de la Meseta Norte española*. Acta Salmanticensis, 93. Universidad de Salamanca, Salamanca.
- (1997): *Dolmen del Prado de Las Cruces (Bermuy Salinero. Ávila)*, Arqueología en Castilla y León, Memorias 5. Junta de Castilla y León.
- FANDOS, A. J. (1973): "Nota preliminar para una tipología analítica de las hachas pulimentadas", *Munibe*, XXV, 2-4, pp. 203-208.
- FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, J. M.^a, PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., & PUERTAS GUTIÉRREZ, F. (1990): "Asentamientos del III Milenio en el Bajo Ucieza (Palencia)", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, tomo I, Palencia, pp. 71-93.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1985): "La Edad del Bronce". en *La Prehistoria del Valle del Duero. Historia de Castilla y León*, vol. 1, Ámbito, Valladolid, pp. 54-65.
- (1986): Bronce Final en la Meseta Norte española: el utilaje metálico, Valladolid.
- (1993): "Los tiempos prehistóricos", en Valdeón Barquero, J. (Coord.), Valladolid en El Mundo. La Historia de Valladolid, Valladolid, pp. 5-20.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J., & PALOMINO LÁZARO, A. L. (1991): "Cogotas I en Tierra de Campos: El yacimiento de Pórragos en Bolaños (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVII, Valladolid, pp. 63-74.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J., & ROJO GUERRA, M. A. (1986): "Notas sobre el yacimiento campaniforme de Arrabal de Portillo (Valladolid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27, Madrid, pp. 41-74.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M., (1985): "Las técnicas de muestreo en prospección arqueológica", *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, IX (3), Soria, pp. 7-47.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M., & LORRIO, A. (1986): "Relaciones entre datos de superficie y del subsuelo en yacimientos arqueológicos: un caso práctico", *Arqueología Espacial*, II, Teruel, pp. 183-198.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M., & RUIZ ZAPATERO, G. (1984): "El análisis de territorios arqueológicos: una introducción crítica", *Arqueología Espacial*, I, Teruel, pp. 55-73.

- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M., RUIZ ZAPATERO, G., MARTÍNEZ NAVARRETE, M.^a I., & MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1991): *La prospección arqueológica, El Cambio Cultural del IV al II milenio a. C. en la Comarca Noroeste de Murcia*. Vol. I. Madrid, 317-402.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D., GILMAN, A. & MARTÍN, C. (1995): "El poblamiento durante la Edad del Bronce en La Mancha oriental (prov. Albacete): hipótesis de estudio y primeros resultados", *TAE*, 35 (3), pp. 303-322.
- FERNÁNDEZ MORENO, J. J. (1991): "Dos yacimientos en cueva en el término de Soria", *Soria Arqueológica*, 1, Soria, pp. 31-46.
- FERNÁNDEZ MORENO, J. J. & JIMENO MARTÍNEZ, A. (1992): "Los Arenales de Rioseco (Soria): Consideraciones sobre la relación de cerámicas campaniformes y Cogotas I", *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana (Octubre de 1989)*, vol. I, Soria, pp. 213-222.
- FERNÁNDEZ VEGA, A. (1987): *La Edad del Bronce en el País Valenciano, Aula Abierta*, 13, U.N.E.D. Madrid.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D. (1979): "Informe de la primera campaña (1977) en la cueva de Arevalillo (Segovia)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6, pp. 53-87.
- (1980): "Los materiales de la cueva del Aire de Patones (Madrid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 10, p. 52.
- (1981): "La Cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12, Madrid, pp. 43-84.
- (1982): "Consideraciones sobre la técnica de Boquique", *Trabajos de Prehistoria*, 39, Madrid, pp. 137-159.
- (1986): "La Cultura de Cogotas I", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, pp. 475-487.
- (1986-1987): "La cerámica decorada de Cogotas I", *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, pp. 231-237.
- (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia, Arqueología Prehistórica*, 1, Editorial Síntesis, Madrid.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D., GILMAN, A., & MARTÍN, C. (2001): "Arqueología Territorial. El ejemplo del poblamiento en La Mancha Oriental", en Ruiz-Gálvez Priego, M. (coord.) *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología*, Crítica/Arqueología, Barcelona, pp. 121-137.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D., & MARTÍN MORALES, C. (1991): "El Calcolítico y la Edad del Bronce en la Meseta", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Homenaje a Emeterio Cuadrado*, 30-31, Madrid, pp. 75-86.
- FOLEY, R. (1981): *Off-site archaeology: an alternative approach for the short-sited, Pattern of the Past*. Studies in honour of David Clarke. Hodder, I., Isaac, G., y Hammond, N. (Eds.). Cambridge.
- FORTEA PÉREZ, J. (1973): *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*, Salamanca.
- GALÁN SAULNIER, C. (1998): "Sobre la cronología de Cogotas I", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 25, Madrid, pp. 201-244.
- GALLANT, J. W. (1986): "Background noise and site definition: a contribution to survey methodology", *Journal of Field Archaeological*, 13 (14), pp. 403-418.
- GALLART I FERNÁNDEZ, J., RIVES I FIGUET, J., & ROVIRA I MARSAL, J. (1986): "El jaciment del bronze de Subau a El Gaió (La Llitera)", *Ilerda*, XLVII, Lérida, pp. 49-64.
- GALVÁN MORALES, R. (1983 a): "IV. Esquema evolutivo de las distintas fases culturales de Torozos, Pisuerga y Cerrazo. A.- Prehistórico", en Mañanes, T., *Arqueología Vallisolemana, II, Torozos, Pisuerga y Cerrato (Estudios arqueológicos de la Cuenca del Duero)*, Valladolid, p. 97-125.
- (1983 b): *Los horizontes premetalúrgicos en el valle Medio del Duero (sobre su ocupación durante el III milenio a. de C.)*, Memoria de Licenciatura –inédita– leída en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, p. 70.
- GARCÉS ESTALLO, I. (1987): "Materiales arqueológicos del poblado de Masada de Ratón (Fraga, Huesca)", *Bolskan*, 3, Huesca, pp. 65-131.
- GARCÍA-GELABERT, M. P., & MORÉRE, N. (1984): "Asentamientos de la fase Cogotas I en la provincia de Segovia", *Archivo Español de Arqueología*, 57, Madrid, p. 155-166.
- GARCÍA GUINEA, M. A. (1966): "Sobre cerámicas alto-medievales de la Meseta Norte y Cantabria", *Congreso Nacional de Arqueología*, IX, (Valladolid, 1965), Zaragoza, pp. 415-418.
- GARCÍA GUINEA, M. A., GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., & MADARIAGA DE LA CAMPA, B. (1964): Excavaciones Arqueológicas en El Castellar, Villajimena (Palencia), *Excavaciones Arqueológicas en España*, 22, Madrid.
- GARIDEL, Y. 1985: "Expérimentations pratiques de technologies céramiques", *Documents d'Archéologie Méridionale*, 8, pp. 133-139.
- GARRIDO-PENA, R. (1995): "El Campaniforme en la Meseta Sur: Nuevos datos y propuestas teóricas", *Complutum*, 6, Madrid, pp. 123-151.

- (2000): “El Campaniforme en La Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2500-2000 AC.)”, *British Archaeological Reports (International Series)*, 892, Oxford.
- GARRIDO-PENA, R., & MUÑOZ LÓPEZ-ASTILLEROS, K. (2000): “Visiones sagradas para los líderes. Cerámicas campaniformes con decoración simbólica en la Península Ibérica”, *Complutum*, 11, Madrid, pp. 301-332.
- GAYA NUÑO, J. A. (1944): “Atalayas cristianas de la frontera”, *Archivo Español de Arte*, XVII, Madrid, pp. 124-130.
- GÉRLOFF, S. (1975): *The Early Bronze Age Daggers in Great Britain and reconsideration of the Wessex Culture*, *Prä-historische Bronzefunde*, VI, 2, München.
- GIL-MASCARELL, M., & PEÑA SÁNCHEZ, J. L., 1989: “La fíbula ‘ad occhio’ del yacimiento de la Mola d’Agrés”, *Saguntum*, 22, pp. 125-146.
- GILMAN GUILLÉN, A., & THORNES, J. B. (1985 a): *El uso del suelo en la prehistoria del Sureste de España*, Serie Universitaria, 227, Madrid.
- (1985 b): *Land-use and Prehistory in South-East Spain*, Londres.
- GLADFELTER, B. G. (1981): “Developments and Directions in Geoarchaeology”, *Advances in Archaeological method and Theory*, 4, pp. 343-364.
- GONZÁLEZ, J. (1974): “La extremadura castellana al mediar el siglo XIII”, *Hispania*, 127, Madrid, pp. 272-274.
- GONZÁLEZ SALAS, S. (1945): *El castro de Yecla, en Santo Domingo de Silos (Burgos)*, Inf. Mem. CGEA, 7.
- GONZÁLEZ CASARRUBIOS, C. (1979): *Narria, Estudios de Artes y Costumbres Populares*, n.º 12, febrero.
- GONZÁLEZ I PÉREZ, J.R., & RODRÍGUEZ I DUQUE, J. I. (1989): *Avanç dels resultats de l’excavació del fons de cabana de l’Edat del Bronze del Tapió a Gimennells (Alpicat, Segrià). Excavacions Arqueològiques d’Urgència a les Comarques de Lleida*, Barcelona, pp. 71-83.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1978): “Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Les Planetes, Mas d’en Serrans. Benassal (Castellón)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 5, Castellón.
- (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente, Anejo I de Lucentum, Alicante*.
- GONZÁLEZ PRATS, A., & RUIZ SEGURA, E., (1993): “Nuevos datos sobre el poblamiento Calcolítico de Les Moreres, Crevillente (Alicante). (Campañas 1988-1993)”, *Anales de Prehistoria y Arqueología 1991-92*, n.º 7-8, Murcia, pp. 17-20.
- GONZÁLEZ SÁINZ, C. 1979: “Útiles pulimentados prehistóricos en Navarra”, *Trabajos de Arqueología Navarra*, 1, pp. 149-203.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (1984-1985): “Protocogotas o el Bronce Medio de la Meseta: La Gravera de ‘Puente Viejo’ (Ávila)”, *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Salamanca, pp. 267-276.
- (1986-1987): “Transición a la Segunda Edad del Hierro”, *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, pp. 49-57.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. & FANO, M. A. (1994): “El fenómeno de la muerte en Cogotas I: una propuesta metodológica”, *Zephyrus*, XLVII, Salamanca, pp. 93-103.
- Groupe de Etudes de L’epipaléolithique-Mésolithique (G.E.E.M.) 1969: “Epipaléolithique-Mésolithique. Les microlites géométriques”, *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, t. 66, Paris.
- GUILAINE, J. (1967): *La civilisation campaniforme dans les Pyrénées françaises*. Carcassonne.
- GUSI JENER, F., & OLARIA DE GUSI, C. (1976): “La cerámica de la Edad del Bronce, de la cueva del Mas d’Abad (Coves de Vinromá), Castellón (Campaña Arqueológica 1975)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 3, Castellón de la Plana, pp. 103-116.
- (1977): “El poblado de la Edad del Bronce de Orpesa la Vella (Orpesa del Mar, Castellón)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 4, Castellón de la Plana, pp.81-100.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1995): “El origen de la huerta de Orihuela entre los siglos VII y XI: Una propuesta arqueológica sobre la explotación de las zonas húmedas del Bajo Segura”, *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, n.º 593, Murcia, pp. 65-94.
- GUTIÉRREZ PALACIOS, A. (1962): “El poblado eneolítico de la Peña del Bardal, Diego Álvaro (Ávila). Campaña de 1958”, *Congreso Nacional de Arqueología*, VII, pp. 162-168.
- HAGGET, P. 1973: *L’analyse spatiale en géographie humaine*, Paris.
- HARRISON, R. J. (1977): *The bell beakers cultures of Spain and Portugal*, American School of Prehistoric Research, Peabody Museum Harvard University, Bull n.º 35, Cambridge.
- (1980): *The Beaker Folk. Copper Age archaeology in Western Europe*, London, Thames and Hudson.
- HARRISON, R. J., AGUILERA ARAGÓN, I., & MORENO LÓPEZ, G. (1990): “Excavaciones Arqueológicas en un poblado de la Edad del Bronce en ‘Siete Cabezos’ (Magallón, Prov. Zaragoza)”, *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XXIII-XXIV, Borja, pp. 31-59.

- HARRISON, R. J., ANDRÉS RUPÉREZ, M.^a T., & MORENO LÓPEZ, G. (1998): *Un poblado de la Edad del Bronce en El Castillo (Frias de Albarracín, Teruel)*. British Archaeological Reports (International Series), 708, Oxford.
- HARRISON, R. J., & MEEKS, N. D. (1987): "Gloss on flint tools from the Bronze Age settlement of Moncín, Borja (Zaragoza)", *Madridrer Mitteilungen*, 28, Mainz am Rhein, pp. 44-50.
- HARRISON, R. J., MORENO LÓPEZ, G., & LEGGE, A. J. (1984): *New aspects of the Bronze Age in Aragón: Excavations at Moncín, Borja (Prov. Zaragoza)*, Spain. The Deya Conference of Prehistory. Early Settlement in the Western Mediterranean Islands and their Peripheral Areas. B. A. R. International Series. 229. III. pp. 1085-1092. Waldren, W. H., Chapman, R., Lewthwaite, J. y Kenard, R. X. (Eds.).
- (1987): "Moncín: Poblado prehistórico de la Edad del Bronce (I)", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 29, Madrid, pp. 9-102.
- HARRISON, R. J., MORENO LÓPEZ, G., & LEGGE, A. J. (1994): *Moncín: Un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*, Colección Arqueológica, 16, Diputación General de Aragón, Zaragoza.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (1994): "Consideraciones sobre los conceptos de encastillamiento y fortificaciones en la Edad del Bronce del País Valenciano a propósito de algunos poblados del Vinalopó", *Fortificaciones y castillos de Alicante*, Petrer, pp. 19-47.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S., SIMÓN GARCÍA, J. L., & LÓPEZ MIRA, J. A. (1994): *Agua y Poder. El Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete)*. Excavaciones 1986/1990. Patrimonio Histórico – Arqueología Castilla-La Mancha, 9, Toledo.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A. (1982): *Las ruinas de Inestrillas*. Estudio Arqueológico. Aguilar del Río Alhama. La Rioja. Logroño.
- HERNÁNDEZ Y ALEJANDRO, F. (1905-1906): "Excavaciones en las Quintanas", *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, vol. II, pp. 510-511.
- HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. (1988): *Informe de la excavación arqueológica de urgencia realizada en la Cueva de Valdeleperra en Cogeces del Monte (Valladolid)*, Texto mecanografiado –inédito– depositado en la Delegación de Cultura y Bienestar Social de la Junta de Castilla y León (Valladolid).
- (1986): *El yacimiento calcolítico de Los Cercados en Mucientes. Sobre los comienzos de la metalurgia en el Valle Medio del Duero*, Memoria de Licenciatura, inédita, leída en la Universidad de Valladolid.
- HERRÁN MARTÍNEZ, J. I., IGLESIAS MARTÍNEZ, J. C., & PALOMINO LÁZARO, A. L. (1993): "Intervención arqueológica de urgencia en el yacimiento de la Edad del Cobre de Santa Cruz. (Roa de Duero, Burgos)", *Numantia*, 4, pp. 27-40.
- HERRÁN MARTÍNEZ, J. I., IGLESIAS MARTÍNEZ, J. C., & MORATINOS GARCÍA, M. (1993): "De nuevo sobre las industrias con foliáceos: Fuente de Las Pocillas (Mucientes, Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIX, Valladolid, pp. 47-68.
- HERRÁN MARTÍNEZ, J. I., & SANTIAGO PARDO, J. (1989): "Un puñal de cobre precampaniforme de Muriel de Zapardiel (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIX, Valladolid, pp. 204-205.
- HIGGS, E. S. 1975: *Palaeoeconomy*, Londres.
- HIGGS, E. S., & VITA-FINZI, C. (1972): *Prehistoric economies: a territorial approach*, *Papers in economic prehistory*, en E. S. Higgs (Ed.), Cambridge, pp. 27-37.
- HIPÓLITO CORREIA, V. N. (1988): "Un punhal do Bronze Final de Arraiolos", *G.E.A.P., Arqueologia*, 17, pp. 201-203.
- HODDER, I., & ORTON, C. (1990): *Análisis espacial en arqueología*, Barcelona.
- HORTA PEREIRA, M. A. (1971): "O esconderijo do Bronze Final de Coles Samuel (Soure)", *Arqueología e História*, III, Lisboa, pp. 165-181.
- HURTADO, V., & AMORES, F. (1982): "Relaciones culturales entre el Sudeste francés y La Pijotilla (Badajoz) en el Calcolítico: las pastillas repujadas y el Campaniforme Cordado", *Habis*, 13, pp. 189-209.
- IGLESIAS MARTÍNEZ, J. C., ROJO GUERRA, M. A. & ÁLVAREZ PERIÁNEZ, M.^a V. (1996): "Estado de la cuestión sobre el Neolítico en la Submeseta Norte", *Actes del I Congrès del Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles*, (Gavá-Bellaterra, 27-29, marzo de 1995), Rubricatum, 1 (2), pp. 721-734.
- JALHAY, E. (1944): *O "esconderijo" Pre-historico de Pôrto do Concelho (Maçao, Beira Baixa)*, Brotéria, XXXIV, Lisboa, pp. 263-277.

- 470 JALHAY, E., & PAÇO, A. DO. (1945): *El castro de Vilanova de Sao Pedro*, tirada aparte de Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, XX.
- JARA ANDÚJAR, M.^a D., JORDÁN MONTES, J. F., LÓPEZ LIMIA, B., RUIZ PARRA, M. (1988): *Poblamiento de la Edad del Bronce en el río Mundo: Agra 6 y 7*, Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2), Toledo, pp. 45-62.
- JARMAN, M. R., et alii, 1972: "A territorial model in Archaeology: a behavioural and geographical approach", *Models in Archaeology*, Methuen, pp. 705-733.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (1984): *Los Tolmos de Caracena (Soria). Campañas de 1977, 1978 y 1979. Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*, Excavaciones Arqueológicas en España, 134, Madrid.
- (1988): "La investigación del Bronce Antiguo en la Meseta Superior", *Trabajos de Prehistoria*, 45, Madrid, pp. 103-121.
- (2001): "El modelo de trashumancia aplicado a la Cultura de Cogotas I", en Ruiz-Gálvez Priego, M., (Coord.). *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España?*, Crítica/Arqueología, Barcelona, pp. 139-180.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., & FERNÁNDEZ MORENO, J. J. (1983): "Nuevo yacimiento con cerámica campaniforme en Garray (Soria)", *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, VII (3), Soria, pp. 25-35.
- (1985): "La Pedriza de Ligos (Soria): Nuevas bases para su interpretación", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LI, Valladolid, pp. 159-174.
- (1991 a): "El yacimiento de La Mesta en La Atalaya (Renieblas-Soria)", *Soria Arqueológica*, 1, pp. 47-68.
- (1991 b): "Los Tolmos de Caracena (Soria). Campañas 1981 y 1982. Aportación al Bronce Medio de la Meseta", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 161, Madrid.
- (1992): "El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios", *II Symposium de Arqueología Soriana*. I, Soria, pp. 71-101.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., FERNÁNDEZ MORENO, J. J., & REVILLA ANDIA, M.^a L. (1988): "Asentamientos de la Edad del Bronce en la Provincia de Soria: Consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30, Madrid, pp. 83-119.
- JOVER MAESTRE, F. J., LÓPEZ MIRA, J. A., & LÓPEZ PADILLA, J. A. (1995): *El poblamiento durante el II Milenio a.C. en Villena (Alicante)*, Villena.
- JUSTE ARRUGA, M.^a N. (1990): *El poblamiento de la Edad del Bronce y Primera Edad del Hierro en Mora de Rubielos (Teruel)*, Monografías Arqueológicas del S.A.E.T., 3, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, Teruel.
- LAPLACE, G. (1974): *La typologie analytique et structural: Base rationnelle d'étude des industries lithiques et osseuses*, Les banques de données archéologiques. Colloques Nationaux du C.N.R.S., 932, Paris. pp. 91-143.
- LEWACH, D. E., & O'BRIEN, M. J. (1981): "The Expanding Role of Surface Assenblages in Archaeological Research", *Advances in Archaeological Method and Theory*, 4, pp. 297-342.
- LEISNER, V. (1964): "Primeras fechas de radiocarbono 14 para la cultura megalítica ibérica", *Congreso Nacional de Arqueología*, VIII, (Sevilla-Málaga, 1963), Zaragoza, pp. 207-215.
- LEISNER, G., & LEISNER, V. (1959): *Die Megalitgräber der Iberischen Halbinsel, Der Westen*, Madrider Forschungen, 1, 2, Berlin.
- LEISNER, V., ZBYSZEWSKI, G., & VEIGA FERREIRA, O. da (1969): *Les monuments préhistoriques de Praia das Maças et de Casainhos*, Memórias dos Serviços Geológicos de Portugal, 16, Lisboa.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE, A. (1983): "Campos de depósitos en hoyos y depósitos en cuevas", *Museo Arqueológico de Álava*, Vitoria, pp. 101-108.
- (1991): "Excavaciones en la cavidad de Solacueva de Lakozmonte (Jócana-Álava). Campaña de 1980-1981", *Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología*, 4, San Sebastián, pp. 121-155.
- (1991a): "Dos nuevos yacimientos del horizonte Cogotas I, en Álava. El depósito en hoyo de 'La Paul' y Cueva de Los Goros", *Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología*, 4, San Sebastián, pp. 219-238.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE, A., & FERNÁNDEZ DE MEDRANO, D., (1968): "Necrópolis de hoyos de incineración en Álava", *Estudios de Arqueología Alavesa*, III, Vitoria, pp. 45-72.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE, A., & VEGAS, J. I. (1974): "Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de la cerámica". *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI, Vitoria, pp. 265-313.
- LLOBREGAT CONESA, E. (1966): "Avance a una clasificación tipológica de las cerámicas del Bronce Valenciano: La colección del Museo Arqueológico Provincial de Alicante", *Congreso Nacional de Arqueología*, IX (Valladolid, 1965), Zaragoza, pp. 129-134.

- (1969): “El poblado de la cultura del Bronce Valenciano de la Serra Grossa, Alicante”, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 6, pp. 31-70.
- (1973): “Del fin del Neolítico de cerámicas impresas al comienzo de la Edad del Bronce en la región valenciana. Precisiones sobre cronología absoluta”, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 9, Valencia, pp. 3-10.
- LÓPEZ AMBITE, F. (2003): “El poblamiento de Cogotas I en el valle de los ríos Agujeiro y Riaza (Segovia)”, *Complutum*, 14, Madrid, 125-168.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (1984): “Apéndice III. Estudio palinológico. Análisis polínico del yacimiento de Los Tolmos, Caracena (Soria)”. En A. Jimeno: *Los Tolmos de Caracena (Soria). Campañas de 1977, 1978 y 1979. Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*. Excavaciones Arqueológicas en España, 134. Ministerio de Cultura. Madrid, pp. 337-338.
- (1985): “Resultados de análisis polínicos del Holoceno en la Meseta española procedentes de yacimientos arqueológicos”. *Anales de la Asociación de Palinólogos de Lengua Española*, 2, Madrid, pp. 283-288.
- (1986): “Estudio palinológico del Holoceno español a través del análisis de yacimientos arqueológicos”, *Trabajos de Prehistoria*, 43, Madrid, pp. 143-158.
- LÓPEZ PLAZA, S. (1974): “Materiales de la Edad del Bronce hallados en Muñogalindo (Ávila)”, *Zephyrus*, XXV, Salamanca, pp. 121-143.
- (1979): “Aportación al conocimiento de los poblados eneolíticos del SO. de la Meseta Norte española: La cerámica”, *Setúbal Arqueológica*, V, Setúbal, pp. 67-102.
- (1987): “El comienzo de la metalurgia en el S.O. de la cuenca del Duero”, *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*. Tomo II, Instituto Universitario José Ortega y Gasset, Madrid, pp. 52-65.
- (1991): “Aproximación al poblamiento de la Prehistoria reciente de la Provincia de Salamanca”, en *Del Paleolítico a la Historia*. Museo de Salamanca, Salamanca, pp. 49-59.
- LÓPEZ PLAZA, S., & ARIAS GONZÁLEZ, L. (1988-1989): “Aproximación al poblado calcolítico de Tierras Lineras, La Mata de Ledesma, Salamanca”, *Zephyrus*, XLI-XLII, Salamanca, pp. 171-199.
- (2004): “El paisaje de una comunidad agraria en el borde de la Cuenca del Duero: Análisis paleopalínológico del yacimiento Protocogotas de la Gravera de Puente Viejo (Mingorría, Ávila, España)”, *Zephyrus*, LVII, Salamanca, 195-219.
- LÓPEZ PLAZA, S., & SANTOS, J. (1984-1985): “Alabarda y puñales de lengüeta y remaches procedentes del SO de la Cuenca del Duero”, *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Salamanca, pp. 255-264.
- LUCAS VIÑAS, M.^a R. (1971): “Hallazgos medievales en las laderas del Castillo de Peñafiel (Valladolid)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XII, Madrid, pp. 427-451.
- LUCAS PELLICER, M.^a R., & BLASCO BOSQUED, M.^a C. (1980): “El hábitat campaniforme de ‘El Perchel’ en Arcos del Jalón (Soria)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 8, Madrid, pp. 9-68.
- LULL, V. (1983): *La “cultura” de El Argar. Un modelo para el estudio de las Formaciones Económico-sociales Prehistóricas*. Akal Universitaria, 49, Madrid.
- MACARRO RODRÍGUEZ, J. A., & SILVA GATA, J. F. (1996): “Los enterramientos de ‘La Dehesa’ (Alcalá de Henares, Madrid): aportaciones a los ritos funerarios de la Edad del Bronce en La Meseta”, *Reunión de Arqueología Madrileña*, Madrid, pp. 123-126.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1956): “La técnica de la incrustación de boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro”, *Zephyrus*, VII, Salamanca, pp. 179-206.
- (1958 a): Excavaciones arqueológicas en el Cerro de El Berrueco (Salamanca), *Acta Salmanticensia*, XIV, 1, Salamanca.
- (1958 b): El Castro de Los Castillejos en Sanchorreja, Avila-Salamanca.
- (1959): “Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta”, en Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica, Pamplona.
- (1960): “Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta”, *Zephyrus*, XI, Salamanca, pp. 119-130.
- (1962): Cueva sepulcral de Urbiola, Príncipe de Viana, 88-89, Pamplona, pp. 124-188.
- MAÑANES PÉREZ, T. (1979): *Arqueología Vallisoletana. La Tierra de Campos y el Sur del Duero*, Institución Cultural Simancas. Diputación Provincial de Valladolid. Valladolid.
- (1983): *Arqueología Vallisoletana II. Torozos, Pisuerga y Cerrato (Estudios Arqueológicos de la Cuenca del Duero)*. Institución Cultural Simancas. Diputación Provincial de Valladolid. Valladolid.
- (1989): “Una patena y un jarro litúrgicos visigodos hallados en la provincia de Valladolid”, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 10, Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 257-265.

- 472 MARCOS CONTRERAS, G. J., MARTÍN CARBAJO, M. A., MISIEGO TEJEDA, J. C., PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., & SANZ GARCÍA, F. J. (1994): "Dos piezas metálicas del Calcolítico precampaniforme zamorano: 'Los Bajos' (Vecilla de Trasmonte, Zamora)", *Zephyrus*, XLVI, Salamanca, pp. 301-307.
- MARTÍ OLIVER, B. (1983): "La Muntanya Assolada (Alcira, Valencia)", *Lucentum*, 2, pp. 43-67.
- MARTÍN COLLIGA, A. (1977): "El grupo de Veraza en Cataluña", *XIV Congreso Nacional de Arqueología* (Vitoria 1975), Zaragoza, pp. 345-346.
- MARTÍN, C., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D. & GILMAN, A. (1993): "The Bronze Age of La Mancha", *Antiquity*, 67, pp. 23-45.
- MARTÍN BENITO, J. I. (1988): "Excavaciones arqueológicas en 'El Teso del Cuerno' (Forfoleda, Salamanca, España)", *Arqueología*, 18, p. 131-156.
- MARTÍN BENITO, J. I. & JIMÉNEZ GONZÁLEZ, M. C., (1988-1989): "En torno a una estructura constructiva en un 'campo de hoyos' de la Edad del Bronce de la Meseta Española (Forfoleda, Salamanca)", *Zephyrus*, XLI-XLII, Salamanca, pp. 263-281.
- (1989): "El campo de hoyos del Teso del Cuerno", *Revista de Arqueología*, 99, Madrid, pp. 18-24.
- (1990): "La industria lítica de un 'campo de hoyos' del Bronce meseteño: 'El Teso del Cuerno' (Forfoleda, Salamanca) -España-", *II Coloquio de Arqueología Viseu*, Portugal, pp. 1-20.
- MARTÍN CARBAJO, M. A., MISIEGO, J. C., PÉREZ, F. J., FERNÁNDEZ, J. M., SANZ, F. J., & MARCOS, G. J. (1993): "Documento funerario del Bronce Medio en la Submeseta norte: 'Carrelasvegas' (Santillana de Campos, Palencia)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIX, Valladolid, pp. 69-88.
- MARTÍN MORALES, C. (1983): "Las fechas del Quintanar (Muneva, Alicante) y la cronología absoluta de la Meseta Sur", *Homenaje a Martín Almagro*, I-II, Madrid, pp. 23-35.
- MARTÍN SOCAS, D., & CAMALICH MASSIEU, M.^a D. (1984): "La 'Cerámica Simbólica' y su problemática. (Aproximación a través de los materiales de la colección L. Siret)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, Granada, pp. 267-306.
- MARTÍN VALLS, R. (1971): "Hallazgos de cerámica campaniforme en Pajares de Adaja (Ávila)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVII, Valladolid, pp. 391-405.
- MARTÍN VALLS, R., & DELIBES DE CASTRO, G. (1972): "Nuevos yacimientos de la Primera Edad del Hierro en la Meseta Norte", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVII, Valladolid, pp. 5-54.
- (1975 a): "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XL-XLI, Valladolid, p. 445-473.
- (1975 b): "Problemas en torno a la Primera Edad del Hierro en el sector occidental de la Meseta Norte", *XIII Congreso Nacional de Arqueología* (Huelva, 1973), Zaragoza, pp. 545-550.
- (1976): "Sobre la cerámica de la fase Cogotas I", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLII, Valladolid, pp. 5-18.
- (1989): *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 1 (2ª edición aumentada).
- MARTÍN, A., BIOSCA, A., & ALBAREDA, M. J. (1985): "Excavaciones a la Cova del Frare (Matadepera, Vallès Occidental). Dinámica ecológica, seqüencia cultural i cronología absoluta", *Tribuna d'Arqueologia 1983-1984*, Barcelona, pp. 91-103.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.^a I. (1988), *La Edad del Bronce en la Submeseta Suroriental: una revisión crítica*, Colección Tesis Doctorales, 191/88, Madrid, Universidad Complutense, 3 vols.
- (1989): *Una revisión crítica de la Prehistoria Española: La Edad del Bronce como paradigma*, Siglo XXI, Madrid.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.^a I. & MÉNDEZ MADARIAGA, A. (1983): "'Arenero de Soto'. Yacimiento de fondos de cabaña del Horizonte Cogotas I", *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, Madrid, pp. 183-254.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.^a I., & VALIENTE CÁNOVAS, S., (1983): "El Cerro del Castillejo (Parra de las Vegas, Cuenca)", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 16, pp. 57-224.
- MARTÍNEZ PÉREZ, A. (1988): "El núcleo de poblamiento de Alberic-Antella-Tous durante la Cultura del Bronce Valenciano", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, Valencia, pp. 251-277.
- MARTÍNEZ PUENTE, M. E. (1985): *El yacimiento Neolítico y de la Edad del Bronce de "Los Cascajos-El Blanquillo" (Quintanadueñas, Burgos)*, Memoria de Licenciatura (inédita). Universidad de Valladolid.
- MARTÍNEZ SASTRE, V. (1992): "Estudio de materiales líticos procedentes de la Zona B de 'El Lomo' (Cogolludo, Guadalajara)", en J. Valiente Malla, *La Loma del Lomo II*, Guadalajara, pp. 289-304.

- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1930): "Cerámica incisa y cerámica de la Cultura del Vaso Campaniforme en Castilla la Vieja y Asturias", *Anuario de Prehistoria Madrileña*, I, Madrid, pp. 99-129.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1977): *Lérida Prehistórica*, Lérida.
- (1981): "La Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro en Huesca, en 1ª Reunión de Prehistoria Aragonesa, Huesca, pp. 129-163.
- (1982): "Asentamientos al aire libre de la Edad del Bronce en la Cataluña Occidental". *Bases para el reconocimiento de un horizonte Bronce Antiguo-Reciente*, Ilerda, Lérida, pp. 153-186.
- (1983): "Excavaciones en la Cueva de Chaves de Bastaras (Casbas-Huesca). Comentario a los materiales de la Edad del Bronce", *Bolskan*, 1, Huesca, pp. 39-66.
- (1985): "Silos de la Primera Edad del Hierro en la Universidad Autónoma de Barcelona", *Estudios de la Antigüedad*, 2, Barcelona, pp. 147-230.
- (1986): *Cerámicas excisas y de Boquique en el nordeste peninsular*, 6º Colloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá, Puigcerdá, pp. 103-113.
- (1990): "La Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro en Huesca", *Bolskan*, 7, Huesca, pp. 159-196.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L., & DíEZ-CORONEL I MONTULL, L. (1986): "Nuevos asentamientos del Bronce Inicial en la Cataluña Occidental", *Ilerda*, XLVII, Lérida, pp. 81-99.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L., & PETIT I MENDIZABAL, M.ª A. (1986): "El Grupo del Nordeste. Un nuevo conjunto de cerámicas con boquique en la Península Ibérica", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 2, Murcia, pp. 49-71.
- MÉNDEZ MADARIAGA, A., & GÁLVEZ ALCARAZ, P. (1984): "Nuevos materiales de la Edad del Bronce en el término de Madrid. El yacimiento del km. 3'5 izquierda de la carretera de San Martín de la Vega", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 4, Madrid, pp. 34-73.
- MÉNDEZ MADARIAGA, A., & VELASCO STEIGRAD, F. (1984): "La Muela de Alarilla. Un yacimiento de la Edad del Bronce en el valle medio del río Henares", *Revista de Arqueología*, 37, Madrid, pp. 6-15.
- (1988): *La Muela de Alarilla*, en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, III (Servicio de Publicaciones de Castilla-La Mancha; Toledo 1988), Toledo, pp. 185-195.
- MERINO, J. M. (1980): "Tipología Lítica", *Munibe*, Suplemento nº 4.
- MIRET, M., & SOLIAS, J. M. (1990): *La prospecció arqueològica*, Dossier XI, Barcelona.
- MISIEGO TEJEDA, J. C., PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., SANZ GARCÍA, F. J., MARCOS CONTRERAS, G. J., & MARTÍN CARBAJO, M. A. (1992): "La Huelga. Bronce Medio en la Meseta", *Revista de Arqueología*, 136, Madrid, pp. 18-26.
- MOHEN, J. P. (1986): *La Protobistoria. Atlas de Arqueología*. Barcelona.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. (1977): *La cultura del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica*, Tesis doctorales de la Universidad de Granada. 178.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. (1978): "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, Granada, pp. 159-232.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., & ARTEAGA MATUTE, O. (1976): "Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, Granada, pp. 175-214.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., & PAREJA LÓPEZ, E. (1975): *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971*, Excavaciones Arqueológicas en España, 86, Madrid.
- MOLINERO PÉREZ, A. (1954): *De la Segovia Arqueológica*, Segovia.
- (1972): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*, Excavaciones Arqueológicas en España, 72, Madrid.
- MORAL DEL HOYO, S. (2002): *La cueva de El Mirador. La Edad del Bronce en la Sierra de Atapuerca*, Ediciones Sierra de Atapuerca, Burgos.
- MORDANT, C., & MORDANT, D. (1970): *Le site préhistorique des Gours aux Lions a Marolles-sur-Seine* (Seine et Marne), Paris.
- MORENO LÓPEZ, G. (1971-1972): "Cerámica campaniforme en la Cuenca Alta y Media del Ebro y provincias adyacentes", *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, pp. 29-51.
- (1984): "Informe sobre el yacimiento arqueológico de Moncín, Borja (Zaragoza). Campaña 1983", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 2, Zaragoza, pp. 207-210.
- MORENO LÓPEZ, G. & ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1987): "Informe sobre el yacimiento arqueológico de Moncín, Borja (Zaragoza). Campaña de 1985", *Arqueología Aragonesa*, Zaragoza, p. 61-64.
- MUELLER, J. W. (1975): *Sampling in archaeology Arizona*. Tucson.

- 474 MUNICIO GONZÁLEZ, L., & RUIZ-GÁLVEZ, M. (1986): "Un nuevo yacimiento neolítico en la Meseta Norte: las cerámicas decoradas de la Cueva de la Nogaleda, Villaseca (Segovia)", *Numantia*, II, pp. 143-157.
- NÁJERA COLINO, T., 1984, *La Edad del Bronce en la Mancha Occidental, Tesis Doctorales de la Universidad de Granada*, 458, Granada.
- NÁJERA COLINO, T., & MOLINA GONZÁLEZ, F. (1977): "La Edad del Bronce en la Mancha. Excavaciones en las Motillas de Azuer y los Palacios (Campaña de 1974)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, Granada, pp. 251-300.
- NÁJERA COLINO, T., MOLINA GONZÁLEZ, F., TORRE, F. DE LA, AGUADO, P. & SANZ, L. (1979): "La Motilla de Azuer (Daimiel, Ciudad Real), Campaña 1976", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 6, Madrid, pp. 19-50.
- NARANJO GONZÁLEZ, C. (1984): "El Castillo de Cardenosa. Un yacimiento de los inicios de la Edad del Bronce en la Sierra de Ávila. (Excavaciones realizadas por J. Cabré en 1931)", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 19, Madrid, pp. 35-85.
- NAVARRETE ENCISO, M.^a I. (1976): *La cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental, vols. I y II*, Universidad de Granada. Granada.
- NICOLARDOT, J. P. & GAUCHER, G. (1975): *Typologie des objets de l'Age du Bronze en France*, Fasc. V. Outils, Paris.
- NIETO GALLO, G. (1957): "Los hallazgos de Becilla de Valderaduey y el trazado de la vía romana de Astúrica a Clunia", *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*, LIII, p. 690.
- NIETO GALLO, G., & CLEMENTE, J. (1983): "El cerro de La Campana y su cronología según el C.14 (Yecla, Murcia)", *Congreso Nacional de Arqueología*, XVI (Murcia, 1982), Zaragoza, pp. 295-308.
- NIETO GALLO, G., & SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1980): *El Cerro de la Encantada. Granátula de Calatrava (Ciudad Real)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 113, Madrid.
- NIETO GALLO, G., SÁNCHEZ MESEGUER, J., FERNÁNDEZ VEGA, A., GALÁN SAULNIER, C., POYATO HOLGADO, C., & ROMERO SALAS, H. (1983): "El cerro de La Encantada (Granátula de Calatrava). Campaña de 1979", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 17, Madrid, pp. 9-41.
- Nolte, E. (1971): "Nota sobre nuevos yacimientos prehistóricos en cuevas de las provincias de Vizcaya y norte de Burgos", *Munibe*, XXIII, San Sebastián, pp. 361-362.
- OLMO MARTÍN, J. DEL, 2003: *Arqueología Aérea en Castilla y León - Prehistoria*. <http://usuarios.lycos.es/arqaerea/aerea/prehistoria.html>.
- ORTEGO FRÍAS, T. (1969): "Covarrubias: una estación arqueológica en Ciria (Soria)", *Congreso Nacional de Arqueología*, X, Zaragoza.
- ORTIZ TUDANCA, L. (1987): "El hábitat en Álava desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce", *Estudios de Arqueología Alavesa*, 15, Vitoria, pp. 7-102.
- OSABA Y RUIZ ERENCHUN, B. (1966): "La arqueología en Ojo Guareña", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXVIII, 1, Madrid.
- PADRÓ I PARCERISA, J., & DE LA VEGA I GÓMEZ, J. (1989): *Treballs arqueològics a la Cova Colomera o de Les Gralles (Sant Esteve de la Sarga-Mur, Pallars Jussà, Excavacions Arqueològiques d'urgència a les comarques de Lleida. Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, 9, Barcelona, pp. 9-68.
- PALOL SALELLAS, P. de. (1963): "Notas para la sistematización de la primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los Silos del barrio de San Pedro Regalado de Valladolid", *Homenaje al Prof. Pedro Bosch Gimpera*, México.
- (1965): "Otros materiales de Pesquera y Curiel", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXI, Valladolid, p. 121,
- (1967): "Nuevas cerámicas de los silos de San Pedro Regalado, Valladolid", en Palol, P. de, Fontaneda, E., & Cortés, J., "Nuevos hallazgos arqueológicos en la zona de Valladolid", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIII, Valladolid, pp. 228-230.
- (1974): "Álava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y el Primer Hierro", *Excavaciones Arqueológicas en Álava*, VI, Vitoria, pp. 91-100.
- PALOL SALELLAS, P. de, FONTANEDA, E., & RECIO, A. (1969): "Nuevos hallazgos en yacimientos del área de Curiel, Pesquera de Duero y Padilla de Duero", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIV-XXXV, Valladolid, pp. 289-312.
- PALOL SALELLAS, P. de, WATTENBERG SANPERE, F. (1974): *Carta Arqueológica de España. Valladolid*, Diputación Provincial de Valladolid, Servicio de Investigaciones Arqueológicas, Valladolid.
- PALOMINO LÁZARO, A. L. (1996): "Aproximación a la situación actual de la Investigación Arqueológica en la burgalesa Ribera del Duero", *Biblioteca 11. Estudio e Investigación*, Aranda de Duero, pp. 258-272.
- PALOMINO LÁZARO, A. L., & RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (1994): "El yacimiento arqueológico de 'Las Empedradas': un enclave del Bronce Medio en la Ribera del Duero burgalesa", *Numantia*, 5, Valladolid, pp. 59-71.

- PALOMINO LÁZARO, A. L., NEGREDO, M.^a J., ABAD, I. & ABARQUERO MORAS, F. J. (1999): "Cabañas, basureros, silos y tumbas en el yacimiento de El Cerro, La Horra (Burgos): A vueltas sobre el significado de un campo de hoyos en la Edad del Bronce de la Meseta", *Numantia*, 7, Valladolid, pp. 21-41.
- PALOMINO LÁZARO, A. L., RODRÍGUEZ MARCOS, J. A., & ARNÁIZ ALONSO, M. A. (1991): *Inventario Arqueológico de la Provincia de Burgos. Informe de la campaña de 1991*, (4 tomos). Informe inédito depositado en el Servicio de Museos y Arqueología de la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Burgos.
- PASTOR CEREZO, M.^a J., SÁNCHEZ-CAPILLA ARROYO, M.^a L., & LÓPEZ REQUENA, J. (1988): "Un nivel del Bronce en el yacimiento de "El Castillo" de Reillo (Cuenca)", *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2), Toledo, pp. 203-215.
- PAVÓN SOLDEVILLA, I. (1994): *Aproximación al estudio de la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Guadiana: La Solana del Castillo de Alange*, Institución Cultural El Brocense. Diputación Provincial de Cáceres, Cáceres.
- PEDRO MICHÓ, M.^a J. DE, (1990): "La Llama de Betxí (Paterna): Datos sobre técnicas de construcción en la Edad del Bronce", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XX, Valencia, pp. 106-117.
- PÉREZ ARRONDO, C. L., & BARRIOS GIL, I. (1989): "Nuevos trabajos arqueológicos en la Cueva de Peña Miel Superior (Pradillo, La Rioja). Informe preliminar", *Berceo*, 116-117, Logroño, pp. 23-48.
- PÉREZ ARRONDO, C. L., & LÓPEZ DE CALLE CÁMARA, C. (1986): *Aportaciones al estudio de las culturas Eneolíticas en el Valle del Ebro, II: Los orígenes de la Metalurgia*. Historia, 4, Logroño.
- PÉREZ ARRONDO, C. L., CENICEROS HERREROS, J., & DUARTE GARASA, P. (1987): *Aportaciones al estudio de las culturas Eneolíticas en el Valle del Ebro, III: La cerámica*, Historia, 9, Logroño.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1933-1935): "Nuevos estudios de prehistoria madrileña y la Colección Berto", *Anuario de Prehistoria Madrileña*, IV-V-VI, Madrid, pp. 1-90.
- (1935): "La cueva de la Tarascona (Segovia)", *Revista Las Ciencias*, II (n.º 3), Madrid, pp. 607-611.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., & FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, J. J., (1993): "Sobre la cocción de cerámica durante la Edad del Bronce. El yacimiento de 'La Venta' (Alar del Rey, Palencia)", *Numantia*, 4, pp. 41-60.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., MISIEGO TEJEDA, J. C., SANZ GARCÍA, F. J., MARCOS CONTRERAS, G. J., MARTÍN CARBAJO, M. A., & FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, J. M.^a (1994): "La Huelga. Un interesante yacimiento de la Edad del Bronce en el centro de la cuenca del Duero (Dueñas, Palencia)", *Numantia*, 5, pp. 11-32.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., SÁNCHEZ GARCÍA, F. J., MARCOS CONTRERAS, G. J., MARTÍN CARBAJO, M. A., & MISIEGO TEJEDA, J. C. (1991): "Intervención arqueológica en Los Bajos, Vecilla de Trasmonte (Zamora)", *Anuario Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, Zamora, pp. 149-175.
- PERICOT, L., PONSELL, F. (1928): "El poblado de 'Mas de Menente' (Alcoy)", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 1, Valencia, pp. 101-112.
- PETIT I MENDIZABAL, M.^a A. (1992): "Les primeres etapes de l'Etat del Bronze al Vallés", *Limes. Revista d'Arqueologia*, 1, Sabadell, pp. 23-30.
- PICAZO MILLÁN, J. V. (1991): "Informe de la excavación realizada en el yacimiento de la Edad del Bronce en La Peña Dorada. (Alfambra, Teruel). Campaña de 1987", *Arqueología Aragonesa 1986-1987*, Zaragoza, pp. 93-96.
- PICAZO MILLÁN, J. V. (1993): *La Edad del Bronce en el Sistema Ibérico Turolense, I: Los Materiales Cerámicos*, Monografías Arqueológicas del Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 7, Teruel.
- PICAZO MILLÁN, J. V., & RODANÉS VICENTE, J. M.^a (1997): "Bronce Antiguo y Medio", *Caesaraugusta*, 72-I, Zaragoza, pp. 109-153.
- PIEL-DESRUISEAUX, J. L. (1984): *L'outil de pierre préhistorique*, Masson, Paris, pp. 98-113.
- (1989): *Instrumental Prehistórico. Forma, fabricación y utilización*. Barcelona.
- PLOG, S., PLOG, F., & WAIT, W. (1978): "Decision Making in Modern Surveys", *Advances in Archaeological Method and Theory*, 1, pp. 383-421.
- POYATO HIDALGO, C., & GALÁN SAULNIER, C. (1988): "Las cerámicas del "Grupo Dornajos" de la Mancha Oriental", *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (1), II, Toledo, pp. 301-310.
- PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, C. (1991): "Pinturas rupestres del abrigo de 'Los Aljibes' en La Pedriza del Manzanares", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 7, Madrid, pp. 87-126.

- PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, C., & QUERO CASTRO, S. (1992): "El Ventorro, un poblado prehistórico de los albores de la metalurgia", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 8, Madrid.
- QUERO CASTRO, S. (1982): "El poblado del Bronce Medio del Tejar del Sastre (Madrid)", *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, Madrid, pp. 183-247.
- QUINTANA LÓPEZ, J. & CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (1996): "Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte (Consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXII, Valladolid, pp. 9-78.
- QUINTANA LÓPEZ, J., RUIZ JIMÉNEZ, L., & SANTIAGO PARDO, J. (1993): *Inventario Arqueológico de Valladolid. Informe de la campaña 1991/1992*, Informe mecanografiado depositado en el Servicio Territorial de Cultura y Turismo de Valladolid (inédito), Valladolid.
- RAFEL I FONTANALS, N. (1977-1978): "La cueva de 'La Roca del Frare' en la Llacuna. Comarca del Penedés", *Pyrenae*, 13-14, Barcelona, pp. 43-66.
- RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L., (1999): "La casa circular durante la primera Edad del Hierro en el Valle del Duero", *Numantia*, 7, Valladolid, pp. 67-94.
- REDMAN, CH. L., & WATSON, P. J. (1970): "Systematic, intensive surface collection", *American Antiquity*, 35, pp. 279-291.
- REPISO COBO, S. (1996): "El Castillo de Curiel (Valladolid)", *Castillos de España: publicación de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*, N.º 106, Madrid, pp. 3-20.
- (1999): "El eremitismo rupestre de época visigoda en el valle Medio del Duero. La comarca de Peñafiel", *II Congreso de Arqueología Peninsular*, Tomo IV, Arqueología Romana y Medieval, Zamora, pp. 403-414.
- REVILLA ANDIA, M.ª L. (1985): *Carta Arqueológica de Soria. Tierra de Almazán, Col. Carta Arqueológica. Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Soria*, Soria, pp. 113-144.
- REVILLA ANDIA, M.ª L., & JIMENO MARTÍNEZ, A. (1986): "El campaniforme de El Guijar de Almazán (Soria)", *Numantia*, II, Valladolid, pp. 159-192.
- REY LANASPA, J. (1988): "Yacimientos prehistóricos en las proximidades de Monflorite (Huesca)", *Bolskan*, 5, Huesca, pp. 67-122.
- (1991): "Informe de las excavaciones realizadas en Ciquilines IV (Monflorite, Huesca)", *Arqueología Aragonesa 1986-1987*, Zaragoza, pp. 131-133.
- REY LANASPA, J., & ROYO GUILLÉN, J. I. (1993): "Balsa la Tamariz. Un yacimiento de la Edad del Bronce en la comarca de las Cinco Villas", *Revista de Arqueología*, 147, Madrid, pp. 18-27.
- REYES TÉLLEZ, F., & MENÉNDEZ ROBLES, M.ª L. (1985): "Excavaciones en la ermita de San Nicolás. La Sequera de Haza (Burgos)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 26, Madrid, pp. 163-213.
- (1987): "Sistemas defensivos altomedievales en las comarcas del Duratón-Riaza (Siglos VIII-X)", en *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, (Madrid, 1987), tomo III, Madrid, pp. 631-639.
- REYNOLDS, P. J., (1974): "Experimental Iron Age storage pits: an interim report", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 40, pp. 118-131.
- (1979): *Iron Age Farm: the Butser experiment*, British Museum Publications, London.
- (1988): *Arqueología experimental. Una perspectiva de futur*, Eumo Editorial.
- RIAÑO, J. F., RADA Y DELGADO, J. D., & CATALINA GARCÍA, J. (1894): "Hallazgo prehistórico de Ciempozuelos", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. XXV, Madrid, pp. 436-450.
- RINCÓN LÓPEZ, J. M.ª., & VALLE FUENTES, F. J. (1983): "Estudio mineralógico por difracción de 'Rayos X' de diferentes piezas cerámicas prehistóricas de 'fondos de cabaña' de Getafe (Madrid)", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, Madrid, pp. 260-262.
- RINCÓN MARTÍNEZ, M.ª A. (1975): *Las cerámicas excisas e incrustadas del Bronce Final peninsular y Primera Edad del Hierro*. (Resumen de Tesis doctoral), Barcelona.
- RODANÉS VICENTE, J. M.ª (1991 a): "El poblamiento prerromano del Valle del Iregua. Estado actual de las investigaciones", *Estrato. Revista Riojana de Arqueología*, 3, Logroño, pp. 4-8.
- (1991 b): "Investigaciones arqueológicas en el Bajo Cinca: campañas de excavación de 1989/90 en el poblado de la Edad del Bronce de Masada de Ratón (Fraga, Huesca)", *Bolskan*, 8, Huesca, pp.165-198.
- RODANÉS VICENTE, J. M.ª, (1992): "Del Calcolítico al Bronce Final en Aragón. Problemas y perspectivas", *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria, en Homenaje a Juan Maluquer de Motes*, P. Utrilla (Dir.), Zaragoza, pp. 491-513.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (1985): *El yacimiento de San Román de la Hornija (Valladolid) en el marco del Grupo Cultural Cogotas I*, Memoria de Licenciatura inédita, Universidad de Valladolid.

- (1985 a): *Informe de las Excavaciones en El Gurugú. Bocos de Duero*. Inédito. Servicio Territorial de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León. Valladolid.
- (1987): *Informe previo de las excavaciones arqueológicas realizadas durante 1987 en el castro de El Castillo de Rábano (Valladolid)*. Inédito. Servicio Territorial de Educación y Cultura. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- (1988): *Informe previo de las excavaciones arqueológicas realizadas durante 1988 en el castro de El Castillo de Rábano (Valladolid)*. Inédito. Depositado en el Servicio Territorial de Educación y Cultura. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- (1993): “El Carrizal: Un nuevo yacimiento de facies Proto/Cogotas I”, *Numantia*, 4, pp. 61-74.
- (1996): “La Cuesta de la Horca en Cevico Navero (Palencia): un nuevo yacimiento amurallado de facies Protocogotas I”, *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, T. I, Palencia, pp. 93-115.
- (en prensa): “Estado actual de la Investigación del Calcolítico y la Edad del Bronce en la Provincia de Burgos”, *I Congreso de Arqueología Burgalesa*, 5-7 de octubre de 1998, Hospital del Rey, Burgos.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. & ABARQUERO MORAS, F. J. (1994): “Intervención arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de El Cementerio-El Prado, Quintanilla de Onésimo (Valladolid)”, *Numantia*, 5, pp. 33-57.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A., & ARNAIZ ALONSO, M. A. (1993): “Los primeros metalúrgicos en Burgos”, en *Historia 16 de Burgos*, tomo 1, fascículo 7, pp. 75-86.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A., & HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. (1988): *Informe sobre la excavación de urgencia realizada en el yacimiento de El Pico del Castro (Quintanilla de Arriba, Valladolid)*. Inédito. Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León. Valladolid.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A., & PALOMINO LÁZARO, A. L. (1994): “El yacimiento arqueológico de ‘Las Empedradas’: un enclave del Bronce Medio en la Ribera del Duero burgalesa”, *Numantia*, 5, pp. 59-71.
- (1997): “Un asentamiento castreño del Bronce Antiguo en la Cuenca del Duero: El Pico Romero en Santa Cruz de la Salceda (Burgos)”, en Balbín, R. de y Bueno P. (eds.), *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, t. II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Zamora, pp. 579-591.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A., & VAL RECIO, J. M.^a DEL (1990): “Nuevos datos para la interpretación de los ‘hoyos’ Cogotas I. Un silo de Barcial del Barco”, *Primer Congreso de Historia de Zamora*, T. 2, Zamora, pp. 201-209.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A., MARCOS CONTRERAS, G. J., MARTÍN CARBAJO, M. A., MISIEGO TEJEDA, J. C., & SANZ GARCÍA, F. J. (1999): “Excavaciones arqueológicas en ‘Las Vegas’ (Jabares de los Oteros), un yacimiento arqueológico del ‘horizonte Protocogotas I’ en la provincia de León”, en *Protección del Patrimonio Cultural y Obras Públicas. Actuaciones Arqueológicas en la autopista del Camino de Santiago (1994-1997)*, Junta de Castilla y León y G.I.C.A.L. (Gestión de Infraestructuras de Castilla y León, S.A.), Salamanca, pp. 48-70.
- RODRÍGUEZ, E., LARRÉN, H., & GARCÍA ROZAS, R. (1990): “Carta Arqueológica de Villafáfila”, *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos ‘Florián de Ocampo’*, Zamora, pp. 33-76.
- ROJO GUERRA, M. A. (1985-A): *Edad del Bronce y Primer Hierro en la Tierra de Campos palentina: Antigua Cuenca de la Nava*, Memoria de Licenciatura, Universidad de Valladolid, Inédita.
- (1985-b): *Prospecciones en Torre de Peñafiel y Curiel de Duero*, Informe mecanografiado inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura. Valladolid
- ROJO GUERRA, M. A., & VAL RECIO, J. M.^a DEL, (1990): “Arqueología preventiva y de gestión (1984-1988). Provincia de Valladolid”, *Numantia*, III, Valladolid, pp. 319-332.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980): “Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, Valladolid, XLVI, pp.137-153.
- ROMERO CARNICERO, F., & JIMENO MARTÍNEZ, A. (1993): “El Valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro”, en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp. 198-199.
- ROMERO CARNICERO, F. & RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (1999): “Estrategias de subsistencia en la cuenca media del Duero durante la Edad del Hierro”, en Burillo Mozota, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía*, Zaragoza, pp. 453-466.
- ROMERO, H., & SÁNCHEZ MESEGUER, J. S. (1988): “La facies necrópolis de La Encantada: aproximación a su estratigrafía”, *Primer Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, III, Toledo, pp. 139-149.
- ROSA MUNICIO, R., de la, (1991): “El Balconcillo del cañón del río Lobos: un yacimiento del Bronce Pleno en la zona oriental de la Meseta”, *Soria Arqueológica*, 1, pp. 69-86.

- 478 — (1994): “El Balconcillo del cañón del río Lobos. Un yacimiento de la Edad del Bronce en tierras sorianas”, *Revista de Arqueología*, 154, pp. 30-35.
- ROSA MUNICIO, R., de la, & CHAUSA, A. (1990): “Excavaciones en ‘El Balconcillo del cañón del río Lobos’ (Ucero, Soria). Informe preliminar”, *Celtiberia*, 79-80, pp. 133-143.
- ROVIRA, J., & GASCA, M. (1983-1984): “Los asentamientos del Bronce Antiguo, Medio y Final de la zona de Sena-Sigena-Ontiñena (Huesca)”, *Ampurias*, 45-46, Barcelona, 84-109.
- ROVIRA LLORENS, S. (1989): “Recientes aportaciones para el conocimiento de la metalurgia primitiva en la provincia de Madrid: un yacimiento campaniforme en Perales del Río (Getafe, Madrid)”, *Congreso Nacional de Arqueología*, XIX, Vol. I, Zaragoza, pp. 355-366.
- (1995): “Estudio Arqueometalúrgico del depósito de la Ría de Huelva”, en Ruiz-Gálvez, M. (Coord.), *Ritos de paso y Puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*, *Complutum*, 5, Madrid, pp. 33-58.
- ROVIRA LLORENS, S., & MONTERO RUIZ, I. (1994): “Metalurgia campaniforme y de la Edad del Bronce en la Comunidad de Madrid”, en Blasco Bosqued, M.^a C. (ed. y coord.), *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el Centenario de Ciempozuelos*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, pp. 137-171.
- ROYO GUILLÉN, J. I., & REY LANASPA, J. (1993): “Balsa la Tamariz. Una aportación al estudio del poblamiento estable de la Edad del Bronce en las Cinco Villas”, *Suessetania*, 13, pp. 47-59.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1993): “El Occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce”, *Complutum*, 4, Madrid, pp. 41-68.
- (1995): “El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro”, en Ruiz-Gálvez Priego, M. (ed.), *Ritos de paso y Puntos de Paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*, *Complutum*, Extra n.º 5, pp. 129-155.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1990): “Reflexiones sobre algunos conceptos de la Arqueología Espacial a partir de una experiencia: Íberos en el Alto Guadalquivir”, *Arqueología Espacial*, 12, Teruel, pp. 157-172.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. & MOLINOS, M. (1984): “Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en la campiña del Alto Guadalquivir durante el Horizonte Pleno Ibérico (un caso de Sociedad agrícola con Estado)”, *Arqueología Espacial*, 4, Teruel, pp. 91-102.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1983): “Notas metodológicas sobre Prospección en Arqueología”, *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, 7 (3), Soria, pp. 7-23.
- (1984): “Cogotas I y los primeros ‘Campos de Urnas’ en el alto Duero”, *Actas del 1º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, pp. 169-185.
- (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*, Tesis Doctorales 83/85. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- (1990): “La prospección arqueológica en España: pasado, presente y futuro”, *Arqueología Espacial*, 12, Teruel, pp. 33-47.
- RUIZ ZAPATERO, G., & FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. (1985): “Cortes de Navarra: un modelo económico de la I Edad del Hierro en el N.E. de la Península Ibérica”, en XVII, *Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp. 371 y ss.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D., SAN MIGUEL MATÉ, L. C., BARRIO MARTÍN & CELIS SÁNCHEZ, J. (1995): “El poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero”, en Burillo Mozota, F. (Coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los celtiberos*, Daroca, 2 a 5 de octubre de 1991, Zaragoza, pp. 337-367.
- SAMANIEGO BORDIÚ, B., JIMENO MARTÍNEZ, A., FERNÁNDEZ MORENO, J. J., & GÓMEZ BARRERA, J. A. (2001): Cueva Maja (Cabrejas del Pinar. Soria): Espacio y simbolismo en los inicios de la Edad del Bronce. Arqueología en Castilla y León, Memorias 10. Valladolid.
- SÁNCHEZ MORENO, E. (2001): “De ganados, movimientos y contactos. Una nueva aproximación al debate sobre la trashumancia en la Hispania Antigua”, www.ffil.uam.es/antigua/piberica/ganado/ganado1.html
- SANMARTÍ-GRECO, E. (1980): “Resultados de una prospección en el poblado del Cabezo del Cuervo, en Alcañiz (Teruel)”, *Cypsela*, III, Gerona, pp. 103-115.
- SANTIAGO PARDO, J., & RUIZ JIMÉNEZ, L. (1992): *Inventario Arqueológico de Valladolid. Informe de la campaña 1990/1991*. Informe inédito depositado en el Servicio de Museos y Arqueología de la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Valladolid.

- SANTIAGO PARDO, J., CENTENO CEA, I., CRUZ SÁNCHEZ, P. J., MOLINA MÍNGUEZ, M., & QUINTANA LÓPEZ, J. (1995): *Inventario Arqueológico de la Provincia de Valladolid. Informe de la campaña de 1995, (4 tomos)*. Informe inédito depositado en el Servicio de Museos y Arqueología de la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Valladolid.
- SANTONJA GÓMEZ, M., SANTONJA ALONSO, M., & ALCALDE, G. (1982): "Aspectos de la ocupación humana antigua del Cañón de la Horadada (Palencia)", *Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 47, Palencia, pp. 337-393.
- SANZ GARCÍA, F. J., MARCOS, G. J., MARTÍN, M. A., MISIEGO, J. C., PÉREZ, F. J. (1994): "La Aceña' (Huerta, Salamanca). Un campo de hoyos de Cogotas I en la Vega del Tormes", *Numantia*, 5, pp. 73-86.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1998): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La Necrópolis de Las Ruedas Padilla de Duero (Valladolid)*, Arqueología en Castilla y León, Memorias 6. Valladolid.
- SCHIFFER, M. B., SULLIVAN, A. P., & KLINGER, T. C. (1978): "The design of archaeological survey", *World Archaeological*, 10, n.º 1, pp. 1-20.
- SCHUBART, H., & ARTEAGA MATUTE, O. (1983): "Excavaciones en Fuente Álamo (II)", *Revista de Arqueología*, 25, Madrid, pp. 54-63.
- SCHUBART, H. & ULREICH, H. (1991): *Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret*, Madrider Beiträge, 17.
- SCHÜLE, W. (1980): *Orce und Galera: zwei Siedlungen aus dem 3 bis 1 Jahrtausend v. Chr. im Südosten der Iberischen Halbinsel I: übersicht über die Ausgrabungen 1962-1970*. Philipp von Zabern, Maguncia.
- SCHÜLE, W., & PELLICER, M. (1966): *El cerro de la Virgen (Orce) (Granada)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 46, Madrid.
- SCHULTEN, A. (1927): *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen, 1905-1912*, III. Die Lager der Scipio, München.
- (1929): *Numantia, Die Lager bei Renieblas*, IV, München.
- SERONIE-VIVIEN, M. R. (1982): *Introduction a l'étude des poteries préhistoriques*, Société spéléologique de Bordeaux.
- SERRA VILARÓ, J. (1925): *Escornalbou Prehistòric*, Castell de Sant Miguel d'Escornalbou.
- SESMA SESMA, J. (1993): "Aproximación al problema de hábitat campaniforme: El caso de las Bardenas Reales de Navarra", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1, Pamplona, pp. 53-120.
- (1995): "Diversidad y complejidad: Poblamiento de Navarra en La Edad del Bronce", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3, Pamplona, pp. 147-184.
- SESMA SESMA, J., & GARCÍA GARCÍA, M.ª L. (1994): "La ocupación desde el Bronce Antiguo a la Edad Media en las Bardenas Reales de Navarra", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 2, Pamplona, pp. 89-218.
- SHANKS, M., & TILLEY, C. (1987): "Reconstructing Archaeology. Theory and Practice", *New Studies in Archaeology*, Cambridge University Press.
- SIGAUT, F. (1979): "La redécouverte des silos a grains en Europe occidentale, 1708-1880", *Les techniques de conservation des grains à long terme. Leur rôle dans la dynamique des systèmes de cultures et des sociétés*, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris, pp. 15-38.
- SIMÓN GARCÍA, J. L. (1997): "La Illeta: asentamiento litoral en el Mediterráneo Occidental de la Edad del Bronce", en Olcina Domenech, M., *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. *Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*, Museo Arqueológico Provincial de Alicante, Serie Mayor, 1, Alicante, pp. 47-132.
- SIRET, L. (1913): *Questions de Chronologie et d'Ethnographie Ibériques, I. De la fin du Quaternaire a la fin du Bronze*, Paris.
- SIRET, E., & SIRET, L. (1890): *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España. Resultados obtenidos en las excavaciones hechas por los autores desde 1881 a 1887*. II, Barcelona.
- SOLER DÍAZ, J. A. (1989): "La industria lítica del dolmen de La Veguilla (Salamanca)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVII, Valladolid, pp. 29-39.
- SOLER GARCÍA, J. M.ª (1987): *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*, Alicante.
- SOLER GARCÍA, J. M.ª, & FERNÁNDEZ MOSCOSO, E. (1970): "Terlinques. Poblado de la Edad del Bronce en Villena (Alicante)", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10, Valencia, pp. 27-62.
- SPAULDING, A. E. (1953): "Statistical Techniques for the discovery of artifacts types", *American Antiquity*, 18, pp. 305-313.
- (1960): "Statistical description and comparison of artifact assemblages", en R.F., Heizer y S.F., Cook (Eds.), *The application of quantitative methods in Archaeology*, Viking, fund. *Publications in Anthropology*, n.º 28, pp. 60-83.

- SPINDLER, K., & DA VEIGA FERREIRA, O. (1973): "Der spät-bronzezeitliche Kuppelbau con der Roça do Casal do Meio in Portugal", *Madrider Mitteilungen*, 14, Berlin, pp. 60-108.
- TARRADELL, M. (1963): "Ensayo de identificación de las necrópolis del Bronce Valenciano", *Archivo de Prehistoria Levantina*, X, Valencia, pp. 59-67.
- (1969): "La cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación", Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia. Miscelánea Pericot, n.º 6, Valencia, pp. 7-30.
- ULREICH, H., NEGRETE MARTÍNEZ, M. A., & PUCH RAMÍREZ, E. (1994): "Cerámica decorada de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca), -Corte 4-", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LX, Valladolid, pp. 105-137.
- UTRILLA MIRANDA, P. (1982): "El yacimiento de la Cueva de Abauntz (Arraiz-Navarra)", *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3, Pamplona, pp. 203-358.
- VAL RECIO, J. M.^a, del, (1983): *El Calcolítico precampaniforme en el occidente de la Meseta. El yacimiento "Las Pozas" (Zamora)*, Memoria de Licenciatura inédita, Universidad de Valladolid.
- (1992): "El yacimiento Calcolítico precampaniforme de Las Pozas, en Casaseca de las Chanas (Zamora)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, Valladolid, pp. 47-65.
- VAL RECIO, J. M.^a del, & LARREN IZQUIERDO, H. (1990): "Arqueología Preventiva y de Gestión (1984-1988): Provincia de Zamora", *Numantia*, III, Valladolid, pp. 333-346.
- VAL RECIO, J. M.^a del, & RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (1987): *Excavación de urgencia realizado en el Soto de Tovilla. Tudela de Duero*, Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura y Turismo de Valladolid, Valladolid.
- VALIENTE CÁNOVAS, S. (1981): "Pico de la Muela (Valverde de Abajo, Cuenca)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12, pp. 87-134
- VALIENTE MALLA, J. (1983): "Un poblado de la Edad del Bronce en el Lomo de Cogolludo (Guadalajara)", *Wad-Al-Hayara*, 10, Guadalajara, pp. 25-48.
- (1987): *La Loma del Lomo I. Cogolludo, Guadalajara*, Excavaciones Arqueológicas en España, 152, Madrid.
- (1992): *La Loma del Lomo II. Cogolludo (Guadalajara)*, Toledo.
- (1997): "Una cabaña doble del Calcolítico en la Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara)", en Balbín, R. de y Bueno P. (eds.), *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, t. II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Zamora, pp. 495-508.
- (2000): "Cogotas I en la cuenca superior del Tajo", en *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*, vol. V, Vila Real, 1996, Porto, pp. 203-224.
- VERGÈS, J. M.^a, ALLUÉ, E., ANGELUCCI, D. E., CEBRIÀ, A., DÍEZ, C., FONTANALS, M., MANYANÓS, A., MONTERO, S., MORAL, S., VAQUERO, M., & ZARAGOZA, J. (2002): "La sierra de Atapuerca durante el Holoceno: datos preliminares sobre las ocupaciones de la Edad del Bronce en la Cueva de El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos)", *Trabajos de Prehistoria*, 59 (n.º 1), Madrid, pp.107-126.
- VICENT, J. M., MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1973): *Segunda campaña de excavaciones en la cueva de los Murciélagos de Zuberos (Córdoba)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 17, Madrid.
- VILASECA ANGUERA, S. (1941): "Más hallazgos prehistóricos en Arbolí (Provincia de Tarragona)", *Ampurias*, III, Barcelona, pp. 45-62.
- (1957-1958): "La Cueva de Porta Lloret en el antiguo término de Siruana. Montes de Prades", *Ampurias*, XIX-XX, Barcelona, pp. 103-122.
- (1963): "Dos nuevas cuevas del Bronce Medio y Final del Macizo de Prades", *Ampurias*, XXV, Barcelona, pp. 105-136.
- (1973): *Reus y su Entorno en la Prehistoria*, Asociación de estudios Reusenses, Vols. 48 y 49, Barcelona.
- VILASECA ANGUERA, S., & PRUNEDA, A. (1944): "La 'Cova de la Villa', de La Febró, en la Sierra de Prades", *Ampurias*, VI, Barcelona, pp. 87-95.
- VIÑÉ ESCARTÍN, A. I., MARTÍN ARIJA, A. M.^a, & RUBIO CARRASCO, P. (1990): "Excavación de urgencia en 'Santioste' Otero de Sariegos", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo"*, pp. 89-104.
- VIÑÉ ESCARTÍN, A. I., SALVADOR VELASCO, M., IGLESIAS, L., RUBIO CARRASCO, P., & MARTÍN ARIJA, A. M.^a (1991): "Nuevos datos acerca del yacimiento de "Santioste". Otero de Sariegos (2ª Campaña de Excavación)", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos "Florian de Ocampo"*, pp. 175-190.
- VITA-FINZI, C., & HIGGS, E. S. (1970): "Prehistoric economy in the Mount Carmel area of Palestine: site catchment analysis", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 36, pp. 1-37.

- VV.AA. (1985): Estudio Edáfico de la Provincia de Valladolid. Mapa de Suelos, escala 1:100.000 de la zona situada al Sur del Duero, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centro de Edafología y Biología Aplicada de Salamanca.
- VV.AA. (1988): "Análisis del Medio Físico. Delimitación de unidades y estructura Territorial: Valladolid", publicada por la Consejería de Fomento de la Junta de Castilla y León.
- VV.AA. (1989): Catálogo de la colección arqueológica de los Padres Escolapios de Alcañiz (Teruel), Zaragoza.
- WATTENBERG SANPERE, F. (1957): "Hallazgos arqueológicos en Renedo de Esgueva", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXIII, Valladolid, pp. 189-191.
- (1959): *La Región Vaccea. Celtiberismo y Romanización en la cuenca media del Duero*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, II, Madrid-Valladolid.
- WATTENBERG GARCÍA, E., MARTÍN SANTAMARÍA, E., RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (1987): *Nuevos fondos del Museo Arqueológico de Valladolid, Junta de Castilla y León*, Dirección General de Patrimonio Cultural, Valladolid.
- ZAMORA CANELLADA, A. (1975): "Contribución al estudio del Bronce Final en la Meseta Norte: Las cerámicas incisas de la Cueva de La Vaquera o Fuentedura. Torreiglesias (Segovia)", *Congreso Nacional de Arqueología*, XIII, Zaragoza, pp. 529-544.
- ZAMORA CANELLADA, A. (1976): *Excavaciones de la Cueva de la Vaquera, Torreiglesias Segovia (Edad del Bronce)*, Publicaciones Históricas de la Excma. Diputación Provincial de Segovia, Segovia.

ÍNDICE DE FIGURAS

Fig. 1. Situación del sector investigado dentro de la provincia de Valladolid	16	Fig. 23. Valdecelada-I. Cerámicas decoradas con técnica incisa	66	483
Fig. 2. Plano topográfico del sector estudiado	17	Fig. 24. Valdecelada-II. Hallazgos recuperados en prospección	68	
Fig. 3. Distribución de los usos del suelo (Según VV.AA. 1988)	22	Fig. 25. Casa de Valimón. Diversas cerámicas decoradas recuperadas en el Sector A (1 a 7) y B (8 a 23)	70	
Fig. 4. Situación de los yacimientos estudiados	24	Fig. 26. Casa de Valimón. Cerámicas lisas y útiles líticos recuperados en la superficie del Sector B	71	
Fig. 5. Soto de Tovilla I. Fragmentos de recipientes decorados recuperados durante la excavación	39	Fig. 27. La Plaza. Plano del yacimiento con representación gráfica de la muralla (según Delibes G. y Fernández Manzano, J. 1981: Fig. 2). (?) Señala la zona donde se realizó nuestra intervención del año 1986	73	
Fig. 6. Soto de Tovilla I. Recipientes y fragmentos de tipo decorado	40	Fig. 28. La Plaza. Planta de las distintas unidades excavadas en los trabajos de 1986. Se aprecia el cuadro donde se realizaron los trabajos que afectaron a la muralla y su situación respecto a las catas practicadas en el interior del castro	75	
Fig. 7. Soto de Tovilla I. Diversos cuencos lisos	41	Fig. 29. La Plaza. Corte estratigráfico del perfil este de la cata de la muralla. El asterisco (*) señala el lugar de donde proceden las maderas carbonizadas que posibilitaron la realización de un análisis de C14	76	
Fig. 8. Soto de Tovilla I. Perfiles de ollas y ollitas	42	Fig. 30. La Plaza. Corte estratigráfico del perfil sur de la cata de la muralla.	77	
Fig. 9. Soto de Tovilla I. Materiales recuperados en la excavación	43	Fig. 31. La Plaza. Corte estratigráfico del perfil norte de la cata practicada en la muralla	78	
Fig. 10. Soto de Tovilla II. Diversos materiales cerámicos y líticos recuperados en la superficie del Sector 1	45	Fig. 32. La Plaza. Estratigrafías de los perfiles W/E de los cuadros D-11, D-10 y E-11	79	
Fig. 11. Soto de Tovilla II. Materiales cerámicos recuperados sobre la superficie del Sector 2 (1 a 3) y Sector 3 (4 a 11)	46	Fig. 33. La Plaza. Corte estratigráfico de perfil S/N de los cuadros E-11, D-11, C-11 y B-11	80	
Fig. 12. Soto de Tovilla II. Diversos materiales metálicos y líticos recuperados sobre la superficie de los sectores 2 y 3	49	Fig. 34. La Plaza. Material de superficie. Trabajos de primavera de 1980 (Según Delibes y Manzano)	80	
Fig. 13. El Carrascal. Materiales cerámicos y líticos de clara atribución neolítica	52	Fig. 35. La Plaza. Cerámicas del nivel II de la muralla. Trabajos de primavera de 1980 (Según Delibes y Manzano)	81	
Fig. 14. El Carrascal. Materiales cerámicos y líticos de atribución campaniforme	54	Fig. 36. La Plaza. Cerámicas del nivel III de la muralla. Trabajos de primavera de 1980 (Según Delibes y Manzano)	81	
Fig. 15. La Ermita. Diversos materiales de prospección	55	Fig. 37. La Plaza. Cerámicas del Nivel II de la muralla. Trabajos de verano de 1980	82	
Fig. 16. La Ermita. Cerámicas y piezas líticas	56			
Fig. 17. El Estepal. Materiales cerámicos y líticos recuperados en la superficie de los Sectores A y B	58			
Fig. 18. El Roble. Fragmentos cerámicos decorados con técnicas de incisión, impresión y Boquique	60			
Fig. 19. El Roble. Perfiles cuenquiformes	61			
Fig. 20. El Roble. Material cerámico y lítico	62			
Fig. 21. Los Arenales. Cerámica (con decoración campaniforme y lisa) y pieza lítica recuperada en superficie	63			
Fig. 22. Cojoncillos. Materiales cerámicos y líticos recuperados en el Sector A (1 a 4) y B (5 a 10) del yacimiento	65			

484	Fig. 38. La Plaza. Material cerámico y lítico del Nivel III de la muralla. Trabajos de verano de 1980	83	Fig. 54. El Carrizal. Materiales recuperados en el interior de los hoyos 1 (1 a 8), 2 (9 a 12) y 3 (15).	99
	Fig. 39. La Plaza. Material cerámico recuperado durante la excavación de la muralla en los trabajos de 1986. 1 a 3: Nivel I. 4 a 16: Nivel II	83	Fig. 55. El Carrizal. Material cerámico y lítico de los hoyos 4 (1 a 4) y 5 (5 a 20)	100
	Fig. 40. La Plaza. Cerámicas lisas halladas en el Nivel II de la muralla (trabajos de 1986)	84	Fig. 56. El Carrizal. Materiales procedentes del Hoyo 7, recuperados entre -212 y -248 cm de profundidad.	101
	Fig. 41. La Plaza. Cerámicas recuperadas en la excavación del interior del castro. 1 a 3: Cuadro A-1. 4: Cuadro A-7	85	Fig. 57. El Carrizal. Materiales procedentes del Hoyo 7, recuperados entre -249 y -253 cm de profundidad.	102
	Fig. 42. La Plaza. Recipientes lisos y decorados y útil lítico. Excavación del interior del castro. 1 a 12: Cuadro E-10. 13 y 14: Cuadro D-10. 15 a 18: Cuadro E-11/T. E-11/E-12	86	Fig. 58. El Carrizal. Materiales procedentes del Hoyo 7, recuperados entre -254 y -260 cm de profundidad.	103
	Fig. 43. La Plaza. Vasijas lisas y decoradas. Excavación interior del castro. Cuadro B-11	87	Fig. 59. El Carrizal. Materiales procedentes del Hoyo 8, recuperados entre -238 y -245 cm de profundidad (1 a 3), entre -246 y -252 (4 a 14) y entre -253 y -256 (15 a 22).	105
	Fig. 44. La Plaza. Material cerámico y lítico. Interior del castro. Cuadro C-1	88	Fig. 60. El Carrizal. Materiales procedentes del Hoyo 8, recuperados entre -257 y -261 cm de profundidad (1), entre -262 y -265 (2 a 9) y entre -266 y -278 (10 y 11).	106
	Fig. 45. La Plaza. Cerámicas lisas y decoradas. Interior del castro. Cuadro D-11	89	Fig. 61. El Carrizal. Cerámicas procedentes del Hoyo 9.	107
	Fig. 46. La Plaza. Decoraciones y material lítico. Cuadro D-11	90	Fig. 62. Cueva de Valdelaperra. Vaso campaniforme hallado en el interior de la cueva	109
	Fig. 47. Los Poyatos-El Quiñón. Materiales recuperados en prospección	92	Fig. 63. Valdelaperra II. Material lítico y cerámico y recuperado por nosotros sobre la superficie del yacimiento.	111
	Fig. 48. El Carrizal. Planta de la superficie excavada	94	Fig. 64. Valdelaperra II. Material identificado en el lugar por los miembros del Inventario Arqueológico Provincial.	111
	Fig. 49. El Carrizal. Estratigrafía general del yacimiento	95	Fig. 65. El Cementerio-El Prado. Plano del Cementerio de Quintanilla de Onésimo con la distribución de las unidades de excavación.	113
	Fig. 50. El Carrizal. Plantas y alzados de alguno de los hoyos excavados	96	Fig. 66. El Cementerio-El Prado. Detalle de la excavación, donde se aprecia la distribución de los hoyos localizados.	114
	Fig. 51. El Carrizal. Materiales recuperados en diversos niveles arqueológicos, sin relación con estructura alguna, del Cuadro B-5: 1 a 3 Nivel II; 4 a 8 Nivel III.	97	Fig. 67. El Cementerio-El Prado. Estratigrafía general del yacimiento	115
	Fig. 52. El Carrizal. Cerámicas procedentes del Nivel II (1 a 16) y III (17-25) del Cuadro E-5.	97	Fig. 68. El Cementerio-El Prado. Planta y secciones de los hoyos 6 y 7.	117
	Fig. 53. El Carrizal. Material cerámico y lítico de los niveles II (1 a 8) y III (9 a 12) del Cuadro F-5.	98		

- Fig. 69. El Cementerio-El Prado.
Diversas cerámicas decoradas..... 118
- Fig. 70. El Cementerio-El Prado. Fragmentos
decorados de distintas procedencias..... 119
- Fig. 71. El Cementerio-El Prado. Cerámicas lisas,
cuchara y quesera. 120
- Fig. 72. El Cementerio-El Prado. Ollas. 120
- Fig. 73. El Cementerio-El Prado. Cerámicas
y diverso material lítico. 122
- Fig. 74. El Cementerio-El Prado. Industria lítica. 123
- Fig. 75. Matabueyes-Pinos Claros.
Vaso de perfil cónico. 125
- Fig. 76. El Pino la Horca-Los Valles. Materiales
cerámicos recuperados en la superficie
del yacimiento. 127
- Fig. 77. Los Pinos del CuboLa Dehesilla.
Fragmentos cerámicos atribuibles
al grupo Soto de Medinilla..... 129
- Fig. 78. Los Pinos del CuboLa Dehesilla.
Cerámica Protocogotas. 130
- Fig. 79. Pico del Castro. Vista general
de la superficie excavada. 132
- Fig. 80. Pico del Castro. Estratigrafía general
del yacimiento. 133
- Fig. 81. Pico del Castro. Materiales recuperados
en el Nivel IV. Sectores de las Zanjás 1 y 2
y de los Cortes I y II. Alzada desde
-129 a -133. Excavación marzo de 1988..... 135
- Fig. 82. Pico del Castro. Materiales recuperados
en el Nivel IV. Sectores de las Zanjás 1 y 2
y de los Cortes I y II. Alzada desde
-133 a -138. Excavación marzo de 1988..... 136
- Fig. 83. Pico del Castro. Materiales recuperados
en el Nivel IV. Sectores de las Zanjás 1 y 2
y de los Cortes I y II. Alzada desde
-133 a -138. Excavación marzo de 1988..... 138
- Fig. 84. Pico del Castro. Fondos de cerámicas,
procedentes del Nivel IV. Sectores de
las Zanjás 1 y 2 y de los Cortes I y II.
Alzada desde -133 a -138.
Excavación marzo de 1988. 139
- Fig. 85. Pico del Castro. Cerámicas decoradas y lisas,
halladas en el extremo norte (fuera de
la estructura de piedra) de la Zanja 1.
Nivel IV. Excavación marzo de 1988..... 140
- Fig. 86. Pico del Castro. Cerámicas lisas y fragmento
de vasija horno, recuperadas en el extremo
norte (fuera de la estructura de piedra)
de la Zanja 1. Nivel IV. Excavación
marzo de 1988. 140
- Fig. 87. Pico del Castro. Grandes vasos hallados
en la Zanja 2 y su ampliación en el interior
de la estructura. Nivel IV. Excavación
marzo de 1988. 141
- Fig. 88. Pico del Castro. Cerámicas recuperadas
en la Zanja 2 y su ampliación en el interior
de la estructura. Nivel IV.
Excavación marzo de 1988..... 141
- Fig. 89. Pico del Castro. Gran tinaja y material lítico
procedente de la Zanja 2 y su ampliación
en el interior de la estructura. Nivel IV.
Excavación marzo de 1988. 142
- Fig. 90. Pico del Castro. Escudilla, cuencos y ollita
recuperados en el Corte III (ampliación este).
Nivel IV. Alzada entre -115 y -127 cm.
Excavación septiembre de 1988. 142
- Fig. 91. Pico del Castro. Diversas cerámicas
recuperadas en el Corte III
(ampliación este). Nivel IV. Alzada entre
-115 y -127 cm. Excavación septiembre
de 1988. 142
- Fig. 92. Pico del Castro. "Fichas" de cerámica
procedentes del Corte III (ampliación este).
Nivel IV. Alzada entre -115 y -127 cm.
Excavación septiembre de 1988. 143
- Fig. 93. Pico del Castro. Cerámicas y pieza lítica
del Corte III (ampliación este). Nivel IV.
Alzada entre -127 cm y la tierra virgen.
Excavación septiembre de 1988. 143
- Fig. 94. Pico del Castro. Muestreo de materiales
de superficie. 144
- Fig. 95. Pico del Castro. "Pesas de telar"..... 145
- Fig. 96. Pico del Castro. Puntas Palmela recuperadas
en la superficie del yacimiento..... 146
- Fig. 97. Pico del Castro. Cerámicas
de época Medieval. 147
- Fig. 98. Pico de las Cuevas. Muestreo
de materiales de superficie. 151
- Fig. 99. Gravera camino de la Aceña. Materiales
de prospección. 152
- Fig. 100. Fuente de Antequera I. Material cerámico
y lítico procedente de superficie. 154

486	<p>Fig. 101. El Castillo de Peñafiel. Materiales de la Edad del Bronce hallados en los niveles bajomedievales (según, Delibes, Manzano y Santiago). 155</p> <p>Fig. 102. Pico de la Mora. 158</p> <p>Fig. 103. El Castillo de Rábano. Plano topográfico del cerro en que se enclava. (?) Señala la ubicación de las unidades de excavación. 161</p> <p>Fig. 104. El Castillo de Rábano. Planta de la superficie excavada. 162</p> <p>Fig. 105. El Castillo de Rábano. Materiales procedentes del Hoyo 1. 163</p> <p>Fig. 106. El Castillo de Rábano. Gran vasija hallada en el Hoyo 1. 164</p> <p>Fig. 107. El Castillo de Rábano. Fragmento de asa y diente de hoz del Hoyo 2. 164</p> <p>Fig. 108. El Castillo de Rábano. Restos recuperados en el Hoyo 3. 165</p> <p>Fig. 109. El Castillo de Rábano. Cerámicas decoradas con cordones del Hoyo 3. 165</p> <p>Fig. 110. El Castillo de Rábano. Cerámicas decoradas del Hoyo 5. 166</p> <p>Fig. 111. El Castillo de Rábano. Cuencos del Hoyo 5. 166</p> <p>Fig. 112. El Castillo de Rábano. Materiales cerámicos del Hoyo 5. 167</p> <p>Fig. 113. El Castillo de Rábano. Ollas y decoraciones plásticas del Hoyo 5. 167</p> <p>Fig. 114. El Castillo de Rábano. Fragmentos de grandes vasijas con cordones, procedentes del Hoyo 5. 168</p> <p>Fig. 115. El Castillo de Rábano. Cerámicas decoradas del Hoyo 6. 168</p> <p>Fig. 116. El Castillo de Rábano. Diversas cerámicas recuperadas en el Hoyo 6. 169</p> <p>Fig. 117. El Castillo de Rábano. Fragmentos de grandes vasijas y resto lítico del Hoyo 6. 169</p> <p>Fig. 118. El Castillo de Rábano. Recipientes de superficie decorada del Hoyo 7. 170</p> <p>Fig. 119. El Castillo de Rábano. Materiales cerámicos del Hoyo 7. 171</p> <p>Fig. 120. El Castillo de Rábano. Grandes vasijas y útil lítico del Hoyo 7. 172</p>	<p>Fig. 121. El Castillo de Rábano. Cuencos y tazas con superficie decorada del Hoyo 8. 173</p> <p>Fig. 122. El Castillo de Rábano. Cerámicas decoradas y lisas del Hoyo 8. 174</p> <p>Fig. 123. El Castillo de Rábano. Diversos barro del Hoyo 8. 174</p> <p>Fig. 124. El Castillo de Rábano. Gran olla decorada. Hoyo 9. 175</p> <p>Fig. 125. El Castillo de Rábano. Cerámicas decoradas del Hoyo 9. 176</p> <p>Fig. 126. El Castillo de Rábano. Galbos decorados del Hoyo 9. 177</p> <p>Fig. 127. El Castillo de Rábano. Cuencos lisos del Hoyo 9. 178</p> <p>Fig. 128. El Castillo de Rábano. Vasos carenados, ollas y diente de hoz. Hoyo 9. 179</p> <p>Fig. 129. El Castillo de Rábano. Fragmentos con decoración de cordones. Hoyo 9. 180</p> <p>Fig. 130. El Castillo de Rábano. Fondos y fragmentos de asas. Hoyo 9. 181</p> <p>Fig. 131. El Castillo de Rábano. Cerámicas recuperadas en los hoyos 11 (1 y 2) y 12 (3 a 5). 181</p> <p>Fig. 132. La Robleñada. Materiales de superficie. 182</p> <p>Fig. 133. Revillalba-Uncabo. Selección de materiales recuperados en el Sector S/W del yacimiento. 184</p> <p>Fig. 134. Casa de Margüello. Muestreo de materiales recogidos en superficie. 186</p> <p>Fig. 135. El Gurugú. Plano topográfico del cerro en que se enclava. (?) Señala el lugar en que se realizó la intervención arqueológica. 188</p> <p>Fig. 136. El Gurugú. Planta de la superficie excavada en el Cuadro 1. 189</p> <p>Fig. 137. El Gurugú. Planta de la superficie excavada y corte estratigráfico del Cuadro 2. 191</p> <p>Fig. 138. El Gurugú. Muestra de materiales decorados recuperados en la cumbre del cerro. 192</p> <p>Fig. 139. El Gurugú. Cerámicas decoradas y lisa procedentes de lo alto de las laderas del castro. 193</p>
-----	--	---

- Fig. 140. El Gurugú. Colección de cerámicas decoradas recuperadas en superficie, en las proximidades del sector donde se realizaron los trabajos de excavación. 193
- Fig. 141. El Gurugú. Cerámicas lisas localizadas en el Cuadro 2. Nivel de arrastre. Alzada entre -10 y -15 cm. 194
- Fig. 142. El Gurugú. Cerámicas decoradas procedentes del Cuadro 2. Nivel de arrastre. Alzada entre -10 y -15 cm. 195
- Fig. 143. El Gurugú. Material cerámico y lítico recuperado en el Cuadro 2. Nivel de arrastre. Alzada entre -16 y -20 cm. 196
- Fig. 144. El Gurugú. Cerámicas y diente de hoz hallados en el Cuadro 2. Nivel de arrastre. Alzada entre -21 y -30 cm. 197
- Fig. 145. El Gurugú. Recipientes cerámicos y útil de piedra pulimentada. Cuadro 2. Hoyo 1. 198
- Fig. 146. El Gurugú. Materiales recuperados en el interior de los Hoyo 2 (3, 4, 6, 8, 9 y 13) y 3 (1, 2, 5, 7, 10 y 12). Cuadro 2. 199
- Fig. 147. El Gurugú. Cerámicas y pieza lítica recogidas en el nivel superficial del Cuadro 1. Alzada entre -10 y -20 cm. 200
- Fig. 148. El Gurugú. Materiales decorados y lisos del Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -20 y -30 cm. 200
- Fig. 149. El Gurugú. Diversos vasos lisos. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -30 y -40 cm. 201
- Fig. 150. El Gurugú. Fragmentos decorados. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -30 y -40 cm. 202
- Fig. 151. El Gurugú. Galbos con diversas decoraciones. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -30 y -40 cm. 205
- Fig. 152. El Gurugú. Diversas vasijas decoradas. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -40 y 50 cm. Materiales hallados junto al fondo de la cata. 206
- Fig. 153. El Gurugú. Bordes y galbos decorados. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -40 y 50 cm. Materiales hallados junto al fondo de la cata. 206
- Fig. 154. El Gurugú. Ollas, cuencos lisos y material lítico. Cuadro 1. Nivel de arrastre. Alzada entre -40 y 50 cm. Materiales hallados junto al fondo de la cata. 207
- Fig. 155. El Gurugú. Vaso troncocónico (1) y gran taza carenada (2). Colección Pablo Zalama. 208
- Fig. 156. El Gurugú. Vaso troncocónico (1) y perfil atribuible a la Forma 9 C. Colección Zalama. 208
- Fig. 157. El Gurugú. Forma 6 (1) y cuenco elíptico (Forma 1B) (2). Colección Pablo Zalama. 209
- Fig. 158. El Gurugú. Tinaja de la Forma 11. Colección Zalama. 209
- Fig. 159. El Gurugú. Olla de la Forma 9 A. Colección Zalama. 209
- Fig. 160. El Gurugú. Pesa de cerámica (1), puñalito (2), lezna (3) y espiraliforme (4). Colección Zalama. 209
- Fig. 161. El Castillo-La Loma del Barcial. 1-9: cuencos y ollas; 10: tapadera. Materiales cedidos por Salvador Repiso Cobo. 211
- Fig. 162. El Castillo-La Loma del Barcial. Fragmentos decorados con diversos motivos plásticos. 213
- Fig. 163. Las Pinzas. Restos cerámicos del yacimiento. El Cujón (Sector A). Colección Rafael Galván. 217
- Fig. 164. Las Pinzas. Cerámicas carenadas y un asa. El Cujón (Sector A). Colección Rafael Galván. 218
- Fig. 165. Las Pinzas. Cerámicas decoradas de atribución Protocogotas y útil lítico. El Cujón (Sector B). 219
- Fig. 166. Las Eras. Vasijas recuperadas ocasionalmente durante unos trabajos de aterrazamiento. 222
- Fig. 167. Fuente de Boecillo. Secuencia estratigráfica general del yacimiento, obtenida en el cuadro O, cuadrante sureste (Según M.^a Consuelo Escribano y Julio del Olmo). 228
- Fig. 168. Fuente de Boecillo. Planta con la distribución de algunos de los hoyos localizados en excavación (Según M.^a Consuelo Escribano y Julio del Olmo). 229

488	<p>Fig. 169. Fuente de Boecillo. Materiales cerámicos recuperados en el nivel superficial del cuadro F-1. 229</p> <p>Fig. 170. Fuente de Boecillo. Dos fragmentos decorados y una gran olla procedente del Nivel 2, del cuadro H-2. 230</p> <p>Fig. 171. Fuente de Boecillo. Cerámicas y pieza de hoz hallados en el Nivel 2. Cuadro J-3. 230</p> <p>Fig. 172. Fuente de Boecillo. Vasijas lisas y decoradas del Nivel 2. Cuadro O-2. 231</p> <p>Fig. 173. Fuente de Boecillo. Tres recipientes hallados en el Nivel 2. Cuadro O-2. 232</p> <p>Fig. 174. Fuente de Boecillo. Fragmentos decorados del Nivel 2. Cuadro O-2. 232</p> <p>Fig. 175. Fuente de Boecillo. Cerámicas del Cuadro O-3. Nivel 2. 233</p> <p>Fig. 176. Fuente de Boecillo. Diversos cuencos (lisos y decorados) y un mamelón del Nivel 2. Cuadro O-3. 233</p> <p>Fig. 177. Fuente de Boecillo. Cerámicas decoradas y lisas. Nivel 2. Cuadro O-3. 235</p> <p>Fig. 178. Fuente de Boecillo. Cuatro fragmentos cerámicos, uno de ellos pertenece a un colador. Nivel 2. Cuadro O-3. 235</p> <p>Fig. 179. Fuente de Boecillo. Cerámicas halladas en el Nivel 2. Cuadro P-2. 236</p> <p>Fig. 180. Fuente de Boecillo. Varios cuencos, fragmentos decorados y un fondo. Proceden del Hoyo 8. 236</p> <p>Fig. 181. Fuente de Boecillo. Grandes vasijas. Hoyo 8. 237</p> <p>Fig. 182. Fuente de Boecillo. Cerámicas del Hoyo 9. 237</p> <p>Fig. 183. Fuente de Boecillo. Lote de cerámicas procedentes del Hoyo 10. 238</p> <p>Fig. 184. Fuente de Boecillo. Cerámicas decoradas del Hoyo 11. 239</p> <p>Fig. 185. Fuente de Boecillo. Fragmentos decorados y grandes cerámicas lisas del Hoyo 11. 239</p> <p>Fig. 186. Fuente de Boecillo. Selección de materiales recuperadas sobre la superficie del yacimiento. 240</p> <p>Fig. 187. Tabla tipológica de los motivos decorativos de la cerámica campaniforme (tipos Ciempozuelos y Silos/Vaquera) en La Ribera de Valladolid. 255</p>	<p>Fig. 188. Motivos decorativos de los campaniformes de tipo Silos en La Ribera de Valladolid. 263</p> <p>Fig. 189. Tabla tipológica de la cerámica lisa del Calcolítico Final-Bronce Inicial en La Ribera del Duero de Valladolid. 265</p> <p>Fig. 190. Tabla tipológica de las cerámicas del Bronce Antiguo-Pleno en La Ribera del Duero de Valladolid. 277</p> <p>Fig. 191. Elementos de prehensión y decoraciones registrados durante el Bronce Antiguo-Pleno en La Ribera del Duero de Valladolid. 285</p> <p>Fig. 192. Tabla tipológica de la cerámica recuperada en yacimientos del Bronce Medio de La Ribera del Duero de Valladolid. Las cerámicas señaladas con este signo (*) corresponden a perfiles decorados. 293</p> <p>Fig. 193. Tipología de las formas carenadas recuperadas en yacimientos del Bronce Medio de La Ribera del Duero de Valladolid. Las cerámicas señaladas con este signo (*) corresponden a perfiles decorados. 294</p> <p>Fig. 194. Elementos de prehensión registrados en yacimientos del Bronce Medio en La Ribera del Duero de Valladolid. 314</p> <p>Fig. 195. Principales técnicas y motivos identificados en la decoración cerámica del Bronce Medio en La Ribera del Duero de Valladolid. 317</p> <p>Fig. 196. Principales técnicas y motivos identificados en la decoración cerámica del Bronce Medio en La Ribera del Duero de Valladolid. 328</p> <p>Fig. 197. Principales motivos plásticos identificados en las cerámicas del Bronce Medio en La Ribera del Duero de Valladolid. 332</p> <p>Fig. 198. Tabla tipológica de la cerámica recuperada en yacimientos del Bronce Tardío-Final de La Ribera del Duero de Valladolid. Las cerámicas señaladas con este signo (*) corresponden a perfiles decorados. 339</p> <p>Fig. 199. Tabla tipológica de la cerámica recuperada en yacimientos del Bronce Tardío-Final de La Ribera del Duero de Valladolid. Las cerámicas señaladas con este signo (*) corresponden a perfiles decorados. 341</p>
-----	---	---

Fig. 200. Formas carenadas recuperadas en yacimientos del Bronce Tardío-Final de La Ribera del Duero de Valladolid. En todo caso corresponden a perfiles decorados.	342	Fig. 206. Localización de los yacimientos del Bronce Antiguo-Pleno en La Ribera del Duero de Valladolid. 1. Las Eras. 2. El Cujón (Sector A). 3. El Castillo-La Loma del Barcial. 4. Casa de Margüello. El Castillo (Peñañiel).	412	489
Fig. 201. Elementos de prensión registrados en yacimientos del Bronce Tardío-Final en La Ribera del Duero de Valladolid.	351	Fig. 207. Localización de los yacimientos del Bronce Medio en La Ribera del Duero de Valladolid. 1. Soto de Tovilla II. 2. Viñas de Abajo. 3. El Estepal. 4. Zurita. 5. Matabueyes - Pinos Claros. 6. Fuente de Antequera. 7. Gravera Camino de la Aceña. 8. El Cujón (Sector B). 9. El Gurugú. 10. La Bellida. 11. El Castillo (Rábano). 12. Valdelaperra II. 13. Cueva de Valdelaperra. 14. Casa de Valimón. 15. El Carrizal. 16. La Plaza. 17. Los Poyatos – El Quiñón. 18. Valdecelada I. 19. Cojoncillos. 20. Valdecelada II. 21. El Roble. 22. La Ermita. 23. Los Pinos del Cubo La Dehesilla.	423	
Fig. 202. Principales motivos incisos identificados en la decoración cerámica del Bronce Tardío-Final en La Ribera del Duero de Valladolid.	354	Fig. 208. Localización de los yacimientos del Bronce Tardío-Final en La Ribera del Duero de Valladolid. 1. Soto de Tovilla I. 2. Soto de Tovilla II. 3. El Pino la Horca-Los Valles. 4. El Roble. 5. Zurita. 6. El Cementerio-El Prado. 7. Casa de Valimón. 8. El Gurugú. 9. Revillalba-Uncabo.	440	
Fig. 203. Motivos incisos y de Boquique identificados en la decoración cerámica del Bronce Tardío-Final en La Ribera del Duero de Valladolid.	358			
Fig. 204. Distintas técnicas y motivos identificados en la decoración cerámica del Bronce Tardío-Final en La Ribera del Duero de Valladolid.	368			
Fig. 205. Localización de los yacimientos de la fase Campaniforme en La Ribera del Duero de Valladolid. 1. El Carrascal. 2. La Ermita. 3. Los Arenales. 4. Zurita. 5. Casa de Valimón (Sector A). 6. Casa de Valimón (Sector B). 7. Cueva de Valdelaperra. 8. Pico del Castro. 9. El Cujón (Sector A). 10. Las Pinzas (Sector C). 11. La Robleñada. 12. Pico de la Mora. 13. Pico de las Cuevas.	400			

